This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

Library
of the
University of Wisconsin

PARNASO CUBANO

A
216

10.-
R/1

LIBRERIA MARTI
O'REILLY 80, 4to
AVENIDA 5 DE SEPTIEMBRE
TELF. 30-1750
LA HABANA

Parnaso Cubano

PARNASO CUBANO.

COLECCION DE

POESIAS SELECTAS DE AUTORES CUBANOS

DESDE ZEQUEIRA Á NUESTROS DIAS

precedida de una introduccion histórico-crítica sobre el desarrollo de la poesía en Cuba, con biografías y notas críticas y literarias de reputados literatos

POR

D. ANTONIO LOPÉZ PRIETO

CORRESPONDIENTE

DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE MADRID Y SOCIO DE MÉRITO DE LA REAL SOCIEDAD ECONOMICA DE LA HABANA.

Ningun lazo de union y afecto entre dos pueblos será jamás tan fuerte como el cultivo de las mismas artes y del mismo idioma.

BARALT. Historia de Venezuela. tomo 3º cap. XXII. pág. 404. Paris, 1841.

HABANA.

EDITOR—MIGUEL DE VILLA—LIBRERIA

CALLE DEL OBISPO NUMERO 50.

1891

Imp. de la Viuda de Soler y Comp., Ricla 40.

A
216
64810

INTRODUCCION.

LA POESIA EN CUBA.

...ahora y siempre el argonauta osado
que del mar arrostráre los furores,
al arrojar el áncora pesada
en las playas antípodas distantes,
verá la cruz del Gólgota plantada
y escuchará la lengua de Cervantes.
Oda á las Nobles Artes.—*Duque de Frias.*

I.

La Isla de Cuba, precioso relicario de recuerdos sacratísimos para España, expléndida muestra que le ha quedado del gran imperio que el génio de Colon y las fabulosas proezas de sus héroes formaron de tantos y tan diversos pueblos en civilizacion y costumbres; la Isla de Cuba, donde los azares de los tiempos, las variaciones políticas y las lides guerreras de nuestro siglo en esta principalísima parte del mundo, destinada á rejuvenecer la cansada Europa, han reconcentrado con sus bienes y sus males el espíritu altivo con que nuestra raza se distinguiera sobre todas las nacionalidades en la centuria décima sexta, por tantos conceptos inmortal en la historia del mundo; la Isla de Cuba, destinada por la Providencia á ser la digna representante en América de los adelantos morales é intelectuales que en la senda de la civilizacion moderna realice la nacion descubridora que de aquellos estimables beneficios la dotára; la Isla de Cuba, que apénas cuenta ochenta años de labor en las nobles tareas que señalan el cultivo del ingenio en las artes, signo característico de la cultura de los pueblos, olvidada hasta hace poco entre el brillo seductor de otros del continente, cuya poblacion y cuyas riquezas superiores, atraían á sí todos los esfuerzos del gobierno, para dotarlos de instituciones benéficas y civilizadoras, es muy digna hoy de que se estudien y se aquilaten con imparcialidad sus indisputables méritos literarios y la probada aptitud de sus hijos para conquistar brillantes láuros que aumenten la gloria sin igual de las letras españolas, tan enaltecidas en todo tiempo de cuantos saben gustar las delicadas creaciones del espíritu.

Escritores afamados por su ciencia, y dignos de crédito por la buena fé en sus juicios, han investigado, aunque hasta ahora no se conozcan, seguros títulos que nos sirvan de comprobantes, acerca de la civilizacion cubana ántes de la conquista, suponiendo en los naturales de esta tierra, un estado social de que carecían pueblos limítrofes del continente.

«Nuestra patria fué—dice el señor Valdés y Aguirre— en los siglos anteriores »á la llegada de los conquistadores españoles, uno de los focos de la civilizacion ame»ricana. Como todos los grandes pueblos de la antigüedad, tuvo su época de auge y »de decadencia: quizás en los dias en que Roma daba leyes al mundo Cuba imperaba »en América..... Empero cumplió la mision á que la destinára el Supremo Orde»nador de lo creado, y cuando Colon arribó á sus costas ya habia pasado su período »de explendor y gloria. Y no es que su civilizacion desapareciera para no dejar ni »huellas de su existencia: nó. Si vemos que huye de Cuba es porque va á hacer sen»tir su benéfico influjo en una tierra entonces ignorante é inculta: es porque la ley »del progreso se vá á cumplir. En su nueva morada debemos, pues, estudiarla. Las »costumbres, la religion, el gobierno, todo en una palabra, salvando unas cuantas bra»zas de agua, se ha ido á refugiar á la peninsula de Yucatan (1) » El trabajo meritorio del Sr. Valdés Aguirre, pretendiendo para Cuba la gloria de haber civilizado á Yucatan, no pasa de ser un esfuerzo honroso de amor pátrio; pero la ciencia y la historia, á pesar de las aseveraciones que cita de Lizana en la *Historia de Nuestra Señora de Izamal*; el manuscrito de Ordoñez existente en el Museo Nacional de México, que indica que Votan salió de la Habana para ir á *Nachan ó Palenque* y la referencia de Cogolludo, de la llegada á Yucatan de los colonos de Cuba, conducidos por el sacerdote *Zamma*, no atestiguan su tésis, que no deja por eso de ser digna de que la tomen en consideracion los americanistas. Uno de ellos, cuya laboriosidad quisiéramos tuviera muchos imitadores, nuestro amigo el Sr. D. Antonio Bachiller y Morales, disertando sobre la palabra *Habana* (2) ocúpase del particular que tratamos, y dice: «Vacilaria respecto del orígen, si fuese cierta la opinion de algunos de mis amigos »referentes á *Votan*: el Sr. Valdés Aguirre ha escrito una interesante memoria para »probar que *Votan*, el misterioso fundador del *Palenque*, conquistador, sabio y legis»lador profundo, fué como *Zamá* (3) de su patria, Cuba; llevando la ilustracion al »continente; pero el pensamiento de hacer á Cuba la tierra de *Votan* (*Valum- Votan*)

---

(1) Apuntes para la historia de Cuba primitiva, por Fernando Valdés y Aguirre.—París—Impreso por S. Thunot y Cª, calle Racine 26.—1859—III Votan.—Zamma.—Civilizacion de Cuba página 39.

(2) Apuntes para la historia de las letras y de la Instruccion pública en la Isla de Cuba.—Habana. imprenta de *El Tiempo*.—1860.—Segunda parte.—Seccion tercera, página 149. Pueden consultarse con fruto, para lograr perfecto conocimiento de particulares que se relacionan con la época á que nos hemos referido, el interesante trabajo del mismo autor, *Cuba primitiva*, que empezó á publicarse en 1868 en la *Revista Crítica* de ciencias, literatura y artes, fundada por D. Néstor Ponce de Leon en esta ciudad, y cuya publicacion se ha concluido recientemente en la *Revista de Cuba*, de que es fundador y director el Dr. D. José A. Cortina. En el trabajo del Sr. Bachiller y Morales, que tenemos entendido presentará en el *Cuarto Congreso Internacional de Americanistas* que se celebrará en Madrid en Setiembre próximo, se encierran los datos más necesarios para escribir con fruto la historia antigua de esta Isla.—Importante es tambien su libro *Antigüedades Americanas*.—Habana.—Oficina de *El Faro Industrial*.—1845.

(3) El Sr. Valdés Aguirre escribe, *Zamma*: el Sr. Rodriguez Ferrer, en su excelente libro *Naturaleza y civilizacion de la grandiosa Isla de Cuba*, Estudios arqueológicos.—Capítulo II. Nota de la página 155.—*Zama*. El eruditísimo Brasseur de Bourbourg en su magnífica obra *Dictionnaire, grammaire et Chrestomathie de la langue Maya precedés d'une etude sur le systéme graphique des indigénes de Yucatan (Mexique)*.—París. MDCCCLXXII.—Vid. *Etudes sur le manuscrit Troano*, páginas 42—149—nota 2, y en el extenso vocabulario Maya, Francés y Español—escribe *Zamná*, Dios y sacerdote en la antigüedad, segun Cogolludo.

»no pasa de un sueño patriótico. Es un sueño agradable que desmienten nuestras vír»genes comarcas: era una especie de paraiso aquel en que vivieron *Anacaona* y sus »hermanos *lucayos*: sea un idilio, un cuadro bucólico su historia; pero no es posible »suponer que el que construyó edificios magníficos, cuyos restos admiran, no hubiera »dejado aquí los modelos de la ilustracion y adelantos que llevaba. Enhorabuena que »pasáran por la *llave del Nuevo Mundo*, como han llamado nuestros reyes á la Ha»bana; pero ni aún eso está libre de contradiccion.»

Es lo cierto, que si existió en Cuba una civilizacion tan potente para llevar á cabo la conquista de Yucatan y señalar su influencia en los monumentos que hoy se estudian con tanto afan por los sábios, las relaciones de Colon y las crónicas claramente evidencian que de ella nada existia al pisar esta tierra por primera vez sus descubridores; y es sensible que no se haya aclarado punto tan culminante de nuestra historia, si fuese exacto el hecho que menciona Brasseur de Bourbourg en la que formó de las naciones civilizadas de Méjico y de la América Central, de haberse visto en las cercanias de la Habana, rocas labradas y ruinas de edificios que comprobaban la presencia de antiguas naciones civilizadas en la Isla de Cuba. Nos ha parecido conveniente, tocar, siquiera sea con la brevedad que en este ligero trabajo nos es permitido, este punto tan digno de estudio sobre la primitiva civilizacion de nuestra tierra, sobre el cual tanto se ha divagado y tantos absurdos se han dicho, haciendo de la severa historia una fantástica novela. Existe un cuadro fiel de lo que era esta Isla en la época de su descubrimiento en 1492, formado con el estudio del diario de Colon y con las noticias de los mejores cronistas, por el ilustrado cubano D. José María de la Torre (1), y de él se desprende que la vida de los primitivos cubanos, estaba bien léjos de la civilizacion pretendida para ellos por los que sostienen la tésis de que hemos hablado. Lo que sí ha quedado consignado es la dulzura del carácter, bondad y sencillez de los indígenas.« Es cosa notable—dice Torquemada—y muy cier»to argumento de la bondad natural, mansedumbre y humildad de estas Occidentales »naciones, y esto corre por todas aquellas Islas, en comun y se viera en ellas, que en »una casa de paja, que comunmente tenía treinta ó cuarenta piés de hueco (aunque »redonda como ya se dijo), y que no tenía retretes, ni apartados, pudiesen vivir diez »y quince vecinos toda la vida sin tener ruido ni hacerle entre sí, ni los maridos con »las mujeres, ni las mujeres con los hijos, ni vecino con vecino, sino que viviesen »tantos juntos, como que no fuese más que uno; parece que admira—como digo—el »argumento de su mansa y pàcífica condicion; y es cosa manifiesta que si tuvieran »reyertas y bregas entre sí, y no vivieran en paz, unidad y conformidad no se pudie»ran sustentar unos con otros, ni sufrirse, y por consiguiente se dividieran, y aparta»ran los unos de los otros haciendo casas distintas en que cada uno hiciese su »morada (2).»

Sin otro cuidado que los de sus cultivos que tanto admiraron á Colon, las Casas y otros cronistas, en vida tan sencilla, creian en la inmortalidad del alma y en los pre-

(1) Nació en la Habana el 1º de Setiembre de 1815.—Murió á bordo del vapor-correo español *Guipúzcoa* en su travesía de Cádiz á la Habana, y ya muy próximo á la ciudad de San Juan de Puerto Rico, á fines de Diciembre de 1873. Ha escrito y publicado en la *Revista de Cuba*, año primero, tomo segundo, 30 de Noviembre de 1877, un buen trabajo biográfico acerca del querido catedrático de la Universidad de la Habana, geógrafo distinguido y escritor laborioso, el señor Doctor D. Vidal Morales y Morales. El trabajo del Sr. la Torre que citámos vió la luz pública con el título: *Pueblos y costumbres familiares de los indígenas de la Isla de Cuba*, en *La Siempreviva*, tomo 1º —Habana 1838, paginas 234-241.

(2) Primera parte de los veintiun libros rituales i monarchia Indiana con el orígen y guerras de los Indios Occidentales, de sus poblaciones, descubrimientos, conquista, conversion y otras cosas maravillosas de la mesma tierra, distribuydos en tres tomos. Compuesto por F. Juan de Torquemada, Ministro Provincial de la Orden de Nuestro Seráfico Padre San Francisco en la Provincia del Santo Evangelio de México en la Nueva España.—Madrid. 1723, Libro III.—Capítulo III, páginas 247-248.

mios y castigos de la otra vida. Su religion tenía por fundamento, el conocimiento de un *Ser Supremo*, Creador del Universo y dispensador de todos los bienes; este ser, era inmaterial y no le representaban con imágen alguna. Tenían sus dioses especiales: la caza, la pesca, el amor, la danza, la comedia, el canto, la medicina, los viajeros; genios buenos y malos poblaban los aires, los bosques, las llanuras, los rios y las fuentes. De aquí una poesía original cuyos testimonios se han perdido, y de la cual poco puede juzgarse por las contadas muestras que la moderna ciencia, la lingüística americana en sus estudios comparados nos viene demostrando. Las galas de una naturaleza sin igual, una vida inocente, sencilla, sin necesidades, debió inspirar cantos armoniosos á los hijos de esta preciosa Isla, que segun los cronistas de la conquista, tanto amaban los placeres del baile y del canto.

«Muchos Indios, dice el historiador Del Monte, componian canciones ó romances »que llamaban areitos, y en lo que se distinguió la célebre Anacaona, que disfrutaba »la reputacion de poetisa. Esta poesía, llena de imágenes, y rica de conceptos, porque »así lo son todas las poesías de los pueblos originarios, no tenía otro medio de expre»sarse que la palabra y la accion. Pero ¿podrá ponerse en duda que la acompañaria »más vehemencia que á la poesía escrita? Estos romance tendrian un doble aliciente, »porque la música se reunia á hacerlos más populares y dignos del entusiasmo de estos »pueblos. Tenían además tradiciones y creencias en algunos conocimientos de las Cien»cias, que aunque imperfectos á nuestros ojos, presentan una prueba de la existencia »de esta literatura. Nada lo demuestra tan evidentemente como la conducta mesura»da y prudente de los indios, en cuanto á su gobierno interior, que si no revela un »estudio profundo de la naturaleza de las cosas, sus actos eran muy conforme á la »sabiduría de la experiencia. Y si este caudal no era una literatura ¿cuál sería la que »pudiere demostrar pueblo cuyos orígenes aún nos están todavía velados entre som»bras tenebrosas? Aquel mecanismo y construccion curiosa del idioma, indica muy á »las claras la generacion, variedad y riqueza de las fuentes. Aunque se diga que era »algo sistemático ó pintoresco, por lo mismo era más admirable en su locucion, pues »huia tanto de la dureza de los acentos consonantes, como de la inútil repeticion de »las imágenes. ¿Y el adelanto en el idioma no es una prueba, aunque corta del ade»lanto de la literatura de los Indios Lucayos?» (1) El cronista Herrera (2) refiere, que el cacique que salvó á Ojeda y á los suyos en 1510, tomó gran afecto y devocion á la vírgen que aquel conquistador adoraba en la ermita que levantó al verse libre de la muerte que en las ciénagas tuvo por cierta; y que éste, dando á los indios algunas noticias de las cosas de Dios con algunas palabras que habia aprendido en la Española, y por medio de otros que algo conocian tambien de la lengua, de tal modo logró atraer á la devocion á los sencillos y bondadosos naturales que «de allí adelante »la tuvieron y cuán adornada estaba la Iglesia de paños de algodon, y muy barrida »y regada: hiciéronle los Indios coplas en su lengua, que en sus bailes y regocijos, »que llamaban *areitos* cantában y al son de las voces bailaban».

Del amor de los primitivos habitantes de Cuba á la poesía, es buena prueba así mismo, la Real disposicion de 1514, que cita Herrera, por la cual se prevenia á todos los que tenían Indios por pajes, «que los enseñasen á leer y á escribir, y que no se les impidirse hacer sus *areitos* y juegos, así en los dias de fiestas como en los otros, como no fuese de impedimento para sus trabajos».

Al reseñar esta parte, tan poco apreciada todavía de nuestra historia, sensible nos es, no poder citar algun texto de *areito* ó *areyto* que de ambos modos hallamos escrita la palabra, que fuese esencialmente cubano, siendo notorio que en dichos can-

---

(1) Historia de Santo Domingo desde su descubrimiento hasta nuestros dias, por D. Antonio Del Monte y Tejada.—Tomo I. Habana. MDCCCLIII Parte I., libro I, página 380 y 381.

(2) Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano. Escrita por Antonio de Herrera, Coronista Mayor de S. M., de las Indias y su coronista de Castilla. En cuatro décadas desde el año de 1492 hasta el de 531. Madrid 1730. Década I. Libro VIII. Cap. IV., página 211.

tares recordaban sus más remotas tradiciones y celebraban sus fiestas y ritos. El primer *areito cristiano*, segun el Sr. Bachiller y Morales, fué el compuesto á la vírgen que Ojeda dió al Cacique de que hemos hecho mencion, y que se conocia por el *areito de Nuestra Señora la madre de Jesús*.

Perdidas, pues, tales canciones, cuyo interés histórico y científico no es posible ponderar, tenémos que circunscribirnos á cuanto se refiera á la cultura castellana en Cuba, en su relacion con la poesía.

Aunque descubierta la Isla el 27 de Octubre de 1492, como es sabido, no fué reconocida hasta 1508 por el Capitan Sebastian de Ocampo que permaneció en ella cerca de ocho meses, pasando despues á la isla Española á dar cuenta del encargo que se le habia conferido. Un naufragio, hizo que en 1510 la visitara el intrépido Alonso de Ojeda, ya citado, que tan grata acogida hallára en sus naturales; pero su ocupacion y conquista no llegó á tener efecto hasta el año de 1511, en el cual, gobernando D. Diego Colon la mencionada isla Española, envió con tal fin al Capitan Diego Velazquez, natural de Cuellar, en Castilla la Vieja, quien pudo reunir trescientos hombres, entre ellos dos, cuyos nombres habian de ser famosos en la historia: Fray Bartolomé de las Casas y Hernan Cortés; el conquistador futuro del gran imperio mexicano, y el padre amoroso de los desvalidos indios.

Fácil es comprender, que no eran propicios aquellos tiempos para tareas literarias, y la conquista de Cuba no halló poeta que la cantáse, como tuvo con más suerte el indómito Arauco en el ilustre soldado y poéta D. Alonso de Ercilla. Por mucho que se registren las crónicas, no es cómodo dar con documentos que nos demuestren alguna señal del cultivo de las letras en la Isla; sin embargo, su conquistador Velazquez, fué cantado por Juan de Castellanos en sus *Elegias de Varones Ilustres de Indias* impresas por primera vez en 1859 (1), en una composicion de cincuenta octavas, de las cuales una así le retrata:

«Fué persona de cuerpo bien dispuesto,
»Robusto de sus miembros y velloso,
»Algo moreno, pero de buen gesto,
»Suelto, valiente, fuerte y animoso:
»Gastó sus bienes, más con todo esto
»Fué ménos liberal que cudicioso;
»Tuvo gran copia de oro, plata, cobre,
»Y al fin de su jornada murió pobre».

La Conquista de México y otros descubrimientos en el Continente, pronto causaron la despoblacion de la isla Cuba y casi su olvido, que no fué total gracias á su ventajosa situacion geográfica. Segun las curiosísimas apuntaciones de un libro manuscritos de Hernando de la Parra que se refiere á los años de 1562 á 1598, las artes, en la capital de la Isla no podian estar en más rudimentario estado, cual es el que así describe:

«Los bailes y diversiones en la Habana son graciosos y extravagantes, conservan todavía en los primeros la rudeza y poca cultura de los indígenas, y en la segunda la escasez y ningunos recursos de una poblacion que comienza á levantarse. Hay en esta villa cuatro músicos que asisten á los actos á que se les llaman mediante un prévio convenio. Son estos músicos, Pedro Almansa, natural de Málaga, violin; Jácome Viceira, de Lisboa, clarinete; Pascual de Ochoa, de Sevilla, violon; Micaela Ginez, negra horra, de Santiago de los Caballeros, vihuelista; los cuales llevan generalmente sus acompañados para rascar el calabazo y tañer las castañuelas. Estos músicos siempre están comprometidos y para obligarlos á la preferencia es preciso pujarles la paga y además de aquella que es exhorbitante, llevarles cabalgadura, darles racion de vino

(1) Biblioteca de autores españoles desde la formacion del lenguaje hasta nuestros dias, ordenada por don Buenaventura Cárlos Aribau. Tomo IV., Madrid. Rivadeneira 1847. Elegía VII., Elogio de Diego Velazquez de Cuellar, adelantado de la isla de Cuba ó Fernandina, con la descripcion de ella y la relacion de cosas allí acontecidas. En un solo canto. Páginas 70-73.

y hacerles á cada uno, tambien á sus familiares además de lo que comen y beben en la funcion, un plato de cuanto se pone en la mesa, el cual se lo llevan á sus casas, y á este obsequio llaman propina de la funcion. Estos mismos músicos concurren á las fiestas solemnes de la parroquia que son las de San Cristóbal, San Marcial, Córpus.....

»En obsequio de nuestro gobernador los mancebos de esta poblacion dispusieron una comedia la noche de San Juan, para cuyo efecto hicieron construir una barraca en las cercanias de la fortaleza, titulábase esta comedia: *Los buenos en el cielo y los malos en el suelo.* Era el primer espectáculo de esta clase que se hacía en la Habana y atrajo á todos sus moradores. Hubo mucho alboroto durante la representacion, porque la gente no acostumbrada á comedia, charlaba en voz alta y no queria callar, hasta que el gobernador le dirigió la palabra amenazando con el cepo al que no guardase el debido órden. La comedia se acabó despues de la una de la mañana y la gente regustada quedó tan complacida, que insistió en que volviera á principiar». (1)

---

(1) Protocolo de antigüedades, literatura, agricultura, industria, comercio, &, por D. Joaquin José García. Tomo I. Habana. Imp. de M. Soler 1845, página 297.

A propósito de la historia del *Teatro en Cuba*, leimos en *El Comercio*, periódico de Cienfuegos, correspondiente al 1º de Enero de 1868, que hacía más de doce años que el conocido y apreciado actor dramático D. José Robreño tenía reunido antecedentes para obra tan importante. El Sr. Robreño falleció en Pinar del Rio, en 1879; sin duda alguna que era persona idónea para llevar á cabo tal obra, y sensible és que sus trabajos no lleguen á ver la luz pública.

A nuestro juicio, con suma razon decia el articulista del mencionado periódico:

«Curiosa por demás debe ser la reseña, desde que se estableció el primer teatro en la Capital, que se tituló *Casa de comedias*, (hoy del. Sr. Mazorra) en el callejon de Júztiz; pasó despues á la alameda de Paula, hoy paseo O'Donell (*) y en 1775 se abrió el *Coliseo* conocido más tarde por *Teatro principal*, construido por el Sr. Marqués de la Torre (**) con auxilio del vecindario, y para dotar con sus productos la casa de *Recogidas* de San Juan Nepomuceno que aún existe en el callejon de la *Sigua:* teatro que fué en su época, el más hermoso y bello de los que tenía España, dándose en él óperas españolas desde fines del siglo pasado, hasta que en 1834 principiaron las italianas. Este lindo teatro es el mismo que acababa de sufrir una reedificacion, con la que estaba expléndido y elegante, cuando fué destruido por el terrible huracan del dia 11 de Octubre de 1846, de eterna memoria para esta hermosa Isla por los estragos que en ella hizo, y cuya destruccion se debe, segun hemos oido, á que los encargados de cuidarlo dejaron abiertas algunas ventanas de la parte del edificio que daba á la bahía, por donde penetraron las potentes ráfagas, que no teniendo por donde salir levantaron el techo del edificio, construido en forma de quilla de buque, y lo arrojaron sobre la calle de los Oficios, cerando con aquella mole las puertas de algunas casas, situadas entre las calles de Acosta y Luz:

Tambien anota el Sr. La Torre que hubo otro teatro en el Campo de Marte, donde dió principio á su carrera dramática el celebrado cómico habanero D. Francisco Covarrubias; pero éste debió

(*) De la Alameda segun el periódico *Regañon de la Habana* y D. Antonio Bachiller y Morales, pasó á la calle de Jesus María. ¿No sería á la de Cienfuegos en el barrio nombrado de Jesus María, y en cuyo teatro tambien se dió á conocer el poeta D. Francisco Poveda, segun D. Domingo Del Monte?...

(**) Son documentos útiles para el estudio de los progresos del Teatro en Cuba, el ya mencionado *Regañon de la Habana*, el *Criticon de la Habana* (1800), la *Historia de la isla de Cuba y en particular de la Habana*, por D. Antonio J. Valdés. Habana Oficina de la Cena, 1813. libro VI, páginas 178-182; *El nuevo Regañon de la Habana* 2 de Noviembre de 1830 á 28 de Febrero de 1832: *La Moda ó Recreo Semanal del bello sexo.* Habana 1829 y 1831; la excelente obra del Sr. Bachiller *Apuntes para la historia de las letras y de la Instruccion pública en la isla de Cuba* Tomo II, Cap. XXXIII, páginas 47-55, y el curiosísimo libro *Lo que fuimos y lo que somos ó la Habana antigua y moderna*, de D. José María de la Torre, Habana. 1857, página 119-120.

El *Coliseo* que levantó el General Marqués de la Torre, en el lugar que ocupa hoy el café de Luz y Hotel San Cárlos, fué avaluado en 42,258 *pesos cuatro reales fuertes* segun aparece en la primera *Guía de Forasteros* publicada en esta ciudad en 1780.

Es preciso llegar á la época del Obispo Morell de Santa Cruz, natural de la ciudad de Santiago de los Caballeros, en la isla de Santo Domingo, donde nació en 1694, para encontrar algunas muestras de la poesía de aquel tiempo. Consígnalas en su *Historia de la Isla y Catedral de Cuba*, que escribió siendo Dean de aquella iglesia, y que conocemos por las referencias del Sr. D. José Antonio Echeverría en sus artículos *Historiadores de Cuba* (1). En ella se traslada íntegro un poema, que analiza así el mencionado escritor:

«Titúlase *Espejo de paciencia*, y lo escribió en 1608 en octava rima, Silvestre de »Balboa Troya y Quesada, natural de la Gran Canaria, y vecino de Puerto Príncipe. »Visitaba su diócesis por el mes de Abril de 1604, el obispo D. Fr. Juan de las Ca»bezas Altamirano, á la sazon que en el puerto de Manzanillo estaba anclado un »bergantin al mando del arrojado pirata francés Gilberto Giron. Supo éste que el »Pastor estaba en las haciendas de Yara, cinco ó seis leguas de la costa; y con la es»peranza de un buen rescate, determinó apoderarse de su persona. Pensarlo y hacerlo »fué una misma cosa: amanecía apénas, cuando Gilberto y los suyos dieron sobre los »que saboreaban en Yara el sueño de la madrugada.

Y como en la Canaria en apañadas
acechan cabras ágiles cabreros,
que en los riscos están y en las aguadas
despuntando la grama en sus oteros;
y estando así paciendo descuidadas
dan de repente en ellas los monteros,
y con el sobresalto que allí influyen,
unas quedan paradas y otras huyen;
Así quedaron en la triste Yara
los que durmiendo estaban descuidados;
que despertando con zozobra rara
se vieron de enemigos rodeados:
unos huyeron la fortuna avara;
otros quedaron casi desmayados;
que el repentino estruendo y agonía
recogió al corazon la sangre fria.

---

ser un circo, porque recordamos que en una décima, (que publicamos completa), de las que acostumbraba hacer este gracioso (y que eran siempre muy oportunas), dirigiéndose al Circo habanero decia:

«En un Circo que de Marte
En el campo se formó,
Mi carrera principió
En el dramático arte:
Ya de ella en la última parte
A otro nuevo circo paso,
Y esto que parece acaso,
Será.—El destino intente
Que en un circo sea mi oriente
Y en otro circo mi ocaso».

»Despues hubo otro teatro en la calle de Cienfuegos, barrio de Jesus María; en 1830 el del Diorama con el objeto de presentar grandes cuadros del Sr. Vermay que era su dueño; en 1838 el espléndido y magnífico de *Tacon*, y en 1846 el del *Circo Habanero*, ya citado que despues se tituló *Teatro de Villanueva* en obsequio del Sr. D. Claudio Martinez de Pinillos primer Conde de ese título: siguiendo á *Tacon* en importancia y con más belleza arquitectónica, nuestro hermoso teatro *Estéban*, honra de Matanzas y que propios y extraños celebran haciendo cumplida justicia».

(1) *El Plantel.*—Directores: Ramon de Palma y José Antonio Echeverría.—Entrega 3ª—Habana.—Imprenta de R. Oliva.—Editor.—1838.—*Historiadores de Cuba.*—I. Morell de Santa Cruz, páginas 78-79.

»Por de contado que gente tan sobrecogida no dió mucho que hacer á los pira»tas; quienes, con mil denuestos y tropelías, se llevaron al Obispo, y á un canónigo »que lo acompañaba. No habia echado mal sus cuentas Gilberto: los vecinos de aque»llos alrededores, dolidos de tan triste lance, comenzaron á tratar del rescate, y al »cabo se concertó en 200 ducados, mil cueros y otras vituallas,

que esto de dar allana inconvenientes,
y ablanda todo género de gentes.

»Salieron las ovejas á recibir en la playa á su rescatado Pastor, con notable gus»to de todos, ménos del pobre canónigo, que quedó en rehenes hasta cumplir lo tra»tado; y como era de ley que en los cantos épicos hubiese su parte maravillosa y »sobre-natural, vinieron tambien á darle la bienvenida todas las náyades, napeas, »faunos y semicapros del cortijo, distinguiéndose especialmente las bellas amadria»des, que

bajaron de los árboles en naguas,
de virijí cargadas y de jaguas.....

«¡*Fuerza del consonante á lo que obligas!* A que un tan buen trovador como »Silvestre de Balboa Tróya y Quesada, disfrazase con tan estorbosa vestimenta á las »ninfas de los bosques, que no sé cómo se desenredarian de sus faldas en los saltos de »rama en rama á que las impulsa su natural condicion!—Cada cual fué presentando »al Obispo en muestras de regocijo, y con sendos acatamientos, quien una guanábana, »quien un plátano, éste un tabaco, la otra una viajaca, hasta que

.....de los estanques del contorno
vienen las lumniades, tan hermosas
que casi en el donaire y rico adorno
quisieron parecer celestes diosas;
y por regaladísimo soborno
le traen al buen Obispo, entre otras cosas,
de aquellas hicoteas de Masabo,
que no las tengo, y siempre las alabo:

»en lo que parece que no iba errado el Sr. Balboa, segun algunas autoridades gas»tronómicas.

»Libre ya el Obispo, parece que no faltaba más que cumplir la paga; pero es el »caso que habia pechos hidalgos en Bayamo, y entre ellos el de Gregorio Ramos, mozo »de espíritu; á quien pareciéndole vergonzoso dejar impune el atentado del pirata, »reunió, con la ayuda de Jácome Milanés, veinticuatro mancebos, flor y nata de la »valentía de aquellos campos. Antes de acometer la empresa, hizo Ramos reseña de »su escuadron.

Iba delante el capitan famoso
con su espada en la cinta, y en la diestra
una lanza que cuasi competía
con la famosa de oro de Argalía.
Jácome Milanés, que á donde quiera
pudiera parecer con su alabarda,
pasó, y por morrion una montera
de paño azul con una pluma parda.
.....
A su lado con él Martin Garcia
con un chuzo escogido entre cincuenta,
con su pluma de gallo en el sombrero,
más galan que Reinaldos ni Rugero.

Diego con Baltasar de Lorenzana
pasaron cada uno con su punta,

gallardos más que el sol por la mañana
cuando sale galan y agua barrunta.
Pisando con furor la tierra llana,
donde ántes habia estado con su yunta,
pasó Pedro Vergara el de los grillos,
con su aguijada al hombro, y dos cuchillos.
....

Luego pasó con gravedad y paso
un mancebo galan, de amor doliente,
criollo de Bayamo, que en la lista
se llamó y escribió Miguel Baptista.

»Emboscáronse luego en unas arboledas de la playa del Manzanillo, y con cierto »ardid consiguieron que Gilberto Giron bajase á tierra; pero no solo, sino con el ca»nónigo, y lo que es mejor, con veintiseis de los suyos, bien armados y dispuestos á »cualquier lance. Cayeron sobre ellos los del acecho, trabándose una encarnizada li»dia, en que por una y otra parte hubo loables proezas, y cuyo fin sabrá el que si»guiere leyendo.

Andaba entre los nuestros diligente
un etiope digno de alabanza,
llamado Salvador, negro valiente,
de los que tiene Yara en su labranza,
hijo de Golomon, viejo prudente;
el cual armado de machete y lanza,
cuando vido á Gilberto andar brioso,
arremete contra él cual leon furioso.

Don Gilberto que vido al etiope,
se puso luego á punto de batalla,
y se encontraron; mas quedó del golpe
desnudo el negro, y el francés con malla,
.....
Andaba Don Gilberto ya cansado,
y ofendido de un negro con vergüenza,
que las más veces vemos que un pecado
al hombre trae á lo que nunca piensa;
y viéndolo el buen negro desmayado,
sin que perdiese punto en su defensa,
hízose afuera y le apuntó derecho,
metiéndole la lanza por el pecho.

Mas no la hubo sacado, cuando al punto
el alma se salió por esta herida,
dejando el cuerpo pálido y difunto,
pagando las maldades que hizo en vida.
Luego uno de los nuestros que allí junto
estaba con la mano prevenida,
le corta la cabeza; y con tal gloria
á voces aclamaron la victoria.

¡Oh, Salvador criollo, negro honrado!
Vuele tu fama y nunca se consuma;
que en alabanza de tan buen soldado
es bien que no se cansen lengua y pluma.
Y no porque te doy éste dictado,
ningun mordaz entienda ni presuma
que es aficion que tengo en lo que escribo
á un negro esclavo y sin razon cautivo.

Y tú, claro Bayamo peregrino,
ostenta ese blason que te engrandece;
y á este etiope, de memoria digno,
dále la libertad, pues la merece,

De las arenas de tu rio divino
el pálido metal que te enriquece
saca, y ahorra ántes que el vulgo hable,
á Salvador el negro memorable.

»Así pagó su arrogancia el pirata, cuya sangrienta cabeza presentaron los mon»teros al ilustre prelado, que al verla, rogó al Señor por la salvacion de su ánima, »encaminándose todos en seguida al Bayamo. Allí fueron los regocijos, los cuentos y »los parabienes,

que la alegría tras de suerte amarga,
suele ser habladora y manilarga;

»y como todos eran cristianos viejos, se dirigieron á la iglesia para dar gracias á Dios »por su victoria, donde ya apercibidos el sacristan y otros cantores, entonaron un »motete, cuya música es lástima que no se conserve; con lo que dá fin á su poema el »buen Balboa.»

El poeta, no obstante lo que hemos ántes dicho, sobre la falta de noticias literarias de la época y cultivadores, halló quien en su elogio compusiera un soneto, y fué su autor, el regidor de la villa del Bayamo Juan Rodriguez de Sifuentes que así se expresó:

Las siete fortunadas Islas bellas
donde Marte y Amor tienen su asiento,
salen surcando el líquido elemento,
acompañadas de dos mil estrellas:

Y de aquel ámbar-gris, que en todas ellas
cria el Divino Autor del firmamento,
llega el süave olor que lleva el viento
por donde se conoce que son bellas.....

Llegan á donde vive el que las loa;
y como á hijo dulce y regalado,
laureóle las sienes cada una:

Y así quedó Silvestre de Balboa
de estas siete diademas coronado,
premio de su virtud, no de fortuna (1)

Desde luego, comprenderán nuestros lectores, que las producciones que vamos dando á conocer, están muy léjos de indicar en lo más mínimo el génio y la inspiracion del poeta del los trópicos. Su interés histórico, es lo que principalmente nos mueve á recordarlas en este lugar; considerando tambien, lo que interesa tenerlas en cuenta para juzgar más adelante el rápido desarrollo de nuestra cultura poética, y cómo el sentimiento artístico, ha ido formándose en este pueblo tan poco estudiado en su privilegiadísima contextura para cuanto glorifica los tranquilos placeres de la vida intelectual.

Pasó ya, felizmente, el tiempo en que el amor á las letras no se concebia sino en la quietud de las celdas, y la literatura sin influencia social, no podia estimarse como poderoso medio para el adelanto moral y político de los pueblos. La noble poesía, que áun los más rudos é incultos han tenido desde su orígen—que el canto, esa expresion humana de las dichas ó dolores del alma en todas latitudes se ha demostrado—vagó primero por los bosques, tierna unas veces, guerrera las más; vistió la acerada cota y el pesado casco; infundió en los hombres dos sentimientos que son sin

(1) *Aguinaldo Habanero.*—Editores Ramon Palma y José Antonio Echevarria.—Habana.—Imprenta de D. José Maria Palmer.—1837.—Un episodio de la Historia de la Isla de Cuba.—1604, por Ramon Palma. Páginas 43-53.

duda los primeros signos de civilizacion, el amor á la gloria y á la patria; vagó un dia triste y silenciosa por los claustros; cantó al pié de los sombríos torreones de la Edad Media ó en los banquetes de los orgullosos señores feudales; aplaudió el triunfo del vencedor en las batallas, lloró en la tumba de los vencidos, sin que los hombres pudieran alcanzar lo que en tiempos futuros habria de valer para desviar á los pueblos del grosero materialismo, hermoseando con sus galas las alegrías y penas de esta odisea de la vida, desde que brilla con el idilio en su primer mañana, hasta que se cubre con el manto de la elegía en las tristes noches de dolor.

Así, meditando en la formacion de las literaturas no es asunto tan baladí como á primeras suelen muchos juzgarlo, él salvar del olvido los signos de los primeros esfuerzos hechos por el hombre en tan noble tarea.

Gracias al ilustrado y laborioso D. Manuel Dionisio Gonzalez, podemos hoy conocer algunas producciones de remota fecha, de bardos del interior de la Isla, poco apreciados todavía, merced al olvido en que han estado sumidas las letras entre nosotros. En la villa de Santa Clara nació en 1696 D. José Surí y Aguila, de familia pobre, dedicada á las labores agrícolas, á las cuales desde edad bien temprana tambien le fué preciso dedicarse. «En el campo mismo—dice el Sr. Gonzalez—y en medio »de sus acostumbradas faenas, entreviéronse los primeros destellos de su inteligencia »con no poca admiracion de algunos que lo conocian. Sin haber hecho nunca un verso, »ni demostrado siquiera inclinacion á la poesía, y hasta olvidado de lo poco que ha»bia aprendido en la escuela, sintióse una vez inspirado, y de repente, dando riendas »á su inspiracion, entonó allí sus primeros cantares, alusivos á las tareas en que á la »sazon entendia (1)».

Más tarde, pudo consagrarse al estudio, adquiriendo el conocimiento de la lengua latina y el de la historia, sobresaliendo en la sagrada. La poesía, tampoco fué olvidada en sus afanes y la lectura de las obras que en aquel tiempo podian llegar al pueblo de su residencia, dirigieron sus inspiraciones, que son exacta copia en su estilo y gusto de las que se aplaudian por entónces en muchos poetas nacionales.

El estudio de la medicina parece que llegó á ser el que más ocupó su vida, ejerciéndola con acierto, pero sin título por aquellos lugares, hasta que denunciado al Protomedicato, fué llamado á la Habana de órden del Capitan General en 1743. De tal modo se condujo con el tribunal, para el cual escribió un tratado en verso sobre asuntos de la facultad, que en el acto recibió el título de médico y farmacéutico, Vuelto á Santa Clara, se consagró con fervor á su profesion, sin olvidar por esto á la poesía reveladora principal de su talento.

Refiriéndose el mencionado Sr. Gonzalez á sus producciones nos dice: «Hay en »ellas armonías y facilidad, no les falta belleza, y á par una imaginacion creadora, »nótanse tambien pensamientos ingeniosos.....Tenía Surí extraordinaria facilidad »para la improvisacion, de tal modo, que segun una costumbre de su tiempo, rara era »la festividad religiosa á que no asistia, para entonar ante la imágen á que se consa»graba, sus cánticos laudatorios; pero donde más lucía era en la solemne funcion del »*Corpus*, pues al exponerse la Magestad Sacramentada en cada uno de los altares »erigidos en la carrera de la procesion, se le daba lugar para que tuviera efecto la »expresada ceremonia». En prueba de esa facilidad á que le acompañaba una memoria asombrosa—agrega el Sr. Gonzalez—expondré un hecho, ocurrrido en la villa de *Sancti Spiritus*. «Se hallaba en ella de paseo á tiempo de celebrarse allí la fiesta de »un Santo, y conociéndole muchos, fué invitado para que se encargase de la *loa* ó »canto laudatorio. El se excusó al principio, y no pudiendo al fin evitar el compro»miso, tuvo que prestarse á la exigencia, pero con la condicion de que habian de »proporcionarle el manuscrito del panegírico que iba á pronunciarse en la misma fes»tividad. No fué esto difícil, y apénas le dió una simple lectura, cuando llegada la

(1) Memoria histórica de la villa de Santa Clara y su jurisdiccion por D. Manuel Dionisio Gonzalez. Villaclara, Imprenta del Siglo. Calle de San José número 18.—1858. Biografía. José Surí, 431-440.

»oportunidad, se presentó ante la imágen y recitó lo sustancial de la oracion en bue»nos versos, con aplauso de todos los que le escuchaban»,

De este hombre singular, que murió el 30 de Octubre de 1762, y del cual con suma razon puede decirse «que si no habia alcanzado á conquistar los láuros del genio »tampoco debe contársele en el número de esos vulgares y mezquinos versificadores »que son el oprobio del arte», pudo el Sr. Gonzalez reunir seis romances, *A la Purísima Concepcion*, *A San José*, *A la Vírgen del Cármen*, *En la festividad del Corpus*, *A Udeliquia*, *A Sodalia*, dignos por más de un concepto de ser conocidos al reseñar nuestros progresos literarios, No vacilamos en presentar algunas muestras del estro del poeta Surí.

A LA PURISIMA CONCEPCION.

En los éxtasis de Patmos,
Juan, águila caudalosa,
La gran ciudad del Empíreo,
Vió y describe de esta forma.
Los fundamentos del muro
Eran de piedras preciosas,
Jaspe, zafiro, topacio,
Esmeralda y calcedonia,
De crisólito y berilo,
Sardio, jacinto, sardonia,
Crisoprasio y ametisto
De estructura cuadrilonga.
Reducidas doce puertas
Tenía la ciudad hermosa,
Tres á Oriente, tres al Austro,
Seis al Occidente y al Bóreas:
Un querubin cada puerta
Guardaba, y la ciudad toda
Era de oro acrisolado,
Cristalino y sin escoria:
Doce raras margaritas
Eran las puertas vistosas,
Y para que todos entren,
Abiertas á todas horas
Del dia, que en tal ciudad
No habrá noche tenebrosa,
Ni entrará cosa manchada,
Porque tal comercio estorban
Los valientes capitanes
De las invencibles tropas,
Que defienden el recinto
De esta ciudad portentosa.
En ella no se vió templo,
Que Dios por templo la honora,
Y el Cordero, sol y luna,
Tampoco en ella se notan,
Pues un brillo inaccesible,
La ilumina y la mejora.
La lucerna es el Cordero,
Y las gentes más remotas
Con sus tetrarcas ó reyes
Llevarán á ella su gloria.
Ahora, pues, cristiano pueblo,
A quien la fé santa honora,
Patente está á nuestra vista
De ciudad tan majestuosa
Un admirable diseño,
Una peregrina copia,
En el tipo ó simulacro
De esta inmaculada Aurora.
¡Oh! si esta nítida estrella
Prestase á mi musa tosca
El más mínimo destello
Para perorar sus glorias ..!
Empero, aunque titubeante
El plecto, y la lira ronca,
Diré, que el jaspe señala
La fortaleza grandiosa,
Que en el instante primero
De la Concepcion dichosa,
Infundió el Omnipotente
En esta excelsa Paloma,
Para domar los abismos
Con sus horrísonas tropas,
Libertando á quien la obsequie
De las ínferas mazmorras,
Por más que gima el orgullo
De las hidras eritóneas.
El zafiro representa
La tranquila paz heróica,
Que desde su Concepcion,
María, siempre viadora,
Gozó viéndole inmutable
Cara á cara ¡rara cosa!
Con singular privilegio
De comunicar piadosa
Este don inestimable
A las almas sus devotas:
De María el dulce nombre
Indica la calcedonia,
Con resplandor y virtudes
Que á este mar de gracia adornan,

Rubricando la esmeralda
La esperanza que transforma
Este ser inmarcesible,
Este nardo ó amapola.
Cuya virtud sus amores
En esta universal mória,
Logran infaliblemente
Si con fé y amor la invocan:
Los tres colores distintos
Con que brilla la sardonia,
Blanco, negro y nacarado,
Significan las congojas,
Los gozos y el puro amor
Que esta inocente Paloma
Por su encarnado clavel
Gustó en diamantina copa,
Cuyas virtudes egregias
Distribuye generosa
Con los dichosos que ocurren
A este golfo sin zozobras.
En el crisólito y sardio
Y berilo, se retocan
Las recitadas virtudes
Que en María se epilogan,
Su intacta virginidad
Allí el topacio pregona,
Venciendo á los serafines
En pureza nuestra rosa.
El crisoprasio y jacinto
Y el ametisto, peroran,
Con las doce margaritas,
Dones que el discurso agotan.
Lo interno de esta ciudad
Todo entendimiento absorta,
Pues allí la Omnipotencia
Fijó el *non plus* de sus obras,
Y se prueba en que la hizo
Su Hija, su Madre y Esposa,
Templo, altar, ara, sagrario,
Y dignísima custodia.
Los ínclitos capitanes
Que la guardan y la rondan,
Mejor que los celebrados
De la sangre de castriotas,
Son los invictos campeones
Que el estandarte tremolan
Del impecable Cordero,
Apesar de Babilonia.
Miguel, príncipe supremo
De las jerarquías todas,
Pues con el *quis sicut Deus*
Al soberbio dragon postra,
Y mi gran Padre Francisco
De sus hijos apológia,
Imágen viva de Cristo,
De amor de Dios mariposa,
Que en divino fuego arde
Como la sagrada historia
.....
Fénix de feliz Arabia,
De divina perla concha,
Ciudad de Dios admirable,
Torre que al infierno asombra,
Alto ciprés del Sion,
Jardin que delicias brotas,
Al que con ferviente esmero
Y solercia religiosa,
Cultos te rinde, genuinos,
En holocaustos y aromas,
El don de perseverancia
Concédele muy piadosa,
Hasta que suba á elogiarte
Allá en las eternas bodas
Del sacro imperial olimpo,
Donde emperatriz te adoran,
A honor de aquel que te hizo
De cielos y tierra antorcha.
Todo el venerable clero
Que te acompaña y honora,
Por tí la viña convierta,
Hibleo de tal Pomona:
El Cabildo y la Milicia
Con tu proteccion depongan
La presumida arrogancia
De las malsines gorgonas,
Y, en fin, Reina inmaculada,
Logren tus misericordias
Cuantos con fé y humildad
Y cordial amor te encomian.
¡Oh gran ciudad de refugio!
Estos dislates perdona,
Que de un querubin los ecos
Quisiera en tus laudatorias;
Y del solar pavimento
A las altas claraboyas,
Al compás de lira y arpa,
Canciones digan, canoras,
Que viva, que triunfe y reine,
Eternamente dichosa
La inmaculada María,
Nuestra Palas triunfadora.
Viva el invicto Miguel,
Cuya espada cortadora
Al Goliat luciferino
La indómita cerviz tronca,
Viva el alférez de Cristo,

Pues de su banda una orla
Fué antemural diamantino,
Defendiendo á esta Señora:
Viva el Vicario de Cristo
Hasta que á la augusta Roma
Metrópoli haga sublime
De la universal colonia:
Nuestro gran Cárlos tercero
Viva, para que la Europa,
Africa, América y Asia
Por dueño le reconozcan:
Viva el dichoso oferente
De este obsequio y ceremonia,
Porque más y más festeje
A esta divina Clevonia,
Como sabios tolerando
Impericias de la obra,
Que su autor de Cavelino
No ha gustado ni á Helicona.

A UDELIQUIA.

(FRAGMENTO.)

Udeliquia, siempre hermosa,
A quien por deidad veneran
Sobre alcatifas doradas
En esa mansion febea
Del regio coro de Clio
Las nueve ninfas supremas.
Ya que á obsequio de tu culto
Al teatro alguna letra,
Me has mandado que repita.
Quiero, sino te molesta,
Propalarte una batalla,
Que en los campos de Amaltea,
Previno el vendado dios
Al muro de mis potencias.
Cuando yo en pueriles años
Vivia en quietud serena,
Como rey de mi albedrio,
Siguiendo.. .....
No de Venus las delicias,
La educacion de las letras,
Y cual otro Lisidonio
En la venatoria escuela,
Me inclinaba al ejercicio
De Diana allá en la maleza,
Sin obviar por esta via
Los influjos de Minerva,
Que tal vez expresa el alma
Por énfasis sus dolencias
.....
....
¿No habeis visto cuando el Ponto
Fugaz aquilon altera,
Que en promontorios de nacar
Ondas cerúleas bosteza,
Como amenazando ruina
A toda la faz terrena,
Que entre Caribdis y Scila
Los tritones y nereidas
A bordo de las fluctuantes
Trágico faro fomentan?
Pues á su simil Cupido,
Marchaba con arco y flecha,
Morrion, escudo y celada
A la usanza de la guerra.
.....
....

Otros dos poetas más nos ha dado á conocer el Sr. Gonzalez en su interesante libro: D. Mariano José de Alva y Monteagudo, y D. Lorenzo Martinez de Avileira. Ambos nacieron en Santa Clara; el primero en 28 de Noviembre de 1761 y el segundo el 2 de Marzo de 1722.

Alva falleció en 1800, y segun el historiador ya citado, reunia á un genio festivo y una imaginacion ocurrente naturales disposiciones para la poesía. Martinez Avileira, se ordenó de Presbítero á los veinte y seis años, siendo siempre aficionado á la literatura.

De Alva, que improvisaba con facilidad, es la siguiente *glosa*, cuyo género era tan de gusto de nuestros abuelos.

No sale el sol tan triunfante
En su carroza divina,
Al verte tan peregrina
En competencia de Cleante.

Cuando en su esfera luciente
Raya tu hermoso arrebol,
En tinieblas miro el sol
Sepultarse en occidente.
Luz eres en el oriente
Del mejor Titan radiante
No hay ningun horoscopante
Que no padezca desmayos,
Pues al ver tus claros rayos
No sale el sol tan triunfante.
No se halla en el firmamento
Astro de tantos esmeros,
Que á tus dos bellos luceros
Igualen en lucimiento:
Por non plus ultra te cuento
En la esfera diamantina,
Luna la más cristalina
En púrpura y arrebol,
Que no te compite el sol
En su carroza divina.

De Apolo la ninfa bella,
Es un asombro, un borron,
Porque al ver tu perfeccion
Es junto al sol una estrella:
Que en distraida querella
Hácia su ocaso se inclina,
Y la tersa clavellina,
Que pintó el pincel Libleo,
Pierde su matiz y aseo,
Al verte tan peregrina.
Entre las nueve del coro
Tú eres la más singular,
Venus no te ha de igualar,
Ni Juno en su trono de oro:
De todas eres desdoro,
Por más hermosa y triunfante,
Tu eres el mejor diamante,
Tesoro de rica mina,
Eres la más peregrina
En competencia de Cleante.

Críticos severos, tal vez nos digan que las humildes muestras que vamos presentando de nuestros primeros pasos en la poesía, carecen de mérito real para que aquí las recomendemos. No lo juzgamos nosotros así. Estamos íntimamente convencidos, que como ha dicho uno de nuestros más esclarecidos literatos, y crítico preeminente, el Sr. D. Francisco de Paula Canalejas, «es una verdad primera en estudios críticos, que cuanto ha sido santificado por el arte, por la historia ó por la religion será perenne é inagotable fuente de inspiraciones. No cerremos los horizontes, agrega, ni al Oriente ni al Occidente. ¡Que sean infinitos, como es infinito el espíritu humano!» Y estas frases de tan experimentado maestro, refiriéndose al estado actual de la poesía lírica en España, donde las letras tienen una historia tan antigua como brillante, no pueden ménos que recordarse al consignar nuestros humildísimos principios, viviendo como vivian nuestros abuelos, casi ignorados, en una Isla que parecia olvidada, áun dos siglos despues de su descubrimiento. Es el estudio del pasado más provechoso de lo que comunmente creen espiritus superficiales. Así, cuando reflexionamos en los adelantos intelectuales que Cuba ha alcanzado, y con mirada retrospectiva nos fijamos en las obras de nuestros progenitores, producidas cuando vivian alejados de todo trato literario, cuando la sola vida de un incipiente tráfico mercantil era lo que les ocupaba, entonces és cuando adquirimos mayor fé en los futuros destinos de esta tierra, que hoy, hoy nada más, es cuando empieza á ser considerada, cual lo merece en todos conceptos.

Que el ejemplo de los pocos que entre nosotros se dedican con perseverancia á útiles disquisiciones del pasado, sea fructífero es lo que nosotros anhelamos; que pronto, tal vez, nuevas obras demostrarán la bondad indiscutible de estudiarlo para llevar á cabo nuestra historia política y literaria, y para asegurar los bienes del porvenir.

Si abdicamos para siempre del orgullo egoista y funesto, que tanto daño nos ha causado, cual ha sido creernos en todo, y sin fundamento, superiores á nuestros padres; si filosóficamente investigámos nuestros orígenes literarios, para convencernos como decia el ilustre sabio, que la filosofía es la última y la primera expresion de la razon humana; el porqué de lo pasado, el cómo de lo presente, el cuándo de lo futuro; que el genio filosófico presupone el gérmen artístico y que el arte lanza á destellos la más honda filosofía, á veces sin conciencia de su obra, en breve puede llegar el dia, que Cuba adquiera la primacia que está llamada á tener por las privilegiadas dotes intelectuales de sus hijos, entre los demás pueblos de nuestra raza en el mundo de Colon.

II.

Un suceso inesperado que puso de relieve el valor y la dignidad de los cubanos, suceso cuya influencia en nuestra cultura no ha sido todavía juiciosamente considerado, vino á dar renombre á Cuba y á que la fama hiciese conocer las proezas de sus hijos. El 6 de Junio de 1762, al amanecer se presentaba á la vista de la ciudad de la Habana, una poderosa escuadra inglesa para su conquista, á cuyo intento no daba crédito á primeras, el Gobernador de la Isla (1).

Prontamente difundióse la noticia por la ciudad; y aunque prelados y militares y otras personas de influencia en la sociedad, que sin cesar visitaban el castillo de la Fuerza, donde tenía su morada el Sr. Gobernador D. Juan de Prado Portocarrero, aseguraban que nada tenía que temer la plaza de la escuadra, no tranquilizaba esto el ánimo de los habitantes, que ya al medio dia empezaron á ver en algo motivo para sus temores, y en un todo los vieron confirmados al llegar la tarde, en la cual se reunió el Consejo de Guerra para tratar del caso.

El estado de la plaza de la Habana nada seguro ofrecia para su defensa, dado un enemigo numeroso y bien dispuesto para el ataque; y culpable abandono era el tener tan desprovista de todo elemento de resistencia una de las más envidiadas joyas de la corona de Castilla, siempre amagada de piratas y con bastante frecuencia por ellos profanada con menoscabo de vidas é intereses, desde que el genio del gran Almirante, cuyos huesos en nuestra Catedral descansan, la diera á nuestra patria.

Era la Habana, por este tiempo, ya considerada como una de las principales ciudades de la América española.

No habia dádole aún el comercio el gran impulso que felizmente recibiera en la primera década del presente siglo, y el atraso de su agricultura poco podia contribuir para su engrandecimiento. La posicion geográfica de Cuba, situada á la entrada del golfo mejicano, es de una importancia de tal magnitud, que no podia pasar inadvertida en las miras interesadas de los enemigos de España.

En el puerto de la Habana hacian escala las flotas del tesoro nacional procedentes de Nueva-España, de cuyo rico reino, en moneda acuñada de aquel país, recibió esta capital para su fomento y el de la Isla, desde el año 1690 hasta 1807, como situados, de órden del rey, la importante suma de ciento cincuenta y un millones de pesos. Empero, no obstante las riquezas que á Cuba afluian y las naturales en abundancia por su feraz naturaleza, en gran descuido se vivia para su seguridad, confiados muy principalmente los gobernantes en lo inaccesible de sus costas, lo que no impedia por cierto las frecuentes depredaciones piráticas. En la época á que me refiero, contaba para escudo contra sus enemigos esta capital, con su recinto que lo componian unos muros mal formados, sin el espesor y altura que se requería, sin terraplenes, y cuyos muros se resentian notablemente en las pruebas hechas con la artillería; tenía además la fortaleza de la Fuerza, Punta, Castillo del Morro, la Cabaña, posicion elevadísima que puede llamarse llave de las puertas de la ciudad, y por la costa, solo el aislado torreon de San Lázaro, fortin de la Chorrera y torre de Marianao; esto por sotavento, que por el lado opuesto de barlovento, donde las playas tanto favorecen un desembarco, solo habia el fuerte de Cojimar (2) que está á una legua del castillo del Morro, y más por la costa la pequeña torre de Bacuranao, que era solo útil como vigía.

La guarnicion de la plaza, segun la defensa fiscal del mariscal de campo D. Diego Tabares, cuya copia manuscrita tenemos á la vista, consistia en ocho compañías

---

(1) La Familia. Revista quincenal de Artes, Ciencias y Literatura. Dedicada á las madres cubanas. Directores: Antonio Lopez Prieto y Tomás Delorme.—Año I, núm. 5. Habana, 15 de Setiembre de 1878.—María Zaldivar. Episodio de la toma de la Habana por los ingleses en 1762.—Páginas 118-123.

(2) Aun existe este fuerte, hoy casi en ruinas, que nuestro gobierno y el Ayuntamiento de Guanabacoa deben reparar y conservar como un rico recuerdo histórico. Ha sido cantado por el poeta cubano D. Juan Güell y Renté.

del regimiento de España, cinco del de Aragon, algunos del regimiento Fijo, artilleros y dragones, que sumaban en todo unos mil novecientos hombres.

Exiguo, y en su mayor parte inútil era el armamento que á los defensores podia darse, así como las municiones de guerra. La artillería montada de bronce y de hierro que habia en la plaza y en los castillos del Morro y Punta, tampoco era la que podia prestar medios seguros para una larga resistencia.

Colocáronse en el Morro sesenta y cuatro cañones; reuniéronse veinte mil balas de todos calibres, veinte y tres palanquetas, un mortero de hierro de doce pulgadas, doscientas sesenta y nueve bombas, de ellas muchas inservibles, treinta y seis quintales de metralla, ochenta y tres de pólvora, cincuenta y ocho fusiles y veinte y dos granadas de mano, cargadas. Habia en la Punta veinte y un cañones de bronce, sesenta y nueve balas rasas, diez y seis quintales de pólvora y tres de metralla; de todo ello, mucho considerado inútil, tanto era el abandono en que estaba este importante ramo de la seguridad de Cuba.—En la ciudad, encontráronse en la sala de armas, tres mil cuatrocientos treinta y nueve fusiles—los más inútiles de momento—tres mil quinientas una bayonetas, sesenta y siete pares de pistolas, ciento diez y siete quintales de balas de fusil, cuatro mil quinientas siete granadas de mano y treinta quintales de metralla.

Tal era el estado de la plaza de la Habana para resistir á la escuadra inglesa que se presentaba, compuesta de veinte y ocho navíos de línea, dos de tres puentes, diez fragatas, cuatro bombardas y ciento ocho buques de transporte con diez y ocho mil hombres de tropa, dos mil negros para los trabajos y numerosa tripulacion adiestrada en el manejo de las armas.

Doraba todavía el sol con sus rayos las verdes campiñas cubanas, cuando las campanas de castillos y conventos, echadas á vuelo, el sonar repetido de cornetas y tambores y la confusa muchedumbre que por calles y plazas se agitaba; el temor marcado en el rostro de los pusilánimes, el valor y el entusiasmo en los de la valiente juventud que en bélico ardimiento se aprestaba al combate, el llorar de las mujeres, todo daba á conocer lo que en los ánimos pasaba con la presencia del invasor. El toque de rebato, quejido de la patria en peligro que llama á sus hijos, reunia las milicias y cuerpos destacados en los alrededores de la ciudad, que corrian unos á preparar sus armas, otros al lado de sus compañeros al punto de cita. Acuarteladas quedaron esa noche las milicias y distribuidas parte de las fuerzas de que podia disponerse, del modo que se juzgó más conveniente.—A pesar de los esfuerzos hechos, al siguiente dia desembarcaron en Cojimar diez mil fusileros ingleses en doscientas lanchas, sin que los cuatrocientos hombres de milicias de la plaza, del campo y de Guanabacoa pudieran impedirlo. Tan pronto esta noticia llegára á la capital, grande fué la consternacion y el temor que de la mayor parte de sus habitantes se apoderó; y entónces reforzáronse las fortalezas y armáronse de machetes y lanzas los esclavos, que unidos á sus señores, iban á sostener la lucha.

Un bando de la Junta de Guerra mandó salir de la ciudad á los ancianos, mujeres y niños y llamados los prelados de las congregaciones religiosas les fué notificado el abandono que tenian que hacer de los conventos, acompañando en su salida á las vírgenes del Señor, que el fortuito caso hacia romper sus votos de clausura. Por las puertas de tierra, que existian en el mismo lugar donde se ha levantado el hermoso palacio de la Excma. Sra. Marquesa viuda de Villalba, uno de los edificios que más fama dan á nuestra ciudad (1), salieron los desterrados, y en verdad que aquel su-

(1) Al venderse los terrenos de las murallas y destruirse los baluartes que rodeaban la llamada *Puerta de Tierra*, el Excmo. Ayuntamiento determinó dejar subsistente como monumento histórico, el arco que formaba la puerta y que ostentaba un magnífico escudo antiguo de España, labrado en la piedra de que el arco estaba construido.—Formóse un pequeño parque delante del arco y en el frente que dá á la calle de Riela se puso una lápida con inscripcion conmemorativa. El arco cayó sobre él se ha levantado la hermosa fábrica que menciono; la lápida no sabemos donde se ha llevado. Era de mármol blanco con letras negras grabadas.

Ahora que de recuerdos históricos nos ocupamos, llamámos la atencion del Excmo. Ayuntamiento de esta Capital hácia la garita que todavía existe en el pedazo de muralla que está detrás de

ceso fué digno del pincel de un inspirado artista y de la lira de un gran poeta. Iban las monjas de los conventos de Santa Clara, Santa Teresa y Santa Catalina acompañadas de los religiosos que componian las órdenes que existian en la ciudad, las unas abrazadas á una imájen ó reliquia, las otras custodiando los vasos sagrados y aquellos objetos que precipitadamente habian podido tomar en los momentos de ser necesaria la salida. Seguian atribuladas madres, sosteniendo en sus brazos, llenas de lágrimas, á sus tiernos hijos, afligidas doncellas y pobres ancianos, que con trémulo paso, marchaban trabajosamente sobre un terreno que las lluvias de dias anteriores tenian en mal estado. ¡Cuadro tan conmovedor, página tan interesante de nuestra historia no ha tenido aún poeta que la inmortalice! ¡Y se dice todavía que no tenemos historia!

En lo alto de las murallas los esposos, los padres, los hijos daban sus adioses á las prendas caras á su corazon, que á la ventura, tristemente, abandonaban la ciudad en aquellos momentos de indecible angustia, adioses que eran contestados con gritos desgarradores por la infeliz gente desterrada.—Los pueblos de Santiago y Managua fueron su asilo; más antes de llegar á ellos, fatigas innumerables pasaron, sufriendo las lluvias y el sol y atravesando numerosos pantanos y fragosos bosques.—Una vez allí, repartiéronse las religiosas y familias en bohios, y en aquellas habitaciones que la caridad les ofrecia, hasta que llegado el capitan de navío D. Juan Ignacio Madariaga, consignóse un real de plata diario á cada persona y dos á cada familia. Este socorro no alivió la miseria que cada dia aumentaba con la absoluta carencia de aquellas cosas más necesarias al comun sustento. Algunas monjas, religiosos y familias, pasaron dias más tarde al Bejucal, y muchos encontraron grata acogida en los ingenios de Dª Inés Gonzalez y D. Agustin de Cárdenas que se les franquearon, sin que los cuidados y atenciones recibidas evitasen enfermedades y muertes entre aquella multitud de ancianos, jóvenes y delicados niños.

Omitimos por no ser de este lugar el pormenor de los trabajos de fortificacion de la Cabaña, Morro y demás castillos, la entrada de los ingleses en Guanabacoa, desamparada ya de sus vecinos, y en la cual nada perdonó la rapacidad de los invasores; las victorias del valiente cubano D. Luis de Aguiar, Chacon, Aguirre, Aróstegui, Ruiz y las del guerrillero José Antonio Gomez (1) y la de otros tantos que se distin-

---

la iglesia del Angel y que en la parte que mira á los antiguos fosos tiene un escudo tambien labrado en la piedra como el que tenía la Puerta de Tierra.—Nada cuesta sacarlo y que se conservase en la Seccion de Historia de la Real Sociedad Económica.

(1) El Sr. D. Juan Arnao, en su libro *Páginas para la historia política de la Isla de Cuba*, Broocklin, 1877. Cap. I, pág. 1, sin pruebas que lo justifique, se arroja á decir que el valiente guerrillero de Guanabacoa *murió en una de las bartolinas del Morro*. Nos alegramos que pronto se nos haya presentado ocasion de demostrar lo contrario, con un documento que aleja desde luego toda controversia sobre el particular. Puede verse en el archivo de la Iglesia Parroquial de Guanabacoa, el asiento de la partida de entierro del Regidor Teniente Mayor de Provincia, D. José Antonio Gomez, libro cuarto, foja veinte y cuatro, partida número ciento cincuenta y cinco. Ella dice así:

«En la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asuncion de esta villa de Guanabacoa, en nueve de Mayo de mil sietecientos sesenta y tres años, el Regidor Teniente Mayor de Provincia D. Joseph Antonio Gomez, natural de esta dicha villa, hijo legítimo de D. Bernardo Antonio Gomez y de Dª María Buyones, habiéndosele suministrado los Santos Sacramentos posibles á causa de la cruel guerra con el inglés; otorgó su testamento por ante D. Pedro Guerrero, Escribano público, su fecha en 25 de Julio del próximo pasado año de 62, porque dispone que su cuerpo se amortaje con el hábito de nuestro padre San Francisco y sepultado en la iglesia parroquial de esta villa, sino lo impidiese la invasion del enemigo, y verificada esta imposibilidad, en la iglesia del partido en que falleciere, en la sepultura que elijiesen sus albaceas, á cuya disposicion deja lo demás de su funeral, manda se le digan las tres misas del alma y más ciento cincuenta, incluidas en éstas las treinta de San Vicente Ferrer y que se le pague separadamente la cuarta de su caudal, y que se den de limosna cuatro reales á la cera del Santísimo Sacramento, otros cuatro reales á los Lugares Santos de Jerusalen á la funcion del Santo Entierro de Cristo y dos reales á cada una de las mandas forzosas; manda de limosna á Nuestro Padre San Francisco veinticinco pesos y otros tantos á Nuestro Padre Santo Domingo, declara ahora doce años que casó con Dª Narcisa de Soto en cuyo matrimonio tuvieron por sus hijos legítimos á D. Narciso, Dª Josepha, Dª Luisa, Dª María de la Concepcion, Dª Gertrudis y Dª Theresa Gomez, á los cuales hijos nombró por sus únicos herederos, y por albaceas á la dicha su esposa, á D. Jorge Antonio su hermano, al Bachiller D. Hilarion de Arroyo, á

guieron derramando su sangre generosa por esta hermosa Cuba, predilecta hija de España, así como otros muchos incidentes del sitio.—«Miembros todos de la gran familia española—dice el historiador Guiteras—identificados con los estrechos vínculos de una misma religion, idioma y costumbres, y regidos y gobernados bajo iguales principios de legislacion civil y política, se veian el nervudo vizcaino, el grave navarro y el activo catalan, unidos con el culto castellano, el andaluz alegre, y el criollo de ojos centelleantes, rivalizando en el glorioso deseo de medir sus fuerzas con el enemigo, castigar su arrojo y salvar la porcion de la patria comun del riesgo inminente que la amenazaba.» (1)

El dia 16 de Julio, herido de la explosion de una bomba, segun una relacion manuscrita de la época, y segun otros á causa de un golpe recibido en la espalda, tuvo que retirarse del Morro y pasar á la ciudad su valiente comandante D. Luis Vicente Velasco, acompañado de D. Bartolomé Montes, su segundo, necesitados ambos de curar sus heridas.

El 24, repuesto ya el ilustre Velasco pasó nuevamente al Morro, *despues de haber cumplido con la religion, como quien espera la muerte*, acompañándole el marqués Gonzalez, unos ochocientos soldados, algunas personas que voluntariamente se ofrecian, entre ellos muchos hijos de Cuba, cuyos nombres han muerto en el olvido, todos resueltos á vencer ó morir en el castillo, cuyo nombre habia de ser un timbre más de gloria para la patria.

Desde el dia 16, en el cual Velasco se vió obligado á abandonar el castillo, hasta el 24 en que regresó, habia permanecido este en una completa inaccion, mientras el enemigo obtenia grandes ventajas con la mina que preparaba y que habia de franquearle por el asalto su entrada. D. Bartolomé Montes, vuelto á la fortaleza dias antes que Velasco, mas sin facultades de mando, tuvo que esperar la llegada de su castellano. El jefe que ocupára el difícil cargo de comandante en ausencia del héroe, falto de pericia y de valor, mantuvo las tropas en descanso; acalló los cañones y solo se ocupaba en reforzar los muros de defensa con gruesos maderos. Tan luego Velasco inspeccionó todo y comprendió lo inminente del peligro con la proximidad del enemigo ya al pié de los fosos, desde cuyo lugar con sus fusiles apénas dejaba aproximarse á la muralla, rompió sus fuegos contra la Cabaña y empezó de nuevo la lucha que no cesó hasta que los ingleses penetraron en la fortaleza. Las granadas, bombas y balas rojas de los sitiadores causaban una mortandad terrible; granada hubo que mató quince hombres: á la ciudad pasaron más de dos mil heridos, que se repartian en los conventos de San Agustin, Belen y San Juan de Dios, de cuyo último asilo tuvieron que retirarse por haber las bombas causado daños en el edificio. Así continuó la lucha hasta llegar la mañana del 30, y ya al medio dia, volada la mina del castillo con gran estruendo y costando la vida á algunos soldados y al oficial Párraga, con la abertura formada por la caida de las piedras que rodaron al mar y fosos, con innumerables víctimas, efectuaron su entrada los invasores. Mandó Velasco reconocer el estrago que habia causado la voladura, más no fué confiado este encargo á persona de valor y de inteligencia militar, y cuando tal vez hubiera podido detenerse el asalto con oportunas medidas, viéronse en un momento los sitiados enfrente del enemigo. Dos horas sostúvose el fuego tenazmente en el parapeto de la parte qué hacía frente al mar, por donde habian penetrado ya gran número de sol-

---

D. Manuel de la Guardia, y por heredera de sus bienes á la dicha su esposa y por su falta á D. Manuel de la Guardia y por la de ambos al Caballero Regidor En. Lorenzo Bolaños. Falleció en veintiseis de Julio del año próximo pasado y se enterró en la hermita del ingenio de D. Diego de Aldama, jurisdiccion de esta villa, y hoy nueve de Mayo del sesenta y tres se le hicieron sus exéquias en esta referida iglesia: falleció al parecer de cincuenta y cinco años y para que conste, lo firmo.—Francisco Casares y Borges.»

Una lápida colocada en 1872 en la Casa de Gobierno de Guanabacoa recuerda los méritos del héroe, que ha sido cantado entre otros por D. Fernando Urzaiz, Dª María de Santa Cruz, D. Antonio Enrique de Zafra y D. José Trujillo. Antiguas décimas que la tradicion ha conservado se refieren á sus proezas.

(1) Historia de la conquista de la Habana (1762.) Escrita por Pedro J. Guiteras, Filadelfia.—1856.—Cap. V. Páginas 69-70.

dados; la lucha era terrible, el choque de las armas, las seguidas descargas de la artillería enemiga, que hacian temblar los muros, las piedras y maderos que unidos á las cadenas caian en los fosos y en el mar, donde hallaban tumba muchos arrojados sitiados y sitiadores, el humo de la pólvora y el ocasionado por el incendio de la madera, el ¡ay! desgarrador de los que defendiendo su patria sucumbian y que contrastaba con el alegre vocerío de los asaltantes, todo, todo daba á aquel lugar un aspecto que en vano lucharia nuestra por querer describir.

Velasco, vestido de gran uniforme con todas sus insignias, Montes, el marqués Gonzalez y otros muchos que resistian tambien el fuerte empuje de las bayonetas y de las balas, animaban á los soldados, que peleaban con un valor que no tiene rival en la historia. Las balas silbaban en sus oidos, las astillas y piedras que sobre ellos caian les causaban á cada momento crueles heridas, y no obstante lo desigual de la lucha y el resultado que se preveia, todos estaban dispuestos á morir enterrados en aquellas gloriosas ruinas. Por el otro lado de la muralla, los que por allí habian penetrado, vencian al cabo y sobre cadáveres y cuerpos ensangrentados pasaron los invasores. Allí murieron muchos ignorados hasta de sus contemporáneos. Momentos despues, caía Velasco herido de una bala en el pecho, y el marqués Gonzalez moria abrazado á la bandera de Castilla; Montes, herido, entregaba el mando, y aunque disposiciones se dieron para capitular, no fueron atendidas en aquellos momentos terribles y no cesó el combate hasta que, triunfantes los sitiadores, clavaron en las almenas el pendon británico (1).

---

(1) La Real Academia de San Fernando mandó en 1763 acuñar una medalla conmemorativa, de las cuales poseemos un ejemplar en bronce y que el Sr D. Enrique de Leguina, en sus *Hijos ilustres de Santander,—Estudios biográficos* al referirse á D. Luis Vicente de Velasco, (página 87) describe así;

«La Real Academia de San Fernando mandó acuñar en conmemoracion de la heróica defensa que del castillo del Morro de la Habana, contra los ingleses, hicieron sus jefes D. Luis de Velasco y D Vicente Gonzalez, una medalla cuyo troquel encomendó al célebre grabador Prieto. Su módulo es de cincuenta milímetros y se acuñó en los tres metales. Hé aquí su descripcion:

«*Anverso.*—Busto de Luis de Velasco y Vicente Gonzalez, sobrepuesto á la derecha con uniforme coleta y manto: alrededor y en la mitad superior LVDOVICO D VELASCO ET VICENTIO GONZALEZ: debajo de los bustos PRIETO.

Reverso.—En el centro del campo se destaca en la mar el castillo del Morro en el momento de la explosion de la mina: á su izquierda la escuadra inglesa y á la derecha se deja ver una parte de las fortificaciones de la plaza, apareciendo en el fondo vários buques y la ciudad de la Habana: en la parte superior del campo la siguiente leyenda: IN MORRO. VIT. GLOR. FUNCT.

En el exergo en cuatro líneas:

ARTIUM ACADEMIA
CAROLO REGE CATHOL
ANNVENTE CONS
A. MDCCLXIII.»

Habia oido decir el autor de éste trabajo que en el Morro existia una lápida que recordaba el hecho glorioso de que se ha ocupado, mandada colocar por el Excmo. Sr. Gobernador de esta Isla D. Antonio Caballero de Rodas. Con idea de copiarla pasó á la fortaleza el dia 12 del mes de Setiembre de 1878 acompañado de su amigo D. Fernando Urzais y supo con sorpresa que la lápida no estaba colocada en lugar alguno.

Pudo hallarla en uno de los almacenes del Castillo, donde sabe Dios, qué destino vendrá á tener. Es de buen mármol blanco, finamente labrada, con letras de relieve y de una vara y nueve pulgadas en cuadro.—La inscripcion es la siguiente:

A LA MEMORIA
DE D. LUIS DE VELASCO
DEL MARQUES GONZALEZ
Y DE LOS QUE A LAS ORDENES DE AMBOS
SUCUMBIERON COMO BUENOS
EN LA HEROICA DEFENSA DE ESTA FORTALEZA
EN 1762.
TESTIMONIO DE ADMIRACION
DEL CAPITAN GENERAL DE LA ISLA
ANTONIO CABALLERO DE RODAS.
1870.

¿Por qué no se ha colocado en lugar visible del célebre castillo? Tiempo es ya de levantar nuestros recuerdos históricos.

Y ¿qué ha hecho la poesía cubana para conmemorar hazaña tan digna de que se trasmita de siglo en siglo como inspiradora del poder del verdadero patriotismo y de la virtud de la lealtad? Triste es que la lira del poeta no nos haya dejado acerca de la más brillante página de nuestra historia moderna, otros ecos que los que vamos á consignar, y nunca más que ahora lamentamos que nuestras asiduas investigaciones no alcancen el éxito que nos habíamos propuesto. Las proezas innumerables con qué se significó la resistencia de los habitantes de la Isla á la dominacion británica, no han tenido todavía quien las salve del olvido. Pero consta que las damas habaneras que en 25 de Agosto de 1762 dirigian á Cárlos III un memorial, que en parte transcribe el historiador D. Antonio Ferrer del Rio (1) para que «por paz ó por guerra lográran en breve tiempo el consuelo de ver aquí fijado el estandarte de S. M.» tuvieron entre ellas una digna compañera que escribió: *Dolorosa y métrica expresion del sitio y entrega de la Habana, dirigida á nuestra Católico Monarca el Señor Don Cárlos III, por una poetisa de la misma ciudad.* Esta obra citada por el mencionado D. Antonio Ferrer del Rio, se conserva manuscrita en la Real Academia de la Historia, en Madrid, y mucho sentimos no se haya publicado todavía.

Algunas décimas se conservan tambien referentes á aquel suceso, pero de muy poco interés, al ménos las que hasta ahora hemos visto.

Nos parece muy digna de conocerse la siguiente rarísima *Relacion* (2), que posee en su valiosa biblioteca el ilustrado escritor cubano Dr. Don Eusebio Valdés Dominguez, nuestro laborioso compañero en estudios de bibliografía y antigüedades del país, documento que escribió el presbítero D. Diego de Campos, que algunos suponen natural de Santa Clara, y en cuya copia hemos adoptado nuestra usual ortografía. Se refiere á la prision y destierro del bondadoso Obispo de esta Isla Morell de Santa Cruz, por órden del vencedor Conde de Albermarle.

Cuanto no pudo el pincel
en ese lienzo expresar,
emprendo yo declarar
con la relacion más fiel.
Diré del señor Morel,
obispo de esta region,
el destierro y la prision,
que por defender su Iglesia
padeció de la más necia
cruel, Anglicana nacion.

Haz tú, Vírgen soberana,
de gracia y de gloria llena,
que invocándote mi vena,
no sea su confianza vana.
Y pues que de tí dimana
el candor de luz divina
que á los hombres ilumina;
de una misma luz abona
á la pluma que pregona
una obra tan peregrina.

Despues de haber conquistado
la Habana el conde *Albemarle*
mandó al secular sacarle
un donativo forzado.
El vecindario asustado
no quiso hacer resistencia
en tan adversa ocurrencia,
previendo, que el oponerse,
era sin duda exponerse
á sufrir mayor violencia.

Con todo eso, la avaricia
no se dió por satisfecha
y pensó abrir otra brecha
á su insaciable codicia.
Extendióse la malicia
á la porcion superior
de la herencia del Señor;
pero encontró su arrogancia
una inflexible constancia
en el celo del Pastor.

(1) Historia del reinado de Cárlos III en España por D. Antonio Ferrer del Rio, de la Real Academia Española.—Tomo primero.—Madrid, 1856.—Lib. I, Cap. III. Páginas 354-355.

(2) *Relacion* y diario de la prision y destierro del Ilmo. Sr. Dr. D. Pedro Agustin Morel de Sánta Cruz, dignísimo Sr. Obispo de esta Isla de Cuba, Xamayca y provincias de la Florida, del Consejo de S. M., etc., que mandó ejecutar el Excmo. Sr. Conde de Albemarle, conquistador de esta ciudad de la Havana, en el año de 1762.—Escribíala D. Diego de Campos, Presbítero. Con licencia, en la Havana, en la imprenta del Cómputo Eclesiástico.—Contiene una lámina sobre la prision y destierro grabada por Baez en la Habana. Folleto en 8º sin paginacion numerada, 23 páginas.

Pedía con sumo ardimiento
del Clero una exacta lista,
para formar en su vista
pro *rata* el repartimiento.
El Prelado, siempre atento
á conservar del estado
eclesiástico y sagrado
los fueros y el estatuto,
resistió al empeño astuto
con que lo tenía atacado.

Parecióle sería proeza
tan fácil como batir
las murallas, el rendir
la sagrada Fortaleza;
más luego vió que era empresa
mayor, y que no era dable,
asequible ni probable
vencerla; y quedó enseñado
en que el pecho del Prelado
era un muro inexpugnable,

Estimulado á mi ver
del orgullo y el furor,
discurrió sería mejor
unir la fuerza al poder.
Determinó remover
el formidable embarazo
que le habia cerrado el paso,
para reducir á efecto
el sacrílego proyecto
que le hizo armar este lazo.

Poniendo en ejecucion
tan indigno pensamiento,
mostró que al atrevimiento
no acompaña la razon.
Tirano y sin religion,
hizo prenderle en el dia,
con toda una compañía
de granaderos, mandada
de un capitan, á quien nada
de humanidad asistía.

Era, pues, el dia tercero
del mes de Noviembre, cuando
el sol se iba levantando
entre risueño y severo.
Entonces con todo esmero
el capitan y soldados
de saña y furor armados
al palacio episcopal
pusieron cerco formal,
como que eran *reformados*.

Subió el capitan ufano
junto con el *edecán*
y donde el Obispo van
los dos con espada en mano.
Recibióles muy humano
el Príncipe, sin saber
que le iban á prender
por no haber condescendido
á lo que le habia pedido
el general sin poder.

En llegando á su presencia
le dijo que era preciso
porque el general lo quiso
fuera á ver á su excelencia.
Respondióle con prudencia:
más razon era viniese
el conde, que no que él fuese,
pues la distancia era igual,
y su oficio pastoral
digno de que lo atendiese.

Intimóle el mandamiento
de prision, que se habia dado
en un consejo privado
para el comun escarmiento.
Oyóle sin sentimiento,
sin turbarse, ni alterarse,
sin moverse ni inmutarse,
creyendo que la prision
en semejante ocasion
sólo era, para alegrarse.

Díjole en estilo llano,
propio de un santo Pastor,
no tenía más superior
que el Pontífice Romano.
Que por dueño soberano
y por señor natural
conocia en lo temporal
no á su rey George primero,
sino al rey Cárlos tercero
como vasallo muy leal.

No admiro la libertad
de nuestro Prelado, no,
lo que más admiro yo
es su santa integridad.
Confesémos la verdad
y digamos con placer,
nos quiso dar á entender
que esta entereza le vino
del sacrificio divino
que acababa de ofrecer.

Respuesta tan apacible,
produjo en el corazon
de aquel hombre sin razon
un efecto casi increible:
pues atrevido, y terrible
bajando, hizo que subieran
cuatro granaderos, que eran
cuatro membrudos gigantes,
con órden, que á los instantes
á el Obispo aprehendieran.

Puntualmente ejecutaron
lo que el *edecán* mandaba,
y sentado como estaba
en su silla, lo cargaron.
Pero siempre le guardaron
á la dignidad sus fueros,
pues con ser todos tan fieros
ninguno de ellos se arrima
á ponerle un dedo encima,
como fieles verdaderos.

Luego que se vió atacado
de un enemigo tan fiero,
tomó para compañero
á *Jesús* crucificado.
Siempre lo llevó abrazado
para que lo defendiera
de aquella gente grosera,
y con su vista endulzar
las penas, que en aquel mar
de amargura se ofrecieran.

A la puerta estaba puesto
del Palacio Episcopal
el coche del general
para concluir el arresto.
Entró en él, y con funesto
aparato caminó
á la bahía, donde halló
la fragata prevenida
en que había de ir á Florida
como el jefe lo mandó.

Entrególe á el capitan
mandando no permitiera
quien consolarle pudiera
en medio de tanto afan.
De sus familiares van
sirviéndole dos ó tres,
porque no quiso el inglés
llevára más comitiva,
para hacernos creer que iba
desterrado de una vez.

Casi en el mismo momento
que ocurrió la novedad,
se estendió por la ciudad
con increible sentimiento.
no se oia más que el lamento
y entre un confuso clamor
se escuchaban con dolor
los suspiros y las quejas,
como balidos de ovejas
que han perdido su pastor.

Los curas y el Provisor
pensando en embarazar
el viaje, van á rogar
por su Prelado al *Milord;*
explicaron su dolor,
y lo que el pueblo sentia,
para ver si se movia
á revocar la sentencia
pero él, con suma insolencia,
pretestó que convenia.

Aumentaba inmensamente
la pena y el sentimiento
un horrible pensamiento
que vino á toda la gente.
Discurrian prudentemente
que si con tanto rigor
trataba á la superior
y más alta dignidad,
el furor y la impiedad
con ellos sería mayor.

Intentó justificar
su conducta y proceder
el Conde, á mi parecer,
con hacerla publicar;
y aquel dia sin reflejar
estaban todos llorando
y en su infortunio pensando,
para hacer mayor el yerro,
con las causas del destierro
hizo publicar un bando.

Los que oyeron y leyeron
las causas, y las razones
del destierro, sus pasiones
é ignorancia conocieron.
Porque en realidad no fueron
pruebas, que lo indemnizaban;
sino que lo condenaban,
y que á un tiempo la entereza
y cristiana fortaleza
del Pastor, canonizaban.

Luego en el siguiente dia
se hizo á la vela el bajel,
y todos iban tras él
creyendo que arribaria.
Era sólo fantasía
de los deseos, y siguiendo
su rumbó dejó sintiendo
en el corazon la ausencia
de aquél que con su presencia
les estaba defendiendo.

El dia diez y ocho arribó
del viento y mar azotada
á una colonia nombrada
Carolina, donde ancló,
Catorce dias esperó
en el puerto sin salir,
para dar más que sufrir
á nuestro invicto Prelado,
que se mantuvo embarcado
y ni áun á tierra quiso ir.

El dia tres * del mes siguiente
que era Diciembre, se hicieron
luego á la vela, y salieron
con viento correspondiente.
Maniobraba la gente
del tiempo favorecida,
y en la estacion más temida
pasan la barra sin susto,
y el dia siete ** con gran gusto
anclaron en la Florida.

Hasta el dia nueve no entraron
en Florida y al instante
es evidente y constante
los trabajos se acabaron.
Luego que en tierra saltaron
entre asustado y gozoso
el pueblo con alborozo
le ha salido á recibir,
sin poderse distinguir
sí tenía pesar ó gozo.

No dudo yo que serían
estos afectos iguales,
pues los bienes y los males
á uno y otro les movian.
De verlo se alegrarian
porque siempre habian deseado
ver la cara á su Prelado;
pero el gusto y el contento
les quitaba el sentimiento
de verlo en tanto cuidado.

Con su natural bondad
á todos los consoló,
porque les manifestó
grande amor y caridad.
Predicóles la verdad
y la más sana doctrina
en una mision divina,
con que movió á penitencia
á los que por la ocurrencia
no la creian *peregrina*.

En ménos de cuatro meses
que se mantuvo en Florida,
dió á sus ovejas la vida
y triunfó de los ingleses.
Hizo repetidas veces
órdenes, confirmaciones,
privadas exhortaciones;
declaró guerra á los vicios,
y con estos ejercicios
logró algunas conversiones.

Cuando este santo Prelado
en tan pastorales, serios
y sagrados ministerios
estaba más ocupado;
su pueblo habanero amado,
llevado de la aficion
y de una santa intencion,
hacia con mucha prudencia
la más viva diligencia
para su restitucion.

Logróse que el general
corrigiendo el primer yerro
levantára este destierro
con satisfaccion cabal.
En todos fué muy igual
el gusto y el regocijo,
luego que á todos se dijo
le mandaba su excelencia
el permiso ó la licencia
de venir á punto fijo,

Mandóle la órden volando
y á que fué volando asiento,
pues había de ir con el viento
puesto que iba navegando.
Recibió la órden estando

* En el folleto, con letra de pluma se dice: «Y no fué sino el 4º»

** En el folleto: «fué el 8.»

santamente entretenido
en todo lo que hemos oido,
y al punto determinó
el viaje, que ejecutó
casi antes de haber salido.

El dia diez y ocho de Abril
se embarcó con gran recreo,
porque ya tenía deseo
de visitar su redil.
Vino cantándole mil
alabanzas al Criador,
por haberle hecho el favor
de volverlo á su lugar
en que no dudaba estar,
como Pedro en el Thabor.

Trajo familias enteras
de pobres necesitados,
que en vida están declarados
de sus rentas herederas.
con tan buenas compañeras
venia triunfante y glorioso,
porque su genio piadoso
nunca se cree más honrado
que cuando está acompañado
del pobre y menesteroso.
.....
.....

Ultimamente, el dia tres
de Mayo, llegó á este puerto
que tenía franco y abierto
para todos el inglés.
Verificóse esta vez
que bien se pudo alegrar
la ciudad, y celebrar
—si así se puede decir—
haberlo visto salir
por verlo volver á entrar.

Dia felíz, dia memorable
que se mantendrá indeleble
en nuestra memoria deble
pues nos hizo el bien estable.
¡Así fuera perdurable!
que fuera el gusto indecible,
como fué la dicha increible:
y teniendo el goce doble
la alegría será redoble
con un efecto visible.

No hemos hallado en los papeles del tiempo de la toma de la Habana, título alguno poético digno de la heróica resistencia de nuestros abuelos. En la Madre Patria, distinguidos poetas consagraron sus cantos al insigne Velasco y á su dignísimo compañero el Marqués Gonzalez. Sobresalieron D. Agustin Montiano, D. Vicente Garcia de la Huerta y el ilustre D. Nicolás Fernandez Moratin (1), quien en inspirados y correctos versos quiso tambien celebrar página tan hermosa de nuestra historia. Encierra su composicion estrofas tan notables como las siguientes:

Yo ví, yo ví encresparse el mar undoso,
A quien turbaba íntrépido el reposo
Con quillas aceradas
Pocok el almirante.
Yo ví á Albermale fiero y arrogante
Avasallar los muros de la Habana,
De pocos españoles defendidos.
Ví avanzar los ingleses atrevidos,
En ser tantos fiados,
Que en vano contra inmensos escuadrones
Tronaban sobre el morro cien cañones.
Velasco, el gran Volasco,
Conteniendo su ardor está en la brecha,
Con que á ser viene mucho mas estrecha.
Y en el modelo y tabla primorosa
Tan vivo se veia,
Que aún juzgué le escuchaba
Lo que dicen que dijo en aquel dia:
«No me vereis rendir, fieros britanos,
Por más que esteis ufanos
Con tanta muchedumbre.
No, no hallareis barata la victoria,
Que hoy será á vuestra costa bien comprada;
Vereis rendir primero
Mi vida que mi espada;
Mi rey, mi religion, mi patria amada
Verán que soy cristiano y caballero,
Y todo el mundo entero
No bastará á rendir á mis soldados,
Curtidos á los hielos y á los soles,
Pocos, pero arrestados,
Y todos verdaderos españoles;
A quien vereis, con sangre enrojecidos,
Hechos pedazos, pero no rendidos.»
.....
.....

(1) Egloga á Velasco y Gonzalez, famosos españoles, con motivo de haberse hecho sus efigies en la Real Academia de San Fernando, por mandado de S. M.

El humo y el polvo que pintado habia
Distinguir me impedia
Lo que ver deseaba:
Sólo ví que llegaba
La muerte rigurosa
Al pecho triunfador del gran Gonzalez;
Gonzalez, que en la honrosa
Faccion no dejó el lado
De su caudillo amado,
Tremolando de España los pendones,
Cuyo valor, del Nuevo Mundo espanto,
Hizo á Lóndres cubrir de luto y llanto;
Hasta que el pecho abierto,
En tierra cayó muerto,
Vertiendo el alma por la herida fiera,
Sirviéndole de tumba su bandera.
El defensor del Morro
La cabeza en dos partes separada,
Con un lienzo apretada,
No se quiere rendir á quien le ruega.
Por tres veces intrépido se llega,
Y arroja las banderas anglicanas,
Las pisa, y enarbola
La bandera española.
Que Gonzalez tendió á las auras vanas;
Y envidioso Velasco de su suerte,
Se abalanza á encontrar la hermosa muerte,
Que halló en la multitud de los britanos.

En Cuba, ya en nuestros dias, el fecundo poeta D. Ramon Velez Herrera, escribió en 1837 un poema en octavas, con el título *El sitio de la Habana por los ingleses*, del cual solo conocemos el Canto tercero y un fragmento del cuarto (1), y aunque se anunció su publicacion, no creemos que se realizára. La parte á que nos contraémos tiene octavas dignas de ser aquí colocadas.

Tres veces vuela la britana gente
A la torre con récia acometida,
Al ronco retumbar del bronce ardiente
Trepando la muralla envejecida,
Con firme pecho el adalid valiente
Ahuyenta la falanje enfurecida
Y corona la torre desplomada
De apiñados cadáveres sembrada,
.....
.....

La inconstante fortuna presagiaba
Al débil torreon el fin cercano,
Y el caudillo magnánimo inflamaba
La noble ira del guerrero hispano;
Allí donde la torre desplomaba
La hueca bomba con furor insano;
Aliento al pecho mísero infundia
Con su admirable ejemplo y osadía.

El enemigo campo redoblando
Su feroz ardimiento en la batalla,
Sus numerosas fuerzas va empeñando
Lanzando la mortífera metralla,
De la tierra los senos penetrando
Con la mecha fatal, súbita estalla
La tremenda explosion que al viento sube
Y va á incendiar la denegrida nube,

Los tenaces guerreros enfurece
El parche temblador que allí resuena,
Y la voz del caudillo que parece
Caliginosa tempestad que truena;
En medio de la pugna se aparece
Su hueste exhorta, anímala y ordena,
Los rompidos escombros recorria
Y al insular potente desafia.

Combaten los valientes defensores
Y arrojan de su muro derribado,
El plomo destructor con mil horrores.
Que aterra al combatiente denodado;
A merced de los vientos voladores
Prende en la inquieta nave el fuego airado,
Por las velas y flámulas cundiendo
Y el espanto en la chusma difundiendo.
.....
.....

Con noble frente el defensor embiste
Las máquinas preñadas despreciando,
El anglio campo que tenaz resiste
La escarpada montaña señoreando;
Sobre su cima intrépido persiste
Y el feroz ardimiento redoblando
Combate firmemente: cada acero
Tíñese en sangre del audaz guerrero.

Del fuerte parapeto guarecidos
Combaten los feroces combatientes,
Y en la mortal palestra confundidos
Destrúyense con hierros inclementes;
Apiñados cadáveres y heridos
Huellan con firme planta los valientes

(1) Poesías de D. Ramon Velez Herrera. Tomo II. Imprenta del Gobierno por S. M. 1837.—Pág. 137-152.

Rodeados de contrarios escuadrones
Espiran entre bárbaras legiones.

El atambor el animo enfurece
Del soldado español que desafia,
La gruesa hueste que el breton ofrece
En el destrozo de la atroz porfia;
Contra el fiero enemigo se encrudece
Hiende, rompe furioso y combatia
Las espesas falanjes que altaneras
Al viento tremolaban sus banderas.

.....
.....

Y cual suele la fiera mal herida
De punzante aguijon, saltar bufando,
Y llano, y monte, y selva embravecida,
Cruza audaz el aliento derramando;
Trepa en valde la sierra más erguida
Y en la empinada cúspide, jadeando,
Cae violenta al suelo inanimada
De rabiosos mastines acosada.

Así la hispana hueste ardiendo lanza
Rayos de muerte en desigual pelea,
A la arena del campo se abalanza,
Por cima de cadáveres pasea;
Allí el rendido la piedad no alcanza
Del duro vencedor; el suelo humea,
Y entre el ronco clamor de los guerreros
Se oye sólo el crugir de los aceros.

La inmensa flota que la mar cortaba
En las plateadas olas se extendia,
Y á lo lejos confusa semejaba
Nevada selva al asomar el dia;
Ya las hinchadas lonas desplegaba;
Ya al combate feroz se apercibia,
En el cano horizonte dilatando
Su triple línea el enemigo bando.

Ya ufana tiende la cortante prora
Y el puerto amenazado circunvala,
Y el marinero, á la vecina aurora
Himnos de gozo enagenado exhala;
Ya la armada en el golfo vencedora
Ostenta alegre su pomposa gala,
Y las velas y ricas banderolas
Refleja el sol en las inquietas olas.

Truena el cañon en la empinada almena
Y el pueblo, á la defensa apercibido,
En el tumulto fiero airado llena
La plaza, el monte, el puerto combatido;
La trémula campana ronca suena
Y del parche al belísono sonido,
El estruendo y clamor de la venganza
El viento llena y al abismo alcanza.

Retiembla el suelo al ímpetu sañudo
Que los talados campos ensordece,
Y el carro ardiente de Mavorte crudo
La cabaña pacífica extremece:
Con vivo relinchar, áspero, agudo,
El caballo impaciente se embravece,
Los rompidos peñascos arrojando
Y con el casco ligero golpeando.

Al ronco retumbar el viento suena,
Muje el hirviente mar y se oscurece
La clara aurora de tiniebla llena
Que negra noche semejar parece;
El ruido del cañon el monte atruena,
La sacudida torre se extremece;
Cual terremoto horrísono combate
El muro altivo que su fuerza abate.

Oprime el lomo á un remendado obero,
Que pació de Almendar la yerbezuela,
El valiente Aguiar, y el noble acero
Blande esforzado y al combate vuela:
Entre el espanto y el tumulto fiero
Vengar la patria generoso anhela,
Y aguijado con bélico acicate
El fogoso bridon el suelo abate.

Baña la tierra de engrosado aliento
Y blanca espuma la encendida boca,
Batiendo breve el arenoso asiento
Que apenas leve con su casco toca;
Corre al campo con libre atrevimiento
Al fiero Marte su valor provoca,
Con impetu gallardo removiendo
El polvo entre las plantas exparciendo.

El valiente adalid en tanto osado
La juventud cubana enardecía,
Y en la llanura desplegaba airado
Su escasa hueste con marcial porfia;
Ya la exhorta, la anima denodado,
El acero impaciente reblandia,
Y á la loma de Aróstegui se avanza
En pos de la victoria y la venganza.

Como impetuoso su cristal dilata
Por pedregosos campos sesgo rio
Y rompidos peñascos arrebata
Talando embravecido el bosque umbrio,
Y agitando sus círculos de plata
La roca embiste su pujante brio,
Y brama, y bufa hinchado, y ancha calle
Abre su ímpetu atroz por selva y valle.

Un poeta desgraciado, D. Francisco Javier Blanchié, nacido en esta ciudad el 25 de Noviembre de 1822, y que falleció en Enero de 1847 (1), tambien consagró sus inspiraciones al memorable suceso de que va hecho mencion, en una poesía leida en el *Liceo Artístico y Literario* de esta capital, en el *Aniversario del bloqueo de esta plaza en* 1762 (2), de la que tomamos el presente fragmento.

Avanza, empero,
La escuadra del inglés con paso tardo
Hácia el puerto de Cuba, que codicia
Para llénar su sórdida avaricia!
Sed de matar, de devorar los frutos
De los hermosos campos de mi patria,
Exigiendo orgullosos los tributos,
Su belleza, su oro, es lo que anima
A los bárbaros ruines de Inglaterra
Para el grito lanzar de Muerte y Guerra!
¿Será cierto?... ¿es verdad?... ¿verá la Habana
Alterada la paz que fué su gloria
Su riqueza y su bien? ¿Por qué inhumana
La vieja Albion en su ambicion pretende
Adquirir á su costa una victoria?
¿Qué logrará?
¿Veremos nuestros campos
Do la sabrosa piña y el zapote
Convidan á vivir, veránse en breve,
Convertidos en yermos, sin colores,
La hermosa habitacion de los amores?
¿Veremos nuestras vírgenes holladas
En sus lechos de plumas y zafiros
Sus rostros sin color, avergonzados
Verter al aire lánguidos suspiros
Que digan sin cesar: «¿Dó la inocencia
Se fué de nuestra vida candorosa,
Dó la virtud, la cándida existencia
Que de ilusion en ilusion rodando
Iba nuestros placeres aumentando?...
¿Dó el bello porvenir?»
Pero... qué digo?...
Enjugad vuestras lágrimas preciosas
Hijas ardientes de la fértil Cuba.
Cese vuestro dolor... vuelvan las rosas
A mirar vuestras gracias celestiales
En el terso cristal de sus cristales.
Desechad el temor. Fuertes varones
Guarda la patria en el recinto hermoso
De nobles y aguerridos corazones;
Ellos un muro formarán que guarde
La hermosa flor, del vencedor cobarde.
¿No os aman con ardor?... ¿No son hermanos?
¿No son patriotas?... nobles descendientes
De cien héroes valientes de Castilla?
Noble es su sangre, pura; y es mancilla
Que entregueis al temor el pensamiento,
Mas bien fuerzas dareis á su ardimiento.
Valor á su valor, fuego á su fuego,
Aunque perezcan batallando luego!
Ya se acercan las naves!... ¿Por ventura
Morireis sin lidiar? ¿Dareis inerme
A extranjero verdugo vuestro cuello,
Vuestros bienes, tal vez vuestras mujeres?
¿Verá ese cielo de mi patria bello
Marchito su explendor?... ¿Acaso duerme
El patriótico ardor en vuestro pecho...?
Antes os sirva el mar de eterno lecho!
¡Tan cobardes sereis?
¡Qué noble grito
El aire libre de mi patria llena!
¿Quién lo ha lanzado, quién? Un héroe, él sólo
Pudiera dominar de polo á polo.
Velasco, sí, *Velasco*... Sombra ilustre!...
Perdona si este bardo desgraciado
Rasgando el velo de las tumbas, quiere
tu nombre eternizar... Fuera un menguado
Si pudiendo cantar, callara inerme
Porque en la tumba tu heroismo duerme.. !
Oh! nó, no callaré. De tu ardimiento
Te alzára en cada pecho un monumento
Que á los siglos dijera: «Fué un valiente,
Peleó, venció; pero murió lidiando
Pruebas de su valor al mundo dando.»
Con noble audacia y con teson más noble,
La Habana entera te miró, lanzando

(1) La triste historia de Francisco Javier Blanchié es la censura más amarga que pudiera hacerse de esa época. Fué preciso que su patética muerte despertára el remordimiento en el corazon de los que le abandonaron en sus horas de desconocidas amarguras, para que se le hiciera tardía justicia. La apoteosis que siguió á su muerte fué un sangriento sarcasmo de su destino. En vida nadie queria comprarle sus *Margaritas*, esas inspiradas páginas en que Blanchié derramó todo el perfume de su alma de poeta; y cuando Blanchié murió, se arrebataron los ejemplares disponibles, por los que se pagaron diez veces más del precio estipulado.—*Historias y Cuentos, por Mariano Ramiro. Cándido. (Lances de todos los dias.)* Habana —La Propaganda Literaria. 1880.—XV.—Pág. 102.

(2) Margaritas, por Francisco Javier Blanchié y Palma. Tomo I. Habana. 1846.—Tipografía de Torres, calle de la Reina, número 35. Pág. 227-232.

En cada grito una expresion sublime,
En cada hecho un monumento alzando
De noble ardor, de patriotismo puro
Que eterno debió ser!...
Fuiste tú solo
El héroe de mi patria; sí, tú fuiste
El muro en donde se estrelló la audacia
De los hijos de Albion; por eso existe
Tu nombre en mi memoria, y mientras viva
Jamás te olvidaré!... Grande tu hecho
Grande fué tu valor; por eso, grande
Eterno siempre vivirá en mi pecho!...
Albemarle tambien...
Noble su idea,
Noble fué su valor cuando expresára:
«Solo, Señor, en los gentiles fuera
«Una corona la envidiable gloria
«De aquel que por la patria el cuello diera,»
Noble varon!.... Quisiste de *Velasco*
La amistad poseer, y de su seno
Contener el ardor que en él ardía
Cada vez más voraz!... Yo te respeto
Y un abrazo de hermano te daria.
¿Qué importan el color, ni las naciones?
¿No responden del hombre sus acciones?
Grande fué tu expresion; pero más grande
Velasco fué cuando te dijo ardiente:
«Mi destino lanzóme en esta empresa;
«No dejarla hasta el fin debe el valiente.»
¡Oh noble decision!....
Solo Velasco
Tal pudiera decir, solo en su alma,
Grande y hermosa como el sol de Cuba,
Pudiera hallarse tan sublime calma!
Fué preciso ceder!.... Quiso *Albemarle*
Tu muerte contener; pero tú ardiente
Dijiste sin temblar: «Grande es la empresa;
«No dejarla hasta el fin debe el valiente.»

Un cubano distinguido, que mucho tiempo hace por más sérias tareas abandonó las gratas del comercio de las Musas, el Sr. D. Francisco de Zayas, escribió en 1847, un interesante *Cuadro épico*, *La toma del Morro*, que se publicó por vez primera en *El Artista*, periódico de literatura de la Habana, en Noviembre de 1848 (1), y que á nuestro juicio es la más notable composicion que en Cuba se ha escrito hasta ahora sobre el asunto de que tratamos. El Sr. D. Antonio Bachiller y Morales, en 1833, en una oda á Cuba, que permanece inédita, habia recordado asimismo, las hazañas de nuestros abuelos.

Otros poetas, bien pocos, que por desgracia entre nosotros se ha mirado con suma indiferencia nuestras tradiciones, aún las más gloriosas, han cantado los vários accidentes de aquella lucha que hizo por siempre famosa á la Habana.

El Castillo de Cojimar, cuyas ruinas existen todavía en miserable abandono, sin una sencilla lápida que conmemore que allí se derramó sangre española en defensa de nuestra querida Isla, fué cantado por el Sr. D. Juan Güell y Renté (2) con estas rimas:

Modesta fortaleza, que estás de centinela,
Velando la llanura temible de la mar,
Escucha silenciosa mi pobre cantinela
Que en alas vá del viento, queriéndote halagar.

Depon por un momento tu ceño misterioso
Que tiemblo si imagino despierta tu furor,
Y pueden los peñascos que cercan tu ancho foso
Abrir al alma mia mil fuentes de dolor.

Cuán bellas son las ondas que peinan tus orillas
Si el alba en ellas vierte su llanto de coral,
Cuán dulces contemplarlas modestas y sencillas
Bañarse en el aljófar de perlas oriental.

A veces he dormido sintiendo su quejumbre,
Teñido el horizonte de plácido arrebol,

(1) Lo insertamos íntegro en el tomo II de esta obra.
(2) Poesías del cubano Juan Güell y Renté. Habana. Oficina del Faro Industrial. Por Vicente de Torres. 1843. Pags. 115-117.

Y luego he despertado con suave mansedumbre,
Herido por los rayos brillantes de otro sol.

La playa de Cojimar recuerda á mi memoria
El hecho más bizarro del noble paredon,
Y lega á los cubanos la heróica victoria
Que altivo consiguiera del bárbaro breton.

Sepulto entre las rocas, cual bruto tremebundo
Que el mar salado escupe del seno de cristal,
Con vista horrible y fosca se mira furibundo,
Hidrópico besando sus playas de coral.

El mar no atreve osado cubrir con sus espumas
Las dos sencillas torres, que fijas y en quietud,
Se burlan de las olas, que buscan con sus brumas
Hallar en el recinto su mísero ataud.

¿Qué piensas, dí, castillo, del mar y de la tierra
Que yace humilde y triste besándote los piés?
¿Acaso es su destino lidiar en cruda guerra,
O ser del extranjero juguete postrer vez?

¿Acaso con el tiempo irán en remolinos
Sus casas y sus templos y puerto salvador?
¿O acaso está ya escrito que un dia los destinos
Le harán del viejo mundo feroz conquistador?

A veces asombrado de vêr pasar el siglo,
Sirviéndole la tierra de inmenso panteon;
Figuro en mis delirios, que tú eres el vestiglo
Que aguardas con las llaves cerrarlo en su prision.

Castillo solitario, que te alzas en los hombros
Del mar que en calma sufre tu orgullo y tu poder,
Tal vez mañana rueden tus torres y en escombros
Las aguas á torrentes te batan por do quier.

Nos hemos extendido en la relacion minuciosa de la primera página de nuestra historia moderna para que, los que sin profundizar ciertas materias han creido hasta ahora que no teníamos en nuesta vida local puras fuentes de inspiracion para que el poeta pudiera elevarse á las alturas de la epopeya, vean que no nos faltan nobles acciones que inmortalizar, cuando la empresa se acomete por verdaderos poetas y hombres de ardiente patriotismo. Es cosa averiguada, que la perfecta posesion del verdadero sentimiento nacional, es el orígen del progreso y del valor de las literaturas.

III.

La introduccion de la imprenta, el adelanto de la instruccion pública que en los albores del presente siglo empezó á dar vida á nuestra informe sociedad; la ereccion de la Universidad autorizada por la Santidad de Inocencio XIII, por Bula de 12 de Setiembre de 1721, con las facultades, formas, privilegios, honores y gracias que disfrutaba la establecida en Santo Domingo, en la Isla Española, y que vino á quedar fundada en la Habana con Real aprobacion en 5 de Enero de 1728, no aprobándose sus Estatutos hasta 27 de Julio de 1734; las tareas del Real Colegio de San Cárlos y San Ambrosio, de la Habana, y las de el de San Basilio el Magno, en Santiago de Cuba, empezaron á romper las densas nubes de la ignorancia en que todavía estaba

envuelta nuestra Isla, detenida así con infinitos obstáculos para su engrandecimiento en la esfera de la moral y en la de sus materiales intereses. Todavía, en 1774, una Real Cédula de 20 de Enero, comunicada al Capitan General, de acuerdo con el dictámen fiscal del Consejo de Indias en consulta de 20 de Setiembre de 1764, consideraba que habia graves inconvenientes en acceder á una solicitud del impresor Don Elas de los Olivos, establecido en esta ciudad en la plaza de San Cristóbal, y que habia recomendado el Conde de Ricla, para fomentar las imprentas, concluia disponiendo que *ni ahora ni más adelante hubiera más imprenta que la de la Capitanía General.* Trascurrieron así los años sin que la cultura intelectual progresára, siendo maravilloso que, á pesar de tan desfavorables condiciones para el trato literario, sin libros ni maestros apénas, sobresalieran en Cuba talentos como el que vá á ocuparnos.

En Marzo de 1758, nació en Bayamo (1) Manuel del Socorro Rodriguez: dotado por la naturaleza de un talento brillante y de un genio feliz para las ciencias, llegó á adelantar extraordinariamente en ellas no ménos que en literatura, sin maestro alguno y sin más libro que alguno que podia alcanzar de las personas instruidas que por aquel tiempo pasáran por su ciudad natal.

Era pobre, carpintero y aficionado á la escultura; con su trabajo personal atendia á su subsistencia y á la de sus hermanas. «Cuando desfallecido del trabajo, parece que debia entregarse al sueño,—se ha dicho,—encontraba en el estudio el recreo y la reposicion de sus fuerzas; y una constancia inimitable le conduje á un grado de saber envidiable, aun de los que con talentos nada vulgares, se dedican exclusivamente al estudio.»

Resuelto á salir de la oscuridad en que su pobreza le tenía, se dirigió al Rey Cárlos III, solicitando un empleo literario, previo el exámen que se tuviese á bien hacerle experimentar en várias ciencias, literatura y bellas artes. Tuvo la dicha de que aquel ilustre Monarca atendiera su ruego, obteniendo que de Real Orden se autorizára al Gobernador D. José de Ezpeleta para que se cometiese el exámen á persona idónea y de su confianza, eligiéndose al Dr. D. Juan García Barrera, Director perpétuo del Colegio de San Cárlos, quien le señaló para *ejercicios en literatura*, el 15 de Octubre de 1788 el *elogio* en prosa de *Cárlos III* y el de los *Príncipes de Asturias* en verso, cuyos trabajos hizo en quince dias y tan admirablemente, que fué el asombro de los profesores de aquella Corporacion que encerraba ya los hombres más ilustrados de la Isla.

«Concluidos los ejercicios literarios, Manuel del Socorro, consecuente á su compromiso, sostuvo otros en las bellas artes. Un tal Rios, profesor en pintura, fué su competidor en cierto grupo de la *Trinidad* y la *Tristeza* que le presentó; y Rebollo, escultor negro, hizo igual papel con cierto Crucifijo que Socorro perfeccionó con admiracion de todos. Por este éxito tan feliz en todos los ejercicios, mereció en fin los informes más placenteros que de su capacidad hicieran al Monarca, y Cárlos III con la justificacion de aquella época hácia sus súbditos notables, premió su talento nombrándolo Bibliotecario de Santa Fé de Bogotá con una buena pension; allí fué donde encontró un teatro vasto en que desplegarlo, y siendo redactor de un papel científico que se titulaba *Semanario* (2); ya contribuyendo á levantar un observatorio astronó-

(1) El Excmo. Sr. D. Miguel Rodriguez Ferrer, en la *Revista de España y sus provincias de Ultramar*, tomo II. Madrid, 1850, pág. 36, ha publicado el siguiente documento: D. Manuel Antonio Diaz, presbítero, cura Rector por S. M. ménos antiguo de la parroquia del Santísimo Salvador de Bayamo con residencia en la auxiliar de San Juan Evangelista, y Vicario Juez Eclesiástico propietario. Certifico: que en uno de los libros donde se extienden las partidas de bautismo de blancos se halla una al fólio cincuenta y cuatro y su vuelta, que es la del número quinientos noventa y cuatro, cuyo tenor es el siguiente.—Año del Señor de mil setecientos cincuenta y ocho.—Miércoles cinco de Abril, yo Doctor Don Ignacio Fontainedo Cuevara, Teniente de Cura de esta iglesia auxiliar de San Juan Evangelista, bapticé, puse óleo y crisma con las bendiciones eclesiásticas á Manuel del Socorro, hijo legítimo de Manuel Rodriguez y de Antonia de la Victoria; su padrino Cristóbal de Lugo, á quien advertí el parentezco espiritual que habia contraido.—Y para que conste lo firmé.—Doctor Ignacio Fontainedo Cuevara.—Copia sacada en 1º de Noviembre de 1847.

(2) Redactó entre otros periódicos de Santa Fé de Bogotá, el *Correo Curioso* y el *Redactor Americano*. Segun D. Joaquin Acosta, autor de un *Compendio histórico del descubrimiento y coloni-*

mico y ocupándose él mismo en sus observaciones celestes; ya grangeándose la estimacion de los literatos de aquella ciudad; ya, por último, reuniendo á la juventud bajo sus auspicios y abriéndole una carrera gloriosa en el campo de las ciencias. Por ellas sin duda hubo de reconocerle allí el célebre Baron de Humboldt cuando viajaba por la America del Sud, en cuyos viajes se hace mencion del mismo. Más las revoluciones de aquella provincia sobrevinieron á poco, y entre ellas, murió triste y olvidado este hombre singular (1).»

Algunos creen que Rodriguez era de raza etiópica, mulato ó mestizo, aunque bautizado como blanco segun consta del documento que en nota anterior hemos colocado.

Vamos á dar á conocer algunas octavas de su poema *Las delicias de España*, que adolece del refinado clasicismo en las formas, signo de la literatura nacional de aquella época; pero donde se demuestra, sin embargo, la facilidad del genio, y un vigor y fluidez que sorprende.

Homeros y Virgilios castellanos
Que en la ciencia más dulce y más hermosa
Acaso estais los célebres arcanos
Inculcando con alma laboriosa:
Prestádme, os pido, ingenios soberanos
Vuestra sabia atencion fiel y obsequiosa
Mientras canto (si Apolo me acompaña)
Hoy las delicias de la ilustre España.

Mas tú, sagrado padre refulgente,
Que en este trono augusto recostado
La lira de oro pulsas dulcemente
Sobre el monte, de triunfos coronado:
¡Oh tú, divino y alto Presidente
De ese coro de Ninfas celebrado!
Derrama en lluvia de feliz rocio
Tu influjo suave sobre el canto mio.

.....
.....

En la amena estacion en que galante
El hijo de Latona soberano
Y de Climenes celebrado amante
En Aries reposaba muy ufano
Cuando en el fiel celeste, el gran Tonante
Con afecto festivo y más ufano
De sus rayos pesaba la influencia,
Y comenzaba Flora su regencia.

Alzando la cabeza una mañana,
Y clavando los ojos en el cielo,
No sé qué seña en la fulgente plana
Observó cuidadoso su desvelo:
Sólo sí que la Aurora más ufana
La cortina corrió al Señor de Delo,
Pude advertir, y que con más primores
Derramando salió perlas y flores.

Viendo, pues, en la máquina estelante
La señal sobredicha, prontamente
El sacro viejo la urna de diamante
A remover empieza diligente:
Sale entonces un coro rutilante
De ninfas que su seno trasparente
Rasgando, vienen llenas de alegría
A escuchar lo que el padre las decia.

El rubio pelo en ondas desatado
Festivo asunto le brindaba al viento
Que jugando con él enamorado
Esparcido doraba su elemento:
Tunicelas de líquido brocado
Tejidas con divino entendimiento
Cubrian sus blancas carnes primorosas
Amasadas de lirios y de rosas.

Hijas bellas de la hija de la espuma
Me parecieron todas en lo hermoso,
Pues su rico explendor y gracia suma
Al mismo sol dejára allí envidioso.
Cada una mueve cual ligera pluma
El pié nevado en paso presuroso,
Y en dos alas, aljófar derramando
Ante el querido padre vàn llegando.

.....
.....

¡Oh para mí no imágen de la muerte
Sino suave delicia de la vida!

---

sacion de la Nueva Granada en el siglo décimo sexto, era D. Manuel del Socorro Rodriguez, «muy benévolo con los jóvenes á quienes aconsejaba en sus lecturas, y muy popular con las monjas para las cuales componia poesías de todos géneros.»

(1) Cuba Literaria. Periódico mensual, dirigido por José Fornáris y José Socorro de Leon. Tomo segundo. Habana, 1862. Apuntes biográficos de Manuel del Socorro Rodriguez, págs. 10-12.

¿Quién logrará otra vez la feliz suerte
De gozarte? ¡Mas ay que ya es perdida!
¡Ay sueño hermoso! ¡ay! quién poseerte
Pudiera siempre, sin temer tu huida
Así (despierto ya) triste exclamaba;
Así lleno de pena me quejaba.

Ea pues, amadas hijas, ved ahora
Si este lienzo es aquel que os dije antes
En que la hermosa Cilo... ¡qué demora!
Seguid mis huellas dulces y constantes:
Vamos corriendo al fin, ¿pues quién ignora
Que yo debo con júbilos amantes
Esmerarme en mostrar mi bizarría
En digno aplauso de tan régio dia?
....
.....

¡Ah qué cosas tan altas y excelentes
Se me han representado! ¡qué gloriosas!
¡Qué felices! ¡qué bellas! ¡qué eminentes!
Por decirlo mejor ¡qué misteriosas!
¿Mas qué misterio encierran? bien patente
A pesar de las furias horrorosas
Las disfrutas, ¡oh tú, nacion amable!
Bajo ese árbol augusto y admirable.

Así dije, y volviendo al Pindo santo
Los ojos, aunque indigno de tal gloria,
Oré de aquesta suerte: «vuestro canto
Sólo puede explicar tan alta historia:
Ea, pues, divinas musas, entre tanto
Que vá por el Leteo mi memoria
Vosotras, pues un rio de luz os baña,
Entonad las delicias de la España.»

La publicacion del *Papel Periódico* en 1790, que no desdeñába redactar el ilustre Capitan General D. Luis de las Casas, y donde brindaban los productos floridos de sus privilegiadas inteligencias el insigne D. Francisco de Arango y Parreño, tan notable como estadista; el filósofo D. José Agustin Caballero; el propagador de la vacuna D. Tomás Romay y el poeta D. Manuel Zequeira, fué ya un acontecimiento que preparaba el progreso literario del país.

«La poesía de una provincia—dice el Sr. Bachiller y Morales—debe ser semejante á la de su madre patria en la misma época; así hemos visto que apenas comenzó el *renacimiento* de la poesía peninsular, experimentamos la influencia de la aparicion de una nueva aurora, y mezclados con los delirios y exageraciones de la reaccion, tambien lucian momentos felices para los favorecidos de las musas. La poesía del siglo XVIII no supo cantar las bellezas del campo sino describirlo; no habló de la mujer sino por burla; ni tuvo más gala entre nosotros, con pocas excepciones, que el epigrama. Antes que ensayáran sus liras muchos cubanos que aun hoy existen, ni aun fueron siempre decentes las composiciones: cuando se apuran los extremos de la jocosidad se incurre á menudo en tales defectos. Hemos reunido una copiosa coleccion de versos anteriores al siglo XIX, inéditos los más, publicados otros á principios de él y creémos fundado este nuestro juicio (1).»

Las palabras que acabamos de trascribir son en efecto la síntesis del estado de la poesía en Cuba al empezar el actual siglo. Ridículas letrillas, sátiras más ó ménos intencionadas, pésimos sonetos y groseros epigramas, es lo que con suma abundancia halla el investigador en los papeles de la época. Sorprende el hallazgo de alguna muestra de verdadera poesía, tales como las que nos parece justo salvar del olvido y vamos á consignar.

En 12 de Enero de 1792, se publicó en el *Papel Periódico* de esta ciudad la siguiente composicion que no vaciló en trasladar á *La Moda ó Recreo semanal* en 18 de Diciembre de 1830, (pág. 45) el reputado literato D. Domingo Del Monte. El autor ocultó su nombre con el seudónimo *Filesimolpos*.

Dame, Polimnia, tu dorada lira,
Préstame tonos armoniosos, cuando
Canto de Luisa metros inocentes
Díctame Musa.

Linda vecina del Parnaso monte...
¡Quedo! ¡Silencio! La divina Luisa
Ya se presenta, sus torneadas manos
Tocan el clave.

¡Cómo suspenso queda el auditorio
A la muy grande música destreza
Con que la jóven imitarte sabe,
Grata natura!

(1) Apuntes para la Historia de las Letras. Tomo II. Habana. 1860. Cap. XXXII, pág. 31.

Ya me parece que á la márgen fresca
De un arroyuelo que entre guijas corre
Oigo el susurro que su clara linfa
Forma cayendo;

Y que en la copa de robusto cedro
Mil pajarillos revolando alegres
Limpios amores con ligeros trinos
Cantan acordes:

Ya me parece por la madrugada,
Enmudecidas las pasiones nuestras
Oigo admirado el concierto suave
De las esferas;

Y que en su giro la estrellada cumbre
Va pregonando con sonoras voces:
Vengan los hombres, de mi Dios adoren
Las maravillas.

El que de penas fatigado corra,
Ansias sufriendo que vencer procura,
Tenga consuelo, peregrina Luisa,
Oiga tu clave.

El que quisiere las virtudes mismas
Ver dibujadas con celeste rasgo
Luisa modesta, con respeto fácil
Mire tu cara.

Juntas las gracias la corona tejan
Que te se debe, y á tu frente ciñan
Rosas y mirtos, y laureles verdes,
Luisa de O-Farrill.

Otro poeta que siguiendo la costumbre ocultába su nombre con el estraño seudónimo de *Izmael Raquenue*, es autor de una *egloga* publicada el 22 de Noviembre de 1792 en el indicado *Papel Periódico* y que con el Sr. D. Pedro J. Guiteras (1) «la estimamos como una composicion digna de figurar con honor entre las primeras composiciones de nuestro Parnaso.»

EGLOGA.

Albano y Galatea.

ALB.—Toma, pastora mia,
De mi espesa arboleda las manzanas
Que cojí al ser de dia
Por darte de mi amor pruebas tempranas,
Y tambien esas rosas
Con que ciñas tus sienes amorosas.
Ayer de mi arboleda
Con lazos te cojí seis pajarillos,
Y en una encina queda
Un nido, con dos lindos jilguerillos,
Y entre bellas aromas
Cinco pares te tengo de palomas.
Y por que más te cuadre
De mi amor el afecto sin tamaño
Vengo cuando tu padre
Ha salido detrás de su rebaño;
Porque yo sé de fijo
Que no gusta de verme en tu cortijo.
GAL.—De tu mucha fineza
Mi pecho siempre está reconocido,
Y jamás mi firmeza
Podrá dar tus favores al olvido,
Y así de mi ganado
Mi presente tambien te he preparado.
¿Pero por qué motivo
No llegaste ayer tarde á mi cabaña
Cuando el coro festivo
De pastoras subiendo esa montaña
Con panderos marciales
Danzaron en la cumbre con zagales?
ALB.—Yo fuí con Melibeo
A castrar ayer tarde mis colmenas,
Y con este recreo
Tan sencillo templamos nuestras penas,
Hasta que el bello prado
Quedó del claro Febo abandonado.
GAL.—Al son de los panderos
Largo tiempo danzamos en la cumbre,
Y los tiernos corderos
Mostrando agradable mansedumbre
Con saltos repetidos
Se alegraban tambien dando validos.
Y mi padre querido
De claveles me puso una guirnalda,
Y estuvo divertido
Observando los coros en la falda;
Porque como es anciano
Tres veces subir quiso, más fué en vano.
Todo daba alegría;
Mas confieso que sólo me faltaba

(1) Historia de la Isla de Cuba, con notas é ilustraciones. Por D. Pedro J. Guiteras. Tomo II. Nueva York. 1866. Libro Noveno. Cap. II. págs. 155-160.

Tu dulce compañía
Y como esta memoria me inquietaba
Con grande desatino
Muchas veces miraba hácia el camino.
ALB.—A tu prudencia dejo,
Galatea, lo mucho que he sentido
No hallarme en el festejo
Por estar á tu lado divertido;
Mas sin estos antojos
Evito de tu padre los enojos.
GAL.—Mi padre sólo siente
De tí la tierna edad, querido Albano,
Y así no nos consiente
Ninguna libertad, por ser temprano;
Pero entre los pastores
Tus virtudes merecen sus favores.
ALB.—¡Ay de mí, Galatea!
¡Ojalá quiera el cielo que tus labios
Desmintiesen la idea
Que en tu padre conciben mis agravios!
Porque él á tu belleza
Prepara otro zagal de más riqueza.
GAL.—Nunca mi padre amado
Podrá hacer de mi amor tal sacrificio;
Pues siempre se ha irritado
De saber que en la corte se usa el vicio
De buscar al esposo
Sin más prenda que ser muy poderoso.
Y con ánsias prolijas
Contaba que los padres avarientos
Sacrifican sus hijas
Con jóvenes de pocos sentimientos;
Que en teniendo doblones
Nada importa carezcan de otros dones.
Víctimas del amor
Dice que son las niñas ciudadanas;
Pues sufrén con rigor
Un yugo de ambiciones muy tiranas
Cuyo consorcio aciago
Sin gusto empieza, acaba con extrago.
ALB.—Mi hermano Melibeo
De la corte (dó fué con pesadumbres,
Por no ser su deseo)
Me dijo, reprobando sus costumbres,
Que muy poco prolijos
No educaban los padres á los hijos.
Y tambien me decia
Una noche en mi choza Nemoroso,
Cuando de allá venía,
Que el hombre que es más rico y poderoso
Es el que allá conviene
Porque en la corte vale aquel que tiene.
Dice que la avaricia
Corre allí por las calles con fiereza,
Que tienen por caricia
La baja adulacion, y la pobreza
Huye por los rincones
Sufriendo mil desprecios y baldones.
GAL.—Nunca permita el cielo
Que vicle del altar las santas aras,
Porque es gran desconsuelo
El ver que obedeciendo las avaras
Intenciones del padre,
Admitan al esposo aunque no cuadre.
Esto supuesto, Albano,
No tienes que afrentarte en tu pobreza,
Antes por ser temprano
Sólo impide mi padre nuestra empresa;
Porque de estos consorcios
Ha visto que resultan los divorcios.
ALB.—Tu virtud, Galatea,
Tu prudencia y tus nobles sentimientos
Duplican en mi idea
Las ternuras, los gustos y contentos
Y de todo esto arguyo
Que no hay mayor delicia que ser tuyo.
GAL.—No temas, zagal mio,
Ninguna alteracion en mi constancia,
Que entre tanto confio
Que más blando mi padre á nuestra instancia
No negará á su agrado
Cuando sepas andar con el arado.
ALB.—No tengas desconfianza
Ni vaciles, pastora, que te ofrezco
Instruirme en la labranza;
Porque sepas que te amo, y apetezco
Con modos muy sutiles
Saber bien los oficios pastoriles.
Dos becerras manchadas
Y de dulce arboleda frutas todas
Tengo ya preparadas
Para darlas el dia de las bodas
A todos los pastores
Que han de ver coronar nuestros amores.
GAL.—Yo te tendré un sombrero
De labor esquisita, que mis manos
Tejerán con esmero
Con plumaje de pájaros galanos,
Y tambien un vestido
De mil pieles pintadas guarnecido.
ALB.—De mis muchas colmenas
Gozaremos felices todo el año
Anchas tinajas llenas
De miel, y tambien puede mi rebaño
Sernos tan suficiente,
Que pasemos la vida felizmente.

GAL.—Con cien vacas bermejas
Y doscientos novillos bien pastados,
Y otras tantas ovejas
Tambien debes contar, que estos ganados
Con dulce testimonio
Me ha ofrecido mi padre en patrimonio.
Pero, si no me engaño,
Allí viene mi padre por la senda
Detrás de su rebaño,
Y si acaso no gustas que él comprenda
Que has hablado conmigo,
Vete luego á esconderte dentro el trigo.
ALB.—¡Ay, pastora querida!
¡Sólo el cielo penetra la dolencia
Con que siente mi vida
Los tiranos instantes de tu ausencia!
Pero si es fuerza, sea.
Adios, hasta mañana, Galatea.

El 16 de Diciembre del año á que nos hemos antes referido, y en el mismo periódico, se publicó una composicion en versos endecasílabos con el título siguiente: *Congratulaciones á la América Española, por sus científicos progresos, manifestados en los papeles públicos de México, Lima, Santa Fé y la Habana*, que suscribia *El Luisiano*, de cuya vena poética son los fragmentos que copiamos, en gratitud del entusiasmo con que saludára nuestros esfuerzos primeros en la vida de la civilizacion.

Noble parte del orbe, á quien el cielo
Sus dones liberal ha prodigado,
Todas las producciones más preciosas
En tu fecundo seno vinculando:
Benjamina del globo que engrandeces,
Dichoso Nuevo Mundo, así llamado
Con toda propiedad, pues qué reunes
Cuanto del viejo ostentan los espacios:
Afortunada América, ignorada
Del mundo antiguo siglos dilatados,
Porque en el órden de naturaleza
Lo portentoso es en mostrarse tardo.
Permite á un Luisiano, de tus glorias
Sincero admirador y apasionado,
Que en cordiales, aunque toscos versos
Encomie tus progresos literarios.
.....
¡Con qué júbilo veo en tu horizonte
(No crepúsculos ya brillos radiando)
Los rutilantes, fúlgidos destellos
De un luminoso dia despertarlos!
Demuestran sus científicos escritos,
La opacidad nocturna disipando,
Que amaneció la rozagante aurora
De un sol que ha de alumbrarte sin ocaso.
Pues en su oriente tan cuantiosa copia
Arroja de explendentes, puros rayos,
¿Cuál su inmenso complexo de fulgores
Será, cuando al zenit haya llegado?
Q'ascenderá muy presto á este alto punto
Bien lo denotan los jigantes pasos
Con que se eleva en todo tu hemisferio
Luz difundiendo, frutos pululando.
México, Lima, Santa Fe, la Habana.
Liceos, academias y gimnasios
Serán q' á Esparta, Atenas, Menfis, Roma,
Compitan en lo culto, cuerdo y sabio.
No sólo aumento dan á ciencias, artes,
Comercio, agricultura, industria y ramos
Utiles y agradables; mas promueven
Las virtudes, costumbres mejorando.
El antártico pueblo, hoy con loable
Emulacion, del ártico imitando
Los desvelos y afanes laboriosos,
Llegará á aventajarle en lo ilustrado.
.....
No se ciñe la real beneficencia
Al sólo objeto de proporcionaros
Una instruccion completa, se adelanta
A abriros del honor el templo sacro.
Por Minerva y Belona á él conducidos
Sereis los estudiosos y esforzados
A ocupar de las letras y las armas
Los puestos distinguidos y elevados.
Con especial, con nuevo privilegio
Lo marcial y científico enlazando,
La doble alta ventaja os facilita
De formaros á un tiempo héroes y sabios.
Cuando estímulos tales no bastasen
En espíritus dóciles y gratos
Cuales los vuestros, á excitar la noble
Ambicion de adquirir premios y lauros.
El celo patriótico, que siempre
A todo lo sublime impulso ha dado
Para llenar las miras del monarca
Alentaros hará, sabrá inflamaros.
La gloria nacional en que se mira
Todo honrado individuo interesado
Incentivo igualmente es poderoso
A elevar vuestros ánimos gallardos.
Pues rey, patria, nacion, honra, provecho,
Al talento y valor ¡oh americanos!
Brindan guirnaldas de laurel y olivo,
A obtenerlas corred, y coronaos.

En esta ciudad, y por el año de 1796, empezó á escribir un poema en cien octavas, con el título *Las glorias de la Havana*, D. Francisco María Colombini y Camayori, Conde de Colombini, capitan del Regimiento de Infantería de Nueva España, sócio de la Real Academia Florentina, Académico de Corregio, Módena y Volterra, y Pastor Arcade de Roma, denominado *Aufidio Pileyo*, cuyo poema se publicó en Méjico en 1798, por D. Mariano Joseph de Zúñiga y Ontiveros.

Relata en su poema minuciosamente, el conde Colombini, los progresos que en su tiempo habia alcanzado ya nuestra ciudad; hace memoria del interés con que mirára cuanto favorecia nuestro adelanto el buen Rey Cárlos III, y las determinaciones de su sucesor D. Cárlos IV para proseguir por igual senda. Las patrióticas taréas del ilustre Capitan General D. Luis de las Casas, de imperecedera memoria; la fundacion de la Casa de Beneficencia; el establecimiento de la Sociedad Patriótica; los progresos en la educacion, en el comercio y en la agricultura; las obras benéficas de D. Juan Francisco Caraballo y D. Martin Calvo de Arrieta, cuánto demostraba de algun modo que la capital de la Isla empezaba á adquirir con justos títulos digna representacion entre los pueblos civilizados, fué objeto de versos encomiásticos para el literato italiano. Las notas de que está lleno el poema, corroboran el interés y el entusiasmo con que se dedicó á estudiar en todos sus ramos á la Habana. Si no se halla verdadera poesía en sus versos, hay al ménos bastante armonía y en algunas octavas una fluidez que no deja de llamar la atencion, si se considera que el autor no escribe en su nativo idioma.

Hé aquí algunas octavas del entusiasta italiano:

No insulsa adulacion abominable,
No vana gloria de ostentar talento,
Ni el objeto político agradable
De merecer aplausos al intento
Me mueve á celebrar en cuanto es dable,
Tan grande, noble, y tan dichoso evento;
El patrio amor, que la verdad me inspira
Templa mi ronca y destemplada lira.

.....
.....

No asombre la expresion del patrio afecto,
Cual vana voz poética importuna;
Pues para un hombre al bien comun afecto
Es todo el mundo su patricia cuna.
Una ley nos gobierna, y no es defecto,
Si gozando el favor de la fortuna,
Que aquí me trajo, usurpo el beneficio,
Que pertenece á todo buen patricio.

Pueblo dichoso, á quien mi fé tributa
Cuanto mi fina gratitud me inspira,
Que de mi pecho intérprete absoluta
Solo á la gloria de tu agrado aspira;
Pues el honor de tu favor disfruta
Todo cantor con la apolínea lira,
Admite el grato son con que contento
Hoy tus grandezas celebrar intento.

Cuando vuelvo á mirar, lleno de gusto,
Los gloriosos anales de tu historia,
Que me renueva del Monarca Augusto
Carlos Tercero la inmortal memoria,
Yo venero el poder de un Rey tan justo,
Eterno monumento de tu gloria,
Que no cesó, como mirarlo puedes,
De conceder mil gracias y mercedes.

Padre, Legislador, del bien amigo
Rompe con nuevas leyes las cadenas,
Que á tu Comercio entorpecian contigo:
Se avivan los trabajos y faenas,
Y la Europa, la América es testigo,
Que en sus Escalas, de riqueza llenas,
Se mira florecer como un portento,
La actividad é industria en un momento.

Proscripto el detestable monopolio,
Justo juez abomina un tal delito,
Y Padre amante abriga al pié del solio
De vasallos un número infinito.
Tanto no se escedió en el Capitolio
La clemencia de Numa, Augusto y Tito;
Y pudo más el fraternal deseo
En Cárlos, que en Themistocles Theseo.

Animada la industria y comun trato,
Crecen las Artes, y á porfía se mira
El pueblo trabajar con tal conato,
Que la riqueza al fin circula y gira.
Desterrados el ocio y desacato,
El comerciante, el artesano aspira,
A nuevas leyes próvidas sujeto,
A llenar tan glorioso y grande objeto.

¡Ah! con razon yo miro en tus anales
Eternizado el nombre grande, augusto
Del monarca mayor, con los cabales
Títulos de Clemente, Sabio y Justo.
Sus hazañas heróicas, inmortales
No las podrá borrar el tiempo injusto,
Dertruidor solo de las obras vanas,
No de aquellas eternas, sobrehumanas.

.....
.....

¿Quién expresar podrá la complacencia,
La gloria del espíritu Havanero,
Quando por nuevo afecto de clemencia
Aprobó el Rey fundarse por entero
La augusta casa de Beneficencia?
¿Quién podrá celebrar el vivo esmero
De Peñalver, de Ofarrill, Montehermoso,
Calvo, Arostegui, Lanz, sin dar reposo?

¡Oh Sociedad! ¡Oh Cuerpo, honor glorioso
De un pueblo afecto á la Nacion y al Rey!
Ya te puedes llamar brazo dichoso
Defensor de la patria y de la ley;
Padre y Pastor, que mientras cuidadoso
Velas al bien de esta inocente grey,
Cumples tan dignamente con tal obra,
Que para eterno honor sola te sobra.

.....
.....

Son y han sido las Ciencias el cimiento
De la felicidad de las naciones;
Son la luz del humano entendimiento,
El freno principal de las pasiones;
Las que dan tono, acierto y fundamento
A los proyectos y negociaciones;
Y las que dan valor en todas partes,
A la Industria, Comercio y á las Artes.

.....
.....

¡Oh preclara virtud, fuente de bienes,
Instrumento del público contento
¡Oh amor! ¡Oh patriotismo! tu mantienes
La gloria de los Reinos! ¡Oh portento
Que con feliz principio puesto tienes
En el pecho havanero firme asiento!
Tu aumentarás, hasta la edad lejana,
Las glorias inmortales de la Havana.

Conserva el Sr. Dr. D. Vidal Morales, en su rica coleccion de periódicos antiguos de esta ciudad, los únicos nueve números que se publicaron de un periódico literario, *El Criticon de la Havana*, no desprovisto de interés, cuyo prospecto vió la luz pública el 7 de Octubre de 1804. El número 7, del 27 de Noviembre del año indicado, solo contenia una composicion poética, titulada *El gusto del dia, epístola á un amigo mio*, que nos dá una idea de como era considerada en aquella época la poesía y los principales defectos de nuestra sociedad.

Aquí Celio, se mira como un crímen,
ó á lo ménos se tiene por locura
la risueña pintura del Parnaso.
Otras son las pasiones que se imprimen
entre la juventud y edad madura:
la cosecha abundante
y el valor de los frutos de la tierra,
este es todo el asunto interesante
de que se habla en tertulias y corrillos.
A uno importa la paz, á otro la guerra,
cual encomia sus cerdos y novillos,
allá siente las lluvias un avaro,
cual procura vendimia más barata,
cual inquiere las máquinas de ingenio,
y cual piensa vender su fruto caro.
Otro puesto en la cátedra relata
la crecida tarea
que su intrépido genio
le produjo, ostigando en el trabajo
la humanidad cautiva:
aquel quiere tambien que se le crea
que jamás usurpó bienes agenos,
y afirma que la deuda que contrajo
no ha sido por el lujo originada:
otro anhela tener para su hacienda
un mayoral activo que lo entienda:
cual dice que perdió, dando clamores,
el cilindro mejor de sus tambores:
A otro avariento enfada
que la tierra no aborte de su seno
abundantes tributos.
—*Cómo vá de cosechas?*
(Mileto ha preguntado)
—*No va mal*, (dice Porcio) *ya tengo hechas*
Cuárenta mil arrobas. ¿Y tus frutos?
Qué tal; ¿Habrán llegado
al número de arrobas que te digo?
Aquí tienes, amigo,
una imperfecta copia
del gusto que domina y las pasiones

que despiertan mas bien el apetito.
De Amaltéa la llena cornucopia
siempre impresa está en sus corazones:
por todo lo demás, se les dá un pito.
Nada hay por mas que sobre
en sus despensas abundantemente
para alivio del pobre:
ni escuchan el lamento
de la viuda doliente
ni al desnudo socorren ni al hambriento.
Así, Celio, ¿qué importa á estos Señores
que Villegas escuche en un *tomillo*
quejarse un pajarillo?
¿Ni qué importa que cante Garcilaso
bucólicos amores?
¿Ni que el divino Taso
de Godofredo cante el ardor fiero?
En vano cantó Homero
con la trompa inmortal al noble Aquiles
y tambien cantó en vano
la heróica trompa al Capitan Troyano:
y Anacreon divino
con sus metros sutiles
llenando copas de sabroso vino
y ciñendo de pámpano el cabello
en vano canta á su Batilo bello:
Esta música en ellos dá letargo
y el más dulce epigrama será largo.
No hay imájen bizarra
que despierte en sus yertos corazones
Aquel placer sensible
de que es una alma tierna susceptible:
solo el canto fatal de la cigarra
que anuncia felices estaciones
y cosechas crecidas
halaga el corazon de tantos Midas.
Mira, Celio, si tengo suficiente
motivo de quejarme
viviendo, como digo, tristemente;
mira si mi desvelo
puede hallar en tu ausencia algun consuelo;
así escribo mis penas, y te pido
procures aliviarme
sin echarme en olvido:
escríbeme despacio
invocando de Apolo algun conjuro
para tantos sectarios de Epicuro
y tan pocos discípulos de Horacio.

Las costumbres, algunas veces merecian los favores de la sátira, como en la siguiente muestra que nos ha quedado en el *Papel Periódico* de la Habana de 17 de Mayo de 1804.

DEVOCION DE UN PETIMETRE EL DIA DE FIESTA.

Sin peinar, sin vestir, ni más ornatos
Que una capa, la peor, y más raida,
(O conforme la cama lo despida,
Pues la llaneza no repara en tratos)
Llega sin ceremonias ni aparatos,
A toque de campana bien tañida
Un petimetre, á Misa prevenida,
Llenándose la faz de garavatos.
Híncase de rodillas diligente,
Toma un polvo, levántase al contado,
Recuéstase en un banco casi echado,
Y el relox cada instante vé impaciente;
Concluye el acto y márchase ligero,
Porque hace falta... ¿A quién?... Al peluquero.

Esta otra pintura, que copiamos de *El Aviso*, 10 de Diciembre de 1805, y que su autor tituló *Descripcion de una currutaca*, demuestra las puerilidades que ocupaban á los escritores de la ciudad en los albores del siglo.

Soy jovencita, rica, soy bonita,
Desciendo de nobleza nada falsa,
Sé tocar, y cantar, bailar la Balsa,
Tengo ropa y volante ¡qué exquisita!
Soy en toda funcion la primerita:
En bailes y en tertulias se me ensalza:
Aun el juego mi mérito realza,
Y me llevo entre muchas la palmita.
Tengo gusto en andar y gran despejo,
A tres muchachos traigo en ejercicio,
Y dejo y tomo á mi placer cortejo.
Conozco del amor el artificio:
¿Pues qué me falta? Oyóla un tio viejo
Y la dijo gruñendo, «Loca, el juicio.»

Un poeta que se firmaba *Hernando Jouez de Teran*, en *El Aviso* de 20 de Junio de 1807, se propuso satirizar las modas que preocupaban en su tiempo á las damas, y lo hizo con esta *Letrilla*.

Ha llegado el tiempo
En que las mujeres
Moda llamen todas
Las ridiculeces.
Perlas de ahora un siglo,
Puntas y tembleques,
Redes, peineticas,
De antiguos paquetes,
Saca doña Laura,
Y adorna su frente
Pasando por moda
Sus ridiculeces.
Zapato rosado,
De bombita aretes,
Cintas amarillas
Con túnico verde
Viste doña Eufrasia
Y hay quien considere
Que, en ella, son moda
Sus ridiculeces.
Serpentón muy largo
Batido cien veces,
Llevan ciertas niñas
Porque les parece
Que van requintadas,
Cuando de esta suerte,
Manifiestan solo
Sus ridiculeces.
Carmin ó rosado
Cubren los cachetes,
Y albayalde fino
El pecho y la frente
De todas las niñas
Frescas y de allende
Creyendo que tapan
Sus ridiculeces.
Al espejo todas
Monadas aprenden:
Cual frunce la boca,
Cual los ojos duerme,
Cual estira el cuello.
Y al fin de esta suerte
A lucirse salen
Sus ridiculeces.
Siempre Micaelita
Jaqueca padece,
Porque no es de moda
La que no adolece
De histéricos, reumas,
O dolores fuertes,
Con que más realzan
Sus ridiculeces.
Sentarse de lado
A algunas parece
Que es en la volante
Moda nuevamente.
A porfia se imitan
Y de estas sandeces
Resulta se noten,
Sus ridiculeces.
En fin, madamitas,
Ninguna se ensérie
Aunque sea pelona
O su pelo peine.
Yo verdades digo
Pues veo que ustedes
Moda llaman todas
Sus ridiculeces.

Para concluir este capítulo, dirémos, que no faltó en aquella época una poetisa, Doña Rafaela de Vargas, que se juzgó capaz de regalar á los lectores de *El Aviso*, en 5 de Febrero de 1807, una *Instruccion de la política que se usa*, contenida en los versos que trasladámos:

Quien quisiere en puridad
ser político perfecto
tendrá por primer precepto
á nadie decir verdad:
mas se le dá facultad
de decirla alguna vez,
para fingir sencillez,
como al instante deslice,
por una verdad que dice,
las mentiras diez á diez.

Vista el alma y el semblante,
siempre de ajenos colores,
lisongero con señores,
con letrados estudiante,
con vagamundos tunante,
con valientes baladron,
con gente alegre bufon,
con devotos mogigato;
que así ganará en el trato
provecho y reputacion.

Ser entremetido es llano,
que no le puede estar mal
al ministro, al oficial,
al caballero, al villano,
afable siempre y ufano,
aunque parezca importuno,

y no despreciando alguno
de los cortesanos modos,
hígase amigo de todos
sin querer bien á ninguno.

Cuando pretenda algun puesto
todo ha de ser cortesías,
lisonjas, hipocresías,
humilde y gracioso gesto:
ofrezca el pagar muy presto,
blasone de hombre de bien;
y en cuanto hable aquel á quien
se ordena la peticion,
no se olvide en la oracion
la santa palabra *amen*.

Finja que tiene entabladas,
muy altas correspondencias,
que tres ó cuatro excelencias
le son muy aficionadas;
nunca cartas reservadas
le falten del valsapeto
de algun ilustre sujeto,
que es muy facil suponerlas—
á todos ha de leerlas,
pero encargando el secreto.

Persuádale á cualquiera
pretendiente mentecato
que es de su íntimo trato
el que manda en esta era:
de engordar de esta manera
ningun escrúpulo haga;
con el embuste le paga
cuando el regalo le tome,
pues uno el regalo come,
y otro la mentira traga.

Júzguense cuantos versos hemos recopilado, y con justicia nuestros lectores sostendrán como nosotros, que la poesía en Cuba, nace con los inspirados vates Don Manuel de Zequeira y Arango y D. Manuel Justo de Rubalcaba.

Hasta el pronunciamiento de Mayo de 1808,—ha dicho el Sr. Bachiller y Morales,— grito heróico de un pueblo que representaba la indignacion de la Humanidad, la poesía no se levanta con el hermoso timbre del patriotismo, ni con las variadas galas de la imaginacion.

IV.

El tranquilo sueño de la sociedad cubana en los primeros años de este siglo, vino á interrumpirse con el levantamiento de 1808, con el cual dá principio la gloriosa epopeya nacional. Las continuas proclamas que el Marqués de Someruelos dirigia al pueblo á medida que se recibian nuevas de las victorias de nuestros padres en lucha con el invasor de la Península, producian un entusiasmo indescriptible en los benévolos habaneros, para quienes era seductora novedad, el lenguaje del buen Marqués y sus exhortaciones de patriotismo.

La prensa reproducia cuantos impresos llegában de la madre patria, ya dando cuenta de los combates y victorias nacionales, ya excitando las iras populares contra los soldados de Napoleon, ya esgrimiendo las poderosas y temibles armas de la sátira y del ridículo contra el improvisado rey José. El patriotismo cubano despierta y se levanta á una altura que es nobilísimo timbre de gloria para esta tierra, con los acentos enérgicos y sentidos de un alma libre de amaños y de imposturas, en los escritos del virtuoso Dr. D. Tomás Romay.

«A impulso de sus nobles sentimientos é inflamado en patrio ardor—dice su biógrafo—escribió en 1808 la famosa *Conjuracion de Bonaparte y Don Manuel Godoy contra la Monarquía española* (1) y la valentia de sus conceptos, la robustez de sus pensamientos revelan el fuego con que se escribieron, la felicidad con que les dió forma, el brio de un corazon impetuoso alentado con las inspiraciones de sus sentimientos. Con esta obra, por la naturaleza del objeto, mencionarse debe su célebre y conocida *Defensa de Zaragoza*. Donde quiera que habia un objeto grande, noble, humanitario, brillába la pluma de Romay, ya entregado á investigaciones científicas que cedian en bien del país; ya rectificando la opinion para propagar la luz bienhechora de la verdad; ya derramando consuelo á familias dolientes por azarosas calamidades,

(1) Habana: en la imprenta del Gobierno.—Setiembre 20 de 1808.

ora tributando holocausto de gratitud á las virtudes, al saber; ora, finalmente, levantando su acento varonil cuando las desgracias de la patria encendian en su corazon el fuego que lo devoraba. La *Defensa de Zaragoza*, no hizo más que confirmar la opinion de excelente escritor que ya habia conquistado en sus infinitas producciones, y aparte de su relevante mérito literario, vive aun la memoria de su generoso desprendimiento, pues destinó á las viudas y huérfanos que aquel sitio sangriento llevó al desamparo, el producto de toda la edicion. Vive tambien la memoria de su modestia en la dedicatoria que se lee al frente de ese trozo de elocuencia. Dice el autor al Marqués de Someruelos, á quien la dirige, las siguientes palabras dignas de quien las escribió: «Nacido y educado á dos mil leguas de la Península, y distante mucho más de la tribuna, no he tenido otro objeto en la formacion de este papel, que tributar á los defensores de Zaragoza el más sincero testimonio de mi respeto y admiracion y socorrer á sus viudas y huérfanos con el producto de esta edicion (1).»

El Dos de Mayo tambien inspira una excelente pieza literaria á su patriótica elocuencia. En tan solemnes momentos, se escuchan los valientes sones de la lira de D. Manuel de Zequeira y Arango (2), cuyos cantos llenos de patriotismo, saliendo de lo vulgar de su tiempo entre nosotros, admiran por su fluidez, armonía, riqueza en las imájenes, gusto y propiedad en el lenguaje.

Los poemas *Primer sitio de Zaragoza* y á *Daoiz y Velarde*, son sin disputa alguna, los primeros títulos poéticos de verdadero mérito, de que puede envanecerse Cuba. Y si bien es cierto que años antes, en 1802, habia escrito Zequeira su poema épico *Batalla naval de Cortés en la Laguna*, movido tal vez por la lectura de los que con el título *Las naves de Cortés destruidas* habian compuesto desde 1778 D. Nicolás Fernandez Moratin y D. José María Vaca de Guzman, este último premiado por la Real Academia Española, evidente se hace, para todo lector juicioso, la superioridad de aquellas composiciones, por sus notables rasgos de verdadera inspiracion, enteramente naturales, donde no se descubre artificio ni imitacion alguna. Así, ha podido decir con suma razon D. Joaquin Lorenzo Luaces: «El genio de Zequeira brilla principalmente en los asuntos heróicos y guerreros y por eso son magníficas sus composiciones á *Zaragoza* y á *Daoiz y Velarde*. En ellas se encuentran entonacion épica, estilo robusto y sostenido é imájenes marciales que le dan un sabor bélico que tan bien sienta á este género de poesías. El poema *Primer sitio de Zaragoza*, demasiado extenso, tal vez, está salpicado de bellezas tales, que á cada momento la imaginacion queda herida con los rasgos valientes de la musa del desgraciado poeta (3).» El mismo

---

(1) Elogio del Dr. D. Tomás Romay, médico honorario de la Real Cámara, socio de honor y de mérito de la Sociedad Económica de Amigos del País, etc., por Manuel Costales. Leido en Junta General y pública de 15 de Diciembre de 1849. Habana. Imprenta del Gobierno por S. M. 1850. Pág. 11. El Dr. Romay nació en esta ciudad el 21 de Diciembre de 1764 y murió en la misma el 30 de Marzo de 1849.

(2) Las biografías de Zequeira que hemos visto, por lo comun, tienen equivocada la fecha de su nacimiento y la de su muerte algunas veces, aunque no tanto como la anterior. Queriendo cerciorarnos y fiarlas con exactitud, hemos podido lograr los siguientes documentos, que debemos á la amistad del Sr. Pbro. D. José Moas Castro. «Jueves 28 de Agosto de 1760. Yo Dr. D. Antonio José Cortés, Teniente de Cura beneficiado de esta Parroquial del Espíritu Santo, de esta ciudad de la Habana, puse los Santos óleos á un niño que nació á quince de dicho mes y año, el que habia yo bautizado privadamente por necesidad, hijo legítimo de D. Simon José de Zequeira y de Dª Sebastiana de Arango, naturales de esta ciudad, en el cual ejercí las sacras ceremonias y preces y le puse por nombre Manuel Tiburcio: túvolo en la Santa ceremonia D. Mariano de Arango, y lo firmé.—Dr. Antonio José Cortés.—Lib. 9 de bautismos de blancos españoles, fol. 21, núm. 129.

Defuncion.—En 19 de Abril de 1846 años: se le hicieron los oficios extraordinarios en esta Iglesia Parroquial del Espíritu Santo de la Habana y se enterró en el Cementerio General segun papeleta del capellan, el cadáver del coronel de ejército, retirado, D. Manuel Zequeira y Arango, natural de esta ciudad y vecino de esta feligresía, hijo legítimo de D. Simon y de Dª Sebastiana de Arango y Moireles; viudo de la Sra. Dª Belen Caro, de 82 años de edad; no testó, recibió el Santo Sacramento de la Extremauncion y lo firmé.—Ldo. Francisco Rodriguez.—Lib. 21 de entierros de blancos españoles, fol. 64, núm. 284.

(3) Floresta Cubana.—Periódico quincenal de ciencias, literatura, artes, modas, teatros, etc.—Editor, José Socorro de Leon.—Habana. 1856. Manuel de Zequeira y Arango. Páginas 101-104 y 127-129.

reputado literato, ha juzgado superior el canto á *Daoiz y Velarde*, con más numerosas bellezas, bien sostenido el interés en el cuerpo de la composicion y respirando el autor tal entusiasmo que se lo comunica á cuantos lo leen. Es singular, decimos, y muy digno de estudio la aparicion de este poeta, entre el fárrago de ridículas letrillas, pésimos sonetos y vulgares epigramas que eran el comun adorno de los papeles de su época. La oda *A la piña* es y será siempre *una obra maestra, un modelo de buena poesía*. Apolo la inspiró y la embellecieron las Gracias,—como dijo Luaces. — para inspirársela á Zequeira (1).

Juzgando la aparicion de la verdadera poesía entre nosotros, á no concretarnos á Zequeira, á Rubalcaba y á Perez, muy breves tenian que ser las consideraciones que nos sugiriera. Se ha visto en Cuba claramente demostrada la opinion emitida por D. Manuel José Quintana, que «la dificultad de llenar digna y debidamente el objeto de la poesía es enorme, aun cuando, por la prontitud de sus progresos en algunos géneros no parezca tan grande á la vista. Desde la máxima vaga, ó el cuento insípido, vigorizados con el halago de una rima incierta ó de una medida informe, hasta la armonía y elegancia sostenida, y los cuadros complicados y sublimes de la Iliada ó la Eneida; desde el carro y la heces de Tespis hasta el grande espectáculo que ofrece la Ifigenia ó el Tancredo, la distancia es inmensa y solo pueden superarla los esfuerzos mayores de la aplicacion y el ingenio. Algunas naciones favorecidas del cielo la recorren con mayor prontitud, y pasan ligeramente desde la flaqueza de los primeros ensayos al vigor de los pensamientos más grandes y combinaciones más acabadas. Tal fué la suerte de la Grecia, donde el genio de la poesía, contando apénas algunos momentos de infancia, crece y se eleva hasta el punto de producir los inmortales poemas de Homero. Tal, aunque con ménos brillo y perfeccion, fué la de la Italia moderna, donde en medio de la noche de los siglos de barbárie sucedidos á la ilustracion romana, parecen de repente Dante y Petrarca, trayendo consigo la aurora de las artes y del buen gusto. Otros pueblos ménos dichosos, luchan siglos enteros con la rudeza y la ignorancia, se hacen sensibles más tarde á los halagos de la elegancia y la armonía; y la perfeccion, en el modo que es dado á los hombres conseguirla, es conquistada por ellos á fuerza de tiempo y fatiga (2).»

La deduccion que nos presenta el atinado juicio del ilustre cantor de la *Imprenta*, con rigurosa exactitud es aplicable á la aparicion y desarrollo de la poesía en Cuba.

Hemos dado á conocer las muestras que nos han quedado de los primeros ensayos poéticos llevados á cabo entre nosotros, y ellos comparados con las producciones con que abrimos esta coleccion, fijan terminantemente la época de partida que ha quedado señalada en nuestra humilde historia literaria.

Nuestros abuelos, en el prosaismo de una vida demasiado apegada á los intereses materiales, solian hacer versos para distraerse por momentos de tareas más sérias, ó bien para divertirse jactándose de ser hombres de vena y decidores de conceptos floridos y de chistes galanos. Más tarde, pretendian ser poetas, sin comprender que «*la poesía, que es una diversion y entretenimiento para los que la disfrutan, debe ser una ocupacion muy séria y casi exclusiva para los que la profesan, si aspiran á tener un lugar distinguido en la reputacion* (3).»

---

(1) El 12 de Mayo de 1877, publicó en *Las Novedades*, periódico español de Nueva York, el Sr D. Esteban Martin Gonzalez del Valle, un artículo titulado *Un poeta cubano. Manuel de Zequeira y Arango*, que nos dijo ser parte de un libro que se estaba imprimiendo en Paris—*La poesía lírica en Cuba*, libro que no hemos podido todavía proporcionarnos no obstante nuestra solicitud para ello. El Sr. Gonzalez del Valle, juzga á Zequeira *poeta de gabinete, hombre estudioso, de libros, no de inspirado y valeroso estro*..... Sentimos no estar de acuerdo con el juicio de dicho poeta y literato distinguido, que nos parece contestado con el siguiente: «Rubalcaba y Zequeira anuncian con inmejorables auspicios la musa cubana. Depositarios de gloriosísimas tradiciones: almas enteras y generosas, solidarias del sentimiento de su raza, sus inspiraciones brotan expontáneas de los purísimos manantiales de la buena poesía.» *Discurso pronunciado en el acto de la inauguracion del Círculo Científico y Literario de la Habana, la noche del 23 de Abril de* 1876, *por su Presidente D. Ramon Lopez de Ayala* Habana. Imprenta del Directorio. 1876. Pág. 13.

(2) Tesoro del Parnaso Español.—Paris. 1861.—Introduccion. Artículo primero. Pág. 1-2.

(3) Ut supra.—Id.—Pág. 31.

Con ménos fortuna que á Zequeira podemos juzgar á D. Manuel Justo Rubalcava, no obstante los esfuerzos hechos por D. Manuel María Perez y Ramirez, D. J. J. Navarro, D. Pedro Santacilia y D. Luis Alejandro Baralt para coleccionar sus obras poéticas. Pero, apesar de las dudas que podrian tener espíritus escrupulosos, nos parece muy suficientemente probado por personas idóneas de Santiago de Cuba y por papeles de la época, la autenticidad de las poesías coleccionadas por el Sr. D. Luis Alejandro Baralt y publicadas en 1848 en la ciudad mencionada. Nadie podrá negar á Rubalcava la paternidad del poema *La Muerte de Judas*, la de la elegía *A la noche*, la del fragmento que ha llegado hasta nosotros de la preciosa egloga que damos á conocer, ni la de sus correctas décimas, anacreónticas, odas y silvas. Respecto á estas, diremos, que en la *Coleccion de poesías* que imprimió Boloña en 1833 (1) con el título *Ocios de Guantánamo, silvas dirigidas al Sr. Brigadier D. Sebastian de Kindelan el dia 23 de Junio de* 1829, se admiran tres; la tercera en el órden en que están colocadas es la que con el título *Silva cubana* insertámos en las páginas 21–22 de este libro, y que el Sr. Baralt tambien coleccionó (2). Aparecen en la coleccion citada suscritas con el seudónimo *Doctor Crea*, pero no cabe duda que son de Rubalcava. La primera, en la cual elogia al tabaco, tiene bellísimas estrofas:

Con dedos de jazmines
La inocente veguera tuerce ufana,
En San Juan y Martinez
La rama de sus campos soberana.
Y de majagua el lazo
Numera los torcidos en un mazo.

Bajo del limpio cielo
Do las doradas cañas miel derraman,
En tan fecundo suelo
Que los aires de esencia se embalsáman,
No se codicia á Baco
Mientras reina la hoja del *Tabaco*.

En los sonetos, se distingue Rubalcava sobre todos los poetas cubanos.

Los hijos de Santiago de Cuba no deben olvidar á su más esclarecido poeta; tiempo es ya de que se dedicáran á sérias investigaciones para coleccionar sus poesías, dispersas en antiguas publicaciones, y muchas manuscritas, inéditas, que al fin van desapareciendo, privando á Cuba de títulos literarios que aumentarian sus glorias. La indiferencia y el abandono, han causado la pérdida de sus elegantes traducciones de Virgilio, que ahora sesenta años corrian manuscritas de mano en mano en la ciudad natal del poeta.

Otro tanto tenemos que decir de D. Manuel María Perez y Ramirez, fecundo poeta y literato distinguido, tal vez el primero que estableció en Santiago de Cuba, una publicacion literaria. Hasta ahora, nada se ha hecho por salvar del olvido sus obras, y no pocas dificultades hemos tenido que vencer para que su nombre aparezca en nuestro libro. ¡Ojalá el haga que despierten los que con tanta indiferencia suelen mirar las glorias literarias en esta tierra!

Lo que acontece con las producciones de Perez y Ramirez, ha resultado tambien con las de otros poetas de su tiempo y aun posteriores.

¿Dónde están las obras en prosa y verso de D. Pedro J. del Sol?... Pues este ilustrado cubano, tan buen poeta y hombre por muchos conceptos digno de nuestra veneracion. Nació en la Habana el 13 de Mayo de 1777, estudió medicina aunque no llegó á recibirse en la facultad, dedicándose desde 1804 á la espinosa tarea del magisterio, para la cual entre nosotros, si se ha de ejercer con la conciencia de los deberes que abraza, tanta abnegacion se necesita. Pues de este ilustrado escritor, que poseia sólidos conocimientos, que ha desempeñado una cátedra de matemáticas, que ha dirigido e instruido durante cuarenta años á tantos que han sobresalido entre nosotros, principalmente en Matanzas, donde residió hasta su muerte el 21 de Julio de 1858, nada se ha coleccionado y es hoy árdua empresa hallar sus escritos. Y, para

(1) [illegible] Ocios de Guantánamo, silvas dirigidas al Sr. Brigadier D. Sebastian de Kindelan el dia 23 de Junio de 1829. Con licencia de los Jueces. Habana 1833. [illegible] 275-282.

(2) Poesías de Manuel Justo Rubalcava, publicadas por L. A. B. Cuba 1848. Imprenta de la Real Sociedad Económica, calle de D. Antonio Maurrigo. Pags. 71.

Sol, no hubo dia de descanso durante su vida, y si la poesía no fué en él su exclusiva ocupacion, ni alcanzó en ella otra fama que la de un modesto cultivador, no son las producciones del tierno cantor de *Amira*, del severo moralista que con toda la indignacion que sentia Juvenal ante los vicios de Roma, anatematizába el funesto del juego, ese cáncer de la sociedad cubana, del buen patriota que supo hallar en su lira sones inspirados para ensalzar las glorias de nuestros padres en su lucha con *el héroe de este siglo victorioso*, como en un soneto dedicado á Fernando VII llamaba á Napoleon, del autor en fin de la silva, *La Piña Habanera*, tan escasas de mérito que no merezcan nuestros favores.

Colocándose, sin prevenciones, en el perfecto conocimiento de la época en que escribian los autores que hemos citado, y los modelos que tenian de sus antecesores entre nosotros, considerando tambien la falta de libros es como puede apreciarse el mérito de aquellos ensayos. Todo lo que les rodeaba, en materias literarias, con rarísimas excepciones, era más propio para empequeñecer las más altas y poderosas concepciones que para dar estímulo al talento. Los papeles que podian haber á mano son la demostracion más palmaria de nuestro aserto. Enojoso sería trasladar aquí pruebas de que están llenas el *Papel periódico de la Havana*, *El Aviso*, *El Aviso de la Habana*, y otros impresos donde han quedado para memoria de aquella época los nombres del autor de letrillas Luis Fanerexe, y *El Observador de la Habana*, los glosadores del pasquin que los madrileños pusieron á Murat (El Aviso, 21 de Agosto de 1808 y 4 de Setiembre siguiente), entre ellos Dª Angela Pulida Brigo (2 de Octubre de 1808); el *Númen Havanero* que se inspira contra el inícuo proceder de Napoleon; un Alejo Benss que dedica décimas á Palafox que interesan por lo extravagantes; Hernando Jouez de Teran, autor de letrillas y anacreónticas; el Marqués de Nueya, que consagrába sus espinelas á defender á Zequeira y la utilidad del Cementerio público que acababa de establecer el Obispo Espada; un *Aristogiton* que llora en una cancion (El Aviso, 2 de Agosto de 1807) los males de la patria y la degeneracion de sus conciudadanos.

En 27 de Mayo de 1808, en la imprenta de la Capitanía General, un escritor cuyo nombre ha quedado cubierto con las iniciales A. V. dá á luz un opúsculo que contiene 24 octavas dedicadas *A la bizarría y patriotismo con que los naturales de los reinos de Castilla é Islas Canarias, se han presentado á tomar las armas, y exercitarse en el manejo de ellas y evoluciones militares, formando un cuerpo denominado de Voluntarios españoles*. No carece de interés este documento.

La muerte del célebre Conde de Floridablanca, fué lamentada por un *ingenio habanero* en *El Aviso de la Habana* de 27 de Abril de 1809.

Pero, sobre todo, juzgado el estado literario de aquel tiempo con ilustrada crítica ¿qué amor á la poesía podrian inspirar tan desdichados cultivadores como *Nazario Mirto* ó *Ramiro Nazito*, *Miguel Anibal de Narca*, *Lázaro Marotillo de Tincis*, *Santos Miguta* y sus compañeros, en los impresos de 1800 á 1810?...

Acaso pudiera hácerse alguna excepcion de algunas producciones del Pbro. Don Felix Veranes, orador sagrado de renombre y primer redactor de las Memorias de la Real Sociedad Patriótica, un tanto aficionado á imitar á Melendez y á Cadalso. Su largo romance, conocido por el *Sueño del Dr. D. Felix Veranes*, aunque se resiente del mal gusto de la época le separa considerablemente de los escritores que hemos citado, y comprueba que era el Pbro. habanero hombre de estudio, no escaso, formado en nuestros clásicos, y no vulgar coplero.

Acentúase el desarrollo de la poesía en Cuba, más adelantado ya el siglo, advirtiéndose que los poetas, por lo general, adoptan el uso de la décima. A este propósito, dice el Sr. D. Antonio Bachiller y Morales: «Las décimas son el metro popular de Cuba. En décimas canta el hombre del pueblo; décimas se improvisan en las mesas de sus modestos festines; y en décimas se pretende conservar la memoria de los acontecimientos notables en esta tierra de eterna primavera. La décima se presta á todos los tonos; la consonancia era una necesidad para los oidos músicos que dá el cielo á los nacidos en una tierra llena de poesía, y á unos hombres por cuyas venas venia correndo la sangre de los andaluces y en la que se mezclaba la de las dulces cantoras

de los sencillos *areitos* de los indígenas (1).» Muchos sucesos históricos, que ningun analista trató de trasmitir á la posteridad, se han salvado del olvido y llegado á nosotros por esos cantos populares que han venido á ser en Cuba lo que el Romancero en la Península (2).

Levantan el metro popular de Cuba, el Dr. Palomino que en él «encierra,—dice el Sr. Bachiller,—sus pensamientos cristianos, filosóficos, severos al perder la luz de sus ojos, al cegar.» Fr. José Rodriguez Ucres (a) *Capacho*, el primer dramático de Cuba; el Dr. Sotolongo, y otros aficionados á las musas.

Fr. José Rodriguez, escribió numerosas décimas jocosas.

En las que dedica á su viaje á Veracruz abunda el juego de palabras y de conceptos.

Despues que el alma rendida
Siempre de tí enamorada,
Aun antes de mi jornada
Quedó del pesar partida.
Llorosa en tu despedida
Tan sin consuelo barrunta
Que se juzgaba difunta,
Mirando que sin despecho
Llevaba el Morro en el pecho
Y el corazon en la Punta.

—

Despues que con penas sumas
Navegaba el agua listo,
Pues sólo entonces me he visto
Encima de las espumas:
Hizo de las velas plumas
Nuestra nave en ocasiones
Surcando aquellas regiones,
Que gusto, Agustin, te diera.
Pues porque plumas tuviera
La llenaron de cañones.

—

Un aire sopló violento
Por uno y otro costado,
Que nos puso en gran cuidado
Aun con ser cosa de viento.
Allí comenzó el lamento
Llorando en amargos hilos,
Porque sin mudar de estilos
Del huracan las cautelas,
Aún no nos dejó las velas,
Hermano, para pabilos.

.....
.....

—

En fin, al rayar la luz
En Vera cruz arribamos,
Y para morir hallamos
En ella una *Vera Cruz*.
Y así, diciendo Jesus,
Fuímos saltando en el puerto:
Y yo más que todos muerto,
Sin ser esto frenesí,
Pues de cierto para mí
Fué la Vera-cruz desierto.

—

Al instante mi partida
Se previno acelerada,
Porque en Vera-cruz mi entrada
Fué entrada por salida.
Allí su gente lucida
Vino toda á visitarme,
Y tambien á convidarme
Por si quedarme queria,
Pues en sus casas habia
Si me quedaba, qué darme.

—

Para el viaje al otro dia
Hallé una cabalgadura
Que me pareció figura
De libro de anatomía:
No obstante, con alegría
A montarla me aparejo,
Y á no mudar de consejo,
Porque miraba en su traje,
Que juzgaba haria el viaje
A costa de mi pellejo.

.....
.....

—

A una venta muy contenta
Llegó casi desmayada,
Porque mula tan matada
Sólo así se vé de venta.

(1) Apuntes para la historia de las letras. Tomo II. Cap. XXI, pág. 38.

(2) Obligados á reducirnos todo lo posible en este trabajo, no podemos demostrar aquí como quisiéramos lo que apuntamos, que será obra de otra publicacion á la cual no es enteramente ajena la presente, acerca de la literatura de Cuba.

Flaca, molida y sedienta,
A revolcar se apresura
Del cansancio que la apura,
Porque se le hace cuando anda
A un lado una mata-blanda
Y al otro una mata-dura.

—

Diéronme un par de pichones
Y el hambre canina mia
Previno su artillería
Medrosa de sus cañones:
Luégo sacan dos porciones
De queso añejo y muy tieso;
Mas yo enseñándole un peso
Al ventero le decia,
Que sacara más, si habia,
Y él me dijo: no hay más que eso.

—

Un colchon se me previene,
Que la ciencia más profunda
No averiguára en qué funda
La poca lana que tiene.
Mas tomarlo me conviene
En la presente ocasion,
Celebrando con razon
De ese crudo ó telaraña
Que siendo lienzo de España
Nada tiene de vellon.

No ménos se advierte su gracejo y facilidad en las siguientes décimas, tomadas de las catorce que escribió titulándolas *El apasionado al número siete:*

Una muchacha trigueña
De arte, garbo y altivez,
Que entre las trigueñas es
Archi-proto pedigüeña:
En pedir tanto se empeña
Que al rico y al miserable,
Al rígido y al afable
Con un mismo pedir mide,
Todo lo que es dable pide
Y pide lo que no es dable.

—

Un recado me envió
Pidiéndome siete pesos.
¡Quién vió mayores excesos,
Ni quién pedir tanto oyó!
¡Siete pesos no los vió
Ninguno de mi linaje!
Fuera de mi sangre ultraje
Si yo siete pesos diera,
Fuera un vil, y sé que fuera
El pródigo más salvaje.

.....
.....

—

Siete pesos, no son más
En número los sagrados
Sacramentos destinados
A darnos eterna paz.
Siete pesos tas con tas,
Son en el número iguales
Los pecados capitales,
Y siete son ¡oh qué espanto!
De Dios Espíritu Santo
Los dones más especiales,

.....
.....

De la gran divinidad
Siete artículos contamos,
Y otros tantos confesamos
De la santa humanidad:
Siete son, á la verdad
Las siete obras corporales
De misericordia iguales,
En admirable concordia
Son de la misericordia
Las siete espirituales.

.....

—

De la semana los dias
Siete son, toda la esfera
Siete planetas numera
Que infunden mil alegrías.
Las blancas cabrillas frias
Siete son: mucha honra toca
Al siete, sólo una loca
Mujer, por mostrar que sabe
Pedir, cuanto en pedir cabe
Tomára el siete en la boca.

.....

—

Al que á valiente se mete,
Cuando quieren aplaudirle,
Se contentan con decirle:
Ese hombre es un mata siete.
Es número de copete;
Tanto que los entendidos
Poblanos reconocidos
Al siete quieren probar
Que ellos llegan á alcanzar
El tener siete sentidos.

.....
.....

Tiernas quintillas que estuvieron muy en boga, contienen las *Quejas de un amante despreciado á su dama.*

Si la encontráres dormida
No le interrumpas el sueño,
Que aunque sea mi homicida.
Siempre la amo como á dueño
De mi alma y de mi vida.

—

No la hables, no la muevas,
No la inquietes, no la asustes,
No te acerques, no te atrevas,
No sea que la disgustes
Con el mensaje que llevas

—

Pero ya que vas á verla,
No te vuelvas sin hablarla;
Esfuérzate á complacerla,
Empéñate en agradarla,
Que no es mi ánimo ofenderla.

Díle que por ella muero;
Pero nó, no se lo digas;
Díle que su amor espero:
Pero nó, que la fatigas;
En fin, díla que la quiero.

—

Llega rendido á sus piés,
Apláudele sus contentos,
Díle el modo en que me ves,
Y observa sus movimientos
Para que aviso me dés.

—

Si pone alegre el semblante
Cuando le digas mi amor,
Vénte volando al instante
No esperes á más favor
Que ese para mí es bastante.

Tal poeta, fué el autor de la célebre comedia *El Príncipe Jardinero y Fingido Cloridano,* representada en España y en América largo tiempo, y en cuya obra abundan inspirados versos.

La contestacion de la *Dama desengañada,* no carece tampoco de interés:

El que enfrente de un balcon
Está en pié más de una hora
En larga conversacion
Con una cierta señora,
¿Es esto mera atencion?

—

El no hablarme una verdad,
El ser tan falso conmigo,
El andar por la ciudad
Con treinta mil damas, digo,
¿Es esto casualidad?

—

El decir con seriedad
Que nunca llegó á quererme,
Ni tenerme voluntad,
Que era por entretenerme,
¿Es esto casualidad?

—

Seguir su temeridad
Con una á quien le regala
Haciendo con vanidad
De su San Benito gala,
¿Es esto casualidad?

—

El ir con sagacidad
A paseos y funciones
Y fingir marcialidad
Por lograr las ocasiones,
¿Es esto casualidad?

La libertad de imprenta de 1811, dió vida á innumerables publicaciones que hicieron bien pronto evidente el atraso en que estaban las letras entre nosotros.

Enojoso sería relatar como se fué desarrollando el periodismo, y como las pasiones se excitaron produciendo tristísimas discordias, sin provecho alguno para la literatura. Un habanero ilustrado, hombre práctico, escritor afamado, decia en 11 de Agosto del indicado año de 1811, en un papel impreso en la imprenta del Gobierno y Capitanía General, firmándose en él *El Regañon*:

«Eh! dónde estamos! ¿Acaso queremos desmentir á los conciudadanos y á los forasteros que creen hay en esta ciudad ilustracion, cortesía, urbanidad y despreocupaciones? Queremos volver á la barbarie ó nunca hemos salido de ella? Ha venido por ventura la libertad de imprenta para que demos á conocer nuestros defectos, ó para que acreditémos nuestras luces?

No, señor público, no se ha abierto la sagrada puerta del palacio de la razon y

de la justicia, para que por ella salgan sierpes cautelosas y emponzoñadas, águilas devoradoras y acechadores buhos, que al aspecto de la encubridora noche inquieten al pacífico y honrado ciudadano: se ha abierto, sí, para dirigir la opinion pública, los que lo entienden, á inflamar el patriotismo, manifestar á los magistrados el mal, su orígen y el modo de exterminarlo, substituyendo un sin número de beneficios que pueden resultar á la sociedad de la destruccion del despotismo, patentizando los pesados golpes que afligieron los pueblos en su tiempo, por ignorar el hombre los principios de la sana política, que debia haberle descubierto oportunamente los imprescriptibles derechos que le dió naturaleza, y aquellos únicos, fundados en justicia y equidad, que le atan con el más estrecho vínculo á los deberes que se impone para la utilidad comun.

Pero ¡oh dolor! Ya ha visto vuesamerced, señor público, que ha quince dias se goza de la libertad de imprimir, y se han dicho los conciudadanos, dicterios para ocupar las horas de un siglo. ¿Creerán esos buhos metidos á escritores, sin permiso de Minerva, que llenan los deberes á la patria con depredaciones que serian abominadas de los mismos hotentotes? Pues es preciso hacerles saber, señor público, que aun los desafectos á los injuriados han visto con indignacion tales infamias, porque á vueltas de una forzada risa, que tal vez arranca un sarcasmo, entra la irascible contra tales necios que degradan el honor y la virtud, sin cuyas prendas es intolerable la sociedad.

No ha mucho tiempo que se ha dicho en uno de los papeles públicos de este pueblo, que en él habia un inmenso número de sabios; ¿y qué dirán con tales producciones como las que refuto, las naciones extrangeras al ver una contradiccion tan indecente, una falta de principios liberales tan chocante, y un desenfreno tan inicuo? ¿Qué ventajas saca la pátria, cuales proporciona á esta ciudad el asombroso cúmulo de dicterios que se han dicho cuatro necios, que bastante se conoce que lo son, cuando no tienen habilidad para una produccion, siquiera mediana, que les dé la esperanza de una consideracion digna de los hombres de bien?

Las mismas leyes de la naturaleza, que dicen al hombre ser la más hermosa criatura que salió de las manos de la divinidad, que le acuerdan su noble ser, la grandeza en que está constituido, y los derechos que debe reclamar ante el tribunal de la razon ilustrada; esas mismas le imponen el mútuo respeto que ha de conservar á sus hermanos, y que deben defenderse cordialmente de las fieras que los atacan con más voracidad que las irracionales, pues estas quitarian la vida, y aquellas vida y honor.

Más esta defensa debe ser arrojando de la sociedad á los indignos de ella, sin olvidar que son nuestros hermanos, para no encarnizarnos ni aun contra los altamente delincuentes, pues la ley sola los ha de castigar y no la arbitrariedad, la malicia, el odio, y la depredacion.

¿Predicaré en desierto? Creo más flexibles á mis conciudadanos, y que cesarán en sus inícuas producciones llenas de personalidades, hijas de necios caprichos. De lo contrario, desde aquella mansion agradable del sosiego y la tranquilidad en que he yacido tantos años há, volveré á sacar la erguida cabeza, y armando valiente brazo con aquel escondido repuesto que otros tiempos tuvo útil uso, de macanas, garrotes y cachiporras, no quedará literato motilon á vida, sin que lleve su sepan cuantos de correccion, tan rigorosa como merecen los contumaces escritorcillos, ensartadores de pullas, desvergüenzas y necedades como las que hoy han degradado el lustre de esta ciudad, desde que se dió libertad á la imprenta: me pondré de acecho detrás de las prensas, y todo papel atrevido será sacado á la vergüenza pública con todos los colores de su iniquidad, hasta dejar muerto á macanazos de pluma al contumaz, pedante insolente y perturbador de la pública tranquilidad. Así se tendrán respeto unos á otros, ó serán el escarnio de los hombres de juicio para siempre jamás.»

En otro papel, *Junta General de periodistas ó Memoria de sus tareas, publicada por un Tierradentro*, que salió á luz en la imprenta del Gobierno en 1812, se demuestra como fué acogida la libertad de imprenta, y como de ella se hacía uso.

En 5 de Abril de aquel año, empezó á publicarse en esta ciudad un periódico semanal, de treinta y dos páginas, y duró hasta el 28 de Junio, titulado *Cartera de Señoras;* se imprimia por D. Pedro Nolasco Palmer, llevaba á la vuelta de la portada

este epígrafe: *Amusement for riches ladies, ands relief for poor ones*, y el producto de la suscricion se dedicaba á las enfermas del hospital de Paula. Aparecia su principal redactor D. Juan Hernandez Otero, quien con profusion publicaba en él pésimos sonetos, artificiosas odas y letrillas insustanciales, que llegó á reunir en un tomo bajo el nombre de *Juegos Poéticos*. La lectura del periódico que mencionámos, no deja de tener interés por algunas noticias de la época en él consignadas, acerca de teatros y bailes, saliendo estos harto mal librados de la pluma de uno de los redactores. En cuanto á su mérito literario, diremos que no le tenia y que se publicáron en él poesías indignas de ponerse ante los ojos de las señoras á quien la obra se dedicaba. Desfavorable juicio tendríamos que formar de las costumbres habaneras á juzgarlas por los versos allí estampados, que prueban como andaba el gusto literario.

La poesía, nada notable presenta en el torbellino de la primera libertad de imprenta concedida á la Isla. En cuerpo de volúmen, no vemos nada que merezca estudiarse, hasta que se dá á luz el librito de D. Simon Bergaño y Villegas, tan contradictoriamente juzgado en aquellos tiempos, por las iras que concitára con sus publicaciones *Correo de las Damas*, *Diario Cívico* y *El Esquife*. *El Desengañado ó sea despedida de la córte y elogio de la vida del campo* (1) es el título de la obra de Bergaño, dedicada al sabio intendente D. Alejandro Ramirez, cuando lo era de Puerto Rico, y sus versos le acreditan de poeta correcto y de filósofo más digno de nuestra atencion de lo que pudiera creerse á seguir las acusaciones de sus contemporáneos que fueron con él, con suma frecuencia harto injustos. Sentimos no poder extendernos á dar aquí algunas muestras poéticas del genio del escritor Bergaño, que aunque nacido en Guatemala, no dejó de tener influencia en nuestras letras, sin que fuera obstáculo la política, causa de las desgracias de su vida, que con sus ardientes luchas hiciera que no se consagrára enteramente á ellas. Duro, severísimo fué con él á nuestro modo de ver el Ilustre Obispo Espada en la Pastoral que publicó en 1811 contra el *Rasgo Filosófico de Dorila*, inserto en un uno de los números del *Correo de las Damas*: Bergaño, respondió á los cargos que le hacía el Prelado, con un extenso manifiesto que no puede leerse sin interesarse por su autor, aun reconociendo sus extravíos.

Por el mismo tiempo á que nos vamos refiriendo ya era conocida como poetisa, sorprendente improvisadora, una mujer de color, mestiza, que logró alguna instruccion, al grado, de obtener un colegio y ser profesora de las damas más distinguidas de su época, y muy versada en el latin. Juana Pastor, otra víctima de la incuria con que se han mirado las letras entre nosotros, escribió mucho en verso y prosa. Poco, ó nada se conserva de esta poetisa, que segun el Sr. Arnao, fué la primera que hizo resonar el arpa cubana desde el siglo pasado (2).» Las décimas que siguen fueron improvisadas, por dicha poetisa, el 27 de Noviembre de 1815.

La nativa inclinacion
Que en dos tardes te he mostrado
En cuanto á el gusto y agrado
En el trato de varon,
Es tema de mi sermon;
Y de contado, protesto
Que si nó se hace molesto
A tu oido mi relato,
Me explicaré con recato
Bajo del siguiente texto.

Delitiæ mæ esse cum filiis hominum.

Dijo Dios, y con justicia,
Digno es que el Angel se asombre,
Que era su delicia el hombre;
Que era el hombre su delicia:
¡Qué remarcable caricia!
¿Luego qué debo hacer yo,
Cuyo sexo Dios formó
Para compaña de aquel
Que el llama delicia de él?
¿Puedo abominarlo? Nó.

Compadezco del impío,
Me lastimo del inepto,

(1) El Desengañado ó sea despedida de la Corte y elogio de la vida del campo. Discurso por D. Simon Bergaño y Villegas. Habana. Imprenta Liberal á cargo de Romay. 1814.

(2) Páginas para la Historia política de Cuba por Juan Arnao. Brooklyn. 1877. Cap. XVIII. Pág. 82.

Doy incienso al predilecto,
Y del soberbio me rio:
Tambien sagaz me desvio
Del grosero rasgador
Que infiero viole mi honor,
Mas siempre con fé sencilla
Por saber soy su costilla:
Que es fuerza le tenga amor.
Genialmente está explicado
De mi carácter lo puro.
Y creo quedes seguro
Que es seguro lo estampado:
Ordena que tu mandado
Sabrá cumplir con primor
La que disfruta el honor,
Aunque aldeana infeliz
De estar á tus plantas Ruiz,
Firmada: *Juana Pastor.*

En 1814, empieza á oirse con aplauso, saliendo de las aulas del Real Colegio de San Cárlos, el nombre de D. Prudencio de Hechavarria y O'Gavan, natural de Santiago de Cuba. Contando apénas tres lustros, y dado ya á graves estudios, consagraba á las musas sus ratos de ocio, siendo sus obras celebradas de las personas doctas, por su naturalidad, buen gusto, esmero en el estilo y gala en el lenguaje. El *idilio Silvia y Lisardo* (1) que entonces compuso, anunció en el colegial un poeta. De esta produccion dijo el *Diccionario de las Musas*, que «huele á los arbustos del Almendares y respira la brisa que refresca nuestra zona,» hallando en ella episodios bucólicos dignos de encomio.

Con una preciosa *Silva* (2) celebró O'Gavan, en 30 de Mayo de 1819 la gran cruz de Isabel la Católica que se concedió al Ilmo. Obispo Espada, en una época en que esta condecoracion todavía no se habia prodigado como ha resultado despues y significaba un premio justísimo al verdadero merito y al patriotismo. La poesía de O'Gavan, no carece de dotes literarias aunque obra de un jóven; enumera en ella con cultas frases las virtudes del Prelado y sus apostólicos trabajos, y es la mejor de las que se dedicáron al Ilmo. Pastor en aquel tiempo. Antes que O'Gavan, el 26 del mes indicado, D. Antonio M. Escovedo, que tambien con gusto solia dar muestras de su vena poética, habia dedicado una de sus felices inspiraciones al mismo asunto.

La obra que ha dado más fama á O'Gavan ha sido su célebre *Sátira contra el estudio preferente del derecho romano en nuestras aulas*, impresa en esta ciudad en 1820, dedicada al General Cagigal, siendo su autor catedrático de derecho en la Universidad, y que los periódicos juzgaron «un nuevo comprobante de su ingenio poético, capacidad jurídica, buen gusto y crítica delicada con que se distinguió el autor desde sus primeras composiciones.» Años más tarde, envió O'Gavan un ejemplar de su obra á D. Francisco Martinez de la Rosa, con una dedicatoria en verso, contestándole el ilustre Cantor de Zaragoza en igual forma, discerniéndole el dictado de *Apolo de Cuba.*

Debe lamentarse, con suma razon, que no se hayan reunido las obras de este distinguido cubano, que influyó muchísimo en la educacion literaria de la juventud de su época.

Por los años á que nos venimos refiriendo gobernaba la Hacienda de esta Isla el sabio y honrado D. Alejandro Ramirez, cultivador tambien de las letras (3), quien publicó algunos versos en el *Diario del Gobierno de la Habana* en 1820. Entre ellos,

---

(1) La Moda ó Recreo Semanal del bello sexo, 9 de Abril de 1831. Tomo 5º, pág. 299.

(2) Diario del Gobierno de la Habana, nº 150, 30 de Mayo de 1819.

(3) Véase El Refranero general español, parte recopilado y parte compuesto por José María Sbarbi. Madrid. Imprenta de Fuentenebro.—MDCCCLXXVI.—Tomo V.—Prólogo, páginas XIV-XVI. Colecciona el ilustrado Pbro. Sr. Sbarbi, el siguiente folleto que escribió Ramirez á los quince años: *Respuesta de Sanchico Panza, á dos cartas que le remitió su padre desde la insula Barataria: que consta por tradicion se custodiaron en el archivo de la Academia Argamasillesca. Primera que publica en honor de la verdad, y de la fama, y familia de los Panzas, Ramon Alexo de Zidra.* Alcalá. En la Oficina de D. Isidro Lopez. Año de 1791.—El nombre que lleva el folleto es completamente anagramático con sola la duplicacion de las letras *n* y *r*, y la sustitucion segun la ortografía moderna de la *j* por la *x*. «El folleto—dice el Sr. Sbarbi—no carece de mérito en cuanto á la esencia, ni de travesura en cuanto á la forma, estando, además, bien desempeñado y sostenido el caracter del hijo del Gobernador de la Insula Barataria.»

en 29 de Febrero, una composicion en que invitaba á Zequeira á cantar las nuevas nupcias de Fernando VII. En esta poesía, que nos demuestra que el ilustre Ramirez era mejor hacendista que poeta, y en la que menciona á Hechavarria, Miralla y Fernandez Madrid, decia del primero:

De Hechavarria la rasgada pluma
Explícase á mi ver con gracia suma,
Y su ingenio temprano,
Promete flores mil, fruto más sano
Cuando en edad madura
La esgrima con más pulso y apostura.

Contestó Hechavarria la oda de Ramirez con la siguiente *epistola* (1) en que aludia á varios conceptos emitidos en los versos de aquel, que fueron tema por largos dias de dura crítica por los que el intendente habia llamado *poetas menores*.

De la *rasgada pluma*
Que siempre fué tu amiga
Oye una queja con justicia suma,
Caro *Ramiro*, que mi pecho abriga.
En el viaje á la posta
Que al Parnaso cubano
Diste á tus anchas y á tan poca costa,
Y no como Cervantes piano, piano,
Para echar tanto vate chavacano,
Un poco estraño á tu amistad ha sido
Que háciéndome justicia ó el cumplido
De aplaudirme en tu verso placentero,
Unicamente te haya merecido
De futuro laurel benigno agüero.
¡Pobre de mí! Quedé de meritorio:
Y solo cuando tú subas de plaza,
Entraré al apolineo consistorio
¡Triste gente rapaza!
Hasta *la edad madura*
Has augurado que la pluma mia
No *esgrimirá* con pulso y *apostura*.
¡Larga la llevo con tu profecía!
Tu metáfora guarda igualdad pura,
Pues ciertamente que en la edad fogosa
No hay pulso en esgrimir pluma ó espada:
Mejor se *esgrime*, cuando *madurada*
Ya flaquea la mano por temblosa.
¿Has dicho nunca tan contraria cosa?
La *sátira* te envio
Que me pediste, acerca del abuso
De estudiar nuestras leyes con desvio
Y las romanas con fervor iluso.
Si en ella tu talento
No toca *madurez* y te parece
Aun infantil mi acento,
Puede que al ménos á tenerla empiece.
Consuélame algun tanto
Verte jóven, *Ramiro*, tan maestro,
Y de las sabias Pierides encanto;
Y espero que no tarde seré diestro,
Cuando ya tus lecciones y modelos
Hayan puesto *maduros* mis desvelos.
Tropiezo en otro punto
De tu Oda censorina
¡Oda y censura! ¡qué feliz conjunto!
Y es que sobre la musa peregrina
Que cantó á Zaragoza en voz divina
Y ciñe el lauro de oro eternamente,
Es lo que únicamente
En el Pindo cubano se percibe,
Y estamos á tu juicio ciegamente.
No tan calvo, *Ramiro:* hay quien recibe
Y no es *Zequeira* sólo,
Copiosa influencia del divino Apolo.
Viaja al Pindo despacio
Y de jóvenes muchos tus paisanos
Verás mil rasgos cual su edad lozanos,
Cantables en el délico palacio.
Más disculpo que dejes casi en grima
Tan limpio de poetas el Parnaso;
Tú no lo hiciste de intencion acaso,
Sino porque la cima
Toda ocupase el númen admirable
Que quisiste elevar cuanto era dable.
De *poetas menores*
La agraviada pandilla
Te prepara, Ramiro, sinsabores:
Y es mala tan rebelde gentecilla
Por su número más que por su fuerza;
Pues por do quiera vibra
Sangrientos dardos con que á herir se esfuerza.
Y de que Homero mismo no se libra.
Esos son insurgentes de Helicona.
Y aunque triunfó tu espada
De los de la católica corona
Quizá con ellos se verá cansada.
Paciencia y más paciencia
Es con ellos escudo de victoria

(1) Diario del Gobierno de la Habana, nº 83.—23 de Marzo de 1820.

Porque solos el númen y elocuencia
No te darán, *Rámiro*, tanta gloria;
Que inquietado el poético avispero
De furias és un escuadron entero.
Basta, querido, basta;
Ya es mucho para ocio,
Y mi pólvora en salva no se gasta
Pudiendo emplearse en superior negocio.
Más por antojo que por darte queja
Estos versillos en verdad compongo
Pues las sospechas mi amistad aleja,
Y á obsequiarte, cual siempre me dispongo,
Como entre hermanos caros
Hay sus piques ligeros
Los nuestros por amigo no son raros,
Si los afectos continuan sinceros,
Que nunca olvida la memoria mia
Fuiste mi preceptor en algun dia.

En 1820, durante la nueva libertad de imprenta, se publicaron en esta ciudad algunos periódicos dignos de encomio, figurando en primera línea *El Observador Habanero*, donde escribieron Varela, Govantes, Santos Suarez, Escovedo, Velez, Saco, Caballero y Poey, y el cual contiene algunas poesías liberales. *El Argos*, cuyo primer número vió la luz pública el 5 de Junio, y el último el 25 de Febrero de 1821, fundado y dirigido por el Dr. D. José Fernandez Madrid, natural de Cartajena en Nueva Granada, es tambien uno de los periódicos cuyo estudio es indispensable para juzgar con exactitud el estado político y literario de aquel tiempo. El Dr. Madrid, insertó en él sus delicadas poesías que tituló *Las Rosas*, apreciadas más tarde por el ilustre literato D. Andrés Bello, y los editores de la *América Poética*, publicada en Valparaiso en 1846; así mismo se admiran en dicho periódico, sus buenas traducciones de Delille, algunas odas con rasgos notables, y poesías del argentino Miralla, que residia entonces en esta ciudad. Fernandez Madrid, sobresale en las composiciones patrióticas si bien no están del todo libres de incorrecciones.

En su oda *A la restauracion de la Constitucion Española*, de la cual se hicieron dos ediciones en 1820 por el impresor Boloña, hay estrofas dignas de Quintana, por la nobleza de los conceptos y la valentía de las imágenes.

La Lira de Apolo, *El Mosquito*, *La Minerva*, *La Biblioteca de Damas*, *El Revisor Político y Literario*, *El hombre libre*, *El español libre*, *El americano libre*, fueron periódicos de 1820 á 1823, donde tambien puede juzgarse la literatura. *El Revisor Político y Literario* se coloca entre los citados á mayor altura por sus buenos artículos sobre política, legislacion y literatura.

Versos de D. Alberto Lista, de Heredia, de Moratin, y de otros buenos poetas, eran los que insertaba á menudo. En *El Revisor* hicieron sus ensayos muchos cubanos que despues han alcanzado justo renombre por su talento, entre ellos D. José Antonio Cintra.

No deja tampoco de tener interés la coleccion de *El Amigo de la Constitucion Diario de la Habana* que empezó á publicarse en Agosto de 1821, y creemos llegó hasta el año de 1823; poesías satíricas, algunas originales de escritores del país y otras copiadas de periódicos de la Península abundan en los números que poseemos; la política liberal, ó como entonces se decia, *constitucional*, es la que inspiraba á los poetas, que bajo el punto de vista de sus méritos literarios, nada dejaron allí digno de la posteridad.

En Mayo de 1821, salió á luz en esta ciudad el primer número de *El Amigo del Pueblo, papel político, crítico y literario de la Habana*, que llevaba por epígrafe estos versos de Màrchena:

¿Qué haces, dó te despeñas, imprudente
Pueblo? La libertad sin moral quieres?
¿Qué Dios te sopla ese furor demente?

Por ellos se deduce que fué amigo del órden, y más de una polémica tuvo que sostener con sus colegas del bando exaltado, que eran los que abundaban en aquellos agitados dias. Publicó *El Amigo del Pueblo* algunos versos de Heredia, y en un suplemento, el dia 1º de Junio de 1821, una elegia á la muerte del Intendente D. Alejandro Ramirez, por Dª María Antonia Bolivar, y en el número del 6 del propio mes y año, otra de D. José Antonio de la Ossa, afamado literato y botánico.

La muerte del sabio y virtuoso Ramirez, tan honrado como pundonoroso, en Mayo de 1821, esa muerte que es la vergüenza eterna de los calumniadores que con sus maquinaciones y sus intrigas hirieron el alma pura del Intendente á quien Cuba debió sus tiempos mejores de prosperidad, la remocion de infinitos obstáculos que detenian su progreso y la completa extirpacion de los abusos y vicios y que bajo el punto de vista fiscal ahogaban el sagrado derecho de propiedad en Cuba (1), fué cantada por los que con más justo renombre pulsaban entónces la lira, figurando entre ellos D. José María de Heredia.

En los años cuyo movimiento literario, á vuelo de pluma, bien á pesar nuestro venimos reseñando, en lo que se refiere á producciones poéticas, limitadas muestras pueden exhibirse. Heredia, el gran Heredia habia ya abandonado á Cuba, pero sus principales poesías corrian de mano en mano, muchas se repetian de memoria ó ya en copias manuscritas circulábau entre los aficionados y de aquí proceden las notables diferencias que se hallan en algunas, afeando este mal muchos de sus más inspirados cantos, como resulta con la célebre oda al *Náyara* (2).

La edicion más completa y esmerada de las obras del primer poeta lírico de Cuba, que puede figurar dignamente en puesto preferente del Parnaso Español, es con justicia la que el conocido literato Sr. D. Nestor Ponce de Leon hizo en Nueva York en 1875, á la que acompaña un interesante estudio sobre la vida y obras de Heredia, escrito por el Sr. D. Antonio Bachiller y Morales. Así mismo, con acierto plausible, se han colocado en breves extractos, los juicios que del poeta han formado tan esclarecidos escritores como Lista, Quintana, Andrés Bello, Torres Caicedo, Kennedy, Villemain, Ampere, Amunátegui y Mazade. Tambien ha sido oportuno colocar en el libro las poesías de D. Francisco Muñoz Del Monte y Dª Gertrudis Gomez de Avellaneda consagradas á la muerte de su egrégio hermano. Lo que no se concibe, lo que ningun lector sensato podrá jamás explicarse, es como hombre de tan vasto talento como el Sr. Ponce de Leon, tan moderado en sus juicios, libre ya por sus años, experiencia y estudios de las pasiones que tantas veces desfiguran lo que es el verdadero amor á la patria, diese lugar en su libro á los versos que coloca al final del primer tomo, con el impropio título de *El Alma de Heredia*. Fueron estos escritos en 1869 por el poeta de Nueva Granada D. Rafael Pombo, quien parece olvidó entonces lo que en una ocasion solemne, condenando el crímen que habia privado á la América Española de una de sus glorias literarias más legítimas, el insigne D. Julio Arboleda, asesinado el 12 de Noviembre de 1862, habia enaltecido, dando al malogrado autor de *Gonzalo de Oyon*, «el honor de la caballeresca raza castellana á que pertenecia;» y reconociendo de buen grado, que aquella muerte no era indiferente «para su raza entera, la gran raza de Cervantes. de Garcilaso, de Ercilla, de Lope de Vega, de Calderon, de Cadalso, de Espronceda, de Angel de Saavedra,—raza de héroes poetas, que hoy tiene uno más á quien llorar (3).» Juzgó mal, muy mal á Heredia el Sr. Pombo, y en un hombre de sus méritos, en un poeta siempre inspirado en altos y nobles sentimientos, en el autor de *Angelina*, es el yerro de mayor viso.

El rencor, en los extremos que lo caracteriza en sus versos el Sr. Pombo, no existió en el alma del poeta cubano: *yo no sé aborrecer*, dijo más de una vez, y áun cuanto

---

(1) Manifiesto de las interesantísimas públicas taréas del Sr. D. Alejandro Ramirez, Intendente de Ejército de la Habana y Superintendente de la Isla de Cuba, desde su venida á América. Escrito por un habanero.—Habana.—1820. Oficina de Arazoza y Soler, impresores del Gobierno Constitucional.

(2) Publicámos esta composicion con las últimas correcciones que le hizo Heredia, tal como está en la edicion del Sr. D. Nestor Ponce de Leon, Nueva York. 1875.—Cincuenta y cuatro variantes anota el Sr. D. Miguel Macías, laboriosísimo escritor, en sus *Prolegómenos de Literatura*.—Habana.—Establecimiento tipográfico La Antilla. 1859.—Parte Crestomática.—Modelos.—Páginas 47-51. El distinguido crítico Sr. Piñeiro, supone, que las variantes que se notan en las diversas ediciones publicadas procedan de errores de copia ó de imprenta, pues todas contienen palabras mal puestas, adjetivos impropios, y alguno que otro verso duro. Estudios y conferencias de Historia y Literatura. Por Enrique Piñeyro.—Nueva York. Imprenta de Thompson y Moreau. MDCCCLXXX. Poetas líricos cubanos. José María Heredia. Pág. 201.

(3) Véase el folleto *Los liberales granadinos y su última víctima*. N. York. 1863. Págs. 7 y 19.

pudiera aducirse presentando sus composiciones políticas fruto de su juventud, tiene fácil respuesta para poderse contradecir, si se dieran á luz todas, todas sus cartas (1). Por lo demás, bajo el punto de vista político nada diríamos de las poesías de Heredia, sino hubiéramos visto en los versos del Sr. Pombo, un grave inconveniente para que la juventud tenga en sus manos las producciones del más afamado de los poetas cubanos, cuyos versos no deben estimarse como bandera de guerra. Y, no es un sentimiento de egoismo el que nos dicta tales palabras: es el convencimiento íntimo de que no es el espíritu del ódio el que dá vida moral, ni ménos vida gloriosa política á los pueblos. Las nacionalidades no se constituyen hoy amasando sus cimientos con sangre de hermanos: con tales bases, dado el progreso de las ideas, tanto en el órden del derecho, como en el órden moral sin cuya completa organizacion no es dable que una sociedad pueda llegar un dia al fin de perfeccion humana, que ha de unir con lazos de amor y concordia á todos los pueblos de la tierra alejando de sí el mónstruo de la guerra, tristísimo legado de los tiempos bárbaros, nada sólido, nada útil, nada provechoso se levanta. Es un error vulgar, creer que puede sobreponerse á la voz sagrada de la conciencia pensamiento alguno, por alto que nuestra ambicion lo considere, capaz de ahogar en el hombre el espíritu de justicia cuyos impulsos tantas veces por desgracia desconoce.

Un escritor de bien labrada reputacion, el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, juzgando á Heredia en un extenso trabajo, que analizó en alguna parte el Sr. Dr. D. Ramon Zambrana (2), dice:

«Por ser de raza española tenemos á honor el contar á Heredia entre nuestros hermanos; por ser hijos de la madre patria tenemos que llorar sus extravíos por ser críticos imparciales tenemos que prescindir de su vida particular, olvidarla en cuanto sea posible al tratar de sus versos.»

Respecto á las mezquinas preocupaciones políticas que en mal hora fomentadas,

---

(1) Existe la que en 1º de Abril de 1836, dirigió desde Toluca al Excmo. Sr. D. Miguel Tacon, que dice así:

«Muy Sr. mio y de mi respeto: habiendo llegado á mi noticia los decretos de amnistía expedidos por S. M. la Reina Gobernadora, particularmente el último, fecha en fin de Mayo de 1834, en que se derogaron todas las restricciones de los anteriores, pensé volver á esa Isla (de que me hallo ausente desde fin de 1823, por las ocurrencias políticas de aquel tiempo) si no para establecerme otra vez en el seno de mi familia, al ménos para tener la satisfaccion de abrazarla y pasar algunos dias con ella. Pero un amigo interesado en mi suerte me hizo entender poco ántes de emprender el viaje, que V. E. habia manifestado su resolucion de prohibir mi desembarco, añadiendo que la amnistía no podria favorecerme, por estar vencido su plazo, que todavía ignoro cual sea, pues ninguno se expresó en los Reales Decretos que han llegado á mi noticia. Desde entonces aguardé resignado el reconocimiento de la independencia mexicana, que se suponia próximo: pero como éste se demora aún, he resuelto dirigirme á V. E. animado á dar este paso directamente y sin buscar empeños, por la fama de su carácter íntegro, franco y caballeroso. Se me asegura que V. E. expresó saber que mi viaje tendrá un objeto revolucionario, por lo que no dudo que los informantes me han calumiado cruelmente. Es verdad que ha doce años la independencia de Cuba era el más ferviente de mis votos y que por conseguirla habria sacrificado gustoso toda mi sangre; pero las calamidades y miserias que estoy presenciando hace ocho años, han modificado mucho mis opiniones, y veria como un crímen cualquiera tentativa para trasplantar á la feliz y opulenta Cuba los males que afligen al continente americano.

Además, si mi insignificancia no me proteje contra tal sospecha, doy desde luego mi solemne palabra de honor de no mezclarme en asuntos políticos mientras permanezca en Cuba, si se digna permitirme que vuelva á ella.—Aun cuando esta garantía no parezca suficiente á V. E. porque no tengo el honor de que me conozca ¿me juzga tan insensato que osára provocar con tramas impotentes la severidad de un gobierno enérgico y activo como el de V. E. y mucho más sabiendo que ya está prevenido contra mí? Dígnese V. E., pues, concederme su permiso para pasar algunos dias en el seno de mi familia bajo los términos indicados y proporcionar ese consuelo á mi anciana madre, en mezquina indemnizacion de los pesares que le causaron las imprudencias de mi primera juventud, que nadie ha reprobado tanto como ella.—De este modo unirá V. E. en mi alma un sentimiento de gratitud personal al de estimacion, que han excitado en ella los beneficios que su administracion íntegra y firme ha dispensado á mi patria.

Sírvase V. E. aceptar la consideracion respetuosa con que me suscribo su obediente servidor Q. B. S. M.—*José María Heredia.*

(2) Obras literarias, filosóficas y científicas del Dr. D. Ramon Zambrana Habana. 1858. Diferentes épocas de la poesía en Cuba. Páginas 87-143. Escrito en 1854

han tendido á separar en el afecto fraternal pueblos cuya identidad de orígen, civilizacion, idioma y costumbres, es lazo que no podrán jamás destruir las pasiones humanas, retardando la verdadera union moral entre América y España, union porque suspiraba ya en 1867 uno de nuestros más célebres oradores, el Sr. Castelar (1), reconociendo que habíamos dado á América con la sangre de nuestras venas una civilizacion que nos habia costado veinte siglos de martirios, se ha expresado así el Sr. Cánovas del Castillo en la *Revista Española de Ambos Mundos*, de Madrid, en 1854.

«Permítasenos decir algunas palabras sobre las absurdas preocupaciones en que fundó la jóven América su independencia. No vamos á fulminar inútil y tardío anatema contra esta independencia, ni siquiera á censurar el que aquellas lejanas provincias, mal gobernadas por la metrópoli, deseasen tener gobiernos propios, gobiernos que viviesen en ellas, y con presencia de sus males buscasen remedios, y á vista de las faltas, estudiasen correcciones y mejoras. Todo esto lo concebimos y podemos explicarlo. Nuestro objeto no es otro sino condenar aquellas preocupaciones absurdas, que en mal hora cobijaron á la naciente independencia americana, y que acaso no están borradas todavía en las nuevas naciones, manteniendo viva cierta desconfianza, para ellos funesta, lo mismo que para la metrópoli. Si un gobierno sólo no podia regir cien provincias situadas á tantos millares de leguas de distancia, si parecia conveniente y justo fundar nuevos gobiernos que atendiesen dentro de las mismas provincias á su conservacion y aumento, ¿por eso habian los pueblos hispano-americanos de aborrecer el nombre augusto de España?

Nosotros que tambien hemos maldecido de nuestros padres, y hemos repudiado la herencia que nos dejaron, convirtiendo sus templos en escombros y en pocilgas sus sepulcros; nosotros que hemos escarnecido su gloria antigua, y aplaudido la moderna humillacion de nuestro nombre; nosotros que hemos llegado á aborrecernos, y á querer y admirar á nuestros enemigos, no podemos, no debemos ser muy severos con los que maldijeron en el Nuevo-Mundo el nombre de españoles, siendo hijos de ellos; con los que repudiaron la herencia de los conquistadores que era su patrimonio: con los que escarnecieron las glorias de Cortés y de Pizarro que eran sus glorias, y lloraron la suerte de las razas indígenas que no habian perecido sino por ellos, y para que ellos pudieran habitar el suelo que habitan. Pero es preciso que, sino severos, seámos justos; digamos la verdad entera. La madre España, descubierto el Nuevo-Mundo, repartió con él sus hijos, despoblándose por darle á él pobladores: envió allá héroes cuando solo criaba héroes, de modo que los vencedores de Cerinola y los vencedores de Otumba, los que prendieron al poderoso hijo del Sol y los que trajeron á la torre de los Lujanes al rey Caballero, eran hermanos, sino ha de decirse unos mismos, criados en unos propios campos, debajo de una propia disciplina, á la sombra de iguales banderas. Y no envió allá soldados feroces, sino cuando por hábito de pelear y de vencer lo eran todos sus soldados, de suerte que no fué la capital del orbe católico mucho mejor tratada que la ciudad de Motezuma, ni los llanos de América, regados con más sangre enemiga que las rocas de las Alpujarras ó los viñedos del Rhin; no envió allá gente fanática y exterminadora de idólatras, sino porque no tenía otra la nacion que habia peleado siete siglos contra infieles, ganando más indulgencias á medida que más número de ellas exterminaba, aquella nacion mística que habia encendido las hogueras de Lutero y Torquemada, que habia emprendido una guerra de ochenta años para castigar el que una de sus provincias se hubiese dado á la herejía. Envió allá España, en fin, la gente que ella tenía, la misma con que se habia levantado al primer puesto en las naciones, la misma con que vencia en Francia, amenazaba á Inglaterra, devoraba á Flandes, dominaba en Africa, oprimia en Alemania y encadenaba á la Italia.

Traes al Albis rendido, á Francia opresa,
Humilde el Pó, pacífico el Toscano,
Túnez en freno, y Africa en empresa.

---

(1) Ensayos filosóficos y de critica literaria por J. M. Torres Caicedo. Segunda série. Paris. 1868.—Prólogo. Páginas VI-VII.

Tal hablaba entonces á España el Obispo de América, Balbuena, recordando sus hechos. Y al propio tiempo que los hombres con que eso hacía en el Viejo Mundo, envió España á América las leyes que á ella misma la despojaban de su riqueza, los horrores, los vicios que la consumian: más tarde envió tambien los ministros licenciosos y rapaces de Felipe IV, los magistrados ignorantes y venales, y los soldados cobardes de Cárlos II; los tímidos reformadores de Felipe V y Cárlos III; los miserables servidores de la córte de Cárlos IV. Pedazos de nuestro suelo más ó ménos separados, los imperios de América seguian la suerte del imperio de España: con él crecian y decaian, y á la par que él abrigaban grandes ó pequeños ciudadanos, grandes ó pequeños gobernantes. No hay gloria que no sea comun, no hay falta, no hay crímen que tambien no lo sea. Y esto en Europa, que por lo que toca á América, más pueden tenerse por culpables sus pobladores que no los pobladores de España, en cuanto se haya hecho digno de reprobacion ó censura por aquellas regiones lejanas. Por lo mismo no se concibe apénas cómo hayan podido los hijos de América dirigirnos algunos cargos; desatarse contra nosotros en cien géneros de declamaciones. No era posible que ellos renegásen de lo pasado sin renegar de sí mismos, que nos maldijesen á nosotros sin maldecirse antes á sí propios y maldecir á sus padres.

Ha llegado el tiempo de ver á luz segura la cuestion. Ni nosotros éramos usurpadores, ni bárbaros, ni tiranos; ni éramos una raza conquistadora y enemiga en América. Nuestro dominio y nuestro gobierno eran legítimos y naturales: no se trató nunca, no pudo tratarse en América de desposeer á nuestra raza de aquellas regiones. Lo cierto es que el dominio por demasiado extenso tenía forzosamente que repartirse y venir á estar en diversas manos; que no bastába un solo centro de gobierno para tantos imperios; que habia sonado el momento de que se rompiese en pedazos nuestra nacion. Era aquella una guerra civil, no una guerra nacional; una cuestion de conveniencia lo que allí se discutia nó una cuestion de derecho. Y esta conveniencia ponia al propósito límites naturales: así pudo ser lícito en una parte lo que en otra no lo era; así en un tiempo pudo ser disculpable lo que hoy no podria serlo de modo alguno. Las costas del Pacífico, tan largas, tan remotas, ¿quién duda que no debian depender por siempre del gobierno de España? Cuba, que el vapor ha traido á quince dias de distancia de nuestras costas, que no tiene más que el ámbito de regular provincia, que no puede gobernarse á sí misma, és y debe ser siempre española. Esa isla es el lazo que une los pueblos hermanos de América y Europa; desde ella podemos estrechar nuestras manos con la infortunada México que tanto necesita del apoyo de su antigua madre, disputar el paso del Panamá á los invasores yankees si llegan á presentarse á sus puertas, defender los derechos y los intereses de nuestra raza. La América española tarde ó temprano apreciará de este modo la cuestion: tarde o temprano se alegrará de que hayamos conservado á Cuba, y si por desgracia, llegásemos á pérderla algun dia, lloraria á la par que nosotros una pérdida, que no lo sería para nosotros solos, sino tanto ó más para ella (1).»

---

(1) D. José María Heredia, por D. Antonio Cánovas del Castillo. Este trabajo, como ya hemos dicho, se publicó en la *Revista Española de Ambos Mundos*, de Madrid, en 1851, y últimamente lo reprodujo *El Palenque Literario*, tomo II, Habana, 1878, de cuya revista era director el Sr. D. Cárlos Genaro Valdés y redactores D. Ricardo Potestad y D. Bernardo Costales y Sotolongo. Véanse las páginas 220 y 246-248. Nuestro distinguido amigo, el íntegro magistrado Ilmo. Sr. D. Eugenio Sanchez de Fuentes, que es tambien un poeta de levantada inspiracion, y ferviente admirador de los buenos poetas de Cuba, escribió el 29 de Noviembre de 1879 el siguiente soneto (inédito) *A Heredia*.

¡Alma de fuego, lira turbulenta,
Que resonó al través del Océano;
De Píndaro y Quintana digno hermano;
Cantor del huracan y la tormenta!
Cubrir á España de baldon y afrenta
Con torpe frenesí quisiste en vano...
Mas ¡ay! que lejos del Eden cubano,

....Yo le perdono....
Yo no sé aborrecer....
[Heredia á Del Monte, Desde el campo.]

Lloró pronto Anahuac tu muerte lenta.
Fiebre de libertad cegó tu mente,
Y la exaltó el esclavo, que hoy redime
La justicia de un pueblo calumniado.
Descanse, Heredia, en paz tu augusta frente,
Que por tu canto al Niágara, sublime,
¿Qué español no perdona al *Desterrado*?

La misma pluma que ha formulado el antecedente juicio político. ha juzgado tambien la oda al *Niágara*, con frases, que muy acertadamente ha consignado en su excelente libro acerca de la literatura americana, el Sr. D. Antonio Batres Jáuregui, catedrático de literatura y de derecho de la Univerdad Central de Guatemala (1): «El poeta—dice—toma una forma libre, la silva, á la cual era ya bastante aficionado: la habia estudiado profundamente en el ilustre Quintana. á quien debe su consistencia y su flexibilidad admirable, sus cortes atrevidos, sus pausas de armonía; todo lo que hoy hace de ella uno de los mejores acentos de la musa castellana. Heredia, lleno de fé y de inspiracion, se atreve á luchar con Quintana: le tomasus giros, sus arranques, lo sigue más bien que lo imita, con más intento de vencerle que de someterse á él. Y, justo es decirlo, Heredia sale glorioso de la lucha: su silva al *Niágara* puede compararse con cualquiera de las de Quintana, aunque sea con la de *Al Mar*, aunque sea con la de *La Imprenta*.» Por su parte, un ilustrado crítico cubano, el Sr. D. Enrique Piñeyro, nos dice: «Heredia merece ser colocado despues de Quintana, á quien igualó en cuanto al vigor y la serenidad de la inspiracion; pero de quien tambien se aleja en correccion, en pureza y en esa majestuosidad con que se desenvuelven las estrofas de las odas de Quintana, como caen los pliegues de una estátua griega (2)». D. Andrés Bello, juzgó favorablemente la primera edicion de las poesías de Heredia, publicadas en Nueva York, en 1825, hallándolas «llenas de rasgos excelentes de inspiracion y sensibilidad; en una palabra escritas con verdadera inspiracion (3).»

La fama de Heredia, no es sólo americana: numerosos escritores de Europa se se han ocupado de sus producciones. El ilustre escritor Mr. Villemain, miembro del Instituto, ha dedicado á nuestro poeta más de una vez, expresiones que demuestran el aprecio en que le tenia (4).

Sobre sus poesías, esto es, acerca de su mérito, como se ha visto tan reconocido de propios y extraños, diversas polémicas se han suscitado. Fué la primera y la más célebre en nuestra historia literaria la de D. José Antonio Saco y don Ramon de la Sagra, que puede consultarse en el tomo primero de la *Coleccion de papeles sobre la Isla de Cuba*, (Paris, 1858) de aquel benemérito cubano; siendo tambien útil sobre este punto la lectura del trabajo del Sr. D. Antonio Bachiller y Morales, *D. José María Heredia y sus críticos* que por primera vez se publicó en 1856 (5).

Heredia, señaló á los poetas cubanos, que la verdadera poesía no debe prostituirse en puerilidades y que lo primero que debe hacer el poeta si ha de merecer honradamente el nombre de tal, es acompañar á la moralidad de sus concepciones la de toda su vida. La pureza del sacerdote es la que sostiene y fomenta la religion. Vanos son los cantos que dicen al pueblo lo contrario de lo que el poeta practica; vanos son los cantos por muchas galas de que el arte los revista, si no van encaminados al logro del bienestar de la humanidad aspiracion que es el más alto timbre de las almas grandes y libres.

Heredia es una gloria literaria, que vivirá eternamente unida á las glorias que

---

(1) Literatura Americana. Coleccion de artículos escritos por Antonio Batres Jáuregui, abogado de los tribunales de la República, diputado á la Asamblea Nacional constituyente etc.—Guatemala —Tipografia de *El Progreso*, 1879. XVI. Cuba, páginas 479–480.

(2) Estudios y conferencias de historia y literatura. Poetas líricos cubanos. José María Heredia, pág. 199.

(3) El Repertorio Americano. Tomo segundo. Lóndres 1827. Juicio sobre las poesías de J. M. Heredia. Nueva York, 1825, páginas, 34, 45.

(4) La tribune Moderne. Premiere partie. M. de Chateaubriand. Paris, 1858. Chap. III, pág. 55.

Essais sur le genie de Pindare et sur la poesie lyrique dan ser rapports avec l'elevation morale et religiuse des peuples, Paris, 1859. Chap. XXIV, págs. 580-586. En la *Revista de Cuba*, de que es director el Dr. D. José Antonio Cortina, se han publicado algunas obras inéditas de Heredia.

(5) Brisas de Cuba, periódico quincenal de amena literatura. Redactores: Néstor Ponce de Leon, Fernando V. y Aguirre y Santiago de la Huerta. Julio 1.° de 1856. Tomo tercero. Habana. Imprenta de Spencer y Comp. O'Reilly, 110. pág. 7. Tambien en el tomo III de la obra Apuntes para la Historia de las letras. VIII, págs. 78–83.

han conquistado cuanto han cantado con varonil acento en la hermosa lengua castellana.

El estudio de las literaturas extranjeras no desvió á Heredia del constante de los clásicos españoles y más de un ejemplo puede sacarse en sus versos de esta asercion: no habia por cierto de caer el gran poeta en el lamentable error que muchos, al creer que puede bastar la inspiracion y conocer á Sakespeare, Goethe y Víctor Hugo para producir en nuestro rico idioma obras sérias y provechosas dignas de la posteridad. Heredia habia aprendido el vigor y la elegancia de la lengua española en los buenos poetas nacionales, antes de admirar á los extranjeros. La energía de Quintana, la dulzura de Melendez, la filosofía de Jovellanos, son cualidades todas que están en los versos del cantor del Niágara. Su fé vivísima, no es tampoco lo que ménos levanta á Heredia: las desgracias de su vida, los dolores de la expatriacion no le hacen prorrumpir en esas quejas con las que la soberbia muchas veces pretende contrarrestar los sufrimientos que son inherentes á la mezquina naturaleza humana.

Despues de Heredia, hay siempre que colocar á Plácido, cuya vida reseñamos en la biografía que precede á sus versos, anotando tambien, segun el plan que nos hemos propuesto seguir, algunos de los más importantes juicios emitidos acerca de sus producciones (1). Los versos de Plácido, ya por el mérito indisputable de algunos, ya por el triste fin de su autor, son los que en Cuba tienen más lectura; y pudieran con descanso reunirse miles de citas tomadas de las obras de los aficionados de nuestros tiempos que le han imitado, sin darse cuenta de que incurrian á veces en los mismos defectos que el modelo. Y es, que entre nosotros, por lo general, son infinitos los que se apasionan de tal modo de la rima que desatienden por completo la exactitud y belleza del pensamiento, despreciando el estudio de la forma artística sin la cual no hay verdadera poesía. En tan desgraciada situacion, sólo se hace un conjunto de renglores, que podrán estar bien medidos alguna vez y halagarnos la música del ritmo, música que en personas iliteratas ha causado males sin cuento para el buen nombre literario del país, y así vemos que son muchos los que sin mérito pretenden audaces el favor de las Musas y escalan el templo como fieros invasores. Estragan el gusto poético de un pueblo, lo pervierten los desdichados copleros que adulando á veces el instinto popular, le regalan versos ridículos que si constituyen una vergüenza para las letras, suelen tambien ocultar y prodigar mortal veneno. No basta decir canto á Cuba y amo á Cuba: el salvaje canta las agrestes soledades en que vive y ama tambien con todas sus inclemencias la tierra en que ha nacido; pero las sociedades civilizadas esperan del canto del poeta un nuevo auxilio moral para su progreso. Hay que cantar á Cuba, poseido el que lo intente de sus dotes para empresa tan honrosa; hay que amar á Cuba, con el convencimiento del deber que todo ciudadano honrado tiene de enaltecer su nombre. Hay que coronarla con las frescas y perfumadas flores de sus pensiles, no con flores de trapo.

«La imaginacion incomparablemente fecunda de los cubanos; su alma dotada de una sensibilidad y una facilidad de expresion admirables, los hace á todos músicos y poetas, ha dicho un notable escritor. Los diarios de la Habana y de toda la Isla, tienen que transigir con su lectura llenando de contínuo sus columnas con una plétora de versos y dedicatorias de todo género, que no interesan por lo comun más que al autor ó á la persona á quien van dirigidos. No son malos los versos, pero los que se

(1) Nuestro amigo el Sr. D. Ramon Velez Herrera, nos proporciona la siguiente nota que es interesante consignar aquí: «Por los años de 1831 á 1832 conocí á *Plácido*, y admirado de su genio se lo presenté al distinguido literato Valdés Machuca, el que se sorprendió de la sencillez y originalidad de sus producciones. En casa de Machuca se relacionó con los distinguidos doctores Gonzalez del Valle, Cowley, los dos hermanos Rodriguez, los abogados Morillas, Ponce, Castro y otros, entre ellos Iturrondo, (Delio). Se le proporcionáron libros para que ensanchase sus conocimientos, contribuyendo bastante á este fin D. Francisco Puentes, en cuya botica escribia sus composiciones poéticas, y que fué siempre su protector. La madre de Plácido, se llamába Dª Concepcion Vazquez. El año de 1834 lo hicimos concurrir á la fiesta campestre dada en honor de Martinez de la Rosa en Arroyo Apolo, ideada por Valdés Machuca é Iturrondo, y en la que tomaron parte casi todos los poetas y escritores de aquella época. De los autores que aparecen en la *Aureola Poética*, que sepámos, sólo viven, Bachiller y Morales, Morillas, Cornelio Diaz y este su amigo. (Habana, Diciembre 1880.)

sienten con deseo y facilidad de escribirlos no se detienen nunca á pensar si el asunto merece los honores de la publicidad. Se devoran todas las composiciones de la jóven y flamante literatura, pero no se leen nuestros clásicos y se desconoce y se desdeña la sana crítica.

Los periódicos, que debian ejercer este saludable correctivo, ó participan del general temperamento ó no se atreven á contrariarlo. Para ellos sólos es efectivamente algo temeraria la empresa. Seria preciso que concurriesen á ella de consuno, todos los elementos que pueden cooperar en la *llamada* al estudio metódico, á la reforma y al buen gusto literario (1).»

La opinion del Sr. Lopez de Letona, es por desgracia de una exactitud que no puede contradecirse. Muchos son en Cuba, los que anhelando para sus sienes los laures del poeta, desdeñan el estudio de los clásicos españoles, y devoran las producciones de aquellos que si alguna fama han alcanzado, ha sido imitando las bellezas de las grandiosas concepciones de los maestros del idioma. Tal abandono, hacia exclamar al ilustre y sabio cubano D. José de la Luz y Caballero, cuyo testimonio no se juzgará apasionado:

«En nuestra juventud, no hay un verdadero amor al estudio, no hay la sed ardiente de ciencia, la necesidad imperiosa de explendente luz tan propias de un alma jóven que cual entreabre sus pétalos preciosa flor, desplega sus facultades para penetrar los profundos misterios del espíritu y las encantadoras y sublimes armonías de la naturaleza. Indiferente á estas armonías, indiferente á aquellos misterios, indiferente á las positivas ventajas de los conocimientos de más inmediata aplicacion, contentándose generalmente nuestros jóvenes con el superficial barniz suficiente para hacer gala en la sociedad de la tecnología científica ó para salir medianamente del paso en los exámenes de sus clases. ¿Qué estudia la juventud con fervor, con constancia, con entusiasmo?—Nada, señores, nada, ni el idioma patrio: es verdad que no aspira á escribir bien, y esto es lo peor, que no tenga aspiraciones, y se contenta con ensartar catorce versos con pretensiones de soneto, ó con zurcir algun articulejo plagado de galicismos para adornar las columnas de algunas de las efímeras publicaciones que nacen y mueren todos los dias, y ciertamente que para esto no es necesario hacer un largo y detenido estudio de la magnífica habla de Castilla.—Hermosa lengua de Cervantes, entre todas rica, majestuosa y sonora, qué has hecho para que así se desconozcan los tesoros de belleza y gracia, de vigor y fuerza, de dulzura y armonía que en tu seno encierras con sin igual abundancia, con variedad incomparable?—Este abandono del cultivo de la lengua y su literatura es para mí signo tristísimo, porque si las bellezas del idioma, si los halagadores encantos del arte no mueven á la juventud de su indiferencia, como habian de atraerla las severas verdades de las ciencias? Si no estudia la lengua y la literatura patria, ¿cómo ha de estudiar las lenguas y literaturas clásicas, semillero de tantas ventajas para el que de veras desea adquirir una sólida educacion? ¿Y cómo se estudiarán tampoco con el debido empeño las lenguas extranjeras? Se estudian algo, es verdad, porque están de moda, porque se prestan fácilmente á la ostentacion, porque se considera que es el colmo del saber, hablar malamente cuatro palabras de dos ó tres idiomas estraños, sin advertir que su principal importancia consiste en servirnos de instrumentos para adquirir nuevas ideas y aprender verdades ignoradas, en abrirnos la senda para subir á desconocidas alturas desde las cuales pueden desplegarse á nuestra vista escudriñadora, panoramas encantadores y expléndidos horizontes.

No, nuestra juventud no ama el estudio, y creed, señores, que tan triste verdad tiene para mí una profunda amargura; porque yo he consagrado mi vida toda á inspirar á los jóvenes el amor al saber, á hacerles sentir que el estudio es una religion, á hacerles comprender que las ciencias son rios caudalosos que nos llevan al mar insondable de la Divinidad! ¡Cómo no he de sentir vivamente estos males de nuestra

(1) Isla de Cuba. Reflexiones sobre su estado social, político y económico, su administracion y gobierno. Por el brigadier D. Antonio L. de Letona, gobernador que ha sido en aquellas provincias y otras de la Península. Madrid. 1865. Instruccion pública, páginas 61-62.

juventud, yo que amo como padre á mis discípulos todos, y que si pronuncio amargas verdades, no es porque tenga hiel en el corazon, sino porque teniendo amor y dolor dentro del pecho, conservo aun energía y calor en el alma, á pesar de los achaques que afligen mi cuerpo; á pesar de esta cárcel y estos hierros en que el alma está metida, como decia esa mujer hombre, la inspirada Santa Teresa Jesus! ¡Ah! Yo no puedo ver con indiferencia que nuestra juventud tenga todos los amores, el amor de las diversiones, el de los lujosos atavíos, el de las vanas superfluidades, el de las necias ostentaciones, todos amores en una palabra, ménos el amor al estudio, ménos el amor del deber, que es el amor de Dios! (1)»

Y, no se crea que al insistir recomendando el estudio de los clásicos, neguémos ó rebajémos la importancia de la lectura y del estudio de nuestros poetas. No: nosotros que en medio de áridas ocupaciones nos propusimos levantar con nuestra obra un monumento, si bien humilde como obra de nuestras manos, á las letras cubanas, no podíamos jamás amenguar en lo más mínimo los trabajos de los que luchando con las inmensas dificultades de que ha estado rodeada la vida intelectual en Cuba, de los sinsabores de todo género que á sus adeptos ha proporcionado, y de las trabas que han obstruido su más perfecto desarrollo, desconociéramos lo que valen sus meritorios esfuerzos en las producciones que nos han legado como padron de nuestra cultura.

De Plácido ha dicho nuestro ilustrado y querido amigo Sr. D. Emilio de los Santos Fuentes y Betancourt, que es el único émulo digno de Heredia al cual quizás aventaje en inspiracion, expontaneidad y sonoridad métrica.

«Robusto en su versificacion, levantado en su varonil estilo, profundo en sus pensamientos y siempre cuidadoso de esmaltar sus magníficas concepciones con la idea y el sentimiento de la pátria, del mismo modo que Heredia, algunas veces le supera en armonía y flexibilidad de su métrica, en la cual hay ciertas estrofas que afectan un corte completamente calderoniano, y determinados pasajes en que su poderoso é indomable númen, altivo como ninguno, se eleva hasta alcanzar una entonacion realmente pindárica ú homérica. A estas sobresalientes cualidades que tanto le enaltecen, son, sin duda alguna, á las que debe esas frases encomiásticas con que ciertos críticos han proclamado su mérito hasta el punto de considerarlo el poeta de *más ingenio y de más inspiracion que ha producido Cuba*, incluyendo á Heredia, y aun á que se afirme por otros, que hubiera sido el *primero de toda la familia hispano-americana*, si sus condiciones personales fuesen distintas, su existencia se hubiera desarrollado en condiciones más propicias, y, si torpemente no se cortára, en lo más preciado y hermoso de su vida, aquella flor que se disponia entonces á esparcir sus más exquisitos perfumes.

Gozando de una reputacion universal y siendo en tal concepto su nombre conocido en todo el mundo culto, es tambien el vate cubano que más condiciones ha tenido y del cual más se han ocupado propios y extraños, sin que este entusiasmo sea momentáneo y pasajero, sino que al contrario aumenta á medida que el tiempo corre, lo cual justifica, desde luego, la suma excelencia del egregio cantor de la *Reina de las Antillas* (2).»

El Sr. D. Sebastian Alfredo de Morales, tiene inédito un libro sobre *Plácido*, del cual nos ha dado á conocer algo en la excelente revista literaria que publica en Matanzas el inspirado poeta D. Nicanor Arístides Gonzalez, titulada *El Pensamiento* (30 de Setiembre de 1879 y 31 de Marzo de 1880.)

Reanudando el órden de nuestras observaciones, no debemos omitir entre los que como D. Domingo Del Monte trabajaron con una perseverancia verdaderamente patriótica en obsequio de nuestra cultura al Dr. D. Manuel Gonzalez del Valle, al

---

(1) Exámenes del Colegio del Salvador, dirigido por D. José de la Luz y Caballero. Habana. Imprenta del Tiempo. 1858. Discurso, páginas 12-13.

(2) Aparicion y desarrollo de la Poesía en Cuba. Tésis que para incorporarse en la Universidad Mayor de San Márcos de Lima, leyó y sustentó ante la facultad de letras de la misma D. Emilio de los Santos Fuentes y Betancourt, Doctor en la de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. Lima. Imprenta de La Opinion Nacional, 1877, pág. 14.

Ldo. D. Ignacio Valdés Machuca y D. José Cornelio Diaz, en cuyas biografias hemos significado cuan dignos son á nuestra gratitud.

Aun viven, y vivan muchos años, que ambos honran á su tierra natal y á la pátria, los Sres. Gonzalez del Valle y Diaz.

Es notable, del primero, el libro, hoy raro, que publicó en 1827, con el título *Diccionario de las Musas* (1), y que ha sido el maestro y modelo, puede decirse de cuantos poetas brillaron en la década de 1830 á 1840. Es digno de estudio aun en nuestros dias, no obstante las obras didácticas que sobre la materia se han publicado. Los modelos están escogidos con un tino que demuestra los conocimientos y gusto literario del Sr. Gonzalez del Valle. Los ejemplos que presenta son de Herrera, Rioja, la Torre, Fr. Luis de Leon, Juan de la Cueva, Lope de Vega, Castillejo, Gutierrez Cetina, Gallego, Melendez, Iriarte, Moratin, Heredia, Valdés Machuca, Madrid, Bergaño, Lista, Gorostiza y otros reputados literatos.

Enojoso nos parece, despues de lo que decimos en las biografias y notas críticas, repetir aquí nuevos juicios sobre el mérito de los poetas del presente tomo. Con el respeto que nos merecen quedan consignados en las biografias los de D. Ramon Velez y Herrera, D. Francisco Iturrondo, D. Domingo Del Monte y Aponte, D. Anacleto Bermudez, El Marqués de Montelo, D. José Policarpo Valdés, D. Felipe Poey, Don Anntonio Bachiller y Morales, D. Francisco Poveda, D. Ramon de Palma, D. José Jacinto Milanés (2), D. Francisco Orgaz (3), El Marques de San Miguel, D. José Antonio Echavarria, Juan Francisco Manzano, D. Manuel Giron, D. Federico Milanés, D. Rafael de Cárdenas y Cárdenas, D. Sebastian Alfredo de Morales, Don Manuel Dionisio Gonzalez, D. Narciso de Foxá, D. José Q. Suzarte, D. José Z. Gonzalez del Valle, D. Victoriano Betancourt, D. Francisco Muñoz Del Monte, D. Ignacio María de Acosta, D. José María de Cárdenas y Rodriguez y Dª Gertrudis Gomez de Avellaneda, honra y gloria de las letras castellanas.

Carecémos de datos para referirnos como quisiéramos á un escritor habanero, tan laborioso como entendido, miembro de la Seccion de Historia de la Real Sociedad Económica de la Habana, D. Pedro Pascual de Sirgado y Zequeira, uno de los que con el ilustrado orador, tambien hijo de esta ciudad, Fray Remigio Cernadas, D. Juan Agustin de Ferrety y D. Domingo Del Monte, formó parte de la comision especial que entendió en la publicacion que en 1830 se hizo del libro inédito de D. José Martin Felix de Arrate, *Llave del Nuevo Mundo Antemural de las Indias Occidentales, La Habana descripta*, enriqueciendo la obra con preciosas notas é ilustraciones. En algunos periódicos de aquella fecha vémos algunos versos del Sr. Sirgado. En *El Pasatiempo*, de Matanzas, del 12 de Marzo de 1834, se inserta una de sus poesías *El Amanecer en la Habana*.

El 27 de Diciembre de 1831, escribió la siguiente sátira que suponémos sería para el certámen que promovió la Real Sociedad Económica, en la Comision de Literatura.

---

(1) Diccionario de las Musas, donde se explica lo más importante de la poética teórica y práctica con la aplicacion de la retórica y Mitología en lo que se juzga necesario. Redactado por el Dr. D. Manuel Gonzalez del Valle. Nueva York: en casa de Lanuza, Mendia y Cª Impresores y libreros. 1827.

(2) Segun el Sr. Velez Herrera, Orgaz debió nacer á fines de 1809, y no en 1815 como anotamos en la biografía. Vivió siempre, nos dice el mencionado poeta, en el barrio del Angel con un deudo suyo. En 1824 fué condiscípulo de Herrera en el Seminario, y en 1825, de improviso dejó las clases y se dedicó á escribir versos á lo que le llamaban las sobresalientes dotes que debió al cielo. Estuvo agregado á la Redaccion de un periódico que dirigia el Sr. Ferrer del Rio, con quien pasó á la Península. Los *Preludios del Arpa*, fueron recogidos en 1840 por el Gobierno, y esto ha hecho poco comun el libro.

(1) Una *rectificacion* publicada en *El Pensamiento*, Revista quincenal de ciencias, literatura, bellas artes, crítica séria é intereses generales, de Matanzas, año segundo, tomo primero, número 14 del 29 de Febrero de 1880, por el Sr. D. Federico Milanés, hermano del autor del *Conde de Alarcos*, nos hace saber que no és exacta la aseveracion de que en su composicion el *Poeta envilecido*, se refiriese D. Jacinto Milanés á Plácido (véase las páginas 212-214), la que nos complacemos en consignar ya que en la página 127 de este libro en la biografia del autor de *Jicotencal*, manifestábamos que no merecia tan acres censuras.

EL BAILE.

¡Cuánto aqueste lugar, Arnesto ofrece
De sátira ocasion! He aquel mancebo
Melifluo, acicalado que á la vista
De la linda doncella contonea
El breve talle y un saludo emprende.
¡Cuál desatina! ni el lenguaje sabe
Que usó su abuelo orillas del Guadiana,
Cuando en pos de fortuna á estas riberas
Aportára feliz, sin más vestido
Que el que le diera compasivo un fraile,
Su patrono y mentor, al despedirle:
Pero corrieron prósperos los años
Y al verse en la opulencia, dió á su nombre
Fama perpétua en título comprado.
Encaramóse el hijo, y presto el nieto
Ignorante, altanero, cual le miras
En la encumbrada *sociedad* figura.....—
De la estirpe materna acaso, acaso
En Africa encontrarás cierto el tronco
Y entre la turba mísera que aporta
El traficante bárbaro, cautiva
Cual manada de bestias, vilipendio
Y plaga y mengua de la pátria mia,
Le hallarás mil parientes: no te asombres.
¡Tanto en nosotros el dinero influye!
¡El dinero no más! En vano, en vano,
Subir á tal alteza pretendiera
Aun cuando fuera del saber prodigio,
Aun cuando en lucha heroica defendiendo
La cara Patria su vigor gastára,
Si en soberbios banquetes ostentoso
A tanto hambiento adulador, en juegos
De azar y de torpeza no mantiene
Al noble vago de la epicúrea Habana.
¿Qué logrará? el desden. Contempla al cano
Magnate que gastó sendos ducados
Por embonarse cintas y veneras
¡Cómo le adula! Aquel que desde Eurico
Cuenta á lo ménos la ascendencia rancia,
Que mira con desprecio á los Guzmanes,
Cerdas, Girones, Tellez y Mendozas
Y escritos tiene en abultado libro
Papas y Reyes, Grandes y Mitrados,
Al través de los cuales presumido
Cual limpio arroyo por repuesto valle
Su noble sangre descender contempla,
Sin mancha alguna en la mayor Antilla,—
Aquel sus hijas cándidas le ofrece
En matrimonio sin embozo, áun cuando
La pública opinion clame, que en breve
El novio vil, disipará los *algos*,
Que de ayunos á fuerza su ascendiente
Logró apañar. Empero allá en la idea
Crúzanse, cual relámpagos, del viejo,
El quitrin charolado, los regalos,
El alcázar suntuoso, los banquetes. ....
Y la perenne banca haciendo alarde
De su iman seductor: ¡Oh, cuánto al yerno
Fama dará! ¿Qué importa que un malvado
Vista la toga y la justicia venda,
Que en el Concejo preeminencias, honras
Disputen con calor, y á mengua suya
Inmunda la ciudad, sus calles sean
Marisma infecta: sin rubor divida
El villano alguacil con el perverso
El fruto de sus crímenes: que ufano
El rábula insolente se abalance
Sobre el labriego inerme, y la *estancilla*
Con tanto afan y penas cultivada,
Remate y pulverice, al dueño hundiendo
En oscura prision, ó más piadoso
Se muestre sordo á su doliente queja:
Que el engaño, el soborno..... ¿mas qué digo?
¡Hierven del noble en casa á mil los fraudes
Y los escucha indiferente y calla!
Su afan se cifra en malgastar sin cuento,
Que se arruine ó que nó; ni le avergüenza
Arrastrarse al poder, ó ser ludibrio
Del logrero ambicioso. Arnesto, á punto
Nuestra deshonra llega que al barato
Los vínculos más santos se aseguran.
¡Oh, doncellas cubanas! flor y ejemplo
De gracia y de virtud, ¡cuán lastimera
Suerte os cupo al nacer! Natura y arte
En haceros perfecta se esmeraron;
Mas cual la rosa cándida nacida
Al soplo de la brisa y regalada;—
De una indómita bestia el beso torpe
Os ha de mancillar. ¡Ay! vuestros padres
Presente de la suerte os consideran:
Amor, virtud y sentimiento voces
Huecas para ellos son: en almoneda
Al que más puje os venderán, no hay duda.....
.....
.....
.....
¿Quieres otro ejemplo? héle al momento—
En aquel mozo que de Infante á guisa
O de Príncipe Real vemos en frente.
La chusmería popular respeta
A sus muertos abuelos, mas se burla

De su enfático porte, y sus fazañas
Por calles y por plazas diafaniza.
Apenas sabe deletrear.—Un Chino
Embustero truhan fuera su ayo,
De vez en cuando le llevó á la escuela
Para cumplir con el paterno encargo;
Pero por lo comun y los Domingos,
Bajo el pretesto de pasear al chico
Al *Manglar* tenebroso, á las *Canteras*
Lo llevaba á escondidas, mil enredos,
Con él, para disculpa imaginando:
Entre la vil canalla, rapazuelo
Las propinillas que le dió el padrino
Aprende á aventurar, mientras en casa
El lacayo soez, su compañero
Era y su amigo, y confidente, y cuando
Rayó en los veinte y el quitrin le dieron
Gallos, mulatas, trampas y torpezas,
Y despedir el jaco tierra adentro.
De la estátua de Cárlos á Neptuno,
Fueron su ocupacion. ¡Bárbaro! ¡Idiota!
No obstante, que en Paris vago dos años
Por cumplir con la moda ¡más ó suerte!
Los quince meses visitó zahurdas,
Sepulcro de las gruesas asistencias
Que el babieca del padre le asignára
Cuando *azúcar* á *veinte* y *veinte y cuatro*
Más que la Valenciana (*) enriquecia.
Trocáronse los tiempos, quiebra el viejo
¡Oh cuántos al viajero casos raros
Acontecieron! Sustos, tropelias.....
Merced al picapleitos que compuso
A fuerza de sobornos y marañas
La intempestiva quiebra, algun presidio
A sus engaños término pusiera.
Aprende, Arnesto, á conseguir valia;
Vuelto á su patria le festejan; goza
La herencia toda de su padre, en tanto
Que los dos mil hambrientos acreedores
En valde al juez justicia clamorean.
¡Milagros sólo de la Habana, amigo!
¡Milagros sólo de la Habana! advierte
Cuán lucio el perillan muestra su rostro,
Con qué descaro la virtud asedia
De la honrada matrona: esta es la ciencia
Que aprendiera en Paris. ¡Ay de ella! ¡Ay de ella!
Ríndase ó no á su halago, maldiciente
Las ciertas ó fingidas liviandades
A mil que como á oráculo le escuchan.
Hálas de referir. Yo no le culpo
Sinó al esposo imbécil que presume
Gran tono ser la tolerancia ciega.....
¡Qué! ¿Te sorprende, Arnesto, la mirada
Con que aquel otro desdeñoso insulta,
A este mancebo tímido, por caso
Puesto á su lado? pero, amigo, calla:
El crímen cometió de huir los vicios,
De malgastar su tiempo en los estudios,
Que es honor la ignorancia entre nosotros,
Y de ella hacer alarde, gloria suma.....
Mas ¿ya de mozalvetes no reparas
La espesa nube, que á uno y otro lado
Cual de inquietas gaviotas la bandada
Corren y se atropellan? Tente, tente,
Y sabrás quienes son: aquel adula
Con descaro insolente al mayorazgo,
Aun no del ayo libre: impune vive
De trampas éste; y á la anciana tia
Que le adoptára, el otro ha disipado
El corto patrimonio con que apénas
El alimento mísero pagára.
Ni entre ellos falta quien con ronca trompa
Cante los dias y el enlace, el viaje
De algún rico novel, aunque se indigne
Laso y Leon, y con clamor tremendo
Desde la huesa Moratin aturda,
Porque en ruedas le lleven, le señalen
Diario asiento en la mesa, ó sin trabajo
Que es lo que al grande y al pequeño importa,
Mozas regale, francachelas tenga.....
¡Oh Patria! ¡Oh Patria! ¿Y la nacion que un dia
Leyes al orbe--su vasallo—daba
No ataja tanto mal? Del cieno inmundo
Remedo de hombres nacen y se elevan;
Nobles los llama España y las insignias
Que honraron de Manriques y de Laras
Los generosos pechos, justo premio
A su virtud y bizarría, adornan
Los de menguados gimios. ¡Oh costumbres!
Al talento, al valor, á las virtudes
Toda esperanza de medrar quitando.....
Adios, Arnesto, á mi retiro torno
Do cual nocturno cárabo los males
Lloraré de mi Patria: yo no puedo
Ser de tanto baldon testigo mudo.

(*) Mina riquísima de México.

Es notorio, que los desagradables sucesos que originaron quedára sin efecto la creacion de la Academia Cubana de Literatura, no obstante haberse aprobado su creacion por Real Orden de 25 de Diciembre de 1833, causáron inmenso daño al

progreso de las letras; matáron el entusiasmo que á tan útiles tareas sabian imprimir con sus determinaciones, Del Monte, Gonzalez del Valle, Saco y tantos otros dignos cubanos que anhelaban extender los conocimientos de un ramo tan descuidado entre nosotros, y llenáron por largo tiempo de desaliento á los que más se interesaban por tan agradables estudios. Este particular que más detalladamente tratamos en la segunda parte de nuestro trabajo, no debe silenciarse en nuestros anales literarios. No están todos sus incidentes en el opúsculo publicado por D. José Antonio Saco, en 1834 con el título *Justa defensa de la Academia Cubana de Literatura.*

V.

Se ha pretendido por algunos escritores de mérito, que Cuba tiene una literatura especial, y sobre este punto se ha discurrido largamente, con más ó ménos pasion, con razones más ó ménos dignas de que el hombre de estudio las acoja y las medite con la calma severa del sabio y la rectitud del que sólo rinde culto á la verdad y á la justicia.

Amamos mucho á Cuba; la gloria de los cubanos en todo nos enorgullece; sus triunfos literarios llenan de sincero regocijo siempre nuestra alma, y somos los primeros en reconocer, como queda comprobado en este libro que tantos afanes nos cuesta, que se ha mirado con mucha indiferencia el mérito de nuestros escritores, cuyos nombres apenas salen de nuestro reducido círculo.

Tambien afirmámos que se ha juzgado muy ligeramente nuestra literatura, que aunque parte integrante de la española, rica en todo género y gloriosa en sus anales cual ninguna, presenta peculiaridades muy necesarias de estudio. Un abandono que no vacilámos en calificar, aunque la frase parezca dura, como criminal, ha hecho que se ignoren ó sean poco apreciados los esfuerzos que tantos dignos hijos de Cuba hicieran para dar á conocer al mundo que esta hermosa Isla tambien se afanaba provechosamente para entrar en el concierto de los pueblos civilizados. El poco amor que entre nosotros hay á la lectura, ese saludable recreo del alma; la indiferencia con que se acojen trabajos sérios; el vivir sólo para los intereses materiales; no querer sacrificar nada para el porvenir de nuestros hijos, para dejar recuerdos de que todos hemos contribuido solícitos á la cultura y al progreso en su más noble y alta manifestacion, son poderosísimas causas de que los talentos privilegiados, y son muchos y notables los que Cuba ha producido, no sean conocidos sino del corto número de los hombres de fé en el porvenir, que siguen paso á paso, sin locas impaciencias, la senda que guía á la verdadera gloria para los pueblos, que jamás se alcanza sin perseverancia, sin sacrificios y sin penas. Ese corto número de hombres de verdadero patriotismo, es el que no deja apagar la lámpara del santuario de la sabiduría, tan amenudo desierto, allí donde no se dá á las nobles aspiraciones del espíritu el calor, el apoyo de que han de menester para realizar entre las vanas luchas materiales de la vida sus altos ideales. Así, tiene Cuba la desgracia de lamentar que, entre muchos literatos de indisputable mérito, honor y orgullo de la nacion más adelantada, pasen ignorados de los extraños, y casi desconocidos de sus mismos compatriotas, hombres como D. Francisco Arango y Parreño, insigne estadista, el Jovellanos de Cuba; D. José Agustin Caballero y D. Félix Varela, sacerdotes virtuosos, filósofos esclarecidos; D. Tomás Romay, tan distinguido como médico como por buen patricio y excelente literato; D. José de la Luz Caballero, cuyo ilustre nombre pronunció con aprecio recientemente en el Congreso de Diputados de la Nacion (1) el Excelentísimo

(1) Yo no pido ningun privilegio, pido la igualdad y solicíto que á mi provincia se apliquen las mismas leyes económicas y políticas que á las demás. Allí no rige la Constitucion de la Monarquía, y provincias que han pasado por tan duras pruebas y demostrado su ardiente deseo de ser españolas; provincias que se hallan á tan alto nivel de cultura y han producido en una sola época filósofos como Varela y Luz Caballero; poetas como Heredia, Plácido y la Avellaneda; estadistas como Saco; historiadores como Guiteras; jurisconsultos como Escovedo, Govantes, Cintra, tienen perfecto derecho á vivir la vida política, económica y social de las demás provincias. Diario de Sesiones. Discurso pronunciado por el Excmo. Sr. D. Francisco de los Santos Guzman. Sesion del 14 de Enero de 1880.

Sr. D. Francisco de los Santos Guzman; Gonzalez del Valle, tan peritísimo en Derecho como en Filosofía, y entre otros cuya individual enumeracion sería prolija, el bondadoso Dr. D. Ramon Zambrana, el hombre que «murió dejando á Cuba un nombre envidiable, y á su familia por único patrimonio la gratitud de sus conciudadanos» (1) profundo en todas las ciencias, literato distinguido y dulce poeta; el amigo de los pobres, el consuelo de los enfermos, el hombre todo amor á la humanidad, que para condenar las tristes luchas de la ambicion y del egoismo, exclamára en sus últimos dias: *¡Baldon y vilipendio sobre aquel que emplea la palabra humana para desunir á los hombres!*

Llamará, sin duda, la atencion que tan poco haya prosperado Cuba con el impulso de talentos como los que con tanta justicia acabamos de elogiar, pero si el que vacile al aceptar nuestros juicios se detiene á considerar lo que hasta ahora poco ha sido Cuba, y la ninguna importancia que áun hoy mismo se concede á los estudios puramente literarios, tendrá explicacion pronta á su extrañeza. D. Francisco Muñoz Del Monte, maestro en literatura y profundo conocedor de la de Cuba, decia:

«Desde que la civilizacion europea invadió nuestras playas, no dejó de encontrar un eco en el alma de nuestros paisanos. Sin embargo, sería difícil tarea seguir paso á paso el movimiento periódico que comunicó aquella efervescencia á la juventud, hasta llegar al punto en que se encuentra en el dia. Mas no por eso dejará de advertirse que en estos últimos treinta años se ha levantado en nuestra literatura como un nuevo plantel, que de dia en dia crece, que aumenta y se reproduce. Estado halagüeño es este para los que preparan el campo y no ménos satisfactorio para los que, á la sombra protectora del Gobierno, ven tomar vuelo sus más sanas y saludables intenciones. ¿Quién, pues, de esta materia no recuerda un Varela, un Velez, un Luz, un Saco, y otros hombres ilustres que con sus benéficas lecciones dieron ensanche á las ciencias y sentaron, por decirlo así, las primeras bases del edificio de la civilizacion en Cuba? ¿Quién tambien no trae á la memoria un Cervantes (D. Agustin), un Cárdenas y Manzano, un Del Monte, un Gonzalez del Valle (D. Manuel), un Costales, un Matamoros, un Bachiller y Morales, y otros y otros que con sus nobles esfuerzos prepararon ó favorecieron el terreno de la instruccion primaria hasta el grado en que actualmente se halla? Es preciso, pues, al tratar de literatura cubana darles en nombre del público, un voto solemne de gracias, que sería para ellos de única recompensa por tan eminente servicio.

Empero, volvamos los ojos á nuestra materia, ya que hemos cumplido con este deber sagrado. Dos grandes obstáculos, dos grandes inconvenientes se presentan hoy en nuestro horizonte literario, para detener la marcha natural ó regular de los progresos intelectuales en Cuba. Estos obstáculos son *aquel orgullo literario* de que hemos hablado, que vá degenerando en abuso, y *aquella exageracion desenfrenada*, que contagia hasta las cabezas mejor organizadas.

Estos dos puntos abrazan en su exámen general el estado actual de la literatura en Cuba; en efecto, son como dos banderas bajo las cuales se afilian todos los que, reconociendo su fuerza y poder, se separan unos de otros para hacerse independientes en sus facultades. Se advierte en estos dos bandos dos clases de hombres de capacidad; unos formados en la escuela del buen gusto y que habrian sido aceptados por sus primeras obras; otros que, sin guía, ni modelos, á impulsos de su natural instinto no guardan en sus producciones otras reglas que las de su propio génio. Los primeros tenían un título de proteccion para seguir en la senda que habian elegido;

---

(1) El País. Periódico político. Habana, 15 de Mayo de 1868. Año I. Número 22. «Por primera vez acaso—decia—la Isla de Cuba desentendiéndose por un momento del positivismo mercantil, que ahoga entre nosotros toda idea generosa y puramente artística, ha tributado un homenaje digno á la memoria de un hombre excelente, que dadas las condiciones especiales de nuestra existencia y con relacion á ellas, era una verdadera notabilidad por su ciencia, su infatigable amor al trabajo, sus virtudes y su desinterés á toda prueba.» A veinte mil novecientos pesos ascendió la suma recolectada en obsequio de su respetable viuda é hijos; con razon podia decirse: «el talento y la virtud pueden esperar tranquilos que no será estéril la semilla que vayan regando en su peregrinacion por este mundo.» Esta es Cuba, decimos nosotros por todo comentario.

mas la abandonaron, declarándose *jueces de la tierra*; los segundos rechazados por los otros desde sus primeros encuentros, prefirieron ántes ser rivales que discípulos, para tener más libertad en un mero bando, puesto que había abuso en la esclavitud de las condiciones establecidas por los otros.

Y bien; ya vémos que si es útil el impulso que se nota entre los de uno y otro bando, puesto que tienden á un mismo fin, conviene por otra parte destruir la barrera que los separa. En el primero se ha visto ese orgullo literario que por conservar la reputacion adquirida, no quiere exponer otras nuevas muestras de su ingenio y solamente se dedica á criticar sin piedad y con poca indulgencia los trabajos literarios que se presentan en la tierra todavía vírgen de Cuba. En el segundo se les vé consagrados, por el silencio de los buenos escritores, á surtir sin tasa, ni medida, cuanto necesita el pasto espiritual para su sustento diario. Hé aquí, pues, los dos bandos, uno enfrente del otro, y que más tarde podrian perjudicar con sus tendencias actuales los progresos de esta literatura naciente. ¿No sería más acertado que se destruyera ese espíritu de bandera y que en vez del silencio retrógado con que los primeros se encubren, se dedicáran á surtir al público de buenos escritos, desterrando esa crítica desdeñosa que sin juzgar del progreso, se remonta á las regiones más elevadas, para satisfacer así su orgullo literario? O en otro sentido, ¿que alentásen á los que impulsados por una vocacion decidida sientan la necesidad de escribir, sin hacer exclusivo el ramo al punto de hacerlo imposible? La experiencia diaria ha ido demostrando que el talento del escritor sin el apoyo de los buenos no puede marchar adelante. Si al mejor escrito se oculta su mérito, ó al malo se le llega á encumbrar, estos escollos harán desaparecer de la escena el buen gusto, la fuente de la vida en literatura, viniendo á ocupar su lugar la exageracion que tambien es la muerte de todo pensamiento elevado y culto. De manera, que podríamos asegurar, que el orgullo literario, segun lo hemos comprendido y explicado, es la causa evidente y necesaria de la exageracion que notámos en algunos de los escritos que hoy ven la luz pública.

Estos obstáculos, hemos dicho, pudieran removerse declarando ambos bandos reconciliados desde hoy. En efecto no debe existir más que una idea: *la idea del progreso de la literatura en Cuba*. La conciencia de los escritos debe ser pura como la intencion que los guia. Su plan no debe ser otro, que escribir bien y estimular á la juventud á hacer nuevos avances, y á cada progreso dar un repetido aplauso. La crítica, siempre severa en literatura no debe guardar disimulo. Sin embargo, en Cuba debe haber alguna indulgencia para los talentos nacientes, porque siendo un pueblo nuevo en su cultura, no podrá dar resultados como otros más adelantados en civilizacion; empero, esta indulgencia tiene sus límites. Debe estimularse el talento, más no lisonjearlo, ocultándole sus defectos. Todo lo que sea bello, bueno y útil debe determinarse en su justo valor: lo que es malo, pésimo ó perjudicial, el silencio absoluto ó la crítica severa deberá condenarlo. En medio de un público ilustrado, no podrá ménos de encontrar cada obra un juez imparcial; si no lo encuentra no por esto debe desmayarse: la obra tendrá que apelar al juicio de la posteridad. Sucede en ésto lo que en todos los juicios humanos, si hay error un tribunal más alto debe fallar sobre la justicia de su causa.

No podemos ménos de remontarnos ahora á considerar la materia en su orígen para esclarecerla de todo punto. La literatura cubana propiamente dicha, no es la literatura de la vieja Europa, es una literatura nueva, original, que tiene sus tintes especiales, lo mismo que el cielo que nos cubre. Los gérmenos son aquí, más fuertes y variados, porque la naturaleza es más rica y vigorosa. Así, pues, el talento del escritor ha de tener más nervio, más alto entusiasmo que despierta con los objetos que le rodean, y por lo mismo ha de cuidar mucho de no dejarse arrastrar á los límites de la exageracion. Cabalmente, estas observaciones hicieron extrañar á los hombres de buen gusto, que no se escribiese en Cuba con los elementos que se tenian siempre que se hiciese un buen uso de ellos, y desde entonces data la era floreciente de la literatura cubana. Ella consiste en la expresion de todo lo que tiene relacion con Cuba. Puede escribirse aquí ó en otra tierra una obra con los elementos propios, y basta esta circunstancia para que los tintes de nuestra literatura den á la obra su clasificacion.

Quiere decir, que todo lo que se escribe en Cuba ó en Europa, ó en cualquier parte del mundo por un escritor que se sujeta á las influencias de esta gran naturaleza, ya por la riqueza y abundancia de los contrastes, ya por las nuevas faces de su literatura, será apreciado como de literatura cubana.

Esta literatura naciente aún, cuenta ya su pequeña historia literaria. Nadie podrá negar que los primeros pasos han sido vagos é inciertos, pero ellos han dado resultados positivos. ¿Y á qué se han debido estos progresos? A la aplicacion, á la constancia, al buen juicio de los que nos iniciáron en los altos misterios del pensamiento humano y á las buenas y dóciles disposiciones de los que los oyeron. Esta experiencia es la que nos ha de servir de guia en lo sucesivo; si en Cuba tomáramos desde el principio como norma la divergencia de opiniones, no tendríamos otro fruto que extraviar los nuevos talentos dejándolos aislados. Si aquí existiesen los elementos sobrados que en Europa se tienen para formar al literato, yo concederia el rigor extremo de la crítica; pero no es así, acá debemos adoptar un sistema diverso, no la actitud del juez, si la del maestro, esto es, aprobar corrigiendo y reformando. Nadie nace con la sabiduría en la mano y por lo mismo los talentos del escritor necesitan más que ninguno, de esa indulgencia, puesto que los estudios especiales ha de hacerlos en la arena en que con el tiempo ha de brillar. Se advierte que entre nosotros hay felices disposiciones para las ciencias y las artes, y áun cuando debiéramos propender á los adelantos, levantamos el azote para descargar con ruda mano la crítica austera de aprobacion ó desaprobacion de una obra. A todos los que salen la primera vez se les mira con ojeriza y se les juzga de mala fé, no obstante, que los nuevos escritores no hayan dado una muestra de su falta de rectitud. ¿Qué quiere decir eso, sino una completa anarquía? Lo cierto es que hay vocacion: ha dado las pruebas y sólo el aprecio es del que debiera hacerle marchar adelante; y, sin embargo, el escritor queda en este paso aislado si no tiene por fortuna una buena estrella, que es la proteccion de algun poderoso (1).»

Tócanos ahora volver al punto en que empezamos este artículo, acerca de la opinion sustentada en Cuba más de una vez, de que puede desde luego con los elementos existentes, fundarse una literatura esencialmente cubana. Nos parece, que por ahora, y sabe Dios si mientras nuestra raza viva en Cuba, será un imposible semejante pretension. No acertamos á comprender en qué puede fundarse en Cuba una literatura que no sea la literatura general, la comun á la Nacion, puesto que uno es el idioma. Ni siquiera las diferencias de escuela vemos acentuadas en Cuba, pues algunos ensayos hechos hace años, como por ejemplo, los selectos romances de D. Domingo Del Monte; la Cantata *Los baños de Marianao* (2) del Ldo. D. Ignacio Valdés Machuca; la interesante novela en verso *Elvira de Oquendo ó los amores de una guagira* (3), no pudieron presentar diferencias que merecieran clasificacion excepcional. Creemos que no habrá quien juzgue como especialidad, ni como documentos que pueden significarse como cubanos para aquel intento, los *Cantos del Siboney* del Sr. D. José Fornaris, que tanto daño han causado á la buena literatura, cantos que, *á pesar de su nombre y pretension, son las rosas más exóticas que producir podria la floresta cubana*, como dijo D. José de Jesús Quintiliano García, reconociendo la dificultad de que por ahora pudiese adquirir caractéres propios la literatura americana en general y con ella la cubana (4). Un crítico que nadie podrá recusar, tan popular como és con justos títulos, su ilustradísima competencia, el Sr. D. Enrique Piñeyro, ha expuesto

---

(1) El Prisma. Repertorio de ciencias, literatura, bellas artes, agricultura y comercio. Bajo la direccion de varios jóvenes. Tomo I. Habana, Oficina tipográfica de Barcina, Reina, núm. 8. 1846. *Orgullo Literario.*

(2) Cantatas. Por el Ldo. D. Ignacio Valdés Machuca. Habana. Imprenta de D. José Severino Boloña. 1829. Cantata 11ª, pág. 31-33.

(3) Elvira de Oquendo ó los amores de una guagira. Romance cubano, por D. Ramon Velez Herrera, Habana. Imprenta del Gobierno y Capitanía General. 1840. I-XXVII.

(4) Revista de la Habana. Directores: R. M. de Mendive, J. de J. Q. García. Segunda série. Tomo II. Enero, Febrero y Marzo. Habana. Imprenta del Tiempo. 1857. Historia literaria del año de 1856 en Cuba, páginas 213 y 217.

en uno de sus excelentes trozos de crítica literaria: «Las literaturas no se improvisan, son el resultado laboriosísimo, para el que han de concurrir muchos y muy diversos elementos, y siempre en los primeros siglos de la vida de un pueblo ha de verse forzada á seguir tímidamente y de lejos el desarrollo de su civilizacion..... Con la historia del nacimiento y formacion del idioma deben comenzar las historias literarias; una y otra siguen el mismo camino, sufren las mismas contrariedades y están expuestas á unas mismas alternativas, á unas mismas influencias. *La lengua es el claro é infalible reflejo del carácter de un pueblo, la expresion fija de su personalidad, y por eso he considerado siempre como un axioma, el decir que los pueblos que no se han creado su lenguaje, que han tenido que tomarlo prestado, nunca pueden llegar á tener una literatura verdaderamente original.*

Por eso tambien la literatura hispano americana debe ir siempre unida á la de su antigua metrópoli, no como composiciones nuevas en el fondo ó en la forma, sino como los ecos elocuentes y armoniosos que ha despertado del otro lado del océano, pues aun las veces que ha cantado recuerdos propios y originales ha seguido tradiciones de escuela, y no es preciso gran sagacidad para adivinar en las enérgicas y valientes estrofas del cantor de Junin la misma inspiracion que produjo el himno á la batalla de Lepanto. Bajo tal concepto, debe ser un estudio en extremo curioso é interesante, el observar los diversos matices que haya adquirido al ser trasplantada, y verla crecer y florecer en otro suelo más jóven, en otra naturaleza más rica. Si se escribiera la historia completa de la poesía hispano americana, sus capítulos habian de estar necesariamente indicados por las diversas influencias que las escuelas y los poetas de España han ejercido en ella, salvas las diferencias de entonacion que el distinto régimen político habia de establecer entre las varias regiones que en América hablan la lengua de Cervantes (1).»

Juicio es el transcrito que nos parece deja resuelta la cuestion, si con imparcialidad se medita la tésis, tan hábilmente tratada por el Sr. Piñeyro.

En el *Eco de Villaclara*, en Diciembre de 1841, se publicaron algunos artículos por un escritor residente en la Habana que se firmaba *Floriano*, con este epígrafe: *¿La poesía en Cuba no tendrá nunca un carácter excepcional y nuevo?*..... Contestó á ello negativamente el distinguido escritor D. Isidoro Araujo de Lira, con dos artículos, en el *Noticioso y Lucero de la Habana*, en el mismo mes, y entre otras varias poderosas razones para combatir los argumentos presentados por el escritor del *Eco* exponia:

«La literatura tiene sus principios generales comunes á todos los pueblos, porque á todos los pueblos se extiende el dominio de los principios filosóficos, y segun ellos los tiene á nuestro ver la *poesía*, ora llámese ciencia, considerada como la de nuestros *sentimientos*, ora llámese arte, considerada como la coleccion de reglas, ó catálogo de métodos prácticos para la exposicion de esos sentimientos mismos, ó ya bien se la considere como «aquello verdaderamente divino que existe en el corazon del hombre y que no puede ser definido.» Ahora bien: si ésto es la *poesía* en general si sus principios y reglas de composicion son generales tambien, y no se circunscriben á éste ó al otro pueblo, por más que diversos modos de racionar hayan lanzado en el campo de la poesía y de la literatura diferentes escuelas, empeñadas las unas en formar códigos y las otras en destruirlos; si eso es así, decimos, ¿en qué se diferenciarán las composiciones poéticas que se han escrito y escriben hoy en el Universo? Claro es á nuestros ojos, que en el *instrumento* de que el escritor se haya valido para escribirlas, y claro es, por consiguiente, que en la lengua ó en las palabras con que los sentimientos del poeta estén expresados. Esto resuelve por sí sólo la cuestion propuesta. Pero adelantemos.

Como el campo de la *poesía* es inmenso, es tan variado como la creacion misma, de los diversos objetos expresados por medio de aquella, han venido á resultar géne-

(1) Fragmentos de un ensayo sobre la poesía en Cuba, páginas 159 y 160. Revista Habanera, periódico mensual, dirigido por J. C. Zenea. *Solo la verdad nos pondrá la toga viril.* J. de la Luz y Caballero. Año II. Tomo III. Habana. 1862.

ros tan diversos, y así es que contamos en el número de las composiciones poéticas una extensa nomenclatura. Pero esta es igual en todos los pueblos, por más que unos se hayan dedicado á éste ó al otro género, segun su carácter, es decir, segun la especial disposicion de esos hombres, los unos dotados de sentimientos capaces, v. g., de percibir la belleza que nos oculta esa bóveda celeste y de penetrar y de escudriñar hasta el interior de las nubes, los otros capaces solo de percibir la belleza de un paisaje, la del manso arroyuelo que discurre entre la yerba, &ª, &ª: dispuestos los unos para cantar cosas grandes, con poder sólo de los otros para pintar los más humildes.

Hemos indicado que de los diversos modos de ver en literatura, ha resultado la formacion de códigos y disposiciones reglamentarias, así como una fuerte oposicion á sujetarse á otras leyes que no fueron las «generales de la naturaleza que jamás se apartan del arte y las especiales que para cada composicion resultan de la condiciones de existencia propias de cada asunto:» y ahora añadirémos, que de haberse marcado en aquellos códigos y en aquellos reglamentos la *forma*, que á cada asunto debia darse, nacieron esas *formas* que marcan señaladas diferencias entre composiciones de un mismo género en diversas naciones y áun en una nacion misma; por lo cual, y por que en unos pueblos más que en otros, prevalecieron *formas* determinadas, se ha dicho que ésta ó la otra composicion adolecian de extranjerismo.

Y hé aquí cómo hemos llegado á la aplicacion de uno de estos casos que el señor Floriano nos cita: Dice que se ha achacado á Melendez aquel defecto por sus romances, y añade: «Melendez escribió en español, y perfectamente pulido, romances que no eran españoles en las *formas*, que no tenian la peculiar belleza nacional de éstos, y por ésto se le ha censurado, diciéndose que eran extranjeras sus *formas*. y que, por tanto, no escribió romances españoles.»

El Sr. Floriano nos permitirá le digamos que en medio de su entusiasmo no acertó á comprender bien la crítica á que alude, de los romances del Sr. Melendez.

El Sr Floriano confunde las formas con el fondo, ó con el asunto de aquellos, y si no nos equivocamos, ni aun es bastante exacto en su alusion. Nos explicarémos.

En un juicio crítico de los romances históricos del Sr. Saavedra, juicio que se ha publicado en el *Pensamiento* y copiado en el *Noticioso*, despues de lamentarse el tan conocido como apreciado literato D. Enrique Gil de que nuestros *clásicos* (1) de los últimos tiempos se hubiesen entregado de tal manera al sistema literario que dominaba en una nacion vecina, que hasta hubiesen atropellado por la nacionalidad, desentendiéndose de las tradiciones históricas, desechando los atavíos nacionales, etc., añade: «Por una rara contradiccion de aquellas, en que tan frecuentemente incurre el espíritu humano, los imitadores de Homero, de Sófocles, de Teócrito y de Anacreonte, no comprendian que el secreto de su duracion (de nuestras antiguas obras) y de su hermosura, consistia en su expontaneidad y verdad, y que la cualidad de indígenas que caracterizába sus creaciones era la prenda más segura de fortaleza y de vigor. Los personajes, rudos tal vez, pero siempre poéticos de nuestros romances, las damas y caballeros de nuestro antiguo Teatro, espejo del pundonor y dechado de galantería, vinieron á parar en las palomas y pastores poco significativos de Melendez y en las figuras magistralmente dibujadas y llenas de verdad, pero frias y prosáicas á veces de Moratin.—De esta manera, empeñada la literatura en una senda convencional, y que cada vez se desviaba más de la que antiguamente siguieron nuestros ingenios más esclarecidos, llegó á ser patrimonio de los sabios, y vino á renunciar por último su más noble y hermoso papel, el de representante de nuestra nacionalidad.» En una nota que á este párrafo pone, dice el Sr. Gil: «No estará acaso de más advertir aquí, que solo queremos indicar con estas observaciones la situacion y tendencia general de la época, pues ni desconocemos ni negamos el merecido aprecio á los romances históricos y moriscos de Moratin el padre, á algunos del mismo Melendez y y á otras excepciones honrosas de esta triste regla.» Continuando el párrafo, anteriormente copiado, dice el Sr. Gil: «De este modo, la musa castellana, desnuda de sus

(1) Tómese esta palabra en contraposicion de *románticos*.

naturales galas y privada de su alimento acostumbrado, más que vivido ha sobrevivido á sí propia, oprimida bajo el yugo de reglas arbitrarias.»

Aun temiendo hacernos difusos, hemos querido copiar, porque este es, á nuestros ojos, el modo de huir las inexactitudes. Ahora bien, si no nos equivocamos, el señor Floriano al asegurar que se ha dicho que los romances del Sr. Melendez no son españoles, refiérese visiblemente á lo que hemos copiado del Sr. Gil. Este literato quéjase de falta de nacionalidad, pero en manera alguna dice que no sean españolas las obras á que se refiere de los Sres. Moratin y Melendez. ¿Qué dice el Sr. Gil acerca de estos poetas en la nota que hemos copiado y que tal vez no haya leido el Sr. Floriano? Este Sr. ha confundido las *formas* con el *fondo* de los romances. Las *formas* de aquellos romances eran las francesas, á las cuales estaba somedida en esa época la literatura española, fiel observadora entonces de los preceptos de los llamados *clásicos*. Lea otra vez el Sr. Floriano al Sr. Gil, y verá que ha procedido con grave equivocacion al suponer que se habia dicho que Melendez «*no escribió romances españoles*.»

Y ¿podríamos enajenar produccion alguna de Melendez, porque sus formas fuesen estas ó aquellas? Más el Sr. Floriano, en su equivocacion, quiso sin duda decir, que si las *formas* fueran bastante poderosas, para que se llamáran extranjeros tales romances, esto significaba que estando escritos en la lengua de Cervantes, las lenguas no tenian el poder de determinar la nacionalidad de las obras, esto es, la nacion en cuya literatura deberian contarse; razon por la cual, de que en Cuba se hable la lengua española, y de que en ella se escriban las obras literarias del mismo país, no se debe inferir que tales composiciones se hayan de contar en la literatura española, si no en una literatura especial *cubana*. La nacion española cuenta provincias que difieren notablemente en clima y por consiguiente en naturaleza, en hábitos y costumbres, pero que todas hablan una lengua, la grande y noble de Castilla. ¿A quién se ha oido reclamar para las composiciones, que en cada una hayan tenido su cuna un nombre especial? ¿Será acaso por abandono, por falta de patriotismo? Nó sin duda, porque todos creemos amar al suelo que nos vió nacer, como el que más. Pero todos nos creemos honrados con que nuestros poetas ocupen un lugar en la literatura española, en esa literatura que léjos de apartar, atrae, á sus filas á cuántos son capaces de calcular el valor de sus obras y las ventajas de la lengua en que están escritas.

.....

No hay literatura *especial* en un pueblo que no tenga lenguaje especial tambien. Los rasgos locales que el Sr. Floriano cita, en eso se quedan, y no tienen poder alguno para clasificar sino los géneros. Pero aun las costumbres en que quiere fijarse el Sr. Floriano no son exclusivamente cubanas, porque no lo son ni las *corridas de patos* ni las *peleas de gallos*. Y ya que se nos habla tanto «de esos seres» llamados *guajiros* de quienes se dice que «*no tienen identidad*» con los hombres de campo de España, ¿se nos dirá qué clase de seres son, de quienes descienden, y á quienes deben esas costumbres (1)?».....

Replicó al Sr. Lira, en el *Faro Industrial de la Habana*, el 24 de Diciembre del mismo año de 1841, el Sr. D. Rafael Matamoros y Tellez, quien entre otras alegaba las siguientes razones: «Si el espectáculo que se ofrece á los ojos del señor Lira, no basta para convencerlo de que la hetereogenea sociedad cubana, aunque española, no es la misma sociedad que habita en la Península, espectáculo más que suficiente para el desengaño, detenga un momento su atencion en la declaratoria del gobierno supremo, de que se dictarán leyes especiales para la Isla de Cuba. Una ley, en último análisis, no es más que un trasunto fiel del modo de existir cada pueblo; y si el gobierno trata de dar á la Isla leyes especiales, es decir, distintas de las que rigen en la Península, es porque conoce que la Isla existe de un modo distinto.

(1) Noticioso y Lucero de la Habana, 14 y 15 de Diciembre de 1841. D. Isidoro Araujo de Lira, nació en Bruzas, provincia de Pontevedra, el 2 de Enero de 1816. Escribió mucho en el periódico citado. Fué Secretario del Liceo de la Habana. Más tarde fundó el *Diario de la Marina*, y siendo su director, murió el 7 de Marzo de 1861, á consecuencia de una grave herida recibida en un desafío el dia anterior. El laborioso escritor cubano, Sr. D. Teodoro Guerrero, ha escrito su biografía Véase *La Ilustracion Gallega y Asturiana*. Tomo III. Número 1º Madrid, 8 de Enero de 1881.

Si entrambos pueblos difieren en su constitucion, en sus necesidades, y en una palabra, en su modo de ser, tienen indispensablemente que diferir en la literatura, en su poesía, que es la expresion, la pintura exacta de las sensaciones emanadas de esa constitucion, de esas necesidades, de ese modo de ser. La literatura cubana para que merezca este nombre, será irremediablemente especial como lo son sus leyes.» Más adelante agregaba: «La poesía cubana pertenecerá siempre al repertorio español; pero la poesía propiamente cubana tendrá siempre una fisonomía distinta de la peninsular, exclusivamente suya: y en este sentido se ha dicho con mucho tino y criterio que su carácter es excepcional (1).»

Otras razones análogas contiene el escrito citado, y ninguna de ellas encierra fundamentos sólidos para sostener la tésis que se proponia defender.

El País, importante periódico de esta ciudad, en Mayo de 1868, publicó un artículo en que se pretendia dilucidar si hay ó no una literatura cubana, y su autor tenia por superficial el análisis de los que sólo refieren las denominaciones de la literatura á las lenguas. Once años despues, el Sr. D. Antonio Vinageras, con el título *Literatura Nacional*, en un extenso artículo que publicó en 8 de Enero en el *Diario de Matanzas*, disertába tambien, manifestando que estaba persuadido hasta la evidencia que sobran elementos en Cuba para la formacion de su literatura propia. En tal estado ha quedado la cuestion despues de largos debates, no siempre libres de pasion. Nosotros considerámos muy prematura la pretension que hemos apuntado, citando textualmente los documentos para que queden consignadas las razones en que aquella se funda. Entendémos, de buena fé, que podrá algun dia variar la forma de la poesía en Cuba, ataviarse de galas nuevas tal vez, pero el instrumento será siempre el mismo, porque el és el signo de su civilizacion y será en lo futuro el de su gloria. El idioma, és y nos parece imposible que se contradiga, el primer elemento de la poesía, y siendo esto así, difícil es despojarla de su carácter nacional. Ni en la numerosa coleccion de libros que hémos detenidamente consultado para la formacion de este, ni en las Colecciones de poesías Mexicanas de Regil y Peon y Sanchez Márnol, ni en la novísima de Peza; ni en el *Parnaso Chileno* del Sr. Cortés, publicado en Santiago de Chile en 1871; ni en el *Parnaso Peruano* del mismo Sr. que se dió á luz en Valparaiso en el propio año; ni en el *Parnaso Oriental ó Guirnalda poética de la República Uruguaya*; ni en la *Coleccion* del Sr. Bátres Jáuregui que contiene poesías de autores de Chile, República Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia, Perú, Venezuela, Colombia, Ecuador, Repúblicas de Centro América, México, y á cuyo ilustrado literato agradecémos la buena parte que en su libro concede á los poetas de Cuba y sus sinceros elogios á esta hermosa tierra, pueden hallarse títulos para que pueda fundarse en América una poesía especial.

Otro tanto debe decirse, refiriéndose á las colecciones de poesías americanas, hechas con lo más selecto de cada pueblo del nuevo continente.

La *América Poética*, coleccion escogida de composiciones en verso, escrita por americanos en el presente siglo, publicada en Valparaiso en 1846-1847 y que comprende cincuenta y tres autores y cuatrocientos cincuenta y cinco composiciones, incluyéndese en ellas una gran parte de las de Gertrudis Gomez de Avellaneda, Heredia, Orgaz y Plácido, es vasto campo para aquilatar la grandeza del genio hispanoamericano, y sin excluir de minucioso exámen una sola poesía, nosotros sostenémos que no puede fundarse en ella una literatura independiente de nuestra gloriosísima literatura castellana, que no dejará, estoy cierto, de consignar en sus anales los méritos valiosísimos de sus hijos americanos.

El mismo juicio se forma de la numerosa pléyade de poetas que ha reunido el ilustrado y laborioso bibliógrafo chileno Sr. D. José Domingo Cortes, en su *América Poética*, publicada en Paris en 1875 (2); coleccion que no se ha formado con todo el

---

(1) Sobre este mismo aserto puede verse otro artículo del Sr. Matamoros en la *Revista de la Habana*. Tomo tercero. 1854. Páginas 291-294. *Observaciones al juicio de las diferentes épocas de la poesía en Cuba* (del Dr. Zambrana).

(2) Ahora que hablámos de este importante libro, que contiene producciones de nuestros pri-

gusto que dirigió la anterior, sin que por esto hagámos inculpaciones, pues tiene por otro lado, al ménos para nosotros, el singularísimo mérito de darnos á conocer á cuantos en nuestros dias en esta parte del mundo se afanan por el progreso de las ideas, honrados obreros de la humanidad que desde hoy tienen nuestro humilde afecto gracias á las patrióticas taréas del Sr. Cortés.

Cuánto decimos de obras de tan reconocida utilidad, con mayor y más justo motivo, lo corroborámos en el estudio de otras de menores alientos, como lo és sin duda la coleccion impresa en Santo Domingo, capital de la República, *Lira de Quisqueya*, que está muy léjos de representar con exactitud el valer poético de los dominicanos. La mayor parte de los que allí figuran, han escrito produciones de superior mérito de las que el editor coleccionó.

No hay en los poetas de nuestra antigua *Española*, rasgo alguno que los separe de la opinion que antes hémos emitido. Así como no considerámos que puedan dar carácter peculiar á una literatura los *Cantos del Siboney* del cubano D. José Fornáris, no vémos en los dominicanos nada que apoye la tésis que combatimos, áun despues de leidas las preciosas *Fantasías indígenas* de D. José Joaquin Perez, y el poema *Anacaona* de la jóven é inspirada poetisa de aquella Antilla Sra. Dª Salomé Ureña de Henriquez (1).

Ahora bien, si en lo esencial de toda literatura, en el idioma, no se halla título para justificar la pretension de nacionalidad diversa ¿podrá fundarse en escribir en correcto, en purísimo lenguaje castellano con las galas que supieran vestir sus inmortales concepciones Herrera, Rioja y Fray Luis de Leon, dejándose dominar de un injusto espíritu de rencor y en un ciego fanatismo político, cantos contra nuestros padres, aplicándoles epítetos que constituyen un enorme delito moral expresado en la propia lengua que nos dieron?.....

Lo que á la América española interesa para realzar sus méritos literarios, es condenar esas exclamaciones que se contradicen con su mismo orígen.

«Supongamos—dice un escritor—que aún fuese posible la formacion de nuevas literaturas, de literaturas independientes y en cierto modo clásicas, hoy que las nacionalidades tienden á borrar sus fronteras; hoy que el espíritu del siglo XIX, tiende á universalizar la cultura y el progreso, armonizando todas las relaciones humanas en la política, en la filosofía y en la ciencia.

Supongamos que el momento histórico que atraviesa hoy la América latina, fuese idéntico al que atravesaron las naciones del viejo continente en los albores de su civilizacion.

¿Qué necesitaria la América para la formacion de literaturas características y propias, en una palabra, *autóctonas* ó del suelo?

Lo mismo que necesitáron todas las naciones que hoy se envanecen con su manera genuina de pensar y de decir.

---

meros poetas, desgraciadamente publicadas con errores de que no es fácil darse cuenta en una obra llevada á cabo con verdadero lujo tipográfico, advertirémos, que con sorpresa hemos visto en la página 605, entre los versos que se insertan como de D. Claudio Mamerto Cuenca, natural de Buenos Aires, donde se dice que nació en 1812, el soneto *La ilusion* de nuestro primer poeta *D. Manuel de Zequeira y Arango*, que el Sr. Cortés, llama *Daniel*, con las solas diferencias siguientes; que se titula *Sueño;* en el cuarto verso la palabra *con* se sustituye por *de;* el quinto *soñé que hasta el ocaso, desde oriente*, se escribe: *Soñé que desde oriente hasta occidente;* el octavo que Zequeira escribió: *Mi poder se adorába humildemente*, aparece transformado en *Se adorába mi voz humildemente*. En el duodécimo, la palabra *estruendo* se cambia en *ruido*. Lo original del caso, és, que el Sr. Cortés, que en la página antes citada lo inserta como del Sr. *Cuenca*, ántes en la 311 lo habia colocado con las variantes que se han visto, como de *Daniel de Zequeira y Arango*. Segun la nota biográfica de *Cuenca* que publica el Sr, Cortés, murió el poeta argentino en 1852, consignando lo que copiamos: «En vida nada publicó, y aun las mejores de sus obras fueron arrojadas á las llamas en una ocasion crítica, en que se temia una visita domiciliaria ordenada por Rosas, á quien Cuenca detestaba por ser el tirano de su pátria.» No quede duda al Sr. Cortés, que el soneto es hijo legítimo del poeta cubano Zequeira. Véase la nota de la pág 16 del presente libro.

(1) Poesías de Salomé Ureña de Henriquez coleccionadas por la Sociedad literaria *Amigos del país* y publicada por la misma, con la cooperacion de vários municipios, sociedades é individuos particulares.—Santo Domingo. Imprenta de García hermanos. 1880. Págs. 113-208.

Necesitarian una nueva filosofía, una nueva historia y un idioma nuevo (1).»

No creemos que baste para constituirla describir las bellezas de las ricas zonas americanas, ni la narracion de antiguas tradiciones, ni el relato de los triunfos militares de las nuevas naciones, como ha creido el distinguido literato, poeta y sábio americanista D. J. M. Torres Caicedo (2). Ni ménos puede estimarse en buena crítica que robustezca aquella idea, el sembrar la magestuosidad de nuestra habla de exóticas frases y de provincialismos innecesarios. Es preciso que tengamos muy presentes, que como dijo con su probada imparcialidad el erudito aleman Federico Schlegel, «bajo el aspecto del mérito de la nacionalidad alcanza la literatura española el primer puesto (3)»; y que un ilustre venezolano, D. Rafael María Baralt, de tal modo la apreciaba que no titubeaba al escribir: «Mucho debe faltar en el alma y en la inteligencia del hombre desgraciado que al leer el rico tesoro de la poesía española en todos sus ramos, no ame áun sin conocerlos, los sitios que inspiraron sus dulces armonías, los usos y costumbres que fueron, por decirlo así, nacimiento del raudal copiosísimo de su gracejo, y el cielo que inspiró, y el pueblo que produjo tantos, tan fecundos y sublimes vates (4).» Para esa necesaria apreciacion, nos falta verdadera crítica; nos falta una pluma imparcial que con noble energía señale el inmenso daño que se causa á la juventud, ocultándole donde está rica y siempre vírgen la verdadera fuente de eterna inspiracion y eterna belleza para cuántos han de expresar sus ideas en la lengua inmortalizada por Cervantes. Es preciso que la crítica aparezca siempre á nuestra vista «ostentando en su diestra la antorcha de la filosofía para derramar la luz por todas partes; que nos conduzca al templo de la inmortalidad, para rendir en sus aras el tributo de la admiracion á los ingenios españoles que han conquistado en él levantado asiento (5)»; sólo así podrémos engrandecer la literatura de esta tierra, no pretendiendo su divorcio jamás de aquella que le dá el habla, no fundando nuestras aspiraciones en el raquitismo, que pretende, cuando las ideas modernas ensanchan toda esfera de accion, limitar la historia de la poesía. La verdadera historia del poeta, es la de la humanidad entera.

Llegando á persuadirnos de tan útiles verdades, llegará Cuba á verse honrada en la historia de la literatura hispano-americana con las páginas más brillantes.

Tenemos, y no hay que olvidarlos, altos y grandes deberes que cumplir en nuestra sociedad.

«Llevar por todas partes y hasta lo más hondo de las masas populares toda la luz que sea compatible con su estado; demostrar á las clases elevadas, á las que fueron únicas depositarias de la cultura entre nosotros, que en los destinos futuros de Cuba les está reservado un nuevo papel, tan brillante y expléndido como el pasado, y mucho más humano, el de convertirse de raza superior en clase educadora! Un poderoso resorte tiene en sus manos la literatura, pues sabe despertar todas las emociones que abren camino para posesionarse de la voluntad; un medio de comunicacion cuyas impresiones son más duraderas que las de ningun otro, pues se registran en la sensibilidad y la fantasía, patrimonio afortunado de todos los hombres, en todas las clases y posiciones. ¡Bien merecerán de la patria los que sepan emplearlos con recto corazon y clara inteligencia de sus necesidades (6)!»

Conviene estudiar, en primer lugar, el lamentable estado de la poesía popular

---

(1) España Moderna. Buenos Aires, Junio 2 de 1880.—Una cuestion literaria. Por D. Cárlos M. de Egozcue.

(2) Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales poetas y literatos hispano-americanos. Primera série. I. Paris. 1863. Pág. 63.

(3) Historia de la literatura antigua y moderna. Tomo I. Cap. XI.

(4) Resúmen de la historia de Venezuela. Paris. 1841. Cap. XXII. Carácter Nacional, páginas 404-405.

(5) Historia crítica de la literatura española, por D. José Amador de los Rios. Tomo I. Madrid. 1861.

(6) Ateneo de Matanzas. Disertacion del Sr. D. Enrique J. Varona sobre el espíritu de la literatura en nuestra época, en relacion con el que debe animar á la cubana, despues de la gran transformacion social iniciada. Matanzas. 1880. Página 19.

entre nosotros, que como en uno de sus excelentes artículos demostró en 1867 don Luis Victoriano Betancourt, es la vergüenza de nuestra cultura (1). Rebozan en ella «amor, penas, sacrificios, muertes y suicidios, llenas de faltas de gramática, y lo que es más, huérfanas de buen gusto y de sentido comun, corren de boca en boca, dando una tristísima idea de nuestra poesía popular.» Y, como con razon aduce nuestro amigo, tienen las canciones «una agradable música criolla, peculiar sólo de este clima y que si tuvieran buenos versos, podrian cantarse en todos los salones, repetirse por todas las bocas, y ser una legítima expresion de las aspiraciones del alma y de los afectos del corazon.»

El pueblo canta para olvidar sus muchas penas y dolores, y es preciso que cantando se moralice, no que se estrague su gusto ó imbuido en errores se separe de la senda del honor, de la virtud, del progreso, de la verdadera civilizacion. Que el pueblo cubano es de la mejor índole para que el buen poeta lo guie por senda de provecho, es innegable; pero hasta ahora, poco se ha hecho para tan útil como meritoria empresa. La bibliografía cubana, contadas muestras nos presenta en este punto, aunque sólo la fijemos como partida en los *Cantares del Montero*, por Miraflores y el Camarioqueño, que se imprimieron en Matanzas en 1841. D. Cárlos Genaro Valdés, en 1879, imprimió una coleccion de poesías, entre las cuales las hay de Nápoles Fajardo, Plácido, Milanés, Palma, Tolon y Fornaris; pero nos parece que muchas no llenan el fin que debe tener la verdadera poesía popular en nuestros dias (2). Luaces, hubiera podido ser el Beranger cubano y no faltan en sus produciones material para formar un cancionero popular, que por sus tendencias morales y por los sentimientos varoniles que siempre inspiran sus cantos ejerciese en el pueblo saludable influencia. Materia importantísima es esta, que no deben dejar por más tiempo en abandono aquellos que por su talento y patriotismo están obligados á empresa tan laudable (3).

Dejamos, para el *proemio* que ha de preceder á las poesías del segundo tomo de esta obra, otro órden de consideraciones respecto á los poetas que contendrá, y las que nos ha sugerido el movimiento literario de los años en que aquellos nos regalan sus sentidos cantos, que dan fama á Cuba, admirando el número de sus buenos poetas contemporáneos, especialmente en poetisas, de las cuales dudamos pueda presentar pueblo alguno tan copiosa muestra, dado lo que representa nuestra vida literaria.

El mérito de algunos, ha sido reconocido en una bella *Epístola* dirigida á don Nicolás Azcárate, por el ilustrado y venerable general y poeta, actual Gobernador Civil de la Provincia de Matanzas, Excmo. Sr. D. Tomás Reyna y Reyna, que nos honramos en colocar aquí:

Al grave peso de áridas tareas
Y á la accion implacable de los años
Disipado el fulgor de las ideas;
Con horizontes de amargura y daños,
La luz de la esperanza oscurecida,
Vaticinando sólo desengaños;
Mal puedo, caro amigo, á tu sentida
Invitacion corresponder; carece

(1) Artículos y poesías, por Luis Victoriano Betancourt. Guanabacoa. Imprenta de la «Revista de Almacenes», 1867, págginas 101-110.

(2) Omitimos hablar de las colecciones tituladas *Canciones Cubanas*, recopiladas por L. R. V. Habana. 1879. Se coleccionan ciento sesenta y tres; contadísimas son los que merecian la honra de la impresion. El editor que se firma L. R. V. confiesa en unas quince líneas que titula *Prólogo*, que «ha tenido el trabajo por espacio de dos años de recopilarlas:» todo este tiempo empleado, cuando confiesa que «hay algunas que no tienen ni rima!» Se imprimieron las tituladas canciones en Madrid, Imprenta de Minuesa, 1879. Tambien allí acudió el editor de unas *guarachas*, cantos africanos desvergonzados, que se ha tenido la audacia de titular cubanos.

(3) Indispensable en este punto nos parece el estudio, que desde luego recomendamos del excelente trabajo del insigne poeta y literato D. Ramon de Palma, *Cantares de Cuba*, publicado en la *Revista de la Habana*, tomo tercero, 1854, páginas 243-247, 261-263, 278-280, 294-298.

No ménos utilísimo lo és tambien el de las poesías do *D. Francisco Poveda*, Sagua la Grande, Imprenta de Alcover, 1863, y los *Rumores del Hórmigo* de D. Juan C. Nápoles Fajardo, (El Cucalambé). Habana. 1857.

Véase tambien un sensato artículo literario, publicado en *El Club de Matanzas*. Periódico de literatura, ciencias y bellas artes. Año I. Diciembre 16 de 1879. Número 2. Páginas 10 y 11.

Mi plectro ya de inspiracion y vida.
En torno tuyo con vigor florece
De ilustres vates pléyade brillante
De que la Musa hispana se envanece.
Y de ella brota emanacion fragante,
Hálito de esta gran naturaleza
En pasiones y luz exuberante.
¿Cómo puedo imitar tanta belleza,
Ni áun pedir á mi númen débil eco
De cansancio postrado y de flaqueza?
En báculo más bien la lira trueco,
Resignándome á ser á vuestro lado
Lo que en bosque frondoso el árbol seco.
Solo admirar vuestro explendor me es dado,
Y guardar vuestros nombres en mi mente
Y el verso en vuestra cítara acordado.
Oigo, así, conmovido aquel ferviente
Adios á Cuba donde el alma hermosa
De *Luisa Perez* palpitar se siente,
Y la miro, su rostro, dolorosa,
Cubrir al punto en que *la mar salobre*
En sus ondas oculta presurosa
Las sierras melancólicas del Cobre.
¿Quién no ruega anhelante con *Zenea*
Por el viajero desvalido y pobre,
Si ruge de los vientos la pelea,
Y *el Dios del huracan* bramando pasa
Y en tinieblas envuelto centellea?
¿Cómo de pena el corazon traspasa
De Santa Cruz la angelical *María*
Cuando saluda condolida y lasa
Al árbol triste de la tumba fria!
Pero lo calma el ruego penitente
Que *Mercedes Valdés* al cielo envia.
Así tambien el ánimo se siente
A infortunios, *Martinez*, resignado
Cuando óra á Dios tu huérfano doliente.
¡Qué triste soledad! clamo angustiado
Con *Julia Perez*, y á su voz lamento
Del *seco arroyo* el lecho abandonado.
Los tiernos séres de tu sér aliento
Armas celebra y su ventura implora;
A tan grato implorar úno mi acento.
Ariza, en tanto, su pesar devora,
Contando á la palmera el desamparo
Del corazon que desengaños llora.
Para el pueblo de Washington preclaro
A quien discordia colosal quebranta,
Del-Monte pide celestial amparo.
Su entonacion pindárica levanta,
Y lamentando de la Italia el sino,
La muerte de Cavour *Mendive* canta.
A la raza del hombre en su camino,
Desde alta cumbre *Navarrete* mira,
Descubriendo su marcha y su destino;
En la desgracia de Colon se inspira,
Y canta á Napoleon cuando anheloso
El viento de otra edad con ánsia aspira.
Si no en métrico son, con abundoso
Lábio *Piñeyro* la virtud pregona
De aquel profundo amor y pudoroso,
Del divino Platon ideal corona,
Que de Dante y Beatriz unió las almas,
Y á Petrarca de Laura le aprisiona.
Mas para otra virtud prevenid palmas,
Que el seno hendiendo solitaria nave
De nebuloso piélago sin calmas,
Salvo conduce al puritano grave
A la roca de Plymouth: digna historia
Que el fiel *Rodriguez* referirnos sabe.
De uno y otro *Sellen* haré memoria,
Y de *Suarez Romero* y de *Zambrana*
Que en literaria lid ganaron gloria.
Tambien de tí, por quien se muestra ufana,
Sábio *Poey*, tu tierra natalicia
Con el nombre mi pluma se engalana.
Del amor á las letras, la delicia
Erudito *Jorrin* pinta admirable;
Amor que extingue cuanto al hombre vicia.
Con aliento de vida perdurable
Brilla este amor en tí, sensible amigo.
Cual fija estrella de la vida instable.
El, en estrecho lazo, une contigo
Al fecundo calor de tu vehemencia
La noble grey que me dispensa abrigo;
La que al mágico son de tu elocuencia
Y en el seno de España reclinada
Honrar sabrá las artes y la ciencia.
Mas veo girar llorosa tu mirada
Como queriendo hallar aquella frente
Que ya el divino Sér volvió á la nada.
Antorcha fué que se extinguió en su oriente:
Luz pasagera de fugaz estrella;
Raudal que tragó el mar junto á su fuente.
Dejó en su postrer canto su querella,
Como dejó tambien de sus virtudes
En los lares domésticos la huella.
Esta pléyade noble á quien acudes,
Sabrá tejer expléndida corona
Con que el recuerdo de Torroella escudes.
Mi triste lira, que dolor pregona,
Sin númen, sin calor, sin armonía,
Solo con mústia flor su duelo abona.

Pero es sincera; la verdad la envía;
Que unos en pátria, hermanos en Apolo,
Nos mueve, compitiendo en hidalguía,
Un alma, un pensamiento, un afan solo (1).

Pueden hallar severos críticos, tanto en la coleccion que presentámos al público, como en este escrito, campo vasto para emplear sus bien templadas armas. Nosotros, que estudiámos con afan, acogerémos con sincero afecto cuantas observaciones merezcamos á la crítica ilustrada, que hemos aprendido con una vida laboriosa desde muy temprano, á respetar y tambien á acoger sin el desden de los que se creen libres en todo de cometer yerros. Conocémos, por desgracia bien, y algo hemos ya probado de las amarguras que experimentan los que acometen empresas de este linage, y tenemos en la memoria las taréas de López Sedano en el pasado siglo con su *Parnaso Español* en nueve tomos, y las apasionadas censuras con que le premiaron D. Tomás de Iriarte y D. Vicente de los Rios. Pero nadie podrá quitar á aquel la gloria de haber salvado del olvido títulos gloriosos para las letras patrias, que otros escritores, años más tarde, con superior critica aprovecharon: entre ellos D. Manuel José Quintana en su Tesoro del Parnaso Español.

Las citas bibliográficas las hemos hecho siempre con el mayor esmero, y ni en ellas, ni en los diversos documentos que transcribimos, ha podido movernos el deseo de hacer alarde de erudicion. Rogámos que así se nos crea. Lo que nos ha impulsado á seguir un plan tan lleno de inconvenientes y que tanta paciencia reclama, ha sido el señalar, siempre que nos ha sido posible, las fuentes á que deba acudirse en los casos de ser precisa la consulta de algun particular referido: hemos estimado como una taréa patriótica, para la cual nos basta la satisfaccion de nuestra conciencia, el proceder así: y los que entre nosotros se dedican á las letras y saben los penosísimos esfuerzos que cuestan tales labores y nos lean, han de apoyarnos con sus autorizados votos. Otra consideracion moral, de gran peso para nosotros, tambien nos ha prestado aliento y animado en nuestras vigilias. La gratitud es el signo más perfecto de la verdadera nobleza del alma; el ingrato que no la posee raras veces podrá ser útil á la sociedad; y si la confesion humilde del agradecimiento mueve siempre al corazon y es agradable á Dios y á los hombres, segun una bella máxima del ilustre Varela, grato nos es demostrarle solemnemente en este libro destinado á enaltecer el genio cubano, ya que á esta tierra de Cuba siempre querida debémos la luz de nuestra inteligencia, nuestro amor al estudio, y bajo cuyo cielo inspirador latió nuestro corazon con las dichas de la familia, y han nacido la dulce compañera de nuestro hogar y nuestros hijos, que algun dia leerán estas páginas reconociendo la noble intencion que nos ha guiado.

ANTONIO LÓPEZ PRIETO.

Habana, Marzo 1881.

---

(1) Esta composicion se escribió en la Habana el 28 de Febrero de 1879, contestando á la invitacion que el Sr. Azcárate hiciera al Sr. Reyna, para que honráse con su asistencia una velada literaria en el Liceo de Guanabacoa, consagrada á la memoria del poeta cubano D. Alfredo Torroella. Vid. «El Progreso.» Periódico político. Organo de Guanabacoa y Regla. Epoca 2ª Número 3. Año I. 9 de Marzo de 1879.

La poesía del Excmo. Sr. General Reyna, parece inspirada en la lectura de *Las Noches Literarias en casa de Nicolás Azcárate*. Habana. 1866. Tomo I y II. Obra de que en la segunda parte de nuestro trabajo nos ocupamos con la extension que ella merece. Las letras en Cuba, son deudoras al Sr. Azcárate de especialísimos favores.

Manuel de Zequeira y Arango.

Nació en la Habana el 28 de Agosto de 1760. Estudió en el célebre Seminario de San Cárlos de cuyo plantel tantos hombres eminentes han salido para honrar con sus talentos al país.

Desde 1780 se dedicó á la carrera de las armas, entrando á servir de cadete en el regimiento de Infantería de Sória, segun nos manifiesta su hijo el Sr. D. Manuel Zequeira y Caro en la biografía que coloca en la edicion de poesías de su señor padre hecha en 1852, confirmando este juicio en un interesante trabajo biográfico publicado en la Revista de Cuba (31 de Enero de 1879), el Sr. D. Pedro Guiteras.

En Julio de 1793, pasó á la Isla de Santo Domingo en la expedicion que salió de esta ciudad para auxiliar al ejército de aquella Isla, y consta que se distinguió por su valor en algunos combates, principalmente en el del rio La-Matrie y en Yacci. Regresó, segun un documento original de Zequeira que poseemos, siendo subteniente de granaderos del Regimiento de la Habana, el 21 de Julio de 1796.

En Enero de 1810 fué nombrado Comandante Militar de Coro, de cuyo cargo no tomó posesion; pero en Abril de 1813, pasó al Nuevo reino de Granada con el ilustre cubano, Virey D. Francisco Montalvo y Ambulodi.

En 1814 tuvo á su cargo el gobierno de la Provincia del Rio-Hacha.

En 1815 se le confió el mando militar y político de Santa Marta.

En 1816 fué nombrado Teniente-rey de Cartagena, regresando á esta ciudad siendo ya Coronel de Infantería, en 1817.

En 1821, pasó á la ciudad de Matanzas donde poco despues un extravío mental habia de oscurecer para siempre su brillante inteligencia.

Murió en la Habana el 18 de Abril de 1846.

Fué el amigo íntimo de D. Tomás Romay, y con este distinguido patricio, trabajó incesantemente en la Real Sociedad Patriótica. Romay, en su artículo *Rasgo de Amistad*, publicado pocos dias despues de la muerte de su compañero, se complace en significar la estrecha union que entre ellos existia para cuanto fuera útil y honroso al país.

Unidos por el talento, unidos por idéntico y fervoroso patriotismo, ámbos redactáron el *Papel Periódico;* ámbos, el uno en esmerada prosa y el otro en valientes versos, preconizaron en Cuba el valor de nuestros abuelos en la epopeya gloriosa de la independencia nacional. Examínese como comprobacion las obras de los dos beneméritos cubanos.

Romay, propone que se levante una estátua á Cárlos III, «como el más justo y »digno homenaje de nuestra fidelidad y gratitud, por habernos redimido del yugo »británico», y Zequeira aplaude la inauguracion con el mismo júbilo y ardiente entusiasmo que los atenienses las de Armodio y Aristogiton: al trasladarse de Santo Domingo las cenizas del inmortal Colon, juzga Romay que es preciso dedicarle un monumento digno de su fama, y Zequeira con su lira realza las incomparables proezas del héroe: levanta Romay su voz autorizada para la fundacion del cementerio léjos de la poblacion, y reconociendo Zequeira el mérito de la gran idea, persuade con eficaces razones en un *Poema*, que la religion y la salud pública exigian imperiosamente aquel establecimiento.

No sólo al *Papel Periódico* consagró sus literarias tareas; tambien hay producciones de Zequeira, en *El Patriota Americano*, en *El Hablador*, en *El Noticioso Mercantil* y otros periódicos de su tiempo. La primera edicion de las poesías de Zequeira, se publicó en New-York en 1829, con este título: *Poesías del Coronel don Manuel de Zequeira y Arango, natural de la Habana. Publicadas por un paisano suyo.* Esta edicion se debe al Pbro. D. Félix Varela, y aunque los redactores del *Patriota Americano*, en 1811 intentaron la publicacion de los versos de Zequeira, juzgámos con el erudito señor D. Antonio Bachiller y Morales que no llegó á efectuarse. Debemos consignar, que al comparar el índice que dicho literato ha dado á conocer con las colecciones hasta ahora dadas á luz, notamos que es considerable el número de poesías que no figuran en ella. Boloña publicó en el tomo primero de su desordenada coleccion de versos de autores varios, en 1830, el poema épico *Cortés en la laguna* y hemos descubierto que contiene una estrofa, la quincuagésima octava, que no figura en la edicion de New-York, en la que llevó á cabo en 1852 en esta ciudad dedicada al General Cañedo, el Sr. D. Manuel Zequeira y Caro, ni tampoco en la coleccion *Cuba Poética*.

Zequeira ha sido juzgado por críticos tan idóneos como D. Joaquin Lorenzo Luáces, Dr. D. Ramon Zambrana, D. Enrique Piñeiro, y D. E. Martin Gonzalez del Valle.

Zambrana lo considera «como uno de los mejores poetas que han escrito en verso »castellano y reconoce en él, todas las dotes del verdadero ingenio, y estraña que no »se le coloque en el lugar que le corresponde»; agregando, «que Cuba debe escribir »con orgullo su nombre en la primera página de sus fastos literarios, y que los jóve»nes que entre nosotros cultivan la poesía, deben leerle y aprender en él á imitar la »hermosa y correcta diccion de los grandes ingenios, á sostener el estilo con la fuerza »y la propiedad debidas y á engalanar sus cantos con ricas imágenes y bellezas de »buen gusto.»

BATALLA NAVAL DE CORTES EN LA LAGUNA.

POEMA ÉPICO

COMPUESTO EL AÑO DE 1802.

Non, mihi linguæ centum sint, oraque centum
.....
pecurrere nomina possim.....
Virg. Eneid. lib. 6. v. 625.

Canto al invicto capitan hispano
Hijo de Marte que á Occidente vino,
Y en las ondas del Lago Mejicano
Venció contrarios en nadante pino:
Canto la ilustre religiosa mano
Que allí condujo el pabellon divino,
Canto, en fin, al más grande, al sin segundo
Héroe, conquistador del Nuevo-Mundo.

Y tú del Pindo soberano Apolo,
Tú que la trompa del Argivo vate
Hiciste resonar de polo á polo,
Cantando el griego militar combate:
Has que en obséquio de mi númen solo
El raudal de Hipocréne se dilate.
Pues canto de *Cortés* la heróica hazaña
Que admira al orbe, que ennoblece á España.

Musa, desciende, y de tu luz divina
Llena las frases del concepto mio:
Oye mis ruegos, y á mi voz inclina
Plácido rostro, soberana Clio:
Dictame aquella formidable ruina
Que hundió en el Lago al mejicano brio;
Y has que admiren por todos los confines
La pompa de los trece bergantines.

Ya en las tranquilas ondas se mecian
Los bajeles del céfiro halagados,
Y á la luz de la aurora parecian
Por la diestra de Flora dibujados:
Las Ninfas, las Sirenas acudian
Al milagro de ver leños alados;
Estraña novedad nunca allí vista,
Y el portento mayor de la conquista!

En la playa *Cortés* juntó su gente,
Y despues de invocar á la Divina
Providencia, principio omnipotente
Del valor y la buena disciplina,
Dijo: «El Cielo hasta aquí benignamente.
»Protege nuestra causa: él encamina
»Nuestras plantas por tierras y por mares
»Para fijar su culto y sus altares.

»Este es el sacro objeto, y los laureles
»Del árbol grande del honor cortados,
»Infructuosos serán si en los bajeles
»No son al Dios Eterno consagrados:
»Sé que saldrán diluvios de bateles,
»Mas sé que son invictos mis soldados,
»Y sé que si efectuámos el bloqueo
»Pronto veremos el postrer trofeo.»

Habló de esta manera: y al momento
Los fieles argonautas celebraron
Con júbilo comun el mandamiento
Del Caudillo, y las naves ocuparon:
Levan las anclas con ardor, al viento
Pabellones y lonas desplegaron;
Y entonában despues por nuevos mares,
Al Hijo de Dios himnos y cantares.

En dos hileras la española armada
Iba domando las cerúleas olas,
De gente y municiones pertrechada,
Brotando estruendo por las portañolas:
Para el rumbo de México aproada
Sigue flameando ricas banderolas,
Que formaban simétricos enlaces
Con los soplos del céfiro eficaces.

En la vanguardia de la diestra hilera
Pedro de Barba un bergantin regía,
Y *Morejon Rodrigo*, el de Lobera,
Gobernando otro buque le seguia:
Los remos *Juan Rodriguez* acelera
De otra nave, siguiéndolo *Garcia:*
Juan Portillo despues; y *Jaramillo*
Llevaba en retaguardia á su Caudillo.

En la otra division iba delante
Rodriguez, deslumbrando á los tritones,
Y siguiendo sus aguas, vigilante
Gobierna otro bajel *Pedro de Briones:*
Sotélo sobre un pino fulminante
Daba al aire lucidos pabellones:
Mata, *Carbajal*, *Flores* y *Diaz*
Rigen sus naves por las ondas frias.

Con franjas de pinturas variadas
Mostraban todos las henchidas velas,
De diverso color drizas trenzadas,
Y banderolas de distintas telas:
Con fúlgidos cristales esmaltadas
Relumbraban sus portas y arandelas;
Y en vez de gallardetes, con donaire,
Sierpes de tafetan daban al aire.

Así surcaban: y el terrible estruendo
De cóncavos metales disparados,
Iba en hórridos ecos repitiendo
El valor de los iberos soldados:
Las focas y delfines van huyendo
A sus antros oscuros, apartados;
Mientras los nuestros, con marciales pompas,
Suenan clarines y sonoras trompas.

A lo íntimo del Lago navegaban
Las prontas quillas, cuando de repente
Notaron que las ondas se agitaban,
Y en noche se volvió la luz de Oriente:
Repetidas centellas se cruzaban,
Bramaba el Cielo formidablemente,
Abandonan los peces sus mansiones,
Y saltan los voraces tiburones.

Entre esta confusion, cada navío
Sobre montes de espuma se levanta
Hasta los Cielos, y el hispano brío
Crugiendo remos á la mar quebranta:
Amainaron las vergas su atavío,
Cada cual á rizarlas se adelanta,
Crece el peligro, y con rumor profundo
Aborta el golfo un monstruo furibundo.

Este horrible fantasma se presenta
Con semblante cerúleo, macilento;
Y en sus globos de fuego representa
La venganza y el odio más sangriento:
Su estatura feroz y corpulenta
Era imágen del mismo atrevimiento;
Brotando de sus lábios insolentes
Las víboras, las hidras y serpientes.

En su mano siniestra relucia
De una sierpe infernal la ardiente escama,
Y en la membruda diestra sostenia
La triple flecha con que Márte brama:
Dos torrentes sulfúreos despedia
En vez de aliento, que al ambiente inflama;
Y antes de abrir sus lábios criminales,
Sonaron las trompetas infernales.

Los manes denegridos suspendieron
Sus atroces voraces ejercicios,
Y á los crueles tormentos sucedieron
De un silencio profundo los indicios:
El Cervéro calló, se contuvieron
De Tántalo y Teséo los suplicios;
Y aterrando los montes más lejanos,
Habló el monstruo á los náuticos hispanos.

«¿Qué númen, dijo, contra mis decretos,
»Qué deidad permitió tal desacato?
»¿Mis tranquilos alcázares secretos
»Se profanan con bélico aparato?
»¿Veré mis techos de cristal, sujetos
»A las violencias de extranjero trato?
»¿Y podrá de piratas ser guarida
»Mi laguna hasta aquí desconocida?

»No es posible: tan grave atrevimiento
»No permite Pluton, que en mí confia;
»Él me ha dado á guardar este elemento,
»Suya es la ofensa, la venganza es mia:
»Los sacrílegos mueran al momento,
»Mueran aquellos que con mano impía
»Del trono á Motezuma derrocaron,
»Y en los templos los ídolos violaron.»

Dijo: y volviendo colosal cabeza
(Que hasta las nubes su estatura empina)
A México inclinóse, y con fiereza
«Al arma, dice, guerra, á la marina:
»Guarneced vuestras naves con presteza,
»Prepárese el betun con la resina;
»Ardan, perezcan, acopiad montantes,
»Aljabas, flechas y hondas resonantes.

»Al arma, guerra, guerra, luego, luego
»Cubrid las playas de animados muros:
»Quede la armada convertida en fuego,
»O destrozada con los golpes duros:
»Vibre el arco la flecha, sin que el ruego
»Perdone á los sacrílegos impuros;
»Que aunque se tienen por vivientes soles,
»No son sino mortales españoles.

»El númen de la guerra en vuestras manos
»Deposita el trisulco refulgente,
»Para que la ambicion de esos tiranos
»En sus propios delitos escarmiente:
»Defended vuestras aras, mexicanos,
»De los insultos de la inícua gente;
»Mueran los que violan vuestros ritos,
»No quede un español en mis distritos.»

Acabó de tronar el monstruo horrendo,
Y llevando hácia atrás el puño infando,
Crugió los dientes con terribles estruendo,
Y dió al aire las flechas reguilando:
Un volúmen de llamas estupendo
Su negra boca vomitaba hablando:
Rugió, encaróse al Cielo, y de repente
A ocultarse volvió el dragon ardiente.

Como suele aquel rayo desprendido
De la diestra de Júpiter tonante,
Imprimirse con hórrido estampido
En la tierra profunda en un instante;
Para siempre quedándose esculpido
El estrago del pábulo radiante:
Asi el monstruo grababa sus razones
En todos los indianos corazones.

Conmovióse el imperio: resonáron
Los bélicos sangrientos caracoles,
Y fúnebres las flautas pronunciaron (*)
Tristes presagios á los españoles:
Los rústicos guerreros se adornaron
De corazas y escudos como soles;
Y el fatal simulacro de la guerra,
El temor de sus ánimos destierra.

(*) El Sr. D. Pedro Guiteras, creo que puede ser *anunciaron*. Hemos consultado los diversos textos que tenemos á mano, y en todo hallamos el verso como aquí se publica.

Por todas partes suenan los rumores
De los roncos funestos atabáles,
Y lucen los penachos tembladores
Entre mil petos fúlgidos marciales:
Los caciques aliados y electores,
Convocaron sus tropas y oficiales;
Y acuden á la playa en dos momentos,
Los bárbaros hermosos regimientos.

Coronóse la márgen al instante
De turbantes, de flechas, de escuadrones,
Y el mismo Emperador quiso arrogante
Seguir en la batalla á sus legiones:
Prontas ya sobre el piélago sonante
Se miran cinco mil embarcaciones.....
¡Dios Santo! ¡Tantas naves en las olas!
¡Tantas para batir trece españolas!

Quiso el Monarca con heróico anhelo
Ser testigo ocular de la campaña,
Para premiar con paternal desvelo
Del soldado infeliz la ilustre hazaña:
De este modo rasgaba el negro velo
Con que el poder á la justicia engaña:
Así aleja pasiones de su silla,
Así al mérito premia, al vicio humilla.

Aquí en la playa Zinguatimo (*) airado
En su rojo dosel así decía:
«Ya llegó, mejicanos, el deseado
»Momento de abatir la tiranía:
»El Dios, el Dios terrible ha decretado
»Que saciemos la sed de sangre impía:
»Corramos, mis vasallos, á las olas,
»Bebamos en las venas españolas.»

Así dijo: y moviéronse al momento
Vivientes montes de plumajos varios,
Y á las naves con ímpetu violento
Se precipitan, corren voluntarios.....
No me abandones, musa, dame aliento:
Esplica, Clio, las armas, los vestuarios
Que llevaban las bárbaras naciones;
Trasmite á mi pincel tus espresiones.

Iban delante veinte mil flecheros
De miradas ardientes y sutiles,
Atrás llevaban los carcáces fieros,
Y delante bordados escaupiles:
Amarillos y rojos los plumeros
Adornaban sus frentes varoniles;
Embrazan arcos, y por más decoro
Pisan la arena con sandálias de oro.

Pertrechados de escudos refulgentes
El leño agobian trece mil infantes,
Guarnecidos de petos relucientes,
Y empuñando mortíferos montantes:
Con bermejos lunares, insolentes
Y feroces presentan los semblantes;
Morriones cenicientos, y adornadas
Las gargantas de joyas delicadas.

Con encarnadas pieles revestidos
Hunden las naves quince mil furiosos
Mexicanos, de chuzos prevenidos,
Coléricos, membrudos, horrorosos:
Por el aire tremolan atrevidos
Verdinegros plumajes pavorosos;
Y retumban entrando en los bateles,
Unos con otros, chuzos y broqueles.

De resonantes cáñamos armados
Siguen treinta mil indios iracundos,
Altos de estatura, descarnados,
Provistos de guijarros tremebundos:
Con lucidas corazas de colchados
Se escudan, y plumajes rubicundos,
En forma de diademas, tremolantes,
Adornaban sus hórridos semblantes.

Pisan violentos el fluctuante pino
Cuatro brigadas con tremendas picas,
Llevan pavesas de esmaltado lino,
Llevan rodelas de labores ricas:
No trabajó Vulcano con más tino
El escudo de Aquiles, fueron chicas
Sus más brillantes obras, comparadas
Con la pompa y primor de estas brigadas.

Puestas al hombro las groseras moles
De herradas mazas, trece mil seguian,
En cuyos petos dibujados soles
Con diferentes piedras relucian:
Librar su imperio de los españoles,
Como nuevos Alcides, pretendian;
Que tambien el valor, en climas tales,
Procura enardecer génios marciales.

(*) Debe entenderse Guatimozin: el poeta se sirve de la figura metatésis, para darle más sonoridad al verso.

Detras de aquellos con brillantes dardos
Impávidos seis mil se precipitan
Al cristalino golfo, hombres gallardos,
Espertos en las armas que ejercitan:
Cintos de piedras en sus lomos pardos
Borran la luz del sol cuando se agitan:
Y entre pintadas plumas que unió el arte,
Llevan bordado de oro el estandarte;

Detras marcharon con marcial arrojo
Doce mil, empuñando las espadas
De pedernal cortante, y pavés rojo
Guarnecido de láminas plateadas:
Mostraban sus mejillas (raro antojo)
De sangrientas pinturas salpicadas;
Fiereza militar, modo arrogante
Con que visten de cólera el semblante.

Se presentó despues fatal caterva
De cuatro mil Taménes, que agobiaban
Sus hombros con las armas de reserva,
Y mistos combustibles que llevaban:
Siguió, por fin, gran chusma con la acerva
Invencion de las fieras, que enjaulaban
Para echar en la lid; como leones,
Serpientes, tigres, osos, escorpiones.

En cuatro divisiones repartida
Se previno la escuadra; la primera
Fué al guerrero Chimantle cometida:
La segunda á Quastélca: la tercera
Iba por Zempoazingo dirigida;
Rigiendo Terpopántle la postrera:
Todo pronto, el Monarca vigilante
Dispuso que zarpáran al instante.

Principian á moverse las galeras
Como enjambre de hormigas presurosas:
Unos baten al aire las banderas,
Otros suenan trompetas belicosas:
Retumban con sus ecos las riberas;
Y heridas de sus voces pavorosas,
Temblaba fuertemente la Laguna,
Y estremecen los montes de la Luna.

Y de la suerte misma que el Tonante,
Sin levantarse de su asiento rojo,
Al escuchar el yunque retumbante
Del Cíclope traidor, miró el arrojo;
Y fijando sobre ellos su semblante
Contuvo por piedad su justo enojo,
Mirando en la sacrílega oficina
A ellos propios labrándose su ruina:

Así *Cortés*, sin alterar su frente,
Desde su nave prevenido mira
Que la infinita americana gente
Contra su propia destruccion conspira:
Él los contempla, y compasivo siente
De sus contrarios la obstinada ira,
Viendo que al filo de su ardiente espada
Pronto va á perecer la inmensa armada,

Ya están las dos escuadras casi á tiro
Del bronce, con buen órden navegando:
Precedió gran silencio; cesó el giro
Del veloz carro luminoso, estando
Atento en el zenit: hasta el suspiro
De los céfiros mansos fué faltando:
Los de México, el Cielo, Infierno y Tierra;
Todo espera el suceso de esta guerra.

Volvieron á bramar los caracoles,
Y al instantes los bárbaros gentiles
Disparan flechas á los españoles,
Que clavaron en gavias y mastiles:
Se cubrieron sus cascos y penoles
De pungentes harpones tan sutiles,
Que eran como entre puntas tremolantes
Erizos de madera navegantes.

El invicto *Cortés* mandó que luego
Escitáran las bocas de Vulcano,
Y aplicándole al misto el bota-fuego
Suenan los gritos del cañon tirano:
El voráz enemigo embistió ciego
A pesar del rigor del bronce hispano;
Zumban las hondas y en la mar hervian
Los guijarros que fieros despedian.

Los infernales globos disparados
Llevan la muerte á la enemiga armada:
Vanse á pique los buques destrozados,
Y al agua cae la gente amontonada:
Puéblase el mar de petos y colchados,
Este pierde el escudo, aquel la espada,
Allí se oye un acento dolorido,
Y otro queda aquí, en miembros dividido.

En este punto, respirando saña,
El horrible contrario arremetiendo,
Intenta el abordaje, y con gran maña
Intrépidos se fueron revolviendo:
Vióse emboscado el pabellon de España
Entre chuzos que forman monte horrendo:
Luego van, se aproximan, y arrogantes
Lanzan dardos, y esgrimen los montantes.

Chocan las armas de los combatientes,
Y entre lúgubres flautas mexicanas,
Dando las clavas golpes frecuentes
Estremecen las naves castellanas;
Mas entonces los iberos valientes
Subidos en las cofas y mesanas,
Con denuedo feroz y sin desmayo
Matan mil hombres con un solo rayo.

Hallóse el buque de *Portillo* entónces
De tenaces contrarios combatido,
Que oponiendo sus pechos á los bronces
La nave abordan con ánimo atrevido:
Unos rompen los pernos y los gonces,
Otros por sus costados han subido;
Y lidiando *Portillo*, cual Leonidas,
Mortalmente cayó lleno de heridas.

¡Ay triste! ¡cual estaba y cuan mudado!
¡Cómo nadába en sangre su cabeza!
¡Cual dejaron su cuerpo destrozado,
Y cual su espada ya sin fortaleza!
De palidez la muerte habia bañado
Su terrible semblante, y la fiereza
Noble de su mirar, no despedia
La luz que al Nuevo-Mundo confundia.

Las máquinas tronantes de Belona
Duplican vivamente los amagos,
y haciendo estremecer la ardiente Zona
Mandan el humo por los aires vagos:
En la tropa infernal que se amontona
Salta la sangre, crecen los estragos;
Y aunque patentes los peligros miran,
No cobardes se espantan, ni retiran.

Espesa nube de punzantes flechas
Volvió el contrario á disparar sangriento,
Y por los aires encendidas mechas
Arrojaban con ímpetu violento:
Algunas van ardientes y derechas
Tan voraces que hicieran detrimento;
Si el valor y la activa vigilancia
No extinguieran del fuego la arrogancia.

Ni serás en olvido sepultado
Rodrigo Morejon, que el canto mio
Hará que sea tu nombre celebrado
Del Antártico polo al polo frio.
Si hasta ahora la fama ha conservado
La defensa que hiciste en tu navío;
Su clarin y mi trompa eternamente
Llevarán tu valor de gente en gente.

Tambien sobre la borda defendia
Pedro de Barba su bajel, lanzando
Más muertes que rayos Febo envia,
La espada como Marte manejando:
Un diluvio de piedras resistia
Con el escudo luminoso, cuando
Por el terrible impulso de una flecha,
Huyó su vida por sangrienta brecha.

Tendido estaba el ínclito guerrero
De sangre y de sudor humedecido,
El escudo abollado, y el acero
De la heróica diestra desprendido:
Sin donaire marcial sobre el sombrero,
De purpúreo licor tambien teñido,
Reclinaba el semblante formidable,
Que era aun despues de muerto respetable.

Fiero en su nave el estremeño Aquiles,
El inmortal *Cortés* por todos lados
Resiste los ataques varoniles
De infinitos caciques y soldados:
Con su espada, corazas y escaupiles
Traspasába postrándose apiñados,
Al rigor de sus bélicas fatigas,
Hombres como en cosecha las espigas.

Un cacique, mayor que Polífémo
Perdida ya la espada y el escudo,
Subió á la nave enarbolando un remo
Y al Caudillo embistió con choque rudo:
Su rodela partió de extremo á extremo
De un solo golpe que alcanzarle pudo;
Mas *Cortés*, con acero fulminante,
En dos mitades dividió al gigante.

Por todos los costados oprimida
Se ve en conflicto la española armada,
De montantes y piedras combatida,
Y entre contrarios buques ahogada:
La gloria de vencer casi perdida,
En contra la victoria declarada,
Sin gobierno el timon, en calma el viento,
Y sin tener los remos movimiento.

Ya iba pronto el católico estandarte
A ser presa del bárbaro enemigo,
Si en tanta multitud ni vale el arte,
Ni halla *Cortés* en su valor abrigo:
La diadema naval preparó Marte
Para el contrario de quien ya era amigo;
Cuando un nuevo accidente milagroso
Postró el brazo de Marte belicoso.

Con aurríferas alas desde el Cielo
Cápida Vírgen descendió brillante,
Cubria su rostro trasparente un velo,
Mostrando el árbol de la Cruz triunfante:
Sobre el Lago fijó su sacro vuelo,
Miró á *Cortés* con plácido semblante,
Iluminó su faz toda la esfera,
Y al caudillo le habló de esta manera.

«Yo soy la Religion, dijo la diosa,
»Aquella que en tu pecho ha sugerido
»La conquista mayor, más portentosa
»Que triunfará del tiempo y del olvido:
»Por mi influjo tu espada belicosa
»Siempre invencible en la campaña ha sido;
»Yo tus naves destruí sobre la espuma,
»Aherrojado por mí fué Motezuma:

»La accion fué tuya, la impulsion es mia:
»Yo de tu brazo me serví en la guerra
»Notando que tu pecho se encendia
»Por radicar mi culto en esta tierra:
»Ahora viendo á tu gente en agonía,
»Y que á tus naves el contrario cierra;
»Vengo á darte por gracia nunca vista,
»El último laurel de esta conquista.»

Cortés la imágen humillado admira,
Que entre los aires se escondió violenta:
Lleno de ardor católico suspira,
Y antes de continuar la lid sangrienta
Dijo á los suyos: «El Olimpo inspira
»Nuevo aliento á mi brazo, él nos sustenta,
»El quiere que olvidando el rito inmundo
»A Jesucristo adore un Nuevo-Mundo.»

Apenas dijo: cuando el Leste hinchando
Con fuertes soplos nuestras gavias, fueron
Los bajeles el curso recobrando,
Y violentas las quillas embistieron:
Ya las contrarias se iban arrollando,
Unas con otras entre sí crugieron;
Se destrozan, se chocan, desbaratan,
Se hunden, se amontonan, se maltratan.

Cual suele verse embravecido toro
Rodeado de infinitos gladiadores,
Sufrir tranquilo en la mitad del foro
Garrocha y silbo de los toreadores:
Que bramando despues fuerte y sonoro,
Colérico embistió á los corredores,
Rompiendo miembros, y sembrando muertes:
Así embistieron nuestras naves fuertes.

Quedaban cuatro buques aferrados
Al bajel de *Cortés*, donde venian
Los cuatro generales que obstinados
Combate, á gritos, singular pedian:
Quiso el héroe que fuesen castigados,
Saltó á las naves de los que ofendian,
Mató á Quastélca, derribó á Chinantle,
Y huyeron Zempoazingo y Terpopántle.

En medio de estas ruinas los contrarios
Con duplicada fuerza y mayor brío,
Al aire daban gritos temerarios
Vibrando harpones con el arco impío:
A pesar de los bronces sanguinarios,
Y á pesar del hispano poderío,
Impertérritos lidian, de tal suerte,
Que se burlaban de la misma muerte.

Ni el estrago voráz de la metralla,
Ni el estampido del cañon horrendo,
Ni el mortífero ardor de la batalla,
Ni la sangre que el golfo va tiñendo,
Ni la centella que al bajel estalla,
Ni el humo denso que los va cubriendo,
Ni los lamentos de los moribundos:
Nada aflige sus genios iracundos.

Antes bien, con indómita osadía,
Segundo avance intentan las legiones,
Y contra el fuego de la artillería
Remolcában las fieras y leones:
Mas el héroe que todo lo advertía
Dispuso que asestáran los cañones;
Cuyos globos las rejas desbaratan,
Y las cautivas fieras se desatan.

Libres las bestias de la cárcel, luego
(¡Formidable catástrofe!) espantadas
Con la grita y estrépito del fuego,
Embisten como furias desatadas:
Cual se arroja al golfo absorto y ciego,
Cual destrozado queda en dos zarpadas,
Cual despide la vida entre sus dientes,
Y cual fué infeliz pasto de serpientes.

Cayó postrado de una bala herido
Al lado (un jóven) de su padre anciano,
Que á tiempo de morir dando un gemido,
El lábio imprime en la paterna mano:
«Yo muero, dijo, adios padre querido;
»La muerte apaga mi vigor lozano,
»Cuando al impulso de mi flecha sola
»Pensé humillar la cólera española.»

Aún más iba á decir, pero la muerte
Con su torva guadaña le separa
Su vida, al golpe de aquel filo fuerte
Que de troncar vivientes nunca para:
Miralo el padre miserable, y vierte
(Llena de luto la arrugada cara)
De sus nublados ojos larga vena,
Y con su llanto el monte y mar resuena.

»¡Dioses! (dijo, mesándose el cabello)
»¡Oh dioses ya no existe!... ¡Oh cruda gente!
»¡Oh muerte inexorable! que en el cuello
»Heristes de la víctima inocente,
»¿Cómo en mi vida no pusiste el sello?
»¿Cómo no te llevastes juntamente
»La vida que ahora tus rigores viendo
»Se irá con triste llanto consumiendo?

»¡Oh acerbo dolor! hijo, luz perdida,
»Dulcísima porcion de mis entrañas,
»¿Quién consolará mi ánima afligida?
»¿Quién jamás sufrió penas tan estrañas?
»¡Ay Dioses! terminad mi triste vida:
»¡Oh tigres, oh feroces alimañas!
»Venid, clavadme el venenoso diente,
»Sed esta vez vuestro furor clemente.

»¡Mas ah! que todo contra mí parece
»Que se conspira, cuando lloro y miro
»Que el cielo con mi súplica ensordece,
»Que á las fieras espanta mi suspiro:
»¡Ay hijo de mi vida! ¡Ay como crece,
»Hijo de mi alma, mi dolor!... yo espiro...
»¡Ay esposa! ¡Que bien me lo decias
»A tiempo que de mí te despedias!»

Así exclamaba: y con caducos brazos
Estrecha el cuello del espectro frio,
Y hecho de pena el corazon pedazos
Lo derramaba en fúnebre rocío:
Hasta que (sin soltar los tiernos lazos)
Murió el anciano del dolor impío.
¡Oh guerra, oh cruda guerra! ¡Cuántos males
Con tu tizon padecen los mortales!

Mientras esto acontece, ardiente estopa
De las bocas de fuego despedida,
Prendió violenta en la breada popa
De una barca con mistos prevenida:
Esta con otra su costado topa,
Creció luego la llama enfurecida,
Las nubes de humo denso iban al cielo,
Y vióse navegante un Mongibelo.

Unos entonces hondas despedian,
Otros flechas con átomos lanzában,
Estos destruir las fieras pretendian,
Muchos huyendo al piélago saltaban:
Saltan las fieras y los perseguian;
Algunos en la hoguera se abrasaban;
Todo era ruina, confusion, y todos
Sufren la muerte de infinitos modos.

Cual suele á veces aquilon violento
Desbocarse, y con hórrido bramido
Arrebatarle al prado su ornamento,
Y desnudar el monte bien vestido;
Sin que se eximan de su rudo aliento
Ni las hojas del álamo atrevido;
Así mismo arrebata el bronco ardiente
Las tristes vidas de la opuesta gente.

Allí se oyen lamentos penetrantes
De un infeliz que derribó la bala:
Otro en sangre revuelto, palpitantes
Entrañas junto con la vida exhala:
Muchos muestran feroces lo semblantes:
Quien titubeando con los piés resbala,
Quien sobre el Lago fatal yace deshecho,
Quien con horrenda herida ofrece el pecho.

Allá se encuentra un cuerpo sin cabeza,
Acá se advierte con su escudo un brazo,
Acullá con un miembro se tropieza,
Allí un peto se vé, delante un mazo:
Este á impulsos de mortal fiereza
Demuestra abierto el vientre de un zarpazo:
Y muchos estrellados perecian
Entre las naves que los comprimian.

Alguno medio vivo derramaba
Caños de sangre por nariz y boca:
Alguno herido frente levantaba
Mirando al Cielo, y á su Dios provoca:
Alguno entre su sangre se anegaba:
Alguno entre las llamas se sofoca;
Y alguno huyendo del violento fuego
Halla la muerte entre las ondas luego.

Exánimes flotaban los sangrientos
Espectros sobre el Lago: las riberas
Se tiñeron de sangre y los fragmentos
Nadaban entre escudos y cimeras:
Al compás de espantosos instrumentos
Se retiran rindiendo las banderas:
Cesó la hostilidad, y el mejicano
Dejó el piélago libre al héroe hispano.

Lloraba el padre sobre el hijo herido,
Lloraba el hijo como Hector lloraba.
Este llora al amigo mas-querido,
Otro al pariente muerto lamentaba:
Lloró Guatimozin (*) viendo perdido
El triunfo, y regio cetro que empuñaba:
El imperio gimió con llanto tierno,
Y lloraron las sombras del Averno.

La gloria entonces con celestes alas
Entre amores y Gracias descendiendo,
Llenó de luces las etéreas salas
Al Caudillo guirnaldas ofreciendo:
La esfera se vistió de ricas galas,
Llegaba al Cielo el armonioso estruendo;
Entre tanto que orlaba la Victoria
Las sienes del querido de la Gloria.

De aquel cuyo carácter aguerrido
De prudencia y valor dió testimonio:
Del magnánimo, ilustre y más temido
Que César y Alejandro el Macedonio:
Del religioso Numa distinguido
Más que fué Augusto el vencedor de Antonio:
De aquel de quien Fama no halla ejemplo,
Del héroe que honra de Belona el templo.

Al rumor de los víctores temblaron
Del lóbrego palacio los umbrales,
Y en todo el ancho abismo resonaron
Los gritos de las hidras infernales:
Del encendido tártaro bramaron
Los venenosos monstruos y animales;
Y el triste emperador de negras curias
Lloró culebras, y sudaba furias.

Con armónicas voces las sirenas,
Al dulce son de sus templadas liras,
Alegraron de Tétis las arenas,
Y entristecieron las sangrientas Diras: (*)
Más canoras que amantes Filomenas
Tambien aplacan las funestas iras
Gratas Nereydas, sin cesar cantando
La victoria del ínclito Fernando.

Ya de Titan el carro velozmente
Agitaba el cochero rubicundo,
Con látigo de fuego hácia Occidente,
Y alejándose fué del Nuevo-Mundo:
Parece que á llevar iba impaciente
La noticia del triunfo sin segundo,
Que llenó á España de esplendor y pompa,
Y dió materia á mi cansada trompa.

(*) No debe dudarse que esta batalla puso en el último conflicto á los mejicanos, así por el estrago que padecieron, como por la imposibilidad que hallaron despues en socorrer la plaza con los víveres que entraban por la Laguna: de suerte que pudiera decirse sin exageracion, que la fábrica de estos bergantines ha sido el más poderoso recurso para terminar la conquista; pues no sólo se afligió á la capital con el bloqueo, sino que sin ellos quizás no se habría conseguido la prision de Guatimozin, última y mayor felicidad de la empresa de Cortés.

(*) Las furias son conocidas bajo el nombre de Diras ó Eumenides.

LUACES.—Este poema, tan ensalzado por unos como vituperado por otros, merece que nos detengamos en él.... Contiene bellezas y pueden servir de muestra la descripcion de la armada de Cortés, el discurso del Númen de la Laguna de México, parte de la descripcion del ejército mexicano, y la pintura y alocucion de la Religion á Cortés.—*Floresta Cubana.*—1856.—Manuel de Zequeira y Arango. Pág. 101.

ZAMBRANA.—Las robustas y numerosas octavas de Zequeira, se distinguen por una versificacion severa y llena de pomposos giros, sin que desdiga un momento de la dignidad y grandeza del asunto.—*Obras literarias, filosóficas y científicas.*—1858.—«Diferentes épocas de la poesía en Cuba.»—Parte primera. Pág. 96.

PIÑEIRO.—Es imposible negar la valentía de algunas composiciones de Zequeira.—*Revista Habanera*, 1861.—Tomo III.—«Fragmentos de un ensayo sobre la poesía de Cuba.»—Pág. 162.

GUITERAS.—El talento del Sr. Zequeira campea en los asuntos heróicos, en los cuales descubre una vasta concepcion para formar el plan de sus obras y génio inventivo para adornar las partes accesorias. Estas bellas cualidades se manifiestan en su poema «Batalla Naval de Cortés en la Laguna» y en las odas «Daoiz y Velarde» y el «Primer sitio de Zaragoza.»—*Revista de Cuba*, año tercero, tomo quinto, 31 de Enero de 1879.—«Poetas Cubanos. Zequeira». pág. 10.

A DAOIZ Y VELARDE

EL DOS DE MAYO EN MADRID.

Honró la Grecia al inmortal Leonidas
Con sus trescientos valerosos, cuando (*)
El choque resistió con faz serena
De las persicas huestes atrevidas:
Por la pátria espirando,
Antes que dar el cuello á vil cadena.

A la señal belisona de Marte,
Tremolando mortíferos pendones,
Las contrarias legiones
Principiaron la lid: la muchedumbre
Al aire dió las voladoras flechas
Que eclipsaron del sol la clara lumbre,
Y cubrieron la tierra
De pavor, al estrépito tremendo
Que formaron cayendo
Aquí, y allí esparcidas,
De los ferrados petos despedidas.
Otra lid, otro empeño, otra pujanza
Pide el peligro: mézclanse las haces:
La espada el persa centellante vibra:
Choca contra el broquel de cruda lanza:
Y el espartano de morir se libra
Redoblando el vigor y la matanza.
No hay ni piedad, ni paces:
Petos y cascos, y esqueletos cubren
La arena ensangrentada.
Y horrenda nube de funesto polvo
La luz les roba del sereno dia:
Sólo infausto fragor se percibia.
Ya de Xerxes la turba amedrentada
Iba á esquivar la lid cobardemente,
Cuando un nuevo torrente
De bárbaros rodea
A los héroes, que fueron comprimidos,
Y sin respiracion, ni movimiento,
En desigual pelea
Sofocados murieron, no vencidos
Bate el persa las palmas, y retumba
De victoria el clamor; pero la fama,
Dando al clarin el sonoroso aliento,
Las víctimas ornó de verde rama,
Y alzó al Olimpo la gloriosa tumba.

Así intrépido VELARDE, así DAOIZ
Mayor denuedo, heroicidad más grande,
En letras de oro con heróico celo
A la posteridad han trasmitido:
Cuando Pirene de la altiva cumbre
Llenó de plagas el hispano suelo,
Derramando guerrera muchedumbre.
«No más, no más sufrir: la mansedumbre
»Conviértase en furor, los héroes claman:
»Muramos todos: en la lid muramos
»Con gloria libres; y que el cuello erguido,
»De la canalla vil que detestamos,
»Quede al ver nuestro esfuerzo confundido.

Sus votos oyó el númen de la guerra,
Y circulando el furibundo carro,
Hizo de Mántua retemblar la tierra
Al rechinar los diamantinos ejes
Con ímpetu bizarro
VELARDE empuña el brillador acero,
DAOIZ la espada centellante empuña:
Y al Parque cual relámpago ligero
Van, el pátrio estandarte desplegando.
Oh prodigio, oh valor, oh eterna gloria!
Contra inmensas falanges aguerridas
El casi inerme y diminuto (*) bando
De patriotas disputa la victoria:
Que con la egida fuerte
Los cubre, y guarda las preciosas vidas.

(*) La ingrata union del segundo y tercer verso, hiere lastimosamente los oidos delicados, y Zequeira, sin embargo de ser tan instruido, prodiga en muchas de sus composiciones este mismo defecto, y hasta la misma palabra *cuando*, suspendiéndola al final de los versos.—LUACES.—*Floresta Cubana*.—Habana.—1856. — Página 104.

(*) Velarde y Daoiz sostuvieron el ataque del parque contra más de cuatrocientos y cincuenta hombres, teniendo ellos setenta poco más ó ménos, y estos desarmados y sin disciplina.

Sin más aceros que el robusto puño,
Sin más muralla que el desnudo pecho,

Corre á la lucha el escuadron inerte,
Sin que el estrago del cañon tronante,
Ni los peligros de cercana muerte
Arredrarle pudieran.
¡Cuánta ilustre accion de aquel momento
Hará tu nombre eterno, heróica España!
Cada hijo de tu suelo un dios ha sido
Que en cada paso vinculó una hazaña.

Entre el destrozo atronador del bronce
Entre el lijero polvo, y humo denso
La lid se traba, y desparece entonces
La hueste, el campo, y el Olimpo inmenso.
Redóblase el furor, y los patriotas
Con mellados aceros arremeten
Sin temor contra fúlgidos alfanges:
Chocan, salta la roja sangre, y rotas,
Entre petos, escudos y garzotas,
Cubren en torno la encendida arena
Las tímidas falanges
De los campeones de Danzik y Jena.
Y el crudo herir del español valiente,
Y del bronce tronante al estampido,
Rindió la espada el adalid (*) vilmente,
Y el infame agresor quedó vencido.

En sangre tinta, y de pavor temblando
Una parte fugó de las legiones
Del enemigo bando:
Fugaron, si, fugaron, y aturdidos
Llenos de execracion y de escarmiento,
Desparecieron cual ligera nube
Al ronco silbo de huracan violento:
Do quier se oyen sus llantos y alaridos.
La muerte los alcanza,
Y caen atropellados
Sobre la dura tierra confundidos
Los caudillos, los jefes, los soldados.
El guerrero DAOIZ sus huellas sigue,
Y á la enemiga turba se abalanza,
E impetuoso VELARDE los persigue
Como rayo de Jove desprendido;
Ambos con sed de sangre, y de venganza.

Basta, basta, tornad invictos héroes:
Volved las plantas, conservad las vidas,
Pues no merece la rapante zorra
Que el leon se cebe en su cobarde sangre,
Ni que tras ciervo fugitivo corra.
Tornad, volved las vencedoras faces,
Y de la gloria os dirigid al templo,
Donde la pátria con el lauro de oro,
Entre himnos y cantares,
El incienso os prepara y los altares.

Aquí el canto finára: cuando ¡ay triste!
Segunda vez en el sangriento carro,
El flamígero azote sacudiendo,
Los campos cruza el furibundo Marte,
Sobre yertos cadáveres crugiendo.
Por do quier rompe: nada se resiste
Al ímpetu fogoso
De los veloces brutos, que lanzando
Van vivo fuego por nariz y boca,
Y enrojecida sangre van sudando;
Que sangre dejan donde el carro toca.
Al tremendo crugir del eje fuerte,
Al chasquido del látigo sonante
Más que fragor de tempestad horrenda,
Se estremece el imperio de la muerte,
Treme el Olimpo al eco retumbante.

En pos del plaustro polvoroso, oculto
Vuelve el gran tropel de tigres fieros,
Con duplicada gente y mayor rabia,
Que haciendo alarde del feroz insulto,
Por tu suelo, ¡oh Madrid! se derramaron,
Do cercados tus ínclitos guerreros,
A vencer ó morir se destinaron.
¡Oh amor de la patria! ¡amor divino!

(*) Cuatrocientos y cincuenta franceses rindieron las armas, incluso un coronel que los mandaba, á los setenta hombres poco más ó ménos, que con un cañon defendian el cuartel de artillería: véase el manifiesto que publicó D. J. de A.

Es digno de estudio el siguiente opúsculo: «El dos de Mayo.—Manifestacion de los acontecimientos del Parque de Artillería de Madrid.—Escrito por D. Rafael de Arango, Teniente y Ayudante del Real Cuerpo de Artillería, en aquella jornada, y Coronel de Caballería destinado en la Isla de Cuba su pátria.—Impresa en el año de 1837 y reimpresa en Madrid el 2 de Mayo de 1853.—Al final hay poesías á la memoria de Arango, de Francisco Orgaz, Pascual Fernandez Baeza, Alzaybar y Felipe Trigo y Galvez.»—Arango nació en la Habana en la calle de Cuba nº 127, en cuya casa hay sobre la puerta una lápida de mármol blanco y letras doradas con la siguiente inscripcion: «A la memoria del valiente Coronel D. Rafael de Arango y Castillo. Declarado benemérito de la pátria como defensor de la independencia española unido á sus ilustres compañeros Daoiz y Velarde en el Parque de Madrid el 2 de Mayo de 1808, siendo ayudante del Real Cuerpo de Artillería. Nació y murió en este mismo solar. Fueron sus padres el Teniente Coronel D. Anastasio y Dª Feliciana Nuñez del Castillo

Tú el númen fuiste de los que esquivaron
De infame esclavitud el yugo indigno:
Por tí es dulce el morir; por tí la guerra
En la empinada cumbre de Moncayo,
Por los campos de Astur y de Castilla
Sonó su trompa desde el *Dos de Mayo;*
Por tí caerá el usurpador de sólios;
Por tí la paz disfrutará la tierra.

En fuego abrasador, en humo y polvo
Convirtióse la esfera: las legiones
Por cualquier parte en la ciudad augusta
Llevan el luto, destruccion y espanto,
La fe rompiendo, y juramento santo:
Los hogares, las plazas y las calles
Ocupadas se ven de combatientes,
Y al ronco trueno del cañon vacilan
Los muros, y las torres eminentes.
Aquí y allí los acerados filos
Rompen los quícios, y bronceadas puertas
De sus dueños pacíficos desiertas.
Cual destroza el candado, y en el pecho,
Despues que avaro se sació del oro,
El puñal clava al triste moribundo
Que suspiraba en su afligido lecho;
Acá se escucha el lamentar profundo
Del anciano que muere: no hay asilos
De su barbarie exentos: los altares
Convierten en patíbulos, y obligan
Que el hijo muera ante el sensible padre,
Y que la tierna madre
Trémula mire al inocente niño
Víctima ser del vándalo ominoso:
Y á otros al carro de victoria ligan.
Todo es horrenda mortandad, y el luto,
La infame esclavitud, la vil cadena
Es de la íntima alianza el gran tributo
De esos feroces bárbaros del Sena.
¿De esta suerte, decid, hircanos tigres,
De la amistad faltais al juramento?
¿No está la fe pactada, la paz santa
Al español imperio prometida?
¿No la noble enseñanza encarecida?
¡Oh paz! ¡oh alma deidad! ¡oh cuán en vano
Tu nombre augusto el agresor da al viento!
A tus aras jamás llegó el tirano.

DAOIZ y VELARDE batallando en torno
Del Parque, los aceros
Contra la inmensa turba revolvian,
La centuria animando que regian.
Como las olas al sañudo soplo
Crecen del huracan, así se agolpa
Del vil contrario la furiosa turba,
Y cercados se vieron de escuadrones.
No el temor, empero, los conturba;
Antes bien con indómita osadía
Intrépido arremete el sacerdote,
Y el niño entra en la lid, y la doncella.
Cual con inútil leño acometia
Contra el alfange corvo: cual con hondas
Los robustos frisones contenia:
Cual sobre pálidos espectros huella:
Aquel rasga la humilde vestidura
Y la ofrece al cañon en vez de estopa,
Así acreciendo el pavoroso estrago:
La mal servida mecha revolviendo
Otro aplica al zufre, y en la tropa
Vomita el bronce destructor la muerte:
Allí una mujer fuerte
Al herido socorre,
Y otra de bélicos pertrechos llena
La cesta ó lienzo, y de temor agena,
Do el péligro es mayor rápida corre.

Pero ¡oh dolor! en la garganta muda
Queda mi débil voz, al ver que brota
De su centro la tierra
Más verdugos, que el sol átomos leves.
Ya un tropel de vándalos encierra
A los hijos de Mántua en solo un punto,
Que ya sin respirar, ya comprimidos
Víctimas serán del cruel tirano,
Como el noble espartano,
De Termópilas en la cruda guerra,
O como aquellos que admiró Sagunto,
¡Sálvate oh númen del honor, VELARDE!
¡Tú te salva tambien DAOIZ ilustre!
Las vidas conservad. Mas ¡ay! qué miro?
El golpe suspended de los aceros
No con mano cobarde,
¡Oh tigres carniceros!
Acabais de sellar vuestra ignomia,
De la brutalidad haciendo alarde:
Los héroes respetad que han ilustrado
El templo de Belona, y el camino
De LEALTAD al orbe han indicado.
Mas ¡oh perdido suplicar! sus pechos
Traspasaron y quedan palpitantes
Con mil heridas de puñal deshechos.
Ya exánimes despiden
El último suspiro... ya finaron...
Y del suelo volaron
Del alto Olimpo á la radiante cumbre;
Y al despedir el postrimer suspiro
Ardió la esfera de fúlgidas centellas

Del pátrio amor en el hispano suelo:
Y al derramar aquel licor precioso,
Que circulaba en cada ilustre vena,
De indignacion cegaron los verdugos
Viendo esmaltarse en derredor la arena.
La muerte en fin con tenebroso velo
Sus ojos eclipsó. Calíope aparta
La vista del suceso lacrimoso
Que vió Roma jamás, jamás Esparta.
¡Salud, salud eterna, augustas sombras!
En paz yaced en la mansion de lumbre!
Que vuestro aliento celestial inspire
Desde allí el fuego asolador de muerte
Contra los galos, mientras Febo alumbre,
Y que la tierra en su contorno gire.

Enhorabuena recomiende el griego
El valor de sus huestes distinguidas
Por su gloriosa memorable hazaña:
Que si á la Grecia eternizó Leonidas,
DAOIZ y VELARDE ilustrarán á España.

LUACES.—Nos parece superior este poema al titulado «Primer Sitio de Zaragoza, porque está sembrado de bellezas más numerosas. Es bella la introduccion, bien sostenido el interés en el cuerpo de la composicion y respira tal entusiásmo el autor que se lo comunica á los que le leen..... El final de este poema no corresponde con lo demás de la composicion: primero, porque la estrofa anterior es inmensamente superior á él, y en ella por consecuencia debiera terminar, y segundo, porque el citado final no es más que una repeticion corta y débil de la extensa y enérgica introduccion.—*Floresta Cubana.*—Habana.—1856.—Pág. 194.

ZAMBRANA.—Hay belleza indisputable, inspiracion, imágenes atrevidas y fácil y robusta versificacion..... Recordamos al leer esta oda, la de Gallego «El dos de Mayo», aunque no la consideremos como una imitacion de ésta, ántes por el contrario, hay gran diferencia en la manera de tratar los dos poetas el asunto. No hay en el canto de Zequeira el arrebatado entusiásmo que respira toda la obra de Gallego, pero sí bastante fuego, y la vigorosa diccion que exige el canto heróico. —*Obras literarias, filosóficas y científicas.*—Habana, 1858.—«Diferentes épocas de la poesía en Cuba.—Pág. 99.

A LA PIÑA.

Del seno fértil de la madre Vesta,
En actitud erguida se levanta
La airosa piña de explendor vestida,
Llena de ricas galas.

Desde que nace, liberal Pomona
Con la muy verde túnica la ampara,
Hasta que Ceres borda su vestido
Con estrellas doradas.

Aun antes de existir su augusta madre
El vegetal imperio la prepara,
Y por régio blason la gran diadema
La ciñe de esmeraldas.

Como suele gentil alguna ninfa,
Que allá entre sus domésticas resalta,
El pomposo penacho que la cubre
Brilla entre frutas varias.

Es su presencia honor de los jardines
Y obelisco rural que se levanta
En el florido templo de Amaltéa,
Para ilustrar sus aras.

Los olorosos jugos de las flores,
Las esencias, los bálsamos de Arabia,
Y todos los aromas, la Natura
Congela en sus entrañas,

A nuestros campos desde el sacro Olimpo,
El copero de Júpiter se lanza,
Y con la fruta vuelve que los dioses
Para el festin aguardan.

En la empírea mansion fué recibida
Con júbilo comun, y al despojarla
De su real vestidura, el firmamento
Perfumó con el ámbar.

En la sagrada copa la ambrosia
Su mérito perdió, con la fragancia
Del dulce zumo del sorbete indiano
Los númenes se inflaman.

Despues que lo libó el divino Orfeo,
Al compás de su lira bien templada,
Llenando con su música el empíreo,
Cantó sus alabanzas.

La madre Vénus cuando al labio rojo
Su néctar aplicó, quedó embriagada
De lúbrico placer, y en voz festiva,
A Ganimedes llama.

«La piña, dijo, la fragante piña,
»En mis pensiles sea cultivada
»Por manos de mis ninfas; si, que corra
»Su bálsamo en Idalia.»

¡Salve, suelo feliz, donde prodiga
Madre naturaleza en abundancia
La odorífera planta fumigable!
¡Salve, feliz Habana!

La bella flor en tu region ardiente
Escogiendo odoríferas sustancias,
Templa de Cáncer la calor estiva
Con las frescas amánas.

Coronada de flor la primavera,
El rico otoño y las benignas auras
En mil trinados y festivos coros
Su mérito proclaman.

Todos los dones, las delicias todas,
Que la Natura en sus talleres labra,
En el meloso néctar de la piña,
Se ven recopiladas.

¡Salve divino fruto! y con el óleo
De tu esencia mis labios embalsama:
Haz que mi musa de tu elogio digna
Publique tu fragancia.

Así el clemente, el poderoso Jove,
Jamás permita que de nube parda
Veloz centella que tronando vibre,
Sobre tu copa caiga.

Así el céfiro blando en tu contorno
Jamás se canse de batir sus alas,
De tí apartando el corruptor insecto
Y el aquilon que brama.

Y así la aurora con divino aliento
Brotando perlas que en su seno cuaja,
Conserve tu esplendor, para que seas
La pompa de mi pátria (*).

(*) Así por la concepcion de la idea, la extructura del plan y la regularidad de sus partes, como por la forma poética, el colorido, pureza y vivacidad de los pensamientos y la elegancia del estilo, parece un poemita griego.—D. Pedro Guiteras.—Poetas Cubanos.—Zequeira.—*Revista de Cuba*.—31 de Enero de 1879.

ANACREONTICA.

A LELIO.

Lleva, Lelio, á la sombra
De la fuente vecina
Los vasos, las botellas
Y la sonora lira:

De yedra coronados
Sentados á la orilla
Alegres beberemos
Con las campestres ninfas.

No cantaré el azote
De guerras numantinas,
Ni la sangrienta espada
Del invencible Aníbal;

No en púrpura teñidos
Los mares de Sicilia,
Ni al Cíclope asaltando,
La esfera cristalina.

No al héroe macedonio
De Márte imágen viva,
Sobre el triunfante carro
Talando por las Indias.

No, Ledio, no, estos cantos
Mis cabellos erizan,
Las cuerdas se revientan,
Y crujen las clavijas;

Pero, si, cantaremos
Las tres hermanas ninfas
Con el hijo vendado,
Y á su madre divina;

Cantaremos á Baco
De vid la sien ceñida,
Con amorosas hojas
Y derramando risas:

El céfiro halagüeño,
Las dulces avecillas,
El arroyo plateado,
Y el rumor de las guijas:

Todos estos placeres
En la fuente vecina,
Bebiendo llenos vasos,
Harán sonar la lira.

SONETOS.

LA ILUSION.

Sit transit gloria huius mundi (*)

Soñé que la fortuna en lo eminente
Del más brillante trono, me ofrecia
El imperio del orbe, y que ceñia
Con diadema inmortal mi augusta frente:
Soñé que hasta el Ocaso desde Oriente,
Mi formidable nombre discurria,
Y que desde el Septentrion al Mediodía,
Mi poder se adoraba humildemente;
De triunfantes despojos revestido,
Soñé que de mi carro rubicundo,
Tiraba Cesar con Pompeyo uncido:
Despertóme el estruendo furibundo.
Solté la risa y dije en mi sentido,
Así pasan las glorias de este mundo. (**)

EL VALOR.

Brame si quiere encapotado el cielo,
Terror infunda el lóbrego nublado,
Montes desquicie el Bóreas desatado,
Tiemble y caduque con espanto el suelo
Con hórrido estallido el negro velo
Júpiter rompa de la nube airado:
Quede el Etna en las ondas sepultado:
Quede el mar convertido en Mongibelo:
La máquina del orbe desunida,
Cumpliendo el vaticinio, y las supremas
Leyes, caiga en cenizas reducida:
Por estas de pavor causas estremas,
Ni por las furias que el tirano anida,
Como temas á Dios, á nada temas.

(*) Este texto se le dió al autor para que sirviese de argumento.

(**) Con respecto á este soneto, unos lo atribuyen á Rubalcava y otros á Zequeira: Baralt entre otras razones, atribuyéndolo al primero, dice: 1ª Que en Santiago de Cuba, desde principios del siglo, por lo ménos, no ha cesado de ser conocido, recitado y encomiado por toda clase de personas letradas ó nó, bajas ó elevadas, siervos ó señores, lo mismo en la ciudad que en los campos, como de Rubalcava y no más que de Rubalcava, sin que se haya levantado sobre esto sombra de duda ántes ni despues de la dicha publicacion habanera, que se creyó errada en esta parte. 2ª Que allí ha sido impreso en el periódico sin contradiccion ninguna: 3ª Que cuando vió la luz en la Habana, atribuido á otro autor, fué contradicha la propiedad por la Gaceta de Puerto Príncipe, á quien no se contestó su observacion de que se habia cometido error por el Editor de las obras de Zequeira: 4ª Que cotejado el carácter, profundidad y valentía de este soberbio rasgo con el génio de uno y otro poeta, revelado en sus respectivas obras sobresale el sello de la inspiracion y la manera de Rubalcava. No obstante, como estas razones, ya lo indicamos, no constituyen autenticidad, por respeto á los talentos de uno y otro poeta, nos ha parecido necesario exponerlas particularmente, y manifestar que, si se nos prueba la opinion contraria, estamos muy dispuestos á cumplir con el precepto que manda dar al César lo que es del César.—Oponiéndose á este parecer, el ilustrado escritor don Ramon Zambrana en uno de sus interesantes artículos titulado: *Diferentes épocas de la poesía en Cuba*, dice, que observando las bellezas que encierran los versos de Zequeira y justipreciando su mérito se viene en conocimiento de que este poeta es el verdadero autor y agrega: «Que tambien desde los primeros años del presente siglo corre por muy válido «que el ilustrísimo obispo Sr. Espada, de eterna «y bendecida memoria, dió un dia como tema «forzado á Zequeira el verso con que concluye, «lo cual aseguró á personas que viven todavía y «entre ellas el presbítero Caballero.» Agregaremos otra razon á las de Zambrana, dicen los Editores de Cuba Poética—(1861): Los versos de Rubalcava corrian tan diseminados que el mismo Baralt dice: «No podemos garantizar que todos pertenezcan al autor á quien el vulgo los atribuye.» Por el contrario, las composiciones de Zequeira se recogieron por personas ligadas al poeta, y no andaban diseminadas como las de Rubalcava.»

MANUEL JUSTO DE RUBALCAVA.

Nació en Santiago de Cuba, el 9 de Agosto de 1769, y no en 1763, como hasta ahora han consignado sus biógrafos (1).

Estudió en el Colegio de San Basilio el Magno de aquella ciudad al lado de su hermano el sábio Pbro. D. José Angel de Rubalcava, llegando á poseer con notable perfeccion la lengua latina.

Demostró desde sus primeros años de escolar decidida vocacion para la poesía, y un entusiasmo poco comun en su edad por las bellas artes, sobre cuyo particular así se explica su biógrafo el Sr. D. Pedro Santacilia en el estudio que precede á la segunda edicion del poema *La muerte de Judas*, escrita en Santiago de Cuba el año de 1847:

«Amante comun era de las artes todas, su entusiasmo por la pintura llegó á ser «extraordinario; gustábanle sobremanera los paisajes, y repetidas veces se le vió permanecer ratos enteros contemplando con la mayor atencion aquellos cuadros en que «veia sus escenas favoritas. Este gusto, unido á la inconstancia natural de su carácter «ávido siempre de novedades, produjo en su alma el deseo de hacerse pintor, deseo «que trató de realizar inmediatamente, bastándole para ello su voluntad incontrastable. Sin maestro de ninguna especie y dirigido solo por su natural ingenio, el poeta «tomó el lápiz, y copiando al principio los cuadros que más habian excitado su entusiasmo, acabó por inventar, formando al fin trabajos que merecieron calificarse de

(1) Debemos el siguiente documento á la bondad de nuestro buen amigo el ilustrado Presbítero Dr. D. Emilio de los Santos Fuentes y Betancourt, residente en Santiago de Cuba.

«Don Francisco Salvador Marful, Pbro. Cura Rector por S. M. del Sagrario de la Santa Iglesia Metropolitana de esta ciudad de Santiago de Cuba, certifico: Que en el libro 7º de bautismos de blancos al fólio 137 se halla la partida 1,557 la cual es del tenor siguiente:—Año del Señor de mil setecientos sesenta y nueve en veinte y siete de Agosto. Yo el Doctor D. Miguel Antonio Serrano Medio Racionero de la Santa Iglesia Catedral de esta ciudad de Santiago de Cuba con licencia del Señor Provisor y Vicario General, beneplácito del Cura beneficiado de dicha Santa Iglesia, bauticé, puse el crisma y por nombre Manuel, Justo, Pastor á un infante, que nació en nueve de dicho mes, hijo legítimo de D. Nicolás de Rubalcaba y Dª Mariana Sanchez: fueron sus padrinos D. Nicolás Serrano y Dª Cristina Carrion, á quienes advertí el parentezco espiritual que habian contraido. Y para que conste lo firmo con dicho cura.—Miguel Antonio Serrano Padilla.—Pedro Facundo de Francios Saldurtum.—Enteramente conforme á su original. Santiago de Cuba y Noviembre siete de mil ochocientos setenta y nueve.—Francisco Salvador Marful.—Hay un sello que dice:—Arzobispado de Santiago de Cuba.—Parroquia de Término de la Catedral.»

»buenos por personas inteligentes en el divino arte de Rafael.—Entre muchas obras »debidas á su pincel, solo tenemos noticias de un cuadro al óleo, en el que pintó en»teras y abiertas, las frutas todas de América, que nos aseguran estaban perfecta»mente imitadas.

»Rubalcava habia sido tambien aficionado á la escultura, y tambien como escul»tor ha dejado entre nosotros recuerdos que nos harán admirar siempre sus raras »disposiciones.—Niño todavía, veíasele horas enteras tratando de imitar en corcho y »madera los bustos de yeso y bronce que adornaban las mesas de la casa paterna, »admirándose todos de que pudiese en tan tierna edad llevar á efecto y con tanta »perfeccion los curiosos trabajos que emprendia con rarísima paciencia. Nuestro amigo »el Sr. D. Fernando de Rubalcava, sobrino del poeta, posee todavía un crucifijo tra»bajado por aquel hombre admirable, y cierto que nadie podria formar con más pro»piedad y más gusto un trabajo de esa naturaleza. Aquella imágen del Dios que pereció »en el Gólgota, reune, por decirlo así, todos los talentos de su autor, notándose en »ella á primera vista, esos rasgos inexplicables que distinguen siempre la creacion de »un artista.»

A poco de su salida del Colegio de San Basilio, decidió el poeta seguir la carrera de las armas, y logrando los cordones de cadete, pasó con el regimiento de Cantabria á Santo Domingo, hallándose en la ocupacion de Bayajá.

Es coincidencia bien singular que los dos primeros poetas de Cuba, nacidos en opuestos extremos de nuestra Isla combatieran en su juventud en la antigua Española, perdida para España por las torpezas de una política que tan tristes páginas ocupa en nuestra historia. Algunos meses permaneció en su puesto como militar; pero segun su biógrafo, Santacilia, pronto determinó abandonar aquella carrera, y volvió sin que nadie lo esperase al pais de su nacimiento, escribiendo entonces la mayor parte de sus poesías.

En 1793, pasó á la ciudad de Puerto Rico, donde permaneció poco más de un año, ocupándose allí principalmente en traducir á Virgilio, y componiendo otros de sus mejores versos, entre los cuales hay que citar los dedicados á su hermana y el fragmento de la égloga *Riselo, Cloris y el Poeta*, que juzga el citado Sr. Santacilia «*digna de figurar al lado de las más bellas producciones del género bucólico.*»

En Cuba permaneció hasta 1796, en cuyo año pasó á esta ciudad, donde el poeta su amigo y paisano D. Manuel María Perez, proporcionóle la amistad de Zequeira.

Poco tiempo permaneció en la Habana, y regresando á su ciudad natal, Santiago de Cuba, allí tuvieron fin sus preciosos dias el que era 4 de Noviembre del año de 1805. Fué enterrado el posterior en la Iglesia Catedral, segun consta en el libro de entierros número 70, foja 54, número 97.

En 1830, publicó en Cuba el poema *La Muerte de Judas*, D. Manuel María Perez.

En 1847 preparó nueva edicion, con biografía del autor, una idea general de sus poesías y el juicio del poema, el Sr. D. Pedro Santacilia.

En 1848, en la misma ciudad, publicó el Sr. D. Luis Alejandro Baralt, una cuaderno de noventa y seis páginas, con este título: *Poesías de Manuel Justo Rubalcava*, publicadas por L. A. B.—En el prólogo, manifiesta el editor las dificultades con que tuvo que luchar para reunir las poesías coleccionadas, tanto porque las impresas en el periódico de aquella ciudad *habian perecido casi todas* cuanto porque el gran número de borradores que dejára á su fallecimiento, se ignoraba el lugar en que estuvieran y sólo pudo obtenerse alguno que otro pliego, afirmando que no puede garantizar que todas pertenezcan á Rubalcava.

No obstante esta declaracion que sin duda alguna mueve á dudas para juzgar con fidelidad al poeta, la circunstancia que antes de concluir aduce de haber tenido á la mano un cuaderno formado por el íntimo amigo de Rubalcava, el ya citado Perez, la indisputable idoneidad de Baralt, y el estudio que de las producciones más importantes hemos hecho, nos hace considerar legítimas las poesías que aquí colocámos.

En el *Diario de la Marina*, correspondiente al sábado 12 de Noviembre de 1853, se publicó con las iniciales M. P. un extenso artículo reproduciendo algunos versos de Rubalcava, á quien en un juicio publicado anteriormente en el mismo periódico acerca del origen, marcha y progresos de la poesía en Cuba se habia omitido.

LA MUERTE DE JUDAS.

(POEMA)

FRAGMENTOS.

CANTO PRIMERO.

»¿Pues como pude yo sin estar ciego
»Vender en poco tan preciosa vida,
»Vil ofreciendo mi codicia al fuego
»La prenda del Eterno más querida?
»¡Infeliz Judas! ¿Qué inmortal sosiego
»Entretienen tu alma entorpecida?
»Busquemos á Jesus, á él no le ofende
»Que fiel le busque quien traidor le vende.

»No ha mucho que de amigo el nombre amado
»Me dió cuando le entrego á los judíos,
»Con qué piadosos ojos me ha mirado
»Cuando uní con su faz los labios mios!
»Quedé de un rayo ardiente penetrado
»Que desarmó de mi ambicion los brios,
»Conocí mi maldad y el desengaño
»Me es ya mayor castigo que mi daño.

»Preso ahora le llevan los sayones,
»Con qué escándalo y torpe vocería!
»Le llenan en la noche de baldones
»Los que nunca merecen ver el dia;
»En medio de sus duras aflicciones
»Pretendale seguir la pena mia,
»Redimiré solícito á su lado
»La ignominia del mísero pecado.

»Cueste cara su vida con mi vida
»Que es justo que con ella satisfaga,
»Que si en tan bajo precio fué vendida
»Digna, si no la venta, haré la paga;
»Sufra por él la muerte merecida
»O un recíproco golpe nos deshaga.
»Demos sin atender al pago necio
»Igual suerte á los dos un mismo precio.

»Desde ahora provoco la injusticia
»A que tuerza el camino y haga recta
»Su vara castigando mi malicia:
»Deten el torpe paso, infame secta,
»Guarda, no toque tu fatal cervicia
»La criatura más santa y más perfecta
»Que vió nacer la luz desde el ab-eterno,
»Salva al mundo hijo del Eterno.

»Vuelve contra mi pecho los harpones
»Que tu cólera arroja dementada,
»Tirana justicia tus acciones
»Contra esta hechura suya desgraciada;
»Agrava sobre mí las maldiciones
»Que sufre su inocencia provocada,
»Yo fuí quien le vendí, no sin disculpa
»Ciega tu obstinacion compré mi culpa.

»Eminente castigo te amenaza
»Tanto como el que causa mi tristeza,
»Deja que libre tu futura raza
»Tome un justo escarmiento en mi cabeza;
»Mira al fiero dolor que me traspasa
»Y en mi mejilla el llanto que no cesa,
»No sigas al apóstol delincuente
»Cuando ya ves á Judas penitente.»

CANTO SEGUNDO.

Veíase ya el astro luminoso
Brillar en lo más alto de la sierra
Revoiviendo con giro majestuoso
Su benéfica faz sobre la tierra,
Cuando Judas con paso temeroso
Herido de la luz que le hace guerra,
Avista la ciudad y en sus umbrales
Gime de ver alegres los mortales.

Repara á su pesar distintamente
Los edificios donde poco antes
Obró el hijo de Dios Omnipotente
Maravillas al hombre interesantes;
La cumbre del Tabor, el corto puente
Que pisan del Cedron los caminantes,
Y aquella puerta que con tanta gloria
Le recibió con palmas de victoria.

Con el trascurso de la noche helada
Muestra feroz el rostro denegrido,
Y la pálida muerte en él pintada
Es quien guia su espíritu abatido;
Centellea su vista dislocada
Y atenta á los reclamos del oido,
No vé tímido objeto que no sea
Censor funesto de su culpa fea.

Seguido de las furias entretanto
Que recoge con trémula torpeza
Sobre los hombros el caido manto,
Presuroso las calles atraviesa;
Rodeado de las sombras del espanto
Aun con la sombra de sus piés tropieza
Que á sus espaldas suspicaz el miedo
Le silba y le señala con el dedo.

Encamínale al templo su locura
Pues le persuade así que indemne queda,
Si confesando su traicion perjura
Vuelve á los sacerdotes la moneda;
Que retractado de la venta impura
Aunque el rigor en lo demás proceda
Libre de la ignominia del delito,
Juzga comparecer ménos maldito.

Con la nueva prision del Nazareno
Confusa toda la ciudad estaba
Regando de rumores el veneno
Que tanto al impío Judas amargaba:
Oíale tratar de un varon bueno
Cuya doctrina el cielo autorizaba
Y el eco popular en sus oidos
Truenos eran del aire desprendidos.

Con el semblante bajo, defenderse
Del público bochorno solicita,
Temeroso tal vez que llegue á verse
La maldad que en la frente lleva escrita;
Al fin para no dar á conocerse
Con desafuero el paso precipita,
Y para hacer más diáfano su ejemplo
Cual tímido agresor se entra en el templo.

CANTO TERCERO.

Derrama infausto númen tu influencia,
Haz que al oir los míseros mortales
De mis trágicos versos la cadencia,
Suenen ménos terríficos los males:
¡Como siento el horror de tu presencia
Que sale de los senos sepulcrales!
Ven, pues, que con tu ayuda doctamente
Suspenderé al apóstol delincuente.

¿Por qué prófugo va con prisa tanta?
Sin duda el miserable se imagina
Que si siente el contacto de su planta
Le ha de faltar la tierra en que camina;
A un dogal afrentoso la garganta
Entregar lo más pronto determina,
Porque el último esfuerzo del malvado
Es hacer más enorme su pecado.

Cobarde la razon, mal persuadida,
Viendo de su congoja la eficacia,
Apresurar las horas de su vida
Dócil busca su fin la contumacia;
Ya deja la ciudad aborrecida
Y se acerca al lugar de su desgracia,
Cuando atraida del funesto caso
La madre de Jesus le salió al paso.

Así como al romper con melodía
Su concertada voz un instrumento,
Que arrebatando la atencion más fria
Inunda el corazon de sentimiento;
Así derrama armónica María
De sus divinos labios el acento,
Y herido del hechizo más sagrado
A oirla se llegó todo lo creado.

Disfraza la piedad en su semblante
Con grata risa la terrible escena
A que la sinagoga en tal instante
Su querido unigénito condena:
Por más que la pasion tenga delante
Y de la cruz la dolorosa pena,
Amante corre, que de amar se olvida
Por la ovejuela mísera y perdida.

«¿Donde vas, infeliz? ¿Qué intento odioso
»Cual las olas del mar te precipita
»En uno y otro abismo proceloso?
»¿Qué dementada cólera te agita?
»Cuando de Dios el hijo generoso
»Al hombre en sus desgracias felicita,
»Cuando baja á anunciar su buena suerte
»¿Tú tan sólo caminas á la muerte?

»¿Tú sólo descontento te retiras
»A la triste mansion del negro llanto
»Cuando risueños los mortales miras
»Bajo el tierno calor de su amor santo?
»¿Acaso temes sus sagradas iras?
»¿La justicia á tu culpa pone espanto?
»¿Dudas de su piedad? ¿Qué desconfianza
»Es la que así conturba tu esperanza?

»No tan ciega proceda tu malicia:
»¿Qué tienes que dudar? Porque aunque es cierto
»Que igual á la piedad es la justicia,
»No obran en su mano de concierto:
»No ves que más al mundo beneficia
»Que castiga su torpe desconcierto?
»Por el uso nos dice la experiencia
»Que más que su justicia es su clemencia.

»Aun en tiempo te ves de aprovecharla
»Sólo en tu mano se halla el conseguirla
»Que la culpa se borra con llorarla
»Y la pena tambien áun sin sufrirla;
»Tu afrenta quitarás con detestarla
»Y mi ayuda tendrás con admitirla,
»Abandona eso bárbaro designio
»Que te va conduciendo al esterminio.

»Perdónate á tí propio, libra el cuello
»De la muerte que cruel le has decretado,
»No seas tú quien cierre con su sello
»Lo que no puede en vida tu pecado;
»Del tiempo lo mejor y lo más bello
»En tus manos ¡oh Judas! ha dejado:
»No ande contigo mismo más piadosa
»La culpa, que tu saña venenosa.»

Dijo; y mostrando de su gracia el seno
Con la materna compasion más cara,
Le acuerda de Moisés contra el veneno
La sierpe de metal sobre la vara:
Antídoto mejor de salud lleno
En la imágen de su hijo le depara:
«Ve, Judas, corre á él, fuente es de vida,
»Antes que bebas sanará tu herida.

»Corre á él... ¿No le ves de piés y manos
»Clavado en una cruz? ¡Oh! con qué abierta
»Expresion les ofrece á los humanos
»Franca de su piedad la mejor puerta
»Recibe de sus dones soberanos
»Ya que pretende hacer comun la oferta:
»Arrebata á pesar del mundo entero
»La augusta palma del perdon primero.»

Judas que la escuchaba atentamente
De tal suerte agitó su fantasía,
Que toda la pasion miró presente
Con el sagrado influjo de María;
Y viendo la catástrofe inclemente
Que le trajo á Jesús la venta impía,
De la Divina Madre receloso,
Huyó de su presencia temeroso.

SANTACILIA.—El poema encierra, sin duda, grandisimas bellezas; pero tiene tambien muchísimos defectos; marcarémos lacónicamente las primeras, y apuntarémos con brevedad los segundos... Quiso el poeta contarnos uno de los más notables é interesantes episodios de la Historia Sagrada, y si bien es verdad que hubiera podido sacar mucho del asunto que escogió, el modo que tuvo de tratarlo satisface completamente al lector, quien parece no tener nada que desear despues que ha terminado la lectura de esa obra. El plan es en extremo sencillo y el desenvolvimiento propio y acabado: no se encuentran muchos pensamientos nuevos, pero échanse de ver rasgos verdaderamente interesantes que bastarian por sí sólos para hacer á Rubalcava merecedor del título de poeta, y lo que es más aún, de poeta bueno.

SILVA CUBANA.

Más suave que la pera
En Cuba es la gratísima guayaba.
Al gusto lisonjera,
Y la que en dulce todo el mundo alaba
Cuya planta esquisita
Divierte el hambre y áun la sed limita

El Marañon fragante
Más grato que la guinda si madura,
El color rozagante
Oh Adonis en lo pálido figura:
Arbol ¡oh maravilla!
Que echa el fruto despues de la semilla

La Guanábana enorme
Que agobia el tronco con el dulce peso,
Cuya fruta disforme
A los rústicos sirve de embeleso,
Un corazon figura
Y al hombre da vigor con su frescura.

Misterioso el Caimito,
Con los rayos de Cyntio reluciente,
En todo su circuito
Morado y verde, el fruto hace patente,
Cuyo tronco lozano
Ofrece en cada hoja un busto á Jano.

La Papaya sabrosa
Al melon en su forma parecida,
Pero más generosa
Para volver la vacilante vida
Al ético achacoso,
Arbol al apetito provechoso.

El célebre Aguacate
Que aborrece al principio el europeo,
Y aunque jamás lo cate
Con el verdor seduce su deseo,
Y halla un fruto esquisito
Si lo mezcla con sal el apetito.

La Jagua sustanciosa
Con el queso cuajado de la leche
Es aún más deliciosa
Que la amarga aceituna en escabeche:
No se prefiere el óleo que difunde
Porque acá la manteca lo confunde.

El Mamey celebrado
Por ser ambo en la especie, uno amarillo
Y el otro colorado,
En el sabor mejor es que el membrillo,
Y en los rigores de la estiva seca
La blanda fruta del Mamon manteca.

El Mamoncillo tierno
A las mujeres y á los niños grato:
Y pasado el invierno
Topo de los frutales el Moniato,
Y el sabroso ciruelo que sin hoja
Amarillo ó morado el feto arroja.

Amable más que el guindo
Y que el árbol precioso de la uva
Es acá el Tamarindo:
Licores admirables saca Cuba
De su fruto precioso, que fermenta,
Al másico mejor que Horacio mienta.

El Argos de las frutas
Es el Anon, que á Juno he consagrado,
Fruto tan delicado
Que reina en todas las especies brutas,
De ojos llena su cuerpo granujoso,
Al néctar comparable en lo sabroso.

La Piña, que produce
No Atis en fruta que prodiga el pino,
Que la apetencia induce,
Sino la Piña con sabor divino,
Planta que con dulcísimo decoro
Aforra el gusto con escamas de oro.

El Níspero apiñado
Por la copia del fruto y de la hoja,
En más supremo grado
Que las que el Marzo con crueldad despoja,
Arbol que, madurando, pende y cria
Dulcísimos racimos de ambrosía.

El Coco cuyo tronco
Ruidoso con su verde cabellera,
Aunque encorvado y bronco,
Hace al hombre la vida placentera
Y es su fruto esquisito
Mejor plato á la sed y al apetito.

El Plátano frondoso...
Pero ¡oh Musa! qué fruto ha dado el orbe
Como aquel prodigioso
Que todo el gremio vegetal absorve!
Al maná milagroso parecido,
Verde ó seco del hombre apetecido.

No te canses ¡oh Númen!
En alumbrar especies pomonanas,
Pues no tienen resúmen
Las del cuerno floral de las Indianas,
Pues á favor producen de Cibeles
Pan las raices y las cañas mieles.

ELEGIA.

A LA NOCHE.

Noche, con tu silencio congojoso
Aumentas mi desvelo desgraciado,
Que es en vano al que llora tu reposo.

Cuando en profundo olvido sepultado
El orbe entre las sombras dulcemente
Parece que respira sosegado:

Cuando el aire con las hojas blandamente
Susurra en la quietud con manso ruido
Al compás de la armónica corriente:

Entonces el espíritu afligido
Levanta el doloroso pensamiento
De mortales angustias poseido,

Con gravedad fatídica el tormento
Registra en el espacio de una hora
La Eternidad vecina al monumento.

Acaba de salir, risueña Aurora,
Disipa de la noche los horrores
Y con tu bella luz mis ojos dora.

Aparta los fantasmas y temores
Que rodean mi lecho y la ideas
Que dan materia y forma á los dolores.

Pero ¡ay triste de mí! tú no recreas
Los ojos desgraciados! tu alegría
En los irracionales sólo empleas.

Para ellos solos sale al mundo el dia,
Pues cuando al hombre mísero amanece
Redobla con más fuerza su agonía.

A la vista del sol su pena crece,
Y le sirve de amargo desconsuelo
Aquello que más ama y apetece.

Para llorar tan sólo lo citó el cielo.
Felicidad ¿qué digo? un nombre vano
Es, si quiere encontrarse en este suelo.

En esta soledad, centro tirano,
El hombre mora al fin, y es un dichoso
El que logra el sepulcro más temprano.

Mas ¿adónde me lleva el silencioso
Pensamiento? Vagando en la terrible
Semejanza del caos espantoso:

¡Cuántos en esta hora inaccesible
Formarán de sí mismos los retratos
Tocando con el sueño un centro horrible!

Sus esperanzas, dichas y conatos
Al borde de la vana sepultura
Verán como los males más ingratos.

¡Oh Noche! tu retórica figura,
Es la del sueño; pero no la muerte,
Pues ella en claridad nos transfigura.

Tú oscureces nuestra pobre suerte
Desvelando los ojos soñolientos,
Oprimes la razon con mano fuerte.

¡Cuántos por resistir contrarios vientos
Entre Scila y Caribdis consternados
Con tu negrura aumentan sus tormentos!

Y cuantos, del relámpago ayudados,
Sólo bosquejan la anchurosa vía
Para darles sepulcros ignorados!

Ni al que siguiendo á oscuras su alegría,
Ni al que pretende remediarse á oscuras
Favorece tu negra tiranía.

Tú la razon y el tacto desfiguras
Y envuelves criminal y silenciosa
Del ladron y el amante las locuras.

Símbolo irracional la mariposa
Preside sin saber tu plaustro oscuro
Cuando la antorcha apaga luminosa.

Pero ¿adónde me lleva el génio impuro
De la noche fatal? Con sus tinieblas
Ni áun en el propio lecho estoy seguro.

Cuando levantas apiñadas nieblas,
Parece én algo que remeda al dia,
Pero de horror y miedo el aire pueblas.

Cuando con melancólica armonía
Parece persuadir á un dulce sueño,
Hiere y despierta más la fantasía.

Cuando derrama su mortal beleño,
Aumenta contumaz con doble pena
El dolor, el naufragio y el despeño.

Es para el mundo su fatal cadena
Enlace de desgracias; con qué modo
Tan extraño los entes desordena!

Mas ¿no es la noche de la luz período?
Pero, ¡qué digo! si con luz no halla
Tranquilidad el hombre ni acomodo!

Yo escucho al ruiseñor tal vez en la haya,
Y al ver al horizonte que refleja
Requiebra á su polluelo que desmaya;

Y en la tierna impresion que su voz deja,
No se puede juzgar si es de contento
El natural idioma de su queja.

Ya de grana teñido el firmamanto
Parece que despierta los sentidos,
Desterrando el asombro macilento.

La aurora con sus músicos silbidos
Anuncia nuevo sér á las criaturas,
Mas no para los pechos afligidos.

Que en vano á las humanas desventuras
Sale vestido el sol de luz más clara,
Ni aviva hermoso el campo sus verduras.

De la alegría la risueña cara
Suele ser un principio de quebranto,
Pues hiel, en vez de alivio, le prepara.

En vano de la noche el negro espanto
Se aparta de mis lóbregos umbrales,
Enjuguemos los ojos entretanto

Que nos prepara el dia nuevos males,
Sólo para las cláusulas llorosas,
¿Qué tendrán que decirme los mortales?

.....

Astro, cuya brillante simpatía
Es el alma de todos los vivientes,
Donde están tu hermosura y mi alegría?

Hállante solo las ingratas gentes,
Porque ellos enriquecen los cuidados
Aumentando sus próvidas simientes.

Y aunque los miras de tu luz bañados
Jamás alzan los ojos para verte,
Y sí sólo los pobres desgraciados.

Ellos solos pretenden conocerte,
Pero tu luz les llena de vergüenza
Y en tus horas suspiran por la muerte.

El horror de la noche más condensa
Aman como un pacífico remanso
De la luz que tu curso les dispensa.

Colérico fatiga al bruto manso
El labrador quejoso, que desea
De sus dias el fúnebre descanso.

Porque afligido con la noche fea,
Por variar los enfados de la vida
Vuelve á agradarle el humo de la tea.

Cuántas veces la aurora entristecida
Son para el jornalero y el esclavo
Los claros de su luz aborrecida!

Qué raro de la suerte fija el clavo,
Ni su rueda detiene contemplando
Sus bienes y salud sin menoscabo!

Ya el aquilon con ímpetu soplando
Que arranca con las mieses y las chozas,
Destructoras centellas disparando;

Ya cubierto de llamas horrorosas
El fiero guerreador con mano impía
Derribando sus obras más suntuosas;

Cubierto el éter de ceniza fria,
Fabrica con el rostro de la muerte
Mucho más negro que la noche, el dia.

Y ya que el hombre de ninguna suerte
Puede encontrar ventura en este suelo,
Luciente sol, que sabes ofrecerte.

.....

Alegre con tu aspecto rubicundo (*)

.....

Cuantos ¡ay de mí triste! en esta hora

Cuantos al ver un hijo moribundo
Sintiendo que le cubre eternamente
La noche en los principios de la aurora,

Gimen, y con espíritu doliente
Imitan la llorosa Filomena
Al ver el nido de su ramo ausente.

El tierno llanto de una madre buena,
El gemido de un padre, el de un buen hijo,
Tu misma luz no aclara, ni serena.

Pero en vano me esfuerzo, ni prefijo
Contra el viento las velas desplegadas,
Si falta luz para mi afan prolijo.

Oh vosotras, familias desgraciadas,
Que aunque os ofrece el sol claro consuelo,
Llorais vuestras venturas malogradas;

Apaciguad mi triste desconsuelo,
Que aquello que más cruel os entristece
Es la noche nacida en este suelo.

Ella jamás al hombre favorece,
Porque el llanto que engendra el apetito
Pintado en nuestros ojos aparece.

Yo sólo vuestros males solicito,
Lloremos en comun nuestros dolores
Sin aumentar las aguas del Cocito.

Que lleguen hasta el cielo los clamores
Y nuestra angustia infunda por el viento
Aquel aroma suave de las flores.

Despidamos el mísero concento,
Semejante á la fiala que recrea
Con su olor sobre el triste monumento.

(*) En tal desconcierto han llegado estos versos á nuestras manos, que no es obra fácil escudriñar como estuvieron formados por el poeta: lo más sensible es que ni áun los siguientes se hayan podido hacer entrar en el riguroso órden métrico de los tercetos: hemos creido mejor además atender al concepto, y por fortuna éste sigue su correlacion —*L. A. B.*

Y la materia dolorosa sea
Al electro del alma derretida
Como preciosa confeccion sabea.

¿Cuál es el premio que nos dá la vida,
Sino tristezas, lágrimas y sustos?
Pero ¿quién la detiene en su partida?

Si el sol en su zenit mueve los gustos
Con licores y opsonios criminales,
En breve copia encierra los disgustos.

Y á la parte mayor de los mortales
Para sólo el sustento moderado
Aqueja estéril sed y hambrientos males.

¡Cuántos en esta hora, no saciado
El famélico vientre, se apresuran
En abreviar los números del hado!

Y aquellos sabios que los cuerpos curan,
Conociendo que el bien no está en la tierra,
Para sólo vivir el mal procuran.

Qué de clamores en el aire encierra
Una cruel decision! Cuánto alboroto!
Qué alternativa de dolor y guerra!

Yo considero al clima más remoto
.....
.....

Aquellas cosas que haces apectables,
Oh Luminar del dia, mejor fuera,
Envolverlas en sombras perdurables.

¿Para esto quiere ver la Primavera
El hombre que, ignorando su destino,
Encuentra en ella su hora postrimera?

Tú, que resientes con humor divino
Amigo Alexi, la caliente siesta,
Te reirás del alegre desatino.

Vamos á desfogar en la floresta
Los enojos del sol que nos alumbra,
Aunque su faz jamás nos manifiesta.

Que si su luz benéfica deslumbra
Y llena al hondo valle de consuelo,
A nosotros nos quema y nos deslumbra.

Si así lo quiere por ventura el cielo,
El hombre contra Dios pretende en vano
Rasgar de sus alcázares el velo.

Es el entendimiento y sér humano,
Compuesto simple de materias vanas,
Sólo el alma es el ente soberano.

En sus funciones tardes ó tempranas,
No hay que sentir la luz, si se desvía,
Pues si la noche y ella son hermanas,
Obra en ellas igual la fantasía.

EGLOGA.—FRAGMENTOS (1)

RISELO, CLORIS, POETA.

POETA

Amaba una pastora tiernamente
Llamada Cloris al pastor Riselo,
Formando cada cual sencillamente,
De un puro amor el más hermoso celo:
Jamás union se vió tan inocente
Bajo las chozas que guarece el cielo,
Honesto ejemplo de una fé debida,
Mas respetada mientras más querida.

Rodeados de sus cándidos vellones
Solos bajan á darles alimentos,
Y aunque solos, no cuidan de traiciones
Por ser unos sus mismos pensamientos:
Cuando se unen por sí los corazones
Son nobles y medidos los intentos:
Ambos juntan su grey con amor casto,
Y hablando juntos, le señalan pasto.

(1) A primera vista se advertirá que falta uno de los tres personajes que el autor tuvo voluntad de hacer entrar en escena. Gran lástima es, si se atiende á la suavidad, ternura y rasgos de co-mosa y brillante poesía que contiene, que nos llegue trunca esta preciosa égloga; pero aún así, mutilada, no dudamos que impresionará como todo lo natural, bello y sentido. A nosotros nos hace el efecto de las mejores de los poetas españoles que con más gloria han tocado la zampoña pastoril.—*L. A. Barali.*

Mientras que derramadas las ovejas
Pastan los odoríferos verdores,
Se ven bajo sus piés varias abejas,
Salir desaloja las de las flores:
Cantan las aves sus amantes quejas
Al paso que las tórtolas clamores,
Amor respira el aire blandamente
Mientras que corre la apacible fuente.

Mas no convida á Cloris ni á Riselo
La ocasion del placer ni del retiro,
Que en uno y otro no encendió su anhelo
Palabra, pensamiento ni suspiro:
Arde el amor en ellos bajo el velo
Que la inocencia les corrio sin tiro,
Amor entre los dos inesplicable
Que se hizo por sí mismo respetable.

RISELO

Ya que ¡oh Cloris cruel! eres la causa
De mi terrible mal, por un instante
Cesa el rigor y los desdenes páusa.

No tan esquivo niegues el semblante,
Ni tan ingrata apartes el oido
A las postreras quejas de un amante.

Que para echar fuerzas en olvido
Jamás necesitábas de mi muerte,
Cuya venganza espero de Cupido.

Prepárente los hados igual suerte,
Pues ya que la desgracia de mi ruego
Nunca logró un instante enternecerte,

Tus ojos brotarán amargo fuego
Siempre insomnes y abiertos para el llanto
Y ocupará tu alma el temor ciego.

Entonces mirarás al Cielo santo,
Y en él no encontrarás estrella alguna
Que socorra ni alivie tu quebranto.

Y al pálido reflejo de la luna
Harás memoria del fatal Riselo,
Envidiando su mísera fortuna.

Rodeada de un eterno desconsuelo,
Bramarás como leona por el llano
Con la cuartana de un furioso celo.

¡Oh infeliz Cloris! Clamarás en vano
Por las selvas el nombre de Laurente,
Que de tu cruel dolor estará ufano.

Verásle reposar tranquilamente
En el regazo fiél de otra pastora,
Estando tú para sentir presente.

La triste Cloris, por qué causa llora?
Dirá, reconociendo tu flaqueza
Con ironía y risa mofadora:

Tú bajarás los ojos con presteza,
Y llena de rubor, paso entre paso,
Te ocultarás llorando en la maleza.

No habrá pastor al fin que ignore el caso,
Y pues con tanto escándalo me dejas
Ante la Madre del Amor te emplazo.

Desde el sepulcro tus amargas quejas
Juzgo escuchar, cuando en el bosque lloras
Diciéndoles ¡ingrata! á tus ovejas.

—¡Ya son oscuras noches mis auroras!
Volvedme... sí, volvedme, amigas mias,
La posesion de mis antiguas horas:

Cuando en más dulces y serenos dias
Despreció la compañía de Riselo,
Libre de tantas penas y agonías.

Venid y restituidme mi consuelo,
Que á mi pesar quien antes os cuidaba
Se ausentó para siempre de este suelo.—

¡Oh tú, Cupido, cuya cruel aljaba
Castiga á los ingratos amadores,
La cruel memoria de la infiel acaba!

Que experimente Cloris los horrores
Del infeliz Riselo, que ya es tarde
Hacer recordacion de mis favores.

Muera con sinsabor quien hizo alarde
De despreciar el bien que le hace falta
Con alma vil y espíritu cobarde.

Cuando trepe en los campos la más alta
Colina, tras su grey, dejando el mio
Pobre ganado de la sombra falta;

Y cuando mi esqueleto yerto y frio
Vieres sin el cansancio congojoso
Que permitió el amor con tu desvío;

Ingrata Cloris, sin tener reposo
Vivirás en la tierra, sin que el nombre
Te dé de madre el hijo cariñoso.

Y que tu ingratitud al mundo asombre
Viendo grabados en la dura encina
Las letras que envilecen tu renombre.

SANTACILIA.—Es digna de figurar al lado de las más bellas producciones del género bucólico.—Juicio Crítico que precede al poema *La Muerte de Judas*.—Cuba.—1847.

ANACREONTICAS.

I.

¡Qué vanos son los bienes
De este mundo, Lucilio?
¡Qué loca es la esperanza,
Y qué incierto el destino!
¡Cuán fugaces los dias
Ves que llevan consigo
Los llorosos trabajos,
Los alegres descuidos!
Ayer era memoria,
Lo que ahora es olvido,
Que la verdad se ignora
De los pasados siglos;
Perdieron ya su forma
Los mármoles antiguos;
Pues echa vino, y canta,
Y seamos amigos.

II.

Hay hombres en el mundo,
Que aún ménos que yo saben,
Y me disputan doctos
Trescientas necedades.
¡Qué de razones frias
En su favor exparcen!
Sin juzgar que sobre ellos
Sus sutilezas caen,
Unos por lo que llueven
Y otros por disecantes,
Y Filon por ser sabio,
Jamás entiende á nadie,
Porque en caminos varios
No hay quien lo cierto halle
Sino el vino y la risa
Con su querida Naide.

ODA.

Si cuando te serenas
Y engalanas de risa tu semblante
Desenojas tu amante,
Quitándole sus males y sus penas
Con sólo abrir tus labios carmesíes,
¿Por qué, Roselia amada, no te ries?

Si mientras más festiva,
Llenando de placer la faz graciosa,
Pareces más hermosa,
Siendo del mismo Amor imágen viva,
Ya que no hay quien motive tus agravios,
¿Por qué dejas la risa de tus labios?

Dime, ¿por qué despojas
De todo su primor tu alegre ceño?
Tienes acaso empeño
En aumentar mis males y congojas?
¿Quién á tantos disgustos te precisa
Que así me privas de tu dulce risa?

Deja tu enojo, deja,
Que es cosa que entristece ver airado
Semblante tan amado;
No des lugar al llanto ni á la queja,
Que pues ningun tormento te provoca
¿Por qué ocultas la risa de tu boca?

¿Por qué así, cruel, me niegas
Tu halagüeño reir? Cese el disgusto,
Pues me muero de gusto
Cuando risueño el labio me despliegas;
Vamos, Roselia, alégrate de modo
Que nuestro enojo sea risa todo.

SONETOS.

A LA VANIDAD DE LOS HEROES MUNDANOS.

Vano Lelio, que ignoras el camino
De la inmortalidad, mira primero
De este funesto mármol el letrero;
Leerás el desengaño más divino.
¿A dónde vas, te dice, ¡oh peregrino!
Con tan altivo y torpe desafuero?
No pases adelante si el sendero
Pretendes encontrar de un buen destino.
Puerta soy, aunque triste, de la gloria,
Subterráneo camino de la vida,
No me apartes jamás de tu memoria.
Deja á un lado la senda fementida,
Pues es nada la fama de la historia
Para una Eternidad que te convida.

¿Qué importa, amigo, que el natal y oriente,
La luz primera y la primer aurora
Tuvieses en la Reina y la Señora
Emperatriz antigua de la gente?
¿Qué importa que la patria reverente
Que Rómulo engrandece, Curcio honora,
Caton ilustra y Ciceron decora,
Fuese tu cuna y tu primer ambiente?
Nada influye la patria en los varones,
Que es error vanamente encarecido:
Romanos fueron Silas y Escipiones,
Quincio glorioso y Apio fementido:
Al hombre le hacen grande sus acciones,
No la patria ni el tiempo en que ha nacido.

A NISE BORDANDO UN RAMILLETE.

No es la necesidad tan solamente
Inventora suprema de las cosas,
Cuando de entre tus manos primorosas
Nace una primavera floreciente.
La seda en sus colores diferente
Toma diversas formas caprichosas,
Que aprendiendo en tus dedos á ser rosas
Viven sin marchitarse eternamente.
Me parece que al verte colocada
Cerca del bastidor, dándole vida,
Sale Flora á mirarte avergonzada;
Llega, vé tu labor mejor tejida
Que la suya de Abril, queda enojada,
Y sin más esperar, váse corrida.

ZAMBRANA.—Títulos de esclarecida fama son indudablemente para la memoria de Rubalcava, la inspirada Elegía *A la Noche*, los fragmentos de la preciosa Egloga en que con tanta pasion se queja Riselo de su Clóris, el bellísimo *Fragmento Descriptivo* y el lindo y delicado soneto *A Nise bordando un ramillete*, bastarian estas solas composiciones para calificarle de bueno y hasta de gran poeta: novedad y brillante colorido en las imágenes, soltura y donáire en el estilo, elevacion y sentimiento en la frase, originalidad en la manera de presentar los asuntos, tales son las dotes que más campean en ellas.—Obras literarias, filosóficas y científicas.—1858.—pág. 90.

José María de Heredia.

La cesion de la parte española de la Isla de Santo Domingo, hecha á la República Francesa en cumplimiento del artículo noveno del Tratado de Basilea, en 22 de Julio de 1795, y los infaustos sucesos posteriores que hirieron de muerte la causa de la civilizacion en aquel hermoso país, los continuados combates y zozobras hasta el dia dos de Enero de 1801 en que se abrian las puertas de la capital que alcanzó el dictado de *Atenas del Nuevo Mundo*, al funesto Toussaint L'Ouverture, fueron causa de que pasáran á nuestra Isla innumerables familias dominicanas, que no aceptaban la sombra de otra bandera que aquella bajo la cual habian nacido, ni ménos el duro yugo de los invasores haitianos.

Entre ellas, y de las más distinguidas, llegó á Santiago de Cuba, la del señor Dr. D. José Francisco de Heredia y Mieses, abogado de los Reales Consejos y Real Audiencia del distrito y de Carácas, Magistrado integérrimo, natural de Santo Domingo, y casado con Dª María Merced de Heredia y Campuzano, ambos descendientes de esclarecida prosapia de aquella Isla y progenitores del que andando el tiempo habia de ser insigne poeta.

Nació D. José María de Heredia, en la citada ciudad de Santiago de Cuba el 31 de Diciembre de 1803, y fué bautizado el 13 de Enero de 1804 (1) en la iglesia parroquial de Ntra. Sra. de los Dolores, por el Pbro. Bachiller D. Tomás de Portes é Infante, emigrado dominicano, ilustrado y virtuoso sacerdote, que más tarde—1848–1858—fué Arzobispo de la antigua Primada de las Indias.

La primera educacion religiosa, moral y científica, la debió Heredia á su ilustrado padre, á quien no podian ocultarse las dotes intelectuales de su hijo y discípulo.

El escritor dominicano D. Alejandro Angulo y Guridi (2) nos refiere lo siguiente: «A poco de haber cumplido Heredia la edad de ocho años en la capital de Santo Do-

(1) Libro I de bautismos.—f. 1º nº 3.

(2) *El Prisma.*—Repertorio de Ciencias, Literatura, Bellas artes, Agricultura y Comercio.—Bajo la direccion de vários jóvenes.—Tomo I.—Habana.—Oficina tipográfica de Barcina.—Reina nº 8.—1846.—Apropósito de esta cita, nos parece conveniente aclarar, que la noticia biográfica que contiene la edicion de poesias de Heredia hecha en New-York por el Sr. Vingut, está copiada del trabajo que en la revista á que nos contraemos, publicó el Sr. Angulo y Guridi, y al cual acompaña un buen retrato litográfico de Heredia, dibujado por el Sr. Cuyás, y el facsímile de su firma.—No sabemos por qué no se ha citado el nombre del biógrafo hasta ahora. Justo es que lo consignemos.

»mingo, tuvo su padre que ausentarse de allí en virtud de una importante Comision »que el gobierno le habia confiado, y antes de realizar su partida, encargó á su amigo »el Rdo P. Correa, que miéntras él volviera se hiciese cargo de continuar enseñando »á su hijo el idioma latino en que él lo tenia ya tan adelantado como verémos despues, cuya comision fué aceptada desde luego. El Sr. D. Francisco Javier Caro, »miembro de la Junta Central constituida en Madrid y Comisionado Régio de S. M. »en Santo Domingo, su pátria, fué un dia á casa del ausente D. José Francisco, á »quien le unian lazos de parentesco, llamó al niño, púsole á traducir el latin en Horacio, y maravillado de su comprension y facilidad para traducirlo, le dijo: Puedes »tenerte por buen latino, porque se necesita serlo para traducir á Horacio como lo »traduces tú.»

A la edad de diez años compuso Heredia la mayor parte de las poesías que reunió en un cuaderno que tituló *Ensayos poéticos*, y que á juzgar por el entusiasmo que inspiraron á su amigo y condiscípulo D. Francisco Muñoz del Monte y por la opinion de otros ilustres literatos, eran ya notables y demostraban que la América española tendria en él un inspirado cantor (1). El Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, en un estudio crítico de las poesías de Heredia, publicado en la *Revista Española de Ambos Mundos* que veia la luz en Madrid (2), creemos que el año de 1854, descubre en los primeros versos de nuestro poeta, que su entendimiento estaba maravillosamente formado para tan temprana edad.

D. José Domingo Cortés, en su *Diccionario Biográfico Americano*, página 229, al hablar de Heredia, asegura que cuando éste tenia dos años, pasó con su padre á la Florida y despues de 1810 á la Habana y Santo Domingo y por último á Valencia, en Venezuela, de cuya Audiencia era Oidor aquel. El Sr. Angulo y Guridi, en el trabajo que ya hemos citado, nos dice que entró en la Universidad de Santo Domingo «sólo para ganar cursos, en cuyo tiempo continuó dando palpables muestras de lo »mucho que era capaz su despejado entendimiento.»—Parece que de Santo Domingo fué á México, de donde vino á esta ciudad, no en 1817, como dicen sus biógrafos Angulo y Guridi y el Sr. D. Antonio Bachiller y Morales en el precioso trabajo que precede á las poesías de la edicion del Sr. D. Nestor Ponce de Leon hecha con notable esmero en New-York en 1875; sino en 1820, graduándose el año siguiente de Bachiller en Leyes en la Real y entonces Pontificia Universidad, apadrinado por su íntimo amigo el distinguido literato D. Domingo Del Monte, segun tuvimos ocasion de cerciorarnos al leer una nota, de mano del mismo Del-Monte, puesta al márgen del trabajo del escritor dominicano Sr. Angulo y Guridi en una coleccion de *M*

(1) Aún me acuerdo. Un doble lustro
Por tí pasado no había:
Aun llegado no era el dia
De la razon para tí;
Y anticipándose el génio
Al estudio y la experiencia
Tu asombrosa inteligencia
Revelaba al porvenir.
Yo, casi adulto, al verte
Copiar, casi niño, á Homero,
Creí ver el choque fiero
De Aquiles y Agamenon:
Y frente á las griegas naves
Y de Priamo á los gemidos
Entre llamas y alaridos
Hundirse la sacra Ilión;
Y, cabe el derruido muro
Alzado el caballo inmenso
Griegos, lanzas y humo denso
De sus flancos vomitar;
Y los dioses del Olimpo
Luchar en la arena ardiente
Y, al mover su adusta frente
Al alto Jove temblar.
Vierais al niño estupendo,
Cielo y tierra recorriendo,
Tierra y cielo describir:
Vierais su infantil semblante
Alumbrarse de repente
Y en su ancha y morena frente
Los negros ojos lucir.
.....

Poesías de D. José María de Heredia, Magistrado del Tribunal Supremo de Justicia de México y Senador de aquella República.—Barcelona.—Por D. Juan Francisco Piferrer, Impresor de S. S. Plaza del Angel.—1846.

A la muerte de mi amigo y condiscípulo D. José María de Heredia, poesía escrita en Madrid el 8 de Diciembre de 1840 por D. Francisco Muñoz del Monte.—Págs. 10-17.

(2) Lo reprodujo en 1878, El Palenque Literario, interesante revista que dirigia D. Cirilo Ciriaco Valdés.—Tomo II.—Habana.—Imprenta Militar de la Viuda de Soler y Comp.ª

Revista, que perteneció al Sr. D. Nicolás Azcárate y en 1869 poseía el poeta D. Manuel Napoles Fajardo, que residía en Guanabacoa, donde á poco falleció. La expresada *Revista* estaba llena de notas marginales de Del-Monte, todas de interés para la historia de nuestra literatura.

El Sr. Cánovas del Castillo, tambien anota ese particular.

En 1823, fué autorizado para ejercer la abogacía por la Real Audiencia y Chancillería del distrito, á la sazon en Puerto Príncipe, estableciéndose en Matanzas, donde empezó á publicar sus poesías.

En Noviembre de dicho año, las agitaciones políticas de aquel tiempo le hicieron emigrar á los Estados-Unidos, y en New-York halló grata acogida entre sus compatriotas, entre ellos el Pbro. D. Félix Varela. M. Bancel le nombró profesor de lengua española en el acreditado Colegio de que era Director y propietario. Tres años residió en la Union Americana, y allí organizó y completó el tomo de poesías que había empezado á los quince años de edad, y el cual vió la luz pública el año de 1825.

Las producciones que contiene fueron juzgadas por críticos de tan reconocida competencia como D. Alberto Lista y D. Andrés Bello. Heredia recorrió las principales ciudades de la República y se conservan cartas en las cuales no es lo ménos que tenemos que admirar, la riqueza y fidelidad de las descripciones, la correccion del estilo, el sentimiento que en ellas resplandece patentizando la nobleza de su alma; ellas contienen además arranques de su generoso corazon que hay que estudiar, y que pueden servir para que un dia se escriba la verdadera historia de la vida del poeta, que nosotros no vemos en sus versos tal cual la consideran reputados literatos. No vacilamos en consignar que el estudio de las cartas de Heredia es hoy indispensable para poder juzgar imparcialmente su carácter; el valor, no ya literario, sino social y político que debe darse á algunas de sus composiciones, no inspiradas, desgraciadamente, por la musa del amor y de la fraternal justicia, que en la mayor parte de sus cantos le señalaba la ruta que debe seguir el poeta para ser el primer sacerdote que predique la union entre los hombres, y como la humanidad no se perfecciona con el espíritu del rencor, propio sólo de almas mezquinas, que no llegan, ya por su abatimiento, ya por perversion moral, á convencerse de este principio salvador: que los cantos de la libertad no pueden ser jamás egoistas, ni implantarse negándose los hombres el amor y la concordia de hermanos.

La carta que reprodujo en su número de 31 de Enero de 1879 la *Revista de Cuba*, fechada en Manchester el 17 de Junio de 1824, y en la que refiere su visita al Niágara, contiene estas líneas, comprobacion de lo que enunciamos: «Despues de haber errado en los bosques eriales de Goat Island, me senté al borde de la catarata inglesa y mirando fijamente la caida de las aguas y la subida de los vapores, me abandoné libremente á mis meditaciones. Yo no sé que analogía tiene aquel espectáculo solitario y agreste con mis sentimientos. Me parecía ver en aquel torrente la imágen de mis pasiones y de las borrascas de mi vida. Así, así como los rápidos del Niágara hierve mi corazon en pos de la perfeccion ideal que en vano busco sobre la tierra. Si mis ideas, como empiezo á temerlo, no son más que quimeras brillantes, hijas del acaloramiento de mi alma buena y sensible, ¿por qué no acabo de despetar de mi sueño? ¡Oh! ¿Cuando acabará la novela de mi vida para que empiece la realidad?...»

Esto escribia el poeta, cumplidos ya cuatro lustros de su edad: el mismo dolor, la misma incertidumbre sobre sus ideas, el mismo tristísimo desaliento, ya hombre experimentado, el 1º de Abril de 1836, en carta escrita desde Toluca á la Superior Autoridad de Cuba, habia de inspirarle sentimientos que tambien realzan al ilustre proscrito, demostrando la energía de su alma, la sinceridad de su corazon, su afan de dignificar su conciencia, en grado tal, que juzgamos á pocos en nuestros dias capaces de superar aquella muestra de rectitud, fruto precioso de cristianas virtudes.

Nuestro ilustrado amigo y compañero, el Sr. Dr. Vidal Morales y Morales, posee importantes documentos inéditos de Heredia, para poder acometer tan útil trabajo, y tal es el que proponemos, y no le falta tampoco buen juicio para ello.

En New-York frecuentaba la amistad del P. Varela, y el Excmo. Sr. D. José Luis Alfonso, hoy Marqués de Montelo, y correctísimo poeta, recuerda que siendo

discípulo del Rdo. Padre, en una reunion, y en presencia de D. Tomás Gener y don Leonardo Santos Suarez, diputados proscritos como aquel, leyó Heredia la hermosa poesía *El Desterrado*, que en Mayo de 1824, al salir de la bahía de Gibraltar (1) escribió el ilustre Duque de Rivas, delante de Cádiz cuna de las libertades españolas, la cual publicó en un periódico de Lóndres redactado por emigrados.

Esta poesía, sin duda alguna, inspiró á Heredia la suya *Himno del Desterrado*, al contemplar desde el mar las verdes cumbres de *El Pan*, en Setiembre de 1825 cuando navegaba para México, llamado por antiguas amistades de su padre y segun el Sr. Ortega, uno de sus biógrafos mexicanos, por el Presidente de aquella República D. Guadalupe Victoria. En honor de éste, se representó en México para celebrar su dia, la tragédia *Sila* que escribió en New-York en Diciembre de 1824, dedicándola al célebre actor Diego María Garay (2).

Un año despues fué nombrado Oficial Sexto de la Secretaría de Estado; más tarde Juez de primera instancia de Cuernavaca: en 1828, Fiscal de la Audiencia de México donde alcanzó plaza de Magistrado en 1831.

En Setiembre de 1827 contrajo matrimonio.

En 1833 fué electo diputado para la Legislatura de México, pero este cargo lo renunció á los cinco meses, volviendo á su puesto de Magistrado de la citada Audiencia, donde permaneció hasta la promulgacion de una ley que impedia el desempeño de destinos á los que no fuesen mexicanos de nacimiento.

En 1º de Abril de 1836, desde Toluca, donde á la sazon residia, escribió al Excmo. Sr. Capitan General D. Miguel Tacon solicitando su permiso para volver á Cuba y *pasar algunos dias en el seno de mi familia*, lo cual le fué concedido, llegando á Matanzas en Noviembre de 1836, ya con un estado de salud que hacia presentir el próximo término de su vida. Segun el Sr. D. Antonio Bachiller y Morales, sólo cuatro meses permaneció en la Isla, volviendo á México donde el Ministro Tornel le encargó la redaccion de la *Gaceta Oficial* en la cual sólo tuvo por premio duras ingratitudes y sinsabores que amargaron sus últimos dias. Es una página de la vida del ilustre poeta, cuyo esclarecimiento considerámos importante.

Retiróse á Toluca y allí murió, teniendo en cuenta los más fidedignos datos, el 12 de Mayo de 1839, con la calma y resignacion que dá la verdadera fé, poniendo fin á sus cantos con una tierna poesía reflejo fidelísimo de sus sentimientos religiosos.

Un reputado literato mexicano, el Sr. D. Manuel Payno, así se expresa al mencionar al inspirado cantor del Niágara: «Heredia fue herido por la sociedad. Buscaba religion, y las creencias estaban gastadas, buscaba amor, y esa copa dulcísima de placeres »se le convertia en acíbar; buscaba virtud, amistad é inteligencias que comprendieran »las sensaciones sublimes de su espíritu, y nada de esto encontró. El hielo del mundo »apagó su entusiasmo y penetró hasta la médula de sus huesos. Pidió al sol un poco »de su fuego para reanimarse porque sentia la vida fria como la cumbre de un volcan. »¡Pobre poeta! Murió devorando en silencio sus pesares, y tal vez sin ser conocido de »una sociedad á quien legó sus tiernas cantigas, como la única prenda de valor que »tuvo en la vida (3).»

Además de sus poesías, Heredia escribió las tragedias *Sila*, en 1824, *Tiberio* en 1827, *Los Ultimos Romanos* en 1829, *El Abufar* de Ducis, *El Fanatismo* de Voltaire, *El Saúl* de Alfieri, *Cayo Graco* de Chenier, *Athreo* y *Tiestes*, imitaciones más bien que traducciones de sus célebres autores.

En 1821, publicó en la Habana, en una hoja en 4º español, una cancion fúnebre,

---

(1) Obras completas de D. Angel de Saavedra, Duque de Rivas, de la Real Academia Española, corregidas por el mismo.—Tomo I.—Poesías sueltas y poemas cortos.—Madrid.—Imprenta de la Biblioteca Nueva.—1854, págs. 195-207.

(2) *Sila*. Tragedia en cinco actos, representada en el teatro de Méjico el dia 12 de Diciembre de 1825, en celebridad del dia del Excmo. Sr. D. Guadalupe Victoria, Presidente de los Estados Unidos Mejicanos.—México, 1825.—Imprenta del ciudadano Alejandro Valdes.

(3) Obras poéticas de D. Fernando Calderon.—México.—Impreso por el editor.—Calle de los Rebeldes nº 2.—1844.—Imprenta tipográfica de I. Cumplido.—Introduccion de D. Manuel Payno, escrita en Zacatecas en Agosto de 1842, pág. IX.

El Dos de Mayo, y ya el año anterior habia publicado una oda titulada *España Libre*, ambas composiciones, poco conocidas, presentan campo para útiles observaciones.

Colaboró ó redactó los periódicos *Biblioteca de Damas*, en la Habana; en México, *La Miscelánea*, *El Iris* y *El Indicador de la Federacion Mexicana*. El erudito señor que tanto hay que citar en cuanto á Cuba se refiera, D. Antonio Bachiller y Morales, ha dado á conocer en el estudio sobre Heredia de que ya hemos hecho mérito, el contenido de las dichas publicaciones.

Entre otros trabajos, hay que mencionar sus *Lecciones de Historia Universal*, cuatro tomos impresos en Toluca en 1831, y várias oraciones y discursos patrióticos y políticos acerca de la moderna historia de México.

Concluiremos anotando algunos juicios sobre Heredia.

D. Alberto Lista, en carta que con fecha de 1º de Enero de 1826 escribió en Madrid al Sr. D. Domingo del Monte, así se expresa: «Yo juzgo en primer lugar por el sentimiento, anterior á toda crítica, que han excitado las composiciones del señor Heredia. Este sentimiento decide del mérito de ellas. El fuego de su alma ha pasado á sus versos y se trasmite á los lectores: toman parte en sus penas, en sus placeres, ven los mismos objetos que el poeta, y los ven por el mismo aspecto que él. Siente y pinta, que son las dos prendas más importantes de los discípulos del grande Homero: esto es decir que el Sr. Heredia es un poeta, y un gran poeta.»

«Heredia—ha dicho el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo—es el primero de los poetas cubanos en el tiempo y en la gloria, y áun por ventura en el mérito. Es el poeta de toda América que más conocido sea en España, y el único que haya logrado que su voz se escuche con el torbellino literario de Europa.»

El ilustrado Pbro. Dr. D. Emilio de los Santos Fuentes y Betancourt (1), le juzga, «poeta eminentemente lírico, que cuanto toca su pincel fascinador queda matizado con los vívidos colores que se deslien en su portentosa imaginacion, predominantemente subjetiva, la cual esculpe con buril de fuego sus creaciones inefables en flexibles y armoniosos cantos, con primor tallados en los perfectos moldes del arte clásico.»

Críticos extranjeros como Bello, Torres Caicedo, Amunátegui, Villemain, Kennedy, Ampere y Mazade, todos ellos de alto renombre literario, tambien han juzgado á Heredia otorgándole con sus juicios inmarcesibles láuros.

NIAGARA.

Templad mi lira, dádmela, que siento
En mi alma extremecida y agitada
Arder la inspiracion. ¡Oh! ¡cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente
Rodiase con su luz...! Niágara undoso,
Tu sublime terror sólo podria
Tornarme el don divino, que ensañada
Me robó del dolor la mano impía,

Torrente prodigioso, calma, calla
Tu trueno aterrador: disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan,
Porque contemplar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre
Lo comun y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracan furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé: ví al occeano
Azotado por austro proceloso,
Combatir mi bajel y ante mis plantas
Vórtice hirviendo abrir, y amé el peligro,
Mas del mar la fiereza
En mi alma no produjo
La profunda impresion que tu grandeza.

(1) «Aparicion y desarrollo de la poesía en Cuba». Tésis que para incorporarse en la Universidad Mayor de San Márcos de Lima, leyó y sustentó ante la facultad de letras de la misma, D. Emilio de los Santos Fuentes y Betancourt, doctor en la de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid.—Lima.—Imprenta de «La Opinion Nacional»—1877.—Pág. 10.

Sereno corres, magestoso; y luego
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podria
De la sirte rugiente
La aterradora faz? El alma mia
En vago pensamiento se confunde,
Al mirar esa férvida corriente,
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde oscuro
Del precipicio altísimo: mil olas,
Cual pensamiento rápidas pasando,
Chocan, y se enfurecen,
Y otras mil, y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.

Ved! llegan... saltan... El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados:
Crúzanse en él mil iris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
En las rígidas peñas
Rómpese el agua: vaporosa nube
Con elástica fuerza
Llena el abismo en torbellino, sube,
Gira en torno, y al éter
Lumínosa pirámide levanta,
Y por sobre los montes que le cercan
Al solitario cazador espanta.

Mas, ¿qué en tí busca mi ahelante vista
Con inútil afan! ¿Por qué no miro
Al rededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del Sol á la sonrisa, y crecen
Y al soplo de las brisas del Océano
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo á mi pesar me viene...
Nada ¡oh Niágara! falta á tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
A tú terrible magestad conviene.
La palma, y mirto, y delicada rosa,
Muelle placer inspiren y ocio blando
En frívolo jardin: á tí la suerte
Guardó más digno objeto y más sublime.
El alma libre, generosa, fuerte,
Viene, te vé, se asombra,
El mezquino deleite menosprecia,
Y aún se siente elevar cuando te nombra.

Omnipotente Dios! En otros climas
Ví mónstruos execrables,
Blasfemando tu nombre sacrosantó,
Sembrar error y fanatismo impío,
Los campos inundar con sangre y llanto,
De hermanos atizar la infanda guerra,
Y desolar frenéticos la tierra.
Vílos, y el pecho se inflamó á su vista
En grave indignacion. Por otra parte
Ví mentidos filósofos, que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte
Y de impiedad al lamentable abismo
A los míseros hombres arrastraban.
Por eso te buscó mi débil mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre á tí; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda
Y tu profunda voz hiere mi seno
De este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!
¡Cómo tu vista mi ánimo enagena
Y de terror y admiracion me llena!
¿Do tu orígen está? ¿Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el Océano?

Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas,
Y ornó con su arco tu terrible frente.
Ciego, profundo, infatigable corres,
Como el torrente oscuro de los siglos
En insondable eternidad...! Al hombre
Huyen así las ilusiones gratas,
Los florecientes dias,
Y despierta al dolor...! ¡Ay! agostada
Yace mi juventud; mi faz marchita;
Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este dia
Mi soledad y mísero abandono,
Y lamentable desamor... ¿Podria
En edad borrascosa
Sin amor ser feliz...? ¡Oh! ¡si una hermosa
Mi cariño fijase,
Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y ardiente admiracion acompañáse!
¡Cómo gozara, viéndola cubrirse
De leve palidez, y ser más bella
En su dulce terror, y sonreirse
Al sostenerla mis amantes brazos...

Delirios de virtud...! ¡Ay! Desterrado,
Sin pátria, sin amores,
Sólo miro ante mí llanto y dolores!

Niágara poderoso!
Adios! adios! Dentro de pocos años
Ya devorado habrá la tumba fria
A tu débil cantor. ¡Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso
Viéndote algun viajero,
Dar un suspiro á la memoria mia!
Y al abismarse Febo en Occidente,
Feliz yo vuele do el Señor me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama
Alce en las nubes la radiosa frente.

Junio de 1824.

ZAMBRANA.—¡Oh, descripcion magnífica del Niágara, timbre y blason de nuestra poesía! ¡Ninguna de las que existen te supera, porque no cabe más en el lenguaje humano!—*Soliloquios.*—Habana.—1865.—Soliloquio segundo.—Noviembre 7 de 1865, págs. 15-16.

El «Niágara» es una composicion de un mérito extraordinario, que deleita y arrebata al mas indiferente: los críticos la consideran como un esfuerzo supremo de la musa americana. El ingenio del poeta despliega en sus estrofas sublimes toda su grandeza y su brio, todo su arrojo: la entonacion es valiente, atrevida, pomposa, extremadamente expresiva, llena de majestad y de nobleza: porque todas estas cualidades presenta en alto grado al manifestar el poeta el profundo entusiasmo que la vista del imponente espectáculo despierta en su espíritu, al describir sus maravillosos accidentes, al responder al repentino y dulce recuerdo de Cuba que le asalta al abismarse de nuevo en la contemplacion del estupendo fenómeno, al reconocer la mano de Dios *en la inmensidad que le circunda*, al exhalar, por último, en sus agitados y sonorosos acentos todas las emociones de su alma.—Obras Literarias, Filosóficas y Científicas.—Habana.—1858.—Diferentes épocas de la poesía en Cuba.—Págs. 117-118.

PIÑEYRO.—Su oda al Niágara, la mejor y más correcta de todas, es una composicion de primer órden, que desde el primero al último verso se mantiene al nivel del espectáculo grandioso y sublime que contempla. Ya se remonte en alas de su potente imaginacion y traduzca su entusiasmo con las más elevadas imágenes, ya recuerde las palmas de su pátria, siempre se presenta el mismo. Si contáran los cubanos más de una composicion como esa, ya tendríamos el derecho de alzar la cabeza en materia literaria.—*Revista Habanera.*—Tomo III.—1862, pág. 164.—Fragmentos de un ensayo sobre la poesía en Cuba.

BACHILLER Y MORALES.—El dulce recuerdo de la pátria en el magnífico canto del «Niágara», eterniza el amor de Heredia á su tierra natal.—Apuntes para la Historia de las Letras y de la Instruccion pública en la Isla de Cuba.—Tomo III.—Habana.—1861—Galería de hombres útiles, pág. 78.

TORRES CAICEDO.—Hay arranques atrevidos, elevacion en los pensamientos, imágenes felices, gradaciones oportunas, y en más de un pasaje una verdadera armonía imitativa deleita el oido... ¡Cuán feliz es la comparacion que el poeta hace entre la constante estrepitosa caida de las aguas en aquella hondísima sima, y la caida rápida, constante del tiempo en la insondable sima de la eternidad!—*Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales poetas y literatos hispano-americanos.*—Primero série.—Tomo I.—Paris.—1863, pág. 75.

VARONA.—Heredia ante las cataratas del Niágara, en lo alto de la pirámide de Cholula, en medio de la inmensidad del Océano, al par que traza cuadros de vigoroso tono y vivísimo colorido, se eleva á la contemplacion de las grandes leyes morales, siente en un punto la grandeza y la pequeñez del hombre, y prorrumpe en acentos inspirados que ha repetido con aplauso el mundo culto. *Ocada sobre el movimiento intelectual en América.*—Habana.—Imprenta de la Viuda de Soler y Cª 1878, pág. 15.

EN EL TEOCALLI DE CHOLULA.

¡Cuánto es bella la tierra que habitaban
Los Aztecas valientes! En su seno
En una estrecha zona concentrados
Con asombro se ven todos los climas
Que hay desde el Polo al Ecuador. Sus llanos
Cubren á par de las doradas mieses
Las cañas deliciosas. El naranjo
Y la piña y el plátano sonante,
Hijos del suelo equinocial, se mezclan
A la frondosa vid, al pino agreste,
Y de Minerva al árbol magestoso.
Nieve eternal corona las cabezas
De Iztaccihuatl purísimo, Orizaba
Y Popocatepec; sin que el invierno

Toque jamás con destructora mano
Los campos fertilísimos, do ledo
Los mira el indio en púrpura ligera
Y oro teñirse, reflejando el brillo
Del sol en Occidente, que sereno
En hielo eterno y perenal verdura
A torrentes vertió su luz dorada,
Y vió á la naturaleza conmovida
Con su dulce calor hervir en vida.

Era la tarde: su ligera brisa
Las alas en silencio ya plegaba,
Y entre la yerba y árboles dormia,
Mientras el ancho sol su disco hundia
Detras de Iztaccihual. La nieve eterna
Cual disuelta en mar de oro, semejaba
Temblar en torno de él un arco inmenso
Que del empíreo en el zenit finaba,
Como espléndido pórtico del cielo,
De luz vestido y centellante gloria,
De sus últimos rayos recibia
Los colores riquísimos. Su brillo
Desfalleciendo fué: la blanca luna
Y de Vénus la estrella solitaria
En el cielo desierto se veian.
¡Crepúsculo feliz! Hora mas bella
Que la alma noche ó el brillante dia!
¡Cuánto es dulce tu paz al alma mia!

Hallábame sentado en la famosa
Choluteca pirámide. Tendido
El llano inmenso que ante mí yacia,
Los ojos á espaciarse convidaba.
¡Qué silencio! ¡qué paz! Oh! ¿quién diría
Que en estos bellos campos reina alzada
La bárbara opresion, y que esta tierra
Brota mieses tan ricas, abonada
Con sangre de hombres, en que fué inundada
Por la supersticion y por la guerra...?

Bajó la noche en tanto. De la esfera
El leve azul, oscuro y mas oscuro
Se fué tornando: la movible sombra
De las nubes serenas, que volaban
Por el espacio en alas de la brisa,
Era visible en el tendido llano.
Iztaccihual purísimo volvia
Del argentado rayo de la luna
El plácido fulgor, y en el oriente,
Bien como puntos de oro centellaban
Mil estrellas y mil .. ¡Oh! yo os saludo,
Fuentes de luz, que de la noche umbria
Iluminais el velo,
Y sois del firmamento poësía!

Al paso que la luna declinaba,
Y al ocaso fulgente descendia,
Con lentitud la sombra se extendia
Del Popocatepec, y semejaba
Fantasma colosal. El arco oscuro
A mí llegó, cubrióme, y su grandeza
Fué mayor y mayor, hasta que al cabo
En sombra universal veló la tierra.

Volví los ojos al volcan sublime,
Que velado en vapores transparentes,
Sus inmensos contornos dibujaba
De Occidente en el cielo.
Gigante del Anáhuac! ¿Cómo el vuelo
De las edades rápidas no imprime
Alguna huella en tu nevada frente?
Corre el tiempo veloz, arrebatando
Años y siglos, como el Norte fiero
Precipita ante sí la muchedumbre
De las olas del mar. Pueblos y reyes
Viste hervir á tus pies, que combatian
Cual hora combatimos, y llamaban
Eternas sus ciudades, y creian
Fatigar á la tierra con su gloria.
Fueron: de ellos no resta ni memoria.
¿Y tú eterno serás? Tal vez un dia.
De tus profundas bases desquiciado
Caerás; abrumará tu gran ruïna
Al yermo Anáhuac; alzaránse en ella
Nuevas generaciones, y orgullosas
Que fuiste negarán...
Todo perece
Por ley universal. Aún este mundo
Tan bello y tan brillante que habitamos,
Es el cadáver pálido y deforme
De otro mundo que fué...
En tal contemplacion embebecido
Sorprendióme el sopor. Un largo sueño
De glorias engolfadas y perdidas
En la profunda noche de los tiempos,
Descendió sobre mí. La agreste pompa
De los reyes aztecas desplegóse
A mis ojos atónitos. Veía
Entre la muchedumbre silenciosa
De emplumados caudillos levantarse
El déspota salvaje en rico trono,
De oro, perlas y plumas recamado;
Y al son de caracoles belicosos
Ir lentamente caminando al templo
La vasta procesion, do la aguardaban
Sacerdotes horribles, salpicados
Con sangre humana rostros y vestidos.
Con profundo estupor el pueblo esclavo

Las bajas frentes en el polvo hundia,
Y al mirar á su señor osaba,
De cuyos ojos férvidos brotaba
La saña del poder.

Tales ya fueron
Sus monarcas, Anáhuac, y su orgullo,
Su vil supersticion y tiranía
En el abismo del no sér se hundieron.
Sólo que la muerte, universal señora
Hiriendo á par al déspota y esclavo,
Escribe la igualdad sobre la tumba.
Con su manto benéfico el olvido
La insensatez oculta y tus furores
A la raza presente y la futura.
Esta inmensa estructura
Vió á la supersticion más inhumana
En ella entronizarse. Oyó los gritos
De agonizantes víctimas, en tanto
Que el sacerdote, sin piedad ni espanto,
Les arrancaba el corazon sangriento;
Miró el vapor espeso de la sangre
Subir caliente al ofendido cielo,
Y tender en el sol fúnebre velo,
Y escuchó los horrendos alaridos
Con que los sacerdotes sofocaban
El grito del dolor.

Muda y desierta
Ahora te ves, Pirámide. Más vale
Que semanas de siglos yazcas yerma,
Y la supersticion á quien serviste
En el abismo del infierno duerma!
A nuestros nietos últimos, empero,
Sé leccion saludable; y hoy al hombre
Que ciego en su saber fútil y vano
Al cielo, cual Titan, truena orgulloso,
Sé ejemplo ignominioso.
De la demencia y del furor humano.

Diciembre de 1820.

ZAMBRANA.—La poesía que tituló Heredia «En el Teocalli de Cholula», es ya una de las valientes inspiraciones que revelan la fuerza y elevacion de su ingenio, bien que el género sea descriptivo, ó mejor dicho, por lo mismo que lo es. Aquí describe Heredia de la manera inimitable que sus más severos críticos le conceden. Hemos leido los defectos que el Sr. Cánovas del Castillo señala en esta rica produccion, y su crítica nos parece justísima.—Obras Literarias, Filosóficas y Científicas.—Habana.—1858.—Diferentes épocas de la poesía en Cuba, pág. 117.

AL SOL.

Yo te amo, Sol tú sabes cuán gozoso,
Cuando en las puertas del Oriente asomas,
Siempre te saludé: cuando tus rayos
Nos arrojas fogoso
Desde tu trono en el desierto cielo,
Del bosque hojoso entre la sombra grata
Me deleito al bañarme en la frescura
Que los céfiros vierten en su vuelo:
Y me abandono á mil cavilaciones
De inefable dulzura
Cuando reclinas la radiosa frente
En las trémulas nubes de Occidente.

Empero el opulento en su delirio
Solo de vicios y maldad ansioso,
Para vez alza á tí su faz ingrata.
Tras al festin nocturno crapuloso
Tu luz sus ojos lánguidos maltrata,
Y tu fuego le ofende,
Tu fuego puro que en tu amor me enciende
Oh! si el oro fatal cierra las almas
A admirar y gozar, yo lo desprecio;
Disfruten otros su letal riqueza,
Y yo contigo mi feliz pobreza.

Oh! ¡cuánto en el Anahuac
Por tu ardor suspiré! Mi cuerpo helado
Mirábase encorvado
Hácia la tumba oscura.
En el invierno rígido, inclemente,
Me viste al contemplar tu tibio rayo
Triste acordarme del fulgor de Mayo,
Y alzar á tí la moribunda frente.
«Dadme», clamaba, «dadme un sol de fuego,

»Y bajo él, agua, sombras y verdura,
»Y me vereis feliz!...» Tú, Sol, tú solo
Mi vida conservaste: mis dolores
Cual humo al Aquilon desparecieron,
Cuando en Cuba tus rayos bienhechores
En mi pálida faz resplandecieron.

Mi patria... ¡Oh Sol! Mi suspirada Cuba
¿A quién debe su gloria,
A quién su eterna virginal belleza?
Sólo á tu amor. Del Capricornio al Cáncer
En giro eterno recorriendo el centro,
Jamás de ella te apartas, y á tus ojos
De cocoteros cúbrese y de palmas,
Y naranjos preciosos, cuya pompa
Nunca destroza el inclemente hielo.
Tus rayos en sus vegas
Desenvuelven los lirios y las rosas,
Maduran la más dulce de las plantas,
Y del café las sales deliciosas.
Cuando en tu ardor vivífico la viertes
Larga fuente de vida y de ventura,
¿No te gozas ¡oh Sol! en su hermosura?

Mas á veces tambien por nuestras cumbres
Truena la tempestad. Entristecido
Velas tu pura faz, mientras las nubes
Sus negras olas por el aire ardiente
Revuelven con furor, y comprimido
Ruje el rayo impaciente
Estalla, luce, hiere y un diluvio
De viento, agua y fuego se desata
Sobre la tierra trémula, y el caos
Amenaza tornar... Mas no, que lanzas
¡Oh Sol! tu dardo irresistible, y rompe
La confusion de nubes, y á la tierra
Llega á dar esperanza. Ella con ánsia
Le recibe, sonrie y rebramando
Huye ante tí la tempestad. Mas puro
Centella tu ancho disco en Occidente,
Respira el mundo paz: bosque y pradera
Se ornan de nuevas galas,
Mientras al cielo con la tierra uniendo
El Iris tiende sus brillantes alas.

¡Alma de la creacion! Cuando el Eterno
Del primitivo caos
Con imperiosa voz sacó la tierra,
¿Qué fué sin tu presencia? Yermo triste
Dó inmóviles reinaban
Frialdad, silencio, oscuridad... Empero
La voz Omnipotente
Dijo: *Enciéndase el Sol*, y te encendiste,
Y brotastes la luz que en raudo vuelo
Pobló los campos del desierto cielo.

Oh! ¡cuán ardiente al recibir la vida,
Al curso eterno te lanzaste luego!
¡Cómo al sentir tu delicioso fuego,
Se animó la creacion extremecida!
La sombra de los bosques,
El cristal de las aguas,
Las brisas y las flores,
Y el rutilante cielo y sus colores
A una mirada tuya parecieron,
Y el placer y la vida
Su gérmen inmortal desenvolvieron.

Y esos planetas, tu feliz corona,
Te obedecen tambien: ráudos giraban
Sin órbita ni centro
Del éter en las vastas soledades.
El Creador soberano sujetólos
A tu poder, y les pusistes rienda,
A tu vasta atraccion los enlazaste,
Y en derredor de tí los obligaste
A que siguiesen inerrable senda.

Y tú sigues la tuya, que eres solo
Criatura como yo, y estrella débil,
(Como las que arden por la noche umbría
En el cielo sin nubes) en presencia
De tu Hacedor y mi Hacedor, que eterno,
Omnisio, Omnipotente, dirigiendo
Con designios profundos
Tantos millones férvidos de mundos,
Reina en el corazon del Universo.

¡Espejo ardiente en que el Señor se mira,
Ya nos dés vida en tu fulgor sereno,
Ya con el rayo y espantoso trueno
Al mundo lance su terrible ira;
Gloria del universo,
Del empíreo señor, padre del dia,
Sol, oye: si mi mente
Alta revelacion no iluminara,
En mi entusiasmo ardiente
A tí, rey de los astros, ádorara.

Así en los campos de la antigua Persia
Resplandeció tu altar: así en el Cuzco
Los Incas y su pueblo te acataban.
Los Incas! ¿Quien, al pronunciar su nombre,
Si no nació perverso,
Podrá el llanto frenar...? Sencillo y puro,
De sus criaturas en la más sublime
Adorando al autor del Universo

Aquel pueblo de hermanos,
Alzaba á tí sus inocentes manos.

Oh dulcísimo error! ¡Oh Sol! Tú viste
A tu pueblo inocente
Bajo el hierro inclemente
Como pálida mies gemir segado.

Vanamente sus ojos moribundos
Por venganza ó favor á tí se alzaban:
Tú los desatendias,
Y tu carrera eterna proseguias,
Y sangrientos y yertos espiraban.

1860.

ZAMBRANA.—«Al Sol», compuso Heredia uno de sus mejores cantos: todo respira en él entusiasmo y estro vivífico, campeando con igual fortuna que en «El Niágara» la descripcion magnífica, la diccion brillante y pomposa, las reflexiones severas y el sentimiento de amor y de fé ardiente que nunca, nunca abandonó el poeta.—Obras literarias, filosóficas y científicas.—1858.—Habana.—Diferentes épocas de la Poesía en Cuba.—Pág. 120.

EN UNA TEMPESTAD.

Huracan, huracan, venir te siento,
Y en tu soplo abrasado
Respiro entusiasmado
Del señor de los aires el aliento.

En las alas del viento suspendido
Vedle rodar por el espacio inmenso,
Silencioso, tremendo, irresistible,
En su curso veloz. La tierra en calma
Siniestra, misteriosa,
Contempla con pavor su faz terrible.
¿Al toro no mirais? El suelo escarban
De insoportable ardor sus pies heridos:
La frente poderosa levantando,
Y en la henchida nariz fuego aspirando,
Llama la tempestad con sus bramidos.

¡Qué nubes! ¡qué furor!... El sol temblando
Vela en triste vapor su faz gloriosa.
Y su disco nublado sólo vierte
Luz fúnebre y sombría,
Que no es noche ni dia...
Favoroso color, velo de muerte!
Los pajarillos tiemblan y se esconden,
Al acercarse el huracan bramando,
Y en los lejanos montes retumbando
Le oyen los bosques, y á su voz responden

Llega ya... ¿no le veis?... Cual desenvuelve
Su manto aterrador y magestoso!...
Gigante de los aires, te saludo...!
En fiera confusion el viento agita
Las orlas de su parda vestidura....
Ved...! en el horizonte
Los brazos rapidísimos enarca,
Y con ellos abarca
Cuanto alcanzo á mirar de monte á monte!

¡Oscuridad universal! Su soplo
Levanta en torbellinos
El polvo de los campos agitado...!
En las nubes retumba despeñado
El carro del Señor, y de sus ruedas
Brota el rayo veloz, se precipita,
Hiere, y aterra al suelo,
Y su lívida luz inunda al cielo.

¿Qué rumor? ¿Es la lluvia...? Desatada
Cae á torrentes, oscurece al mundo,
Y todo es confusion, horror profundo.
Cielos, nubes, colinas, caro bosque,
¿Dó estais? Os busco en vano:
Desparecísteis... La tormenta umbría
En los aires revuelve un océano
Que todo lo sepulta...
Al fin, mundo fatal, nos separamos:
El huracan y yo solos estamos.

¡Sublime tempestad! cómo en tu seno,
De tu solemne inspiracion henchido,
Al mundo vil y miserable olvido,
Y alzo la frente de delicia lleno!
¿Dó está el alma cobarde
Que teme tu rugir?... Yo en tí me elevo
Al trono del Señor: oigo en las nubes
El eco de su voz: siento á la tierra
Escucharle y temblar. Ferviente lloro
Desciende por mis pálidas mejillas,
Y su alta magestad trémulo adoro.

Setiembre de 1822.

ULTIMOS VERSOS.

Oh Dios infinito! ¡oh verbo increado
Por quien se crearon la tierra y el cielo
Y que hoy entre sombras de místico velo
Estás impasible, mudo en el altar!
Yo te adoro: en vano quieren sublevarse
Mi razon rebelde y cuatro sentidos,
De Dios el acento suena en mis oidos
Y Dios á los hombres no puede engañar.
Mi fé te contempla, como si te viese
Cuando por la tierra benéfico andabas
Curando mil males, y al hombre anunciabas
El reino celeste, la vida sin fin;
O en aquel momento que arrancó á la tumba
Al huérfano jóven tu palabra fuerte,
Cuando abrió sus garras la atónita muerte
Y gimió de gozo la viuda en Naim.
Redentor divino! Mi alma te confiesa
En el sacramento que nos has dejado,
De pan bajo formas oculto, velado,
Víctima perenne de inefable amor.
Cual si te mirase sangriento, desnudo
Herido, pendiente de clavos atroces
Morir entre angustias é insultos feroces
Entre convulsiones de horrendo dolor.
Señor de los cielos! como te ofreciste
A tan duras penas y bárbaros tratos
Por tantos inícuos, por tantos ingratos,
Que aún hoy te blasfeman: ¡oh dulce Jesus!
Yo si bien cargado con culpas enormes,
Mi Dios te confieso, mi señor te llamo,
Y humilde gimiendo mi parte reclamo
De la pura sangre que mana tu cruz.
Extiende benigno tu misericordia,
(La misma Dios bueno que usastes conmigo)
A tanto infelice que hoy es tu enemigo
Y alumbra sus almas triunfante la fé!
Ojalá pudiera mi pecho afectuoso
Por todos servirte, por todos amarte,
De tantas ofensas fiel desagraviarte...
¿Mas cómo lograrlo, mísero! podré?
Permite á lo ménos que mi lábio impuro
Una su voz débil á los sacros cantos
Con que te celebran ángeles y santos,
Y ellos, Dios piadoso, te alaben por mí.
Mis súplicas oye: aumenta en mi pecho
Tu amor, Jesus mio, la fé, la esperanza,
Para que en la eterna bienaventuranza,
Te adore sin velo, y goce de tí. 1839

SONETOS.

INMORTALIDAD.

Cuando en el éter fúlgido y sereno
Arden los astros por la noche umbría,
El pecho de feliz melancolía
Y confuso pavor sientese lleno.
Ay! así girarán cuando en el seno
Duerma yo inmóvil de la tumba fria...!
Entre el orgullo y la flaqueza mia
Con ánsia inútil suspirando peno.
Pero ¿qué digo?—Irrevocable suerte
Tambien los astros á morir destina,
Y verán por la edad su luz nublada.
Mas superior al tiempo y á la muerte
Mi alma, verá del mundo la ruina,
A la futura eternidad ligada.

Á MI ESPOSA.

Cuando en mis venas férvidas ardia
La fiera juventud, en mis canciones
El tormentoso afan de mis pasiones
Con dolorosas lágrimas vertia.
Hoy á tí las dedico, esposa mia,
Cuando el amor, más libre de ilusiones,
Inflama nuestros puros corazones,
Y sereno y de paz me luce el dia.
Así perdido en turbulentos mares
Mísero navegante al cielo implora,
Cuando le aqueja la tormenta grave:
Y del naufragio libre, en los altares
Consagra fiel á la deidad que adora
Las húmedas reliquias de su nave.

CANOVAS DEL CASTILLO.—Heredia, cuando compara ó describe es siempre grande, tan grande como es y como se desea encontrarlo, y no pocas veces se muestra inimitable en la composicion de los cuadros y en la ternura de las expresiones.—Citado por el Dr. D. Ramon Zambrana en el juicio de que dejamos hecha mencion.

ANDRES BELLO.—Sentimos no sólo satisfaccion, sino orgullo en repetir los aplausos con que se han recibido en Europa y América las obras poéticas de D. José María Heredia, llenas de rasgos excelentes, de imaginacion y sensibilidad, en una palabra, escritas con verdadera inspiracion.—Repertorio Americano.—Lóndres.—1827.—Tomo II.

RAMON VELEZ Y HERRERA.

Nació en la Habana el 4 de Marzo de 1808. A la edad de cinco años comenzó á estudiar en el Colegio de Jesus que dirigia su tio carnal el matemático D. Desiderio Herrera, que cuidó de su educacion, habiendo quedado huérfano de padre á los ocho años. En 1823 ingresó en el Convento de San Francisco para perfeccionarse en el latin. En el siguiente año asistió al curso de filosofia siendo sus maestros los sábios compatriotas Saco y Luz Caballero, pasando despues al de Jurisprudencia que daba el eminente D. José Agustin Govantes permaneciendo en él hasta que recibió el grado de Bachiller en Leyes, en Marzo de 1829. Despues de haber practicado cuatro años con el Sr. D. Manuel Martinez Serrano cursó otros dos en la Academia Teórico-Práctica de Jurisprudencia, no recibiéndose de abogado por la aficion que demostró á la literatura, especialmente á la Poesía, en la cual dirigieron sus primeros pasos los literatos Valdés Machuca, Del Monte y Manuel G. del Valle.

Despues que el ilustre Heredia publicó en 1825 sus poesías en los Estados Unidos á donde emigró en 1823, el movimiento literario en Cuba puede decirse que era casi nulo: entonces resonaron los ecos de Velez; y en «La Moda» y en el Diario de Gobierno, el público de la Habana leia con entusiasmo sus producciones, popularizándose así su nombre.

En 1833, entre los horrores del cólera, publicó su primer tomo de poesías, cuya numerosa edicion se agotó en pocos dias. Era una novedad la aparicion de un tomo de poesías en Cuba, pues á excepcion de la hoy rarísima coleccion de versos de Valdés Machuca que en 1819 se publicó con el título de «Ocios Poéticos», ninguna otra hasta la obra de Velez, en ese género de literatura, habia salido de las prensas habaneras. En 1837 publicó el 2º tomo y en 1838 el 3º; en 1840 el romance «Elvira de Quendo ó los amores de una guajira», libro de 159 páginas, esmeradamente impreso; en 1843 la comedia «Los dos novios en los Baños de San Diego», en 1849 «Las flores de Otoño» y en 1856 la coleccion de «Romances cubanos».

El distinguido literato español Salas y Quiroga en el único tomo de sus *Viajes* publicado, elogia la suavidad y dulzura de los versos de Velez y la regularidad hermosa que los distingue. Luaces y Fornaris en la «Cuba Poética» de 1861, 2ª edicion, celebran á Velez en el concepto de encontrar en ese poeta facilidad en la expresion y sonoridad en los versos y dudan que en ello le esceda otro poeta cubano. No creen que la dulzura, el sentimiento, la suavidad sean las dotes características de Velez,

como escribia Salas en 1840; creen sí, que es eminentemente «fácil y rotundo». Y de sus romances hacen el mayor encomio cuando escriben: «Encontramos algunos de más »colorido local, más viveza y muchos más ricos de versificacion que los celebrados de »Del Monte, introductor de este género de composiciones.»

Otro literato español, Andueza, dice: «su versificacion y estilo son del tiempo de »Melendez, que es su más grande elogio.» (1)

En la «Cuba Poética», de la «Floresta Cubana» (1856) se insertáron muchas de sus más escogidas composiciones; lo mismo en la de 1861 de Luaces y Fornaris y en el Apéndice á la misma de 1864. Tambien tuvo un lugar distinguido en las «Joyas del Parnaso Cubano» escogidas por Juan Clemente Zenea y Valdés Aguirre redactores de las «Brisas de Cuba» y asi mismo en la «América Poética» de los Sres. D. Rafael de Mendive y D. José de Jesús Quintiliano García.

Vélez en el extranjero ha tenido alta significacion, y en prueba de ello citaremos la «América Poética de Valparaiso» publicada en 1846, el «Diccionario Biográfico de americanos célebres» del Sr. Cortés y la «América Poética» publicada por el mismo señor en la capital de Francia el año de 1875. En Sevilla, en Madrid, Barcelona y México se han publicado en los periódicos muchos de sus versos.

Colaboracion asídua prestó en esta ciudad en «La Moda» de Del Monte, en «El Artista» de Suzarte, en el «Correo de la Tarde», en la «Siempreviva», en la «Prensa», en «El Siglo», «Diario de la Habana» y «Gaceta»; sin olvidar la «Revista de la Habana», «La Piragua» y la «Floresta Cubana» de que fué co-redactor con D. José Fornaris, D. Felipe Lopez de Briñas y D. José Socorro de Leon.

El Liceo de la Habana le otorgó en Juegos Florales una medalla de oro por su Oda á Franklin, y una medalla de plata y el título de sócio de mérito por la Oda á La Fe, cuyas dos medallas con gran solemnidad le colocó en su pecho el General Concha. Más tarde, en 1859, en otros Juegos Florales del mismo Liceo, obtuvo la medalla de plata por su oda «Al cable submarino».

Velez, escribe todavia excelentes versos, y es uno de los poetas cubanos que con más constancia y fervor ha estudiado los clásicos españoles, habiendo merecido de persona tan perita en crítica literaria, como lo es el Sr. D. Rafael María de Mendive, este juicio: «Popular por su carácter, y más que por ésto, por la facilidad con que su plu»ma ha trazado en armoniosos versos la imágen de una hoja caida, el vuelo de un pája»ro, el brillo de la estrella de Vénus, la soledad de un valle;—popular por su fecun»didad, y más que por ésto, por el tino con que ha sabido manejar ciertos asuntos »que no por sencillos dejan de ser harto difíciles, Velez es acaso el poeta cubano más »laborioso y digno, por esta circunstancia, de ser sinceramente apreciado por sus »compatriotas.» (2)

Para cerrar estos ligeros datos, diremos que Poveda y Velez, son los dos poetas más antiguos de la generacion presente, y mucho deseamos que se prolongue la preciosa vida de ambos y que leguen á esta hermosa Isla nuevas y valiosas producciones que enaltezcan la lira cubana.

A FRANKLIN INVENTOR DE LOS PARA-RAYOS.

ODA (3).

Eripuit cœlum fulmen sceptrumque tyrannis.—Turgot.

Todo cede al poder del hombre osado.
En vano le negó Naturaleza
Sus dones prodigiosos;
De audacia vencedora
Su noble génio armado
Lucha, y el Orbe atónito, domina,
Y en un trono soberbio levantado,
Casi despliega magestad divina.

(1) Juicio Crítico al tomo 3º de sus Poesías.
(2) *Revista de la Habana.*—1856.—Tomo V.—Págs. 97-98.
(3) Esta Oda fué premiada con una medalla de oro en los Juegos Florales del Liceo de esta Ciudad, el 30 de Noviembre de 1857.

En su serena frente centellea
Luz inmortal, recorre su mirada
La eternidad pasada,
Y creando su mente pensadora
En cada maravilla un gran portento,
En la marcha del génio triunfadora
Es la tierra del hombre un monumento.

En vano la ignorancia alzando el velo
Opone á la sublime inteligencia
Las nubes del error; ella en su vuelo
En entusiasmo férvido se enciende,
La frente, mudo, el universo inclina,
Y escalando los cielos se levanta
Al fuego celestial que la ilumina.

¡Newton sublime, perdurable gloria
De la soberbia Albion! El tiempo impío
Pasó sobre tu nombre, y le respeta,
Y atravesando el piélago vacío,
Obedecen tu excelso poderío
De la estrella invisible hasta el cometa.

Así en tu curso infatigable vuelas
Por la etérea region: su negro manto
La atmósfera recoge, y á tu vista
En el tendido cielo resplandecen
Júpiter centellante,
Saturno de su anillo revestido,
La hermosa Vénus y el distante Urano,
Y en las alas del génio conducido
En esa inmensidad vagas perdido
Desde el Orion hasta el confin lejano.

¡Copérnico inmortal! Fulton sublime,
Colon, Descártes! ¡Sombras generosas,
El mundo su homenaje de alabanza,
Tributa á vuestra gloria,
Y fama magnífica os ofrece,
El láuro duradero
Que salvando la noche del sepulcro,
De la inmortalidad en el sendero
Triunfa del tiempo audaz!... ¡Franklin divino
¿Cómo olvidarte? Iluminando el mundo
Aparece tu nombre. El Delaware
Al despeñar sus ondas tempestuosas
En el hirviente Océano
Sus hielos detenia
Y el génio del atleta americano
Como el brillante sol resplandecia.

Oh! vedlo en los espacios suspendido
La frente armada de alta inteligencia
Recorriendo en su curso magestuoso
Un desierto vastísimo: su ciencia,
Alas le presta, el génio su osadía,
Y en tu sólio, ¡sublime Omnipotencia!
El rayo encadenado deponia.
¿Cómo seguir en la region del cielo
Su carrera triunfal? Las tempestades
Estallan con furor: su soplo ardiente
La atmósfera revuelve, y sacudida
Amenaza turbar el equilibrio
Del eje de la tierra conmovida.
¿No oís? Del fondo pavoroso
De este abismo profundo,
Entre tinieblas lúgubres renueva
El cáos tenebroso
La universal desolacion; en vano
Que fuerte y poderoso
En alas de la física te elevas,
Y en medio de ese Oceano tempestuoso
La ley que rige el universo, llevas.
En silencio meditas,
Y el pensamiento osado precipitas
Tras el rayo veloz: salvas las nubes
Donde sereno en magestad paseas,
Y hasta su cuna á dominarlo, subes,
Do cercado de gloria centelleas.
¿Lo veis? Ante la luz que le ilumina
El fiero meteoro
Atónito se oculta: extremecido
Lo fuerza tu poder: baja disuelto
De una cadena eléctrica impelido
Sin la luz del relámpago, y el trueno,
Y del ígneo ropaje despojado,
Inclina la cabeza, silencioso,
En abismo profundo sepultado.

¡Y es este el mónstruo fiero
Que el universo atónito, temia,
El rayo poderoso
Que al Orbe, mudo, de terror heria,
Al brotar estallando en la tormenta
De nube turbulenta!
¡Oh, Franklin inmortal! sólo, y guiado
Por la luz celestial que te inflamaba.
El vuelo suspendias,
Y turbando el reposo de la esfera
Esa region sin límites medias,
Encadenando el rayo en su carrera.

Loor eterno á tu sublime nombre,
Génio del bien! Acepta el voto puro
Del férvido entusiasmo que me anima
Y que mi ardiente cítara te ofrece,
Del alto Empíreo en el celeste asiento
tu gloria resplandece...
¿Qué importa que la tumba silenciosa

Cubra tu cuerpo en polvo convertido?
No envolverá tu sombra magestuosa
Con su manto el olvido...
Cuando el Orbe entre escombros derrocado
Detenga su carrera,
Escucharás del lábio moribundo
La admiracion postrera.
¿No oyes el mundo? En himnos de alabanza
Reverencia tu nombre y tu memoria:
Tuya es esa invencion, tuya la gloria
Y al erigirte altares
A la par de sus génios tutelares
La augusta humanidad te abre su historia.

Mas no siempre espectáculo tan bello
El hombre nos presenta: armado en ira,
Aquí oprime, allí mata, acá se encumbra,
Y cual cometa fúnebre deslumbra
Ante el Dios del averno que le inspira.

Por un instinto ciego arrebatado
Vuela y domina audaz: mares y tierra
Acusan su furor, y atormentado
La ambicion y la funesta guerra
En su saña demente
Osa exclamar: «el Universo es mio»,
Y el láuro vencedor orla su frente.

Y la tierra le ofrece el holocausto
De admiracion sacrílega, su planta
Bañada en sangre sin piedad humea,
Entre soberbias ruinas se levanta,
Y el mundo combatido titubea.

¡Maldicion á esos monstruos! ¡Calla, oh lira!
Que en el silencio de tu hogar tan sólo
Himnos te arranca la virtud austera,
No el crímen insolente
Y si triunfa del uno al otro Polo
Odio me inspira su laurel fulgente.

Pero naciste ¡oh Frankin! y en tu cuna
El cielo sonrió, ciñó en tus sienes
Minerva su corona,
Y el ángel de la gloria sacudia
Sus alas misteriosas, y en silencio
La centella divina te imprimia.

¿No es eterna la fama que te abona?
¡El mundo un himno á su alabanza entona!
¿Quién más digno que tú? No fué tu vida
De la austera virtud sublime ejemplo?
Hoy tu patria levanta agradecida
A tu memoria perdurable un templo.
¿Qué pudieron los tiempos y los siglos
A tu audacia ocultar? Tu inteligencia
Midió inspirada la region del cielo
Y en vastas soledades tu osadía
La tempestuosa nube sacudia
De la electricidad rasgando el velo.

Hoy tu sepulcro silencioso cubren
La gloria y la virtud: bajo sus alas
Tu alto renombre al porvenir ligado
De los siglos al vuelo,
Triunfa, te escuda, y el laurel sagrado
De la inmortalidad te ciñe el cielo.

Oh! Franklin! El sencillo monumento
Donde reposas, la oblacion recibe
Del Universo atónito, los tiempos
En su veloz carrera
Respetarán tus restos venerables,
Y la tierra guardando tu memoria
A par de *Fulton* que gozosa admira
Uniendo el homenaje á la alabanza,
Te ofrecerá una página en la Historia
Tributo al hombre que la gloria alcanza!

EL PAN DE MATANZAS.

¡Magnífica montaña! Alzas la frente
En la verde llanura do reposa
Tu altiva magestad! El transparente
Velo de nieblas que tu faz circunda,
De púrpura brillante el Sol inunda
Cuando vierte su luz resplandeciente.

Todo es sublime aquí. Leves vapores
Que tiñe el luminar sobre las nubes
Disuelven los colores,
La silenciosa yerba resplandece
Herida por los rayos de la aurora,
Mientras pinta la llama abrasadora
Cuanto á la vista atónita aparece.

¡Magestuoso gigante! el alma mia
Al contemplar tu espléndida diadema
Se eleva á Dios, y á su bondad suprema
En alas de la fe su canto envia;
Mi ardiente fantasía

Admirando espectáculo tan bello
De inspiracion henchida,
Clava en tu faz su altivo pensamiento,
Y canta tu belleza enardecida
Remontando su vuelo al firmamento.

¡Oh! cuántas veces la profunda noche
De soledad cercada,
Al rumor de las brisas y las flores
Me vió inclinar la frente atormentada
Y buscar un alivio á mis dolores.
Entonces ¡oh montaña!
En juventud mi corazon ardia
Abierto á las risueñas ilusiones,
Y el tempestuoso mar de las pasiones
No helaba el fuego que en mi frente hervía.

Oh! cuánto te amo! este silencio augusto,
Esta calma que en torno me rodea,
Este sol que fulgura y centellea
En entusiasmo férvido me elevan,
Y me inspiran sublimes pensamientos
En la profunda soledad que adoro,
Y á tí, Dios de los cielos, invocando
Tu alto poder y magestad imploro.

Entre la pompa del brillante dia
Yo te miro bajar al Occidente
Salvando el horizonte ilimitado
En tu inmortal carrera!...
Y el filósofo audaz intenta osado
De negra duda y de impiedad armado
Manchar ¡oh Dios! tu magestad severa?

¡Silenciosa montaña! acepta el voto
Que mi solemne inspiracion te envia,
Tuyos son el ambiente perfumado
Que vierte para tí la noche umbría,
Y la voz de los mágicos arroyos,
Los bosques y palmares
Y las brisas sonantes en su vuelo;
Tuyos la luz y el explendor del cielo
Y rugir á tus piés oyes los mares.
¿Qué falta á tu poder? Inmóvil, sóla,
Dominas con tus ojos la llanura
Coronada de pompa y de verdura
De tu belleza expléndida aureola.

Tu viste al indio en tu silvestre falda
Recoger en tus rocas la guirnalda
De *lirios y diamelas;*
Con su salvaje música sonora
Pobló el aire de agreste melodía
Y de plumas brillantes revestido,
Al son del caracol bailar hacía
El ángel de sus sueños más querido.

Y viste ¡ay Dios! sobre tu adusta frente
Estrellarse al pasar los huracanes
Hirviendo las tormentas en tu seno
Con su sordo bramido,
Miéntras el rayo y espantoso trueno
Dilataban, montaña, su estallido.

Y tú serena en tanto
Circundada de luz y de belleza
Sobre la tempestad te levantabas,
Y la etérea region enseñoreabas
Elevando orgullosa la cabeza.

¿Y siempre será así? oh! no: que un dia
Con fuerte oscilacion el Océano
Sus lóbregas cavernas sacudia:
Bramó la tempestad: fúnebre velo
La creacion exánime envolvía,
Y cual triste cadáver
El Sol el firmamento recorria!

Entonces con furor se despeñaron
Las turbulentas olas del Océano,
Y el seno de la tierra atormentaron
Desgarrando en su choque un continente,
Y del Señor la poderosa mano
Mudó sus formas y humilló tu frente.
Y en el monton de piedras esparcidas
Un inmenso archipiélago elevaba,
Y su palabra férvida enfrenaba
Del Océano las aguas combatidas.

Oh! ¡quién sabe si tú, pobre reliquia
Que el mar furioso sin cesar batia;
En el naufragio universal te alzaste
Cuando aquilon fogoso sacudia
Las negras alas con hervir rugiente,
Y el jardin de mi Cuba coronaste
Ceñida en torno de explendor luciente.

¡Quién sabe, alta montaña! los destinos
Que te guarda el Señor en sus arcanos!...
¿Quién salva la region de lo futuro,
Si en el umbral del porvenir oscuro
Se estrella la ambicion de los humanos?

¡Cuántos imperios, tronos y naciones
Has visto derrocarse!
¡Cuánta pompa y grandeza
En polvo sepultarse!
Y han pasado á tus piés generaciones
En su incansable curso despeñadas,

Como vuelan las olas agitadas
Que azotan con furor los Aquilones.

Hoy libre, audaz, con magestad triunfante
El tendido horizonte enseñoreas,
Magnífico gigante,
Y el porvenir sereno te sonríe:
Mas ¡quien sabe si el Dios Omnipotente
En su fallo severo
Levantará su brazo justiciero,
Y en los abismos de la mar hirviente
Te arroje despeñada
Sin pompa ni belleza,
Y al fiero soplo de huracan rugiente
Inclines silenciosa la cabeza!!!

EL GUAJIRO POETA.

Una noche deliciosa
En el pueblo de Melena,
Al son del tiple y del güiro
Se juntaron las Sitieras.
La poblacion celebraba
Al tierno amante de Elena
Que la palma arrebató
A Lopez en la carrera.
Al deleite convidaba
Del aire la trasparencia:
Copos de nieve fingian
Las nubecillas ligeras;
El céfiro susurrando
Jugaba en las arboledas,
Y las melodiosas auras
Alegraban las florestas.
Graciosamente vestidas
Entonaban las vegueras
Al son del tiple cubano
Esas sublimes endechas
Con que al cantar sus amores
Lloran placeres y penas.
Al pié de un alto jagüey
Que una fuentecilla riega
Salpicando con sus aguas
Arbustos, flores y yerbas,
Regocijadas y alegres
Las guajiritas se sientan.
Cantó con voz melodiosa
Una gallarda trigueña,
Y la expresion de sus ojos
Pintaba sus notas bellas.
Cuando improviso Juan Lopez
Desenfadado se acerca,
Y ¡á improvisar! gritan todos,
Y el bardo con faz serena
Despues de un cortés saludo
A complacer se presenta.
Era el mozo en el partido
Muy amado de las bellas,
Decidor, de fácil habla,
Y galante con las hembras,
Y áun le picaba la musa
Al jóven, y era poeta,
Porque el guajiro de Cuba
Al ver la naturaleza
Que vierte el rico tesoro
De su virginal belleza,
En el rumor de los mares,
En la luz de las estrellas,
En los ricos manantiales
De aguas diáfanas y tersas,
En los brillantes cocuyos
Que aleteando centellean,
En el guatiní que salta,
En los sunsunes que vuelan,
En la yagua desprendida
De la flexible palmera,
En las auras de la tarde,
O en los ecos de la selva.
Instantánea inspiracion
Brota de su alma y se eleva,
Y á meditaciones graves
En la alta noche se entrega.
Toma con desembarazo
Lopez el tiple, puntea,
Y afirmando las clavijas
Recorre airoso las cuerdas,
Y suelta al viento apacible
Sus melodiosas cadencias.

»Amé una fragante rosa
Pompa del bello pensil,
En su más lozano Abril
Que fué mi esperanza hermosa
Más que el alba, deliciosa,
Fijé en ella la mirada,
En su frente retratada

El alma de un ángel ví,
Y entre sus brazos creí
Ver mi existencia encantada.»

«Oh! qué amargos sinsabores,
Batallas, celos, tormentos,
Sorprendidos pensamientos
De unos culpables amores:
Alma ultrajada! No llores;
Recuerda lo que pasé,
Y dí, si puede la fé
Santo culto tributar
A la que ciego un altar
En mi corazon alcé.»

«Yo mi existencia pasaba
En dolorosa agonía,
Y la ingrata me vendia,
Y el tálamo profanaba:
Con labio impío juraba
Una fingida inocencia,
Sin pensar que la conciencia
Cuando en el rostro se pinta,
Mancha como negra tinta
Del alma la transparencia.»

«¡Ilusion de mi esperanza,
Sueño de la fantasía,
En secreto te queria
Como el que imposible alcanza!
¿Qué conseguí? Destemplanza,
Fuga, amenaza, otro amor,
Y ver marchita la flor
Cuyo aliento virginal
Secó con soplo fatal
El desencanto traidor.»

«Recuerdos halagadores
De mi juventud ardiente,
Venid, y en torno á mi frente
Borrad mis tristes dolores:
El campo no tiene flores,
Ni luz el sol para mí,
¡Muerta está... Ya la perdí!
¿Qué importa que viva esté?
¿Puede un corazon sin fé
Despertar el frenesí?»

Cesa el canto, enagenada
Aplaude la concurrencia,
Admirando la expresion
De aquellas sentidas quejas.
Yo que escuché al trovador,
Alcé mis tristes querellas,
Y el destino lamenté
Del malogrado poeta.
¿Qué le importa el porvenir?
Su alma abrasada se eleva
Al ver las sonoras linfas
Que del monte se despeñan;
Hallará la inspiracion
En nuestras noches serenas,
O si la luz de la luna
Con su clara transparencia
Baña el bosque silencioso
Que en la alta roca contempla:
En el vuelo del sinsonte
Que en las ramas aletea,
En el bello tocoloro
Que ricas plumas ostenta,
En las gaviotas del mar,
En las garzas de las selvas,
O en la música solemne
De las palmas y las seibas.
La flor, el ave, y el rio
Inspirarán su alma inquieta,
Pero su ingenio perdido
Como las vírgenes tierras
Donde una estéril semilla
En vez de frutos dá yerbas,
No le ofrecerá la palma
Do la gloria duradera,
Ni la alta inmortalidad
Le abrirá jamás sus puertas.
Vendrá el arado mañana
Con la cortadora reja
A remover fecundando
La sequedad de la tierra,
Mas no la luz del saber
A mi guajiro poeta
Que pasará silencioso
Improvisando en las ferias,
Y en el ruido del festin
A una poesía austera
Verá marchitar las galas
De su nativa belleza,
Sin que nos quede del bardo
Más que una memoria muerta.
¡Perdido vate! Los cielos
En olas de luz inmensas
Bañaron tu pura frente,
Y el ángel de la existencia
Veló tu cuna al nacer,
Y en tu frente centellea
La luz divina del génio...
¿Malgastarás tus cadencias,
Y la pompa y armonía

Que tu alta musa desplega,
Perdiéndose tus canciones,
¡Oh malogrado poeta!
Como aquel sonido vago
Que nunca un eco despierta?
Oh! no: con osado vuelo
La imaginacion elevas.
Y un oceano ilimitado
En tu carrera atraviesas,
En el silencio medita,
Estudia avaro las ciencias
Que ofrecen rico tesoro,
Y cuando tu mente llena
De concepciones sublimes
Las rápidas alas tienda,
Aspirarás al renombre
De la ilustre Avellaneda,
Del severo Milanés
O del inmortal Heredia.

LA PELEA DE GALLOS.

Una mañana de Pascua
Del Guayabal á la Seiba,
No quedó un aficionado
Que á las Mangas no corriera,
A presenciar de los gallos
Las celebradas peleas.
Apénas la luz del alba
Dora los montes risueña,
Cuando de airosos ginetes
Nuestros caminos se pueblan.
Entre todos se distingue
Por su gallarda apariencia,
Noble ademan, bella estampa
Juan Perez el de las Vegas.
Monta el bizarro guajiro
Un caballo de piel negra,
Casco liso, fuerte pecho,
Ojos vivos, crin espesa,
Tan lijero en regatear
Que la cola en la carrera
Oculta el ligero bruto
Entre las delgadas piernas.
El mancebo que lo rige
Corriendo se gallardea.
Y apénas toca al pasar
A las puntas de las piedras.
Sencillamente vestia
De blanco, y en la cabeza
Atado muestra un pañuelo
De listas, y calza espuela,
Machete al cinto, terciado,
Y de paja de la tierra
Luce un sombrero tejido
Que parece fina tela.—
Un gallo lleva en la mano
Terror de Guara y Melena
Que cuando pica á un rival
Muere al punto, ó aletea.
Llega á las Mangas, las calles
Se cubren de gente inquieta
Que del sangriento combate
Solo la señal espera.
Agólpanse los curiosos,
Y cuando el galan pasea,
Los ojos del pueblo fijos
En la carrera se lleva.
¡Es Juan Perez! gritan unos,
¡El gallero de la Seiba!
Claman otros, y sonando
Va Perez de lengua en lengua.
Encaminóse gallardo,
Y soltando entrámbas riendas,
El intrépido ginete
Se arroja de un salto en tierra.
Pisa la valla, saluda;
Y el pueblo le victorea
Porque es el mozo más rico
Que hay de San Diego á la Seiba.
¡Juan Perez! exclama absorta
Al verlo la concurrencia,
Formando un estruendo ronco
Que al turbado mar semeja
Cuando con sordos bramidos
Azota nuestras riberas.
Serenóse la algazara,
Y con varonil presencia
Rompe la turba apiñada
Juan Perez con faz serena.
—Aqui está el gallo, es valiente,
Y con cien onzas se juega,
Sin medir los espolones,
Ni sujetarlo á la pesa.—
Dice; y lo arroja orgulloso
Con tan vigorosa diestra
Que al caer abre las alas,
Y ufano se gallardea.

Era el bizarro animal
De la raza de las Sierras,
Agil, intrépido, osado,
Largo pico, pluma negra,
Cuello erguido, corvas uñas,
Descarnada la cabeza.
Clava los ardientes ojos,
Escarba y pica la tierra,
Sacude el cuerpo, y cantando
Con fiero ademan pasea.
—Acepto el reto; cien voces
Se oyen á un tiempo y resuenan.—
Porque si admiran del gallo
El brío y la gentileza
Un contrario le preparan
Vencedor en diez peleas.
Mas de improviso el gentío
Rompe el gallardo Juan Mena,
Mozo apuesto y agraciado,
Dueño de sitios y vegas,
Avecindado en las Mangas,
Gallero por excelencia,
Aunque muy escaso de años
En la valla se presenta.
—Cien onzas más, camarada,
Voy á mi gallo, y lo suelta.
Era el animal la flor
De los gallos de Cepeda,
Talisayo, de alta estampa,
Ancha cola, aguda espuela:
Lo amarillo de las plumas
Que con las negras se mezclan,
Forman bellos tornasoles
Que deslumbran y reflejan.
Pero calmóse el bullicio,
La valla en silencio queda,
Ni un acento, ni un murmullo
Turba un instante la escena,
Y el temor y la esperanza
Tiene la gente suspensa.
Dada la señal, furiosos
Se arrojan á la pelea
Los dos terribles rivales
Combatiendo con fiereza:
Como se lanzan dos tigres
Al encontrarse en las selvas
Despedazándose audaces
Con dobles garras sangrientas,
Los sañudos adversarios
Vuelven, y luchan, se empeñan.
Los miembros ensangrentados,
Las plumas al aire vuelan.
Al parecer se fatigan,
Y abandonan la palestra,
Pero encendidos de nuevo
En la rabia que los ciega,
Se embisten y se entrelazan
Pico á pico, espuela á espuela.
El prieto se vuelve atrás,
El talisayo se acerca,
Cuando de un vuelo el de Perez
Salta y estrecha al de Mena,
Clávale el pico, y de un golpe
El corazon le atraviesa.
Herido el gallo, vacila,
Gira, y las alas sangrientas
Abre y recoge inclinando
En el suelo la cabeza.
Pero se encarniza el prieto,
Sobre el cadáver pasea,
Lo pica, escarba y sacude,
Y aunque herido canta y vuela,
Oyese un sordo rumor,
Se agita la concurrencia;
Uno corre, otro maldice,
Aquel jurando reniega,
Unos cobran, otros pagan,
Este con gritos atruena,
Formándo el estruendo ronco
Del huracan en las selvas.
Envanecióse Juan Perez
Y al regocijo se entrega,
Y entre los vivas y aplausos
Que hasta en los montes resuenan,
Al ver que sacan su gallo
Victorioso en la pelea,
Monta de un salto su potro,
Y lanzado en la carrera
Por las escabrosas calles
De las Mangas atraviesa,
Y al tender la oscura noche
El manto de sombras negras
Con el gallo vencedor
Entra triunfante en la Seiba.

EL COMBATE DE LAS PIRAGUAS.

A MI AMIGO MARTIN VILARO Y DIAZ.

Cortando airosas los mares
Vuelan las bellas piraguas
Que á los combates conduce
El casique de Bahama.
En el altar se arrodilla,
Jura el guerrero venganza,
Y su belicosa gente
Encamina á nuestras playas.
Pueblan con ecos sonoros
Los aires y las montañas,
Y con los remos y quillas
Las olas atormentadas,
Nevados surcos de espuma
Heridas del sol formaban.
Son los guerreros feroces
De las vecinas Lucayas.
Tiñen el rostro severo
Pintas negras y encarnadas,
Y á la merced de los vientos
Las rojas plumas flotaban.
Un casique los dirige
Tan experto en las batallas,
Que no hay islote en el golfo
Que no cante sus hazañas.
El invierno de la vida
Aun su brazo no doblaba,
Y en los centellantes ojos
Refleja el fuego del alma.
Un magnífico carcax
Cuelga del hombro á la espalda,
Y en la alta mano suspende
Una nudorosa maza.
«Avancemos, compañeros,
El que espera nada aguarda,
La prudencia hace al cobarde,
El héroe fia en la audacia.»
Dice, y su gente furiosa
Flechas y piedras dispara,
Y avanzando en dobles líneas
Cercan el puerto de Jagua.
Aturde el ruido que forman
Los guerreros en su marcha,
Y el espanto y el terror
En nuestras costas derraman,
Y á lo léjos parecian
Las infernales fantasmas,
Que en las tartáreas regiones
Entre las tinieblas vagan.
Nuestras indias inocentes
Que los cerros coronaban,
Despavoridas corrian
A las desiertas cabañas,
Sueltos los negros cabellos
En las desnudas espaldas,
Y en la cuna de sus hijos
Los bellos ojos fijaban.
Pero apénas el rumor
Oye el casique de Jagua,
Al fiero Ornoya confia
La salvacion de la pátria.
Todo es vida y movimiento,
Hierve la gente en las playas,
Resuenan los caracoles,
Cúbrese el mar de piraguas,
Y las lúgubres bocinas
Sordas el aire rasgaban.
Vuela el casique al combate,
Y la juventud arrastra,
Ya con el arco, ó la piedra,
Ya con el remo ó la maza.
Ornoya! el fiero guerrero
Flor de los héroes de Jagua,
Cuyo brazo no vencido
Era el cedro en la montaña,
Y cuya voz escedia
Al trueno que ronco brama,
Y al rayo que corta el aire
En rapidez semejaba.
Dá la señal, y sangrientos
Sus guerreros avanzaban,
Y empeñan la recia lid,
Tiñen de sangre las aguas,
Chocan las naves, se estrellan,
Y airadas se despedazan
Las dos enemigas tribus
Al soplo de la venganza.
En medio de la pelea
Ornoya el brazo levanta,
Aquí hiere, allí extermina,
Allá empuñando la maza
Abre á un rival la cabeza
Y del cuerpo la separa.

Pero al ver que el enemigo
Dobla irritado su audacia,
Con acento varonil
A su hueste electrizaba.
«Compañeros, la victoria
Corona nuestra esperanza,
Combatámos, y seguidme,
Que el que espire en la batalla,
A la noche del sepulcro
No bajará sin venganza.
¿Qué temeis? Una es la muerte,
Sólo la deshonra infama,
Los cuerpos del enemigo
Nos servirán de mortaja,
Al crugido de los huesos
Que hollemos con nuestras plantas»;
Dice; y las naves ligeras
Miden furiosas las aguas,
Cortan el aire las flechas,
El mar sus ondas levanta,
Y se amontonan cayendo
Piedras, troncos, leños, mazas;
A los golpes se desploma
Una entreabierta piragua,
Y en las rocas puntiagudas
Se oyen estrellar las tablas.
Embravecida la lucha
Se estrechan y se entrelazan
Combatiendo los rivales
Con enfurecida saña.
En el cráneo del vencido
Las agudas uñas clavan,
Y en las órbitas vacías
Los sangrientos ojos saltan.
Arrancan la cabellera
Del que cayó en la piragua,
Y con la carne aun caliente
Sobre los remos flotaban.
Los guerreros semivivos
Arroja el mar en las playas,
Y los fúnebres clamores
El viento lleva en sus alas.
Los tiburones roqueros
En las olas aleteaban,
Y á los héroes insepultos
Con los dientes despedazan.
Lago de sangre es el fondo
De cada hundida piragua
Nadie vacila en la lucha,
Y el laurel de la batalla
Indecisa la victoria
A los campeones negaba
Cuando rompiendo las olas
En una hermosa piragua
Por las filas enemigas
El audaz Ornoya avanza,
Y al génio de las tinieblas
Finge el guerrero en su marcha;
Síguenle doce campeones
Recios de miembros y espaldas;
Agiles, vivos y osados,
En cuya frente tostada
Azules y blancas plumas
Tintas en sangre flotaban.
Enfurecidos se arrojan,
Y en la enemiga piragua
Acometen al casique
Que fieramente luchaba
Con el tropel de guerreros
Por arrebatar la palma,
Cuando clavan en sus sienes
Una flecha emponzoñada:
El casique lanza un grito,
Vacila, cae, y la maza
De la mano moribunda
Suelta al exhalar el alma,
Esclamando en ronco acento
Victoria! Muerte! Bahama!
Al ver caer al guerrero
Infiel su gente desmaya,
Y furioso el bravo Ornoya
Rompe, desordena, mata,
Filas enteras derriba,
Y de piragua en piragua,
Como el rayo en la tormenta
Atropella, desbarata,
Y en el monton de cadáveres
Su sombra se dibujaba
Como el ángel de la muerte
Que el Universo amenaza.
«Victoria!» gritan cien voces,
Y en la ruidosa algazara,
Victoria! á Ornoya repiten
Las indias en las montañas.
Huye aterrado el vencido,
Baten los remos las aguas,
Y en el vecino horizonte
El sol las velas doraba;
Hierven lae olas, los vientos
Desplegan fieros las alas,
Y en filas de dos en dos,
Con las vencidas piraguas
Y seis casiques rendidos
Entra el vencedor en Jagua.

LA FLOR DE LA PITAHAYA.

A JOSE FORNARIS.

Una noche deliciosa
Que la luna derramaba
Su diáfana claridad
Sobre los montes de Guara;
Que las graciosas sitieras
Bellas y regocijadas
Pasaban la Noche Buena
Bailando como de Pascua,
Sin que el temor las aflija,
O las turbe la desgracia:
Sienten un vivo rumor
Y ven por la encrucijada
Como los aires rompia
En una hermosa potranca
Una gallarda mujer
Tan bella como bizarra.
Sencillamente vestia
Sembrado de estrellas blancas
Un traje azul, ostentando
Con una inocente gracia
Al soplo del cefirillo
«La flor de la Pitahaya».
Entra, y las lindas sitieras
Los ojos en ella clavan,
Y como heridas del Sol
Quedan todas deslumbradas.
Sobre las trenzas tan negras
La bella flor resaltaba,
Y lo blanco de las hojas
Y el verde de la esmeralda
Como un disco relucia
Formando una mezcla rara
De tornasoles rojizos
«La flor de la Pitahaya».
Cortóla en los manantiales
De aguas serenas y claras,
Sentóse en la fresca yerba,
En las lindas guarda-rayas
De zapotes y bambúes
Que dan entrada á su casa.
Rogóle Genaro fuera
Con la hermosa flor á Guara,
Y ella por corresponder
A sus amorosas ansias
Ciñó en su airosa cabeza
«La flor de la Pitahaya».

Apénas rompe la orquesta,
Ya las sitieras pasmadas
Envidian los atractivos
De la deidad sobrehumana,
Que una vestal parecia
Por lo bella y lo gallarda.
Prendando los corazones,
Y arrastrando las miradas
De la alegre muchedumbre
Recorre Elena la sala,
Uno le arroja un pañuelo,
Otro la requiebra y canta,
Aquel le fija los ojos,
Esotro admira sus gracias;
Y cual las parleras aves
Despiertan en la enramada
Saludando con sus himnos
La hermosa vuelta de alba,
Así saludan gozosos
«La flor de la Pitahaya».
Genaro acercóse á ella,
Miróla, y con faz turbada
Sacóla, bailando airosa
Con tal donaire y tal gala,
Que la concurrencia al verla
De júbilo se arrebata.
Atónitos los guajiros
A solas se preguntaban
Quién era aquella mujer
Cuya belleza encantaba,
Y supieron que era Elena
Que aquella noche hasta Guara
Vino sólo por lucir
«La flor de la Pitahaya».
En tanto la guajirita
Se mece como una palma,
O como el junco de un rio
Tan flexiblemente baila
Que en el duro suelo apénas
Los pequeños piés estampa.
Cuando súbito clamor
Alzan galanes y damas,
El pueblo flores arroja,
Cúbrese el aire de capas,
Y en tumulto resonar
Se oyen vivas y palmadas

Que aturden con ronco estruendo:
¡Gloria á Elena! todos claman,
Y gloria á Elena responden
Los ecos en las montañas.
Ella con noble ademan
Saluda, cruza la sala,
Monta su yegua lijera,
Y con las riendas terciadas
Velozmente se despide
Como una flecha lanzada
Del arco, tendiendo al viento
«La flor de la Pitahaya.»

SALAS Y QUIROGA.—Entre los jóvenes que actualmente se dedican en la Habana, al culto de la poesía, se debe citar á D. Ramon Velez, jóven de esperanzas y de talento. Su facilidad para versificar es grande, y como todas las personas dotadas de este raro privilegio, abusa con frecuencia de él. Maravilla ver el prodigioso número de sus versos, y bien claro es que suele perjudicar en poesía á la perfeccion la abundancia. El carácter de los cantos del Sr. Velez es la suavidad y dulzura; hay una regularidad hermosa en sus composiciones. Gustan por lo general todas, sin que ninguna arrebate. Los arranques del génio no son comunes en ellas; pero los defectos escasean igualmente.—*Viajes de D. Jacinto de Salas y Quiroga.*—Isla de Cuba.—Tomo I.—Madrid.—Boix, editor. — 8º.—XXI.—Págs. 182-183.

FORNARIS Y LUACES.—Velez se distingue por la sonoridad de los versos y lo fácil de la expresion, bajo cuyo aspecto dudamos que le esceda otro poeta cubano.—*Cuba Poética.*—Habana. 1861.—Pág. 40.

LOPEZ PRIETO.—Tiene Velez la indisputable gloria de haber inaugurado la época más brillante que se registra en la historia del movimiento literario en Cuba, trabajando siempre con una constancia y una actividad de que no han dado muestras hasta ahora otros poetas cubanos. Los primeros acordes de su lira dieron á conocer al poeta en 1829. Su nombre no ha dejado de señalar la vida literaria de Cuba en las más selectas publicaciones del pais; siendo de admirar que aún hoy sus venerables canas adornan su cabeza no se haya extinguido el fuego poético de su rico númen. Los Romances Cubanos, en que con tanta facilidad describe las costumbres de nuestros campos y el tipo, hoy ya casi perdido del *guajiro*, no han sido superados por nuestros poetas, en el largo tiempo que este género de composiciones estuvo en boga.

FRANCISCO ITURRONDO.

(DELIO)

Hé aquí un poeta notable cuyo nombre es célebre en nuestra literatura, y que, sin haber nacido en Cuba, ha de tener en todo tiempo preferente lugar al tratarse de reseñar los progresos de la poesía en esta importante porcion del Nuevo Mundo.

Nació D. Francisco Iturrondo en la ciudad de Cádiz, el año de 1800, y al cumplir seis años llegó á esta Isla, donde recibió sus primeras impresiones y se desarrolló su aficion á la poesía, como con suma razon aducen los Directores de *Cuba Poética*.

En Matanzas recibió los beneficios de la instruccion, en la forma rudimentaria que se empleaba en los albores de este siglo en los establecimientos de la ciudad del San Juan y el Yumurí. Dotado de verdadero talento y poderoso estro, que enriqueció con el trato continuo de los clásicos españoles, pronto se dió á conocer como inspirado poeta, publicando sus primeros versos en periódicos de aquella ciudad y en el *Lucero de la Habana*.

En el mes de Noviembre de 1831 publicó en esta, en un cuaderno impreso por Boloña, sus *Rasgos descriptivos de la Naturaleza cubana*, que juzgó severamente *El Regañon de la Habana*, y de cuya produccion así habla: «Cuando aún no habia »visto la luz pública por medio de la prensa, dije, por las pequeñas muestras que se »pusieron, que los versos eran buenos: la lectura de toda la obra me ha confirmado en »aquel juicio, y además de la redondez, cadencia y buena medida, he hallado exactas »descripciones y un lenguage bastante puro, si se exceptuan muy pocas voces altiso»nantes y que no califica el diccionario, ó á menudo repetidas: tales me han parecido »*dórica* flautilla, del quinto verso, *alisios* vientos, del séptimo; las palabras *plácido*, »*placer* y *fragante*, usadas muchas veces en el mismo sentido; particularmente en el »adverbio *dó* repetido con exceso, pues en solo cuatro versos se halla otras tantas ve»ces; y algunas más. No hay duda que en las pinturas guarda más exactitud el autor »que en las comparaciones; pues si es cierto que en las primeras no se nota aquel »fuego y exaltacion poética que inspira ideas sublimes ó pensamientos descabellados, »y arrebata al lector hasta el extremo de considerarlo trasladado al lugar que descri»be, no por eso son frias ni caen jamás en fastidiosa languidez. En las segundas, ade»más de aquella falta de entusiasmo, aún más esencial en esta parte, no siempre se »encuentra una perfecta semejanza..... En cuanto al asunto, es tan interesante para »los naturales y habitantes de la Isla de Cuba, que llama su pintor con el mayor »acierto, de bendicion, y para los que han gustado algunas de sus muchas bellezas,

»que a pesar de haber sido tratado anteriormente por otras várias plumas y de ha»llarse repetidas en los *Rasgos descriptivos* infinitas ideas de nuestro Heredia, y sobre »todo de las que expuso el *Trovador Cubano* en una de sus mejores obras, la pintura »de la belleza de su patria, en la cual al lado de un lenguaje poco correcto y un estilo »desaliñado se leen imágenes muy lindas; no por eso carece de mérito la composicion »de que hablo, ni se hace cansada su lectura, mayormente cuando por el metro en que »esta escrita y su objeto, no es de esos *comunes y fastidiosos que todos los dias se pre»sentan en los sabios periódicos de esta ciudad.*» (1)

En 1834, publicó Delio en Matanzas una preciosa coleccion de sus versos que dedicó al Conde de Santovenia, *porque amaba las letras y era el apoyo de los hombres que algo quieren valer*, y cuyo libro, hoy de difícil adquisicion, debemos consignar que es un interesante documento para la historia de nuestro movimiento literario (2).

Contiene entre otras composiciones notables, el poemita *Las ruinas del palacio árabe de la Alhambra*, el poema *Colon*, que publicamos—como así mismo los *Rasgos descriptivos de la Naturaleza Cubana*—sus odas á *Cristina de Borbon*, *La sombra de Colon*, dedicada al general Vives, su elegía á la muerte del Obispo Espada, su preciosísimo canto *A la luna del Cuzco*, y traducciones ó imitaciones de Ossian, tan llenas de ternura y poesía, como las de D. Juan Nicasio Gallego, Heredia y Marqués de Montelo.

En el mismo año que publicó el libro á que nos hemos referido, tambien vió la luz pública la *Aureola poética* al Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa, por las «Musas de Almendares», coleccion primorosa de las mejores producciones que en loor de aquel entusiasta liberal, hábil político y poeta inspirado, formaron los poetas cubanos de aquel tiempo, invitados por Valdés Machuca y por Iturrondo. La poesía de éste, que publicámos, forma parte de dicho libro, que es el recuerdo de la fiesta poético-campestre, cuya descripcion ha conservado en sus *Apuntes para la Historia de las letras y de la Instruccion pública en la Isla de Cuba*, nuestro erudito amigo el señor D. Antonio Bachiller y Morales (3). ¡Dichosos tiempos aquellos, de paz, union y entusiasmo!

Tambien contribuyó Delio con su óbolo poético á la expresion de dolor que consagraron los hombres de mérito de esta Isla á la memoria del virtuoso Obispo don Juan José Diaz de Espada y Landa (4), y no faltan tampoco en otras colecciones buenas pruebas de la fecundidad y valentía de su riquísima vena.

Delio, murió el 30 de Setiembre de 1868, al regresar de Nueva-York, en el vapor americano «Missouri» que le conducia á nuestras playas despues de un infructuoso viaje para buscar alivio á las dolencias que hacía años minaban su vida. Su cadaver fué arrojado al mar la noche de dicho dia, *vasto sepulcro donde cayó á perderse para siempre. De manera que sólo podemos honrar la memoria del traductor de El Pária, porque hasta sus restos hemos perdido* (5). El mismo periódico de que tomamos las antecedentes líneas agregaba, «que Delio, con tal fin, vió realizada una de las ilusiones que acariciaba en vida; la de ser sepultado en el mar, pues decia *que era mejor ser pasto de peces que de gusanos.*»

Nosotros, al colocar su nombre en el PARNASO, saludamos con respeto y cariño su memoria. El Dr. Zambrana lo juzga *digno émulo de Andrés Bello.* Otros jueces no

(1) *El Regañon de la Habana.*—Martes 28 de Noviembre de 1831, núm. 57.—Contraste literario.—*Ensayo* de los Rasgos descriptivos de la naturaleza cubana, por Delio, publicados á mediados del presente mes, en la oficina de Boloña.—Imprenta del Gobierno y Capitanía General por S. M.

(2) Ocios poéticos de Delio. *La lira dulcifica nuestras penas.* Young, Noche IX.—Matanzas. Por D. Tiburcio Campe. Imprenta del Gobierno, 1834.—8º, 255 págs.—Indice y notas.

(3) Tomo II.—Apéndice al Cap. XXXVII.—Pág. 79.

(4) Corona fúnebre á la memoria del Excmo. é Iltmo. Sr. Dr. D. Juan José Diaz de Espada y Landa.—*Dignum laude virum musa vetat mori.* Horat. lib. IV. od. VIII.—Habana, Imprenta del Gobierno por su Magestad.—1834 págs. 31-33.

(5) «Aurora del Yumurí.—Matanzas.—Octubre.—1868.—*El Pária*, drama en cinco actos de Casimiro Delavigne. Puesto en verso castellano por Delio.—Nueva Orleans.—Imprenta de J. L. Sollee.—Calle de Chartres.—1847.—1 vol. en 4º prolongado.—88 págs.

ménos competentes, han dicho (1): «Quejumbrosa y tétrica la Musa de Iturrondo, cu»bre con un manto de luto casi todas sus composiciones y la misantropía las adorna »con sus espinosas flores. La luna, esa lámpara triste del que llora, como tantas veces »se le ha llamado, baña siempre con su melancólica luz, los sitios que describe el »sombrío poeta. Pero el mérito de la poesía de Delio, que con este nombre ha escrito »siempre Iturrondo, es innegable para cualquiera que haya leido una vez siquiera su»composiciones. Su lira nunca afeminada no enerva los corazones con blandos sonos, »al contrario inspira heroismo con sus varoniles acordes.»

COLON.—(POEMA.)

Ciña trágica musa
Con infausto laurel la roja frente
Del guerrero feroz que en cruda guerra
El llanto y luto difundió en la tierra:
Y de su encono bárbaro, inclemente,
En áurea trompa heróica inmortalice
El estrago fatal:—nunca mi lira
Sus dísonos acentos
Consagró á celebrar hombres sangrientos,
Ni el negro horror que la matanza inspira.
¡Dulce Caliope! ¡Vírgen de la gloria!
¡Tú, que encendi la en refulgente llama
A la cumbre sublimas de la Fama
Los hechos dignos de inmortal memoria!
Inspírame una vez! presta tu encanto
Al númen que me inflama:
Y del brillante círculo de fuego
Hasta el frígido mar dó el bóreas brama,
Plácido el mundo escuchará mi canto.
¡Colon! ¡genio esforzado!
¿Cuál es el pecho que al oir su nombre
En gratitud y admiracion sublimes
No se siente abrasar? Cuando velado
Entre abismos y sombras se ocultaba
El sepulcro del sol: Colon osaba,
Arrostrando peligros inauditos,
Sus profundas marítimas barreras
Denodado forzar...
Libre á las auras
El blanco, leve, aprisionado lino
En las fértiles márgenes iberas,
Al eco del cañon: se apresta el héroe
A lanzarse en los brazos del destino.
Ya desplegan las fáciles banderas
Que al himno sonoroso
De la triunfal laurífera victoria,
En la célebre Alhambra tremolaron
Sobre el rojo pendon del agareno.
¿No escuchais cual retumban las riberas
Al aplaudir del pueblo numeroso
De orgullo y gloria y entusiasmo lleno?
Al mirarlos partir, la faz radiosa
Magnánimo Pelayo alzó apartando
Del túmulo la losa,
Y con tremenda voz dijo clamando:—
«¡Empresa tan audaz solo era digna
De la intrépida esposa de Fernando!»
Ya la marina gente
El largo último ¡adios! lanza del pecho,
Cuyos ecos los céfiros prolongan
Hasta el hercúleo gaditano estrecho.
Rápidos los bajeles
El breve puerto salvan que resuena
Con mil aplausos á Isabel querida:
Gime cóncavo el bronce estrepitoso
Sobre la espalda lúbrica, serena,
Del hórrido Neptuno tormentoso:
Y de temblante espuma coronadas
Las bulliciosas olas,
Oscurecen las playas españolas.
¡Oh! ¡cuántos riesgos ¡héroes! os esperan
Del mar sobre los yermos ignorados!
¡Cuántas veces los ojos lagrimosos
Hácia la patria con dolor volviendo,
Los campos fortunados
Ansiareis descubrir donde corrieran

(1) «Cuba Poética. Coleccion escogida de las composiciones en verso de los poetas cubanos desde Zequeira hasta nuestros dias.—Directores: José Fornaris, Joaquin Lorenzo Luaces.—Editor José Socorro de Leon.—Segunda edicion.—Habana.—Imp. de Barcina.—1861.—Págs. 65-66.

Vuestros férvidos años venturosos!
¡Oh! ¡cuanto suspirar! pero la gloria,
La augusta gloria á perecer os llama:
Y el español jamás rehuyó el peligro
Si le conduce al templo de la Fama.
¡Tristes esposas, que la ardiente arena
Recorreis desoladas
Suspirando á los vientos la honda pena
Que os dejan al partir vuestros esposos:
Las lágrimas frenad! llegará un tiempo
Que á ver sus lares tornarán gozosos,
De las índicas palmas coronadas
Sus victoriosas sienes:
Entonces vuestros pechos generosos
Latiran de placer y de ternura,
Al escuchar los dulces parabienes
Que entre cordiales puros regocijos
Dará la Iberia á sus heróicos hijos.
Sobre el castillo de la rauda nave
Vigilante Colon ya divisaba
Los líbicos desiertos dó algun dia,
Las púnicas murallas erigia
La hermosa reina que Maron cantaba.
El astro de la luz su áurea corona
Entre las verdes palmas deponia
De un bosque de sicómoros lejano;
Y pálida la luna y silenciosa
Brillaba sobre el trémulo oceano,
Cual la fúnebre lámpara que alumbra
Un regio panteon. ¡Cuántas memorias,
Cuántos tristes recuerdos con la noche
Se levantan allí! Si agita el viento
En lánguido murmurio y apacible
Las adormidas cálidas arenas,
Mil ecos dolorosos
Hienden el aire en lúgubre lamento,
Y al náutico sensible
Colman de compasivo sentimiento.—
Escúchase una voz, llorosa, flébil,
Como el cansado aliento
De una bella odalisca moribunda,
A sus dulces ternísimos amores
Robada la infeliz: leve celage
Eclipsa de la luna los fulgores,
Y en la calma profunda
Melancólico cántico resuena.—.
«Verdes florestas de mi amada patria,
¿Os volveré yo á ver? De angustia llena
El alma y afliccion, ¿en dónde ahora
De la espléndida Alhambra las delicias
Hallar podré que el corazon adora?
¿En dónde las caricias
De mi Zoraida fiel?... ¡Aguas sabrosas
Del límpido Genil! ¡fragantes flores
De mis risueños fértiles jardines!
¡Olivíferas sombras deliciosas,
Testigos de mis férvidos amores!
¡Claro cielo de púrpura y zafiro,
Magnífica Granada.
Donde reinaba ayer!... ¡adios, por siempre!
¡Adios! ¡ay! ¡una tumba sepultada
De la ignífera Libia en las arenas,
Es todo lo que espera en su desgracia
El mísero Boabdil!!!»
Hondo suspiro
Exhala de su pecho el desterrado
Al deplorar su bárbara desdicha;
Horrorosa desdicha que no es dado
Al mortal conocer, si no ha probado
De proscripcion el cáliz!...—Flota el velo
Que la frente ofuscaba de la luna,
Y á su trémula luz turbar se mira
La tersa superficie de los mares
Fugitiva galera,
Silenciosa, veloz: á la manera
Que un oculto fatídico recuerdo
Emponzoña el placer...
Lágrimas tiernas
Inundan de Colon la faz augusta
Al cántico aflictivo,
Y un agradable inesprimible encanto
Vierte en su corazon el dulce llanto:
Que el héroe verdadero es compasivo.
Las jarcias y el velámen se estremecen;
Despiértase el bajel: la ola murmura,
Y los celages densos desparecen
Al romper los movientes horizontes
El aura matinal—Los altos montes
En breve se descubren, que atajando
Los gigantescos pasos del divino
Audaz hijo de Júpiter y Alcmena,
A cejar le obligaron,
Non plus ultra en sus mármoles grabando.
En sus soberbias cumbres,
Que los rayos del sol de oro bañaron
Con mas brillantes lumbres
Al avistarlas denodado el héroe,
Reposaba la Gloria
Sobre grupos de palmas y coronas,
Y la musa sublime de la Historia,
Ceñida de laureles, empuñando
El buril inflexible, cuyos rasgos
Dan la inmortalidad... Fuerzan las naves
El tormentoso estrecho turbulento
Al sonante batir del oceano:
Mil horríferas olas se levantan

Entre espuma y fragor: rugen furiosas
Con incansable indómito ardimiento;
Y en su tenaz porfia
Los peñascos mas ásperos quebrantan.
La Gloria entonces las brillantes alas
Plácida descogia,
Y el éter luminoso
En raudo altivo vuelo atravesando,
Las coronas lauríferas vertía
Sobre las frentes del heróico bando.—
«Ni el mármol diamantino,
Ni el bronce tan amado de la Fama
Perennes se resisten
De Saturno á la hoz: yo haré durables
Con su nombre los hechos admirables
Del argonauta ilustre
Vencedor de Jason; su noble hazaña,
Que ensanchará los límites de España
Desde los ricos mares del oriente,
A las regiones vastas de occidente,
El merecido lustre
Reflejarán mis páginas eternas,
Digno tributo á su alentado brio.»—
Dijo, aplaudiendo, la divina Clio:
Y la flotante prora
Por los vientos alígeros llevada,
El vasto reino de Neptuno explora.
La macilenta luna
Su tardo giro terminado habia
En derredor de la anchurosa tierra,
Y el rayo moribundo
Que de su faz opaca despedia,
Colon observa con horror profundo.
Trémulo Marte un círculo sangriento
Sobre el dormido piélago trazaba;
Acallaron los céfiros su aliento,
Y el fuego abrasador que la alta esfera
Sobre el abismo pérfido lanzaba,
Inminente borrasca presagiaba.
¡Ay, que al brillar la deseada aurora
En el nuboso oriente,
El sañudo huracan la torva frente
Mas que nunca levanta aterradora!
Ois como bramando
Este gigante de los aires fiero,
Y el furor de los mares concitando,
De muerte asedia al infeliz viagero?
Olas sobre olas, montes sobre montes
De turbias aguas y anchos remolinos,
Vomitan los nublados horizontes.
Inmensos torbellinos
De sus cóncavos antros cavernosos
Lanza túmido el mar; cae á torrentes
La lluvia sonorosa;
Detona el trueno truculento y zumba;
Y con estruendo horrífero, espantable,
En los páramos líquidos retumba.
Ruge irritado el ábrego indomable:
Contrasta el éuro al bóreas proceloso
Asordando la esfera con silbidos,
Y el rayo entre mil surcos encendidos,
Restalla con estrépito fragoso.
¡Escena de terror! cuando arrancados
De sus quicios los ejes de diamante
Caigan deshechos los opuestos polos;
Y el éter centellante
Alce los hondos mares agitados
Al espirante acento
De los que exhalen el postrer aliento;
No serán mas terribles los horrores,
Ni mas tristes los ayes y clamores.
¿Y adónde, adónde del naufragio cierto
Y del furor de los marinos mónstruos
Los míseros huir? pálido, yerto
El trémulo piloto,
Que en el tirreno mar desafiara
La irresistible cólera del noto,
Abandona el timon: caen estallando
Los orgullosos mástiles que un dia
Sustentaran las hésperas divisas:
Crujen los fuertes pinos embreados;
Y del mar á los golpes redoblados,
Vuelan áncoras, brújulas y drizas.
El héroe en tanto contrastar porfia
Con impávida frente
Del indómito abismo la osadia:—
«¡Valor y esfuerzo!» á sus amigos clama:
«¡Valor é intrepidez!»—y al escucharle
El huracan horrendo,
Los colosales miembros sacudiendo,
Redobla su furor, se agita, brama,
Y la crinada ardiente cabellera
Sobre el éter sulfúrido derrama.
Mas ¡ay! que entre esas ondas
Dó la muerte tremola su guadaña,
A la implacable destructora saña
De los ríspidos vientos,
La inmensurable Atlántida famosa,
Rotos los anchos sólidos cimientos,
Con hórrido estridor se hundió al profundo.
Retemblando á la ruina estrepitosa
Los apartados términos del mundo.
¿No veis cómo dejando
Mil víctimas y mil los hondos senos
Del irritado piélago rugiente,
Sobre vosotros giran suspirando?

Sus manos son que entre las nubes lloran,
Y de las tumbas el sosiego imploran.
Tres veces la refléctida diadema
El vivífico sol lanzado habia
A su ignífera crencha fulminante,
Desde el fatal instante
Que la borrasca sorprendió al viagero;
El huracan exánime cedia,
Semejante á un guerrero
Que de heridas mortales traspasado
En prolongada lid, lánguido espira
En sangre y polvo y en sudor bañado.
Ya el céfiro suspira
Entre las jarcias, mástiles y linos;
Las olas aplacadas
Reflejan el azul del firmamento
En sus diáfanas linfas nacaradas;
Reverdece en los pechos el contento,
Y el bravo castellano,
Que tremeció al furor del oceano,
Recobra altivo su primer aliento.
Alígeras las naves,
Sobre la vasta inmensurable fuente
Del undísono mar se deslizaban
A las brisas del trópico suaves.
A veces una flor se descubria
Sobre globos de aljófar reluciente,
Y en aquellos heridos corazones
La feliz esperanza renacia.
Pero ¡ay! el bello misterioso cáliz
De la mágica flor de la esperanza,
Apénas entreabierto,
Mustio fallece de pavor cubierto.
En breve adusta la cruel tristeza
La ilusion agradable destruia
Con bárbara fiereza.
Como los dulces deliciosos sueños
De la felicidad... Nuevos temores
Que el incierto destino acrecentaba,
Osaron marchitar aquellas flores,
Emblema fiel de la inmortal corona
Que entre los fuegos de la rubia zona
La victoria á sus sienes preparaba.
¿Cómo pudo el ibero
Dentro del corazon heróico, fiero,
Abrigar el temor, y en su flaqueza
Apellidar quimérica osadia
De Colon la sublime valentia?—
El volcan estalló: la turba indócil,
De súbito terror sobrecogida,
Los fueros del respeto quebrantando,
Sobre el héroe se arroja enfurecida
Con punible desman: el cruento acero
Reluce ante sus ojos y amenaza
Su orgullosa cerviz, si denodado
Se niega á recejar: Colon los mira
Inmóvil, silencioso:
Baña su noble faz llanto abundoso,
Y con dolor suspira.
Tantos duros afanes y cuidados;
Tanta dulce esperanza
Era fuerza perder en el momento
De un próximo seguro vencimiento:
¿Pero ceder?... ¡qué mengua! ¡qué ignominia!
¿Ni cómo así engañar la confianza
De la augusta Isabel? ¡terrible idea
Que su esforzado corazon valiente
Entre tormentos bárbaros destroza!
Late su heróico pecho de vergüenza
Y desesperacion; y su ancha frente
Vibra un rayo de luz.—«¡Amigos! dice
Con alentada voz: no me intimida
La oscura inútil muerte
Con que place á la suerte
Galardonar mis largos sacrificios:
Que cien veces la vida
Arriesgué sin temor. ¡Verted mi sangre,
Y con ella trazad de vuestro oprobio
El eterno padron! ¿Cómo ha podido
Envilecer los pechos castellanos
Tan vergonzosa indigna cobardia?
¿Habeis dado al olvido
Que descendeis del ínclito Pelayo?
¿Dónde el denuedo está, la alta osadía
Con que en los anchos campos de Granada
Arrebatar supisteis los laureles,
Que ocho siglos infaustos recogieran
Los ominosos bélicos infieles?
Y hora que el orbe mira realizada
La mas heróica empresa y afamada,
¿Deponeis el valor?... ¡Alzad la frente,
Y no así envilezcais el nombre honroso
Que adquiristeis lidiando en los combates!
Si la muerte temeis, sabed que el héroe
No perece jamás; y que del astro
Expléndido, fogoso,
Que en rápida carrera
Con asombro nos mira el mas profundo,
Al levantarse por la vez tercera
La ardiente luz nos mostrará otro mundo,
Doble corona dándole á Castilla:
Si ésta mi prediccion no es verdadera,
Hienda mi cuello la fatal cuchilla.»—
Habló Colon: la turba enfurecida
Receja, calla, duda, y confundida
A sus plantas arrójase temblando,

Perdon y olvido con dolor clamando.
Rasga la brisa el túrbido celage
Que del sol tropical la faz velaba.
Y un torrente de luces fulminante
Del héroe baña el divinal semblante.
Al verle sobre el mástil apoyado
Del frágil, crugidor, nadante pino;
El diestro brazo en alto levantado,
Indicando el camino
Que al templo de la Gloria conducia;
El genio del destino
Sus decretos dictando parecia
Al turbado mortal.—Bate las alas
El pájaro insociable,
Volátil huésped del salobre abismo;
Y á su grito profético salvage,
Despréndese una flor sobre la frente
Sublime de Colon: nuevo presagio,
Que templando abatidos corazones,
Tímidos hombres convirtió en leones.
¡Oh! ¡quién me diera de la zona de oro
La hermosura pintar que el occidente
Ostenta al reclinarse fatigado
Rubio Febo en el piélago sonoro!
¿Vísteis alguna vez sobre su escudo,
En raudales de púrpura bañado
Deponiendo flamígero el acero,
Intrépido guerrero,
En mortífera lid caer desmayado?
Mas bello languidece
El claro sol del trópico y fallece.
¡Felices los que vieron
Su luz fogosa al comenzar la vida,
Y en la tumba florida
Sus moribundos rayos recibieron!
Ya dos veces el héspero radiante
La rizada encendida cabellera
Sobre el confin occidental tendiera,
Desque Colon domara la osadía
De la rebelde turba,
Y alentára su indigna cobardía.
La noche decoraba
Sus sienes de estelífera corona,
Y el manto de zafiro desplegaba
Con que se viste en la abrasada zona.
El céfiro calló: pausado el sueño
Silencioso las naves recorria,
De narcótico lánguido beleño
Los abatidos párpados bañando.
Solo el héroe velaba, contemplando
Desde el alto castillo
De la polar antorcha el claro brillo,
Y el espacio sin límites del cielo.
Algunas horas mas... y su cabeza
Iba á ceñir los lauros de la gloria,
O á destruir, cayendo, la alta empresa
Que Isabel le fió.—Cook espirando
De una playa salvage en las orillas
En el momento de ensanchar el mundo,
Un dolor tan profundo
No sufrió cual Colon las negras horas
De esta noche cruel!.... algunos fuegos,
Iluminando la nocturna esfera,
Calmaban su pesar, á la manera
Que en el árido campo de la vida
Un rayo de esperanza vuelve al hombre
El caro bien de la ilusion perdida.
Esta noche.... ¡atended! mientras el héroe
Con ávidas miradas recorria
El opuesto confin del horizonte,
Dorada nube en la tiniebla fria
Súbito resplandece,
Torrentes mil de lumbre derramando
En torno del bajel. Jóven matrona,
Gallarda cual la palma del desierto
Y mas linda que el lirio en la alborada,
Sobre el alcázar fúlgida aparece
En ademan sublime, desplegando
La rica orla de múrice subido.
Del manto de algodon y pedrería
A la espalda hermosísima tendido.
Triple collar de inestimables perlas
Que en urnas de carmin y nácar cria
El mar cerúleo al relucir la aurora,
Su torneado cuello
Cayendo en ondas con primor decora.
Brillante aljaba mírase prendida
Con lazos de oro sobre el hombro bello
Donde reposa su gentil cabello:
Su plumífera túnica reluce
Con los cambiantes nítidos colores
Que ostenta vagaroso
Trémulo el colibrí, cuando ardoroso
Inquieto liba el néctar de las flores.
Ancha, opulenta, fulminante espada,
De joyas nunca vistas decorada,
A la cinta sostiene
Magnífico talí: todos los fuegos
Con que se adorna el sol en occidente
Dan su esplendor á la imperial diadema
Que ciñe en magestad su augusta frente.
Alto coturno fulgurante calza
Que su estatura colosal realza;
Y el cetro de los reyes poderoso
Su diestra empuña con desden airoso.

No de mas pura lumbre revestido
Un genio ensanchará las puertas de oro
Del refulgente alcázar ofrecido
A las vírgenes hijas del ilustre
Monarca de Morven:—la faz inclina
Atónito Colon á la presencia
De la la beldad divina;
Y de su fresco labio estos acentos
Oyó en la calma de los raudos vientos:—
«Heme por fin aquí: soy ese mundo
Expléndido, fecundo,
Que en frágil quilla por ignotos mares
Abandonando tus paternos lares,
Buscas con tanto ardor propicio el hado
El inmortal honor rinde á tu esfuerzo
De revelar al orbe la existencia
De mi remoto imperio,
Harto tiempo velado
Entre las densas sombras del misterio.
Abundancia, riquezas, opulencia,
Mi corte forman, y en mi vasto reino
Vinculan sin igual magnificencia.
Mi hermoso nombre á par del tuyo heróico
Sobre el fugaz torrente de los siglos
Eternos volarán; y tu memoria
Ocupará en sublimes caracteres
La página mas bella de la historia.
Sofoca ya esa negra incertidumbre
Que el esplendor anubla de tu frente:
Sofócala; y mañana,
Cuando derrame su dudosa lumbre
La rubicunda aurora
Desde el purpúreo rutilante oriente,
Las inmensas regiones de occidente
Avistará tu nave triunfadora.»
Dijo la diosa, y al sublime acento
Sintió el héroe cobrar divino aliento,
Y en la brillante nube
A los campos purísimos del éter
Entre mil fuegos la amazona sube.
Coronada la rubia cabellera
De flotante florígera guirnalda,
Cuyo matiz colora
Oriambar, zafir, púrpura y gualda:
La faz de rosa que el pudor decora
De céfalo mostraba ya la amante
Con celestial sonrisa
Entre inflamados lúcidos albores,
Líquidas perlas derramando y flores.—
Sordo rumor difúndese en las naves:
Crece la agitacion... sopla la brisa;
Movible llama al occidente luce:
Agrúpase la turba en la alta prora...
¿No es ilusion? la dulce voz de *¡tierra!!!*
Hiende los aires al brillar la aurora.
Cuando reunida en la fragosa sierra
Del enriscado Cuzco indócil tropa
De animosos zagales
Asedia al toro agreste, ensordeciendo
Los gritos de placer, cañaverales,
Montes y selvas con festivo estruendo;
No es mayor el estrépito ferviente
Que el de la ibera alborozada gente
Al descubrir las índicas arenas,
Despues de tanta incertidumbre y penas.
No á mi tímido númen
El coro de las Piérides su aliento
Place inspirar que al héroe inmortalice
En este grande y célebre momento.
¡Admirable Cuyás! tu genio solo
Al robusto pincel trazar podia
Con fuego digno del sublime Apolo,
La bella aurora de tan bello dia! (*)
Incéndiase el oriente:
Mil fúlgidos celages se levantan
De cándido color resplandeciente:
Es un templo de luz el horizonte.
Del carro rubicundo
Dó el planeta mayor registra el mundo,
Los corceles alígeros quebrantan
Las célicas barreras de diamante
Con indómito ardor: áureo gigante,
Lanzando rayos de su faz hermosa,
Descúbrese... ¡es el sol! el sol brillante
Del cielo tropical: á sus fulgores
El NUEVO-MUNDO ostenta los primores
De la augusta creacion. Las fructeridas
Doradas selvas la sonante cima
De luciente esmeralda
Y animado verdor alzan ceñidas;
Y la anchurosa espalda
Viste y matiza perenal guirnalda.
Cien arroyuelos, limpios, tembladores,
En murmurio sonoro
Amenizan las fértiles praderas
Dó se mecen las palmas altaneras;
Y en raudo giro sobre arenas de oro
Al mar se precipitan entre flores.

(*) Alude al cuadro que representa á Cristóbal Colon en el momento de descubrir el Nuevo-Mundo, y mostrarlo á sus compañeros atónitos, ejecutado por el habanero D. Francisco Camilo Cuyás, y premiado por la Real Sociedad Patriótica. Rasgo artístico que honrará siempre á su autor.

De volátiles músicos el coro,
Presidido del índico sinsonte,
Embeleso dulcísimo del monte;
El armonioso canto
Vierte en los aires divinal encanto.—
Si un ángel empuñando ardiente acero
Estas playas felices protegiera:
O de pomífero árbol á la sombra
Espantable dragon hórrido y fiero,
Torrentes de humo y llamas vomitando,
Los tesoros que guarda defendiera:
Atónito el viagero
El paraiso terrenal creeria
Que á sus ojos absortos se ofrecia;
O que el bello jardin que cultivaron
Las hespérides ninfas,
Flotar miraba entre cerúleas linfas.
Arde, retiembla, truena
Estallante el cañon: el oriflama
Tremola airoso en la arbolada entena.
Al aplauso y clamor de la victoria
El laudífero cántico resuena:
Retumbá en torno, y el piadoso acento
Eco repite en la abrasanta arena.
Mas ¿quién el himno de placer y gloria
Qué fervido mi númen hoy levanta,
De angustiosa memoria
Anubla y afliccion? ¿Será que nunca
Las cuerdas de oro de mi flébil lira
Dejarán de exhalar tristes gemidos?
¡América infeliz! ¿porqué de Manco,
Y Ataliba sublime y Moctezuma
Los antiguos imperios poderosos
Finaron su esplendor? ¡ay! sometidos
De fratricida guerra á los horrores,
En su propia desgracia han espiado
Sus deplorables útiles errores.
No busque ya el viagero
De Argos y Atenas sobre el polvo inerte,
La horrenda huella ni el estrago fiero
De atroz desolacion, venganza y muerte.
Pise el suelo infeliz americano;
Interrogue sus míseras ruinas;
Y si ha nacido generoso, humano,
De compasion profunda el llanto ardiente
Correrá por su faz....

Tú sola ¡oh Cuba!
Semejante á la palma que descuella
En tus florestas vírgenes, la frente
Gallarda, altiva y bella
Fructecida levantas y apacible,
Al duro soplo de huracan terrible.—
¡Itálica region! Cuna grandiosa
De indomable valor! Cuando la tierra
A tu ardimiento intrépido doblaba
La gigántea cerviz; cuando anchurosa
La tumba de los tiempos devoraba
Los restos de tu gloria y tus laureles
Con la sangre del orbe reteñidos;
Se agita en ella tu sublime genio,
Cual Encélado audaz allá en los antros
De Lípari encendidos;
Y al fiero sacudir y tremebundo,
Alzáse un héroe, y se dilata el mundo.—
De ondulantes penachos sombreada
La imperturbable, magestuosa frente,
Y al diestro hombro pendiente
Brillante con el sol fúlgida espada;
El domador del piélago aparece
En la salvage orilla,
Batiendo los pendones de Castilla,
Mientras el aire blando
Alza y difunde los grandiosos nombres
De Isabel, de Colon y de Fernando.
¡Musa, no mas! que el ínclito heroismo
Y la inmortal mirífica proeza
Del argonauta osado,
A los tímidos númenes no es dado
Fácil preconizar. Cabe la márgen
Del Almendar sonoro,
En cuyas linfas de cristal y oro
Hierve la inspiracion; célico genio
El délfico laurel dando á su frente,
Dirá á los siglos de Colon la gloria
En pindárica cítara valiente:
Mientras las alas fúlgidas batiendo
La Fama sobre el plácido oceano,
El canto llevará de alta memoria
Desde el suelo palmífero cubano,
Dó el olímpico dios férvido brilla,
A los célebres campos de Castilla.

RASGOS DESCRIPTIVOS DE LA NATURALEZA CUBANA.

AL LICENCIADO DON IGNACIO VALDES MACHUCA.

Yazga, yazga el laud que en otro tiempo
Eróticas canciones
Y profundos pesares suspirando,
Conmovió indiferentes corazones.
Suene una vez la dórica flautilla
En mi trémulo labio, y sus acentos
Raudos surcando los alisios vientos,
La dulce gratitud leda los guie
A la hermosa ciudad dó el piério coro
Al amable Desval melífluo inspira
Cánticos dignos de su blanda lira.
¡Oh tú, fúlgida aurora!
Que de purpúrea tunica vestida
Abres las puertas del rosado oriente;
Y ó bien el sol registre la aterida
Honda mansion del Capricornio helado,
O bien lance de fuego almo torrente
Desde el férvido Cáncer elevado,
Siempre ostentas lozana la corona
De aguinaldo y jazmines
Que á tu frente ciñó tórrida zona;
¡Oye mi invocacion! Ven, y hermosea
Los débiles concentos
Que á la mas deliciosa y rica Antilla
Osa entonar mi lánguida flautilla.
¡Isla de bendicion! ¡Cuba felice!
De los índicos mares
Plácida jóven, virginal señora;
Voluptuoso jardin, donde las palmas
Se mecen á la brisa,
Y ondulando la verde cabellera
Recuerdan al amante la sonrisa
Y el donaire gentil de la que adora;
Siempre tú mi embeleso
Y mi placer serás:—y ¡plegue al cielo
Que nunca mas el infortunio impío
De tus dichosas playas me separe,
Ni vuelva á mitigar mi sed ardiente
El agua amarga de extranjero rio!
¡Jamás!...—antes las flores
Sobre mi tumba solitaria crezcan,
Y mis tiernos amigos
Con llanto de dolor me compadezcan!
Cuando recoge la enlutada noche
Su manto funeral, y vergonzoso
El cucuí luminoso
Sus fulgores oculta de esmeraldas,
Y entre lindas guirnaldas
De tropicales rosas;
Cuando al lucir de matinal estrella
Expléndida cortina
Se ostenta purpurina
De Atlántida en el húmido horizonte;
Y en la alta cumbre del lejano monte,
Y de la selva en la coposa cima
Mil aurífferas ráfagas se esparcen
Al destellar entre bullentes ondas
El rutilante sol:—¡cuántas bellezas,
Cuántas galas y hechizos
Descúbrense dó quier!... No mas hermosa
Brilló al salir del cristalino seno
De la cerúlea y argentada Tetis
La madre del Amor! ¡Hora dichosa!
¡Eterno revivir de la natura,
Salud! ¡salud mil veces!...—á mi pecho
Torna el gozo feliz cuando estasiado
Tus encantos admiro:
Torna al almo placer, y alborozado
Aura de vida con ardor respiro.
¿Dó la deidad que el Inca poderoso
Sobre fulgentes aras
Y entre preciosas cándidas vestales
En el Cuzco adoró, sus luces claras
Difunde con mas pompa
Que de Cuba en los campos virginales?
Desde el fragante centro
De opacos bosquecillos,
Donde jamás la sierpe silbadora
Letal veneno adormeció entre flores:
El regalado coro
De mélicos pintados pajarillos,
Al sol aplaude con sus picos de oro.
El eco de sus trinos delicioso;
Los profundos suspiros de la palma:
El solemne zumbido pavoroso
Del crujiente bambú; las gratas voces
De los preciados plátanos sonantes;
El giro lento, manso y placentero
De cristalinas fuentes murmurantes;
El lejano fragor de la cascada,
Y el aliento apacible
Del naranjo apacible y limonero,
Del suavísimo mango y del arbusto

Da la Arabia-Feliz; estos perfumes;
El monótono cántico sencillo
Del útil labrador, que el sosegado
Caminar de sus bueyes apresura,
Y el trémulo sonido
De la campana rústica, llevado
Por la brisa oriental á la espesura;
Todo inspira placer: todo reunido
Embarga el corazon; vierte en el alma
Aquel vago deleite que se siente
Y no es dable esprimir...--
¡Tristes mortales
De los sañudos climas boreales!
¿Quereis un aura pura,
Un sol claro y ardiente,
Aguas, sombras, verdor y lozanía?
Dejad esos paises
De eterna oscuridad, donde natura
Jamás mostró su plácida sonrisa!
Volad á nuestros campos, y felices
Entonces vivireis!--Un cielo hermoso,
Despejado y sereno,
Batido por las brisas matutinas;
Pintorescas praderas y colinas
De inmarcesibles flores esmaltadas;
Selvas y arroyos que al viagero acuerdan
Aquellas ¡ay! mansiones encantadas
Del ameno Tempé; valles profundos
De frutales indígenas sabrosos;
Frescura y suavidad; soberbios montes
Dó la mano del hombre ha vinculado
De la alma agricultura
Los bienes abundosos;
Graciosas quintas dó su fino gusto
Ostenta la civil arquitectura,
Contrastando sus pórticos y estatuas
Sus fragantes jardines y obeliscos
La rústica simpleza
De pajizas cabañas,
Dó en medio del trabajo y la pobreza
Jamás mostró su faz descolorida
El hambre adolorida;
Feraces campos dó las dulces cañas
Crecen al lado del café aromoso,
Y dó el albo algodon sus ramas teje
Al añil apreciado,
Al índico nepente soporoso
Y al purpúreo nopal.--Verdes sabanas
Floridas y lozanas,
Donde salubres pastos el ganado
Disfruta á su placer...--¿Aun mas riquezas?
Venid. En este bosque
Descuella á par del cedro incorruptible,
La compacta hermosísima caoba,
El naranjo silvestre, el frijolillo
Y el precioso curey; árboles bellos,
Que al impulso del arte y gusto adquiéreu
El mas luciente pulimento y brillo.
De flores olorosas
Alza la altiva frente decorada
La soberbia varía; y á su lado
La cambiante yagruma
Muestra su hoja argentada entre la hocuma.
Aquí, á los golpes del tajante hierro,
Cae rechinando la robusta encina;
El cazador astuto allí prepara
El plomo matador: y la paloma
Que volaba del roble á la sabina,
Con su sangre matiza el verde césped.
Acá el agricultor despoja activo
De su dura corteza á la majagua,
Tan útil á los rústicos trabajos;
Allá tiende sus ramas la macagua,
Por cuyo tronco trepa la vainilla
De esencias aromosas;
La dulce campanilla
Tan grata á las abejas laboriosas,
Y la silvestre vid; de cuya liana
Brota al herirla cristalino fluido,
Que del cansado labrador mitiga
La devorante sed que le fatiga.
El jagüey, mudo emblema,
Imágen elocuente
De vil ingratitud, nace humillado
Cual parásita planta sobre el tronco
De un árbol eminente,
Ornato y pompa de la verde selva:
Nútrese con sus jugos;
Desata aleve los fornidos brazos,
Y con fatales lazos
Ahogando al mismo que le dió el sustento,
Sobre sus ruinas la existencia labra
Que nunca mereció!... No de otra suerte
Rompe el ingrato con puñal sangriento
El franco pecho humano y generoso
Del mortal bondadoso
Que amparó su orfandad y su pobreza!...
Aun la sávia de su áspera corteza
Es de pesares bárbaro instrumento:
El hombre despiadado
Forma con ella irresistible liga;
Y el pajarillo que en meloso acento
Sus amores entona descuidado,
Feliz, libre y contento,
Es en ella prendido,
Y para siempre el mísero robado

A su amada, sus bosques y su nido.—
La aromática cúrbana allí se alza
Emula del fragante cinamomo
Que produce el Ceylan; y el luctuoso
Ebano tan preciado,
Crece aquí con mas pompa y lozanía
Que en los áridos montes de Etiopía.
Volved hora la vista hácia este lado:
Mirad el macurige y el ateje,
El drago sanguinoso,
El guiro y el castaño de las selvas;
La dulce cañafístola, la yaba,
El guayacan precioso,
La aguedita febrífuga y el guauro,
Todos medicinales;
Y mil otros indígenas, que al hombre
Benéficos alivian en sus males.
Tambien la cabalonga, el manzanillo,
El chichicate, el guao
Y la gia de espinas enconosas,
Entretejen sus ramas venenosas,
Siempre dispuestas á causar la muerte;
Pero el genio ilustrado
Que su índole fatal ha analizado,
En beneficio humano las convierte.
Mírase á veces el cipres umbrío
Alzarse al lado de la esbelta palma
Y del laurel tan caro á la victoria.
¡Inspirador emblema,
Sobrado te comprendo!
Lánzase el héroe con valor y brío
Al campo de la lid, el pecho ardiendo
De la Fama en el fuego; y cuando piensa
Arrebatar sus lauros á la gloria,
Ciñe sus sienes pálidas, marchitas,
Corona funeral...
Mas no el silencio
De las selvas horrísonas del Druida
Tiene su trono aquí: cada floresta
Es el retiro mágico de Armida.
La matinal orquesta
De mil suaves canoros pajarillos,
Encanta de placer. Trina el sinsonte
Sobre el verde y florido peralejo;
El pintado azulejo
Sus cadencias ensaya entre el ramage
Del altivo pomposo tamarindo:
Mientras trémulo el lindo
Zumbador colibrí, cuyo plumage
Del íris rivaliza los colores,
El néctar liba de fragantes flores.
La calandria vistosa,
En melífero acento sus amores
Modula desde un sauce.
La inquieta mariposa,
Emula del hermoso tocoloro,
Del ácana saltando al caimitillo,
Plácida ostenta de su pluma el brillo;
Y el ruiseñor sonoro,
Posado en un altísimo argelino,
Estasia con su cántico divino.
Mirad esa llanura,
Cuyos remotos términos se pierden
Entre el confuso azul del horizonte:
Del tapete onduloso de verdura
Y flores que la cubren,
Jamás la lozanía
El hielo destruyó.—¿Veis á lo léjos
Esos grupos de vívonas, guayabos,
Guásimas, agracejos
Y altos caracolillos,
Formando entrelazados bosquecillos?
Son los *Oasis* de la ardiente Cuba;
Mas no al viajero burlan fatigado
Por el sol tropical: ellos le ofrecen
Frescos retretes do los ceferillos
Se escuchan suspirar y en que el ganado
Pastos y sombras y reposo encuentra.
Estas encantadoras perspectivas
Retrátanse en las ondas
De cien lagunas, cuyas aguas vivas,
Surca indómito el bruto chapuzando
En sus cristales las dispersas crines:
Mientras el toro agreste rebramando
Vuela en pos de la lúbrica becerra,
Haciendo resonar el hondo valle,
El denso bosque y la distante sierra.
Mas penetremos en el centro hojoso
De esta lóbrega selva solitaria:
Es un pinal vastísimo, oloroso,
Cuyas altas pirámides semejan
Una série de túmulos movibles.
¿No escuchais el susurro de sus copas
Blandamente agitadas por el viento?
¡Es la voz de los siglos!...
Aquí tiene su asiento
La tranquila y feliz melancolía.
La oculta soledad y la tristeza.
¡Salve, floresta umbría!
¡Oh salve! ¡cuánto es grata tu belleza
A mi pecho infeliz! ¿quién no ha sentido
El placer melancólico que inspira
El solemne ruido
De la brisa en los bosques del desierto?—
¡Oh, si me fuese dado
Construir una rústica cabaña

En aquestas profundas soledades
Y de una hermosa compañera al lado
Salvar el oceano de la vida:
Cómo olvidára mis terribles males!
Estos mansos arroyos cristalinos
Mitigaron mi sed con sus raudales.
La guanábana, el coco, el mamoncillo,
De mi sangre templaron la ardentía;
Y el plátano, el palmito,
La coronada piña ó el caimito
A mi amada y á mí nos bastaría.
Cuando al brillar el disco purpurino
Del almo sol entre celajes de oro,
El tomeguí canoro
Le saludara desde el alto pino.
La planta á la pradera
Gozoso dirigiera:
Allí, oreado por la fresca brisa,
Verdes guirnaldas de azahar y lirios
Plácido entretegiera,
Y entre besos y abrazos
De mi hermosa en la frente las ciñera...
¡Delirios ¡ay! delirios!
La sociedad fatal con férreos lazos
Aprisionando al hombre,
Hasta el consuelo mísero le priva
De ocultar su existencia con su nombre!...
¡Séres desventurados!
Abandonad las córtes tumultuosas
Dó la virtud es crímen: dó el delito
La faz levanta de temor ageno;
Dó el aura que se aspira es un veneno,
Y dó el hombre de bien perece... ¡y calla!
Entre techumbres rústicas es dó se halla
Esa felicidad que alucinados
En los pueblos buscais: volved al seno
De la pródiga cándida natura;
De esta madre comun, cuyos cuidados
En vuestra dicha y bienestar se cifran:
Venid ¡oh desdichados!
Venid, y entre las sombras
De la sonante lóbrega espesura
Todo lo olvidareis...
El buen Elicio
Su juventud pasara en el oceano
Tempestoso del mundo: en vano, en vano
Buscó felicidad sobre sus olas.
¿Y cómo hallarla el triste?...
Mas habló la razon, y de los campos
En el almo retiro
Disfruta la más plácida existencia.
Bajo su humilde techo
Habita la feliz beneficencia,
El contento y la paz: allí una esposa,
Amable cuanto hermosa,
Encendido en amor el blando pecho,
Cubre de flores sus tranquilos dias:
Los dulces frutos de su union dichosa
Sus infantiles gracias desarrollan
En sus ardientes paternales brazos:
Y los dorados lazos
Que forman las delicias de su vida
Estrechan más y más. Tierna una hermana,
Modesta cual la luna
En medio de los cielos suspendida,
Zulmira encantadora,
Aquel recinto rústico engalana.
Sentada á veces bajo la ancha copa
Del ateje florido,
Del naranjo oloroso ú mango erguido,
Repasando las páginas sublimes
De la veraz historia;
O enriqueciendo su feliz memoria
Con los brillantes férvidos delirios
Que las amables Piérides inspiran,
Una vestal en su ademan semeja;
Y si el estudio deja
Por el cultivo de fragantes flores,
Al verla entre las rosas
En su talle gentil os pareciera
La madre de los plácidos amores.
Todo es felicidad, todo es dulzura
En aquel hermosísimo retiro:
Vuelan las horas, y en su raudo giro
Placeres y ventura
Vierten sobre la senda de su vida
Extraña á los disgustos y las penas.
Las campestres faenas;
Los cuidados domésticos tan gratos;
La agradable lectura,
Y el blando amor y la amistad sagrada
Unicamente ocupan sus momentos.
Bajo el tranquilo techo hospitalario
De estos séres felices y contentos,
Dí treguas al dolor que enfurecido
Mi pecho desgarraba...—Solitario,
Proscripto, sin amores,
Próximo á ser en el sepulcro hundido
Víctima de mortal melancolía;
¡Cuánto era yo infeliz! empero todo
Lo sumí en el olvido
En aquel grato asilo de alegría.
¡Recuerdo delicioso!
¡Cuántas veces la rústica alameda
De fragantes anones y mameyes
Me vió en el blondo julio caluroso

Errar bajo su bóveda sombría,
Del Virgilio británico los versos
Estático de gozo repasando!
Y ¡cuántas otras el benigno otoño
Viome bañado en matinal rocío,
Con placer indecible contemplando
El purpurino grano de la Moka
Que el esclavo contento cosechaba,
Mientras los tiernos cantos entonaba
De su ardiente pais!...
¡Honor y gloria
Al mortal que cediendo
De la necesidad á la ley dura,
De estos míseros séres compadece
La situacion amarga, y con ternura
Tolera sus defectos humanales,
Su suerte alivia y sus terribles males!
De este número bello
Es el más digno el bondadoso Elicio:
Más padre que señor de sus esclavos,
Su lenidad con sumision le pagan;
Y el nombre suyo á su existir propicio,
Bendicen con ardor...
Reina la brisa:
Sonríe de placer naturaleza
Por su benigno soplo reanimada.
Aquí una fresca rosa,
Al nacer destinada
Para adornar la trenza de una hermosa,
Sus perfumes suavísimos exhala
Del cefirillo blando sobre el ala.
Allí una palma, del racimo de oro
Las enrizadas hojas sacudiendo,
El césped cubre de menudas flores.
El carpintero ostenta sus colores,
Mientras con lengua penetrante horada
La salvage corteza
De una sibila antigua del desierto.
El perico, cubierto
De verdes esmeraldas,
Silba volando entre la selva umbría:
La gárrula cotorra allí en los aires
Aturde con su eterna vocería;
Más allá la jutía,
Trepada sobre un jobo,
Inquieta roe su silvestre fruta.
Oyese del flamenco triste y grave
El profético grito, confundido
Con el canto monótono del cao;
El su surro suave
De la perdiz sabrosa
Oculta bajo el trébol, y el sentido
Lamentar de la tórtola angustiosa,
Las quejas modulando del amante
Que los desdenes de su amada llora
Al eco suspirante
Del tiple gemidor...
Mas ¿dó te lleva
¡Oh mísera flautilla!
Tu ardiente admiracion? Cesen tus voces,
¡Ay, cesen!... que más dignos otros vates
Y extraños á la pena,
Al apacible rústico sonido
De bien templada avena
Celebrarán ¡oh Cuba! el tierno encanto
Que respira tu cándida hermosura,
Con blando acento y celestial dulzura.
Pera escucha entre tanto
Los sublimes decretos que el Destino
De revelarme acaba entre las sombras
De tus tranquilas selvas:—
«La isla de Cuba que en tu canto nombras,
Nueva Tiro será: la agricultura:
Por benéficas leyes protegida,
Acrecerá su lustre y su riqueza,
Alejando por siempre de su suelo
La hambre rabiosa y la fatal pobreza.
Su clima saludable y puro cielo
Atraerán á sus playas venturosas
Utiles extranjeros,
Y con ellos las artes prodigiosas,
El comercio y la union. Nunca sus prados,
Donde la paz con los amores juegan,
Por los extragos fieros
De fratricida guerra, salpicados
Se verán con la sangre de sus hijos,
Ni con amargas lágrimas regados;
Que no en vano repasan de la Historia,
Las terribles lecciones!
Acatarán su nombre las naciones.
Será eterna en los siglos su memoria;
Y ávidos de sus frutos,
La ofrecerán riquísimos tributos
En la florida márgen de Almendares,
De Europa y Asia los remotos mares.»

En el campo, Agosto de 1831.

AL EXCELENTISIMO SEÑOR DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA

SECRETARIO DE ESTADO.

Gloria es su nombre, su memoria un templo
QUINTANA.

No es falaz ilusion: el bello dia
Por último lució que al génio encubre,
Derramando en la hispana monarquía
Mil torrentes y mil de pura lumbre.
A su fulgor divino
Confundida la estólida ignorancia!
Vuela á ocultarse en el tartáreo seno:
Y aplacada la sombra de Jovino,—
¡Cumplióse, Hesperia, tu feliz destino!
Clama gozosa en la region del trueno.
Hijo es del cielo el Númen que me inflama:
Del cielo el canto que á tu gloria entona:
Del cielo tu inmortal digna corona,
Del cielo el voto que al poder te llama.
La sien ceñida de laurel y rosas
Las Piérides hermosas,
Tu cuna de oro y de marfil luciente
Ledas mecieron en la márgen bella
Del florido Genil, donde la frente
De la Alhambra magnífica descuella.
Allí—al encuentro de los bronces duros,
Cuando la España al domador de Europa
Opuso pechos en lugar de muros,
Sonó tu voz:—el ala de zafiro
Plegó atónito el tiempo al escucharla:
Los céfiros sus ecos modularon
Dulces muy más que el plácido suspiro
De arpa dorada que Favonio pulsa,
Y en el índico mundo resonaron
Cual acento sonoro
De ángel de luz en el celeste coro.
¿Y quién pudo escucharlos, sin que el llanto
Hermoso, ardiente, del placer corriera
Hasta su corazon, y el divo canto
A ensayar se atreviera
Aunque trémulo y ronco en tus loores,
Como tributo de perfume y flores
Al sacro Númen que en el Pindo impera?
Al son sublime de tu trompa heróica
Con golpes mil herido el noble seno,
Más sangrienta que Pergamo y Numancia
Dejó el hondo sepulcro polvoroso
ZARAGOZA inmortal: y en son doliente,—
«Tuya será mi fama eternamente,
Tuyos mis láuros y mi honor (te dice):
Cuando la sangre de mis caros hijos
En ofrenda magnánima, infelice,
Las ya marchitas flores
De mi pálida frente salpicaba:
Cuando entre escombros y pavesas y humo
Y asolacion y lágrimas y horrores,
La vandálica hueste tremolaba
La enseña de la vil alevosía:
Tu voz de trueno airada resonando
De un polo al otro polo discurria,
Y de la Gloria en el augusto templo
Grababa en bronce mi terrible ejemplo.»—
A su flébil clamor y lamentable,
Del egregio PADILLA
Alza la faz la gemebunda sombra,
Lanza un gemido lúgubre y te nombra—
Teñido en sangre el parricida EDIPO
Del justo Laya, con profana planta
El silencio perturba en que reposa;
Mas ¡ay! que al punto la marmórea losa
El espectro quebranta,
«¡*Huye, infeliz, del tálamo*, clamando,
Manchado con el crimen!!!»
Cuyos hondos fatídicos acentos,
Extremecen el circo en sus cimientos.—
Tal de su voz el poderoso encanto,
Que ora en MORATMA con dolor suspires,
O en alas de la ciencia arrebatado
Rival de Horacio aleccionando admires;
Ora inflames el plectro de Corina,
O de llama volcánica agitado
La citara de Píndaro divina:—
El viento calla, el prado reverdece,
Y el corazon de gozo se estremece.—
Y ya lanzado á la encendida arena
De las playas numídicas, tu gloria
Empeñe la traicion que el orbe llena:
Ya, cual fantasma, en las nocturnas horas
De la ciudad desierta (*) el polvo huelles:

(*) Pompeya.

O del volcan rugiente
La sempiterna luz bañe tu frente,
Cuando de pátria el delicioso nombre
En su cóncavo hueco
Por vez primera repitiólo el eco;
A tus desgracias y saber profundo
Amor y compasion les rinde el mundo.
Mas ¿qué agudo clamor hiere mi oido?
¡Ay! es de Mantua, de la triste Mantua
El lúgubre lamento.
Que su afliccion revela y su tormento.
Ominoso ciprés funéreo ciñe:
El rayo de la gloria en su diadema
No ya cual antes imponente brilla:
De púrpura un raudal copioso tiñe
Su pecho destrozado;
Y el cetro de Castilla
Ostenta con dolor ensangrentado.—
Su voz te habla entre mortal gemido:
«Será, será que deba
De un déspota cobarde y fementido
A la coyunda vil doblar el cuello,
Y en servidumbre odiosa
De su torpe ambicion sufrir el sello?
¿O en vano á libertarme
De la postrera sepulcral rüina
Las riendas del poder te dá CRISTINA?
«La sangre de mis hijos
Riega en torrentes mis incultos campos
En fratricida lid: muerte y horrores
Sólo se miran do brotaron flores:
Mis leyes venerables
Guarda y sepulta criminal olvido:
Del Fanatismo la horrorosa tea
Estragos mil alumbra lamentables,
Y el crímen afilando
Del crudo Enrique el inclemente acero,
El vástago amenaza de Fernando.
¡Ah! si de pátria el sacrosanto nombre
No borró de tu pecho
Atroz persecucion; enjuga el lloro
Que mi explendor anubla y mi decoro:
Salva mi libertad: salva mis leyes,
Mis hijos salva y mis amados reyes.»
¡Sí! tú los salvarás: que del Destino
Las páginas brillantes
A mi atónita vista se despliegan:
Ya el largo aplauso del hispano pueblo
El nombre de MARTINO
Remonta alborozado
Al olímpico círculo estrellado,
Y de paz y de union la ansiada aurora
De Castilla los campos ya colora.—
Constante siempre en tu deber sublime,
Combate con ardor la tiranía
Que á la hermosa virtud do quiera oprime:
¡Reine ya la razon! ¡reine!—y el dia
Que alze la frente en magestad velada
La patria de Pelayo,
Llenos de horror los déspotas profundo
De eternal destruccion teman el rayo!

FORNARIS Y LUACES.—La entonacion de Delio, es siempre grave y sostenida, su lenguaje correcto y castizo, su estilo proporcionado al asunto que canta y su diccion poética depurada, sin que la manche jamás el prosaismo. Las materias que por lo regular escoge, son grandes é interesantes, y por eso la mayor parte de sus composiciones pertenecen á la alta poesía. Aún al pintar nuestros campos, arroja pronto la flauta de Pan para empuñar la lira de marfil y no con la sencillez de la égloga, sino con el bello *desórden* de la oda, pinta en sus brillantes rasgos descriptivos, la naturaleza cubana... Delio puede servir de modelo por los planes de sus composiciones, por su estilo elevado, su hablar castizo y correcto, y su limada diccion poética: pero arrastrado por la inspiracion, pone á veces tan próximos los asonantes que perjudica al efecto de la rima perfecta. A lo dicho, puede agregarse, que el poeta para aumentar su caudal de voces, inventa palabras, aprovechando el permiso de Horacio y de todos los preceptistas; pero aunque la mayor parte siguen las más severas leyes de la Filología, en otras nos parece que no ha sido tan afortunado, adoptando voces que nunca podrán exhibir ese cuño nacional que ha de constituirlas moneda corriente. Son tan pequeñas estas faltas que no las citamos si no fuera por el deseo de presentar á los jóvenes que se dedican al cultivo de la poesía, todos los escollos que es preciso salvar en tan espinosa jornada.—Cuba Poética.—Segunda edicion.—Habana.—1861.—Págs. 65-66.

Domingo Del-Monte y Aponte.

Cuando se escriba la historia de la cultura intelectual de esta Isla, cuya excepcional situacion geográfica la destina, si el hombre es previsor, si ama la ciencia, si la gloria y el enaltecimiento de la patria, si los triunfos del trabajo base de todo progreso, no llegan á ser para él aspiracion vana ó vision fantástica, á ser el lazo de union, la digna representante de la civilizacion española en los pueblos hispano-americanos, brillantes páginas ocupará sin disputa alguna, la vida ejemplar y laboriosa del ilustre D. Domingo Del-Monte y Aponte.

Nació en Maracaibo, Venezuela, el 4 de Agosto del año de 1804, y muy jóven vino á Cuba obligados sus padres á abandonar la tierra natal que las revueltas políticas afligian.

Es el escritor que sin haber nacido en Cuba, más se halla identificado con su naturaleza, y tambien el que más ha influido en su movimiento literario, señalando á los que á tan honrosas tareas se dedican, las fuentes verdaderas de la inspiracion y del buen gusto, dotes que se reconocen en los buenos poetas cubanos que se distinguieron en la década de 1830 á 1840, y que tan preciosas huellas dejaron con sus obras.

Fué el amigo íntimo de Heredia, y en su casa reunia á cuantos han alcanzado renombre entre nosotros. Allí Poey, Gonzalez del Valle, Suarez y Romero, Echeverría, Villaverde, Cárdenas y Rodriguez, Zambrana, José Victoriano Betancourt, Jorrin, Palma, Govantes, Milanés, Matamoros, Plácido, Manzano, el Pbro. Ruiz, Cintra, Santos Suarez, Gaspar Betancourt, Frias, departian amigablemente ya de historia, ya de economía política, de ciencias, de literatura; y esas reuniones que la pluma correctísima de otro hombre ilustre de Cuba, el bondadoso Anselmo Suarez y Romero, ha descrito con aquella mágia que nos hace considerarle el primer prosista cubano, fueron las primeras conferencias literarias, aunque privadas, de utilidad y trascendencia cual ningunas entre nosotros hasta el dia.

Narrando Suarez y Romero (1) los méritos de Del-Monte, sus esfuerzos por extender la enseñanza primaria, su influencia con los maestros y con los discipulos, al llegar á tratar del punto á que hemos de referirnos, así se expresa: «Pero donde el

(1) Obras de D. Ramon de Palma, con un prólogo por D. Anselmo Suarez y Romero.—Tomo I. —Poesías líricas.—Habana.—Imprenta del Tiempo, callo de Cuba, número 37.—1861.—Prólogo, págs. V-VII.

«ejerció una influencia más grande, fue ciertamente en la literatura. Hay tambien «quienes pongan en duda los conocimientos de Del-Monte, aunque puede asegurarse «que los que así opinan, ni lo trataron, ni han leido sus escritos. Es verdad que como «filosofo no se halla á la altura de Luz, que no era estadista como Saco, que no pro«nunciaba discursos como Escovedo; pero ni Luz, ni Saco, ni Escovedo, conocian el «castellano como Del-Monte; ni Luz, ni Saco, ni Escovedo tenian el gusto tan acen«drado como Del-Monte; ni Luz, ni Saco, ni Escovedo penetraban con la facilidad «que Del-Monte, cuál era el género en que cada uno podia descollar, ni sabian diri«girlo y alentarlo con tanto tino y entusiasmo por aquel rumbo. Sabia el latin, el «italiano, el portugués, el francés, el inglés y el castellano: habia leido mucho en to«das esas lenguas; y sus conocimientos en la historia, señaladamente en la americana, «eran profundos. Conocía á fondo la literatura española antigua y moderna, habiendo «llegado á ser, no sólo un filólogo y un bibliógrafo eminente, sino un escritor de los «más puros y elegantes que en el presente siglo hayan manejado el sonoro y pinto«resco idioma de Cervantes.» Continúa despues el insigne escritor enumerando los «conocimientos de Del-Monte, sus escritos y sus sábios y virtuosos consejos á la juven«tud, y llega á retratarle con su egregia pluma en términos que no podemos dejar en «olvido en esta biografía: «Carecía de facilidad para hablar, pero su voz era dulce é «insinuante, y si las frases no se precipitaban de sus labios como las aguas de los to«rrentes, dejaban empero en el ánimo la impresion que producen las gotas de rocío «que el viento sacude de cuando en cuando de los árboles. Al relatar un suceso, al «resumir el asunto de una obra, al exponer sus juicios, hacíalo en lacónicos mas siem«pre cultos vocablos, donde en poderosa síntesis presentaba de golpe lo que á otros no «les era dado explicar sino en discursos de horas enteras. Esa dificultad suya en la «expresion fué el motivo porque no aceptó cuando se hizo la reforma de los estudios «universitarios, la cátedra de humanidades, en que sin duda hubiese prestado inmen«sos servicios difundiendo el buen gusto de que lo había dotado la naturaleza..... «Leia de una manera embelesadora, no con la plañidera entonacion que muchos esti«lan hoy, sino con el acento naturalmente adecuado al asunto del libro, alegre, grave, «melancólico; bien que al encanto con que se le oia no dejaban de contribuir los sim«páticos rasgos de su fisonomía. Era de color trigueño, de barba negra como los ca«bellos y los ojos, de frente espaciosa, de rostro agraciado; como todos los míopes, su «mirada adolecia de cierta vaguedad; pero sus pupilas fulguraban de contínuo, y en «sus móviles y trasparentes facciones se pintaban con la misma rapidez y fuerza con «que las sentía las varias impresiones de su alma. Su risa ingénua y jovial cautivaba «desde luego.»

Segun los Directores de *Cuba Poética*, publicacion que hemos ya en otras biografías mencionado y la cual muchas veces más hemos de tener que citar, bien sea para apoyar nuestros juicios con tan valiosísimo testimonio, bien para dar á conocer en todo cuanto sea posible la índole y valor de nuestros poetas, nos dicen que hasta los veinte y cinco años no empezó á dar á luz sus composiciones en *La Moda ó recreo semanal del bello sexo*, periódico que empezó á publicarse en 1829 y tuvo vida hasta el 11 de Junio de 1831. Poco tiempo fué redactor de esta publicacion Del-Monte, agregámos nosotros, fundándonos en que el mes de Febrero de 1829, ya estaba en Filadelfia, donde publicó el siguiente libro casi desconocido de nuestros bibliógrafos: *Versos de J. Nicasio Gallego—recogidos y publicados por Domingo Del-Monte.*—Filadelfia: Imprenta española del Mensajero. 1829. Precede al título este dístico latino: *Hoc musæ indulgent omnes, hunc poscit Apollo.* Vida.—Despues de la certificacion de registro oficial de la obra, ocupa una página la dedicatoria, que con su rara puntuacion copiamos: «A. José. Maria. Heredia Poeta. Cubano. Esta. Primera. Edicion. De. Los. Versos. De. J. N. Gallego. Afectuosamente. le. dedica. su. amigo. D. D. M.»—El tamaño del libro es en octavo, de 164 páginas y contiene, una advertencia en la que expresa Del-Monte, que siendo muy escasas en España y la Isla de Cuba, las tres solas composiciones de Juan Nicasio Gallego, que habian visto la luz pública, y habiendo llegado á sus manos no sólo aquellas, que eran las elegías *El Dos de mayo de 1808*, y *A la muerte de María Isabel Francisca de Braganza, Reina de España*, y

la traduccion de la tragédia *Oscar*, sino tambien doce sonetos y una traduccion de dos poemas de Osian, habia creido conveniente formar una coleccion para ofrecer «a »sus conterráneos y á todo el que en América se dedique á la poesía; los pocos, »pero clásicos versos que hemos podido reunir, de un poeta cuyo nombre va al par »de los de Quintana, Lista, Martinez de la Rosa, Solis y demás insignes líricos de »España»; y tambien, «para presentar á los extranjeros que estudien la literatura »Española, una no mezquina muestra de la armonía suavísima de nuestra lengua, y »del carácter particular de los autores modernos que la cultivan.» En la página 23, con los sonetos de Gallego, insertó uno *Al Sol* de Dionisio Solis, afamado poeta de la época.

No nos ha parecido fuera de lugar demostrar que á Del-Monte se debe la primera edicion de las poesías del inspirado cantor del *Dos de Mayo*, á quien presentaba como maestro á los poetas cubanos.

En la Real Sociedad Económica de esta ciudad dejó Del-Monte gloriosas señales de su talento y de su vivísimo celo por la civilizacion y cultura del país. Tuvo á su cargo la Secretaría de la Seccion de Educacion, en una época, en que la ilustre Corporacion en uso de todas sus prerogativas, con la plena confianza del Gobierno y con el patriótico auxilio de las nobles inteligencias que allí se congregaban demostró con títulos que siempre serán la página más digna de nuestro respeto, que no era vano para aquellos ilustres patricios el honroso dictado de *Amigos del País*.

Preciosos documentos son para la vida de Del-Monte las Memorias que anualmente presentába de las tareas de la Seccion que dirigió con singular acierto, y donde le habia precedido el Dr. D. Nicolás José Gutierrez, hoy digno Rector de nuestra Real Universidad.

El 13 de Febrero de 1830, se creó la comision de Literatura, con los mismos miembros que formaban la Seccion de Educacion, y tambien fué nombrado Secretario Del-Monte, honroso puesto en el cual permaneció hasta el año de 1834, en que los graves disgustos á que dió origen la proyectada «Academia de Literatura Cubana», fueron tristísimos precursores de males sin cuento para Cuba y para el sabiamente iniciado, provechoso enaltecimiento de las letras. Hoy que libres de las pasiones que afligen al mortal en nuestro planeta, si los principales actores de aquel drama cuyo desenlace fué funesto para todos, pueden pensar en nuestras míseras discordias, cuáles no serán los sentimientos de arrepentimiento y dolor, que nublen los goces de la vida eterna, al considerar como unos y otros fueron dominados ya por el pernicioso orgullo, ya por la exaltacion á veces noble y generosa, con frecuencia poco justa de la ardiente juventud!...

En la introduccion, considerando á la historia con Ciceron, testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida, nuncio de la antigüedad, hemos expuesto cuanto á dicho suceso se relaciona, con los testimonios de los documentos manuscritos que poseemos, y allí queda explicada esa página de nuestra vida literaria, de las más importantes sin duda alguna.

El 6 de Diciembre de 1830, leyó á la Real Sociedad la exposicion de las tareas de la citada Comision de Literatura (1), de cuyo interesante escrito transcribimos estas plabras: «Apasionado entusiasta de las letras, y contemplándolas, no en el hu»milde estado en que cayeron algunas veces por la calamidad de los tiempos, sino en »toda su generosa entereza, servida por los mayores ingenios, y acatadas por los »grandes de la tierra; ¿cómo habia de creer que llegára una época tan dichosa para la »pátria, en que se estableciese en el seno mismo de esta Corporacion respetable, y »con la proteccion poderosa de su jefe (2), el culto puro, desinteresado y noble de »esas mismas letras?—Pero así debia ser.—Ni podian permanecer estacionarias en

(1) Actas de las Juntas Generales de la Real Sociedad Ecomómica de Amigos de este país, celebradas en los dias 15, 16 y 17 de Diciembre de 1830. Mandada imprimir por acuerdo de la misma. Habana, Imprenta del Gobierno y Capitanía General, y Real Sociedad patriótica por S. M.—1831. Págs. 62-70.

(2) El Excmo. Sr. D. Francisco Dionisio Vives, Gobernador y Capitan General.

»medio del adelanto general que presentaban en nuestro suelo la educacion pública, »la agricultura y el comercio. Intimamente unidos los distintos ramos de la instruc»cion humana, no se da un paso progresivo en unos, sin que se adelanten otros, ó al »ménos se sienta la precision de promover su estudio. Crecen las necesidades en ra»zon de los medios que se crean; y el deseo de satisfacerlas es el que anima en las »Sociedades nacientes el afan laborioso del menestral, y hace que en las más adultas »se aplaudan las invenciones y aciertos de las ciencias físicas y morales, de las huma»nidades y de las nobles artes. Nuestro país se acerca á este precioso período, que »viene siempre en pos de la riqueza pública, manantial de donde naturalmente ema»nan las virtudes sociales y las demás ventajas de la civilizacion.»

Nosotros nos complacemos en consignar en todo cuanto nos sea dado en el breve espacio que han de ocupar estas biografías, las ideas y sentimientos de nuestros principales literatos, porque—con dolor y vergüenza lo decimos—la mayor parte de los hombres de mérito que con sus trabajos han honrado á Cuba son casi desconocidos, y no se diga de los extraños, de una gran parte de los que con frecuencia ciegos por un exagerado amor provincial, sólo conocen nombres para hacer alarde en momentos dados de pedantesca erudicion, pero no el valor moral, científico ó literario con que contribuyeron á la obra universal de la civilizacion aquellos ilustres varones de quienes hablan. Así, entre este mal, fruto de una educacion defectuosa y de una instruccion superficial, de puro adorno, y entre el otro no ménos funesto y pernicioso para las costumbres públicas, de fundarlo todo en los bienes materiales, y dejar á la sociedad por toda guia las aspiraciones del mercantilismo, ¿cómo extrañar la humildad de nuestra historia literaria?... Por otro lado, cerrando nuestro corazon á los fecundos favores de la fé, de esa fé fuente de sentimientos viriles, fé que todo pueblo para ser grande ha de tener en sus destinos, imposible es que el alma humana adquiera el temple que ha menester pasa sostener las luchas del mundo y que se posea de esa abnegacion generosa, noble hija del verdadero talento y de la sabiduría, que hace acometer con entusiasmo las más grandes empresas, que obliga al filósofo á graves meditaciones y al verdadero literato á sérios estudios, cuyos frutos ni unos ni otros limitan para sí, ni ambicionan egoistamente que sus bienes y sus glorias tengan barreras para otros pueblos, causas poderosas que han entorpecido mucho nuestros progresos, haciendo infructuosos, con perjuicio evidente para el adelanto de las letras y las artes, los trabajos y sinsabores de tantos hombres como Del-Monte, valientes obreros de la civilizacion en esta hermosa tierra.

En la Sociedad Económica, promovió Del-Monte certámenes literarios, y en el del año de 1831, el primero que se celebró en la Isla para premiar el mérito poético, alcanzó el triunfo por su oda á la Infanta Dª Isabel de Borbon, el Sr. D. José Antonio Echeverria, que contaba entonces diez y seis años de edad.

«El influjo que tuvo este concurso—dice Del-Monte—es incalculable. Con él se »inflamó el entusiasmo de nuestra juventud por esta especie de estudios, tan descui»dados ántes por nuestros padres, á causa de la incuria de los tiempos, y tan escar»necidos casi en su totalidad, en el nuestro, por el avillanamiento y la ignorancia de »los menguados poetastros que los profanában.»

Trabajó tambien Del-Monte en un diccionario de provincialismos cubanos (1831), auxiliado de los Sres. D. Francisco Ruiz, D. José Estevez, D. Joaquin Santos Suarez y D. José del Castillo, obra que ha quedado inédita y que no sabemos quien posea hoy el manuscrito, y de la cual, nada nos dice el Sr. D. Esteban Pichardo, en el prólogo de las ediciones de su *Diccionario Provincial casi razonado de Vozes cubanas* (1836-1849-1862-1875). De este libro, publicó un severo juicio crítico el Sr. D. Enrique José Varona, en la Revista Quincenal de Instruccion Pública *La Enseñanza*, que dirigía D. José Imbernó (1).

Las Memorias que redactó, en el tiempo que tuvo á su cargo la seccion de Educacion de la Real Sociedad Económica, contienen interesantes datos y juicios acerca

(1) Núm. 3. Habana 1º de Noviembre de 1875, págs. 29—33.

de tan importante ramo, que no podrán omitirse al escribir la historia de lo que aquel ilustre Cuerpo ha hecho por la cultura del país (1).

Sus trabajos en la *Comision Permanente de Literatura*, no fueron ménos dignos, y es notable la exposicion de sus tareas el año de 1832.

Colaboraba al mismo tiempo en la *Revista Bimestre Cubana*, una de las mejores publicaciones que ha tenido la Isla, y que fué con mucha justicia elogiada por don Manuel José Quintana y D. Francisco Martinez de la Rosa.

En 1834, publicó en la *Aurora de Matanzas* su sátira *El Rábula* (2).

Entre otros periódicos, contienen escritos de Dèl-Monte, en prosa y en verso, *La Moda ó Recreo*, que ya hemos citado, *El Puntero Literario* (1830), *El Plantel* (1838), *El Album* (1838-1839), *Diario de la Habana*, *La Aurora* de Matanzas; y despues de su muerte se han publicado algunos de sus trabajos inéditos en las *Memorias de la Real Sociedad Económica de la Habana*, *Revista de la Habana*, *El Liceo* y *El Prisma*.

En 1833, publicó Herrera Dávila el precioso libro *Rimas Americanas*, y allí con el seudónimo Br. D. Toribio Sanchez de Almodovar, que usó algun tiempo, colocó sus mejores versos.

En Madrid y Sevilla, donde Del-Monte era considerado y querido de los más eminentes literatos, tambien se han publicado importantes trabajos suyos. La *Revista de Ciencias, Literatura y Artes* que dirigian D. Manuel Cañete y D. José Fernandez Espino, en Sevilla, publicó un extenso juicio crítico de la *Historia de la Conquista del Perú*, por Guillermo Prescott (3), y en nota al pié de la primera página que ocupa dicho escrito, honran á Del-Monte, llamándole *uno de los más ilustrados escritores hispano-americanos de nuestros dias*, lamentándose de su muerte que juzgaban *tan funesta para las letras como aciaga para los que tenian por dicha ser sus amigos.*

Ha dejado inéditos Del-Monte, muy importantes trabajos que no comprendemos por qué no se han dado á luz. La publicacion de sus obras completas sería un nuevo galardon para la literatura castellana. Entre ellas, sabémos que existe una obra histórica, *Teatro de la Isla Fernandina*, que escribió en Madrid con documentos que compulsó en los Archivos nacionales, un ensayo de *Bibliografía Cubana* á cuyo estudio era aficionadísimo, y otra no ménos interesante, *Centon Epistolario*, segun el Sr. D. José Ignacio Rodriguez, en su *Vida de D. José de la Luz Caballero.*

La calumnia, que siempre busca para sus maquinaciones al hombre virtuoso, al verdadero mérito, la calumnia que tantas lágrimas hace derramar en el mundo y que tantas injusticias ha autorizado, no pudo perdonar á D. Domingo Del-Monte.

En 1844, con su esposa Dª Rosa Aldama, gravemente enferma, salió de esta ciudad para Francia, pasando por los Estados-Unidos. En Paris se hallaba en el mes de Junio, llorando la muerte de su querida y virtuosa compañera, cuando sus amigos le comunicaron que en Cuba se le supone complicado en una vasta conspiracion descubierta ya entre las personas de color, atentatoria á la nacionalidad española que él siempre realzaba en sus correctos escritos. Tan terrible acusacion fué atacada dignamente por D. Francisco de Armas, en *El Observador de Ultramar* (4) periódico que este ilustre cubano redactába y dirigía en Madrid, y á él se unieron los hombres más eminentes de la córte, sin que por esto dejára de ser emplazado por el Fiscal de la Comision militar D. Pedro Salazar, segun edicto publicado en esta ciudad el 19 de Agosto de aquel año.

Triunfó de la calumnia al fin, como triunfáron D. José de la Luz Caballero, D. Benigno Gener, y D. Martin de Mueses, y se estableció en Madrid donde su casa

---

(1) Acta de las Juntas Generales de la Real Sociedad Económica de Amigos de éste país, celebradas en los dias 17, 18 y 19 de Setiembre de 1832. Mandada imprimir por acuerdo de la misma —Habana.—Imprenta del Gobierno, Capitanía General y Real Sociedad Patriótica por S. M.—1833. págs. 25,—44.—En el acta de 1833, publicada el año siguiente, las págs. 54—60.

(2) Apuntes para la Historia de las letras y de la instruccion pública en la Isla de Cuba, por Antonio Bachiller y Morales.—Tomo I.—Cap. XXIII, pág. 185.

(3) Tomo II.—Sevilla 1856.—Págs. 754,—773.

(4) Año 1º, Núm. 215.—12 de Junio de 1844.

era una verdadera academia de los hombres más distinguidos de España, por sus méritos sociales, políticos y literarios.

En la córte murió el 4 de Noviembre de 1853, y embalsamado su cadáver se difirió su entierro hasta el dia 7 por haber fallecido en aquellos mismos el célebre Alvarez Mendizabal, á cuyos funerales tambien asistian los que lloraban á Del-Monte. Dejó éste por su albacea y legatario al Sr. D. Nicolás Azcárate, el cual, segun los deseos de aquel de que sus restos descansáran en tierra de Cuba, en Marzo de 1854 ordenó la exhumacion del nicho provisional en que se colocaron en Madrid, y llegados á esta ciudad el 12 de Abril, fueron guardados en la bóveda de la familia de D. Domingo Aldama en el Cementerio de Espada, segun el Sr. Rosain en su *Necrópolis de la Habana.*

Erudito é inolvidable amigo, honra de la más hermosa Antilla Española, le llama el reputado literato D. Manuel Cañete, de la Academia Española en el prólogo á las poesías de D. Rafael Mendive, impresas en Madrid en 1860: y otro académico no menos ilustre, el Sr. D. Francisco Cutanda, así se expresa al hablar del poeta á quien tanto deben las letras en este pais: «Domingo Del-Monte. —El profundo investigador de la historia americana, el distinguido bibliógrafo, el colector infatigable de libros y documentos, y sobre todo, el escritor puro, castizo y eminentemente juicioso. Vivió en una atmósfera de saber, siempre rodeado de estudiosos, sin otra conversacion que la científica, auxiliando y estimulando á todos á que supiesen. Su erudicion era universal, su crítica rectísima. Débole estimulos, débole consejos. ¡Y tambien se cerraron para siempre aquellos ojos, más que medio gastados antes por el abuso de una incesante lectura! El legó sus restos á Cuba, y su preciosa librería á Cuba tambien. Cuando quiera que tenga un panteon para sus hijos ilustres, no se olvidará Cuba de Domingo Del-Monte.» (1)

ROMANCES CUBANOS.

EL MONTERO DE LA SABANA.

ROMANCE PRIMERO.

I.

«Tiende noche el negro velo
Que la luz me es enojosa...
Tu oscuridad ¡cuán hermosa
Se extiende ya por el cielo!
No te tardes, que en el suelo
Tu misteriosa negrura
Place más á la hermosura
Del dueño del alma mia,
Que la claridad del dia:
Que del sol la lumbre pura.»—
Así en alto contrapunto
Un montero discantaba
Por las veredas de un bosque
Entre el rio y la montaña.
No solicita sus toros
Ni sus terneras pintadas:
El alma toda ha perdido,
Y en busca parte del alma.
Mas presto la noche oscura
Triplica su manto, y nada
Divisa el fino montero:
No importa, que amor lo inflama.
En el distante horizonte
Un sordo tronar ya vaga;
Ya ruge fuerte en la sierra,
Ya con el rayo amenaza.
Del Norte el silbido fiero
Se escucha, y amedrentadas
Las mansas reses se agrupan,
Al bosque marchando tardas.

(1) Historia de un Bribon dichoso. Novela original de D. Ramon Piña. Precedida de un prólogo por D. Francisco Cutanda.—Madrid, 1860.—Prólogo. XII.

Las nubes se agitan, ruedan,
Se chocan y al punto estallan,
Y con el rayo se rompen
Del cielo las cataratas.
El manso Cuyaguateje, (*)
El de las ondas preciadas,
Embravecido ya ruge,
Y su linde, infiel traspasa.
En tanto el firme montero
El temporal mira, y anda,
Que no aterran temporales
Su enamorada constancia.
«Más tranquilos holgarémos,
Lucero lindo del alba,
Y mientras que brama el rayo,
Y la alta ceiba amenaza;
»Miéntras los cielos abiertos
De lluvia torrentes mandan;
Mientras el furioso rio
Hatos y vegas arrasa,
»En tu regazo inclinado
Olvidaré la borrasca,
Y al dulce sonar del beso
No escucharé la tronada.»
Dice, y marcha. En la corriente
Su amante pecho levanta:
Con las aguas turbulentas
Lucha, vence, ufano pasa.
El hato pisa querido
De su Felicia adorada...
¡Feliz quien como el montero
A solas mira á su dama!

II.

—«Apaga ¡oh cielo clemente!
Este amor que me envilece.
Ay! la ingrata me aborrece,
Mientras yo la adoro ardiente.
Necio es aquel, es demente,
Que de las hembras se fia:
Aman furiosas... un dia;
Se entibian luego inconstantes,
Y de ardorosas amantes
Se vuelven escarcha fria.»—
Con voz desmayada y triste
En un potro sabanero
Corriendo, aquesto cantaba
El desdichado mancebo.
Era siesta calurosa
De la estacion en que al suelo
Desde Táuro ardiente lanza
Sus rayos fogosos Febo.
Anhelante y fatigado
De la sabana el montero,
Su caballo pára, entrámbos
De polvo y sudor cubiertos.
Entra en un bosque vecino
En busca de sombra y fresco,
Y descansa de un jagüey
En el ancho tronco eterno.
Suspirando desamarra
De la pihuela sus perros,
Que coleando lo halagan,
Miéntras él los mira tierno.
La cortante hoja (*) desciñe,
Y dando un suspiro al viento,
Fija mústio sus miradas
En el cinto de su acero.
De amarillo ante formado,
Bordado con hilo negro,
De Felicia fué regalo,
Pespunteado por sus dedos.
De Felicia... que lo olvida
Por otro rico veguero,
Y ahoro sólo desdenes
Regala al triste mancebo.
De Navidad en la Pascua
Vió á la tirana en su pueblo,
Y trocó desque la vido
En inquietud su sosiego.
Tres veces la palma hermosa,
Honor de los campos nuestros,
Renovó sus verdes yaguas,
Y vistió de ramos nuevos;
Desde que el enamorado,
A su dama enterneciendo,
Alcanzó la primer cita
Y el inefable «*te quiero.*»
El cuitado ora recuerda
Las veces que sin aliento
Por él la falsa salvaba
De noche el umbral paterno;

(*) Cuyaguateje es el rio que baña la mayor parte de las vegas de Guánes (por lo cual toma á veces este nombre) en la *Vuelta-abajo*, ó parte occidental de nuestra Isla. Nace en la sierra de *Cabezas*, prolongacion de la del Cuzco: despues de discurrir por 17 leguas, desagua al Sur en el Océano.

(*) Hoja, llámase por antonomasia la del machete ancho y corto que usan en los hatos los monteros para cortar las enredaderas del bosque y otros usos de su ejercicio.

Y cómo no la aterraban
El nocturno alto silencio,
Ni las sombras, ni el lejano
Lúgubre ladrar del perro.
Ora todo se ha cambiado:
Ni le mira ya el lucero,
De amor lanzando gemidos
En los brazos de su dueño.
Que hubo Pascuas, fiestas hubo,
Y en la fiesta, forasteros:
¡Ojalá no los hubiera
Y feliz fuera el montero!

III.

—«Es señora tu hermosura
Trasunto de la del cielo;
Si has de amar cosas del suelo,
Amame á mí que es cordura.
Sin riquezas es locura
Pretenderte, peregrina;
Porque prenda tan divina,
O se ha de engastar en oro,
Sólo igual á tu tesoro,
O ha de quedar en la mina.»—
Al son del tiple sonoro
Así en el baile cantaba
Un veguero de Martinez (*)
De condicion rica y vana.
En cuanto el Cuyaguateje
Con sus puras ondas baña,
Tan fértil vega no riega
Como tres que aqueste planta.
De Felicia se enamora,
De Felicia, la que amaba
Más que á sí misma, decia,
Al hijo de las sabánas.
En el fandango de noche,
En misa por la mañana,
Siempre á su lado el veguero
Los oidos le halagaba.
Cual la gota pequeñuela
Cae de la sierra elevada
Al peñascal fuerte y duro,
Que la roca al fin ablanda;
Tal es el ruego en las hembras:
Resisten:—mas luego alcanza
Tenaz amador vencerlas
A fuerza de su constancia.

(*) San Juan y Martinez, asiento de las Vegas que producen el mejor tabaco del Universo, está á cinco leguas de Pinar del Rio, y cuarenta y tres de la Habana.

Cede Felicia, y olvida
Su primer amor, y tantas
Congojas, tantos suspiros
Que el montero le costaba.
Si á las veces pensativa,
Junto al veguero sentada,
Recuerda los bellos dias
De su primer bienandanza,
De entrambas á dos las luces
A su pesar ¡ay! derrama
Lágrimas mil reprimidas,
Y en sonrisas disfrazadas.
¡Vanos recuerdos! perjura
Al rico amante compara
Con su antiguo amor, y pierde
La pobreza desdichada.
De su corazon desecha
Amor tan vil que la abaja;
Levanta su pensamiento,
Y con el rico se casa.

IV.

—«Goza placeres Felicia
En el seno de tu Albano,
Que te aclama esposo ufano,
De su alma sola delicia.
La primer tierna caricia
Que probáres, inocente,
Robará á tu pura frente
Los sonrosados pudores;
Mas en cambio los amores
Beber te harán en su fuente.»—
Así cantaban alegres
Acompañando sus voces
El rústico calabazo,
Y el templado tiple acordes,
Dos mozos los más apuestos
De aquellos alrededores,
Que siempre que su voz alzan
Se regocijan los montes.
Cantan festivos ahora
En las bodas de aquel noble
Rico veguero, y Felicia,
Despreciadora de pobres.
Todo es fiesta por las vegas,
Y adornan de lindas flores
Sus albos pechos las hembras
Y su sombrero los hombres.
Mil luminarias alegres
Alegran la oscura noche;
Y aunque campestres, se miran
Provistos aparadores.

Satisfecho el novio toma
La mano á Felicia entónces,
Y al romper el baile, súbito
La fiesta el montero rompe.
Desnudo el patrio machete
Y despidiendo furores,
A todos tira reveses,
Cual cerdo furioso en monte.
Al punto las vainas vuelan,
Y los machetes enormes
Con pujantes brazos blanden
Los Sanjuaneros campeones.
¡Villanos! grita el montero
Dejadme solo á ese torpe,
Torpe par, que me ha vendido...
Felicia...! Albano...! Traidores...!
Al decir así, divisa
Por entre mil que se oponen
A Albano que sostenia
En los brazos sus amores.
En rabia y celos ardiendo
Hácia los dos presto corre,
Y corren tras él ganosos
De su muerte viles hombres.
Reves certero descarga
A su rival, mas faltóle
Fuerzas para herir tambien
A su amor del mismo golpe.
Venganza! clama furiosa
Con mil funestos clamores
La parentela del novio,
Y á la venganza aprestóse.
En ésto de la justicia
La enérgica voz impone
Respeto á los agraviados,
Y á sus secuaces temores.

EL DESTERRADO DEL HATO.

ROMANCE SEGUNDO.

Iba triste cabalgando
En un melado troton,
Más experto en trepar lomas
Que en regatear con primor,
Patricio, el hijo más jóven
Del rico hatero Albornoz,
No tan rico cual airado
Esta vez con su garzon.
Destierra al pobre mancebo
Del Sansueña (*) al rededor,
Desde la hacienda en que vive
Cercano á Consolacion. (**)
Pasado el jóven habia
En largo trote y veloz
Del Pinar (***) la fértil vega:
Y en el pueblo no se entró:
Que mengua fuera le viese
No ya en retinto andador,
Sugetando su braveza
Con plateado cabezon
Y cumplido arnés sonoro,
Como en sus fiestas le vió,
Siempre que á sus fiestas vino
De galas puesto y valor.
Tuerce el melado á la izquierda,
Cuando ya el poniente sol
Del cerro á los guayabales
Daba su rojo color.
Apénas ya se veian
En las grietas del peñon
En mil festones colgando
Del *aguinaldo* la flor.
Todo es silencio en el monte,
En la montaña y hondon,
Ni se oye res en la selva,
Ni al tomeguin cantador
Tan callada está la tarde
Como triste el corazon
Del jóven, que desterrado
Del paterno hogar salió.
Mucho este caso le abate;
Bien que él ántes del dolor
En su mocedad temprana
Nunca el amargo probó.

(*) Sansueña: rio pequeño que corre junto á la poblacion de Mantua, en la Provincia de Pinar del Rio.
(**) Consolacion: Provincia de Pinar del Rio.
(***) Pinar del Rio.

Por endulzar el presente
Requiere el tiple, y su voz,
Antes firme, ora turbada
Así á los vientos la dió:
—«¿Qué se hizo aquel cantar
»Que á mi señora cantaba,
»Cuando tierna me esperaba,
»Bajo el fresco platanar?
»¿Dónde se fué aquel mirar
»Tan dulce que me robó
»El alma toda, y á dó
»De mi padre las caricias,
»De mi hato las delicias...?
»¡Ah tiempo aquel!—Ya pasó!»
Cantar sólo aquesto pudo:
De su callar causas son,
No las faltas de la vena
Sino el recuerdo de amor;
Que nunca la fácil Musa
Que en nuestras selvas nació,
Negar supo á este mancebo
Su sencilla inspiracion.
Deshecho en llanto á los cielos
Por conorte y por favor
Los ojos vuelve y aún dicen
Que así luego el triste habló.
¡Ojalá fatal belleza
Que jamás te viese yo!
Que jamás probado hubiera
Tan horrible mutacion.
Aun oyera en la alborada
De mis monteros la voz
Y el ladrido resonante
De mi Leal volador.
Por el monte y las sabánas
Aun fatigara veloz,
Montado en potro soberbio
Y con lazo corredor,
Las vacadas, que del hato
De mi padre orgullo son:
No que viniste, y te vide
Y al verte mi paz huyó.
¿Y nunca habré de mirarte
Encendida en casto ardor,
Con angelical sonrisa
Estrecharme al corazon?
¿Y vano es ya la esperanza
Que sonreia á los dos,
De darnos más santos nombres
Que los que consagra amor?—»
Calló Patricio: esta idea
En inquieta agitacion
Le pone, y su mansedumbre
Convierte en crudo furor.
Tal así corre apacible
Regando fértil region
Por cáuces anchos el Guánes,
Que es de las vegas señor;
Mas en topando un peñasco
De su curso oposicion,
Sobre dél se precipita
Bramando ronco y feroz.
En esto ya de la noche
La oscuridad se tendió,
Y brilla sólo al Poniente
Un lucero temblador.
Su escasa luz á Patricio
Consuela en tanta afliccion:
Mas ¡ay! que poco le dura
Tan pasajero favor.
Presto una nube al lucero
La lumbre toda robó,
Y reina opaco en la noche
Un pavoroso negror.

EL GUAJIRO.

ROMANCE TERCERO.

Tras la alta sierra de Cuzco
Ya sus rayos escondia
El sol, y el gallardo Alfonso
Su raudo alazan ensilla.

Es el apuesto guajiro,
Honor de su patria Alquízar,
Y arrendador de los hatos
Del conde de Fernandina.

Gentil cuando rige el potro,
Si danza á todas cautiva,
Y al revolver del machete
Nadie la palma le quita.

A fuer de valiente y mozo
Sintió de Amor las heridas,
Que en pechos francos y nobles
Gusta hundir su ardiente vira.

Belen, la de Guanajay,
Su corazon todo agita,
Y en viéndola, le arrebata
Su indiferencia tranquila:

Belen, la del garbo y gracia,
La más donosa guajira,
Que entre las hembras de Cuba
Con ojos negros hechizan:

Labios pequeños, y rojos
Más que rojas clavellinas:
Frente espaciosa; el cabello
negro-luciente en sortijas.

Ora ansia sólo por verla:
Furiosos celos le aguijan,
Y desde el bato del Conde
Hasta Guanajay corria.

Toma el ponderoso acero
Que se forjára en la Villa, (*)
La argentada empuñadura
De esmeraldas mil guarnida.

Al lado izquierdo lo pone,
Atado, en vez de la cinta,
Con un pañuelo pintado
De azules y rojas listas.

De blanca y menuda paja,
Por manos dulces tejida,
El sombrero toma, ornado
De dos borlas muy garridas.

Encima el leve aparejo
Salta lijero, y aguija
Al potro, y corre volando
Por la abundosa campiña.

Por una estrecha vereda
Tan sólo dél conocida,
Del camino acorta usado
Distancias, que maldecia.

«Belen, Belen, la que Sol
De tu partido apellidan;
Dios quiera que no te anubles
Esta vez por mi desdicha.

»Sospechas sólo me aquejan,
Y el corazon ¡cual palpita!
Si fuera el agravio cierto...!—»
Dice, y calla: al bruto pica.

(*) En la Villa de Guanabacoa se forjaban y templában los mejores machetes de la Isla.

LA PATRIA.

ROMANCE CUARTO.

—«¡Mal hayas, tú Manzanares,
El de las ondas mezquino;
Mal haya el que á Mántua vino,
Dejando el patrio Almendares!
¡Mal haya el que sus palmares
Y su floreciente orilla,
Y su cielo donde brilla
Siempre el azul y la rosa,
Trocó por esta enojosa
Tierra helada de Castilla.»—

Así mirando á la sierra
Del nevado Guadarrama,
Maldice de su fortuna
Un sitiero de Managua.

Por influjos de su estrella,
Que siempre la hubo contraria,
En las dehesas se mira
De la más remota España.

Por la aterida ribera
Los ojos del triste vagan,
Y en vano busca por ella
Las flores de su sabana.

En vano descubrir quiere
Los árboles de su patria;
Ay! que sólo mira el triste
Marchita, incógnita planta!

De sus hojas despojados
Los álamos por la escarcha;
La encina, el frondoso roble
Privados de su esmeralda;

Yermo el prado, turbio el rio,
La natura desmayada,
¡Cuán distinto cuadro ofrecen
Del de su nativa estancia!

Allí todo es verde pompa,
Todas son silvestres galas,
Y las auroras de Enero
Con las del Abril se igualan.

«Aquí, dice, no más miro
Que hielo en la cumbre alzada,
Nieve en el valle sombrío,
Niebla que todo lo empaña.

¿Do el diáfano, puro ambiente
Está de mi Cuba amada?
¡Quién me diera un sólo rayo
Del sol que sus campos baña!

Sus campos... ah! ¡quién los viera!
¡Cómo anhelante volara,
Rápida más que los aires,
A saludarlos el alma!

Que el alma bien los conoce:
Ni son nó, para olvidadas
Las horas gratas que en ellos
De mi mocedad pasaba.

¡Con qué placer buscaria
Desde la flotante tabla,
Al par de las mil banderas
Que el Morro en sus muros alza,

Las dos pintorescas cumbres
Del Príncipe y Santa Clara!
¡Cuál desde allá palpitando
Ver creyera ya las palmas,

La umbrosa ceiba, el arroz
Que el viento sonando halaga...
único son que se oyera
En tí, mi inocente *estancia!*

Que nunca escuchar yo pude
Sin que hirviese en ira el alma
El bárbaro atroz chasquido
Del látigo en carne esclava.

Sólo el sudor de mi frente
Libre, enhiesta, muy honrada,
De mis sembrados los surcos
Regó con sus gotas santas...

Y más prefiero orgulloso
Pobre vivir más sin mancha,
Que no en opulencia infame
A infame precio comprada.»

Calló el sitiero infelice
Que el dolor su voz embarga.
Tan léjos ¡ay! de su tierra
Como este ¡quién no llorára!

FORNARIS Y LUACES.—Al referirse estos distinguidos poetas á los romances de Del-Mon[illegible] que insertaron en la publicacion que ya hemos citado, *Cuba Poética*, así se expresan: «¡En ellos [illegible] el mérito y el triunfo del poeta! Sencillez, dulzura, gracia, animacion, verdad, buena versifica[illegible]n, todas las buenas dotes del Romancero y de Góngora, sin que falte una sola, se encuentran en [illegible]. El gusto más severo reina en estas composiciones. Los pensamientos y las imágenes están [illegible] estidos de una originalidad expresiva, y las descripciones fáciles y amenas ni se suceden con [illegible] rapidez que aturde ni se prodigan con la profusion que hastía. Los cuadros son vivos y de ani[illegible] los colores, los retratos completos y exactos, y el plan perfectamente desarrollado. Todo esto, [illegible]alzado por las prendas características del autor en todas sus otras producciones, como son la co[illegible]ion esmerada y la locucion perfecta hacen de los «Romances Cubanos» de Domingo Del-Mon[illegible] una de las perlas más valiosas de nuestro Parnaso.»

RAMON DE PALMA.—Hé aquí la sublime poesía de nuestros campos, toda su sencillez y [illegible]ginalidad: pero todavía presenta otro aspecto más tierno, característico y apasionado. Para sen[illegible] la inspiracion de esta poesía es menester contemplar el cielo estrellado de los trópicos en la so[illegible]ne inmensidad de las sabanas, ó ver los rayos de la luna platear las anchas hojas de los plátanos, ó quebrarse en las pencas de los palmares. Aquí es donde se siente esa lluvia de inspiracion [illegible] parece bajar de las estrellas, y los débiles sones del sentido tiple se oyen sonar en el silencio [illegible] la noche como el quejido de la tórtola ó los trinos del ruiseñor, mientras entona sus amorosas [illegible]ones el penado aventurero. A lo léjos se escucha el ladrar del vigilante perro, el mugido del [illegible] que se esconde en la espesura; en tanto que de toda la tierra se eleva en son confuso é incesan[illegible] la discorde música con que multitud de insectos solemnizan las sombras de la noche.—Cantares [illegible] Cuba. I.—Revista de la Habana.—Tomo III.—1854.—Pág. 211.

TRADUCCION DE SIETE ELEGÍAS DE VICENZO MONTI.

I.

¡Infelice de mí! Bien sabe el cielo
Cuantas veces me aduermo en la esperanza
De nunca despertar! Mas vuelve el dia,
Y al volver de mi sueño, á mirar torno
Al sol, y torno al padecer contínuo.
Así como en el mar las tempestades
Con ímpetu mayor se agitan, cuando
Ya calladas calmarse parecian:
Tal al volver del sol la odiada lumbre,
De mi pena más crudo el sentimiento
Renace, y tal el huracan del pecho,
Que la nocturna calma habia acallado,
Mas se agita tremendo y lo conturba
Aquel que me persigue airado númen.
Abrese el corazon y se apodera
Todo dél el dolor. Y en vano intenta
Con su gentil hechizo y sus halagos
Y sus risas graciosas la alegría
Suavizar mi tormento: el dolor fiero,
Ronco llorando, el bálsamo desprecia,
Y hasta el mismo placer trueca en martirio.

II.

En vano, al nuevo aparecer del dia,
Cuando despues de un sueño tenebroso
Y funesta vision, despierta y toda
Empapada en sudor mi frente miro,
Mis brazos hácia ella en vano tiendo:
Y en el silencio de la noche en vano
La busco ansioso en el desierto lecho,
Cuando un sueño feliz, sueño inocente
Me seduce, y estar allí á su lado
Y estrecharla á mi seno me parece,
Su mano entre las mias, de mil besos
Toda cubrirla, amante colocarla
En mi megilla ardiente y en mis ojos.
Ay! cuando aún mis párpados cerrados,
Dormitando, abrazarla me parece,
Y engañado despierto: el dolor mio
De súbito brotar torrente amargo
Hace de llanto á mis cansados ojos,
Y á la desesperada fantasía
Señala penas mil en lo futuro,
Sin más término ver, que horrible muerte.

III.

¡Ay cuán profunda su fatal imágen
Está dentro en mi mente y me persigue!
¡Cuál se sale al encuentro y se detiene
E inmóvil todo el pensamiento ocupa!
Entrambas luces cierro á no mirarla,
La frente con mis manos escondiendo;
Mas ¡ay! que allí en la frente, entre mis ojos,
Lo veo aparecer, y compasiva
Suspirando mirarme, y no moverse!
Tiendo mis brazos procurando ansioso
En el lecho ocultarme, mas la imágen
De mi vista no vuela, ántes se acerca,
Y tal parece que amorosa ajunta
A mis ojos los suyos, su mejilla
A la mejilla mia, y que conmigo
La frente inclina y se abandona al sueño.

IV.

Vuelve ¡oh delirio halagador! ¡ay! vuelve,
No tan pronto me dejes! ¡Yo su esposo!
¡Ella la esposa mia!... ¡Oh! Dios eterno,
Que éste mi ardiente corazon formaste,
El tan excelso bien me preparabas
La vida toda en adorarte hubiera
Yo gustoso pasado... ¡Oh Dios clemente!
No es de queja este llanto; el llanto mio,
El ciego ardor perdona que me inflama!
¡Oh! si me fuese dado un sólo instante
En aquestos mis brazos estrécharla!
¡Si mis lábios pudieran con los suyos...!
¡Ay! que sólo al pensarlo, entre mis venas
Corre de fuego un rio, y se extremece
Mi cuerpo todo, y mis entrañas árden.

V.

¡Oh! si distante á las ciudades viles
En incognito albergue el vivir mio
Mirar pudiese transcurrir conmigo!
¡Oh! si pudiese! Tú, mi bien, mi hermana,
Tú, mi esposa, mi cielo, mi alegría,
Tú mi honor fueras, mi universo y todo.
Felices sólo con mirarnos ámbos,
Nuestros años corrieran cual suave
Onda de manso rio, y siempre fuera
De perenne gozar fuente la vida.
Cuando despues la ancianidad helada
El ardor extinguiere á los sentidos
Y huyesen mudos los deleites nuestros,
Amor cediera á la Amistad su antorcha,
Y la dulce Amistad otra ternura

Brotar hiciera en la ceniza ardiente.
Otro nuevo solaz, otros placeres.
¡Oh soláz! ¡Oh esperanza! Un importuno
Soplo de viento me despierta, y todo
Vuela con mi delirio hasta el contento!

VI.

¡Ay! sin consejo, delirante, dónde,
Dónde me arrastra la tremenda furia
De este afecto infeliz? Se fija en ella
La mente, en ella sola. Estos mis ojos
No más ya miran que su dulce imágen;
No más el corazon palpita ansioso
Que al resonar su voz... sin ella ¡oh cielos!
¿Qué á mí ya fuera el universo todo?

VII.

Mas qué! á su lado estar y en sus miradas
En sus sonrisas, en su dulce acento
Embeberse el alma y colocarme
Tan junto al labio suyo, que hasta el mio
Siento llegar su aliento regalado!...
Parece entonces que corriendo un rayo
Mis sentidos abrasa. Ante mis ojos
Niebla espesa se extiende, en mi garganta
Las palabras se embarazan, y una mano
Siento de fuego que la estrecha y cierra.
Sin freno el corazon fiero se agita
Y por templar el inflamado pecho,
Más largos y profundos los suspiros
Se exhalan dél, y entónces, ó me cuesta
Llenar de besos mil su mano amada,
Y de llanto bañarla, ó arrancarme
De su lado veloz, y huyendo de ella
La frente herirme en mi infelice furia.

VIII.

Alta es la noche, y en profunda calma
Yace el mundo adormido, y con él duerme
Tambien la tempestad del pecho mio.
Mirando al rededor, del lecho salto.
Y al través de las nubes que del viento
Rompe y empuja el iracundo soplo,
Miro del cielo en los desiertos campos
Vislumbrar solitaria alguna estrella.
¡Oh preciosas estrellas! ¿y vosotras
Tambien caereis, y tiempo ha de llegaros,
En que el Señor de vos su vista aparte
Y apague soles mil? Tardo Bootes
¿Y tú caerás tambien del roto carro,
Tú, que eres de las árticas lumbreras
La más gentil de todas? ¿Por qué ahora
Tu frente no descubres, y recuerdas
La noche ¡ay Dios! feliz, en que sentado
Al lado de mi bien te señalaba
A sus hermosos ojos con el dedo?
Al lucir de tus ruedas, amorosos
Sus luceros volvia, y yo entretanto
A sus piés con deleite contemplaba
No á tí, sino á otro objeto más precioso,
Que de un amante pecho los suspiros
Pagar, agradecer mejor sabía...
¡Oh recuerdos de amor! ¡Oh dulces horas!
¿Con qué sois idas para siempre, y vivo?
¿Y esta es la calma de mi pecho, y estos
Los dormidos afectos? De la noche
¡Ay! me engañó el silencio, y de la muda
Triste natura el tenebroso aspecto!
De nuevo á herir el aire ya comienza
El son de mis suspiros, y se agolpa
Mas cruël á mis párpados el llanto.

IX.

Límpido arroyo, honor de esta pradera,
Que dulce murmurando en curso vario
Sacias la sed del pobre peregrino:
Tiempo hace, y tú lo sabes, que á la grama
No llego á descansar de tus orillas,
Y paso junto á tí deslumbrado,
Sin mirarte siquiera. ¡Ay! Caro arroyo,
Excusa tú mi error, mi involuntaria
Descortesía perdona. Si pudieras
El horror comprender del hado mio,
Y cuales en mi mente yo revuelvo.
Pensamientos atroces, y en el pecho
Cuanta guerra y cuán cruda me devora:
Tú, cierto, mi infortunio llorarías,
Y ronco, al mar gimiendo te arrastraras.
Mas ¡ay! que eres cruel; que aún hora guardas
Las reliquias del bien que ya he perdido.
¿Por qué el césped bañar que tantas veces
De afanes libre me acogió en su seno,
Cuando yo estaba solo, y no abrasado
Me habia el corazon fuego de amores?
¿Por qué estas plantas miro y estas sombras
Que cubrieron mi sueño? Y tú, süave
Aura de Abril ¿por qué tan dulce en torno
Bates mis plumas y mi frente halagas?
Huye; á otro rostro á acariciar ve ahora
No bañado en el llanto: ah! huye! y estas
Ultimas gotas que mi faz hoy riegan,
No las enjugues, déjalas corriendo,
Al arroyo caer que el pié me baña.

Febrero, 1831.

LA VUELTA O EL DESENCANTO.

La ví, la ví, á aquella que algun dia
Fué mi gloria, mi amor... por quien el alma
Con frenético celo y rabia impía
Lloró á un simple girar de sus estrellas,
Y en otro girar de ellas,
Vuelta al pecho la calma
En ternura, en placer gozó encendida...

¡Y la ví sin temblar...! y siempre hermosa,
Muy más hermosa que ántes,
Cuando la luz nos vido radiosa
Del sol, unidos en amante lazo...!
Y tres veces tan sólo el astro mismo,
Su antorcha por el Trópico agitando,
Los campos matizó de verde y oro,
Desde la vez postrera
Que con voz lastimera,
«Adios, mi bien», la dije, «yo te adoro,
Y yo te adoraré, miéntras alumbre
En negra noche al triste marinero
Ese que ora nos mira
Del alba preciosísimo lucero...»

Suspirando dejé la amada orilla,
Y suspirando, el inflamado lino
De tí me separó, mi dulce Antilla,
Entónces ¡ay! más dulce al alma mia,
Porque ella en tí vivia.
Llorar su ausencia en mi fatal quebranto
Me vió la noche y la naciente aurora,
En los mares uniéndose á deshora
Del agua al susurrar el son del llanto.
Llorar me vió la peñascosa playa
Del usurpado Calpe, y repitiendo
Fueron su nombre las opuestas rocas
De la líbica Oran... ¿Y de aquel lloro
Qué á mis ojos quedó, ni á aqueste pecho
De tanto suspirar, de tal delirio...?—

¡Tibieza, frialdad...!—¿Tan presto acaso
El cielo en mi martirio
Me dió de la razon la edad funesta,
Que el entusiasmo ardiente
De la virtud y del amor detesta?
¿Acaso para siempre ¡ay Dios! volaron
De mi mente agitada el devaneo,
La mágica ilusion, que me inspiraron
La edad temprana y la inocencia un dia,
Cuando en incierto, insólito deseo
Sin saber qué era amor, de amor ardia:—
Cuándo pudieron las distintas formas
De la hermosura hacer que palpitante
Dentro en el seno el corazon sintiese,
Ora en la flor la viese
Lucir purpúrea en su boton brillante,
Ora en la frente cándida, divina
De tímida doncella,
O en la que al alba solitaria estrella
Por los desiertos cielos peregrina...?
No, por mi bien! que aun trémulo mi labio,
Mudada la color, radiando ansiosos
Llenos de amor y languidez mis ojos,
Supe estrechar al pecho enamorado
El corazon sensible y delicado
De otra casta beldad:—aún ardo en ira,
Y me agito indignado
Al ver de la opresion la enseña odiosa
Al viento tremolar, y no temblando,
Cual frágil hoja al ventilar del aura,
Con infame mancilla
Doblé, adulando, la tenaz rodilla:—
La gloria aún me seduce:—en patrio fuego,
No en perversa codicia el pecho hierve:—
Aun miro y compadezco
Con juvenil simpática *locura*
Del infortunio santo
El venerable llanto...
Aún *jóven* soy sin pérfida cordura.

Jóven, sí, por mi bien!—Y si hoy contemplo
Sin suspirar de amor la beldad mesma
Que ántes turbaba mi razon; si en otra
Acaso pude la ilusion perdida
Otra vez renovar—aunque, ¡oh desgracia!
Tambien huyese con veloz corrida,
Y tras ella otras mil—no indicio es cierto
Que ya agotado para mí acabóse
De la ternura el celestial tesoro,
Ni que ya helado el corazon ha muerto.
Vive, y del alma el disvariar perenne
La lid perpétua, el afanar contino

Que del delirio al tedio me arrebata,
Sin que se fije en humanal belleza,—
Su vida anuncian, su inmortal destino.
De no vista beldad el tipo excelso
Encierra el corazon en alta idea:
En mil hermosas juzga deslumbrado
Hallarlo, y corre, y las adora, y piensa
En ellas poseer cuanto desea...

Mas ¡ay! que presto la ilusion fallece
Como niebla que al sol desaparece,
Al punto se deshace
Cuando la luz de mi razon parece:
Y contemplo burlado
Débil criatura, como yo, y mezquina
A la mujer *divina*,
al *ángel* adorado.

EPISTOLA A ELICIO CUNDAMARCO, POETA AMERICANO.

Desde la triste márgen de este rio,
Dó su alcázar ostenta, y los blasones
De su arruinada gloria el castellano,
Tu errante amigo, de su Cuba ausente,
Salud, amor y el corazon te envia.
Sí, manda el corazon al caro Elicio;
A Elicio, encanto de la Musa Indiana,
Ya benigna le preste su dulzura,
Del alma al espresar el tierno afecto,
Ya en pulsando la cítara sonora
Con américo plectro armonioso,
Amor de patria inspire y de honra y gloria
Al índico cantor... ¡Dado me fuera
Alzar así mis tonos abatidos!
Por invencible espíritu inflamado
De ansia de fama y de celeste fuego,
¡Cuál digera los timbres inmortales
Del orbe de Colon...! Tú, sacra Historia,
A mis ojos rasgando los oscuros
Velos que esconden su primer orígen,
Del Inca santo, del feroz Azteca
Los anales confusos me enseñaras;
Las riquezas, el culto, el poderío
De imperios tan pujantes revelando,
En mi loor los himnos entonaron
Del Ecuador, del Trópico á porfia
Las dulces colombiánidas beldades.
Luego en negro laud con graves cuerdas,
Que del dolor la Musa inspiraria,
De la aurífera Haytí, de Cuba hermosa
El caso acerbo lamentara, y como
El crudo vencedor cegó las vidas
Del humilde, sencillo, inerme pueblo.
El ronco sollozar rompiendo el canto,
De! grande Hatuey la sombra aplacaria,
Y no nos maldigera—ántes la injuria
Atroz de nuestros padres olvidara,
Y al ver del español llorando al hijo,
Benigno el mártir su perdon nos diera.

Mas no! que el Señor Dios el estro santo
Negóme, y nunca prez alcanzar puedo,
Prez ansiado de gloria, concedido
Solo al *Poeta*.—En instrumento humilde
Acompañar la simple cantinela
Del morador de Cuba, y sus costumbres
Campestres retratar—este es mi canto.—
La patria lo inspiró, no el grande ingenio.
La patria, que inspirar tambien debiera
A cuanto cisne en sus orillas cria
El Almendares nuestro. No humilladas
Así se vieran las Cubanas Musas,
Vistiendo en vez del opulento arreo
Con que plugo á natura ataviarlas,
De la ignorancia el miserable andrajo
Con que sus miembros cándidos afean:—
No en torpe, insulso, estrepitoso verso
La magestad del canto profanáran;
Ni,—en vez de alzar á generoso asunto,
De inspiracion en pos, el alma audace,
Do virtud y valor, ciencia, armonía
Felices encontraran;—humilladas
Cual ahora se humillan ¡oh verguenza!
Escarnio vil de estúpidos Mecenas,
Ni del pueblo baldon sus rimas fueran.

Tú serás ¡oh mi Elicio! el escogido
A restaurarlas. Su nativo orgullo,
Su noble dignidad, su ilustre intento,
Tú, sabio les darás:—que ya no en vano
El vate excelso que de HEREDIA el nombre
Hizo famoso en Cuba y Tenoxtítlan,
Solemne Cantor nuestro te llamara.
Tu lira apresta, y á la luz inmensa
Que en la encendida zona el sol derrama:—

A fuer de un Dios sentado en la alta cima
Del más alzado risco;--dominando
De la Antilla mayor el fértil suelo
Y del Caribe mar las recias ondas,--
Las cuerdas vibra y de entusiasmo ardiente
Y de sublime inspiracion henchido,
Al aire suelta el verso numeroso
Con voz robusta y con sonoro acento.

.....

.....

Al escucharte, atónita la patria
Entre orgullo y placer, dirá: «Tú eres,
Tú, mi Poeta», y de inmortal corona
De palma indiana y de laurel eterno
Tu frente ceñirá radiante y bella.

SU VOZ.

—¡Oh son! ¡oh voz!—
L. DE LEON.

Canta, digeron--y empezó su canto.
¡Ay! no más grato en la morada eterna
Suena á los justos el concierto santo,
Cual resonó en mi oido
De amor embebecido
La no incógnita voz, melosa y tierna.

Sentí agitarse blandamente el alma,
Cual de un lago el cristal de brisa al soplo,
Que manso ondea, y permanece en calma.
Por mis venas corrió calor divino,
Y el corazon sin tino.
Recordando al oir tan dulce acento,
Del ya perdido bien la antigua gloria,
En otro igual momento;
Palpitó— suspirando á tal memoria.

Antes su voz el eco no buscaba
De ninguñ corazon, más que del mio:
El mio sus cantares aprobaba,
Y la cadena celestial, oculta
Que en simpático nudo nos ataba,
Trémula al escucharla, respondia
De amor al movimiento,
Que en su pecho al cantar, ella sentía.

No más ya oiré su voz: su dulce acento
Ora sólo me inspira
En vez de triste y plácida ternura,
Angustiado dolor, congoja dura.
Mas siempre la he de amar:--siempre en mi lira
A imitar probaré sus blandos tonos...
Si es dado á humana voz, manos mortales
El concento divino
Imitar de los coros celestiales.

EL VEGUERO.

Al tabaco cantemos,
Riqueza del cubano
Y del mundo delicia apetecida:
Consuelo del humano
Que en amargos extremos
Y de penas el alma combatida,
A la *pipa* querida
Se llega, y por encanto
Al fumar deleitoso
Cesa su doloroso
Incómodo penar y triste llanto.
Del orbe fumadores,
Al tabaco entonad dinos loores.

Enhorabuena canten
Otros con estro ardiente
Las locuras del tierno cieguezuelo,
Y las glorias levanten
Del niño Amor potente
Encima el elevado y claro cielo:
O como transporte y celo
Otros digan al vino,
Y la embriaguez furiosa,
Temible y vergonzosa:
Que yo mientras hubiere árbol divino
Del preciado tabaco,
Ni al ciego cantaré, ni al obvio Baco

Ni el café denegrido
De Moka celebrado;
Ni el fruto dulce de la caña indiana,
Ni su licor ardido,
Mas que el néctar amado
Del anglo bebedor y turba insana,
Son de tan buena gana
Cantados en mi lira,
Como el precioso arbusto
Que me colma de gusto
Y en el invierno de la edad me inspira.
Do tabaco se encuentren;
Ni el café ni la caña allí se muestren.

El humo suave, oliente
Del *puro* peregrino
Halaga ya mi olfato delicado,
Y mi rugada frente
Al grato olor divino
Despejada se esparce. Alborozado
Recuerdo sin cuidado
Mis años juveniles:
Amistad y amoríos
Por necios extravíos
Los juzgo, y por errores infantiles:
Mi cítara y mis *puros*
Amigos son y amantes más seguros.

Tranquilo cultivando
Mis vegas adoradas
Del gran Cuyaguateje en la ribera,
Mis horas van pasando,
Cual pasan sosegadas
Las ondas de mi rio en su carrera.
Y la discordia fiera
No turba mi reposo;
Ni la cendrada plata
El sueño me rebata,
Ni lo ageno jamás quise envidioso;
Que en viendo mi hoja amada
Se alegra al punto mi vejez cansada.

ANACLETO BERMUDEZ.

(FILENO.)

Nació en Sancti-Spiritus, el 14 de Julio de 1806.

Niño aun, pasó á esta ciudad y pronto ingresó en el Seminario de San Cárlos, donde cursó filosofía hasta alcanzar el grado de bachiller.

Poco despues, se embarcó para la Península y en Madrid continuó sus estudios recibiéndose de Licenciado en Jurisprudencia. Allí obtuvo por sus triunfos universitarios el aplauso y consideracion de los abogados más notables á quienes tenía absortos cada vez que disertaba sobre puntos de derecho, ya por su rica erudicion, ya por sus severos y acertados juicios, que superando maravillosamente á todo cuanto podia esperarse de su juventud y de todo cuanto en estudios de tal índole hombres de larga práctica en tan espinosa carrera hubieran podido exponer, demostraban su talento esclarecido y lo que andando el tiempo se distinguiria en el ejercicio de su profesion.

Segun el Sr. Calcagno (1), que sin duda tomaria la noticia de los pocos datos biográficos que preceden á sus poesías en la coleccion *Cuba Poética*, publicada en 1859, Bermudez solo permaneció en la Península tres años, volviendo á Cuba despues, lo que no creemos posible.

Hay que tener en cuenta que allí llegó solo con el título de bachiller; que allí continuó sus estudios y recibido abogado trabajó con los de más reputacion de la córte, todo lo cual presupone de residencia en nuestra madre patria algo más que los breves tres años que se indican. Fué discípulo del ilustre filósofo Varela en la clase de Constitucion que aquel daba en el Seminario de San Cárlos, y en *El Revisor* que se publicaba en esta ciudad en 1823, hay algunos artículos suyos.

Los primeros versos de Bermudez se publicaron en 1830, en *El Puntero Literario* (2). En 1831, hallamos en *La Moda ó Recreo semanal del bello sexo*, tomo tercero,

(1) Diccionario Biográfico Cubano.—Por Francisco Calcagno. Comprende hasta 1878.—New-York. Imprenta y librería de N. Ponce de Leon, 40 y 42, Broadway. - 1878.—Pág. 103 y 105.

(2) El Sr D. Antonio Bachiller y Morales, en su obra *Apuntes para la Historia de las Letras y de la Instruccion pública en la Isla de Cuba*, tomo segundo, tercera parte, seccion segunda.—Publicaciones periódicas.—Catálogo razonado y cronológico hasta 1840 inclusive, pág. 138 y 139, así describe el periódico que citamos: «Periódico semanal.—Introdujo el gusto romántico.—Imprenta de Boloña.—En pliego español, semanal. Se publicó el primer número en 2 de Enero con un *Aguinaldo* para los clásicos.

Pisando aguinaldos
De bello matiz
Romántico llega
El año feliz:

páginas 206 y 207 su poesía *El paseo por la playa;* pero en *La Cartera Cubana*, que dirigía D. Vicente Antonio de Castro, 1838-1840, es donde se publicaron la mayor parte de sus versos, que han sido reproducidos en muchos periódicos y revistas de la Isla con el pseudónimo *Fileno* con que las firmaba. Bermudez, pronto dejó la poesía para dedicarse enteramente á más sérios estudios y como jurisconsulto alcanzó sin igual renombre tanto en Cuba como en la Península.

En una época en que el foro de esta Isla estaba minado por los vicios y que era la ruina de los hombres honrados y de miles de familias, fué Bermudez uno de los abogados que más se distinguió por su honradez, por su respeto á la justicia, que jamás descuidó ni dejó de pedir por poderoso que fuera aquel á quien acusaba. Sabemos de una causa por él defendida, en que hizo con sus poderosas razones y con la elocuencia de su palabra, caer á sus piés, de rodillas, á cierta persona de esta ciudad la cual no contenta con la ruina que habia causado en los intereses de una respetable y antigua familia, á quien habia sumido en la más espantosa miseria, puso por obra la difamacion para su completo aniquilamiento. El criminal, gracias á Bermudez, devolvió más de cien mil pesos, sin que pudiera lograrse despues que aceptara un solo real por sus honorarios. No es este solo el hecho que honra la memoria de Bermudez y que pudiéramos citar. Sabido es, aunque no de muchos, su proceder en el ruidoso litigio contra el asesor del Capitan General D. Miguel Tacon, Sr. D. José Ildefonso Suarez, donde su rectitud y energía le proporcionó amarguísimos sufrimientos y hasta la suspension del ejercicio de la abogacía. A pesar de tantos daños, cuando la parte contraria fué condenada al pago de los causados, evidenciada la justicia de Bermudez, cedió éste á los hijos de aquella cuanto pudiera corresponderle.

De 1847 á 1849 escribió sus *Lecciones de Derecho Mercantil*, y desgraciadamente nunca se han recopilado sus defensas forenses, que están entregadas al polvo y á la polilla en muchos de los archivos de nuestras escribanías.

Bermudez falleció en esta ciudad el dia 1º de Setiembre de 1852.

El Dr. D. Ramon Zambrana (1) leyó ante su cadáver, en el cementerio de esta ciudad un patético discurso en el que realzando los méritos de Bermudez decia: «Letrados de la Habana, protectores de la inocencia, depositarios de la justicia, intérpretes de la ley, venid á la tumba del gran Bermudez, y vereis aun en su frente lívida estampado el sello de su inteligencia privilegiada, de su saber eminente, de su integridad incorruptible; venid y vereis á la poblacion entera tributándole en homenage fúnebre las lágrimas más ardientes; venid á llorar y á bendecir al que tanto os honró llamándose vuestro compañero, al que tanto realce y estima y engrandecimiento diera al respetable foro de la Habana.»

El sabio académico de la Real Española Sr. D. Francisco Cutanda, juzgando en el prólogo de la novela del Sr. D. Ramon Piña, que en la anterior biografía hemos citado, el talento cubano, así se expresa al referirse á Bermudez: «Yo no se si alguien se habrá atrevido á alabar á este insigne abogado. Yo no se si él era muy amigo mio; lo que si sé es que yo era muy amigo suyo, y que por mi parte, aunque sin posible correspondencia, continúo siéndolo despues de su temprana y acaso desastrosa muerte.

Ex laudavi potius, mortuos quam viventes

No he conocido letrado de más expedicion y facilidad en el trabajo, ni tan desinteresado, ni tan ardiente defensor de los pobres, ni de tan suaves y puras costumbres. Habria figurado con mucha ventaja en cualquier foro, en el primero del mundo. ¿Le

---

Despeja la aurora
Su entrada gentil
Los clásicos lloran
Y me hacen reir.

Este periódico solo llegó al número 18 ó sea á Mayo del mismo año de su publicacion. Fué gran evangelizador del Romanticismo, que luego se ha escrito Romanticismo y publicó romances cubanos de Del Monte (Almodovar) y de A. B. (Anacleto Bermudez.)

(1) Trabajos Académicos del Dr. D. Ramon Zambrana. Habana.—Imprenta La Intrépida, calle de la Lamparilla, núm. 21 y medio.—1865.—Pág. 111—116.

visteis siempre elocuente, á pesar de la indocilidad de su lengua, vencer á la naturaleza, como Demóstenes, hacerse oir con encanto en todo género de cuestiones, y comunicar su entusiasmo á los oyentes más frios? ¡Qué actividad, qué viveza, qué dulzura, qué deseo de complacer y de agradar á todos!»

De sus meritos como poeta, ha dicho el Sr. D. José Socorro de Leon (1), que sus versos se distinguen «por la ternura y el sentimiento que respiran; por su correccion que los hace considerar como clásicos, y alguna vez, por la valentia de los conceptos y originalidad de las ideas.»

LA ROSA DE LA PLAYA.

Era la noche y al feliz descanso
La tierra envuelta en sombras se rendia,
Cuando soñé que suspirando y triste
Lentamente mis pasos dirigia
A la orilla del mar. Allí buscaba
El reposo que place al desdichado,
Y solemne reposo al fin hallaba
Y silencio y dolor. Solo veia
Mudas rocas antiguas como el mundo
Por las ondas del piélago azotadas,
Y arenas solamente visitadas
Por mi intenso pesar. Dichoso asilo,
Que á la triste orfandad mi patria ofrece,
Santuario hermoso de virtud que brindas
A la doliente ancianidad consuelo
¡Ay no pudiste cuando á tí los ojos
De llanto hinchados revolvia Fileno
Volver la paz á su convulso seno!
¡Oh como es grato al corazon que sufre
gemir con libertad, y cuanto place
Al mortal infeliz á quien severa
Manda la suerte sin cesar pesares
La augusta soledad de la ribera
Y la vista imponente de los mares!
Yo á su orilla en mi sueño discurria,
Como discurre suspirando á veces
Reclinado en el túmulo espantoso
De una esposa infeliz su tierno esposo,
Y amaba el padecer, y el llanto triste
Y el suspirar amaba.—De repente
Se calmó mi dolor. Un aire puro,
Mas grato que la brisa susurrante
Cuando las flores retozando mueve,
Mas que el clavel y que el jazmin fragante
Sentí en torno de mí: ¡con qué dulzura
Se dilató mi comprimido pecho
Al respirar su aroma delicioso!
Era un rosal plantado en la llanura
Y entre sus verdes ramas una rosa
Solitaria y purpúrea se veía,
Bella como la aurora nacarada
Cuando precede al luminar del dia,
Modesta con su forma encantadora,
Y su color y su preciada esencia
Como el dulce sonreir de la inocencia.
Hechizo de las playas habaneras,
Encantadora flor ¿por qué naciste
En esta roca abandonada y dura
Y en árido arenal, tú que debiste
Reinar en un jardin por tu hermosura?
Tal vez temiendo que atrevida mano
Del mundo en los verjeles insultara
Tu modesta beldad, ó que del vicio
El soplo asolador á tí llegara,
Buscaste este lugar. Tambien es rosa
Como tú la virtud pura y sencilla
Y como tú tambien ama el silencio
Y ama la soledad, en donde brilla
Mas que el carro del sol. Aquí dolido
De mi acerbo penar te ha colocado
La mano del Señor por mi ventura,
Como á veces coloca en el desierto
Para alivio del mísero viajero
Que lamentando sus desdichas viene,
Un lirio inspirador que le detiene.
Yo te bendigo en tu mejor hechura,
Señor del rayo que en el aire estalla,
Autor del universo, yo bendigo

(1) Cuba poética.—Coleccion escogidas de las composiciones en verso de los poetas cubanos desde Zequeira hasta nuestros dias.—Director-Editor, José Socorro de Leon Habana.—Imprenta de la Viuda de Barcina.—1859.—Pág. 5.

La encantadora rosa de la playa.
¡Oh cuánto la amo yo! Cuánto mi pecho
Palpita blandamente á su presencia
Rebosando placer! Dejad que llegue
Y que respire su agradabla esencia
Y que mire de cerca los encantos
Que el cielo por mi bien le ha concedido
Y que bese su cáliz encendido
Y le vuelva á besar... ya soy dichoso,
Bella flor junto á tí... Pero mi aliento
Es aliento de fuego y abrasara
Tu tallo virginal. Deja que al ménos
Respire el aire puro que embalsamas,
Este aire encantador. ¡Ah! no receles
Hechicera beldad, que quien te adora
Pueda ofenderte con culpable llama:
Mi amor es como tú sencillo y puro
Y siempre sabe respetar quien ama.
Yo aquí vendré cuando en las frescas tardes
Se esconda el sol en los azules mares,
A contemplar tus gracias seductoras,
A olvidar con tu vista mis pesares,
A ser feliz, y cuando airado el tiempo
Ose insultarte y caigas deshojada,
Caerán tus hojas en mi tumba helada.
Imágen celestial y candorosa
De la encendida flor que ví en mi sueño,
Mirtila angelical, tú eres la rosa
Y la beldad amable por quien ciego
A todas horas con placer deliro:
Tuyo será mi corazon de fuego,
Tuyo será mi postrimer suspiro.

LA AUSENCIA.

Cubre la callada noche
Con sus tinieblas la esfera
Y domina la ribera
Un silencio inspirador.
Tal vez suele interrumpirle
El bramido de los vientos
O se escuchan los lamentos
De un sensible pescador.
Ni atiende el triste á sus redes
Ni las enjuga en la arena,
Ni cuida si está serena.
O brama airada la mar.
Nada cuida, que distante
Está la beldad que adora
Y á solas su ausencia llora
Y así comienza á cantar.
—«Vuelve presto de los campos
Dulce hechizo de mi vida,
vuelve á esta playa querida
Que no hay dichas sino aquí.
Torna á calmar los pesares
Que despedazan mi seno,
Mira que el tierno Fileno
No puede vivir sin tí.
¿Qué buscas en esos montes
Llenos de zarzas y abrojos
Donde jamás ven tus ojos
El hermoso azul del mar?
Si allí contemplas el prado
Cubierto de rosas bellas,
Aquí verás las estrellas
Entre las ondas temblar.
Deja á las ninfas de Alquízar
sus campos engañadores
Que no has menester las flores
Tú, de estas riberas flor.
Aquí te espera una playa
Fresca, alegre y hechicera
Y en ella inquieto te espera
Tu amoroso pescador.
¿Te olvidas de aquella noche
En que al dejar mi barquilla
Te hallé en esta misma orilla
Llorando porque tardé?
Si unas horas de tardanza
Tanto adorada sentias,
Tu ausencia de tantos dias
¿Cómo, dí, la sentiré?»

A MIRTILA EN SU DIA.

¡Que pálido está el sol y que sombrío!
El enlutado cielo ¡cuál contrista
Mi inquieto corazon! Destino impío,
Término pon á mis acerbas penas,
Y el hielo de la muerte por mis venas
Sienta yo discurrir. Tranquila tumba,
Tumba que enseñas la virtud sublime
Y que igualas al pobre jornalero
Con el tirano que el oriente oprime,
Tumba, del hombre postrimer asilo,
Abrase ya tu cavernoso seno
Y en él descanse el mísero Fileno
Que harto tiempo vivió. ¿Por qué, oh amigos,
Arrebatais de mis convulsas manos
La lira del dolor? Por qué inhumanos
Me obligais á callar? Dejad que gima
La historia de mis penas recorriendo,
Dejad que alivie mi dolor gimiendo.
Pasose el tiempo en que canté inocente
De mi ilusion los goces seductores
Y murieron mis dichas cual las flores
Del agosto ahogador al soplo ardiente.
Ese sol, ¿no le veis? ¡Oh si el postrero
Que para mi brillára este sol fuese!
Si en mi tumba al hundirse entre los mares
Su último rayo lánguido cayese,
¡Cual le aplaudiera yo! Ay! él amigos
Al mundo anuncia de Mirtila el dia
Y no me es dado modular cantares
Y ayes mi pecho y nada mas le envia.

EL CANTO DEL PESCADOR.

Del peñasco abovedado
De arena y de muzgo lleno,
Su débil barca Fileno
Desata apesadumbrado.
Y ardiendo en honesto amor
Triste abandona la playa,
Los remos mueve y ensaya
El canto del pescador.
«A Dios Mirtila hechicera
«Delicia del alma mia,
«A Dios hasta el nuevo dia
«Encanto de la ribera.
«Que el que tan solo heredó
«Su barquilla y pobre hogar,
«En el golfo ha de buscar
«Lo que en la tierra no halló.
«No temas que me remonte
«Hermosa mitad del alma,
«Que la mar reposa en calma
«Y está claro el horizonte.
«No temas; pasó el momento
«Del equinocio importuno
«Y puedo sin riesgo alguno
«La ancha vela dar al viento.
«Entre las ondas y el cielo
«Y á la luz de las estrellas
«Seguiré del pez las huellas
«Con mi cordel y mi anzuelo.
«Y cuando torne á la orilla
«Y mi red tienda en la arena
«De pargos hermosos llena
«Verás mi pobre barquilla.
«¡Oh quien aquí te tragera
«Y en los brazos te estrechara;
«Y mientras el pez picára
«Ardientes besos te diera!
«Ardientes besos, hermosa,
«Como aquel beso de fuego
«Con que delirante y ciego
«Abrasé tu faz de rosa
«En el delicioso dia
«Que contigo me enlazé,
«Y tuyo ser yo juré
«Y tu juraste ser mia.
«Casta esposa, á quien debí
«Las caricias que bendigo,
«Si duermes, sueña conmigo
«Si despiertas, piensa en mí.»

EL PASEO POR LA RIBERA.

Salgamos, Mirtila mia,
A recorrer la ribera
Antes que el astro del dia
Huya de la azul esfera.
Que aquí los dos cantaremos
Si te placiere cantar,
O las horas pasaremos
Tirando conchas al mar.
¡Cuan grato es ver de la orilla
El apartado horizonte
Y en él la débil barquilla
Surcar de espumas un monte!
Dí, ¿no te animan, Mirtila
Como á tu tierno Fileno,
Esta ribera tranquila
Y este golfo tan sereno?
Mira el sol cual se ha velado
En brillante carmesí,
Cual su disco se ha aumentado,
Nunca tan grande le ví.
Nada en el golfo profundo
Y del bello luminar,
La mitad alumbra el mundo
Y la otra el fondo del mar.
¡Qué encantos, Mirtila hermosa,
Se gozan en la ribera!
¡Qué brisa tan deliciosa!
¡Qué vista tan hechicera!
No importa que no respire,
Entre rosas y azahares,
Mientras á tu lado mire
Esos cielos y esos mares.
Aquí contemplo gozoso
Al pececillo inocente,
Que en las ondas venturoso
Inspira amor y amor siente.
Ora alegre vogar miro
Las fragatas españolas,
Y oigo del viento el suspiro
Y el blando son de las olas.
Ora el piélago retrata
Nubes de hermoso color,
Y á lo lejos me arrebata
El canto del pescador.
Todo, amada, me enagena
En estas playas dichosas,
Hasta su movible arena,
Hasta sus rocas verdosas.
Pero ¡tú callas, me miras,
Vas á hablar y te detienes,
Ves las olas y suspiras!
¿Angel de paz, dí, qué tienes?
¿Recuerdas que aquí algun dia
Vagaba el indio inocente
Feliz mientras no sabía
Que hubiera otro continente?
¿Lloras? ¡Sublime amargura,
Interesante dolor!
Mas aprecio esa ternura
Que la sonrisa de amor.
Bajo de estos mismos cielos
Y entre estos riscos tal vez,
Gozaron nuestros abuelos
Los juegos de la niñez.
Aquí de la paz sencilla
Los encantos disfrutaron
Y despues ¡ay! esta orilla
Con sus lágrimas regaron.
¿Es eso, Mirtila mia,
Lo que causa tus pesares?
¿O recuerdas ahora el dia
En que atravesé los mares
Y temes que otra vez quiera
Dejar las nativas flores
Y mis nativas riberas
Y el hogar de mis mayores?
Temes que huya de tu lado
Y de mi patricio suelo
Y que viva despechado
Bajo de lejano cielo?
¡Yo dejar mi amada Antilla
Y con ella mis amores!
Ay! huyamos de esta orilla
Que te inspira esos temores.

A LA BRISA.

Vuelve susurrante brisa
Meciendo blanda las flores,
Y llévale estos amores
A mi ninfa angelical.
Veloz vuela y cuando agites
La blanca gasa en su seno,
Dila que el tierno Fileno
Arde en amor inmortal.

Si vieres que al escucharte
Se conmueve y triste gime,
Vuelve presto, ¡oh brisa! y dime
Que en mí piensa con placer.
Y si una lágrima ardiente
Surcáre su faz de rosa,
Bébela tú, y presurosa
Venla en mi pecho á verter.

Que mas precio yo un recuerdo
De la hermosa á quien adoro,
Que de las minas el oro
Y de un trono el esplendor.
Y cuando tú me revelas
Su casto, oculto deseo
Lleno de gozo me creo
Del universo señor.

Cuento mi dicha á las palmas
Que besa festivo el rio,
La cuento al bosque sombrio,
La digo al ave al pasar.
Y respondiendo gozosas
A mi enamorado acento
Mirtila repite el viento,
Mirtila el viejo palmar.

¿Qué importa que otro tendido
En magnífico carruaje
Mire con desden salvaje
Mi inocente diversion?
¡Infeliz! Si á ser dichoso
Con pompa y con oro aspira
Mas lo soy yo con mi lira
Y mi tierno corazon.

Que si él la sonrisa falsa
Ve de la plebe sumisa
Yo de la dulce sonrisa
De Mirtila gozaré.
Y sin lujo, sin honores
Y sin lisonjas venales
Entre todos los mortales
El mas dichoso seré.

Dulce soplo, blanda brisa
Que entre rosas te resbalas
Y empapas tus frescas alas
En los aromas de abril,
Vuelve á mirar de Mirtila
Los encantos seductores
Y llévale mil amores
Y tráeme de ella otros mil.

EL HIJO DE ALQUIZAR EN MADRID.

«Feliz aquel que vivió
»Siempre en el nativo suelo,
»Y anciano contempla el cielo
»Donde niño retozó.
»Triste de aquel que cual yo
»Por sus penas abrumado
»Se vé por fin obligado
»A surcar el mar profundo,
»¡Infeliz! no halla en el mundo
»Lo que en su patria ha dejado!»

Fastidiado de la corte
Y de sus tristes egidos
Así con acento blando
De Alquízar cantaba un hijo,
Que víctima de los celos
Del jefe de su partido,
Quiso pasar á la córte
Y comprar honores quiso,
Y al ver cubiertos los campos
De mústio y pajizo trigo:

«¿Dónde están, dice, las palmas,
De la patria en que he nacido?
Dónde las ceibas coposas
Los altos cedros sombríos,
Las envidiadas caobas
Y los naranjos floridos?

En vano buscan mis ojos
De doliente llanto henchidos,
Los aromáticos mangos,
Y los sabrosos caimitos.

En vano busco las piñas
Honor del solar nativo
Y los plátanos sonantes
Y los frescos tamarindos.

No hallo los dulces anones
Ni los cocoteros miro,
Ni aquellas doradas cañas
Que en el lindero vecino
Dulce jugo me brindaban
En las noches del Estío.

¿Y son estos, ¡ay! son estos
Córte tus bellos egidos?
Estos los campos alegres
Que con enfático estilo
Tu hijos allá nos pintan
De mil colores vestidos?

Qué me importan tus palacios
Que al cielo se alzan altivos
Si en torno de ellos escucho
De la indigencia los gritos?

¡Ay! mil veces mejor quiero
Ver la choza en que he nacido
Cubierta de humilde guano
Murada con fuerte pino,
Que allí jamás ví infelices
Ni injustos grandes he visto
Que á costa del desdichado
Alimentan torpes vicios.

Más quiero mirar mis valles
Siempre verdes y floridos,
Quiero más ver mi terneras
Y mis pintados novillos
Y mis potros sabaneros
Y el rijoso alazan mio
Que á contemplar me llevaba
A la Adela por quien gimo.

Adela la más hermosa
Que en Alquízar ha vivido
La más graciosa y discreta,
Que jamás el mundo ha visto.

¿Qué haces hora hermosa vírgen
Objeto de mi cariño?
¿Qué haces hora que no vuelas
A los brazos de Jacinto?

Tal vez como yo suspiras,
Tal vez en el lugar mismo
Donde hablábamos amores
Nuestros nombres ves escritos.

¿Por qué, deliciosos llanos
De mi ventura testigos,
Ya que miraros no puedo
Olvidaros no he podido?

No quiero ¡ay Córte! no quiero
Tus honores distintivos
Que cuestan siempre tan caros
De Cuba á los tiernos hijos.»

Así concluyó sus quejas
El angustiado Jacinto,
Que sin querer detenerse
De Cádiz tomó el camino
Y en una ligera nave
Voló á sus lares patricios
Donde recibió de Adela
El premio de su cariño.

SONETOS.

EL PECADO ORIGINAL.

In vultus tui viscoris pane...
GEN. C. III. V. 19.

En un valle de lágrimas ardiente
Desterrada la triste prole de Eva
En vano en su dolor al cielo eleva
Del polvo vil la mancillada frente.

El primer crímen del primer viviente
Contra la raza toda se subleva
Y en su agitado pecho el mortal lleva
De acerbo llanto inagotable fuente.

A trabajar y á padecer forzado
Se afana el infeliz y logra apenas
Escaso pan con su sudor regado.

La luz con tedio en su destierro mira,
Y solo encuentran término sus penas
Cuando en la gracia del Señor espira.

REMITIENDO UNA SORTIJA CON EL SIGUIENTE LETRERO.

«Vírgen de estas riberas, yo te adoro.»

¿Quién, oh adorada, de alborozo lleno
De tu sonrisa angelical gozara,
Y en tu nevado pecho despertara
El volcánico amor de tu Fileno!

Yo te miro, me turbo y me enageno
Y la vida gozoso renunciara
Porque un instante al ménos palpitara
Rebosando ternura tu albo seno.

Oye mis votos, dulce bien: si un dia
Has de sentir el delicioso fuego
Que abrasa sin cesar el alma mia,

Si tierna al ruego y compasiva al lloro
Resuelves ser de quien te adora ciego,
VÍRGEN DE ESTAS RIBERAS, YO TE ADORO.

UNA MIRADA EN LA BENEFICENCIA.

Te ví en el templo: el sacrificio Santo
El ministro del cielo celebraba
Y en el sagrado asilo resonaba
De la inocencia el religioso canto.

Nunca tanto senti, ni latió tanto
De Alonso el corazon cuando miraba
Que entre las vírgenes del sol brillaba,
De la modesta Cora el dulce encanto.

Tú á mí los ojos lánguidos volviste,
Y en los tuyos clavé los mios de fuego
Y entendí tu mirada y me entendiste.

Perdona, oh Dios, si allí de amor ardía
Y en mi delirio arrebatado y ciego
Ni al sacerdote ni al altar veía.

El Marqués de Montelo.

Un poeta indio, Kalidasa, cuyos pensamientos por su rigurosa exactitud y filosofía, son perlas preciosísimas que brillan en todas sus obras, ha dicho que la modestia es propia del verdadero mérito, y que siempre ha sido ornamento de lo que cada cual por sí vale.

Pudiera aplicarse la máxima, aunque á alguno parezca extraño, á la persona cuya vida laboriosa en breves rasgos describirémos.

Distinguida por su talento, esclarecida sus antecesores funda sus principales méritos en su amor vehementísimo á su país, á las letras y á las artes, y ama á pesar de sus títulos y merecidos honores, más á la soledad de la inspiradora cubana campiña que al fausto de la Córte.

El Excmo. Sr. D. José Luis Alfonso y García de Medina, Marqués de Montelo, Senador Vitalicio del Reino, Caballero Gran Cruz de la Real Orden Americana de Isabel la Católica, Caballero de la ínclita órden de San Juan de Jerusalem y Sócio de Mérito de la Real Sociedad Económica de Amigos del País, de la Habana; nació en esta ciudad el 22 de Junio de 1810. Fueron sus padres D. Miguel Alfonso y Soler y Dª María del Cármen García de Medina, á los cuales perdió antes de haber cumplido la edad de cuatro años. Crióle su tia materna Dª Martina, y quedó encargado de dirigir su educacion el menor de sus tios paternos, D. Silvestre, persona de claro talento y sólida instruccion, muerto en la flor de su juventud, quien le miraba cual si fuese su propio hijo, y le legó la amistad de sus más distinguidos contemporáneos, tales como D. José de la Luz y Caballero, D. José Antonio Saco, D. Felipe Poey, don José Mª Heredia, D. Domingo Del-Monte y otros; á la vez que de sus padres y abuelos heredó considerables bienes de fortuna.

A principios de 1822 comenzó á cursar latinidad en el Colegio Seminario de San Cárlos, y en la primavera de 1824 le llevó su tio D. Silvestre á la ciudad de Nueva-York, en donde le dejó al cargo de su amigo y venerable maestro el Padre Varela, hasta fines de 1826. Allí estudió los idiomas inglés y francés, filosofía, historia, física, matemáticas y música; habiendo escrito el Padre Varela con tal motivo y expresamente para él, una cartilla musical y dádole las primeras lecciones de violin, á que era muy aficionado, sin contar las de virtud y de amor pátrio, que con su voz y con su ejemplo diariamente le inculcaba.

De regreso, en la Habana, estudió el jóven Alfonso dos cursos de derecho con el

catedrático D. Jose Agustin Govantes, dibujo y otras materias, hasta el fallecimiento de su buen tio, quien tenia pensado llevarle á Europa para completar su educacion con los viajes. Tuvo sin embargo la buena suerte de que por entonces, en Mayo de 1828, emprendiese D. José de la Luz su largo viaje al extranjero y le llevase en su compañía. Al lado, pues, de tan sabio y virtuoso Mentor, visitó Alfonso los Estados Unidos de América, la Inglaterra, Francia, Bélgica, Holanda, Alemania, Austria, Hungría, Italia y Suiza, estudiando los usos y costumbres de tan diversos paises, viendo los principales monumentos artísticos é históricos de la antigua Europa y conociendo y tratando muchos hombres eminentes, como Humboldt, Sir W. Scott, Cuvier, el anticuario Visconti y nuestros insignes poetas Martinez de la Rosa, duque de Rivas y Espronceda, que entonces se hallaban emigrados del patrio suelo, en aquellos tristes dias, funestos para la libertad.

Tres años invertieron en tan interesantes viajes, al cabo de los cuales regresó el Sr. de la Luz á la Habana y quedó Alfonso en Paris, aguijado por el deseo de continuar sus peregrinaciones. Y en efecto, en Setiembre de aquel mismo año de 1831, marchó al Oriente, visitando la Grecia continental y muchas de las islas de su bellísimo archipiélago, la Turquía europea y asiática, y por último vino á Malta y regresó á Francia en Setiembre de 1832. En Paris descansó algo más de un año de las fatigas de sus largos viajes, dedicado al estudio de la literatura y las bellas artes y á los placeres de aquella culta sociedad.

Regresó á la Habana en Diciembre de 1833, y en Enero de 1835 casó con su prima hermana Dª Dolores de Aldama y Alfonso, con la cual y con su hija primogénita volvió á embarcarse para Europa en Mayo de 1836. Fijó su residencia en Paris durante algunos años, y allí perdió á su citada primogénita y nacieron sus otras dos hijas. Volvió á la Habana con su familia en Diciembre de 1840, permaneciendo aquí muy cerca de diez años, durante los cuales nacieron sus tres hijos varones.

En esa década de 1840 á 1850, la más próspera y feliz que ha tenido Cuba, permaneció en la Habana el Sr. Alfonso, é ingresó en la Sociedad Patriótica, como entónces se llamaba la que hoy titulan Económica de Amigos del país, y ejerció en ella durante algunos años el cargo de Curador de la Academia de Dibujo y Pintura de San Alejandro, habiendo sido nombrado, cuando volvió á Europa, sócio corresponsal de aquella y más tarde sócio de mérito. Tambien perteneció á la Academia de Literatura Cubana, que en Junta celebrada el 27 de Julio de 1833, residiendo en Paris, le nombró Sócio Corresponsal, *por considerarlo digno de tal honor y muy á propósito para desempeñar los fines de nuestro instituto*, segun se expresa en el certificado del acta dé aquella sesion por el Secretario D. Domingo Del-Monte.

En Mayo de 1850 volvió á los Estados Unidos de América con su familia y á Europa en Julio de 1851, visitando en Lóndres la primera Exposicion Universal. En el siguiente Otoño fué á Paris, en donde fijó su residencia por muchos años, deseoso de dar á sus hijos una educacion esmerada en aquella capital del mundo. Allí vivió con esplendidez, muy agasajado de la córte y recibiendo en su casa á la alta sociedad española, francesa y extranjera; y por último, casaron allí sus hijas Dª Blanca con el Sr. D. Gaston de Castelbajac y Larochefoucault, conde de Castelbajac y caballerizo del emperador, y Dª Celina con el muy distinguido literato Sr. D. Enrique Remirez de Saavedra, entonces marqués de Auñon y más tarde duque de Rivas.

Dotado por la naturaleza el Sr. Alfonso de aptitudes várias y de exquisita sensibilidad, sobresalió durante su juventud en todos los ejercicios corporales; dedicóse á las bellas artes, y más especialmente á la música vocal é instrumental, adquiriendo en ellas buenos conocimientos y mejor gusto, y recreándose particularmente en adquirir y coleccionar excelentes cuadros y otros objetos de arte, como se lo permitia su cuantiosa fortuna. Manifestó tambien desde sus primeros años aficion y excelentes disposiciones para la poesía, cultivándola más ó ménos durante toda su vida; aunque solamente componia cuando las circunstancias, ó sea la emocion que los poetas llaman *la inspiracion*, ponia la pluma en su mano. En 1863 hizo imprimir en Paris, sólo para regalarla á sus deudos y amigos, una corta edicion de várias de sus poesias, bajo el título de «Cantos de un Peregrino», que forman un volúmen de cerca de trescien-

tas páginas en octavo francés. Otros escritos en prosa han salido de la pluma del señor Marqués, que si bien no son extensos, abrazan asuntos vários y de índole muy diversa, pues tratan de viajes, de política, de agricultura, de educacion, etc. La mayor parte de ellos están aún inéditos; pero; tenemos entendido que el autor se ocupa ahora en dar la última mano á sus obras en prosa y verso, con intencion de sacarlas á la luz pública.

Aunque no entra en nuestros propósitos estudiar la vida política de los poetas que coleccionamos, no podemos dejar de decir algo acerca de la de D. José Luis Alfonso, hoy Marqués de Montelo. Dícese con mucha verdad que cada hombre es un reflejo de su época y del medio en que vive ó ha vivido; y como el Sr. Alfonso vino á abrir los ojos de su inteligencia en los Estados Unidos de América por los años de 1824 á 1826, cuando aquel pais republicano era un verdadero modelo de Gobierno y de costumbres sociales y políticas; y como entonces y despues vivió en íntimo contacto con los cubanos más liberales de aquellos tiempos, muy natural era que sus ideas fuesen republicanas, como lo fueron durante toda su juventud y hasta el año de 1850; siendo de notarse que en los mismos Estados Unidos se operase en el dicho año la evolucion ó modificacion de sus ideas políticas, tornándose monárquico liberal el que hasta entonces habia sido ardiente republicano. Podrán algunos tenérselo á mal: nosotros escribimos historia y agregamos que debióse en gran parte este cambio al nuevo aspecto que presentaba en esa época aquel país por los males de su Gobierno y flaqueza de sus costumbres públicas y privadas. Mucho ayudaron tambien las intrigas y locas ambiciones que observó en los emigrados, segun su juicio, y no contribuyó poco al mismo fin la influencia que en él ejerció Sir Henry Lytton Bulwer, entonces Ministro Plenipotenciario de Inglaterra en Washington, con quien tuvo estrechísima amistad.

Eran aquellos momentos muy críticos para Cuba, y entonces fué que concibió Alfonso un proyecto para salvarla, poco conocido. Consistía éste en proponer á los Gobiernos de España, Inglaterra y Francia un tratado por el cual se comprometiese la primera á dar á Cuba, dentro del término de un año, una constitucion política semejante en su espíritu á la del Canadá, y á declarar la abolicion de la esclavitud en todos los dominios españoles, sin indemnizacion á los amos, á la conclusion del presente siglo; que fué el mismo término que, para abolirla en su país, proponía el Presidente Lincoln diez años despues, como transaccion, á los sublevados Estados del Sur. Inglaterra y Francia, por su parte, garantizarian á España por el mismo espacio de tiempo, la tranquila posesion de esta Isla contra toda invasion del extranjero y toda insurreccion de blancos ó de negros en su interior.

Consultado este proyecto á Sir Henry Bulwer y mereciendo su completa aprobacion, embarcóse el Sr. Alfonso para Inglaterra en Julio de 1851, con recomendaciones de Sir Henry para Lord Palmerston, entonces Ministro de Negocios Extranjeros. Tanto este señor, como el Sr. Istúriz, nuestro Embajador en Lóndres, acogieron con suma complacencia y favor el proyecto de tratado y lo recomendaron ambos al Gobierno de Madrid, y dos meses despues fué Alfonso á Paris y lo presentó al Ministerio francés; mas hallábase por entonces preocupado Napoleon preparando el golpe de Estado del dos de Diciembre, y no pudo prestarle su atencion. Sin embargo, más tarde, y cuando subió al Ministerio el marqués de Turgot, éste tomó la iniciativa y propuso al Gobierno inglés el llevar á cabo el tratado.

Habia caido entre tanto el partido *whig*, y reemplazado Lord Palmerston por Lord Malmesbury, éste evadió su consecucion proponiendo á su vez que se invitase á los Estados Unidos á concurrir al tratado. Negóse á ello el Gobierno americano, y esto dió motivo á una larga correspondencia diplomática entre aquellas naciones, siendo el resultado final que no se llegase á acordar el tratado.

Otros servicios prestó el Sr. Alfonso á su pais en el órden político.—Aunque avecindado por largos años en Paris, venía á Cuba de vez en cuando, por radicar aquí la mayor parte de sus bienes y los de su esposa, y en esas ocasiones tomó parte muy activa en los trabajos del Comité Reformista que el Capitan General D. Domingo Dulce autorizó en la Habana en la primera época de su mando. Más tarde, habiendo

pasado en Madrid gran parte del año 1864, organizó allí, con la eficaz cooperacion del conde de Vega-Mar, el *Comité Cubano*, compuesto de hijos de Cuba y de peninsulares identificados con ella por relaciones de familia é intereses materiales. Formábanlo los senadores D. Andrés de Arango, conde de Vega-Mar, marqués de O'Gavan y conde de Zaldivar; los diputados á Córtes D. Manuel Aguirre de Tejada, el brigadier Riquelme, el coronel D. J. Modet, y otros señores hasta el número de veinte, entre los cuales se contaban el coronel D. Jacobo de la Pezuela, D. Sabino Ojero, el capitan D. Anastasio Carrillo, etc. Elegido por ellos el Sr. Alfonso presidente del Comité y tambien de su Comision ejecutiva permanente, gestionó esta última el otorgamiento de las suspiradas reformas para Cuba, dirigiéndose personalmente á todos y á cada uno de los señores Ministros de la Corona, á los Capitanes Generales que habian gobernado la Isla, y á otras personas influyentes en las esferas del Gobierno.

No fueron vanas ni estériles aquellas gestiones del Comité, puesto que á ellas se debió que dispusiese el Ministerio la creacion de la Junta de Informacion que en 1865 y 1866 se reunió en Madrid y discutió y propuso las reformas que consideró justas y convenientes para el régimen de este pais.

Los versos del Excmo. Sr. Marqués de Montelo, distínguense por su correccion, y dan á conocer para todo aquel que con sana crítica los medite, la influencia de los viajes y del amor al estudio en personas laboriosas y celosas de su nombre. Prolongue el cielo luengos años su preciosa vida, y conquiste nuevos lauros literarios entre nosotros.

A LA GRECIA.

ODA.

¿Por qué siento en el pecho
Latir el corazon con fuerza tanta?
¿Por qué se exalta férvida mi mente
Al estampar ¡oh Grecia! en tus arenas
La humilde huella de mi débil planta?
¡Morada de los dioses; eminente
Cuna de libertad, de ciencia y arte,
Donde Esparta y Atenas
Su culto dieron á Minerva y Marte!
¡Salve mil veces! ¡Salve, oh veneranda
Patria de Homero, Fídias y Teseo!
La lira de Tirteo
Dame un momento, y cantaré tus glorias,
Y la infinita sin igual belleza
De tu suelo, tan rico de memorias.

Mas ¿puede acaso mi atrevido acento
Celebrar dignamente las victorias
De tu pristino bélico ardimiento;
Tus heróicos combates,
Tu cielo azul, tus obras y tus vates?
Audace fuera y temerario empeño
Alzar á tanta altura
Los roncos ecos de mi rudo canto.
La mortal amargura
De tu dolor presente y tu quebranto
Mi Musa solo inspira, y á mis ojos
Arranca triste y abundoso llanto:
Que no á todos es dado en Helicona
Ceñir la de laurel verde corona.

Vírgen de amor y madre de placeres,
De su seno fecundo
Derramaba la Grecia su cultura
Por los antiguos ámbitos del mundo.
Le dió sus dioses, le dictó sus leyes,
Sembró de libertad el árbol santo,
Fundó cien pueblos, dominó a cien reyes;
Y á la futura edad regocijada,
Legó de heróico canto
Modelo eterno en la inmortal Iliada.
Mas ¡ay! cuán desolada

Se muestra, y cuán marchita su belleza!
¡Cuán caduca y menguada su grandeza!
La inmensa desventura
De la noble matrona
Llorad, Musas, llorad, mientras mi canto
El orbe llena y su afliccion pregona.

Cual otra Niobe, muda y convertida
Por acerbo dolor en roca dura,
De la lucha homicida
En que sucumben sus valientes hijos
A manos del Osmanli que la oprime,
Ni vé el estrago, ni llorosa gime.
Ni tampoco la mueven los clamores
De la inocente vírgen, arrastrada
A torpe servidumbre,
Ni se siente abrasar por los ardores
De la llama voraz y aborrecible,
Que consume á millares,
Pueblos, campiñas, túmulos y altares.

Mas de furor y de entusiasmo llenos
A vengar á su patria se levantan
Los hijos de Milciades;
Sus cadenas quebrantan,
Gritando *¡guerra!* en campos y ciudades.
Los que los montes de Argos y Laconia
Dotaron de aspereza; los ligeros
Ginetes de Tesalia y Macedonia,
De corazones fieros;
Los de Lócris y Acaya, y los Cretenses
De bello rostro y talla gigantea;
A desigual pelea
Con indomable ardor todos se lanzan,
Y el laurel de Termópila y Platea
Los más dichosos al morir alcanzan.

La Victoria inconstante
Que agitó con sus alas la bandera
De la fé verdadera,
Su infiel cuadriga y carro de diamante
Entrega despiadada á los contrarios,
Que en la fiera matanza
Se ceban como tigres sanguinarios.
Rotos y ensangrentados, no vencidos,
Los hijos de la Grecia en cien batallas,
A las fuertes murallas
De Misolonghi corren, decididos
A soportar del cerco los horrores
Y á morir consumidos,
Antes que ser cobardes ó traidores.

Otro lado, del piélago en el seno,
El cañon otomano sus furores
Rugiendo lanza en pavoroso trueno:
Las rocas tiemblan; sigue al estampido
Clamor confuso, mísero alarido,
Y un mar de sangre tórnase el Tirreno...
Y qué ¿no hay esperanza?
¿No tiene ya la Grecia semidioses
Que atajen la pujanza
Del feroz enemigo,
Ni dioses que fulminen su venganza?

En vano al soplo de aquilon sañudo
Levántase el Egeo y de su frente
Las crines erizadas
Sacude, dispersando las armadas;
En vano las persigue
Con el hierro y el fuego
El inmortal é intrépido Canaris
Sin tregua ni sosiego:
Nuevas flotas se aprestan, y vomita
El estrecho Helesponto,
Las que á la lid el fanatismo excita,
Nuevas hordas de bárbaros guerreros.

Pero el Señor los ayes lastimeros
Oyó de los cristianos, y el doliente
Humilde ruego y la oracion ferviente:
La sangre de los mártires que humea
Al pié de los altares consumidos
Por incendiaria tea,
Al Dios clemente en holocausto sube
Como de incienso la olorosa nube;
Y apiadado el Señor y conmovido
De su infelice pueblo al sufrimiento,
Su mirada divina
Posó en él con amor y en el momento
De su enemigo decretó la ruina.

De la celeste esfera
Sobre la tierra atónita se abate
La forma etérea y fiera
De un terrible guerrero, y el combate
Acobardado el musulman suspende.
Sobre la lid mortal sus alas tiende
El poderoso Arcángel, cuya sombra
Sólo al cristiano ampara, y en su mano
La celestial cuchilla,
Que ciega y paraliza al otomano,
Cual vivo lampo en el espacio brilla.

Y luego de su saña dando muestra,
A la enemiga flota que orgullosa
Dominaba en el líquido elemento,
Como á la seca arista resinosa,
Abrasa con un soplo de su aliento
De Navarino en la fatal ribera,

Y el profético acento,
Que al vibrar en la esfera
Sacude de los montes el altura,
Se escucha razonar de esta manera:
«Marcha ¡oh Grecia! á cumplir tu alto destino:
»Armada de fé pura,
»La vencedora espada de Gofredo
»Empuña, y el pendon de Constantino;
»Y en dia no lejano,
»Arrojarás al pérfido otomano
»A las oscuras ondas del Euxino.»

Dijo, y al punto retemblando el suelo,
Se oyó trueno profundo
Conmover las entrañas de la tierra:
Al aspecto iracundo
De aquel terrible vengador celeste,
Cesó la cruda guerra;
Y huyendo corre el musulman vencido,
De espanto lleno y de pavor herido.
Lució por fin el luminoso dia
De paz y de ventura,
Premio de la constancia y la osadía;
Mas al cantar los griegos su victoria,
Afilan el acero,
Recordando la santa profecía,
Y codiciando su valor guerrero
Nuevo lauro alcanzar y nueva gloria.

Náxos, 1833.

ANTAÑO Y OGAÑO.

¡Cuán grato es el recordar
Los nobles hechos pasados!
¡Cuán útil el admirar
A los héroes esforzados
Que debemos imitar!

Muchos son los que la historia
De nuestra España revela;
Mucha la prez y la gloria
Que el patriota siempre anhela
Se conserve en la memoria.

Pues si quereis que se anime
La entusiasta juventud
Y que el propio honor estime,
Mostradle ejemplo sublime
De valor y de virtud.

Mas ¡ay! cayó la nacion
De tan alto á tal bajeza;
Tan grande es su postracion,
Que ya ni siente emocion
Al recordar su grandeza.

Caducos y carcomidos
Los más bellos monumentos
De recuerdos ya perdídos,
Serán pronto destruidos
Cayendo de sus asientos.

Y el que en otro tiempo fué
Sábio, audaz y prepotente;
El que al mundo de Occidente
Llevó la luz y la Fé
Con su espadin refulgente;

¡Pueblo heróico! ¿dónde estás?
¿Por qué se eclipsó tu estrella
Brillante cual la que más?
¿Por qué estampando tu huella
Por el orbe ya no vas?

¿Qué se hizo la hidalguía
De tanto noble caudillo?
¿A dónde está tu osadía?
¿Qué fué de tanto castillo
Que tu valor defendía?

Y ¿cómo están los primores
Que en piedra tu arte labró,
Y los preciosos colores
Que del cáliz de las flores
Para pintarlos sacó?

¿Dónde el muro alicatado
Y el arabesco ligero?
¿Por qué el techo artesonado
Del palacio abandonado
Ve desplomarse el viagero?

¿Por qué no llena el gentío
Tus antiguas catedrales,
Y no tiembla ya el impío
Al grave aspecto sombrío
De sus naves ojivales?...

¡Ah! sí, la mano divina
Tu cetro de oro rompió;
Y tu fuerza diamantina
Con tu soberbia humilló
En el polvo de tu ruina...

Porque venciendo del moro
La pujanza tu osadía,
Ardió en tí la sed del oro,
Y por ganar un tesoro
Perdiste el que más valía;

Porque ingrato á tantos dones
Con que el cielo te colmara,
Quisiste en otras regiones
Saciar la codicia avara
Que pierde los corazones.

La codicia... ¡falsa Diosa!
El oro... ¡aciago metal!
Sois el veneno mortal
Que mata el alma, y la fosa
De todo bien ideal.

Sois el mónstruo que atormenta
La humanidad, y en pedazos
Rompe sus estrechos lazos;
Quien la humilla, quien la afrenta,
Quien la ahoga entre sus brazos.

Y ¿á dónde con tal presura
Y por camino travieso,
Marcha el hombre, sin cordura?
A lo que llama el *progreso*,
Y el *placer* y la *ventura*...

Mas nó, adelante no vá
Quien sigue senda tortuosa:
Muy más pronto llegará
A la meta, el que la hermosa
Recta via tomará.

Ni hay placer que puro sea,
Intenso, ni verdadero,
Si del bien no es mensagero;
Si en firme base no crea
Edificio duradero.

Y la ventura que aquí
Gozar creemos segura,
Cual fragancia de alelí
Que se esparce al aura pura,
Es efímera ventura.

Pues la tierra que pisamos
No es la tierra *prometida*,
Sino el punto de partida
Para aquella do esperamos
Alcanzar eterna vida.

Toledo.—1858.

UN AMIGO DEL OTRO MUNDO.

CUENTO FANTÁSTICO.

LA CRUZ DEL LLORO.

Muchas heróicas ciudades
Y mucha murada villa
Ilustraron á Castilla
En las pasadas edades.
Duros asedios sufrieron
Con constancia y con valor,
Y con denuedo mayor
Mil asaltos resistieron.
Y entre aquellos que renombre
Por su defensa alcanzaron,
Las historias nos contaron
Fué una mujer, que no un hombre.
Pues en pecho femenil
A la par se suelen ver
El decoro de mujer
Con el brio varonil.
Tal fué la que en Martos hizo
Retroceder á Al-Hamar
Cuando la vino á asaltar,
Y que su hueste deshizo:
Tal fué aquella dama hermosa
Que doña Irene llamose (*)
Y que al de Castro asociose
Por la gloria y como esposa.

(*) Dª Irene Mencía Lopez de Haro, mujer célebre en la Historia de España, fué la que casada en primeras nupcias con D. Alvaro Perez de Castro, hallándose ausente su marido del Castillo de Martos, vinieron los Moros sobre él y ella le defendió haciendo vestir á sus criadas con vestiduras de soldados resistiendo el ataque. Muerto D. Alvaro, casó en segundas nupcias con D. Sancho II Rey de Portugal.

Tambien sucedió en la villa
Un hecho, de cuya historia
Se avergüenza la memoria
De Fernando de Castilla.
Hecho bárbaro, inhumano,
Que por ser injusto al par,
Lo quiso Dios castigar
Con muerte del soberano.
Fué aquella horrible sentencia
Que contra los Carvajales
Dió en mal hora, y de los cuales
Ver no quiso la inocencia.
En caja de hierro, armada
De puas al interior,
Para que fuese mayor
El tormento, la malvada
Orden dió de que los dos
Hermanos allí encerrados,
Del Peñon precipitados
Fuesen de la muerte en pos.
Y fué tal la crüeldad
Que mostró en esta ocasion,
Que quiso ver de un balcon
Tan feroz atrocidad.
Y entonces fué cuando oyó
Que los mártires gritaron
Y que ante Dios le emplazaron,
Y él al oirlo tembló.
Y al cumplir cuarenta dias,
Por la conciencia acosado,
Murió aquel rey malhadado
En crüentas agonías.

Pero no es eso, lector,
Lo que te quería decir:
Contigo quiero cumplir
Mi propósito anterior.
Dejemos pues al momento
Esas, que son digresiones
Históricas, no invenciones,
Y hablemos ya de mi cuento.
Un cuento, sí, es lo que anhelo
Contarte, lector amigo,
Mas tambien que estés conmigo,
Porque de miedo me hielo.
Cosas son que en lo profundo
Se encierran de ignoto arcano,
Cosas de órden sobrehumano,
Cosas, en fin, de otro mundo.
Y lo que de Martos dije,
Fué solo para apuntar
De nuestra escena el lugar
En que tu atencion se fije.
Y que sepas que rodando
Del Peñon por la pendiente,
De piedra en piedra inclemente
Fué aquella caja saltando.
Y que el impulso creciendo
A cada bote que daba,
Llegó al fin do la esperaba
El triste pueblo gimiendo.
Y allí erigió por decoro
Y mostrar su sentimiento,
Una cruz que azota el viento,
Que se llama *Cruz del Lloro*.
Pero me he vuelto á enredar
En digresiones, pardiez;
Vamos, vamos de una vez
Caro lector, á mi cuento.

DON RODRIGO DE VENEGAS

En la villa de que hablé,
Famosa en tiempos pasados,
Moraba un noble mancebo
Rico, apuesto y denodado.
Don Rodrigo de Venegas
Era, y del rey buen vasallo,
Cual lo probara en Italia,
Con estocadas y tajos.
Diz que mecieron su cuna
A las orillas del Darro,
Y que de ilustre prosapia
Descendia por ambos lados.
Y como tal, caballero
Muy devoto y muy cristiano,
Muy temeroso de Dios
Y temeroso del diablo.
En una noche brumosa
Dejó los muros de Martos,
Cabalgando en un oscuro
Y poderoso caballo.
Negro capuz le cubria
El cuerpo todo, y á un lado
Del sombrero, negra pluma
Al viento flotaba vario.

Caminaba á paso corto,
Distraido y bien armado,
Como quien temor no tiene
De que le salgan al paso.
Dirigiose á una alquería
Do le esperaban los brazos
De la hermosura que amaba,
Por gozar de sus encantos.
Y al levantarse la luna,
Que alumbraba monte y llano
Con ténue luz blanquecina
Y los árboles del campo,
Pasaba meditabundo
Por la *Cruz del Lloro* acaso,
Cuando vió que de repente
Se le asustó su caballo.
Reparose en el momento,
Y vió de un árbol colgado
El cuerpo de un malhechor
Que allí pagó sus pecados;
Pues era costumbre entonces
Para escarmiento y escarnio,
En el teatro del crímen
Poner los ajusticiados.
Conmovido Don Rodrigo
De aquel lastimoso caso,
Parose al punto, y gran pieza
Por el muerto estuvo orando.

EL AHORCADO.

Despues que de su oracion
Larga, devota y sincera,
Hubo llenado el deber
El religioso Venegas,
Pareciole que se oia
Salir de la calavera
Una voz, y estas palabras:
«Corta, cristiano, la cuerda.»
Creyó primero ilusion
De sus sentidos aquella
Que no supo si plegaria
O mandato acaso era.
Y un tanto sobrecogido
Por tan extraña ocurrencia,
Preparábase á seguir
Su camino más de priesa,
Cuando otra vez escuchó
Hablar á la calavera,
Con voz clara, que decia:
«Corta, córtame la cuerda.»
Transido ya de terror
Y cual clavado en la tierra,
Quedó un rato, mas al cabo
Fué á cumplir la órden aquella.
De pié se puso en la silla,
Y la tizona en la diestra,
Tiró un tajo, con el cual
Cortó la funesta cuerda.
El cadáver desplomose,
Cayendo por la trasera
Sobre el caballo, á horcajadas.
Y dijo: «Marcha, Venegas,
»Que yo voy á recibir
»Lo que á tí sólo te espera.»
Y obedeciendo Rodrigo,
Puso al caballo la espuela.

EL VOTO.

Medio muerto vá Venegas
De terror y espanto lleno,
Suelto de la mano el freno,
Caminando casi á ciegas
Y de voluntad ageno.

Mas el caballo llevole
Como otras veces solía,
Al lugar que ya sabía,
Y la conciencia volviole
Al llegar á la alquería.

Contra la tapia encontró
De la huerta, preparada
La escala, y bien afianzada,
Por donde el muerto subió
Con ligereza sobrada.

Y al mitigar leve nube
De la luna el resplandor,
A la parte superior
Llegó el que la escala sube
Sin cautela ni pavor.

Un tiro entonces se oyó
De arcabuz, que fué asestado
Al temerario aguardado.
Que escalar el muro osó,
Cayendo de él el ahorcado.

Escena tan espantosa
Con pavura vió Rodrigo,
Y al juzgarla milagrosa,
Pensó en la oracion piadosa
Que le trajo tal amigo.

Y poniéndose de hinojos,
Contrito de su pecado,
Adoró al Crucificado
Alzando al cielo los ojos,
Por haberle así salvado.

Y con labios casi yertos
Pronunció voto fecundo:
Que ha de *enterrar á los muertos*
Juró con fervor profundo
A su *amigo el de otro mundo:*

París.—1869.

UN SUEÑO.

Soñaba yo que sentado
Sobre la hierba mullida
Y olorosa,
Me estaba en sitio callado
Bajo una acacia florida
Con mi esposa:
El aura suave se oia
Susurrar en la espesura
Mansamente,
Que grato aroma traia
Desparcido en la fescura
Del ambiente.

En los árboles coposos
De musgo y de yedra amante
Revestidos,
Los pajarillos gozosos
Revolaban por delante
De sus nidos;
Y un arroyo cristalino
Deslizábase en la arena
Murmurando,
Como obedece al Destino
El infeliz, sus pesares
Lamentando.

En tanto el fruto primero
De nuestros blandos amores
Contemplaba,
Que con un manso cordero
Sobre la alfombra de flores
Retozaba.
Llena mi alma de placer,
Feliz gozaba un momento
De alegría,
Olvidado el padecer;
Que gusto daba y contento
Cuanto via.

Mas un ángel refulgente
A grandes alas ruidosas
Desplegadas,
Bajando ví de repente
De entre nubes vaporosas
Y rosadas:
Al contemplar la belleza
De aquella inocente niña,
Sonriose,
Y asiéndola con presteza,
Bañó de luz la campiña,
Y elevose.

Un grito entonces oí
De angustia lleno, y preñado
De dolor,
Que en el corazon sentí
Como puñal afilado
Matador;
Y de mi ensueño volviendo
Pavoroso, y respirando
Con anhelo,
Una mujer ví gimiendo...
Una madre ví llorando
Sin consuelo:

Ví una cuna do pendia
Blanca corona medrosa
De azahar,
Y hallé el terror do solia
Dulce risa cariñosa
Resonar:
Allí un rostro de candor
Vide pálido, y sin brillo
Su mirada;
Era marchita una flor...
Un cadáver amarillo
Mi hija amada.

París.—1857.

A CONSTANTINO Y JORGE MAVROMICALES.

ODA.

La Grecia belicosa,
Madre fecunda de ínclitos guerreros,
Sufriendo ignominiosa
Por tres siglos enteros
La torpe huella de enemigos fieros;

Su clara antigua gloria
Con que venció del Persa la pujanza,
Y su inmortal historia
Tan llena de alabanza;
Olvidaba cautiva y su venganza.

Mas ya retumba el grito
Del heróico Ipsilante por la Helada,
Quien al duro conflito
La llama denodada,
Armado de la Cruz y de la espada.

Y la hueste guerrera,
Resonando la trompa voceadora,
Camina ya ligera
Bajo la triunfadora
Señal del Redentor que su fé adora.

El Lábaro sagrado
La esperanza sostiene y el coraje
De los que se han lanzado
Del bárbaro linaje
A sacudir el yugo y el ultraje.

¿Quién hará resistencia
A los que por su patria y sus altares,
Por su libre existencia,
Por sus queridos lares,
El acero empuñaron á millares?

Arrójase á la lucha
Toda edad, todo sexo, sin recelo;
Solo una voz se escucha;
Todos juran al cielo
Perecer ó triunfar en aquel duelo.

En vano el Ismaelita
Hiere, mata, destruye, incendia y tala,
Mayor furor concita,
Más ira el Griego exhala,
Más triunfos y más glorias acaudala.

Ni tregua, ni reposo:
El bárbaro ya paga con setenas
Las que al pueblo famoso
Causara horrendas penas,
Bajo el rigor atroz de sus cadenas.

A vosotros, los fuertes
Generosos caudillos, cuya espada
Entre horrores y muertes
Vencedora y osada,
Libertó vuestra patria esclavizada;

¡Mil y mil veces gloria!
¡Gloria á vosotros, cuya erguida frente
El halo de victoria
En torno refulgente
Ciñe, y corona de laurel luciente!

Del Taygete sombrío
Dominó vuestro brazo la alta cumbre,
Testigo de aquel brio
Que trajo á mansedumbre
De enemigos la fiera muchedumbre.

Y de Eurotas resuena
La corriente sangrienta y espumosa,
De vuestra fama llena,
Tan noble y gloriosa,
Y al soberbio Otomano tan costosa.

Del Osmanli enemigo
Cumplido y consumado el escarmiento,
Volved hora el castigo,
Volved sobre el crüento
Tirano, de tiranos instrumento...

Mas ¿quién la tiranía
Que el fementido Dictador patricio
Con falacia imponia
Al suelo natalicio,
Derrocó en el profundo precipicio?

¿Quién, sino los varones
Que en la ruinosa Esparta levantaron
Los antiguos pendones,
Y *Libertad*, gritaron,
Y perdicion al opresor juraron?

¡Gloria, Mavromicales,
A vuestro nombre ilustre y fuerte mano!
¡Gloria á vuestros puñales,
Del príncipe espartano
Valiente prole y denodado hermano!

¡Loor á Constantino
Que por la patria pereció el primero,
Y á tí, Jorge divino,
Que moriste postrero
Dejando al mundo ejemplo duradero!

Como los Ateneos
Divo Aristogitón y Harmodio osado,
Que en los Panateneos
Con aliento esforzado
La muerte dieron al tirano odiado,

Vosotros con nobleza
El sacrificio hicisteis de la vida
Al honor y grandeza
De la patria querida,
La libertad volviéndole perdida.

Y así la generosa
Hazaña vuestra, heróica y señalada,
Haciendo gloriosa
Vuestra memoria amada,
Será en la Grecia libre eternizada.

Argos, 1822.

FRAGMENTOS

DE UNA COMPOSICION TITULADA «RECUERDOS Y DOLORES.»

¡Cuán bella, cuán dichosa,
Es la edad juvenil, en que se inflama
El corazon, y corre por las venas
Hirviente sangre, así cual se derrama
Del cráter abrasado,
La lava del volcan en las arenas:
Cuando el ánimo osado,
Y sediento de glorias y trofeos,
Alza su vuelo en pos de alto renombre;
Y cuando el aguijon de los deseos
A grandes hechos estimula al hombre!

.....
.....

Así, la despeñada catarata
Del poderoso Niágara me infunde
Pavor irresistible, cuando miro
Cómo bulle y se lanza y desbarata
La inmensa mole, y en eterno trueno
Por el espacio su fragor difunde.
Mi mente se confunde
Al contemplar tan grande maravilla,
Y oyendo del torrente
La voz aterradora y elocuente,
La faz inclino y doblo la rodilla.

.....
.....

De la region alpestre que domina
El canoso Mont-blanc, y cuya nieve
La tempestad arroja de lo alto
Con horrendo fragor é inmensa ruina,
Y rueda por las peñas al abismo
Poniendo al ave y bruto en sobresalto;
Donde *La Mar de Hielo*
Y las rocas hendidas y desnudas
Son las lápidas mudas
Que refieren el grave cataclismo
Precursor del Eden; mirando abajo,
Las deliciosas islas Borromeas
Me muestran sus fantásticos jardines
Surgiendo entre las ondas, como Deas
Que en carros de esmeralda
Del lago oprimen la anchurosa espalda.

.....
.....

Y otra vez en el mar, las del Egeo
Azules ondas surco, y de piratas
El duro cañoneo
Huyendo á velas llenas,
Hallo asilo de Ilion en las arenas:
En vano busco allí las sacras ruinas
De aquel antiguo venerable muro,
Que de tanto mortífero combate
Testigo fué: desnudas tres colinas

Son el padron oscuro
De tanta heróica hazaña
Como cantó el primero insigne vate.
Ni de Escamandro la corriente baña,
Cual otro tiempo, las violadas tumbas
De Patroclo, de Ajax y del Pelide;
Pues que torciendo el cauce, se divide
Y pierde en la campaña,
Para que el mundo hasta su nombre olvide.

.....
.....

Y más léjos, del Bósforo en la orilla
Contemplo de Istambul los alminares,
Donde la Santa-Cruz y los altares
La Media-Luna victoriosa humilla.
Y en sus tranquilas ondas, los reflejos
De cúpulas doradas y serrallos
Que adornan lijerísimos pilares
Y gayos azulejos;
Do se posan intrépidas gaviotas
Que el musulman respeta,
Viviendo sin temor entre las flotas;
Y do cruza el *caïk*, como saeta
Del arco despedida, y con sus rémos
De Europa y Asia anuda los extremos.
Allí en harem recóndito, que visten
Las más preciadas africanas pieles,
Y alcatifas de Persia, y cortinaje
Acairelado de damasco y oro;
Donde todo linaje
De peregrinas exquisitas flores
Y plumas de colores,
Se ven entre el fantástico tesoro
De pebeteros, *hukas*, amuletos,
Joyas de filigrana aljofarada,
Y talismanes al dintel sujetos:
Allí en divan mullido recostado,
Y aspirando indolente
El humo regalado
Del *chibuc* y perfumes de Oriente,
Me contemplo en mi ensueño rodeado
De huríes voluptuosas y de almeas.
Por el placer turbadas mis ideas,
Yace el alma embargada, y los sentidos
En éxtasis de amor casi perdidos.
Y entre tantas beldades como veo
En ademan lascivo reclinadas,
Y en transparente arreo,
A la luz que despiden á raudales
Aromáticas hachas orientales;
Me juzgo transportado al paraiso
Del musulman Profeta,
Y sueño allí mil sueños de poeta.

.....
.....

Adios ¡oh juventud! edad dichosa
De amor y de placer: ya por mis venas
La roja sangre que otro tiempo hervía,
Corriendo va templada y perezosa:
Ya de mi tumba fria
Labrada está la cineraria losa;
Y ya mi lira amada
Responde solo al viento
En la noche callada,
Cual arpa eolia en muro derrüido,
Con ronco són y funeral gemido.

París, 1861.

MIS DESEOS.

En un ameno valle
Labrar quiero mi choza
Cercada de naranjos,
De mirtos y de rosas.
Al ir dorando el cielo
Los rayos de la aurora,
Ver quiero entre las flores
Mil lindas mariposas
Libando el dulce jugo
Que encierran sus corolas.
Y cuando sobrevenga
La tarde calurosa,
En un vecino bosque
Posándome á la sombra,
Oir el dulce arrullo
De cándidas palomas.
Allá en el horizonte,
Y en indecisa forma,
Ver quiero levantarse
Montaña nebulosa,

Do vague el pensamiento
En las estivas horas;
Y bajo la enramada,
Que por mi puerta corra
Arroyo plañidero
De cristalinas ondas.
Del mar tempestuoso,
En una noche fosca,
Oir cómo se rompen
Las apartadas olas;
Y el curso de los astros
Seguir hasta la aurora,
Extático admirando
De Dios las bellas obras.

En ese Eden hermoso
Vivir quiero á mis solas
Con la preciosa vírgen
Que ardiente el alma adora;
Y ageno de cuidados,
Y libre de zozobras,
Gozar suprema dicha
De vida transitoria.
Y quiero con mi lira
Cantar á todas horas,
Así como en la rama
Feliz canta la alondra,
En medio á la espesura
Donde su nido posa.

SONETOS.

A WASHIGTON.

En la ribera amena y floreciente
Que vá besando el Potomac callado,
Se descubre á lo lejos un collado
Coronada de pinos la alta frente.

El Genio tutelar del Occidente
Reposa allí, de gloria circundado;
Y saludar ansiando aquel sagrado
Acerquéme con planta reverente.

Mas ¿dónde están, clamé las inscripciones
Qae en bronces mil su patria le debiera?
Y respondió un acento sobrehumano:

«No ha menester el héroe de blasones;
»La Libertad grabó más duradera
»Su memoria en el pueblo americano.»

Monte-Vernon.—1839.

A MI AMADA.

Pura es la nieve que en Olimpo dora
La clara antorcha del naciente dia,
Pura la rosa que en sus campos cria
La hermosa Tracia, envidia de la aurora.

El aura de la tarde me enamora
Cuando el aroma del jardin envia,
Y en las nubes se goza el alma mia
Si el sol de grana y oro las colora.

Mas yo adoro una bella muy más pura
Que nieve y rosa y aura perfumada,
Brillante más que un astro su hermosura;

Y si en mi seno posa reclinada,
Ningun placer se mide á la ventura
Que gozo yo en los brazos de mi amada.

Habana. 1835.

José Policarpo Valdés.

(POLIDORO.)

Nació en la Habana, en 1807 (1), y segun algunos, fué su padre un distinguido caballero, miembro de una de las principales familias de esta ciudad.

Desde muy temprano tuvo aficion á las letras y facilidad para proporcionarse buenos libros.

Creemos que en *La Moda* de D. Domingo Del-Monte, fué donde publicó sus primeras poesias. Más tarde, en 1833, colocó algunas en su coleccion el Sr. Herrera Dávila.

En la *Corona Fúnebre* que en 1834 publicó D. José Toribio de Arazoza dedicada á la memoria del inolvidable obispo Espada, hay dos composiciones de Valdés, una firmada *Polidoro*, seudónimo que usó algun tiempo.

El Dr. Zambrana, le coloca, á nuestro juicio con razon, entre los buenos poetas que figuraron dignamente por los años de 1830 á 1843.

En la «Revista de España y sus provincias de Ultramar», que publicába en Madrid en 1850 el Sr. D. Miguel Rodriguez Ferrer, (Tomo I, pág. 524) se reconoce á Valdés en sus versos, *facilidad y ternura de afectos:* nosotros agregamos correccion y buen gusto.

La vida de Valdés se deslizó en la soledad sin que nada alterára su silencioso curso. Triste siempre, nos dicen algunos que le conocieron y trataron, el dulce cantor de *La Rosa Blanca*, á solas con sus libros, escribió muchas y buenas composiciones y áun preparó una coleccion de romances cubanos, que no se ha publicado, ignorándose hoy quién la posea.

No hemos podido lograr saber la fecha de su muerte; pero se nos dice que murió cumplidos ya cincuenta años.

---

(1) *Rimas Americanas.*—Publicadas por D. Ignacio Herrera Dávila.—Tomo I.—Habana.—Imprenta de Palmer, calle de San Ignacio, núm. 6.—Año 1833.—Pág. 38.

ELEGIA A UNA ROSA BLANCA.

Cándida flor, que sobre el verde ramo
Luces nítida y bella
Exhalando suavísima fragancia...
Oh! cuanto tu presencia al pecho mio
Le causa dulce encanto,
Ora tus hojas nacaradas vea
Con débil movimiento
Ondear del aura al delicioso aliento:
Ora sobre tu cáliz amarillo
Temblando agite sus brillantes alas
Incauta y vagabunda mariposa...

.....

Al mirarte ¡Oh flor bella! al contemplarte
Me acuerdas tú, de la doncella hermosa
Que tiernamente adoro,
Aquella timidez, aquel decoro
Con que trémula, amante
Escucha mis suspiros amorosos;
Y el juramento santo
Con que la ofrezco mi pasion constante.
Agiten hoy ¡oh flor de mis amores,
Tus lindas hojas, mis cantares tristes,
Que si eres blanca tú, la lira mia
Es de ébano lumbroso; y siempre en ella
Sólo dí al viento lúgubre querella...

.....

Cuanto me place respirar tu aroma
En la hora magestuosa
En que hundiéndose el sol en Occidente,
Nos muestra apénas su soberbia frente,
Ceñida de coral, diamante y oro...
Y despues en la noche silenciosa
Al mústio rayo de la tibia luna
Me es grato estar junto á tus frescas ramas,
Y ver de allí las aguas cristalinas
Que corren á mis piés... y de mis ojos
Llevan al mar las lágrimas amargas.
¡Ay! blanca rosa, tus preciosas hojas
Marchitas... sin color... tal vez mañana
Caerán del manso arroyo en la corriente;
Y el gentil ramo que antes coronabas
Sin tí, modesta flor, perderá á un tiempo,
Su verde pompa y su brillante gala,
¿Y así tambien la angélica belleza
Por quien leal mi corazon se inflama,
Perecerá? la muerte despiadada
Antes la hirviente sangre de mis venas
Convierta en hielo, que los ojos mios
Miren su infausto fin... la vida... el mundo
Detestaré sin ella... si deseo
La viva lumbre del luciente Febo,
Es por mejor mirar su faz divina,
Y el dulce giro de sus dos luceros
Que brillan con más luz y más encanto,
Que los que bordan el nocturno velo...

.....

Rosa fragante y pura, que decoras
El suelo fértil de mi hermosa pátria,
Siempre en mi lira cantaré inspirado
Tu gracia y tu beldad, y cuando el dia
A mi se acerque de descanso eterno,
Haré poner en transparentes vasos
Blancas rosas no más... ¡Ay! venturoso
Si mis ojos con manos inocentes
Entonces cierra la adorada mia...
Y si en un beso férvido... llorosa,
Estrechándome al seno palpitante,
Su lábio aprieta contra el lábio mio,
Y aspira el alma de su fiel amante.

SAFICOS A MIRTA.

«...¿Qué vale á un triste pecho,
Vivir sin fé ni amor?.....»

Cándida vírgen que del patrio rio (*)
Naciste linda en la gentil pradera,
Donde mecieron tu modesta cuna
céfiros suaves.

Escucha grata con sonrisa blanda
De quien te adora el juramento santo...
Tiemble tu pecho con delicia extrema
Al escucharlo.

Primero Febo su serena frente
Hunda veloz entre las ondas frias,
Que el alma mia, suspirada prenda,
Pueda olvidarte.

Primero el tierno arrullador palomo
De seguir deje á la paloma hermosa,
Que el corazon de tu feliz amante
Pierda tus pasos.

(*) Almendares.

Que como en negra y tempestuosa noche
Distante faro al marinero alegra,
Y en su fulgor suavísimo le ofrece
Consuelo y guia.

Así tambien en tus brillantes ojos:
Negros *muy más* que el azabache fiero
Hallé el lucero... que ofreciera al alma
Dulce alegría.

Hallé el contento y suspirada calma
Que busqué un tiempo, triste y desamado,
Y el más preciado don de la hermosura
Pudor sagrado.

Si estimo en ménos en futuro dia
Tu virtud sánta y célica belleza,
Corte el estambre de mi alegre vida
Hórrida muerte.

A LA MISMA.

I.

Ven, ven, ¡oh lira mia!
Y con sonido leve
Mi canto infausto y breve
Consagra á Mirta cruel.
Ella es la hermosa causa
De mi falaz contento,
De mi feroz tormento,
De mi mayor placer.

II.

A mis suspiros sorda
Desdeña mis querellas:
Sus fúlgidas centellas
No lucen para mí...
Si hablarla yo pudiera;
Si grata me escuchára,
Mis ansias le pintara
Y la digera así:

III.

¿Qué es pues ¡oh Mirta bella!
La vida sin amores?
Jardin sin frescas flores,
Estéril arenal:
Es noche sin estrellas,
Sin sol el cielo hermoso,
Invierno tenebroso,
Sin movimiento el mar.

IV.

De mármol tiene el pecho,
Quien necio y altanero,
Se alaba placentero
De que jamás amó.
A lástima me mueve
Su helada carnadura—
¡Qué condicion tan dura!
¡Qué fiero corazon!

V.

No es bueno el que no prueba
De amor la activa llama,
Que más y más inflama
Esquivo disfavor.
Doncel que vé tranquilo
Un rostro que á amor mueve,
De duro bronce y nieve
Natura le formó.

VI.

Piadosa el alma tiene
Quien en su pecho siente
De amor el fuego ardiente,
Que angustia el corazon.
La juventud lozana
¿Qué vale sin un dia
De gloria y alegría,
De dicha y de favor?

VII.

¿Qué vale de unos ojos
La clara y viva lumbre,
Ni que su dulcedumbre
Honesta y celestial;
Si para amar no brillan,
Si no hay quien los admire,
Ni quien feliz suspire
A su veloz girar...?

VIII.

Ya de mi lira amada
La triste melodía
Se niega, Mirta mia,
Mi canto á acompañar.
Parece que me anuncian
Sus cuerdas destempladas,
Las horas desdichadas,
Que me has de hacer pasar.

IX.

Pero por crueles penas
Que el hado me prepare,
Donde infeliz me halláre,
Alli te adoraré.
Y de tu *lindo nombre*
La plácida dulzura,
Mi horrible desventura
Hará desparecer.

ODA

ESCRITA EN EL ALBUM DE UNA SEÑORITA HABANERA.

¿Qué puede, amiga, mi inesperta mano,
Qué mi débil razon, mezquina, enferma,
Ofrecerte que sea
Digno de ser en tu *Album* colocado,
De tu tierna amistad agradecido,
De tus lábios loado?
Ah! no es posible
Que ora mi lira como en otro tiempo
Acorde suene con candentes voces,
Con ecos de alegria...
Ni puede ya con entusiasmo ardiente
Exhalar un gemido
Prolongado, vehemente,
Y nuncio cierto del dolor del alma.
Que si del corazon huyó la calma,
Si tétrica y mortal melancolía
Le aflige de contino:
Si falto de esperanza
No espera que mejore su destino:
¿Cómo quieres que pueda
Ensayar en mi plácido instrumento
Cantares jubilosos
De firme gloria y mundanal contento?...
Tristeza, tédio, fúnebres lamentos,
Tan sólo oirás... murieron ya los dias
De solaz y placer. ¿Quién me digera,
Cuando el mentido soplo de la suerte
Propicio me halagaba,
Cuando incauto reia,
Y mis fugaces dichas celebraba,
Que tan presto sería
Juguete vil de la Fortuna ciega?
Sí, dulce amiga, en este valle infausto
De lágrimas y duelo,

Sólo es feliz aquel que de diamante
El pecho tiene y las entrañas todas.
.....
¿No viste al asesino despiadado
Que con sonrisa cruel el duro acero
Clava gozoso en su enemigo inerme?
¿Y no viste al avaro,
Que niega al lastimoso pordiosero,
Sin vista y sin hogar, el pan que pide
Con voz que ablanda endurecidas peñas?
Pues esos son los que en el mundo viven.
Y otros... y otros... que por buenos pasan
Siendo hipócritas, viles y cobardes.
Pero los que en el alma
Sienten la cruda lid de las pasiones,
Los que por su desgracia experimentan
El tierno afecto que el amor inspira,
Dulce al nacer, cuanto al crecer amargo,
Esos ¡oh amiga! nunca son dichosos...
Jamás verán de su angustiada vida
Correr sereno un venturoso instante.
.....
Son tan breves los gustos que gozamos,
Tan rara la verdad y tan difícil
La estrecha senda que á los hombres guia
«De la inmortalidad al alto asiento»,
Que por eso no espero
Como antes ¡nécio! fama y nombradía...
Ay! si todo perece,
Si en la honda huesa en fétidos insectos
Se han de cambiar mis míseros despojos;
Y luego en polvo... en nada...
Si nadie ha de llorar con mústios ojos
Mi oscuro fin. ¿Qué sirve, amiga mia,
Salvar mi nombre, ¡mi ignorado nombre!
Tan sólo conocido
En un rincon de mi adorada patria?
Mas lo mandas, y es fuerza que obedezca
De la santa amistad al fiel mandato,
Y aunque apenado el corazon doliente:
Te ofrece aquestos versos,
Faltos de lima, de donaire y gracia,
¡Mas no de afectos!...
Si por fortuna te agradasen ellos,
Tú los conserva; y si en algun momento
Tus ojos fijas en sus tristes líneas,
No olvides que son obra de un amigo,
Que al consagrarte su funesto canto,
Los escribió con doloroso estilo.

SONETOS.

JACOBO DORTIS (1).

Bañado en sangre, pálido, espirante,
Su faz al cielo vuelve, y sobrehumano
Valor ostenta, viendo el fin cercano
De su vida y su amor el triste amante.
Con el pecho angustiado y palpitante,
Contempla el espectáculo inhumano
El digno padre de *su bien* que en vano
Cubre de amargo llanto su semblante.
Yace en el suelo el bárbaro instrumento
Que al contrastado corazon partiera,
Causando al de su amada cruel tormento,
Y en las fatigas de la muerte fiera
Empaña con el hielo de su aliento
De Teresa la imágen hechicera.

(*) Este soneto fué inspirado por la lectura de la obra de Hugo Fóscolo, *Ultimas cartas de Jacobo Dortis*, traducida en 1822 y publicada en la Habana por D. José A. Miralla.

A UNA BOCA.

Cuando la risa gozo encantadora
Del bien querido, celestial contento
Bulle en mi pecho, y en las venas siento
Discurrir una llama abrasadora:

Pero más me cautiva y enamora
Si con su dulce melodioso acento
Deleita el corazon, y el manso viento
Presta atencion á la beldad cantora.

Trémulo escucho á la adorada mia...
Y su boca gentil que está hechizando
Amorosa fragancia al aire envia:

Mas torno á ser desventurado, cuando
Recuerdo su crueldad, su tiranía,
Y me alejo de allí... triste y llorando.

FELIPE POEY.

Nació en la Habana el 26 de Mayo de 1799 y fué bautizado en el Sagrario de nuestra Catedral el 2 de Junio del citado año.

Fueron sus padres, el Sr. D. Juan Andrés Poey, natural de Oleron, provincia de Bearn, en Francia, y la Sra. Dª María del Rosario Aloy, de esta ciudad.

Hizo sus primeros estudios en el Colegio Seminario de San Cárlos, y allí obtuvo por su aplicacion y aprovechamiento, notables distinciones del P. Varela, maestro de Filosofía y del P. D. Justo Velez, preceptor de derecho y economía política, alcanzando honrosos premios en 17 de Enero y 28 de Setiembre de 1819.

En 1820 ce graduó de Bachiller.

En 1822, pasó á Madrid, donde practicó derecho, y recibió el título de abogado de los Reales Consejos el 22 de Diciembre de aquel año.

Fué en Madrid profesor de la *Academia Nacional de ambas Jurisprudencias.*

Regresó poco tiempo despues á Cuba, y permaneció en la Habana hasta el año de 1826 que se embarcó para Francia donde permaneció seis años, dedicándose en Paris al estudio de Derecho francés y al de la Historia Natural, donde se asoció á los catorce naturalistas más eminentes de aquella nacion, que en 29 de Febrero de 1832, fundaron la *Sociedad Entomológica de Francia.*

Sus trabajos científicos le habian ya dado merecido renombre, y la *Real Sociedad Patriótica de la Habana*, en 13 de Diciembre de 1828 le habia nombrado corresponsal del Jardin Botánico.

En 1833 volvió á la Habana donde continuó sus trabajos sobre la Fauna y la Flora de Cuba, con éxito tan cumplido, que llegados á Lóndres algunos de sus estudios, la *Real Sociedad Zoológica* le nombró miembro corresponsal.

En 22 de Diciembre del año de 1838, fué nombrado Sócio de Mérito de la *Real Sociedad Patriótica de la Habana.*

En 24 de Abril de 1840, se le honró con el nombramiento de Corresponsal de la *Sociedad Numismática Matritense;* en 2 de Mayo del propio año, miembro de la *Academia Nacional de Ciencias y Artes* de Barcelona.

Al organizarse la Real Universidad Literaria de la Habana, fué designado para la Cátedra de Zoología y de Anatomía Comparada, en 34 de Octubre de 1842, nombramiento que se confirmó por Real Orden de 14 de Enero del año siguiente.

En Noviembre de 1844, tuvo á su cargo en el *Liceo de la Habana*, la cátedra de Lectura en alta voz, cátedra—dice en una interesante biografía de Poey, nuestro

amigo el Sr. Vilaró—cuyo solo título basta para demostrar su importancia, y en cuyo desempeño,—grato recuerdo que aún acaricia la memoria de muchos,—uniéronse la inspiracion del poeta, el talento del literato y la erudicion del naturalista.

El 7 de Agosto de 1848, la *Sociedad Habanera* le elige Presidente de su Seccion de Ciencias; en 6 de Diciembre el *Liceo de la Habana*, por segunda vez le dió idéntico cargo: en 12 de Mayo de 1851, figura como corresponsal del *Liceo de Histórica Natural de Nueva-York*.

En 1854, al establecerse las *Escuelas Especiales*, en 19 de Noviembre, le nombra el Gobierno, Vocal de la Comision y en el siguiente año de la Inspectora de la misma y de la *Escuela Preparatoria*.

En 23 de Enero de 1858, fué nombrado Presidente de la Seccion de Literatura del *Liceo de la Habana*, para cuyo cargo fué reelecto en 15 de Diciembre de 1862. En 28 de Diciembre de 1858, terminados los Catálogos numérico, alfabético y metódico de la Biblioteca de la *Real Sociedad Económica*, se le dá un voto especial de gracias y se le nombra Vice-Censor, cargo en que obtuvo la reeleccion.

En 1861—30 de Julio—El *Liceo de Guanabacoa* le nombra Sócio de honor. Por decreto del Gobierno, de 28 de Setiembre de 1863, quedó encargado de la asignatura de Zoología, Botánica y Mineralogía con nociones de Geología, en nuestra Universidad.

El 10 de Octubre de 1871, fué nombrado Catedrático propietario de las asignaturas de Zoología y Mineralogía, en cuyo puesto continúa, siendo además decano de las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias desde el 26 de Marzo de 1873.

Constituida la Real Academia de Ciencias en 8 de Abril en 1861, se contó á nuestro ilustre naturalista entre sus sócios fundadores, y la benemérita Corporacion en 31 de Agosto dé aquel año le nombró Sócio de Mérito.

Numerosas distinciones ha recibido de Sociedades extranjeras además de las que llevamos citadas; las de Buffalo, Filadelfia, Boston, Essex, en Massachussets, en los vecinos Estados Unidos, tienen entre sus miembros más distinguidos el nombre de nuestro sábio Poey.

La *Sociedad de Amigos de la Historia Natural* de Berlin, el 19 de Julio de 1864, le confirió el título de Corresponsal.

En la Real Sociedad Económica de esta ciudad, ha desempeñado importantes cargos con tal satisfaccion de aquel patriótico instituto, que en 22 de Noviembre de 1873, le nombró Sócio de Honor.

En 1878, al constituirse la *Sociedad Antropológica de la Habana*, fué nombrado Presidente fundador. Várias sociedades españolas le cuentan entre sus miembros.

Ha publicado, en 1836, una *Geografía Universal:* en 1855 una *Cartilla geográfica*, y una *Geografía de la Isla de Cuba*, que obtuvo 19 ediciones.

Entre sus obras más importantes, hay que citar sus *Memorias sobre la Historia Natural de la Isla de Cuba*; su *Tratado de Mineralogía*, y sus artículos en el *Repertorio físico-natural de la Isla de Cuba* (1865), de que fué Director. En dicha revista, publicó una *Sinópsis ó Catálogo razonado de los Peces Cubanos*, obra notable que ha acabado de afirmar su reputacion entre los hombres amantes de la verdadera ciencia, y la cual se ha reimpreso con observaciones críticas en los «Anales de la Sociedad Española de Historia Natural.»

Los dibujos originales á que la mencionada Sinópsis se contrae, con un extenso texto manuscrito los conserva el autor. Es el trabajo de toda su vida; la mejor muestra de su profundo talento y de su laboriosidad sin igual entre nosotros: forma un Atlas de 10 tomos en fólio mayor de más de mil láminas delineadas, y la descripcion de más de ochocientas especies de peces de nuestros mares.

Esta obra, que consideramos una gloria nacional, permanece todavía inédita: las Sociedades Cientificas y Literarias de Cuba, exhaustas de materiales recursos no han podido protejer la publicacion.

Otro trabajo de mérito del Sr. Poey, muy estimado de los más eminentes naturalistas, es el que empezó á publicar en Paris, en francés el año de 1832. *Centuria de*

Lepidópteros de la Isla de Cuba, cuya obra créemos era parte de una historia general sobre dicho particular (1).

El Sr. Poey, va á cumplir 46 años de profesorado en nuestra Real Universidad, y sus discípulos que admiran su talento, le quieren y respetan por la bondad de su carácter, no ménos que por sus provechosas lecciones.

Ha colaborado en casi todos los periódicos científicos y literarios que de cincuenta años acá se han publicado en Cuba.

Hemos dado á conocer al sabio: digamos algo del literato y del poeta, que poeta és el Sr. Poey, aunque pocos versos haya hecho, y éstos en su juventud, puesto que, vémos en la *Revista Bimestre Cubana*, de 1833, que ya en 1824 tenía escritas aunque inéditas la mayor parte de sus poesías, que dedicába á su esposa Dª Maria de Jesús Aguirre.

Sus severos trabajos científicos jamás le han desviado de su constante y fervoroso amor á la buena literatura, ni jamás tampoco ha desdeñado, las investigaciones filológicas y el estudio del idioma. Ha enseñado literatura á los que más han brillado en Cuba en tan hermosa rama del saber humano, y se entusiasma con los buenos versos, con la misma naturalidad que cuando la sangre de la juventud hervia en sus venas.

Notable por sus pensamientos es el discurso que pronunció el 26 de Agosto de 1848 en la Sociedad Habanera, del cual extractámos estas líneas: «Tres fuentes «tiene el hombre abiertas para su felicidad: la de los sentidos, la de la inteligencia y «la del corazon. La de los sentidos, nos conduce á menudo por un camino de flores, «por un jardin de delicias, á un campo de abrojos, á un valle de lágrimas. La rosa «tiene sus espinas, símbolos de remordimiento; y sobre la corola del cándido lirio, se «posa tal vez el insecto que la desluce, y esparse sus galas por el suelo. La puerta del «corazon me ha parecido la predilecta; y afortunadamente está al alcance de todos. «¿Hay goces comparables con los de un alma virtuosa que se complace en el bienestar «de sus semejantes?...» (2). En *La Piragua*, periódico de literatura que dirigian los Sres. D. José Fornaris y D. Joaquin Lorenzo Luáces, en esta ciudad el año de 1856, publicó el Sr. Poey interesantes artículos: *Acentos*, *Prosodia*, *Carácter eufónico de la lengua castellana*, *Observaciones gramaticales*, *La hija y la madre* (la lengua española y la latina), *Traducciones en general y particularmente del francés* (3). En el periódico quincenal de Ciencias y literatura, que con el nombre *Floresta Cubana*, dirigian en esta ciudad el año ya citado de 1856, los Sres. D. Felipe Lopez de Briñas, D. Ramon Velez Herrera, Dr. D. Joaquin Fabian Aenlle y D. José Fornaris, colaboró con asiduidad, publicando en él, traducciones de Beranger y Chateaubriand, articulos científicos y literarios, su égloga á Silvia, y una traduccion en prosa del episodio de Aristeo, sacada del libro cuarto de las Georgicas de Virgilio, con auxilio de la traduccion en prosa de Fray Luis de Leon (4). Muestra es de su buen gusto literario la introduccion al Informe sobre las odas al cable submarino, presentadas al Liceo de la Habana, con motivo de los Juegos Florales celebrados en 1858 (5): el mismo periódico que contiene el trabajo antedicho, en el número 8, correspondiente al 25 de Febrero de 1859, insertó un juicio sobre el tomo de versos publicados por La Hija del Yumurí (Dª Belen Cepero).

Muchos otros trabajos literarios citariamos del Sr. Poey, y no podémos terminar sin dejar consignado, aunque ya en la introduccion de tan grato asunto nos ocupamos, que merece ser muy leida y estudiada su *Oracion inaugural sobre la composi-*

---

(1) Centurie de Lépidoptéres de l' ile de Cuba, contenant la description et les figures coloriées de cent especes de papillons nouveaux on peu connus, représentés d' apres nature, souvent avec la chenille, la chrysalide, et plusieurs details microscopiques: par Ph. Poey. Paris MDCCCXXXII.

(2) *El Artista*.—Habana.—3 de Setiembre de 1848.—Tomo I. núm. 4 pág. 45.

(3) Paginas 3—19—33—45—65—113—309—357.

(4) Páginas 12—29—61—87—94—115—152—209—211—271—303—323 347.

(5) *El Liceo de la Habana*. Periódico oficial del Instituto de su nombre. Tomo III. Habana. Imprenta de M. Soler y Gelada. 1859. N. 4. Págs. 28-31.

cion y Elocucion, pronunciada en la apertura del año académico de 1864 á 1865, en la Real Universidad de esta ciudad.

A aquellos, que aún despues de leer los escritos literarios del Sr. Poey y las poesías que publicámos, no quieran concederle el honroso título de poeta, les dirémos con D. Domingo Del-Monte, (1) que para nosotros, no es sólo poeta el que hace versos. Lo és aquel «á quien Dios prodigó con larga mano los tesoros de la inteligencia «y de la sensibilidad.»

¿Los posée el Sr. Poey?..... No creémos que nadie se los niegue.

Prolongue el cielo su laboriosa vida tanto como con la lealtad de nuestros sentimientos le deseámos.

EL ARROYO.

IDILIO.

Entre árboles espesos y escondidos
Dicurre un arroyuelo,
A quien rama y bejuco entretejidos
Niegan la luz del cielo.

Según va penetrando en la espesura,
Los troncos apartando,
Con mayor claridad y más anchura
Los peces van nadando,

Se reviste de yerbas olorosas,
Su márgen floreciente,
Y sus ondas más puras y copiosas
Corren más libremente.

Al Bani precipita sus raudales
Por el bosque sombrio,
Despues que ya regó cañaverales,
Vecinos del gran rio.

Sobre el claro verdor que de la caña
Los leves nudos ciñe,
Y que el sol abrasando la campaña
De albor pálido tiñe.

Alzan lozanos su rosada frente
Los güines brilladores
Que no temen de Sirio el rayo ardiente
Ni cierzos bramadores.

Ostentan su hermosura y ligereza
A pesar de los fuegos,
Inclinan á los vientos la cabeza
Y provocan sus juegos.

Allí la tierra en su fecundo seno
Mil insectos presenta,
Y en aquel corto espacio de terreno
A todos alimenta.

Unos sacan el jugo almibarado
Del seno de las flores,
Y otros muerden un tronco taladrado
Con dientes roedores.

Otros cruzan el aire con presteza,
Otros pasan con ruido,
Otros vibran con fuerza y ligereza
El aguijon temido.

Muestra el uno las alas sosegadas
En la rama segura,
Y otro oculto en las hojas apartadas
Brilla como oro puro.

Alguno en su capullo aprisionado
Por su salida anhela,
Miéntras que otro más fuerte y más formado
Su cárcel rompe y vuela.

Oh feliz arroyuelo! ¡cuántas veces
He pasado en tu orilla
Las horas del placer que al alma ofreces,
De gozo y paz sencilla!

¡Cuántas veces entrando en la espesura,
A tu orígen subiendo,
Se ha llenado mi pecho de dulzura
Tu márgen recorriendo!

(1) *Aguinaldo Habanero*. Editores, Ramon Palma y José Antonio Echeverría. Habana.—Imprenta de José María Palmer. 1837 Pags. 18.

¡Cual me alegraba el curso sosegado
De tu corriente pura!
Y qué asiento tan grato me has brindado
En tu fresca verdura!

Desde allí pude ver entretenido
Las guavinas nadando,
Entre la arena el camaron hundido
A su amor atisbando;

De sus repuestas cuevas temeroso
El cangrejo sáliendo,
Y más suelto despues; y más gozoso
Por la orilla corriendo.

Girando la libélula delgada
Con alas transparentes,
Depone en el raudal del agua amada
Sus caros descendientes.

Ya baña en él su cuerpo caloroso,
Ya se detiene un rato,
Y sobre su cristal terso y lustroso
Contempla su retrato.

Las mariposas vuelan á mi lado
Lijeras y festivas,
Y siguen en su curso variado
Las aguas fugitivas.

¡Salve, monte de Cuba bienhadado,
Claro sol, limpias fuentes,
Verde pompa del bosque y dulce prado,
A mi vista presentes!

¡Cuánta vida sembró naturaleza
Por este asilo umbrío!
Cuántos séres que beben con largueza
Las aguas de este rio!

Entre ellos la Inocencia está segura
Y duerme descuidada;
Ni escorpion amenaza muerte dura,
Ni serpiente irritada.

No se vé de las fieras perseguido
Su reposo halagüeño,
Ni del tigre feroz el cruel rugido
Interrumpe su sueño.

¡Arroyuelo mil veces venturoso!
Tu semblante riente
Siempre me dió placer, y más dichoso
Fuí siempre en tu corriente.

Y cuando tus orillas recorría,
Libre de amor el pecho,
Necesidad de amar no conocia
Contigo satisfecho.

Despues de una beldad enamorado,
Tal vez correspondido,
Mis pasos á tus aguas ha llevado
Del amor conducido.

He visto más alegre tu verdura,
Tus aguas más hermosas
En su lecho correr con más blandura
Risueñas y abundosas.

Los arrullos de blandas tortolillas
Más tiernos parecian,
Los colores de hermosas avecillas
Más brillantes lucian.

A su tirana ausente requebraba,
Dando su voz al viento,
Y su acorde cantar acompañaba
Con templado instrumento.

Oh tú que en otro tiempo he convidado
Con este campo ameno,
Por tí suspiran bosque, fuente y prado
Y este cielo sereno.

No tardes en colmar con tu presencia
El suelo de alegría;
Gozarás de esta dicha apetecida
Y de la dicha mia.

Pasaremos el dia entretenidos
En perenne delicia
Ensayando mil juegos divertidos
Agenos de malicia.

Beberás con tus manos agua pura,
Y beberé contigo;
Gozaremos sentados de frescura
Sobre algun tronco amigo.

Y si vemos dos ramos abrazados
Entre sí estrechamente,
Tus brazos á mis brazos enlazados
Se unirán igualmente:

Las aguas, ni ofendidas ni envidiosas
Caminarán con ruido,
Y al son de nuestras voces amorosas
Mezclarán su sonido.

1834.

EGLOGA.—A SILVIA.

Ven á mis soledades, Silvia bella,
Acompaña á tu amante
En medio de estos árboles tranquilos
Donde ya tantas veces ha soñado
Su loca fantasía
Que contigo sus sombras recorria.

Mi voz te llama ansiosa en los collados,
A mi voz no respondes,
En el llano te busco vanamente:
Por todas partes solitario vago
Pensando en tu hermosura.
Léjos de tí privado de ventura.

Con tu ausencia las flores se marchitan,
Los bueyes afligidos
No aprecian el cogollo de las cañas;
Ya pierde su color el verde prado,
El sol pierde su brillo
Y olvida su cantar el pajarillo.

Mas todo mudará si nuestros campos
Huellas con pie lijero
Y respiras el aire que respiro:
Bañando el suelo con sus rayos de oro
Se alzará el nuevo dia,
Y el viento cobrará más armonía.

Las selvas brindarán con su frescura;
La tierra agradecida
Su alfombra cubrirá de vivas flores,
Y entre sus bellos pétalos hambrienta
La abeja dilijente
Pastará susurrando blandamente.

Saltando y recorriendo las malezas,
Dulcemente piando,
Las avecillas volarán gozosas;
Y entretanto en el bosque solitario
Los tiernos ruiseñores
Cantando llamarán á sus amores.

Las voces de los dulces pajarillos,
La verdura del prado,
Los árboles amenos y frondosos,
El cielo claro, el aire fresco y puro,
Las aguas y los vientos
Inclinan á los tiernos pensamientos.

Ven á mis soledades, dulce amada,
Bebe con el rocío
La dicha y la salud que el campo ofrece:
Ven á ensanchar el pecho enamorado,
El Amor te convida
Y las flores esperan tu venida.

El campo es la morada de los dioses:
Grato el campo al amante
Como cernida lluvia al verde llano,
Como pasto reciente al ganadillo;
El Dios de los amores
En el campo prodiga sus favores.

Ven pues á contemplar estos prodijios,
Respira la frescura
Y perfume apacible de la selva;
Mírala florecer bajo tus plantas,
Mira la mariposa
En tus labios buscando miel sabrosa.

Sube por esta loma á la glorieta
Cubierta de azahares
Que al aire dan su ambiente embalsamado;
Mira como se allana hácia la vega
El lejano horizonte;
Mira el mar por allí, por aquí el monte.

Mira como contrasta el verde claro
De los cañaverales
Con aquel bosque umbrío que le sigue:
Mas lejana la vista se recrea
Sobre un campo amarillo
De espeso y dilatado romerillo.

Descansa ya: recinto acomodado
De fresca sombra lleno
El tronco de esta ceiba nos presenta:
Desde allí podrás ver entretenida
Los pájaros volando
Y el ternero en la hierba retozando.

La chicharra molesta en los calores
Suspende su chillido
Para escuchar tu voz sonora y blanda,
Que interrumpe con grito escandaloso,
En la palma empinada,
La cotorra jugando con su amada.

Con pico de marfil el carpintero
Bate los huecos troncos
Que resuenan con fuerza en la montaña:
Alza desde la cima de un dagame
Su canto prolongado
El arriero en las ramas encumbrado.

Y mientras que los mayos, sin clemencia
Destrozan las naranjas,
La tojosita brinca por el suelo,
El sinsonte se mece en la arboleda,
Y entre los matorrales
Se distingue la voz de los zorzales.

Si quieres refrescar tu boca ardiente
Con frutas sazonadas,
Tendrás naranjas dulces que te agraden,
Y cañas, y guanábanas y piñas,
Y cocos delicados
Que abundantes producen estos prados.

Las vacas nos darán la leche pura,
Y servirá de mesa
Un sitio de alta hierba revestido,
Que adornarán jazmines y claveles,
Y púdicas mimosas,
Y mirtos y guayabas olorosas.

Despues te buscaré lugar repuesto
De sombra rodeado
Donde Favonio reine mansamente:
Donde mas descansada y solitaria
Puedas pasar la siesta
Mejor que en esta plácida floresta.

Y donde no te alcancen los rigores
Del sol de mediodía
Sobre nuestras cabezas encendido:
Y donde sin cesar de contemplarte,
Mano á mano contigo,
Oirte pueda y hablarte sin testigo.

Pasaremos las horas silenciosas
En el valle escondido
De corpulentos plátanos sembrado;
Y las cepas caidas por el suelo,
Y las hojas y flores
Nos darán blando lecho en los calores.

Ya verás este abrigo deleitoso
A tu amor consagrado
Dó nunca ha penetrado el sol ardiente:
De una parte, cerrando sus linderos,
La caña dulce crece
En que silbando el céfiro se mece;

Y de otra le circunda un breve rio
A veces dividiendo
Con paso desigual y tortuoso
Este asilo ignorado de ventura,
De paz y de delicias
Donde te aguarda Amor con sus caricias.

A veces perezoso se detiene
En remanso apacible,
Retratando los árboles y el cielo
Y las flores galanas que alimenta:
Otras veces se irrita
Y en cascada sus aguas precipita.

Aquí sobre el cristal del agua pura,
Como en espejo limpio
Podrás mirar tu rostro soberano;
Allí podrás bañar tus miembros bellos
Que el aura placentera
Enjugará al salir de la ribera.

Si Amor piadoso entonces me llevara
A la márgen florida...
Mas tente pensamiento temerario!
No amancilles insano la pureza
De mi dicha presente,
Dicha de amar, amado de mi ausente.

Salgamos de este sitio á la llanura
Que antes fué monte espeso
Y es hoy pasto sabroso á las manadas;
Allí donde florece con asombro
La piedra en los cercados
Con aguinaldos blancos y morados.

De ellos he de tejer una corona,
Y en tu frente graciosa
Será triunfo de amor y gloria mia;
Y de ellos he de hacer una lazada
Que unirá nuestros cuellos,
Y nuestros brazos se unirán con ellos.

Guárdate; no te acerques, Silvia mia,
Tal vez bajo las flores
El escorpion sañudo se adelanta;
Tal vez peluda araña, entre las piedras,
Yace agora escondida,
Con ira osada y de veneno henchida.

Yo cogeré por tí frescas guirnaldas
Sin temer los asaltos
De la enroscada sierpe ni de avispas:
Y cuando te corone con mis flores,
Sobre mi labio amante
Darasme el premio de mi fé constante.

Si alguna abeja en torno revolando,
Te hiere en algun dedo
O en los rosados labios, atrevida,
Mi boca curará tu blanca mano
Y tu boca amorosa
Donde pique la abeja maliciosa.

En estos dulces juegos pasaremos
La tarde presurosa
Hasta que el sol se esconda en la espesura:
Ya de su disco hermoso se despide
Esta casia dorada
De sus últimos rayos alumbrada:

Las aves se recogen á sus nidos:
Y de ellas la más tierna
Ha dirigido al sol su adios postrero:
Ya su luz ha dejado la alta palma
Y brilla solamente
En los puros albores de tu frente.

1824.

COSTALES.—Hay facilidad en la expresion, gusto en las imágenes, naturalidad en los conceptos, y sobre todo, es feliz el pensamiento con que la cierra, si bien para algunos parecerá más elevado de lo que permite la índole de la composicion y describe las delicias de la vida campestre, y en esos cuadros risueños hay estrofas que recrean el espíritu y de las cuales no sabríamos elegir.—*Reflexiones sobre la égloga* A SILVIA *de D. Felipe Poey.*—«Floresta Cubana.»—Habana, 1856.—Páginas 246-249.

DESPEDIDA DE GUANABACOA.

CANCION POPULAR.

Adios, villa afortunada
Donde á Mirta conocí,
Donde amarla prometí,
Dónde el nombre de mi amada
En los troncos escribí.

Adios, lomas de esmeralda
Que con ella recorrí,
Adios, flores que le di,
Adios, lazos y guirnaldas
Que á su frente entretejí.

Adios, calle venturosa
Donde su hermosura ví,
Donde sus pasos seguí,
Donde su boca de rosa
Me dió con amor el sí.

1824.

Gabriel de la Concepcion Valdes.

(PLÁCIDO.)

Tócanos ahora reseñar brevemente la vida triste de uno de los primeros poetas cubanos, y al escribir su nombre, se detiene indócil en nuestra mano la pluma que una vez más vá á grabarlo para trasmitir sus inspirados versos á la posteridad. La imaginacion, ora riente, ora melancólica, nos retrata al evocar su memoria, campos de perenal verdura, plateados y murmurantes arroyuelos, bosques de rosas, cielos de brillante y jamás empañado azul, dosel dignísimo de un mundo de perpétua dicha; el alma se impresiona vivamente al considerar su fin desgraciado, y entónces todo cambia, y vemos agitarse movidos por callados vientos sombrios cipreses, cubierto de adelfas y siemprevivas el sacro monte y en soledad tristísima, llorando en las gradas del templo la egrégia Musa que inspirára á Homero: fúnebre velo cubre una lira, la lira laureada del más expontáneo, del cantor de más inspiracion y de más varonil acento que produciendo sin iguales armonías agitára sus cuerdas en el mundo americano.

En la Habana, nació Gabriel de la Concepcion Valdés, el 18 de Marzo de 1809, y fué bautizado en la Real Casa de Maternidad el 6 de Abril del propio año.

Tuvo por padre á un mulato, de profesion peluquero, nombrado Diego Ferrer Matoso, segun el Sr. D. Francisco Calcagno (1), y fué su madre una bailarina del teatro de esta ciudad, nacida en Burgos, mujer que sobrevivió muchos años á su hijo, nos dice el poeta D. Ramon Velez Herrera, que la conoció.

Se han escrito muchas inexactitudes acerca del origen de nuestro poeta, tan humildísimo como acaba de verse, y muchos en su loco afan de hacerlo popular, atribuyéndole ideas políticas que no está probado tuviera, no han titubeado en hacer una novela de la historia—harto digna de respeto—de su vida.

Plácido, estudió primeras letras en la escuela de Belen á cargo de los frailes Belemitas, y más tarde en la de Bandaran donde concurrian las pocas personas de su clase que en aquel tiempo pensaban en instruirse. Refiere el Sr. Calcagno, que un condiscípulo suyo, hoy portero del Ayuntamiento de esta ciudad, asegura que «era revoltoso, pero muy inteligente y que muy á menudo lo empleaban en repasar á los más chicos en calidad de ayudante.»

(1) Poetas de color, por Francisco Calcagno.—Plácido. Manzano. Rodriguez. Echemendia Silveira. Medina.—Habana.—Imp. Militar, de la V. de Soler y Comp.—1878.—Pág. 6.

Está probado que pasó su infancia en el abandono más desgraciado. Su padre, que le habia sacado de la Casa de Maternidad, marchó á Méjico y allí murió á poco. Tuvo, pues, niño, que buscar el sustento con su trabajo, y fué aprendiz de carpintero, oficio que dejó más tarde consagrándose al de peinetero, en cuya profesion trabajó en la platería que tuvo el Sr. Misa en la calzada de Galiano, esquina á la calle de Dragones, y en Matanzas en el taller de D. Dámaso García. Cansado tambien, pudo hallar empleo en oficinas de comercio, creemos que primeramente con el catalan D. Jaime Taulina, en cuya casa se desarrolló su aficion á la lectura. Tambien nos dicen que se le proporcionó honrosa ocupacion en la antiquísima casa del comerciante Zangroniz.

Damos estas noticias que tal vez á algunos parezcan frívolas, si no se detienen á considerarlas, para que se vea, como el humilde mulato, por sí propio, cambiaba el aspecto de su vida, buscando siempre donde emplear las no comunes dotes de su inteligencia.

La desventura de su nacimiento, los duros trabajos y privaciones á que se veia expuesto en años en que tanto se ha menester de cuidados y cariños, no entibiaron el fuego que ya germinaba en su alma, para lograr con sus varoniles esfuerzos salir del triste círculo á que parece le condenaba su orígen, en una sociedad què con frecuencia castiga en los hijos la falta de los padres.

«Bien que en absoluto,—dice el Sr. D. Emilio de los S. Fuentes y Betancourt (1),—y mirado el asunto racionalmente, nada importa para la gloria de un »individuo su orígen, dado que el hombre es y será siempre hijo de sus obras, ora se »haya mecido su cuna en fastuoso palacio, ora en humilde tugurio, no se puede escapar, no obstante, al ménos observador lo que esta consideracion haria padecer, indudablemente, al alma delicada de nuestro poeta en momentos dados, y en presencia de »perspectivas tan poco halagüeñas como las que no podian ménos que presentarle á »cada paso, á causa de su anómala constitucion social, el pais en que plugo á la divina »Providencia abriese sus ojos á la luz.»

Segun los editores de *Cuba Poética*, de una novela de la condesa de Jenlis, titulada *Plácido y Blanca*, tomó el seudónimo con que se firmaba, por haber simpatizado con el protagonista de esta obra, aúnque algunos aseguran que lo tomó del farmacéutico D. Francisco *Plácido* Puentes, su padrino.

La instruccion de Plácido fué muy descuidada, y sin su gran inteligencia, memoria y poderosa fuerza de voluntad, jamás hubiera logrado levantarse á la altura en que hoy la posteridad le admira.

Es materia fuera de duda, que en la carrera de las letras, dirigieron sus primeros pasos los reputados literatos Sres. Dr. D. Manuel Gonzalez del Valle y Ldo. D. Ignacio Valdés Machuca, á quienes Plácido tuvo toda su vida singular cariño. Al primero dedicó su delicado poemita *La utilidad del trabajo*, que contiene octavas llenas siempre de grandes ideas (2); al segundo entre otros versos, su canto *Al Yumuri*, en cuya dedicatoria, expresa deberle nociones de poesía (3).

---

(1) El Abolicionista.—Eco de la Sociedad Abolicionista Española.—Madrid, 25 de Febrero de 1873.—Año V.—Núm. 13.—Pág. 114-115.—Plácido. Reseña biográfica. Del libro inédito *Plácido y sus obras*.

(2) Las llamas en la fragua del herrero,
El compás de la sierra y el martillo
Con que gana su vida el carpintero,
Los escritos de un sábio, el tiplecillo
Que al alba tañe el cándido veguero
Loando las gracias de su amor sencillo,
Estas son del eterno las canciones,
El culto, los inciensos y oraciones.

Nos hizo á todos Dios; todos hermanos
Al nacer somos y al morir lo mismo;
Aquellos que se muestran más humanos
Rebeldes á la voz del despotismo,
Ya sean reyes, pastores ó artesanos
Contrarios del estólido egoismo,
Y sólo formen de virtud proyectos,
Estos serán sus hijos predilectos.

.....

(3) Quien á tí debe nociones
De la dulce poesía,
Y más que un favor te debe,
Ménos que un verso te envía.

Un detenido estudio de las producciones de Plácido, demuestra evidentemente que fué auxiliar eficacísimo de su portentoso génio poético y de su imaginacion rica siempre en verdaderas galas, el conocimiento de los clásicos españoles, y por eso hemos tenido por poco cuerdo el juicio que emite el Sr. Torres Caicedo respecto á nuestro poeta, no viendo en él sino á un apasionado de Martinez de la Rosa, que entregado á la lectura de sus obras *no recibió impulso sino que bajó al empezar á remontarse* (1). Con sólo leer el romance *Jicotencal*, que es para nosotros el mejor romance del *Parnaso Cubano*, y que el mencionado literato no cita, queda comprobado lo que el estudio de los clásicos influia en la educacion poética del desventurado mulato.

Tampoco estamos conformes, con lo que la misma persona con un desenfado que maravilla, asienta, de que Salas y Quiroga pretendiera que Plácido es superior á Heredia. Nunca llegó el entusiasmo del distinguido literato aludido á oscurecer de tal modo su razon, y sus palabras fueron las siguientes: «Al través de la incorreccion de su lenguaje, hay chispas que deslumbran, y no conozco poeta ninguno americano, incluso Heredia, que pueda acercársele en génio, en inspiracion, en hidalguia y en dignidad (2).» Basta esto para dejar aclarado un particular en el cual el Sr. Torres Caicedo veia nada ménos que *una blasfemia literaria* (3).

Con el apoyo de algunos literatos habaneros, pudo Plácido ensanchar la humilde esfera de sus conocimientos, y es prueba de cuanto le consideraban la acogida que se le hacia en el gabinete de estudio de D. Domingo Del Monte. Creemos que los primeros versos, los publicó en 1834, en Matanzas; algunos en *El Pasatiempo*, que dirigia D. Tiburcio Campe.

En este año, en el mes de Marzo, los reputados poetas D. Ignacio Valdés Machuca y D. Francisco Iturrondo, dedicaron á D. Francisco Martinez de la Rosa, la preciosa coleccion de versos que se tituló: *Aureola Poética por las Musas del Almendares*, y con tal objeto escribió Plácido *La Siempreviva* (4), composicion notable, en cuyas llenas y sonoras octavas, dice el distinguido literato Sr. Fuentes y Betancourt, admiramos la fluidez y alto sentido en que abunda, y con cuya composicion, sin disputa la mejor de las que al ilustre traductor de Horacio se dedicaron, alcanzó Plácido su primer triunfo literario. Estudiar el libro á que nos referimos, documento valiosísimo para nuestra historia, es tarea provechosa no sólo para poder juzgar de la cultura intelectual de los cubanos en aquella época, sino tambien para conocer el influjo de las ideas liberales en nuestra sociedad y los nobles arranques de los generosos pechos que en aquellos dias con fervoroso entusiasmo y con un amor pátrio que eternamente les honrará saludaban al preclaro cantor de Zaragoza (5).

Trece composiciones poéticas, contiene el libro á que nos hemos referido, originales de D. Marcelino del Corral, Antonio Bachiller y Morales, Ramon Francisco Valdés, Francisco María Ramirez, José Cornelio Diaz, Juan Manuel de Castro y Aguiar, Miguel Gerónimo de Orihuela, José Rodriguez Cisneros, José Victoriano Betancourt, *Gabriel de la Concepcion Valdés*, Ramon Velez Herrera, Ignacio Valdés Machuca y Francisco Iturrondo.

Martinez de la Rosa, escribió á Plácido una cariñosa carta, y áun más tarde, de acuerdo con D. Juan Nicasio Gallego, intentó que pasára á España á lo que no acce-

---

(1) Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales poetas y literatos hispano-americanos, por J. M. Torres Caicedo.—Primera série.—II. Paris. 1863.—Gabriel de la Concepcion Valdés.—Pág. 258.

(2) Viajes de D. Jacinto de Salas y Quiroga.—Isla de Cuba.—Tomo I.—Madrid.—Boix, Editor.—1840.—XXI. Pág. 171.

(3) Obra citada, pág. 257.

(4) Aureola poética al Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa.—Por las Musas del Almendares.—Habana, Imp. del Gobierno por S. M.—1834.—Págs. 45-50.

(5) En la obra del Sr. D. Antonio Bachiller y Morales:—Apuntes para la historia de las letras y de la instruccion pública de la Isla de Cuba, apéndice al Cap. XXXVII, del Tomo II, páginas 79-102, puede verse la descripcion del festin poético campestre con que los poetas cubanos solemnizaron la publicacion de la *Aureola* y la salida de la nave que la llevaba al honrado y bondadoso político, al insigne poeta.

dio nunca el desgraciado poeta, cuya vida hubiera tenido bien distintas fases á las que tuvo entre nosotros si oye los consejos de los que á tan larga distancia adivinaron al génio.

Punto es, el que tocamos, sobre el cual no queremos extendernos, pero que consignamos cumpliendo con un deber sagrado. ¡Acaso los dos ilustres poetas españoles presentian el triste fin del autor de *La Siempreviva!*

La vida de Plácido desde el año de 1834, hasta su muerte, es una série novelesca de aventuras, que tuvo al fin una página tristísima.

En amorosos devaneos, vagando como los antiguos trovadores, pasa á Trinidad en 1836, donde no sabemos porque motivo estuvo preso: años despues, aparece en Villaclara, y á su vuelta á Matanzas, en 1841, dedica á sus amigos algunas poesías populares (1). Improvisador notabilísimo, en un tiempo en que no se concebia en Cuba que pudiera haber banquete, ni baile, casamiento ni bautismo, sin décima al caso, vivia Plácido asediado de necios é importunos que al fin fueron la causa de todas sus desgracias.—Desentendiéndose de estudios sérios, abandonando el trato y la amistad de los hombres eminentes que al principio de su carrera le tendieron generosa mano; halagado por las pasiones, ciego por las fáciles glorias que obtenia entre los ángeles malos que con sus vicios mancharon el alma grande y pura del poeta, tal vez sin darse cuenta de su vergonzosa caida, Plácido arrancaba todos los dias una hoja de su egregia corona para adornar á ídolos de fango.

El Sr. D. Francisco Calcagno (2), nos ha dicho: «En otra sociedad ó en mejores »tiempos habria sido protegido, educado, se habria hecho de él un Alfieri ó un Victor »Hugo, pues como el de éstos fué su génio, y hubiera devuelto á la sociedad en honra »y gloria los beneficios que de ella recibiera. Triste es pensar que en su patria, gra»cias á odiosas preocupaciones, y por la sola culpa de su color, fué abandonado, ve»getó próximo á la indigencia, cayó sin poderlo evitar en la pocilga de los vicios; »triste es recordar que los más de sus admirables sonetos, cuando colaborador de *La* »*Aurora*, fueron escritos en el mostrador de una bodega; muchas veces almorzó con el »precio de un epitalamio ó de un soneto para natalicios. Considérese cual sería su »condicion cuando el desgraciado en la hora de su muerte escribia á su esposa: «no te »dejo memorias para ningun amigo porque sé que en el mundo no los hay» y eso que »áun en aquel momento de suprema amargura no habia rencor en su alma cándida y »buena; léase esa última carta del mártir, léase ese rasgo de abnegacion y mansedum»bre, reproche ominoso contra su época y su país, y se comprenderá que el alma sen»cilla y grande de Plácido, se parecia á la de esos génios predestinados que fundan »las literaturas.»

No carece, en parte, de verdad, el juicio que acabamos de transcribir del Sr. Calcagno, nuestro ilustrado amigo, y nosotros que desde niño hemos inquirido cuanto ha podido ser hábil acerca de la verdadera vida de Plácido, podemos asegurar que no faltaron en la Habana y en Matanzas, personas generosas de alto y noble espíritu que tendieran mano amiga al poeta. Aun viven, aquí entre nosotros, dos protectores del poeta, el Ilmo. Sr. Dr. D. Manuel Gonzalez del Valle y el poeta D. Ramon Velez Herrera. No se olvide tampoco el interés con que Valdés Machuca acogió y dirigió sus primeras inspiraciones.

Respecto á la sociedad y á las preocupaciones, ¿qué hemos de decir á nuestros cultos lectores? Aun hoy, que todos queremos blasonar de liberalismo, no ha muerto ese funesto mal que ha proporcionado á Cuba muchas desgracias.

El poeta mientras fué artesano, supo sostenerse con dignidad, y seguros estamos que en la Habana, al lado de sus primeros protectores hubiera llegado su poderoso talento á la cúspide de la gloria sin un fin tan desgraciado.

Nosotros, no creemos que merezca, ni las acres censuras de Milanés (3) y Ferrer

---

(1) «El Veguero.»—Poesías Cubanas dedicadas por Plácido á sus amigos de Villa-Clara.—Matanzas, Imp. del Comercio, Calle de Jovellanos.—1841.—48 páginas.

(2) Poetas de Color.—Plácido, pág. 8.

(3) Obras de D. José Jacinto Milanés, publicadas por su hermano. Segunda edicion, corregida,

de Couto (1), ni el duro juicio de D. Domingo Del Monte (2): conformes en este punto con el Sr. D. Enrique Piñeyro (3), nos ha parecido siempre notoria injusticia las acusaciones formuladas contra el poeta, sin tener para nada en cuenta su condicion y triste desamparo. ¡Quién le hubiera igualado en otro tiempo, con otras costumbres, en otro país! ¿Qué fama, qué gloria superaria á la suya si acepta los ofrecimientos de Martinez de la Rosa y de Gallego?

En 1843, publicó su poema *El hijo de Maldicion* (4), que despues se ha reproducido en la coleccion de sus obras. Llegamos al año de 1844. ¡Triste fecha!

Acusado de ser uno de los principales instigadores de una conspiracion descubierta entre las personas de color contra la raza blanca, fué reducido á prision, en Matanzas, y por último condenado á muerte, la que recibió con serenidad, en union de diez acusados más, á las seis de la mañana del dia 28 de Junio, y no el 27 ó el 29 como aseguran algunos que se han ocupado de su vida.

En la biografía de Plácido, escrita por el Sr. D. Jacobo de la Pezuela, académico de la Real de la Historia, refiriéndose al suceso que ocasionó su lamentable fin se lee lo siguiente: «Para los muchos que le conocian, su causa y su desgracia fueron dos »sorpresas; porque jamás se le habia oido á Plácido hablar de ódios de raza ni de pro»yectos de rebelion de la suya contra la blanca, ni más que de sus versos y necesida»des. Existiendo como existió aquella conspiracion, aúnque nunca en la escala que se »le supuso, podia la conducta de Plácido pasar por disimulo, é inspirar por lo mismo »más sospechas. Por eso le comparan muchos con el mulato Ogier, la primera víctima »de las turbulencias que en Haití prepararon la sublevacion de los de color contra »los blancos. Pero la criminalidad de aquel fué manifiesta; y la de Plácido aparece »solamente en una sentencia de fundamentos no esplicados (5).»

Los últimos momentos de Plácido, no vacilamos en asegurar que no son los de un criminal, ni tampoco los de un fanático político. Convencido de su terrible desgracia, levanta la vista al cielo, abandona las miserias de la tierra y muere, como un poeta, como un gran poeta y un sincero cristiano.

Se ha comparado á Placido con Andrés Chenier, ilustre víctima de la revolucion francesa en 1794, y cierto es que no falta semejanza entre ambos; pero para nosotros son superiores á las de Chenier, las últimas inspiraciones del poeta cubano. Medítense la plegaria *A Dios*, excelente y religioso canto, como con justicia lo considera el señor Pezuela, y que fué recitando hasta el lugar del suplicio mientras que el sacerdote que le acompañaba á peticion suya rezaba el *Miserere;* el *Adios á mi Lira*, la *Despedida á mi madre*, escrita en la capilla del Hospital de Santa Cristina el 27 de Junio á las doce de la noche, y la carta á su esposa Gila Morales (6) y el ménos apasionado quedará convencido de nuestro aserto.

---

aumentada y precedida de un nuevo prólogo del editor sobre la vida y escritos del poeta.—Nueva York.—1865.—*El poeta envilecido.*—1837.—Pág 21.

(1) Los Negros en sus diversos estados y condiciones; tales como son, como se suponen que son, y como deben ser, por D. José Ferrer de Couto.—Segunda edicion.—Nueva York —1864.—Cap. IV, pág. 83, Nota.

(2) El «Liceo de la Habana», periódico oficial del instituto de su nombre. Tomo III. Habana. 1859. Año I. Núm. 11, 9 de Setiembre, pág. 84.—*Plácido y Manzano*, escrito en 1845.

(3) «Revista Habanera». Tomo III. Habana, 1862. Fragmentos de un ensayo sobre la poesía de Cuba. Pág. 165.

(4) «El hijo de Maldicion». Poema del tiempo de las Cruzadas. Por Plácido.—Matanzas, imprenta de Gobierno por S. M. 1843. I.—XXI. 45 páginas.

(5) «Diccionario geográfico, estadístico, histórico, de la Isla de Cuba. Tomo cuarto. Madrid 1866. Pág. 638-639.

(6) De nuestra coleccion de documentos para la *Historia de Cuba*, extractamos íntegras la carta y despedida. No hemos visto nunca publicada completa la primera.

«Gabriel de la Concepcion Valdés (a) Plácido, en Capilla, á su esposa Gila Morales:

Querida esposa mia: Es mi voluntad que no habiendo vendido todas mis poesías, sino el libro de D. J. J. Romero y otro á D. J. de Sotomayor, pues las publicadas en los diarios no son propiedad del autor sino para aquel solo efecto, que todo ó cualquiera individuo que quisiere imprimirlas te pague el derecho de propiedad, que trasmito á tí, coma mi legítima heredera, toda la vez que la ley me dá esta facultad. Quiero así mismo que se te entregue la sortija de mi madre y con ella el último adios de tu esposo; y que si me has amado verdaderamente, no te entregues al dolor, porque

Chenier, exclamaba:

Toi, Vertu, pleure si je meurs.

Plácido, depues de pedir á Dios fortaleza para el trance fatal, cual si despertára de un sueño, escribe:

Ay! que me llevo en la cabeza un mundo!

Fiel amigo tuvo en sus últimos dias en el Pbro. Dr. D. Manuel Francisco García, quien siempre le habia distinguido con su cariño, y al cual Plácido en una poesía que le dedicó en 1840, con motivo de la inauguracion del cementerio de Matanzas (1) cuya construccion dicho sacerdote habia promovido, le llama *rival del grande Espada y de Varela.*

El Pbro. García fué el confesor de Plácido, y le acompañó hasta el lugar de su muerte.

Los últimos momentos del poeta han sido descritos por innumerables escritores: unos han respetado á la verdad, otros han querido vestir con las galas de su imaginacion los sufrimientos del desgraciado mulato, segun convenia á la intencion que los guiaba.

La relacion más pormenorizada, es, sin duda, la que coloca en su novela de costumbres cubanas, que tituló *El Sol de Jesus del Monte*, y publicó en Paris el año de 1852, el Sr. D. Andrés Avelino de Orihuela.

Era Plácido,—dice el Sr. Calcagno,—«de buena estatura y conformacion de »miembros, de rostro no muy claro, sombreado por una ligera barba, frente espaciosa »y ojos negros expresivos; su aspecto taciturno y reflexivo cuando estaba solo, y »abierto y animado en compañia de sus amigos; era de un natural afable, alegre y »cariñoso, su andar, pausado sin afectacion y vestia con decencia; amaba la religion »sin fanatismo, y practicába la mejor de las virtudes con tal devocion que á veces »pidió prestado lo que difícilmente podia pagar para socorrer á los necesitados, y

---

eso no sería ser cristiana y te cerraría las puertas del otro mundo de gloria donde quiero encontrarte entre las personas que me son queridas en este. Memorias á R..., á N... y á C... que yo sé que no te abandonarán, como tambien á tu familia, particularmente á tu madre, á quien pedirás de mi parte perdon por los padecimientos que ha sufrido, y de que yo he sido causa aunque inocente. Recomiendo al Sr. Dr. D.Manuel F. García, con cuya proteccion siempre he contado, mande imprimir con letras doradas la oda de D. Manuel José Quintana que está en la corona fúnebre de la Excma. Sra. Duquesa de Frias y se la regale á España en memoria de Plácido. Dejo memorias á D. Francisco Martinez de la Rosa, á D. Juan Nicasio Gallego y á Zorrilla. Advierto que en defecto tuyo, la propiedad de mis dichas poesías, pasará al fondo de la Real Casa de Maternidad. No dejo expresiones á ningun amigo porque sé que en el mundo no los hay. El llanto que te pido á mi memoria, es que socorras á los pobres siempre que puedas y mi sombra estará tranquila y risueña contemplándote digna de ser esposa de Plácido. Un abrazo á Petrona Cenac, y el corazon de tu Plácido que te pide lo encomiendes al Dios de las Misericordias. En la Capilla del Hospital de Santa Cristina á los 27 dias del mes de Junio de 1844.—*Gabriel de la Concepcion Valdés.*—Plácido.

P. D.—Un abrazo á Isabel y otro á Andreita, otro á P. Dejo mi eterno reconocimiento al Señor Teniente de Regr. D. Y. M. y á mi madre, á mi hermana y á tí mi último suspiro.—Vale.

La autorizada memoria fué otorgada á los 27 dias del mes de Junio de 1844 ante mí el presente Escribano y del Sr. Fiscal D. Ramon Gonzalez, y el otorgante estaba al parecer en su entero juicio y cabal memoria.—*M. Zambrana—R. Gonzalez*, Fiscal de la causa.—Es copia de su original que archivado queda en la Secretaria de guerra de esta ciudad.

A Gila:

Alma mia, adios: Consuélete al ménos el saber que mis últimos votos son por la paz y felicidad de Cuba, y que mis postreros pensamientos se han partido con igualdad entre mi madre, Rafaela y Gila.—Tu *Gabriel.*

(1) Expediente sobre la Construccion del Cementerio General de la ciudad de San Cárlos de Matanzas, promovido por su dignísimo Cura Párroco Dr. D. Manuel Francisco García. Acompañado de várias composiciones en prosa y en verso que con tan plausible motivo se han publicado en la *Aurora* de esta ciudad y papeles de la capital.—Matanzas. Imp. de Gobierno y Marina. 1840.—Págs. 28-29.

»cuando alguien lo censuraba por tanto deprendimiento, decía, «que quería poseer »inagotables riquezas para no oir las quejas de la humanidad sin aliviarlas.» Tenía »una memoria prodigiosa, leía con una entonacion y gusto sorprendentes, y hemos »oido á algunos que lo trataron con intimidad que poseía el don de la improvisacion »de una manera maravillosa.»

Segun el Sr. Pezuela, Plácido era «un mulato de color claro, mediana estatura, »delgado, cargado de espaldas y desaliñado en su persona. La vulgaridad de su as»pecto era un disfraz de la riqueza de su númen y de la nobleza de sus pensamientos (1).»

Sus poesías, se han traducido al francés, inglés y aleman. Han sido celebradas por talentos como Salas y Quiroga, Campillo y Correa, Castelar, Constanzo Estevanez y Gutierrez Abascal, escritores nacionales.

Muchas ediciones se han hecho de los versos de Plácido, pero todas incorrectas.

D. Enrique Piñeiro ha formado de nuestro poeta el siguiente juicio: «Si al reco»rrer su coleccion recordamos los escasísimos conocimientos que siempre tuvo y que »murió en toda la fuerza de su juventud, habremos de convenir en que ningun poeta »cubano, incluso Heredia, estuvo dotado de tan altas facultades. Estudió tarde y mal »y por eso se observa en muchas de sus poesías un alarde de erudicion que por lo »importuno nos hace creer que pocos momentos antes acababa de aprenderlo y lo te»nía áun fijo en la mente, como nos sucede á todos cuando adquirimos alguna idea »nueva; con sólo la diferencia, de que nosotros aprendimos en la infancia lo que á él »sólo siendo hombre le fué dado saber. Y sin embargo encontraremos maravillados »algunas composiciones verdaderamente intachables bajo cualquier aspecto que se las »considere; su romance á *Jicotencal* es un modelo, Góngora de seguro no lo haria me»jor; sus sonetos *A Napoleon*, *A Gessler*, *A Celia*, *Las Faltas* y otros pudieran servir »de modelos en una clase de retórica, várias otras, en fin, satisfarian al crítico más »exigente.»

Concluimos, cerrando esta breve biografía, con una inspirada produccion inédita del reputado poeta Ilmo. Sr. D. Eugenio Sanchez de Fuentes, que es una prueba más de la delicadeza de sentimientos de su esclarecido autor y de esa noble hidalguia española que se admira y aplaude en todos sus escritos. Es un tierno recuerdo consagrado á la memoria del poeta en el aniversario de su muerte.

A GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDES.

SONETO.

¡Vate infeliz del plácido Almendares;
De dos razas secreto y triste fruto;
Cisne inmortal, que entre terror y luto,
Alzaste A DIOS magníficos cantares.

Si *juraste* entre ceibas y palmares,
Pagando á la ambicion loco tributo,
Blandir el hierro del romano Bruto...
¡Bien corrió de tu pecho sangre á mares!

¿Y tu horrendo suplicio mereciste?
¿Quiso tu ingratitud herir á España?...
¡Misterios son, que rasgará la historia!

Hoy tu ignorada tumba busco triste,
Y á mezquino rencor mi lira extraña,
Hondo gemido exhalo á tu memoria.

(1) Diccionario citado. Biografía. Gabriel de la Concepcion Valdés. Pág. 633.

A LOS DIAS DE LA REINA DE ESPAÑA DOÑA ISABEL II.

LA SOMBRA DE PELAYO.

ODA

Cuando los altos montes se estremecen
De los airados vientos al silbido,
Y las aves y fieras se guarecen
En cóncavas cavernas, ó perecen
De la centella al súbito estampido:

Mientras ni el ruiseñor ni el cisne canta
Y todo es susto, y confusion, y duelo,
Altiva entónces la condor levanta
Ceñida de relámpagos el vuelo;

A su brillante lumbre
Desdeña de los Alpes la alta cumbre
Impávida y tremenda como Palas,
Y con mirar sereno
Por la region horrísona del trueno
Bate atrevida sus potentes alas.

Tal yo en mitad del general espanto
Que incertidumbre por do quier respira,
Pulso risueño la sonante lira,
Vuelo á la cumbre del Olimpo, y canto.

En el cántabro mar, cabe una roca
Que del Bóreas los ímpetus contiene,
Y en ondas de cristal Tétis sagrada
Cuando no ruje airada,
De verde viste como al campo Mayo,
La sombra ví del inmortal Pelayo.

En su noble ademan la accion se mira
Que al hombre imprime potestad suprema,
Su magnánima faz aleja el llanto,
Cubre su noble cuerpo rojo manto,
Sus sienes ciñe inmortal diadema.

Al lucir en Oriente la aurea llama
Del astro universal que luz derrama,
Desnuda osado la fatal cuchilla
Y el pendon tremolando de Castilla
Torna ledo la vista á Guadarrama.

«Nieta de San Fernando,—el héroe dice,—
Salud y bendicion. Aunque agitada
Por el fiero huracan de las pasiones
Está tu régia cuna, siempre amada
Serás de los iberos corazones.

Los que sostienen tu gloriosa silla,
Los que combaten al feroz tirano
Que usurpar quiere el sólio de Castilla,
Los que defienden el dosel hispano,
Tus hijos son y nietos de Padilla.

El cielo hará que de terror se llenen
Los pérfidos que ultrajan tu persona,
Y que los males calmen y serenen,
Cuando Isabel y libertad resuenen
«Del mar de hielo á la abrasada zona.»

Ha dicho el padre de la pátria, y luego
Por la region etérea se ha marchado
Con plácido sosiego,
Cual si el Sumo-Hacedor le hubiese dado
Alma de rayo, inspiracion de fuego.

De noble ardor se inflaman
A su voz los alumnos de la gloria,
Y «¡oh sacrosanta libertad! esclaman,
«Salves por tí, por Isabel victoria.»

LA SIEMPREVIVA.

EN LOOR DE DON FRANCISCO MARTINEZ DE LA ROSA.

Antes que torne en rojo el horizonte
La clara luz del sol resplandeciente,
Y con variados trinos el sinsonte
Baje á imitar la murmurante fuente;
En la alta cumbre del vecino monte
Do el céfiro susurra blandamente,
«Al son sublime de las cuerdas de oro,»
La rama ceñiré del piério coro.

Cual de bélico ardor arrebado
El desnudo mancebo se presenta,
Sólo de noble atrevimiento armado
En el estruendo de la lid sangrienta;
Así yo vuelo impávido, animado
De gloria al soplo que mi pecho alienta,
Y pulso entre los vates la áurea lira,
Aunque ni el arte ni el saber me inspira.

Mas ya que un rayo puro y esplendente
El ígneo padre de Faeton me esquiva
Para ornar tu Aureola refulgente,
Y de tal gloria sin razon me priva;
Séame dado en tu velada frente
Colocar esta roja «Siempreviva»,
Indica flor con que Almendar decora
Su clara linfa de cristal sonora.

Destila el alba con su faz serena
Fecundas perlas en risueñas flores,
El manso arroyo por la blanca arena
Límpido bulle convidando amores;
Con voz melíflua de contento llena
Himnos entonan gratos ruiseñores;
Huyen las sombras, y el dolor y el llanto;
Todo es dicha y placer donde yo canto.

¿Qué importa, empero, que el dolor reinara
Tendiendo la borrasca el denso velo,
O que el rayo abrasante resonara
Y el mar cubriese embravecido el suelo,
Si al dulce acento, cuando yo cantara,
De su apacible claridad el cielo
La faz vistiendo con que rie Mayo,
Calmara el mar y contuviera el rayo?

No tan copiosa lumbre el sol derrama
Cuando la etérea bóveda ilumina,
Cual de plácido gozo inmensa llama
Vertió la tumba de Colon divina,
Al publicar la voladora Fama
Como ensalzaba la sin par Cristina,
Cercano al sólio de Isabel dichosa,
Al inmortal Martinez de la Rosa.

El placer que la alegre primavera
Vierte en la tierra con gentil semblante,
Nuncio de paz, que en la turbada esfera
Bonanza ofrece al triste navegante;
El dulce beso que la vez primera
Recibe de su ninfa el tierno amante:
Y el hermoso nacer de un claro dia,
Vivos trasuntos son de mi alegría.

Llénase el alma de cabal contento
Al ver fugar de la nacion hispana
Los secuaces del déspota violento,
Traidor contra su sangre soberana;
Y exterminado el tribunal sangriento
De hircanos tigres con figura humana,
Mónstruos que alteran, infundiendo espanto,
La dulce paz del Evangelio santo.

Sumida en lloro la invencible España,
Víctima noble de discordia impura,
Vió de sus hijos en la horrible saña,
Cercano fin y perdicion segura:
A otros proscritos, que en nacion extraña,
Lamentaban su fiera desventura,
Viendo su pátria envuelta en precipicios
De crímenes, venganzas y suplicios.

La voz entonces al empíreo alzando
Humilde esclama en suplicante tono
¡Santo Dios de Israel! tú, que mirando
Mi pena estás desde el excelso trono,
Haz que mis hijos su furor calmando,
Por tí depongan el funesto encono;
Que no es el odio timbre de los reyes,
Ni sangre piden tus cristianas leyes.

El almo Dios al escuchar su acento
Plácido envía celestial querube,
Que veloz mide la region del viento
De oro y zafir en transparente nube.
Enjuga el llanto, mira al firmamento,
Dice, y al cielo majestuosa sube.
España al verlo, cándida respira,
El llanto enjuga, al firmamento mira.

Vió en tenebrosa oscura madrugada
Lucir la hermosa estrella matutina,
Nacer la blanca aurora sonrosada,
Mostrando al sol su frente purpurina;
Resonar la tormenta inesperada
Que débiles centellas aún fulmina:
La discordia cruel tendiendo el velo,
Brillar el íris, y aclararse el cielo.

Cristina fué la refulgente estrella:
Risueña aurora, su ínclita amnistía;
El luminoso sol, Isabel bella;
Feroz tormenta, la ambicion impía.
Que lejana lanzó débil centella,
Amagando incendiar la monarquía,
Y tú, la Rosa, el íris reluciente,
Dulce esperanza de la hispana gente.

¿Y quién por su saber y patriotismo
Más digno fuera de tan alta gloria
Que tú, cuya aversion al despotismo
Nos asegura perenal victoria,
Del Tártaro arrojándole al abismo;
Y cuyo nombre grabará la historia
De la nacion, y de mi canto al ruego,
En tablas de oro con buril de fuego?

Ya más no te verá la cumbre Alpina
Cruzar cercado de dolor y pena,
Y de Pompeya eu la asombrosa ruina
Con vacilante paso hollar la arena,
Ni la vista á tu pátria peregrina
«Desde las tristes márgenes del Sena»
Volver cubierto en aflictiva calma,
De llanto el rostro, y de pesar el alma.

Sutil Favonio que la esfera exhalas
Bálsamos gratos que la zona cria,
Lleva á la Rosa en tus lijeras alas
La SIEMPREVIVA que mi amor le envía:
Tan destituida de vistosas galas
Como mi humilde lira de armonía,
Por ser entre las flores tropicales
Emblema fiel de acciones inmortales.

Y tú, del alto Pindo rey sagrado,
Mientras los prados, fuentes y pastores,
Del ígneo Sur al Setentrion helado
Con mudo acento cantan sus loores;
Deja su heróico rostro coronado
De divino laurel y olimpias flores,
Levantando en tu fúlgida carroza
Al sublime cantor de Zaragoza.

A S. M. LA REINA GOBERNADORA

DOÑA MARIA CRISTINA DE BORBON.

EN SU DIA.

LA SOMBRA DE PADILLA.

Sábia y excelsa Reina, á quien admira
Extasiado de gozo el pueblo hispano,
Oye la voz de un vate que respira
Aura de Libertad, oye á un Cubano.
Alguno habrá que con dorada lira
Más digna de tu oido soberano,
Cuando sus cuerdas diamantinas vibre
Cante más grato, pero no más libre.

Era la madrugada: con dulzura
Trinaban los arpados ruiseñores,
Blanda brisa jugaba en la espesura
Derramando aromáticos olores.
En Oriente brillaba el alba pura
Coronada de perlas y de flores,
Y yo cantaba un himno en mi cabaña
A la naciente libertad de España.

Cuando al rumor de musical concento
Sazonado de un cántico sonoro,
Más suave y dulce que el melífluo acento
De las que habitan en el Cintio coro:
Suelta la blonda cabellera al viento,
Prendida al frente con oliva de oro
Y rojo manto, ante mi vista atenta
Una Deidad augusta se presenta.

Viene á su diestra impávido guerrero
Coronada de luz la sien gloriosa,
Cubierto el cuerpo de luciente acero
Reteñido en su sangre generosa:
Y al saludarme amable el noble Ibero
«Tú ves, me dijo, PLÁCIDO, esa diosa
Que como el rey de los planetas brilla?
Esa es la LIBERTAD, yo soy PADILLA.

»El que inspirado de su fuego santo
Grande, animoso, denodado y fuerte,
De barbárie rasgando el negro manto,
Proclamando la Ley halló la muerte;
Mas no fué mi desdicha en grado tanto
Que llorar pueda la enemiga suerte.
Pues vale más ser presa de la Parca
Que privado de un déspota monarca.

»De los combates el furor sangriento
Por un mal rey arrostra el hombre en vano,
En vano dado á la merced del viento
Tala los campos de un país lejano.
De muerte y oro el déspota sediento,
Al fin procederá como un tirano,
Recompensando tantos sacrificios
Con destierros, mazmorras y suplicios.

»Y bien merece, si en razon se mira,
Quien halaga su bárbaro deseo,
Del mismo á quien sirvió probar la ira
Recibiendo la muerte por trofeo:
Es el esclavo mónstruo que respira
Crueldad horrenda con la sed de empleo;
Sólo de Pátria y Libertad al nombre
Defender debe hasta morir el hombre.

»Mira á Sobieski de valor armado
Volar al campo con la frente erguida,
En favor de Leopoldo que cercado
Contemplára su causa ya perdida.
Por él mira á Tekeli derrotado,
Y á su triunfo inmortal, sobrecogida
De pánico terror la turca tropa,
Salvar á Viena y libertar la Europa.

»Y mira el premio con que ingrata Viena
Corresponde á Polonia generosa,
Coadyuvando á ponerle la cadena
Vil y pesada de la Rusia odiosa.
Bien como aquel que salva con gran pena
Entre malezas tigre sanguinosa
Del cazador astuto, y fementida
Mata cruel á quien le dió la vida.

»Pero en breve el tremendo despotismo
Será humillado por quien hoy infama,
Que ya en el centro de la Rusia mismo
Resaltan chispas de invisible llama:
Por sofocar la voz del patriotismo
Cuenta castigos hórridos la Fama,
De infinitos cubiertos en miseria
Que espiran sobre el yermo de Siberia.

»Caerá la tiranía: por todas partes
Será el hombre benéfico y humano:
Florecerán las ciencias y las artes:
Del ancho Obi al muro Gaditano
Tremolarán los libres estandartes
Y deponiendo el fanatismo insano.
De Cristina serán á las lecciones,
Justos los reyes, libres las naciones.»

Así el prócer cantó que malogrado
Tornó á nacer en Villalar muriendo,
Y partió de la diosa acompañado,
Dichas sin fin á Iberia prometiendo.
Formaba el ruido de su carro alado
Un armónico acento que diciendo
Resonaba entre música divina,
¡Gloria á la libertad! ¡Gloria á Cristina!

A LA MUERTE DE MI AMIGO C. DE G.

DÉCIMAS.

Génio de la amistad pura
Que en el alto Empíreo estás,
Cuyo sacro fuego, más
Que el oro y la vida dura:
La copa de la amargura
Con tu proteccion y abrigo
Veré si apurar consigo,
Para verter con ardor
Llanto de pena y dolor
En la tumba de un amigo.

¡Oh! si fuera tal mi suerte
Que con lúgubres gemidos
Ablandára los oidos
De la inexorable muerte:
Pero en vano el polvo inerte
Quiere el llanto resarcir,
No retornará á vivir,
Pues sé con harto pesar,
Que no vuelve á respirar
Lo que dejó de existir.

Ví un niño por diversion
Formar un globillo astuto,
Introduciendo un canuto
En misto de agua y jabon;
Del Iris la variacion
En sus colores denota,
Y cuando de su derrota
Tocaba al mayor aumento,
Sutil ráfaga de viento
Le convirtió en leve gota.

Este globillo lucido,
Tan bello cual desgraciado,
Como fué de agua formado,
Quedó en ella convertido:
Así el hombre divertido
Sigue la senda dorada
De bien ó de mal sembrada
Que le prepara la suerte
Y en nada al fin se convierte
Porque nació de la nada.

¿Veis cuando la primavera
Engalanando el Abril,
De ámbares y flores mil
Enriquece la pradera;
Y hórrida borrasca fiera
Viene de opuestos confines,
Destrozando los jazmines
Y rosas que en horizontes
Fueron pompa de los montes,
Y adorno de los jardines?

Así su frente amistosa
Mostró Jerino, cabal,
Integro, franco y social,
Cual la Primavera hermosa:
Cuando la parca alevosa,
Como horrenda tempestad,
Sepultó en la eternidad
Al que fué por su virtud
Jazmin de la juventud,
Y rosa de la amistad.

No ya las ninfas decoran
Su rostro con azucenas,
Porque sumidas en penas
Tu ocaso infelice lloran:
De pesares se devoran,
Quéjanse á la adversa suerte
Y la tristeza más fuerte
Las tiene en fiera agonia,
Desde aquel tremendo dia
Que te arrebató la muerte.

Ni ya las flores porfian
Vertiendo ámbares suaves
Ni al alba cantan las aves
Parleras como solian.
Los cielos que ántes reian
Esparciendo perlas bellas,
Vierten nubladas querellas
Con que el claro sol engañan,
Y densas nubes empañan
El brillo de las estrellas.

Los arroyuelos y fuentes
Como sintiendo mis males,
Llevan mudos los raudales
De sus límpidas corrientes:
Y por cauces diferentes
De los antiguos, girando,
Van corriendo y murmurando,
Porque en amargos despojos
Ven como rios mis ojos
Eternamente llorando.

¿Y por qué el hombre se afana?
Solo contemplando estoy,
¿Sabe aun cuando duerma hoy
Si despertará mañana?
Fantasma engañosa y vana,
Rayo veloz pasajero,
Meteoro de luz lijero,
Informe copo de espuma,
Y polvo y nada es en suma
Cuanto encierra el mundo entero.

Sólo la pura amistad
Elevando sus acentos,
Hace llegar sus lamentos
Hasta la posteridad:
Ella, de inmortalidad
Es acreedora en la historia,
Por lo que con fé notoria
Yo tu nombre á inscribir llego,
Con caractéres de fuego
En el templo de Memoria.

Quizá de mi muerte el dia
Habrá una alma generosa
Que riegue llanto en mi losa
Como yo en tu sombra fria:
En tanto que el alma mia
Con toda sinceridad
A impulsos de la amistad
Que nos uniera á los dos,
Te envía el postrer adios
Por toda la eternidad.

CORA.

Hondos suspiros lanzando
Del Sol las sacerdotisas,
Fijos los ojos en tierra
Con tardo paso caminan.

Cien guerreros las rodean,
Que al són de roncas bocinas,
Cantando marchan, armados
De mazas, arcos y picas.

¿Cuál es criminal entre ellas?
¿De cuál yerro la castigan?
¿Por qué no va como debe
Junto al soberano Inca?

¡Ay! que son sus tristes padres
Los dos ancianos que miras,
Quienes tragará la hoguera
Por la vestal fugitiva.

¿Veis con palmas de alcanfor
Sus canas frentes ceñidas,
Y los codos que á la espalda
Atados sangre destilan?

¿Veis en el centro de aquella
Arboleda semi-círcula,
De plátanos y bambúes
Que el viento apenas agita,

La fosa profunda y cóncava
Sedienta de humanas víctimas,
Al éter lanzando rápidas
Centellas súbitas ígneas?

Pues allí van inocentes
Por Cora á perder la vida,
Por Cora, que tanto amaron,
Y que adoran todavía.

Ya llegan, ya les desnudan
Las blancas túnicas limpias;
Ya los cánticos de muerte
Suenan, y eterna partida.

Hablar el anciano quiere:
«Habla», le contesta el Inca,
Y acude á enjugar el llanto
Que corre por sus mejillas.

Cruza en el pecho los brazos,
La vista en el cielo fija,
El corazon en la Gloria,
Y en tierra las dos rodillas.

«¡Manco Omnipotente [exclama]
Sagrado Dios de los Incas!
Nuestras almas con placer
Ante tí se sacrifican;

Empero, permite ¡oh Sol!
Que humildemente te pida
Una merced que hacer puedes
Por tu opulencia infinita:

Y es, que cual tú quede claro
El honor de mi familia,
El lustre de tus altares,
Y la virtud de mi hija.

Mi hija Cora es inocente,
El corazon me lo dicta,
Que no es malo nunca, quien
Con buen ejemplo se cria.»

Ha dicho, y con firme planta
Lleno el rostro de alegría,
Abraza á su esposa y vuela
Hácia la funesta pira.

¿Por dónde, ignota fantasma,
Fué tu invisible venida?
¿De dó sacaste ese manto
Bordada de plata fina

Que te cubre, y esa espada
Nunca de estos pueblos vista,
Relevado el guarda-monte
Con las armas de Castilla?

¿Por qué entre los dos y el fuego
Defiendes el paso, á guisa
De una sombra que separa
La eternidad de la vida?

«¡Teneos!...» dice, y el manto
Cae, retrocede el Inca,
Y absorto y convulso exclama:
«¡Cora!!... ¡Alonso de Molina!...»

¡Cora!!... ¡Alonso!!... el campo suena,
Y amante, padres é hija
Abrazáronse, y ¡perdon!...
El pueblo y guerreros gritan.

Postróso Alonso á los piés
Del gran príncipe Ataliba,
Y alcanzó de su bondad
Abolir la ley inícua,

Por la que, á la menor falta
Que en el templo cometian
Eran aquellas vestales
Llevadas á quemar vivas.

Así de amor fuéles dado
Gozar la inefable dicha,
Pasando á esposas y madres
Del Sol las sacerdotisas.

LA FLOR DEL CAFE.

Prendado estoy de una hermosa
Por quien la vida daré
Si me acoge cariñosa:
Porque es cándida y hermosa
«Como la flor del café.»

Son sus ojos refulgentes,
Grana en sus labios se vé,
Y son sus menudos dientes,
Blancos, parejos, lucientes,
«Como la flor del café.»

Una sola vez la hablé
Y la dige: «Me amas, Flora,
Y más cantares te haré
Que perlas llueve la aurora
«Sobre la flor del café.»

»Ser fino y constante juro,
De cumplirlo estoy seguro,
Hasta morir te amaré;
Porque mi pecho es tan puro
«Como la flor del café.

Ella contestó al momento:
—«De un poeta el juramento
En mi vida creeré,
Porque se vá con el viento
«Como la flor del café.»

Cuando sus almas fogosas
Ofrecen eterna fé,
Nos llaman ninfas y diosas,
Más fragantes que las rosas
«Y las flores del café.»

«Mas cuando ya han conseguido,
Cual céfiro que embebido,
En el valle de Tempé,
Plega sus alas dormido
«Sobre la flor del café.»

«Entonces, abandonada
En soledad desgraciada
Dejan la que amante fué,
Como en el polvo agostada
«Yace la flor del café.»

Yo repuse: «Tanta queja
Suspendo, Flora, por qué
Tambien la mujer se deja
Picar de cualquier abeja,
«Como la flor del café.»

«Quiéreme, trigueña mia,
Y hasta el postrimero dia
No dudes que fiel seré;
Tú serás mi poesía
«Y yo tu flor de café.»

«A tu vista cantaré,
Y lucirá el arrebol
Que á mis dulces trovas dé,
Como á los rayos del sol
«Brilla la flor del café.»

Suspiró con emocion,
Miróme, calló y se fué;
Y desde tal ocasion
Siempre sobre el corazon
«Traigo la flor del café.»

LA FLOR DE LA CAÑA.

Yo ví una veguera
Trigueña tostada,
Que el sol envidioso
De sus lindas gracias,
O quizá bajando
De su esfera sacra
Prendado de ella,
Le quemó la cara.
Y es tierna y modesta.
Como cuando saca
Sus primeros tilos
«La flor de la caña.»

La ocasion primera
Que la vide, estaba
De blanco vestida,
Con cintas rosadas.
Llevaba una gorra
De brillante paja,
Que tejió ella misma
Con sus manos castas,
Y una hermosa pluma
Tendida, canaria,
Que el viento mecia
«Como flor de caña.»

Su acento divino,
Sus labios de grana,
Su cuerpo gracioso,
Lijera su planta:
Y las rubias hebras
Que á la merced vagan
Del céfiro, brillan
De perlas ornada,
Como con las gotas
Que destila el alba,
Candorosa rie
«La flor de la caña.»

El domingo ántes
De Semana Santa,
Al salir de misa
Le entregué una carta,
Y en ella unos versos
Donde la juraba,
Miéntras existiera
Sin doblez amarla.
Temblando tomóla
De pudor velada,
Como con la niebla
«La flor de la caña.»

Halléla en el baile
La noche de Pascua,
Púsose encendida,
Descogió su manta,
Y sacó del seno
Confusa y turbada,
Una petaquilla
De colores várias.
Diómela al descuido,
Y al examinarla,
He visto que es hecha
«Con flores de caña.»

En ella hay un rizo
Que no lo trocára
Por todos los tronos
Que en el mundo haya.
Un tabaco puro
De MANICARAGUA,
Con una sortija
Que ajusta la CAPA,
Y en lugar de TRIPA,
Le encontré una carta,
Para mí más bella
«Que la flor de caña.»

No hay ficcion en ella,
Sino estas palabras:
«Yo te quiero tanto
Como tú me amas.»
En una reliquia
De rasete blanca,
Al cuello conmigo
La traigo colgada;
Y su tacto quema
Como el sol que abrasa
En Julio y Agosto
«La flor de la caña.»

Ya no me es posible
Dormir sin besarla,
Y miéntras que viva
No pienso dejarla.
Veguera preciosa
De la tez tostada,
Ten piedad del triste
Que tanto te ama;
Mira que no puedo
Vivir de esperanzas,
Sufriendo vaivenes
«Como flor de caña.»

Juro que en mi pecho
Con toda eficacia,
Guardaré el secreto
De nuestras dos almas;
No diré á ninguno
Que es tu nombre Idalia,
Y si me preguntan
Los que saber ansian
Quién es mi veguera,
Diré que te llamas
Por dulce y honesta
«La flor de la caña.»

LASO DE LOS VELEZ.—¡Qué toques tan delicados! ¡qué belleza en las imágenes! Y su versificacion y cadencia imita la movilidad de la caña. Fáltale, empero, alguna correccion y la supresion de frases que hacen vulgares sus versos. Biblioteca híspano-americana. Coleccion de los mejores autores americanos. Plácido, su biografía, juicio crítico y análisis de su más escogidas poesías, por el Dr. D. Pedro Laso de los Velez de várias Academias americanas. Barcelona. 1875. Capítulo II. Pág. 13.

LA FLOR DE LA PIÑA.

La fruta más bella
Que nace en las Indias,
La más estimada
De cuantos la miran,
Es la piña dulce
Que el néctar nos brinda
Más grato y sabroso
Que aquel que en la antigua
Edad saborearon
Deidades olimpias:
Pero es más preciosa
«La flor de la piña.»

Cuando sobre el tallo
Preséntase erguida,
De verde corona
La testa ceñida,
Proclámala reina
La feraz campiña,
Salúdala el alba
De perlas con risa,
Favonio la besa,
Y el astro del dia
Contempla extasiado
«La flor de la piña.»

Como si tejiéseis
Una canastilla
De juncos al sesgo
Formando una pira;
Y en cada distancia
Que aljófar simila
Un rubí pusiérais
Fingiendo conchitas,
De aquellas pequeñas
Que el mar dá en su orilla,
Así se presenta
«Con flores la piña.»

Ella es emblema
De la infancia viva,
Fecunda en su tronco
Feraz en sus guias;
Y como le suelen
Nacer á las niñas
Amantes deseos
Más bien por la vista
Así porque quede
La imágen cumplida
Brota por los ojos
«La flor de la piña.»

JICOTENCAL.

Dispersas van por los campos
Las tropas de Moctezuma,
De sus dioses lamentando
El poco favor y ayuda:
Mientras ceñida la frente
De azules y blancas plumas,
Sobre un palanquin de oro
Que finas perlas dibujan,
Tan brillantes que la vista,
Heridas del sol, deslumbran,
Entra glorioso en Tlascala
El jóven que de ellas triunfa;
Himnos le dan de victoria,
Y de aromas le perfuman
Guerreros que le rodean,
Y el pueblo que le circunda,
A que contestan alegres
Trescientas vírgenes puras:
«Baldon y afrenta al vencido,
»Loor y gloria al que triunfa.»
Hasta la espaciosa plaza
Llega, donde le saludan
Los ancianos Senadores,
Y gracias mil le tributan.
Mas ¿por qué veloz el héroe,
Atropellando la turba,
Del palanquin salta y vuela,
Cual rayo que el éter surca?
Es que ya del caracol,
Que por los valles retumba,
A los prisioneros muerte
En eco sonante anuncia.
Suspende á lo léjos hórrida
La hoguera su llama fúlgida,
De humanas víctimas ávida
Que bajan sus frentes mústias.
Llega; los suyos al verle
Cambian en placer la furia,
Y de las enhiestas picas
Vuelven al suelo las puntas.
Perdon, exclama, y arroja
Su collar: los brazos cruzan
Aquellos míseros séres
Que vida por él disfrutan.
«Tornad á Méjico, esclavos;
Nadie vuestra marcha turba,
Decid á vuestro señor,
Rendido ya veces muchas,
Que el jóven Jicotencal
Crueldades como él nó usa,
Ni con sangre de cautivos
Asesino el suelo inunda;
Que el cacique de Tlascala
Ni batir ni quemar gusta
Tropas dispersas ó inermes,
Sino con armas, y juntas.
Que armen flecheros más bravos,
Y me encontrará en la lucha
Con sola una pica mia
Por cada trescientas suyas;
Que tema el funesto dia,
Que mi enojo á punto suba;
Entónces, ni sobre el trono
Su vida estará segura:
Y que si los puentes corta
Porque no vaya en su busca,
Con cráneos de sus guerreros
Calzada haré en la laguna.»
Dijo y marchóse al banquete
Do está la nobleza junta,
Y el néctar de las palmeras
Entre víctores apura.

Siempre vencedor despues
Vivió lleno de fortuna;
Mas, como sobre la tierra
No hay dicha estable y segura
Vinieron atrás los tiempos
Que eclipsaron su ventura,
Y fué tan triste su muerte
Que aun hoy se ignora la tumba
De aquel ante cuya clava,
Barreada de áureas puntas,
Huyeron despavoridas
Las tropas de Moctezuma.

SALAS Y QUIROGA.—A mi juicio es su más acabada obra; argumento, distribucion y ejecucion, todo es hermoso.
Viajes. Tomo I.—XXI. Pág. 176.

ADIOS A MI LIRA.

(EN LA CAPILLA.)

No entre el polvo de inmunda bartolina
Quede la lira que cantó inspirada
De empíricos laureles coronada
Las glorias de Isabel y de Cristina;
La que brindó con gracia peregrina
La SIEMPRE VIVA al cisne de Granada:
No yazga en polvo, no, quede colgada
Del árbol santo de la Cruz divina.

Omnipotente sér, Dios poderoso,
Admitidla, Señor, que si no ha sido
El plectro celestial esclarecido
Con que os ensalza un querubin glorioso,
No es tampoco el laud prostituido
De un criminal perverso y sanguinoso:
Vuestro fué su destello luminoso,
Vuestro será su postrimer sonido.

Vuestro será, Señor, no más canciones
Profanas cantará mi estro fecundo:
¡Ay! que llevo en la cabeza un mundo!
Un mundo de escarmiento y de ilusiones,
Un mundo muy distinto de este sueño,
De este sueño letárgico y profundo
Antro quizá de un Génio furibundo
Sólo de llanto y amarguras dueño.

Un mundo de pura gloria
De justicia y de heroismo
Que no es dado á los profanos
Presentir mundo divino;
Que los hombres no comprenden
Que los ángeles han visto,
Y áun con haberlo soñado
No lo comprendo yo mismo.

Acaso entre breves horas
Cuando divise el Empíreo,
Postrado ante vuestro trono
Veré mis sueños cumplidos!
Y entonces vueltos los ojos
A esta mansion de delitos,
Os daré infinitas gracias
Por haber de ella salido,

En tanto, quede colgada
La causa de mi suplicio,
En un ramo sacrosanto
Del que hicísteis vos divino.

Adios mi lira, á Dios encomendada
Queda de hoy más: «á Dios» yo te bendigo;
Por tí serena el ánima inspirada
Desprecia la crueldad de hado enemigo.
Los hombres te verán hoy consagrada,
Dios y mi último adios quedan contigo,
Que entre Dios y la tumba no se miente.
Adios, voy á morir... ¡Soy inocente!

PLEGARIA A DIOS. [1]

Sér de inmensa bondad, Dios poderoso,
A vos acudo en mi dolor vehemente;
Extended vuestro brazo omnipotente,
Rasgad de la calumnia el velo odioso,
Y arrancad este sello ignominioso
Con que el mundo manchar quiere mi frente.

Rey de los reyes, Dios de mis abuelos,
Vos sólo sois mi defensor, Dios mio.
Todo lo puede quien al mar sombrío
Olas y peces dió, luz á los cielos,
Fuego al sol, giro al aire, al Norte hielos,
Vida á las plantas, movimiento al rio.

Todo lo podeis vos, todo fenece
O se reanima á vuestra voz sagrada:
Fuera de vos, Señor, el todo es nada,
Que en la insondable eternidad perece,
Y aún en esa misma nada os obedece,
Pues de ella fué la humanidad creada.

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia.
Y pues vuestra eternal sabiduría
Vé al través de mi cuerpo el alma mía
Cual del aire á la clara trasparencia,
Estorbad que humillada la inocencia
Bata sus palmas la calumnia impía.

Mas si cuadra á tu suma omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impío,
Y que los hombres mi cadáver frio
Ultrajen con maligna complacencia,
Suene tu voz, y acabe mi existencia...
Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mio!

SONETOS.

LA MUERTE DE GESLER.

Sobre un monte de nieve trasparente,
En el arco la diestra reclinada,
Por un disco de fuego coronada
Muestra Guillermo Tell la heróica frente.

Yace en la playa el déspota insolente,
Con férrea vira al corazon clavada,
Despidiendo al infierno acelerada
El alma negra en forma de serpiente.

El calor le abandona; sus sangrientos
Miembros lanza la tierra al Oceáno:
Tórnanle á echar las olas y los vientos;

No encuentra humanidad el inhumano;
Y hasta los insensibles elementos
Lanzan de sí los restos del tirano.

FATALIDAD.

Negra deidad que sin clemencia alguna
De espinas al nacer me circuiste,
Cual fuente clara cuya márgen viste
Maguey silvestre y punzadora tuna;

Entre el materno tálamo y la cuna
El férreo muro del honor pusiste;
Y acaso hasta las nubes me subiste,
Por verme descender desde la luna.

Sal de los antros del averno oscuros,
Sigue oprimiendo mi existir cuitado,
Que si sucumbo á tus decretos duros,

Diré como el ejército cruzado
Exclamó al divisar los rojos muros
De la santa Salem... «¡Dios lo ha mandado!»

(1) Estos versos los fué recitando el infortunado PLÁCIDO desde la capilla hasta el lugar del suplicio.

EN LA MUERTE DE JESUCRISTO.

Torva nube que arroja escarcha fria,
Rayos aborta que al mortal espantan,
De las tumbas los muertos se levantan,
Tiembla la tierra y se oscurece el dia.

Las crespas ondas de la mar sombría
Cave las duras rocas se quebrantan,
Ni el rio corre, ni las aves cantan,
Ni el sol su luz al universo envia.

Cuando en el monte Gólgota sagrado
Dice el Dios-Hombre con dolor profundo:
«Cúmplase, Padre, en mí vuestro mandado:»

Y á la rabia de un pueblo furibundo,
Inocente, sangriento y enclavado
Muere en la cruz el Salvador del mundo.

AL ANIVERSARIO

DE LA MUERTE DE NAPOLEON.

El águila caudal dejando el Sena
Bate sus alas al rayar el dia,
Y de los aires la region vacía
Mide veloz con magestad serena:

Baja y tiende la garra en Santa-Elena
Con que la Europa un tiempo extremecia,
Pugnando por alzar la losa fria
Que yerto cubre al vencedor de Jena.

Suspende al fin el mármol atrevida
Mirando absorta con turbada frente
¡Tanta grandeza en polvo convertida!!!

Y aunque el estrago de sus triunfos siente,
De BONAPARTE el nombre al sol levanta,
Su muerte llora, y sus victorias canta.

EL LOCO CUERDO.

«¡Nada, hombre, nada!» en la sonante orilla
Del mar, gritaba un loco; y los curiosos
A él se llegan de saber ansiosos;
Los vé, sonrie, y más demente chilla.

Era de ver absorta la cuadrilla:
Mujeres, niños, viejos perezosos,
Y tontos, y pedantes fastidiosos
(Que en todas partes hay esta polilla).

Todos buscan al fin de aquella fiesta
Algun viviente entre la mar salada;
Y no viendo asomar humana testa,

«¿Qué diablos es?» la turba dice airada:
Mas él en tono grave le contesta:
«Nada, señores, ya lo he dicho, nada.»

DESPEDIDA A MI MADRE.

(EN LA CAPILLA.)

Si la suerte fatal que me ha cabido,
Y el triste fin de mi sangrienta historia,
Al salir de esta vida transitoria
Deja tu corazon de muerte herido;

Baste de llanto: el ánimo afligido
Recobre su quietud; moro en la gloria,
Y mi plácida lira á tu memoria
Lanza en la tumba su postrer sonido.

Sonido dulce, melodioso y santo,
Glorioso, espiritual, puro y divino,
Inocente, espontáneo como el llanto

Que vertiera al nacer: ya el cuello inclino!
Ya de la religion me cubre el manto!
Adios, mi madre! adios... EL PEREGRINO.

SALAS Y QUIROGA.—Tengo orgullo en hacer conocer á España este poeta, totalmente en ella desconocido... La robustez de la versificacion de Plácido, corresponde á la de su pensamiento. ¿Qué poeta, por elevado que lo tengan las glorias del mundo, no se gloriaria de ser autor de los cuatro siguientes versos, ton redondos y llenos, cual pocos habrá más en nuestra lengua.

De gozo enagenados mis sentidos,
Fijé mi vista en las serenas ondas,
Y vi las ninfas revolver gallardas
Las rubias hebras de sus trenzas blondas.

Casi toda la versificacion de este poeta es de este género varonil. Sus sonetos á Napoleon, á Jesucrito y á Guillermo Tell, son tres joyas de nuestra literatura. La conclusion del último es un grito de indignacion que hechiza:

Que hasta los insensibles elementos
Lanzan de sí los restos del tirano.

Viajes. Tomo I. XXI. Pág. 176.

LASO DE LOS VELÉZ.—En todas las poesías de Plácido se descubre una naturaleza rica, una alma poética y tierna, un espíritu levantado y otras dotes envidiables.—Plácido, su biografía, juicio crítico y análisis de sus más escogidas poesías. Pág. XII.

JOURDAN.—La limpidez del estilo, la precision del vocablo, el giro sencillo y original de la frase y la riqueza de la imaginacion, caracteriza en alto grado las producciones de Plácido. Para él, concebir y producir son tan sólo una misma operacion del espíritu. La fecundidad de su talento, se iguala con su flexibilidad, y del mismo modo que su mente abarca todas las ideas, encuentra tambien en su lira sonidos armoniosos para todos los ritmos.

Poesies complétes de Plácido.—Gabriel de la Concepcion Valdés.—Traduites par D. Fontaine, avec une preface de Louis Jourdan. Paris. 1863. Págs. XX-XXI.

FUENTES Y BETANCOURT.—Robusto en su versificacion, levantado en su varonil estilo, profundo en sus pensamientos y siempre cuidadoso de esmaltar sus magníficas concepciones con la idea y el sentimiento de la pátria, del mismo modo que Heredia, algunas veces le supera en la armonía y flexibilidad de su métrica, en la cual hay ciertas estrofas que afectan un corte completamente calderoniano, y determinados pasajes en que su poderoso é indomable númen, altivo como ninguno, se eleva hasta alcanzar una entonacion realmente pindárica ú homérica.—*Aparicion y desarrollo de la poesía en Cuba.* Lima.—1877. Pág. 14.

SUAREZ Y ROMERO.—Las inspiraciones de Plácido, se parecen á los relámpagos que en medio de una borrasca hienden las lóbregas nubes; y aunque incorrecto por lo comun, en sus obras, quizás en la lengua castellana no habrá ningun romance (*a*) que supere á uno de los suyos, ni hay corazon que no se contriste al repetir las supremas palabras por él murmuradas en momentos terribles.

Prospecto para una biblioteca de escritores cubanos.—«Revista de Cuba».—Año II. Tomo III. 30 de Abril de 1878. Núm. 4. Pág. 294.

MORALES.—Tiene Plácido una ventaja sobre todos los poetas cubanos de su tiempo, y es, que se ostenta en sus producciones todas tal cual su heróica muerte nos les dió á conocer. En sus versos, inclusos los que escribió en la capilla con mano firme y serena, se revelan la elevacion de su alma, el eminente lirismo y valentía de su númen, y la facilidad y perfecta hilacion de las ideas, emanaciones del sentido estético natural de su ingenio, que abarcaba todas las armonías ritmicas, todas las bellas imágenes y todas las formas, para que pudiésemos decir de él con Horacio:

Musa loqui, præter laudem nullius avaris.

«El Pensamiento.»—Revista quincenal de ciencias, literatura, bellas artes, crítica séria é intereses generales.—Director: Nicanor A. Gonzalez. Año primero. Tomo primero. 30 de Setiembre de 1879. Núm. 4. Matanzas. Imprenta del «Diario de Matanzas». Pág. 49.—Plácido. Fragmento de una obra inédita por el Sr. D. S. Alfredo de Morales.

(*a*) Alude á *Jicotencal.*

ANTONIO BACHILLER Y MORALES.

Nació en la Habana el 7 de Junio de 1812.

Hizo sus primeros estudios en el Real Seminario de San Cárlos, y desde muy jóven demostró un amor al saber y un entusiasmo por las letras que no le ha abandonado nunca.

En el referido Seminario, sostuvo conclusiones públicas en latin, los dias 15, 16 y 17 de Marzo de 1829 y 12 de Mayo de 1834 en cuyos actos obtuvo notable éxito.

En 1831, se recibió de bachiller en Derecho Civil en nuestra Universidad, y tres años despues de bachiller en Derecho Canónico: en 1837 tomó la licenciatura de dicha facultad y el año siguiente pasó á Puerto Príncipe, ante cuya Audiencia y con la calificacion de «Sobresaliente, obtuvo el título de abogado.

Como hombre público el Sr. Bachiller y Morales ha prestado importantísimos servicios á su país durante una larga série de años, ya como y Regidor Síndico del Excmo. Ayuntamiento de esta ciudad, ya como Catedrático, ya como Director de la Sociedad Económica y Director del Instituto de Segunda Enseñanza y en numerosísimas Comisiones del Gobierno, demostrando en todas un celo y un talento poco comunes.

Podemos asegurar, que no existió gestion favorable al país desde 1835 hasta 1868, donde no se vea al Sr. Bachiller y Morales demostrando su interés por el adelanto y la cultura de su tierra natal.

No ha existido en Cuba periódico de mérito que haya dejado de tener en nuestro respetable amigo, un colaborador de los más ilustrados y constantes. Citarémos algunos:

Diario de la Habana, Faro Industrial, El Nuevo Regañon, La Siempreviva, El Album, Memorias de la Real Sociedad Económica, Repertorio de Conocimientos Utiles, El Prisma, El Artista, Anales de la Junta de Fomento, El Estímulo, El Plantel, Brisas de Cuba, Revista Habanera, Revista de Jurisprudencia, Revista de la Habana, Cuba Literaria, Anales de Cuba, La Idea, Revista de Cuba, La Familia, La Niñez, El Pensamiento y el *Diario de Matanzas.*

En la Península y en el extranjero, las más notables publicaciones han dado á conocer importantes trabajos del Sr. Bachiller relativos á nuestra historia y bibliografía.

Pertenece á varias Sociedades científicas y literarias, nacionales y extranjeras, y es sócio de honor de la Real Sociedad Económica de esta ciudad.

Como poeta, poco ha brillado el laborioso literato y profundo investigador de nuestras antigüedades. «En su juventud—dice el Sr. Calcagno—se dedicó con ardor á las Musas, y publicó (1835), gran número de poesías de diversos géneros, en las que, si bien no hijas de la verdadera inspiracion, campea la correccion de lenguaje; éstas aparecieron, pocas con su nombre, las más con el seudónimo *Alcino Barthelio:* en 1839, habia dado á luz (un sócio de la Seccion de Educacion) un tomo de fábulas notables en la historia de su vida, por ser lo primero que dió en cuerpo de libro, y más tarde y en distintas épocas, las obras siguientes: *En la confianza está el peligro*, comedia en tres actos y en verso, *El Campamento de los Cruzados*, drama traducido del francés y *Los Celos*, version del italiano.»

En 1834, contribuyó con una de sus inspiradas composiciones á la *Aureola Poética que las Musas del Almendares* ofrecieron al Excmo. Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa (páginas 9-12); el Director y Editor de *Cuba Poética*, en 1859, señor D. José Socorro de Leon, insertó (páginas 18-22) seis producciones del Sr. Bachiller, y en la breve noticia biográfica que á ellas precede, manifiesta que las cree de mérito y que así tambien las consideraba el reputado literato Sr. Dr. D. Ramon Zambrana.

D. Jacobo de la Pezuela ha publicado en su *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la Isla de Cuba*, una excelente biografía del Sr. Bachiller.

Nosotros creemos que la gloria y la fama imperecedera de nuestro amigo, á quien respetamos como maestro, está más que en sus versos en las obras sérias que ha producido su fecunda pluma, sin que por ésto le neguemos derecho á figurar con honor entre los que con sus armonías realzan las galas y dulzuras de la lengua castellana en Cuba, que por el talento de sus hijos, puede llamarse la Atenas de la América Española.

Hé aquí una relacion de sus obras publicadas:

I. Apuntes para la Historia de las Letras y de la Instruccion Pública de la Isla de Cuba, 3 tomos.—II. Antigüedades Americanas, 1 tomo.—III. Fisiología é higiene de los literatos, trad., 1 tomo.—IV. Elementos de la Filosofia del Derecho, 1 tomo.—V. Prontuario de Agricultura, 1 tomo.—VI. Repertorio de conocimientos útiles, en folio, con la colaboracion de Visam.—VII. Curso de Agricultura de Masson Four adicionado con los cultivos cubanos.—VIII. Estudio sobre la propiedad.—IX. Los Celos deseados, trad.—X. La Siempreviva, colaboracion.—XI. Memorias anuales, trabajos de la Caja de Ahorros de 1841 á 1868.—XII. Discurso inaugural para la enseñanza de la filosofía, 4º año.—XIII. El Buen Niño, trad.—XIV. En la Confianza está el peligro, comedia.—XV. El Campamento de los Cruzados, trad.—XVI. Exposicion de Agricultura.—XVII. Inaugurales como Director del Instituto de 1864 á 1868.—En Madrid: XVIII. Colaboracion en la «América»; Corredactor de la «Revista de España, de Indias y el Extranjero y Gaceta Económica.—En Nueva York: XIX. Colaboracion en la «América Ilustrada», en el «Nuevo Mundo», en «El Educador Popular», «Museo de Familias», enciclopedia grande de Appleton.—XX. Guia de Nueva York, dos ediciones, 1 tomo.—XXI. Geografía Universal (texto), 1 tomo.—XXII. Historia Universal (texto), 1 tomo.—XXIII. Instruccion pública de los Estados Unidos en *El Educador*.—XXIV. Libro de lectura para niños latino-americanos, id. XXV. Curso elemental de Botánica, id. traducido del inglés.—Historia del Azúcar, Memorias de la Real Sociedad Económica; Cuba Primitiva, *Revista de Cuba*.

El Sr. Bachiller tiene además, inéditas, las siguientes: *Biología racional Cubana* y *Estudios sobre las insurrecciones, apalencamientos y combates de la raza negra en Cuba, Santo Domingo y continente americano.*

Opinamos, que debe coleccionar sus poesías dispersas hoy en periódicos, muchos de difícil adquisicion, y contribuiria así tambien á la obra que con débiles fuerzas hemos emprendido nosotros, cual es dar á conocer en cuanto sea posible el génio poético cubano.

Tan laborioso como erudito, incansable en el trabajo, el Sr. Bachiller y Morales, puede dotar todavía á nuestra literatura y á nuestra historia de nuevas obras, para cuya patriótica taréa pedimos á la Providencia dilate largos años su vida.

A LA SEÑORITA DOÑA TERESA CARREÑO

EN EL CONCIERTO DEL LICEO DE LA HABANA, EN LA NOCHE DEL 25 DE ABRIL DE 1863.

Fué de América blason
La magestad de los Andes,
Sus campiñas extensísimas
Y zumbadores palmares.
Crecian las verdes selvas
En su grandeza salvaje,
Y apenas la inteligencia
Se mostraba entre celajes,
Que las guerras y los vicios
La oprimian... A elevarse
A las regiones pacíficas
Do moran las bellas artes,
Hoy pugnan sus buenos hijos
Y con esfuerzos loables.
Ya la expléndida Natura
Y sus glorias materiales,
Y sus montes y sus rios
No son dioses, sino altares.
Ya la vida intelectual
Es tambien inmensurable,
En la tierra prodigiosa
Que agobiaron los pesares,
Tierra de grandes poetas
Que entonaron sus cantares
Al chocar los batallones
En civiles tempestades.
Hoy una niña le ofrece
De paz augurio inefable.
Génio sublime que se alza
Coronada de azahares
Imágen de la inocencia,
Reina y niña, artista y ángel,
Teresa es la mayor gloria
De la tierra de los Andes.

¡Gloria á la precoz artista!
¡Gloria á la niña gigante!
¡Gloria á la América toda
Donde así los génios nacen!
Y á nuestra raza que cuenta
Artistas entre los ángeles...!

¡AÑOS DESPUES!

Saratoga, 4 de Agosto de 1877.

Eras niña... apareciste
Riente, bella, en la Habana,
De la tierra americana
Donde Bolívar nació.
Ya eras artista, y un ángel
Que con poder soberano
Jugueteabas con el piano
So celeste inspiracion.

Los ecos bellos sonaron
En torrentes de armonía,
De una libre fantasía
En temprano amanecer.
La magestad de los Andes
Coronaba tu alba frente,
Y en tu mirada inocente
Mostraba Dios su poder.

Entonces uní mi canto
Al concierto americano;
Ahora te encuentro, anciano,
De la desgracia ¡ay! en pos.
Yo aquí no oigo los arroyos,
Ni el rumor de los palmares,
Ni de pájaros cantares
Que saludan nuestro sol.

Y cuán otros nos miramos!...
Tú llena vives de gloria;
Es mi vida transitoria
Un amargo recordar.
Ya nada valgo, mas quiero
Al hallarte en mi camino,
Desgraciado y peregrino
A la artista saludar.

LAS BAHAMAS.

Vuelvo en mi vida agitada
A contemplar las campiñas
Do cubre un brillante cielo
A una tierra bendecida:
En que la noche estrellada
Prolonga su luz al dia:
Donde las brisas, las flores,
Le dan conhorte á la vida.
¿Pero son estas las Bahamas?
Estoy de Cuba en la orilla?
Salve ¡oh tú! reina del bosque
Madre *seiba* siempre altiva
Ya agite el viento tus hojas
O las bese blanda brisa:
Dios te guarde noble *palma*
Que las verdes pencas rizas,
Al murmurio de los aires
Que en tus hojas se desliza:
Pabellon del campo indiano,
Columna en cuya corniza
Que adornan rojizas pomas
Los dulces pájaros trinan.
Simétricos *tamarindos*
En cuya alterosa cima
Breves hojas juguetean
Y hasta parece se animan,
Al revolverse flexibles
Si los vientos los agitan.
Los *almácigos* frondosos
Sobre las rocas se apilan
Luciendo en tallos morados
Nuevas hojas purpurinas
Y vosotros *aguinaldos*
Sobre las cercas floridas,
Fragantes, blancos, iguales
A los de la gran Antilla:
Flor de Pascua que llevais
Entre las flores melíficas,
A las abejas cosecha
El néctar á las familias.
¡Oh! cuán galanas brillais
Como en la pátria querida
De San Márcos en las Pascuas,
En las Pascuas por Alquízar.
Los *mangos*, dulces *sapotes*
Las *naranjas* amarillas
Los *anones*, platanales
Y las azucaradas *piñas*
Y tantos otros preciados
Frutos de una zona rica,
Que es la patria del azúcar
Y con sus mieles convida.
¡Dios os salve, amigos caros!
A quien siempre el alma mia
Consagró fieles recuerdos
Allá en las regiones frias.
¡Dios os salve! y venturosos
Conservad la paz amiga
Sin que sangre de la guerra
Se mire en estas campiñas.

Nassau—Diciembre, 1878.

DESENCANTO.

Tambien quise en otro tiempo
Cantar como los sinsontes,
Al cruzar los altos montes
Al pararme so el palmar.
Tambien libre, ufano, altivo,
Lancé mi voz insonora
Con ilusion transitoria
Cabe la orilla del mar.
En vano el eco de Europa
Esperé que á mí tornara,
Comprendí que lo esperara
Inútilmente ¡ay! de mí.
Ocultéme en la enramada
Como pájaro en la muda,
Callado, triste en la cruda
Desilusion que adquirí.

En vano canté de Cuba
La régia florida pompa,
Que hasta la bélica trompa
En su loor quise sonar.
No pude copiar tampoco
Las estrellas de su cielo,
La belleza de su suelo,
Ni su luna al rutilar.

Negóme su auxilio el cielo,
Y del corazon brotaron
Perdidos sones que hallaron
Su sepultura al nacer.
Y viven en mi memoria
Como sueños apacibles,
Recuerdos indestructibles
De un rosado amanecer.

Y otros vinieron luego
Y con aplauso cantaron,
Y sus tonos levantaron
A las regiones del Sol.
¡Perdona Cuba! perdona
Que vuelva á pulsar la lira
Que tu belleza me inspira,
De las Américas, flor!

Para cantarte no basta
La voz de un hombre, sería
Inútil la fantasía.
Que encierra un débil mortal.
Fuera preciso que el cielo
Sus dulces tintes le diera,
Que de las aves tuviera
El dulcísimo cantar.

Que el murmurio del arroyo
En blanda siesta imitase,
Si cual aquilon bramase
Al pintarte su pasion...
Felices cubanas liras
Esas dotes consiguieron,
Y con ellas adquirieron
Un perdurable blason.

¡Felices liras hermanas
Lograsteis vuestro deseo,
De Anacreonte y de Tirteo
Hijas y émulas tambien:
Sonad vosotras!... la mia
No es digna de nuestro suelo,
Que pide más alto vuelo,
Más láuro á la pátria sien.

1859.

MANUEL MARÍA PEREZ Y RAMIREZ.

Pocas noticias y producciones hemos podido lograr á pesar de nuestras pesquisas, de este célebre poeta, contemporáneo de Zequeira y Rubalcava, y no más afortunados son nuestros laboriosos amigos Sres. D. Antonio Bachiller y Morales y don Francisco Calcagno, á quien debemos algunos datos, y muy principalmente al ilustrado Pbro. Dr. D. Emilio de los Santos Fuentes y Betancourt.

Nació D. Manuel María Perez, en la ciudad de Santiago de Cuba, y fué hijo de D. Nicolás Perez y de Dª Isabel Antonia Ramirez.

En su mocedad, como Zequeira y Rubalcava, se dedicó á la carrera militar, y obedeciendo al espíritu de su época tan dado á buscar renombre en el noble prestigio de las armas, ingresó en el regimiento de Infantería de Cuba, donde como subteniente pasó á la Florida, y áun si son ciertos los datos que nos suministra un manuscrito que tenemos á la vista, más tarde, ya capitan, con cuyo grado se retiró, tambien asistió en Santo Domingo á várias acciones de guerra.

El año de 1796, estaba en la Habana y recibió al poeta Rubalcava, su paisano, presentándolo á Zequeira, permaneciendo siempre unidos en fraternal amistad los tres primeros que dieron nombre á la poesía en Cuba.

De talento superior al de Zequeira y Rubalcava, fué Perez en su época y en la sociedad de su tiempo, uno de los hombres que más influyó en la cultura de sus contemporáneos, y no tenemos frases bastante enérgicas para condenar la apatía ó abandono, que ha hecho que se pierdan la mayor parte de sus poesías y sus trabajos de filología y de historia.

Poseia con perfeccion el latin, inglés, francés é italiano, y segun nos comunica desde Santiago de Cuba la Srta. Dª Cecilia Santacilia, hermana del poeta y distinguido literato de este nombre, y ambos propincuos parientes de D. Manuel María Perez, en la Habana fué éste, maestro de Varela, quien siempre al escribirle le nombraba *querido maestro.*

El Sr. D. Antonio Bachiller y Morales, en su obra inédita *Biología racional Cubana*, refiriéndose al poeta, dice que «fué por muchos años el ilustrado consultor de la juventud de Santiago de Cuba.» El Sr. Calcagno, por su parte, nos comunica que «componia la letra para las canciones que ponia en música D. Estéban Salas.»

En 1810, fundó Perez en su ciudad natal *El Canastillo*, publicacion literaria que fué bien acogida. En 1812, el *Ramillete de Cuba;* luego *El Eco Cubano;* más tarde colaboró en la *Minerva de Cuba* (1820-1821). En este último año, redactó *El*

Noticioso, y fundó *El Dominguillo*, semanario de crítica que consagró al género festivo, sobre asuntos de su época.

Tambien contribuyó con sus producciones al sostenimiento de los siguientes periódicos de su tiempo: *Miscelánea de Cuba*, (1821); *El observador de Cuba* de igual año; *Diario de Santiago de Cuba*, (1830); *Diario Constitucional* (1835); *El Redactor*, *El Cubano Oriental*, *El libre Imparcial*, *El Látigo* y *El Pasatiempo*.

En 1830, publicó el poema de Rubalcava, *La Muerte de Judas*, que se reprodujo en folletines de *El Fanal* de Puerto Príncipe, y en los del *Diario de la Habana*.

El Sr. Dr. D. Ramon Zambrana, nos dice que compuso un drama unipersonal para el cual le sirvió de argumento Marco Curcio, caballero romano que se arrojó al fuego por salvar la pátria (1). Este ilustrado literato, nos anunció en 1859 la impresion de las obras de Perez, pero tenemos noticias de no haberse efectuado.

Además de las numerosas poesías que escribió el fecundo poeta de que nos ocupamos, y de las cuales una parte populares, se conservan y se trasmiten por la memoria de unos á otros á otros en Santiago de Cuba, y es sensible que persona perita no las reuna y publique, pues sabido es como la tradicion por sí sola, andando el tiempo todo lo altera, escribió actos dramáticos de circunstancias para celebrar bodas reales, natalicios de Príncipes y festividades religiosas.

Hemos oido hace ya algunos años á personas competentes, elogiar su poéma *Emmanuel*, del cual sólo ha llegado á nuestras manos, el fragmento que damos á conocer.

Perez murió de 74 años en Santiago de Cuba, creemos que despues de 1850, y hasta sus últimos dias publicaba las *efemérides*, en el *Diario Redactor*.

Desalienta al más constante en este linaje de trabajos literarios, la indiferencia que se halla en determinados casos para lograr adquirir el conocimiento de lo que fuimos, no ménos que observar el desden con que en otro tiempo fué mirada nuestra cultura intelectual.

Perez, que honraria á cualquier país por más ilustrado que fuera, es apénas conocido, y como este ilustrado cubano hay infinitos, dignos de que la posteridad los recuerde.

Zambrana, juzgaba sus producciones, llenas de inspiracion y de seso, y de ese sabor clásico que en vano se busca en los poetas de nuestros dias.

Nosotros siempre lamentarémos no dar á conocer pruebas más brillantes de su génio poético, pero creemos que no se nos dejaran de agradecer nuestros esfuerzos para demostrar en cuanto es hábil nuestra cultura literaria.

Vengan, pues, hombres más competentes é ilustrados á proseguir tan patriótica taréa, que nosotros á quienes sólo un amor sincero y leal á esta hermosa tierra en todo y siempre nos guia, les tributaremos los más entusiastas aplausos:

Feci quod potui, faciant majora potentes.

(1) *El Kaleidoscopio*.—Publicacion literaria dirigido por Ramon Zambrana y Próspero Massana.—Habana 1859.—Imprenta de Próspero Massana.—Nº 4.—Tomo I.—Domingo 6 de Marzo, pág. 87.

FRAGMENTO DEL SEGUNDO CANTO DEL POEMA EMMANUEL.

Del Universo bóvedas rotundas,
Globos inmensos siempre rutilantes,
¡Oh Cielos! que podeis llamaros mudos
Al mismo tiempo que en hablar feraces.
En esta noche pareceis sombríos
En medio del palacio de los grandes,
Pues en los campos de Belen propíncuos
Donde vuestro Criador respira y nace
Ostentoso se muestra vuestro brillo,
Como que haceis de su natal alarde.
Lucid, enhorabuena, astros hermosos;
Pero sabed que el sol que os dió el esmalte
Es un negro carbon al lado de este
Sol de justicia que en las pajas yace.
Más brillos tiene del Portal el techo
Que el firmamento que ocupais estables;
Reconocedle, si, reconocedle
Pues os colmó de diáfano semblante,
Y tú, mi Dios, que en un pesebre humilde
Por darnos gloria sin grandeza lates,
Tú te has hecho pequeño y abatido
Para hacernos magníficos y grandes.
Te has hecho simple por hacernos dioses;
Ni cetro empuñas, ni corona traes,
Por hacer á los hombres más ilustres
Que los que visten púrpura y diamantes.
Para erigirnos un excelso trono
Buscas un techo pobre y miserable;
Llanto dèrramas, te traspasa el frio
Para que el hombre en gozo perdurable
Viva dichoso y de su canto fuego
El grande incendio del amor le abrase.
En esta noche que naciendo el dia
Antes que el sol la tierra iluminase,
Velaban unos míseros pastores
Cuidando sus paciéntes animales,
Cuando un ángel del Cielo desprendido,
Circundado de fúlgidos esmaltes,
Sobre ellos baja y ellos temerosos,
Como si alguna ruina presagiasen,
Se levantan y van despavoridos
Huyendo con temor por todas partes;
Mas eludiendo el ángel este miedo
Que nada teman previene á los zagales
«Porque Dios (les intima) es quien me envia
»Para haceros saber cosas muy grandes.
»En este punto el Salvador del mundo
»Ha entrado de la vida en los umbrales,
»Nació el grande Emmanuel vuestro Mesías
»Nació, pastores, como el pastor nace.
»En Belen lo hallareis, no perdais tiempo,
»Presurosos corred para adorarle.
»Un pesebre es su cuna y le hacen corte
»Apénas unos brutos animales.»
Dijo, y al punto á confirmar su anuncio
Bajaron otros muchos celestiales
Cantando gloria á Dios en las alturas,
Y en la tierra la paz á los mortales.
Penetrados entonces los pastores
De tan dulces angélicas verdades,
Ansiosos corren á Belen y encuentran
Al Dios que buscan disfrazado en carne.
¡Cuán estáticos ellos contemplaron
Lo que en más remotísimas edades,
Los mejores patriarcas y profetas
No lograron mirar en mortal carne!
Entran, se postran, sus tributos rinden
Al potente Señor de las edades;
Y poseidos de un humilde celo
Vuelven á sus majadas montaraces.

A MANUEL DE ZEQUEIRA,

CON MOTIVO DE LA PUBLICACION DEL POEMA ÈPICO «BATALLA NAVAL DE CORTÉS EN LA LAGUNA» EN 1803.

Aquellos escritores inmortales
Que sirviendo á la Grecia de cultura,
Transmitieron de grandes generales
Los hechos que conserva la escritura,
Sucedieron despues otros iguales
Que bañados en métrica dulzura,
Cantaron de los mismos escritores
O con liras tan altas ó mejores.

En Mythilene arrebatado Alfeo
Del vate Argivo celebró la Iliada;
Grabó Antipátro el cántico de Orfeo
Sobre la tumba de Anacreon sagrada;
Simónides al verso Sofocleo
Aplaudió con estrofa acalorada;
Admira Jon de Eurípides el Leandro,
Y canta á Jon dulcísimo Menandro.

Pero á tí, mi Manuel, que en plectro ufano
Cantastes al varon de Extremadura
En el famoso Lago Mejicano
Con mayor entusiasmo en la pintura,
Que en otro tiempo delineó Lucano
En aquella Farsálica apretura;
¿Podrá mi lira pobre y deficiente
Hacerte el panegiris competente?

Ah si pudiera! Pero á donde iria?
Si al temor de ese mónstruo furibundo
Que haces salir de la Laguna fria
Me horrorizo, me paro, me confundo:
Si quisiera cantar produciría,
No tu Cetaceo que divierte al mundo,
Sino aquel mónstruo que en viveza tanta
Nos pinta Horacio con pincel que encanta.

Cuando miro á Cortés entre tu Idilia
Me figuro á Simon entre su armada
Combatiendo á la pérsica familia
Por su esfuerzo de Grecia desterrada:
Y que desde la Idonia á la Panfilia
Lo conduce su cólera obstinada
Al rico Eurimedón, cuya estrechura
Al bárbaro sirvió de sepultura.

Despues que en Salamina y en Platea
Á labrar empezaba la corona
Del heróico Simon, divina Astrea,
Al modelo industrioso de Belona:
Trabada ya la náutica pelea
Con el bárbaro rey que la ocasiona,
Su frente ciñe el griego, y avasalla
Su erguida pompa con naval batalla.

Así Cortés de Otumba en la llanura
Cortó de Dafne la frondosa rama,
Que en más heróica y noble coyuntura
Puso en sus sienes lisongera fama:
De trece bergatines la armadura
Que con título de héroe lo proclama,
Le hace señor al fin de la victoria
Que puso el sello de su ilustre gloria.

Que disputen el triunfo de Cartago
Lutacio Cayo y el Pretor Valerio,
Cuando despues de belicoso estrago
Pusieron al vencido en cautiverio:
Sirva al grande Temístocles de halago
Que con cien naves conquistó un imperio;
Pero suceda á su lisonja vana
La accion de la Laguna Mejicana.

Esta fué la materia que tu musa
Eligió dignamente para tema,
Materia grande, que brotó Aretusa
Para que compusieras tu Poema;
No el segundo marido de Creüsa,
Ni el señor de la cueva Polifema,
Ni el hijo de Peleo á sus autores
Ofrecieron imágenes mejores.

¿Qué diré de los bellos y escogidos
Pasajes oportunos que interpolas
Al pintar caractéres distinguidos
De tríbus indias, tropas españolas;
La inmensa variedad de coloridos,
El turbillon de las furiosas olas,
Las huestes atrevidas, los magnates
Y el esfuerzo tenaz de los combates?

Porque no hiciese falta entre tu canto
Un suceso parcial y lastimoso,
Pintas de un padre el miserable llanto
Al ver de su hijo el hado doloroso;
Y copiando de Aquiles el quebranto
Sobre el yerto Patroclo generoso,
Pintas con rasgo digno y penetrante
De nuestro Ercilla un paso semejante.

La alada Religion que desde el Cielo
Habla á Cortés en medio del conflito,
Mejora el gentilicio paralelo
De las deidades que abortó el Cocyto:
Convertida la flota en Mongibelo,
Oigo de Troya el lamentable grito:
Las fieras veo en conmocion confusa
Y me acuerdo del mar de Siracusa.

Pedro de Barba, Morejon, Rodrigo,
Sotelo, Diaz, Carbajal y Flores,
Y los demás del escuadron amigo,
Cuyos hechos distingues superiores,
Me recuerdan aquellos que consigo,
Llevaban los Aquiles y Nestores:
Oigo á Guatimozin, pero su saña
Disuelve en humo el pabellon de España.

Las imágenes nobles finalmente,
Cuyo resorte mueves, Manuel mio,
Serán en vano que alabar intente
El eco ronco de mi torpe brío:
Como un nuevo Nason entre la gente
Del rudo Gota, Sauromata impío,
Temo elogiar al noble ciudadano
Con un verso tan bárbaro y villano.

Si supieras cuán dulces y agradables
Suelen ser para mí tus poesías
En aquestas regiones inamables,
En que lóbregos son los mismos dias;
Tu las hicieras ser comunicables,
Oh! querido Manuel, como solias,
Y tuviera el placer de que tu rima
Me templara los males de este clima.

Mas como es propension de la riqueza
Inseparable siempre la avaricia,
Me recatas tirano la belleza
De tu métrica voz, que es mi delicia:
Pero ¡ah desgracia! la razon no es esa,
Cuando tu musa ha sido tan propicia,
Que la ha gustado en tu ciudad amada
Hasta el jumento que encontró la Iliada.

Sobre las alas de la diosa imprenta
Bien sé que vuelan ya tus poesías,
Por todas las regiones que calienta
El lucífero Padre de los dias:
Ni aquel que de elefante se sustenta,
Ni el que habita las cultas galerías,
Deja de conocer que por tus obras
Respeto dulce de los hombres cobras.

Solamente yo soy el desgraciado,
Yo solo soy de todos los vivientes
Quien se halla eternamente condenado
A no ver tus canciones eminentes:
Entre los Macazuques sepultado,
Torpes Lechuas, Criques inclementes,
Sólo escucho la voz de la ignorancia,
Del horror de la guerra y su arrogancia.

Es proverbio vulgar de las naciones
Lo que dijo Terencio, segun sabes,
Que han de ser los amigos eslabones
De una sola cadena, aunque más suaves:
Comunes han de ser sus producciones,
Sus pensamientos han de ser sin llaves,
Sin límites su fé, pues la reserva
Es cierta llama que al amor enerva.

¿Qué has de ser inflexible á mi gemido?
¿A mi llanto has de ser inexorable?
No mi Manuel, yo tengo conocido
Que no es tu amor volátil y mudable:
Para estas soledades te convido
Donde reina un silencio venerable,
Silencio puro, que por fin podria
Hacerme apreciar más tu compañía.

De tu amigo la causa no abandones,
Benéfico te presta á su consuelo
Con las mismas benignas intenciones
De que era ántes superior modelo:
Advierte que estas lóbregas regiones,
Que apénas cubre con su disco el cielo,
Lo que sólo presentan á mi suerte
Es la pálida imágen de la muerte.

No te exijo aquel oro fulminante
Cuya color atrae las pupilas,
Ni el favor que una córte vacilante
Puede ofrecer en poderosas Scilas:
No el vellocino de Jason triunfante;
Ni aquello que inventaron las Sibilas,
Ni las conchas preciosas de Lucrino,
Ni los primores que trabaja el chino.

Tus versos pido, pido tu memoria,
Más ricos para mí que todo cuanto
Conserva para eterna ejecutoria
El duro habitador del Erimanto:
Tu Musa, amigo, formará mi gloria:
Y en aquesta region de Radamanto
Serás, venciendo el curso de Leteo,
Mi consuelo, mi luz, mi bien, mi Orfeo.

Aquellos borradores que tus criados
Arrojan ignorantes de tu mesa,
Escrutinio serán de mis cuidados
Si me hicieres de todo la remesa;
Yo los recibiré como sagrados
Vestigios de tu mucha sutileza,
Y despues de beber en sus modelos,
Sobre pórfido duro esculpirélos.

EL AMIGO RECONCILIADO.

SONETO.

Por algun accidente no pensado
Suele quebrarse un vaso cristalino;
Trátase de soldar con barniz fino
Y lógrase por fin verle pegado;

Pero por más que apure su cuidado
El ingenio más raro y peregrino,
Dejarlo sin señal es desatino,
Siempre quedan señales de quebrado.

Así es una amistad de mucha dura:
Quiébrase la amistad que hermosa fuera,
Suéldala el tiempo con su gran cordura;

Cierto es que la amistad se mira entera,
Pero con la señal de quebradura
Nunca puede quedar como ántes era.

Francisco Poveda y Armenteros.

(EL TROVADOR CUBANO.)

Es uno de los poetas más antiguos de Cuba, que aún vive, y el primero que cantó las expléndidas galas de su naturaleza y retrató fielmente las costumbres de nuestros guajiros, sus fiestas y sus amores, en aquellos felices tiempos idos para no volver en que todo era plácida concordia, paz y dicha en los campos de nuestra Isla.

Fueron padres del popular poeta D. Pedro Poveda y Dª María de la Concepcion de Armenteros y Calderon, y nació en la Habana el dia 4 de Octubre de 1796, siendo bautizado en la iglesia de Guadalupe. Largos años hace que reside en Sagua la Grande, y su vida ha sido de las más agitadas y llenas de trabajos y sinsabores: «corro parejas con Gil Blas de Santillana», nos dice el octogenario poeta al referirnos en una carta con que nos ha honrado, sus várias vicisitudes.

Fué en su niñez estudiante, pero desgraciadamente, como á muchos sucede, desventuras de familia interrumpieron sus estudios, y pobre, se refugió en los campos donde en humildes faenas agrícolas transcurrió su juventud, admirando la naturaleza y observando las costumbres que más tarde habia de copiar en sus versos.

Ha sido sabanero, peon de ganados, actor dramático, Capitan de partido, amanuense de abogados y escribanos, profesor de instruccion primaria, empleado en ingenios y cafetales, y unas veces favorecido por la suerte se ha visto elevado á Notario Eclesiástico, y otras como le resulta hoy con sus ochenta y tres años cumplidos, tan dejado de sus favores, que para subsistir ha tenido que reducirse en su ancianidad á vender viandas, en la villa de su residencia.

Enfermo y desvalido, en Junio de 1879, el Sr. D. Jose E. Triay, conocido poeta, que poco antes habia pedido desde las columnas del periódico *La Patria*, que dirigia en esta ciudad D. Joaquin María Muzquiz, á *La Luz*, diario de Sagua, noticias de bardo (1), promovió en la velada literaria que tuvo lugar en el Liceo de Guanabacoa

(1) A este recuerdo respondió el venerable anciano con el siguiente soneto, que revela un dolor en el alma, tan tristísimo como desconsolador..... No queremos añadir ni una sola palabra ¿Para qué?.....

A CUBA.

A *La Patria* le debo, Cuba mia,
Un recuerdo despues de tantos años
En que sólo azarozos desengaños
De mis contemporáneos recibia!

la noche del dia 14 del mes indicado, una suscricion para aliviar en algo la triste situacion de Poveda «postrado en el lecho del dolor despues de haber dotado á la bibliografía cubana de la verdadera poesía de esta tierra (1)», correspondiendo el público á la noble excitacion del Sr. Triay, como sabe hacerlo el pueblo de Cuba jamás esquivo para consolar la desgracia.

Restablecido el Sr. Poveda, vários aficionados al arte dramático y otros amigos, concertaron dar á beneficio del *Trovador Cubano*, que con este nombre por él adoptado hace muchos años, es conocido, una funcion pública en el Teatro de Lascano, de la referida villa de Sagua, á su beneficio, la que tuvo lugar el 19 de Octubre, poniéndose en escena una produccion dramática suya, *El Peon de Bayamo*, y en la cual el autor se presentó en escena interpretando el protagonista de su obra. Obtuvo esta noche un triunfo el olvidado anciano, y las manifestaciones cariñosas que recibió algo endulzarían las grandes amarguras de la ingratitud y de la injusticia (2).

Inesplicable es para nosotros el olvido, diremos más, la inconsecuencia con que ha sido tratado por sus contemporáneos el Sr. Poveda. Poeta fecundo, de fácil vena, incorrecto con frecuencia, porque en él, y lo confiesa con ingenuidad, nada ha hecho el estudio ni el arte sino la inspiracion expontánea, cantor popular que ha tenido el tacto de envolver siempre en sus versos con el mágico atractivo del ritmo un fin siempre moral y patriótico; canta porque nació para cantar como las aves, y es una de las más portentosas muestras del génio poético que Dios ha concedido á los cubanos con suma y explendente largueza.

Ha faltado y falta todavia en Cuba, quien encause el poderoso torrente de la inspiracion poética de sus hijos; quien señale al vate el deber que no es posible olvidar en nuestra época, que obliga á todos los verdaderos poetas á contribuir al mejoramiento de las costumbres públicas, y á la union de todos los hombres con el amor santo de la humanidad. La mision moral del arte en nuestro siglo, no puede desatenderla so pena de que sus cantos sólo tengan la vida de un dia. Así, en Cuba, no han alcanzado el nombre que debieran, ni traspasado el limitadísimo círculo en que han vivido, poetas de inspiracion que hubieran honrado la lengua castellana en estas regiones. El absurdo precepto que en una de las composiciones que tituló *Baladas indias*, establecia el Sr. D. José Fornáris, de que no merecia láuros el poeta que *cantára tierras lejanas*, es funesto para la sociedad, como sin duda alguna entre nosotros lo ha sido la influencia que ejercieron los llamados *Cantos del Siboney*, de los que, en la introduccion detenidamente nos ocupamos.

Un inspiradísimo cantor de las glorias nacionales, D. Ventura Ruiz Aguilera (3), dice que, «la tarea de los poetas modernos debe ser estudiar el espíritu del siglo; conocer la sociedad en que viven; investigar qué vicios la corroen y qué virtudes la honran; examinar la justicia ó la injusticia de las aspiraciones que se manifiestan ahora más que nunca en ella; para que, de estos y otros elementos esparcidos y diversos, del conjunto de tantos y tan variados objetos y asuntos, resulte un todo claro

Ni una sola mencion de mí se hacía,
Olvidados de propios y de extraños,
Sin permitir pisára los peldaños
Del sacro Templo que ocupar queria.
Versista popular, rimé sin gloria
Ni de alcanzarla tuve la esperanza,
Por lejana que fuere ó ilusoria:
Mas ya miro mi nombre en lontananza
¿Qué me importa el pasado, si en la historia
El *Trovador Cubano* un puesto alcanza?

La Patria—nº 211—Habana, 5 de Junio de 1879.

(1) *La Luz*. Diario Liberal. Año II. Núm. 243. Sagua la Grande. Miércoles 18 de Junio de 1879.

(2) *La Luz*. Año II. Núm. 289. 26 de Octubre de 1879.

(3) Ecos nacionales y cantares—con traducciones al portugués, aleman, inglés, italiano, catalan, gallego y provenzal. Cuarta edicion. Madrid 1873. Ecos Nacionales. Lib. primero. Prólogo de las dos primeras ediciones. Págs. X-XI.

y preciso que sea un traslado exacto de la fisonomía del pueblo, del gran carácter social, ó lo que es lo mismo, la copiosa fuente de donde los poetas deben tomar sus inspiraciones.»

En cuante posible ha sido, Poveda, sin estudios que le dirijan, ha tratado de que sus cantos populares se encaminaran al fin que nuestro ilustre Aguilera con tan buen juicio aconseja.

Alejado de las ciudades, «pobre y sin los precisos elementos de la ciencia,—dice el Sr. D. Ramon Francisco Valdés en el prólogo de una coleccion de poesías publicada en 1863—sin el auxilio indispensable de la instruccion, rudo habitante de nuestros campos, empuñó á la vez que la honrosa esteva y dura azada, la tosca pluma que supo retratar con fresco y grato colorido las campestres escenas de nuestras haciendas, las rudas faenas, costumbres y pasiones de nuestros guajiros, las agrestes bellezas, la variedad y encanto de las cubanas campiñas.»

Son preciosas sus leyendas populares y sus glosas, y maneja el lenguaje en las décimas, con una habilidad y dulzura que encanta á pesar de sus frecuentes incorrecciones: las tiene, sin embargo, muy perfectas que no hubiera desdeñado suscribirlas Calderon, Lope de Vega ó Vicente Espinel.

En 1830, siendo actor del teatro de la calle de Cienfuegos, en esta ciudad, publicó *La Guirnalda Habanera*, coleccion de poesías en cuadernos en octavo.

D. Domingo Del-Monte, así habló en *La Moda ó Recreo Semanal* (págs. 104-106) de la expresada publicacion: «Las composiciones que contienen son décimas para cantar como se acostumbra en nuestros campos, glosando una cuarteta, que viene á ser el texto y tema de toda la cancion. Se conoce en las presentes que Poveda ha formado su gusto poetico en el estudio exclusivo que por su profesion ha tenido que hacer de nuestros dramáticos antiguos, principalmente de Lope de Vega y de Calderon de la Barca: ya ésto es una ventaja, al ménos para su frase poética, si bien ha adquirido al mismo tiempo los resabios de sus modelos... La mayor parte de las décimas son amorosas, y en esto quiso seguramente Poveda complacer á los que con su voz y con su tiple han de animar sus versos y extender su nombradía desde el Almendares hasta hasta el remoto Cauto y las Sierras del Cuyaguateje.»

Del Monte, tan competente en literatura, fué quien primero juzgó al *Trovador Cubano* (1).

En 1831, tambien lo mencionó con aplauso el severo redactor de *El Regañon de la Habana*.

Ramon de Palma, en sus estudios *Cantares de Cuba* le llama *el mas famoso trovador de nuestros campos* (2) y agregaba despues (3): «Hasta el presente, el único que se ha dado á conocer como verdadero trovador cubano es D. Francisco Poveda que ha habitado largo tiempo en nuestros campos; pues aunque hay y ha habido en ellos muchos insignes improvisadores, ninguno como Poveda ha llegado á imprimir colecciones bajo su nombre.»

Poveda ha dado á luz, además de la *Guirnalda Habanera* que hemos citado, en 1831, *Las Rosas de Amor*, y en años posteriores, *El Ramillete Cubano*, *Tiple Campesino*, y otras colecciones, siendo, segun creemos, la más completa, la que con su retrato se publicó en Sagua en 1863, con un extenso prólogo de D. Ramon Francisco Valdés.

Con el título *Poesías del Trovador Cubano*, se empezó á publicar en Sagua la Grande, imprenta «La Luz», el próximo pasado año de 1879, una nueva coleccion, por entregas, de la cual sólo conocemos las tres primeras.

Son preciosas sus leyendas cubanas, *Leonardo Fernandez y Lutgarda Flores*,

---

(1) El mencionado crítico cita con elogio la siguiente décima amorosa:

En fin, ojos, no forceis
El corazon á tratarla:
Ojos no habeis de mirarla,
Ojos, no; no la mireis.
¡Ojos, ojos, que os perdeis!
Cesad en esas porfías,
¡Ay tristes y amargos dias
Que sin verte pasaré!
Nunca te aborreceré
Causa de las penas mias.

(2) *Revista de la Habana*. Tomo tercero, 1854. Artículo III. Pág. 281.

(3) Pág. 297.

Carlos Bravo y Luisa Aguirre, Maria y Jesús Contreras, La vida del Mayoral, Juan Perez de la Rosa, Descripcion de los guajiros y otras de que no hacemos en estos momentos memoria.

Puede asegurarse que han sido el modelo de cuantos despues han cultivado ese genero popular de nuestra literatura. Nada en ellas es afectado; los sentimientos de sus humildes héroes son naturales, propios en todo de la sociedad en que viven y de cuanto les rodea. En los versos del anciano trovador cubano, no entra el arte porque sus reglas le son desconocidas, y es para nosotros todavía inexplicable cómo á un hombre de tan extraordinarias facultades poéticas, han dejado sus contemporáneos, tales como Del Monte, Gonzalez del Valle y Valdés Machuca que en 1830 tan cariñosa acogida le hicieran, sin proporcionarle los medios de cultivar su inteligencia.

«Ninguno, *ninguno* hasta aquella fecha,—dice Poveda,—dedicó á Cuba sus armoniosos cantos, y sólo *yo* que en el centro de cien cayos de Monte, formados por las quemas de las sabanas admiraba los bellísimos panoramas que formaban sus saos, tuve la gloria de armonizar con destempladas cuerdas un canto á Cuba.» Y como si este rapto de su entusiasmo por la obra que habia acometido, pudiera aparecer impulsado por el orgullo, confiesa, cuando ya coronan su cabeza venerables canas, la humildad de sus concepciones, y que falto del estudio que se necesita para ascender á la epopeya, se contenta con ocupar un sitio, ya que no en los alcázares de la gloria, en las florestas de su amada Cuba.

Con sobrados motivos se queja Poveda (1) del olvido á que le han querido con-

(1) Poveda, en una composicion que titula *El Viaje al Parnaso.*—Espinelas.—con energía se lamenta de lo que consignamos. Hé aquí algunas muestras:

.....
Del Pindo en la estrecha entrada
Hay un suntuoso edificio
De cuyo atento servicio
Está la Fama encargada:
La Crítica razonada
Está en el cancel alerta:
Y es necesario te advierta
Que aunque muchos intentaron
Penetrar, cual yo quedaron
En el umbral de la puerta.
Quise á la Crítica hablar,
Pues cantor de Cuba he sido,
Para saber si ha podido
Mi canto en el Templo entrar:
Mas ella sin vacilar
Me dijo: «Tienes rivales
Que no aprecian lo que vales,
Y tus obras Trovador
No alcanzaron ese honor
Aunque son originales.»
Sentíme palidecer
Al verme desengañar
Y no consiguiendo entrar
A lo ménos quise ver:
La Fama inquirió saber
Quien era el Autor profano
Que en el Templo soberano
Quiso penetrar prolijo,
Y la Crítica le dijo:
«Es el Trovador Cubano.»
.....
Empezó la Fama á hojear
Un gran libro que allí habia
Y repuso, todavía
No se le ha dado lugar:
Y volviendo á repasar
El libro con atencion,
Casí al último renglon
Leyó: «Trovador Cubano,
Versista en el metro llano,
Escolar de Calderon.»
Tu nombre esta nota tiene
Y ésto te desacredita,
Subsanarse necesita
Todo el que al Parnaso viene:
Si es que callar te conviene
No aspires á triunfos vanos,
Porque tus mismos paisanos
Que tus producciones tocan
Ni una ocasion te colocan
Entre los vates cubanos.
.....
Quedé lleno de estupor
Viendo en la fuente sagrada
A más de tres que la entrada
Lográron por el favor.
Yo que fuí el propagador
De romances provinciales,
Sufrí el mayor de los males
Al ver que en el Pindo entraron
Algunos que me plagiaron
Mis pobres originales.
La Fama viéndome así
Y asiéndome de la mano
Dijo: Trovador Cubano
Esa culpa no está en mí:
Cuando tu nombre leí
Separado de la Historia,
Ví la injusticia notoria
Que en la Habana se te hacía
Y que un lugar te impedia
En el Templo de la Gloria.
.....

Poesías del Trovador Cubano. Sagua la Grande: Imprenta «La Luz.» 1879. Págs. 9–14.

denar en cuantas colecciones de composiciones poéticas se han hecho, y nosotros sentimos especial satisfaccion al colocar sus versos en nuestro libro, demostrando con ello y con esta breve biografía, que antes de su muerte léjos de él y sólo conociendole por sus inspirados cantos, no faltó en Cuba quien al anciano y desvalido poeta le abriera los brazos con fraternal cariño haciendo justicia á sus méritos literarios.

A CUBA.

Canto al delicioso clima
Donde la altérosa palma
Y la corpulenta ceiba,
Más feraces vegetáran.
Canto á mi patria querida,
Que produce con más gala
Cuanto en otros climas nace
De poca ó más importancia.
Si mi destemplada lira
A empresa tan soberana,
Dá cabo, seré feliz
Con el hecho de lograrla.
Bien puede el zóilo mordaz
Hacer el juicio mañana,
Y vituperar mis versos,
Y reir á carcajadas.
Yo, ni pretendo favores,
Ni esclavizo mis palabras:
Canto á Cuba, por ser Cuba
Mi dulce y querida patria.
Si algun hijo espúreo suyo
No siente en su ardiente alma
Por ella un amor sincero,
Menosprecie mi trovada.
Yo sólo escribo á los buenos
Y aunque cometa mil faltas
Describiré de mi Cuba
Los montes y las sabánas.
Permítele á mi lira, patria mia
Que una mi voz al preludiar del arpa
Que en los ecos del *Vate Peregrino*
Nos cantó el huracan, despues la calma.
Érase un tiempo que en sencillas trovas
Del Almendar en las floridas playas,
Dí solaz al guajiro que afanoso
Tus fructíferos campos trabajaba.
Entonces te canté por vez primera
Pensil hermoso de la esfera indiana:
Yo abrí la senda, y otros vates luego
Describieron tus frutos y tus plantas.
Pero yo quiero cantar
Para cumplir con mi amor,
Y describir y pintar,
Y tú debes apreciar
Los cantos del Trovador.
¿Qué importa al fin que en tu monte
No haya el hombre penetrado,
Si en gorgeo regalado
Trina en el cedro el sinsonte
Y el ruiseñor en el prado?
¿Qué importa que el duro acero
Del hacha cruel, destructora,
No haya en tu oculto vencro
Privado el verdor primero
De la mano creadora?
Linderos ni guardarayas,
Coto á la humana ambicion,
Tienes aún, pero en tus playas
Cien naves flotando hallas
De distinto pabellon.
Aquí un prado, allí un pensil,
Acá un sitio de labor,
Y vegas de mil en mil,
Y donde quiera el verdor
Del florido mes de Abril.
Ingenios y cafetales
Que son toda tu esperanza:
Y firmísimos corrales
Que en los hatos de crianza
Levantan tus naturales.
Y puertos bien abrigados,
Y montañas y colinas,
Donde se ven respetados
Entre tus frutos preciados
Los productos de tus minas.
Allí, creciendo altaneras
Están con próspero augurio
Tus más preciosas maderas,
Y al par del hermoso purio
Descollaran tus palmeras.

Allí el ébano real,
Y el ansiado granadillo
Junto de un demajagual;
Y en medio de un guamajal
Vejeta el duro cerillo.
Allí el arábo y el roble
El pito, la vera, el güije,
El endurecido mije,
Y la caoba que noble
Es de los árboles dige.
La yaba y el jaimiquí,
La jocuma y el ocuje,
Y el predilecto jequí
Que resiste fuerte allí
Del huracan el empuje.
Allí acaricia la vara
Al pintado recental,
Y vemos en el corral,
Cobijada de manaca
Fábrica descomunal.
Allí en el feraz venero
Cabe del rio á la orilla,
Vemos prolijo al veguero
Trasponiendo la semilla
Del gran tabaco habanero.
Y en sitios y en cafetales,
En ingenios y en jardines,
Se ven hileras iguales
De frondosos platanales
Y en ellos mil tomeguines.
Y entre otras frutas preciadas
Vemos las gustosas piñas
De rico obrizo escamadas,
Que compiten con las viñas
De la Europa celebradas.
Y estensivos arrozales
Del monte al cercano abrigo,
Y junto los boniatales
Las mieses del rubio trigo
Y los muy grandes yucales.
Y para mayor tesoro
En tus tierras se dilata
Cobre bueno y fina plata:
Y el oro, el ansiado oro
Que hace la existencia grata.
Y mármoles superiores
Y jaspes de varias clases;
Y piedras de mil colores;
Y cristales que en sus faces
Demuestran ser los mejores.
No te orgulleces en vano
Cuba, con tanto arrebol,
Cuando el Motor soberano
Te diera por padre el Sol,
Por esposo el Oceano.
Pues de contínuo se vé
Al sol tus campos dorar,
Y aunque murmurando, al mar
Besar humilde tu pié
Y tus contornos lavar.
Tu elegancia y tu belleza
Consisten suelo adorado,
En que la Naturaleza
Se hospeda en tu verde prado,
Y en tu intrincada maleza.
¿Cuál debe ser el destino
De tu plantel soberano,
Cuando el labrador divino
Con su benéfica mano
Fecunda tu hermoso pino?
Así es que quiero cantar
Para cumplir con mi amor,
Y describir y pintar,
Y tu debes apreciar
Los cantos del Trovador.

MARIA Y JESUS CÓNTRERAS.

I.

Era Mayo, y de la Cruz
Los altares y las fiestas,
Las vegas de Mayari
Presentáran más risueñas.
Allí con pencas de palma
Arcos lucidos se elevan,
Y en ellos se cuelgan frutas,
Y en cada luz una décima.
Y faroles de papel
De mil colores diversas,
Y lazos de hermosas cintas,
Y cortinas y banderas.
Preciosas, como ellas mismas,

Van y vienen las vegueras,
Desde el centro de la plaza
Hasta el átrio de la iglesia.
Cual con rosas y jazminez
Lleva ornada la cabeza,
Y cual por la linda espalda
Lleva tendidas dos trenzas.
Allí luce la rosada,
Allí la hermosa trigueña,
La de los ojos dormidos,
Las de las pulidas cejas.
Allí de los piés cubanos
Brilla la dote suprema,
Y allí los cuerpos airosos,
Y allí el candor y modestia.
En repartidos corrillos
Muchos guajiros se encuentran
A las puertas de los ranchos
Que improvisára la fiesta.
Allí se tratan caballos,
Machetes, albardas y espuelas,
Y allí los buenos ginetes
Corren sus jacas ligeras.
Más allá de un tiplecillo
Se oyen las acordes cuerdas,
Y del güiro sonador
El doble compás se observa.
Cual con su amada gustoso
El buscapiés zapatea,
Y coje y suelta el pañuelo
En los piés con ligereza.
Cual unas décimas canta
Con voz tan dulce y tan tierna,
Que del sinsonte armonioso
Los gratos ecos semeja.
Cual improvisa una glosa
Apurando la botella,
Y cuántos son los que miran,
Y cuántos los que se alegran.
Sólo en tanta algarabía
Suspira Jesús Contreras,
Jóven gallardo y honrado
Que de las Tunas viniera.
Los muchachos juguetones
Corrian á pierna suelta;
Saltando las candeladas,
Y gritando de manera,
Que entre ellos y las campanas
Y los tiros de las tiendas,
formaban una algazara
Capaz de atronar la esfera.
Ya se entona el himno sacro
A la reina de las reinas.
Y sube al cielo el incienso
Que por el altar humea.
Y Jesús Contreras triste,
En el umbral de la puerta,
Por todas partes la vista
Tiende en su amargura extrema.
Las campanas repicaban,
Y en las puertas de las tiendas
Se tiraban trabucazos;
Que iluminada la iglesia
Para principiar la Salve,
De esta suerte hacen la seña.
Los fuegos artificiales
Que el sacristan compusiera
Con las luces de Bengala,
Daban más brillo á la fiesta.
Para mayor lucimiento
Era una noche serena,
De aquellas que son en Cuba
Tan comunes como bellas.
Los rápidos voladores
Se elevaban de manera,
Que su luz se confundia
Con la luz de las estrellas.
Los fuegos y los repiques
Dan lugar con nueva fuerza,
Porque acabada la Salve
Unos salen y otros entran.
En medio de otras hermosas
Descollára una trigueña
De ojos negros, linda cara,
Pié chico y cintura estrecha.
Muy complacida salia
Por la puerta de la iglesia
Ponderando del altar
La simétrica excelencia.
Pero de pronto su rostro
Palidece de manera,
Que puso en mucho cuidado
A las jóvenes aquellas.
Desmayóse en el instante,
Más Jesús con ligereza
Corre, y recibe en sus brazos
A la preciosa veguera.
El corazon de la jóven
Late con tanta violencia,
Que puso en mucho cuidado
A sus lindas compañeras.
Jesús fué de los primeros
Que á su casa la siguieran,
Comprando de agua colonia
Un pomo con diligencia.

Acuden de todas partes
Gentes de clases diversas
Y áun puedo decir tambien
Que se desgració la fiesta.
Ofreció el pomo á Gertrudis
Jesús lleno de tristeza,
Y ella con mucho interés
Le aplica la fina esencia
A la nariz, á las sienes,
Y hasta el pecho le rocea.
Abrió la jóven los ojos,
Y lanzó un suspiro tierno.
Que en el alma de Jesús
Directamente se hospeda.
En tanto Jesús callaba,
Mirándola tan de cerca,
Cual no presumió el cuitado
Des que salió de su tierra.
Retiróse silencioso,
Y tantas fueron sus penas
Que toda la noche estuvo
Rondando la casa aquella.
Apénas salió Jesús,
El padre de la trigueña
En una jaca tordilla
A la misma casa llega.
Parece que algun amigo
Le hizo saber la ocurrencia,
Y vino al pueblo, dejando
Sin ningun órden la vega.
Qué es esto? pregunta ansioso;
Pero la hermosa trigueña
Le dijo:—«Nada, taitica,
No se apure, ya estoy buena.

II.

Ya recobrada María,
Que María se llamaba
Aquella linda veguera
Que Jesús Contreras ama;
Con Gertrudis la holguinera
En el aposento estaba;
Y como el mal que padece
Va creciendo con la causa,
A su amiga comunica
Lo que dos años callaba.
A media voz, y observando
Como aquel que se recata,
Sentadas juntas las dos
De esta manera le habla:
Habrá tres años, amiga,
Que un lunes por la mañana
Conocí á Jesús Contreras
En el hato de la Palma.
Era muy amigo suyo
El marido de mi hermana,
Pues cuando estuvo en las Tunas
Vivieron en una casa.
Preguntó por mi cuñado,
Y yo, que estaba en la sala,
Le dije que se apease,
Como es uso, por crianza.
Él me miró atentamente,
Y yo mirándole estaba,
Pues el amor al momento
Simpatizó nuestras almas.
En esto salió Mauricio
Y en cuanto lo vió en la sala
Le dijo lleno de gozo,
¡Tanto bueno por mi casa!
Siéntate Jesús que voy
A que conozcas mi amada;
Ven Lolita, es mi mujer;
Esta niña es mi cuñada;
Mi suegro anda sabaneado
Que salió muy de mañana,
Pero en su nombre te ofrezco
Querido amigo la casa.
Traia Jesús un caballo
Entero, de paso y marcha,
Tan negro como un totí,
Con una ó dos manos blancas.
Mandólo desensillar
Mi cuñado, y héte en casa
El primer hombre Gertrudis
Que mi corazon amára.
Fueron Jesús y Mauricio
Adonde el conuco estaba
Para amarrar el caballo,
Y despues por la sabána
Hablando los dos amigos
Llenos de placer se hallan.
Volvieron á casa, y él
Empezó á decirme gracias,
Y se me sentaba enfrente
Adonde quiera que estaba.
Al fin me dijo su amor,
Y como tambien lo amaba,
A su amor correspondí
Toda llena de esperanzas.
Llegó mi padre y lo vió,
Y le puso buena cara,
Y lo acomodó en el hato,
Y sin Jesús no se hallaba.

Qué más? el viejo sabía
Lo que á Jesús estimaba,
Y lo sabía Mauricio,
Y lo sabía mi hermana,
Y nunca me dijo nadie
De Jesús una palabra.
Un martes, ¡maldito dia!
Jesús con mi padre estaba
Conversando en los corrales
Donde se encierran las vacas.
Allí mi padre le dijo—
Jesús, los vecinos hablan,
Conque es fuerza te retires
Y que refrenes tus ánsias.
He sabido que ahora noches
Allá en las vegas de Yara
Unas décimas cantaron
Sobre el hato de la Palma.
Ya ves, el honor de mi hija
Anda al son de una guitarra,
Y tú debes conservarlo
Si es que de veras le amas.
Anoche saqué la cuenta
Y ese dinero me alcanzas:
Tú eres pobre, mi hija es rica,
Bah! déjate de bobadas.—
Yo le ví Gertudis mia
El rostro lleno de lágrimas,
Cuando le dijo á mi padre
Con la mayor arrogancia:
—Si usted me excede en dinero,
En sangre no me aventaja.—
Pero mi padre al momento
Le volvió á Jesús la espalda,
Y en el cuarto me encerró
Por la puerta de la sala.
Yo casi muerta, Gertrudis,
Por la rehendija observaba
Lo que mi Jesús hacía,
Y temia una desgracia.
Mandó buscar su caballo;
Llevó hasta el portal la albarda;
Se puso luego el machete,
Y las espuelas de plata.
Unió su ropa de corto
Junto con la ropa larga,
Y la guardó en la maleta;
Luego descolgó la hamaca,
Y en cuanto llegó el caballo
Le echó incómodo la albarda:
Y antes de montar, Gertrudis,
Entró otra vez en la sala,
Más pálido que la muerte
Y con la voz muy quebrada,
Y me dijo:—Adios María,
Tu padre es quien nos separa,
Y yo por guardar tu honor
Daré la vida y el alma.
Montó á caballo, y se fué:
Y yo muriéndome estaba
Llorando de dia y de noche:
Mira, me puse tan flaca
Que mi padre cojió miedo
Al mirarme como estaba.
Por eso el viejo vendió
A la hacienda de la Palma,
Y compró de Mayarí
La vega vieja y la casa.
Esta es mi historia, Gertrudis,
Y es Jesús, aquel que estaba
En la puerta de la iglesia
Cuando caí desmayada.
Recapacitó Gertrudis,
Y le dijo muy ufana:
Pues has de saber María
Que fué Jesús quien á casa
Te trajo, y el que me dió
La agua colonia: caramba!
Y es muy bonito, y te quiere,
¡Miren el viejo fantasma!
No seas boba aquí estoy yo,
A casarse, y santas pascuas,
Estando en esto llegaron
El viejo y otras muchachas,
Que ya cansadas del baile
Con él volvieron á casa.
Ya está buena! ya está buena!
—¡Gracias al Señor!—mañana
Bailarás como una loca.
—Pero qué fué?—Nada, nada
Vamos á dormir que es tarde
Dijo una jóven con gracia.

III.

¡Qué bulla! ¡qué regocijo!
¡Qué de gentes por la plaza
Había de Mayarí
En las vegas decantadas!
Este feriaba pañuelos
De fondo con listas blancas;
Más allá una lotería
Cantada con mucha gracia
Por un viejo socarron;
Acá un puesto de avellanas;
Cada cual á un mismo tiempo
Lo que vendia anunciaba.

«A los buenos alfajores»,
«Avellanitas tostadas».
«Punche de leche», «Confites».
«A las sabrosas viajacas,
Fresquesitas, fresquesitas.»
«¿Quién entra, que uno me falta?»
«Señores, ahora ha venido
El figurin de las damas:
El diez y ocho, uno con ocho.»
«¿Usted gusta de algo, mi alma?»
«Vino el prieto.» «Voy al siete.»
«Que no: la peseta es falsa.»
Tal era la confusion
Que el bullicio ocasionara
En las fiestas de la Cruz;
Todo era risa y jarana.
Allá en la casa de teja
Un baile formado estaba,
Y el tiple y el güiro unidos
Los ánimos alegráran.
Estaba la sala llena,
Y el comedor de la casa,
Éste de madres y tias,
Aquella de las muchachas.
Cinco ó seis pares á un tiempo
El zapateo bailaban;
Baile mucho más honesto
Que lo es la extranjera danza.
Pasó el embullo primero,
Y despejada la sala
Gertrudis sacó á María
A bailar, pues se negába.
Jesús que estaba sentado
Junto al que tiple tocara,
Viendo bailar á María
Cantó con tristeza tanta,
Que del ruiseñor meloso
El eco triste imitaba:
Hé aquí la glosa amorosa
Que Jesús Contreras canta:

Los pajaritos y yo
Nos levantamos ¡ay cielos!
Ellos á cantar al alba,
Yo, á llorar mi sentimiento.

En la solitaria calma
Que sufro en tanta afliccion,
Se me arranca el corazon,
Se me despedaza el alma:
Desde el hato de la Palma
Sólo el ruiseñor me vió,
Y el tórtolo que lloró
Del cedro en los verdes ramos;
Así nos acompañamos
Los pajaritos y yo.
Bulle la linfa sonora
En la silvestre cascada,
Cuando asoma nacarada
Cándida y bella la aurora.
Con voz muy encantadora
Cantan los tiernos polluelos,
Y las aves con anhelos
Saludan á las estrellas;
¡Cuán diferentes yo y ellas
Nos levantamos ¡ay cielos!
Yo me levanto del lecho
En que sufrí mi agonía,
Y ellos saludan del dia
La vuelta con dulce pecho.
Yo en mis lágrimas deshecho
Oigo su canora salva;
Ellos saltan de la malva
Alegres al amaranto;
Yo á suspirar me levanto,
Ellos á cantar al alba.
Ellos con acordes trinos
Amenizan el vergel,
Yo apuro la amarga hiel
De recuerdos asesinos:
Ellos con tonos divinos
Van difundiendo el contento,
Yo abatido y macilento
No hago más que suspirar;
Ellos vuelven á cantar
Yo á llorar mi sentimiento.

Toda la gente del baile
Lo aplaudió regocijada,
Pues para cantar, Jesús
Tenia bastante gracia.
Gertrudis en el momento
Mirando á María turbada
Le ase una mano y la lleva
Adonde Jesús estaba
Diciendo,—pido lugar
Que es empeño de la sala
Que cante esta niña ahora,
Ya que los hombres no cantan.
No imita tanto el sinsonte
El murmurio de las aguas,
Como cantando María
A su Jesús imitaba.
Se limpió el pecho dos veces,
Desgarró con mucha gracia,
Y estas décimas de amores
María cantó turbada.

¡Por qué dudas de mi amor
Sabiendo lo que te quiero?
El amante verdadero
Vence el peligro mayor.

Qué de penas he pasado!
Cuál ha sido mi tormento!
No sé como el sentimiento
La vida no me ha quitado!
Todo por tí, dueño amado,
Todo por tí, mi señor;
Siempre sufriendo el rigor
De mi desdicha incesante:
Si sabes que soy constante
¡Por qué dudas de mi amor?
Despues de tu cruel partida
Quedó mi alma congojada,
Siempre triste y retirada
Pasé dos años la vida.
Con la esperanza perdida
De ver á mi amor primero,
Siempre estaba en el venero
Acordándome de tí:
¿Y tú dudabas de mí
Sabiendo lo que te quiero?
Conozco que mi decoro
Fué la causa de tu ausencia,
Y por esa consecuencia
Con más extremo te adoro:
No derramemos más lloro,
Acábese el rigor fiero:
Vuelva el amor placentero
Nuestros pechos á embriagar,
Que no debe suspirar
El amante verdadero.
Ya que otra vez el destino
Favorable nos unió,
De fina moriré yo
Pagando un amor tan fino:
Sólo nos queda un camino
En medio de este dolor;
No temas ningun rigor
Ni el imposible te espante,
Pues cuando es fino el amante
Vence el peligro mayor.»
—A duras penas, María,
Sus décimas acabára,
Cuando la cita Jesús
Puesto en medio de la sala.
Ella se paró en el puesto
A tiempo que el viejo entraba,
Y conociendo á Jesús
Aunque le queda de espaldas,
Se pone delante, y él
En lugar de Jesús, baila.
El desaire de su amante
Siente María en el alma,
Y teme aquella noche
No suceda una desgracia.
Pero Jesús sin turbarse
Va donde el tiple tocáran,
Lo toma en la mano, y vuelve
Adonde María estaba,
Y le dijo:—Señorita
Cuando me ciega la rabia
Disimule usted mi arrojo:—
Y contra el suelo estrellára
El tiple, que hecho pedazos
Da lugar á nueva zambra.
Qué confusion, qué alboroto
En el bailecito se arma!
Allí de Guanabacoa
Las hojas finas resaltan:
Jesús tira de la suya
Y dió un revés á la araña
Dejando la sala á oscuras
Cual si á tinieblas tocáran;
Gritos daban las mujeres,
Ternos los hombres echaban,
Y un infierno parecía
Alborotada la casa.
Quién debajo de la mesa
Consiguió llegar á gatas,
Quién hizo de un taburete
Escudo contra las armas.
Aquí chillando una vieja,
Allá llora una muchacha,
Acullá un viejo reniega
Más allí un mocito escapa.
Entra el juez, cesa el rumor,
Y con una hacha de cuaba
Ilumínase de pronto
El comedor y la sala.
El Capitan con prudencia
Infórmase de la causa,
Y todos dan á Jesús
La justicia y la alabanza.
El prudente Capitan
Que se acabe todo manda,
Y para seguir el baile
Buscan pronto una guitarra.
Vuelven á bailar, y vuelve
La alegría como estaba.
Jesús Contreras suplica
Al capitan y á las damas

Perdon de la demasía
Que de ejecutar acaba.
Todos están de su parte,
Y hasta el Capitan lo estaba,
Pues salió junto con él
A conversar á la plaza.

IV.

Con el Capitan hablando
A solas Jesús Contreras
Contábale por menor
La causa de la ocurrencia:
Y le suplica interponga
Su autoridad, pues desea
Casarse con su María,
Suceda lo que suceda.
Estando los dos hablando
El Cura y otros se acercan,
Preguntando al Capitan
Por qué se armó aquella gresca
Que dicen hubo en el baile
Que hay en la casa de teja.
El Capitan le repuso,—
Cabalmente, padre, llega
Usted á buena ocasion;
Y allí el suceso le cuenta.
Tal, como atento Jesús
Comunicádole hubiera,
Con todos sus pormenores
Y sin faltar una letra.
Jesús, le suplica entonces
Al Cura que lo proteja,
Y los que estában presentes
En bien de Jesús se emplean.
Vánse al baile, al viejo llaman,
Y allí todos se interesan
Por Jesús, y le suplican
Que á sus míras condescienda.
El Cura en nombre del Cielo
Los resultados presenta
Que puedan estos amantes
Tener, causándoles penas.
El Capitan le asegura
Que hay unas leyes que ordenan
Que en siendo iguales, se casen,
Y la vez todos le ruegan.
Consintió el padre, que mucho
Al señor Cura respeta,
Y mira que el Capitan
Y otros muchos se interesan.
Llaman á Jesús, á tiempo
Que salian de la fiesta
Para retirarse ya
María y otras vegueras.
Allí á media voz hablando
Se comunican las nuevas,
Y allí Jesús satisface
Al suegro, de su violencia:
Y allí el viejo le perdona,
Y allí reunidos celebran
La feliz conciliacion
De aquellas almas sinceras.
Miró María á Jesús
Y el corazon le penetra,
Aquella amante mirada
De su adorada trigueña.
Del baile se retiraron
Y se fué Jesús con ellas
A la casa de María
Donde todos juntos cenan.
Y el Capitan y su esposa
Comprobando su fineza,
Se brindan para padrinos
De la boda, cuando sea.
El Cura quedó encargado
De las demás diligencias,
Y todo fué en adelante
Gusto y placer por do quiera.
Al otro dia temprano
Jesús se mudó á la vega
Y empezó á arar el venero
Y á preparar la cosecha.
Casáronse, se quisieron
Y Gertrudis la holguinera,
Bautizó la primer niña
Que tuvo Jesús Contreras.

A UNA MADRE.

Madre que tierna sentís
Vuestro infante malogrado,
Si con atencion me oís
Y en el lloro persistís,
Pesárame mal mi grado.
No del fúnebre laud
Las cuerdas voy á pulsar,
Que eso sería aumentar
El llanto, y mi gratitud
distraccion os quiere dar.
Supe la muerte sentida
De vuestro pimpollo amado,
Y que por él dolorida
Tanta lágrima vertida
Aun el pesar no ha calmado.
Y para que no lloreis,
Es preciso que sepais
Que ese llanto que verteis
En vano desperdiciais,
Y que al Eterno ofendeis.
Porque al asomar la aurora
En un cielo siempre azul,
Ví con faz encantadora
Una deidad seductora
Vestida de blanco tul.
Que en una nube sentada,
Tan pura como el armiño,
Llevaba regocijada
Entre sus brazos un niño,
A la celeste morada.
Una estrella precedia
A aquella divinal nube
Cuando despuntaba el dia:
Y los ojos del querube
Se fijaban en María.
En María virginal
Que elevaba al querubin
A la mansion eternal;
Y en el coro angelical
Le diera lugar al fin.

Los ángeles pronto con faz inocente
Celebran al nuevo, precioso galan,
Y entonan alegres motetes süaves,
Y juegan y rien, y vienen y van.

Y el bello angelito atónito escucha
El canto y la risa; y rie tambien:
Y canta en el coro, y olvida del mundo
La vana opulencia, el nécio desden.

Y está tan hermoso al lado de Dios,
Que sólo el pensarlo infunde alegría;
Si envidia cupiera en ángeles buenos,
Envidia el infante al cielo daria.

Al verlo el Eterno sonrió magestuoso,
Lo toma en sus brazos, lo vuelve á mirar,
Y el blondo cabello del ángel divino
En rizos ordena con gozo ejemplar.

Cuán alegre respira el infante
Disfrutando la gloria eternal;
Ni padece dolor un instante
Ni ambiciona la pompa real.

Que del cielo en la córte sagrada
La humildad es la prenda mayor
Y el orgullo que al hombre envanece
Nada sirve ante el trono de Dios.

No más llanto en vuestros ojos
Pues es injusto el dolor,
Y debeis por tanto amor
Postraros fina de hinojos
Ante el Eterno Hacedor.
Y cuando dejeis el suelo,
Mirareis con regocijo
Colmado vuestro desvelo,
Encontrando á vuestro hijo
En el alcázar del cielo.

LA CHORRERA DEL GUAMA.

LEYENDA CUBANA.

El geógrafo ladino
Que hizo de Cuba la historia
En un olvido á dar vino,
Pues omitió de Turquino
Lo que le dá á Cuba gloria.
Que noticia no ha tenido
Juzgo de esta maravilla;
Pero yo que á Cuba cuido
La sacaré del olvido
A ella y á la Sabanilla.

Así como en Arimao
Desagua el Hanabanilla,
Lo propio en la Sabanilla
Derrama sus aguas Yao.
Yao, sí; que tan alto está
Donde apénas llegó el hombre,
Y que le han puesto por nombre
La Chorrera del Guamá.
Si una asombrosa cascada
Existe en Hatibonico
El gran Turquino en su pico
La tiene más elevada.
A más de mil piés de altura
Nace el rio manantial
Y en proceloso raudal
Baña toda la llanura.

Despues que un pequeño tramo
Por entre arenales brilla
Y unido á la Sabanilla
Forma el rio de Bayamo.
Miles pájaros cantores
Pueblan toda la ribera
Y se eleva la palmera
Entre alcatifas de flores
En las más altas colinas
Con purpurino arrebol
Cedros prosperiza el sol
Y caobas y sabinas.

Mas lo más maravilloso
Que causa asombro bastante,
Es la forma de un Gigante
Que aparece majestuoso.
Fenómeno sorprendente
Que al llegar al medio dia
En aquella serranía
Se divisa fácilmente.
Entre dos picos tajados
De blanquiscos paredones
Cuyos toscos escalones
Se distinguen separados;
Se abre en las sierras un puerto
De vista tan sorprendente,
Que le titula la gente
El asombro del desierto.
Cuando el celeste fanal
Del zénit la línea pasa
Y su calórico abraza,
Toda la zona oriental
El fenómeno aparece
Descubriendo la cabeza,
Optica faz con que empieza
Y despues se ensancha y crece.
Con vestiduras talares,
Lo mismo que un sér humano
Ostenta su busto ufano
Entre árboles seculares.
Pero cuando el sol declina
Y en los mares se sepulta
El fenómeno se oculta
Entre una y otra colina.
Cubre la noche sombría
Este fantástico sér
Que vuelve á reaparecer
En el venidero dia.
Sin que ninguno se asombre
Le miran atentamente
Y aquellas sencillas gentes

«Juan Blanco» le dan por nombre.
No es esta una tradicion
Ni novela entretenida;
Es una verdad cumplida
Digna de investigacion.

Y Cuba, la amada mia,
Que tan descuidada está
Quizás en cercano dia
Contará en su geografía
La Chorrera del Guamá.

DECIMAS.

Soñó el que engaña y ofende,
Y en el mundo en conclusion,
Todos sueñan lo que son
Aunque ninguno lo entiende.

C. DE LA B.

Como Zequeira soñé
Que un alto puesto ocupaba:
Pero cuando más gozaba
De repente desperté:
Cuánta mi tristeza fué
Despues de haber despertado,
Al verme en el propio estado,
Pues para pena mayor,
Acrecentó mi dolor
Ver mi bienestar soñado.

Soñó tambien Calderon,
Byron, Veranes, Cervantes,
Que hubieron de soñar antes
Confirmando esta asercion.
Yo en mi triste situacion
Ventura llegué á soñar;
Pero luego al despertar
En mis avanzados años,
Otros nuevos desengaños
Tuve que experimentar.

¿Qué es la vida? una creacion
Que al morir desaparece,
Débil planta que florece
Cierta de su destruccion:
Mientras dura la ficcion
De un narcótico beleño
Gozamos cuanto es risueño,
Pero jamás despertamos,
Pues del beleño pasamos
Despues á un eterno sueño.

Luego si esto comprendemos
Los que soñando existimos,
Mientras tanto que dormimos
Soñemos alma, soñemos:
Si es enigma cuanto vemos,
Si la material razon
Prueba que los sueños son
Apariencias de verdad,
Soñemos la realidad
Inter dura la ilusion.

Con la buena ó mala suerte
Continuamente soñámos
Hasta que nos despertamos
En el sueño de la muerte.
El hombre sucumbe inerte
Y en vano su bien concierta,
Que ha soñado es cosa cierta,
Luego entónces ¿cómo olvida
Que siendo un sueño la vida
Ni con la muerte despierta?

¡Siempre dormir y soñar!
¿Y á ésto le llaman vivir?
¿Por qué habremos de morir
Si no hemos de despertar?
¿Y quién no debe pensar
Cuando apura estos extremos?
Pues bien, pensemos, pensemos,
Y pues soñando vivimos
Supongamos que dormimos
Y sin despertar soñémos.

GLOSAS.

El hombre de ánimo fuerte
Nunca debe acobardarse,
Antes debe conformarse
Con su buena ó mala suerte.

En esta vida prestada
Se conoce claramente
Que no hay cosa permanente
Y que el hombre es polvo, nada.
Luego si está demostrada
La razon que nos advierte
Que si el vivir nos divierte
Su resultado es morir,
Su fin no debe sentir
El hombre de ánimo fuerte.

Hoy de miseria perece
El que ayer rico se vió,
Y aquel que pordioseó
En la opulencia florece.
A cada instante acontece
Que llega contento á hallarse
Quien sólo pensó en matarse
Porque tuvo una afliccion;
Luego el hombre de razon
Nunca debe acobardarse.

En mí se vé el ejemplar,
Pues que la fortuna ingrata
Me quiso ayer, y hoy me mata
Con el más grave pesar.
De mí se quiere burlar
O frenética vengarse,
Y con mi sangre saciarse;
Mas yo no me abatiré,
Y gritaré al alma que
Antes debe conformarse.

En fin, si mi estado hoy
Es tan triste y miserable,
Por la calumnia execrable
De que la víctima soy,
A ser más feliz no voy
Dándome nécio la muerte:
El varon de ánimo fuerte
Debe sufrir sin quejarse;
Y en suma ha de resignarse
Con su buena ó mala suerte.

Nada en este mundo dura,
Fallecen bienes y males,
Y á todos nos hace iguales
Una triste sepultura.

Aglomera el poderoso
Imponderable riqueza,
Y cultiva la belleza
Prolija su rostro hermoso:
Mas el curso perezoso
Que nos presenta Natura,
Quita el brillo á la hermosura,
Y empobrece al potentado,
Supuesto que en lo creado
Nada en este mundo dura.

Aquel cuya escasa suerte
Le destinó á padecer
Halla descanso y placer
En el dia de su muerte:
El que en ventura convierte
Sus dias todos iguales,
Encuentra en los funerales
Final gozo placentero;
Porque nada es duradero,
Fallecen bienes y males.

Con el pellico el villano
Vive sujeto á su grey,
Y empuña el supremo rey
Cetro de oro soberano:
Uno y otro, caso es llano,
Corren líneas desiguales,
Éste, en alcobas reales,
Aquél, en techo pajizo;
Pero el Dios que el mundo hizo
A todos nos hace iguales.

Visto un ejemplar tan fiel
¿De qué servirá anhelar,
Si la muerte ha de igualar
A la choza y al dosel?
Muerte, te nominan cruel;
Pero á mí se me figura
Que aborrecerte es locura,
Y en lo que digo me fundo,
Pues sólo ofrece este mundo
Una triste sepultura.

IGNACIO VALDES MACHUCA.

(DESVAL.)

Nació en la Habana por los años de 1800.

Fué su padre un honrado é inteligente empleado de Hacienda á quien distinguia mucho el Conde de Villanueva, de célebre y grata memoria, y su educacion fué esmeradísima.

Valdés Machuca, cuyas obras no se han reunido todavía y es laboriosísima taréa dar con ellas, con D. Domingo Del-Monte, y D. Manuel Gonzalez del Valle, influyó notablemente en el progreso de nuestra literatura y en la difusion de sus bellezas, distinguiéndose tambien por la proteccion y acogida que prestó á Plácido, á Manzano y á Poveda.

Estudió en nuestra Universidad, y aunque interrumpió algunas veces los cursos, se recibió de licenciado en derecho.

Escribió en prosa y en verso en los mejores periódicos de su tiempo, y tuvo en su casa una academia literaria, reuniéndose en ella hombres que tanto han trabajado por nuestra cultura, como el Dr. D. Angel J. Cowley, Dr. D. Manuel Gonzalez del Valle y D. José Cornelio Diaz, infatigable propagador de la enseñanza, y culto poeta.

En 1819, publicó una coleccion de versos, con el título «Ocios poéticos», que no son sino ligeros ensayos de un adolescente, aunque revelan ya el gusto de un literato que sabe estudiar con fruto y aquilatar las bellezas de nuestros clásicos. Valdés Machuca imitó mucho á Melendez Valdés y á Arriaga.

En 1820, escribia en el *Diario del Gobierno de la Habana*. En el número 34 del jueves 3 de Febrero, hallamos un idilio titulado *El Pescador*, que envuelve delicadas alusiones á la que más tarde fué su esposa Dª Inés de Cañas, á quien cantó con el nombre anagramado de *Nise*. Falleció esta ilustrada y virtuosa dama el 23 de Noviembre de 1828. En el número 62 del 2 de Marzo, hay una *Carta crítico-poético-joco-serio-prosáica*, dirigida á *Delio* (Iturrondo), que concluye con unos endecasílabso que tituló *Sueño*.

El año anterior, en el mismo periódico tambien, habia publicado várias composiciones: *A la introduccion del vapor marítimo*, *Al dos de Mayo*, *Anacreóntica*, *A la Constitucion*, *Sáficos*.

En el *Diario Constitucional de la Habana*, de 20 de Agosto de 1820, se lee un *Himno* á la Constitucion, que fué en aquel tiempo el móvil principal del entusiasmo de nuestros poetas.

En el año citado, publicó un periódico crítico que salia á luz los juéves, con el nombre de *El Mosquito*, y despues *La Lira de Apolo*, revista semanal en verso, muy interesante para nuestra historia literaria.

En 1821, segun la bibliografía del Sr. Bachiller y Morales, se imprimió en esta ciudad, imprenta del Comercio, una obrita titulada *Diálogo entre Teresa y Faldoni*, que suponemos de crítica.

En 1829, empezó la publicacion de unos cuadernos sobre la medida de los versos latinos, y dió á luz su libro *Cantatas*, las cuales como con justicia manifiesta el señor Bachiller «más que traducciones de las de J. B. Rousseau, son imitaciones no faltas de mérito.» D. Jacobo de la Pezuela, en la página 526 del tomo 3º, de su Diccionario geográfico, estadístico, histórico de la Isla de Cuba, refiriéndose á la traduccion de las *Cantatas*, dice que las *tradujo como* si hubieran sido inspiradas en su propio idioma.

Este propio año, tambien publicó un cuaderno en octavo, *Tres dias en Santiago*, coleccion de versos escritos durante una temporada en el campo.

Escribió en *La Moda* de Del-Monte en 1830-31.

En 1832 y años siguientes, segun el Sr. Calcagno, colaboraba en el *Diario de la Habana*.

En 1834, con D. Francisco Iturrondo, (*Delio*), redactó *La Aureola Poética*, que ya citamos en las biografías de aquél y de *Plácido*, y en el mismo, contribuyó con sus versos á la *Corona fúnebre*, que se dedicó á la memoria del venerable obispo Espada por D. José Toribio de Arazoza.

Nuestro amigo queridísimo, el bondadoso Dr. D. Juan Francisco Chaple, nos dice en una nota que tenemos á vista: «Segun me refirió VALDÉS MACHUCA, cuando se trató de crear una cátedra de literatura en la Universidad literaria, el Conde de Villanueva le invitó distintas ocasiones á que obtáse á ella y nunca se resolvió á tal cosa, por no contraer obligaciones que rehuia su carácter independiente.» «Me consta—dice el Sr. Chaple—que en medio de sus escasos recursos, observó siempre una conducta honradísima. Fué siempre igual, dulce, desinteresado y amigo consecuente.»

Ignoramos quién posea los trabajos inéditos de Valdés Machuca, y consideramos que de sus muchos y variados escritos en prosa y verso, pudiera formarse un libro útil.

Murió en esta ciudad, casado en segundas nupcias con una ilustrada señora que le sobrevivió, el dia 15 de Noviembre de 1851, y fué enterrado el siguiente dia en el Cementerio de Espada.

Por más diligencias que hemos hecho, no hemos logrado descubrir en las várias colecciones de periódicos que hemos compulsado, muestras del dolor de sus amigos y contemporáneos.

La Prensa de la Habana.—Tercera época, año 10, núm. 278 del miércoles 19 del mes y año ya dicho, le dedicó cinco líneas haciendo saber á sus lectores que la tarde del domingo anterior se habia dado sepultura á su cadáver. El dia despues consagró un soneto á su memoria, en el mismo periódico, D. Ignacio Jimenez.

Así se oscureció un hombre modesto, que en cuanto pudo, se afanó por el adelanto literario de su pais.

LA MUERTE DE ADONIS.

VENUS, ADONIS, JUPITER.

El teatro representa un frondoso bosque; suena la música, y salen Vénus y Adónis ricamente vestidos.

(MUSICA.)

Ama el bruto, ama el pez, ama el ave,
Ama el hombre y áun ama la flor,
En el fuego, en el aire, en el agua,
Y en la tierra domina el amor.

ADONIS.

Hermosa Vénus, alma,
Centro de mis anhelos,
Tus dulces atractivos
Avivan mis deseos:
Un instante tan sólo
No te olvida mi pecho,
Y cada vez más crece
De amor el voraz fuego:
Mas no es mucho que ame,
Cuando contemplo y veo,
Que con cariño suave,
Ama el bruto, ama el pez, ama el ave.

VENUS.

Encantador amante,
Jóven, amable y bello,
De mis males alivio,
De mis penas consuelo:
Por tí yo sacrifico
Mi cariñoso afecto,
Las más dulces delicias
En tus brazos encuentro:
Amarte eternamente
Mi caro amigo debo,
Porque con este ardor,
Ama el hombre, y áun ama la flor.

ADONIS.

Tus caricias y halagos
Me sirven de sustento,
Y en tu ausencia me alientan
Amorosos recuerdos:
Por tí tan sólo vivo,
Porque contigo pruebo
La dulcísima copa
Del deleite supremo:
Al amor darle gusto
Solamente pretendo,
Pues nuestra dicha fragua,
En el fuego, en el aire, en el agua.

VENUS.

Oh! qué gusto tan grato!
Oh! qué feliz contento
Es mútuamente amarse
Dos cariñosos pechos!
Mil sensaciones dulces
Dentro del alma siento,
Que derraman ternezas
Por mi lánguido cuerpo:
¡Qué encantos tan sublimes!
¿Qué placeres son estos?
Mas eres mi amador,
Y en la tierra domina el amor.

ADONIS.

Si en la pira fogosa mútuamente
Dos tiernas voluntades se han unido,
La terneza más dulce siempre inmolan
Al amor placentero en sacrificio:
Díganlo, pues, los prados olorosos
De odoríferas flores revestidos,
Que exhalan por el aire mil perfumes
Embelesando el alma con su hechizo:
Díganlo las corrientes deleznables
Del hermoso arroyuelo cristalino,
Que veloz se desata por la yerba
Produciendo un susurro muy festivo:
Y díganlo las aves armoniosas
Que en árboles hojosos dando brincos
Se prodigan risueñas mil cantares
Desuniendo amorosas sus piquitos:

¡Qué gusto causa ver á la paloma
Tributarle al palomo más querido
Los sencillos arrullos que en su pecho
Engendró la pasion y el albedrío!
Ella es dulce modelo de constancia
Para aquellos amantes que son finos,
El símbolo de amor es la paloma.
Y yo soy el amante que te estimo.

VENUS.

Tú solamente, Adónis, me cautivas,
Y esas tiernas delicias que has descrito
Mi voluntad sensible no complacen,
Cual tu precioso rostro seductivo:
Las aves más melosas, y los prados
Más coposos, más bellos, y floridos
No pueden igualar á los primores
Que produce tu garbo y talle lindo,
Si el astro luminoso, que en los cielos
Ostenta su hermosura y claro brillo,
Girando sobre su eje, y que derrama
Un torrente de luces infinito,
Alguna vez se oculta, yo no temo
El que mis ojos deje oscurecidos;
Pues encuentro en tí un fuego que me alumbra,
Con resplandor más puro, y más activo.

ADONIS.

No es tan linda la aurora cuando sale
Recostada en su trono enriquecido
De odoríferas rosas, ni me encanta
Como me encantas tú cuando te miro:
Entónces, sí, entónces los ardores,
Que el corazon me abrasan de contínuo
Se encienden con tu vista, y nuevo fuego
Me originan tus bellos atractivos:
Tus ojos voluptuosos si me miran
Dan pábulo á mis ansias, y el delirio
Por momentos se aumenta, sin que pueda
Mi corazon amante resistirlo:
Si tú no me concedes los halagos,
Que fenezca de amor será preciso:
Si estas llamas no aplacas, yo perezco
De mi pasion grandiosa al duro filo:
Imitemos la yedra que se enlaza,
Con el olmo altanero, dueño mio.

VENUS.

¿Pues por qué te detienes? ¿mis caricias
No sabes tú que ansiosa te prodigo?

ADONIS.

Dame, dame los brazos amorosos,
Para ver si este incendio así mitigo.

VENUS.

Apuremos la copa deliciosa
Del gusto más sabroso y esquisito.

(*Se abrazan estrechamente.*)

ADONIS.

Gocemos de una vez dulces ternezas.

VENUS.

De una vez disfrutemos el cariño;
Oh! qué gratos momentos! qué placeres
Mi pecho han inundado!... mas ¿qué ruido
Entre los verdes árboles se escucha?
¿Quién se atreve á pisar el bosque umbrío?
¿Quién llega á profanar de dos amantes
La cariñosa union que el amor mismo
Jamás perturbar osa, porque teme
El perpetrar un crímen tan impío?

ADONIS.

Permite, dulce Vénus, que me aparte,
Para que yo le dé justo castigo
Al audaz que profana de este bosque
El sagrado y pacífico recinto.

VENUS.

Vuelve, mi Adónis, presto, no te tardes,
Mira por tu existencia y á peligro
No expongas, no, tu vida, pues te amo,
Y cifro en tí mi gloria y regocijo.

ADONIS.

En alas del deseo daré vuelta. (*Váse.*)

VENUS.

Lleve el amor tus pasos, pues confio
En tus fuerzas grandiosas: mas ¿qué temo?
¿Por qué siento en el pecho mil latidos?
¿Qué pavor de mis miembros se apodera,
Y por ellos derrama un sudor frio?
En donde estás Adónis de mi alma,
¿Por qué así de mis brazos te has partido?
Sin tu vista un instante solamente
Imposible es que viva: yo te sigo,

Pues es justo te libre como pueda
De alguna desventura ó precipicio,
Evitando que incauto te abalances
A los fatales bordes del abismo.

(*Vase Vénus por donde se fué Adónis.*)

Mutacion de teatro en una arboleda sumamente espesa: suena la música, y sale Adónis luchando con un feroz jabalí.

(MUSICA.)

Del destino las leyes prescriptas
No las puede mudar el valor,
Toda fuerza se humilla á la parca,
Todo sufre del hado el rigor.

ADONIS.

Rinde bruto á mis fuerzas invencibles
Ese coraje altivo que te alienta,
Rinde el furor indómito que animas,
Rinde la vigorosa resistencia:
Si asombro eres del monte y de los hombres,
Yo lo soy de los campos y las fieras.
Ese orgullo valiente, esa pujanza,
Humillaré á mi brío y á mi fuerza:
De mi ardor serás luego, infeliz bruto,
La miserable víctima funesta:
Mas ay! cielos divinos! yo no puedo
Resistir al destino, pues decreta
Que en los brazos de un bruto se divida
El estambre vital de mi existencia:

(*Cae Adónis y se ausenta el jabalí.*)

Sus colmillos de acero me han herido,
El dolor hasta el alma me penetra,
La sangre se derrama, y mi fatiga
Me anuncia que la muerte está muy cerca:
Preciosísima Vénus ¿dónde te hallas?
¿Consentirá la suerte que perezca,
Sin que mire tus gracias seductivas?
¿Sin que mire tus gracias hechiceras?
Lleva viento mi voz á sus oidos,
Díle que muere Adónis, y que espera
Exhalar en sus brazos amorosos
El espíritu amante que le alienta:
¿Quién pensára mi infausta desventura?
¿Quién dijera ¡oh fortuna! quién dijera,
Que abandonando el gusto y los placeres
De mi muerte buscára la cruel senda?
¿Que dejando los brazos de mi amante,
Muriera entre las garras de una fiera?
Escucha, dulce Vénus, los lamentos,
Escucha el eco triste de mis quejas,
Llega veloz y alivia con tu vista
Mis pesares, mis males, y mis penas...
Mas ¡ay de mí!... las fuerzas ya me faltan,
Y tú Vénus no llegas... no... no llegas...
Ya del todo fenezco... sí... fenezco,
Porque el fatal destino me lo ordena...
Ya de instante en instante voy sintiendo
Una gran languidez, que me enagena...
Adios mi tierna amiga idolatrada...
Adios mi dulce bien... Adios mi prenda.

(*Muere.*)

Sale Vénus apresurada, con los piés ensangrentados.

VENUS.

¿Qué lamentos? ¿Qué ayes lastimosos
De compasion el aire todo pueblan?
Mas ¡qué miro! oh! Adónis de mi vida...

(*Cae desmayada y suena la música muy triste.*)

(MUSICA.)

Quien su dueño buscaba anhelante,
Hoy sin vida le logra encontrar,
En desdichas, tormentos, martirios,
Y en su llanto se llega á inundar:
De amargura rebosa la copa,
Que le brinda el acerbo pesar,
Oh! qué pena tan triste y aguda
Para aquellos que saben amar.

VENUS.

¿Quién te ha dado una muerte tan cruenta?
¿Quién marchitó lo hermoso de tu rostro?
¿Quién no tuvo piedad á tu belleza?
¿Quién no humilló su ira á tus ojuelos?
¿Y quién sin vida á tí y á mí nos deja?
Gima la flor, el ave, el pez, el bruto,
Muévase á compasion la dura peña,
Llore la firme roca, y tu desdicha
Todo el orbe afligido tambien sienta:
En tu busca corrí los altos montes,
Los collados, los valles, y las selvas,
Anduve las montañas y los cerros,
Las campiñas, oteros y malezas,
Y registré los bosques rama á rama,
En tu solicitud: oh! muerte fiera!
Las punzantes espinas de la rosa

Lastimaron mis plantas, que ligeras
Vagaban en tu busca, y al momento
Sus hojas con mi sangre rojas quedan;
Su blancura perdiendo, y demostrando
De mi amante pasion las finas pruebas:
¿Dónde hallaré las horas deliciosas,
Que á las sombras del gusto muy risueñas
Otro tiempo corrian, y llenaban
Mi pecho de dulzura y complacencia?
Donde el feliz instante en que gozamos
Las caricias más tiernas, sí, más tiernas,
Más dulces y agradables, que prodiga
De un afecto leal la fé sincera?
¿Dónde los holocaustos que inmolaba.
En la pira de amor nuestra firmeza?
¿Dónde el grato deleite ya perdido?
¿Dónde el placer? y ¿dónde la terneza?
Fugaron, sí, fugaron mis delicias,
Felicidad no encuentro ya en la tierra
Oh! quién fuera mortal para que al punto,
Al lado de su amante feneciera!
Mas si bajar no puedo juntamente
Con mi bien al sepulcro que le espera,
¿Por qué el cielo no alivia mis tormentos?
¿Por qué mi mal agudo no consuela?
¿Por qué no aplaca el fuego en que me abraso?
¿Y por qué no mitiga mi dolencia?
Cómo podré vivir sin mi adorado,
Si él de mi voluntad el iman era?
Cómo podré sufrir el cruel martirio,
Que en mi pecho amoroso Adónis deja?
¿Cómo podré pasar el trago amargo
Del tristísimo cáliz de la ausencia?
Y es acaso esta ausencia momentánea?
Ay de mí! que conozco será eterna:
Oh! Júpiter Tonante, que el Olimpo
Con absoluta facultad gobiernas:
Tú que el dominio tienes de los astros,
Y que vibras los rayos, has que pueda
Soportar la afliccion que me maltrata
Que me agobia, me rinde y atormenta:
Pero ¿qué oscuras nubes el ambiente
Llenan de lobreguez? ¿Qué densas nieblas
Se esparcen por el aire, y oscurecen
La claridad hermosa? ¿Por qué truena?
Mas ya te miro Júpiter celeste
Armado de los rayos con que imperas.

Despues de haber tronado, desciende Júpiter en un grupo de nubes, y suena la música.

(MUSICA.)

El alivio del cielo desciende
A los pechos que saben querer,
En la tierra un instante tan sólo
Permanece el amable placer.

JUPITER.

Hermosísima Vénus, cuando lloras.
Cuando inundan las lágrimas tu cara,
Y cuando te lamentas afligida,
Todos los corazones avasallas,
Tú del poder la diestra formidable,
Si entristecida gimes angustiada,
Con tus ayes agudos la detienes,
Y en un instante solo la desarmas:
Mas no ha sido posible que se muden
Las leyes que en los cielos se señalan
Por el sábio destino, pues no es dable,
Ni áun á los mismos dioses trastornarlas:
Si feneció tu Adónis tan amado,
Entre las duras y feroces garras
De un fuerte jabalí, no fué posible,
Que tan trágica muerte se evitára:
Porque allá en el archivo del Olimpo
Estaba esta sentencia decretada.

VENUS.

Ya que fué inevitable mi infortunio,
Y que no hubo remedio á mi desgracia,
Has que los males que me martirizan,
Y las penas acerbas que traspasan
Mi cariñoso pecho, se mitiguen,
Y cese mi desdicha tan infausta:
Transfórmame á mi Adónis amoroso,
En la flor más preciosa, en la más rara,
En la más olorosa y más risueña
Que pueda de tus manos ser formada,
Y en ella encontraré cuando la mire
Aquella seductora y dulce gracia,
Aquellas perfecciones y atractivos,
Que mis ojos amantes cautivaban.

JUPITER.

Por la Estigia Laguna, yo te juro
Esa metamorfosis deseada,
Y la tranquila paz que tanto anhelas,
Y la dulce quietud que tanto ansias,
Y el sosiego amoroso que pretendes
Vertiré desde ahora por tu alma,
Se acabarán tus penas, y tu pecho
Gozará eternamente feliz calma.

(MUSICA.)

Murió Adónis, lloremos con Vénus
La desgracia del hado fatal,
Tributémosle llanto amoroso
Por amante, por firme, y leal.

LOS BAÑOS DE MARIANAO.

Á LA SEÑORITA DOÑA JOSEFA ANDREU DE GONZALEZ DEL VALLE.

Las Náyades festivas
Piraguas del Amor, el manso rio
Surcan de Marianao, dividiendo
El liquido cristal con albos brazos,
Y sus turgentes pomas nacaradas
A flor del agua lucen á pedazos:
Libre la cabellera
De transparentes perlas salpicada
Sobre el cándido cuello les ondea:
Allegan á la márgen matizada
De lirios, de jazmines y azucenas,
Y de Flora el tapete de esmeralda
Saltan de gozo llenas:
Se ocultan al momento
Do las flexibles y crugientes cañas
Que á las brisas se mecen,
Y el bejuco galan trepa y entolda,
Al pudor nudo, pabellon ofrecen.

¿Será que Diana
Y á par su séquito,
Huyendo á Febo
Se asile aqui?
¿Sinó? tal calma!
Tan dulce y plácida!
Tantos primores!
Ah!... ¿Cómo así?

Aun el cucuí lucifero el espacio
De los humildes aires de la noche.
Con ráfagas de verde y de topacio,
Hiende volando temeroso al dia.
La ninfa más donosa,
La de más gallardía,
Que en la márgen campea
Convoca las ocultas *Marianaides*,
Que al iman de sus voces
Danzando vienen juntas,
Y el hermoso recinto se recrea.

De tras las cañas
Salid ninfas á ver vuestra Diosa
Tétis preciosa
En mis aguas se quiere bañar.

Corred ¡oh linfas!
Bellas aves de pico canoro
En dulce coro
Tanta gloria venid á cantar.

Nuevas deidades que nadais gozosas
Sobre mis salutíferos raudales,
¡Qué gracia seductora
A la vista ofreceis!
Anfitrite en sus grutas abismales
Jamás huéspedas tuvo tan garbosas:
Pero no os sonroseis,
Marítima progenie,
La diosa que os conduce hácia esta orilla
Entre vosotras brilla,
Como en el medio de nocturnos astros
La amante de Endimion. ¿Y quién se niega
Al poder de tan dulces atractivos?
Náyades acercaos, que ora llega:
Huid Tritones lascivos.

Frescos y suaves céfiros
Que á Flora dais caricias,
Más dichosas delicias
Os harán suspirar:
A mis corrientes próvidas
Volad con blando aliento,
Y las olas que argento
Venidlas á templar.

Corred amores, árbitros del mundo,
Que si la hija de la blanca espuma
Pudo con sus donaires atraeros
Y su sonrir jocundo;
Una reciente Vénus le sucede,

A quien pronto vereis que la de Pafos
Cediéndole, como ésta, otras riberas,
El vasto imperio de la mar le cede.

Llegad tiernos amores,
Pues sin vos la belleza
Marchita de tristeza
No hubiera galardon:
Cual vosotros tampoco
Sin su beso y halago
Consiguiérais en pago
La ansiada posesion.

A LA MUERTE

DEL ILUSTRISIMO SEÑOR OBISPO DE LA HABANA, DON JOSÈ DIAZ ESPADA Y LANDA.

¡Ay! para cuando los canoros cisnes
Del aurífero y plácido Almendares
Honor y gloria de la patria mia,
Con silencio eternal tétricos guardan...
Sus sentidos y lúgubres cantares...!
«Del canto de dolor llegóse el dia...»

Dadme que pueda con mi escaso aliento,
La mente mústia y de amargura llena,
Mezclar mis voces con su triste acento,
Y plañir la comun pública pena
A que la cruda muerte nos condena
En el delirio de su rabia impía.

¡Qué ayes agudos! ¡qué clamor escucho
En el ámbito inmenso del espacio,
Que separa el profundo, el alto cielo
De la tierra infeliz!—¿Serán los génios,
De luto y llanto, y de perenne duelo,
Que tristes gimen en la noche oscura...?
¡Ah! ved las sombras que en los vientos vagan
Murmurando el pesar que los abate!

¡Noche de tempestad!!! ¡Noche terrible,
En que el fiero huracan sus alas bate,
Y esparciendo el pavor y la amargura,
Ruge, y parece que amenaza el orbe,
En su cólera ríspida y horrible!!!
Oyese el ronco estruendo de los mares
Estrellarse en las rocas: y en los bosques
Crugen las altas corpulentas ceibas,
El cedro erguido, y la flexible caña:
Todo presagia confusion y espanto,
Todo me anuncia destruccion y azares
De crecida desgracia á Cuba extraña.

¡Y cómo es cierto...! Su Pastor insigne.
De paz y caridad apóstol santo,
El benéfico ESPADA...! ya no existe!
Vierte la Habana doloroso llanto
En torno de la tumba, inconsolable;
Y nunca fuera para mí más triste,
Ni del ciprés la sombra funeraria,
Ni la muerte de un héroe deplorable.

¡Perenne bienhechor...! por treinta abriles
Fué la delicia de su aprisco amado,
Volviendo con su blando y dulce silbo,
Antes que con la honda, á los rediles
La oveja que se hubiere descarriado.

En borrascosos tiempos la bonanza
Siempre brillára en su serena frente,
Y la frágil y humilde navecilla
En que cifra el cristiano su esperanza,
Combatida de duros aquilones,
No pereciera en las revueltas olas
Por su sabio gobierno diligente.

Monumentos grandiosos, ved, debidos
A su innata franqueza, que publican
Sus hechos de virtud esclarecidos:
El huérfano, y la viuda desolada
Nunca tocaron á su puerta en vano,
Sin que fuese su angustia consolada;
Y ¡cuántos en secreto socorridos!!!

Mirad las ciencias y las bellas artes
De su cumplida proteccion deudoras,
Llorar á un tiempo juntas
De su antiguo Mecenas generoso,
Y excelente varon de nobles partes
La irreparable pérdida tremenda.
Que á la ya culta enriquecida Habana
Abrió de ilustracion la ansiada senda.

Empero, ¿á qué buscar materia al llanto
Si la presente sola dá bastante
Asunto á mi dolor?
En tal quebranto,
Tú solamente, Religion divina,
Darás conformidad á un pueblo inmenso,
Que ante tus aras la rodilla inclina,

Y en ellas quema su fragante incienso
Al Hacedor del mundo reverente.
«Como raudal benigno
Manso vaga entre márgenes de flores
Modesto y cristalino,
Y de todos colores
La pradera matiza;
Tal su vida inocente se desliza.» (*)
La paz del justo viérase esculpida
En su terrible faz resplandeciente:
Diérale amor cabida
En nuestros corazones
Por su mérito puro y eminente,
Y más que nunca ahora
Que en el Empíreo con los buenos mora.
Ninfas del Almendares lastimosas
Pulsad las cuerdas del laud sonoro,
Y rasgad las nevadas vestiduras,
Y la corona de jazmin y rosas;
Lamentando en acorde triste coro
De mi patria las ciertas desventuras.

(*) Mora. *La muerte del justo.*

ENDECHAS.

I.

Á LA MUERTE DEL DOCTOR DON RAFAEL GONZALEZ, ACAECIDA EL 20 DE MARZO DE 1827.

Fatal verdad!... no existe
GONZALEZ... ni disfruta
La Habana el sér amable
Que olvidar podrá nunca:
Cual Iris que la calma
Al mortal asegura
Despejando las nubes
Que la borrasca anuncian;
Así con sus talentos
Solazó las angustias
De su pátria querida
En tempestuosas dudas:
Su consejo fué el norte
Que designó la ruta
De acierto en la justicia
Y de la paz augusta:
Su mérito modesto
Fué la admirada escusa
Al premio que le diera
La gratitud más pura.
La amistad le ofrecia
Sus distinciones justas,
Y hoy su pérdida llora,
Y sus lares enluta!...
¿Y tan almas virtudes
A la parca sañuda
No embotaron el filo?
Parca cruel!... Parca injusta!...
¿Así nos arrebatas
Al que fué la ventura
Del pobre desvalido
Que humilló la fortuna?...
Al sábio que de Astrea
Gozó confianza suma...
Al oráculo nuestro?...
¡En vano Parca triunfas!...
Pues *Valle* con el plectro
La blanda lira pulsa,
Y á los siglos encarga
Su póstuma ternura:
GONZALEZ, tu memoria
Aras volvió la tumba,
«A los célebres hombres
Morir vedan las musas.»

II.

Á LA MUERTE DEL SEÑOR REGENTE DE LA REAL AUDIENCIA DEL DISTRITO DON JOAQUIN BERNARDO CAMPUZANO, ACAECIDA EL DIA 28 DE AGOSTO DE 1827.

Demisit lacrimas, dulcique adftus amore est.
Virg. Æneid. lib. VI.

Una mañana alegre
De fugaz primavera
Es del hombre querido
La feliz existencia:
Sus dias son cuidados
Por la amable inocencia
Y sus plácidos sueños
Ningun temor altera:
¡Dulce premio del justo,
Que en su vivir consuela
Como el árbol frondoso
En calurosa siesta!...
Sus horas nos halagan
Cual á las flores tiernas
Las del céfiro blando
Cuando aurora despierta...
CAMPUZANO vivia
Con encanto de Astrea,
Amado sin recelo
En su virtud y ciencia:
Yo lo ví... en torno suyo
La infeliz indigencia
Lo aclamaba por Padre
Por Juez y por Mecenas:
Afectuoso cual sábio
Fué Tito en la clemencia,
Caton en la justicia,
Sócrates en pureza:
La poesía culta
La Vénus de las Letras
Todas las bellas Artes
Favores le debieran.
¿Y CAMPUZANO muere?...
Y de la fatal deuda
Con que los séres nacen
Y á la nada condena...
¿No pudo libertarse?
¿Qué fueron de Minerva
Los lauros? ¡Qué! ¿No valen
A la Parca funesta?...
Pero valdrán al tiempo...
Su rápida carrera
Al estro de las Musas
Por siempre se sujeta:
De CAMPUZANO el nombre
Se oirá en ara eterna
Que justicieros siglos
A la virtud elevan.

ELEGIA.

Á LA MUERTE DEL PRESBITERO, DOCTOR DON MANUEL GARCIA, CATEDRÁTICO EN EL SEMINARIO DE SAN CÁRLOS, ACAECIDA EL 31 DE AGOSTO DE 1827.

No las guirnaldas de jazmin y rosas
Han de ceñir mi sien... Lo quiso el hado,
Y el alma triste en su dolor se aduerme
Muy más que con alegre y dulce canto.
Mis dias, atended, plácidos fueron
Cual los del ave en los floridos campos
Do su patria, su nido y fuente viera,
Sin recelar del tiempo los amagos.

Yo lo decia... De un amigo tierno
Soy quien gozo la fé. Consuelos gratos
Y dogmas de virtud, amor y ciencia
De sus labios pasaron á mis labios,
Y en mi pecho serán más que en el bronce
De hábil artista fúlgido grabado,
(La gratitud no tiene vencedores)
El los supo imprimir; y yo guardarlos.
La parca en tanto, con adusto ceño
Lo mira de su sér en el espacio:
Lo asalta, tiembla; pero *ya es la hora.*
Tronó, el golpe en GARCIA descargando.
Ni valieron las lágrimas piadosas
De un padre en senectud, ni de un hermano,
Ni los ruegos fervientes de sus lares...
Perdido, en valde, fué lamento tanto.
Por do quiera dejará angustia y duelo
Con el funesto triunfo: mas en vano.
El justo, el sábio que al sepulcro llega
Querido vive á luz de mejor astro:
En alas de los siglos sostenido
Sus méritos se ven de olvido á salvo.
GARCÍA vivirá. Que alumnos fieles,
Repiten con honor su nombre caro;
Flores que con el riego de sus dones
A las ciencias nacieron y lo amaron...
Los votos y suspiros inocentes
Que de su seno parten, escuchadlos.
Van á la soledad que el eco vuelve:
Vuelan en derredor del lugar santo
En donde blanda le será la tierra,
La postrer vez sus deudos exclamaron.

Ellos son de amistad ofrendas puras:
Ellos hacen y cuidan su epitafio.
A tus manes, GARCIA, honoren siempre,
En su silencio y perennal descanso
Y al cielo plazca que los tiempos sean
De tus virtudes y memoria esclavos.

ROMANCE.

Ay! diérame un tabaco
Antonio el de la vega,
Aquel de junto al rio
Que nuestra estancia riega:
Tomélo complacida,
Pedíle la candela,
Y él con su propia boca
Lo enciende y me lo entrega:
Fumélo y desde entonces
No sé lo que desea
Mi corazon cuitado,
Pues late de manera
Que salirse del pecho
Paréceme que intenta.
Ay! madre, aquel tabaco,
Sin duda, la sitiera
Donde Antonio visita
Se lo ha dado. ¡Qué pena!
Oh! qué desasosiego
Me causa sólo verla.—
—Calla, que esos son celos,
Y amor aquello fuera.

Illmo. Sr. Dr. D. Manuel Gonzalez del Valle y Cañizo.

Nació en la Habana el 16 de Octubre de 1802.

En el Real Seminario de San Cárlos, estudió latin, retórica y filosofía, y segun la biografía del Sr. Calcagno, fué discípulo del ilustre maestro Pbro. D. Felix Varela.

En 1819 por su probada competencia, se le designó para pronunciar la oracion inaugural del año académico, lo cual hizo en latin, obteniendo entusiastas celebraciones de personas tan doctas como las que abrigaba en aquella época, que bien podemos llamar el siglo de oro del saber en Cuba, el citado Seminario.

Alcanzó nota de *nêmine discrepante* en su grado de bachiller.

Pasó luego á la Universidad y se recibió de abogado el 2 de Junio de 1822. El 24 de Junio de 1824 de doctor en filosofía. El 26 de Setiembre de igual año de doctor en leyes.

Fué en la Real y Pontificia Universidad, Catedrático por oposicion del Texto Aristotélico.

Es el Dr. Valle uno de los cubanos más laboriosos, y que más útiles servicios hayan prestado á su país.

En la Universidad, desempeñó interinamente la cátedra de *Prima de Leyes* desde el mes de Setiembre de 1823 hasta Junio de 1825, y la de Moral desde Abril de 1840 hasta Octubre de 1842, en cuyo año, planteada la reforma universitaria quedó como decano de la facultad de Filosofía hasta 1856 que el Capitan General D. José de la Concha desviándolo de la enseñanza, objeto predilecto de todos sus afanes, lo dedicó á las tareas no ménos útiles cuando se confian á un hombre de su probidad y talento cuales son las de la gobernacion de un pais. Innumerables servicios son los del Dr. Valle interviniendo en los complicados asuntos de Gobierno, y así le vemos asesor de la Comision Militar, trabajando en la redaccion del Bando de Buen Gobierno y Ordenanzas Municipales, Fiscal del Juzgado de Bienes de Difuntos, Vocal de la Junta de Gobierno de la Beneficencia pública, Consultor del Capitan General, Jefe de Seccion del Gobierno Superior Civil y Secretario por último.

En nuestro Ayuntamiento fué Regidor desde el 23 de Abril de 1847 hasta el 9 de Agosto de 1854.

Ha sido Alcalde Mayor interino, y en Enero de 1862 fué nombrado Consejero de Administracion.

Muy jóven ingresó en la Real Sociedad Económica, donde tambien ha prestado eminentes servicios: fué Secretario de la Seccion de Educacion y vocal de la de Historia, interviniendo en 1830 en la publicacion de la obra de Arrate.

Su nombre tambien figura en el asunto de la *Academia de Literatura Cubana.*

En 1840 fué nombrado sócio de mérito, y en 1879 Director de la mencionada Corporacion que así quiso demostrar su reconocimiento á uno de sus más antiguos y beneméritos amigos.

Perteneció á la Real Academia de Jurisprudencia Teorico-práctica de San Fernando de la Habana.

En sus juveniles años, el Dr. Valle, entusiasta fervoroso por la literatura y favorecedor de cuantos á ella se consagraban, escribió algunas poesías que pueden verse en los periódicos de aquel tiempo.

En 1827, publicó su *Diccionario de las Musas* (1), libro interesante que dedicó á la juventud habanera, y que es una demostracion de su excelente gusto literario, no tan sólo evidenciado en el acierto y fina crítica en la eleccion de modelos, sino en los juicios que se emiten, y en las animadas descripciones de puntos mitológicos hechas con correctísimo y dulce lenguaje (2).

El Dr. Valle, con D. Ignacio Valdés Machuca, dirigió á Plácido en sus primeros ensayos poéticos, y fué siempre el consejero y amigo de cuantos entre nosotros en aquel tiempo se distinguieron por sus méritos literarios.

No se han reunido sus obras, y resulta con el Sr. Valle, lo mismo que hemos expuesto en la biografía de su compañero y amigo el tierno *Desval.* Hay que recorrer considerables colecciones de periódicos y revistas para dar con algunas.

En la publicacion literaria titulada *Brisas de Cuba*, tomo segundo, página 84. se insertó su discurso de despedida á sus alumnos en la cláse de Lógica. En el tomo quinto, página 170 de la *Revista de la Habana*, primera série, el pronunciado al terminar su curso de Moral.

Como filósofo ha alcanzado alto renombre el Sr. Valle, y nos referimos á los que asientan en sus obras personas tan autorizadas como los Sres. Mestre (3), Rodriguez (4) y Suarez y Romero (5).

Es indispensable para el perfecto conocimiento de la historia literaria de Cuba el estudio de la controversia filosófica sucitada en 1839 entre Luz, Ruiz, Funes, Varela y Valle, quien creemos publicó en 1840 una coleccion de artículos sobre Sicologia. No ménos lo son para aquel fin los de *Filolèzes* (Luz) (6).

Valle es Secretario honorario de S. M., desde 1850, y Comendador de las Reales Ordenes de Isabel la Católica y Cárlos III.

Los versos del Dr. Valle, se distinguen por su correccion y pureza, y han sido reproducidos en várias excelentes publicaciones de la Península y de la América Española.

---

(1) Diccionario de las Musas.—Donde se esplica lo más importante de la poética teórica y práctica con aplicacion de la retórica y mitología en lo que se juzga necesario. Redactado por el Dr. Manuel Gonzalez de Valle.—Nueva York: en casa de Lanuza, Mendia y C.ª Impresores libreros.—1827.

(2) Tiene el libro citado el siguiente epígrafe á la vuelta de la portada:

.....

Canto al *saber* sublime
Gozando en glorias mútuas
La Vénus de las ciencias
La Poesía culta.

M. G. D. V.

(3) De la filosofía en la Habana. Discurso por D. José Manuel Mestre, doctor en filosofía y catedrático de la misma facultad en la Real Universidad Literaria. Seguido de una carta inédita del Pbro. D. Félix Varela, y un artículo del Dr. José Z. Gonzalez del Valle.—Habana.—Imprenta «La Antilla».—Calle de Cuba nº 28.—1862.—Págs. 41-49-56-60-85.—Ver tambien la carta del P. Varela.

(4) Vida de D. José de la Luz y Caballero por José Ignacio Rodriguez.—Nueva York.—1874. —Cap. IX, pág. 96.

(5) Obras inéditas.—Coleccion del Dr. D. Vidal Morales.

(6) Impugnacion á las doctrinas filosóficas de Víctor Cousin. Primera parte en que se refuta su análisis del «Ensayo sobre el entendimiento humano de Locke por Filolézes.»—....*Mole ruit sua.* Habana.—Imprenta del Gobierno y de la Real Hacienda por S. M.—1840.

ENDECHAS.

Á LA MUERTE DEL SEÑOR AUDITOR DOCTOR DON RAFAEL GONZALEZ, ACAECIDA EL DIA 20 DE MARZO DE 1827.

«Tronó la Parca adusta
»Muerte, pavor y estrago,
»Este dia dó quiera
»Han de marcar mis pasos:»
Y como el ráudo viento
Que no mira útil árbol
Víctimas ansía, y triunfa
Virtud y amor hollando:
Y qué! ¿no existe el justo,
El afectuoso anciano.
El hijo de Minerva
Que mereció sus láuros?
Así el eco vagaba,
Cual en triste desmayo
De la noche se escucha
El ¡ay! de un desgraciado:
Vuelvo el recuerdo en torno
De mis amigos caros...
¿Quién será?... ¿Quién me falta?...
En mi congoja exclamo...
A mis dudas responde
Es GONZALEZ! el llanto...
Y llanto inunda mi alma
Al fatal desengaño:
Oh! quien habrá bebido
La ciencia de sus lábios,
En el postrer suspiro,
En el postrer letargo!...
Qué... ¿no es posible torne
El Sócrates cristiano,
Padre tierno y patrono
Del laurel y el cayado?
¿Ya no mas de su boca
El consejo de sábio
En las ciencias morales
Procuraré á su lado?...
¡A qué duro contraste
Me condenan los hados!
A dudar entre libros
De las sectas esclavos!...
Ah! lloraré en su losa
En dulcísimo pago
De los alientos nobles
Que recibí en su trato.
Y esparciré cipreses
Y mil fragantes ramos
Que embalsamen sus manes
Grabando este epitafio:
«Aquí yace GONZALEZ
»Honor del foro habano,
»La virtud y las ciencias
»Siempre juntas le ornaron:
»Viajero... si notáres
»Estos versos borrados,
»Su sentido liberta
»Del tiempo y sus amagos.»

CANCION MARITIMA.

EL DIA 24 DE JULIO DEL AÑO DE 1827.

Sí—murmura impeliendo mi nave
Blando mar, cuyas olas queridas,
Como amante, querellas sentidas
Y perennes suspiras sin paz:
¡Cuánto es dulce flotar en tus ondas!
De alto monte, que el sol lo fecunda,
Al ver plácida sombra profunda
Que recibe tu impávida faz.
Oh! las veces que alegre en tu seno,
En tu amor descansando tranquilo,
En mi nave gocé del asilo
Que no otorga la tierra infeliz!
Y soñaba mecido en tus olas
De la vida en el tránsito bello
Al lucir de la luna el destello
Y entre espumas al suave desliz.

El eterno que al mundo decora
Y tu sacro elemento tendido,
Hizo el Cielo brillante y lucido
Para el giro de estrellas sin fin:
Y que alumbren por tu alma llanura,
Y las ondas reflejen al cielo
Desde el polo terrible del hielo
Al opuesto lejano confin.

Libre, más—que el pensar de los hombres
Las soberbias armadas dispersas,
Y en tus llanos por vías diversas
Dejas ir á la guerra feroz:
O en mal hora de cólera henchida
Los mastiles y náufragos lanzas;
Que sujeta á celestes confianzas
De tu Dios sólo acata la voz.

De ola en ola te siguen los ojos
Y tus lindes procuran en vano,
Que no puede alcanzar el humano
De lo inmenso la gran majestad:
Mas ¡ay! lame la prora cortante
De mi nao cual sueles la playa,
Cuando el viento furioso desmaya
De la costa en la fiel soledad.

Cada espuma que entre ondas movibles
En la noche se muestra dorada
O de dia de plata acendrada
¡Qué recuerdos me trae de amor!
De mi patria tal oigo remedan
Ay! su nombre... sonido de gloria...
De improviso á tan cara memoria
Goza el alma divino dulzor.

Cual amante en su pecho agitado
Oye á veces el último acento
Que más gusto le diera y contento
De su dama á la vista postrer.
Así el nombre de *Habana* le oia
Al rumor de las olas solemne,
Cual un son de esperanza perenne
Para alivio, y halago y placer.

Aún estoy en tus mares, Antilla,
Flor preciada del gran Occeano,
Aún respiro el aliento lozano
De tus brisas, tu clima y verdor.
De *Cubitas* las cumbres se asoman
Como niebla de noche distante
Y la nave con prora constante
Me conduce del viento al favor.

CANCION AL TABACO.

Vuelve al lábio, sabroso tabaco,
De mi patria regalo querido,
¡Cuántas veces! de pena rendido
Por tu influjo consuelos probé:
¡Cuántas horas con dulce delirio
Del amor en los blandos deseos,
A tus humos, tus humos sabeos
Mis suspiros, mis ayes junté!

¡Qué sería del sábio afanoso!
Que entre libros fatiga su mente,
Quien su mágia disfrute, lo cuente
¡Ay, qué fuera del triste sin él!

Fumadores del orbe cantemos
Con acento más digno que á Baco,
La delicia del rico tabaco,
Que produce el habano vergel.

Dame, Lesbia, un tabaco encendido
Por tu boca que envidia la rosa,
No te niegues... enciéndelo hermosa,
Y á mí torna tu aliento, mi bien:
Qué te importa lo que hablen algunos
Yo soy tuyo; tú mia... callemos,
Y los dos alternando fumemos
Una vez, otra vez y hasta cien.

ODA,

Á LA MUERTE DEL EXCELENTISIMO É ILUSTRISIMO SEÑOR OBISPO DE LA HABANA, DON JUAN JOSÉ DIAZ DE ESPADA Y LANDA, ACAECIDA EL 13 DE AGOSTO DE 1832.

¿Qué congoja fatiga el alma ahora
Al luengo, triste, temblador tañido
Que da el cóncavo bronce
De mi patria en las torres suspendido?
Y atiende al son y llora
Como gime al oir el inocente
Fatal sentencia que su muerte manda...
¡Cuántos acorren al ameno sitio
Con ávido deseo,
Donde otros dias la habanera gente
Delicia gozó blanda
De aires, vegetacion y de recreo!
Vaga rumor infausto así creciendo
Cual suele tempestad del Oceano
A los impulsos de huracan tremendo—
Por breve espacio que pasó liviano
Mansa la brisa cede; el sol se fija,
Las palmas no se mecen,
Reina calma prolija...
Cual hoja, cual flor cae.—¡Vana esperanza!
Murió ESPADA, *murió el Pastor ilustre,*—
Suena improviso el éter, y la esfera
Pierde su hermoso lustre
Y las galas, el campo y primavera.
Con ojos anhelantes
Su grey le busca.—¿Dónde, dice, dónde
Nuestro Pastor está? Qué! no cual antes
Nos apacentarás?... ¿Así nos dejas
En lúgubre orfandad? ¡Ay! no responde!
Cierto! espiró! Derrámense las quejas
Del flébil pobre, de la casta viuda
Porque la muerte les llevó el consuelo
Del magno Sacerdote
Que con bondoso, puro, ardiente celo
De caridad cristiana,
Sin cesar ejerció la augusta dote.
Al ¡ay! doliente agrega la memoria
Lo que fué por el público provecho,
Su fomento al saber y su alta gloria;
¡Digno entusiasmo de su noble pecho!
¿Quién como tú, Pastor esclarecido,
De Almendáride vate
Lográra nunca el himno sonoroso
Vencedor de los tiempos y el olvido?—
Pero hoy qué es de su voz? Su estro rotundo
No oiste del que en verso numeroso
Por tí cantó de inspiracion movido
Cómo pasan las glorias de este mundo.
Zequeira ¡Oh triste acuerdo! Cual enlazo
Con mi dolor tu nombre...
Y vosotros, recintos de San Cárlos,
Donde la juventud raudales puros
De ciencias y moral á un tiempo bebe,
Mostrad á quien se debe
La fama que cuidais del bien seguros,
Quién osará negarlos?...
—Ya la noche
Las sombras melancólicas tendia
Y la modesta luna
Como el alma del justo en la tristeza
Con resignada faz aparecia...
Aun junto á las columnas
Cabe el palacio quedan
Quienes ansían solícitos la entrada...
Las puertas se abren... Una tumba vése
De antorchas funerales decorada
Y allá el Pastor, y el báculo, y la mitra,
Y el anillo sagrado de su Iglesia,
Cuyo plañido la viudez publica.
Sí! Miradlo... ESPADA es! Hay en su frente
Como en los rayos últimos del astro
Que se oculta en los mares de Occidente
Reflejo de quien fué...
Vil inhumano
Se llame quien sus beneficios niegue
O con acento insano
Su alta opinion á desdorarla llegue.
Mas no la ira se mezcle en duelo tanto...
Lágrimas sólo y oraciones pías
Alivien el quebranto
De aqueste mundo en los instables dias.

SAFICOS-ADONICOS.

AL MISMO ASUNTO, LA NOCHE DE SU SEPULTURA EL 16 DE AGOSTO.

Grato respiro en las congojas crudas
Bálsamo suave al corazon herido,
Solaz del hombre que el pesar abate
¡Lágrimas tiernas!

El feudo santo, candoroso y puro
Sobre esta losa funeral, helada,
Pagad por siempre de ternura llenas
A ESPADA ilustre.

La sombra móvil del ciprés umbrío,
Trémulos rayos de lucero y luna,
Húmedo ambiente, solitaria calma
El llanto acogen.

Pavor augusto dentro en mí se alberga
Y oculta siento la secreta mágia
De este recinto, dó recuerdos vagos
Cual nubes veo.

Ay! los de ESPADA... no serán expuestos
A vil olvido, que con lazo de oro
Pendiente lleva en las eternas alas
Su nombre el tiempo.

Callada noche, si mis versos oyes
Como el suspiro del mareante triste
Túrbida nunca á su sepulcro niegues
Luz de tus astros.

Ni ruja en torno el huracan furioso,
Y tus rocíos el rosal fecunden
Que los queridos adorados restos
De ESPADA encúbren.

ODA

AL IMPORTANTE PROYECTO DE UNA NUEVA CÁRCEL EN LA HABANA, CONFORME Á LAS LUCES DEL SIGLO.

Alza, RAMIREZ, de la infausta tumba,
Despejada la frente,
Que en otros dias la ignorancia inmunda,
Mal pagando tu ardor puro, eminente,
Con el pesar sombreó.—Mira la Habana
Tu nombre bendecir y tus desvelos,
Como bendice el hombre la mañana,
Cuando el alba decora de los cielos
El espléndido azul con oro y grana;
Y del lecho dejando la delicia
Vuelve en inquieta vida á la esperanza
Que con ricos presagios le acaricia.

¡Y tú tambien, Pastor idolatrado,
Defensor de los fueros de la Iglesia
Que rigió tu suavísimo cayado
Desde la márgen de Almendar fecundo
Hasta el sonoro Sagua! Entre la nube
De la alta eternidad que tu faz vela,
Los ojos vuelve á la region querida,
Dó fué tu gloria consagrar la vida
Al comun bienestar.—Las bellas horas
de gratitud llegaron y arde pura
La civil, la sagrada simpatía
Por cuanto digno de los hombres sea;
Que odio santo á las hidras turbadoras
Del bien universal y alta ventura
Juró la ilustracion en ara pía.

Salve! manes ilustres, ved gozosos,
Que espectáculo ofrece un pueblo culto
Por vuestro afan al bien encaminado,
A los gratos acentos generosos
Del cortés RICAFORT. Con noble agrado

La ardiente juventud, el padre anciano,
La honesta esposa, el huésped extranjero
Consuelo, dicen con candor ufano,
Clemente el cielo brinda al habanero,
Despues del llanto que nubló sus ojos;
Pues como chispa que el templado acero
Brillante saca al pedernal compacto,
Obstáculos venciendo
Con mente bienhechora y voz hidalga
Próvido RICAFORT al pueblo dijo:
«Nueva cárcel habrá, de dó el incauto
»Si leve culpa cometió indiscreto
»O el mísero mortal que en crímen cae
»Cumplido el plazo sin virtud no salga
»Ni turbe el órden del social respeto.»

Castigo al crímen, dignidad al hombre
Latiendo el corazon repite el alma;
No mas, á humanidad escarnecida
Con asqueroso andrajo, macilenta,
Ceñuda, desgreñada
De sed y de hambre, sin dormir, transida,
En los tediosos ámbitos oscuros
Errando como espectro de la noche,
Me presente la escena truculenta:
Ni en el recinto de los nuevos muros,
Cual hoy, por mal y mengua!...
Al sonar el cerrojo ponderoso
Se oiga el audaz insulto
De osado capataz, feroz, inculto,
Nutrido en la ignominia
Que ruin ostenta su rigor calmoso...

De tanta empresa al eficaz empeño
Que adopta altiva la moral profunda,
Propicia la opinion oyó los votos,
Y sacudiendo el indolente sueño,
De la desidia vil los nudos rotos
Con áureo lampo á RICAFORT circunda.
El poderoso númen
Mueve la emulacion del patrio fuego
Y no en vano demanda el noble brío
Y nativa largueza...

Acorran luego,
Solícitos del público servicio,
Los que ven el preciado poderío
De la obra excelsa en la comun mejora,
Y alienten firmes con feliz auspicio
El afan y constancia triunfadora.

¡Oh refulgente sol!... Dado me sea
Ver que tus rayos de salud y vida
Doren el suspirado monumento,
Dó en perenne taréa,
Sin el sudor del bueno,
Rescate ansioso la moral perdida
El culpable con útil escarmiento.

«Nos parece digna de generalizarse la lectura de estos versos, tanto porque contienen rasgos »apreciables de poesía y de moral pública, cuanto por su laudable objeto, digno tambien de ser to»mado por modelo en muchas de nuestras ciudades principales á favor de la humanidad, doblemen»te desgraciada por los crímenes y flaquezas que la reducen á un encierro más ó ménos prolongado, »y por las circunstancias de éste, en algunas de nuestras cárceles bastante deplorables.»—Así se explicó el *Diario de Sevilla* del 24 de Diciembre de 1832 al reproducir esta composicion, de un Abogado habanero, en las columnas de su papel.

José Cornelio Diaz.

(SADI.)

Si la empresa que hemos acometido tiene sumas dificultades que allanar y vencer para verse realizada de modo que corresponda á lo que debe ser una obra de tal índole; si no son pocas las amarguras que se experimentan en su ejecucion y tampoco dejaran de ser harto dolorosas las que al autor aflijan despues de terminada, así como no hay dia sin aurora, tampoco pueden faltar al que inspirado en altos sentimientos de amor patrio, pretende levantar este humilde monumento á las musas cubanas, momentos de íntima satisfaccion y dias de bien templadas alegrías.

Tendrá toda su vida como uno de los más gratísimos, el que esto escribe, aquel en que conoció al poeta de que va á ocuparse, D. José Cornelio Diaz.

Es ya un anciano venerable y es tan modesto y amigo de la soledad cual lo fuéra en su juventud.

¿Quién en nuestros dias le conoce como poeta?...

Pues sépase que el Sr. Diaz lo es con muy legítimos títulos, y por cierto que sus versos, por su estructura y correccion no son de los que eran ménos admirados en la década de 1830 á 1840, aunque hayan dejado de mencionarlos en sus trabajos acerca de la poesía en Cuba, el Dr. D. Ramon Zambrana y los señores Editores de «Cuba Poética.»

Ahí están como pruebas, sus poesias en la *Aureola Poética al Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa por las Musas del Almendares* (pág. 21), y en la *Corona Fúnebre* á la memoria del Obispo Espada (págs. 59 y 99).

¿Quién entre nosotros conoce hoy el precioso tomito que publicó en 1840?... No habrá quien lea ese libro (1) y las producciones que publicamos, que no discierna á su autor el glorioso dictado de poeta. Buen gusto, inspiracion, nobleza y moralidad en los pensamientos, son dotes principalísimas de los cantos de D. José Cornelio Diaz, que nos sentimos orgullosos en contribuir á salvar del olvido á que su extremada modestia los tenia condenados.

Diremos algo de su vida.

Finalizaba el primer tercio del año de 1810: vivia en Guanajay una familia de

(1) Poesías de D. José Cornelio Diaz.—Habana.—Imp. Literaria.—Calle de Cuba bajo el convento de San Agustin.—1840.

costumbres patriarcales, compuesta del padre, la madre y ocho hijos; el mayor llegaba á la pubertad, la menor era una niña en los primeros meses de lactancia.

El padre, D. Cárlos Diaz, dechado de honradez y laboriosidad, cayó herido de una pleuresia fulminante, muriendo con una santa resignacion cristiana, demostracion de los sentimientos religiosos de toda su vida.

Esta desgracia y otros atrasos en la familia, vinieron á reducirla á estrecheces que combatia la madre, Dª Fabiana de Castro, mujer heróica y cristiana que agrupó en torno suyo á sus hijos como la gallina á sus polluelos y con el calor de su cariño y cuidados logró salvarlos, haciendo de ellos miembros útiles á la sociedad que trasmitieran á sus descendientes la tradicion honrosísima ya legendaria de sus antecesores.

Era uno de los hijos nuestro poeta; el tercero de los ocho, nacido el 16 de Setiembre de 1801.

Aprendió de su hermana, niña tambien, el abecedario, que ésta habia aprendido de su madre. Aquella niña, es hoy la ilustrada y virtuosa maestra, Dª María de la Merced Diaz, que ha educado dos generaciones en Guanajay.

A los siete años, el futuro maestro y poeta ayudaba misa al Pbro. D. Juan de Dios Maldeo, que segun Diaz habia sido maestro en Villa-Clara, pero del cual no recibió instruccion alguna que no fuera la que aquel ejercicio se referia.

Con estos principios y en un pueblo, tal cual era en los albores del siglo, Guanajay, sintió José Cornelio Diaz nacer en sí el ardiente deseo de saber que no debilitaron nunca los escasos medios que para su noble ambicion allí pudiera proporcionarse ni los obstáculos que en no pequeña escala se le presentában.

Frecuentó algo la escuela de Guanajay que dirigia un anciano llamado D. Mariano Nuzet, que no carecia de instruccion y método, nos dice Diaz; pero donde más aprovechó, segun refiere, fué bajo la direccion de un inmigrante peninsular, que sin admitir retribucion alguna, reunia y dába lecciones á una docena de niños en una habitacion anexa á la parroquia. Este sugeto, reputado por bastante instruido, se llamaba D. Joaquin, no se sabe si Aparisi ó Aparicio, y su retiro en aquel pueblo obedecia á causas desconocidas.

Con él aprendió Diaz á traducir medianamente el latin.

Puede decirse que lo que precede fué todo lo que el poeta aprendió de otros. En lo sucesivo, todo lo debió á sí; á su amor al estudio y á su perseverancia. Al pasar de la adolescencia, se le encuentra acompañando á una ilustrada persona, falta de vista, que le ocupaba frecuentemente en lecturas; era ésto por el año de 1820, cuando nuevos quebrantos le hicieron variar de vida para entregarse enteramente al trabajo, aunque sin olvidar por eso sus amados libros y sus predilectos estudios. Como medio de ensanchar la esfera de sus conocimientos, reunia en sociedad á jóvenes estudiantes, logrando así, si no oia á sus maestros aprovecharse de las lecciones casi como si las oyese, sirviendo á algunos de aquellos de útil auxiliar.

José Cornelio Diaz habia tenido desde muy temprano dos vehementes aficiones: la primera por la enseñanza, que niño todavía no le faltó en quien emplearla; la otra muy comun en Cuba á todo el que estudia, la poesía. Por la primera, resolvió consagrarse al magisterio, y ¡qué vida tan laboriosa la suya en esta espinosa carrera!

El año de 1825, despues de un riguroso exámen é informe favorable y honorífico de la Seccion de Educacion de la Real Sociedad Económica, obtuvo del General Vives el título de maestro, estableciéndose como tal en la escuela del pueblo de Jesús del Monte donde permaneció hasta 1828. Pasó luego á la del barrio de la Salud, de esta ciudad; más tarde hizo oposicion á la de Güines, obteniendo honrosa calificacion en los ejercicios literarios.

En 1836 se le concedió la direccion del Colegio gratuito de Santa Cristina, en San Antonio de los Baños: en 1837 volvió á la de la Salud; en 1839 tuvo á su cargo la direccion del Colegio titulado «El Tiempo»: en 1841 obtuvo en concurso público la escuela gratuita de Guanajay. En 1842, se le nombró para dirigir la escuela del Departamento de Niñas de la Real Casa de Beneficencia, á la que se le unió en 1846 la de varones adoptándose en ambos establecimientos, segun un documento que tene-

mos á la vista, «las útiles reformas que para el adelanto de los hospicianos propuso »Diaz y cuya educacion moral y religiosa miraba con solícito empeño.»

Diversos cargos más ha tenido en su larga y benemérita carrera en el magisterio, harto mal recompensada entre nosotros; sin premio ni estímulo, rodeada de muchas penas, no halagada ni por el amor de la gloria que á veces puede compensar las duras pruebas que en la vidá se sufren en las contínuas luchas de la inteligencia contra la ignorancia.

El venerable anciano, con más de medio siglo de maestro, dirige, todavía hoy, la escuela municipal del Barrio de San Lázaro, pasando por todas las estrecheces y vicisitudes porque pasan los profesores de enseñanza en nuestros angustiados dias.

Otro anciano, tambien por siempre memorable en los fastos de la enseñanza en Cuba, el Dr. D. Juan Francisco Chaple, Secretario que fué de la Comision Provincial de Instruccion Primaria, así juzga á Diaz: «En los informes de las respectivas »Comisiones sobre exámenes y visitas á los establecimientos dirigidos por este bene»mérito profesor, sólo se encuentran motivo de encomio acerca del buen estado de la »enseñanza de sus alumnos, debido á la instruccion de D. José Cornelio Diaz, á su ce»lo y constancia en el desempeño de sus obligaciones, á su larga y provechosa expe»riencia: aparecen entre los papeles, apreciables trabajos de Diaz sobre materias de »enseñanza primaria, escritos acerca de diversos temas que le fueron presentados; me»reció repetidas veces que se le nombrára juez para el exámen de aspirantes al Ma»gisterio, así como para el exámen y calificacion de algunos tratados, mereciendo »siempre sus informes la aprobacion del Cuerpo: ha sido autor de varias obras de »educacion, algunas de las cuales ha publicado con general aceptacion, ratificando »de este modo el justo y buen concepto que se merece y de que goza en esta Comision »Provincial como uno de los más dignos entre los profesores por la sólida instruccion »que reune á su ejemplar moralidad, por su inimitable constancia, por sus dilatados »y apreciables méritos y servicios á favor de la causa de la enseñanza.»

Como literato, sensible és, que el Sr. Diaz no coleccione sus escritos y los dé á luz.

Si correctos y de buen gusto son sus versos, su prosa és en todo esmerada y la elevacion de las ideas y la moralidad de los pensamientos cautivan el alma.

Acabamos de leer un precioso librito (1) que nos hace juzgarle de tal modo. Las dos dedicatorias que contiene á la memoria de sus hijas Carlota é Isabel estan escritas con la dulce y melancólica inspiracion de Silvio Pellico. «¿Las virtudes domésticas, las virtudes cristianas—dice,—merecen ménos elogios que las políticas?—sea para los que no crean que la moral individual es la base de la moral pública; mas no para tu padre, que reconociendo en tí los puros destellos del génio, quiso cultivar ménos las prendas del entendimiento que las del corazon (2).»

Los *Rasgos Morales* que dedica á la memoria de su hijo Luis, y que están al final del libro á que nos referimos, son una coleccion de máximas bellísimas, demostracion de los sentimientos religiosos de Diaz y de su profunda filosofía cristiana.

Casado desde el 24 de Setiembre de 1827, con Dª Serafina Cruz Silvera, ha celebrado en igual fecha, 1877, sus bodas de oro.

Tocando ya al octogésimo año, espera acabar sus dias formando como en su comienzo, un grupo compuesto de su esposa é hijas, esos objetos queridos que son su apoyo y su consuelo, y que no sabe cómo serán acogidos en su orfandad por el país á que ha consagrado tan noblemente su vida. Dos de sus hijas, Dª Rosa de Jesús y doña María del Cármen, son profesoras de instruccion primaria en cuyo ministerio se ocupan con honra y aplauso de cuantos conocen sus méritos y virtudes.

---

(1) Coleccion de lectura agradable y útil á la juventud.—Editor J. C. D.—Villa hermano y Cª—Habana.—Imp. *La Proteccion*, calle de los Angeles, nº 32.—1863.

(2) Elena ó la jóven maestra.—A la memoria de la Srta. Dª Carlota Diaz.—Lib. cit.

EL JUICIO FINAL.

¡Qué humana voz pudiera
Al salterío sagrado
Cantar la postrimera
Edad, el universo transformado,
Vuelto á la nada todo lo criado!
¿Quién si no ilumina,
Como á profeta santo,
Su mente luz divina,
Alcanzára en sublime digno canto
Al hombre revelar misterio tanto?

De tu inefable suma inteligencia
¡Oh espíritu de Dios! un rayo dame
Con que del hombre la final sentencia
Y tu eterno poder, ¡oh Juez! aclame.

Un dia! Quién el velo impenetrable
De arcano tanto descorrer intenta?
Un dia que en su mente el inmutable
Oculto guarda, en esplendor se ostenta
Y su verbo, su amor que en inefable
Gloria entre los coros se presenta,
El ángel destructor delante envia
Que el fin anuncia á la humanal valia.

Su voz es la del trueno, á su sonido
La luz de la atraccion se desordena;
Mil soles chocan con tremendo ruido,
Ya con súbita calma se serena
El mar, ya se alza en hórrido bramido;
Los eslabones de la gran cadena
Se rompen con fragor; y al caos primero
Apresurado corre el orbe entero.

Oh que escena de horror! nada modera
Las iras del Altísimo ofendido.
Con densas nubes cúbrese la esfera;
La tierra tiembla: ¿quién podrá el gemido
El acerbo dolor, la cruda y fiera
Desperacion pintar, tanto alarido,
Tal confusion de voces y lamentos,
Al vacilar la tierra en sus cimientos.

Id por siempre, malditos, al averno
Que ha mucho tiempo os preparó el Eterno.

Venite benedicti &.
Ite maledicti &.

Cien y cien soles lánzanse hácia ella
De su inmóvil asiento ora arrancados;
No es empero su luz la luz tan bella
De aquel sol por quien fuimos alumbrados;
Que brillan como rápida centella
De espantoso huracan entre el nublado,
O con fulgor dudoso, semejante
Al de nocturno incendio flameante.

El toro muge ya su fin previendo,
Del agorero buho álzase el canto;
Vase acercando pavoroso estruendo,
Que á los tímidos pechos causa espanto,
Cuyo ronco bramido es más horrendo,
Infunde más terror, mayor quebranto
Que el choque de las olas furibundo
En la primera destruccion del mundo.

Tronó el espacio así, cuando igualarse
Quiso á Jehová Luzbel; á infausta guerra
El reino de la paz vino á entregarse,
La soberbia ambicion que el bando encierra
De espíritus ilusos vió agitarse,
Y el fiel arcángel denodado cierra
La rebelde falange, que humillada
Al tenebroso abismo fué arrojada.

Al ver el sol, la luna oscurecerse,
Y la inmensa creacion toda alterarse,
Y en su curso los rios detenerse,
Las estrellas del cielo desplomarse
Y la tierra en sus ejes conmoverse;
El soberbio en su ciencia osa fiarse:
Y del fin de los séres las señales
Quiere explicar por leyes naturales.

Crece el fragor y el desaliento crece
Del humilde y soberbio en miedo tanto,
Sin esperanza el ánimo fallece;
Ninguno exento queda ya de espanto
El hijo junto al padre aquí perece:
Del niño y del anciano igual el llanto
Todo es un ¡ay! confuso y un gemido
De un eco y ciento y miles repetido.

Allá de ardiente lava consumida
Gigante torre; entre montones de oro,
Echando ménos malgastada vida,
Un avaro perece y su tesoro:
Más lejos triste turba arrepentida
Alza el postrero compungido lloro,
Ofreciendo, aunque tarde, horrible ejemplo
Bajo la ruina de un sagrado templo.

En su lecho nupcial acá una esposa,
Cuando más la engañaba su deseo,
Y entre ilusiones se adormió gozosa,
Apénas la hacha enciende de Himeneo;
Vese luchar con muerte pavorosa,
Junto al cadáver mutilado y feo
Del amante consorte, que en fin duro
La vida acaba so abatido muro.

Y una madre, una madre lastimada
Que tierno infante contra el seno oprime;
¿A donde por salvarle irá cargada
Del peso amado? Ah! que en vano gime,
Le cubre con su cuerpo y sofocada
Piensa que al hijo de morir redime.
¿Y en qué otro pecho de sus males lleno
Restára compasion del mal ageno?

Rueda en los aires ondulante llama,
Como encendido rápido celaje:
Las aves dejan la querida rama
Que ya les niega sombra y hospedaje;
De la tostada selva el bruto brama
En veloz fuga... y donde del ultraje
Podrá escapar que todo lo arruina?
¿Dónde huir de la cólera divina?

No ya su mole de cristal el polo
Del intrépido nauta opone al paso
A algun bajel sin rumbo, errante y solo,
(Tal vez librado del primer fracaso),
Límpidas olas le ofreció con dolo
Y con deseo de ilusion no escaso
Prolongara el martirio la esperanza
Qué! ¿á dónde el fuego celestial no alcanza?

Su orgullo humilde al fin depone el lodo:
Ni envanecido en su saber ya duda;
Se esconde á todos de salvarse el modo;
Quien tiene aún vida ignora donde acuda
Todo es consternacion desórden todo;
Nadie encuentra ni puede dar ayuda:
¿Pero qué auxilio fuera suficiente
Contra el airado brazo omnipotente?

Sólo el bueno en su fé firme, confiado
Sin susto del Señor las iras siente,
En la total desolacion postrado
Perece, mas no tiembla el inocente:
Mientras el criminal cae azorado
Del rayo al estallar sobre su frente;
Que en la postrera general dolencia
Aún más teme el malvado á su conciencia.

¿Qué al fin el hombre mísero se ha hecho?
Dónde está su poder? El Soberano
Juzgador le confunde á su despecho;
El y las obras de su orgullo insano
En frágiles cenizas se han deshecho:
Los monumentos que elevó su mano,
Eternizar queriendo sus empresas,
Volátil polvo son, humo y pavesas.

¡Oh qué mudanza! ¿Es esta aquella tierra
Morada de las aves y las flores?
¿Dónde están sus palacios? ¿dónde encierra
Sus amenos jardines, sus señores?
Mientras vivieron, de ambicion la guerra
El pecho les aguija: mil errores
Hijos de las pasiones que los ciegan
A riñas sanguinosas los entregan.

En vano humanidad hollada impetra
Aún á sus mismos hijos acogida;
Horroriza su historia, cada letra
Es un borron de sangre denegrida:
Frio temor las médulas penetra,
El alma se confunde estremecida,
Al echar una rápida mirada
Sobre página tanta ensangrentada.

Desde Cain, del cielo maldecido,
Que la sangre inocente de su hermano
(Cuando ni el hierro fuera conocido)
Vierte arrastrado de rencor villano;
Larga série de siglos han corrido;
Siempre manchó la tierra algun tirano;
Desde el Nembrot antiguo y los Azures
Sus Gengis tuvo siempre y sus Timures.

¿Los himnos de la gloria, quién desprecia?
Cual meteoro eléctrico inflamado,
Desde un rincon oscuro de la Grecia
Un hombre se presenta arrebatado:
Estrecho el orbe á su ambicion aprecia
De virtudes y vicios un dechado
Todo lo arrastra, doma y atropella
Y desparece súbita centella.

De unas pobres colinas posesora
Pobres vecinos á robar empieza,
Y ya de cien imperios vencedora
Roma, se muestra ejemplo de grandeza;
Mirad un héroe, un César; la señora
De las gentes humilla su cabeza,
Y al que ingrato su patria subyugára
Ingratitud á muerte condenára.

El frenesí de libertad inunda
A Lutecia de sangre; roto el freno
De la razon, la muerte la circunda:
Un génio aborta de arrogancia lleno,
Los campos riega en sangre y los fecunda,
Cien tronos forman su escabel, sereno
Hasta el cielo se eleva, nada indulta
Y una isla remota lo sepulta.

Esa misma Lutecia presuntuosa
Que árbitra se juzgára ya del mundo,
De su ciencia y riquezas orgullosa,
Adormida en el cieno más profundo
De nécia vanidad; insultar osa
A Dios mismo: sumida en el inmundo
Abismo del error ¿cuál es su estrella?
Gemir de su opresor bajo la huella.

Así el débil mortal engrandecido
A costa de su hermano; el hierro lleva
Do quier la planta pone enfurecido;
Sin que el helado corazon le mueva
Del miserable el llanto ni el gemido:
Sobre sus tristes víctimas eleva
Monumentos fugaces á su gloria
Sólo ruinas conservan su memoria.

¿Acaso eterno el hombre ser creyera?
¿O eterna ser juzgara su morada?
En quiméricos sueños se perdiera,
Y sus proyectos absolvió la nada.
¿Quién tanto orgullo y ambicion le diera
A ese polvo que un soplo le anonada?
Quiso el Eterno y fué, quiere y feneco
Y como errante luz se desvanece.

Inmensa lava sulfurosa, ardiendo
Ved vuelto el mar: la atmósfera se inflama
Ya no se vé la garza el aire hendiendo
Ni á los cielos el ruego humilde clama:
Como lluvia los rayos descendiendo
La tierra es un volcan, inmensa llama
Los Himalaya y Andes allanados
Se convierten en lagos inflamados.

El eco ensordecido no responde
En las cumbres que al cielo se empinaban:
Ya reina el caos en el espacio, donde
Las antorchas eternas alumbraban:
Ya su lumbroso rayo sirio esconde:
Cuantas estrellas un dosel formaban
Al trono del excelso, derrocadas
Al antiguo no ser vense tornadas,

El primer dia de natura hermosa
Al Eterno sus obras complacieron:
Del átomo invisible á la radiosa
Fuente de luz su aprobacion tuvieron:
¿Por qué hoy las rinde en mano poderosa?
¿A tornar á su orígen hechos fueron?
El tan sólo inmutable permanece
Y su poder en todo resplandece.

Muéstrase en clara refulgente nube
De luz y gloria y magestad cercado,
El juez eterno en su presencia sube
El humo del incienso presentado
En áurea copa de inmortal querube:
Un serafin purísimo, sagrado
Pintar pudiera su mirar radiante
Y el divino esplendor de su semblante.

Tal se mostró en Tabor resplandeciente
Ante los tres discípulos queridos,
Sobrepujando al sol su faz luciente,
O cuando rodeado de escogidos
Que forman su pequeña grey naciente
El pecado y la muerte ya vencidos,
En nubes de zafir el éter hiende
Y á la diestra del padre en triunfo asciende.

El ejército de ángeles lumbroso
En otro tiempo de rigor armado
Contra Luzbel; hoy grave, respetuoso,
El lábaro divino enarbolado,
Que brilla cual un astro luminoso,
Le cerca, y alza en tono sublimado
El cántico divino de victoria:
«Al santo de los santos siempre gloria.»

Miguel *fuerza de Dios* allí parece,
Con la diestra que el rayo despedia;
Rafael igualmente resplandece,
El conductor augusto de Tobías,
Mas oh! que lleno de fulgor se ofrece
Gabriel, dichoso nuncio de María!
Todos en himno armónico, suave
Entonan á su reina el feliz Ave.

Vedla! En su faz belleza peregrina
Como madre del verbo la señala:
No el esplendor de estrella matutina,
Ni el sol naciente, su esplendor iguala:
A su presencia celestial, divina,
Plegada el serafin de fuego el ala
Admirado contempla á su Señora
Y de los tronos á la reina adora.

Reina eterno silencio, como cuando
Ninguno de los séres existía
Sólo el Gran Sér la inmensidad llenando
Su duracion sin límites seguia:
La trompa el ángel del Señor sonando
Se estremece de horror la raza impía:
Si su curso los astros aún siguieran
A su tronante voz lo suspendieran.

Del criador y destructor del mundo
Terrible inspiracion el pecho inflama:
Levantáos, ¡oh! muertos del profundo
Sopor en que yaceis: tres veces clama:
Del espacio repite tremebundo
El eco: Levantaos; el juez os llama
El momento llegó del final juicio,
Dichoso á la virtud; fatal al vicio

Ya los átomos ténues esparcidos
En que fueron los hombres transformados
O los huesos á piedras reducidos
En tiempos y lugares apartados,
Por atraccion secreta conducidos,
Todos acorren donde son llamados,
A cada cuerpo su alma reunida,
Cargada con los hechos de su vida.

¿Y quién podrá contar la prodigiosa
Muchedumbre de gentes y naciones,
Que á la voz del Señor corre medrosa
De edades tan distantes y regiones?
De cuántas no quedaron ni en dudosa
Memoria oscurecidos los blasones!
Ya no se visten con diverso traje
Ni en costumbres difieren ni en lenguaje.

El Señor á su siervo viene unido,
Y corriendo parejas en la suerte
El vencedor soberbio y su vencido:
Junto el atleta vigoroso y fuerte
El infante de fuerzas destituido:
Puso los hombres á nivel la muerte:
Y sin hacer de clases diferencia
Juzgarálos el justo por esencia,

¡El momento llegó, fatal, terrible!
Primero, eterno Dios, vuelve á la nada
Mi sér, que hallarme del pecado horrible
Con el borron!... Mi musa amedrentada
No acierta á proseguir. ¡La voz terrible
Del ángel otra vez! La consternada
Multitud por sus nombres señalando
Vála á diestra y siniestra separando.

Vé aquí el verbo de Dios, vé aquí el cordero
De cándido ropaje revestido,
Fácil siempre al perdon, mas hoy severo,
Y en justa venganza enardecido:
Tal como en Patmos se mostró primero
En vision al discípulo escogido;
Ocupa ebúrnea reluciente silla,
Y ángeles, hombres, doblan la rodilla.

¡Oh espíritu de Dios el encendido
Labio me dá, de tu profeta santo
Mi débil voz alienta y del ungido
Salmista presta el inflamado canto:
Así sólo podré del escondido
Secreto revelar misterio tanto;
El abrirse del libro de la vida,
De los precitos la fatal caida.

Silenciosos se ven hácia la diestra
Los santos de Israel; la paz hermosa
De la conciencia en su mirar se muestra:
Corónalos la palma gloriósa,
Ganada de virtud en la palestra:
El alto trono acatan: su radiosa
Luz á mirar se atreven sin turbarse
Y en ventura empiezan á gozarse.

Forman el escogido augusto bando
Jefes que padres de los pueblos fueron,
Y en cuyas manos se hizo amable el mando,
Los que á los desvalidos socorrieron,
Grandes que del poder nunca abusando,
Hermanos en los hombres sólo vieron;
Integros jueces que la ley sagrada
Apoyo hicieron de orfandad cuitada.

El sacerdote con sus limpias manos
Sus puros votos elevó á los cielos;
Los que en la afliccion á sus hermanos,
Pródigos dispensaron sus consuelos;
Hijos que con piedad á sus ancianos
Padres recompensaron sus desvelos;
La honesta vírgen; las esposas fieles
Héroes á quien virtud dió sus laureles.

Allí se vé al que mísero indigente
Soportó sus trabajos en la vida;
Lázaro, el que á la puerta del potente
Rico avariento, con su voz dolida
De la mesa del bárbaro inclemente
Ni áun la migaja levantó caida,
Como duró en el tiempo su memoria
Otro tanto le cubre inmortal gloria.

Llenan, en fin, el escuadron luciente
Electos coros de ínclitos varones,
Que á las leyes del padre omnipotente
Arreglaron viviendo sus acciones;
Tras ellos vá tambien el inocente
Con veste pura, angélicos blasones;
Sin lucha alcanza del combate el premio
Y de los santos cuéntase en el gremio.

¿Y quién mirar pudiera al otro lado
La tropa furibunda de precitos,
El horror en sus frentes retratado
La negra maldicion y los delitos?
Como ya no juzgarlos sentenciados
Al escuchar sus clamorosos gritos:
En su demencia ciega, arrebatada
Del Señor los confunde la mirada.

De los sucios deleites que probáron
Cuando en la fealdad de sus acciones
Como brutos sin rienda se gozaron,
Las rapiñas, perjurios opresiones,
Calumnias, cuantos perpetraron,
Como buitre voraz, sus corazones
La memoria cruel les despedaza,
Y con penar sin fin les amenaza.

La ambicion los persigue y los espanta:
Aquí como en la vida és su señora
Viendo al qué esclavo humilde con su planta
Vános hollaron, coronado ahora
De inmortal láuro, anuda su garganta
La venenosa envidia roedora;
Y como enjambre fiero de alimañas
Sin piedad se apacienta en sus entrañas.

La que acallára un tiempo hoy les provoca
Dura conciencia con punzante herida:
Atroz blasfemia con su impura boca,
En lodo y pez inmunda ennegrecida;
Vomita el impío con audacia loca,
De un error la ilusion desvanecida
Vé á su pesar: en su hacedor creyendo
Mas ya sin fruto, su justicia viendo.

Mientras de excelso trono el sacro verbo
Inspira al justo celestial dulzura,
Ruge de impío furor bando protervo
Del libro misterioso á la abertura:
Vergüenza inútil, cáusale el acerbo
Cargo del recto juez, que la futura
Eterna suerte, premio á sus delitos
Decreta al fin, diciendo: ID MALDITOS.

De las simas del báratro espantosas
Las férreas puertas se abren detonando
Y de furor las sierpes horrorosas
Sobre la frente de Satan silbando,
Mientras que multitud de almas dichosas
El trono del Eterno van cercando,
Entre los llantos y crugir de dientes
En el lago infernal hunden las frentes.

EL POETA DESGRACIADO.

Á SU TIERNA AMIGA.

Cuando en tu seno apacible
Tu amigo la faz reposa,
Sus penas duermen, las penas
Con que el destino le azota.
Así en árido desierto
De Arabia, tal vez la copa
De una palma en el oásis
Presta al viajero su sombra,
El oásis del desierto
De mi vida congojosa
Eres, la palma querida
Do al cansancio que la agobia
Halla el alma refrigerio,
Y de calma un rayo goza.
¡Qué no te debo yo, amiga!
La crueldad desdéñosa

De los hombres y su orgullo
La sociedad me hace odiosa.
En vano busco agradarles,
Disimulando sus locas
Pasiones, hasta sus vicios,
Sin derramar una gota
De la hiel que al pecho vierten
Sus pensamientos, sus obras.
Ni mis manos, ni mi lengua
Jamás su enojo provocan.
¿Mas qué vale, cuando ni oro
Ni distinciones, ni pompa,
Puedo ostentar; ni me arrastra
Rica, dorada carroza;
Ni mi pobre estrecho albergue
Los finos muebles decoran,
Con que la industria extranjera
Junta al provecho la honra?
Como la hoja batida
De arremolinadas olas,
Paso los míseros dias
De mi existencia: tú sola
Colmas de mi alma agitada
La borrasca tumultuosa,
Me haces amigas las penas
Y á la vida me retornas.
¡Si en el oscuro retiro
Do la paz contigo mora,
Do de todas las virtudes
Te ciño humilde corona,
Tender pudiese á tus piés
Del placer la blanda alfombra,
Hacer que entre dulces risas
Se deslizásen tus horas!
Mas nunca su faz me muestra
La fortuna halagadora,
Y cuando quiero ofrecerte
Flores tiernas y aromosas,
Entre mis trémulas manos
Se marchitan y deshojan:
Esta es la ley del destino
Que sin descanso me acosa.
¡Oh, si su yugo aflojase!
¿Quién no envidiára mi gloria?
La gloria de poseerte,
Que aún más mi deseo colma,
Que al ambicioso sus fajas
Bordados, cruces y toga;
Que al avaro las riquezas
Que desvelado atesora;
Más que al guerrero alto triunfo,
Y que al cautivo ver rotas
Las cadenas que le ataban
En negra helada mazmorra.
¿Y con tanto bien, la dicha
Sus entradas me acerroja?
Sí, porque al ver que recojes.
Espinas en vez de rosas;
Que el sólo premio á tus prendas
Es un pecho que te adora;
—Mas un pecho al que las cuitas
Cual buitres crudos devoran,—
El désaliento me oprime,
Y nuevas penas me ahogan;
Mientras tú, bella heroina
Sólo al verme llorar lloras,
Moderando con tu halago
La ánsia cruel que me acongoja
Ven, amiga; que á tu seno
Mi frente yerta se acoja;
Con su palpitar suave
La sangre á su curso torna;
Truenen los cielos, la tierra
Sus simas abra más hondas;
Si el postrer rayo me hiere,
Hiérame amiga á tu sombra.

LA PALMA Y LA BRISA.

Palma airosa que tu copa
Hasta los cielos levantas,
¿Eres de la paz emblema
O símbolo de la esperanza?
Tus anchas ramas en torno
Tiendes, y en ellas sus alas
La blanda brisa reposa,
Y con su soplo te halaga:
Ella es tu amante,—la rosa
Del ruiseñor la inconstancia
Llore.—En el fastuoso oriente
Su pena otro Sadi canta

En tiernos versos, que escitan
Al lloro sensibles almas.
En Cuba rica en amores,
Pobre en historia, no en fama;
En Cuba, la que belleza
Ni flores envidia al Asia;
Yo de la palma y la brisa
Que sus campos engalanan,
Cantar quiero en lira humilde
El amor y la constancia.
Vé, vé el Poniente; le viste
Leve tinte de escarlata:
Oyese blando murmurio;
Bate sus hojas la palma:
Es que el amante se acerca,
Y ella ondulando sus ramas
Abre el seno á recibirle,
Do inmensa dicha le guarda:
Bajo el pabellon de estrellas
Se gozan, y en feliz cálma
Los encuentra embebecidos,
De nuevos goces el alba.
Yo tambien amo, y mi bella.
En dulces nudos me enlaza,
Y con sus tiernas caricias
Correr en plácida calma
Hace las rápidas horas
De mi vida: asi sus aguas
Ve deslizarse un arroyo
Entre guijuela de plata
Y entre márgenes de flores
Que con sus versos le embriagan.
En tu sombra, palma amiga,
Al murmurio de tus ramas
Embelesado, me jura
Eterno amor y constancia,
Y cual te place la brisa,
A mi me place su habla,
Su dulce risa, y sus ojos
Con tierno mirar me embargan;
En tu tronco nuestros nombres
En feliz cifra se enlazan;
Tú nuestros votos escuchas,
Y eres el templo y el ara,
Donde por siempre al amor
Nuestros pechos se consagran:
Aquí un túmulo de césped
Nuestras cenizas aguarda;
Ni otra inscripcion ni otra losa
Ambicionan nuestras almas;
Y nunca con soplo impuro
El huracan que devasta
El campo, en tu verde copa
Descargue su horrible saña,
Ni el rayo estalle en tu cima
Ni te hiera feroz hacha.

EL RETIRO DE DOS AMANTES.

¡Salve, campo solitario,
De la paz morada augusta!
En buen hora nos acoje
Náufragos de la fortuna;
Y nunca tus verdes palmas
Los rayos hieran, y nunca
La gala á tus bellas flores
Age del viento la furia;
Ni jamás entre tus ramas
Llore la tórtola viuda,
El consorte que del hombre,
Le robe la mano impura.
Aquí do la fresca brisa
Entre las hojas modula,
De la libertad el aura
Respira el alma, desnuda
De turbulentas pasiones
Que su feliz calma anublan:
Aquí, do naturaleza
Todas sus gracias aduna,
Es donde el alma sencilla
Halla el encanto, que busca
En vano entre el torbellino
De popular, necia turba.
Desde el monte que domina
La estensa, verde llanura,
Podemos ver consumirse
Los hombres en iras mútuas:
De sus rencores, venganzas
La nube cargada, oscura,
Hasta su falda, bramando,
Ronca llegará y confusa;
Mientras en dulce sosiego
Amor con su ala nos cubra.

No aquí una lengua traidora
Con habla de miel adula
Al que desde el alto puesto
Del poder que tiene abusa;
Ni con frente y cuello erguidos
Pasa, y con desden saluda,
Quien ántes fué nuestro amigo,
Y hoy aún mirarnos rehusa.
El árbol de la esperanza
No aquí se marchita y muda,
Como el huracan silbando
De hojas la rama desnuda;
Ni vil lisonja infla el pecho,
Ni le oprime la calumnia,
Ni los usos cortesanos
El candor nativo ofuscan.
¿Qué importan, pues, los placeres
Que allá en el pueblo acumulan
Contra el ocio y el fastidio
La incontinencia y la gula?
Allí el regalo es veneno,
Fantasmas los sueños turban;
Amistad no es más que engaños,
El saber vanas disputas,
La virtud hipocresía,
Quien dice que ama perjura;
El oro todo lo alcanza:
Honor, mérito, conducta,
Sinónimos de riqueza,
El no tener sólo injuria.
¡Cuánto más que sus salones
Ricos tapices, pinturas,
Muelles sofás... este cielo
Encanta con su verdura.
Allí una hermosa arboleda
Su sombra nos dá y su fruta;
Y el arroyo que serpea
Entre la grama menuda
Convida con su murmurio,
Alfombra y grata frescura:
Esto basta, y esto sobra
A dos hijos de natura.

SOBRE EL MODO DE CONDUCIRSE EN EL MATRIMONIO.

A tí, querida amiga, que otro tiempo
Prestaste á mis consejos grato oido,
Aspirando á lograr por mis lecciones
La eleccion acertada de un marido:
Hoy te diré cómo has de conducirte,
Con aquel que ya hubieses escogido.
¿Acierta siempre la prudencia humana?
Cual arista que un récio torbellino
Hace su vil juguete, las pasiones
Al hombre arrastrarán hasta el abismo;
Y un caudal de virtudes y paciencia
Hacer á los casados es preciso,
Para poder vivir en paz, dichosos
So el yugo á que por siempre van unidos.
De consorte y de madre los deberes
Llenar sobre la tierra es tu destino:
Deberes ¡ay! terribles, lo conozco;
Pero es muy más terrible no cumplirlos.
Escándalo feroz, discordia horrible
Agitará la casa de contínuo
De la mujer que necia desatiende
De su esposo el cuidado y de sus hijos;
Que idólatra tan sólo de sí misma
En ocios pasa el tiempo y en caprichos;
Que siendo débil quiere hacer de fuerte,
Y que todo se pliegue á su albedrío;
Que una chispa cual pólvora la inflama,
Y prorrumpe en horrísono estampido,
La seguirá la ruina, y arrastrada
Tal vez al más funesto precipicio,
En teatro de crímenes y horrores
Será oprobio á la historia de los siglos.
Tu corazon sensible, lo conozco,
Para tales escenas no ha nacido:
Amarás tus deberes, tu consorte,
Y oyendo los consejos que te dicto,
En él encontrará si es generoso,
Quien endulce tus penas y martirios,
Y quien te ayude á soportar el peso
Del afan y cuidado de los hijos:
Cuidado que el amor y la paciencia
De mil encantos visten y atractivos.
Tú sabes cuán grato es, cuán delicioso
A un padre ver al hijo pequeñito
Que reclinado en maternal regazo
El tierno labio aplica al seno mismo
Que en sus sueños de dicha tantas veces
Palpitando de amor causó su hechizo;

Y á la madre en dulcísimo embeleso
Contemplarle, los ojos en él fijos?
¿O si más grande en besos afectuosos
Decir parece al padre conmovido:
Ve aquí mi madre que tu amor demanda;
Para entrambos ¡oh padre! amor te pido?
Tales cuadros, no riñas ni quimeras,
Si á tu lado se vieren repetidos,
Donde quiera tu esposo echará ménos
Su casa, su mujer, sus tiernos hijos.
Haz que encuentre en tu seno su reposo,
Y no le irá á buscar en esos sitios
Do el arrepentimiento pagar suele
Un deleite fugaz lleno de hastío:
Si su consuelo si el dolor le oprime.
¿Si se enciende en furor?... ah! ¿te lo digo?...
No intentes, ciega tú, con otro fuego
El suyo contrastar, que arde más vivo.
¿Y si por suerte tu tirano fuere?...
Acaso juzgarás que me extravío;
¿Mas debo disfrazarte lo que pienso?...
Llorar, amiga; no hay mejor arbitrio;
Que si el llanto no rompe tus cadenas,
De otro modo romperlas es delirio:
Cuanto ellas pierden de su infausto peso
Tu estimacion lo perderá, y tus hijos.
¿Qué es ver una mujer que separada
Del lazo indivisible del marido,
Aunque inculpable, llore su desdicha
De arbitraria opinion bajo el capricho,
Cuando no, el freno roto á la vergüenza,
Llegue escándalo á ser de sus vecinos?
Despreciarán los hijos á su madre,
O el padre será de ellos el ludibrio;
Y como árbol que en jugo ponzoñoso
Se nutre, crece, crecerán en vicios.
Si con falaz prudencia de algun pueblo
Las leyes el divorcio han permitido,
¿Cuánto no se celebra ver que Roma
Un solo ejemplo diera en muchos siglos?
¿Mas cómo mi pincel horrorizado
De tan negras imágenes no ha huido?
¿Ser un hombre tirano de su amiga;
De la mitad preciosa de sí mismo:
La que siempre solícita y atenta
Ni se opuso tenaz á sus designios
Ni en su furor le contrastó imprudente,
Ni le obligó á ruinosos sacrificios,
Ni ha faltado á la suave dependencia
En que una justa ley la ha constituido?
No es posible tal cosa, nó; no es dable
Sinó es un mónstruo detestable, impío;
Y de consorcio igual la horrible suerte
No temo que caberte haya podido.
Mas suele suceder que al insensato
Marido le arrebata al precipicio
La ignorante mujer: ¿no es la blandura
De tu sexo el más bello distintivo?
Esta, y la hermosura son las armas
Que os ha Naturaleza concedido:
¿Y quién su fuerza ignora, si las ponen
La discrecion y amor en ejercicio?
Que en tu casa la paz por siempre habite
Es el mayor deseo de tu amigo:
La paz si el rostro ves á la desgracia,
Hará más llevadero tu destino;
Si fortuna te halaga con sus dones,
Sólo con ella te serán propicios.
Si tienes un marido complaciente
No abuses nunca, no, de su cariño
Que el muelle más elástico se altera,
Si no cesa de estar en ejercicio.
No ha faltado quien diga que las muestras
De un estremado afecto, á los que unidos
Han de vivir por siempre, perjudica.
¿Esto al humano sér no es ofensivo?
¿No sería igual máxima dictada
Por un marmóreo pecho, adusto, frio?
¿Amarse, á los que ató vínculo santo,
No es un deber sin límites prescrito?
Bien es verdad que enfada todo cuanto
Del corazon sincero no ha salido.
Tampoco le importunes, si creyeres
Que una vez á tu amor responde tibio:
Acaso del cansancio fatigado...
De tu mismo penar quizá oprimido...
Déjale respirar, déjale ¡oh bella!
Que á su tiempo vendrá á tu seno amigo.
En todo cuanto quiera dale gusto,
Esceptuando la infamia ó el delito;
Mas te irás áun entonces con gran tiento;
Esperarás la calma, y á su oido,
Envuelta la razon en tus halagos
Logrará penetrar, si no es un risco;
A las tiernas caricias del momento
En que hace amor sentir suaves deliquios,
Al llanto de una madre, de una esposa
¿Quién el rebelde pecho no ha rendido?
Al bárbaro sultan, al cruel tirano,
Que empuñado el alfange damasquino
Prodiga sin piedad la hirviente sangre
De sus mismos hermanos... de sus hijos,
Las lágrimas, el ruego de una bella
Tal vez moderan el furor altivo;
Y el mónstruo coronado, que el desierto
Ensordece en sus hórridos bramidos,

La bravura convierte en dulce halago
Al llanto de una madre enternecido.
Tus hijos y tu casa los placeres
Que más ames serán: si de camino
A la visita, al baile y á la tienda
A todas horas te halla tu marido;
Y lo sufre; ¿qué hará? —marcharse al juego
De donde riñas traerá ó fastidio
Que pesen sobre tí; ó enfermedades
Que sacará de los inmundos sitios.
¿Cómo, me dices, estará una esposa
Entre paredes, sola de contínuo?
Adios, amiga, adios... perdióse todo
Si no sabes el modo de sufrirlo!
¿Serás como esas locas mujercillas
Que se persuaden sólo haber nacido
A recibir inciensos, consagradas
A la tertulia, al baile, á los prendidos;
Que del nombre de madre se avergüenzan,
Y en el blando sofá, del abanico
Al soplo delicioso se adormecen,
miéntras en triste, vergonzoso olvido
Los hijos, de una esclava con la sangre
La enfermedad absorven y los vicios?
¿Tus mismos hijos, tu labor no bastan?
Acompáñate un rato de un buen libro.
¿Has visto un caminante que abrasado
Del calor del desierto, encuentra un rio
Llega, se sacia, y las perdidas fuerzas
Recobra, y marcha luego con más brio?
Pues un libro será como la fuente
Donde su sed mitiga el peregrino:
En él no sólo encontrarás deleite,
Sino instruccion que aumente el atractivo
De tu hermosura y gracias hechiceras.
La mujer que á sus prendas ha añadido
El juicio y el saber, mas sin que empañen
De su afable modestia el terso brillo,
Es el más grato y seductor objeto
Que cautivó jamás nuestros sentidos;
Es el honor y gloria de su esposo,
De todos los tesoros el más rico.
Uniforma tus gustos á los suyos
Y entre sus redes le tendrás cautivo;
Y áun curarle podrás de sus defectos,
Sin usar de maestra el tono altivo.
De su trabajo el fruto economiza,
Y su interés le hará contigo.
Tu alma, sea la suya, y en la tierra
No haya fuerza capaz de desunirles:
El dejara por tí, padres, hermanos
Tú le debes iguales sacrificios.
Díle siempre verdad, y su confianza
Tendrás, y pruebas él de de tu cariño:
La religion observa, y atraerte
Del cielo alcanzarás los beneficios.
Ella debiera en la mujer hallarse.
Si lanzada del mundo hubiese sido.
De las selvas del Africa horrorosas
Un mónstruo tan temible no ha salido,
Cual la mujer que en insensible pecho
A su influjo celeste no dió asilo.
¡En las almas infunde tal consuelo!
¡Y derrama en los males tal alivio!
Para un ser destinado á la ternura
Y el dolor, es un bálsamo divino,
Que vuelve al yerto corazon las fuerzas,
Como á la tierna flor blando rocío;
Tambien nos da remedios eficaces
Para curarnos de funestos vicios.
Por fortuna la moda ya ha pasado
De hacer ostentacion de un pecho impío;
Pues sin la religion, de las costumbres
Jamás se consolida el edificio,
Y debes á tus hijos el ejemplo,
O tendrás que llorar sus extravíos.
Adórnate primero de virtudes,
Y la honesta elegancia en tu atavío
Te hará más bella que el fastuoso lujo
Que á la miseria arrastra y al delito.
Si estas máximas cumples, yo te ofrezco
Que regarás de flores tu camino;
Y si tu esposo su interés conoce,
Te estimará como un diamante rico:
Será amor el que impere vuestras almas,
Y próspero ó fatal ruede el destino,
Derramará balsámicos consuelos
En vuestros pechos tiernamente unidos.

Ramon de Palma y Romay.

Nació en la Habana el 3 de Enero de 1812, y fué su padre, á quien perdió cuando contaba cuatro años, el eminente jurisconsulto D. Tomás de Palma y Estrada, y su madre, la Sra. Dª María del Rosario Romay y Chacon, hermana del benemérito Dr. Romay, uno de los cubanos más puros y celosos del bien del país.

«La falta de su padre—nos dice el hijo de Palma en una nota biográfica publicada en un cuaderno de ejercicios literarios con que obsequiaron sus alumnos al virtuoso cuanto poco afortunado profesor, D. Jose Alonso Dalgado—y el atraso en que entonces se hallaba la instruccion, hubieran hecho que su nombre quedara sepultado en la oscuridad, á no ser por su gran inteligencia, su ferviente amor á las letras y sn constante aplicacion, y más tarde, por el vivo interés que vistas sus disposiciones literarias, se tomó por él el inolvidable literato D. Domingo Del Monte, quien puso á disposicion del aficionado su biblioteca, que era sin duda la mejor de la época.»

El Sr. D. Pedro J. Guiteras, en sus *Estudios de literatura Cubana* (1), al tratar de Ramon de Palma, nos dice:

«Como la mayor parte de los talentos de su tiempo, se dedicó al estudio de la Jurisprudencia, siguiendo con distincion los cursos reglamentarios, hasta obtener el grado de bachiller en uno y otro derecho. Pero en el estado deplorable del foro cubano, ésta no era una profesion genial á su carácter, y resolvió dedicarse á escribir para el público, imitando en ésto el noble ejemplo que habia dado su amigo Del Monte, y que antes de él iniciaron en Cuba los ilustres patricios, Varela, Saco y Luz Caballero.»

Nuestro malogrado amigo, el bondadoso Anselmo Suarez y Romero, el correcto prosista á quien tanto deben las letras en Cuba, en la magnífica Carta-prólogo, dirigida á D. Rafael M. de Mendive, publicada en el único tomo de las obras de Palma (2) que ha visto la luz pública, así nos habla de los primeros estudios de nuestro poeta: «En una mala escuela aprendió las primeras letras, luego tomó lecciones de latin, después se sentó en los bancos de la clase de filosofía y últimamente cursó la Jurisprudencia en el Seminario de San Cárlos; pero es sabido el descrédito en que

(1) El Mundo Nuevo.—América Ilustrada.—Vol. VI. 102-103.—New York. 15 de Marzo y 1º de Abril. 1875.—Págs. 108 y 129-132.

(2) Obras de D. Ramon de Palma, con un prólogo por D. Anselmo Suarez y Romero.—Tomo I.—Poesías líricas.—Habana.—Imprenta del Tiempo, calle de Cuba, núm. 37.—1861.—Pág. XVIII.

habia caido el estudio del latin con motivo de haberse empezado á leer en castellano en las cátedras, es sabido que el deseo de terminar pronto las carreras hacía atravesar el curso de filosofía dedicándose á ella seis meses en lugar de dos años, y es sabido igualmente, que si la clase de jurisprudencia de aquel célebre instituto la daba un maestro capaz de responder de repente á cualquiera pregunta sobre todos los puntos que abraza la enciclopédica ciencia de los derechos y los deberes del hombre, la enseñanza estaba circunscrita allí á las leyes civiles españolas y romanas. Confesémos además que Palma, al revés de su padre que fué un abogado de fama, tuvo siempre una repugnancia invencible á la lectura de los Códigos, y que si llegó á vestir la toga, hízolo por complacer á amigos á quienes debia señalados favores, y por buscar en esa profesion los recursos que nunca habia hallado en el cultivo de las letras.»

El trabajo de Suarez y Romero, ha de ser, siempre que se hable de nuestro movimiento literario, citado con encomio: en sus páginas (I–XXXV) están los datos más preciosos, no sólo para apreciar bien la vida de Palma, sino tambien la de otros preclaros varones de su tiempo.

Segun el Sr. Guiteras, dió Palma á luz sus primeras composiciones en la Habana, en 1834, bajo el seudónimo del Br. Alfonso de Maldonado y las dedicó á su amigo Del Monte que por entonces escribia con el de Br. Toribio Sanchez de Almodovar, seudónimo que hizo imperecedero en la literatura con la publicacion de sus Romances Cubanos. D. Ramon de Palma, hijo, dice haber sido en Matanzas, donde su ilustre padre imprimió sus primeros cantos.

En la *Corona fúnebre* dedicada al Obispo Espada (págs. 43–44) hay una composicion de Palma (1833).

A fines de 1839 ó principios de 1840, segun el Sr. Guiteras, pasó á Matanzas, donde como profesor del colegio *La Empresa*, dice que permaneció tres ó cuatro años, regresando despues á la Capital.

No podemos dudar de la noticia dada por persona tan autorizada como el señor Guiteras para escribir con fidelidad la biografía del poeta á que nos contraemos y lamentamos que Suarez y Romero no haya podido extenderse más, refiriéndonos los trabajos y estudios de esta importante época de su vida.

Antes de pasar á Matanzas, en 1837, habia publicado el precioso y raro libro hoy, «Aguinaldo Habanero» (1) con D. José Antonio Echeverría, en cuyo libro aparecen sus poesías *El Trovador*, *Unos ojos negros*, *Fastidio*, *En la muerte del jóven Manuel Buckler*, *Resignacion*, *Poesía*, *La despedida del Cruzado* y *La peña de los enamorados*. En prosa, insertó un artículo histórico muy interesante acerca de los desmanes y muerte del pirata Gilberto Giron (1604) y su novelita del tiempo de los primitivos habitantes de la Isla, *Matanzas y Yumurí*.

El mismo año dió á luz en casa de Palmer *La Prueba ó la Vuelta del Cruzado*, drama en un acto, que fué, se nos asegura, la primera obra de autor cubano puesta en escena.

El año siguiente, 1838, fundó con Echeverría tambien, el periódico *El Plantel* (2), donde publicó (págs. 44–54) su biografía del Jovellanos de Cuba, D. Francisco de Arango y Parreño.

En el mismo año colaboraba en *El Album* que fundó D. Luis Caso y Sola y de cuya publicacion literaria, una de las mejores que ha tenido la Isla, se hizo cargo desde el tomo sexto, publicándose doce. En el tomo correspondiente al mes de Abril, dió á luz su novela *Una Pascua en San Márcos*. En Noviembre, la mejor de sus obras en prosa, *El Cólera en la Habana*, en que evidenció sus altas dotes para novelista y su profundo conocimiento del corazon humano. Tiene la novela á que nos referimos escenas conmovedoras y el triste suceso (1833) que describe con inspirada pluma.

---

(1) Aguinaldo Habanero.—Editores Ramon Palma y José Antonio Echeverría.—Habana.—Imprenta de D. José María Palmer. Calle de San Ignacio, núm. 6. 1837.

(2) El Plantel.—Directores Ramon de Palma y José Antonio Echeverría.—Tomo Primero.—Habana.—Imprenta de R. Oliva, editor.—1838.

si lo hizo por siempre memorable la espantosa cifra de víctimas que inmoló, no ha quedado ni quedará ménos vivo su recuerdo en las venideras generaciones con el precioso libro de Palma. Las costumbres de la época tienen allí un cuadro de mano maestra: el lenguaje es siempre culto, y en los ocho capítulos en que está dividida la obrita, se sostiene el interés sin vacilar, demostrando que al concebir el autor el pensamiento de escribirla, en nada sufrió alteraciones al consignar en el papel sus ideas. Otros artículos en prosa y poesías se leen de Palma en *El Album*. que dejó de publicarse en 1839 y que es tambien obra difícil de conseguir en nuestros dias.

Palma, durante su vida de escritor, vida llena en Cuba de infinitas penalidades y sin recompensa, escribió en la mayor parte de los periódicos de su tiempo. En el *Diario de la Habana* del año 1843, publicaba un *Boletin Bibliográfico y Literario*, folletines, poesías y artículos vários. Tambien escribió en el *Diario de Avisos*.

En el *Diario de la Marina*, nos dice nuestro ilustrado amigo el Sr. Méndive, publicó una novela, titulada *El Ermitaño del Niágara*.

En *El Artista*, selecta publicacion literaria que en Agosto de 1848 fundó el Sr. Suzarte, publicó (1) una traduccion de la célebre oda de Manzoni, *In morte de Napoleoni*, siendo todavía cuestionado el mérito de la version con la notable del ilustre literato Sr. Hartzembusch (2).

En 1841 publicó en esta ciudad su coleccion de versos que tituló *Aves de Paso*, y que juzgó Suarez y Romero, con otro libro de D. Jose Zacarias Gonzalez del Valle, titulado *Tropicales* en un artículo crítico escrito con el sano juicio que distingue las obras de este reputado escritor (3). «Su decir es el murmurio de los rios, el sonido de los vientos, el fragor estrepitoso de los mares en la playa; cuando el autor de las *Aves de Paso* nos pinta sus amores, las dudas, las inquietudes, las tiernas esperanzas, los delirios, los fantásticos sueños del amor; ó bajando por las limpias aguas de un rio, nos describe el silencio y la tranquilidad de la noche, las estrellas y la luna de nuestra tierra: cuando en medio de nuestros bailes suena su voz bañada en melancólica armonía; cuando las cuerdas de su lira, dulces como la miel, nos pinta la arrobadora mirada, los ojos negros de una mujer, los ojos verdes de Indiana; nuestro corazon ¡ay! llora y siente á la par que el corazon del poeta. Hé aquí lo que se llama poesía, hé aquí las modulaciones de las arpas eólicas, hé aquí brillantes chispas del sol que nos calienta y alumbra.»

En 1848 publicó una melodía dramática en un acto, titulada *Una escena del descubrimiento del Nuevo Mundo por Colon*, que puso en música el maestro Botessini y se representó en esta ciudad por la compañía italiana de Vita y la Caranti. Tambien dió á luz este año dos cuadernos de poesías, que denominó *Hojas Caidas* y *Melodías Poéticas*, que contribuyeron á realzar el nombre de poeta con que lo aclama la crítica literaria, dice el Sr. Guiteras, aunque los Editores de *Cuba Poética* creen que las composiciones de dichos libros no están á la altura de su anterior coleccion.

No obstante la vida laboriosa que supone para el ménos inteligente la importante série de trabajos que ligeramente acabamos de reseñar, Palma seguia sufriendo las amargas luchas de la pobreza, y cansado al fin de la carrera que sólo habia llegado á proporcionarle la escasa gloria que podia obtener en su tiempo en el reducido círculo que formaban los amantes de la cultura literaria del país, pudo obtener la proteccion de la familia de Aldama, que nombrándole Secretario de la Compañía del Ferrocarril de la Habana y confiándole la direccion de sus negocios judiciales le proporcionó un bienestar de que hasta entonces habia carecido, logrando tambien alcanzar una reputacion de abogado que afianzó su porvenir y el de su familia.

En 1852, cuando los proyectos revolucionarios intentaban la anexion de esta Isla á los Estados-Unidos, estuvo preso algunos meses.

---

(1) Véase el número 9 correspondiente al 17 de Diciembre de 1848 donde se publicó con la original de Manzoni y la del Sr. D. Juan Eugenio Hartzembusch. Pág. 293.

(2) Sobre poetas cubanos traductores, algo hemos dicho en la introduccion al libro de don Antonio Sellen, *Cuatro Poemas de Lord Byron*.—New York. 1877. Pág. V.

(3) Coleccion de Artículos de Anselmo Suarez y Romero. Habana. Establecimiento tipográfico La Antilla, Lamparilla 16. 1859.—Crítica.—Págs. 101-106.

Palma murió víctima de una enfermedad del corazon, el 21 de Junio de 1860, muy llorado de cuantos le conocieron y trataron, tanto por sus méritos de poeta, como por los de su dulce carácter y honradez acrisolada.

El más entusiasta de los panegiristas de Palma, su compañero Suarez y Romero, nos le describe «de voz varonil y acentuada, modales desembarazados y caballerescos, frente ancha y hermosa».

En la coleccion de poesías publicada por el distinguido poeta D. Rafael Mendive, á quien debemos el único tomo de las obras de Palma, que se ha publicado en 1861, y que tituló *América Poética*, hay un retrato litografiado por Peoli, que nos dicen exacto. Tambien se acompañó á la *Revista de la Habana* (1853).

A su muerte han dedicado inspiradas poesias, D. Rafael Mª Mendive y D. José Agustin Quintero.

EL COLERA-MORBO EN 1833.

Tronó el Señor: á su tremenda saña
Las zonas de la tierra retemblaron,
Y cual la débil caña
Del furioso huracan á los impulsos,
Los hijos del pecado así convulsos
En el polvo las frentes sepultaron.
A tí, Señor, desde sus senos clama
La voz de mi dolor; oye mi ruego;
Pues siento, sí, que el corazon me inflama
De tu espíritu el fuego:
Y con el estro mismo que solia
El Profeta invocar tu nombre santo,
Dirijo á tí mi fervoroso canto
Del mundo miserable en la agonía.

Yo ví las nubes en el anchuroso cielo
Chocarse con furia; ví le el torrente
Los campos arrasar, y en ígneo vuelo,
La tierra estremecerse [illegible]
Cruzar los rayos [illegible]
Yo ví las olas de lo mar hirviendo
En tormentosa saña
Las peñas quebrantar con furia extraña:
Y vide el huracan las recias alas
Tendiendo con fragor, en bosque y prado
Tronchar desenfrenado
Robustos cedros y floridas palmas,
Y humilde dije en mi aterrada mente:
—Aún puede más el Dios Omnipotente.

Aún puede más—que del abismo inmundo
A su voz el infierno se levanta,
A su voz destrozado húndese el mundo,
Y todo nada es bajo su planta.

Cual sufre el suelo de temblor lejano
La conmocion violenta,
O cual brama en la calma el Occeano
Sintiendo el choque de polar tormenta;
Los hijos de la Antilla así temblaban
La historia oyendo del distante estrago,
Y á los cielos—¡piedad! ¡piedad! clamaban,
Al ver ya cerca el formidable amago.

Inútil suplicar: la peste horrenda
Que allá del Ganges en el seno inmundo
Para purgar el mundo
Entre muerte y ponzoña fué engendrada,
Por la Europa llorosa y desolada
Un camino infernal se abrió triunfante.
En vano se le opuso el mar de Atlante.
Por él tendió la destructora planta,
Y cual dragon inmenso, en Occidente
Una garra entendiendo, otra en Oriente,
El mundo á cada convulsion quebranta.

Ay! ¿qué será de tu opulencia vana,
De tu infausta riqueza, triste Habana?
¿No ves los senos del sepulcro abiertos
Tus hijos devorar, como devora
La arena abrasadora
Las gotas de la lluvia en los desiertos?
Teme el hombre del hombre, que en su hermano
La muerte ve que sin cesar le aterra,
Y cada cual en su mansion se encierra
Del trato huyendo y del comercio humano.

Del aire en los espacios no se advierte
Otro humano sonido
Que el mísero gemido
De aquel que con las ánsias de la muerte
Sin remedio ni amparo en vano lucha.
De la campana fúnebre el tañido
A cada instante con pavor se escucha,
Y de la noche en la medrosa sombra
Cuando en vela febril la fantasía
Con la memoria el corazon asombra
Del horrible espectáculo del dia,
Cual eco sordo de tronar remoto
Que anuncia el huracan ó el terremoto,
Así á deshora el pavoroso ruido
De carro funeral hiere el oido,
Claro présago horrendo de la suerte
Que de Dios nos prepara la venganza
Y sentimos que el brazo de la muerte
Sobre los apiña los
Cadáveres helados
Y sin piedad ni remision nos lanza!

¡Oh! ¡cuán diversa estás, y cuán mudada
Del tiempo aquel, Habana, en que animada
Del plácido festejo,
Tu juventud miraste sin consejo
El contento apurar! Las ricas galas
En hábito de duelo se han trocado,
Al baile y los festines opulentos
Las tumbas y el ayuno han sucedido,
Y en vez de gritos de placer, se advierten
Hondo silencio ó lúgubres lamentos.

El más valiente corazon se aterra
De tanta asolacion, de duelo tanto...!
Mil moradores tuyos con espanto
Te abandonan ¡oh Habana! en otra tierra
La salvacion buscando inútilmente,
Que el fallo en donde quiera
Se ha de cumplir del Dios Omnipotente.

Prostérnate, mortal! á Dios implora,
Que este mónstruo invisible que devora
Tu frágil existencia, Dios tan sólo
Para ejemplar castigo del pecado
Pudo abortarle del abismo inmundo,
Y sólo puede el miserable mundo
De tal plaga por Dios ser libertado.

El humano poder, la humana ciencia
Sucumben ¡ay! ante el aspecto horrible
Del bárbaro vestigio,
Asombro de este siglo,
Y azote de la mísera existencia.
Contraste incomprensible
Se deleita en formar naturaleza,
Ostentando su vida y su alegría
Al lado de la muerte y la tristeza.
Más brillante que nunca el claro dia
De luces baña la esmalta la estera,
La brisa agita sin cesar sus alas,
Y fecunda y alegre primavera
Los campos viste de floridas galas.

¿Y en qué antro, pues, la ponzoñosa fuente
Que inficiona la vida el mónstruo oculta,
Que al clima y la estacion indiferente,
Así del hombre la miseria insulta?
Ya en los yermos del Polo, ya en las flores
Del fecundo Ecuador siempre es el mismo:
Se agita con los vientos bramadores,
En las ondas se mece del abismo,
Salva de un paso montes y desiertos,
Naciones atropella,
Y honda fosa de muertos
Va dejando su planta en cada huella.

¿Y no habrá compasion? ¿Es ¡ay! llegado
Del esterminio universal el dia?...
¿La trompeta del juicio ha resonado
Ya en las cavernas de la tumba fria...?

Yo, Señor, me prosterno y mi sentencia
De tus labios espero resignado,
Que siempre te adoré.—Cuando retumba
Tu voz celeste en el terrible trueno,
Cuando tu aliento en las borrascas zumba,
Cuando tu brazo de la tierra el seno
Potente agita y al mortal espanta.
—Yo alabo y temo la justicia santa.

ZAMBRANA.—En la magnífica composicion titulada *El Cólera de* 1833, dice tanto y tan elevado, imponente y magestuoso, que el alma del que la lee experimenta las más profundas emociones. ¡Oh! es un canto soberbio, el mejor que ha brotado de la lira de Palma, y en grandeza no le supera ninguno de su género. «Tronó el Señor», dice, y los hijos del pecado, convulsos, sepultan sus frentes en el polvo; pero el poeta eleva la suya, no rebelde sino inspirada, y con la voz de su dolor pide á Dios el estro para cantar..... Obras literarias, filosóficas y científicas.— Habana, 1858.—Página 140.

—Despues de la descripcion del Niágara por Heredia, lo que mejor se ha publicado en Cuba es la descripcion del *Cólera mórbus* por Palma.—Hay trozos que son una verdadera plegaria.—*Soliloquios.*—1865.—Pág. 17.

LA DANZA CUBANA.

Los aires rompe el ruido
De la nocturna orquesta...
¡Oh! ¿qué impresion es esta?...
¿Qué mágico sonido?...
¿Que plácida embriaguez?...

¡Es la cubana danza!
Y al escuchar sus sones,
Mis muertas ilusiones,
Mis sueños de esperanza
Despiertan á la vez.

¡Oh danza! tus acentos
Reaniman mi existencia:
Tu lánguida cadencia
Me inspira pensamientos
De amor y de placer.

Y la gentil cubana
De pié pulido y breve,
Y de cintura leve,
Que se columpia ufana
Pienso á tus sones ver.

Pienso mirar su cuello
A tu compás doblarse,
Sus párpados cerrarse,
Alzar el rostro bello
Bañado de expresion:

O pienso que del piano
Las teclas recorriendo,
Te estoy ¡oh danza! oyendo
Lanzar bajo su mano
Gemidos de pasion.

Quien de cubano el alma
Y los sentidos tenga.
No es dable, nó, que calma,
Ni gravedad sostenga
Llegándote á sentir:

Que el más adusto ceño
Tus sones escuchando
Se mostrará risueño,
O tu compás callando
Procurará seguir.

Ya imites el contento
De fiesta estrepitosa,
Ya gimas lastimosa,
Ya expreses con tu acento
Las ánsias del amor:

¡Oh danza! me parece
Que Cuba con sus palmas
A tu compás se mece,
Y son de nuestras almas
Tus ecos el clamor.

HIMNO DE GUERRA DEL CRUZADO.

Guerra! guerra! la bélica trompa
En coraje los pechos inflama:
A la guerra, á la guerra nos llama
Del heraldo la enérgica voz.
Levantando el corcel la cabeza
Al oir resonar los clarines,
Ya resopla y eriza las crines
Y piafando relincha feroz.

Venga, venga, mi noble caballo,
Dadme pronto mi escudo y mi lanza,
Sacudamos del cuerpo la holganza,
Reanimemos del alma el valor.
Harto tiempo en la paz ominosa
Entregados á muelles placeres,
Olvidamos los santos deberes
Que de Dios nos impone el amor.

Harto tiempo en cobarde abandono
Contemplamos el bárbaro Oriente,
Coronada de láuros la frente
El sepulcro de Cristo insultar.
Harto tiempo ¡memoria de oprobio!
Del infiel el triunfante alarido
Acalló con su estruendo el gemido
Que lanzaba la santa ciudad.

Mas ya suena el clamor de venganza,
Y al batir de los roncos timbales,
Se enardecen los pechos marciales,
Los cobardes se hielan de horror:
Mas no tiemblen, ó lidien temblando,
Que aunque esquiven medrosos la guerra,
Ya la paz no hallarán en la tierra
Sino en tumba de eterno baldon.

Pero no—¿de la bélica trompa
Quién resiste al aliento guerrero?
Hurra! hurra! que brille el acero,
Y volemos cantando á la lid.
¿Dónde están los que al pié de las bellas
De su intrépida fé blasonaban?
¿La señal del combate no ansiaban?
Pues, valientes! al campo venid.

Ahora en vez de feudales castillos,
Y en lugar de gentil vestidura,
Ceñiréis la ferrada armadura,
Vagareis por ardiente arenal.
¿Mas qué vale una holgada existencia
Sin la luz que le presta la gloria?
En la guerra al clamor de—victoria!
No hay placer que se iguale en la paz.

La fatiga, la lucha, el peligro,
Son deleites que inundan el alma,
Del que busca en el triunfo una palma
Que los riesgos más lustre le dan.
En el choque feroz de las armas,
De la lid en los fieros clamores,
Hay deliquios de gloria y amores
Que los héroes conocen no más.

Pero ya de la Europa contemplo
Levantarse á una voz las naciones,
Y flamear los heróicos pendones
De los nobles que toman la cruz.
Hurra! hurra! al estruendo de guerra
Que del Norte al Levante retumba,
Los que usurpan de Cristo la tumba
Menguar miran su luna sin luz.

Menguar miran su luna entre tanto
Que la estrella de Cristo se asoma,
Y los hijos de Omar y Mahoma
La maldicen al ver su explendor.
Pero en vano con torpes blasfemias
Herirán los lugares sagrados,
Que sus gritos bien pronto apagados
Quedarán con los himnos de Dios.

No mostrarle la espalda al Oriente
Ha jurado el que noble se llama,
Ni volver á los piés de su dama
Sino lleno de gloria y honor.
De la Arabia los potros veloces
A las lides traerán los infieles,
Mas del Norte en los nobles corceles
Chocarán con inútil furor.

Y traerán para herir los malditos
De Damasco los corvos alfanges,
Mas de Europa en las férreas falanges
Embotados sus filos serán.
Y á su vez probarán los infieles
Nuestras lanzas y mazas de guerra,
Que hundir pueden de un golpe en la tierra
Caballero y caballo á la par.

¿Quién resiste el heróico ardimiento
Del que busca en las lides la gloria?
¿Quién resiste al que muerte ó victoria
Por divisa del triunfo tomó?
Guerra! guerra! la bélica trompa
En coraje los pechos inflama:
A la guerra, á la guerra nos llama
Del heraldo la enérgica voz.

AL POETA MILANES EN SU PARTIDA.

De cárdeno color la faz nublada
Se ausenta el sol en borrascoso dia;
¡Pueda en otra region afortunada
La luz recuperar que ántes tenia!

Ofuscados aquí los horizontes
Con negra bruma que los aires puebla,
Tu mente que alumbró los altos montes
No es bastante á vencer su oscura niebla.

Huye, pues, de la sombra que te ofusca,
Cual pájaro del viento combatido,
Que en otros bosques de la tierra busca
La dulce calma que perdió en su nido.

Abandona de Cuba los palmares
Que en vano inclinan hácia tí su frente,
Y halle tu luz al trasponer los mares
Un cielo azul donde su brillo ostente.

Si al renacer las apacibles calmas
Tu vuelta anuncia más benigna aurora,
De gozo Cuba agitará las palmas
Que están gimiendo por tu ausencia ahora.

QUINCE DE AGOSTO.

Mi dicha es el amor! Tierra de Cuba,
Por los ardientes trópicos ceñida,
Tierra de luz, de palmas y de vida,
Mi dicha es el amor!

De tu espléndido sol, de tus estrellas,
De tus brisas del mar y de tus flores,
Se desprende el raudal de los amores
Que bebe el corazon.

Yo te bendigo ¡oh Cuba! porque un ángel
Te escogió por morada aquí en la tierra:
Yo te bendigo porque en mí se encierra
Una alma para amar.

En mis sueños de amor, en mis delirios
Su imágen celestial me perseguia:
Mi vida entre ilusiones consumia
Sin ver su realidad.

Una noche, por fin, entre cristales
La luz reverberaba en los salones;
Y la sangre inflamaba con sus sones
La danza tropical.

Y al compás se agitaban mil bellezas
Que ropajes fantásticos vestian,
Y á mí cual las visiones se ofrecian
De un poeta oriental.

Y allí estaba! allí estaba! Entre sus brazos
Un imbécil mancebo la llevaba,
Y en torno de su cuerpo revolaba
El aura del placer.

Y la ví palpitando; y por mi mente
Se cruzaron delirios de otro mundo;
Y entre raptos sentí de amor profundo
Mi vida renacer.

Ay! yo la amé; pero sus negros ojos
Sin querer con mis ojos se encontraron,
Y en mi alma cual fuego se estamparon,
Sin verme ellos á mí.

Y la amé con delirio!—y en su pecho
Ninguna voz mi amor le revelaba;
Y amarla en mi silencio imaginaba,
Amarla hasta morir.

Mas no pude callar; y sus encantos
A los cielos canté y á las estrellas
Y fuí siguiendo por do quier sus huellas,
Y en verla me embriagué.

En verla nada más:—y si á otro hablaba
Yo ansioso sus palabras recogia,
Y en cada acento el corazon bebia
Torrentes de placer.

Y ella entre tanto ignoraba
Que un sér en el mundo habia
Que con su voz se embriagaba,
Que con su vista vivia,
Sin esperanzas de más.
Y del tumulto indiscreto
Que ardiente en su torna gira,
Ninguno le dijo:—«mira,
Aquel te adora en secreto
Que oyendo y viéndote está.»

De mi pasion el delirio
Así incauto alimentaba,
Y el tiempo me reservaba
En premio de mi martirio,
Un instante –en que viví:
¡Quince de Agosto querido!
¡Dia de eterna remembranza...!
Si de tu noche me olvido,
Que en mí muera la esperanza,
Que me olvide hasta de mí.

Por el inmenso gentío
La buscaba yo á mis solas:
Cual rompe un bajel las olas,
Y busca en cielo sombrío
La luz del astro polar.
Y la hallé!... sentada estaba...
Oh Dios! si comprenderia
Que un mundo en mi mente ardia
Y que aunque muerto callaba,
Muerto estaba por hablar.

Y bailé, bailé con ella,
Y oí mi nombre en su boca,
Sí, lo oí:—¡ventura loca!
Y estreché su mano bella,
Y su cintura gentil.
De cerca ví su semblante,
De cerca su voz oia,
Y de amor y de armonía
En aquel feliz instante
Bañada el alma sentí.

Y le hablé como un amigo
Que llega de otras regiones,
Porque yo en mis ilusiones
La llevo siempre conmigo,
Y á verla me acostumbré.
Y como su nombre amado
Es de mi voz el acento,
Y se halla en mi pensamiento
Con sello eterno grabado,
Al hablarle—la nombré.

¡Oh noche! fuiste bastante
Para quien nada esperaba,
Y aunque ella en mí no pensaba,
Por prolongarte un instante
Diera yo mi corazon.
Mas solo quedé en la tierra,
Solo con mi pensamiento;
Con él mi pasion sustento,
Y en él mi vida se encierra,
Que es mi dicha—una ilusion!

LA CORRIDA DE PATOS.

Por los campos que opulento
El fecundo Güines baña,
Todo es tumulto y contento:
Resuena en voces el viento,
La ancha vega y la montaña.

La ancha vega que vestida
De verdes suaves tapetes,
Tal parece que convida
A hacer de patos corrida
En su llano á los ginetes.

De los ingenios y hatos
Llegando á la vega van
Los mozos que correrán
De aquella tarde los patos,
Pues es fiesta de San Juan.

Cabalgan con bizarría
Los monteros esforzados
En potros de gran valía,
Y á correr ya acostumbrados
Las sabanas todo el dia.

Cubre el llano un gran gentío,
Que en dos alas extendidos,
Un ancho espacio vacío
Dejan entre pueblo y rio,
Do están los patos corridos.

Muchas carreras se han dado
Y ya la noche se llega,
Cuando á deshora ha asomado
Un garzon muy bien montado
Por el fondo de la vega.

Sobre un corcel poderoso
De oscuro zaino color,
Que de carreras ganoso
Sacude el cuello furioso
Y riendas pide en su ardor,

Bizarro viene; en llegando
Junto al rio, el bruto enfrena,
Que de lado va trotando
Y con los cascos tocando
Ya en las cinchas, ya en la arena.

De talle suelto, agraciado;
Era el ginete mancebo,
Cabello oscuro, ondeado,
Y albo rostro sombreado
Del rayo ardiente de Febo.

De verde lleva el vestido,
Emblema de su esperanza,
Y de plata guarnecido
Trae el machete ceñido
Conforme á la pátria usanza.

Cortés saludo hace á todos,
Y mezclado en la funcion,
Ya está de correr á son,
Con su gracia y con sus modos
Captándose la aficion.

La aguda espuela ha metido
Al bruto que el freno tasca,
Y que al sentirla ha partido
Como rayo desprendido
Del cielo en fiera borrasca.

Tan veloz corre el caballo
Que atrás deja el pensamiento,
Con sus crines burla el viento
Y no quiebra el tierno tallo
Do el recio casco hace asiento.

Llega al lugar donde atado
En la cuerda el pato espera
La mano esforzada y fiera,
Que el duro cuello ensebado
Le arranque en ráuda carrera.

Cuerpo y brazo el mozo extiende,
Y al pasar con fuerte mano,
Bien como un junco liviano
El cuello al ave desprende
Que en su sangre riega el llano.

Revuelve al punto la rienda
Y con alta voz y brío
Así dice: «El triunfo mio
Rindo á esa niña en ofrenda,
Que es reina de mi albedrío.»

Todo el concurso le aclama;
Y la alba tez de la hermosa
Del rubor ardió en la llama,
Cual la blanca malva-rosa
Que al rayo del sol se inflama.

EL FUEGO FATUO.

(INÉDITA.)

¿Qué es aquella – luz errante
Que en la noche – vaporosa,
Se aparece – con dudosa
Y azulada – claridad?
Si la sigo – va delante,
Si la huyo – me persigue,
Y mi empeño – no consigue
A su lado – al fin llegar.

Será aviso – provechoso
Del capricho – de la suerte,
Que en huirle – se divierte
Al que implora – su favor?
Será ejemplo – misterioso
De la llama – de amor viva,
Que á los ruegos – siempre esquiva
Del desden – se arrastra en pos?

Será imágen – de la vida
Que se escapa – de luz llena?
Será un alma – que encadena
A este mundo – algun pesar?
Esta llama – aparecida
En sí encierra – algun arcano;
Por la noche – no es en vano
Que ilumina – este lugar.
Este polvo – que ahora huella
Sin temor – la planta humana,
Que se envuelve – y engalana
Con un manto – de verdor;
Este polvo – cubre y sella
Los despojos – terrenales,
De mil almas – inmortales
Que algun cuerpo – aprisionó!
En silencio – un mundo encierra
De misterios – ya pasados,
Y de afectos – que olvidados
En la tumba – duermen ya.
Mas quien sabe – si la tierra
Con que el alma – amó la vida,
A ella queda – siempre unida
Por un vínculo – inmortal.
La materia – no comprende
De otro mundo – los prodigios,
Y cree sueños – y prestigios,
Lo que el alma – libre vé.
Y por eso – me sorprende
Que en la noche – vaporosa,
Esa llama – misteriosa
A las sombras – forma dé.
Llama suave – y azulada
Cual la estrella – en Occidente,
Cual la mar – fosforescente,
Cual la etérea – exhalacion;
Ya mi mente – fascinada
En un mundo – se imagina,
Que tu fósforo – ilumina
Sin colores – ni calor.
Y en silencio – y en misterio
A mis ojos – aparece
Ese mundo – que esclarece
Tu fatídico – esplendor.
¿Serán muertos – que al imperio
Se rebelan – de la tierra,
O vivientes – que destierra
De la vista – el claro sol...?
Son los mónstruos – que cree absortos
La razon – de la demencia,
Y que tienen – su existencia
En las sombras – del dolor:
Pues mis ojos – ven absortos
Que de formas – se revisten,
Cuantas penas – ¡ay! embisten
En la vida – al corazon.
Mas girando – en lontananza
Va la llama – solitaria,
Que esa córte – estrafalaria
Se recuesta – á contemplar.
Semejante – á la esperanza
Que brillando – desde lejos,
Busca alivio – en sus reflejos
La miseria – del mortal.
Yo te sigo – luz querida,
Aunque incierta – te apareces,
Pues tú sola – desvaneces
Los fantasmas – del pesar.
Y á tu llama – siempre unida
De mi alma – la esperanza,
Si en la tierra – no te alcanza
En el cielo – te hallará.
Yo te sigo – fuego errante
Que mi espíritu – fascinas,
Y el misterio – me iluminas
De tu extraña – aparicion.
A tu luz – que en este instante
Las tinieblas – embellece,
El encanto – resplandece
De una mágica – vision.
Es la imágen – que en su anhelo
La ilusion – del alma crea,
Es de amor – la viva idea,
Del placer – la tentacion;
Su belleza – sin un velo
Que los ojos – atormente,
Luminosa – y transparente
Se descubre – á la pasion.
Entre el fuego – lanza y gira
Que en su túnica – flamea,
Y sus formas – contornea
Con perfiles – de esplendor.
No cantó – ninguna lira
De belleza – tal prodigio,
Nunca el mundo – tal prestigio
De la danza – concibió!
El sentido – se extravia
En los pliegues – de su falda,
Se deleita – con su espalda,
Se arrebata – con su pié.
Sé mi estrella – sé mi guía,
Fuego fátuo – ó fuego eterno!
A la gloria – ó al infierno,
Tras tu encanto – ciego iré.

Mas qué soplo – fresco, suave,
La arboleda – ha extremecido,
Y perturba – con su ruido
La quietud – de este lugar?
En las ramas – canta el ave,
Tras la cúspide – del monte
Se ilumina – el horizonte
Con creciente – claridad.

Es el sol – el cielo inflama,
Y á brillar – su luz triunfante,
Se disipa – en un instante
La fantástica – vision.
¿Qué te has hecho – falsa llama
Que halagaste – mi delirio...?
La verdad – es un martirio
Si así mata – la ilusion!

ZAMBRANA.—Ramon de Palma es el poeta siempre inspirado que sacude el blando yugo de la imitacion á que quiso sujetarse en sus primeros arranques, y se lanza libre por la region encantada de la poesía, ya valeroso y audaz como el águila; ya lento y hasta perezoso en su vuelo, pero á bastante altura para no tocar con la tierra, como verdadera ave de paso; ya girando alucinado al alcance de algun pensamiento trivial como el pájaro doméstico al derredor de un árbol silvestre, cuyas marchitas hojas parecen flores. Siempre inspirado, porque hasta en sus más pueriles cantos se descubre el estro, la *vis* poética, siendo en ellos notables así mismo el sentimiento y la correccion, prendas preciosas, inestimables, que por sí solas darian larga vida á los versos de Palma, si ya no le asegurasen perpétua fama y prestigio, el entusiasmo y hasta el fuego que respiran.—*Obras literarias, filosóficas y científicas.*—Habana.—1858.—Pág. 130–131.

FORNARIS Y LUACES.—La entonacion de Palma no llega al arrebato lírico de la oda de los preceptistas; pero grave y sostenida en los asuntos elevados rara vez decae, venciendo con arte las dificultades que presentan al poeta los escollos de la metrificacion y de la rima. En asuntos más tiernos, la blandura y la flexibilidad del verso, expresan con verdad sencilla el sentimiento del poeta y hacen de sus poesías lijeras, un ramillete de suaves olores. Distínguese Palma, por la perfeccion del plan de sus composiciones; por su florido estilo, tan delicado y tan escogido que pudiera servir de modelo para la diccion poética, pues nunca desluce el prosaismo los versos de sus estrofas. Esto reunido á la pureza y correccion del lenguaje, hace de las obras de Palma magníficos modelos para el estudio de los principiantes. A pesar de las buenas dotes que hemos recomendado en Palma, nos atreveríamos á manifestar que alguna vez, aunque rara, se encuentran en sus composiciones versos afeados por lo que los literatos llaman ripios; y hacemos esta observacion como una nueva prueba de lo que deben trabajar los noveles escritores por castigar sus producciones evitando faltas semejantes, supuesto que en Palma, en el correcto Palma, pueden encontrarse.—*Cuba Poética.*—Habana, 1861.—Pág. 76.

SUAREZ Y ROMERO.—Dicen algunos que Palma fué imitador ya de Heredia, ya de Zorrilla, ya de Byron, pero en la variedad de los modelos que se citan, encuentro yo una prueba de que no hay fundamento para acusarlo de falta de originalidad.—Hombres sometidos al influjo de idénticas circunstancias, no es extraño que sientan, piensen y se expresen del propio modo y por tanto, aunque en las poesías de Heredia y las de Palma se hallan pasajes parecidos, no puede deducirse de ahí que quisiera nunca el último remedar las composiciones del primero. Sucede tambien que escritores de paises y de épocas diferentes, han sabido concebir iguales pensamientos y enunciarlos en palabras que hasta en la mera ordenacion sintáxica apénas diferian, sin que semejante coincidencia psicológica se haya calificado jamás de imitacion.—Prólogo al tomo I de las obras de Palma. 1861.—Pág. XXIX.

TRADUCCION.

IN MORTE DI NAPOLEONI.

IL CINQUE MAGGIO

ODE.

Ei fu; siccome immobile,
dato il mortal sospiro,
stette la spoglia immemore
orba di tanto spiro;
così percossa, attonita,
la terra al nunzio sta;
Muta pensando all' ultima
ora dell' uom fatale,
nè sa quando una simile
orma di piè mortale
la sua cruenta polvere
a calpestar verrà.

Lui sfolgorante in soglio
vide il mio genio e tacque,
quando con vece assidua
cadde, risorte, e giacque,
di mille voci al sonito
mista la sua non ha:
Vergin di servo encomio
e di codardo oltraggio
sorge or commosso al subito
sparir di tanto raggio,
e scioglie all' urna un cántico
che forse non morrà.

Dall' Alpi alle Piramidi
dal Mansanare al Reno,
di quel securo il fulmine
tenea dietro al baleno
scoppiò da Scilla al Tanai,
dall' uno all' otro mar.
Fu vera gloria? ai posteri
l' ardua sentenza; nui
chinam la fronte al Massimo
Fattor, che volle in lui
del creator suo spirito
più vasta orma stampar.

La procellosa e trepida
gioja d' un gran disegno,
l' ansia d' un cor, che indocile
ferve pensando al regno,
ei giunge, e tiene un premio
ch' era follia sperar,
Tutto ei provò; la gloria
maggior dopo il periglio,
la fuga, e la vittoria,
la reggia, e il triste esiglio,
due volte nella polvere,
due volte su gli altar.

A LA MUERTE DE NAPOLEON.

(EL CINCO DE MAYO.)

ODA.

Murió.—Cual sin el ánimo
grande que le ha regido,
su cuerpo inmóvil quédase
dado el postrer latido;
así la tierra atónita
con la noticia está.
Piensa en las horas últimas
del adalid, y calla,
dudando que en el hórrido
polvo de la batalla,
otro varon tan ínclito
la huella estampe ya.

Enmudecí yo viéndole
en trono refulgente:
cayó, se alzó, y postráronle
luego alternadamente,
y al clamoroso estrépito
nunca me quise unir.
Vírgen de panegírico
y ultraje vergonzoso,
mi voz, hoy que tan súbito
se oculta el astro hermoso
rompe, y quizá mi cántico
eterno ha de vivir.

Del Alpe á las Pirámides,
del Tajo al Rhin, primero
el rayo que el relámpago
lanzaba aquel guerrero,
terror de Scila y Tánais,
y de uno y otro mar.
Si esto fué gloria, dígalo
futura edad: la nuestra
humillese al Altísimo,
porque tan larga muestra
de su creador espíritu
quiso en el hombre dar.

El zozobroso júbilo
que un gran designio cria,
los indomables ímpetus
de quien reinar ansía,
y obtiene lo que fuérale
vedado imaginar.
Todo lo tuvo: obstáculos
grandes, y grande gloria,
y proscripcion y alcázares,
la fuga y la victoria:
se vió dos veces ídolo,
y dos rodó su altar.

A LA MUERTE DE NAPOLEON.

(EL CINCO DE MAYO.)

ODA.

Murió—cual con el hálito
postrer, sin movimiento
quedó el despojo exánime
falto de tanto aliento,
la tierra herida, atónita,
así al anuncio está.
El fin del sér fatídico
contempla enmudecida;
ni alcanza cuando un héroe
con planta parecida,
su polvo en sangre húmedo
á remover vendrá.

Sobre su trono expléndido
lo ví en silencio un dia:
cuando con cambios rápidos
cayó, se alzó y yacia,
al vocinglero estrépito
no uní mi voz jamás.
Quien no incensó aquel ídolo
ni le insultó cobarde,
se inspira al ver de súbito
que ya su luz no arde,
y entona en su urna un cántico
que eterno sea quizás.

Del Alpe á las Pirámides,
del Rhin al suelo hispano,
el rayo y el relámpago
suspenso de su mano,
tronó de Scila al Tánais,
del uno al otro mar.
Gloria alcanzó? á los pósteros
la árdua sentencia dejo;
la frente postro máximo
poder que un gran reflejo
de su creador espíritu
en él nos quiso dar.

El proceloso y trémulo
goze de un gran intento
la ánsia de un pecho indómito
que agita el pensamiento
del trono, y pasa el término
que era locura ansiar.
De todo probó; obstáculos
para ensalzar su gloria,
triste destierro, alcázares,
la fuga y la victoria;
dos veces probó el tránsito
del polvo hasta el altar.

Ei si nomó: due secoli,
l' un contro l' altro armato,
sommessi a lui si volsero
come aspettando il fato:
ei fe' silenzio, ed arbitro
s' assise in mezzo a lor;
Ei sparve, e i di nell' ozio
chiuse in si breve sponda,
segno d' immensa invidia,
e di pietà profonda,
d' inestinguibil odio,
e d' indomato amor.

Come sul capo al naufrago
l' onda s' avvolve e pesa,
l' onda su cui del misero
alta pur dianzi e tesa
scorrea la vista a scernere
prode remote invan;
Tal su quell' alma il cumulo
delle memorie scese;
oh! quante volte ai posteri
narrar se stesso imprese,
e sulle eterne pagine
cadde la stanca man!

Oh! quante volte al tácito
morir d' un giorno inerte,
chinati i rai fulminei,
le braccia al sen conserte,
stette, e dei di che furono
l' assalse il sovvenir.
Ei ripensò le mobili
tende, ei percossi valli,
e il lampo dei manipoli,
e l' onda dei cavalli,
e il concitato imperio
e il celere obbedir.

Ahi! forse a tanto strazio
cadde lo spirto anelo;
e disperò; ma valida
venne una man dal cielo,
e in più spirabil aere
pietosa il trasportò;
E l' avvió su i floridi
sentier della speranza,
ai campi eterni, al premio
che i desiderii avanza,
or' è silenzio e tenebre
la gloria che passò.

Bella, immortal, benefica
Fede ai trionfi avvezza,
scrivi ancor questo: allegrati:
che più superba altezza
al disonor del Golgota
giammai non si chinò.
Tu dalle stanche ceneri
sperdi ogni ria parola;
il Dio che aterra e suscita
che affanna e che consola,
sulla deserta coltrice
accanto a lui posò.

A. MANZONI.

Guerra de muerte hacíanse
dos siglos cuando vino,
y á él se volvieron dóciles
como á poder divino:
silencio impuso, y árbitro
senróse entre los dos.
Y de honda envidia y lástima
objeto en su caida,
de ocio en angosto límite
se consumió su vida,
odio y amor indómitos
siempre llevando en pos.

Como sepulta al náufrago
ola que alzándole ántes,
dejaba que en el piélago
con ojos anhelantes
buscara en vano el mísero
tierra distante de él;
Tal su memoria al héroe
sumia en hondo abismo:
mil veces ¡ay! propúsose
trazar su historia él mismo,
y mil su mano lánguida
cayó sobre el papel.

Y mil y mil al tétrico
fin de enojoso dia,
bajas las ígneas órbitas,
al pecho recogia
los brazos, recordando
su prístino poder;
Y al par las tiendas bélicas,
y valles resonantes,
los brutos lijerísimos,
y aceros centellantes,
y aquel mandar despótico
y el pronto obedecer.

Ay! á tamaña pérdida,
quizá de aliento falto,
desesperó; mas próvida
mano acudió del alto,
y á respirar vivíficas
auras se le llevó.
Donde entre flores tránsito
da fácil la esperanza
al campo en que magnífico
premio el mortal alcanza,
y noche muda tórnase
la gloria que pasó.

Bella, inmortal, benéfica
fé, por do quier triunfante,
de un nuevo timbre alégrate:
Cerviz más arrogante
al deshonor del Gólgota
jamás se doblegó.
Aleja tú del féretro
la detraccion sañuda:
Dios, que alza y postra rígido,
y aflije y presta ayuda,
veló ese hecho fúnebre,
y el alma recibió.

J. E. HARTZEMBUSCH.

La lid dos siglos émulos
parando á su presencia,
sumisos á él volviéronse
como á esperar sentencia:
silencio impuso, y árbitro
sentóse entre los dos.
Luego en tan breve límite
su ociosa vida encierra!...
de inmensa envidia y lástima
por él gimió la tierra,
ódio y amor indómitos
de sí dejando en pos.

Cual pesa sobre el náufrago
la ola relevante
sobre la cual el mísero
alzado en otro instante.
por ver remotas márgenes
en vano se esforzó:
Así á su alma el cúmulo
de las ideas abruma!
A la posteridad propúsose
hablar de sí; y su pluma
sobre la eterna página
sin fuerzas ¡ay! cayó.

Qué veces ¡ay! al tácito
fin de dias inertes,
bajó los ojos fúlgidos,
cruzó los brazos fuertes,
y absorto los dias prófugos
se puso á recorrer:
Y en el campal estrépito
representóse fieles,
de acero los relámpagos,
las filas de corceles,
las concitantes órdenes
y el ráudo obedecer.

Ay! á tan grande pérdida
quizás ya sin aliento
desesperó; mas válida
mano del firmamento,
á más sublime atmósfera
lo trasportó inmortal:
Donde entre flores místicas
da paso la esperanza
á sitios en que el ánima
tanta ventura alcanza,
que allí es silencio lóbrego
la gloria mundanal.

Bella, inmortal, benéfica
¡oh Fé, de triunfo orlada!
de esta victoria apláudete,
que frente más alzada
ante la cruz del Gólgota
jamás se prosternó.
Tú del cansado túmulo
aparta toda ofensa;
el Dios del mundo árbitro
que el bien y el mal dispensa,
sobre el desierto tálamo
al lado de él posó.

José Jacinto Milanés.

Fama muy merecida tiene la bella ciudad de Matanzas de ser la fecunda inspiradora de los primeros poetas que en Cuba se han distinguido, y es título nobilísimo que con satisfaccion recordámos al reseñar la vida de su más preclaro hijo.

Zequeira, Heredia, Del Monte, Plácido, Tolon, Milanés, se presentan siempre á nuestra imaginacion no sabemos por qué misterioso lazo unidos, al acordarnos de Matanzas y al admirar sus poéticos valles, sus rios de floridas riberas y sus gigantes montañas que un dia con el corazon lleno de entusiasmo contemplaron aquellos génios, copiando en imperecederos cantos las bellezas naturales con que plugo á Dios dotar á parte tan principal de nuestra Isla.—Y es maravilla, que siendo Matanzas, como es, la primera ciudad en importancia comercial despues de la Habana, sea allí, donde las agitaciones de la vida mercantil parece que debian influir en lo contrario, el lugar en el cual desde remota fecha han hallado más grata mansion las musas. Considérese efecto de que el bienestar material que las riquezas producen den al hombre en determinados lugares de la tierra mayores medios para recrear su espíritu con la contemplacion del gran cuadro que ante su vista atónita le presenta siempre una naturaleza exhuberante en galas, expléndida en ricos y variados panoramas que revisten cuantas idealidades puede soñar el más privilegiado poeta; considérese fruto de una cultura más delicada y exquisita, es lo indudable, que Matanzas ocupa brillantes páginas en nuestra historia literaria, y que al renombre que le dan portentos de belleza como el sin igual valle del Yumurí, los prodigios de Bellamar, la magestad de sus famosas montañas, el tranquilo Canimar y el San Juan y el Yumurí, que hacen que haya sido comparada á la histórica Venecia, su riqueza en fin, todo en armonioso conjunto, hay que reconocer tambien para ella el alto timbre de que se enorgullece, la nombradía de haber abrigado á los primeros génios poéticos de Cuba que tal parece pedian á su cielo, luz para la inteligencia, y á sus bellezas inspiracion para sus aplaudidos cantos.

Allí nació el 16 de Agosto de 1814, D. José Jacinto Milanés.

Fué su padre, D. Alvaro Milanés, empleado de Real Hacienda, y su madre la Sra. Dª Rita de Fuentes.

Asistió en Matanzas á una escuela de primeras letras, tan humilde como todas las de su tiempo en la Isla, apoderándose de él desde muy temprano la pasion de los libros, consagrado todos sus ócios á la lectura, en una edad en que contados son los que á tan fecunda labor se dedican.

De alma bella, de sentimientos delicados, gérmen sin duda de la desgracia que malogró su preciosa vida, Milanés nació poeta, y se demuestra hasta en sus inclinaciones y gustos de adolescente. La soledad, la meditacion, el estudio, los dolores de la humanidad, el perfeccionamiento moral de la sociedad en que vivia, ahí está toda la vida de Milanés.

Niño todavía, nos refiere su hermano, que al regalarle su padre el *Tesoro del Parnaso Español* de Quintana, lo recibió con lágrimas de alegría; niño todavía, gustaba recrearse en nuestro teatro antiguo y saborear los versos de Lope de Vega y Calderon.

Estas aficiones, claro demuestran las especiales aptitudes con que venia á entrar en las amargas luchas del mundo el tierno cantor, que como en otro lugar demostraremos, dedicó todos los esfuerzos de su breve vida á dar á la poesia un fin moral, de que carecia hasta él en Cuba.

Su pasion por el estudio, el ánsia de saber que en él crecia á medida de los años, no tenía límites: «no cumplidos los doce años, ya saboreaba en su gracia nativa las »entretenidas ficciones del Ariosto: ya traducia del francés en estilo sencillo y fácil, »algunas de las inocentes imitaciones que Berquin habia introducido de la Alemania. »Esto lo conseguia Milanés sin más auxilio que el de algun tratado elemental alcan»zado á fuerza de empeño, cuando no le socorrian las escasas lecciones del profesor »de idioma, cuya vida, por entre pueblos aún dados á economizar la educacion, tenia »que ser algo nómade y trashumante. En vano, pues, como para demostrar su dispo»sicion á la carrera literaria, fueron tales sus progresos en la lengua latina, de que »daba lecciones en un departamento de la misma escuela, subvencionado por el mu»nicipio el humanista Guerra Betancourt, que éste, cada vez que se ausentaba de la »ciudad dejaba á Milanés hecho cargo de la direccion de su clase (1).»

Hijo de un honrado empleado, carecia de los recursos que en aquellos tiempos como en estos son tan indispensables para poder seguir en Cuba una carrera literaria, y así el poeta, con todas las ilusiones de su alma candorosa, tuvo que dedicarse á trabajos de índole bien opuesta á sus inclinaciones. Empezó muy jóven á trabajar en oficinas de comercio, primero en su ciudad natal, despues en esta, donde permaneció hasta el año de 1833, que regresando á Matanzas se produjo el cambio en su vida que anunció al poeta. No habia descuidado Milanés sus estudios en los tristes y afanosos dias empleados en las tareas mercantiles: entusiasta, sin desmayar, supo sostener en medio de rudas contrariedades la noble dignidad de su alma que alimentaba un tesoro de amor al bien de que pocos hombres han podido dar al mundo con vida tan breve cual fué la suya, tan expléndidas muestras. El análisis de sus poesías es demostracion palmaria de nuestro aserto.

Al volver Milanés á Matanzas, tuvo la suerte de conocer al ilustre D. Domingo Del Monte, cuyo nombre va unido al de nuestros más célebres poetas. La influencia de Del Monte en las producciones de Milanés, es un estudio importante que no podemos ahora acometer Cierto es que Milanés ántes de estrechar amistad con Del Monte, por esa série de trabajos interiores que regularmente todos hacemos cuando á las especulaciones intelectuales nos dedicamos, tenía ya formado su génio poético y el carácter original con que habia de distinguirse; pero es por otra parte innegable que los atinados consejos de aquel fueron los que fijaron á Milanés en la forma verdaderamente nueva, filosófico-moral, que habian de revestir sus cantos.

Hábilmente preparado con el constante estudio de los clásicos españoles, esos eternos modelos para cuantos hayan de expresar sus ideas en nuestro rico idioma, Milanés pudo con facilidad y acierto desarrollar el vasto plan que se proponia en variedad de tonos y con una riqueza tal que no ha tenido imitadores.

Los primeros versos de Milanés los publicaron Palma y Echeverria (1837) en el *Aguinaldo Habanero;* «Cita nocturna», pág. 39; «La Madrugada», pág. 137; «Requies-

(1) Obras de D. José Jacinto Milanés.—Publicadas por su hermano.—Segunda edicion, corregida, aumentada y precedida de un nuevo prólogo del editor, sobre la vida y escritos del poeta.—Nueva York: Juan F. Trow y Compañía.—1865.—Prólogo, pág. IX.

cat in pace», pág. 147. En *El Album* de Ramon de Palma, se hallan sus poesías «A Laura» (tomo VI, Octubre 1838); «El Beso» (tomo X, 1833); «A una Coqueta» y «El Mendigo» (tomo XI); «La Ramera» (tomo XII).

En *El Plantel* de los citados Palma y Echeverria (1838) en la página 80, se lee de Milanés un artículo en prosa *Del Drama Moderno*. Tambien en el mismo periódico se publicó su poesía «El Expósito». *La Cartera Cubana* de D. Vicente Antonio de Castro, en el tomo tercero, cuaderno de Julio de 1839 (pág. 54) dió á conocer su poesía «El hijo de un rico», que despues en la coleccion de sus obras se ha titulado «El hijo del Rico».

La Madrugada, «inspiracion felicísima de las explendentes armonías del mundo terrestre, en contraste con la aspiracion tierna de un alma anhelosa, —cántico del corazon ingénuo, al rodearse del ritmo de amor que une visiblemente á todos los séres, —venía á ser en algun modo como la manifestacion simbólica de un nuevo amanecer á nuestra poesía, que despertaba el interés de cuantos la escuchaban, para conocer á su misterioso iniciador (1)». Fué escrita esta composicion en 1836, y críticos tan reputados como el Sr. D. Manuel Cañete, la juzgan de mérito por su ingenuidad, sencillez y ternura y por su encantadora suavidad melancólica (2).

El Beso, composicion que ha sido llamada *bellísima perla literaria*, en 1837 (3). La popular cancion *La fuga de la tórtola*, en 1840; la delicada poesía *Su alma* en 1841; *De codos en el puente*, composicion que publicó en 1842 en *El Yumurí*, inspiró á D. Anselmo Suarez y Romero una excelente carta crítica á D. José Zacarías Gonzalez del Valle, en la cual juzga los acordes de la lira que producia tan armoniosos sones «bañados de una suavísima melodía que viene á herir directamente el alma, melodía donde se escucha, no la voz atristadora del poeta que cuando mira el llanto de la desgracia no sabe más que prorumpir en lamentos, sino la voz esforzada y varonil que describe concienzudamente las causas del mal para disculpar despues los sollozos (4)».

Segun un extenso juicio crítico de las obras de Milanés que publicó en *El Prisma* el año de 1846, el Sr. D. José Zacarías Gonzalez del Valle, estando en Madrid este literato en 1842, recitó al ilustre poeta D. Juan Eugenio Hartzembusch algunas composiciones del bardo matancero, las cuales celebró con entusiasmo.

Las tareas literarias de Milanés, se encierran en un período de siete años: 1836–1843. En esta última fecha empezó á padecer graves afecciones que no pudieron hallar alivio y enmudeció para siempre, oscureciendo su brillante inteligencia, luz de Dios, segun Zenea, la más terrible de las desgracias que pueden afligir al hombre: la demencia!

Cuando el bardo hubiera podido desarrollar su talento y reformar tantas de sus composiciones, las más fruto de su juventud, el infortunio le priva de sus facultades para conllevar el martirio de veinte años de sufrimientos físicos, cuya sola evocacion arranca suspiros de dolor á la memoria del desgraciado poeta.

En 1846 se empezó la publicacion de sus obras, en tres tomos, que creemos se terminó en 1847. La acogida que el público hizo á la primera edicion de las producciones del desventurado Milanés no ha tenido igual en Cuba. Poseer un ejemplar de ella es un tesoro para los bibliógrafos. Numerosos juicios críticos obtuvo de celebri-

---

(1) Prólogo de la edicion citada, escrito por D. Federico Milanés.—Pág. XXVI.

(2) «Gerónimo el honrado», novela original de D. Ramon Piña. Precede á esta segunda edicion corregida, un prólogo de D. Manuel Cañete, individuo de número de la Real Academia española.—Madrid. 1859.—Prólogo, pág. VI.

Poesías de D. Rafael Mendive, precedidas de un prólogo de D. Manuel Cañete de la Academia Española.—Madrid, 1860.—Prólogo. pág. XV.

(3) «El Fígaro»—Periódico satírico, económico y literario.—Habana, Diciembre 2 de 1866.—Año I, nº 5.—La decadencia de un poeta, II, pág. 3, artículos críticos firmado por *Almaviva*, (don Francisco Sellen).

(4) Coleccion de artículos.—Crítica, pág. 112.

dades literarias, y en Europa y América se reconocieron los méritos del poeta, cuya desgracia le atraia dobles simpatías (1).

En la página XLIII del prólogo de la edicion americana de 1865, leemos que el *pensamiento generoso del hijo de un estimable patricio español*, cuyo nombre sentimos no conocer, decidió á Milanés á mediados del año de 1848 á emprender un viaje á los Estados Unidos del Norte América y algunos lugares de Europa, de donde regreso sin resultado favorable para sus males á fines de 1849.

El estado del poeta desde entonces hasta su muerte nos lo describe así D. Federico Milanés, su hermano: «Las fortunas prosperas ó adversas de su patria, siempre le interesaron. Siempre que un conocido de tiempos mejores venía á estrechar su mano, hallaba el premio en la sonrisa del poeta. Siempre que la no reservada voz de la prensa le hacía encontrar uno de esos frios anuncios que dejan en el corazon el fúnebre hueco de alguna pasada amistad, se entristecia profundamente. Así, al entrar en el templo; al concurrir en festiva noche á una plaza llena de luces, música y flores; al extasiarse en tardes serenas, sentado sobre una roca de *Bellamar*, dando la vista á un inmenso horizonte, dejando de advertir que la simpatía popular se detenia á mirarle; siempre creyéndose desapercibido en el mundo,—principal amor de sus gustos modestos;—cada dia más quebrantada la fuerza viril de su naturaleza con largas abstinencias de cuanto puede halagar los sentidos, pareció agravarse al principiar el otoño de 1863.»

Llegó así el 14 de Noviembre del citado año, y á la una del dia entregaba su alma noble y candorosa al Criador.

La noticia fatal, aunque ya esperada, conmovió á cuantos no sólo por sus títulos literarios sino por su desgracia, veneraban al cantor de la virtud y de la inocencia. Fué la ceremonia de su entierro la más solemne que ha visto la rica ciudad de los dos rios. El Liceo dispuso lo más conveniente para aquel acto, cuya minuciosa descripcion debemos al distinguido literato Sr. D. Ildefonso de Estrada y Zenea (2), y de la cual tomamos los siguientes párrafos:

«El cortejo fúnebre se puso en marcha, siendo este el órden observado: Salió de la casa el féretro en hombros de los Señores de la Junta Directiva D. R. Otero, don S. de la Huerta, D. José Mª Martinez y D. Manuel P. Pié, llevando las borlas los cuatro amigos y condiscípulos del finado, Sres. D. Pedro H. Morejon, D. Benigno Gener, D. Pio Campuzano y D. Eusebio Guiteras.

»Llegados á la esquina de la calle del Ayuntamiento, tomaron el féretro en hombros cuatro sócios de mérito del Liceo, los Sres. D. Emilio Blanchet, D. Gonzalo Acosta, D. Ignacio Acosta y D. Ildefonso de Estrada y Zenea, y las borlas cuatro señores de la Directiva, D. Rafael Otero, D. Demetrio Lopez, D. Bonifacio Carbonell y D. Ramon Menendez. En la esquina de la calle de Santa Teresa, le tomaron los señores de la Seccion de Literatura, D. José Mª Casal, D. Francisco Galan, D. Ramon

---

(1) Hé aquí lo que decia el *Faro Industrial de la Habana*, de 21 de Enero de 1848, año VIII número 18:

«Hemos visto una carta de Madrid, recibida por el último correo, en la que se dice que los tres tomos impresos ya de las obras del Sr. Milanés, el poeta matancero, han sido en la Península muy bien recibidos, y que han obtenido grandes elogios de los primeros literatos, uno de los cuales se ocupará muy en breve de un estenso juicio crítico de ellas, con objeto de hacer más conocido en España á un jóven de quien se ha ocupado ya favorablemente la prensa extranjera, y de quien se han traducido ya várias composiciones, entre ellas el drama del «Conde Alarcos», al aleman.

»El favorable juicio que era de esperarse hiciesen en la Península literatos *de nombre y de saber*, lo vemos no sólo en la carta á que aludimos, sino igualmente en la prensa periódica: con el mayor placer, y para corroborar nuestro aserto tomamos del *Clamor Público* del 18 de Noviembre próximo pasado el párrafo siguiente:

»Mencionaremos como produccion muy notable y que honraria á la prensa misma madrileña el tercer tomo de las obras de D. José Jacinto Milanés. Comprende el bellísimo drama del *Conde Alarcos*, ya de ántes conocido en las tablas y en la imprenta; y dos dramas más, en que campea el gusto de este nuevo Alarcon americano. Quizás en otro artículo demos á conocer más estensamente las obras de este poeta. Baste decir que él forma con Heredia y la señora Avellaneda, la brillante pléyade de la poesía cubana.»

(2) Publicada en la *Aurora del Yumurí*.—Mártes 17 de Noviembre de 1863.

de Llanos y D. Mariano del Portillo; las borlas otros cuatro señores de la misma, D. Emilio Blanchet, D. Ignacio Acosta, D. Gonzalo Acosta y D. Ildefonso de Estrada y Zenea; en la calle de Zaragoza, los señores de la Seccion Literaria D. Sebastian Alfredo Morales, D. Bernabé Maydagan, D. José Delmonte y D. Gabriel Touceda, y las borlas los anteriores señores D. José Mª Casal, D. Francisco Galan, D. Mariano del Portillo y D. Ramon Llanos. En la calle de Manzaneda, los señores de la Seccion Dramática del Liceo D. Andrés Hurtado de Mendoza, D. José Curbelo, D. Francisco Coronado y Delicado y D. José Morejon, llevando las borlas los que anteriormente el féretro. Esquina del Dos de Mayo, los señores de la Seccion Lírica D. Domingo Verdonces, D. Justo Diez, D. Adolfo Diez y D. Alejandro Odero, y las borlas, los señores que llevaban el féretro. En la esquina de América, le tomaron en representacion del periodismo matancero, los Sres. D. Francisco Javier de la Cruz, D. Adalio Scola, D. Gonzalo Peoli y D. Ricardo I. Cay y las borlas, les señores que antes el féretro. Llegados á la octava esquina, le tomaron en representacion del profesorado, los Sres. D. José Mª de Zayas, D. Antonio Guiteras, D. Mariano Dumas Chancel y D. Fernando Dominguez, y las borlas, los señores anteriores. En la novena esquina nuevos señores de várias secciones, D. Florencio Lopez, D. Bernabé de la Torre, don Antonio y D. Mariano Lima, y las borlas, los señores anteriores. En la esquina décima, nuevos señores del profesorado y secciones, D. Federico Huertas, D. Cárlos Estrada y Zenea, D. Nestor Moinelo y D. Juan F. Sanchez, y las borlas, los anteriores. Inmediatamente despues del féretro iba una comision compuesta de tres individuos de la Seccion de Literatura llevando sobre un pequeño cojin de terciopelo negro las obras del poeta atadas con un crespó y sobrepuestas por una corona de siemprevivas, y pendiente por cada lado del cojin una cinta blanca con este lema: «Obras literarias de José Jacinto Milanés», cuyas cintas llevaban dos sócios de mérito, los cuales sustentaban al par, el de la derecha, una pluma blanca, símbolo de la pureza con que siempre escribió el poeta, y el de la izquierda una página con este pensamiento casto y virtuoso, tomado de una de sus más conocidas composiciones, y que revela toda la religiosidad y nobles sentimientos que abrigaba el alma del vate:

.....

Así pensé, y fuíme en paz,
Dejándola intacta y pura,
Y lágrima de ternura
Bañó mi faz!»

Agregaremos que en el acompañamiento se veian miembros de la Academia de Ciencias de la Habana, la Seccion Literaria del Liceo, Comisiones del periodismo habanero, el Periodismo de Matanzas, el Profesorado, la Seccion Dramática del Liceo, la Seccion Lírica del mismo, la Comision Local de Instruccion Primaria, la Directiva del teatro Estéban, la del Casino, la oficialidad del Regimiento de Nápoles, los Profesores de varios colegios con sus alumnos y otras corporaciones seguidas de numeroso pueblo que formando inmenso séquito acompañó el cadáver del poeta hasta su última morada.

»Descubiertos los señores del acompañamiento, descubríanse todos los grupos que en la esquinas se habian estacionado para ver atravesar la fúnebre comitiva, é iba agregándose la muchedumbre hasta llegar en crecido número al Cementerio, donde pudiera decirse que el pueblo en masa esperaba el cadáver del poeta para derramar una lágrima en su tumba y darle el último *Adios*.

»El imponente pavoroso silencio de las tumbas se hizo sentir desde que salió el cadáver de la casa mortuoria, pues nadie osaba proferir una palabra: tal era el profundo sentimiento que á todos embargaba! De más de una casa, á tiempo de pasar el cadáver, salieron niñas arrojando flores, para que por sobre ellas pasase el cuerpo inanimado en que se encerró el alma del que dejaba en la tierra el perfume de las flores de la inteligencia».

»Llegada la comitiva al Cementerio, el Sr. D. Ramon Zambrana, en breves, oportunas y elocuentes palabras, dió á Matanzas el más sincero pésame en nombre de la juventud y de las letras cubanas por la pérdida que acababan de experimentar.

»Los restos de Milanés, encerrados en un rico sarcófago de palo de rosa con tornillos de plata, se colocaron en la bóveda de los Señores de Jimeno, y tomando el Sr. Blanchet la corona que sobre el mismo colocára, la entregó solemnemente al señor D. José M. de Jimeno para que de tan preciosa reliquia fuese depositario.»

El Dr. D. Ramon Zambrana dijo ante los restos del poeta: «La muerte de Milanés no ha sido un tránsito amargo, sino el triunfo de su espíritu. Este ha ido á abismarse en el seno del Eterno..... el vaso se ha roto y el perfume se ha escapado. El espíritu de Milanés ha volado al Infinito que ya conocia cuando en sus grandiosas inspiraciones por él se espaciaba: ha ido á tomar posesion de su legítimo domicilio (1).»

En los momentos que escribimos (Julio de 1880), se trata de levantar una estátua al autor del *Conde Alárcos*, en el Cementerio de Matanzas.

La segunda edicion de las obras de Milanés hecha en Nueva York, y que hemos citado, contiene sesenta y siete poesías líricas, siete glosas cubanas, trece composiciones recogidas con el nombre de *Cancionero de Tristan de Morales* y que son ensayos de escaso merito de los primeros años de su juventud; las leyendas, *El Negro alzado*, *La promesa del Bandido*, *Rodolfo y Clotilde*, *Vengar el honor sin sangre* y *Desengaños de amor;* el drama caballeresco *El Conde Alárcos*, que fué por primera vez impreso en la imprenta del Gobierno de esta Capital, en 1838, dedicado á D. Domingo Del Monte; el segundo *Un poeta en la Córte;* el precioso proverbio dramático *A buena hambre no hay pan duro*, cuyo principal protagonista es Cervántes; la comedia *Por el puente ó por el rio*, que no terminó y que prueba hasta la evidencia el amor que constantemente tuvo el poeta al prodigioso Lope de Vega; el juguete cómico de costumbres cubanas *Ojo á la Finca;* siete artículos vários de literatura, y por último los doce cuadros que encierra *El Miron Cubano*, que D. Enrique Piñeyro juzga de *desesperante medianía* (2) y D. Pedro Antonio Alfonso *obra de mérito* (3).

Con la detencion que merece génio tan digno de estudio, dejamos en la introduccion hecho el juicio que Milanés nos ha inspirado y que nos ha complacido ver tambien con algunos puntos de semejanza con nuestro parecer en el de persona de tan reconocidos méritos literarios como el Sr. D. Jesús Benigno Galvez, al decir:

«Incúlpase á Milanés de haber sido doctrinario por sistema, de haber aspirado en sus composiciones á un centro fijo de utilidad moral, y á esta circunstancia se atribuye su pretendida expontaneidad. Pero las obras de Milanés están ahí para demostrarnos que aquella noble aspiracion no era el resultado de un doctrinarismo sistemático, sino una consecuencia legítima de la elevacion de su carácter, de la pureza de su alma, de la bondad de su corazon. Milanés, por una tendencia irresistible, se veia impulsado á cantar los males de la sociedad; no escribia, como se afirma sin probarlo, escogiendo de antemano sus asuntos y sometiéndolos préviamente al exámen y la reflexion: sus obras están ahí para revelarnos hasta qué punto se despertaba su imaginacion y se avivaba su entusiasmo, cuando la contemplacion de las llagas sociales venia á excitar las fibras de su delicada organizacion, de su exquisita sensibilidad (4).»

---

(1) Interesantes datos acerca de la muerte de Milanés, tiene el siguiente libro: «Flores del Alma».—Consagradas á la memoria del nunca bien llorado poeta matancero José Jacinto Milanés por Lorenzo Lopez Muñiz.—Habana.—Imprenta y Librería «El Iris».—1865.

(2) En sus dos artículos publicados en la *Revista del Pueblo* y que reprodujo *El Siglo* en 24 de Agosto de 1866.

(3) Apuntes para la historia de la Isla de Cuba con relacion á la ciudad de San Cárlos y San Severino de Matanzas.—Matanzas 1854. Pág. 229.

(4) El Liceo de la Habana.—Periódico de Literatura, Ciencias y Bellas Artes.—(Oficial del Instituto de su nombre). Director: D. Jesús Benigno Galvez. 8ª série.—Núm. 6.—Setiembre 1º de 1866, pág. 45.

LA FUGA DE LA TORTOLA.

CANCION.

Tórtola mia! Sin estar presa
Hecha á mi cama y hecha á mi mesa,
A un beso ahora y otro despues,
¿Por qué te has ido? ¿Qué fuga es esa,
Amarronzuela de rojos piés?
¿Ver hojas verdes sólo te incita?
¿El fresco arroyo tu pico invita?
¿Te llama el aire que susurró?—
¡Ay! de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

Oye mi ruego, que el miedo exhala.
¿De qué te sirve batir el ala,
Si te amenazan con muerte igual
La astuta liga, la ardiente bala,
Y el cauto *jubo del manigual!*

Pero ¡ay! Tu fuga ya me acredita
Que ansías ser libre, pasion bendita
Que aunque la lloro la apruebo yo.—
¡Ay! de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

Si ya no vuelves, ¿á quién confío
Mi amor oculto, mi desvarío,
Mis ilusiones que vierten miel,
Cuando me quede mirando al rio,
Y á la alta luna que brilla en él?
Inconsolable, triste y marchita,
Me iré muriendo, pues en mi cuita
Mi confidenta me abandonó.—
¡Ay! de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

EL BESO.

De noche en fresco jardin
Sentado estaba á par de ella:
Yo jóven: jóven y bella
Mi serafin.

Hablábamos del negror
Del cielo, augusto y sin brillo,
Del regalado airecillo
Y del amor.

Hablábamos del lugar
En que primero nos vimos,
Y sin querer nos pusimos
A suspirar.

A suspirar y á sentir
Gozo al volver á juntarnos:
A suspirar y á mirarnos,
Y á sonreir.

Porque amor casto entre dos
Es colmo de las venturas,
Y unirse dos almas puras
Es ver á Dios.

Una mano la pedí,
Porque en sus lánguidos ojos
Y en medio á sus labios rojos
Brillaba el *sí*.

Ella, al oirme, tembló,
Y en mí largo tiempo fijo
Su dulce mirar, me dijo
Tímida: *no*.

Pero era un *no* cuyo son
Pone al corazon risueño:
Un *no* celeste, halagüeño,
Sin negacion.

Por eso yo la cojí
La mano, y con loco exceso
A imprimir sobre ella un beso
Me resolví.

Beso que en mi alma crié
En sueños de gloria y calma,
Y que por joya del alma
Siempre guardé.

Puro como el arrebol
Que orna una tarde de Mayo
Y ardiente como es el rayo
Del mismo sol.

Pero al besarla sentí
Mi labio sin movimiento,
Porque un negro pensamiento
Me asaltó allí.

¿Quién sabe si el vivo ardor
De mi boca osada, ansiosa,
No iba á secar ya la rosa
De su pudor?

¿Quién sabe si tras mi fiel
Beso, otro labio vendria
Que ambicioso borraria
Las huellas de él?

¿Quién sabe si iba el desliz
De mi labio torpe, insano,
A volver su mano, mano
De meretriz?

Mano asquerosa, infernal
Para el alma del poeta:
Que sufre el beso y aprieta
El vil metal.

Así pensé... y fuíme en paz,
Dejándola intacta y pura:
Y lágrima de dulzura
Bañó mi faz.

SU ALMA.

Yo podré, cuando á mi anhelo
Noble inspiracion socorra,
Hacer un verso que corra
Manso como un arroyuelo.
Puedo en él pintar un cielo
Azul, un lago tranquilo,
Una selva, fresco asilo
De pajarillos cantores,
Sembrando en todo las flores
Expléndidas del estilo.

Podré, con arte sutil,
Pintar en vago horizonte
Doble contorneado monte
Como un seno femenil:
Un alba dulce de Abril
En que parezca brillar
El aire, una ronca mar
Que en corvas ondas se mece,
Y otras cosas que parece
Que no se pueden pintar.

Pero la cosa que ignoro
Poder pintar como es ella
Es el alma pura y bella
De la hermosura que adoro.
Como es tanto su decoro,
Su compasion, su ternura,
A veces se me figura
Que un ángel debe de ser
Que ha bajado á ser mujer
Por consolar mi amargura.

Oh mi amor! Deja á un artista
Que con el reflejo grave
De tu alma casta y suáve
Su pobre cántico vista.
Deja que al mundo egoista
Pinte con libre pincel
Tu alma candorosa y fiel:
Deja que cantando así
Él no se olvide de tí,
Ni yo me acuerde de él.

En otro tiempo, con frente
En que el pesar se grababa,
Yo por el mundo cruzaba
Transeunte indiferente.
Un desengaño inclemente
Hirió como daga aguda
Mi alma indefensa y desnuda;
Y reprimiendo el dolor
Iba buscando el amor
Impelido por la duda.

Ví dulces y hermosos séres;
Y cuando con castos fines
Buscábalos serafines
Los encontraba mujeres.
Sólo hallé sed de placeres
Vanidad, ternura incasta,
Nada del amor que gasta
El corazon en que nace,
Que en sí mismo se complace
Y que á sí mismo se basta.

Y cuando el alma burlada
Dijo, con honda amargura
Al amor:—tú eres locura,
Y á la ilusion:—tú eres nada;
Llegaste tú, mi adorada,
Y cerrando al fin mi herida
Te dije, dando salida
Al desengaño pasado:—
Tú eres mi amor ignorado!
Tú eres mi ilusion perdida!

Desde entonces, prenda mia,
La fé que me abandonaba,
Como fugitiva esclava
Al pensamiento volvia:
Desde aquel próspero dia,
Muerta mi antigua tristeza,
Pedí amor, pedí belleza
A Dios, poeta grandioso,
En ese poema hermoso
Que llaman naturaleza.

Y vi que el alma sañuda
Que asida de su dolor
Deja el jardin del amor
Por el yermo de la duda,
Es sobremanera ruda;
Por donde se puede ver
Que siempre hay en la mujer
Algo puro de los cielos:
Que son hermanos gemelos
Sentir, amar y creer.

Oh! cuando mi vista vaga
Por todo el cuerpo social,
Y encuentro en él, por mi mal,
Alguna asquerosa llaga:
Cuando no hay quien me deshaga
Ni me arranque aquel pesar
De ver la llaga durar,
Mancha negra en lino fino,
Que primero rasga el lino
Que se consiga lavar:

Y lanzándome el dolor
De uno en otro devaneo,
En mis adentros no creo.
Sino sólo lo peor:
¿Quién en mi negro interior
Vierte luz consoladora,
Sino tú, mi dulce aurora?
¿Quién me enseña que es felice
Más que el rencor que maldice
La resignacion que llora?

Pero es menester oir
Su voz, agélico sér,
Con tan dulce reprender
Que parece sonreir.
Es necesario sentir,
¡Oh hermosa como ninguna!
Cuanta languidez reuna
Tu mirar puro y sencillo,
En donde hay algo del brillo
Misterioso de la luna.

Ay! En aquellos momentos
En que conversando á solas
Nos van llevando las olas
De los vagos pensamientos.
Colmado de sentimientos
Pedí á Dios, meditabundo,
Que me llevase á otro mundo
Más venturoso y mejor,
En donde fuese el amor
Más cándido y más profundo.

Mas ya que vivir en éste
Me impone Dios, le bendigo,
Porque al fin vivir contigo
Ha sído bondad celeste.
¿Qué me importa que denueste
Mi ideal filosofía
Una mordaz ironía,
Si hallo, contra este rigor,
Mi gloria que es hoy tu amor
Tu amor, que es mi poesía?

Verdad es que á veces pienso
(Y esta es mi angustia mayor!)
Que aunque te debo un amor
Siempre firme y siempre inmenso,
No juzgarás tan intenso
El mio, y que de esto infieres
Que somos ingratos séres,
Si es así como nos nombres,
Nosotros los tristes hombres
Con vosotras las mujeres.

Pero esto nace, bien mio,
No de que es mi amor menor,
Que mudo es profundo amor
Cual mudo es profundo un rio;
Nace de que mi albedrío
Teme entrar en la mar honda
De amor, y que ella me esconda
Tanto, que náuta inexperto,
Me encuentre lejos del puerto
Sin vela, timon ni sonda.

Porque ese amor, frenesí
Que las entrañas devora,
Hoguera atormentadora
Que rompe fuera de sí,
No es amor digno de tí,
Ni digno de mi laud;
Sino el que es placer, salud,
Paz, esperanza, consuelo,
Apacible como el cielo,
Dulce como la virtud.

Amor que no arruga cejas
Ni deja crecer desvelos,
Sembrado de bellos celos
Y de enamoradas quejas.
Rico de memorias viejas,
Que las guarda una por una:
Que rie al ver una cuna,
Que al ver una tumba llora,
Adorador de la aurora,
Bendecidor de la luna.

Que encuentra más poesía,
Más placer y más beldad
Al campo que á la ciudad,
Y á la tiniebla que al dia.
Que ama la melancolía
Sin ir tras la soledad:
Que estima la sociedad
Detestando su egoismo:
Que va tras del heroismo
Y no tras la vanidad.

Amor que vá á la conquista
De lo grande y verdadero,
Torciendo el rostro al dinero
Y volviéndolo al artista:
Que vé en el mundo una lista
De goces castos y buenos
Que de vil codicia llenos
Los más se dejan atrás;
Y en vano buscan los más
El bien que gozan los ménos.

Este misterioso amor,
Todo dulzura y paciencia,
Que es hijo de la inocencia,
Y es hermano del pudor,
El mundo escarnecedor
Sueño, mi bien, lo apellida,
Lo mofa y lo dilapida;
Pero bien sabes, mi encanto,
Que más vale el lloro santo
Que la risa descreida.

Quien busca amor y belleza
No hay que le aflija ni asombre,
Pues cuando le cansa el hombre
Halla la naturaleza.
El que con bestial pereza
Levanta un ara dorada
A su codicia malvada,
¿Qué espera del egoismo?
Tras el fastidio, el abismo
De la inexplicable nada.

LA MADRUGADA.

Necio y digno de mil quejas
El que ronca sin decoro,
Cuando el sol con rayo de oro
Dá en las domésticas tejas.

¿Puede haber cosa más bella
Que de la arrugada cama
Saltar, y en la fresca grama
Del campo estampar la huella?

Campo digo: porque pierde
La mañana su sonrisa,
En no habiendo agreste brisa,
Mucho azul y mucho verde.

No hay que gozarla en ciudad
En todo horizonte urbano
Se estaciona de antemano
Triste vaporosidad.

Luego ved tanto edificio
Alto, sério... Angustia dan:
El alba, el sol allí están
Como sacados de quicio.

No: yo he de andar á mis anchas
Una campiña florida,
Por ver del alba querida
La faz vírgen y sin manchas:

Verla en oriente lucir
Diáfana, rosada, bella
Como una casta doncella
Que enamora al sonreir.

Yo no sé como hay cabeza
Tan interesada y fria,
Que no ame, al rayar el dia,
La hermosa naturaleza.

Vedla rejuvenecerse,
Vedla rodar con el rio,
Brillar pura en el rocío,
Con los árboles mecerse;

Arrastrada en el reptil,
Fiera y alzada en el bruto,
Dulce en el colgado fruto,
Risueña en la flor gentil.

¡Oh Dios!... allá en mis niñeces,
Antes de brotarme el bozo,
¡Con qué sencillo alborozo
Vine á ver esto mil veces!

Ya una errante mariposa
Con su matiz me atraia;
Ya olvidado me ponia
A contemplar una rosa.

Siempre alegre, ya se vé:
Nunca entonces cavilaba,
Ni mis cejas arrugaba
Algun triste no sé qué.

Despues, como entré en más años
Y como ví una hermosura,
Tuve por triste locura,
Ver sol, montes y rebaños.

¡Qué ingrato fuí!—Pero bien
Se vengó Naturaleza:
Aquella ingrata belleza
Olvidóme con desden.

Vertí un mar de llanto: el alma
No se me hallaba sin ella...
Al fin una amiga estrella
Dolióse y me puso en calma.

¡Oh, qué dolor tan agudo
Es olvidar!... Pero al cabo,
Rotos los grillos de esclavo
Curóme el médico mudo:

El tiempo, el tiempo veloz,
Que tiñe nuestras cabezas
De blanco, y tantas bellezas
Deja sin luz y sin voz.

De entonces acá me place
Ver la escena matutina
Segunda vez:—medicina
Celestial que me rehace.

Con todo, mis cicatrices
Se ensangrientan y suspiro
En donde quiera que miro
Dos amadores felices.

Y áun con ménos ocasion:—
Si oigo el susurrar alterno
De dos palomas, en lo interno
Se me angustia el corazon.

Si en un ramo miro á solas
Dos aves cantar querellas,
Si relucir dos estrellas,
Si rodar dos mansas olas,

Si dos nubes enlazarse
Y por el éter perderse;
Si dos sendas una hacerse,
Si dos montes contemplarse;

Me paro, y con ansiedad
Recuerdo que á nadie adoro:
Miro tanto enlace y lloro
Mi contínua soledad.

REQUIESCAT IN PACE.

I.

Yo la ví resplandeciente
En las filas del sarao,
Y la juzgué el vivo sueño
Del poeta enamorado.
El melancólico brillo
De un lucero en el espacio,
Y el místico son del aura
En torno de un campanario,
Eran la luz de sus ojos
Y el acento de sus labios.
Como los ángeles puros
Iba vestida de blanco:
Su mejilla fresca y roja
Como la flor del granado.
Sus amigas le reian:
Su madre en luengos abrazos
Devoraba á puro beso
Aquel su hermoso retrato.

II.

Pobre doncella...! Dos soles
Despues del baile bizarro,
Vagaba yo silencioso
En torno del campo-santo,
Cuando el quejido del hierro
Nueva tumba socavando,
Me hizo entrar. El hombre oscuro
Que cuida de sepultarnos
Con aire estóico acostaba
En nuestro lecho de barro
Una beldad. Clavé en ella
Mi vista... oh Dios justo y santo!
Ví la rosada mejilla...!
Conocí el vestido blanco!

DE CODOS EN EL PUENTE.

Le poete en des jours impies
Vient preparer des jours meilleurs,
Il est l' homme des utopies:
Les pieds ici, les yeux ailleurs.

V. Hugo, *Les Rayons et les ombres.*

San Juan murmurante, que corres ligero
Llevando tus ondas en grato vaiven,
Tus ondas de plata que bate y sacude
Movienda sus remos con gran rapidez,
(Monstruoso cetáceo que nada á flor de agua)
La lancha atestada de pipas de miel:
San Juan, ¡cuántas veces parado en tu puente
Al rayo de luna que empieza á nacer,
Y al soplo amoroso de brisas fugaces
Frescura he pedido, que halague mi sien!

Entonces un aura, la más apacible
Que en ondas marinas se sabe mecer,
Que empapa sus alas en ámbar suave,
Y á aquel que la implora le besa fiel,
Haciendo en las olas que mansas voltean,
Un pliegue de espuma, deshecho despues,
Llegaba á mis voces, cercábame en torno,
Bañando mi frente de calma y placer:
Y yo silencioso y á par sonriendo,
A Dios daba gracias del hálito aquel,
Del beso del aura que casi es tan dulce
Como es el de amores que dá una mujer

Mas siempre que pongo, San Juan murmurante,
El codo en el puente, la mano en la sien,
Y siempre que miro los rayos de luna
Que van con tus ondas jugando tal vez,

Cavilo qué fuiste, cavilo lo que eres:
Y allá en las edades que están por nacer,
Medito si acaso serás este rio
Que surca la industria con tanto batel,
O acaso un arroyo sin nombre, sin linfa,
Que al pié de un peñasco, sin ser menester,
Estéril filtrando, te juzgue el que pase
Vil hijo de un monte sin nombre tambien.
Que al paso que llevan los varios sucesos
Que nunca atrás vuelven el rápido pié,
No estrañan los ojos ver llanos mañana
Los cerros cargados de quintas ayer.

Asáltame á veces algun pensamiento
Que el seno me oprime, y el débil poder
Del ánimo triste, ni basta á templarle,
Ni estorba tampoco que hiera cruel.—
Amante ardoroso del arte divino
Que esparce los rayos del claro saber,
Sectario constante de todas ideas
Que al lento progreso le suelten el pié,
Desnudo de fueza, privado de apoyo,
Engasto en la rima, que sabe correr,
Los gritos, los ecos de hermosa cultura
Que atajen los males y tiendan al bien.

Mas ¡ay, manso rio! que van mis canciones
Como esas tus ondas, en dulce lamer
Las unas tras otras tus márgenes corren,
Y allá en la bahía se pierden despues.
Y no me conceden los mudos destinos
La gloria profunda y el hondo placer
De verte ¡oh, Matanzas! ciudad adorada
Que en dobles corrientes el rostro te ves,
Colmada de fuerzas, colmada de industria,
Feliz acogiendo sin agrio desden
Las artes hermosas que vagas mendigan,
Y al vicio dedican su triste niñez.

Con todo, yo espero (porque es la esperanza
La amiga que el vate no puede perder)
Que vean mis ojos un alba siquiera,
Si un sol de cultura mis ojos no ven.
Si no, ¿de qué sirven, San Juan apacible,
Tus aguas que brillan en manso correr,
Tus botes pintados de rojo y de negro
Que atracan airosos á tanto almacen,
Y el canto compuesto de duros sonidos
De esclavos lancheros que bogan en pié,
Y alzando y bajando las palas enormes
Dividen y azotan tus ondas de muer?

ZENEA.—Cultivó la poesía lírica, pero introdujo en ella la filosofía para que fuese algo más que una balada, para que se viera que su autor habia meditado antes de haber escrito, para dar una tendencia á sus inspiraciones. No hizo lo que hacen muchos que és poner en verso tratados de ciencia, porque creen que así cumplen su mision; revistió sus sueños con los adornos de la instruccion, sin que lo advirtiese el lector y se propuso cubrir con el ala de la poesía algun proyecto, alguna mejora, algun fin consolador. Sus versos fáciles demuestran que quiere hacerse entender de todos, sus imágenes delicadas son la sirena que atrae, la seduccion agradable, el llamamiento dirigido a la juventud, y ese sentimiento en que deja sumergir tristemente sus inspiraciones, es el rio de cuyas ondas todos queremos beber, y que él hace derramar sobre la sociedad... Se ha dicho que Milanés recae con frecuencia en la vulgaridad; convenimos en que este es el defecto en que suele incurrir, pero negamos de todo punto que incurra en él con sobrada frecuencia. Siendo tan sencillo, tenía que ser la vulgaridad el plano inclinado por donde debia descender de vez en cuando su génio. En cambio, generalmente su lenguaje es escogido y en ocasiones bastante correcto: su versificacion no puede ser más fluida: sus versos se deslizan como el agua que no hace apénas ruido: ancen unos de otros con extremada facilidad, son como las perlas desprendidas del hilo en que estaban ensartadas, y que caen sobre un plato de oro. Su poesía es la poesía de todas las épocas.—*Revista Habanera*.—Tomo II.—1861.—Págs. 104-105.

FORNARIS Y LUACES.—Milanés encanta con su dulzura, atrae con su sencillez casi infantil, seduce con lo fácil y armonioso del metro y de la rima, conmueve con la ternura exquisita y delicada de sus sentimientos, y fortalece el alma con sus preceptos morales.—*Cuba Poética*, pág. 87.

FUENTES Y BETANCOURT.—Sobresale, sin duda, Milanés, entre todos los que en Cuba han cultivado la poesía tierna y sentimental, y sus rimas abundan en dulcísimas cadencias, las cuales están revelando bien á las claras el copioso raudal de afectuosas y delicadas emociones que atesoraba el alma candorosa del poeta.—*Aparicion y desarrollo de la poesía en Cuba*.—Lima.—1877.—Página 20.

SUAREZ Y ROMERO.—Poeta meditabundo y grave, convirtió su atencion á las dolencias sociales. La ternura de su alma angélica, transpira en cada nota, y por entre formas con frecuencia duras y desapacibles, se descubre siempre la hidalguía de sus intentos.—Prospecto para una Biblioteca de escritores Cubanos.—*Revista de Cuba*.—Año II.—Tomo tercero.—30 de Abril de 1878.—Num. 4.—Pág. 294.

FRANCISCO ORGAZ.

Nació en la Habana el 2 de Abril de 1815.

Desde muy joven se dedicó al cultivo de las letras, pasando á la Península donde por su talento fué bien pronto distinguido.

Sus principales versos están escritos en la década de 1840 á 1850, y fué uno de los más entusiastas imitadores de Zorrilla.

Relacionóse bien pronto en Madrid con los principales personajes de la Córte y allí contrajo matrimonio.

El año de 1841 (1) publicó un tomo de poesías que tituló *Preludios del arpa* en el cual sobresalen las composiciones *Dios*, *La muerte de Jesús*, *La estrella*, *A la traslacion de los restos de Napoleon*, *A Zorrilla*, *El desagravio*, *Un recuerdo á mi pátria*, *Napoleon* y *El Porvenir de Cuba*.

Escribió en vários periódicos políticos, entre ellos *El Contemporáneo* y *El Espectador*, distinguiéndose por la dura oposicion que hizo con su pluma al Gobierno del General Espartero.

En 1843 fué nombrado Secretario del Gobierno Político de Salamanca, y desempeñó tambien la Cátedra de Literatura del Liceo de aquella ciudad para cuyo cargo lo propuso la escuela de Nobles Artes de la misma.

Felicitóle con tal motivo D. Francisco de Armas, en su periódico *El Observador de Ultramar* (2).

Tuvo otros destinos públicos y llegó á ser Jefe de Administracion (3). Esto parece que lo ignoraban los editores de *Cuba Poética*, cuando dicen: «Viviendo unas veces con los recursos que le proporcionaba su calidad de escritor, y como profesor de esgrima otras, ha podido atravesar épocas calamitosas para él, y que deben haber influido en su porvenir literario: vemos, en efecto, que las últimas composiciones de Orgaz, son muy inferiores á las primeras. El periodista ha matado al poeta.»

Sabemos que ha dejado muchos escritos inéditos y sentimos no conocer sus obras dramáticas. D. Antonio Neira de Mosquera en su *Crítica de autores dramáticos*,—*Teatro Nuevo*,—trabajo hecho en Madrid, y que reprodujo la *Aurora de Matanzas*,

(1) Preludios del Arpa.—Por D. Francisco Orgaz.—Madrid: Boix, editor.—Calle de Carretas, nº 8.—1841.

(2) Núm. 38.—Año de 1843.—Madrid, 14 de Noviembre.

(2) «Ilustracion Española y Americana.—1874.—Núm. 111, pág. 43.—Necrología Española

Año XXV (29 de Setiembre de 1853) le juzga así: «Es el poeta del alma: sus versos son robustos como la vegetacion que ha crecido con él y sus pensamientos son brillantes como el sol de Cuba que alumbró su cuna. Los giros de sus versos son valientes como el vuelo del águila y sus conceptos atrevidos como la hoja de la palmera. Cuando escribe se entusiasma: cuando piensa se arroba: siempre está más léjos de la tierra que todos los demás. Su entusiasmo no es artificial; su arrobamiento no es la postracion: tiene un alma de fuego que desafia á todas las tempestades del destino. Padece si escribe, sufre si piensa: nunca está donde desea. Por esta razon envejece á toda prisa. La abstraccion de su vida es el resultado práctico de su escesiva idealidad. El cuerpo es muy poca cosa para sostener la cabeza y sus versos son pedazos de su corazon: el poeta acabará por ser hombre y morirá á la aurora de su fantástica existencia.»

Los Sres. Fornáris y Luáces han formulado de nuestro poeta este juicio: «Orgaz es uno de los pocos poetas cubanos que se distinguen por esos fuertes y enérgicos versos, por esa elevacion de estilo y esos rasgos atrevidos y valientes que forman la esencia de la oda. Nuestros poetas, eróticos regularmente, reciben inspiracion de una Musa tierna, flexible, lozana y fresca que parece un ligero tinte de melancolía y plácida dulzura, que dá á sus versos un encanto indecible que conmueve. Pero son muy pocos los que empuñando la lira de Pindaro ó de Horacio, se lanzan tras la huella de Herrera y Quintana, esos soberbios atletas del Parnaso Español quo, con Rioja, parecen casi los únicos dignos de sostener un paralelo con el griego ó el latino! Heredia, Velez, Plácido, la Avellaneda y Orgaz, son los que entre nosotros han cultivado con más éxito esta poesía elevada, muy poco popular en Cuba, donde la instruccion literaria no ha penetrado aún entre las masas. Sin embargo, en este género, á pesar del mérito superior de algunos de los ya citados, Orgaz es el poeta más conocido del pueblo cubano.»

En el *Jardin Romántico* que en 1838 publicaron en esta ciudad D. Santiago Cancio Bello, D. Andrés Avelino de Orihuela y D. Miguel Francisco Viondi, vió la luz pública su poesia «El Llanto del Poeta» (págs. 185–191). En *La Flor de Mayo*, coleccion literaria que en igual año publicaron los Sres. D. Ramon Zambrana y don Juan M. de San Pedro, *El Canto del Trovador*, (págs. 89–93).

En los periódicos de la Península de su tiempo, es donde están sus mejores composiciones en prosa y en verso, y lamentamos que no se hayan reunido sus producciones. Orgaz, murió en Madrid el 4 de Abril de 1873.

El Diccionario Biográfico Americano de Cortés, copia al pié de la letra, la biografia y juicio literario de los editores de *Cuba Poëtica*, aunque no cita á dicha publicacion, como hace con otras de que se aprovecha con suma frecuencia.

El reputado artista Sr. Peoli, dibujó un buen retrato de Orgaz, que publicó la selecta *Revista de la Habana* que fundáron y dirigian los Sres. D. Rafael María de Mendive y D. José de Jesús Quintiliano García en 1854, y puede verse en el tomo segundo página doscientas treinta y ocho.

DIOS.

Omnipotente Dios, deja que henchido
Mi corazon de sacrosanto fuego
Pueda aizar con mi cántico escogido
Al blando son del amoroso ruego
La voz de la verdad.

No más en vano
Tornen mis ojos á buscar, Dios mio,
La inspiracion del pecador cristiano,
Ni más tampoco el turbulento rio,
Cuando al tocar sus ondas con mi mano
Le pregunté por tí, rodando impío
Me grite, más allá! . .

Dios soberano
Yo en la tierra y el cielo te buscaba
En el vivo fulgor de las estrellas,
En el gigante trueno que rodaba
Y en la suprema luz de las centellas,
Y todo me gritaba,
Aún está más allá!...

Del nuevo dia
Te busqué en las sangrientas vestiduras
Con que el rojo horizonte se colora
De la noche en las negras colgaduras,
Y en el rocío de la blanca aurora:
En las corrientes puras,
En el bosque, en el risco, en las llanuras,
En la escabrosa cumbre,
Del régio sol en la encendida lumbre
Que en mitad del Estío me abrasaba
Y todo me gritaba
Aún está más allá!!!

Entre la nube
Que gira sin cesar de amor sediento
Al torbellino que en los aires sube,
Y al huracan violento
Por tí les pregunté, y á las tormentas
Que alzadas en mitad del Occeano
Amenazan sus ondas turbulentas;
Y esos volcanes que encendió tu mano,
Y todo, todo me gritó: En vano
Aún está más allá!!!... y aún más lejano!...
Perdon, perdon, si en mi delirio extremo
El espacio en tu busca recorria:
¡Bajo qué forma en tu explendor supremo
El ojo de un insecto te veria!!!...
Perdon, perdon, quisieron mis arrojos
Mirar la lumbre de tu rostro pura,
Cuando la luz del sol es sombra oscura
Comparada á la lumbre de tus ojos.
¿Quién ver podrá la faz de tu vestido?
¿Quién se alzará á tu vista delirante
Que no caiga en cenizas confundido
Al divino explendor de tu semblante?
¿Quién pudo un solo instante comprenderte?
¿El hombre que en su misero egoismo
Sólo alzará su voz para ofenderte
Y hundirse en el abismo?
El hombre, ¡oh Dios! que se vendió á la muerte
Porque jamás se comprendió á sí mismo?
Insensatos... en vano se devoran
En pos de tus gigantes torbellinos,
Y tristes y mezquinos
Su imbécil ciencia con orgullo adoran.
En vano revolviendo pergaminos
Pasando van su juventud lozana
Que el mañana, á sus ojos siempre oscuro,
El hielo deja en su cabeza cana,
La tez arruga de su rostro impuro.
Allí están esos rayos diamantinos,
Con que el espacio sin cesar rodeas:
De tus plantas de fuego se desprenden
Y las etéreas bóvedas encienden.
La luz que centelleas
Alumbra el firmamento
Con nuevas tintes de color sangriento,
Que más y más acrecen
O á tu divino soplo desparecen.
Allá se cruzan los celajes rojos:
Del ancho mar al espantoso seno,
Acá fatiga mis cansados ojos.
¿Dónde su falda colosal termina?
Tú le diste á su voz la voz del trueno,
Y á tu expresion divina
El tiempo que pasó sobre él se inclina.
¿Y quién será que penetrar presuma
De esta creacion el escondido nombre?
Será el hombre, Señor, y siempre el hombre?
No, que tú estás en la brillante espuma,
Y tú en la tromba que á sorberle baja,
Y tú en los pliegues de su densa bruma,
Que á tu mirar divino se desgaja.
Venga el que quiera á comprenderte osado:
Lo más pequeño á su pesar escoja
De todo lo creado,
Busque el insecto en su existir menguado,
O desnude el arbusto hoja por hoja.
¿Dónde están los tesoros de la nieve?
¿Quién engendró las gotas del rocío?
¿Quién dió á la vida su misterio breve?
¿Quién á la muerte su color sombrío?
¿Quién separó las aguas confundidas
Y la luz esparció sobre la tierra?
¿Cómo en las ricas fuentes de la vida
Brotó un ángel de paz y otro de guerra?
¿Quién con su planta la creacion deshizo?
¿Quién hizo hervir el mar en hora aciaga?
¿Quién le dió al sol ese fulgor rojizo,
Cuyo espejo brillante
Cual moribunda luz tiembla y se apaga
A la suprema luz de tu semblante?
Quién sino tú, Señor omnipotente,
Quién sino tú que á la materia ruda
Infundiste el ánima viviente,
Y mezclaste al veneno do la duda
La ponzoñosa hiel de la serpiente?
De espíritus de gloria circundado

Sin principio ni fin por donde giras,
Flota ese pabellon tornasolado,
De las auroras que á tus plantas miras,
Y en el supremo altar donde reposas,
El divino escuadron de tus doncellas
El rico aroma de celestes rosas
Bajo tus plantas bellas
Derraman amorosas.
Tus ojos son la luz que te ilumina,
Porque á tu faz se apagan las estrellas
Y hasta de sol la creacion divina
Vierte la lumbre que le dan tus huellas.
Tú eres el todo, la verdad querida,
La luz del cielo, la virtud que encanta,
La belleza escogida,
La eternidad que espanta,
Y el perfume de vida
Que entre el cielo y la tierra se levanta.
Y el hombre solo en su mortal zozobra
Quiere ser grande y como tú escogido:
Grande es, Señor, tú mismo lo has querido,
Que es de tus manos la más rica obra,
Y es grande y bello cuanto tu obra ha sido.
Mas no le culpes, no, si arrebatado
Se juzga envanecido
Que vela un ángel su existir sagrado,
Que él vé un principio en la materia loca.
Que no vá unido á la fatal materia,
Y piensa en su miseria
Que es el divino aliento de tu boca.
Y es ese aliento que en su mente gira
Espíritu de fé que le envanece,
Que le grita sin tregua: cuanto gira
En torno tuyo, el Creador te ofrece:
Espíritu de fé por quien delira
Que en su triste existencia le adormece
Tras la esperanza que tu amor le inspira.
Sal de una vez en tu explendor velado
Dale fuerza á sus ojos para verte,
Y el hombre de sus culpas perdonado,
Si nunca comprenderte,
Pueda al sentirse de tu luz bañado,
Bajo el cristiano emblema,
Siempre adorar tu creacion suprema.
Que agite tu cuadriga soberana
La corte angelical de tus vasallos,
Y abra á lo ménos á la especie humana
A regir tus indómitos caballos.
Tus espíritus sigan tras tu carro
Brotando rayos de color sangriento,
Que purifiquen el inmundo barro
Que tú animaste con tu mismo aliento.
Y este monton de tierra carcomido
Que alzaste de la nada,
Paraiso perdido,
Que lleva en su portada
Del crímen el castigo merecido;
Con tu dulce mirada,
Torne á su Eden querido.
Vuelva á ser á tus plantas lo que ha sido.
Sal de una vez, que si tu lumbre pura
Ilumina este globo que te adora,
No tornará la tempestad traidora
A combatirlo impura:
Lejos irán los recios huracanes,
Y el mar se aplacará como un espejo,
La entraña se helará de los volcanes
Y mientras brille tu eternal reflejo
Ni fiera alguna regirá inclemente
Ni el áspid brotará de la serpiente.
Lanza una chispa de esa lumbre pura,
Viertan fuego las ruedas de tu coche
Y el fulgor celestial de tu hermosura
Disipe las tinieblas de la noche.
Alumbra nuestra mísera existencia
Que es tuyo el galardon de la victoria,
Vierte en el alma un soplo de tu ciencia
Como pusiste un rayo de tu gloria
En el puro cristal de la conciencia.
Y salva al mundo que infeliz te invoca
Como Señor, y Padre, y Dios, y todo,
Y este destierro universal revoca
Donde se arrastra en corrupcion y lodo:
Perdónalos, Señor, por tus amores,
Haz de este valle tu ciudad querida,
Nueva Jerusalen brote entre flores
Por la brisa que exhalas remecida:
Nueva Jerusalen con los colores
De tu faz encendida:
Y, á tu acento amoroso,
Haz que la tierra floreciente y bella,
Sea para tu amor cual la doncella
Para el amor del prometido esposo.

LA ESTRELLA.

Luminosos fanales
De la creacion dormida,
Que velais en la sombras de la vida;
Lumbreras eternales,
Que el Señor derramó por los espacios
Sobre la azul cortina
De sus regios palacios;
Cuando arrobado en la creacion divina
Contemplo tanta luz, tanta riqueza,
Tanta gloria en los aires derramada
De celeste belleza,
Busco al hombre en su mísera jornada
Y en las tumbas encuentro su grandeza.

En mi ambicion impía,
Cuantas veces juzgaba,
Que esa lumbre que estático admiraba,
Otra lumbre sería
Que á las miradas del Señor brotando,
Cruzaban las alturas
Fosfóricas pintando
El azul de sus ricas vestiduras...!
Orgulloso en mi torpe inteligencia
Buscaba ciego en la materia ruda
La celestial esencia,
Bárbaro destrozando mi conciencia
Sobre el lóbrego campo de la duda.

Y delirante y ciego,
Sin razon mis sentidos,
Buscaba en vuestros rayos encendidos
Las cuádrigas de fuego
De ese Dios cuyo inmenso poderío,
Con incansable vuelo,
Hace girar la creacion del cielo
Por la bóveda inmensa del vacío.
Mas la ilusion fantástica pasaba
Y tornaba el tormento
Y siempre en mis entrañas se agitaba
El fuego de mi loco pensamiento
Que más y más mi pecho destrozaba.

Yo os buscaba en el cielo
Como antorcha escogida,
La lumbre de consuelo,
Y en cada una de vosotras via
Al guardador del hombre,
Que en el mundo nos guia
Y que lleva en los cielos nuestro nombre.
Y juzgaba en mi loca fantasía
Que por cada existencia que empezaba
Una estrella brotaba,
Y otra estrella moria
Por cada otra existencia que pasaba.

¿Y no murió el alma misteriosa,
Que á nuestros cuerpos baja,
Y que al dejar la mísera mortaja,
De esta prision odiosa,
Se alza á los cielos relumbrante y bella,
Cruzando por la bóveda encendida
Como espíritu hermoso de una estrella,
Hasta que pura y de explendor henchida
La gloria alcanza á la virtud guardada?
Sí, y ante el trono alzada
Del Creador de los cielos poderoso,
En ángeles de amores transformadas
Tendeis las alas de zafir precioso.

¡Oh! sin tan cierto fuera
Al ver tanta hermosura,
Mi mente comprendiera
El móvil de esa luz brillante y pura.
¡Necio de mí! ¿acaso el hombre puede
Penetrar su existencia?
¿Y dejará de ser porque á su ciencia
El Dios no le concede
Salvar tanto misterio...?
¡Necios los que entre ruinas vejetamos
Y en creaciones y escombros meditamos,
Sin mirar que al estrecho cementerio
Como ruinas tambien todos bajamos!
Insecto miserable,
Alzéme á lo imposible
Sin ver que es la creacion impenetrable,
Y cada estrella un mundo incomprensible!
Un mundo, sí, que por nosotros vale
En esas noches de placer tranquilas;
Un mundo, sí, divino centinela,

Que á la pálida luz de sus pupilas
Sigue del hombre el perezoso sueño
Hasta que al fin la aurora,
Con su luz bienhechora,
Despierta al mundo del letal beleño
De que muchos despiertan á deshora.
Fanales misteriosos,
Yo entre vosotros miro
La estrella de mis dias borrascosos,
Que en su revuelto giro,
Lanza sobre mi frente
Pálidos sin amor sus tristes rayos
Remedando su brillo intermitente
De mi triste existencia los desmayos.
Menguando van mis dias, y con ellos
Tambien mi estrella seguirá menguada,
Sus últimos destellos
Conmigo se hundirán entre la nada,
Si muero justo apagaránse bellos.

Mas ¡ay! del desgraciado
Infame libertino
Que el corazon llagado
Desgarra de contino,
Cada delito que su vida estraga
Es un tormento que en su pecho mora
Y es una tinte aciaga
Que su estrella manchada descolora.
Y mientras él sus crímenes aumenta
Mas aquella ennegrece,
Y si muere en su vida turbulenta
Negra mancha en los aires aparece
Donde estuvo su estrella amarillenta.

¡Ay! cuando llegue el dia
Que al resonar de la terrible trompa
El sello del espíritu se rompa,
Y en confuso tropel y turba impía
Los proscritos del polvo se levanten,
Será que al escuchar de su sentencia
Con sus negras estrellas se quebranten
Bajo el peso fatal de su indolencia;
Y al ver en torno relumbrar serenas
Las almas de los buenos y escogidos,
Se aumentarán sus penas,
Y con su rabia irán y sus ahullidos
A arrastrar del abismo las cadenas.

¡Oh! no, Señor divino,
Muéstranos una senda
Donde el hombre jamás se desentienda
De seguir su camino.
Que esos ricos fanales
Siempre brillen hermosos á tus ojos
Y que el alma no encienda tus enojos
Por quebrantar tus términos fatales.
Todos somos tu hechura
Y todos te adoramos,
Perdona ¡oh Dios! nuestra humanal locura
Y conforte el aliento que aspiramos
El aroma que exhala tu hermosura.

Dame á ver ese arcano
Que en el aire encendiste,
Con su amorosa tropa concebiste,
Y que yo sigo en vano:
Que pueda ver entre las negras sombras
Tanta legion divina
Para ver de la noche en las alfombras
Mi estrella peregrina.
¡Oh! cuántas veces levanté mi ruego
Por hallarla un instante hermosa y viva
Y en amante sosiego,
Y respirar el tembloroso fuego
De esa pálida luz que nos cautiva.

De esa luz temblorosa
Que en el espacio oscila,
Que ora mengua, ora torna, ora vacila
Y vuelve más preciosa
Atormentando la incansable idea,
Que mira en su desvelo,
Ese divino y transparente velo
Que tanto disco celestial rodea.
Tal vez mientras yo canto
Será que algun fanal blando sonria,
Porque al mirar su encanto
Le sigo en mi quebranto
Desde que muere, hasta que vuelve el dia.

Anhelo temerario
Que el que ha de ser mañana un esqueleto
Y aun no comprende su mezquino osario
Se atreva á contemplar tanto secreto.
Así agitado en mi esperanza loca
El espacio corria,
El órden dó los cielos, su armonía.
Y aún más allá de cuanto el alma toca,
Allí volaba una ilusion apénas
Y perdia tambien una esperanza,
Y cuando ya las penas
Ahuyentaban las horas más serenas,
Valiente el génio me gritaba «avanza».

Avanza, no; imposible,
¿Cómo tocar la hoguera
De esa gigante y celestial barrera
Como su creador indefinible?

Avanza, no, mis vacilantes ojos
Buscarán entretanto
El trono sacrosanto
Para postrarme ante su faz de hinojos.
No más alzarme en mi delirio impío,
Señor, á tanta ciencia,
Que miro en tu infinito poderío,
La bellísima esencia
De esas lumbreras de color sombrío.

Tú, sobre ellas gravitas
Y ellas siempre amorosas
Abruman los espacios numerosas
Y como tú infinitas.
Doncellas del amor que en tí fulgúra
Forman tu Eden querido,
Y son la orla relumbrante y pura
De tu imperial vestido.
Ellas tus leyes acatando giran
Y su fulgor te ofrecen,
No como el hombre contra tí conspiran,
Que ellas tu aliento abrasador respiran
Y en medio de las sombras resplandecen.

Tu espíritu las mueve,
Tu poder las ordena,
Que al terrible eslabon de la cadena
De tanto sér el alma no se atreve.
Crúzanse en torno, tiéndense á lo lejos
Y más y más sus rayos se difunden,
Chocan y se confunden
Sus pálidos reflejos;
¿Quién son? ¿á donde van? ¿por qué no alumbran
Nuestros ojos menguados?
¿Tal vez por otros mundos retirados,
Que los ojos del hombre no columbran
Fijaste sus vallados,
De otros cielos detrás más ignorados?
De otros cielos más bellos
Cuya grandeza y nombre
Un tiempo pudo comprender el hombre
Y hasta mandar en ellos:
Que tu soplo amoroso
Puro cual tú formaba su existencia,
Mas perdió su inocencia
Y con ella su génio poderosó.
Tu voz en vano en su delirio siente,
Proscrito y desgraciado,
Cómo elevar su frente
Hasta que se alce al fin purificado
Al sólio de tu imperio omnipotente?

Ni un recuerdo siquiera
Quedóle á tu memoria
De lo que un tiempo su grandeza fuera,
Ni una mentida gloria,
Que el crímen de contino
«Rebelde», le gritaba;
«Rebelde» por los aires retumbaba,
Del viento el gigantesco remolino,
Y solo, y sin amor, y sin consuelo
Alzó su voz para implorarte gracia
Y tú escuchando su fatal desvelo
Le tendiste una mano desde el cielo
Para borrar su mísera desgracia.

¡Oh esencia poderosa
De la creacion! Dios mio,
Concédele á mi amante desvarío
Que te siga en tu marcha misteriosa,
Que esos fanales que brotar hiciste
A una palabra sola
Para servir de mágica aureola
A la noche que al hombre concediste,
Comparados á tí, ¿qué son? miseria,
Y corrupcion, y lodo,
Materia y destruccion, todo materia
La grandeza eres tú, tú lo eres todo.

EL PORVENIR DE CUBA.

FRAGMENTO.

Hermoso porvenir, dulce esperanza
Del génio americano,
Que en su incansable pensamiento avanza
Hasta rasgar tu misterioso arcano,
Yo miro en tus bellísimos colores
La paz y la ventura,
Que el ángel de los plácidos amores
A nuestros hijos sin cesar augura:
Asi del fondo de la oculta idea
Hace brotar los tonos de mi lira,

Y el génio se recrea
Cuando es tu pensamiento quien le inspira.
Yo te siento vagar sobre el aroma
Que exhalan nuestras plácidas florestas
Y de la altiva loma
Subir te miro á las gigantes crestas;
Yo te siento venir á la sonrisa
De la brillante aurora,
Te escucho susurrar entre la brisa
Que templa la estacion abrasadora;
Y en la tarde, en la noche, á cada paso
Brillas para mi Cuba en el Oriente:
Tu prisma refulgente
Nunca se oculta en el lejano ocaso.
Yo te miro do quier siempre divino,
Ora enjugues las gotas de mi llanto,
Ora acalles el negro torbellino
Que brama en pos de mí.

Mas si el quebranto
Contuvo las indómitas pasiones,
Que mi entusiasta corazon rasgaron,
Aún me restan tus dulces ilusiones
Que los sañudos tiempos respetaron.
Aún vive la esperanza lisongera
Que morirá con la existencia mia,
Que hasta en el borde del sepulcro espera
El corazon que en su valor confia.
Por eso en medio de la niebla oscura
El alma en pos del horizonte gira,
Y otro horizonte mira
Que de la patria el porvenir augura.
Esperanza feliz, rico tesoro,
Que fecundiza la inspirada mente;
Sublime emanacion del sólio de oro
Del Sér omnipotente
Tú no eres ilusion, no, yo te adoro
Porque eres la verdad...

Vano contento!
¡Fantasma cruel que aumentas mi martirio
Del que anima en su loco pensamiento
La fiebre abrasadora del delirio!
Pero es tan bella la esperanza hermosa
Del patrio suelo que en la mente fijo,
Rodando con la idea borrascosa,
Siempre un recuerdo va. ¡Patria amorosa
Nunca te olvida el corazon de un hijo!
Yo corro en pos del porvenir cubano,
Y aunque la fiebre del delirio sea
Quien pinte ese fantasma soberano,
Lo adora el corazon y lo desea.
Tu porvenir será; y aunque traidora
En torno ruja tempestad sombría,
La calma bienhechora
Tornará por sus campos la alegría:
Y brillarás como la luz del dia
Mi dulce patria de la mar señora.

La tierra vírgen de tu inmenso llano
Verá las trabas del saber deshechas;
Del industrioso agricultor la mano
Hará brotar de entre el maduro grano
El oro que destilen tus cosechas.
Y aquella yerba que silvestre cubre
Cuanto tu seno fértil atesora,
Caerá bajo la industria triunfadora,
Y en tu fecundo Octubre
Coronado de cañas y palmares,
Fatigarán los dilatados mares
De tus frutos la inmensa pesadumbre.
Ya en pos del industrioso americano
Vuelan crugiendo las hinchadas lonas,
Y el purísimo *habano*
Llevará tu renombre soberano
Por cuanto abrasan las distintas zonas.

El rico *habano* que la ardiente arena
De tus campiñas sin cesar germina,
Hoja feliz de la abundosa vena
Que el abrasante trópico calcina.

Ella enlazada á la industrial corona
Tu porvenir riquísimo refleja,
Y en cada sol que tu grandeza abona,
Nueva esperanza deja
Que la esperanza de tu amor corona.

¿Y yo no escucharé romper tu seno
Bajo los golpes de la industria opíma?
¿Y no veré tu porvenir sereno
Que mi existencia sin cesar anima?
Mas que importa que muera en la amargura,
Si un tiempo de ventura
Ha de henchir de riquezas tus campañas,
Brotando en medio de tu linfa pura,
Entre palmas, cafetos y verdura,
El humor delicioso de tus cañas.

Y bajo el peso del hinchado fruto
Siempre inclinado la madura espiga,
Doblada copia pagará en tributo
A la dulce fatiga
Del industrioso labrador y ufanos
Al ver el gérmen de tan rica Antilla,
Verán tambien que á sus copiosos granos,
No bastará la voladora quilla
Por más que sobren industriosas manos.
Quá ha de bastar, si en medio á esa indolencia
Donde encierran tu espíritu, cautivo
En la preciosa edad de la inocencia,

El eterno que al mundo decora
Y tu sacro elemento tendido,
Hizo el Cielo brillante y lucido
Para el giro de estrellas sin fin:
Y que alumbren por tu alma llanura,
Y las ondas reflejen al cielo
Desde el polo terrible del hielo
Al opuesto lejano confin.

Libre, más—que el pensar de los hombres
Las soberbias armadas dispersas,
Y en tus llanos por vías diversas
Dejas ir á la guerra feroz:
O en mal hora de cólera henchida
Los mastiles y náufragos lanzas;
Que sujeta á celestes confianzas
De tu Dios sólo acata la voz.

De ola en ola te siguen los ojos
Y tus lindes procuran en vano,
Que no puede alcanzar el humano
De lo inmenso la gran majestad:
Mas ¡ay! lame la prora cortante
De mi nao cual sueles la playa,
Cuando el viento furioso desmaya
De la costa en la fiel soledad.

Cada espuma que entre ondas movibles
En la noche se muestra dorada
O de dia de plata acendrada
¡Qué recuerdos me trae de amor!
De mi patria tal oigo remedan
Ay! su nombre... sonido de gloria...
De improviso á tan cara memoria
Goza el alma divino dulzor.

Cual amante en su pecho agitado
Oye á veces el último acento
Que más gusto le diera y contento
De su dama á la vista postrer.
Así el nombre de *Habana* le oia
Al rumor de las olas solemne,
Cual un son de esperanza perenne
Para alivio, y halago y placer.

Aún estoy en tus mares, Antilla,
Flor preciada del gran Occeano,
Aún respiro el aliento lozano
De tus brisas, tu clima y verdor.
De *Cubitas* las cumbres se asoman
Como niebla de noche distante
Y la nave con prora constante
Me conduce del viento al favor.

CANCION AL TABACO.

Vuelve al lábio, sabroso tabaco,
De mi patria regalo querido,
¡Cuántas veces! de pena rendido
Por tu influjo consuelos probé:
¡Cuántas horas con dulce delirio
Del amor en los blandos deseos,
A tus humos, tus humos sabeos
Mis suspiros, mis ayes junté!

¡Qué sería del sábio afanoso!
Que entre libros fatiga su mente,
Quien su mágia disfrute, lo cuente
¡Ay, qué fuera del triste sin él!

Fumadores del orbe cantemos
Con acento más digno que á Baco,
La delicia del rico tabaco,
Que produce el habano vergel.

Dame, Lesbia, un tabaco encendido
Por tu boca que envidia la rosa,
No te niegues... enciéndelo hermosa,
Y á mí torna tu aliento, mi bien:
Qué te importa lo que hablen algunos
Yo soy tuyo; tú mia... callemos,
Y los dos alternando fumemos
Una vez, otra vez y hasta cien.

ODA,

Á LA MUERTE DEL EXCELENTISIMO É ILUSTRISIMO SEÑOR OBISPO DE LA HABANA, DON JUAN JOSÉ DIAZ DE ESPADA Y LANDA, ACAECIDA EL 13 DE AGOSTO DE 1832.

¿Qué congoja fatiga el alma ahora
Al luengo, triste, temblador tañido
Que da el cóncavo bronce
De mi patria en las torres suspendido?
Y atiende al son y llora
Como gime al oir el inocente
Fatal sentencia que su muerte manda...
¡Cuántos acorren al ameno sitio
Con ávido deseo,
Donde otros dias la habanera gente
Delicia gozó blanda
De aires, vegetacion y de recreo!
Vaga rumor infausto así creciendo
Cual suele tempestad del Oceano
A los impulsos de huracan tremendo—
Por breve espacio que pasó liviano
Mansa la brisa cede; el sol se fija,
Las palmas no se mecen,
Reina calma prolija...
Cual hoja, cual flor cae.—¡Vana esperanza!
Murió ESPADA, *murió el Pastor ilustre,*—
Suena improviso el éter, y la esfera
Pierde su hermoso lustre
Y las galas, el campo y primavera.
Con ojos anhelantes
Su grey le busca.—¿Dónde, dice, dónde
Nuestro Pastor está? Qué! no cual antes
Nos apacentarás?... ¿Así nos dejas
En lúgubre orfandad? ¡Ay! no responde!
Cierto! espiró! Derrámense las quejas
Del flébil pobre, de la casta viuda
Porque la muerte les llevó el consuelo
Del magno Sacerdote
Que con bondoso, puro, ardiente celo
De caridad cristiana,
Sin cesar ejerció la augusta dote.
Al ¡ay! doliente agrega la memoria
Lo que fué por el público provecho,
Su fomento al saber y su alta gloria;
¡Digno entusiasmo de su noble pecho!
¿Quién como tú, Pastor esclarecido,
De Almendáride vate
Lográra nunca el himno sonoroso
Vencedor de los tiempos y el olvido?—
Pero hoy qué es de su voz? Su estro rotundo
No oiste del que en verso numeroso
Por tí cantó de inspiracion movido
Cómo pasan las glorias de este mundo.
Zequeira ¡Oh triste acuerdo! Cual enlazo
Con mi dolor tu nombre...
Y vosotros, recintos de San Cárlos,
Donde la juventud raudales puros
De ciencias y moral á un tiempo bebe,
Mostrad á quien se debe
La fama que cuidais del bien seguros,
Quién osará negarlos?...
—Ya la noche
Las sombras melancólicas tendia
Y la modesta luna
Como el alma del justo en la tristeza
Con resignada faz aparecia...
Aun junto á las columnas
Cabe el palacio quedan
Quienes ansían solícitos la entrada...
Las puertas se abren... Una tumba vése
De antorchas funerales decorada
Y allá el Pastor, y el báculo, y la mitra,
Y el anillo sagrado de su Iglesia,
Cuyo plañido la viudez publica.
Sí! Miradlo... ESPADA es! Hay en su frente
Como en los rayos últimos del astro
Que se oculta en los mares de Occidente
Reflejo de quien fué...
Vil inhumano
Se llame quien sus beneficios niegue
O con acento insano
Su alta opinion á desdorarla llegue.
Mas no la ira se mezcle en duelo tanto...
Lágrimas sólo y oraciones pías
Alivien el quebranto
De aqueste mundo en los instables dias.

SAFICOS-ADONICOS.

AL MISMO ASUNTO, LA NOCHE DE SU SEPULTURA EL 16 DE AGOSTO.

Grato respiro en las congojas crudas
Bálsamo suave al corazon herido,
Solaz del hombre que el pesar abate
¡Lágrimas tiernas!

El feudo santo, candoroso y puro
Sobre esta losa funeral, helada,
Pagad por siempre de ternura llenas
A ESPADA ilustre.

La sombra móvil del ciprés umbrío,
Trémulos rayos de lucero y luna,
Húmedo ambiente, solitaria calma
El llanto acogen.

Pavor augusto dentro en mí se alberga
Y oculta siento la secreta mágia
De este recinto, dó recuerdos vagos
Cual nubes veo.

Ay! los de ESPADA... no serán expuestos
A vil olvido, que con lazo de oro
Pendiente lleva en las eternas alas
Su nombre el tiempo.

Callada noche, si mis versos oyes
Como el suspiro del mareante triste
Túrbida nunca á su sepulcro niegues
Luz de tus astros.

Ni ruja en torno el huracan furioso,
Y tus rocíos el rosal fecunden
Que los queridos adorados restos
De ESPADA encúbren.

ODA

AL IMPORTANTE PROYECTO DE UNA NUEVA CÁRCEL EN LA HABANA, CONFORME Á LAS LUCES DEL SIGLO.

Alza, RAMIREZ, de la infausta tumba,
Despejada la frente,
Que en otros dias la ignorancia inmunda,
Mal pagando tu ardor puro, eminente,
Con el pesar sombreó.—Mira la Habana
Tu nombre bendecir y tus desvelos,
Como bendice el hombre la mañana,
Cuando el alba decora de los cielos
El espléndido azul con oro y grana;
Y del lecho dejando la delicia
Vuelve en inquieta vida á la esperanza
Que con ricos presagios le acaricia.

¡Y tú tambien, Pastor idolatrado,
Defensor de los fueros de la Iglesia
Que rigió tu suavísimo cayado
Desde la márgen de Almendar fecundo
Hasta el sonoro Sagua! Entre la nube
De la alta eternidad que tu faz vela,
Los ojos vuelve á la region querida,
Dó fué tu gloria consagrar la vida
Al comun bienestar.—Las bellas horas
de gratitud llegaron y arde pura
La civil, la sagrada simpatía
Por cuanto digno de los hombres sea;
Que odio santo á las hidras turbadoras
Del bien universal y alta ventura
Juró la ilustracion en ara pía.

Salve! manes ilustres, ved gozosos,
Que espectáculo ofrece un pueblo culto
Por vuestro afan al bien encaminado,
A los gratos acentos generosos
Del cortés RICAFORT. Con noble agrado

La ardiente juventud, el padre anciano,
La honesta esposa, el huésped extranjero
Consuelo, dicen con candor ufano,
Clemente el cielo brinda al habanero,
Despues del llanto que nubló sus ojos;
Pues como chispa que el templado acero
Brillante saca al pedernal compacto,
Obstáculos venciendo
Con mente bienhechora y voz hidalga
Próvido RICAFORT al pueblo dijo:
«Nueva cárcel habrá, de dó el incauto
»Si leve culpa cometió indiscreto
»O el mísero mortal que en crímen cae
»Cumplido el plazo sin virtud no salga
»Ni turbe el órden del social respeto.»

Castigo al crímen, dignidad al hombre
Latiendo el corazon repite el alma;
No mas, á humanidad escarnecida
Con asqueroso andrajo, macilenta,
Ceñuda, desgreñada
De sed y de hambre, sin dormir, transida,
En los tediosos ámbitos oscuros
Errando como espectro de la noche,
Me presente la escena truculenta:
Ni en el recinto de los nuevos muros,
Cual hoy, por mal y mengua!...
Al sonar el cerrojo ponderoso
Se oiga el audaz insulto
De osado capataz, feroz, inculto,
Nutrido en la ignominia
Que ruin ostenta su rigor calmoso...

De tanta empresa al eficaz empeño
Que adopta altiva la moral profunda,
Propicia la opinion oyó los votos,
Y sacudiendo el indolente sueño,
De la desidia vil los nudos rotos
Con áureo lampo á RICAFORT circunda,
El poderoso númen
Mueve la emulacion del patrio fuego
Y no en vano demanda el noble brío
Y nativa largueza...

Acorran luego,
Solícitos del público servicio,
Los que ven el preciado poderío
De la obra excelsa en la comun mejora,
Y alienten firmes con feliz auspicio
El afan y constancia triunfadora.

¡Oh refulgente sol!... Dado me sea
Ver que tus rayos de salud y vida
Doren el suspirado monumento,
Dó en perenne taréa,
Sin el sudor del bueno,
Rescate ansioso la moral perdida
El culpable con útil escarmiento.

«Nos parece digna de generalizarse la lectura de estos versos, tanto porque contienen rasgos »apreciables de poesía y de moral pública, cuanto por su laudable objeto, digno tambien de ser to»mado por modelo en muchas de nuestras ciudades principales á favor de la humanidad, doblemen»te desgraciada por los crímenes y flaquezas que la reducen á un encierro más ó ménos prolongado, »y por las circunstancias de éste, en algunas de nuestras cárceles bastante deplorables.»—Así se explicó el *Diario de Sevilla* del 24 de Diciembre de 1832 al reproducir esta composicion, de un Abogado habanero, en las columnas de su papel.

José Cornelio Diaz.

(SADI.)

Si la empresa que hemos acometido tiene sumas dificultades que allanar y vencer para verse realizada de modo que corresponda á lo que debe ser una obra de tal índole; si no son pocas las amarguras que se experimentan en su ejecucion y tampoco dejaran de ser harto dolorosas las que al autor aflijan despues de terminada, así como no hay dia sin aurora, tampoco pueden faltar al que inspirado en altos sentimientos de amor patrio, pretende levantar este humilde monumento á las musas cubanas, momentos de íntima satisfaccion y dias de bien templadas alegrías.

Tendrá toda su vida como uno de los más gratísimos, el que esto escribe, aquel en que conoció al poeta de que va á ocuparse, D. José Cornelio Diaz.

Es ya un anciano venerable y es tan modesto y amigo de la soledad cual lo fuéra en su juventud.

¿Quién en nuestros dias le conoce como poeta?...

Pues sépase que el Sr. Diaz lo es con muy legítimos títulos, y por cierto que sus versos, por su estructura y correccion no son de los que eran ménos admirados en la década de 1830 á 1840, aunque hayan dejado de mencionarlos en sus trabajos acerca de la poesía en Cuba, el Dr. D. Ramon Zambrana y los señores Editores de «Cuba Poética.»

Ahí están como pruebas, sus poesias en la *Aureola Poética al Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa por las Musas del Almendares* (pág. 21), y en la *Corona Fúnebre* á la memoria del Obispo Espada (págs. 59 y 99).

¿Quién entre nosotros conoce hoy el precioso tomito que publicó en 1840?... No habrá quien lea ese libro (1) y las producciones que publicamos, que no discierna á su autor el glorioso dictado de poeta. Buen gusto, inspiracion, nobleza y moralidad en los pensamientos, son dotes principalísimas de los cantos de D. José Cornelio Diaz, que nos sentimos orgullosos en contribuir á salvar del olvido á que su extremada modestia los tenia condenados.

Diremos algo de su vida.

Finalizaba el primer tercio del año de 1810: vivia en Guanajay una familia de

(1) Poesías de D. José Cornelio Diaz.—Habana.—Imp. Literaria.—Calle de Cuba bajo el convento de San Agustin.—1840.

costumbres patriarcales, compuesta del padre, la madre y ocho hijos; el mayor llegaba á la pubertad, la menor era una niña en los primeros meses de lactancia.

El padre, D. Cárlos Diaz, dechado de honradez y laboriosidad, cayó herido de una pleuresia fulminante, muriendo con una santa resignacion cristiana, demostracion de los sentimientos religiosos de toda su vida.

Esta desgracia y otros atrasos en la familia, vinieron á reducirla á estrecheces que combatia la madre, Dª Fabiana de Castro, mujer heróica y cristiana que agrupó en torno suyo á sus hijos como la gallina á sus polluelos y con el calor de su cariño y cuidados logró salvarlos, haciendo de ellos miembros útiles á la sociedad que trasmitieran á sus descendientes la tradicion honrosísima ya legendaria de sus antecesores.

Era uno de los hijos nuestro poeta; el tercero de los ocho, nacido el 16 de Setiembre de 1801.

Aprendió de su hermana, niña tambien, el abecedario, que ésta habia aprendido de su madre. Aquella niña, es hoy la ilustrada y virtuosa maestra, Dª Maria de la Merced Diaz, que ha educado dos generaciones en Guanajay.

A los siete años, el futuro maestro y poeta ayudaba misa al Pbro. D. Juan de Dios Maldeo, que segun Diaz habia sido maestro en Villa-Clara, pero del cual no recibió instruccion alguna que no fuera la que aquel ejercicio se referia.

Con estos principios y en un pueblo, tal cual era en los albores del siglo, Guanajay, sintió José Cornelio Diaz nacer en sí el ardiente deseo de saber que no debilitaron nunca los escasos medios que para su noble ambicion allí pudiera proporcionarse ni los obstáculos que en no pequeña escala se le presentában.

Frecuentó algo la escuela de Guanajay que dirigia un anciano llamado D. Mariano Nuzet, que no carecia de instruccion y método, nos dice Diaz; pero donde más aprovechó, segun refiere, fué bajo la direccion de un inmigrante peninsular, que sin admitir retribucion alguna, reunia y dába lecciones á una docena de niños en una habitacion anexa á la parroquia. Este sugeto, reputado por bastante instruido, se llamaba D. Joaquin, no se sabe si Aparisi ó Aparicio, y su retiro en aquel pueblo obedecia á causas desconocidas.

Con él aprendió Diaz á traducir medianamente el latin.

Puede decirse que lo que precede fué todo lo que el poeta aprendió de otros. En lo sucesivo, todo lo debió á sí; á su amor al estudio y á su perseverancia. Al pasar de la adolescencia, se le encuentra acompañando á una ilustrada persona, falta de vista, que le ocupaba frecuentemente en lecturas; era ésto por el año de 1820, cuando nuevos quebrantos le hicieron variar de vida para entregarse enteramente al trabajo, aunque sin olvidar por eso sus amados libros y sus predilectos estudios. Como medio de ensanchar la esfera de sus conocimientos, reunia en sociedad á jóvenes estudiantes, logrando así, si no oia á sus maestros aprovecharse de las lecciones casi como si las oyese, sirviendo á algunos de aquellos de útil auxiliar.

José Cornelio Diaz habia tenido desde muy temprano dos vehementes aficiones: la primera por la enseñanza, que niño todavía no le faltó en quien emplearla; la otra muy comun en Cuba á todo el que estudia, la poesía. Por la primera, resolvió consagrarse al magisterio, y ¡qué vida tan laboriosa la suya en esta espinosa carrera!

El año de 1825, despues de un riguroso exámen é informe favorable y honorífico de la Seccion de Educacion de la Real Sociedad Económica, obtuvo del General Vives el título de maestro, estableciéndose como tal en la escuela del pueblo de Jesús del Monte donde permaneció hasta 1828. Pasó luego á la del barrio de la Salud, de esta ciudad; más tarde hizo oposicion á la de Güines, obteniendo honrosa calificacion en los ejercicios literarios.

En 1836 se le concedió la direccion del Colegio gratuito de Santa Cristina, en San Antonio de los Baños: en 1837 volvió á la de la Salud; en 1839 tuvo á su cargo la direccion del Colegio titulado «El Tiempo»: en 1841 obtuvo en concurso público la escuela gratuita de Guanajay. En 1842, se le nombró para dirigir la escuela del Departamento de Niñas de la Real Casa de Beneficencia, á la que se le unió en 1846 la de varones adoptándose en ambos establecimientos, segun un documento que tene-

mos á la vista, «las útiles reformas que para el adelanto de los hospicianos propuso »Diaz y cuya educacion moral y religiosa miraba con solícito empeño.»

Diversos cargos más ha tenido en su larga y benemérita carrera en el magisterio, harto mal recompensada entre nosotros; sin premio ni estímulo, rodeada de muchas penas, no halagada ni por el amor de la gloria que á veces puede compensar las duras pruebas que en la vida se sufren en las contínuas luchas de la inteligencia contra la ignorancia.

El venerable anciano, con más de medio siglo de maestro, dirige, todavía hoy, la escuela municipal del Barrio de San Lázaro, pasando por todas las estrecheces y vicisitudes porque pasan los profesores de enseñanza en nuestros angustiados dias.

Otro anciano, tambien por siempre memorable en los fastos de la enseñanza en Cuba, el Dr. D. Juan Francisco Chaple, Secretario que fué de la Comision Provincial de Instruccion Primaria, así juzga á Diaz: «En los informes de las respectivas »Comisiones sobre exámenes y visitas á los establecimientos dirigidos por este bene»mérito profesor, sólo se encuentran motivo de encomio acerca del buen estado de la »enseñanza de sus alumnos, debido á la instruccion de D. José Cornelio Diaz, á su ce»lo y constancia en el desempeño de sus obligaciones, á su larga y provechosa expe»riencia: aparecen entre los papeles, apreciables trabajos de Diaz sobre materias de »enseñanza primaria, escritos acerca de diversos temas que le fueron presentados; me»reció repetidas veces que se le nombrára juez para el exámen de aspirantes al Ma»gisterio, así como para el exámen y calificacion de algunos tratados, mereciendo »siempre sus informes la aprobacion del Cuerpo: ha sido autor de varias obras de »educacion, algunas de las cuales ha publicado con general aceptacion, ratificando »de este modo el justo y buen concepto que se merece y de que goza en esta Comision »Provincial como uno de los más dignos entre los profesores por la sólida instruccion »que reune á su ejemplar moralidad, por su inimitable constancia, por sus dilatados »y apreciables méritos y servicios á favor de la causa de la enseñanza.»

Como literato, sensible és, que el Sr. Diaz no coleccione sus escritos y los dé á luz.

Si correctos y de buen gusto son sus versos, su prosa és en todo esmerada y la elevacion de las ideas y la moralidad de los pensamientos cautivan el alma.

Acabamos de leer un precioso librito (1) que nos hace juzgarle de tal modo. Las dos dedicatorias que contiene á la memoria de sus hijas Carlota é Isabel estan escritas con la dulce y melancólica inspiracion de Silvio Pellico. «¿Las virtudes domésticas, las virtudes cristianas—dice,—merecen ménos elogios que las políticas?—sea para los que no crean que la moral individual es la base de la moral pública; mas no para tu padre, que reconociendo en tí los puros destellos del génio, quiso cultivar ménos las prendas del entendimiento que las del corazon (2).»

Los *Rasgos Morales* que dedica á la memoria de su hijo Luis, y que están al final del libro á que nos referimos, son una coleccion de máximas bellísimas, demostracion de los sentimientos religiosos de Diaz y de su profunda filosofía cristiana.

Casado desde el 24 de Setiembre de 1827, con Dª Serafina Cruz Silvera, ha celebrado en igual fecha, 1877, sus bodas de oro.

Tocando ya al octogésimo año, espera acabar sus dias formando como en su comienzo, un grupo compuesto de su esposa é hijas, esos objetos queridos que son su apoyo y su consuelo, y que no sabe cómo serán acogidos en su orfandad por el país á que ha consagrado tan noblemente su vida. Dos de sus hijas, Dª Rosa de Jesús y doña María del Cármen, son profesoras de instruccion primaria en cuyo ministerio se ocupan con honra y aplauso de cuantos conocen sus méritos y virtudes.

---

(1) Coleccion de lectura agradable y útil á la juventud.—Editor J. C. D.—Villa hermano y Cª—Habana.—Imp. *La Proteccion*, calle de los Angeles, nº 32.—1863.

(2) Elena ó la jóven maestra.—A la memoria de la Srta. Dª Carlota Diaz.—Lib. cit.

EL JUICIO FINAL.

¡Qué humana voz pudiera
Al salterío sagrado
Cantar la postrimera
Edad, el universo transformado,
Vuelto á la nada todo lo criado!
¿Quién si no ilumina,
Como á profeta santo,
Su mente luz divina,
Alcanzára en sublime digno canto
Al hombre revelar misterio tanto?

De tu inefable suma inteligencia
¡Oh espíritu de Dios! un rayo dame
Con que del hombre la final sentencia
Y tu eterno poder, ¡oh Juez! aclame.

Un dia! Quién el velo impenetrable
De arcano tanto descorrer intenta?
Un dia que en su mente el inmutable
Oculto guarda, en esplendor se ostenta
Y su verbo, su amor que en inefable
Gloria entre los coros se presenta,
El ángel destructor delante envia
Que el fin anuncia á la humanal valia.

Su voz es la del trueno, á su sonido
La luz de la atraccion se desordena;
Mil soles chocan con tremendo ruido,
Ya con súbita calma se serena
El mar, ya se alza en hórrido bramido:
Los eslabones de la gran cadena
Se rompen con fragor; y al caos primero
Apresurado corre el orbe entero.

Oh que escena de horror! nada modera
Las iras del Altísimo ofendido,
Con densas nubes cúbrese la esfera;
La tierra tiembla: ¿quién podrá el gemido
El acerbo dolor, la cruda y fiera
Desperacion pintar, tanto alarido,
Tal confusion de voces y lamentos,
Al vacilar la tierra en sus cimientos.

Id por siempre, malditos, al averno
Que ha mucho tiempo os preparó el Eterno.

Venite benedicti &.
Ite maledicti &.

Cien y cien soles lánzanse hácia ella
De su inmóvil asiento ora arrancados;
No es empero su luz la luz tan bella
De aquel sol por quien fuimos alumbrados;
Que brillan como rápida centella
De espantoso huracan entre el nublado,
O con fulgor dudoso, semejante
Al de nocturno incendio flameante.

El toro muge ya su fin previendo,
Del agorero buho álzase el canto;
Vase acercando pavoroso estruendo,
Que á los tímidos pechos causa espanto,
Cuyo ronco bramido es más horrendo,
Infunde más terror, mayor quebranto
Que el choque de las olas furibundo
En la primera destruccion del mundo.

Tronó el espacio así, cuando igualarse
Quiso á Jehová Luzbel; á infausta guerra
El reino de la paz vino á entregarse,
La soberbia ambicion que el bando encierra
De espíritus ilusos vió agitarse,
Y el fiel arcángel denodado cierra
La rebelde falange, que humillada
Al tenebroso abismo fué arrojada.

Al ver el sol, la luna oscurecerse,
Y la inmensa creacion toda alterarse,
Y en su curso los rios detenerse,
Las estrellas del cielo desplomarse
Y la tierra en sus ejes conmoverse:
El soberbio en su ciencia osa fiarse:
Y del fin de los séres las señales
Quiere explicar por leyes naturales.

Crece el fragor y el desaliento crece
Del humilde y soberbio en miedo tanto,
Sin esperanza el ánimo fallece;
Ninguno exento queda ya de espanto
El hijo junto al padre aquí perece:
Del niño y del anciano igual el llanto
Todo es un ¡ay! confuso y un gemido
De un eco y ciento y miles repetido.

Allá de ardiente lava consumida
Gigante torre; entre montones de oro,
Echando ménos malgastada vida,
Un avaro perece y su tesoro:
Más lejos triste turba arrepentida
Alza el postrero compungido lloro,
Ofreciendo, aunque tarde, horrible ejemplo
Bajo la ruina de un sagrado templo.

En su lecho nupcial acá una esposa,
Cuando más la engañaba su deseo,
Y entre ilusiones se adormió gozosa,
Apénas la hacha enciende de Himeneo;
Vese luchar con muerte pavorosa,
Junto al cadáver mutilado y feo
Del amante consorte, que en fin duro
La vida acaba so abatido muro.

Y una madre, una madre lastimada
Que tierno infante contra el seno oprime;
¿A donde por salvarle irá cargada
Del peso amado? Ah! que en vano gime,
Le cubre con su cuerpo y sofocada
Piensa que al hijo de morir redime.
¿Y en qué otro pecho de sus males lleno
Restára compasion del mal ageno?

Rueda en los aires ondulante llama,
Como encendido rápido celaje:
Las aves dejan la querida rama
Que ya les niega sombra y hospedaje;
De la tostada selva el bruto brama
En veloz fuga... y donde del ultraje
Podrá escapar que todo lo arruina?
¿Dónde huir de la cólera divina?

No ya su mole de cristal el polo
Del intrépido nauta opone al paso
A algun bajel sin rumbo, errante y solo,
(Tal vez librado del primer fracaso),
Límpidas olas le ofreció con dolo
Y con deseo de ilusion no escaso
Prolongara el martirio la esperanza
Qué! ¿á dónde el fuego celestial no alcanza?

Su orgullo humilde al fin depone el lodo:
Ni envanecido en su saber ya duda;
Se esconde á todos de salvarse el modo;
Quien tiene aún vida ignora donde acuda
Todo es consternacion desórden todo;
Nadie encuentra ni puede dar ayuda:
¿Pero qué auxilio fuera suficiente
Contra el airado brazo omnipotente?

Sólo el bueno en su fé firme, confiado
Sin susto del Señor las iras siente,
En la total desolacion postrado
Perece, mas no tiembla el inocente;
Mientras el criminal cae azorado
Del rayo al estallar sobre su frente;
Que en la postrera general dolencia
Aún más teme el malvado á su conciencia.

¿Qué al fin el hombre mísero se ha hecho?
Dónde está su poder? El Soberano
Juzgador le confunde á su despecho;
El y las obras de su orgullo insano
En frágiles cenizas se han deshecho:
Los monumentos que elevó su mano,
Eternizar queriendo sus empresas,
Volátil polvo son, humo y pavesas.

¡Oh qué mudanza! ¿Es esta aquella tierra
Morada de las aves y las flores?
¿Dónde están sus palacios? ¿dónde encierra
Sus amenos jardines, sus señores?
Mientras vivieron, de ambicion la guerra
El pecho les aguija: mil errores
Hijos de las pasiones que los ciegan
A riñas sanguinosas los entregan.

En vano humanidad hollada impetra
Aún á sus mismos hijos acogida;
Horroriza su historia, cada letra
Es un borron de sangre denegrida:
Frio temor las médulas penetra,
El alma se confunde estremecida,
Al echar una rápida mirada
Sobre página tanta ensangrentada.

Desde Cain, del cielo maldecido,
Que la sangre inocente de su hermano
(Cuando ni el hierro fuera conocido)
Vierte arrastrado de rencor villano;
Larga série de siglos han corrido;
Siempre manchó la tierra algun tirano;
Desde el Nembrot antiguo y los Azures
Sus Gengis tuvo siempre y sus Timures.

¿Los himnos de la gloria, quién desprecia?
Cual meteoro eléctrico inflamado,
Desde un rincon oscuro de la Grecia
Un hombre se presenta arrebatado:
Estrecho el orbe á su ambicion aprecia
De virtudes y vicios un dechado
Todo lo arrastra, doma y atropella
Y desparece súbita centella.

De unas pobres colinas posesora
Pobres vecinos á robar empieza,
Y ya de cien imperios vencedora
Roma, se muestra ejemplo de grandeza;
Mirad un héroe, un César; la señora
De las gentes humilla su cabeza,
Y al que ingrato su patria subyugára
Ingratitud á muerte condenára.

El frenesí de libertad inunda
A Lutecia de sangre; roto el freno
De la razon, la muerte la circunda:
Un génio aborta de arrogancia lleno,
Los campos riega en sangre y los fecunda,
Cien tronos forman su escabel, sereno
Hasta el cielo se eleva, nada indulta
Y una isla remota lo sepulta.

Esa misma Lutecia presuntuosa
Que árbitra se juzgára ya del mundo,
De su ciencia y riquezas orgullosa,
Adormida en el cieno más profundo
De nécia vanidad; insultar osa
A Dios mismo: sumida en el inmundo
Abismo del error ¿cuál es su estrella?
Gemir de su opresor bajo la huella.

Así el débil mortal engrandecido
A costa de su hermano; el hierro lleva
Do quier la planta pone enfurecido;
Sin que el helado corazon le mueva
Del miserable el llanto ni el gemido:
Sobre sus tristes víctimas eleva
Monumentos fugaces á su gloria
Sólo ruinas conservan su memoria.

¿Acaso eterno el hombre ser creyera?
¿O eterna ser juzgara su morada?
En quiméricos sueños se perdiera,
Y sus proyectos absolvió la nada.
¿Quién tanto orgullo y ambicion le diera
A ese polvo que un soplo le anonada?
Quiso el Eterno y fué, quiere y fenece
Y como errante luz se desvanece.

Inmensa lava sulfurosa, ardiendo
Ved vuelto el mar: la atmósfera se inflama
Ya no se vé la garza el aire hendiendo
Ni á los cielos el ruego humilde clama:
Como lluvia los rayos descendiendo
La tierra es un volcan, inmensa llama
Los Himalaya y Andes allanados
Se convierten en lagos inflamados.

El eco ensordecido no responde
En las cumbres que al cielo se empinaban:
Ya reina el caos en el espacio, donde
Las antorchas eternas alumbraban:
Ya su lumbroso rayo sirio esconde:
Cuantas estrellas un dosel formaban
Al trono del excelso, derrocadas
Al antiguo no ser vense tornadas,

El primer dia de natura hermosa
Al Eterno sus obras complacieron:
Del átomo invisible á la radiosa
Fuente de luz su aprobacion tuvieron:
¿Por qué hoy las rinde en mano poderosa?
¿A tornar á su orígen hechos fueron?
El tan sólo inmutable permanece
Y su poder en todo resplandece.

Muéstrase en clara refulgente nube
De luz y gloria y magestad cercado,
El juez eterno en su presencia sube
El humo del incienso presentado
En áurea copa de inmortal querube:
Un serafin purísimo, sagrado
Pintar pudiera su mirar radiante
Y el divino esplendor de su semblante.

Tal se mostró en Tabor resplandeciente
Ante los tres discípulos queridos,
Sobrepujando al sol su faz luciente,
O cuando rodeado de escogidos
Que forman su pequeña grey naciente
El pecado y la muerte ya vencidos,
En nubes de zafir el éter hiende
Y á la diestra del padre en triunfo asciende.

El ejército de ángeles lumbroso
En otro tiempo de rigor armado
Contra Luzbel; hoy grave, respetuoso,
El lábaro divino enarbolado,
Que brilla cual un astro luminoso,
Le cerca, y alza en tono sublimado
El cántico divino de victoria:
«Al santo de los santos siempre gloria.»

Miguel *fuerza de Dios* allí parece,
Con la diestra que el rayo despedia;
Rafael igualmente resplandece,
El conductor augusto de Tobías,
Mas oh! que lleno de fulgor se ofrece
Gabriel, dichoso nuncio de María!
Todos en himno armónico, suave
Entonan á su reina el feliz Ave.

Vedla! En su faz belleza peregrina
Como madre del verbo la señala:
No el esplendor de estrella matutina,
Ni el sol naciente, su esplendor iguala:
A su presencia celestial, divina,
Plegada el serafin de fuego el ala
Admirado contempla á su Señora
Y de los tronos á la reina adora.

Reina eterno silencio, como cuando
Ninguno de los séres existía
Sólo el Gran Sér la inmensidad llenando
Su duracion sin límites seguia:
La trompa el ángel del Señor sonando
Se estremece de horror la raza impía:
Si su curso los astros aún siguieran
A su tronante voz lo suspendieran.

Del criador y destructor del mundo
Terrible inspiracion el pecho inflama:
Levantáos, ¡oh! muertos del profundo
Sopor en que yaceis: tres veces clama:
Del espacio repite trèmebundo
El eco: Levantaos; el juez os llama
El momento llegó del final juicio,
Dichoso á la virtud; fatal al vicio

Ya los átomos ténues esparcidos
En que fueron los hombres transformados
O los huesos á piedras reducidos
En tiempos y lugares apartados,
Por atraccion secreta conducidos,
Todos acorren donde son llamados,
A cada cuerpo su alma reunida,
Cargada con los hechos de su vida.

¿Y quién podrá contar la prodigiosa
Muchedumbre de gentes y naciones,
Que á la voz del Señor corre medrosa
De edades tan distantes y regiones?
De cuántas no quedaron ni en dudosa
Memoria oscurecidos los blasones!
Ya no se visten con diverso traje
Ni en costumbres difieren ni en lenguaje.

El Señor á su siervo viene unido,
Y corriendo parejas en la suerte
El vencedor soberbio y su vencido:
Junto el atleta vigoroso y fuerte
El infante de fuerzas destituido:
Puso los hombres á nivel la muerte;
Y sin hacer de clases diferencia
Juzgarálos el justo por esencia,

¡El momento llegó, fatal, terrible!
Primero, eterno Dios, vuelve á la nada
Mi sér, que hallarme del pecado horrible
Con el borron!... Mi musa amedrentada
No acierta á proseguir. ¡La voz terrible
Del ángel otra vez! La consternada
Multitud por sus nombres señalando
Vála á diestra y siniestra separando.

Vé aquí el verbo de Dios, vé aquí el cordero
De cándido ropaje revestido,
Fácil siempre al perdon, mas hoy severo,
Y en justa venganza enardecido:
Tal como en Patmos se mostró primero
En vision al discípulo escogido;
Ocupa ebúrnea reluciente silla,
Y ángeles, hombres, doblan la rodilla.

¡Oh espíritu de Dios el encendido
Labio me dá, de tu profeta santo
Mi débil voz alienta y del ungido
Salmista presta el inflamado canto:
Así sólo podré del escondido
Secreto revelar misterio tanto;
El abrirse del libro de la vida,
De los precitos la fatal caida.

Silenciosos se ven hácia la diestra
Los santos de Israel; la paz hermosa
De la conciencia en su mirar se muestra:
Corónalos la palma gloriósa,
Ganada de virtud en la palestra:
El alto trono acatan: su radiosa
Luz á mirar se atreven sin turbarse
Y en ventura empiezan á gozarse.

Forman el escogido augusto bando
Jefes que padres de los pueblos fueron,
Y en cuyas manos se hizo amable el mando,
Los que á los desvalidos socorrieron,
Grandes que del poder nunca abusando,
Hermanos en los hombres sólo vieron;
Integros jueces que la ley sagrada
Apoyo hicieron de orfandad cuitada.

El sacerdote con sus limpias manos
Sus puros votos elevó á los cielos;
Los que en la afliccion á sus hermanos,
Pródigos dispensaron sus consuelos;
Hijos que con piedad á sus ancianos
Padres recompensaron sus desvelos;
La honesta vírgen; las esposas fieles
Héroes á quien virtud dió sus laureles.

Allí se vé al que mísero indigente
Soportó sus trabajos en la vida;
Lázaro, el que á la puerta del potente
Rico avariento, con su voz dolida
De la mesa del bárbaro inclemente
Ni áun la migaja levantó caida,
Como duró en el tiempo su memoria
Otro tanto le cubre inmortal gloria.

Llenan, en fin, el escuadron luciente
Electos coros de ínclitos varones,
Que á las leyes del padre omnipotente
Arreglaron viviendo sus acciones;
Tras ellos vá tambien el inocente
Con veste pura, angélicos blasones;
Sin lucha alcanza del combate el premio
Y de los santos cuéntase en el gremio.

¿Y quién mirar pudiera al otro lado
La tropa furibunda de precitos,
El horror en sus frentes retratado
La negra maldicion y los delitos?
Como ya no juzgarlos sentenciados
Al escuchar sus clamorosos gritos:
En su demencia ciega, arrebatada
Del Señor los confunde la mirada.

De los sucios deleites que probáron
Cuando en la fealdad de sus acciones
Como brutos sin rienda se gozaron,
Las rapiñas, perjurios opresiones,
Calumnias, cuantos perpetraron,
Como buitre voraz, sus corazones
La memoria cruel les despedaza,
Y con penar sin fin les amenaza.

La ambicion los persigue y los espanta:
Aquí como en la vida és su señora
Viendo al qué esclavo humilde con su planta
Vános hollaron, coronado ahora
De inmortal láuro, anuda su garganta
La venenosa envidia roedora;
Y como enjambre fiero de alimañas
Sin piedad se apacienta en sus entrañas.

La que acallára un tiempo hoy les provoca
Dura conciencia con punzante herida:
Atroz blasfemia con su impura boca,
En lodo y pez inmunda ennegrecida;
Vomita el impío con audacia loca,
De un error la ilusion desvanecida
Vé á su pesar: en su hacedor creyendo
Mas ya sin fruto, su justicia viendo.

Mientras de excelso trono el sacro verbo
Inspira al justo celestial dulzura,
Ruge de impío furor bando protervo
Del libro misterioso á la abertura:
Vergüenza inútil, cáusale el acerbo
Cargo del recto juez, que la futura
Eterna suerte, premio á sus delitos
Decreta al fin, diciendo: ID MALDITOS.

De las simas del báratro espantosas
Las férreas puertas se abren detonando
Y de furor las sierpes horrorosas
Sobre la frente de Satan silbando,
Mientras que multitud de almas dichosas
El trono del Eterno van cercando,
Entre los llantos y crugir de dientes
En el lago infernal hunden las frentes.

EL POETA DESGRACIADO.

Á SU TIERNA AMIGA.

Cuando en tu seno apacible
Tu amigo la faz reposa,
Sus penas duermen, las penas
Con que el destino le azota.
Así en árido desierto
De Arabia, tal vez la copa
De una palma en el oásis
Presta al viajero su sombra.

El oásis del desierto
De mi vida congojosa
Eres, la palma querida
Do al cansancio que la agobia
Halla el alma refrigerio,
Y de calma un rayo goza.
¡Qué no te debo yo, amiga!
La crueldad desdeñosa

De los hombres y su orgullo
La sociedad me hace odiosa.
En vano busco agradarles,
Disimulando sus locas
Pasiones, hasta sus vicios,
Sin derramar una gota
De la hiel que al pecho vierten
Sus pensamientos, sus obras.
Ni mis manos, ni mi lengua
Jamás su enojo provocan.
¿Mas qué vale, cuando ni oro
Ni distinciones, ni pompa,
Puedo ostentar; ni me arrastra
Rica, dorada carroza;
Ni mi pobre estrecho albergue
Los finos muebles decoran,
Con que la industria extranjera
Junta al provecho la honra?
Como la hoja batida
De arremolinadas olas,
Paso los míseros dias
De mi existencia: tú sola
Colmas de mi alma agitada
La borrasca tumultuosa,
Me haces amigas las penas
Y á la vida me retornas.
¡Si en el oscuro retiro
Do la paz contigo mora,
Do de todas las virtudes
Te ciño humilde corona,
Tender pudiese á tus piés
Del placer la blanda alfombra,
Hacer que entre dulces risas
Se deslizásen tus horas!
Mas nunca su faz me muestra
La fortuna halagadora,
Y cuando quiero ofrecerte
Flores tiernas y aromosas,
Entre mis trémulas manos
Se marchitan y deshojan:
Esta es la ley del destino
Que sin descanso me acosa.
¡Oh, si su yugo aflojase!
¿Quién no envidiára mi gloria?
La gloria de poseerte,
Que aún más mi deseo colma,
Que al ambicioso sus fajas
Bordados, cruces y toga;
Que al avaro las riquezas
Que desvelado atesora;
Más que al guerrero alto triunfo,
Y que al cautivo ver rotas
Las cadenas que le ataban
En negra helada mazmorra.
¿Y con tanto bien, la dicha
Sus entradas me acerroja?
Sí, porque al ver que recojes.
Espinas en vez de rosas;
Que el sólo premio á tus prendas
Es un pecho que te adora;
—Mas un pecho al que las cuitas
Cual buitres crudos devoran,—
El desaliento me oprime,
Y nuevas penas me ahogan:
Mientras tú, bella heroina
Sólo al verme llorar lloras,
Moderando con tu halago
La ánsia cruel que me acongoja
Ven, amiga; que á tu seno
Mi frente yerta se acoja;
Con su palpitar suave
La sangre á su curso torna;
Truenen los cielos, la tierra
Sus simas abra más hondas;
Si el postrer rayo me hiere,
Hiérame amiga á tu sombra.

LA PALMA Y LA BRISA.

Palma airosa que tu copa
Hasta los cielos levantas,
¿Eres de la paz emblema
O símbolo de la esperanza?
Tus anchas ramas en torno
Tiendes, y en ellas sus alas
La blanda brisa reposa,
Y con su soplo te halaga:
Ella es tu amante,—la rosa
Del ruiseñor la inconstancia
Llore.—En el fastuoso oriente
Su pena otro Sadi canta

En tiernos versos, que escitan
Al lloro sensibles almas.
En Cuba rica en amores,
Pobre en historia, no en fama;
En Cuba, la que belleza
Ni flores envidia al Asia;
Yo de la palma y la brisa
Que sus campos engalanan,
Cantar quiero en lira humilde
El amor y la constancia.
Vé, vé el Poniente; le viste
Leve tinte de escarlata:
Oyese blando murmurio;
Bate sus hojas la palma:
Es que el amante se acerca,
Y ella ondulando sus ramas
Abre el seno á recibirle,
Do inmensa dicha le guarda:
Bajo el pabellon de estrellas
Se gozan, y en feliz cálma
Los encuentra embebecidos,
De nuevos goces el alba.
Yo tambien amo, y mi bella.
En dulces nudos me enlaza,
Y con sus tiernas caricias
Correr en plácida calma
Hace las rápidas horas
De mi vida: asi sus aguas
Ve deslizarse un arroyo
Entre guijuela de plata
Y entre márgenes de flores
Que con sus versos le embriagan.
En tu sombra, palma amiga,
Al murmurio de tus ramas
Embelesado, me jura
Eterno amor y constancia,
Y cual te place la brisa,
A mi me place su habla,
Su dulce risa, y sus ojos
Con tierno mirar me embargan;
En tu tronco nuestros nombres
En feliz cifra se enlazan;
Tú nuestros votos escuchas,
Y eres el templo y el ara,
Donde por siempre al amor
Nuestros pechos se consagran:
Aquí un túmulo de césped
Nuestras cenizas aguarda;
Ni otra inscripcion ni otra losa
Ambicionan nuestras almas;
Y nunca con soplo impuro
El huracan que devasta
El campo, en tu verde copa
Descargue su horrible saña,
Ni el rayo estalle en tu cima
Ni te hiera feroz hacha.

EL RETIRO DE DOS AMANTES.

¡Salve, campo solitario,
De la paz morada augusta!
En buen hora nos acoje
Náufragos de la fortuna;
Y nunca tus verdes palmas
Los rayos hieran, y nunca
La gala á tus bellas flores
Age del viento la furia;
Ni jamás entre tus ramas
Llore la tórtola viuda,
El consorte que del hombre,
Le robe la mano impura.
Aquí do la fresca brisa
Entre las hojas modula,
De la libertad el aura
Respira el alma, desnuda
De turbulentas pasiones
Que su feliz calma anublan:
Aquí, do naturaleza
Todas sus gracias aduna,
Es donde el alma sencilla
Halla el encanto, que busca
En vano entre el torbellino
De popular, necia turba.
Desde el monte que domina
La estensa, verde llanura,
Podemos ver consumirse
Los hombres en iras mútuas:
De sus rencores, venganzas
La nube cargada, oscura,
Hasta su falda, bramando,
Ronca llegará y confusa;
Mientras en dulce sosiego
Amor con su ala nos cubra.

No aquí una lengua traidora
Con habla de miel adula
Al que desde el alto puesto
Del poder que tiene abusa;
Ni con frente y cuello erguidos
Pasa, y con desden saluda,
Quien ántes fué nuestro amigo,
Y hoy aún mirarnos rehusa.
El árbol de la esperanza
No aquí se marchita y muda,
Como el huracan silbando
De hojas la rama desnuda;
Ni vil lisonja infla el pecho,
Ni le oprime la calumnia,
Ni los usos cortesanos
El candor nativo ofuscan.
¿Qué importan, pues, los placeres
Que allá en el pueblo acumulan
Contra el ocio y el fastidio
La incontinencia y la gula?
Allí el regalo es veneno,
Fantasmas los sueños turban;
Amistad no es más que engaños,
El saber vanas disputas,
La virtud hipocresía,
Quien dice que ama perjura;
El oro todo lo alcanza:
Honor, mérito, conducta,
Sinónimos de riqueza,
El no tener sólo injuria.
¡Cuánto más que sus salones
Ricos tapices, pinturas,
Muelles sofás... este cielo
Encanta con su verdura.
Allí una hermosa arboleda
Su sombra nos dá y su fruta;
Y el arroyo que serpea
Entre la grama menuda
Convida con su murmurio,
Alfombra y grata frescura:
Esto basta, y esto sobra
A dos hijos de natura.

SOBRE EL MODO DE CONDUCIRSE EN EL MATRIMONIO.

A tí, querida amiga, que otro tiempo
Prestaste á mis consejos grato oido,
Aspirando á lograr por mis lecciones
La eleccion acertada de un marido:
Hoy te diré cómo has de conducirte,
Con aquel que ya hubieses escogido.
¿Acierta siempre la prudencia humana?
Cual arista que un récio torbellino
Hace su vil juguete, las pasiones
Al hombre arrastrarán hasta el abismo;
Y un caudal de virtudes y paciencia
Hacer á los casados es preciso,
Para poder vivir en paz, dichosos
So el yugo á que por siempre van unidos.
De consorte y de madre los deberes
Llenar sobre la tierra es tu destino:
Deberes ¡ay! terribles, lo conozco;
Pero es muy más terrible no cumplirlos.
Escándalo feroz, discordia horrible
Agitará la casa de contínuo
De la mujer que necia desatiende
De su esposo el cuidado y de sus hijos;
Que idólatra tan sólo de sí misma
En ocios pasa el tiempo y en caprichos;
Que siendo débil quiere hacer de fuerte,
Y que todo se pliegue á su albedrío;
Que una chispa cual pólvora la inflama,
Y prorrumpe en horrísono estampido,
La seguirá la ruina, y arrastrada
Tal vez al más funesto precipicio,
En teatro de crímenes y horrores
Será oprobio á la historia de los siglos.
Tu corazon sensible, lo conozco,
Para tales escenas no ha nacido:
Amarás tus deberes, tu consorte,
Y oyendo los consejos que te dicto,
En él encontrará si es generoso,
Quien endulce tus penas y martirios,
Y quien te ayude á soportar el peso
Del afan y cuidado de los hijos:
Cuidado que el amor y la paciencia
De mil encantos visten y atractivos.
Tú sabes cuán grato es, cuán delicioso
A un padre ver al hijo pequeñito
Que reclinado en maternal regazo
El tierno labio aplica al seno mismo
Que en sus sueños de dicha tantas veces
Palpitando de amor causó su hechizo;

Y á la madre en dulcísimo embeleso
Contemplarle, los ojos en él fijos?
¿O si más grande en besos afectuosos
Decir parece al padre conmovido:
Ve aquí mi madre que tu amor demanda;
Para entrambos ¡oh padre! amor te pido?
Tales cuadros, no riñas ni quimeras,
Si á tu lado se vieren repetidos,
Donde quiera tu esposo echará ménos
Su casa, su mujer, sus tiernos hijos.
Haz que encuentre en tu seno su reposo,
Y no le irá á buscar en esos sitios
Do el arrepentimiento pagar suele
Un deleite fugaz lleno de hastío:
Si su consuelo si el dolor le oprime.
¿Si se enciende en furor?... ah! ¿te lo digo?...
No intentes, ciega tú, con otro fuego
El suyo contrastar, que arde más vivo.
¿Y si por suerte tu tirano fuere?...
Acaso juzgarás que me extravío;
¿Mas debo disfrazarte lo que pienso?...
Llorar, amiga; no hay mejor arbitrio;
Que si el llanto no rompe tus cadenas,
De otro modo romperlas es delirio:
Cuanto ellas pierden de su infausto peso
Tu estimacion lo perderá, y tus hijos.
¿Qué es ver una mujer que separada
Del lazo indivisible del marido,
Aunque inculpable, llore su desdicha
De arbitraria opinion bajo el capricho,
Cuando no, el freno roto á la vergüenza,
Llegue escándalo á ser de sus vecinos?
Despreciarán los hijos á su madre,
O el padre será de ellos el ludibrio;
Y como árbol que en jugo ponzoñoso
Se nutre, crece, crecerán en vicios.
Si con falaz prudencia de algun pueblo
Las leyes el divorcio han permitido,
¿Cuánto no se celebra ver que Roma
Un solo ejemplo diera en muchos siglos?
¿Mas cómo mi pincel horrorizado
De tan negras imágenes no ha huido?
¿Ser un hombre tirano de su amiga;
De la mitad preciosa de sí mismo:
La que siempre solícita y atenta
Ni se opuso tenaz á sus designios
Ni en su furor le contrastó imprudente,
Ni le obligó á ruinosos sacrificios,
Ni ha faltado á la suave dependencia
En que una justa ley la ha constituido?
No es posible tal cosa, nó; no es dable
Sinó es un mónstruo detestable, impío;
Y de consorcio igual la horrible suerte
No temo que caberte haya podido.
Mas suele suceder que al insensato
Marido le arrebata al precipicio
La ignorante mujer: ¿no es la blandura
De tu sexo el más bello distintivo?
Esta, y la hermosura son las armas
Que os ha Naturaleza concedido:
¿Y quién su fuerza ignora, si las ponen
La discrecion y amor en ejercicio?
Que en tu casa la paz por siempre habite
Es el mayor deseo de tu amigo:
La paz si el rostro ves á la desgracia,
Hará más llevadero tu destino;
Si fortuna te halaga con sus dones,
Sólo con ella te serán propicios.
Si tienes un marido complaciente
No abuses nunca, no, de su cariño
Que el muelle más elástico se altera,
Si no cesa de estar en ejercicio.
No ha faltado quien diga que las muestras
De un estremado afecto, á los que unidos
Han de vivir por siempre, perjudica.
¿Esto al humano sér no es ofensivo?
¿No sería igual máxima dictada
Por un marmóreo pecho, adusto, frio?
¿Amarse, á los que ató vínculo santo,
No es un deber sin límites prescrito?
Bien es verdad que enfada todo cuanto
Del corazon sincero no ha salido.
Tampoco le importunes, si creyeres
Que una vez á tu amor responde tibio:
Acaso del cansancio fatigado...
De tu mismo penar quizá oprimido...
Déjale respirar, déjale ¡oh bella!
Que á su tiempo vendrá á tu seno amigo.
En todo cuanto quiera dale gusto,
Esceptuando la infamia ó el delito;
Mas te irás áun entonces con gran tiento;
Esperarás la calma, y á su oido,
Envuelta la razon en tus halagos
Logrará penetrar, si no es un risco;
A las tiernas caricias del momento
En que hace amor sentir suaves deliquios,
Al llanto de una madre, de una esposa
¿Quién el rebelde pecho no ha rendido?
Al bárbaro sultan, al cruel tirano,
Que empuñado el alfange damasquino
Prodiga sin piedad la hirviente sangre
De sus mismos hermanos... de sus hijos,
Las lágrimas, el ruego de una bella
Tal vez moderan el furor altivo;
Y el mónstruo coronado, que el desierto
Ensordece en sus hórridos bramidos,

La bravura convierte en dulce halago
Al llanto de una madre enternecido.
Tus hijos y tu casa los placeres
Que más ames seran: si de camino
A la visita, al baile y á la tienda
A todas horas te halla tu marido;
Y lo sufre; ¿qué hará?—marcharse al juego
De donde riñas traerá ó fastidio
Que pesen sobre ti; ó enfermedades
Que sacará de los inmundos sitios.
¿Cómo, me dices, estará una esposa
Entre paredes, sola de contínuo?
Adios, amiga, adios... perdióse todo
Si no sabes el modo de sufrirlo!
¿Serás como esas locas mujercillas
Que se persuaden sólo haber nacido
A recibir inciensos, consagradas
A la tertulia, al baile, á los prendidos;
Que del nombre de madre se avergüenzan,
Y en el blando sofá, del abanico
Al soplo delicioso se adormecen,
miéntras en triste, vergonzoso olvido
Los hijos, de una esclava con la sangre
La enfermedad absorven y los vicios?
¿Tus mismos hijos, tu labor no bastan?
Acompáñate un rato de un buen libro.
¿Has visto un caminante que abrasado
Del calor del desierto, encuentra un rio
Llega, se sacia, y las perdidas fuerzas
Recobra, y marcha luego con más brio?
Pues un libro será como la fuente
Donde su sed mitiga el peregrino:
En él no sólo encontrarás deleite,
Sino instruccion que aumente el atractivo
De tu hermosura y gracias hechiceras.
La mujer que á sus prendas ha añadido
El juicio y el saber, mas sin que empañen
De su afable modestia el terso brillo,
Es el más grato y seductor objeto
Que cautivó jamás nuestros sentidos;
Es el honor y gloria de su esposo,
De todos los tesoros el más rico.
Uniforma tus gustos á los suyos
Y entre sus redes le tendrás cautivo;
Y áun curarle podrás de sus defectos,
Sin usar de maestra el tono altivo.
De su trabajo el trato economiza,
Y su interés le hará [illegible].
Tu alma, sea la suya, y en la tierra
No haya fuerza capaz de desunirse:
El dejara por tí, padres, hermanos
Tú le debes iguales sacrificios.
Díle siempre verdad, y su confianza
Tendrás, y pruebas él de de tu cariño:
La religion observa, y atraerte
Del cielo alcanzarás los beneficios.
Ella debiera en la mujer hallarse,
Si lanzada del mundo hubiese sido.
De las selvas del Africa horrorosas
Un mónstruo tan temible no ha salido,
Cual la mujer que en insensible pecho
A su influjo celeste no dió asilo.
¡En las almas infunde tal consuelo!
¡Y derrama en los males tal alivio!
Para un ser destinado á la ternura
Y el dolor, es un bálsamo divino,
Que vuelve al yerto corazon las fuerzas,
Como á la tierna flor blando rocío;
Tambien nos da remedios eficaces
Para curarnos de funestos vicios.
Por fortuna la moda ya ha pasado
De hacer ostentacion de un pecho impío;
Pues sin la religion, de las costumbres
Jamás se consolida el edificio,
Y debes á tus hijos el ejemplo,
O tendrás que llorar sus extravíos.
Adórnate primero de virtudes,
Y la honesta elegancia en tu atavío
Te hará más bella que el fastuoso lujo
Que á la miseria arrastra y al delito.
Si estas máximas cumples, yo te ofrezco
Que regarás de flores tu camino;
Y si tu esposo su interés conoce,
Te estimará como un diamante rico:
Será amor el que impere vuestras almas.
Y próspero ó fatal ruede el destino,
Derramará balsámicos consuelos
En vuestros pechos tiernamente unidos.

RAMON DE PALMA Y ROMAY.

Nació en la Habana el 3 de Enero de 1812, y fué su padre, á quien perdió cuando contaba cuatro años, el eminente jurisconsulto D. Tomás de Palma y Estrada, y su madre, la Sra. Dª María del Rosario Romay y Chacon, hermana del benemérito Dr. Romay, uno de los cubanos más puros y celosos del bien del país.

«La falta de su padre—nos dice el hijo de Palma en una nota biográfica publicada en un cuaderno de ejercicios literarios con que obsequiaron sus alumnos al virtuoso cuanto poco afortunado profesor, D. Jose Alonso Dalgado—y el atraso en que entonces se hallaba la instruccion, hubieran hecho que su nombre quedara sepultado en la oscuridad, á no ser por su gran inteligencia, su ferviente amor á las letras y su constante aplicacion, y más tarde, por el vivo interés que vistas sus disposiciones literarias, se tomó por él el inolvidable literato D. Domingo Del Monte, quien puso á disposicion del aficionado su biblioteca, que era sin duda la mejor de la época.»

El Sr. D. Pedro J. Guiteras, en sus *Estudios de literatura Cubana* (1), al tratar de Ramon de Palma, nos dice:

«Como la mayor parte de los talentos de su tiempo, se dedicó al estudio de la Jurisprudencia, siguiendo con distincion los cursos reglamentarios, hasta obtener el grado de bachiller en uno y otro derecho. Pero en el estado deplorable del foro cubano, ésta no era una profesion genial á su carácter, y resolvió dedicarse á escribir para el público, imitando en ésto el noble ejemplo que habia dado su amigo Del Monte, y que antes de él iniciaron en Cuba los ilustres patricios, Varela, Saco y Luz Caballero.»

Nuestro malogrado amigo, el bondadoso Anselmo Suarez y Romero, el correcto prosista á quien tanto deben las letras en Cuba, en la magnífica Carta-prólogo, dirigida á D. Rafael M. de Mendive, publicada en el único tomo de las obras de Palma (2) que ha visto la luz pública, así nos habla de los primeros estudios de nuestro poeta: «En una mala escuela aprendió las primeras letras, luego tomó lecciones de latin, despues se sentó en los bancos de la clase de filosofia y últimamente cursó la Jurisprudencia en el Seminario de San Cárlos; pero es sabido el descrédito en que

(1) El Mundo Nuevo.—América Ilustrada.—Vol. VI. 102-103.—New York. 15 de Marzo y 1º de Abril. 1875.—Págs. 108 y 129-132.

(2) Obras de D. Ramon de Palma, con un prólogo por D. Anselmo Suarez y Romero.—Tomo I.—Poesías líricas.—Habana.—Imprenta del Tiempo, calle de Cuba, núm. 37.—1861.—Pág. XVIII.

habia caido el estudio del latin con motivo de haberse empezado á leer en castellano en las cátedras, es sabido que el deseo de terminar pronto las carreras hacía atravesar el curso de filosofía dedicándose á ella seis meses en lugar de dos años, y es sabido igualmente, que si la clase de jurisprudencia de aquel célebre instituto la daba un maestro capaz de responder de repente á cualquiera pregunta sobre todos los puntos que abraza la enciclopédica ciencia de los derechos y los deberes del hombre, la enseñanza estaba circunscrita allí á las leyes civiles españolas y romanas. Confesémos además que Palma, al revés de su padre que fué un abogado de fama, tuvo siempre una repugnancia invencible á la lectura de los Códigos, y que si llegó á vestir la toga, hízolo por complacer á amigos á quienes debia señalados favores, y por buscar en esa profesion los recursos que nunca habia hallado en el cultivo de las letras.»

El trabajo de Suarez y Romero, ha de ser, siempre que se hable de nuestro movimiento literario, citado con encomio: en sus páginas (I–XXXV) están los datos más preciosos, no sólo para apreciar bien la vida de Palma, sino tambien la de otros preclaros varones de su tiempo.

Segun el Sr. Guiteras, dió Palma á luz sus primeras composiciones en la Habana, en 1834, bajo el seudónimo del Br. Alfonso de Maldonado y las dedicó á su amigo Del Monte que por entonces escribia con el de Br. Toribio Sanchez de Almodovar, seudónimo que hizo imperecedero en la literatura con la publicacion de sus Romances Cubanos. D. Ramon de Palma, hijo, dice haber sido en Matanzas, donde su ilustre padre imprimió sus primeros cantos.

En la *Corona fúnebre* dedicada al Obispo Espada (págs. 43–44) hay una composicion de Palma (1833).

A fines de 1839 ó principios de 1840, segun el Sr. Guiteras, pasó á Matanzas, donde como profesor del colegio *La Empresa*, dice que permaneció tres ó cuatro años, regresando despues á la Capital.

No podemos dudar de la noticia dada por persona tan autorizada como el señor Guiteras para escribir con fidelidad la biografía del poeta á que nos contraemos y lamentamos que Suarez y Romero no haya podido extenderse más, refiriéndonos los trabajos y estudios de esta importante época de su vida.

Antes de pasar á Matanzas, en 1837, habia publicado el precioso y raro libro hoy, «Aguinaldo Habanero» (1) con D. José Antonio Echeverría, en cuyo libro aparecen sus poesías *El Trovador*, *Unos ojos negros*, *Fastidio*, *En la muerte del jóven Manuel Buckler*, *Resignacion*, *Poesía*, *La despedida del Cruzado* y *La peña de los enamorados*. En prosa, insertó un artículo histórico muy interesante acerca de los desmanes y muerte del pirata Gilberto Giron (1604) y su novelita del tiempo de los primitivos habitantes de la Isla, *Matanzas y Yumurí*.

El mismo año dió á luz en casa de Palmer *La Prueba ó la Vuelta del Cruzado*, drama en un acto, que fué, se nos asegura, la primera obra de autor cubano puesta en escena.

El año siguiente, 1838, fundó con Echeverría tambien, el periódico *El Plantel* (2), donde publicó (págs. 44–54) su biografía del Jovellanos de Cuba, D. Francisco de Arango y Parreño.

En el mismo año colaboraba en *El Album* que fundó D. Luis Caso y Sola y de cuya publicacion literaria, una de las mejores que ha tenido la Isla, se hizo cargo desde el tomo sexto, publicándose doce. En el tomo correspondiente al mes de Abril, dió á luz su novela *Una Pascua en San Márcos*. En Noviembre, la mejor de sus obras en prosa, *El Cólera en la Habana*, en que evidenció sus altas dotes para novelista y su profundo conocimiento del corazon humano. Tiene la novela á que nos referimos escenas conmovedoras y el triste suceso (1833) que describe con inspirada pluma.

---

(1) Aguinaldo Habanero.—Editores Ramon Palma y José Antonio Echeverría.—Habana.—Imprenta de D. José María Palmer. Calle de San Ignacio, núm. 6. 1837.

(2) El Plantel.—Directores Ramon de Palma y José Antonio Echeverría.—Tomo Primero.—Habana.—Imprenta de R. Oliva, editor.—1838,

si lo hizo por siempre memorable la espantosa cifra de víctimas que inmoló, no ha quedado ni quedará ménos vivo su recuerdo en las venideras generaciones con el precioso libro de Palma. Las costumbres de la época tienen allí un cuadro de mano maestra: el lenguaje es siempre culto, y en los ocho capítulos en que está dividida la obrita, se sostiene el interés sin vacilar, demostrando que al concebir el autor el pensamiento de escribirla, en nada sufrió alteraciones al consignar en el papel sus ideas. Otros artículos en prosa y poesías se leen de Palma en *El Album*. que dejó de publicarse en 1839 y que es tambien obra difícil de conseguir en nuestros dias.

Palma, durante su vida de escritor, vida llena en Cuba de infinitas penalidades y sin recompensa, escribió en la mayor parte de los periódicos de su tiempo. En el *Diario de la Habana* del año 1843, publicaba un *Boletin Bibliográfico y Literario*, folletines, poesías y artículos vários. Tambien escribió en el *Diario de Avisos*.

En el *Diario de la Marina*, nos dice nuestro ilustrado amigo el Sr. Méndive, publicó una novela, titulada *El Ermitaño del Niágara*.

En *El Artista*, selecta publicacion literaria que en Agosto de 1848 fundó el Sr. Suzarte, publicó (1) una traduccion de la célebre oda de Manzoni, *In morte de Napoleoni*, siendo todavía cuestionado el mérito de la version con la notable del ilustre literato Sr. Hartzembusch (2).

En 1841 publicó en esta ciudad su coleccion de versos que tituló *Aves de Paso*, y que juzgó Suarez y Romero, con otro libro de D. Jose Zacarias Gonzalez del Valle, titulado *Tropicales* en un artículo crítico escrito con el sano juicio que distingue las obras de este reputado escritor (3). «Su decir es el murmurio de los rios, el sonido de los vientos, el fragor estrepitoso de los mares en la playa; cuando el autor de las *Aves de Paso* nos pinta sus amores, las dudas, las inquietudes, las tiernas esperanzas, los delirios, los fantásticos sueños del amor; ó bajando por las limpias aguas de un rio, nos describe el silencio y la tranquilidad de la noche, las estrellas y la luna de nuestra tierra; cuando en medio de nuestros bailes suena su voz bañada en melancólica armonía; cuando las cuerdas de su lira, dulces como la miel, nos pinta la arrobadora mirada, los ojos negros de una mujer, los ojos verdes de Indiana; nuestro corazon ¡ay! llora y siente á la par que el corazon del poeta. Hé aquí lo que se llama poesía, hé aquí las modulaciones de las arpas eólicas, hé aquí brillantes chispas del sol que nos calienta y alumbra.»

En 1848 publicó una melodía dramática en un acto, titulada *Una escena del descubrimiento del Nuevo Mundo por Colon*, que puso en música el maestro Botessini y se representó en esta ciudad por la compañía italiana de Vita y la Caranti. Tambien dió á luz este año dos cuadernos de poesías, que denominó *Hojas Caidas* y *Melodías Poéticas*, que contribuyeron á realzar el nombre de poeta con que lo aclama la crítica literaria, dice el Sr. Guiteras, aunque los Editores de *Cuba Poética* creen que las composiciones de dichos libros no están á la altura de su anterior coleccion.

No obstante la vida laboriosa que supone para el ménos inteligente la importante série de trabajos que ligeramente acabamos de reseñar, Palma seguia sufriendo las amargas luchas de la pobreza, y cansado al fin de la carrera que sólo habia llegado á proporcionarle la escasa gloria que podia obtener en su tiempo en el reducido círculo que formaban los amantes de la cultura literaria del país, pudo obtener la proteccion de la familia de Aldama, que nombrándole Secretario de la Compañía del Ferrocarril de la Habana y confiándole la direccion de sus negocios judiciales le proporcionó un bienestar de que hasta entonces habia carecido, logrando tambien alcanzar una reputacion de abogado que afianzó su porvenir y el de su familia.

En 1852, cuando los proyectos revolucionarios intentaban la anexion de esta Isla á los Estados-Unidos, estuvo preso algunos meses.

---

(1) Véase el número 9 correspondiente al 17 de Diciembre de 1848 donde se publicó con la original de Manzoni y la del Sr. D. Juan Eugenio Hartzembusch. Pág. 293.

(2) Sobre poetas cubanos traductores, algo hemos dicho en la introduccion al libro de don Antonio Sellen, *Cuatro Poemas de Lord Byron*.—New York. 1877. Pág. V.

(3) Coleccion de Artículos de Anselmo Suarez y Romero. Habana, Establecimiento tipográfico La Antilla, Lamparilla 16. 1859.—Crítica.—Págs. 101-106.

Palma murió víctima de una enfermedad del corazon, el 21 de Junio de 1860, muy llorado de cuantos le conocieron y trataron, tanto por sus méritos de poeta, como por los de su dulce carácter y honradez acrisolada.

El más entusiasta de los panegiristas de Palma, su compañero Suarez y Romero, nos le describe «de voz varonil y acentuada, modales desembarazados y caballerescos, frente ancha y hermosa».

En la coleccion de poesías publicada por el distinguido poeta D. Rafael Mendive, á quien debemos el único tomo de las obras de Palma, que se ha publicado en 1861, y que tituló *América Poética*, hay un retrato litografiado por Peoli, que nos dicen exacto. Tambien se acompañó á la *Revista de la Habana* (1853).

A su muerte han dedicado inspiradas poesias, D. Rafael Mª Mendive y D. José Agustin Quintero.

EL COLERA-MORBO EN 1833.

Tronó el Señor: á su tremenda saña
Las zonas de la tierra retemblaron,
Y cual la débil caña
Del furioso huracan á los impulsos,
Los hijos del pecado así convulsos
En el polvo las frentes sepultaron.
A tí, Señor, desde sus senos clama
La voz de mi dolor; oye mi ruego;
Pues siento, sí, que el corazon me inflama
De tu espíritu el fuego;
Y con el estro mismo que solia
El Profeta invocar tu nombre santo,
Dirijo á tí mi fervoroso canto
Del mundo miserable en la agonía.

Yo ví las nubes en el ancho cielo
Chocarse con furor; ví la el torrente
Los campos arrasar, y en ígneo vuelo,
La tierra estremecido
Cruzar los rayos por el aire ardiente
Yo ví las olas de la mar hirviendo
En tormentosa saña
Las peñas quebrantar con faria extraña:
Y vide el huracan las recias alas
Tendiendo con fragor, en bosque y prado
Tronchar desenfrenado
Robustos cedros y floridas palas,
Y humilde dije en mi aterrada mente:
—Aún puede más el Dios Omnipotente.

Aún puede más—que del abismo inmundo
A su voz el infierno se levanta,
A su voz destrozado húndese el mundo,
Y todo nada es bajo su planta.

Cual sufre el suelo de temblor lejano
La conmocion violenta,
O cual brama en la calma el Occeano
Sintiendo el choque de polar tormenta;
Los hijos de la Antilla así temblaban
La historia oyendo del distante estrago,
Y á los cielos—¡piedad! ¡piedad! clamaban,
Al ver ya cerca el formidable amago.

Inútil suplicar: la peste horrenda
Que allá del Ganges en el seno inmundo
Para purgar el mundo
Entre muerte y ponzoña fué engendrada,
Por la Europa llorosa y desolada
Un camino infernal se abrió triunfante:
En vano se le opuso el mar de Atlante,
Por él tendió la destructora planta,
Y cual dragon inmenso, en Occidente
Una garra enterrando, otra en Oriente,
El mundo á cada convulsion quebranta.

Ay! ¿qué será de tu opulencia vana,
De tu infausta riqueza, triste Habana?
¿No ves los senos del sepulcro abiertos
Tus hijos devorar, como devora
La arena abrasadora
Las gotas de la lluvia en los desiertos?
Teme el hombre del hombre, que en su hermano
La muerte ve que sin cesar le aterra,
Y cada cual en su mansion se encierra
Del trato huyendo y del comercio humano.

Del aire en los espacios no se advierte
Otro humano sonido
Que el mísero gemido
De aquel que con las ánsias de la muerte
Sin remedio ni amparo en vano lucha.
De la campana fúnebre el tañido
A cada instante con pavor se escucha,
Y de la noche en la medrosa sombra
Cuando en vela febril la fantasía
Con la memoria el corazon asombra
Del horrible espectáculo del dia,
Cual eco sordo de tronar remoto
Que anuncia el huracan ó el terremoto,
Así á deshora el pavoroso ruido
Del carro funeral hiere el oido,
Como présago horrendo de la suerte
Que de Dios nos prepara la venganza
Y sentimos que el brazo de la muerte
Sobre los apuña los
Cadáveres helados
Y sin piedad ni remision nos lanza!

¡Oh! ¡cuán diversa estás, y cuán mudada
Del tiempo aquel, Habana, en que animada
Del plácido festejo,
Tu juventud miraste sin consejo
El contento apurar! Las ricas galas
En hábito de duelo se han trocado,
Al baile y los festines opulentos
Las tumbas y el ayuno hán sucedido,
Y en vez de gritos de placer, se advierten
Hondo silencio ó lúgubres lamentos.

El más valiente corazon se aterra
De tanta asolacion, de duelo tanto...!
Mil moradores tuyos con espanto
Te abandonan ¡oh Habana! en otra tierra
La salvacion buscando inútilmente,
Que el fallo en donde quiera
Se ha de cumplir del Dios Omnipotente.

Prostérnate, mortal! á Dios implora,
Que este mónstruo invisible que devora
Tu frágil existencia, Dios tan sólo
Para ejemplar castigo del pecado
Pudo abortarle del abismo inmundo,
Y sólo puede el miserable mundo
De tal plaga por Dios ser libertado.

El humano poder, la humana ciencia
Sucumben ¡ay! ante el aspecto horrible
Del bárbaro vestiglo,
Asombro de este siglo,
Y azote de la mísera existencia.
Contraste incomprensible
Se deleita en formar natural eza,
Ostentando su vida y su alegria
Al lado de la muerte y la tristeza.
Más brillante que nunca el claro dia
De luces baña la esmaltada esfera,
La brisa agita sin cesar sus alas,
Y fecunda y alegre primavera
Los campos viste de floridas galas.

¿Y en qué antro, pues, la ponzoñosa fuente
Que inficiona la vida el mónstruo oculta,
Que al clima y la estacion indiferente,
Así del hombre la miseria insulta?
Ya en los yermos del Polo, ya en las flores
Del fecundo Ecuador siempre es el mismo:
Se agita con los vientos bramadores,
En las ondas se mece del abismo,
Salva de un paso montes y desiertos,
Naciones atropella,
Y honda fosa de muertos
Va dejando su planta en cada huella.

¿Y no habrá compasion? ¿Es ¡ay! llegado
Del esterminio universal el dia?...
¿La trompeta del juicio ha resonado
Ya en las cavernas de la tumba fria...?

Yo, Señor, me prosterno y mi sentencia
De tus labios espero resignado,
Que siempre te adoré.—Cuando retumba
Tu voz celeste en el terrible trueno,
Cuando tu aliento en las borrascas zumba,
Cuando tu brazo de la tierra el seno
Potente agita y al mortal espanta.
—Yo alabo y temo la justicia santa.

ZAMBRANA.—En la magnífica composicion titulada *El Cólera de* 1833, dice tanto y tan elevado, imponente y magestuoso, que el alma del que la lee experimenta las más profundas emociones. ¡Oh! es un canto soberbio, el mejor que ha brotado de la lira de Palma, y en grandeza no le supera ninguno de su género. «Tronó el Señor», dice, y los hijos del pecado, convulsos, sepultan sus frentes en el polvo; pero el poeta eleva la suya, no rebelde sino inspirada, y con la voz de su dolor pide á Dios el estro para cantar..... Obras literarias, filosóficas y científicas.— Habana, 1858.—Página 140.

—Despues de la descripcion del Niágara por Heredia, lo que mejor se ha publicado en Cuba es la descripcion del *Cólera mórbus* por Palma.—Hay trozos que son una verdadera plegaria.—*Soliloquios.*—1865.—Pág. 17.

LA DANZA CUBANA.

Los aires rompe el ruido
De la nocturna orquesta...
¡Oh! ¿qué impresion es esta?...
¿Qué mágico sonido?...
¿Que plácida embriaguez?...

¡Es la cubana danza!
Y al escuchar sus sones,
Mis muertas ilusiones,
Mis sueños de esperanza
Despiertan á la vez.

¡Oh danza! tus acentos
Reaniman mi existencia:
Tu lánguida cadencia
Me inspira pensamientos
De amor y de placer.

Y la gentil cubana
De pié pulido y breve,
Y de cintura leve,
Que se columpia ufana
Pienso á tus sones ver.

Pienso mirar su cuello
A tu compás doblarse,
Sus párpados cerrarse,
Alzar el rostro bello
Bañado de expresion:

O pienso que del piano
Las teclas recorriendo,
Te estoy ¡oh danza! oyendo
Lanzar bajo su mano
Gemidos de pasion.

Quien de cubano el alma
Y los sentidos tenga.
No es dable, nó, que calma,
Ni gravedad sostenga
Llegándote á sentir:

Que el más adusto ceño
Tus sones escuchando
Se mostrará risueño,
O tu compás callando
Procurará seguir.

Ya imites el contento
De fiesta estrepitosa,
Ya gimas lastimosa,
Ya expreses con tu acento
Las ánsias del amor:

¡Oh danza! me parece
Que Cuba con sus palmas
A tu compás se mece,
Y son de nuestras almas
Tus ecos el clamor.

HIMNO DE GUERRA DEL CRUZADO.

Guerra! guerra! la bélica trompa
En coraje los pechos inflama:
A la guerra, á la guerra nos llama
Del heraldo la enérgica voz.
Levantando el corcel la cabeza
Al oir resonar los clarines,
Ya resopla y eriza las crines
Y piafando relincha feroz.

Venga, venga, mi noble caballo,
Dadme pronto mi escudo y mi lanza,
Sacudamos del cuerpo la holganza,
Reanimemos del alma el valor.
Harto tiempo en la paz ominosa
Entregados á muelles placeres,
Olvidamos los santos deberes
Que de Dios nos impone el amor.

Harto tiempo en cobarde abandono
Contemplamos el bárbaro Oriente,
Coronada de láuros la frente
El sepulcro de Cristo insultar.
Harto tiempo ¡memoria de oprobio!
Del infiel el triunfante alarido
Acalló con su estruendo el gemido
Que lanzaba la santa ciudad.

Mas ya suena el clamor de venganza,
Y al batir de los roncos timbales,
Se enardecen los pechos marciales,
Los cobardes se hielan de horror:
Mas no tiemblen, ó lidien temblando,
Que aunque esquiven medrosos la guerra,
Ya la paz no hallarán en la tierra
Sino en tumba de eterno baldon.

Pero no—¿de la bélica trompa
Quién resiste al aliento guerrero?
Hurra! hurra! que brille el acero,
Y volemos cantando á la lid.
¿Dónde están los que al pié de las bellas
De su intrépida fé blasonaban?
¿La señal del combate no ansiaban?
Pues, valientes! al campo venid.

Ahora en vez de feudales castillos,
Y en lugar de gentil vestidura,
Ceñiréis la ferrada armadura,
Vagareis por ardiente arenal.
¿Mas qué vale una holgada existencia
Sin la luz que le presta la gloria?
En la guerra al clamor de—victoria!
No hay placer que se iguale en la paz.

La fatiga, la lucha, el peligro,
Son deleites que inundan el alma,
Del que busca en el triunfo una palma
Que los riesgos más lustre le dan.
En el choque feroz de las armas,
De la lid en los fieros clamores,
Hay deliquios de gloria y amores
Que los héroes conocen no más.

Pero ya de la Europa contemplo
Levantarse á una voz las naciones,
Y flamear los heróicos pendones
De los nobles que toman la cruz.
Hurra! hurra! al estruendo de guerra
Que del Norte al Levante retumba,
Los que usurpan de Cristo la tumba
Menguar miran su luna sin luz.

Menguar miran su luna entre tanto
Que la estrella de Cristo se asoma,
Y los hijos de Omar y Mahoma
La maldicen al ver su explendor.
Pero en vano con torpes blasfemias
Herirán los lugares sagrados,
Que sus gritos bien pronto apagados
Quedarán con los himnos de Dios.

No mostrarle la espalda al Oriente
Ha jurado el que noble se llama,
Ni volver á los piés de su dama
Sino lleno de gloria y honor.
De la Arabia los potros veloces
A las lides traerán los infieles,
Mas del Norte en los nobles corceles
Chocarán con inútil furor.

Y traerán para herir los malditos
De Damasco los corvos alfanges,
Mas de Europa en las férreas falanges
Embotados sus filos serán.
Y á su vez probarán los infieles
Nuestras lanzas y mazas de guerra,
Que hundir pueden de un golpe en la tierra
Caballero y caballo á la par.

¿Quién resiste el heróico ardimiento
Del que busca en las lides la gloria?
¿Quién resiste al que muerte ó victoria
Por divisa del triunfo tomó?
Guerra! guerra! la bélica trompa
En coraje los pechos inflama:
A la guerra, á la guerra nos llama
Del heraldo la enérgica voz.

AL POETA MILANES EN SU PARTIDA.

De cárdeno color la faz nublada
Se ausenta el sol en borrascoso dia;
¡Pueda en otra region afortunada
La luz recuperar que ántes tenia!

Ofuscados aquí los horizontes
Con negra bruma que los aires puebla,
Tu mente que alumbró los altos montes
No es bastante á vencer su oscura niebla.

Huye, pues, de la sombra que te ofusca,
Cual pájaro del viento combatido,
Que en otros bosques de la tierra busca
La dulce calma que perdió en su nido.

Abandona de Cuba los palmares
Que en vano inclinan hácia tí su frente,
Y halle tu luz al trasponer los mares
Un cielo azul donde su brillo ostente.

Si al renacer las apacibles calmas
Tu vuelta anuncia más benigna aurora,
De gozo Cuba agitará las palmas
Que están gimiendo por tu ausencia ahora.

QUINCE DE AGOSTO.

Mi dicha es el amor! Tierra de Cuba,
Por los ardientes trópicos ceñida,
Tierra de luz, de palmas y de vida,
Mi dicha es el amor!

De tu espléndido sol, de tus estrellas,
De tus brisas del mar y de tus flores,
Se desprende el raudal de los amores
Que bebe el corazon.

Yo te bendigo ¡oh Cuba! porque un ángel
Te escogió por morada aquí en la tierra:
Yo te bendigo porque en mí se encierra
Una alma para amar.

En mis sueños de amor, en mis delirios
Su imágen celestial me perseguia:
Mi vida entre ilusiones consumia
Sin ver su realidad.

Una noche, por fin, entre cristales
La luz reverberaba en los salones;
Y la sangre inflamaba con sus sones
La danza tropical.

Y al compás se agitaban mil bellezas
Que ropajes fantásticos vestian,
Y á mí cual las visiones se ofrecian
De un poeta oriental.

Y allí estaba! allí estaba! Entre sus brazos
Un imbécil mancebo la llevaba,
Y en torno de su cuerpo revolaba
El aura del placer.

Y la ví palpitando; y por mi mente
Se cruzaron delirios de otro mundo;
Y entre raptos sentí de amor profundo
Mi vida renacer.

Ay! yo la amé; pero sus negros ojos
Sin querer con mis ojos se encontraron,
Y en mi alma cual fuego se estamparon,
Sin verme ellos á mí.

Y la amé con delirio!—y en su pecho
Ninguna voz mi amor le revelaba;
Y amarla en mi silencio imaginaba,
Amarla hasta morir.

Mas no pude callar; y sus encantos
A los cielos canté y á las estrellas
Y fuí siguiendo por do quier sus huellas,
Y en verla me embriagué.

En verla nada más:—y si á otro hablaba
Yo ansioso sus palabras recogia,
Y en cada acento el corazon bebia
Torrentes de placer.

Y ella entre tanto ignoraba
Que un sér en el mundo habia
Que con su voz se embriagaba,
Que con su vista vivia,
Sin esperanzas de más.
Y del tumulto indiscreto
Que ardiente en su torna gira,
Ninguno le dijo:—«mira,
Aquel te adora en secreto
Que oyendo y viéndote está.»

De mi pasion el delirio
Así incauto alimentaba,
Y el tiempo me reservaba
En premio de mi martirio,
Un instante –en que viví:
¡Quince de Agosto querido!
¡Dia de eterna remembranza...!
Si de tu noche me olvido,
Que en mí muera la esperanza,
Que me olvide hasta de mí.

Por el inmenso gentío
La buscaba yo á mis solas:
Cual rompe un bajel las olas,
Y busca en cielo sombrío
La luz del astro polar.
Y la hallé!... sentada estaba...
Oh Dios! si comprenderia
Que un mundo en mi mente ardia
Y que aunque muerto callaba,
Muerto estaba por hablar.

Y bailé, bailé con ella,
Y oí mi nombre en su boca,
Sí, lo oí:—¡ventura loca!
Y estreché su mano bella,
Y su cintura gentil.
De cerca ví su semblante,
De cerca su voz oia,
Y de amor y de armonía
En aquel feliz instante
Bañada el alma sentí.

Y le hablé como un amigo
Que llega de otras regiones,
Porque yo en mis ilusiones
La llevo siempre conmigo,
Y á verla me acostumbré.
Y como su nombre amado
Es de mi voz el acento,
Y se halla en mi pensamiento
Con sello eterno grabado,
Al hablarle—la nombré.

¡Oh noche! fuiste bastante
Para quien nada esperaba,
Y aunque ella en mí no pensaba,
Por prolongarte un instante
Diera yo mi corazon.
Mas solo quedé en la tierra,
Solo con mi pensamiento;
Con él mi pasion sustento,
Y en él mi vida se encierra,
Que es mi dicha—una ilusion!

LA CORRIDA DE PATOS.

Por los campos que opulento
El fecundo Güines baña,
Todo es tumulto y contento:
Resuena en voces el viento,
La ancha vega y la montaña.

La ancha vega que vestida
De verdes suaves tapetes,
Tal parece que convida
A hacer de patos corrida
En su llano á los ginetes.

De los ingenios y hatos
Llegando á la vega van
Los mozos que correrán
De aquella tarde los patos,
Pues es fiesta de San Juan.

Cabalgan con bizarría
Los monteros esforzados
En potros de gran valía,
Y á correr ya acostumbrados
Las sabanas todo el dia.

Cubre el llano un gran gentío,
Que en dos alas extendidos,
Un ancho espacio vacío
Dejan entre pueblo y rio,
Do están los patos corridos.

Muchas carreras se han dado
Y ya la noche se llega,
Cuando á deshora ha asomado
Un garzon muy bien montado
Por el fondo de la vega.

Sobre un corcel poderoso
De oscuro zaino color,
Que de carreras ganoso
Sacude el cuello furioso
Y riendas pide en su ardor,

Bizarro viene: en llegando
Junto al rio, el bruto enfrena,
Que de lado va trotando
Y con los cascos tocando
Ya en las cinchas, ya en la arena.

De talle suelto, agraciado;
Era el ginete mancebo,
Cabello oscuro, ondeado,
Y albo rostro sombreado
Del rayo ardiente de Febo.

De verde lleva el vestido,
Emblema de su esperanza,
Y de plata guarnecido
Trae el machete ceñido
Conforme á la pátria usanza.

Cortés saludo hace á todos,
Y mezclado en la funcion,
Ya está de correr á son,
Con su gracia y con sus modos
Captándose la aficion.

La aguda espuela ha metido
Al bruto que el freno tasca,
Y que al sentirla ha partido
Como rayo desprendido
Del cielo en fiera borrasca.

Tan veloz corre el caballo
Que atrás deja el pensamiento,
Con sus crines burla el viento
Y no quiebra el tierno tallo
Do el recio casco hace asiento.

Llega al lugar donde atado
En la cuerda el pato espera
La mano esforzada y fiera,
Que el duro cuello ensebado
Le arranque en ráuda carrera.

Cuerpo y brazo el mozo extiende,
Y al pasar con fuerte mano,
Bien como un junco liviano
El cuello al ave desprende
Que en su sangre riega el llano.

Revuelve al punto la rienda
Y con alta voz y brío
Así dice: «El triunfo mio
Rindo á esa niña en ofrenda,
Que es reina de mi albedrío.»

Todo el concurso le aclama;
Y la alba tez de la hermosa
Del rubor ardió en la llama,
Cual la blanca malva-rosa
Que al rayo del sol se inflama.

EL FUEGO FATUO.

(INÉDITA.)

¿Qué es aquella – luz errante
Que en la noche – vaporosa,
Se aparece – con dudosa
Y azulada – claridad?
Si la sigo – va delante,
Si la huyo – me persigue,
Y mi empeño – no consigue
A su lado – al fin llegar.

Será aviso – provechoso
Del capricho – de la suerte,
Que en huirle – se divierte
Al que implora – su favor?
Será ejemplo – misterioso
De la llama – de amor viva,
Que á los ruegos – siempre esquiva
Del desden – se arrastra en pos?

Será imágen – de la vida
Que se escapa – de luz llena?
Será un alma – que encadena
A este mundo – algun pesar?
Esta llama – aparecida
En sí encierra – algun arcano;
Por la noche – no es en vano
Que ilumina – este lugar.
Este polvo – que ahora huella
Sin temor – la planta humana,
Que se envuelve – y engalana
Con un manto – de verdor;
Este polvo – cubre y sella
Los despojos – terrenales,
De mil almas – inmortales
Que algun cuerpo – aprisionó!
En silencio – un mundo encierra
De misterios – ya pasados,
Y de afectos – que olvidados
En la tumba – duermen ya.
Mas quien sabe – si la tierra
Con que el alma – amó la vida,
A ella queda – siempre unida
Por un vínculo – inmortal.
La materia – no comprende
De otro mundo – los prodigios,
Y cree sueños – y prestigios,
Lo que el alma – libre vé.
Y por eso – me sorprende
Que en la noche – vaporosa,
Esa llama – misteriosa
A las sombras – forma dé.
Llama suave – y azulada
Cual la estrella – en Occidente,
Cual la mar – fosforescente,
Cual la etérea – exhalacion;
Ya mi mente – fascinada
En un mundo – se imagina,
Que tu fósforo – ilumina
Sin colores – ni calor.
Y en silencio – y en misterio
A mis ojos – aparece
Ese mundo – que esclarece
Tu fatídico – esplendor.
¿Serán muertos – que al imperio
Se rebelan – de la tierra,
O vivientes – que destierra
De la vista – el claro sol...?
Son los mónstruos – que cree absortos
La razon – de la demencia,
Y que tienen – su existencia
En las sombras – del dolor:
Pues mis ojos – ven absortos
Que de formas – se revisten,
Cuantas penas – ¡ay! embisten
En la vida – al corazon.
Mas girando – en lontananza
Va la llama – solitaria,
Que esa córte – estrafalaria
Se recuesta – á contemplar.
Semejante – á la esperanza
Que brillando – desde lejos,
Busca alivio – en sus reflejos
La miseria – del mortal.
Yo te sigo – luz querida,
Aunque incierta – te apareces,
Pues tú sola – desvaneces
Los fantasmas – del pesar.
Y á tu llama – siempre unida
De mi alma – la esperanza,
Si en la tierra – no te alcanza
En el cielo – te hallará.
Yo te sigo – fuego errante
Que mi espíritu – fascinas,
Y el misterio – me iluminas
De tu extraña – aparicion.
A tu luz – que en este instante
Las tinieblas – embellece,
El encanto – resplandece
De una mágica – vision.
Es la imágen – que en su anhelo
La ilusion – del alma crea,
Es de amor – la viva idea,
Del placer – la tentacion;
Su belleza – sin un velo
Que los ojos – atormente,
Luminosa – y transparente
Se descubre – á la pasion.
Entre el fuego – lanza y gira
Que en su túnica – flamea,
Y sus formas – contornea
Con perfiles – de esplendor.
No cantó – ninguna lira
De belleza – tal prodigio,
Nunca el mundo – tal prestigio
De la danza – concibió!
El sentido – se extravia
En los pliegues – de su falda,
Se deleita – con su espalda,
Se arrebata – con su pié.
Sé mi estrella – sé mi guía,
Fuego fátuo – ó fuego eterno!
A la gloria – ó al infierno,
Tras tu encanto – ciego iré.

Mas qué soplo – fresco, suave,
La arboleda – ha extremecido,
Y perturba – con su ruido
La quietud – de este lugar?
En las ramas – canta el ave,
Tras la cúspide – del monte
Se ilumina – el horizonte
Con creciente – claridad.

Es el sol – el cielo inflama,
Y á brillar – su luz triunfante,
Se disipa – en un instante
La fantástica – vision.
¿Qué te has hecho – falsa llama
Que halagaste – mi delirio...?
La verdad – es un martirio
Si así mata – la ilusion!

ZAMBRANA.—Ramon de Palma es el poeta siempre inspirado que sacude el blando yugo de la imitacion á que quiso sujetarse en sus primeros arranques, y se lanza libre por la region encantada de la poesía, ya valeroso y audaz como el águila; ya lento y hasta perezoso en su vuelo, pero á bastante altura para no tocar con la tierra, como verdadera ave de paso; ya girando alucinado al alcance de algun pensamiento trivial como el pájaro doméstico al derredor de un árbol silvestre, cuyas marchitas hojas parecen flores. Siempre inspirado, porque hasta en sus más pueriles cantos se descubre el estro, la *vis* poética, siendo en ellos notables así mismo el sentimiento y la correccion, prendas preciosas, inestimables, que por sí solas darian larga vida á los versos de Palma, si ya no le asegurasen perpétua fama y prestigio, el entusiasmo y hasta el fuego que respiran.—*Obras literarias, filosóficas y científicas.*—Habana.—1858.—Pág. 130–131.

FORNARIS Y LUACES.—La entonacion de Palma no llega al arrebato lírico de la oda de los preceptistas; pero grave y sostenida en los asuntos elevados rara vez decae, venciendo con arte las dificultades que presentan al poeta los escollos de la metrificacion y de la rima. En asuntos más tiernos, la blandura y la flexibilidad del verso, expresan con verdad sencilla el sentimiento del poeta y hacen de sus poesías lijeras, un ramillete de suaves olores. Distínguese Palma, por la perfeccion del plan de sus composiciones; por su florido estilo, tan delicado y tan escogido que pudiera servir de modelo para la diccion poética, pues nunca desluce el prosaismo los versos de sus estrofas. Esto reunido á la pureza y correccion del lenguaje, hace de las obras de Palma magníficos modelos para el estudio de los principiantes. A pesar de las buenas dotes que hemos recomendado en Palma nos atreveríamos á manifestar que alguna vez, aunque rara, se encuentran en sus composiciones versos afeados por lo que los literatos llaman ripios; y hacemos esta observacion como una nueva prueba de lo que deben trabajar los noveles escritores por castigar sus producciones evitando faltas semejantes, supuesto que en Palma, en el correcto Palma, pueden encontrarse.—*Cuba Poética.*—Habana, 1861.—Pág. 76.

SUAREZ Y ROMERO.—Dicen algunos que Palma fué imitador ya de Heredia, ya de Zorrilla, ya de Byron, pero en la variedad de los modelos que se citan, encuentro yo una prueba de que no hay fundamento para acusarlo de falta de originalidad.—Hombres sometidos al influjo de idénticas circunstancias, no es extraño que sientan, piensen y se expresen del propio modo y por tanto, aunque en las poesías de Heredia y las de Palma se hallan pasajes parecidos, no puede deducirse de ahí que quisiera nunca el último remedar las composiciones del primero. Sucede tambien que escritores de paises y de épocas diferentes, han sabido concebir iguales pensamientos y enunciarlos en palabras que hasta en la mera ordenacion sintáxica apénas diferian, sin que semejante coincidencia psicológica se haya calificado jamás de imitacion.—Prólogo al tomo I de las obras de Palma. 1861.—Pág. XXIX.

TRADUCCION.

IN MORTE DI NAPOLEONI.

IL CINQUE MAGGIO

ODE.

Ei fu; siccome immobile,
dato il mortal sospiro,
stette la spoglia immemore
orba di tanto spiro;
così percossa, attonita,
la terra al nunzio sta;
Muta pensando all' ultima
ora dell' uom fatale,
nè sa quando una simile
orma di piè mortale
la sua cruenta polvere
a calpestar verrà.

Lui sfolgorante in soglio
vide il mio genio e tacque,
quando con vece assidua
cadde, risorse, e giacque,
di mille voci al sonito
mista la sua non ha:
Vergin di servo encomio
e di codardo oltraggio
sorge or commosso al subito
sparir di tanto raggio,
e scioglie all' urna un cántico
che forse non morrà.

Dall' Alpi alle Piramidi
dal Mansanare al Reno,
di quel securo il fulmine
tenea dietro al baleno
s' oppinò da Scilla al Tanai,
dall' uno all' otro mar.
Fu vera gloria? ai posteri
l' ardua sentenza; nui
chinam la fronte al Massimo
Fattor, che volle in lui
del creator suo spirito
più vasta orma stampar.

La procellosa e trepida
gioja d' un gran disegno,
l' ansia d' un cor, che indocile
serve pensando al regno,
e' giunge, e tiene un premio
ch' era follia sperar,
Tutto ei provò; la gloria
maggior dopo il periglio,
la fuga, e la vittoria,
la reggia, e il triste esiglio,
due volte nella polvere,
due volte su gli altar.

A LA MUERTE DE NAPOLEON.

(EL CINCO DE MAYO.)

ODA.

Murió.—Cual sin el ánimo
grande que le ha regido,
su cuerpo inmóvil quédase
dado el postrer latido;
así la tierra atónita
con la noticia está.
Piensa en las horas últimas
del adalid, y calla,
dudando que en el hórrido
polvo de la batalla,
otro varon tan ínclito
la huella estampe ya.

Enmudecí yo viéndole
en trono refulgente:
cayó, se alzó, y postráronle
luego alternadamente,
y al clamoroso estrépito
nunca me quise unir.
Vírgen de panegírico
y ultraje vergonzoso,
mi voz, hoy que tan súbito
se oculta el astro hermoso
rompe, y quizá mi cántico
eterno ha de vivir.

Del Alpe á las Pirámides,
del Tajo al Rhin, primero
el rayo que el relámpago
lanzaba aquel guerrero,
terror de Scila y Tánais,
y de uno y otro mar.
Si esto fué gloria, dígalo
futura edad: la nuestra
humíllese al Altísimo,
porque tan larga muestra
de su creador espíritu
quiso en el hombre dar.

El zozobroso júbilo
que un gran designio cria,
los indomables ímpetus
de quien reinar ansía,
y obtiene lo que fuérale
vedado imaginar.
Todo lo tuvo: obstáculos
grandes, y grande gloria,
y proscripcion y alcázares,
la fuga y la victoria:
se vió dos veces ídolo,
y dos rodó su altar.

A LA MUERTE DE NAPOLEON.

(EL CINCO DE MAYO.)

ODA.

Murió—cual con el hálito
postrer, sin movimiento
quedó el despojo exánime
falto de tanto aliento,
la tierra herida, atónita,
así al anuncio está.
El fin del sér fatídico
contempla enmudecida;
ni alcanza cuando un héroe
con planta parecida,
su polvo en sangre húmedo
á remover vendrá.

Sobre su trono expléndido
lo ví en silencio un dia:
cuando con cambios rápidos
cayó, se alzó y yacia,
al vocinglero estrépito
no uní mi voz jamás.
Quien no incensó aquel ídolo
ni le insultó cobarde,
se inspira al ver de súbito
que ya su luz no arde,
y entona en su urna un cántico
que eterno sea quizás.

Del Alpe á las Pirámides,
del Rhin al suelo hispano,
el rayo y el relámpago
suspenso de su mano,
tronó de Scila al Tánais,
del uno al otro mar.
Gloria alcanzó? á los pósteros
la árdua sentencia dejo;
la frente postro máximo
poder que un gran reflejo
de su creador espíritu
en él nos quiso dar.

El proceloso y trémulo
gozo de un gran intento
la ánsia de un pecho indómito
que agita el pensamiento
del trono, y pasa el término
que era locura ansiar.
De todo probó; obstáculos
para ensalzar su gloria,
triste destierro, alcázares,
la fuga y la victoria;
dos veces probó el tránsito
del polvo hasta el altar.

Ei si nomò: due secoli,
l' un contro l' altro armato,
sommessi a lui si volsero
come aspettando il fato:
ei fe' silenzio, ed arbitro
s' assise in mezzo a lor;
Ei sparve, e i dì nell' ozio
chiuse in sì breve sponda,
segno d' immensa invidia,
e di pietà profonda,
d' inestinguibil odio,
e d' indomato amor.

Come sul capo al naufrago
l' onda s' avvolve e pesa,
l' onda su cui del misero
alta pur dianzi e tesa
scorrea la vista a scernere
prode remote invan;
Tal su quell' alma il cumulo
delle memorie scese;
oh! quante volte ai posteri
narrar se stesso imprese,
e sulle eterne pagine
cadde la stanca man!

Oh! quante volte al tácito
morir d' un giorno inerte,
chinati i rai fulminei,
le braccia al sen conserte,
stette, e dei dì che furono
l' assalse il sovvenir.
Ei ripensò le mobili
tende, ei percossi valli,
e il lampo dei manipoli,
e l' onda dei cavalli,
e il concitato imperio
e il celere obbedir.

Ahi! forse a tanto strazio
cadde lo spirto anelo;
e disperò; ma valida
venne una man dal cielo,
e in più spirabil aere
pietosa il trasportò;
E l' avviò su i floridi
sentier della speranza,
ai campi eterni, al premio
che i desiderii avanza,
or' è silenzio e tenebre
la gloria che passò.

Bella, immortal, benefica
Fede ai trionfi avvezza,
scrivi ancor questo: allegrati:
che più superba altezza
al disonor del Golgota
giammai non si chinò.
Tu dalle stanche ceneri
sperdi ogni ria parola;
il Dio che aterra e suscita
che affanna e che consola,
sulla deserta coltrice
accanto a lui posò.

A. MANZONI.

Guerra de muerte hacíanse
dos siglos cuando vino,
y á él se volvieron dóciles
como á poder divino:
silencio impuso, y árbitro
sentóse entre los dos.
Y de honda envidia y lástima
objeto en su caida,
de ocio en angosto límite
se consumió su vida,
odio y amor indómitos
siempre llevando en pos.

Como sepulta al náufrago
ola que alzándole ántes,
dejeba que en el piélago
con ojos anhelantes
buscara en vano el mísero
tierra distante de él;
Tal su memoria al héroe
sumia en hondo abismo:
mil veces ¡ay! propúsose
trazar su historia él mismo,
y mil su mano lánguida
cayó sobre el papel.

Y mil y mil al tétrico
fin de enojoso dia,
bajas las ígneas órbitas,
al pecho recogia
los brazos, recordando
su prístino poder;
Y al par las tiendas bélicas,
y valles resonantes,
los brutos lijerísimos,
y aceros centellantes,
y aquel mandar despótico
y el pronto obedecer.

Ay! á tamaña pérdida,
quizá de aliento falto,
desesperó; mas próvida
mano acudió del alto,
y á respirar vivíficas
auras se le llevó.
Donde entre flores tránsito
da fácil la esperanza
al campo en que magnífico
premio el mortal alcanza,
y noche muda tórnase
la gloria que pasó.

Bella, inmortal, benéfica
fé, por do quier triunfante,
de un nuevo timbre alégrate:
Cerviz más arrogante
al deshonor del Gólgota
jamás se doblegó.
Aleja tú del féretro
la detraccion sañuda:
Dios, que alza y postra rígido,
y aflije y presta ayuda,
veló ese hecho fúnebre,
y el alma recibió.

J. E. HARTZEMBUSCH.

La lid dos siglos émulos
parando á su presencia,
sumisos á él volviéronse
como á esperar sentencia:
silencio impuso, y árbitro
sentóse entre los dos.
Luego en tan breve límite
su ociosa vida encierra'...
de inmensa envidia y lástima
por él gimió la tierra,
ódio y amor indómitos
de sí dejando en pos.

Cual pesa sobre el náufrago
la ola relevante
sobre la cual el mísero
alzado en otro instante,
por ver remotas márgenes
en vano se esforzó:
Así á su alma el cúmulo
de las ideas abruma!
A la posteridad propúsose
hablar de sí; y su pluma
sobre la eterna página
sin fuerzas ¡ay! cayó.

Qué veces ¡ay! al tácito
fin de dias inertes,
bajó los ojos fúlgidos,
cruzó los brazos fuertes,
y absorto los dias prófugos
se puso á recorrer:
Y en el campal estrépito
representóse fieles,
de acero los relámpagos,
las filas de corceles,
las concitantes órdenes
y el ráudo obedecer.

Ay! á tan grande pérdida
quizás ya sin aliento
desesperó; mas válida
mano del firmamento,
á más sublime atmósfera
lo trasportó inmortal:
Donde entre flores místicas
da paso la esperanza
á sitios en que el ánima
tanta ventura alcanza,
que allí es silencio lóbrego
la gloria mundanal.

Bella, inmortal, benéfica
¡oh Fé, de triunfo orlada!
de esta victoria apláudete,
que frente más alzada
ante la cruz del Gólgota
jamás se prosternó.
Tú del cansado túmulo
aparta toda ofensa;
el Dios del mundo árbitro
que el bien y el mal dispensa,
sobre el desierto tálamo
al lado de él posó.

José Jacinto Milanés.

Fama muy merecida tiene la bella ciudad de Matanzas de ser la fecunda inspiradora de los primeros poetas que en Cuba se han distinguido, y es título nobilísimo que con satisfaccion recordámos al reseñar la vida de su más preclaro hijo.

Zequeira, Heredia, Del Monte, Plácido, Tolon, Milanés, se presentan siempre á nuestra imaginacion no sabemos por qué misterioso lazo unidos, al acordarnos de Matanzas y al admirar sus poéticos valles, sus rios de floridas riberas y sus gigantes montañas que un dia con el corazon lleno de entusiasmo contemplaron aquellos génios, copiando en imperecederos cantos las bellezas naturales con que plugo á Dios dotar á parte tan principal de nuestra Isla.—Y es maravilla, que siendo Matanzas, como es, la primera ciudad en importancia comercial despues de la Habana, sea allí, donde las agitaciones de la vida mercantil parece que debian influir en lo contrario, el lugar en el cual desde remota fecha han hallado más grata mansion las musas. Considérese efecto de que el bienestar material que las riquezas producen den al hombre en determinados lugares de la tierra mayores medios para recrear su espíritu con la contemplacion del gran cuadro que ante su vista atónita le presenta siempre una naturaleza exhuberante en galas, expléndida en ricos y variados panoramas que revisten cuantas idealidades puede soñar el más privilegiado poeta; considérese fruto de una cultura más delicada y exquisita, es lo indudable, que Matanzas ocupa brillantes páginas en nuestra historia literaria, y que al renombre que le dan portentos de belleza como el sin igual valle del Yumurí, los prodigios de Bellamar, la magestad de sus famosas montañas, el tranquilo Canimar y el San Juan y el Yumurí, que hacen que haya sido comparada á la histórica Venecia, su riqueza en fin, todo en armonioso conjunto, hay que reconocer tambien para ella el alto timbre de que se enorgullece, la nombradia de haber abrigado á los primeros génios poéticos de Cuba que tal parece pedian á su cielo, luz para la inteligencia, y á sus bellezas inspiracion para sus aplaudidos cantos.

Allí nació el 16 de Agosto de 1814, D. José Jacinto Milanés.

Fué su padre, D. Alvaro Milanés, empleado de Real Hacienda, y su madre la Sra. Dª Rita de Fuentes.

Asistió en Matanzas á una escuela de primeras letras, tan humilde como todas las de su tiempo en la Isla, apoderándose de él desde muy temprano la pasion de los libros, consagrado todos sus ócios á la lectura, en una edad en que contados son los que á tan fecunda labor se dedican.

De alma bella, de sentimientos delicados, gérmen sin duda de la desgracia que malogró su preciosa vida, Milanés nació poeta, y se demuestra hasta en sus inclinaciones y gustos de adolescente. La soledad, la meditacion, el estudio, los dolores de la humanidad, el perfeccionamiento moral de la sociedad en que vivia, ahí está toda la vida de Milanés.

Niño todavía, nos refiere su hermano, que al regalarle su padre el *Tesoro del Parnaso Español* de Quintana, lo recibió con lágrimas de alegría; niño todavía, gustaba recrearse en nuestro teatro antiguo y saborear los versos de Lope de Vega y Calderon.

Estas aficiones, claro demuestran las especiales aptitudes con que venia á entrar en las amargas luchas del mundo el tierno cantor, que como en otro lugar demostraremos, dedicó todos los esfuerzos de su breve vida á dar á la poesía un fin moral, de que carecia hasta él en Cuba.

Su pasion por el estudio, el ánsia de saber que en él crecia á medida de los años, no tenía límites: «no cumplidos los doce años, ya saboreaba en su gracia nativa las »entretenidas ficciones del Ariosto: ya traducia del francés en estilo sencillo y fácil, »algunas de las inocentes imitaciones que Berquin habia introducido de la Alemania. »Esto lo conseguia Milanés sin más auxilio que el de algun tratado elemental alcan»zado á fuerza de empeño, cuando no le socorrian las escasas lecciones del profesor »de idioma, cuya vida, por entre pueblos aún dados á economizar la educacion, tenia »que ser algo nómade y trashumante. En vano, pues, como para demostrar su dispo»sicion á la carrera literaria, fueron tales sus progresos en la lengua latina, de que »daba lecciones en un departamento de la misma escuela, subvencionado por el mu»nicipio el humanista Guerra Betancourt, que éste, cada vez que se ausentaba de la »ciudad dejaba á Milanés hecho cargo de la direccion de su clase (1).»

Hijo de un honrado empleado, carecia de los recursos que en aquellos tiempos como en estos son tan indispensables para poder seguir en Cuba una carrera literaria, y así el poeta, con todas las ilusiones de su alma candorosa, tuvo que dedicarse á trabajos de índole bien opuesta á sus inclinaciones. Empezó muy jóven á trabajar en oficinas de comercio, primero en su ciudad natal, despues en esta, donde permaneció hasta el año de 1833, que regresando á Matanzas se produjo el cambio en su vida que anunció al poeta. No habia descuidado Milanés sus estudios en los tristes y afanosos dias empleados en las tareas mercantiles: entusiasta, sin desmayar, supo sostener en medio de rudas contrariedades la noble dignidad de su alma que alimentaba un tesoro de amor al bien de que pocos hombres han podido dar al mundo con vida tan breve cual fué la suya, tan expléndidas muestras. El análisis de sus poesías es demostracion palmaria de nuestro aserto.

Al volver Milanés á Matanzas, tuvo la suerte de conocer al ilustre D. Domingo Del Monte, cuyo nombre va unido al de nuestros más célebres poetas. La influencia de Del Monte en las producciones de Milanés, es un estudio importante que no podemos ahora acometer Cierto es que Milanés ántes de estrechar amistad con Del Monte, por esa série de trabajos interiores que regularmente todos hacemos cuando á las especulaciones intelectuales nos dedicamos, tenía ya formado su génio poético y el carácter original con que habia de distinguirse; pero es por otra parte innegable que los atinados consejos de aquel fueron los que fijaron á Milanés en la forma verdaderamente nueva, filosófico-moral, que habian de revestir sus cantos.

Hábilmente preparado con el constante estudio de los clásicos españoles, esos eternos modelos para cuantos hayan de expresar sus ideas en nuestro rico idioma, Milanés pudo con facilidad y acierto desarrollar el vasto plan que se proponia en variedad de tonos y con una riqueza tal que no ha tenido imitadores.

Los primeros versos de Milanés los publicaron Palma y Echeverria (1837) en el *Aguinaldo Habanero;* «Cita nocturna», pág. 39; «La Madrugada», pág. 137: «Requies-

(1) Obras de D. José Jacinto Milanés.—Publicadas por su hermano.—Segunda edicion, corregida, aumentada y precedida de un nuevo prólogo del editor, sobre la vida y escritos del poeta — Nueva York: Juan F. Trow y Compañía.—1865.—Prólogo, pág. IX.

cat in pace», pág. 147. En *El Album* de Ramon de Palma, se hallan sus poesías «A Laura» (tomo VI, Octubre 1838); «El Beso» (tomo X, 1833); «A una Coqueta» y «El Mendigo» (tomo XI); «La Ramera» (tomo XII).

En *El Plantel* de los citados Palma y Echeverria (1838) en la página 80, se lee de Milanés un artículo en prosa *Del Drama Moderno*. Tambien en el mismo periódico se publicó su poesía «El Expósito». *La Cartera Cubana* de D. Vicente Antonio de Castro, en el tomo tercero, cuaderno de Julio de 1839 (pág. 54) dió á conocer su poesía «El hijo de un rico», que despues en la coleccion de sus obras se ha titulado «El hijo del Rico».

La Madrugada, «inspiracion felicísima de las explendentes armonías del mundo terrestre, en contraste con la aspiracion tierna de un alma anhelosa, cántico del corazon ingénuo, al rodearse del ritmo de amor que une visiblemente á todos los séres, —venía á ser en algun modo como la manifestacion simbólica de un nuevo amanecer á nuestra poesía, que despertaba el interés de cuantos la escuchaban, para conocer á su misterioso iniciador (1)». Fué escrita esta composicion en 1836, y críticos tan reputados como el Sr. D. Manuel Cañete, la juzgan de mérito por su ingenuidad, sencillez y ternura y por su encantadora suavidad melancólica (2).

El Beso, composicion que ha sido llamada *bellísima perla literaria*, en 1837 (3). La popular cancion *La fuga de la tórtola*, en 1840; la delicada poesía *Su alma* en 1841; *De codos en el puente*, composicion que publicó en 1842 en *El Yumuri*, inspiró á D. Anselmo Suarez y Romero una excelente carta crítica á D. José Zacarías Gonzalez del Valle, en la cual juzga los acordes de la lira que producia tan armoniosos sones «bañados de una suavísima melodía que viene á herir directamente el alma, melodía donde se escucha, no la voz atristadora del poeta que cuando mira el llanto de la desgracia no sabe más que prorumpir en lamentos, sino la voz esforzada y varonil que describe concienzudamente las causas del mal para disculpar despues los sollozos (4)».

Segun un extenso juicio crítico de las obras de Milanés que publicó en *El Prisma* el año de 1846, el Sr. D. José Zacarías Gonzalez del Valle, estando en Madrid este literato en 1842, recitó al ilustre poeta D. Juan Eugenio Hartzembusch algunas composiciones del bardo matancero, las cuales celebró con entusiasmo.

Las tareas literarias de Milanés, se encierran en un período de siete años: 1836–1843. En esta última fecha empezó á padecer graves afecciones que no pudieron hallar alivio y enmudeció para siempre, oscureciendo su brillante inteligencia, luz de Dios, segun Zenea, la más terrible de las desgracias que pueden afligir al hombre: la demencia!

Cuando el bardo hubiera podido desarrollar su talento y reformar tantas de sus composiciones, las más fruto de su juventud, el infortunio le priva de sus facultades para conllevar el martirio de veinte años de sufrimientos físicos, cuya sola evocacion arranca suspiros de dolor á la memoria del desgraciado poeta.

En 1846 se empezó la publicacion de sus obras, en tres tomos, que creemos se terminó en 1847. La acogida que el público hizo á la primera edicion de las producciones del desventurado Milanés no ha tenido igual en Cuba. Poseer un ejemplar de ella es un tesoro para los bibliógrafos. Numerosos juicios críticos obtuvo de celebri-

---

(1) Prólogo de la edicion citada, escrito por D. Federico Milanés.—Pág. XXVI.

(2) «Gerónimo el honrado», novela original de D. Ramon Piña. Precede á esta segunda edicion corregida, un prólogo de D. Manuel Cañete, individuo de número de la Real Academia española.—Madrid. 1859.—Prólogo, pág. VI.

Poesías de D. Rafael Mendive, precedidas de un prólogo de D. Manuel Cañete de la Academia Española.—Madrid, 1860.—Prólogo. pág. XV.

(3) «El Fígaro»—Periódico satírico, económico y literario.—Habana, Diciembre 2 de 1866.—Año I, nº 5.—La decadencia de un poeta, II, pág. 3, artículos críticos firmado por *Almaviva*, (don Francisco Sellen).

(4) Coleccion de artículos.—Crítica, pág. 112.

dades literarias, y en Europa y América se reconocieron los méritos del poeta, cuya desgracia le atraia dobles simpatías (1).

En la página XLIII del prólogo de la edicion americana de 1865, leemos que el *pensamiento generoso del hijo de un estimable patricio español*, cuyo nombre sentimos no conocer, decidió á Milanés á mediados del año de 1848 á emprender un viaje á los Estados Unidos del Norte América y algunos lugares de Europa, de donde regreso sin resultado favorable para sus males á fines de 1849.

El estado del poeta desde entonces hasta su muerte nos lo describe así D. Federico Milanés, su hermano: «Las fortunas prosperas ó adversas de su patria, siempre le interesaron. Siempre que un conocido de tiempos mejores venía á estrechar su mano, hallaba el premio en la sonrisa del poeta. Siempre que la no reservada voz de la prensa le hacía encontrar uno de esos frios anuncios que dejan en el corazon el fúnebre hueco de alguna pasada amistad, se entristecia profundamente. Así, al entrar en el templo; al concurrir en festiva noche á una plaza llena de luces, música y flores; al extasiarse en tardes serenas, sentado sobre una roca de *Bellamar*, dando la vista á un inmenso horizonte, dejando de advertir que la simpatía popular se detenia á mirarle; siempre creyéndose desapercibido en el mundo,—principal amor de sus gustos modestos;—cada dia más quebrantada la fuerza viril de su naturaleza con largas abstinencias de cuanto puede halagar los sentidos, pareció agravarse al principiar el otoño de 1863.»

Llegó así el 14 de Noviembre del citado año, y á la una del dia entregaba su alma noble y candorosa al Criador.

La noticia fatal, aunque ya esperada, conmovió á cuantos no sólo por sus títulos literarios sino por su desgracia, veneraban al cantor de la virtud y de la inocencia. Fué la ceremonia de su entierro la más solemne que ha visto la rica ciudad de los dos rios. El Liceo dispuso lo más conveniente para aquel acto, cuya minuciosa descripcion debemos al distinguido literato Sr. D. Ildefonso de Estrada y Zenea (2), y de la cual tomamos los siguientes párrafos:

«El cortejo fúnebre se puso en marcha, siendo este el órden observado: Salió de la casa el féretro en hombros de los Señores de la Junta Directiva D. R. Otero, don S. de la Huerta, D. José Mª Martinez y D. Manuel P. Pié, llevando las borlas los cuatro amigos y condiscípulos del finado, Sres. D. Pedro H. Morejon, D. Benigno Gener, D. Pio Campuzano y D. Eusebio Guiteras.

»Llegados á la esquina de la calle del Ayuntamiento, tomaron el féretro en hombros cuatro sócios de mérito del Liceo, los Sres. D. Emilio Blanchet, D. Gonzalo Acosta, D. Ignacio Acosta y D. Ildefonso de Estrada y Zenea, y las borlas cuatro señores de la Directiva, D. Rafael Otero, D. Demetrio Lopez, D. Bonifacio Carbonell y D. Ramon Menendez. En la esquina de la calle de Santa Teresa, le tomaron los señores de la Seccion de Literatura, D. José Mª Casal, D. Francisco Galan, D. Ramon

---

(1) Hé aquí lo que decia el *Faro Industrial de la Habana*, de 21 de Enero de 1848, año VIII número 18:

«Hemos visto una carta de Madrid, recibida por el último correo, en la que se dice que los tres tomos impresos ya de las obras del Sr. Milanés, el poeta matancero, han sido en la Península muy bien recibidos, y que han obtenido grandes elogios de los primeros literatos, uno de los cuales se ocupará muy en breve de un estenso juicio crítico de ellas, con objeto de hacer más conocido en España á un jóven de quien se ha ocupado ya favorablemente la prensa extranjera, y de quien han traducido ya várias composiciones, entre ellas el drama del «Conde Alarcos», al aleman.

»El favorable juicio que era de esperarse hiciesen en la Península literatos *de nombre y de saber*, lo vemos no sólo en la carta á que aludimos, sino igualmente en la prensa periódica: con el mayor placer, y para corroborar nuestro aserto tomamos del *Clamor Público* del 18 de Noviembre próximo pasado el párrafo siguiente:

»Mencionaremos como produccion muy notable y que honraria á la prensa misma madrileña el tercer tomo de las obras de D. José Jacinto Milanés. Comprende el bellísimo drama del *Conde Alarcos*, ya de ántes conocido en las tablas y en la imprenta; y dos dramas más, en que campea el gusto de este nuevo Alarcon americano. Quizás en otro artículo demos á conocer más estensamente las obras de este poeta. Baste decir que él forma con Heredia y la señora Avellaneda, la brillante pléyade de la poesía cubana.»

(2) Publicada en la *Aurora del Yumurí*.—Mártes 17 de Noviembre de 1863.

de Llanos y D. Mariano del Portillo; las borlas otros cuatro señores de la misma, D. Emilio Blanchet, D. Ignacio Acosta, D. Gonzalo Acosta y D. Ildefonso de Estrada y Zenea; en la calle de Zaragoza, los señores de la Seccion Literaria D. Sebastian Alfredo Morales, D. Bernabé Maydagan, D. José Delmonte y D. Gabriel Touceda, y las borlas los anteriores señores D. José Mª Casal, D. Francisco Galan, D. Mariano del Portillo y D. Ramon Llanos. En la calle de Manzaneda, los señores de la Seccion Dramática del Liceo D. Andrés Hurtado de Mendoza, D. José Curbelo, D. Francisco Coronado y Delicado y D. José Morejon, llevando las borlas los que anteriormente el féretro. Esquina del Dos de Mayo, los señores de la Seccion Lírica D. Domingo Verdonces, D. Justo Diez, D. Adolfo Diez y D. Alejandro Odero, y las borlas, los señores que llevaban el féretro. En la esquina de América, le tomaron en representacion del periodismo matancero, los Sres. D. Francisco Javier de la Cruz, D. Adalio Scola, D. Gonzalo Peoli y D. Ricardo I. Cay y las borlas, les señores que antes el féretro. Llegados á la octava esquina, le tomaron en representacion del profesorado, los Sres. D. José Mª de Zayas, D. Antonio Guiteras, D. Mariano Dumas Chancel y D. Fernando Dominguez, y las borlas, los señores anteriores. En la novena esquina nuevos señores de várias secciones, D. Florencio Lopez, D. Bernabé de la Torre, don Antonio y D. Mariano Lima, y las borlas, los señores anteriores. En la esquina décima, nuevos señores del profesorado y secciones, D. Federico Huertas, D. Cárlos Estrada y Zenea, D. Nestor Moinelo y D. Juan F. Sanchez, y las borlas, los anteriores. Inmediatamente despues del féretro iba una comision compuesta de tres individuos de la Seccion de Literatura llevando sobre un pequeño cojin de terciopelo negro las obras del poeta atadas con un crespó y sobrepuestas por una corona de siemprevivas, y pendiente por cada lado del cojin una cinta blanca con este lema: «Obras literarias de José Jacinto Milanés», cuyas cintas llevaban dos sócios de mérito, los cuales sustentaban al par, el de la derecha, una pluma blanca, símbolo de la pureza con que siempre escribió el poeta, y el de la izquierda una página con este pensamiento casto y virtuoso, tomado de una de sus más conocidas composiciones, y que revela toda la religiosidad y nobles sentimientos que abrigaba el alma del vate:

.....

Así pensé, y fuíme en paz,
Dejándola intacta y pura,
Y lágrima de ternura
Bañó mi faz!»

Agregaremos que en el acompañamiento se veian miembros de la Academia de Ciencias de la Habana, la Seccion Literaria del Liceo, Comisiones del periodismo habanero, el Periodismo de Matanzas, el Profesorado, la Seccion Dramática del Liceo, la Seccion Lírica del mismo, la Comision Local de Instruccion Primaria, la Directiva del teatro Estéban, la del Casino, la oficialidad del Regimiento de Nápoles, los Profesores de varios colegios con sus alumnos y otras corporaciones seguidas de numeroso pueblo que formando inmenso séquito acompañó el cadáver del poeta hasta su última morada.

»Descubiertos los señores del acompañamiento, descubríanse todos los grupos que en la esquinas se habian estacionado para ver atravesar la fúnebre comitiva, é iba agregándose la muchedumbre hasta llegar en crecido número al Cementerio, donde pudiera decirse que el pueblo en masa esperaba el cadáver del poeta para derramar una lágrima en su tumba y darle el último *Adios*.

»El imponente pavoroso silencio de las tumbas se hizo sentir desde que salió el cadáver de la casa mortuoria, pues nadie osaba proferir una palabra: tal era el profundo sentimiento que á todos embargaba! De más de una casa, á tiempo de pasar el cadáver, salieron niñas arrojando flores, para que por sobre ellas pasase el cuerpo inanimado en que se encerró el alma del que dejaba en la tierra el perfume de las flores de la inteligencia».

»Llegada la comitiva al Cementerio, el Sr. D. Ramon Zambrana, en breves, oportunas y elocuentes palabras, dió á Matanzas el más sincero pésame en nombre de la juventud y de las letras cubanas por la pérdida que acababan de experimentar.

»Los restos de Milanés, encerrados en un rico sarcófago de palo de rosa con tornillos de plata, se colocaron en la bóveda de los Señores de Jimeno, y tomando el Sr. Blanchet la corona que sobre el mismo colocára, la entregó solemnemente al señor D. José M. de Jimeno para que de tan preciosa reliquia fuese depositario.»

El Dr. D. Ramon Zambrana dijo ante los restos del poeta: «La muerte de Milanés no ha sido un tránsito amargo, sino el triunfo de su espíritu. Este ha ido á abismarse en el seno del Eterno..... el vaso se ha roto y el perfume se ha escapado. El espíritu de Milanés ha volado al Infinito que ya conocia cuando en sus grandiosas inspiraciones por él se espaciaba: ha ido á tomar posesion de su legítimo domicilio (1).»

En los momentos que escribimos (Julio de 1880), se trata de levantar una estátua al autor del *Conde Alárcos*, en el Cementerio de Matanzas.

La segunda edicion de las obras de Milanés hecha en Nueva York, y que hemos citado, contiene sesenta y siete poesías líricas, siete glosas cubanas, trece composiciones recogidas con el nombre de *Cancionero de Tristan de Morales* y que son ensayos de escaso merito de los primeros años de su juventud; las leyendas, *El Negro alzado*, *La promesa del Bandido*, *Rodolfo y Clotilde*, *Vengar el honor sin sangre* y *Desengaños de amor;* el drama caballeresco *El Conde Alárcos*, que fué por primera vez impreso en la imprenta del Gobierno de esta Capital, en 1838, dedicado á D. Domingo Del Monte; el segundo *Un poeta en la Córte;* el precioso proverbio dramático *A buena hambre no hay pan duro*, cuyo principal protagonista es Cervántes; la comedia *Por el puente ó por el rio*, que no terminó y que prueba hasta la evidencia el amor que constantemente tuvo el poeta al prodigioso Lope de Vega; el juguete cómico de costumbres cubanas *Ojo á la Finca;* siete artículos vários de literatura, y por último los doce cuadros que encierra *El Miron Cubano*, que D. Enrique Piñeyro juzga de *desesperante medianía* (2) y D. Pedro Antonio Alfonso *obra de mérito* (3).

Con la detencion que merece génio tan digno de estudio, dejamos en la introduccion hecho el juicio que Milanés nos ha inspirado y que nos ha complacido ver tambien con algunos puntos de semejanza con nuestro parecer en el de persona de tan reconocidos méritos literarios como el Sr. D. Jesús Benigno Galvez, al decir:

«Incúlpase á Milanés de haber sido doctrinario por sistema, de haber aspirado en sus composiciones á un centro fijo de utilidad moral, y á esta circunstancia se atribuye su pretendida expontaneidad. Pero las obras de Milanés están ahí para demostrarnos que aquella noble aspiracion no era el resultado de un doctrinarismo sistemático, sino una consecuencia legítima de la elevacion de su carácter, de la pureza de su alma, de la bondad de su corazon. Milanés, por una tendencia irresistible, se veia impulsado á cantar los males de la sociedad; no escribia, como se afirma sin probarlo, escogiendo de antemano sus asuntos y sometiéndolos préviamente al exámen y la reflexion: sus obras están ahí para revelarnos hasta qué punto se despertaba su imaginacion y se avivaba su entusiasmo, cuando la contemplacion de las llagas sociales venia á excitar las fibras de su delicada organizacion, de su exquisita sensibilidad (4).»

---

(1) Interesantes datos acerca de la muerte de Milanés, tiene el siguiente libro: «Flores del Alma».—Consagradas á la memoria del nunca bien llorado poeta matancero José Jacinto Milanés, por Lorenzo Lopez Muñiz.—Habana.—Imprenta y Librería «El Iris».—1865.

(2) En sus dos artículos publicados en la *Revista del Pueblo* y que reprodujo *El Siglo* en 24 de Agosto de 1866.

(3) Apuntes para la historia de la Isla de Cuba con relacion á la ciudad de San Cárlos y San Severino de Matanzas.—Matanzas 1854. Pág. 229.

(4) El Liceo de la Habana.—Periódico de Literatura, Ciencias y Bellas Artes.—(Oficial del Instituto de su nombre). Director: D. Jesús Benigno Galvez. 8ª série.—Núm. 6.—Setiembre 1º de 1866, pág. 45.

LA FUGA DE LA TORTOLA.

CANCION.

Tórtola mia! Sin estar presa
Hecha á mi cama y hecha á mi mesa,
A un beso ahora y otro despues,
¿Por qué te has ido? ¿Qué fuga es esa,
Cimarronzuela de rojos piés?
¿Ver hojas verdes sólo te incita?
¿El fresco arroyo tu pico invita?
¿Te llama el aire que susurró?—
¡Ay! de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

Oye mi ruego, que el miedo exhala.
¿De qué te sirve batir el ala,
Si te amenazan con muerte igual
La astuta liga, la ardiente bala,
Y el cauto *jubo del manigual?*

Pero ¡ay! Tu fuga ya me acredita
Que ansías ser libre, pasion bendita
Que aunque la lloro la apruebo yo.—
¡Ay! de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

Si ya no vuelves, ¿á quién confío
Mi amor oculto, mi desvarío,
Mis ilusiones que vierten miel,
Cuando me quede mirando al rio,
Y á la alta luna que brilla en él?
Inconsolable, triste y marchita,
Me iré muriendo, pues en mi cuita
Mi confidenta me abandonó.—
¡Ay! de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

EL BESO.

De noche en fresco jardin
Sentado estaba á par de ella·
Yo jóven: jóven y bella
Mi serafin.

Hablábamos del negror
Del cielo, augusto y sin brillo,
Del regalado airecillo
Y del amor.

Hablábamos del lugar
En que primero nos vimos:
Y sin querer nos pusimos
A suspirar.

A suspirar y á sentir
Gozo al volver á juntarnos·
A suspirar y á mirarnos,
Y á sonreir.

Porque amor casto entre dos
Es colmo de las venturas,
Y unirse dos almas puras
Es ver á Dios.

Una mano la pedí,
Porque en sus lánguidos ojos
Y en medio á sus labios rojos
Brillaba el *sí*.

Ella, al oirme, tembló,
Y en mí largo tiempo fijo
Su dulce mirar, me dijo
Tímida: *no*.

Pero era un *no* cuyo son
Pone al corazon risueño:
Un *no* celeste, halagüeño,
Sin negacion.

Por eso yo la cojí
La mano, y con loco exceso
A imprimir sobre ella un beso
Me resolví.

Beso que en mi alma crié
En sueños de gloria y calma,
Y que por joya del alma
Siempre guardé.

Puro como el arrebol
Que orna una tarde de Mayo
Y ardiente como es el rayo
Del mismo sol.

Pero al besarla sentí
Mi labio sin movimiento,
Porque un negro pensamiento
Me asaltó allí.

¿Quién sabe si el vivo ardor
De mi boca osada, ansiosa,
No iba á secar ya la rosa
De su pudor?

¿Quién sabe si tras mi fiel
Beso, otro labio vendria
Que ambicioso borraria
Las huellas de él?

¿Quién sabe si iba el desliz
De mi labio torpe, insano,
A volver su mano, mano
De meretriz?

Mano asquerosa, infernal
Para el alma del poeta:
Que sufre el beso y aprieta
El vil metal.

Así pensé... y fuíme en paz,
Dejándola intacta y pura:
Y lágrima de dulzura
Bañó mi faz.

SU ALMA.

Yo podré, cuando á mi anhelo
Noble inspiracion socorra,
Hacer un verso que corra
Manso como un arroyuelo.
Puedo en él pintar un cielo
Azul, un lago tranquilo,
Una selva, fresco asilo
De pajarillos cantores,
Sembrando en todo las flores
Expléndidas del estilo.

Podré, con arte sutil,
Pintar en vago horizonte
Doble contorneado monte
Como un seno femenil:
Un alba dulce de Abril
En que parezca brillar
El aire, una ronca mar
Que en corvas ondas se mece,
Y otras cosas que parece
Que no se pueden pintar.

Pero la cosa que ignoro
Poder pintar como es ella
Es el alma pura y bella
De la hermosura que adoro.
Como es tanto su decoro,
Su compasion, su ternura,
A veces se me figura
Que un ángel debe de ser
Que ha bajado á ser mujer
Por consolar mi amargura.

Oh mi amor! Deja á un artista
Que con el reflejo grave
De tu alma casta y suáve
Su pobre cántico vista.
Deja que al mundo egoista
Pinte con libre pincel
Tu alma candorosa y fiel:
Deja que cantando así
Él no se olvide de tí,
Ni yo me acuerde de él.

En otro tiempo, con frente
En que el pesar se grababa,
Yo por el mundo cruzaba
Transeunte indiferente.
Un desengaño inclemente
Hirió como daga aguda
Mi alma indefensa y desnuda;
Y reprimiendo el dolor
Iba buscando el amor
Impelido por la duda.

Ví dulces y hermosos séres;
Y cuando con castos fines
Buscábalos serafines
Los encontraba mujeres.
Sólo hallé sed de placeres
Vanidad, ternura incasta.
Nada del amor que gasta
El corazon en que nace,
Que en sí mismo se complace
Y que á sí mismo se basta.

Y cuando el alma burlada
Dijo, con honda amargura
Al amor:—tú eres locura,
Y á la ilusion:—tú eres nada;
Llegaste tú, mi adorada,
Y cerrando al fin mi herida
Te dije, dando salida
Al desengaño pasado:—
Tú eres mi amor ignorado!
Tú eres mi ilusion perdida!

Desde entonces, prenda mia,
La fé que me abandonaba,
Como fugitiva esclava
Al pensamiento volvia:
Desde aquel próspero dia,
Muerta mi antigua tristeza,
Pedí amor, pedí belleza
A Dios, poeta grandioso,
En ese poema hermoso
Que llaman naturaleza.

Y vi que el alma sañuda
Que asida de su dolor
Deja el jardin del amor
Por el yermo de la duda.
Es sobremanera ruda;
Por donde se puede ver
Que siempre hay en la mujer
Algo puro de los cielos:
Que son hermanos gemelos
Sentir, amar y creer.

Oh! cuando mi vista vaga
Por todo el cuerpo social,
Y encuentro en él, por mi mal,
Alguna asquerosa llaga:
Cuando no hay quien me deshaga
Ni me arranque aquel pesar
De ver la llaga durar,
Mancha negra en lino fino,
Que primero rasga el lino
Que se consiga lavar:

Y lanzándome el dolor
De uno en otro devaneo,
En mis adentros no creo.
Sino sólo lo peor:
¿Quién en mi negro interior
Vierte luz consoladora,
Sino tú, mi dulce aurora?
¿Quién me enseña que es felice
Más que el rencor que maldice
La resignacion que llora?

Pero es menester oir
Su voz, agélico sér,
Con tan dulce reprender
Que parece sonreir.
Es necesario sentir,
¡Oh hermosa como ninguna!
Cuanta languidez reuna
Tu mirar puro y sencillo,
En donde hay algo del brillo
Misterioso de la luna.

Ay! En aquellos momentos
En que conversando á solas
Nos van llevando las olas
De los vagos pensamientos.
Colmado de sentimientos
Pedí á Dios, meditabundo,
Que me llevase á otro mundo
Más venturoso y mejor,
En donde fuese el amor
Más cándido y más profundo.

Mas ya que vivir en éste
Me impone Dios, le bendigo,
Porque al fin vivir contigo
Ha sido bondad celeste.
¿Qué me importa que denueste
Mi ideal filosofía
Una mordaz ironía,
Si hallo, contra este rigor,
Mi gloria que es hoy tu amor
Tu amor, que es mi poesía?

Verdad es que á veces pienso
(Y esta es mi angustia mayor!)
Que aunque te debo un amor
Siempre firme y siempre inmenso,
No juzgarás tan intenso
El mio, y que de esto infieres
Que somos ingratos séres,
Si es así como nos nombres,
Nosotros los tristes hombres
Con vosotras las mujeres.

Pero esto nace, bien mio,
No de que es mi amor menor,
Que mudo es profundo amor
Cual mudo es profundo un rio;
Nace de que mi albedrío
Teme entrar en la mar honda
De amor, y que ella me esconda
Tanto, que náuta inexperto,
Me encuentre lejos del puerto
Sin vela, timon ni sonda.

Porque ese amor, frenesí
Que las entrañas devora,
Hoguera atormentadora
Que rompe fuera de sí,
No es amor digno de tí,
Ni digno de mi laud;
Sino el que es placer, salud,
Paz, esperanza, consuelo,
Apacible como el cielo,
Dulce como la virtud.

Amor que no arruga cejas
Ni deja crecer desvelos,
Sembrado de bellos celos
Y de enamoradas quejas.
Rico de memorias viejas,
Que las guarda una por una:
Que rie al ver una cuna,
Que al ver una tumba llora,
Adorador de la aurora,
Bendecidor de la luna.

Que encuentra más poesía,
Más placer y más beldad
Al campo que á la ciudad,
Y á la tiniebla que al dia.
Que ama la melancolía
Sin ir tras la soledad:
Que estima la sociedad
Detestando su egoismo:
Que va tras del heroismo
Y no tras la vanidad.

Amor que vá á la conquista
De lo grande y verdadero,
Torciendo el rostro al dinero
Y volviéndolo al artista:
Que vé en el mundo una lista
De goces castos y buenos
Que de vil codicia llenos
Los más se dejan atrás;
Y en vano buscan los más
El bien que gozan los ménos.

Este misterioso amor,
Todo dulzura y paciencia,
Que es hijo de la inocencia,
Y es hermano del pudor,
El mundo escarnecedor
Sueño, mi bien, lo apellida,
Lo mofa y lo dilapida;
Pero bien sabes, mi encanto,
Que más vale el lloro santo
Que la risa descreida.

Quien busca amor y belleza
No hay que le aflija ni asombre,
Pues cuando le cansa el hombre
Halla la naturaleza.
El que con bestial pereza
Levanta un ara dorada
A su codicia malvada,
¿Qué espera del egoismo?
Tras el fastidio, el abismo
De la inexplicable nada.

LA MADRUGADA.

Necio y digno de mil quejas
El que ronca sin decoro,
Cuando el sol con rayo de oro
Dá en las domésticas tejas.

¿Puede haber cosa más bella
Que de la arrugada cama
Saltar, y en la fresca grama
Del campo estampar la huella?

Campo digo; porque pierde
La mañana su sonrisa,
En no habiendo agreste brisa,
Mucho azul y mucho verde.

No hay que gozarla en ciudad.
En todo horizonte urbano
Se estaciona de antemano
Triste vaporosidad.

Luego ved tanto edificio
Alto, sério... Angustia dan
El alba, el sol allí están
Como sacados de quicio.

No: yo he de andar á mis anchas
Una campiña florida,
Por ver del alba querida
La faz vírgen y sin manchas:

Verla en oriente lucir
Diáfana, rosada, bella
Como una casta doncella
Que enamora al sonreir.

Yo no sé como hay cabeza
Tan interesada y fria,
Que no ame, al rayar el dia,
La hermosa naturaleza.

Vedla rejuvenecerse,
Vedla rodar con el rio,
Brillar pura en el rocío,
Con los árboles mecerse;

Arrastrada en el reptil,
Fiera y alzada en el bruto,
Dulce en el colgado fruto,
Risueña en la flor gentil.

¡Oh Dios!... allá en mis niñeces,
Antes de brotarme el bozo,
¡Con qué sencillo alborozo
Vine á ver esto mil veces!

Ya una errante mariposa
Con su matiz me atraia;
Ya olvidado me ponia
A contemplar una rosa.

Siempre alegre, ya se vé:
Nunca entonces cavilaba,
Ni mis cejas arrugaba
Algun triste no sé qué.

Despues, como entré en más años
Y como ví una hermosura,
Tuve por triste locura,
Ver sol, montes y rebaños.

¡Qué ingrato fuí!—Pero bien
Se vengó Naturaleza:
Aquella ingrata belleza
Olvidóme con desden.

Vertí un mar de llanto: el alma
No se me hallaba sin ella...
Al fin una amiga estrella
Dolióse y me puso en calma.

¡Oh, qué dolor tan agudo
Es olvidar!... Pero al cabo,
Rotos los grillos de esclavo
Curóme el médico mudo:

El tiempo, el tiempo veloz,
Que tiñe nuestras cabezas
De blanco, y tantas bellezas
Deja sin luz y sin voz.

De entonces acá me place
Ver la escena matutina
Segunda vez:—medicina
Celestial que me rehace.

Con todo, mis cicatrices
Se ensangrientan y suspiro
En donde quiera que miro
Dos amadores felices.

Y áun con ménos ocasion:—
Si oigo el susurrar alterno
De dos palomas, en lo interno
Se me angustia el corazon.

Si en un ramo miro á solas
Dos aves cantar querellas,
Si relucir dos estrellas,
Si rodar dos mansas olas,

Si dos nubes enlazarse
Y por el éter perderse;
Si dos sendas una hacerse,
Si dos montes contemplarse;

Me paro, y con ansiedad
Recuerdo que á nadie adoro:
Miro tanto enlace y lloro
Mi contínua soledad.

REQUIESCAT IN PACE.

I.

Yo la ví resplandeciente
En las filas del sarao,
Y la juzgué el vivo sueño
Del poeta enamorado.
El melancólico brillo
De un lucero en el espacio,
Y el místico son del aura
En torno de un campanario,
Eran la luz de sus ojos
Y el acento de sus labios.
Como los ángeles puros
Iba vestida de blanco:
Su mejilla fresca y roja
Como la flor del granado.
Sus amigas le reian:
Su madre en luengos abrazos
Devoraba á puro beso
Aquel su hermoso retrato.

II.

Pobre doncella...! Dos soles
Despues del baile bizarro,
Vagaba yo silencioso
En torno del campo-santo,
Cuando el quejido del hierro
Nueva tumba socavando,
Me hizo entrar. El hombre oscuro
Que cuida de sepultarnos
Con aire estóico acostaba
En nuestro lecho de barro
Una beldad. Clavé en ella
Mi vista... oh Dios justo y santo!
Ví la rosada mejilla...!
Conocí el vestido blanco!

DE CODOS EN EL PUENTE.

Le poete en des jours impies
Vient preparer des jours meilleurs,
Il est l' homme des utopies:
Les pieds ici, les yeux aillieurs.

V. Hugo, *Les Rayons et les ombres.*

San Juan murmurante, que corres ligero
Llevando tus ondas en grato vaiven,
Tus ondas de plata que bate y sacude
Movienda sus remos con gran rapidez,
(Monstruoso cetáceo que nada á flor de agua)
La lancha atestada de pipas de miel:
San Juan, ¡cuántas veces parado en tu puente
Al rayo de luna que empieza á nacer,
Y al soplo amoroso de brisas fugaces
Frescura he pedido, que halague mi sien!

Entonces un aura, la más apacible
Que en ondas marinas se sabe mecer,
Que empapa sus alas en ámbar suave,
Y á aquel que la implora le besa fiel,
Haciendo en las olas que mansas voltean,
Un pliegue de espuma, deshecho despues,
Llegaba á mis voces, cercábame en torno,
Bañando mi frente de calma y placer:
Y yo silencioso y á par sonriendo,
A Dios daba gracias del hálito aquel,
Del beso del aura que casi es tan dulce
Como es el de amores que dá una mujer.

Mas siempre que pongo, San Juan murmurante,
El codo en el puente, la mano en la sien,
Y siempre que miro los rayos de luna
Que van con tus ondas jugando tal vez,

Cavilo qué fuiste, cavilo lo que eres:
Y allá en las edades que están por nacer,
Medito si acaso serás este rio
Que surca la industria con tanto batel,
O acaso un arroyo sin nombre, sin linfa,
Que al pié de un peñasco, sin ser menester,
Estéril filtrando, te juzgue el que pase
Vil hijo de un monte sin nombre tambien.
Que al paso que llevan los varios sucesos
Que nunca atrás vuelven el rápido pié,
No estrañan los ojos ver llanos mañana
Los cerros cargados de quintas ayer.

Asáltame á veces algun pensamiento
Que el seno me oprime, y el débil poder
Del ánimo triste, ni basta á templarle,
Ni estorba tampoco que hiera cruel.—
Amante ardoroso del arte divino
Que esparce los rayos del claro saber,
Sectario constante de todas ideas
Que al lento progreso le suelten el pié,
Desnudo de fueza, privado de apoyo,
Engasto en la rima, que sabe correr,
Los gritos, los ecos de hermosa cultura
Que atajen los males y tiendan al bien.

Mas ¡ay, manso rio! que van mis canciones
Como esas tus ondas, en dulce lamer
Las unas tras otras tus márgenes corren,
Y allá en la bahía se pierden despues.
Y no me conceden los mudos destinos
La gloria profunda y el hondo placer
De verte ¡oh, Matanzas! ciudad adorada
Que en dobles corrientes el rostro te ves,
Colmada de fuerzas, colmada de industria,
Feliz acogiendo sin agrio desden
Las artes hermosas que vagas mendigan,
Y al vicio dedican su triste niñez.

Con todo, yo espero (porque es la esperanza
La amiga que el vate no puede perder)
Que vean mis ojos un alba siquiera,
Si un sol de cultura mis ojos no ven.
Si no, ¿de qué sirven, San Juan apacible,
Tus aguas que brillan en manso correr,
Tus botes pintados de rojo y de negro
Que atracan airosos á tanto almacen,
Y el canto compuesto de duros sonidos
De esclavos lancheros que bogan en pié,
Y alzando y bajando las palas enormes
Dividen y azotan tus ondas de muer?

ZENEA.—Cultivó la poesía lírica, pero introdujo en ella la filosofía para que fuese algo más que una balada, para que se viera que su autor habia meditado antes de haber escrito, para dar una tendencia á sus inspiraciones. No hizo lo que hacen muchos que és poner en verso tratados de ciencia, porque creen que así cumplen su mision; revistió sus sueños con los adornos de la instruccion, sin que lo advirtiese el lector y se propuso cubrir con el ala de la poesía algun proyecto, alguna mejora, algun fin consolador. Sus versos fáciles demuestran que quiere hacerse entender de todos, sus imágenes delicadas son la sirena que atrae, la seduccion agradable, el llamamiento dirigido a la juventud, y ese sentimiento en que deja sumergir tristemente sus inspiraciones, es el rio de cuyas ondas todos queremos beber, y que él hace derramar sobre la sociedad. . Se ha dicho que Milanés recae con frecuencia en la vulgaridad; convenimos en que este es el defecto en que suele incurrir, pero negamos de todo punto que incurra en él con sobrada frecuencia. Siendo tan sencillo, tenía que ser la vulgaridad el plano inclinado por donde debia descender de vez en cuando su génio. En cambio, generalmente su lenguaje es escogido y en ocasiones bastante correcto: su versificacion no puede ser más fluida: sus versos se deslizan como el agua que no hace apénas ruido: ancen unos de otros con extremada facilidad, son como las perlas desprendidas del hilo en que estaban ensartadas, y que caen sobre un plato de oro. Su poesía es la poesía de todas las épocas.—*Revista Habanera*.—Tomo II.—1861.—Págs. 104-105.

FORNARIS Y LUACES.—Milanés encanta con su dulzura, atrae con su sencillez casi infantil, seduce con lo fácil y armonioso del metro y de la rima, conmueve con la ternura exquisita y delicada de sus sentimientos, y fortalece el alma con sus preceptos morales.—*Cuba Poética*, pág. 87.

FUENTES Y BETANCOURT.—Sobresale, sin duda, Milanés, entre todos los que en Cuba han cultivado la poesía tierna y sentimental, y sus rimas abundan en dulcísimas cadencias, las cuales están revelando bien á las claras el copioso raudal de afectuosas y delicadas emociones que atesoraba el alma candorosa del poeta.—*Aparicion y desarrollo de la poesía en Cuba*.—Lima.—1877.—Página 20.

SUAREZ Y ROMERO.—Poeta meditabundo y grave, convirtió su atencion á las dolencias sociales. La ternura de su alma angélica, transpira en cada nota, y por entre formas con frecuencia duras y desapacibles, se descubre siempre la hidalguia de sus intentos.—Prospecto para una Biblioteca de escritores Cubanos.—*Revista de Cuba*.—Año II.—Tomo tercero.—30 de Abril de 1878.—Núm. 4.—Pág. 204.

FRANCISCO ORGAZ.

Nació en la Habana el 2 de Abril de 1815.

Desde muy joven se dedicó al cultivo de las letras, pasando á la Península donde por su talento fué bien pronto distinguido.

Sus principales versos están escritos en la década de 1840 á 1850, y fué uno de los más entusiastas imitadores de Zorrilla.

Relacionóse bien pronto en Madrid con los principales personajes de la Córte y allí contrajo matrimonio.

El año de 1841 (1) publicó un tomo de poesías que tituló *Preludios del arpa* en el cual sobresalen las composiciones *Dios*, *La muerte de Jesús*, *La estrella*, *A la traslacion de los restos de Napoleon*, *A Zorrilla*, *El desagravio*, *Un recuerdo á mi pátria*, *Napoleon* y *El Porvenir de Cuba*.

Escribió en vários periódicos políticos, entre ellos *El Contemporáneo* y *El Espectador*, distinguiéndose por la dura oposicion que hizo con su pluma al Gobierno del General Espartero.

En 1843 fué nombrado Secretario del Gobierno Político de Salamanca, y desempeñó tambien la Cátedra de Literatura del Liceo de aquella ciudad para cuyo cargo lo propuso la escuela de Nobles Artes de la misma.

Felicitóle con tal motivo D. Francisco de Armas, en su periódico *El Observador de Ultramar* (2).

Tuvo otros destinos públicos y llegó á ser Jefe de Administracion (3). Esto parece que lo ignoraban los editores de *Cuba Poética*, cuando dicen: «Viviendo unas veces con los recursos que le proporcionaba su calidad de escritor, y como profesor de esgrima otras, ha podido atravesar épocas calamitosas para él, y que deben haber influido en su porvenir literario: vemos, en efecto, que las últimas composiciones de Orgaz, son muy inferiores á las primeras. El periodista ha matado al poeta.»

Sabemos que ha dejado muchos escritos inéditos y sentimos no conocer sus obras dramáticas. D. Antonio Neira de Mosquera en su *Crítica de autores dramáticos.—Teatro Nuevo*,—trabajo hecho en Madrid, y que reprodujo la *Aurora de Matanzas*,

(1) Preludios del Arpa.—Por D. Francisco Orgaz.—Madrid: Boix, editor.—Calle de Carretas nº 8.—1841.

(2) Núm. 38.—Año de 1843.—Madrid, 14 de Noviembre.

(2) «Ilustracion Española y Americana.—1874.—Núm. 111, pág. 43.—Necrología Española

Año XXV (29 de Setiembre de 1853) le juzga así: «Es el poeta del alma: sus versos son robustos como la vegetacion que ha crecido con él y sus pensamientos son brillantes como el sol de Cuba que alumbró su cuna. Los giros de sus versos son valientes como el vuelo del águila y sus conceptos atrevidos como la hoja de la palmera. Cuando escribe se entusiasma: cuando piensa se arroba: siempre está más léjos de la tierra que todos los demás. Su entusiasmo no es artificial; su arrobamiento no es la postracion: tiene un alma de fuego que desafia á todas las tempestades del destino. Padece si escribe, sufre si piensa: nunca está donde desea. Por esta razon envejece á toda prisa. La abstraccion de su vida es el resultado práctico de su escesiva idealidad. El cuerpo es muy poca cosa para sostener la cabeza y sus versos son pedazos de su corazon: el poeta acabará por ser hombre y morirá á la aurora de su fantástica existencia.»

Los Sres. Fornáris y Luáces han formulado de nuestro poeta este juicio: «Orgaz es uno de los pocos poetas cubanos que se distinguen por esos fuertes y enérgicos versos, por esa elevacion de estilo y esos rasgos atrevidos y valientes que forman la esencia de la oda. Nuestros poetas, eróticos regularmente, reciben inspiracion de una Musa tierna, flexible, lozana y fresca que parece un ligero tinte de melancolía y plácida dulzura, que dá á sus versos un encanto indecible que conmueve. Pero son muy pocos los que empuñando la lira de Píndaro ó de Horacio, se lanzan tras la huella de Herrera y Quintana, esos soberbios atletas del Parnaso Español quo, con Rioja, parecen casi los únicos dignos de sostener un paralelo con el griego ó el latino! Heredia, Velez, Plácido, la Avellaneda y Orgaz, son los que entre nosotros han cultivado con más éxito esta poesía elevada, muy poco popular en Cuba, donde la instruccion literaria no ha penetrado aún entre las masas. Sin embargo, en este género, á pesar del mérito superior de algunos de los ya citados, Orgaz es el poeta más conocido del pueblo cubano.»

En el *Jardin Romántico* que en 1838 publicaron en esta ciudad D. Santiago Cancio Bello, D. Andrés Avelino de Orihuela y D. Miguel Francisco Viondi, vió la luz pública su poesía «El Llanto del Poeta» (págs. 185–191). En *La Flor de Mayo*, coleccion literaria que en igual año publicaron los Sres. D. Ramon Zambrana y don Juan M. de San Pedro, *El Canto del Trovador*, (págs. 89–93).

En los periódicos de la Península de su tiempo, es donde están sus mejores composiciones en prosa y en verso, y lamentamos que no se hayan reunido sus producciones. Orgaz, murió en Madrid el 4 de Abril de 1873.

El Diccionario Biográfico Americano de Cortés, copia al pié de la letra, la biografia y juicio literario de los editores de *Cuba Poética*, aunque no cita á dicha publicacion, como hace con otras de que se aprovecha con suma frecuencia.

El reputado artista Sr. Peoli, dibujó un buen retrato de Orgaz, que publicó la selecta *Revista de la Habana* que fundáron y dirigian los Sres. D. Rafael María de Mendive y D. José de Jesús Quintiliano García en 1854, y puede verse en el tomo segundo página doscientas treinta y ocho.

DIOS.

Omnipotente Dios, deja que henchido
Mi corazon de sacrosanto fuego
Pueda alzar con mi cántico escogido
Al blando son del amoroso ruego
La voz de la verdad

No más en vano
Tornen mis ojos á buscar, Dios mio,
La inspiracion del pecador cristiano,
Ni más tampoco el turbulento rio,
Cuando al tocar sus ondas con mi mano
Le pregunté por tí, rodando impío
Me grite, más allá' ..

Dios soberano
Yo en la tierra y el cielo te buscaba
En el vivo fulgor de las estrellas,
En el gigante trueno que rodaba
Y en la suprema luz de las centellas,
Y todo me gritaba,
Aún está más allá!...

Del nuevo dia
Te busqué en las sangrientas vestiduras
Con que el rojo horizonte se colora
De la noche en las negras colgaduras,
Y en el rocio de la blanca aurora:
En las corrientes puras,
En el bosque, en el risco, en las llanuras,
En la escabrosa cumbre,
Del régio sol en la encendida lumbre
Que en mitad del Estío me abrasaba
Y todo me gritaba
Aún está más allá!!!

Entre la nube
Que gira sin cesar de amor sediento
Al torbellino que en los aires sube,
Y al huracan violento
Por tí les pregunté, y á las tormentas
Que alzadas en mitad del Occeano
Amenazan sus ondas turbulentas:
Y esos volcanes que encendió tu mano,
Y todo, todo me gritó: Es en vano
Aún está más allá!!!... y aún más lejano!...
Perdon, perdon, si en mi delirio extremo
El espacio en tu busca recorria:
¡Bajo qué forma en tu explendor supremo
El ojo de un insecto te veria!!!...
Perdon, perdon, quisieron mis arrojos
Mirar la lumbre de tu rostro pura,
Cuando la luz del sol es sombra oscura
Comparada á la lumbre de tus ojos.
¿Quién ver podrá la faz de tu vestido?
¿Quién se alzará á tu vista delirante
Que no caiga en cenizas confundido
Al divino explendor de tu semblante?
¿Quién pudo un solo instante comprenderte?
¿El hombre que en su misero egoismo
Sólo alzará su voz para ofenderte
Y hundirse en el abismo?
El hombre, ¡oh Dios! que se vendió á la muerte
Porque jamás se comprendió á sí mismo?
Insensatos... en vano se devoran
En pos de tus gigantes torbellinos,
Y tristes y mezquinos
Su imbécil ciencia con orgullo adoran.
En vano revolviendo pergaminos
Pasando van su juventud lozana
Que el mañana, á sus ojos siempre oscuro,
El hielo deja en su cabeza cana.
La tez arruga de su rostro impuro.
Alli están esos rayos diamantinos,
Con que el espacio sin cesar rodeas:
De tus plantas de fuego se desprenden
Y las etéreas bóvedas encienden.
La luz que centelleas
Alumbra el firmamento
Con nuevas tintes de color sangriento,
Que más y más acrecen
O á tu divino soplo desparecen.
Allá se cruzan los celajes rojos:
Del ancho mar al espantoso seno,
Acá fatiga mis cansados ojos.
¿Dónde su falda colosal termina?
Tú le diste á su voz la voz del trueno,
Y á tu expresion divina
El tiempo que pasó sobre él se inclina.
¿Y quién será que penetrar presuma
De esta creacion el escondido nombre?
Será el hombre, Señor, y siempre el hombre?
No, que tú estás en la brillante espuma,
Y tú en la tromba que á sorberle baja,
Y tú en los pliegues de su densa bruma,
Que á tu mirar divino se desgaja.
Venga el que quiera á comprenderte osado:
Lo más pequeño á su pesar escoja
De todo lo creado,
Busque el insecto en su existir menguado,
O desnude el arbusto hoja por hoja.
¿Dónde están los tesoros de la nieve?
¿Quién engendró las gotas del rocío?
¿Quién dió á la vida su misterio breve?
¿Quién á la muerte su color sombrío?
¿Quién separó las aguas confundidas
Y la luz esparció sobre la tierra?
¿Cómo en las ricas fuentes de la vida
Brotó un ángel de paz y otro de guerra?
¿Quién con su planta la creacion deshizo?
¿Quién hizo hervir el mar en hora aciaga?
¿Quién le dió al sol ese fulgor rojizo,
Cuyo espejo brillante
Cual moribunda luz tiembla y se apaga
A la suprema luz de tu semblante?
Quién sino tú, Señor omnipotente,
Quién sino tú que á la materia ruda
Infundiste el ánima viviente,
Y mezclaste al veneno de la duda
La ponzoñosa hiel de la serpiente?
De espíritus de gloria circundado

Sin principio ni fin por donde giras,
Flota ese pabellon tornasolado,
De las auroras que á tus plantas miras,
Y en el supremo altar donde reposas,
El divino escuadron de tus doncellas
El rico aroma de celestes rosas
Bajo tus plantas bellas
Derraman amorosas.
Tus ojos son la luz que te ilumina,
Porque á tu faz se apagan las estrellas
Y hasta de sol la creacion divina
Vierte la lumbre que le dan tus huellas.
Tú eres el todo, la verdad querida,
La luz del cielo, la virtud que encanta,
La belleza escogida,
La eternidad que espanta,
Y el perfume de vida
Que entre el cielo y la tierra se levanta.
Y el hombre solo en su mortal zozobra
Quiere ser grande y como tú escogido:
Grande es, Señor, tú mismo lo has querido,
Que es de tus manos la más rica obra,
Y es grande y bello cuanto tu obra ha sido.
Mas no le culpes, no, si arrebatado
Se juzga envanecido
Que vela un ángel su existir sagrado,
Que él vé un principio en la materia loca.
Que no vá unido á la fatal materia,
Y piensa en su miseria
Que es el divino aliento de tu boca.
Y es ese aliento que en su mente gira
Espíritu de fé que le envanece,
Que le grita sin tregua: cuanto gira
En torno tuyo, el Creador te ofrece:
Espíritu de fé por quien delira
Que en su triste existencia le adormece
Tras la esperanza que tu amor le inspira.
Sal de una vez en tu explendor velado
Dale fuerza á sus ojos para verte,
Y el hombre de sus culpas perdonado,
Si nunca comprenderte,
Pueda al sentirse de tu luz bañado,
Bajo el cristiano emblema,
Siempre adorar tu creacion suprema.
Que agite tu cuadriga soberana
La corte angelical de tus vasallos,
Y abra á lo ménos á la especie humana
A regir tus indómitos caballos.
Tus espíritus sigan tras tu carro
Brotando rayos de color sangriento,
Que purifiquen el inmundo barro
Que tú animaste con tu mismo aliento.
Y este monton de tierra carcomido
Que alzaste de la nada,
Paraiso perdido,
Que lleva en su portada
Del crímen el castigo merecido;
Con tu dulce mirada,
Torne á su Eden querido.
Vuelva á ser á tus plantas lo que ha sido.
Sal de una vez, que si tu lumbre pura
Ilumina este globo que te adora,
No tornará la tempestad traidora
A combatirlo impura:
Lejos irán los recios huracanes,
Y el mar se aplacará como un espejo,
La entraña se helará de los volcanes
Y mientras brille tu eternal reflejo
Ni fiera alguna regirá inclemente
Ni el áspid brotará de la serpiente.
Lanza una chispa de esa lumbre pura,
Viertan fuego las ruedas de tu coche
Y el fulgor celestial de tu hermosura
Disipe las tinieblas de la noche.
Alumbra nuestra mísera existencia
Que es tuyo el galardon de la victoria,
Vierte en el alma un soplo de tu ciencia
Como pusiste un rayo de tu gloria
En el puro cristal de la conciencia.
Y salva al mundo que infeliz te invoca
Como Señor, y Padre, y Dios, y todo,
Y este destierro universal revoca
Donde se arrastra en corrupcion y lodo:
Perdónalos, Señor, por tus amores,
Haz de este valle tu ciudad querida,
Nueva Jerusalen brote entre flores
Por la brisa que exhalas remecida:
Nueva Jerusalen con los colores
De tu faz encendida:
Y, á tu acento amoroso,
Haz que la tierra floreciente y bella,
Sea para tu amor cual la doncella
Para el amor del prometido esposo.

LA ESTRELLA.

Luminosos fanales
De la creacion dormida,
Que velais en la sombras de la vida;
Lumbreras eternales,
Que el Señor derramó por los espacios
Sobre la azul cortina
De sus regios palacios;
Cuando arrobado en la creacion divina
Contemplo tanta luz, tanta riqueza,
Tanta gloria en los aires derramada
De celeste belleza,
Busco al hombre en su mísera jornada
Y en las tumbas encuentro su grandeza.

En mi ambicion impía,
Cuantas veces juzgaba,
Que esa lumbre que estático admiraba,
Otra lumbre sería
Que á las miradas del Señor brotando,
Cruzaban las alturas
Fosfóricas pintando
El azul de sus ricas vestiduras...!
Orgulloso en mi torpe inteligencia
Buscaba ciego en la materia ruda
La celestial esencia,
Bárbaro destrozando mi conciencia
Sobre el lóbrego campo de la duda.

Y delirante y ciego,
Sin razon mis sentidos,
Buscaba en vuestros rayos encendidos
Las cuádrigas de fuego
De ese Dios cuyo inmenso poderío,
Con incansable vuelo,
Hace girar la creacion del cielo
Por la bóveda inmensa del vacío.
Mas la ilusion fantástica pasaba
Y tornaba el tormento
Y siempre en mis entrañas se agitaba
El fuego de mi loco pensamiento
Que más y más mi pecho destrozaba.

Yo os buscaba en el cielo
Como antorcha escogida,
La lumbre de consuelo,
Y en cada una de vosotras via
Al guardador del hombre,
Que en el mundo nos guia
Y que lleva en los cielos nuestro nombre.
Y juzgaba en mi loca fantasía
Que por cada existencia que empezaba
Una estrella brotaba,
Y otra estrella moria
Por cada otra existencia que pasaba.

¿Y no murió el alma misteriosa,
Que á nuestros cuerpos baja,
Y que al dejar la mísera mortaja,
De esta prision odiosa,
Se alza á los cielos relumbrante y bella,
Cruzando por la bóveda encendida
Como espíritu hermoso de una estrella,
Hasta que pura y de explendor henchida
La gloria alcanza á la virtud guardada?
Sí, y ante el trono alzada
Del Creador de los cielos poderoso,
En ángeles de amores transformadas
Tendeis las alas de zafir precioso.

¡Oh! sin tan cierto fuera
Al ver tanta hermosura,
Mi mente comprendiera
El móvil de esa luz brillante y pura.
¡Necio de mí! ¿acaso el hombre puede
Penetrar su existencia?
¿Y dejará de ser porque á su ciencia
El Dios no le concede
Salvar tanto misterio...?
¡Necios los que entre ruinas vejetamos
Y en creaciones y escombros meditamos,
Sin mirar que al estrecho cementerio
Como ruinas tambien todos bajamos!
Insecto miserable,
Alzéme á lo imposible
Sin ver que es la creacion impenetrable.
Y cada estrella un mundo incomprensible
Un mundo, sí, que por nosotros vale
En esas noches de placer tranquilas;
Un mundo, sí, divino centinela,

Que á la pálida luz de sus pupilas
Sigue del hombre el perezoso sueño
Hasta que al fin la aurora,
Con su luz bienhechora,
Despierta al mundo del letal beleño
De que muchos despiertan á deshora.
Fanales misteriosos,
Yo entre vosotros miro
La estrella de mis dias borrascosos,
Que en su revuelto giro,
Lanza sobre mi frente
Pálidos sin amor sus tristes rayos
Remedando su brillo intermitente
De mi triste existencia los desmayos.
Menguando van mis dias, y con ellos
Tambien mi estrella seguirá menguada,
Sus últimos destellos
Conmigo se hundirán entre la nada,
Si muero justo apagaránse bellos.

Mas ¡ay! del desgraciado
Infame libertino
Que el corazon llagado
Desgarra de contino,
Cada delito que su vida estraga
Es un tormento que en su pecho mora
Y es una tinte aciaga
Que su estrella manchada descolora.
Y mientras él sus crímenes aumenta
Mas aquella ennegrece,
Y si muere en su vida turbulenta
Negra mancha en los aires aparece
Donde estuvo su estrella amarillenta.

¡Ay! cuando llegue el dia
Que al resonar de la terrible trompa
El sello del espíritu se rompa,
Y en confuso tropel y turba impía
Los proscritos del polvo se levanten,
Será que al escuchar de su sentencia
Con sus negras estrellas se quebranten
Bajo el peso fatal de su indolencia;
Y al ver en torno relumbrar serenas
Las almas de los buenos y escogidos,
Se aumentarán sus penas,
Y con su rabia irán y sus ahullidos
A arrastrar del abismo las cadenas.

¡Oh! no, Señor divino,
Muéstranos una senda
Donde el hombre jamás se desentienda
De seguir su camino.
Que esos ricos fanales
Siempre brillen hermosos á tus ojos
Y que el alma no encienda tus enojos
Por quebrantar tus términos fatales.
Todos somos tu hechura
Y todos te adoramos,
Perdona ¡oh Dios! nuestra humanal locura
Y conforte el aliento que aspiramos
El aroma que exhala tu hermosura.

Dame á ver ese arcano
Que en el aire encendiste,
Con su amorosa tropa concebiste,
Y que yo sigo en vano:
Que pueda ver entre las negras sombras
Tanta legion divina
Para ver de la noche en las alfombras
Mi estrella peregrina.
¡Oh! cuántas veces levanté mi ruego
Por hallarla un instante hermosa y viva
Y en amante sosiego,
Y respirar el tembloroso fuego
De esa pálida luz que nos cautiva.

De esa luz temblorosa
Que en el espacio oscila,
Que ora mengua, ora torna, ora vacila
Y vuelve más preciosa
Atormentando la incansable idea,
Que mira en su desvelo,
Ese divino y transparente velo
Que tanto disco celestial rodea.
Tal vez mientras yo canto
Será que algun fanal blando sonria,
Porque al mirar su encanto
Le sigo en mi quebranto
Desde que muere, hasta que vuelve el dia.

Anhelo temerario
Que el que ha de ser mañana un esqueleto
Y aun no comprende su mezquino osario
Se atreva á contemplar tanto secreto.
Así agitado en mi esperanza loca
El espacio corria,
El órden dó los cielos, su armonía.
Y aún más allá de cuanto el alma toca,
Allí volaba una ilusion apénas
Y perdia tambien una esperanza,
Y cuando ya las penas
Ahuyentaban las horas más serenas,
Valiente el génio me gritaba «avanza».

Avanza, no; imposible,
¿Cómo tocar la hoguera
De esa gigante y celestial barrera
Como su creador indefinible?

Avanza, no, mis vacilantes ojos
Buscarán entretanto
El trono sacrosanto
Para postrarme ante su faz de hinojos.
No más alzarme en mi delirio impío,
Señor, á tanta ciencia,
Que miro en tu infinito poderío,
La bellísima esencia
De esas lumbreras de color sombrío.

Tú, sobre ellas gravitas
Y ellas siempre amorosas
Abruman los espacios numerosas
Y como tú infinitas.
Doncellas del amor que en tí fulgúra
Forman tu Eden querido,
Y son la orla relumbrante y pura
De tu imperial vestido.
Ellas tus leyes acatando giran
Y su fulgor te ofrecen,
No como el hombre contra tí conspiran,
Que ellas tu aliento abrasador respiran
Y en medio de las sombras resplandecen.

Tu espíritu las mueve,
Tu poder las ordena,
Que al terrible eslabon de la cadena
De tanto sér el alma no se atreve.
Crúzanse en torno, tiéndense á lo lejos
Y más y más sus rayos se difunden,
Chocan y se confunden
Sus pálidos reflejos;
¿Quién son? ¿á donde van? ¿por qué no alumbran
Nuestros ojos menguados?
¿Tal vez por otros mundos retirados,
Que los ojos del hombre no columbran
Fijaste sus vallados,
De otros cielos detrás más ignorados?
De otros cielos más bellos
Cuya grandeza y nombre
Un tiempo pudo comprender el hombre
Y hasta mandar en ellos:
Que tu soplo amoroso
Puro cual tú formaba su existencia,
Mas perdió su inocencia
Y con ella su génio poderosó.
Tu voz en vano en su delirio siente,
Proscrito y desgraciado,
Cómo elevar su frente
Hasta que se alce al fin purificado
Al sólio de tu imperio omnipotente?

Ni un recuerdo siquiera
Quedóle á tu memoria
De lo que un tiempo su grandeza fuera,
Ni una mentida gloria,
Que el crímen de contino
«Rebelde», le gritaba;
«Rebelde» por los aires retumbaba,
Del viento el gigantesco remolino,
Y solo, y sin amor, y sin consuelo
Alzó su voz para implorarte gracia
Y tú escuchando su fatal desvelo
Le tendiste una mano desde el cielo
Para borrar su mísera desgracia.

¡Oh esencia poderosa
De la creacion! Dios mio,
Concédele á mi amante desvarío
Que te siga en tu marcha misteriosa,
Que esos fanales que brotar hiciste
A una palabra sola
Para servir de mágica aureola
A la noche que al hombre concediste,
Comparados á tí, ¿qué son? miseria,
Y corrupcion, y lodo,
Materia y destruccion, todo materia
La grandeza eres tú, tú lo eres todo.

EL PORVENIR DE CUBA.

FRAGMENTO.

Hermoso porvenir, dulce esperanza
Del génio americano,
Que en su incansable pensamiento avanza
Hasta rasgar tu misterioso arcano,
Yo miro en tus bellísimos colores
La paz y la ventura,
Que el ángel de los plácidos amores
A nuestros hijos sin cesar augura:
Asi del fondo de la oculta idea
Hace brotar los tonos de mi lira,

Y el génio se recrea
Cuando es tu pensamiento quien le inspira.
Yo te siento vagar sobre el aroma
Que exhalan nuestras plácidas florestas
Y de la altiva loma
Subir te miro á las gigantes crestas;
Yo te siento venir á la sonrisa
De la brillante aurora,
Te escucho susurrar entre la brisa
Que templa la estacion abrasadora;
Y en la tarde, en la noche, á cada paso
Brillas para mi Cuba en el Oriente:
Tu prisma refulgente
Nunca se oculta en el lejano ocaso.
Yo te miro do quier siempre divino,
Ora enjugues las gotas de mi llanto,
Ora acalles el negro torbellino
Que brama en pos de mí.

Mas si el quebranto
Contuvo las indómitas pasiones,
Que mi entusiasta corazon rasgaron,
Aún me restan tus dulces ilusiones
Que los sañudos tiempos respetaron.
Aún vive la esperanza lisongera
Que morirá con la existencia mia,
Que hasta en el borde del sepulcro espera
El corazon que en su valor confia.
Por eso en medio de la niebla oscura
El alma en pos del horizonte gira,
Y otro horizonte mira
Que de la patria el porvenir augura.
Esperanza feliz, rico tesoro,
Que fecundiza la inspirada mente;
Sublime emanacion del sólio de oro
Del Sér omnipotente
Tú no eres ilusion, no, yo te adoro
Porque eres la verdad...

Vano contento!
¡Fantasma cruel que aumentas mi martirio
Del que anima en su loco pensamiento
La fiebre abrasadora del delirio!
Pero es tan bella la esperanza hermosa
Del patrio suelo que en la mente fijo,
Rodando con la idea borrascosa,
Siempre un recuerdo va. ¡Patria amorosa
Nunca te olvida el corazon de un hijo!
Yo corro en pos del porvenir cubano,
Y aunque la fiebre del delirio sea
Quien pinte ese fantasma soberano,
Lo adora el corazon y lo desea.
Tu porvenir será; y aunque traidora
En torno ruja tempestad sombría,
La calma bienhechora
Tornará por sus campos la alegría:
Y brillarás como la luz del dia
Mi dulce patria de la mar señora.

La tierra vírgen de tu inmenso llano
Verá las trabas del saber deshechas;
Del industrioso agricultor la mano
Hará brotar de entre el maduro grano
El oro que destilen tus cosechas.
Y aquella yerba que silvestre cubre
Cuanto tu seno fértil atesora,
Caerá bajo la industria triunfadora,
Y en tu fecundo Octubre
Coronado de cañas y palmares,
Fatigarán los dilatados mares
De tus frutos la inmensa pesadumbre.
Ya en pos del industrioso americano
Vuelan crugiendo las hinchadas lonas,
Y el purísimo *habano*
Llevará tu renombre soberano
Por cuanto abrasan las distintas zonas.

El rico *habano* que la ardiente arena
De tus campiñas sin cesar germina,
Hoja feliz de la abundosa vena
Que el abrasante trópico calcina.

Ella enlazada á la industrial corona
Tu porvenir riquísimo refleja,
Y en cada sol que tu grandeza abona,
Nueva esperanza deja
Que la esperanza de tu amor corona.

¿Y yo no escucharé romper tu seno
Bajo los golpes de la industria opíma?
¿Y no veré tu porvenir sereno
Que mi existencia sin cesar anima?
Mas que importa que muera en la amargura,
Si un tiempo de ventura
Ha de henchir de riquezas tus campañas,
Brotando en medio de tu linfa pura,
Entre palmas, cafetos y verdura,
El humor delicioso de tus cañas.

Y bajo el peso del hinchado fruto
Siempre inclinado la madura espiga,
Doblada copia pagará en tributo
A la dulce fatiga
Del industrioso labrador y ufanos
Al ver el gérmen de tan rica Antilla,
Verán tambien que á sus copiosos granos,
No bastará la voladora quilla
Por más que sobren industriosas manos.
Quá ha de bastar, si en medio á esa indolencia
Donde encierran tu espíritu, cautivo
En la preciosa edad de la inocencia,

Tus frutos sin cultivo
Te alzan á la opulencia.
Y á los rayos que el trópico te envia
Bañados en purísima fragancia,
Arroyos de armonía
Derraman por tus campos la abundancia.
Mas ¡ah! que presto llegará el instante
Que el corazon arrebatado implora,
Y rica entonces, y feliz, señora,
Animado el semblante
Con los colores de tu nueva aurora,
Libre la industria se alzará á tus puertas,
Que de tu seno el manantial fecundo,
Páginas son al porvenir abiertas
Para llenar de admiracion al mundo.

El Marqués de San Miguel.

El Excmo. Sr. D. Miguel de Cárdenas y Chavez, Marques de San Miguel, Senador del Reino, Gentil Hombre de Cámara de S. M. y Consejero de Administracion, nació en la Habana el año de 1802.

Muy jóven pasó á la Península donde como otros cubanos de las principales familias, ingresó en la Guardia Real, en cuyo cuerpo fué siempre distinguido.

Siguiendo la carrera de las armas, creemos que el año de 1823 vino á Cuba con el grado de Capitan en el regimiento de la Habana, destinado á la guarnicion de la Isla, llegando á Coronel de Caballería con cuyo grado se retiró.

El Sr. Marqués de San Miguel, ha prestado en cuantas ocasiones se ha ofrecido eminentes servicios al Gobierno, trabajando con perseverancia en las Comisiones que se le han confiado en las diversas Corporaciones á que ha pertenecido.

Como verdadero amigo del país, su nombre brilla honrosamente entre los más ilustres que han demostrado su amor pátrio en el seno de la Real Sociedad Económica, donde más de una vez significó en importantes trabajos su claro talento y vivo interés por nuestro progreso.

En dicha benemérita Corporacion, de la que es sócio de mérito, ha desempeñado cargos de importancia, creemos que fué el último el de Presidente de la Seccion de Agricultura para la cual escribió un correcto y bien meditado discurso sobre las reformas que reclama la de esta Isla, trabajando con una constancia digna de que se recuerde, por el planteamiento de la *Escuela* de aquel vasto ramo de nuestra riqueza.

Hablemos del poeta:

Muy jóven empezó el Marqués de San Miguel á escribir versos, aunque no á publicarlos.

En 1834, en la Corona Fúnebre á la memoria del Obispo Espada, (pág. 73), escribió un soneto.

En 1842, publicó en la Imprenta del Gobierno su primera coleccion, con el título de *Flores Cubanas dedicadas á las Habaneras*, libro que contiene en sus doscientas sesenta y cinco páginas sesenta y seis composiciones, que fueron juzgadas en los periódicos de aquel tiempo.

En el *Diario de la Habana*, núm. 45, del 14 de Febrero de 1843, hay un juicio crítico suscrito por *Roznelo*, que le es favorable, elogiándose en él, *La Poesía*, *La Melancolía*, *A ella en el arpa*, *El Ruiseñor* y *La Sombra de Colon*.

Para la inauguracion del Liceo de esta ciudad en 1844, escribió dos inspiradas composiciones (1).

En Madrid, en 1854, publicó una nueva coleccion (2), que contiene ciento cuarenta y seis poesías, entre ellas, su canto épico *Al Descubrimiento de América.*

Fecundo el Sr. Marqués de San Miguel, y no concediendo todo el mérito que debiera á sus producciones, descuida con frecuencia la correccion, falta que no dejaran de castigar los críticos; y más sólida reputacion de poeta adquiriria, si de las numerosas producciones insertas en las colecciones que hemos citado escogiera aquellas en que brillan sus innegables dotes de poeta y que aparecen confundidas con algunas que no son dignas de la posteridad.

Sentimos de veras, que sérias ocupaciones impidan que se dedique á tarea tan provechosa.

Tiene inédita una comedia de costumbres.

Su memoria sobre el proyecto de la *Nueva Cárcel*, publicada en el periódico de la Real Sociedad Económica, ha merecido elogios justísimos de personas inteligentes.

LA NATURALEZA DE CUBA.

¡Oh! cuán bella y poética aparece
Naturaleza en nuestra vírgen Cuba
Al influjo del Sol que resplandece!
Todo es gala, explendor, vida, hermosura.
Desde la excelsa altura
El Supremo Hacedor abrió la mano
Cubriendo de prodigios seductores
Este rico jardin.—Ved esas selvas
Que el invierno feroz vida y colores
No le robó fatídico en su vuelo;
Ni el aterido hielo
El delicioso campo esteriliza,
Y con benigno aliento fecundiza
La brisa pura y el hermoso cielo.—
Aun el Sol que ilumina el firmamento
Con ráfagas de luz, jamás marchita
Del árbol la magnífica corona,
Ni la yerba que cubre la llanura,
Antes puebla de frutos y verdura
El bello campo de la ardiente zona
Alza á lo lejos su gallarda frente
La selva secular, reina del bosque,
De pequeños arbustos circundada,
Gigante que su riza cabellera
Sacude, y en el monte, silencioso,
Domina magestuoso.—
Allí eleva su frente la palmera
De silvestres penachos coronada,
Embelleciendo el bosque y la pradera
Al soplo de la brisa acariciada,
Siendo el ornato y gala deliciosa
De mi Cuba gentil... Bajo su sombra
Reclinado el montero en la sabána
Goza de paz, y en la tranquila noche
Que la luna poética ilumina
Con torrentes de lumbre,
Llena el aire tal vez con sus canciones,
Y al objeto inmortal que le domina
Ofrece adoracion... ¿Quién no ha sentido
Sublimes ilusiones
Que al corazon deleitan dulcemente
En las noches de Cuba deliciosas,
Si brillan apiñadas las estrellas
En el azul de su precioso cielo?...
Noches de amor alegres! ¡Noches bellas
Más que el sueño sublime de las hadas,
Siempre hermoseais mi ardiente fantasía,
Derramando la paz en mi existencia!

(1) Biblioteca del Liceo de la Habana.—Tomo primero.—Habana.—Imprenta Militar de D. M. Soler.—Calle de la Muralla núm. 82.—1858.—Págs. 38-40 y 95-99.

(2) Poesías de D. Miguel de Cárdenas y Chavez, Madrid: 1854. Imprenta de D. Norberto Llorenci.

En estas horas de tristeza impía
Vertís bálsamo puro de consuelo:
¡Oh! contemplad el trasparente velo
Con que la aurora que precede al dia
Alza y descorre en el fulgente cielo.
En el valle, en el monte, en la colina
Todo despierta á su presencia: entonan
Enjambres de lijeros pajarillos
Sus cánticos sencillos
Para alabar al Dios del Universo.—
Allá el sinsonte puebla de armonía
Cantando en el frondoso tamarindo,
Miéntras el jilguero de plumaje lindo
Encanta con su tierna melodía.
Acá vuela el cabrero,
Y su cantar el ruiseñor ensaya
En el ramo tal vez del peralejo;
Y salta el azulejo,
Y chillan la cotorra y el perico,
Miéntras sus palmas de cambiante ostenta
El lindo tocororo
Trepado sobre altísima jocuma,
Y salta revolando entre las flores
Mostrando sus magníficos colores
En el matiz de su variada pluma;
El bello colibrí tornasolado
En la rosa se mece,
Y por el sol bañado
Como un disco de fuego resplandece
Por sus rayos de luz iluminado.
Allá vuela el arriero,
Saltando de una rama en otra rama
Imitando en sus cantos y silbidos
Al arriero que cruzó nuestros campos;
Acá vuela el sunsun entre el ramaje
Y clava el pico el ágil carpintero;
Mide el aura carnívora los aires
Y á lo lejos la voz de la lechuza
Se oye tambien al desplegar su vuelo,
Mientras se cubre el cielo
De nubes fulgurosas
Heridas por la luz de la mañana,
Que fingiendo mil vistas caprichosas
Se tiñen de carmin, de nieve y grana.
Todo es vida y contento,
Y la felicidad su excelso trono
Sentó en Cuba gentil... susurra el viento
Y formando una música sonora
A par de la corriente bullidora
Del rico manantial, suave deleite
Derraman deliciosos en el alma.
Aún en las horas de tranquila calma
Cuando el mundo en las sombras se adormece
Al solemne suspiro de la palma
La creacion más bella resplandece.
Tambien se extienden las espigas de oro
De las cañas sonantes que se mecen
Al ambiente sutil del cefirillo,
Y el naranjo y el mango en la alta noche
Con su aroma suavísimo embalsaman.
Allá los bellos cuadros hermosean
Hileras de cafetos
De níveas flores y rojizos frutos,
Los frondosos zapotes y mameyes
Al lado del gallardo limonero.
La guanábana rica y el caimito,
El alto cocotero
Cuya almendra dulcísima refresca
Y el agua delicada
Del extranjero ansioso codiciada.
¡Cuadro bello, poético, que admira
El hombre de otra tierra,
Y á su vista magnífica se inspira!
Panorama explendente
De luz, agua y verdura
A donde brota la tranquila fuente
Derramando su linfa mansamente,
Y bajando del monte á la llanura,
Todo placer y regocijo siente.
Las campiñas de Cuba se reaniman
A los rayos del sol que las fecunda:
Bello matiz y delicioso aroma
La rosa ostenta en el pensil ameno,
Mientras de esencia lleno
Se abre el lirio á la lumbre de la aurora
Mostrando la belleza que atesora
En su nevado seno:
El variado aguinaldo en sus colores
Alfombra la pradera;
Se entrelaza la bella madreselva
Y sus grupos de flores embalsaman
Al par del tulipan y los jazmines
Y su esencia aromática derraman
En la selva, en el bosque, en los jardines;
Allá la multitud de enredaderas
Se coronan de várias florecillas
Mezclándose la cándida ambarina
A la blanca azucena y clavellina.
Allí con vivas flores se embellece
El rico campo en el Abril florido
Derramando la plácida alegría
Y el extranjero al arribar á Cuba
En férvido entusiasmo arrebatado
Duda si ha de admirar tanta riqueza

De galas y verdura
O de sus tiernas hijas la hermosura,
El mágico explendor y gentileza.
Ved la abundante copia de los frutos
Que crecen en invierno y en estío
A par que en el otoño y primavera,
Todo, ¡oh Dios! en la gran Naturaleza!
Muestra su fuerza y su pujante brío,
Su magestad y celestial belleza.
El anon regalado
Y el plátano sabroso
Del afanoso labrador sustento
Y el mamon deleitoso,
Y la toronja y las limas,
Agradan á los hombres de otros climas
Con su fruto escogido y aromoso.
Tierra de promision por Dios bendita
Donde brota espontánea la semilla
Sin el esfuerzo natural del hombre,
Donde convida con su clima ardiente
Que un sol perenne con su luz fecunda
Doblando su riqueza floreciente.
Levanta aquí su frente
El árbol de la paz y la abundancia
Que dá hospitalidad al extranjero
Que arriba á nuestras playas
Y que admira y bendice el mundo entero.
¡Isla feliz, eden más venturoso
Que los que la risueña fantasía
De los antiguos bardos ideaba,
Donde con magestad el sol glorioso
Con su lumbre vivísima enardece
Su recinto precioso,
Do hasta el aire inflamado vivifica!

El tabaco aromoso
Ostenta al Universo la hoja rica,
Que hace al pueblo cubano venturoso,
Donde á par que en otoño y en invierno
Por alto don de la Suprema mano
Este rico jardin del mundo envidia,
Con primavera eterna reflorece.
¿No veis el explendor de las campiñas,
Las deliciosas piñas,
El mamoncillo dúlcido y preciado
Que encantan y deleitan
A la par de mil frutas codiciadas?

¡Señor Omnipotente! ¿Quién no admira
Las obras de tu mano
En los campos de Cuba floreciente?
Y al contemplar este vergel el hombre
No bendice tu nombre
Y te alza en su oracion un himno ardiente!

Todo es delicia: las feraces tierras
Brotan el fruto del fecundo suelo
Y el hombre su alabanza eleva al cielo
En las alas del férvido entusiasmo
Que el corazon enciende.
¡Gloria á Colon y á su brillante hazaña,
Que recorriendo el pielago profundo,
En Cuba virginal un nuevo mundo
Dió en oblacion y en recompensa á España.
A través de los tiempos su memoria
El homenaje expléndido recibe,
Y vivirá á despecho de los siglos
En la region del tiempo venidero.
Así Cortés, impávido guerrero,
Y el gran Pizarro asombran las edades
Y ciñen en sus frentes generosas
Láuro inmortal de perdurable gloria,
Ofreciendo á la Europa enagenada
Los tesoros magníficos del mundo

Canta ¡oh lira! esa fuente inagotable
De riqueza y de luz que en su hondo seno
Guarda rica la América fecunda,
Que el sol ardiente con su luz inunda
Bajo un clima benéfico y sereno.

Y tú tierra feliz, plegue á los cielos
Que eternice los dones que atesoras,
Extendiendo tu nombre y tu riqueza
Desde el remoto polo hasta el Oriente,
Ciñendo en torno de tu hermosa frente
El laurel en que fundas tu grandeza.
Así cuando en la noche silenciosa
Al pié de los bambúes reclinado,
O del cedro robusto, ó duro roble
Do corre una cascada cristalina
Admirando este lujo, esta riqueza,
Encantos de la gran Naturaleza,
La mano que formó tantos prodigios,
En el silencio, recogida admira,
Llena de gozo y entusiasmo el alma
Y entre el misterio y la solemne calma
Canta al Dios de los cielos y se inspira.

Entonce el corazon, siempre avezado
A sentir tu poder, Melancolía,
A Dios se eleva en éxtasis sublime
Sin que la duda impía
Un instante domine el pensamiento
Y á tí, sér poderoso, alzo mi acento.
En el árbol y flores que se mueven
En el aire que sopla y me recrea
Al par de ese celeste firmamento,
Yo te toco y te siento...
Tú eres la admiracion del Universo,

Y la luz celestial que me ilumina...
Y, ojalá que mi verso
La inspiracion tuviera de un profeta
Para ensalzarte en mi entusiasmo ardiente,
Porque es tuya mi lira de poeta,
Tuyo el lauro mezquino de mi frente,
Y tu nombre á la par elevaria,
Vírgen del mar y reina de Occidente,
Por cuanto inunda el sol en su carrera
Desde el Andes altivo
Al soberbio Himalaya,
Y mi entusiasmo vivo
Hijo del gozo que mi pecho enciende
Por los distintos climas y regiones
Contínuo resonára
Y tu explendor ¡oh Cuba! proclamara
Haciéndote admirar de las naciones.

EL PODER DE DIOS.

¡Señor omnipotente! derrama con tu alteza
De tu sublime seno la vida y la salud,
Sobre tu grey humilde que acata tu grandeza
Al ver que resplandeces ceñido de alba luz.
El trueno que retumba, el rayo que serpea,
Los vientos que se lanzan rugiendo con tropel,
El sol del firmamento, la nieve que blanquea,
La luna que corona tu mágico dosel.
¡Ah! todo á tí se debe, excelso soberano,
Desde el insecto débil al refulgente sol,
El mundo que circula lo agitas con tu mano,
Y viertes generoso la vida y el calor.
No importa ¡Dios eterno! que el hielo de la duda
Ofusque á los filósofos si tu alta magestad
Revela tu grandeza, tu omnipotencia escuda
Y borra las señales que deja la impiedad.
Apénas se ilumina de lumbre el rojo oriente
Disípanse las sombras en vaga confusion:
Tras la medrosa noche se anima refulgente
¡Oh rey del firmamento! el mundo en su extension.
Las aves se despiertan y cortan con su vuelo
Los aires, repitiendo sus himnos con amor,
Su rápido murmurio anima el arroyuelo,
Entona su susurro insecto volador.
Las selvas se reaniman, las hojas y las flores
Saludan con las brisas tu excelsa magestad,
La bóveda del cielo se viste de colores,
Y se oyen en las playas las olas de la mar.
¡Oh! vedlas magestuosas besar en su carrera
Las rocas erizadas al soplo de Aquilon,
De espumas centellantes bañando la ribera
Del borrascoso océano que aclama al Creador.
¡Ah! todo, Dios del cielo, anuncia tu grandeza
Que pudo de un vil polvo el mundo levantar,
Poblando el Universo de luz y de belleza
Los cielos explendentes de gloria y magestad.

¡Oh! deja que en la noche la voz de mis plegarias
Se eleven á tu sólio de tu hermosura en pos,
Que el alma que te ensalza en horas solitarias
Do fija las miradas, te encuentra ¡excelso Dios!
Por eso yo te busco del turbulento océano
Midiendo en sus abismos tu vasta inmensidad,
O en el profundo bosque en medio del verano,
O apenas se despeña sonando el huracan.
En alas de los vientos en multitud de nubes
Que corren, se disipan y vuelven á brillar,
Admiro tu presencia cuando en tu trono subes
Los iris á tus plantas haciendo desplegar.
Animas misterioso las gótas de rocío,
Los rápidos torrentes circulan á tu voz;
Y ¿niega tu grandeza solícito el impío?
¿Por qué no lo confundes muriendo en la afliccion?
En horas tempestuosas de pestes y huracanes
Al pié de los altares implora tu piedad,
Y viertes la esperanza que calma los afanes
Y entonces se disipan la duda y la impiedad.
Apenas raya el alba te canta y te bendice
Con ojos arrasados de llanto y de fervor,
Y un ángel en los aires su conversion predice
Y sólo á tí te adora ¡omnipotente Dios!
No espero esos instantes de duelo y amargura
Para que brote mi alma consoladora fé;
En medio del silencio en noche muy oscura
Mi mente se enardece, mi corazon te vé...
No sobre tosco leño por redimir al mundo
Al pié del alto Gólgota muriendo por tu amor
Con tu preciosa sangre regando el polvo inmundo
Sufriendo los ultrajes de una canalla atroz.
¡Oh! no, yo te contemplo lanzando las estrellas
Los soles encendidos en vaga multitud,
Y admiro los querubes que corren tras tus huellas
Cubriendo el bello cielo de aromas y de luz.
Admite, Dios del cielo, los cantos de mi lira
Que sólo á tí te ensalza brotando inspiracion:
Tu sombra me enagena, mi espíritu delira;
El mundo donde vivo lo animas con tu voz.
Al tiempo que la muerte con su funesto vuelo
Sus alas destructoras extienda sobre mí,
Yo clavaré los ojos en el azul del cielo:
Tu crucifijo santo será mi porvenir.

SONETOS.

AL ILUSTRE ESPAÑOL

DON MELCHOR G. DE JOVELLANOS.

En su serena faz resplandecia
De la austera virtud la lumbre pura
Y al poder, la venganza y la impostura
Armado con su escudo resistia.

El noble patriotismo en su alma ardia,
Y en momentos de espanto y amargura,
Superior á la humana desventura
A la opresion francesa se oponia:

Sócrates nuevo, en torno de su frente
El verde lauro le ciñó Minerva;
Cantó sus triunfos la española gente,

Y su nombre en los fastos de la historia
Vencedor de los tiempos se conserva,
Lustre del siglo, y de su pátria gloria.

AL RESTAURADOR DE LA POESIA CASTELLANA

DON JUAN MELENDEZ VALDES.

Del Tormes cristalino en la ribera
Coronada la sien de hermosas flores,
El deleite, la paz y los amores
Cantaba con su lira placentera:

Suspendió su raudal la lisonjera
Fuente que murmuraba sus loores,
Y suspensos y alegres los pastores
Dánzaban por el valle y la pradera:

Tras larga noche de silencio y duelo
En el parnaso ibero la alegria
Con su inspirado acento derramaba;

Tendió su musa el gèneroso vuelo,
Y con himnos ardientes de armonía
Nueva senda á los génios señalaba.

José Antonio Echeverria.

Nació en Venezuela, provincia de Barcelona, el año de 1815, y muy niño vino á Cuba.

Estudió Filosofía y Derecho en el Real Seminario de San Cárlos, distinguiéndose entre todos los estudiantes de su tiempo por sus claras luces y privilegiada memoria. Desgraciadamente, bien pronto tuvo que abandonar sus predilectos estudios.

En un tiempo en que la poesía, si no era entre nosotros enteramente desconocida, sí muy poco apreciada, logró el Sr. Echeverría demostrar su nobleza y cómo se honran los pueblos que saben distinguirla y estimarla.

Promovió en 1831 la Comision de Literatura de la Real Sociedad Económica, un concurso poético para celebrar el nacimiento de la Serenísima Infanta de Castilla Dª María Isabel Luisa de Borbon, más tarde en el trono Isabel II, y allí donde concurrieron los hombres más notables de la época que con sus patrióticos esfuerzos intentaban realzar el prestigio de las letras, obtuvo el primer premio, por la Oda que presentó y que publicámos. Apénas tenía entonces diez y seis años.

Ya en la biografía de D. Domingo Del-Monte, y en la Introduccion, hemos tratado este punto, significando la trascendencia que tuvo el primer concurso poético que se celebró en nuestra Isla.

«Los preocupados—dice Del-Monte,—se desengañaron al ver aprobada y proclamada por el Gobierno, la composicion poética del concurso, y apreciado dignamente á su autor por los poderosos y entendidos, que muy bien podia granjearse honra con la poesía; que no era tal la muchedumbre de insulceses con que copleros miserables atestaban á destajo las columnas de los diarios: y que por último, para profesarla dignamente, se necesitaba haber recibido de la naturaleza un ingenio progresivo, y alcanzado con la más constante aplicacion en toda clase de estudios, aquel tacto delicado, aquel instinto moral de lo bello y de lo bueno, que nos forma un sexto sentido, y que así nos enagena el alma dándonos á conocer la sublime heroicidad de los que murieron en Maraton, como explicándonos los primores de los poemas de Homero (1).»

(1) Acta de las Juntas Generales de la Real Sociedad Económica de Amigos de este país celebradas en los dias 15, 16 y 17 de Diciembre de 1831. Mandada imprimir por acuerdo de la misma.—Imprenta del Gobierno, Capitanía General y Real Sociedad Patriótica por S. M.—1832. —Exposicion de las tareas de la Comision permanente de literatura durante el año de 1831, por su Secretario D. Domingo Del-Monte.—Pág. 43.

La Oda de que hablamos y que como con razon dice el Sr. Calcagno, es uno de los más felices rasgos de su musa, fué publicada por la Real Sociedad Económica en un pequeño cuaderno, precediéndole un honroso documento; se reprodujo en los principales periódicos de la Isla, en los de la Península y en uno que se dedicó á la entonces citada Infanta Dª Isabel de Borbon, impreso con lujo tipográfico en Madrid.

Salas y Quiroga, que visitó la Isla el año de 1839, ocupándose del estado literario del pais en aquella fecha, así se expresa al referirse al Sr. Echeverría: «El jóven cuyos méritos me han parecido más cuidados, más llenos de gusto y buen tono, es el Sr. D. José Antonio Echeverría. He notado en ellos un sabor tan fino y ático, que difícilto le esceda ningun pensador de su epoca. Me parece que si este jóven escribiera con toda la libertad que necesita, y el detenimiento que se nota en sus producciones, llegaría á ser citado entre los castizos escritores de nuestro idioma, y entre los más aprovechados españoles de ambos mundos (1).»

El Sr. Echeverría ha contribuido con sus producciones en prosa y verso al mejor éxito de las publicaciones más importantes del país.

En 1837, publicó con Palma el *Aguinaldo Habanero* donde se leen de él, en prosa, las siguientes producciones de su hábil pluma: *El Aguinaldo* y *Manuel Garay;* y en verso, *A una nube, A*** enojadiza, Reconciliacion, Amor!*

Con el mismo Palma, trabajó en la preciosa coleccion *El Album* (1838-1839).

En 1838, ambos literatos fundaron *El Plantel*, interesante publicacion de la cual más tarde se hizo cargo Andueza, y en ella aparecen del Sr. Echeverria, su estudio histórico *Diego Velazquez* (págs. 15-20), sus artículos *Historiadores de Cuba* (págs. 60-63, 74-79), y *Las Cenizas de Colon ó la Catedral de la Habana* (páginas 93-96), y una poesía titulada *Versos*, (pág. 86). Escribió años más tarde en *El Siglo* y principalmente en la *Revista de Jurisprudencia* que fundaron los Sres. D. Francisco Fesser, D. José Manuel Mestre, D. José Ignacio Rodriguez y D. Nicolás Azcárate.

Críticos respetables juzgan su mejor obra la novela histórica *Antonelli.*

Dado desde muy temprano á graves estudios, pocos versos ha publicado el señor Echeverría: considérese que por sí solo tuvo que consolidar sus estudios, siguiéndolos con una perseverancia digna de imitadores, en Historia, Filosofía, Economía Política y en idiomas, hasta poseer con bastante perfeccion el inglés, francés é italiano. Algun tiempo estuvo dedicado al magisterio y tuvo á su cargo el renombrado colegio «La Empresa» de Matanzas, despues el de «San Fernando» en esta ciudad, y por último acompañó á D. José de la Luz Caballero en el que aquí estableció.

En 1866, fué electo por Cárdenas para la Junta informativa que se reunió en Madrid, donde sustentó las ideas abolicionistas que siempre ha profesado, y sobre cuya materia tambien ha escrito en *La Voz de la Pátria* en Nueva York el año de 1876, creemos que con el seudónimo *Anticuario.*

Es de sentir que el Sr. Echeverría no coleccione sus escritos.

D. Rafael María Baralt, le juzga uno de los escritores *más elegantes, castizos y enérgicos de nuestra lengua;* Suarez y Romero, «poeta más bien de arte que de inspiracion, pero castizo y acrisolado prosador»; Zambrana, «poeta correcto cuyas dulces poesias han merecido elogios de más de un talento español.»

D. José Socorro de Leon, ha formado este juicio del poeta: «Los versos de Echeverría se distinguen por lo correcto que son, y por la delicadeza con que reviste y expresa sus pensamientos, le han conquistado el dictado de *pulido* que se asocia siempre á las poesías del literato que nos ocupa.

»El sentimiento más puro se nota igualmente en sus composiciones, y el buen gusto que en todas resplandece, nos las hacen considerar como modelos muy dignos de imitacion (2).»

---

(1) Viajes.—Tomo I.—XXI.—Págs. 187-188.

(2) *Cuba Poética.*—Coleccion escogida de las composiciones en verso de los poetas cubanos desde Zequeira hasta nuestros dias.—Director-editor José Socorro de Leon.—Habana.—Imprenta de la Viuda de Barcina y Compª—1859.—Pág. 27.

ODA,

Á LA INFANTA DE CASTILLA DOÑA MARIA ISABEL LUISA DE BORBON.

¡Que calle yo cuando los buenos cantan!
V. DE LA VEGA.

¿Qué entusiasmo, ¡oh placer! en desusada
Conmocion agitando el alma mia
Salva atrevido el valladar estrecho
Que aprisiona mi inquieta fantasía;
Y osa su vuelo alzar hasta do airada
Retumba la tormenta:
Donde el Señor su poderoso brío
Y magestad ostenta;
Donde el vate feliz alborozado,
Levanta altivo la radiosa frente
Y del rayo al fulgor canta inspirado!
¿Quién ¡oh lira! tus ya olvidadas cuerdas
En el silencio de la noche umbría
Pulsa invisible, y en mi pecho ardiente
Hace reinar la inspiracion?—¿Acaso
Es el amor?—¡Oh, nó!—¿Será que el dia
Tan ansiado de Iberia en los clamores
Llega á ostentar sus almos resplandores?
—Sí; vé su luz.—¿Con qué progenie el cielo
Al trono de Fernando y de Cristina
Concedió?—¿Qué, no escuchas el sonoro
Rumor con que España entusiasmada
Celebra á su Isabel?—¡Salve, divina
Estrella de la paz anunciadora!
Salve! Mi pensamiento arrebatado
En las álas del férvido deseo,
Lánzase, y pasa el reino inmensurable
Que hay entre el porvenir y lo pasado,
Y te mira contenta
Justa regir tu pueblo cual solia
Otra Isabel á quien España adora,
De quien la historia incorruptible cuenta
Acciones mil heróicas á porfia.

Inclitos vates que la hermosa Cuba
En su regazo aduerme,
Y del fértil, mansísimo Almendares
En el raudal sonoro
Bebeis la inspiracion: las liras de oro
Armoniosos pulsad; y que á los ecos
De tropical, ardiente poesía,
Al ir, volver y alzar sus crespas ondas,
Isabel digan los indianos mares,
Isabel vuelvan las heladas zonas,
Isabel, Isabel con alegría
Suene y suene sin fin desde do nace
Hasta do muere el luminar del dia.
Pero antes escuchad, hijos del canto,
Los últimos concentos
De mi dichosa lira que ha podido
Cantar el nombre de Isabel querido.
Era la noche; la callada luna
Del quieto mar purísima se alzaba,
Y en las azules ondas retemblaba
La blanda luz de sus modestos rayos.
En el confin lejano relucia
Tal cual pálida estrella,
Linda como los ojos de una bella
Embriagada de amor. Sólo se oia
Del mar el son contínuo, y el distante
Rumor confuso del alegre pueblo
Agitado cual él: cuando á la orilla
Del Almendar sonante
El noble Génio de la rica Habana
Solitario llegó. Tiende la vista
Por el inmenso piélago, y las ondas
Las índicas arenas
Bañar tan sólo vió: fugaz sonrisa
Por su rostro vagó, como en el cielo
Vagar suele agitada por la brisa
Cándida, leve, transparente nube.
—»¡Cuándo, cuándo mi anhelo
Satisfecho veré! Tú, poderoso,
Eterno Dios que en magestad velado
Regulas este mundo, los clamores
Oye que de mi pecho fervoroso
A tu alto trono elevo. Antes que el dia
Rompa en Oriente desparciendo albores,
Puedan mis ojos»... De la luna hermosa
Se eclipsó el puro disco; de la tierra
Los cimientos temblaron, y su seno
Una sombra lanzó, magestüosa:
Y á su vista, turbado
Almendares su plácida carrera
Contuvo.—«Noble Génio, ilustre Habana,
Salud, salud por siempre, ella dijera:

Te conocí mansion del indio rudo
Cuando alegre, glorioso y aclamado
En tu playa salté. Despues te vide
De triunfos llena, rica, encantadora
Ser de la vírgen Cuba la señora.
Mírame; soy Colon: el que atrevido
Hendiendo ignoto mar en frágil nave
Descubrí un nuevo mundo, que escondido
Al otro mundo estaba.—Tus clamores
Acalla *antes que el dia*
Rompa en Oriente desparciendo albores
Verán tus ojos ávidos al pueblo
Gozoso rodear la nave, nuncio
De paz, y de consuelo, y de alegria.
Ya de Iberia el lamento
Oyó propicio el cielo, y apiadado
Progenie ilustre ha dado
Al trono de Castilla:
En él brilla radiante
El nombre de Isabel en grato agüero,
Como brilla triunfante
Tras fiera tempestad algun lucero.»—

Dijo: súbito trueno
Retumba en la alta esfera: la sagrada
Sombra se hundió: Almendares
Sigue su curso rápido y sereno:
De la luna plateada
Vuelve á brillar la luz: y el alto Génio
Desparece diciendo:—«Alienta, Habana;
Y en tu recinto suene entre el contento
Isabel, Isabel.»—Y en la lejana
Colina, el eco trémulo, apagado,
De Isabel volvió el nombre idolatrado:
Y de onda en onda vaga repetido,
La sombra errante del valiente Soto (*)
La escuchó; y conmovido
Endulzando su fúnebre lamento
Isabel, dijo, en moribundo acento.

(*) Alude á la notable coincidencia de llamarse tambien Isabel la esposa de Hernando de Soto, adelantado de la Florida, y tercer gobernador de la isla de Cuba, que habiendo muerto en la conquista de la Florida el dia 27 de Junio de 1542, temerosos los españoles de que los indios hiciesen algun desman en su cadáver, si llegaban á apoderarse de él, lo colocaron en un grueso tronco de encina hueco, y lo arrojaron por la noche en lo más hondo del rio que llamaban *Grande*.

A UNA NUBE.

I.

Nube cándida y alegre,
Entre nubes escogida,
De blando soplo impelida
Vas á ocultarte en la mar.
Y yo, triste! que al mirarte
Ví en tu pureza á mi amante,
Quedaré solo, anhelante,
Buscándote en vano ya.

II.

El alerta marinero
Al verte en la lejanía,
Clamará con alegría,
«Una nave!—Vedla allí!»
Te acercarás; pero viendo
Su vivo afanar burlado,
Se entristecerá el cuitado,
Como yo me entristecí.

III.

¡Con qué placer el piloto,
Al alzar la mústia frente,
Te verá en el claro Oriente
Tras la fuerte tempestad!
Sus ojos ya en tí fijando,
Ya en la mar tranquilizada,
Con trémula voz, turbada,
Al cielo bendecirá.

IV.

Ah! Si Dios me concediera
Del mundo vil ausentarme,
En espíritu mudarme,
Ir en tu seno á morar!...
En tí oculto, palpitando,
Viérame el luciente dia,
La noche clara y la umbría,
La calma y el temporal.

V.

En la alta noche, serena,
Bajára al suelo adormido,
Cuando en silencio y olvido
Sepultado el mundo está.
Y en torno á mi dueño amado
Temblando revelaria,
Y áun tal vez me atreveria
Su pura frente á besar.

VI.

Ilusiones!... ya del viento
La ráfaga voladora,
Nubecilla encantadora,
Del cielo te arrebató.
Así mi prenda adorada
Me arrebataron, impíos!—
Pero fué á los ojos mios,
No á mi ardiente corazon.

RECONCILIACION.

IMITADOS.

De amor el fuego divino
Vuelva á arder prenda adorada:
Que no es vida la pasada
Sin disfrutar del amor.
No escuches la voz mentida
Que á entrambos nos pinta infieles:
Quieren probemos ¡cruëles!
En vez de gozo—dolor!

A mis ojos más que nunca
Pareces encantadora;
Sé por siempre la señora
De mi ardiente corazon.
Goza en paz el don dichoso
De agradar y ser amada.
No deseches engañada
Mi respetuosa pasion.

Como el arroyo que corre
Por bajo fresca sombría,
Que apenas la luna fría
Lo vé ni la luz del sol:
Así nuestra vida oscura
Corra en secreto, ignorada,
Bajo la sombra encantada
De las alas del Amor.

Y cuando la muerte corte
Nuestra amante alegre vida,
Y en nuestra tumba escondida
Crezca la flor sepulcral:
Al curioso viandante
La triste gente, inmutada,
«Se amaron» dirá, bañada
En tierno llanto la faz.

JUAN FRANCISCO MANZANO.

Mucho tiempo hace que empezó á figurar en el círculo humilde de nuestra vida literaria, el nombre de Juan Francisco Manzano, poeta de raza etiópica que vivió en el triste estado de la esclavitud durante cuarenta años, si fijamos, como se nos asegura, su nacimiento en esta ciudad, el de 1797, y no en 1804 como fija el señor Calcagno (1), ó en 1806 ó 1807, como consignan los Sres. Editores de *Cuba Poética* (2).

Con dueños bondadosos en sus primeros años, pudo ensanchar sus naturales inclinaciones literarias, refiriendo él mismo, en su *Autobiografía* «que de diez años daba de memoria los más largos sermones de Fray Luis de Granada, sabía tambien todo el Catecismo, y cuanto puede enseñar de religion una mujer, é infinidad de relaciones, loas y entremeses.»

Años más tarde, nuevos señores amargaron la vida del pobre siervo, en términos que nuestra pluma se avergonzaria relatar.

¡Bendita mil veces la hora en que la redencion de la desgraciada raza á que pertenecia Manzano, ha hecho ya imposible actos tan atentatorios á la dignidad humana, como los que sufriera el poeta esclavo en su juventud, tan llena de infortunios y crueles dolores!

Al servicio algun tiempo del ilustrado protector de la instruccion pública en esta Isla, Sr. D. Nicolás de Cárdenas y Manzano, halló de nuevo, campo para dedicarse á sus aspiraciones.

Hé aquí, como despues de elogiar las puras costumbres de su señor, refiere Manzano la sencillez de sus estudios: «Tomaba sus libros de *Retórica*, me ponia mi leccion de memoria, la aprendia como un papagayo y ya creia yo saber algo; pero el poco fruto que de ello sacaba, lo conocia en que nunca habia ocasion de aplicar mis conocimientos. Entonces determiné darme á otro estudio más fácil que fué el de aprender á escribir..... Prohibióseme la escritura, pero en vano, porque todos se habian de acostar, y entonces yo encendia mi cabito de vela, y me desquitaba á mi gusto, copiando las más bonitas letrillas de Arriaza, á quien imitaba siempre, figurándome que con parecerme á él ya era poeta. Pilláronme alguna vez algunos papelillos de décimas, y el Sr. Dr. Coronado fué el primero que pronosticó que yo sería poeta aunque se opusiera todo el mundo (3).»

(1) «Poetas de Color».—Pág. 27.
(2) «Cuba Poética».—1861.—Pág. 150.
(3) Calcagno.—«Poetas de Color».—1878.—Pág. 32

En 1821, publicó una coleccion de versos, *Cantos á Lesbia* (1): el Sr. Calcagno lamenta la pérdida de la segunda parte del manuscrito de la expresada obra.

En 1831, se publicó en *La Moda ó Recreo semanal del Bello Sexo* su poesía al nacimiento de la Infanta Dª María Isabel Luisa de Borbon, con esta nota al pié, de los redactores de dicha publicacion: «El autor de esta poesía es un pardo jóven, esclavo, del que no es esta la primer vez que el público ha visto sus composiciones. No debe extrañarse que sepa, sin más guia que la naturaleza, formar algunos hermosos trozos como los que se hallan en la presente, porque el *poeta nace* adredemente: nos hemos abstenido de corregir las pocas faltas que contiene, y que nuestros indulgentes lectores las dispensarán, por mantener la originalidad (2).»

La composicion á que nos referimos es buena prueba de lo que con el estudio hubiera llegado á valer Manzano en nuestra literatura.

En 1834, publicó en *El Pasatiempo*, excelente periódico de Matanzas, sus «Romances Cubanos» *El Desafio*, *La Guajirita*, *El jóven desconocido*, *El amante quejoso*, *Leonardo y Panchita*, *El feliz suceso* (3).

En 1837, por iniciativa de D. Domingo Del Monte y del Ldo. D. Ignacio Valdés Machuca, entre vários de sus admiradores, se reunieron quinientos pesos para comprar su libertad.

El mismo año, ya liberto, los Sres. Palma y Echeverría, publicaron en el *Aguinaldo Habanero*, sus sonetos *Treinta años* y *A la ciudad de Matanzas despues de una larga ausencia*, escrito este último en 1830, y sus composiciones *La Cocuyera*, *El Relox adelantado* y *La Música*. El soneto *Treinta años*, ha sido traducido á cuatro idiomas y era conocido mucho antes de su publicacion. Schœlcher, ha traducido al francés los sonetos *Treinta años* y *A la ciudad de Matanzas*, y la poesía *Al Cerro de Quintana* (4).

Richard Maddens, publicó en Lóndres en 1840 un libro, hoy rarísimo, conteniendo la traduccion inglesa de las mejores poesías de Manzano y la de sus *Apuntes Autobiográficos* de los cuales hasta ahora no se han publicado en castellano, sino los cortos fragmentos que nos da á conocer en su opúsculo *Poetas de Color* el Sr. D. Francisco Calcagno, conservándose el manuscrito autógrafo en la rica biblioteca de don Leonardo Del Monte, en Nueva York (5).

En *El Album*, siendo editor Ramon de Palma, en Noviembre de 1838, se publicó, págs. 115-127, la poesía *Un sueño*, dedicada á su segundo hermano.

En 1842, se imprimió en esta ciudad su tragedia en cinco actos *Zafira*, dedicada al Ldo. D. Ignacio Valdés Machuca, *como prueba del eterno reconocimiento que está grabado en el corazon de su afectísimo Juan Francisco Manzano* (6). El mismo año se publicó la *Corona fúnebre* á la memoria del Pbro. D. Manuel de Lara y Cadalso y en ella se insertó una poesía que escribió para ese objeto (7).

---

(1) «Poesías líricas», por Juan Francisco Manzano.—Habana.—1821.—Oficina de Arazoza y Soler impresores del Gobierno Constitucional.—En 4º

(2) «La Moda ó Recreo Semanal del Bello Sexo.—Tomo tercero.—Habana.—Imprenta de D. Lorenzo María Fernandez de Teran, calle de Manrique casa núm. 62, extramuros.—1831.—22 de Enero.—Págs. 122-127.—Ex Biblioteca Dr. D. Vidal Morales.

(3) *El Pasatiempo*.—Por Dª Isabel II.—Núm. 50, 22 de Julio de 1834.—Núm. 52, 25 idem.—Núm. 57, 9 de Agosto.—Núm. 58, 12 id.—Núm. 59, 16 id.—Núm. 61, 23 id.—Matanzas.—por don Tiburcio Campe.

(4) Abolition de l' esclavage; exámen critique du prejugé contre la couleur des africains et des sang-melés; par V. Schœlcher.—Paris.—Pagnerre, editeur.—Rue de Seine.—14 bis.—1840.—Págs. 89-92.

(5) El título de la obra inglesa es el siguiente: «Poems by a slave in the Island of Cuba recently liberated, translated fron the spanish, by R. R. Maddens, M. D. wish the history of the early life of the negro poet, writen by himself, to which are prefixed two pieces descriptive of cuban slavery, and the slave traffic by R. R. M. London.—Thomas Ward and Cº Paternoster Row and may be had at the office of the British and foreingn antislavery Society.—27 New-Broad street—1840.—«Poetas de Color».—Pág. 26.

(6) «Zafira», tragedia en cinco actos, por Juan Francisco Manzano.—Habana.—Imprenta de D. Lorenzo Mier y Teran.—1842.

(7) «Corona Fúnebre» consagrada á la tierna memoria del Pbro. D. Manuel de Lara y Cadal-

Viviendo pobremente, sirviendo á algunas de las familias más conocidas de su tiempo, llegó el año de 1844, y como tantos otros desgraciados de su clase, se vió sin saber la causa, inocente como era, reducido á prision con motivo del célebre proceso que costó la vida á Plácido. Segun vemos en la sentencia de este último, se dió á Manzano por «compurgado con la prision sufrida, mandándosele poner en libertad, sin costas, pero vigilado á precaucion por el término de un año»; no obstante, permaneció preso en la cárcel de esta ciudad hasta el 19 de Noviembre de 1845.

Despues de su desgracia, poco ó nada escribió Manzano que sea digno de mencion y que conozcamos.

El poeta que hubiera alcanzado con sus cantos imperecedera gloria, vivió oscurecido trabajando de cocinero para obtener su mísera subsistencia, acabando sus tristes dias el año de 1854.

«Esclavo—dice Suarez y Romero,—aprendió á leer y á escribir, esclavo compuso sus primeros versos, esclavo bosquejó la consternadora relacion de su angustiosa vida, y esclavo trabó amistad con los literatos que lo redimieron. Su musa severa y levantada, casi no permite oir el ruido de las cadenas del cautiverio; pero como si el dolor hubiese sido su único númen, Juan Francisco Manzano enmudeció cuando á las noches de la servidumbre sucedieron las auroras de la libertad (1).»

En *Cuba Poética* (1861) se han insertado sus composiciones *A la luna*, *Ilusiones*, *Treinta años*, *La Cocuyera*, *El Relox adelantado* y *La Música*, todas las cuales coloca tambien en su *América Poética*, (Paris, 1875) el Sr. D. José Domingo Cortés.

Algunos tal vez digan que Manzano no merece un lugar en este libro: nosotros afirmamos lo contrario, haciendo nuestro el juicio de los Sres. D. José Fornaris y don Joaquin Lorenzo Luaces: «Porque el hombre que arrastrando una vida triste; sin libros, sin maestros, sin porvenir, en una palabra, toma la lira y preludia, y canta, y conmueve, y compra su libertad, bien merece que se incline algo la balanza de la justicia, y se le conceda un honor que el hombre libre, instruido y soñando con el porvenir, tal vez no hubiera merecido.»

TREINTA AÑOS.

(El autor del siguiente soneto, y de otros varios versos que se encontrarán en este libro suscritos con el mismo nombre, es un pardo natural de esta ciudad, quien los compuso siendo esclavo, en cuyo triste estado ha permanecido hasta hacé poco, que merced á algunas personas benéficas é ilustradas, comenzó á gozar las inapreciables prerogativas de hombre libre. Admira ver á un ente nacido y criado en tan abatida condicion, que eligiendo por única compañera á la encantadora poesía, se interna en el desierto de su vida, y ahorrando tiempo de las pesadas faenas á que su miserable suerte le condenaba, da rienda á las ideales inspiraciones de su fantasía. Ellas han alumbrado su camino, y ellas en últimas le han sacado á mejor puesto, donde con más espacio pueda dedicarse al cultivo de su entendimiento y sus afectos. Sí; él los cultivará; y logrará al cabo la corona debida al ingenio, que despues de la de la virtud, es la más expléndida que puede adornar las sienes de los mortales.—J. A. E.) - *Aguinaldo Habanero*.—Editores, Ramon Palma, José Antonio Echeverría.—Habana —Imp. de D. José María Palmer.—Calle de San Ignacio, núm. 6.—1837.—Pág. 97.

SONETO.

Cuando miro el espacio que he corrido
Desde la cuna hasta el presente dia,
Tiemblo, y saludo á la fortuna mia,
Más de terror que de atencion movido.

Sorpréndeme la lucha que he podido
Sostener contra suerte tan impía,
Si tal llamarse puede la porfía
De mi infelice sér, al mal nacido.

Treinta años ha que conocí la tierra;
Treinta años ha que en gemidor estado
Triste infortunio por do quier me asalta.

Mas nada es para mí la cruda guerra
Que en vano suspirar he soportado,
Si la calculo ¡oh Dios! con la que falta.

so, Cura Párroco de la Iglesia de Guadalupe.—Habana.—Imp. de D. José S. Boloña.—1842.—Páginas 1-4.

(1) Prospecto para una Biblioteca de autores cubanos,

LA COCUYERA.

Un incauto cocuyo
Revolaba brillando,
Ya del prado á la selva
Ya de la selva al prado:
Libre cual mariposa
Hendiendo el aire vago,
Liba en vírgenes flores
Jugos almibarados:
Ora explende, ora oculta
Del fósforo inflamado
La luz á que no cabe
Color acomodado.
¡Cómo vuela invisible!
Lucero es ya bien claro:
Sí presto se oscurece,
Presto ilumina el campo.
En vano los mancebos
Le siguen anhelando,
Con teas encendidas,
El placer de tomarlo;
Pues revolando en torno
Al silbo suave y blando,
Vuelve la luz en niebla,
Se pierde entre las manos:
Y en la frondosa copa
De un florido naranjo,
Opaca luz despide
Dejándolos burlados.
Entónces Nina bella,
Gloria y honor del campo,
Envidia de las flores,
Delicia de su amado,
Toma la cocuyera,
Que con curiosas manos
Labró en felices dias
Su tierno enamorado;
Y en alto suspendiendo
Tan bellísimo encanto,
La mueve, y mil cocuyos
Alumbran encerrados.
«Baja, le dice, baja,
Que en mi amante regazo
Cañas dulces te ofrezco,
De cañutos dorados:
Dormirás en mi alcoba
Mi aliento respirando;
Serás de mis amores
Confidente sagrado.»
El fúlgido cocuyo,
Plácido susurrando,
Vuela, desciende y toca
Sobre sus mismos labios;
Probó la miel hiblea,
Con que amor ha endulzado
Los divinos claveles,
Honor del cútis blanco.
Del nuevo prisionero
Celébrase el hallazgo,
Y en la prision contento
Brilla que es un regalo...
.....
.....

A LA CIUDAD DE MATANZAS DESPUES DE UNA LARGA AUSENCIA.

SONETO.

Testigo un tiempo, campo venturoso,
De tu maleza fuí: manglar y uvero
En tí mecerse contempló el viajero,
Que frecuentó tu seno montüoso.

Ya en vano busco desde el puente añoso,
Tus uvas, mangles, y el pajizo alero
De la abatida choza, do el montero
Su indigencia ocultó, mendigo, ocioso.

Todo despareció: tu plaza crece,
Y á par huyendo, déjante poblado
Selva, maleza y campesina sombra.

Tamaña variedad júbilo ofrece;
Pues quien te abandonó tan desmedrado,
Hoy con placer filial te ve, y se asombra.

1830.

AL RELOX ADELANTADO.

En vano, relox mio,
Te aceleras y afanas,
Marcando silencioso
Las horas que no pasan;
Si, aunque veloz el tiempo
Como el viento se escapa,
Jamás el sol brillante
De sus límites pasa.
Él con dedo de fuego
Las verdades señala,
Y en las reglas que fija
Ni un solo punto falla.
Si, hurtando los momentos,
A mis ojos engañas,
No por eso este dia
Más brevemente pasa.
Pero si un mal interno,
O de tus ruedas varias
Los aguzados dientes
Te muerden las entrañas;
Aprende de mi pecho,
Que en tan fatal desgracia,
Por ser igual al tiempo
De lágrimas se baña.
Mas ¡ay! que no me entiendes,
Ni en tu carrera paras,
Tal vez horas buscando
Ménos duras y amargas.
Tus pasos desmedidos,
Tu acelerada marcha,
Todo sigue y demuestras
Una ofensiva causa;
Y en tan discorde curso
Ya á mi dolor igualas,
Que con el largo tiempo
Siempre más se adelanta.

LA MUSICA.

Deten la diestra mano encantadora,
Angelical mujer: álzala en tanto
Que entusiasmado tu bondad implora
Tu más débil cantor. Sí, Delia hermosa!
Torne á su sér el alma que extasiada,
Incierta discurria
Bajo el impulso y grata melodía
Que gustar hace el plácido instrumento,
Cuando en lozana juventud te admiro,
Cual aquella deidad que al casto coro
Sublime encanta con el arpa de oro.

¿Por qué no es dado á mi infeliz estrella
Fácil ahogar el dulce sentimiento
De vida, de amistad y de contento
Que inspira la beldad modesta y pura?
Entonces, sí, callara; y silencioso
Con el oyente tibio confundido,
Y á tí desconocido,
De la música el estro poderoso
No descubriera en tí.—Mas ¡ay! Natura
De una alma me dotó tierna y sensible
Al mágico entusiasmo irresistible
Que experimenta juventud florida,
Cuando el aura de dicha respirando,
Descuella por los campos de la vida,
De la belleza en pos placer buscando.

Ya en el teclado armónico te siento,
Marcando los compases
Con celestial impulso... En tal momento
Bañado en dulcedumbre y alegría,
Yo inerte, inanimado,
Lleno de desamor el pecho helado
Contemplarte podré?—No, Delia mia!
Cuando tu grato nombre
De labio en labio la amistad llevaba,
Como décima Musa te invocaba:
De este feliz renombre
Que en sus alas el mérito levanta,
Mucha suma esperé—pero no tanta.
.....

* * * *

Con sensaciones tales
Música y poesía me inspirabas;
En tanto que ignorabas
Cuánto á tu influjo tu cantor sentia.
Tus manos ¡ay! tus manos
Me hicieron conocer que aún existia
Dicha inocente entre los goces vanos
Que nos llevan en pos, y precipitan
En caos de dolor, do siempre tarde
Recuerda el triste que en pasiones arde.

¡Feliz aquel mortal que siente y pinta!—
Así dos veces una dicha goza,
Si la Inocencia pura
Tributa candorosa
Del ingenio al pincel la hermosa tinta
Que á la Verdad tan sólo pertenece.
Mi labio tal te ofrece,—
No el fuego devorante
De un simpático amor... ¡Ay! yo tu amante
Nunca, Delia, seré!—Naciste bella,
Parda vírgen que ciego idolatrara;
Cuyo candor á mi color uniera,
Como ingenioso artífice entrelaza
El morado clavel á la violeta.—
Mas el destino, la razon prudente
El cielo todo ofuscan, do mi estrella
Sin fortunada luz á oscuras pasa.
Pero no pudo rigoroso el hado
Privarme del placer que experimento,
Cuando al impulso de tus manos siento
Que herido *el diapason* te corresponde
La métrica cadencia,
La sublime influencia,
La dulce mágia que tu esfuerzo esconde.
¡Oh mágia! cuyo efecto poderoso
Me comunica el entusiasmo ardiente,
El volcánico ardor que hace á la mente
Por un mundo ideal, en fervoroso
Rápido vuelo alzarse, y los concentos
De los celestes coros melodiosos
Endiosado gozar.... .....
.....

Cuando inspirado
De fuego celestial, las cuerdas de oro
Ante el pueblo de Dios David pulsaba,

Y hasta el Eterno en cántico sonoro
Inmaculados tonos levantaba
¿Quién tan sublime impulso á su arpa diera?
Por tí, Génio divino,
Se hizo eminente el inmortal Rossini,
Cuando del Sena el curso suspendiera
Con nunca oidos tonos, encantando
Con su influjo y poder á Europa entera.

* * * *

Yo al pintar tan patética dulzura
En tí, Delia inocente,
Respiraba este afecto de ternura;
Y en la encendida, arrebatada mente
Larga rienda soltando al pensamiento
¡Oh cuán digna te hallé del canto mio,
Y cuán bella tambien!..... .....
....

Pero callaron
Ya las templadas cuerdas.—¿Dónde fueron
La divina expresion, el mago canto
Y la destreza más que sobrehumana
Que cautivó sensibles corazones?...

Terminaron tambien mis ilusiones,
Como si de un ensueño despertara...
Yo entonces, conmovido
De un no sé qué de gratitud grandiosa
En mi trasporte al colmo me elevara;
Y de allí arrebatado en la ardorosa
Idea que aún halaga mi sentido,
Mis labios en tus manos estampára; —
Fuera de mí, perdido,
A morir á tus plantas me arrojára.

MANUEL GIRON.

Nació en la ciudad de San Bernabé de Mérida, en Yucatan, el 1º de Enero de 1816, y fué bautizado al siguiente dia en la Catedral de la misma.

Es hijo del Sr. Coronel de Ejército D. Andrés Giron y Loizaga y de Dª Beatriz de las Cuevas y Hernandez, virtuosa dama, natural de Santiago de Cuba.

El año de 1822, esto es, cuando apénas contaba seis años, vino á esta Isla con su familia que se estableció en la última ciudad. Hizo sus estudios en el Seminario de San Basilio el Magno, recibiéndose de Bachiller en Leyes, y más tarde de Licenciado en la Universidad de la Habana.

En Julio de 1843, juró como abogado en la Audiencia Pretorial, incorporándose el mismo año á la Territorial de Puerto Príncipe.

En Enero de 1847, contrajo matrimonio con la Srta. Dª Dolores Aguilera y Perez, y permanece en Santiago de Cuba con su esposa é hijos.

Desde muy jóven, el Sr. Giron cultivó la poesía y en *El Redactor* se publicaron sus más selectas producciones.

Con el título *Tiempo perdido*, coleccionó en la *Biblioteca de la Revista Cubana*, en 1857, algunos de sus inspirados cantos, gracias á las gestiones de su amigo el ilustrado cubano D. Juan Bautista Sagarra y Blez.

En *El Kalcidoscopio*, publicacion literaria que en 1859 publicaban en esta ciudad los Sres. D. Ramon Zambrana y D. Próspero Massana, vieron la luz pública sus poesias *La Estrella de la tarde* y *Las Montañas de Santiago de Cuba*, que tambien colocó el Sr. D. José Socorro de Leon en su libro *Cuba Poética*, el propio año.

El Sr. Giron es muy apreciado en Santiago de Cuba, tanto como letrado inteligente, como por su claro talento y amor á las letras.

LA ESTRELLA DE LA TARDE.

Cándida estrella de la tarde amiga,
Que en el espacio solitaria imperas,
Y de la tierra á los ansiosos ojos
Fúlgida brillas.

Ya los celajes del ocaso ardiente
Descoloridos por el éter vagan,
Y como un punto adiamantado, incierto,
Tímida asomas.

Tú la hora fijas del descanso al hombre,
Cuando á tender sobre la tierra vienes
El vasto velo de la noche umbría,
Mágica y bella.

Y te saluda embelesado el mundo,
Y espejo brinda en su cristal la fuente
A la hermosura de tu faz divina,
Astro precioso!

La flor del campo de perfumes llena,
Se abre á los besos del nocturno ambiente
Que tu brillante aparicion derrama,
Luz de los cielos!

¡Qué sentimiento tan profundo y grato
Tu faz excita en el sensible pecho
Que en tí la imágen de su amor contempla
Nítida y pura!

Por eso siempre al espirar el dia
Te busca el alma en el azul del cielo,
Y á la delicia de mirar tu brillo,
Fácil se entrega.

Y en silencioso arrobamiento sigue
El lento paso con que leda asciendes,
Y la dulzura que tu luz infunde,
Plácida aspira.

Lúzcanme siempre, vespertina estrella
Cual hoy risueños tus preciosos rayos,
Y de mi amor las misteriosas dichas,
Tierna preside.

Así en las sombras de la noche oscura
Resalte aún más de tu verdad el brillo;
Y si una nube te velare impía,
Rápida cruce.

Así la bella que mi pecho adora
Levante á tí sus peregrinos ojos,
Y de tu disco reflejada en ellos
Mires la imágen.

Vendrá una tarde en que de dicha llenos,
La bella y yo, saludaremos juntos
Tu aparicion en el inmenso espacio,
Cándida estrella.

1845.

LA GOTA DE ROCIO.

Lágrima del alba bella,
Blanca perla cristalina,
Que el sol naciente ilumina
Cuajada sobre esa flor;
Se me figura al mirarte
Tan transparente y preciosa,
Que una enamorada hermosa
Sobre esa flor te lloró.

Nívea gota de rocío,
Hija del aire sereno,
¡Oh cuán mágica en el seno
Te contemplo de esa flor?
Pues para más linda hacerte
Y darte más poesía,
Esa flor tiene ambrosía,
Y purpurino color.

¡Cómo la luz te enamora,
Y tu esférica figura
Cerca en torno de hermosura
Al ampararse de tí!
¡Cuán nítido es el reflejo
Que irradias sobre esa rosa,
Donde tu forma graciosa
Se ve tan pura lucir!

Pero tambien temblorosa
Vacilar casi te miro,
Del aura al ténue suspiro
Que mueve apénas la flor:
Así á veces se estremece
Aun el corazon del hombre,
Linda gota, no te asombre,
Con un suspiro de amor!

¡Ah! no quisiera mirarte
Caer en la tierra impura,
Sino volver á la altura
Reconvertida en vapor:
¿Qué la tierra ganaría
Con embeberte en su seno
A tí, del aire sereno,
Aljofarado primor?

Yo bendigo, nívea perla,
La siempre plácida hora
En que te vierte la aurora
En el oriente al reir:
Ella te llora de risa...
Pues al cabo, hija del cielo,
Donde no hay penas ni duelo
Como el mundo, es feliz.

Mas del sol el rayo ardiente
En tu existencia ya influye,
Y tu forma disminuye,
Y al fin se consumirá.
Este es el destino ingrato
De todo lo de la tierra...
Aun esa flor que te encierra,
Otra aurora no verá!

1846.

LA GRAN PIEDRA.

FRAGMENTO DESCRIPTIVO.

Héme en la cumbre de la enorme piedra
Que desnuda se ostenta, sin adorno
De verde musgo ni silvestre yedra,
Los horizontes dominando en torno.

Silba del sur el tormentoso viento
Tras sí arrastrando la neblina errante,
De sus alas al raudo movimiento
Mírase el bosque bambolear flotante.

Y el son entre amoroso y dolorido
Del ruiseñor que enagenado canta
De la rústica mole en la garganta,
Apenas llega á mi asordado oido.

El mar la sirve de brillante espejo
Tendido ante su faz al Mediodía,
Y forman á su pié, vasto cortejo,
Montañas mil á quienes sombra envía.

Se ven desde la cresta hasta la falda
Los cerros á la luz engalanados
De un verde subidisimo esmeralda,
Verde de los cafetos aromados.

De Guantánamo inmensa la bahía
Do el sol naciente su explendor derrama,
Al Sudeste, entre hermosa serranía,
Brillar se vé cual argentada llama.

Y allá del Occidente en la llanura,
Como islotes de un lago en los cristales
Se divisan tambien en miniatura,
De trecho en trecho, cien cañaverales.

Herido asaz por el ardor impío
De los rayos flamígeros solares,
Distínguese de Cuba el caserío
En medio blanquear de los palmares.

A su través levántase, tendida
La breve falda sobre el mar salobre
Por vistosos celajes protegida,
La cordillera expléndida del Cobre.

¡Cuán grato es contemplar en esta altura
Henchida el alma de indecible anhelo,
Del mar y de los montes la hermosura
Bajo la inmensa bóveda del cielo!

1841.

LAS MONTAÑAS DE SANTIAGO DE CUBA.

(DEDICADA Á MI AMIGO J. P. GARZON.)

¡Cuánto decís al pensamiento mio,
Oh vosotras de Cuba altas montañas!
Ya os bañe de la luna el rayo umbrío,
Ya un sol resplandeciente en las mañanas!

Tan bellos cual se pinta el pensamiento
Los pasados delirios juveniles,
En el tierno color del firmamento
Dibújanse á la luz vuestros perfiles.

Que vosotras altivas soportando
Del tiempo destructor la pesadumbre,
Del cielo, al que de cerca estais mirando,
Siempre lozanas recibís la lumbre.

El rayo en valde quebrantaros prueba,
El huracan respeta vuestra frente,
Y el terremoto mismo, ora os conmueva,
Es, para derribaros, impotente.

Que al daros ¡oh montañas! existencia
Contra el furor del mar, el Infinito,
Os dió, para burlar toda violencia,
Base, entrañas y arterias de granito.

Y os coronó de palmas y de flores,
E hizo brotar de vuestras peñas fuentes,
Que á los valles, arroyos saltadores,
Precipitan sus ondas transparentes.

Ni voraz buitre ni traidora hiena
Vense en vosotras, ni reptil dañino;
Tan sólo alzado en vuestras cumbres suena
Del ruiseñor el órgano divino:

Y alegran vuestros bosques seculares
De otras aves bandadas vocingleras,
Que en las agujas mil de los palmares
De su vuelo posar se ven lijeras.

Y son de vuestras cumbres ornamentos
Erguidísimos árboles frondosos...
Vuestros cedros se ostentan corpulentos,
Muy más que los de Líbano famosos.

Y es tal de vuestro clima la excelencia,
Que las que os ciñen fértiles coronas
Bajo el trópico ornais, por opulencia,
Con flor y frutos de templadas zonas.

Y á la codicia audaz velais segura
De ricos minerales larga fuente,
Bajo esa lujosísima verdura
Con que os vistió la mano omnipotente.

¡Oh! yo os saludo, pintorescos montes,
En que más de una vez posé mis plantas,
En que abarcando vastos horizontes,
Palpitante admiré riquezas tantas!

Nunca, jamás vuestras alturas bellas
Dieron al hombre horror, ni pesadumbre,
Que de erupto volcan jamás en ellas
Rastro se vió ni pavorosa lumbre.

Por eso gozo al contemplaros, siento,
E inspirado os dedico aquestas rimas,
Pareciéndole al pecho, en cada aliento,
Los aires aspirar de vuestras cimas.

Los aires salutíferos que imprimen
Del bienestar la deleitosa calma,
Que del ardor febrífugo redimen
Al cuerpo, y tornan su ilusion al alma.

¡Quién pudiera, montañas venturosas,
Vivir en vuestras mágicas florestas,
Oculto entre las nubes vaporosas
Que se agrupan en torno á vuestras crestas!

Que yo amo, como el águila, la altura,
Y en vosotras quisiera hacer mi nido
Para beber del sol la lumbre pura,
Del mundo ageno al enojoso ruido.

Allí, mi pensamiento levantando,
En ráudo vuelo el éter surcaría,
Y al Hacedor, los orbes contemplando,
En su templo más grande adoraría!

FEDERICO MILANÉS.

Federico Milanés, hermano menor del célebre poeta José Jacinto Milanés, nació como éste en Matanzas, cuando Matanzas era una poblacion de humilde categoría en riqueza, comercio y adelanto intelectual. Como su hermano, recibió los primeros rudimentos de su educacion externa, en una escuela de primeras letras que costeaba el Municipio, y en donde se enseñaba á los niños con el estímulo de algunas recompensas monetarias y varios dias de vacaciones, cuyo premio se les daba en un examen público al cabo del año, sin olvidar tampoco como poderoso aliciente, aquel antiguo precepto de que *la letra con sangre entra*, pues en tal instituto no escaseaban los castigos corporales á veces muy rigurosos y siempre degradantes, tanto para los alumnos desaplicados y pendencieros, como para los tímidos y estudiosos. La educacion se concretaba al aprendizaje de la lectura en el «Caton cristiano», impreso y encuadernado como un libro del siglo XVI; al «Método de Torio», para saber hacer buena letra española; á los estudios de gramática, geografía, aritmética y «Catecismo de la Doctrina», muy deficientes de entónces; y como artículos suplementarios y de adorno, un compendio ó tratado del sistema planetario, otro de mitología y el sumario de la Historia de España, escrita en los mal inspirados versos del Padre Isla. Con todo, como de esta escuela salieron matanceros, que andando los tiempos se distinguieron por su saber y aplicacion, afirman no pocas personas que fué aquel Instituto un modelo acabado de órden y enseñanza, atribuyendo á su débil influencia en el punto de partida de inteligencias precoces, lo que, segun los datos que nos ofrecen diferentes lugares de nuestra isla de Cuba, más bien debieron á su especial organizacion y á un clima prodigioso que no entumece las facultades intelectuales. Federico Milanés, como su hermano, desde muy niño todavía, dió muestras de su aficion principal, y en compañía del ilustre autor del *Conde Alarcos*, contando apenas doce años, ya llevaba algunos cuadernos con los pretenciosos títulos de *poesías*, *novelas* ó *comedias*. En los primeros años de su juventud estuvo empleado en lo que democráticamente llaman ahora Administracion Económica, y que entonces con mucho respeto se decía Rentas Reales; pero lo rutinario de los trabajos en que se ocupaba y la mala retribucion que como paga de ellos conseguia, le hicieron abandonar aquel destino para entrar de dependiente en un establecimiento industrial. En éste, no permaneció largo tiempo, porque con motivo de la imposibilidad en que se encontró su hermano de seguir desempeñando la secretaría del Ferrocarril de Matanzas, á causa de la afec-

moral que ya le amagaba con su mayor desgracia, y habiéndosele ofrecido á Federico la interinatura de aquel empleo, se hizo cargo de ella, dejándola despues por tener que acompañar á su hermano en el viaje que á los Estados Unidos de América y á Europa, emprendió aquel, por empeño de varios amigos generosos que no renunciaban á la esperanza de verle recobrar la salud perdida. Vuelto Federico á su tierra natal, despues de diez y ocho meses de ausencia, con la terrible conviccion de lo infructuoso de la prueba hecha, y ya allí encontrándose solo, con sus padres muertos, y en cierto modo obligado por deber y conciencia á hacer sus veces en el seno de la familia que le quedaba, encargóse de la administracion de sus intereses, concretándose como suele decirse, en cuerpo y alma, á las ocupaciones materiales y de poco estímulo imaginativo que le exigian, por otra parte, el deseo de asegurar á su familia si no un completo bienestar, al ménos una posicion libre de grandes necesidades. En este plan de vida no abandonó sin embargo el cultivo de las letras, necesidad imperiosa de sus gustos y áun cuando poco daba á luz, con todo lo que posee el público de sus trabajos literarios, que es lo ménos, ha alcanzado concepto indisputable de asíduo, entusiasta, por todo lo que distingue y embellece las facultades de la mente humana y el justo renombre de inspirado y culto poeta.

En el *Aguinaldo Habanero* de 1837, dado á luz por los Sres. Palma y Echeverría, se imprimió, páginas 61–64, su primera composicion en verso titulada *Amor á los Figurines*, finísima sátira que fué muy celebrada, escogida entre muchas que tenía inéditas; cuya composicion sirvió de letra para una obra musical, que se arregló y corrió con alguna boga por algunas poblaciones de la parte oriental de la Isla.

Fué colaborador en compañía de su hermano, Miguel T. Tolon y José V. Betancourt del periódico diario *El Yumuri*, que se publicaba en Matanzas por los años de 1841.

En la redaccion del *Foro Industrial de la Habana* del año de 1845 tambien tomaba alguna parte.

En el año de 1846, en el segundo certámen de los Juegos Florales del Liceo de la Habana, alcanzó el primer premio, consistente en medalla de plata y título de sócio de mérito por su *Sátira contra la manía de publicar tomos de poesías con títulos inadecuados y prólogos altisonantes y laudatorios.*

En el año de 1861, en el primer certámen de los Juegos Florales del Liceo de Matanzas, presidido por la ilustre poetisa Dª Gertrudis Gomez de Avellaneda, alcanzo el primer premio, consistente en medalla de oro, sin título de sócio de mérito por haberlo ya obtenido, cuyo premio mereció por su *Oda á la muerte de Quintana*, que publicámos, consiguiendo además el Accesit por una comedia, (sin haber alcanzado premio ninguna otra de las presentadas en el certámen). En esta misma funcion consagrada en su mayor parte á los festejos y recepcion en el Liceo de la señora Avellaneda, tuvo á su cargo Milanés, entregarle un valioso ramo de oro con que la obsequiaba aquel Instituto, lo que hizo el poeta laureado, recitando una breve composicion en verso.

En el año de 1865 en un viaje hecho á los Estados Unidos, publicó en Nueva York la nueva edicion de las obras de su hermano, que antes hemos citado, más completa que la que se dió á luz en la Habana, en cuatro tomos, 1846–1847.

En el de 1866, en el certámen de los Juegos Florales del Liceo de la Habana, alcanzó el primer premio, consistente en medalla de oro, por su *Sátira contra los vicios de la sociedad cubana.*

Mucho anhelamos que el Sr. D. Federico Milanés se resuelva pronto á la publicacion de sus obras, pues nos consta que las tiene inéditas importantes.

ODA (1)

Á LA MUÈRTE DEL EMÌNENTE POETA DON MANUEL J. QUINTANA.

Todo sucumbe al fin, ménos la gloria.—
Faltó á la bella historia
Del sublime cantor, un nuevo dia
En que su voz, con sonoroso acento,
Llevada en alas del lijero viento
Llenara el vasto mundo de armonía.

El noble ciudadano
Que al gemir de la pátria, enardecido,
Hizo temblar al mísero tirano
En su dosel de picas circuido,
Postróse al fin rendido
Ante la ley eterna que derrumba
Al sacro Partenon.
Rotas rodaron
Las soberbias columnas que guardaban
De Minerva el altar, al recio empuje
De los siglos que encima se agolparon,
¿Mas acaso pudieron
En los escombros negros, estriados,
Borrar tambien la vividora idea
De Fidias inmortal?
No más despierto
El vate á quien ciñó doble corona
De canas y laurel la augusta frente,
Al pié del sáuce donde el viento zumba,
Yace pálido y yerto
Allá en el fondo de su hueca tumba.

Mas no su canto así,—mas no el lirismo
Que á España honor le daba,
Cuando evocando el nombre de Padilla,
El apagado hogar de un pueblo libre
Con generoso aliento reanimaba.

No la sublime inspiracion, que alzando
Su espíritu hasta el cielo,
Unió su canto al de la mar inmensa.
El en su ardiente anhelo
De admirar, de sentir, de gozo lleno,
Ansió espaciorse en su anchuroso seno,
Y el bramar de las olas,
Y su *hervir vividor*, y su insondable
Y eterno poderío,
Desde entonces, creciendo ante mis ojos,
Se enlazó con el nombre del poeta
En el latir del pensamiento mio.

No á perecer sujeta
La palabra hizo Dios, dando á la vida
Vestidura mortal,—risueña ó grave,
Llama inmortal que el hombre desencierra,
Ella serena en juventud constante,
Nunca con él se oculta en los sepulcros
Que amontonan los siglos en la tierra.

Ella fué la que un dia
En las orillas de la mar Egea
Hizo vibrar la cítara sagrada
Del padre universal de la poesía.
La noche de los tiempos borró airada
Su vacilante huella,
Cuando sin luz en la mirada hueca,
Con hambre y sed las inclementes playas
Mísero recorrió,—pero el acento
Que reveló la union de cielo y tierra
Siempre entonado irá siglo tras siglo
Dándole vida el impalpable viento.

Las dormidas arenas
Sepultan el viento en que mugia
La tumultuosa Aténas,
Mas no la voz del vencedor de Esquines
Que al conmovido pueblo amotinaba
Contra el aleve macedon,—rugiente,
Con tronador sonido,
Ella rompiendo la fugaz corriente
Que lanza las edades al olvido,
Eterna gira con el aire libre
Que generoso orëa
El rostro del mortal, que exento el cuello
De la argolla servil, respira erguido.

(1) Obtuvo el primer premio (medalla de oro) en los primeros Juegos Florales de Matanzas 1-6.

Harto bien lo supiste,
¡Oh tú, génio inmortal, cuando ensalzaste
De Gutemberg el generoso invento!
Por eso entonces á tu lira diste,
Con la noble emocion que te agitaba,
La potente armonía de tu acento.

Gozó tu pensamiento
Cuando en pos de la noche tenebrosa
Que en el mundo el error dejó tendida,
Viste por fin de la razon radiosa
Aparecer el alba bendecida.
Tú de la libre, la alma inteligencia
Sentiste en tí el amor y á Dios llevaste
El himno que á la humana independencia
Desde tu libre pecho levantaste.

Esa, pues, fué la llama
Que desprendida de su esencia pura,
Quiso Dios que en la cárcel se agitase
De la humana criatura.
Que se agitase, y que despues quebrando
El frágil barro en que gimió cautiva,
Al Empíreo volviese, aquí dejando
Un reguero inmortal de lumbre viva.

Así cuando en la tarde nos parecen
Ocultarse del sol las luces bellas,
Trémulas en las sombras permanecen
Palpitando de amor con las estrellas.

El bien constante existe.
No va á la noche triste
De la impasible tierra
A dormir la virtud. Si ella devora
Callada y de hora en hora
A cuanto vió nacer, el cielo en tanto
Llora, mas guarda en su nocturno llanto
Los explendentes iris de la aurora.

Vedla de luz vestida
La España iluminar. Vedla ante el nombre
Del vate que los pueblos conmovia
Cuando con noble grito les decia:
«Hijos de la razon, *libre es el hombre!*»
Vedla victorear. Ante aquel trueno
De popular aclamacion, sereno
No es ya el que titubea
Regio dosel que la nacion conduce.
De él baja alborozada
La altiva dama que la sien ornada
Con la diadema de Castilla luce.
De él baja, y en la frente
Que encaneció el honor, ciñe explendente,
Del mundo en la presencia,
El laurel que los cetros ya subyuga:
El que el árduo crisol de veinte siglos
Forjó para corona
De la dominadora inteligencia.

¿Y pudiste morir, cuando en tus sienes
Su aro resplandeció? No!—Si dejaste
A este osario terrestre
Yerta la forma corporal que un tiempo
En sus ásperos brezos lastimaste,
¿Qué te importa? ¿Fué acaso
Tu padecer vivir? ¿No era el profundo
Anhelo tuyo por un Dios creado
El que ántes ¡ay! de iluminar al mundo
Tuvo en la cárcel de tu amor fecundo
El receloso déspota encerrado?

¿Te fué el vivir amable
Cuando poeta ardiente y candoroso,
Imaginando andar senda agradable,
Viste apagado el fuego generoso
Que al cariño encendiste,
Y sin su ardor que alegra,
Hallaste en noche negra
Tu dulce hogar desamparado y triste?

Tu alma excelsa alentaba
Tan sólo con el bien; de lo pequeño
No se gozó jamás. Qué le importaba
Hija hermosa del cielo, que el sepulcro
Con su diáfano pié no penetraba,
¿Qué le importó sus grillos
A la tierra volver de quien fué esclava?
¿Acaso de sus alas trasparentes
El vuelo inacabable no empezaba?

¿No es tu espíritu ahora
Quien sobre el mundo vaga sonriendo,
El ay! inmenso de la pátria oyendo
Que ante tus restos enlutada llora?
¿No es aquel tu sér puro,
El que en más noble atmósfera contempla
Como germina el bien con la palabra
Que en la tierra esparció?
¡Suprema dicha!
Que Dios concede á la virtud, en tanto
Que al mal condena á que su nombre lea
Eternamente escrito
Junto al negro delito
Que llanto y sangre sin cesar gotea.

Tu corazon sereno,
Como fecunda el sol con viva lumbre
De la ancha tierra el prolongado seno,
Fertilizó la pátria empobrecida

Con gloria y con honor, que tu el primero
Del humillado vate trasformaste
La frívola palabra en canto fiero.
Con la virtud tu lira decoraste,
Y ante el mundo español, ilustre obrero
Del templo del saber, su altar honraste.

Tiempo es de descansar.—La árdua tarea
Que impusiste á tu mente
Cumplida está. La esclarecida frente
Vuelve al humilde seno
De la madre comun, y el mundo lleno
Con tu reposo, tu grandeza vea.

Tu soledad domina
A la tierra callada.—
Pero el espectro de la oscura nada
Que en los túmulos blancos se reclina
No temas, no, que el que te encubre afée.
Ay! cuando el viento de la noche orée
Tu funeraria losa,
Y á la luz de la noche misteriosa
Que por el alto cielo se pasée,
Con gemido doliente
El sáuce mesa las oscuras sombras
Que al mármol da su entristecida frente,
Yo escucharé las lúgubres pisadas
De las almas sagradas
De aquellos altos héroes
Que tu voz revivió.—Del gran Pelayo,
Ved de la luna al moribundo rayo
A la fosa inclinar la sien vestida
De escamoso metal;—con fuerte mano
Ase la de Roger, ennegrecida
Al rayo sulfuroso
Que proclamó en el cóncavo anchuroso
Que hay entre cielo y mar el nombre hispano.

Guzman viene con ellos... —¿Por qué el brillo
Ay! del feroz cuchillo
En su oscuro mirar relampaguea?...—
¡Oh santo amor de pátria! ¿Conque es cierto
Que con sangre filial tambien á veces
Tu puro altar humea?

Junto al noble guerrero
Las sombras de Gonzalo y de Rodrigo
Se aproximan tambien, de hierro armadas,
Agitando el pendon de España fiero.
Bajo sus anchos pliegues
Resplandecen las férvidas miradas
De las almas valientes
Que allá de Trafalgar, rojas dejaron
Entre el furor del mar y de los hombres
Las espumas rugientes.

Y los héroes tambien que coronaron
Con pacífica oliva
La pensadora sien. Rico de gracias
Cervantes inmortal;—de compasiva
Piedad el buen Las Casas, que doliente
Llora el mal de la *América inocente.*
Todos viene allí!...

Noche fecunda
De misterios y amor! Tu oscuro velo
Se rasgó para mí. Lumbre del cielo
Con inmenso explendor mi vista inunda!

Son ellos!... Son los héroes que en tu losa
Deponen su mirar...—Oigo el acento
Con que sonoro, entre el dormido viento
Que en el ramaje lúgubre reposa,
De trémula armonía
Puebla la oscuridad...—Oigo tu nombre
En sus labios sonar,—y retemblando
El mármol que te oculta
Miro alzarse en silencio...—¡Oh cuán serena
Tu sombra vaporosa
Iergue entónces la frente luminosa
De los misterios de otra vida llena.

Ah! Yo te escucho hablar! Ah, yo te miro
Plácido sonreir!—Tú estás con ellas,
Con las almas preclaras
Que en las noches sombrías
De tu vivir mortal, blancas estrellas
Fueron que sobre el cielo tenebroso
De tu tierra española bendecias!

Hombres ilustres que la pátria amásteis,
Juntos estais por fin! El, que os cantaba
Vosotros que sus cantos le inspirásteis.—
Yo os escucho y os veo,
Juntos estais,—y ante el sepulcro ahora
No es esa vida que el no sér devora,
No es ese mundo oscuro
Asido al barro impuro
El que del alma, de explendor vestida,
Descubre la mirada triunfadora.

Inmortal armonía
Llena los aires,—claridad eterna
Viste el espacio, y viva de colores
Vierte el aroma de sus bellas flores
La indeclinable juventud del dia.
¿No veis por la radiante
Atmósfera ascender las almas bellas,
Y de la tierra allá vagar flotante
El globo oscuro tras sus blancas huellas?

Mortales, no las veis?... Ah! no os fué dado
Tan supremo gozar! Venid entonces
Junto al árbol regado
Con intenso dolor!... Verted el llanto
Que la fúnebre pira
Haga resplandecer,—y mientras tanto
Que el vate inmóvil en su tumba os mira,
Mientras el viento gime doloroso
Con el mar que suspira,
Miéntras el verde suelo
Con su oscuro cendal la noche viste,
Ay! mientras sollozeis...—En vano, impío,
Junto á la huesa, de engañosa gloria
Querrá brotar el pensamiento triste.

La nada del morir es ilusoria,
Si la pátria ante un túmulo se inclina.

Ella la luz divina
Vé del génio inmortal, que á sus anhelos,
Con perenne explendor, desde los cielos
Sus sacrosantos restos ilumina!

SATIRA (1)

CONTRA LOS VICIOS DE LA SOCIEDAD CUBANA.

Valeat res ludiera.—HORACIO.

¿Qué me dices, Modesto? ¿Conque intentas
Al cabo figurar, tú, que naciste
Con mucha discrecion y pocas rentas?
¿Cómo, pues, las holganzas aburriste
De aquella vida exenta de cuidados,
En que tan buenas carnes adquiriste?
Si ya cumples seis lustros bien contados,
Y aún no diste que hacer á la gaceta
Ni con tu presuncion, ni con tus grados;
Si no tienes de *insigne* la boleta
En esta Cuba, donde á cada paso
Brota un sabio doctor ó un gran poeta;
Si el óvalo visual conservas raso
De quevedos ó lentes ó espejuelos
Para huronear las sendas del Parnaso;
Si nunca, en un exámen de chicuelos,
A preguntas pusiste á sus mentores
Que casi se tirasen de los pelos;
Si en Cuba, en zipizape de escritores,
Jamás te entrometiste dando quites
Para echarte á tí mismo muchas flores;
Si tu opinion con hueca voz no emites,
Ni al escolar das plácemes en griego
En vez de cucuruchos de confites;
Si en fin tuviste siempre tal despego
A todo lo que fuese charleria
Y necia afectacion y orgullo ciego,
Que á pesar de que alguno conocia
Cuando en la intimidad te frecuentaba
Que no era tu cabeza una sandía;
El vulgo que en la calle te encontraba,
Luego al notar tu empaque liso y llano
Por cualquier pobre diablo te tomaba;
Si antes fué tu propósito romano
Llenar el ideal del Venusino:
«Razon privilegiada en cuerpo sano»,
¿Cómo ahora, siguiendo otro camino,
Me dices que, si ocultas lo que sabes,
Cumples mal con el párrafo divino?
Pues él no guarda en cofre de seis llaves
La doctrina moral que extirpa, libre,
Tantos errores cómicos ó graves.
¿Piensas tú que mision de tal calibre
No ponga en el manjar de tu existencia
Una perenne dósis de jenjibre?
Dices que no: que tienes la evidencia
De que te costará mucho trabajo
Unir tu bienestar con tu conciencia,
Que bien conoces que de Dios abajo,
A donde van las sanas intenciones
Allá va la calumnia con su tajo.
Y que esta nuestra edad de cartelones
Para vender venenos impagables
Y adornar el mentir de relumbrones,

(1) Obtuvo el primer premio (medalla de oro) en los Juegos Florales de la Habana de 1866.

Somete las conductas intachables.
A la segur de un mundo, ya aburrido
De tantos artificios miserables.
Mundo gruñon y mundo descreido
Que acusa al que anda en coche, de tunante,
Y al que camina á pié, de pan perdido.
Dices que de él no dudas un instante
Cuán fácil es que á más de un buen deseo
Lo ponga á cabalgar en Rocinante.
Y lo revista de un grotesco arreo,
Y á cada accion que comprenda meritoria
Le ordena incontinenti un vapuleo.
Pero afirmas que tienes á más gloria
Sufrir como el manchego progresista
Que Cide Hamete retrató en su historia,
Que de los Sanchos aumentar la lista;—
Conservadores gordos y sanotes
A quienes un buen plato los conquista,
¿Conque seremos Sanchos ó Quijotes
En tu opinion, cuantos la edad pasemos
Que antes se adoctrinaba con azotes?
Entonces dices bien: no disputemos.
Si entre dos polos elegir te agrada,
A uno estamos los dos de esos extremos.
Si armado no de lanza ni celada,
Sino con la razon y con tu pluma
Quieres ver la justicia entronizada:
Si un periodista malandrin te abruma,
Porque por engañar mil inocentes
La conciencia jamás sus onzas suma;
Si encontraste vestiglos y sérpientes
En los renglones de un papel impreso
Haciendo mal á las honradas gentes;
Si á un jigante en dinero, si no en peso,
Viste hacer cuatrocientas villanías
Valido de su título de Creso;
Si ves á la virtud todos los dias
Gemir oculta, y en escena el vicio
Entonarle burlescas letanías;
Tienes mucha razon: salte de quicio;
Enarbola el tremendo varapalo,
Y pon tu indignacion en ejercicio.
No ambicionando honores ni regalo
Para tu vida; y por la guerra justa
No temiendo pasar un rato malo,
Digo que tu intencion, aunque me asusta
Porque te puede encanecer, Modesto,
Tiene un viso de heróica que me gusta.
Ponte luego al taller: principia presto
Que hay tela que cortar;—mas no te olvides
De que debes fijarte un presupuesto.
Para sacar ventaja de estas lides
No te conviene por ningun asomo
Gastar la seriedad del viejo Alcides.
Antes que piel nemea sobre el lomo,
Debes llevar en una mano el cetro
Con cascabeles del risueño Momo.
Burla, burla incansable en fácil metro,
Porque endríagos de una cierta guisa
Temen la mofa más que un *vade retro;*
Y aquel que en vez de clava, usa la risa,
A mil vestiglos de esta edad ahuyenta
De donde brille el sol y corra brisa.
Eso sí: te es preciso tener cuenta
Con que no siempre bajo faz risible
Una torpe conducta se presenta.
Cuando ésta se encapote en senda horrible
Armada de un puñal, cuando en tí fije
Tras dura reja su mirar terrible,
Otro tono la lógica te exige,
Que ingenuamente el vicio no reprueba
Quien de sus consecuencias no se aflige.
Mas tu osadia en señalarlo prueba
Cerca de tí. no vayas á buscarlo
Donde tu amor local no se conmueva.
En Cuba bien tendrás que dominarlo,
Porque el vicio en sus montes y ciudades
Mucho te costará no saludarlo.
En donde el sol con plácidas bondades
Alumbra puro en zona cristalina
Dilatadas y verdes heredades,
Y el soplo de la brisa matutina
Agita el platanar del valle umbroso
Y el enhiesto palmar de la colina;
Donde se ven por trillo tortuoso
Asomar las carretas agoviadas
Bajo el peso del año fructuoso,
Y se escucha en las rígidas quijadas
Del premioso trapiche, en son hiriente
El crugir de las cañas apretadas,
Y en la paila rebosa el oro hirviente
Del sumo aquel que se trasforma frio
En blanco pan de azúcar reluciente;
Aquí en que crece junto al claro rio
La hoja aromosa que del hombre, cura
Resuelta en humo suäve, el fosco hastío:
Donde brilla el insecto en noche oscura,
Y al sol, vislumbres de esmeralda y oro
El explendente colibrí fulgura;
En el país, cuyo comercio á coro
Pregonan olas, que la ráuda quilla
Rompe espumosas en el mar sonoro,
Y trasporta riquezas á su orilla,
Y en los un tiempo rústicos bateyes
Alza palacios la naciente villa;

Aquí en que Enero derogó sus leyes,
Y Mayo eterno con sus verdes ramos
Enguirnaldó las astas de los bueyes;
Aquí en que á boca llena nos llamamos
De un país sin igual, en temple, en cielo,
Modesto amigo, los dichosos amos,
Aquí sabemos ay! con desconsuelo,
Que tanto más ruin yerba fructifica
Cuanto lujo mayor adorna al suelo.
Si á Poncio ves desde su edad más chica
De serviles lisonjas rodeado,
Porque habrá de heredar hacienda rica;
Si á Lucio, que de niño, oyó á su lado
El estallar del retorcido *cuero*,
Con el ay! del trabajo degradado,
Y que supo, buen hijo de fullero,
Que una carta hábilmente barajada
Le henchirá sin fatigas el puchero;
Si á Fabricio le ves la ceja arqueada
Ante el Creso de torpe catadura
Cuya historia inmoral se tiene en nada,
Y que aunque dice *escura*, por oscura,
Se le escucha mejor que al docto Elicio,
Pobre de gran saber que no figura;
¿Cómo á Poncio y á Lucio y á Fabricio
Otro estudio pedir que el de la *suerte*,
Ni otro miedo mayor que el tener juicio?
Y si además cada chicuelo advierte
De ese trio, que al paso de ir creciendo
Este sol tropical pica más fuerte,
Y que es grato á la sombra estar sintiendo
Aquel frescor de la amorosa brisa
Cuando va por los valles discurriendo,
Y conversar con la graciosa Elisa,
Que lánguida entre flores se recuesta
Volviéndole á la inercia una sonrisa,
Y al son con ella de liviana orquesta
No oir fugaces trascurrir las horas
De un vivir descuidado en larga fiesta.
Si la niñez en plácidas auroras
No oyó jamás regocijar al dia
Farbas mil de escolares bullidoras;
Que desyerbada encuentran la ancha vía
Por donde la benigna providencia
El carro alegre del progreso guia,
Y en pueblo y campo siente la presencia
Del vicio corruptor que llama al juego,
Alza la voz con cínica insolencia;
Si contempla á Martin, á Juan y á Diego
Que sin sueldo ganar, ni por asomo
Tener padres ó suegros con talego,
Viven del misterioso *no sé cómo*,
Que en donde hay *vallas*, naipes y vagancia
Evita á tantos agachar el lomo,
¿Como á Lucio y á Poncio, en su ignorancia,
Pides aspiraciones racionales?
¿Nace con buenos cálculos la infancia?
Pues esta es la razon de nuestros males:
Estos, Modesto, los que, buen patriota,
Es menester que sin cesar señales.
Describe y pinta y búrlate y azota
El vicio que por Cuba se pasea
Ya muy bien arropado, ya en pelota,
Y en la calle y salon se pavonea,
Y por campo y ciudad se desparrama,
Y la virtud y el órden pisotea.
Cuenta la historia de la nécia dama
Que cuando empeños y epidemia y seca
Al triste esposo inquietan en la cama,
Cuando éste suele andar de ceca en meca
Firmando pagarés á troche-moche,
Cuando ya sus esclavos hipoteca,
Dínos que ella le pide nuevo coche,
Y pareja normanda por la tarde,
Y abono á los *alegros* por la noche.
Muéstrala en el festin, haciendo alarde
De ostentosos diamantes en la frente,
Sin que estarlos debiendo la acobarde,
Ni de que, codeándose la gente,
Señale con un guiño al buen marido
Que parece en la fiesta un delincuente.
Era el pobre un sujeto muy cumplido
Antes de haber unídose á la esposa
Que educó la ignorancia ó el descuido.
Niña de talle esbelto y tez de rosa,
Que nunca imaginó que más tuviera
Una dama que hacer que ser hermosa.
Que fué su único amor su costurera,
Que sólo meditó en cambiar de trajes,
Que nunca un libro vió sino por fuera.
Que se casó por tal de echarse pajes,
Y puntas de Alenzon y ternos ricos,
Y por ver su zaguan con tres carruajes.
Y que logró con mimos y llanticos,
Y disparos de furias femeníles
Que hacen trizas pañuelos y abanicos,
Ver á un hombre, al cumplir sesenta abriles,
Arraigado su crédito sin motes
En los mejores bancos mercantiles,
Reducido por fin á aquellos trotes
Con que van los que, al verse sin peniques,
De un sério inglés columbran los bigotes,
Y de empeño en empeño, que el que diques
Opuso siempre á lenguas de corrillo,
Que son de la opinion los alambiques.
Atisba ahora que el ricacho pillo

A quien debe gran suma de dinero
Da á su mujer, y á ocultas, un bolsillo.
Pues de tal madre y tal esposo, quiero
Que el fruto conyugal, Modesto caro,
Tampoco se te quede en el tintero.
Pinta á Don Periquito, que al amparo
Del albergue doméstico, de infante
Nunca halló á sus antojos un reparo,
Y que bajo la ley civilizante
Del descuido paterno, en cuanto sea
No mirar si la zafra va adelante,
Y aquel amor de madre que jalea,
Y que siguió, para educar al hijo,
Los textos de una negra de Guinea;
Creció ignorante y se crió canijo,
Creyendo sólo que el hacer su gusto
Debiera ser su pensamiento fijo.
Dínos que el lecho no dejó con susto
Para dar la leccion mal aprendida
Ante algun profesor de sório busto,
Pues viendo á la mamá cuanto se cuida
De traerle á la casa un padre-maestro
De ropa ajada y cara alicaida,
Que en complacer al chico, siempre diestro,
Le enseña sin apuro á hacer palotes
Y con mucha paciencia un *padre nuestro*,
Periquito le da de papirotes,
O le hace andar á gatas tras los *mates*,
O treparse á empinarle *papalotes*.
Y aprende á hablar con él mil disparates;
Porque aventaja al domine en gramática
Un vendedor de anones y aguacates.
Y si el muchacho con delicia extática
Despluma en vida un pobre pajarillo,
Contémplalo el mentor con vista apática,
Y celebra la gracia á aquel diablillo
Si un panecillo al pordiosero ofrece,
Y el can le atoja al darle el panecillo.
Pues este niño cuéntanos que crece,
Y que le apunta el primerizo bozo,
Vellon de Abril con que la edad florece,
Y en la apocada facha de este mozo
Dínos cómo dejó su impuro sello
Sólo del vicio el infamante gozo.
Dibújalo flacucho, largo el cuello,
Corba la espalda, el pecho contraido,
Apagada la voz, corto el resuello;
En sus tres lustros, danzarin cumplido,
A los cuatro, gran hombre de bureo,
A los cinco, en las fiestas aburrido.
Mozalbete sin barba y sin empleo,
Descríbelo en teatro y baile y misa
A cada hermosa echando un chicoleo.
Y hablando en todas partes muy de prisa
Y sus conversaciones sazonando
Con mucha desvergüenza y mucha risa.
En billares descríbelo habitando,
En las cantinas muéstralo bebiendo,
Píntalo en los burdeles pernoctando.
Dínos que el oro en pilas deshaciendo
Entre fiestas y amigos adulones
Y ninfas de dorados y de estruendo,
Cuando ya en las vulgares locuciones
Ninguna voz *pollito* le llamaba
Sino gallo con pico y espolones;
Dí que su madre entonces le faltaba,
Antes el padre,—y que se fué en su entierro
El último doblon que le quedaba,
Y el duro embargo con su faz de hierro
Dínos que, entonces le tocó á la puerta,
Y le arrojó á la calle como á un perro.
Y que él de un sueño de embriaguez despierta,
Y al ver desparecer sus ilusiones
Lanzó una maldicion contra la muerta.
Léjos del explendor de los salones,
El traje y el vivir del hombre vago
Te ofrecerá sus tristes descripciones.
El casaquin que destiñó el estrago
De tiempos duros, la vivienda pobre,
La innoble frase, el ardoroso trago;
La citacion de alguacilero sobre,
El regaño del juez, y en el garito
La candileja de mugriento cobre;
El hambre, la mirada de hito en hito
Siguiendo el timbre delator del oro,
La confabulacion en el delito;
Y al fin postre, entre la risa y lloro
De tenaz embriaguez, píntalo, dando
Los últimos traspieses del desdoro,
Gran turba de pilluelos alegrando
Que él imagina ser la corte amiga
Que antes tuvo á su costa pelechando.
Y á la que en voz que exhala con fatiga
Dice, haciendo un zig-zag: «Es mi capricho,
«Quien no quiera estar triste que me siga.»
Y al sol y al agua, pinta al susodicho,
Que desparece en la mundana escena
Como en el lodo el repugnante bicho.
Mas la depravacion de angustias llena,
Si en su escalon postrero arrastra á veces
Burla irrisoria y cárcel y cadena,
Nunca te hará reir, y si apeteces
Que al vagabundo indígena de Cuba
Se le administre un pan como unas nueces,

Deja en el lodo á Periquito, y suba
Al escénico foro, aquel *gallero*
Que á todo atraso público coadyuva.
Descríbeme á Don Pio Gallundero,
Que á fuerza de tratar con los mormones
Que cantan en cualquiera gallinero,
Los copiaba en figura y en acciones,
Tanto que á veces hubo, en tribunales,
De subirse á las corvas los calzones,
Para acallar sospechas generales
De que su abierto andar oculta espuelas
En los galli-diablescos carcañales.
Su enjuta faz por las ausentes muelas
Me pintarás, y su cerebro chico,
Y un par de ojillos rojos cual candelas,
Y su tez tabacuna en rostro rico
De expresion ruin y en su mitad enhiesta
La nariz afilada como un pico.
Dínos que lleva en la enhetrada testa
Rojizo pañolon de Mayo á Mayo
Para que no le falte ni la cresta,
Y pónle un chupetin, que de soslayo,
Sinó en la pluma, en el matiz y corte
Imite el frac del fiero *talisayo*,
Y esa figura innoble y de mal porte
Presenta en todo punto que haya féria,
Corriendo siempre desde el Sur al Norte.
Dí que sin devolver lágrima séria
A la madre, á la esposa, ó al chiquillo,
hundidos por su vicio en la miseria,
Apénas sabe por la voz de un pillo
Que hay fiestas en Alquizar ó en Jaruco,
Cuando emprende la marcha con su hatillo.
¿Qué busca en ellas, pues, tal pajaruco?
Bien te lo dice del sultan la frente
Asomada á la boca del jabuco.
Cual la madre que abriga tiernamente
De los ásperos soplos de Febrero
En suave armiño al párvulo inocente,
Así vá mi Don Pio Gallundero,
Llevando por do quier, con su *catauro*,
Su fiel certificado de *gallero*.
No tan digno se halló de prez y lauro
Al salir del confuso laberinto,
El héroe vencedor de Minotauro,
Cómo, entrando en más bélico recinto,
Con la carga del pájaro de Marte
El imbécil vicioso que te pinto.
Dínos, si un triste amor sabe inspirarte,
Cómo mientras la esposa abandonada
Entre sus hijos su dolor comparte,
El Don Pio, soltando una chuscada,
De los vociferantes jugadores
Penetra por la turba alborotada.
Allí en el circo, muestra de colores
De toda humana piel, ámbito estrecho
A un millon de disputas y clamores,
Donde rebrama el vicio, ronco el pecho,
Donde tenaz y aguda canturia
Alzan mil gallos desde el suelo al techo;
Allí al calor del abrasante dia,
Por entre el humo espeso que sofoca
De la vuelta-bajera mercancía,
Háznos ver á Don Pio cuando emboca
Alcohólica ablucion al gallo herido,
Y le exprime la sangre con la boca.
Y cómo allí en la liza, reducido
El con toda su talla y sus patillas
A rebajar el racional sentido,
Atento á *Malatobo*, y de rodillas,
Entreabiertos los labios, flojo el brazo,
Ya poniéndose en pié, ya de cuclillas,
Tal parece al doblar el espinazo,
Y al hacerse hácia atrás, revuelto el pelo,
Que nos vá á sacudir un aletazo.
Y no es dudoso, no, que bajo el cielo,
Un sér mortal su preeminencia abdique
Por dar un espolazo ó un *revuelo*,
Que mientras la razon sendas fabrique
Por donde ascienda el alma, es necesario
Que el vicio el fango de la tierra hocique.
Por eso, con dolor extrafalario
Lloró el *gallero*, cuando cierto dia
Dejó ciego á su pollo otro contrario.
Y sereno cenaba y se reia
La misma noche que su pobre esposa
En un mísero féretro dormia,
Ante esa consecuencia lastimosa,
Ya el vicio en espantable continente
Trueca la faz grotesca ó caprichosa.
Y otro tono al pintarlo diferente
Exige, cual lo exige Don Perico
Des que pasa de pícaro á demente.
El campo del ridículo es muy rico,
Mas siempre encuentro, en él, caro Modesto,
Un manantial de lágrimas no chico.
Como aquel que á burlarse entra dispuesto
En un lugar, y en medio de la risa
Oye un sollozo que le enseria el gesto.
Así al mofar de un vicio de tal guisa
Que hace perder su dignidad primero
A quien lo adquiere y luego la camisa,
Luego al punto con pena considero
Lo que será un país en donde abunde
El tipo de Don Pio Gallundero.
¿Cómo ver sin dolor que lo fecunde

Su ejemplo torpe, y que en placer sangriento
Sus pasatiempos cuotidianos funde?
¡Oh triste reflexion! Cuando opulento
Brota del seno de la madre tierra,
Blanda al sudor, el próvido sustento,
Y en la zona explendente en que se encierra
Es inspirante el sol, y el cielo puro,
Y bello el hondo valle y la alta sierra,
¿Por qué no ver, por más que lo procuro,
La casita del pobre que sonria
Allá en el fin del platanar oscuro?
Que en ordenado afan, con la armonía
Del santo gozo y la habitual faena
Mire feliz partir y entrar el dia.
Que en ella el rezo, la lectura amena,
El suáve dialogar, la cuenta ahorrada,
El limpio almuerzo, la apacible cena,
La historia de la abuela en la velada,
Del niño el beso, y las prendidas flores
En el velo nupcial de la hija amada,
Dén sin cesar perfumes y colores
A la vida moral, que se armoniza
Con todos los terrestres explendores.
¿Por qué siempre tras senda que horroriza,
Hallar el tosco albergue mal techado,
Que la incuria del hombre preconiza?
En él vive el amor desaliñado
De la torpe existencia: el fosco vicio
De traje impulcro y pelo desgreñado.
Y si el ceño del hambre entre el canticio
Del ave militar anuncia males
Adonde tosca yerba invade un quicio,
Ay! cuán triste es mirar en sus umbrales
La tierna infancia con los ojos fijos
En los torpes ejemplos paternales.
Allí nace en horribles escondrijos
El mal de Cuba: allí la infancia ignora,
Viendo el alba brillar por los cortijos,
Que hay una Providencia bienhechora
Para el que huella el campo con la azada
Y de rubias espigas lo colora.
Allí aprende á imitar la faz airada
Que á la infeliz mujer pone el esposo
Volviendo á su chocil de madrugada.
Allí estudia su idioma crapuloso,
Allí empieza á envidiar en la indigencia,
No al obrero paciente,—al rico ocioso.
Allí en la sangre, en la ira, en la violencia,
Aleccionando la crueldad de un ave
Para el odio su imberbe adolescencia,
Principia á meditar ceñudo y grave,
Porque parte mejor la daga aguda
Parar la vida en sus latidos sabe.

Tu sentido comun pusiera en duda
Si ésto no te afligiere.—Ante el retrato,
Caro Modesto, de la triste viúda
Que va tras el bullicio y el boato
De la pública luz, buscando el modo
De renovar un marital contrato,
Tu burla aplaudiré en todo y por todo,
Como la que te inspire aquel Don Sancho
Que no sale á la calle cuando hay lodo:
Que vive en un quitrin tendido y ancho;
Que no se cuida ni de Dios ni el mundo
Mientras pueda llevar repleto el pancho.
E igual mofa te pide Don Facundo,
Que gasta buena ropa y mesa y lecho
Por ser un maridazo sin segundo.
Y la misma aquel tonto satisfecho,
Que en cueros á sus hijos ha dejado
Por colgarse tres cruces en el pecho.
Y otra á la par el crítico entonado
Que al ver surgir alguna fama agena
La embiste con el puño enarbolado,
Y contra una gran boga bufa y truena
Porque se atreve á no escasear laudes
Que él solo para sí no se cercena.
Oculta el vicio á veces, no lo dudes,
Modesto, con tal gracia el lado sério,
Que no se lo hallarás por más que sudes.
Eso puedes notarlo en Don Quiterio,—
Otro tipo cubano,—guapo mozo
Que por bailar iráse al cementerio.
Con unas patillazas que dan gozo,
Y brazos de jayan, y unos tendones
Propios para agotar el agua á un pozo,
Contémplalo al sonar de los violones
Y si con tal figura no te empachas
Dí que no tienes alma en los pulmones.
¿No le ves entre un cerco de muchachas,
Todas muy sonrosadas las mejillas
Al calor tropical de las *guarachas*,
No ves cómo el maulon siente cosquillas,
Y al son de un contrabajo vivo y franco,
Parece que se quiebra de rodillas,
Y tuerce el cuello y pone el brazo manco
Y en indecente y torpe contoneo
Se queda con los ojos casi en blanco?
Tú dirás que merece tal empleo
De nuestras facultades varoniles
La materialidad de un vapuleo.
No es menester gastar porrazos viles
Para que el hombre que se descuaderna
Ante un compas liviano lo encarriles.
Contra el descaro que en el mundo alterna
En faz de la modestia mesurada,

Encogiendo ya el brazo, ya la pierna,
Para esa indiscrecion entusiasmada
Con el dejo procaz de un timbalero,
Dios nos dió la sonora carcajada.
Y por esta razon, Modesto, espero
Que al contemplar la sociedad cubana,
Ya en la choza del rústico montero,
Ya en el rico salon de gente urbana,
Mostrando á aquel que corrupciones llora,
Cómo el vicio se enloda ó se engalana;
Aquella dama que el prendero adora:
Aquel marido yéndose al garete
Por no ver zozobrar á su señora;
El chicuelo educado á lo pillete,
Que empieza por fumarse media vega
Y acaba por beber mucho anisete;
El torpe juego que al azar entrega
Su porvenir,—la consecuencia horrible
De la disipacion que al crímen llega;
Cuando esa mezcla lúgubre y risible
Que ostenta todo error, Modesto amigo,
De tu alma hiera el tímpano sensible;
Tú que del mal de Cuba eres testigo,
Tú que la senda á penetrar te expones
Que al progreso conduce, y que bendigo,
Tú conmigo reirás en los salones
Donde establecen su feliz imperio
Ojos de amor y regalados sones,
Pues entre ellos campando Don Quiterio,
Amerengando la viril figura
No le es posible mantenerse sério.
Pero cuando en lugar de más tristura
Te muestre Cuba en lágrimas bañada
Aquel vicio de horrenda catadura,
Que guarda la alevosa puñalada,
Que se embriaga y su baldon devora
Con el ceño feroz de la mirada,
Ante la madre que su mal deplora,
¿Harás, Modesto, que tu labio ria?
Ah, nó! Tu madre es Cuba: ella es quien llora
Trueca la burla en fúnebre elegía.

SATIRA (1)

CONTRA LA MANIA DE PUBLICAR TOMOS DE POESIAS CON TITULOS INADECUADOS Y PRÓLOGOS ALTISONANTES Y LAUDATORIOS.

Abundancia infeliz! Vena maldita
..... que impetuösa
Como turbio raudal se precipita.
El gusto y la razon, en verso y prosa
La invencion rectifiquen: que sin esto
Jamás se acertará ninguna cosa.

L. F. MORATIN.—*Leccion Poética.*

Llegóseme mi vez,—vínome, oh Luisa,
La ocasion de reir,—lució el instante
De desbordar la comprimida risa.
Ya desterré por fin de mi semblante
Aquel que tu llamabas ceño duro,
Propio más bien de un ministril cesante.
Como en los dias del invierno impuro
Caen los anortados aguaceros
Uno tras otro del nublado oscuro,
Unos tras otro así, francos y enteros,
De mi reir por la entreabierta boca
Se escapan los chubascos bullangueros.
Tuviste, oh Luisa, prevision no poca
Cuando mil veces me anunciaste el dia
Que en esto iba á parar mi furia loca.
Loca fué, si por Dios, que es boberia
Airarme contra un tonto que hace dramas,
Si ésto puede excitar la risa mia.

(1) Obtuvo el primer premio (medalla de plata) en los Juegos Florales de la Habana de 1847.

Tú que no eres autora, ni te llamas
Excéntrica *bas bleu*, ni sabidilla,
Ni en ninguna tribuna te encaramas,
Eres más, pues taimada á maravilla,
Aunque parece que no quiebras plato,
Sabes quebrar el plato y la escudilla.
Tú, mejor que el más sério literato,
Has sabido encontrar medicamento
Al mal que causa un libro mentecato.
Bien haya tu donaire y tu talento!
¡Bien haya tu gentil ipecacuana!
Pues no es un libro solo que son ciento.
Y si con mucha felpa y gran jarana
No se ahuyenta la parte que se emboza
Bajo del tafilete ó la badana,
¡Pobre de tanta gente vieja ó moza,
Que confia en anuncios gacetiles
Y se compra un autor que es una toza!
Los *Razzis* y *Avicenas* más sutiles,
Los que mejor del cuerpo desaferren
Las uñas corvas de los males viles,
No es posible en verdad que no lo yerren
Si pretenden sacar las que en el alma
Duros ingenios en clavar se emperren.
Ay! con cuantos trabajos, si no en calma,
Al ménos pude leer lo que hoy se imprime
En el país del coco y de la palma!
Mi tolerancia raya en lo sublime
Al ver al pobre Juan zurcir su bata
Porque tiene mujer que espada esgrime.
Ni sé si Poncio debe la corbata,
Ni me irrita que Irene se accidente
Por la súbita muerte de su gata.
Pero que de mi Cuba, hija luciente
Del mar azul, que al sol que brilla mucho,
Alza entre palmas la radiosa frente,
Salga á hacerse el cantor un avechucho,
No lo puedo sufrir, y esgrimiria
No una pluma por ella, sino un chucho.
Yo venero á mi pátria cada dia,
Y me duele que Anton, porque mañana
Oye decir que es tierra de poesía,
Y que brotan poetas de la Habana
Como hongos de un charcal, él, que es más propio
Para hacer un zapato que una plana,
Nos vierta de sandeces un acopio
Y les ponga por nombre: *Gotas de agua*,
Viniéndoles de perlas: *Granos de opio*.
Pero esta comezon de vivijagua,
Este amor de la pátria que me enciende
Y me hace echar más chispas que una fragua
Ya con sérias palabras no pretende
Hacer oir á tanto monigote
Lo que á *Inarco* escuchó *Navamorcuende*.
¿Quién me mete, fantástico Quijote,
A enristrar un lanzon con buenos fines,
Sin que me vistan sayo y capirote?
No, no temas, Anton, aunque amohines
Mi paciencia de Job, que te me ponga
A decir que no cantes ni que trines.
Trina y canta, poeta *Serrallonga*,
Que en cada verso cargas un trabuco
Contra toda razon que se te oponga.
Ya sé por Luisa el expediente cuco
De vengarme de un pícaro inspirado
Sin meterme en las cuevas de Jaruco.
Te añadiré á lo nécio lo porfiado,
Y suponiendo que aunque yo me muera
Por hacerte callar, será excusado,
De tí con mi discreta compañera,
Voy á escribir un cáustico sainete
Y á divertir la poblacion entera.
Sí, bella Luisa, salga este pobrete
Pintado con sus pelos y señales
Donde *Inarco* asentó su taburete.
Corran á ver por unos cuantos reales
Su retrato en la arena vengadora
Los que al risible Anton le son iguales.
Y aquel modesto ingenio que deplora
Tanto poeta chirle y de manojo,
Que se ria por fin de lo que hoy llora.
Mire salir á Anton, abriendo el ojo
Por las calles y plazas y cuartones
Con su papel, su lápiz y su arrojo,
Y lo mismo que embisten los ladrones
A la bolsa del rico caminante
Que puso en selva oscura los talones,
Mire á Anton, que al pedestre paseante
Embiste audaz, y que su nombre apunta
En el papel que lleva vergonzante.
Sorprendida la víctima, pregunta
Si es aquello limosna,—y él replica
Con el descaro que á su orgullo junta,
«Lo inscribo á usted, porque es persona rica.
»En esta suscripcion á *Mis Quejumbres*,
»Que va en tomo de á folio y letra chica.
»Y si sancionan ya nuestras costumbres
»Que el poderoso, al vate sin dinero
»Le provea de carne y de legumbres,
»Seis ejemplares que usted tome espero...»
—«Ni uno solo!» le grita el asaltado,
Interrumpiendo al vate limosnero.
«Olvida usted? le dice más templado,
»Que este mes que pasó, por compromiso
»Me suscribí á sus versos y he pagado?
»Cosas así de trampa tienen viso

»Y yo no sufro...»—«Vamos, Don Fulano»,
Replica Anton, riéndose al proviso.
«Vamos que usted á un libro sobrehumano
»Confunde con mis *Gritos de la Cuna*,
»O los *Preludios de un cantor cubano*.
»Esos los daba yo de luna á luna
»Cuando en mi pátria vejetaba triste
»Como sin agua y sol la verde tuna.
»Pero hoy que el mundo todo me reviste
»De gran celebridad, merced al nombre
»Que me han dado mis *Aves sin alpiste*,
»Quiero para que á España no le asombre
»El númen de Zorrilla, dar volando
»Mis *Esperanzas tétricas de un hombre*.
»Allí me verá usted llorar cantando,
»Como *lloran las locas procesiones*
»*De las nubes, el sol auriroyando*, (*)
»Mi amor y *achicharradas ilusiones* (**)
»Mis desencantos en la *tierra impía*
»Y mis *ensimesmadas* aflicciones.
»Leerá usted mis blasfemias en la *Orgía*;
»Porque yo soy poeta bironiano,
»Que me suelo excitar con malvasía,
»Y necesito, arcángel soberano,
»Que me fatigo en la *creacion podrida* (***)
»Donde Dios me arrojó como á un gusano,
»Necesito mofarme de esta vida
»Tan monótona para el que en la frente
»La palabra de *génio* lleva asida.
»Allí á la religion digo que miente,
»Y hablo de la virtud como un ateo
»Y del casto pudor como un demente;
»Allí á la bella *hurí* por quien babeo
»Y con quien me he de unir, cuando de España
»Me manden un millon por el correo.
»La convido tambien con la *champaña*,
»Y la digo que venga, suelto el pelo,
»Y á medio desnudar, si no es huraña;
»Y la apellido allí *mujer de hielo*,
»Si entre mi ardiente amor y su recato,
»No arrastra su recato por el suelo.
»Que aunque yo la enamoro á lo beato,
»Y de *puro querub* la santifico
»Desde el moño á la suela del zapato,
»Mejor que un turco esta ocasion me explico,
»Tanto que ha de decir el que me lea:
»¡Bien pinta su embriaguez este Antoñico!
»Porque bobo será quien no lo crea.
»Aunque yo raye en mucho como vate,
»Hombre del siglo es menester que sea,
»Yo visto y duermo y tomo chocolate
»Como cualquier vecino, y lloro y rio,
»Y amo más un convite que un combate.
»Y es cosa natural que lo que envío
»A la anhelante prensa, vaya lleno
»De lo que siente el individuo mio.
»Por eso no es extraño, si estoy bueno
»De bolsillo y salud, ver que en arrobo
»Me ponga á contemplar un prado ameno,
»Y que copie, sin ánimo de robo,
»En suavísimos versos españoles
»Lo que en la *Atala* me dejaba bobo.
»Que tampoco he de hablar de *aguacamoles*
»Por ser de Cuba yo, y es lindo estilo
»Llamar al mes cabal *los treinta soles*.
»Mas cuando estoy de murria, cuando enhilo
»Deuda tras deuda, y sin remedio veo
»En una cárcel mi postrer asilo,
»Entónces sí que con mi pluma créo
»Imágenes terribles!... Yo las saco
»De mi testuz, y á solas no las leo.
»Entónces de anunciar me pongo flaco
»Que *otro cadáver más no importa al mundo*,
»Haciendo á mi pistola un arrumaco.
»Con el aire me pongo furibundo,
»Y de los campos el verdor me enfada
»Y á las estrellas á invectivas tundo.
»A la luna la llamo *luz plagiada*,
»Y al fin y postre al huracan le digo
»Que no olvide en Octubre mi morada.
»Pero si usted, por suerte, no es amigo
»De sufrir dolorosas sensaciones,
»De todo en la otra llana me desdigo.
»Allí tengo plegarias y canciones
»A *tuti plen* y todas respirando
»Los pensamientos dulces por serones.
»Porque en la variedad... —«Pero hasta cuando
»Dura esa relacion?» prorumpe el triste
A quien Anton lo tiene desmayando.
«Si todo ese charlar pára y consiste
»En pillarme un doblon, tenga usted, hombre.
»Y no me mande el libro ni por chiste.»
Y se lo dá y se vá.—Nadie se asombre
De que Anton lo reciba con frescura,
Poniendo en lista el pago junto al nombre
Que no es de Anton en la mejilla dura
Donde marchita el matador agravio
Del matiz del honor la rosa pura.
El que alcanzó tan sólo como Flavio
Con largo estudio y vela afanadora
El peligroso título de sábio,
Ese es el que el semblante descolora
Si su ambicion de gloria alta y divina

(*) Juan Güell y Renté.
(**) Cancio Bello.
(***) Id.

Se atribuye al amor que el oro adora.
No es Anton en sus dientes quien rechina
Al dulce son del oro relumbrante,
Y apretando el doblon, cruza la esquina,
Y á la casa se vá de un dibujante
Que poetas del trópico retrata,
Y cada dia pinta un nuevo Dante.
Allí su imágen cómica contrata
Con el facsímil de su firma loca
Que hasta á Zorrilla le plagió el pirata.
Y aunque decir al pueblo le provoca
Al ver su frente enjuta y desmedrada
«Aquí para el saber la casa es poca»,
Antoñico al pintor cansa y enfada
Con los detalles con que dar desea
Aquel retrato que no dice nada.
Y escoge la corbata, y se recrea
En aliñar la cabellera oscura
De que dice en sus versos que no es fea.
¡Pobre ambicioso, que en pagar se apura
De su persona, aunque vulgar, pasable
Una callejeril caricatura!
Y áun no le basta, no; que en su insaciable
Apetito de gloria, no es gran cosa
Poner en venta su carilla amable.
Aún quiere más: y sale y no reposa
Hasta llegar á casa de un primito
Que por mucha rareza escribe en prosa.
Y sin decirle más que: «Lo has escrito?»
El primo de entre un rollo de papeles
Saca un emborronado manuscrito.
Es el *inevitable*, como sueles
Luisa, llamarle tú; es el grave prólogo
Que pone á Anton de rosas y claveles.
«No sabes, chico», dícele el *filólogo*,
Porque así lo apellidan sus compinches,
«Con qué placer he escrito este monólogo.»
»Tú sabes que mi gusto es dar berrinches
»A tanto criticastro majadero
»Que nos tiene la sangre como chinches.
»Ahí le digo clarito al mundo entero
»Que el que no alabe tu poesía culta
»Debe tener el juicio bajo cero.
»La acusacion á medio mundo insulta,
»Bien lo sé, que enemigos muchos tienes,
»Pero por eso ¿á quién le cobran multa?
»Ahí le digo tambien, por que te llenes
»De gran satisfaccion, que eres el vate
»Que en Cuba á redimir el gusto vienes.
»Y le explico además que es un dislate
»El pedirte instruccion, ni útiles miras
»Cuando el sagrado fuego te combate.
»Que tú, insigne cantor, cuando te inspiras,
»Arrojas el estudio en mala hora
»Y del bufete los libracos tiras.
»Y afirmo que es un sandio el que se azora
»De quien no necesita biblioteca
»Para soltar requiebros á la aurora.
»Y hablando de tus versos á *Máleca*,
»Digo que esas estrofas orientales
»Me parecen escritas en la Meca.
»Y que tus *Escursiones sepulcrales*,
»Valieran á su autor en Inglaterra
»La privanza del príncipe de Gales.
»Y para que ninguno te dé guerra
»Con lo castizo del lenguaje hispano
»Y con Lope y Cervántes te eche tierra.
»Digo de tí que el mismo Arias Montano
»No tiene tanto *ansí* ni tanto *agora*,
»Que te dan un sabor tan castellano.
»En fin, primo, mi pluma admiradora
»De tal modo tus prendas acrecienta
»Que ni á renglon pagado se mejora.
»Pero si á tí te tiene mejor cuenta
»Compararte con Dios, coge la pluma,
»Y francamente, si esto es poco, aumenta.»
Y Anton...—Pero no más: baste esta suma
De ridículos rasgos, Luisa mia,
Que va largo el sainete y ya me abruma.
Caiga el telon y encubra la osadía
Con que el poeta audaz la pluma moja
Y abulta aún más su tonta apología.
Vanidad que es tan necia me sonroja,
Y me pasa con él cual con Huberto
En tomando cerveza que no es floja.
Miéntras beba poquito me divierto
Que da risa mirar que tenga vena
Quien, si no empina, calla como un muerto,
Pero cuando se emboca una docena
De botellas, cayendo contra un quicio,
Entónces, Luisa, lo feroz del vicio
Ya no me excita á risa sino á pena.

ANIVERSARIO.

Ya vuelven otra vez las tardes de oro
Del templado Noviembre.—Ya en la playa,
Más encrespado el mar y más sonoro,
Tiende más bello su espumosa raya.

Límpido el aire está.—La onda riëla
Bajo el azul del trópico luciente,
Y más veloz por el espacio vuela
La nube nacarada y trasparente.

Dilatada la luz del horizonte
Se tiñe de carmin, y allá á lo léjos,
Hundido el sol á medias tras del monte
Se corona de espléndidos reflejos.

Suelto vá el rio y fuente cristalina:
La palma noble su cerviz cimbrea:
Guarnécese de flores la colina,
Y el techo labrador plácido humea.

Ya el soplo de los nortes bullicioso
Vivaz discurre sobre loma y llano:
Ya vuelve á Cuba ¡oh Dios! el tiempo hermoso,—
El tiempo hermoso en que murió mi hermano.

Ay! no pensé que entónces contemplara
Mi pobre hogar sin claridad ninguna,
Ni que en la tumba fraternal llorara
Bajo la luz de solitaria luna.

Señor, alto Señor, tú lo quisiste!
Tú que con sombras cubres el buen dia,
Tú que al santo deber lágrimas diste,
Tú que en el suelo abrevias la alegría!

Mi hermano la sintió pura y celeste
Cuando Noviembre, rico de colores,
Antes que en lecho funeral se acueste
Una tarde le dió llena de flores.

El contempló la atmósfera radiante,
El la campiña verde y halagüeña,
El la ola azul, de espumas deslumbrante,
Hirviendo al pié de la robusta peña.

El sonrió á los rayos vespertinos
Que luces de oro y rosa armonizaban,
El escuchó los inocentes trinos
Que los aires purísimos llenaban.

Y halló el camino como roja cinta
Que serpentea por la verde alfombra,
Y entre arboledas la graciosa quinta
Con su pórtico blanco entre la sombra.

El vió en el mar la deslizante nave
Agitando sus sueltas banderolas,
Y oyó á lo léjos el concierto grave
Con que ensalzan á Dios las altas olas.

El vió sombras y luces que imprimian
Gratos vislumbres á las ramas bellas,
Y oyó el suave rumor que éstas hacian
Al blando beso de la brisa en ellas.

¡Oh tarde de la vida, qué esplendente
Encubriste la fúnebre alborada!
¡Oh víspera de noche sonriente
Que á Dios volviste un alma desterrada!

Yo te bendigo en mi dolor profundo,
Pues aunque á solas me dejó llorando,
El alma aquella se alejó del mundo
Sólo en cosas risueñas cavilando.

Yo te bendigo, sí, porque colijo
Que el alma aquella pudo por consuelo
Hender la tumba, con el rostro fijo
En la serena magestad del cielo.

Adurmióse su espíritu al sonoro
Arrullo de la mar, y la sonrisa
De aquella suäve luz de rosa y oro
Que vino envuelta en la halagante brisa.

Y en Dios pensó cuando amorosa y bella
Vénus en Occidente aparecia,
Y el alma suya, cual la blanca estrella,
Daba su adios al moribundo dia.

¡Oh espíritu inmortal que en noche oscura
Ya la celeste atmósfera surcaba!
¡Oh mártir de candor y de ternura
Que su postrer sonrisa nos dejaba!

Ay! Cuando vuelvo en la estacion hermosa
A encontrarme sin tí callado y triste,
Como en la tarde de color de rosa
Que en tu serena tumba te dormiste;

Si al eco de tu adios mi llanto crece,
El á mi soledad deja esplendores,
Como en la negra ruina el viento mece,
Cuando se pone el sol, fragantes flores.

Adios por siempre! De más luz vestida
Tu alma ansiosa de bien se encuentra ahora.
Adios al resto inquieto de la vida!
Adios al rayo de la nueva aurora!

Adios al astro puro que brillando
En el zenit, sobre la mar riëla!
Y al movimiento de las ondas blando!
Y al airoso batel que *boga* y *vuela!*

Adios al disco de oro que se pierde
En el extenso y cárdeno horizonte!
Adios al *mucho azul y mucho verde*
Que enlazan cielo y mar y valle y monte!

Adios por siempre á cuanto amó! Profundo
Y casto adorador de un bien sereno!
Alma divina que gimió en el mundo
Peregrinando en pos de lo que es bueno!

Adios al libro que, sincero amigo,
Le dió solaz en la tranquila casa!
Adios tambien al pálido mendigo
Que por la calle sollozando pasa!

Adios al gran llover de noche oscura
Que en abrigado hogar suena propicio!
Adios al pobre niño sin ventura
Que se sienta á llorar en cada quicio!

Adios á la mujer, vision radiosa,
Que cruza ráuda en el crugiente coche!
Adios á la infeliz que gime ansiosa
Cuando en su hambriento hogar entra la noche!

Adios á todos! Porque el alma aquella
Que con sueños de amor no más gozára,
En una tarde de Noviembre bella
Quiso Dios que en el cielo despertara.

Yo lo bendigo! Porque fué divina
Piedad para aquel hombre á su funérea
Fosa bajar, al pié de la colina,
Llena la mente de la lumbre etérea.

Lumbre que vió brillar con embeleso
Cuando en un tiempo de gozar, lejano,
Guardó en el alma un pudoroso beso
Por no empañar lo puro de una mano.

Blanda luz celestial ¡ay! que halagaba
En otros años su ardorosa frente,
Cuando el San Juan bajo sus piés miraba,
Apoyado de codos en el puente.

Luz serena tambien que, en noche grave,
Miéntras la tempestad alta rugía,
Junto al timon de contrastada nave
Ver esperó cuando brillase el dia!

RAFAEL DE CÁRDENAS Y CÁRDENAS.

Nació en la Habana el 14 de Junio de 1820, siendo sus padres D. Rafael de Cárdenas y Chacon y Dª Josefa de Cárdenas Cárdenas.

Siguió la carrera de las leyes y en 1844 recibióse de abogado.

Desde sus más tempranos años se dedicó al cultivo de las letras, publicando sus primeras poesías en 1842 y colaborando en los principales periódicos de esta Capital, distinguiéndose notablemente por sus chispeantes artículos de costumbres y sus poesias humorísticas.

Ha cultivado con buen éxito el género místico, notándose en sus composiciones líricas el profundo estudio que ha hecho de nuestros clásicos de los siglos XVI y XVII, en particular de Fray Luis de Leon.

El Sr. Cárdenas, no ha publicado nunca en cuerpo de volúmen sus numerosas poesías.

Desde hace diez años, aqueja al Sr. Cárdenas una grave dolencia. Como Milton, permanece casi ciego, y sólo contribuyen á aminorar tan inmensa desgracia, el amor de su virtuosa esposa y los cariñosos cuidados de sus hijos.

DIOS Y LA CREACION.

¡Oh! Dios, sabio y clemente,
Que desde el sólio de la inmensa altura
Diriges la eminente
Fábrica de grandeza y hermosura
Que hiciste con tu voz omnipotente.

Escucha de mi canto
El eco débil, que á tu trono asciende:
Y, con tu auxilio santo,
Lo tosco de él benévolo desprende
Préstale ¡oh Dios! tu indefinible encanto.

No vanidad maldita
Ni humano galardon mi pecho alienta
Que si dentro se agita
Un corazon que tu poder sustenta,
Sólo por tí con emocion palpita.

¡Sólo por tí cantara!
Por tí, Señor, que al mundo me tragiste
Y del caos sacara
Un sér que es tuyo y por bondad me diste
Para que sólo á tí reverenciara.

¡Ay sí! cuando extasiado
Al mundo miro con inciertos ojos,
De gozo no explicado
Y admiracion, prostérnome de hinojos,
Y adoro tu poder en lo creado.

Contemplar el celeste
Azul de tu divino pavimento
Y luminosa hueste,
Que haces brillar desde tu régio asiento,
Este es mi bien, mi regocijo es este.

No quiero la grandeza,
Efímero placer, ni el vano encanto
Del oro y la riqueza;
Quiero admirar sin duelo ni quebranto
La bella y sin igual Naturaleza.

Tener quiero en mi idea
El delicioso bien de ameno prado,
Cuando la brisa orea
Un ambiente feliz y sosegado
Y el alma alborozáda se recrea.

Miro el rio que corre,
La fuente clara, la avecilla agreste,
Sin que en mi mente tu poder se borre:
Y, al contemplar la inmensidad celeste.
Un velo ante mis ojos se descorre.

Observo de los astros
El luminar contínuo, inextinguible,
Y en vano busco rastros
De esa gloria inefable, indefinible
En palacios mundanos de alabastro.

Si alabo el poderío
Del hombre que domina la materia
A su líbre albedrío,
Sacándola del caos de miseria,
Alabo en él tu voluntad, Dios mio.

Si el noble entendimiento
Discurre las humanas perfecciones,
Si ofrecen un portento
De grandeza y de glorias las naciones,
De tus obras tomaron el aliento.

Y en el maná que echara
La tierra, por tu mano bendecida,
Con ánsia cruel y avara
Recogieron el fruto de su vida
Y la señal de su soberbia rara.

Sus manos levantaron
Alcázares, pirámides y templos;
Mas cuando fabricaron,
De Natura tuvieron los ejemplos,
Nada nuevo en sus obras inventaron.

¡Qué vale la hermosura
De los hombres, si el tiempo la derrota!
Yo admiro sólo la caverna oscura,
Donde cayendo el agua gota á gota
Forma caprichos mil de arquitectura.

Yo celebro la planta,
Que naciendo silvestre en la pradera,
Con belleza que encanta,
Llena de vida, alegre y placentera
Sin auxilio del hombre se levanta.

Yo admiro en la Natura
Al débil pajarillo que elabora,
Con sencilla estructura
Un albergue seguro, y en él mora
Con sus hijuelos en cordial ternura.

Al insecto que guarda
Con cuidado el sustento que le viene;
La muerte le acobarda,
Y en el instinto previsor que tiene,
De la estacion mudable se resguarda.

Y en cuadros tan perfectos,
Que no comprende la mundana ciencia,
Miran los hombres rectos
Señales de tu suma Omnipotencia
En las plantas, los pájaros é insectos.

El sábio que medita
Hacer de lo creado imágen propia,
Su arrogancia inaudita
Traslada, sí, del natural la copia
Mas nunca el alma su artificio imita.

El génio esclarecido
Hará una imágen bella, diseñada
Con suave colorido,
Mas el sabio al mirar la obra acabada
«Mucho le falta»—exclamará abatido.

Sí, que la mano es parca
Al copiar con el arte lo creado,
Que el génio nunca abarca
Ese sello de vida delicado
Con que Natura sus objetos marca.

¿Alcanza vanidoso
A imitar esas tintes del plumaje
De un pájaro gracioso,
Que al mundo con su lúcido ropaje
Ofrece su matiz bello y precioso?

Es vana la porfía:
Mas como el sábio por un sér pequeño
Se encuentra sin valía,
De copiar su belleza tiene empeño
Y abjura su fatal sabiduría.

Yo admiro en mi conciencia
La hermosura ideal en lo creado:
Si con el arte y ciencia
El hombre en sus inventos ha ganado,
Causa fué tu sublime Omnipotencia.

1846.

REFLEXIONES

A MI AMIGO JOSE MUÑOZ Y GARCIA.

Nunca á los males sueltes las riendas,
Ama la dicha que paz te dé,
Qué hay en el mundo plácidas prendas
Que al hombre infunden amor y fé.
¿Quién no se halaga, quién no concilia.
Toda su gloria, su porvenir
En los encantos de la familia,
Lazo indeleble de su existir?
¡Cuán raro es verse desamparado,
Sin afecciones del corazon!
En lo absoluto no hay desgraciado
Si al alma alienta la religion.
¿Vés cómo lucen tantos planetas?
¿Vés en los cielos tanto arrebol,
Tanta hermosura? ¿Por qué te inquietas
Si para todos alumbra el sol?

Si ésto es notorio, si ésto es patente,
No te acobarde mezquino azar;
Ten tu conciencia pura, explendente;
Dios tus virtudes sabrá premiar.
Yo sé que el hombre lo quiere todo.
Sé que es punible su vanidad,
Si no atemperan su orgullo y modo
Las bellas dotes de la piedad.
Todo vacila, nada es estable,
El hombre gira del mal en pos
Si es en los vicios inexorable:
Sólo hay victoria donde está Dios:
Dios en el juicio del hombre lleno
De amor sublime, de rectitud;
Dios en lo grande, Dios en lo bueno,
Dios en la gloria y en la virtud.

1871.

INTELIGENCIA Y VIRTUD.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA DOÑA FERMINA CRESPO Y CÁRDENAS.

Cuando contemplo que eres tan buena,
Llena de encanto, de juventud,
Y que en tu frente casta y serena
Brilla la aureola de la virtud;

Indago el móvil de ese prestigio,
Con que dominas el corazon,
Y hallo que causan tanto prodigio
Tu bondad suma, tu religion.

Tú, que en el pobre vés á tu hermano,
Tú, á quien no excita la vanidad,
Porque tu pecho, cándido, humano,
Sólo respira fervor, piedad;

Tú, que respetas al indigente
Que puede, en medio de su afliccion,
Ser de virtudes sol explendente
Y fruto digno de redencion;

Tú eres la hermosa; con el talento
Todo lo puedes sin altivez:
Que la belleza del sentimiento
Es la más digna de elogio y prez.

¿Qué es la nobleza tan celebrada
Sin la justicia, la rectitud?
Es la más grande, la más preciada
La del talento con la virtud.

¿Qué importa el lujo, qué la belleza
De altos palacios, de magestad,
Si falta en medio de tal grandeza
La más sublime, la caridad?

Por eso, niña, si á tu hermosura
El hombre rinde grata oblacion,
Es porque tienes un alma pura,
Es porque es dulce tu corazon;

Eres tan linda cual placentera
Y hay en tí, niña, tal candidez,
Que el que te mira por vez primera
Quiere mirarte siempre otra vez.

¿De donde nace tanta importancia?
Que en el humano, bello jardin
La flor más rica, de más fragancia,
Es la que encierra virtud sin fin.

¿Qué importa, niña, que seas hermosa,
Qué tu elegante marcialidad,
Si á ese tu rostro de fresca rosa
No dieras vida con tu bondad?

Todo en el mundo fugaz se altera,
Cambia en esencia, pierde en valor:
La virtud sola radiante impera
Brindando al hombre la paz y amor:

Por eso el hombre que á gloria aspira
No en veleidades cifra su bien;
Busca en el alma la fé que admira,
Y en sus virtudes halla sosten.

Sabe que el alma, de Dios esencia,
Sólo se nutre de lo inmortal,
Que son sus goces la inteligencia
Y al Cielo aspira, que es su ideal

El cielo hermoso, de Dios morada:
Fija la vista, devota en él;
Allí se encuentra tu madre amada:
Sé de ella siempre la imágen fiel.

1871.

EL FESTIN DE LAS PASIONES.

FÁBULA.

Dice un libro, cuyo autor
En la mente no conservo,
Que cuando el mundo se hallaba
Muy á los principios de hecho,
En que todo era alborozo,
Todo comun y sin dueño,
Y en que la paz y concordia
Era el primer fundamento,
Las pasiones reunidas
En el Olimpo tuvieron,
Prévia licencia de Jove
Un expléndido festejo.
Era, porque no se ignore
Un solo punto del cuento,
La vengativa Discordia
Autora de aquel bureo;
La reina de la hermosura
Fué la Riqueza, maestro
De ceremonia el Capricho
Unánimemente electo,
Y la Falsedad, por ser
Tan propia para el efecto,
La que hacia los honores
En el célebre aposento.
Llegaba la hora anunciada
Por el nombrado congreso
Para comenzar la danza,
Con otros mil embelecos,
Cuando entraban por la puerta,
Causando alboroto inmenso,
El Lujo con la Soberbia,
El Orgullo de bracero
Con la Ignorancia, la Gula
Con el torpe Desenfreno,
La Adulacion, conducida
Por el Interés travieso;
La Avaricia, toda harapos,
Entraba sin compañero;
La Vanidad con donaire
Daba su brazo al Desprecio,
La Ambicion al Egoismo,
La negra Envidia al Deseo
Y la Presuncion al fuerte
Y pícaro Atrevimiento;

La Fatuidad y el Descaro
Unidos con lazo estrecho
Y otros muchos que á empellones
Se disputaban el puesto.
Dióse principio al festin,
Sonaron los instrumentos
Y presentóse á la vista
Un cuadro animado y bello.
Era de ver la presteza
Al dar principio el maestro,
Con que tornan sus papeles
El Litigio y el Cohecho.
La lira del dios Apolo,
La de Anfion y la de Orfeo
Y la flauta del dios Pan
No sé de donde la hubieron.
Mas la bella adquisicion
De tan dignos instrumentos
Nada influyó porque fuera
La música de más precio.
La cítara, la zampoña,
El tímpano y el salterio,
Y la trompa de la Fama,
Que un corto espacio tuvieron
Nada valió porque eran
Los músicos inexpertos.
Grande fué la algarabía,
Cada preludio era un trueno,
Basta exponer solamente,
Al explicar el estruendo
Que en el armónico bando
Diósele al Chisme el pandero.
En dos filas se veian
Los bailarines, dispuestos
Para comenzar la danza
Y figurados volteos!
Por una cabriola torpe
La Vanidad, ¡como verlo!
Cayó, pero al levantarse
Sus timbres dejó en el suelo.
El Lujo manchó su traje,
Mal adiestrado y sin seso
Y perdió la Hipocresía,
Diáfano el rostro, su velo;
La Avaricia irresistible,
Que al fin halló compañero,
Quiso bailar, mas á gusto
No pudo encontrar un puesto;
Perdióse la Adulacion
Por saludar al Dinero,
Y fué lo mejor de todo
Que los demás se perdieron:
Que en baile do las pasiones
Figuraban de concierto
Extraviándose uno solo
Le siguen sus compañeros.
Eran de ver los corrillos
Que se formaron diversos,
Las risitas contenidas,
Los forzados secreteos.
Allí se vió al niño Amor,
Loco rapaz é indiscreto,
Con la Fortuna y Poder
En alegres pasatiempos.
La niña Murmuracion
Ladeaba con gracia el gesto,
Estirábase, tosía,
La sola atencion pidiendo:
Dijo á la Envidia que estaba
En el apacible cerco
De la corte que le hacian
El Encono y el Deseo,
Que la Pereza tan sólo
No pudo llegar á tiempo
Que el astuto Disimulo
Callaba de puro miedo;
Y hablára más si de pronto
No se cambiara el proscenio,
Terminando la funcion
Un no esperado suceso.
El Escándalo decia
Que era absoluto su imperio,
Y la Calumnia con saña
Pretende iguales derechos.
Nombran de Juez á la Ira,
Son defensores del pleito
Por el Escándalo el Ocio,
Por la Calumnia el Dinero.
El Olimpo se alborota,
Ya no reinaba el contento,
Y hasta las turbas sumisas
Dieron señales de excesos.
Pidieron para aquietarlos
A la Locura su freno,
Y áun dicen que para el órden
Dio sus reglas el Enredo.
Júpiter, que los porrazos
Pudo escuchar desde léjos,
Vibró su rayo potente,
Y temeroso el congreso
Dejó el Olimpo, y la tierra
Es hoy su segundo asiento,
Hasta un dia en que perezca
Del todo su crudo imperio.

1847.

SEBASTIAN ALFREDO DE MORALES.

Este distinguido poeta, médico y naturalista, compañero de Plácido, Iturrondo, Milanés, Betancourt, Acosta, Tolon y otros afamados cubanos que han dado lustre á nuestras letras, nació en esta Ciudad, y casi desde su infancia se entregó al estúdio de las ciencias naturales, muy especialmente al de la Botánica, en cuya hermosa Ciencia, segun Fornáris, *bien podemos decir como los griegos de Aquiles que reina sólo en la arena* (1).

En esta ciudad, y durante sus años de estudiante, no dejó de consagrar sus ocios á la literatura, contribuyendo con sus escritos á la ilustracion del país en los periódicos de aquel tiempo.

Redactor principal de la *Aurora de Matánzas* de 1842 á 1844, bajo el célebre seudónimo de *Lince*, se hizo muy popular y hasta temible por sus acerados y enérgicos artículos de critica: combatió con teson y con el fuego de un alma honrada y bien templada en la virtud, las malas costumbres de su época, dirigiendo sobre todo sus ataques al pernicioso vicio del juego que tantos daños ha causado en Cuba y que entónces se había entrañado profundamente en alguna parte de la naciente y apreciable juventud de aquella ciudad.

Bajo el punto de vista literario, fué la *Aurora de Matanzas*, en el tiempo á que nos referimos, la publicacion de más mérito de la Isla y mereció elogios de los principales literatos españoles; eran redactores con Morales, D. José Jacinto Milanés, Miguel Tenurbe Tolon, Ignacio María de Acosta, José Victoriano Betancourt, Plácido, Iturrondo, Del Monte y otros literatos y poetas que constituian la más brillante pléyade que ha tenido Matanzas y acaso Cuba entera.

El Sr. Morales, fué uno de los amigos más amados de Plácido, su desinteresado consejero y Mentor, y á quien el infortunado bardo, segun acabámos de saber confió, llamándole á su prision pocos dias ántes de su triste fin, la recoleccion y purificacion de sus obras, tarea que sabemos ha cumplido fielmente reuniendo todas las composiciones poéticas del cantor de *Jicotencal*, con la ayuda del finado Dámaso García que tambien cultivó las musas bajo el seudónimo de *Polidoro*. La obra de Morales, em-

(1) Camafeos.—Dirigidos por J. Socorro de Leon.—Habana, 1865.—Sebastian Alfredo Morales.—Págs. 150 á 152, por *Bertoldo Araña*, (D. José Fornaris).

presa sagrada que, honrando á Plácido, tambien le honra en alto grado, mucho más si se tiene en cuenta la indiferencia con que entre nosotros tales taréas se miran, es un documento apreciabilísimo para la historia literaria del país, y mucho deseamos que pronto pueda darla á la prensa. En la excelente revista literaria que publica en Matanzas el inspirado poeta D. Nicanor Arístides Gonzalez, con el título *El Pensamiento*, se han publicado dos fragmentos de dicho libro (1).

Los azares de la política han tenido al señor Morales dos veces alejado de Cuba, proporcionándole grandes y prolongados sufrimientos que consoláron en gran parte su constante y vivo amor á las ciencias.

Durante su primera expatriacion, viajó por la mayor parte de las Islas de la Occeanía, por el Japon, China, Arabia Feliz y Egipto, haciendo vida de médico y de naturalista.

Vuelto á Cuba despues de diez años de ausencia, se estableció en Matanzas donde se entregó de nuevo á su querida ciencia, la Botánica, y además desempeñó en el Instituto de Segunda Enseñanza de aquella ciudad, las Cátedras de Historia Natural y de Agricultura. Ocho años permaneció en Matanzas dedicado, con el fervor que es condicion de su carácter, á las ciencias y á las letras, y durante ellos fundó en el Liceo, asociado con otros amigos entusiastas, la Seccion de Ciencias Físicas y Naturales, que tanto explendor alcanzó y que fué un honor, tanto para el establecimiento como para el pueblo de Matanzas que es, sin duda, uno de los más ilustrados de Cuba. El Sr. Morales fué, por espacio de algunos años Presidente y Director de la expresada Seccion, y entónces fundó un Museo de Historia Natural, con sus constantes esfuerzos, con su brillante herbario de la Flora Cubana y con las numerosas y selectas colecciones conchológicas y de Mineralogía que reunió en sus viajes por Filipinas, algunas Islas de la Occeanía, China, Japon y Arabia. Puede decirse que al Sr. Morales debió Matanzas el gusto y el entusiasmo por las ciencias naturales, siendo tambien harto notorio que, con su saber, logró formar aventajados discípulos en aquellas, entre los cuales dignísimo es de especial mencion el malogrado D. Manuel Jacinto Presas que, además de médico afamado, era ya un distinguido naturalista.

En 1868, emigró nuevamente el Sr. Morales, y al abandonar á su querida Matanzas, como él la titula, se vió en la necesidad de dejar depositada su *Flora Cubana* y parte de su numerosa biblioteca botánica en poder de su sobrino el ya mencionado D. Manuel Jacinto Presas. La fatal inundacion, que en los dias 7 y 8 de Octubre de 1870 afligió á Matanzas como una de las mayores calamidades que han pesado sobre aquella bella ciudad, invadió el edificio en que estaban depositados los tesoros científicos del Sr. Morales, y en esta catástrofe naufragó la *Flora Cubana* manuscrita, quedando de ella nada más que una masa de papel en que lucen todavía muchas páginas que trata de restaurar para bien de Cuba y de la ciencia. De esta obra se han publicado algunos trabajos interesantes que pueden verse en la *Revista Habanera*, que dirigia D. Juan Clemente Zenea, en 1862; en el *Anuario de la Seccion de Ciencias del Liceo* de Matanzas, que ideo y publicó el mismo Morales, y en el *Repertòrio Físico-Natural de la Isla de Cuba*, de que era Director, en 1865, el sábio D. Felipe Poey, y donde tambien colaboraban el célebre naturalista Gundlach y D. Manuel Jacinto Presas, que publicó su interesante estudio *La Historia Natural en Cuba*.

En sus últimos años de emigracion, ha visitado, con provecho para sus predilectos estúdios, los Estados Unidos de América, Venezuela, Santo Domingo, Colombia y otros países del nuevo Continente.

De sus aficiones literarias, ha dicho en la publicacion que ya hemos citado, Don José Fornáris: «Aunque es tan científico Sebastian Morales, no esquiva á las nueve »hermanas, por el contrario, le hace sus visitas y aún las menudea. Me gusta... me »gusta que la ciencia fraternice con los versos. Me gusta, pues, que mi ilustrado ami»go Andres Diaz, despues de reconocer la enfermería del hospital, conciba preciosas »alegorías; me gusta que el querido Ramon Zambrana consagre algunos momentos á

(1) Véanse los números siguientes:—30 de Setiembre de 1879, núm. 4; 31 de Mayo de 1880, número 16.

»la poesia, y nos deje saborear algunos bellísimos sonetos y composiciones que sabe »escribir, mal que le pese á cierto crítico palurdo; me gusta, por fin, que Sebastian »Morales, el agrónomo, el minero, el botánico, el médico, rinda holocausto á las en»cantadoras Musas.»

Sus poesías, han visto con frecuencia la luz en las mejores publicaciones de la Isla.

Morales, podemos decir es uno de los hijos que más honran á Cuba, y su nombre como naturalista, botánico y literato és conocido en toda América y en parte de Europa. Es de costumbres severas, ardiente, entusiasta, afable, caritativo, buen amigo y excelente patricio. Hoy vive en Matanzas, con su virtuosa esposa, la inspirada poetisa Doña Catalina Rodriguez, preciosa joya de nuestro PARNASO, y sigue trabajando por el progreso de esta Isla, tan digna de ser feliz.

El Dr. D. Sebastian Alfredo de Morales, desde 1862 es socio corresponsal de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de esta ciudad.

LA TARDE DEL HUERTO.

I.

Diez abriles han pasado
En las ráfagas del tiempo
Desde la tarde postrera
Que nos vimos en el huerto.

Era jóven y era pura,
Y en el campo de su cielo
No habia sombras borrascosas
Ni profanos devaneos.

Los perfumes de las flores
Derramaban en el huerto,
Idilios de poesía,
Poemas de sentimiento.

Y fijando sus miradas
En el limpio azul del cielo,
Me preguntó si allí habia
Amor, y aromados huertos:

Mansiones donde las almas
En plácido arrobamiento
Vivieran en paz serena
Sin mundanos devaneos.

Y yo, con sonrisa amarga
Le dije con triste acento:
—Entre Dios y los mortales
Todo es sombras y misterios.—

Tal vez no hay más que esta vida
Borrascosa y sin concierto,
Cuyos límites se extienden
De la cuna al cementerio.—

Entonces bajó la vista
Con lenta calma, diciendo:
—Tu amarga duda destroza
Mis esperanzas del cielo!—

Se apagaron de sus ojos
Los fúlgidos centelleos;
Palideció su semblante
Como el color de un lucero;

Un quejido misterioso
Salió de su sér interno,
Y los cristales del llanto
Rodaron sobre su seno.

II.

Pasaron algunos meses...
Pasaron...! Aún yo me acuerdo...
Ella estaba reclinada
En triste y doliente lecho.

Y reflejaban sus ojos
Un no sé qué de siniestro,
Como si fuese un idioma
Que hablara con el silencio.

Sus mejillas sin frescura,
Destrenzados los cabellos
Que otros dias adornaba
Con las flores de su huerto:

Y la fiebre de la tísis
Mordía su sér interno
Como carcoma que roe
De un lirio el lozano seno.

El crespon de la tristeza
Enlutaba su aposento,
Donde una lámpara ténue
Lanzaba turbios reflejos.

Aquella luz macilenta
Errante en sus ojos negros,
Parecia un meteoro
Brillando en oscuro cielo.

Yo las manos la oprimia
Con doloroso silencio
Como si hiciera plegaria
Al espíritu de un muerto.

En su dolor semejaba,
De aquella luz al reflejo,
La dulce Melancolía
Espirando en blanco lecho.

—¡Oh mi amigo! aquella tarde
Ha pasado como un sueño...
¡No hay más mundo que este mundo!
¡De la cuna, al cementerio...!—

Me dijo con voz doliente;
Con tan hondo sentimiento,
Que por el ángel la tuve
De los últimos ensueños.

Y una lágrima cuajada
Brotó de sus ojos negros,
Espiritual y sombría
Como en la tarde del huerto.

III.

De otro sol, al primer rayo
Llegué mústio á su aposento,
Y ella inerte descansaba
En triste enlutado lecho.

Gemia en el aire vano
El sollozo del silencio;
Sus amigos la lloraban
Y la lloraban sus deudos.

Sus párpados se cerraron
En el letargo postrero,
Que el invierno de la muerte
Descendió sobre su seno.

La frente pálida y fria,
En desórden los cabellos,
Y las manos macilentas
Cruzadas sobre su pecho.

Vestia el último luto
Durmiendo el último sueño,
Y así solitaria iba
A la patria de los muertos.

*

De aquellos ojos cerrados,
Al traves, mis ojos vieron
Un corazon sin latidos
Flotando en un mar desierto.

Descansaba un crucifijo
Entre sus manos y el seno,
Como la imágen de Atala
Moribunda en el desierto.

*

¡Todo estaba terminado!
Dolor, ilusion, ensueños...
Que los dedos de la muerte
Sellaron sus lábios yertos.

IV.

Y pasaron otros dias...
¡Tristes dias! Aún me acuerdo...
Y fuí á vagar silencioso
Entre las flores del huerto.

¡Cuán mudado, y solitario...!
Era el jardin del silencio...
Los árboles, sin verdura
Se inclinaban macilentos.

Y las hojas, amarillas,
De aquellos rosales frescos
Que acariciaban sus manos,
Volaban al son del viento.

*

Sobre las ramas de un mirto
Que allí sus manos pusieron,
Dos tórtolas se arrullaban
Con melancólico acento.

¡Ay...! la dulce jardinera
Que las cuidó en otro tiempo,
De allí salió desterrada
A la pátria de los muertos.

V.

Yo ví, de un lirio naciente
En el cáliz entreabierto,
Una gota de rocío
Que temblaba al son del viento.

Era el alma de su alma,
Era el rocío del cielo...
Una lágrima... una gota...
Como en la tarde del huerto.

AL DOLOR.

¡Oh Dolor de los dolores!
Hijo triste de la muerte,
Herencia que trajo en suerte
La doliente humanidad;
Tú sepultas de la vida
Las doradas ilusiones,
Y abren tus negras visiones
«Su puerta á la eternidad.»

Tú recibes en la cuna
Al hombre, envuelto en el llanto,
Y lo arrullas con el canto
Del amargo padecer;
Y prendido á su alma ansiosa
Con honda garra punzante,
Le vas siguiendo anhelante
Dándole muerte al placer.

Tú siembras de tus espinas
De la vida el prado ameno,
Y aniquilas en tu seno,
De amor la dulce ilusion:
Entre el himno de la vida
Tu nota doliente zumba
Cuando al borde de la tumba
Lo estrechas al corazon.

Eres náuta de la muerte,
Barquero ciego y sombrío
Que nos llevas por el rio
Del infierno del vivir,
Y bogando eternamente
Sin timon ni rumbo cierto
Nos naufragas en el puerto
De la pátria del morir.

Arbol que crece sin hojas
Cargado de mústias flores
Sin aromas ni colores,
Y frutos de maldicion;
Te fecundas con el llanto
Del poema de la vida,
Y con la sangre vertida
Del rio del corazon.

Todo se muda y fenece
Con el llanto de tus ojos,
Y envuelta entre tus enojos
Llora la austera virtud:
Y en el lecho de la vida
Se reclina en blancas flores
Entre sonrisas de amores,
Levantas el atahud.

Deja que errante en las sombras
De este mundo de ilusiones
Me aduerma con las visiones
De otro mundo encantador,
Y enjugando de mi frente
Tu sudor punzante y frio,
Arranque del pecho mio
El dolor de tu dolor.

SONETOS.

A NACTALIA

remitiendo unas plantas.

I.

Van esas plantas para tí cogidas,
Fueron, Nactalia, para tí sembradas,
Con lágrimas del alma cultivadas
Y al soplo de los céfiros nacidas:
Sus flores lucirán cual nuestras vidas,
Un instante no más, y deshojadas,
Por los vientos serán arrebatadas,
Y más tarde á vil polvo reducidas.
Como el bello verdor de su ramaje
Así es bello tu rostro soberano,
Y aunque el tiempo veloz la pompa ultraje
De ese tu brillo juvenil lozano,
Más dias vivirán nuestros amores
Que las plantas fugaces y sus flores.

Cuba, 18[illegible].

A NACTALIA

despues de un año fuera de la patria.

II.

Brilla otra vez la Primavera hermosa,
Y aquellas plantas para tí sembradas
Han vuelto á florecer engalanadas
Perfumando mi estancia silenciosa;
Humo fué nuestra dicha veleidosa,
Aquellas horas de placer gozadas,
Vuelven, en duro torcedor trocadas,
Y hondo silencio en nuestro hogar reposa.
Es sueño todo en este mundo vano,
Mansion doliente de humanal locura;
El sol que ayer nos alumbró lozano,
Hoy nos luce entre aciaga desventura,
Secas del alma las risueñas flores,
Sin familia, sin patria, y sin amores.

Nueva-York, 1869.

LA FUENTE DEL SOTO.

Límpida, pura, murmurante y fria,
La undosa fuente de placer colmada
Nos brinda entre su linfa regalada
El rayo huir del caluroso dia:
Cruza del soto la florosa vía
Con áurea lira de arrayan orlada,
Nactalia bella, y en su borde echada
Entónale dulcísima armonía.
¡Oh clara fuente! de la paz asilo,
Do el canoro turpial cantando amores
Baña sus plumas en tus frescas ondas.
Abre tu seno con rumor tranquilo,
Y calmando el pesar de mis dolores
El fuego apaga de mis penas hondas.

Escrito en Colombia, 1876.

LA VOZ DE LA TORMENTA.

Epico acento de fantasma fiera
Que el mundo oprimes con soberbias plantas,
Con ronca voz entre las sombras cantas
Himnos de muerte á la Natura entera;
El orbe treme á tu veloz carrera,
Del mar, rugido funeral levantas,
Y al solitario leñador espantas
Que oye tu silbo en la feraz pradera.
Los altos montes y la selva hojosa,
El hombre, el bruto, el anchuroso cielo,
Al tronar de tu furia procelosa
Cúbrense al punto de profundo velo;
Mas feliz, sonriente y afanosa,
Mi alma te sigue en tu gigante vuelo.

MARCO BRUTO.

—Eres, noble Virtud, un nombre vano—
Exclama Bruto al contemplar vencidas
En Filipos sus huestes, que oprimidas
Huyendo van del vencedor romano:
Roto yace el pendon republicano,
Y las tristes legiones destruidas
Van sin gloria á humillarse envilecidas,
Del fiero Antonio ante el poder tirano.
Al ver, de Casio perecer la armada,
Venganza estóica de los hados toma;
Hunde en su pecho la fulmínea espada,
El alma, exángüe por la herida asoma,
Y al volar por la esfera dilatada
Lleva tras sí la libertad de Roma.

EL BESO.

Dulce acento de nota peregrina,
Rayo del fuego celestial del alma,
Que arrebatando á la razon su calma,
Fuerza, cerebro y corazon domina:
Nace en arcos de rosa purpurina,
Es de himeneo la primera palma,
Con lira de oro Salomon lo ensalma
Porque es su esencia como Dios, divina.
A veces brota del amor vehemente
Que honesto, y libre del placer impuro,
Surge temblando en delicioso exceso,
Y cuando Adan sintió en su boca ardiente
El labio de Eva enamorado y puro,
Sonó en el Paraiso el primer beso.

Manuel Dionisio Gonzalez.

Nació en Villa-Clara, el año de 1815, y allí adquirió los conocimientos de la educacion primaria, pasando más tarde á esta ciudad, donde llegó á estudiar en el Seminario de San Cárlos poco ménos de dos años, volviendo á su pueblo natal.

Ha colaborado en distintos periódicos de allí, tales como *El Eco*, *El Alba* y otros que ya han dejado de publicarse, y en los cuales ha escrito sobre educacion, algo sobre costumbres y tambien acerca de otras materias de interés local. Tambien colaboró en *El Sagua*, periódico que veía la luz en la villa de su nombre, cuando estuvo bajo la direccion del Sr. D. Miguel Antonio Alcover.

En 1856, fundó, en union de D. José de Jesús Velis y D. Eligio E. Capiró, un periódico literario, económico, agrícola é industrial, con el título de la *Alborada*, cuyo programa era «remover y vivificar la fecunda llama del espíritu público en pró »de las mejoras y adelantos que reclamaba la villa, mejoras y adelantos que estaban »en el interés de todos sus habitantes promover y realzar, porque la indolencia y el »abandono, jamás han producido otra cosa que la miseria y la abyeccion». En este periódico, uno de los que más han hecho por el progreso de Villa Clara, en todos sentidos, y que con razon elogió en su último viaje á esta Isla el Sr. D. Ramon de la Sagra (1), pueden verse numerosos trabajos en prosa y verso del Sr. Gonzalez

En 1848, escribió una novela, *El Indio de Cubanacan ó las Brujas de Peña Blanca*, que publicó primero *El Eco*, y de la cual se han hecho despues dos ediciones, la última, en 1860, en la expresada Villa .La accion de la novela es en el tiempo de Diego Velazquez y el bondadoso Padre Fray Bartolomé de las Casas, aunque la narracion empieza en 1550. Es un cuadro de aquella época que se lee con satisfaccion, tanto por su interés histórico, como por el que despierta cuanto á aquella desgraciada raza se refiere.

Son curiosas las noticias que encierra de las costumbres de los indígenas y las antiguas tradiciones que dá á conocer.

A nuestro juicio, es una de las mejores obritas de su género, del cual años más tarde tanto se abusó con manifiesto daño para nuestra literatura.

(1) Historia física, económico-política, intelectual y moral de la Isla de Cuba, por D. Ramon de la Sagra.—Nueva edicion considerablemente aumentada.—Relacion del último viaje del autor.—París, 1861.—Cap. IX, pág. 162.

En 1848, tambien, fué co-autor con D. Eligio E. Capiró y D. Miguel Gerónimo Gutierrez, de una comedia de costumbres, en tres actos y en verso, titulada *Idealismo y Realidad*, que se conserva inedita, y fué representada dos ó tres veces en el teatro de Villa-Clara, por los jóvenes que formaban la *Escuela de Declamacion* que dirigía el Ldo. D. Carlos Valdés.

Para la misma *Escuela* escribió luego la obra de costumbres, en un acto y en verso, *Sobre todo mi dinero*.

En union del citado poeta Gutierrez, por la época á que nos contraemos escribió distintas composiciones ligeras, que se publicaron en algunos periódicos de la localidad en que residia. En el tomo segundo de la *Guirnalda Literaria*, publicada en 1853, pueden leerse algunas. Con el propio Gutierrez, escribió el *Unipersonal*, titulado *El Judio Errante*, todavía inédito, pero representado en Villa-Clara por el Licenciado Valdés.

En 1858, despues de algunos años de investigaciones en los archivos y de ímprobos trabajos, dió á luz su excelente obra *Memoria histórica de la Villa de Santa Clara y su jurisdiccion*, que forma un tomo en cuarto de cerca de quinientas páginas y que el Ayuntamiento de la indicada villa, no sólo recomendó al Gobierno para su publicacion, sino que consignó una cantidad para ese fin.

Libro tan honroso al autor, como útil á la Villa, juzga el Sr. La Sagra el esmerado trabajo histórico del Sr. D. Manuel Dionisio Gonzalez, á quien trató en 1859, reconociendo en él lo que no es muy frecuente: «el talento unido á la sencillez y una excesiva modestia».

El Sr. Gonzalez vive hoy en esta ciudad, ocupado de asuntos más graves que el el agradable de las tareas literarias, en las cuales tanto ha sobresalido, honrando á Cuba.

EPISTOLA.

A MIGUEL G. GUTIERREZ.—DESDE EL CAMPO.

Hora del ruido mundanal exento,
El agitado corazon respira,
Al ver el cuadro que natura bella
Pródiga ostenta en la feraz campiña.

No aquí se mira el detestable orgullo,
Ni el odio, ni el rencor, ni la perfidia
Ni esas de oprobio pésimas acciones
Que allá la culta sociedad abriga.

Se extasia el alma en positivos goces
Y nunca al peso del dolor suspira,
Y entre placeres sin igual, apénas,
Corre, Miguel, la deliciosa vida;

Nada interrumpe la sublime calma
Ni las costumbres próbidas, sencillas,
Y todo, todo, indefinible encanto
Do quiera ofrece á la templada lira.

Solo se escucha la cancion que entona
Alegre el labrador en su fatiga,
Y al eco grato, los cansados bueyes,
Surcan la tierra con su fuerza activa:

El canto de las aves melodioso
Que allá en las selvas plácidas se anidan,
El festivo murmurio del arroyo
Que entre las flores su cristal desliza.

Y el ruido de los céfiros risueños,
Que, jugueteando con la palma erguida
Mueven sus pencas en serenas tardes
O al despuntar la claridad del dia.

¡Cuánto, amigo, se goza aquí apartado
De ese bullicio popular, que excita
El foco de pasiones insensatas,
Y de los hombres la expresion mentida!

Siempre colmado de entusiasmo el pecho,
El grato ambiente delicioso aspira,
Y unido á los objetos que idolatro,
Paso las horas de placer tranquilas,

Cuando la aurora sonriente asoma,
Desplegando sus alas purpurinas,
Me ve gozoso contemplar el prado,
Las llanuras, los valles y colinas.

¡Cuánto es hermoso el seductor aspecto,
Que todo brinda á la anhelante vista,
Cuando del sol los explendentes rayos
Hasta el confin lejano vivifican!

Y aun más hermoso en apacible tarde
Cuando su faz en occidente inclina
Ver los reflejos pálidos que vierte
A par del soplo de la fresca brisa.

Entonces, reclinado sobre el césped,
Escucho del sinsonte la armonía,
Que al preludiar en acordado acento
Las aves todas su cancion admiran.

Do quier los ojos entusiastas vuelvo,
Miro del cuadro la expresion divina
Cuadro que ofrece al melodioso bardo
Sublime inspiracion y poesía.

Mas no á tu amigo, que sin númen, alza
Con arpa debil su cancion mezquina,
Movido solo del placer que siente,
Cuando un recuerdo de amistad te envía.

LA INFANCIA.

I.

Dichosa edad de la vida,
Tiempos gratos de inocencia,
En que corre la existencia
Bajo ensueños de candor;
Epoca dulce y risueña,
En que el mundo no se mira,
Ni el alma jamás suspira
Al embate del dolor.

Años bellos y apacibles,
Donde nunca las pasiones,
Sus detestables acciones
Pueden al alma imprimir;
Aurora pura y luciente
De esta vida engañadora,
Centro feliz donde mora
La ventura del vivir.

Dias plácidos, serenos,
De contento indefinible,
Eden ameno, apacible,
De delicias sin igual:
Tranquilas horas de gozo,
Agenas del sordo ruido,
Do se ajita, aborrecido,
Torpe vicio mundanal.

Momentos inolvidables
Que transcurren presurosos,
Caros instantes dichosos
Que no mas han de volver;
A vuestros dulces recuerdos
Quiero alzar mi pobre canto,
En medio del cruel quebranto
Que abate al humano ser.

¡Dichosa edad!... cuán preciados
Son tus ratos de ventura,
Al soplo del aura pura
De la inocencia feliz:
Tú no escuchas de los hombres
Las falaces expresiones
Ni ante las viles acciones
Rindes torpe la cerviz.

¡Dichosa edad! cuán sublime
Es tu gloria imponderable,
Pues nunca tu faz amable
Conoce la ingratitud:
Entre goces halagüeños
Disfrutas tranquila calma,
Sin que separes del alma
La sacrosanta virtud.

En tu delicia constante,
Descuellas con frente erguida,
Sin conocer de la vida
El engaño y la ambicion;
Y agena de la perfidia
Y de calumnias odiosas
Son tus horas siempre hermosas
Sin angustias ni afliccion.

Nunca lastima tu oido
La odiosa voz del tirano,
Ni miras su férrea mano

Al justo inerme abatir;
No ves al pobre indefenso
Sucumbir á la injusticia
Del fuerte que con malicia
Le arrebata su existir.

No ves tampoco la audacia
Con que quiere el cortesano
Que otro ser, tambien humano,
Le tribute adoracion:
Bajo el capricho insolente
Del necio timbre ó del oro,
Que alcanzára sin decoro
Con la baja adulacion.

Dichosa edad, que no pruebas
Las desgracias de la vida,
Pues en tu calma dormida
Contemplas solo al Señor!
¡Dichosa edad que al arrullo
De las voces maternales,
No miran nunca los males
Ni conoces el dolor!

Es envidiable tu suerte,
Mas que el oro y los blasones,
Y las vanas distinciones
De que hace alarde el mortal;
Pues mientras él se envanece
Con su gloria y su opulencia,
Brilla en tu alma la excelencia
De virtud angelical.

Virtud sencilla, eminente,
Cuya antorcha luminosa,
Luce, por Dios, más hermosa
Que ese fasto halagador;
Virtud nacida del cielo,
Sublime expresion, que el hombre
Trueca vil por un renombre,
Eclipsando su explendor.

Dichosa tú de la infancia
Bella edad, que adormecida
En el umbral de la vida
Tranquila gozas del bien:
Nunca en tí la negra infamia
Asesta su fiero embate,
Ni jamás sus alas bate
La calumnia allá en tu sien.

Feliz tú que no penetras
Las escenas de este mundo,
Ni el foco del mal, fecundo,
Que le corrompe do quier;
Tú no miras, ni contemplas
De los hombres la injusticia,
Ni el orgullo y la codicia
Alberga tu tierno sér.

¡Y cuántas veces tu vista,
En bellas horas serenas,
Torna súbita la penas
Que agobian al corazon!
¡Cuántas veces de una madre,
Abatida en triste duelo,
Has sido eficaz consuelo
En su pesar y afliccion!

Cuántos ¡ay! por tus encantos
Y tus horas de reposo,
Dieran el tiempo enojoso
Que acibára el existir;
Y con la dura experiencia
De la vida y sus engaños,
Solo ansiáran ver tus años
Para despues no vivir.

Bienhadado el que disfruta
De tus goces y alegría,
Y baja á la tumba fria
Sin conocer otra edad:
Y luego con alma pura,
Sin que nada le atormente,
Con noble faz sonriente
Contempla la eternidad.

II.

¡Salve recuerdos de la edad florida,
Momentos gratos de indecible gloria!
¡Cómo los goces de tu hermosa vida,
Conserva intactos la feliz memoria!

¡Más cuán presto se eclipsa y desparece
Esa plácida aurora peregrina;
Y en vez del bien que la ventura ofrece,
Viene otra edad que la pasion domina!

Edad fecunda en oprobiosos hechos,
Mengua y baldon de la virtud preclara,
Donde se miran por do quier deshechos
Hasta los lazos de la union más cara.

Donde el ódio jamás, ni la venganza,
Ceden su atroz, abominable imperio,
Y el déspota en sus crímenes se lanza,
Los tiempos remedando de Tiberio.

¿Cuándo será que el mundo fementido,
Al almo brillo de virtud sublime,

Abjure de su pecho corrompido
El mal que el vicio al corazon imprime?

¿Cuándo será que la discordia impía,
Deponga su furor; y el sentimiento
De fraterna unidad, resuene un dia
Donde el genio del mal tiene su asiento?

¡Nunca... jamás... pues ni la misma muerte
La tea extingue del rencor odioso,
Y hasta en la tumba su veneno vierte,
Sin que respete su eternal reposo...!!!

El mundo siempre abrigará en su seno
La accion del mal, que la virtud mancilla,
Y el bien busquemos, de delicias lleno,
Allá do eterna la justicia brilla.

SONETOS.

A UNA PALMA.

Reina del campo, soberana diosa,
Con cuanta majestad alzas la frente,
Envidia dando á la plateada fuente,
Al bosque, al llano y la pradera hermosa;
Sobre tus pencas juega deleitosa
El aura pura matinal, sonriente,
Y la pristina luz del claro oriente,
Derrámase en tu copa, explendorosa.
¡Bella y sublime creacion del cielo,
Que ostentas tu poder y lozanía
En los pensiles del cubano suelo!
Escucha grata de la lira mia
El débil canto que en mi ardiente anhelo
Tributo á tu beldad y bizarría.

A LA MÉMORIA
DEL CELÉBRE PRESBITERO D. JUAN DE CONYEDO. (*)

Aunque ya el polvo de los tiempos cubra
Del hombre justo la fuuérea losà,
Y el albergue tranquilo en que reposa,
Su nombre guarde y su memoria encubra
Permítase que osada desencubra
Mi débil mano su mortuoria fosa
Y una lágrima ardiente y respetuosa
Sus restos bañe y mi dolor descubra.
Pobre es la ofrenda al mérito eminente
Del genio insigne y bienhechor, que un dia
Ciñó de lauros su fecunda frente;
Mas pueda al son de célica armonía,
Su nombre proclamar de gente en gente
Como una gloria de la patria mia.

1845.

(*) Este varon meritísimo, á quien tanto debe Villaclara, falleció en 1761, y el autor de estos versos, como un homenaje á su memoria, que ya parecia olvidada, le consagró esa demostracion, publicando despues su biografía.

IMPIEDAD.

¡Cuánto es pobre el mortal, que imbécil niega.
En su delirio de impiedad insano,
De un ser eterno la potente mano,
Y á sus creencias de ilusion se entrega!
El á la luz de la verdad se ciega,
Y ante la inmensa creacion, ufano
A Dios maldice como un ente vano
Y hasta del dogma divinal reniega.
Ese que vive, excéptico y sombrío,
Mísera escoria del mezquino suelo,
Sucumbe del Criador al poderío;
Y en angustiosa pena, sin consuelo,
Lleva al sepulcro un corazon impío,
Sin conocer la majestad del cielo.

EN LA TRASLACION
de los
RESTOS DEL PRESBITERO DON JOSE DIONISIO VEITIA
á la bóveda que se le erigió en el cementerio general.

¡Genio de ilustracion! alza la frente,
Deja ese sueño sepulcral y mira
En torno un pueblo, que tu gloria admira
Bajo la sombra del ciprés doliente:
La profunda emocion que el alma siente,
Cuando esta calma tétrica respira,
Embarga la expresion, y solo inspira
Ese mudo lenguaje reverente.
Si al destino mortal sucumbe el hombre,
No esa ley de los tiempos, sempiterna,
Tu fama borrará ni tu renombre;
Pues de la patria, la expresion fraterna,
Al porvenir trasmitirá tu nombre,
Aunque descanses en la noche eterna.

Villaclara, 1846.

NARCISO DE FOXÁ.

El Excmo Sr. D. Narciso de Foxá y Lecanda, nació en la vecina Isla de Puerto Rico, en su ciudad capital, el año de 1822.

Muy pequeño vino á Cuba, y en los colegios de la Habana hizo todos sus estudios.

Desde bien temprano demostró su aficion á la poesía, habiendo escrito sus primeros versos cuando contába doce años.

En 1839, cuando sólo tenía diez y seis, se publicó en *La Siempreviva* su romance morisco *Aliatar y Zaida* (1) que anunciaba ya el entusiasta estudio de los clásicos españoles, á los cuales el Sr. Foxá rinde fervoroso culto.

En 19 de Octubre de 1844, se inauguró el Liceo de esta ciudad que tanto hizo por las artes y las letras entre nosotros, y entónces se avivó aún más el entusiasmo del Sr. Foxá, que obtuvo la honra de ser nombrado Secretario de su Seccion de Literatura, cuando brillában en el *Instituto* D. Francisco Muñoz Del-Monte, D. Eduardo A. de Castro, D. Ramon Velez Herrera, D. Blas de San Millan, D. Miguel de Cárdenas y Chavez, D. Lucas Arcadio de Ugarte, D. José Luis Alfonso, hoy Marqués de Montelo, D. Lorenzo Allo, D. Rafael Matamoros y otros que tanto han hecho en diversos ramos por la cultura de esta hermosa tierra.

Para la dicha funcion inaugural escribió una composicion en sextillos, *en los que se cuentan trozos de verdadera poesía, de puro y leal entusiasmo*, como se dijo al dar cuenta de aquel acto (2).

En los Juegos Florales que celebró el expresado Liceo, en Noviembre de 1846, presentó el Sr. Foxá el *Canto épico sobre el Descubrimiento de América, por Cristóbal Colon*, y el jurado, que lo componían literatos de tan reconocida competencia como el Sr. San Millan, Presidente, y los Sres. D. Blas Osés, D. Francisco Muñoz Del-Monte. D. Anacleto Bermudez, D. José Zacarias Gonzalez del Valle, D. José Silverio

(1) La Siempreviva dedicada á la juuentud Habanera. Contiene artículos de Ciencias, Literatura, Bellas Artes &. -Tomo 2. Habana.—Imprenta del Gobierno y Capitanía General por S. M.—1839.—Págs. 311-319.

(2) Biblioteca del Liceo de la Habana.—Tomo primero.—1858.—Pág. 8.

Jorrin, D. José Antonio Echeverría y D. Isidoro Araujo de Lira, como Secretario, lo juzgó digno del premio ofrecido en el prográma, y *á pesar de los lunares que pudiera encontrar en él una crítica severa, altamente honroso para el Liceo y el país* (1), acordándose además una edicion de lujo de la expresada obra para presentarla al autor y que se obsequiára con un ejemplar al Excmo. Sr. Duque de Veragua, descendiente del inmortal Descubridor.

El Sr. D. Felipe Poey, juzga que el expresado poéma es digno de acompañar al de D. Nicolás Fernandez Moratin, *Las naves de Cortés destruidas*, que considera Quintana en su *Tesoro del Parnaso Español*, la mejor obra de este autor. Tenemos la dicha de publicar tan excelente trabajo, con las últimas correcciones que, para reproducirlo en esta obra, hizo expresamente el Sr. Foxá durante su permanencia en esta ciudad, en Mayo del presente año.

En 1847, el ya indicado Liceo de la Habana, en público certámen, concedió mencion honorífica á su oda *Al Comercio*.

Otra de las composiciones poéticas del Sr. Foxá que ha obtenido unánimes aprobaciones, y hasta de la prensa extranjera ha sido elogiada, es la que tituló *La Rosa Marchita*.

Nosotros vémos la verdadera gloria del poeta, en su *Canto épico* y en el que dedicó á la naturaleza de Cuba, que es, sin duda, una de las más bellísimas descripciones que se han hecho de las explendentes galas con que plugo á Dios dotarla.

En 1847 pasó á la Península, y al año siguiente presentó en el gran concurso que celebró el Liceo de Madrid en Noviembre de aquel año, su poemita *A la fé Cristiana*, que puede verse en su libro y que se insertó en la preciosa coleccion literaria *Ofrenda al Bazar de la Real Casa de Beneficencia*, que en 1864, con Don Anselmo Suarez y Romero, formó el distinguido literato D. José Ignacio Rodriguez, y en cuyo libro aparecen trabajos en prosa y en verso de nuestros escritores de más fama.

En Abril de 1849, volvió á Cuba el Sr. Foxá, y poco despues publicó en Madrid el Sr. D. Ildefonso de Estrada y Zenea, con juicio crítico de D. Manuel Cañete, una coleccion de sus poesías con el modesto título de *Ensayos Poéticos* (2), única que hasta ahora se ha hecho de las obras del laureado Cantor de Colon.

Las poesías del Sr. Foxá, se han reproducido en las mejores colecciones poéticas de América y Europa, y ha colaborado en las publicaciones literarias que más justo renombre han alcanzado entre nosotros.

Muchos años hace que, entregado á graves negocios que le han preocupado tanto como los propios, á los que tambien, con teson y constancia tuvo que dedicarse, para salvar algo de su fortuna, comprometida en estos últimos, ha dejado sus tareas favoritas, las literarias, que con tanta gloria para él, ocuparon su juventud.

Sin embargo, le hemos oido hablar, pocos meses hace, ántes de su partida para París, donde reside, de Góngora y sus romances, aquilatando tan minuciosamente sus bellezas y con observaciones críticas y literarias tan atinadas, ingeniosas y enteramente nuevas, demostrando un gusto literario tan depurado y exquisito; que no podemos ménos que creer que todavía, en medio de las sérias ocupaciones que han ocupado más de la mitad de su vida, el poeta que á los veinte y cuatro años escribió el Canto épico al descubrimiento de América, no ha abandonado el dulce trato de las Musas y vuelve todavía los ojos con amor al PARNASO, cuyas floridas sendas con tanto acierto pisára.

---

(1) Frases textuales del acta, fechada el 22 de Noviembre de 1846 y suscrita por D. Blas San Millan, Presidente y D. Isidoro Araujo, Secretario.

(2) Ensayos poéticos de D. Narciso de Foxá: los dá á luz precedidos de un breve juicio crítico por D. Manuel Cañete, su amigo Ildefonso de Estrada y Zenea.—Madrid.—Imprenta de lo señores Andres y Diaz, plazuela del Duque de Alba, número 4.-1849.-(Con un retrato).

CANTO EPICO

SOBRE EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA POR CRISTOBAL COLON.

....Si deficiant vires, audacia certe
Laus erit, in magnis et voluisse sat est.
Prop. ert.

Venga á mis manos la sonora trompa,
Que de entusiasmo estremecer me siento:
Llegue á mis labios y mi canto rompa
Por la region del adormido viento.
Yo no pretendo la guerrera pompa
De *Homero*, ni de *Tasso* el ardimiento,
Que no voy á cantar armas ni guerra,
Sí la empresa mayor que vió la tierra,

¡Musa de la verdad, diosa del canto,
Claro en mi mente tu explendor derrama;
Presta á mis labios tu celeste encanto
Y en tu fuego inmortal mi pecho inflama!
De sed, de gloria y de entusiasmo santo
Arde en mi corazon eterna llama
Y de *Colon* al nombre solamente
Divina inspiracion brilla en mi frente.

Mas ¿qué valdrá cuando el talento falta
Que el alma esté de sentimiento henchida,
Si ha de bajar cuando la cumbre asalta
Icaro nuevo, el ala consumida?
Débil siento la voz: la empresa es alta:
Tal vez fallezca en la áspera subida...
Mas sino me corono con mi intento
En haberlo emprendido estoy contento.

Quiero cantar al héroe sin segundo
Que impertérrito, firme, denodado,
Surcó atrevido el piélago profundo
Por senda extraña y rumbo desusado.
Aquel que pudo conquistar un mundo
De ciencia solo y de constancia armado,
Dejando su renombre esclarecido
En la faz de dos orbes esculpido.

Canta, Musa á Colon: en dulce rima
Refiere sus fatigas y quebranto,
Como errante vagó de clima en clima
Buscando apoyo á su proyecto santo.
Píntale allá del mástil en la cima
(Si los versos acaso pueden tanto)
Tras larga noche de borrasca fiera
Clamando *¡tierra!* por la vez primera.

O cuando entre el bullicio cortesano
Dobló modestamente la rodilla
Ante el excelso trono soberano
De la *Isabel* primera de Castilla:
Reina inmortal que le tendió la mano,
Y alzólo desde el suelo hasta su silla;
Poniendo á precio sus brillantes galas
Por dar aliento á sus altivas alas.

Mas ya le veo que gozoso parte
Animoso y constante, procurando
Con elocuencia rara en toda parte
Prosélitos hacer para su bando —
—Iba de pueblo en pueblo con tal arte
Los ánimos de todos excitando,
Y con tanto fervor, que vido junto
Numeroso escuadron en breve punto.

Gente de gran valor, de fuerza extraña,
Indómitos, tenaces, decididos;
De aquellos hombres que produce España,
Y fueron siempre con razon temidos.
En el combate, de terrible saña,
Y en la desgracia firmes y sufridos,
Que los peligros y el azar desprecian,
Ni temen riesgos, ni la vida aprecian.

Entre tanto la escuadra se dispone
En el puerto de *Palos* afamado,
Que desde entonces tuvo quien abone
Su memoria que el tiempo no ha borrado.
Allí porque la empresa se corone
Trabaja cada cual acelerado,
Todo es tablas allí, jarcias y velas,
Y surjen las pintadas carabelas.

Allí con noble celo diligente
Aviva siempre á los obreros, cuerdo,
Aquel que mas silencio no consiente,
El gran *Marchena* de inmortal recuerdo.

Aquel por cuya súplica ferviente
De *Isabel* se obtuvo el soberano acuerdo
Para una empresa que á cualquiera excede,
Cual se ha visto jamás ni verse puede.

Llegó por fin el plazo apetecido,
Y viéronse las lindas carabelas,
El duro cable apenas dividido,
Coronadas de jarcias y de velas.
Hallábase su bordo abastecido
De municiones, armas y de telas,
Y gallardas el puerto atravesando
Iban su gentileza demostrando.

La aurora coronada de azucenas
Con sus dedos de rosa descorria
En el Oriente, perezosa, apenas
Las cortinas magníficas del dia;
Y ya las auras, de fragancia llenas,
Daban vida á los campos y alegría,
Cuando aguardaba la señal primera
La gente de Colon en la ribera.

Allí el hermano al cariñoso hermano
Une á su corazon en lazo estrecho;
La madre desolada, el padre anciano
Lloran del hijo sobre el tierno pecho.
La vírgen pura el rostro soberano
Torna á su amado en lágrimas deshecho,
Y el ósculo de amor púdica siente
Por la primera vez sobre su frente.

¡Oh! ¿quién de tan funesta despedida
Podrá pintar la dolorosa escena,
Y tanta y tanta lágrima vertida
Que humedecieron la salada arena?
Mi mente en este punto entretenida
Vagar quisiera de ternura llena;
Mas no me es dado, no, pasar delante
Que llama mi atencion el Almirante.

Vedle: allí viene, de entusiasmo lleno,
Afable rostro y plácida sonrisa,
Formas gallardas y elevado seno,
Con airoso desdén la tierra pisa.
El genio altivo en su mirar sereno
A la par del talento se divisa,
Y allá en su frente á descubrir se alcanza
La fé, la inteligencia y la esperanza.

Múdase el cuadro:—estrepitosos *vivas*
Sustituyen al llanto y los gemidos,
Dando á Colon señales expresivas
De que están á seguirle decididos.
Alzan las frentes de la tierra, altivas,
De su debilidad todos corridos,
Y vuelan á la orilla presurosos
Ya de partir y de alejarse ansiosos.

De gozo arrebatado el Almirante
Y de placer el alma extremecida,
En tan dichoso suspirado instante
De afan diez años y trabajo olvida.
Por aquel espectáculo brillante
Trocado hubiera el resto de su vida,
Y levantar la voz apénas puede
Porque á la voz el sentimiento excede.

Pero los ojos elevando al cielo
Al Supremo Hacedor las gracias rinde,
Y desde allí con fervoroso anhelo
Jura el ensanche del cristiano linde.
Baña su corazon almo consuelo...
Mas de tan dulces éxtasis prescinde
Por templar de su gente el ardimiento,
Y así les dice con sonoro acento:

«Valientes compañeros, que la suerte
«Unió conmigo con estrechos lazos,
«En cuyos ojos el afan se advierte
«De llegar y vencer en breves plazos;
«Con hórridos peligros, con la muerte
«Han de luchar vuestros robustos brazos;
«Allá os aguardan tempestades, guerras,
«En mar extraño y en lejanas tierras;

«Mas tras largo afanar... ¡Cuánto de gloria
«De riqueza y poder allí os espera!
«Nunca podrá borrar vuestra memoria
«El tiempo destructor en su carrera;
«Que ni aprecia el valiente la victoria
«Sino tras lucha prolongada y fiera,
«Ni por empresas débiles suspira,
«Ni á fácil triunfo su valor aspira.

«Vosotros, que venciendo la fortuna,
«Doblar al moro hicisteis la rodilla,
«Humillando la altiva media luna
«Ante las rojas cruces de Castilla,
«¿Dudaréis, temeréis, cuando en la cuna
«Blandísteis formidables la cuchilla?
«No: primero faltára el sol al dia
«Que en el pecho español la bizarría.

«Plantar la santa enseña de los fieles
«En un mundo infeliz, desconocido,
«Derrocando los ídolos crueles
«Por la ignorancia bárbara erigidos;
«Ved el triunfo inmortal, ved los laureles
«Que espera nuestro aliento enardecido:

«Esa es la causa, la mision es esa
«Que nos dirige en tan sagrada empresa.»

Afanosa la gente en buen concierto
Al jefe aclama y la partida apresta,
Y atravesando en lanchas por el puerto
Toman las naves á zarpar dispuestas.
De ricas galas cada cual cubierto
En su semblante el gozo manifiesta,
Y ansioso espera el término vecino
De dar al vago viento el blanco lino.

Colon en tanto en la menuda arena
Y con la espalda vuelta al mar salado,
En los amantes brazos de Marchena
Oculta el rostro en lágrimas bañado.
Causa inocente de su aguda pena
Dos tiernos niños míranse á su lado,
Vivos retratos de la muerta madre,
Pedazos ¡ay! del corazon del padre.

¡Salve mil veces, sí; poder divino
Del paternal afecto!—Por tí solo
Suspira el héroe, y su feliz destino
Trueca tal vez en lóbrego mausolo:
Y el que se lanza al mar en frágil pino
Buscando altivo un apartado polo,
Llora á tu influjo y su ambicion olvida,
Ante sus hijos la razon perdida.

Quiere partir Colon, pero es en vano,
Que le sujeta allí naturaleza,
Y mira entonces por oculta mano
Vencido su valor y fortaleza:
Mas de la gloria el fuego soberano
Súbito siente arder en su cabeza,
Y dando á cada infante un tierno abrazo
Parte, el rostro volviendo á cada paso.

A bordo ya de la arrogante nave
Suena el cañon que anuncia la partida,
Y del blando favonio al soplo suave
La recia lona mírase tendida.
Como se cierne en el espacio el ave,
Enhiesto el cuello, el ala recogida,
Van los bajeles por la mar ligera
Al aire desplegando su bandera.

Y en tanto que sus alas apareja,
Céfiro manso y las espumas riza,
Y la armada feliz el puerto deja
Y por las mansas olas se desliza;
Al mirarla cuan rápida se aleja
Treme la gente que la arena pisa,
Y pueblan el espacio en voces várias
Los últimos adioses y plegarias.

Prosigue empero su carrera el dia
Y dividiendo las inquietas olas,
Las naves, ostentando gallardía,
Se alejan de las playas españolas.
En la elevada entena el aura fria
Agita las pintadas banderolas,
Y la orilla se vé confusamente
Al ocultar el sol su roja frente.

Así marchaba con feliz destino
Sin contratiempo la dichosa armada,
Por mar estraña abriéndose camino
La prora al Occidente enderezada.
La majestuosa vela de contino
Fué por el viento favorable hinchada,
Y nunca nube de vapores llena
Pudo manchar la atmósfera serena.

Y por la noche la gentil techumbre
Poblaban las estrellas una á una
Con su apacible y amorosa lumbre
Rumbo ofreciendo y próspera fortuna.
De nacaradas nubes en la cumbre
Luego aparece la modesta luna,
Y su explendor magnífico retrata
Sobre la estela de luciente plata.

Bajo el ala del céfiro ligero
Así la armada el rumbo dirigia,
Y veces treinta el matinal lucero,
Fin de la noche y precursor del dia,
Brilló, sin que la costa el marinero
Saludase con voces de alegría;
Y sin embargo, en viaje tan felice,
A su fortuna próspera bendice.

Mas quien fia del mar en la bonanza,
De la voluble suerte en los favores,
Y poniendo en los astros su esperanza,
Entrégase á los vientos bramadores,
Pronto el dolor del desengaño alcanza
De la fiera borrasca en los horrores,
Y le asalta quizá la muerte dura
Cuando mas venturoso se figura.

Era una tarde en que temprano acaso
El sol sus rayos ocultado habia
De negras nubes en fingido ocaso
De su claro explendor privando al dia.
De espesas nieblas, tras su rojo paso
El remoto horizonte se cubria,

Y en son de llanto con rumor lejano
Ronco bramaba el indomable Océano.

Cerró la noche: pálidas estrellas
Su lumbre opaca demostrar quisieron,
Pero al punto al fulgor de las centellas
Para mas no brillar desparecieron.
Ráfagas tempestuosas en pos de ellas
De las olas pirámides hicieron,
Que se lanzaban con furor violento
A sorprender el alto firmamento.

Con mil y mil relámpagos parece
Que del cielo la bóveda se inflama:
Arrecia el viento, y la tormenta crece
Y el ronco trueno entre las nubes brama.
Todo su horror naturaleza ofrece
Del veloz rayo á la sulfúrea llama,
Y los cetáceos mónstruos asombrados
Abandonan sus antros reservados.

Al ímpetu doblado de las olas,
Entre el horror de la tiniebla umbría,
Contrastadas las naves españolas
Pierden el rumbo y el gobierno y guía.
Rotos los cables, apartadas, solas,
Pugnan en vano por abrirse vía,
Y unas á otras se ven á un tiempo mismo
Ya en las nubes tocar, ya en el abismo.

No hay esperanza ya.—La muerte horrible
Súbita asalta á la esforzada gente,
Y al mirar que salvarse es imposible
Queda rendido su ánimo valiente.
Alguno hay que en trance tan terrible
Dirige al cielo súplica ferviente,
Quien el perdon de sus errores pide,
Quien de la madre ausente se despide.

Otro recuerda su perdida España
El blando fuego del hogar paterno,
La madre, el hijo: la ternura estraña
De aquella á quien juró cariño eterno:
Aquella que por él acaso baña
Con lágrimas de hiel su pecho tierno,
La de los dulces ojos de zafiro,
Bella ocasion de su primer suspiro.

«Tornémos, dicen unos, sí, tornémos
»Rumbo á Castilla, y el iluso muera:
»Tan atrevida empresa abandonemos
»Donde la muerte en galardon se espera.
»Volvámonos á España: no esperemos
»Tocar el fin de nuestra suerte fiera,
»Queden con él sus esperanzas solas,
»Pues semejantes son, entre las olas.»

En tanto sin temor al fiero noto
Ni al rudo empuje de la mar hinchada,
Sereno estaba el genovés piloto
Aunque la faz un tanto demudada,
Y mientras crece el miedo y alboroto
De la marina gente atribulada,
Ante sus ojos puesto el astrolabio,
La mano en el timon, medita el sábio.

Ya la turba insolente se abalanza
Trocado en ira y en furor el susto,
Y á la popa frenética se lanza
Contra el héroe blandiendo hierro injusto;
Pero Colon con calma y confianza,
Aunque sombrío y con semblante adusto,
Y sin temer la muchedumbre fiera,
Comenzóles á hablar de esta manera.

«Gente sin fé, que el porvenir hermoso
»Despreciais, que la suerte os reservára,
»¿Cómo al tocar el término dichoso
»De tanto y tanto afan, volveis la cara?
»No temo vuestro acento tumultuoso
»Ni me acobarda vuestra audacia rara;
»Mas aguardad un dia, solo un hora...
»¡Tierra vereis al despuntar la aurora!

»Si en el deseo de tornar á España
»De mi muerte el afan viene encubierto,
»Venid; saciad la vengativa saña:
»Aquí teneis mi pecho descubierto,
»Pero despues, desde region extraña
»¿Quién llevará la nave al patrio puerto?—
—»Sin rumbo, errantes vagareis perdidos
»Y sereis en las ondas sumergidos.—»

Retrocede la chusma horrorizada
De sus palabras la verdad palpando,
Y mírase su furia disipada
Como á la luz del sol el hielo blando.
Y como ya de la borrasca airada
El desecho furor iba amansado,
Despues que el breve plazo concedieron,
Al sueño y al cansancio se rindieron.

Solo quedó con su enemiga suerte,
Entregado á profundo pensamiento
El genovés ilustre á quien la muerte
Amenaza feroz en tal momento.
Los nobles ojos, do el afan se advierte,
Alguna vez levanta al firmamento,

Y como solo las tinieblas mira,
Bájalos luego y con dolor suspira.

Sacó despues del pecho un crucifijo,
Entre sus manos lo estrechó ferviente;
Una vez y otra vez besólo, y dijo
Con voz confusa y ánimo doliente.
«¡Señor! ¡Señor! Si tu furor maldijo
»Esta empresa infeliz, caiga en mi frente
»Del ángel de tus iras la cuchilla,
»Y torna mis amigos á Castilla.

»Sé que existe una playa apetecida
»Término de otro mundo mas extenso...
»¡Dulce ilusion! desde mi edad florida
»Con ella sueño siempre, en ella pienso:
»Ella sostuvo mi azarosa vida,
»Por ella imploro tu favor inmenso...
»¡Dios de misericordia! haz que la mire
»Un momento no mas... y luego espire.»

De súbito relámpago radiante
Rasgando las tinieblas resplandece,
Y una vision magnífica y brillante
Entre las rotas nubes aparece.
De las confusas sombras al instante
La lobreguez horrible desparece,
Y al rededor de la deidad divina
Con roja luz el cielo se ilumina

Como ligera nube que vacila
Y á merced de los céfiros ondea,
Así al bajar en el espacio oscila
La blanca, pura y misteriosa Dea.
Radia cual sol su frente: en su pupila
La luz de los volcanes centellea,
Y de su boca la gentil sonrisa
Entre coral y perlas se divisa.

Tan bella imágen á Colon sorprende;
Atónito y estático la mira,
Y ella en tanto serena el aire hiende
Y en alto en torno de la nave gira.
Color mas vivo su megilla enciende,
La arrogante cabeza atrás retira,
Y con tierno ademan, abriendo el labio,
En dulces voces se dirige al sábio.

«Alienta, ilustre genovés, alienta:
»Lanza del corazon la pena y duelo—
»—La poderosa mano te sustenta
»Del que rige la mar, la tierra y cielo.
»Tras largo afan y horrísona tormenta
»Roto será de la tiniebla el velo,
»Y doblando sus límites el mundo
»Aclamará tu nombre sin segundo.

»Hay una tierra de riqueza tanta
»Cual no puede abarcar la fantasía:—
—»Con su raro explendor la vista encanta,
»Y extensas minas en su seno cría.
»El mar á sus orillas se quebranta
»En murallas de rica pedrería,
»De plata son sus montes, y sus rios
Arrastran oro por sus cauces frios.

»Habitan esa tierra afortunada
»Inmensos pueblos de diversa gente,
»Que del resto del mundo separada
»Vive feliz, tranquila é inocente.
»En ara de oro y piedras adornada,
»Al sol tributa culto reverente,
»Y al adorar su luz brillante y pura,
»A Dios adora en su mejor hechura.

»Tú llegarás; y en la abrasada zona
»Clavarás las enseñas de tus reyes,
»A sus plantas llevando aurea corona,—
»—Doblarán las cervises á sus leyes,
»Aunque la fama su valor pregona,
»Los *Moctezumas*, *Láuteros* y *Atueyes*...
»Mas luego á tí por recompensa, advierte,
»Que te aguardan cadenas, hierro y muerte.

»¡Desgraciado Colon! por el sendero
»Que tú constante y denodado abriste,
»Y en mar sañudo, tempestuoso y fiero
»Luchando con la muerte hallar supiste,
»Miro llegar audaz aventurero
»Que de tu gloria excelsa se reviste,
»Y aunque se anuble la verdad y asombre,
»A tu *mundo* ¡oh Colon! dará su nombre.»

No dijo mas; y como el alba hermosa
Ya los cielos de aljófares vestia,
Entre sus nubes de amaranto y rosa
Sus formas la vision desvanecia.
Apenas de su planta luminosa
Débil confuso rastro se veía,
Al esconder su frente soberana
El lucero gentil de la mañana.

Mudo, estático, absorto, confundido,
Colon la rara aparicion mirando,
Fija la vista y el color perdido,
Quedó gran rato, apénas respirando.
En éxtasis profundo sumergido,
Abrasados suspiros exhalando,
Quien en tal situacion puesto le viera,
Inanimada estátua le creyera.

Allá muy lejos súbito aparece
Ante sus ojos nubecilla parda,
Que alzándose del mar se estiende y crece
Y del naciente sol los rayos guarda.
Marcha la nave: el dia resplandece,
Disípase la nube asaz gallarda,
Y descubre de un mónte la alta cumbre
Dó reverbera el sol con viva lumbre.

¡Tierra! Colon arrebatado exclama,
Ojos y corazon levanta al cielo,
Llora de gozo y á su gente llama
Y les señala el suspirado suelo.—
Un grito universal su nombre aclama;
Repíteló la mar, y en raudo vuelo
Cruzando por la atmósfera serena,
Allá de España en los confines suena.—

Suspende ya tu canto, musa mia;
No pretendas con loco atrevimiento
Decir aquí lo que Colon sentia
De su victoria en el feliz momento.
Ni el sábio *florentino* en aquel dia,
Que fijó de la tierra el movimiento,
Ni los primeros que la mar surcáron,
Con emocion tan grata palpitaron.

¡Colon, Colon! perdona si te agravio
Cuando pretendo discantar tu gloria,
Que el aplauso del necio ofende al sábio
Aunque empañar no puede su memoria.
Tengo en la mente, y en el alma y labio
Desde muy niño tu brillante historia,
Y ha sido para mí despues de adulto,
Tu sepulcro un altar, tu nombre un culto.

Siempre que llego al solitario templo
Y al fondo de sus largas galerías,
El cenotáfio espléndido contemplo
Que encierra dentro tus cenizas frias:
Digo tu nombre de lealtad ejemplo,
Y el llanto asoma á las pupilas mias,
Porque miro una mancha que mancilla
Los blasones ilustres de Castilla.

Pero ¿qué digo?—La traidora mano
Que tus brazos cargó de hierro duro,
¿Puede jamás del pueblo castellano
El renombre empañar y el honor puro?
¿Quién sostuvo tu aliento soberano
Y dió á tu frente galardon seguro?
¿Quién compartió tus riesgos mas prolijos?
¿Quién, sino España y sus valientes hijos?

A tu memoria el genovés levanta
Gigante estátua que respeta el viento,
De noble aspecto y de riqueza tanta
Cuanta puede crear el pensamiento.
Pero la pátria que tu nombre canta
Y te consagra eterno monumento
¿Qué parte tuvo en tu inmortal hazaña?
¡Toda tu gloria pertenece á España!

CANTO A LA NATURALEZA DE CUBA.

Mihi natura aliquid semper amare debit.

Cual jóven adalid que en el torneo
Resuelve no lidiar, y se presenta
A pié, sin armadura y ostentando
Estoque rico de festejo y gala,
Blanco jubon de verde acuchillado,
Ancha gorguera de vistosos pliegues,
Recojida la negra caballera
En numerosos bucles que aprisiona
El chambergo sombrero; entre las damas
Ocupando las altas galerías,
Mas que á la lid, dispuesto al regocijo;
Y al escuchar el nombre de la hermosa
Que ha de premiar al vencedor, conoce
En ella á su adorada, y de repente
Salta del puesto, todo lo atropella,
Armase en breve sin prolijo esmero,
Con negra cota y casco pavonado,
Y así corre al combate decidido,
Sin mote en el pavés y sin empresa,
En noble sed ardiendo de victoria,—
—De tal manera al escuchar tu nombre,
Cuba gentil mi tierra idolatrada,
Tema feliz de la sublime liza
Que se prepara al genio y al talento,
Me apresto á combatir: arde en mi frente
La inspiracion de un tiempo mas dichoso,

Y preludiando la armoniosa lira
Mi voz levanto de entusiasmo llena.—
—El lauro!—el lauro!—Mis marchitas sienes
No le pudieran sostener.—En otras
Do brille la ventura y la esperanza
Ha de hallarse mejor:—yo solo aspiro
A cantar y no más, porque á mi labio
Mengua fuera callar cuando tu nombre
Es el asunto de los cantos... Cuba!
Nunca el baldon de enmudecer pudiera
Caber en este pecho que respira
Siempre por tí, con férvida ternura.—
—Mas, ¿cómo la victoria consiguiera
Yo que en el ancho campo de la vida
Arrastro un corazon que no conmueven
Ilusiones ni amor...? ¡Corazon triste!
Flor sin aroma; ruiseñor sin canto,
Ave sin plumas y bajel sin vela!
¡Salve, ó tú, venturosa hija del cielo,
Perla ceñida por azules mares:
Tú que cubierta de eternal verdura
Te aduermes con placer al blando ruido
De tus gallardas palmas y tus brisas,
Escuchando la voz del Oceano
Que al tocar en tus costas virginales,
Su altiva furia deponiendo, en ellas
Quiebra amoroso sus crespadas olas!—
Apacible deidad, en cuyo seno
Nunca sonára de discordia el grito,
Ni del cañon el trueno pavoroso,
Ni sangre humana en hórrida pelea
Pudo manchar tu manto de esmeralda—
Jamás cerraste los piadosos brazos
Al extrangero que arribó á tus playas.
Amor! Piedad! Beneficencia!—triple
Corona de explendor tu sien circunda!
Eden del Universo! por tí pasan
Sin hacerse sentir las estaciones.
El revoltoso otoño no despoja
A el árbol de sus galas, ni el estío
Seca la flor en tus risueños prados,
Ni el aterido invierno en la natura
La palidez imprime de la muerte.

Venid, si lo dudais: venid conmigo,
Hora que reina la aridez do quiera,
Hora que deja la mansion del Bóreas,
Y de espesa neblina circuido,
Recorre el mundo el Númen que preside
La estacion invernal.—Entre cristales
Detiene su corriente el arroyuelo,
Y la nieve corona el alto monte,
Y cubre el suelo, y del igual camino
Borra el sendero al triste caminante.—
El tímido pastor á la cabaña
Torna con el rebaño, ocioso yace
El trabajado apero, y ¡cuántas veces
De hambre ¡gran Dios! el desdichado espira!—
Oh! desde el Polo al Ecuador en vano
Corre afanoso el sol, y en vano quiere
Hasta la tierra penetrar que el hielo
De sus rayos benéficos resiste
Al desmayado ardor.....

Venid conmigo!
Apartaos de escena tan funesta:
Ojos y corazon tornad á Cuba.—
Bajo este cielo azul, limpio y sereno,
Do brilla siempre el Sol, do nunca el frio
Roba de primavera los encantos,
Contemplemos la ceiba magestuosa,
Reina del bosque, de verdor cubierta:—
La ceiba secular, que acaso ha visto
Generaciones ciento sucederse,
Inmoble siempre, cual padron eterno,
De virtudes y crímenes testigo.
La palma sin igual, cuya apostura
El dórico cincel envidiaria,
Y competir pudiera en gentileza
Con las un tiempo célebres columnas
Que Ménfis y Palmira levantaron.—
El índico mamey, el delicioso
Anon que guarda en recamado seno
Blanca crema más dulce y olorosa
Que el manjar de los dioses celebrado.
El cocotero excelso, el mango erguido.
Aquel cual rico manantial que el cielo
Próvido puso en abrasante clima,
Este el sabroso fruto sustentado
Más bello que el albérchigo amarillo.
Ved el yagruma de plateadas hojas,
El caimito preciado, el tamarindo,
Cuyas pomposas y extendidas ramas
Roban la luz al sol y le oscurecen,
Y de Julio en las siestas calurosas
Sombra á que descansar brinda apacible:
El agreste jagüey, fácil remedo
De humana ingratitud, pérfido ahogando
El propio tronco que le dió la vida.—
¡Alta leccion que el hombre no comprende!—
—Otra más bella ofrece la modesta
Púdica sensitiva, que al contacto
De la mano sus pétalos uniendo,
Dobla mústia la frente y vergonzosa
Hasta que el nuevo Sol la purifica.
A su lado la altiva pitahaya

Desplega la magnífica corola,
Sin pensar en su loco desvarío
Que la naturaleza le concede
La pasajera edad de un breve dia.
Más allá la mudable malva-rosa,
Blanca al amanecer, roja á la tarde,
Como el hombre á la luz de la fortuna,
Ella á la luz del sol cambia colores.
Pero las nubes de carmin y grana
En Occidente ya, bordadas de oro,
En expléndido tálamo reciben
Al padre de la luz.—Cuando su manto
De estrellas brilladoras salpicado
Tienda la noche plácida y tranquila,
No temais que os asalte en la espesura
Serpiente ponzoñosa, hambriento lobo,
Tigre traidor ó sanguinaria hiena.
Nunca de Cuba en los dichosos bosques
Las carnívoras fieras habitaron.—
Así, al murmullo de sus verdes ramas,
Al arrullo del cántico suave
Del pájaro nocturno, en la maleza
Se duerme sin temor el pasajero.

Mas descendámos de la cumbre al valle.
—Ancho sendero de alterosas palmas
Sembrado de silvestres maravillas
De lirios y aguinaldos, blando ofrece
Mullida alfombra de menuda grama.
Ya se alcanzan á ver allá á lo léjos
Cual cintas de coral sobre verdura
Las anchas y derechas guarda-rayas
Que dividen en cuadros armoniosos
Los cafetos riquísimos, cubiertos,
De blanca flor y de purpúreos granos.—
¿No percibis el aura embalsamada?
¿Suave perfume respirais en torno?—
Lo exhala el fruto que en dorados vasos
Luego apurais cual delicioso néctar.
El excita la mente, y predispone
El ánimo á gozar; - por él mil veces
Clamó el amante y suspiró el poeta.—
Sobre su linda copa protectoras
Sus hojas tiende el plátano sonante.
El plátano!—magnífico presente
Que la naturaleza al hombre hiciera:—
Fruto de bendicion!—don el más bello
De cuantos el Señor con franca mano
A Cuba concedió!—Ved cual se dobla
De los racimos ópimos al peso.—
—Sin prolijos cuidados nace y crece
Alimentando al pobre y al esclavo,
Y al fenecer renuévase cual Fénix
En los pequeños hijos que le cercan.—
Más allá contemplad la egregia piña
Con su diadema expléndida aclamada
Reina feliz del vegetal imperio.
Ella de nuestras playas conducida
Es á la culta Europa, y cual regalo
De alta estima y valor, adorna luego
Las mesas de los príncipes y reyes.
No léjos crece en multitud profusa
El algodon blanquísimo que ostenta
En broches de oro sus nevados copos.—
Pero alcanzo á mirar en lontananza
Las amarillas cañas, cuyo seno
De pura miel, al labrador ofrece
En aparente mármol convertido,
Pródiga recompensa, y por el Mundo
De Cuba el nombre y la riqueza extiende.—
Allí nace el cocuyo de esmeralda
Viviente antorcha de la noche umbría
Que alumbra al campesino en la espesura
Y al africano triste en su cabaña.—
Oh! cuántos dones á mi patria hermosa
Concedió la deidad omnipotente.—
Y entre todos ¿será que el rudo verso
Que hoy la consagro, de entusiasmo santo
Latiendo el corazon, será que olvide
Su tesoro mayor, su mayor gloria?—
El tabaco!—Su aroma delicioso
Encanta al sabio y enloquece al necio.—
Al que prueba el amargo desengaño,
Al que de un pueblo los destinos rige,
El poderoso á quien abruma el tiempo
Que no sabe emplear, al que lamenta
La pérdida del ser que más amara,
Al infelice que doliente llora
Ausencia triste ó desamor; á todos
Consuela y calma, y en placer suspende:
Y hasta el mísero esclavo su amargura
Con él disipa y la esperanza alienta.
Don especial á Cuba concedido,
Planta preciosa que jamás lográra
En ninguna region, en ningun clima
La tierra producir: más, envidiada
Do quier y apetecida, el orbe entero
En mil naves de reinos diferentes
Cual tributario corre á estas arenas
En pos del fruto de mayor valía.

Tierra de amor!—tu venturoso seno
El duro jaspe y el metal esconde.....
Pero ¿á qué penetrar en las entrañas
De la tierra feraz?—¿Ni qué riqueza
Pudiera competir con la que ofrecen

Tus cafetos, tus cañas amarillas,
Tu tabaco riquísimo.....tesoro
De más valor que la luciente plata,
Mayor que el oro y las preciosas piedras?...

Aquí la voz debilitada espira:—
Ya no es posible proseguir el canto.—
—Pájaros de los bosques!—á mi lengua
Conceded de la vuestra la armonía!
Dame, sinsonte, tu robusto acento:—
Prestadme vuestro arrullo enamorado
Que el alma hiere, lánguidas tojosas!—
Del monte descended, sonoras aves:—
Pintadas mariposas, tocororos
De bizarro matiz, sunsun ligero,
Que solo te alimentas de las flores,
Tomeguin saltador... oh! ¡quién pudiera
Copiar vuestra belleza, y vuestro canto
Diestro imitar en verso artificioso!—

Inútil afanar!—El arpa en vano
Una vez y otra vez recorro ansioso,
Sorda está, no responde... Yo creia
Que de mi Cuba al nombre resonára
Con más fuerza y vigor;—pero si muda
Burló mi anhelo y mi fervor, ¿qué importa?—
Aquí en mi pecho abrasadora llama
Arde, y arde sin fin, de patria al nombre!

Yo te amo, oh Cuba;—en tu dichoso suelo
Mi cuna se meció:—tu hospitataria
Tierra, que riego con acerbo llanto,
Guarda los restos de la madre mia:—
Bajo tu cielo trasparente y puro,
Por vez primera el amoroso acento
Da una beldad oi;—por tí clamaba
En lejana region, y tus arenas
Han de cubrir mi triste sepultura.—
Oye el férvido voto que levanto
Al Supremo Hacedor:—El te conceda
Larga prosperidad:—benigno aparte
De tu virgínea frente la discordia:—
Nunca turbe la guerra fratricida
La dulce paz de tu mansion felice.
Que el *genio* del saber, entre tus hijos
La ilustracion, èxpléndido, difunda.
Ellos pulan el mármol de tu seno,
El metal de tus minas, y dirijan
La fuerza del *vapor*:—ellos conduzcan
Por ignotas riberas tus bajeles.—
Brillen al par las ciencias y las artes
En tu suelo dichoso, y pueda un dia
El Orbe todo con envidia verte
Grande cual Tiro, sábia como Atenas!

SONETOS.

A D. RAFAEL MARIA DE MENDIVE
en la muerte de su hijo.

Rayo de luz que nubarron oculta
De primavera en la feliz mañana:
Risueña fuente, que delicias mana,
Y el abismo sin fin traga y sepulta:
Ave nacida en la enramada inculta,
Que mata el vendaval con furia insana:
Lirio, que al despuntar en la sabana,
Troncha del labrador la mano estulta.
—¡Tal fué *Miguel*... el *ángel* que deploras,
Y só la rama del ciprés, sombría,
Ya la terrible Eternidad sugeta!—
—No enjugues, no, las lágrimas que lloras,
Y acoje con amor la que te envía
Mi corazon de padre y de poeta.

Marzo de 1868.

EL PESCADOR.

Yo soy feliz en mi pobreza suma
Con mi Elisa, mis redes y mi barca:
Con ver al sol, expléndido monarca,
Al rojo amanecer entre la bruma.
Tengo al través de la nevada espuma,
Cuanto la vista en su extension abarca:
No me asusta el imperio de la *Parca*,
Que la conciencia al corazon no abruma.
Vienen las olas, vienen á millares
Y mi débil *piragua* combatida
Burla su furia y las orillas cobra...
¡Allá del mundo en los revueltos mares,
Batallando la nave de la vida,
Boga, se afana... ¡y á la fin zozobra!

José Quintin Suzarte.

Nació en esta ciudad el 31 de Octubre de 1820.

A los doce años, cuando concluidos los estudios primarios entró á estudiar latin en la Universidad Pontificia, ya demostraba su aficion á las letras y era su lectura favorita la de las obras de nuestros grandes poetas.

En el Real Colegio Seminario de San Cárlos concluyó sus cursos de Filosofía y Derecho en 1837, y entró á practicar, para recibirse dos años despues de abogado, en el estudio del Dr. D. Antonio Pio de Carrion; pero habiendo contraido matrimonio el 31 de Enero de 1839, saliendo para Caracas, capital de la República de Venezuela, donde lo llamaban negocios de familia, no completó su carrera en Cuba que aunque concluyó mas tarde en Caracas, no pudo incorporarla aquí, porque la Ley tan liberal ahora, se oponia diéz años atrás á la admision de los graduados extranjeros en el ejercicio de la abogacia.

El Sr. Suzarte se hizo conocer desde muy jóven, escribiendo en el *Noticioso* y *Lucero* y en el antiguo *Diario Oficial*, únicos periódicos que se publicaban en la Habana, á la vez que estudiaba literatura, primero con D. José Victoriano Betancourt y despues con el eminente D. Domingo Del Monte; Economía Política con D. Anacleto Bermudez, é inglés con D. José de la Luz Caballero.

A principios de 1838, cuando apénas tenía 18 años, obtuvo licencia para publicar *por entregas*, una obra literaria titulada *La Siempreviva*, porque entonces no se daba permiso para periódicos, y se unió para llevar á cabo la empresa con los señores D. Antonio Bachiller y Morales, D. Manuel Costales y Govantes, D. José Victoriano Betancourt y D. Cirilo Villaverde, sus mayores y Mecenas todos.

La Siempreviva fué en realidad el primer periódico literario que vió la luz en el país, pues aunque años antes, 1829-31, se publicó *La Moda*, está como lo indica su título, y los informes figurines que repartia, era de un carácter mixto; si bien debemos confesar, que en *La Moda* publicó el Sr. D. Domingo Del Monte sus afamados romances cubanos, y correctos y lindos versos Valdés Machucha, Policarpo Valdés, Velez, los dominicanos Garay y Monteverde y otros, y que allí están consignados los primeros ensayos de Ramon de Palma, revelando ya lo que éste debia ser. Tambien aparecen en dicha publicacion excelentes artículos literarios y los preciosísimos de costumbres del citado Del Monte.

La Siempreviva abrió la segunda época literaria de Cuba; junto con ella nació al mundo de las letras el ilustre Jacinto Milanés: á poco, salieron á la palestra *La Cartera Cubana*, del Dr. D. Vicente Antonio de Castro y *El Plantel*, redactado por los Sres. D. Ramon de Palma y D. José Antonio Echevarría y más tarde *La Miscelánea* de Caso y *El Album* de Palma.

El Sr. Suzarte, publicó en *La Siempreviva*, con buen éxito muchas composiciones en prosa y algunas en verso, entre ellas una novelita *El Arrepentimiento Tardio*, un cuadro *La Mujer Buena*, que el eminente D. José Zacarías Gonzalez del Valle elogia en una de las cartas insertas últimamente en *La Revista de Cuba*, y un juicio crítico del «Conde Alarcos», que causó bastante sensacion. Obligado á separarse de la redaccion, á causa de su viaje, vendió Suzarte su quinta parte de propiedad á sus compañeros, y estos la continuaron hasta 1839, formando tres tomos.

En Venezuela continuó Suzarte trabajando en el cultivo de las letras, y ellas le ayudaron á vivir y á sostener su familia. Publicó el periódico literario *La Guirnalda* y los diarios *El Correo de Caracas*, *La Revista* de la Guaira y *El Diario* de Puerto-Cabello. La buena acogida que encontraron sus producciones en aquel país, le abrió las puertas del trabajo, y fué Sub-Secretario de la Cámara del Senado, Director del Colegio Nacional de Cumaná y Secretario de la Jefatura Política y Ayuntamiento de Puerto-Cabello.

De este último punto, y huyendo de la revolucion que empezó en 1847, se embarcó para Cuba, y á poco de su llegada lo llamó á formar parte de la Redaccion del *Diario de la Marina* el Sr. D. Isidoro Araujo de Lira, su propietario y Director.

Suzarte creo en el *Diario* la Crónica Local y el Folletin Dominical, encargándose además de los juicios críticos de las obras nuevas que se publicaban ó que se estrenaban en los teatros, y de un artículo semanal de costumbres, entre los que recordámos *El Catorce de Agosto*, *Un Dia de Reyes en la Habana* y *El Carnaval en Caracas*.

Pocos escritores han tenido entre nosotros la boga que obtuvo y sostuvo el Señor Suzarte, á pesar de envidias, rivalidades y rencillas; primero como literato, y despues como publicista, alcanzó en el país un nombre envidiable.

Del *Diario de la Marina* pasó Suzarte á dirigir *El Faro Industrial*, y despues de 1852 á 1862 creó y sostuvo con grandes sacrificios *El Diario de la Habana*, *El Correo de la Tarde* y *El Siglo*, encargándose más tarde de la direccion de *La Aurora de Matanzas*, que desempeñó hasta Enero de 1869.

Además de *La Siempreviva* fundó Suzarte en 1847, en union con D. Rafael Mendive, *El Artista*, que tuvo entusiasta acogida, y en 1863 *El Correo Habanero*, que redactó solo, y en que publicó entre otros trabajos, *Las Memorias de un Quitrin* y unos cuadros titulados *Los Jasones de este Siglo*, que tuvieron mucho eco.—Además colaboró activamente en *La Revista de la Habana*, de los Sres. Mendive y García, en *La Floresta*, de Lopez de Briñas, en *Las Brisas de Cuba*, de D. Fernando Valdés Aguirre, y en otras publicaciones.

Por exceso de modestia ó de pereza, el Sr. Suzarte no ha querido coleccionar sus producciones, encargando á sus hijos que recojan aquellas que por pintar costumbres desaparecidas, porque recuerdan épocas ó acontecimientos literarios ó por su sabor local descriptivo crean que deben conservarse.

El que fué uno de los que coronaron en el antiguo Teatro Principal, hoy Hotel de Luz, al dramaturgo D. Francisco Xavier Foxá, en la segunda representacion de su interesante drama, *Don Pedro de Castilla;* él que ejerció por muchos años el oficio de crítico, severo á veces, pero imparcial y con formas corteses siempre, ha censurado constantemente la manía de publicar todo lo que se escribe, y sostenido que con cada veinte tomos publicados se podria formar uno, digno de pasar á la posteridad como muestra de la literatura de la época, escogiendo lo bueno ó lo ménos defectuoso de todos. Y preciso es convenir en que ha sido consecuente con sus ideas.

Ahora que le hemos pedido versos para esta coleccion, nos ha dicho: temprano me convencí de que aunque hacía versos más ó ménos correctos é intencionados no era *poeta* en el sentido que le doy á esta palabra, que es la de *inspirado*, y me dediqué á la prosa; para complacer á V. ahí van esas tres composiciones, la primera pu-

blicada en *La Siempreviva*, cuando tenía diez y ocho años, la segunda en 1856, y la tercera en 1863.

Hé aquí el juicio que hace del Sr. Suzarte el distinguido ingeniero y literato Excmo. Sr. D. Francisco de Alvear y Lara: «Escritor fecundo, castizo y elegante, filó»sofo distinguido, buen economista y experto en los trabajos periodísticos, su alta »inteligencia es notoria á todos en esta ciudad, donde he oido pronunciar siempre su »nombre con la distincion y el aprecio debidos al talento, á la honradez, á los conoci»mientos, á la laboriosidad y demás prendas que en su persona se reunen.»

DESVARIOS.

Cuando mi mente enardecida vaga
Vírgen hermosa por region de luz,
Y con su prisma la ilusion me halaga,
Y contemplo en tus formas la virtud:

Cuando mi mano sin querer resbala
Por las cuerdas sonoras del laud,
Y el acento inarmónico que exhala
Vá á perderse en un cielo más azul;

Entónce el alma arrebatada, inquieta,
Siente el fuego de ardiente inspiracion,
Y oigo una voz decir:—«Canta poeta»
Al compas del latir del corazon.

Deja pasar la voz por tu garganta,
Deja que pase rápida y veloz
Al ancho cielo sin cesar levanta
Su entusiasmado acento tronador.

Y entonces canto, y es mi canto incierto;
Ora sube entre incienso del altar,
Ora describe místico concierto,
Ora lágrimas tristes de pesar.

Ora imita los pinos combatidos
Por el fuerte y horrísono huracan,
Ora el triste gemir de los héridos
Que allá en el campo de batalla están.

O del sonoro mar omnipotente
Se dilata en el eco bramador,
O se pierde en la espuma del torrente,
O acompaña el trinar del ruiseñor.

Ya cual águila lánzase al espacio,
Contempla al sol de fuego con placer,
Y á los mundos sobre ejes de topacio
Que tardos giran en contorno del.

Ya despreciando mágica armonía
Se detiene en la *nada* á meditar,
Y llora los trastornos que algun dia
El ancha inmensa tierra sufrirá.

En tan amargo instante, no es poeta
El que canta, con arpa de marfil,
Conviértese en fatídico profeta
Que entre las nieblas lee del porvenir;

Mas el acento de tu voz, profundo,
Viene á herir mis oidos seductor,
Y por cantar la destruccion del mundo
Canto vírgen tu amor, tu puro amor.

Tu amor, tu amor que es mi vida
Y es mi cielo y es mi gloria,
Y la ilusion más querida
Que se aduerme en la memoria.
Con ella el alma se hechiza
De la noche á la mañana,
Blanda como aura que riza
Tu cabellera lozana;
Como el suspiro de amor
Que se pierde en casto beso,
Y al corazon amador
Lleva dichas y embeleso;
Cual del cielo en el confin
Y á media noche callada,
Preludio de una trovada
En arpa de serafin.
Como la dulce plegaria
Que eleva al rugir el Austro
Religiosa solitaria
Tras las paredes de un claustro
Cual tu modesta mirada,
Cual tu sonrisa celeste,
Cual la brisa perfumada
Que mueve en ondas tu veste.

Ah! lo que siento por tí
Es más, mucho más que amor,
Que idolatría;
Cuando triunfante te ví
Del baile entre el esplendor
Y melodía,
Mis sublimes emociones
Al hombre débil no es dado
Describir;
Ni las puras ilusiones
Que me pintaron dorado
El porvenir.
Que hay instantes en la vida
Que no puede ni el Eterno
Bosquejar;
Que del cerebro en lo interno
Vaga la idea encendida
Sin cesar:
En que el pecho se levanta
Porque lo empuja violento
El corazon:
En que el ánima se espanta,
En que se pierde el acento
Y la razon.
Y despues, cuando á tu lado
Siento que hinche mi seno
el ¡ay de mí!
Hijo de un sueño adoradó,
Y veo tu rostro sereno;
Linda hurí,
Adorno del Paraiso
El mas bello y esplendente
Me pareces,
Y bendigo al que te hizo,
Y al aire con que inocente
Te adormeces.
Y á la hermosa idea que pasa
Por tu frente pensadora
Y hechicera,
Y á la transparente gasa
Que tu espalda seductora
Cubre entera;
Y al párpado que velára
Tus ojos un solo instante
Con placer,
Y al Dios que tu ruego ampara,
Y maldigo al que tu amante
Pudo ser.

Si tu labio pronunciára
Palabras de amor por mí,
Sobre el mundo me elevara,
Y conmigo te llevara,
Perfume del alhelí.

Que yo nací para amar,
Para la dicha esperar
De tu bella mano, sí,
Y en tu seno derramar
Este amor que siento en mí.

Ah! sí juro que te adoro
Y á tus piés postrado imploro
Que premies mi fuego, dí,
¿Se conmoverá á mi lloro
La del labio de rubí?

A UN RIZO.

Seis lustros pasaron, corrieron fugaces
Despues que adornaste mi cándida sien:
Treinta años de luchas de goces falaces!
Cien gotas de acibar por una de miel.

Y vuelvo á encontrarte, recuerdo perdido
Que un dia cuidosa mi madre guardó;
Y al seno te estrecho, feliz, conmovido
Pensando en aquella que tanto me amó.

Cual suele proscripto que en climas remotos
Ve al tiempo sañudo su planta avanzar
Con férvido acento pedir á los notos
Un soplo tan solo de brisa natal;

Cual suele la jóven en noche callada
Seguir de una estrella la lumbre vivaz,
Y hablarle sencilla, con voz recatada
Y alguna respuesta ponerse á esperar,

Así, yo contigo constante soñaba
Y á todos quisiera por tí preguntar.
Y á veces demente de gozo tembl[illegible]a,
Creyendo en mi frente sentirte jugar.

Al fin te rescato mi pobre tesoro
Y avaro te oculto con dulce emocion.
¿Qué dicen tus hebras, radiantes de oro,
Al ver sus hermanas de negro color?

¿No ven el emblema del triste destino
Que traza á su dueño del hado el rigor?
Principia entre flores del mundo el camino
Y acaba en las nieblas del rudo turbion.

En negras se tornan las rubias guedejas
Que un tiempo surcaron el rostro infantil,
Y van pereciendo, gastadas y viejas
Las dulces creencias y el gozo feliz.

Y á cada jornada mas secas y vanas
Se tocan las cosas del mundo traidor;
Y vienen los años y vienen las canas,
Envueltos en dejos de amargo sabor.

De hoy mas, lindo rizo, cuidados prolijos
Mi afecto celoso te vá á prodigar,
Que quiero que pases despues á mis hijos
Viviente recuerdo de amor paternal.

Quizás al mirarte, mi pobre memoria
Doliente suspiro les suela pedir,
Y piensen que fueron, mi todo, mi gloria,
Que sólo por ellos la vida sufrí.

RESIGNACION.

Iba ayer por la calle
Que llaman del Obispo
Mugriento y tembloroso
Un pobre viejecito,
Por la edad medio ciego,
Por el hambre abatido.
Un moceton robusto
Tan alegre y tan vivo
Que no miraba al suelo,
Segun iba de erguido,
Tropieza con el pobre
Y lo echó redondito
Sobre las duras losas,
Siguiendo su camino,
Sin conciencia ninguna
Del estrago que hizo.
Ayudaron al viejo
Viandantes compasivos;
Quisieron que acudiese
A quejarse, mas dijo:
«Líbreme Dios de hacerlo
Y áun de pensarlo mismo.
Sería gran pecado
Turbar el regocijo
Que el alma de ese jóven
Convierte en paraiso.
Son tan cortos los ratos
De placer efectivo!
Respeto ese contento,
Ese aire distráido:
Ni siquiera sospecha
Que atropelló al mendigo!
Constantemente vemos
Sucesos parecidos.
Quien niega una limosna
Al hambriento afligido,
¿No es más crüel que el jóven
Que tropezó conmigo?
Dios hizo así este valle
Tan triste en que vivimos:
Respetemos, hermanos,
La obra del Altísimo!.....»

1863.

José Zacarias Gonzalez del Valle.

Nació en esta ciudad el 5 de Noviembre de 1820, y desde muy niño dió muestras, segun su discípulo el Sr. D. José Manuel Mestre (1), «de su entendimiento clarísimo, de un juicio recto y de una grande excelencia de corazon.»

A los doce años ya habia terminado sus estudios secundarios y poseia con perfeccion la lengua latina.

Despues de examinado en la Real y entónces Pontificia Universidad, siguió en el Seminario de San Cárlos los estudios de Filosofía, bajo la direccion de los sábios profesores Ldo. D. Francisco Javier de la Cruz y el Pbro. D. Francisco Ruiz, sosteniendo conclusiones públicas con admiracion de las personas doctas, cuando solo contaba trece años de edad. En Agosto de 1834, obtuvo el grado de Bachiller en Filosofía y empezó los estudios de Derecho Civil, recibiéndose de Bachiller en Derecho en el mes de Marzo de 1837. Años más tarde viajó por Europa y se recibió de abogado en Madrid en 1842.

Aunque su pasion favorita fué siempre la filosofía, Valle llegó á ser un jurisconsulto distinguido, y tambien un profesor cuya memoria será imperecedera en los fastos de nuestra Universidad. «Valle, dice el Sr. Mestre habia nacido para maestro, y de tal manera, que desde muy tierna edad se dedicó con especial decision á la enseñanza, sin abandonar un punto en el resto de su vida esa intererante y benéfica tarea, la cual era para él, segun solia decir, *tan necesaria como deliciosa.* No me puedo hallar sin enseñar—escribia á su amigo D. Anselmo Suarez y Romero;—me siento con vocacion para quebrantar las espinas del magisterio. El placer de ir viendo los progresos, los crecimientos y desarrollo de la semilla que uno pone, por decirlo así, en la inteligencia del niño, aquella intuicion maternal que se tiene de lo que pasa en su débil entendimiento y superabundante memoria, son una recompensa divina, un gozo inefable, que le agradezo á Dios haberme concedido desde mis primeros años (2).»

(1) Real Universidad Literaria de la Habana. Entrega del Rectorado hecha por el Sr. D. Antonio Zambrana al Sr. D. José Valdés Fauli.—Diciembre de 1861.—Elogios póstumos de vários Sres. Catedráticos.—Habana.—Imprenta del Gobierno y Capitanía General por S. M.—1862.—Elogio del Dr. D. José Zacarías Gonzalez del Valle, Catedrático de Física de la Real Universidad Literaria.—Escrito por acuerdo de su Claustro general, por el Dr. D. José Manuel Mestre, Catedrático de la Facultad de Filosofía.—Pág. 33-43.

(2) La correspondencia de Valle con el Sr. Suarez Romero, la posee hoy el distinguido literato Sr. Dr. D. Vidal Morales. En la afamada *Revista de Cuba* que fundó y dirige con acierto el ilustra-

Valle, como filósofo ha alcanzado tambien merecida reputacion, y lamentamos que no se coleccionen sus escritos, dispersos en vários periódicos de su tiempo, algunos rarísimos hoy en nuestras bibliotecas y muy buscados de los pocos que entre nosotros se dedican á la bibliografía en el sentido científico de la palabra. En la obra del Sr. D. José Manuel Mestre, *De la filosofía en la Habana*, que és del mayor interés para el perfecto conocimiento de la cultura cubana; en el libro del Sr. D. José Ignacio Rodriguez, *Vida de D. José de la Luz y Caballero* (New-York, 1874); en *La Cartera Cubana*, de 1838; en sus *Breves explicaciones sobre Aristóteles*, 1839; en sus *Lecciones de Filosofía*, de igual año; en sus *Rasgos históricos de la Filosofía*, 1840, y en los periódicos de esta ciudad *Noticioso* y *Lucero* y *Diario de la Habana* de 1839, pueden consultarse sus numerosos escritos y aquilatarse el valor y trascendencia de sus ideas.

Como literato, el Dr. D. José Zacarías Gonzalez del Valle, pertenece á aquella escuela de hombres de mérito que se formaron con el ilustre D. Domingo Del Monte que siempre profesó á Valle singular cariño.

En 1838, la Sociedad Patriótica de la Habana premió su *Memoria sobre educacion*. Muchos trabajos literarios permanecen todavía inéditos, ya en prosa ya en verso, y los que hasta ahora conocemos están en *La Siempreviva*, 1838-1839; *El Album*, 1838; *El Plantel* y *La Flor de Mayo* de igual fecha y en *El Prisma*, 1846.

En los diarios *Noticioso y Lucero* y *Diario de la Habana*, 1839-1840, tambien se ven trabajos literarios poco conocidos.

Valle escribió preciosas novelitas, *Cármen y Adela*, *Amor y dinero*, *Amar y morir*, *Parte de una conversacion*, *Amor y Desamor*, *Una nube en el Cielo*, dignas de coleccionarse.

En 1841 publicó en esta ciudad (Imprenta de R. Oliva) *Las Tropicales*, bajo cuyo nombre reunió algunas de sus poesías, y cuyo libro dedicó á su hermano el Dr. D. Manuel Gonzalez del Valle, actual Director de la Real Sociedad Económica.

En 1842, dió á luz sus *Viajes por Europa* y en 1844 la *Guirnalda Fúnebre* dedicada á *Alaida*, su amada, Srta. Dª Adelaida Alonso y Renté, libro que creemos contiene sus últimos versos.

En 1849, dió á la prensa sus *Lecciones Elementales de Meteorología*, con objeto de *instruir á sus discípulos en las teorías más adelantadas y seguras de un ramo preciosísimo de la filosofía natural* (1).

Los continuos estudios y su maravillosa actividad minaron al fin aquella privilegiada naturaleza, y el cuerpo sucumbió vencido por la lucha del espíritu.

Enfermo y con esperanza de recobrar la salud perdida, pasó á la Península en 1850, y retirándose á Sevilla, víctima de la tísis murió allí el 17 de Octubre de 1851.

En el siguiente año se trasladaron sus restos á esta ciudad, colocándose en el Cementerio de Espada, bóveda del *Espíritu Sinto*, segun el Sr. Rosainz en su libro *Necrópolis de la Habana*, y en la ceremonia que al acto precedió el Dr. Zambrana dijo: «José Zacarías Gonzalez del Valle, fué literato distinguido, poeta notable, abogado ilustre y excelente filósofo. ¡Qué blasones tan bellos, señores, y qué envidiables! Pocas fueron las obras que nos legára, pero quizás basten ellas para que la posteridad valúe su relevante mérito; breves fueron sus escritos, pasajeras tal vez en el mundo tumultuoso sus delicadas producciones; más ellas son suficientes para demostrar que en aquella feliz inteligencia, que en aquel corazon intachable ardia tambien la chispa que inflamó los génios de Tibulo y Descartes, de Fenelon y de Plinio. Una prenda inapreciable, una cualidad eminente le realzaba de un modo extraordinario, y acaso era la más firme y hermosa garantía de su justa reputacion, de su esclarecida fama:

---

do Dr. D. José Antonio Cortina, cuyo entusiasmo por el progreso de nuestras letras es de todos conocido, se han publicado cartas interesantísimas, que contienen preciosas noticias no solo para poder apreciar el verdadero mérito de Valle, sino para el estudio de su época y de sus coetáneos.

(1) Lecciones elementales de Meteorología, por el Dr. D. José Zacarías Gonzalez del Valle, Catedrático de Física en esta Universidad.—Habana.—Imprenta del *Diario de la Marina*.—1849. —Prólogo.

los sacrosantos principios del dogma cristiano, de la religion evangélica, tenían un templo en su alma pura y afectuosa (1).»

«El estilo de Valle, dice el Sr. Mestre, se distingue sobre todo por su pulcritud y correccion, pero luce tambien una soltura airosa y agradable que nunca pára en negligente desenfado. Valle comprendia toda la excelencia y hermosura de esta lengua de Castilla, que adunándose con todos los tonos, con todos los sentimientos, con todas las circunstancias, ora nos deleita y adormece con suave melodía, ora resuena con grave y sonoro compás, ora en fin, varonil y gallarda hace vibrar y extremecer las fibras más recónditas del corazon. No es, pues, de extrañar que la amáse con particular extremo, que quisiese conocerla en todos sus secretos y bellezas y que siempre procurase ser fiel á los preceptos del buen gusto y usar de una diccion castiza y atildada. Cervantes y Jovellanos le merecieron una aficion muy preferente; y por cierto que sus estudios sobre estos dos selectos modelos del bien decir no pudieran haber sido mejor aprovechados.»

A NICOLAS M. DE ESCOVEDO.

POR UNA CLAUSULA DE SU TESTAMENTO, EN LA CUAL DICE QUE LA EDUCACION DE LOS POBRES DEBE SER COSTEADA POR LOS RICOS, LEGA PARA SU PATRIA CON ESTE FIN 6,000 PESOS.

Ilustre ciego! Al borde de tu huesa
Vengo á soltar mi conmovido acento
Entre el comun patriótico lamento
Con que Cuba te dá su último adios.
Tu Habana entristecida en luto amargo
Mira eclipsada su primera estrella,
Y del materno seno una querella
Apenas articula en su dolor.
Que merced á otros hijos hoy estrecha
Entre sus yertos brazos los despojos,
Del que muerta la lumbre de sus ojos
Supo encender la luz del corazon.
Del filósofo ilustre y eminente,
Del abogado insigne y generoso,
Del orador divino, majestuoso,
Que la cubana tierra al mundo dió.
El alma grande que debiste al cielo
En tu gallarda y prócera persona,
Como las palmas de la ardiente zona
Reflejaba su inmensa potestad;
Retratándose toda en la ancha frente
Que tu májico rostro coronaba,
Palacio que al morarlo consagraba
La llama de tu espíritu marcial.
Cuanta robó á tus ojos clara lumbre,
Tanta puso la sábia Providencia
En el foco inmortal de tu conciencia,
Y otro mundo te abrió dentro de tí.
Siempre en tinieblas para el mundo externo
Vinieron á templar tantos dolores
Del fecundo saber los resplandores
Que alumbraron tu enérgico vivir.
Y allá del pecho en la profunda sima,
Donde nadie interrumpe al alma sola,
Y la virtud celeste se acrisola
En la mina feraz del corazon;—
Allí atizó tu fiel sabiduría
El arraigado amor que paga en lloro,
De tus restos besando el gran tesoro
Esta patria que tu alma idolatró!
En las distantes márjenes del Sena
Exhalaste el suspiro postrimero,
Mas la ciencia empleó su fino esmero
Y atravesaste el anchuroso mar;—
Porque tuviese el fúnebre contento
Viniendo de regiones tan extrañas,
De abrigarte por fin en sus entrañas
Palpitando de amor el pátrio hogar.
Otro sábio, tu dulce compañero,
Entre expresiones de dolor y angustia,
Nos reveló junto á tu frente mústia
Los subidos quilates de tu ser.

---

(1) Trabajos Académicos del Dr. D. Ramon Zambrana.—Habana.—1865.—Pág. 117.

Y del buen Nicolás sobre la tumba
Pedímosle á la muerte nuestro Homero,
Al Patriarca, al clarísimo lucero
Que trasmontó para jamás volver.....
Era la tarde; silencioso el aire
Apenas gravemente se agitaba
En las enhiestas copas que doraba
De los tétricos pinos tibio el sol;
Y el llanto presuroso recorría
Las rugosas megillas del anciano,
Y las del jóven férvido y lozano
A impulsos de vivísima emocion.
A la par que brillaba en lejanía
Remota tempestad relampagueando,
El perfil de las nubes dibujando
Sobre fondo fugaz de resplandor.
Así tu inteligencia soberana
Ya que no de la vista en las lumbreras,
Por todo el rostro luces verdaderas,
Cual arca santa siempre destelló.
Una vez nada más oí tu acento
Desatarse sublime en un torrente,
Y *por Dios que no es hombre quien no siente,*
Dije entre mí, *su poderoso iman.*
Mas no llegué jamás, no llegué nunca
Entre las mias á estrechar su mano,
Ni me llamó su amigo el buen cubano,
Ni mi nombre tal vez oyó jamás.
¡Ilustre ciego! Desde el alto empíreo,
Desde el trono que ocupas en la gloria,
Mira cual se dilata tu memoria,
Mira el rastro que deja tu bondad.
¡Ilustre ciego! Desde allá bendice
A los que anhelan ser justos y sábios,
Puros de corazon, puros de lábios
Que la virtud adoran en tu altar.

LAS CENIZAS DE COLON EN NUESTRA CATEDRAL.

¡Gloria á la tumba, catedral modesta,
Del gran varon que completó la tierra!
¡Honor á la reliquia veneranda
Que santifica al mármol que la encierra!
Hallaba en vida el universo estrecho,
Y duerme polvo en reducido lecho.
¿Quién te inspiró, Cristóbal venerable,
La vasta empresa que en tu vasta mente,
Ni dicterios, ni penas deshicieron,
Ni el insultante apodo de demente?
¿Cómo pobre, raido, macilento,
Hiciste oir tu desvalido acento?
Del Orbe la mitad yacía oculta:
El europeo la negó atrevido,
Burlando tu sublime pensamiento
Entre pesar y aun hambre sostenido;—
Y ante esa Europa atónita, pasmada,
Otro mundo sacaste de la nada.
¿Cómo en tu seno el entusiasmo ardía,
Pasados ya de juventud los años,
En las córtes cual loco escarnecido
Devorando funestos desengaños?
¿Hablóle Dios á tu alma penitente
Para darle esa fuerza omnipotente?
¿Por qué de un monasterio á los umbrales
Pidiendo *pan*, cual mísero mendigo,
Para tu caro hijo, quiso el cielo
Darte allí mismo protector y amigo,
Que en medio al desamparo alivio fuera
Y aliento dulce á tu feliz quimera?...
Noble matrona en el excelso trono
reinaba entonces de la fiel Castilla,
ISABEL LA CATOLICA, elevada
Mas que el esposo á cuyo lado brilla.
Sus joyas ofreció la gran Señora
Al desgraciado Genio que la implora.
Y parte al fin el Almirante ilustre,
Llenado habiendo con piedad cristiana
Del religioso pecho los deberes
En que la fé mandaba soberana.
Ya surcan, ya, las naves españolas
Ignotos mares de revueltas olas.
Deten, Colon, su peligroso arranque.
Perdióse de la tierra el horizonte:
Solo estás del océano en lo infinito
Que muge y se alza en formidable monte.
El rudo marinero se estremece,
Se rebela de miedo y palidece.
¿Cuál es tu rumbo, cuál? Ese elemento
Cuyas lindes ignoras, insondable,
Donde nunca jamás vela ninguna
Se retrató sobre su faz instable,
Ni su frente rizaron atrevidas
Mezquinas tablas por el hombre unidas.
¿No temes, dí, que al sacudir pujante
Cual indómito potro el cuello airado,
Feroz te lance hasta las altas nubes,
Y te despeñe luego destrozado
A hundir por siempre en la mojada arena
Esa tu frente de soberbia llena?

¿Por qué temer si el brazo del Eterno
En tan amarga soledad le asiste:
¿Por qué temer? si mártir de una idea
Irá por ella hasta el sepulcro triste;—
Si su mirada de águila en la prora
Aplaca y rinde aun á la mar sonora.
¿Por qué temer? si lleva entusiasmado
Cual depósito rico en urna santa,
La fé de Cristo y el saber de Europa
Hácia ese mundo que su mente encanta;
Y como dones del Autor divino
Se abren las olas para dar camino.
Sí, Colon, el murmullo del océano
No era amenaza á tu feliz empresa;
El circundaba tu bajel sumiso
Como el que admira y de admirar no cesa.
Fuiste tú nada más, Colon tan sólo,
Digno de hollarlo desde polo á polo.
Digno tambien del eminente triunfo
De ver al cabo la esperada tierra,
Y de asentar la vencedora planta
Con designio de paz, nunca de guerra,
En las playas del mundo colombiano,
Que no debió llamarse americano.
Lució á tu vista en tropical portento
El ábrasante sol del Nuevo mundo,
Y la esmeralda de sus ricos campos,
Y de su suelo el producir fecundo,
Sus aves lindas, sus gallardas flores,
Sus palmas y sus cocos sonadores.
El virginal encanto de natura
Juventud y donaire respirando,
Penetró la ternura de tu pecho,
Y derramóse por tu estilo blando,
Lleno todo de amor, de poesía,
Y célico perfume de ambrosía.
Te recibió la Europa conmovida:
Eco de admiracion sonó profundo
Cuando doblando humilde la rodilla
A los piés de Fernando echaste un mundo;
Y por tres caravelas tan mezquinas
De plata y oro devolviste minas.
Premio debido á tu virtud y afanes
Que malogró la ponzoñosa envidia,
Cuando despues cargado de cadenas
Trájote á España con atroz perfidia,
A terminar entre dolor y muerte
La vida que oprimió tan negra suerte.
Hombres injustos que el puñal agudo
De ingratitud clavasteis en su seno;
Sabed que el Orbe os aborrece, infames,
Y está de horror contra vosotros lleno:
Sabed que inmaculada su memoria
Brilla entre rayos de sublime gloria.
La flor del mar, su idolatrada Cuba,
De quien su pluma con hablar florido
Dijo festiva en su precioso *diario*:—
«Que nunca más hermosa cosa vido,»—
Isla que boga sobre mar bravía
Por timbre guarda su ceniza fria.
Héla en un templo de modestas formas
No en el gremio de aquellas catedrales
De gótica labor, que allá en Europa
Alzando sus agujas sin iguales,
Colosos son que levantó inspirada
La llama de la fé más abrasada.
Pero hallaréis su lápida marmórea
Cabe el altar con que adornó el santuario
Otro hombre bueno que dormir debiera
De esa tumba en el lecho funerario;
Espada y Landa, en cantos lastimeros
Llorado por los vates habaneros.
Visitad el sepulcro solitario
Del Almirante, por quien sois cubanos:
Abrid el corazon á la memoria
De sus padecimientos inhumanos,
Y con íntimo, férvido homenaje,
Vengad en gloria su terrible ultraje.

A UN SACERDOTE.

Tus manos limpias de maldad y crímen
La hóstia elevan entre nubes de humo,
Y los portentos á tu pecho oprimen
Del gran Señor, omnipotente y sumo.

*

Cual ese cáliz de oro que bendices
Es pura y refulgente el alma tuya:
Si estuviera en tu mano hacer felices,
Llamára el mundo á la ventura—suya.

*

Alzalo al pueblo, sacerdote bueno;
Que cuando vé en tus manos á su rey,
Sabe adorarlo de entusiasmo lleno
Y bendecir su sacrosanta ley.

El te distingue de la negra turba
Que profana tu noble ministerio;
Cuadrilla torpe que la fé perturba,
Y su augusto poder roba al misterio.

*

Tu voz de paz predíca mansedumbre,
Como la voz del Salvador del mundo,
Cuando vino á quebrar la servidumbre
Con acento profético y fecundo.

*

En tí se alberga, en tu cristiano seno
Sin fanatismo ni doblez impía,
La santa religion del Nazareno,
Con la noble inmortal filosofía,

*

Ejemplo de apostólicas virtudes,
Ninguno niega tu bondad, tu ciencia;
Ni sospecha que hipócrita te escudes
Con falaz y ridícula apariencia.

*

Honras á Cuba, bien querida tierra,
Donde naciste para ser su gloria;
Ella solloza porque ya no encierra
Otra cosa de tí que la memoria.

SONETOS.

A LOS QUE FOMENTAN LA COLONIZACION BLANCA EN PUERTO PRINCIPE.

Vosotros vivireis eternamente;—
La memoria del bien jamás se acaba,
Allá en su centro el corazon la graba,
Y vivir y morir con él la siente:
Por vos el *blanco* agricultor, ardiente,
Sin vil cadena ni ominosa traba,
El premio gloriosísimo recaba
De los sudores de su libre frente.
Cuba mece sus palmas de alegría;
Y bendiciendo la memoria vuestra,
Os dá su amor en dulce simpatía.
Sus hijos sois, pues que tan alta muestra,
Tan digna accion, tan eminente y pía,
Rendirle supo vuestra digna diestra.

LA ALAMEDA DE PAULA AL MORIR EL DIA.

Al vasto mar que su inquietud reprime
Lo agita apenas con murmullo grato
El aura débil que de rato en rato
Sopla sobre él, y misteriosa gime:
Allá al oriente do la noche imprime
Por la otra orilla su negror ingrato,
Alzase humilde con sencillo ornato
De Regla el templo en actitud sublime.
La corta luz del espirante dia
La faz le deja en claridad bañada,
Cual si por ser de Dios noble morada
Pusiera en alumbrarla su porfía,—
Mientras á impulso del vapor, alada
Cruza una nave la gentil bahía,

José Victoriano Betancourt.

Nació en Guanajay el dia 11 de Febrero de 1813.

En 1824 ingresó en el Real Seminario de San Cárlos, donde hizo sus primeros estúdios con el Pbro. D. Domingo Pluma, célebre por su instruccion en aquella época, no ménos que por la rectitud de su carácter. El Pbro. Morales y D. Francisco Javier de la Cruz, fueron sus maestros de Filosofía, estudiando más tarde jurisprudencia con D. J. Agustin Govantes.

En 1832, se graduó de Bachiller en derecho Pátrio y Romano, y en 1840 se recibió de abogado en la Real Audiencia Pretorial de esta ciudad.

Contando apénas trece años ya hacía correctos versos, como puede juzgarse con la lectura de la preciosa composicion *La Rosa de Almendares*, que insertámos á continuacion.

Betancourt, que indudablemente poseia excelentes condiciones de poeta, ha escrito poco en verso, dedicándose á la prosa. Sus artículos de costumbres están escritos con la sal ática que distingue á los del ilustre D. Ramon Mesonero Romanos.

En *El Pasatiempo*, que en 1834 publicaba en Matanzas D. Tiburcio Campe, hay algunas poesías de Betancourt, poco conocidas, entre ellas una *A Varela*.

En el *Diario de la Habana*, 1829 á 1835, en *La Siempreviva*, *La Flor de Mayo*, 1838; en *La Cartera Cubana*, en *El Correo de Trinidad*, 1842; en *El Artista* 1848 á 1849; en el *Aguinaldo Matancero*, 1847; en *Flores del Siglo*, 1852; en *Brisas de Cuba*, 1855 y en la coleccion literaria *Ofrenda al Bazar*, 1864, están sus mejores producciones.

Sus artículos de costumbres son dignos de la posteridad, por la verdad en las descripciones, gracia de estilo y propiedad en el lenguaje. Se han reproducido en casi todos los periódicos de la Isla y algunos se han traducido al inglés; entre ellos podemos citar *La Niña Mendicante* en la *North American Review* de Boston, en 1849.

En 1837, D. Luis Caso y Sola, dedicó á Betancourt su *Miscelánea de útil y agradable recreo*, tan preciosa como rara hoy.

Escritos diversos sobre necesidades locales y algunos importantes sobre instruccion pública, que no llevan su nombre, nos dicen que hay en los periódicos de Matanzas desde el año de 1841 al de 1860.

En esta ciudad ejerció su profesion de abogado de 1860 á 1869, en cuyo año pasó á Méjico, donde, segun el Sr. Calcagno, fué Juez de primera instancia.

En Córdoba, ciudad de la citada república, falleció en el mes de Abril de 1875.

Un libro útil, y hasta cierto punto interesante para conocer costumbres de nuestra Isla, ya perdidas, puede formarse con sus artículos, que bien pocos hoy recuerdan.

Esperámos que su hijo, D. Luis Victoriano Betancourt, nuestro amigo, que tambien cultiva las letras y se ha distinguido en el mismo género en que tanto sobresalió su padre, no negará á su pátria el regalo de una coleccion de las obras escogidas del cantor de *La Rosa de Almendares* y del *Presbítero Varela*.

LA ROSA DE ALMENDARES.

Rosa del Almendares
Que de la verde encina
Bajo la fresca sombra deliciosa,
Explendiendo modesta y purpurina
La frente alzábas de hermosura ornada,
Placentera escuchando
De mi canto tristísimo el acento
Que en las orillas de mi patrio rio
Hizo sonar el vagaroso viento,
Revelando mi amargo desconsuelo
Y profundo pesar del pecho mio,
Cuando la *Rosa* púdica cantaba
Que en la playa tendida
Brillaba mas hermosa
Que en la velada de Himeneo brillante
Cándida, bella, virginal esposa.
¡Ah! Escucha de nuevo
Los férvidos cantares
Que por el aura leve transportados
Hasta á tí llegarán: ¡alma belleza
De los campos de Cuba florecientes!
¡Ornato y lustre de Almendar sonoro!
¡Pura, fragante, encantadora *Rosa*,
Que ufana ostentas en tu cáliz de oro
El llanto de la aurora nacarada,
Y luces solitaria en las florestas
De mi patria risueña, como brilla
La luna silenciosa
En los desiertos de la esfera umbrosa.
La hermosura, las gracias hechiceras
No celebró mi lira
De las fúlgidas ninfas habaneras,
Siempre mi alma sombría
Sus inmensos pesares lamentára
Y jamás al influjo palpitára
De entusiasmo feliz ni simpatía.
¡Flor inocente, bella y olorosa!
Delicia del viajero fatigado
Que tus bellos colores contemplára,
Y admirando tu olor y tu hermosura
Su cansancio y sus penas olvidára;
De mis males odiosos la amargura
Se disipára cuando yo te viera,
Y mi seno de júbilo latiera
Cuando á favor del pálido reflejo
Que la cándida luna desparcia
Te ví circuida del follaje espeso
Lucir á la manera
Que del florido Abril en la mañana
La refulgente aurora
Que al universo con su lumbre dora
Y el prado tiñe de verdor y grana;
Y tú tambien, consoladora luna,
Astro sereno de la noche umbría
Que como linfa de sonora fuente
Que de un peñasco duro
Brota inundando la pradera riente
Desde las densas nubes
Por donde ruedas tu tranquilo carro,
Con tu fulgor modesto y delicioso
Alumbras suavemente
El soñoliendo mundo silencioso;
Tu marcha taciturna contemplaba
Inundada mi faz en lloro ardiente,
Y elevaba mi espíritu su vuelo
Hasta el brillante y azulado cielo
Donde reluce con tranquila frente.
Sentado sobre el cesped
Que esmalta la florígera llanura,
Te miraba en la esfera suspendida,
Y en mil cavilaciones abismado
El perfume sentia
Que tu cáliz ¡oh *Rosa* purpurina!
Por los bosques lejanos difundia.
Nunca más linda, fresca y olorosa
¡Ah! para mi lucieras

Cual te vide brillar en las riberas
Del diáfano Almendares: orgullosa
Tu color ostentabas y ufania
Entre silvestres y fragantes flores
A semejanza de la palma altiva
Que en los aires su frente señorea,
Y su tronco gentil y sus penachos
En la alta sierra majestuosa ondea:
Embriagado de gozo, respiraba
Lleno mi pecho de ilusion gustosa
El delicioso aroma que exhalabas
En la espesura de la selva umbrosa.
¡Oh! Jamás tu hermosura
Ultraje el aquilon: siempre preciosa
Ostentando tus púdicos colores
Blanda acojas los cándidos amores
De la bella inconstante mariposa,
Y esparsa tu balsámica fragancia
El aura fugitiva
Por la márjen feliz del Almendares
Que devuelve mis plácidos cantares.

1826.

ROMANCE.

A LAS NINFAS Y GENIOS DEL ALMENDARES.

¡Adios, hermosas, y vates
Que bebeis las ondas limpias
Del ensalzado Almendares,
Que tanto cantó mi lira!
¡Adios que la dura mano
De la suerte enfurecida
A mis lares me arrebata,
Do vi la lumbre del dia.
Do palpitando mi pecho
De sublime simpatía
Del amor, ébrio apurára
Cáliz de inmensas delicias.
Aquí por la vez primera
De la inspiracion divina
La llama lució en mi frente
Y encendió mi fantasía.
Aquí canté mis amores,
Aquí canté mi Isolina,
Gallarda, bella y ufana,
Cual palma vírgen erguida
Que del Abril en las siestas,
Al soplo de suave brisa,
Su preciosa cabellera
Entre las nubes agita.
Aquí corrieron mis años,
Los primeros de mi vida,
Llenos de paz y placeres,
De grata, inocente dicha,
Como la mansa corriente
De apacible fuentecilla,
Que se desliza callada
Por verde alfombra florida.
Ya no, sentado en las peñas
De la ancha playa nativa,
Veré las ondas que besan
Sus blancas arenas finas.
Ora en remotos lugares
Contemplaré las colinas,
Los altos montes, las selvas
Y las paternas campiñas.
Tus pardos muros, tus torres,
¡Ciudad hermosa y querida!
Tus hijas cándidas, bellas,
La multitud que se agita
En tus traficadas calles,
¡Ya no verá el alma mia,
Ya no verá!... Desterrado,
Triste, tedioso, la vida
De hoy más será una carga
Que gustoso arrojaría
En los senos del sepulcro,
Si abrumada de desdichas
No viese á una tierna madre,
En honda viudez sumida.
Reflexivo y silencioso,
Vagará mi ansiosa vista,
Contemplando los lugares
Donde el destino me fija.
Veré del manso arroyuelo
Las claras, brillantes linfas,
Besando silvestres flores
Que matizan sus orillas;
O del San-Juan impetuoso
La corriente enfurecida,
Que en incesante carrera
A hundirse en el mar camina;
Ya de las fértiles vegas
La planta ayomosa y rica
Que disipa los pesares
Y la tristeza sombría;

Bien las praderas gentiles
O la galana campiña,
El bosque hojoso lejano
O la montaña vecina;
Ora pinares inmensos,
Que en extension infinita
En el remoto horizonte
Confunden la copa erguida.
Ya escucharé el dulce tono
De canoras avecillas,
Que alborozadas saludan
Al astro ardiente del dia.
La vírgen naturaleza,
Allí á mi atónita vista,
Desplegará sus encantos
Llena de luz y de vida.
Allí, á la sombra del pino
Que eleva su frente altiva,
Escucharé los sonidos
De la rústica flautilla;
O en la distante sabana,
Al rugir tormenta umbría,
Veré al indómito toro
Escarbar la tierra herida,
Y el eco de sus bramidos
En la alta loma vecina
Llenar de susto á las aves
Que en su espesura se anidan.
Mas el seno atormentado
Por la ausencia aborrecida,
No gozará contemplando
Las bellas galas nativas
De ese suelo venturoso
Que el sol del trópico anima,
Y donde voraz tristeza
Helará la suerte mia.
¡Hijos del canto! que suenen
Del rio paterno en la orilla
Al poder del sentimiento
Vuestras armónicas liras.
¡Vosotros, que coronados
Con las guirnaldas floridas
Con que orlaron vuestras sienes
Del Almendares las ninfas!
Acompañadme en mi llanto;
Y vuestra cancion sentida
Endulce la amarga pena
Que destroza el alma mia.
¡Adios, y el cielo me vuelva
A esta ribera querida,
Que saludaré gozoso
Pulsando mi dulce lira! 1834.

AL HURACAN DE 1846.

PLEGARIA.

Hé aquí que saldrá la afliccion de gente en gente, y grande torbellino saldrá de las estremidades de la tierra.
Jeremías.—Profecía.

Cumplió el Señor su furor, derramó la ira de su indignacion y encendió fuego en Sion, el cual devoró los cimientos de ella.
Jeremías.—Lamentacion.

Treguas, treguas, Señor que de tu ira
Al peso imponderable ya sucumbe
El orbe amedrentado:
Cruge del mundo el eje diamantino,
Y al horrísono estruendo
Que sacude la esfera atormentada,
Treme la humanidad atribulada.

Cierra ¡oh Dios! esa inmensa catarata
Que abrió tu mano y que la tierra inunda
¡Ay! acaso en tu cólera divina
Quieres hacer pedazos
Este universo, tu obra peregrina,
Y al hombre, á quien hiciste
A tu imájen, Señor, y semejanza,
Piensas aniquilar, y arrebatarle
El bien consolador de la esperanza?
Treguas, treguas ¡oh Dios omnipotente!
Que el tremendo huracan, Señor del mundo,
Ya su escuadron de nubes amontona.
La luz robando al refulgente dia:
Y en su insaciable saña
Se enciende más y más, y ni perdona
El palacio del prócer opulento
Ni del pastor la rústica cabaña.
Todo lo abate en el empuje recio
De su furor indómito y bravío:

El humilde arroyuelo
Raudales lleva de espumoso rio;
De las ásperas cumbres de las sierras,
Do quier llevando en sus revueltas olas
La pompa y gala de los verdes montes
Lánzanse desatados los torrentes,
Y las palmas y ceibas seculares
Como leves aristas,
Arrastran en sus rápidas corrientes.

Despareció la alfombra de los valles
Bajo del pardo limo,
Y ni en la sierra cobijarse pudo
Despavorido y trémulo el ganado;
Ni las aves del cielo
Hallar pudieron un seguro asilo,
Ni en la region del aire,
Ni aun en las grutas cóncavas del suelo.

Nada son á los ímpetus furiosos
Del soberbio huracan los fuertes muros,
Que con poder de raudo torbellino,
Cual si fuesen de junco débil tallo,
En un punto su rabia los destroza:
Brama irritado, y al mugir responde
Embravecido el mar, que al firmamento
Levanta de sus olas las espumas,
Y de naves sin cuento
Con los despojos míseros azota
Los duros riscos de las corvas playas.
Cuanto de estrago, de pavor y angustia
Revuelven viento y mar desenfrenados
En hórrida y sublime terribleza!

Desparecen los pueblos de un bramido
Del temporal sañudo,
Como borradas quedan
Por las ondas del plácido occeano
Los caracteres que en la blanca arena
Trazára un niño con su débil mano.
Millares de infelices en la fuga
Buscan su salvacion, que de sus chozas
Ni huella leve queda; por la lluvia
Que de las negras nubes se desploma
En inmensos raudales,
Y por ráfagas recias sacudidos,
Envueltos en densísima tiniebla,
Buscan asilo en ásperos cuabales;
La tierna madre con el tierno niño
En sus trémulos brazos estrechado,
El anciano y la vírgen delicada,
El robusto mancebo, á quien no pudo
Nunca el temor estremecer, ahora
Con ánimo aterrado y congojoso.
El grupo lastimoso,
A débiles raíces
Asidos como náufragos, los ojos
En tal tribulacion vuelven al cielo
Implorando, Señor, con fé tu amparo
En su amargo y profundo desconsuelo.

Suspende ¡oh Dios! suspende
Tan rudo estrago, que un instante solo
Que el huracan sus espantosas alas
Sacuda sobre el mundo estremecido
Lo hará pedazos mil: mira tus templos
Cual porcelana frágil destrozados;
Mira esos lagos, verdes campos fueron
Hace un instante, de esperanza ricos:
Los hombres que afanosos los labraron
Ya su fatiga y porvenir perdieron.

¡Oh! ¡cuánto eres terrible en tus furores,
Dios de Jacob! Tu soplo es torbellino
Que desquicia los montes más excelsos,
Y abrasante centella tu mirada
Que el mundo convertir puede en pavesas:
Suspende tu castigo, deja al hombre
Que arrepentido la culpable frente
Postre en el polvo y te bendiga humilde:
No del diluvio la espantable escena
Del atónitó mundo la faz borre:
En su linde de arena
Sujeta al ronco mar y la osadía
Del impetuoso temporal enfrena.

Perdona ¡oh Dios! á Cuba,
A esta Cuba liviana y pecadora
Que olvidó tus caminos,
Y en su insensata ceguedad su planta
De perdicion por la florida senda
Moviera por su mal: ¡ay! ve su lloro,
Oye sus ayes, mira su agonía,
No la arrojes al fondo del oceano,
De donde hermosa la sacó tu mano
De la creacion en el sublime dia.
Acalla ese bramido
Con que ensordece el huracan los aires,
Rasga su manto de húmeda tiniebla,
Tiende, Señor, tu diestra omnipotente;
Y el borrascoso mar en mansedumbre
Tornará sus indómitos furores,
Y bañará de rubios resplandores
Al mundo el sol con explendente lumbre.

Al fin, Señor, la férvida plegaria
De los hijos de Adan entre el estruendo

De recios torbellinos encontrados
Llegó hasta tí, y en retumbante trueno
Sonó tu voz: el huracan vencido
Huyó al polo bramando:
De amarillenta luz con tibio rayo
Dora la tarde el sol, y sus colores
Ostenta el arco expléndido en el cielo,
De bonanza señal. ¡Hosana! ¡Hosana!
Es el grito de júbilo que entonan
Valles y montes, selvas y colinas:
La esfera se engalana
Con las tintes de ocaso peregrinas:
La blanda brisa con su aliento halaga
Las mansas ondas de la mar serena.
¡Todo es gozo y amor en la natura!
Solo el hijo del Hombre triste llora
Sin pan y sin hogar, y en su amargura
Tiende la vista atribulado y mira
El hambre cruel y el crímen asentados
En medio de los campos anegados.

¡Cuba! ¡Cuba! culpable y pecadora!
De tu terrible Dios el crudo amago
Sentido has sobre tí: mira tus pueblos
Por la divina cólera destruidos,
Tus montes con furor desarbolados;
Sin una flor que alegre tus collados,
Ni una oveja que bale en tus ejidos.

Escándalo, impiedad, crímen ¡ay! fueron
Los que impuros así te mancillaron;
Con su aliento letal te corrompieron,
Y la fé de tus padres te arrancaron.
Vuélvete á la virtud. Cuba liviana;
Tanta abominacion, tantas maldades
Al fin á tu Dios cansado habian,
Y envió sobre tí sus remolinos,
Y envió tribulacion, y á su amenaza
Cayeran de cimientos tus ciudades:
Mas el Eterno se apiadó, y los ruegos
De los que en él esperan te salvaron;
Mas ¡ay! Cuba, de tí, si de su enojo
El fuego destructor en tí derrama,
Cual lava ardiente de volcan; que entonces
Verás llegar tu postrimero dia,
Y en tremendos temblores destrozada,
Serás ¡ay! sepultada
En los abismos de la mar bravía.

LOS GUAJIROS Y EL LOCOMOTOR.

Juntos en la taberna
Que hay en Paso del Medio
Vários guajiros cierto dia se hallaban,
Y ociosos y abrumados por el tedio
Su suerte maldecian
Y del modo siguiente discurrian.
Camará no hay remedio
De esta hecha nos lleva el gran demonio,
Dijo con mucha indignacion ño Antonio.
Dice V. bien, le contestó ño Hilario,
Ya carreteros, bueyes y carretas
Se los llevó patetas.
Y añadió tio Macario:
Bien con su melocotor nos amoló
El difunto D. Pancho de la O.
Saltó entonces ño Chucho
Y dijo: Me parece
Que el tiempo aquí desperdiciamos mucho,
Vamos á amontonar piedra y troncones
Allí por el arroyo de la Vieja
Pa que el *melocotor* se desbarate.
Y calló el orador:
No hubo razones
Que oponer á tamaño disparate,
Y el hecho consumaron
Y á esperar el efecto se adunaron.
A poco se oyó el trueno.
Del gigante veloz que como el rayo
Hácia allí se acercaba.
El camino de jierro! gritó Chucho,
Ay! miren como viene
Ni el mismísimo diablo lo detiene.
Llegó el locomotor al punto obstruido
Y su curso detuvo. ¡Imbécil gente!
Gritó con voz tremenda á los guajiros
¿Con débiles estorbos
Mi marcha detener pensais acaso?
¿No sabeis que yo soy omnipotente?
¿Que las altas montañas me abren paso
Y salvo audaz los caudalosos rios?
Abandonad tan torpes desvaríos
Y adorad mi poder que en torno vierte
Vida y animacion donde habia muerte.
Dijo y despareció, tras sí lanzando
Densa nube de astillas y de polvo,
Los guajiros atónitos dejando.
Imbéciles humanos
Que á la marcha del siglo os oponeis;
Cuando hácia el bien la humanidad camina,
Si en vuestra obstinacion permaneceis,
Lo que á los carreteros
Con el locomotor ha sucedido,
Os lo deja esta fábula advertido.

Francisco Muñoz del Monte.

Nació en Santiago de los Caballeros, Isla de Santo Domingo, el año de 1800, y no en la ciudad de Santiago de Cuba, como hasta ahora han consignado cuántos se han ocupado de su biografía.

El mismo Muñoz del Monte, así lo atestigua en una de sus excelentes composiciones, que titula *Mi cumpleaños*, escrita el año de 1837:

.....«ó contemplando
Del Yaque undoso en la corriente ráuda
Los jóvenes nadar; y la argentada
Superficie diáfana del rio
Reflejar de la luna el blanco rayo
De luz movible en sus oscuros surcos:
Tal fuera mi niñez. Tambien entónces
Fatal discordia en mi país ardia,
Y la sangre francesa y la española
Empapaban los campos encontrados
De la aurífera Haití, dó el africano
De tez tostada libertad gritando,
La libertad buscaba envuelto en sangre.
Luego á forzada emigracion la suerte
Mi vida encadenó. No más un lustro
Pasado por mí habia,
Y ya era fuerza abandonar la patria,
Y la ribera en que el sonoro Yaque
Revuelve el oro entre su azul arena;
Y, eterno adios diciendo al suelo haitiano
Librado á la discordia, al fuego, al hierro,
Del pátrio hogar partir y en el cubano
Nueva suerte buscar en el destierro.
¡Ah! ¿Qué dije? ¿Destierro? No: perdona:
Perdona una y mil veces tierra cara

De ventura y placer; perdona á tu hijo,
A tu hijo de adopcion esa palabra,
Que al tiempo mismo de escaparse al labio
Mi agradecido corazon retracta (1)».

Nos parece que con la lectura de los antecedentes versos se destruye la duda que haber pudiera, acerca del lugar de nacimiento de su autor. La poesía á que nos hemos referido, es muy interesante para el conocimiento de la vida de Muñoz Del Monte, que narra el mismo con noble sencillez.

En 1821, publicó en Santiago de Cuba *La Minerva*, periódico científico y literario, que segun la Bibliografía del Sr. Bachiller y Morales, fué uno de los mejores por su contenido y sus formas elegantes, y en el cual se leen buenos artículos sobre legislacion, política y literatura.

Los sucesos de Cuba en 1836, cuando fué proclamada la Constitucion del año de 1812 por el General D. Manuel Lorenzo, le hicieron pasar á la Península, desembarcando en Cádiz con dicho General el 11 de Febrero de 1837. Acerca de este punto de su vida puede consultarse el tomo tercero de la *Coleccion de papeles científicos, históricos, políticos y de otros ramos sobre la Isla de Cuba*, publicada por D. José A. Saco en Paris en 1859, en las pág. 522-526.

En 1836, fué nombrado Diputado á Córtes por esta Isla.

En Madrid escribió en vários periódicos liberales, denunciando abusos y pidiendo libertades políticas para Cuba.

En Abril de 1840, llegó á esta ciudad donde permaneció ejerciendo su profesion de Abogado hasta el año de 1848, en cuyo año pasó á Europa, estableciéndose mas luego en Madrid, donde colaboró en algunos periódicos entre ellos *La Revista Española de Ambos Mundos* y en *La América*, donde se admiran sus buenos artículos de legislacion, literatura y política.

Con una vida laboriosa y esmaltada de virtudes, el Sr. Muñoz Del Monte consagró á esta su patria adoptiva todos sus trabajos y afanes, y su nombre no se puede olvidar sin notoria injusticia en las páginas que se dedican á demostrar al mundo nuestra cultura,

Falleció en Madrid en la primavera de 1865, amado de cuantos tuvieron la suerte de tratarle, y con reconocida fama de literato distinguido y poeta notable.

En la expresada villa y córte, acaba de publicar su hijo un esmerado volúmen de las poesías de su señor padre, escritas en la década de 1837-1847, precediéndolas de dos excelentes discursos bien poco conocidos, á saber: el pronunciado en la apertura de las clases del Liceo de la Habana en Octubre de 1847 y el que igualmente pronunció en Diciembre del propio año sobre la elocuencia del foro, en el que abundan notables pensamientos. «La palabra, dice, es el espejo del pensamiento. Si el espejo está empañado ó torcido la imájen no se reproducirá con fidelidad. Los mejores pensamientos pierden su efecto, ó se comprenden con dificultad, ó pasan inadvertidos, cuando el lenguaje no representa bien las ideas, cuando el arte no preside á su exposicion.»

En el Liceo de esta ciudad demostró el Sr. Muñoz Del Monte sus méritos literarios y su entusiasmo por el adelanto de las artes y las letras. Su bello *Dytirambo, Dios es el bello absoluto*, escrito en 1845, se publicó en el único tomo que ha visto la luz pública de la *Biblioteca* de dicho instituto que ideó en 1858 el Sr. D. José Ramon Betancourt.

En algunos periódicos y Revistas literarias de esta ciudad se han impreso en distintas fechas producciones en verso y prosa del Sr. Muñoz del Monte. En *El Prisma*, 1846, se lee un bien meditado artículo, *Orgullo literario*, que es muy digno de tenerse en cuenta al juzgar nuestra literatura, y su poemita *El Verano de la Habana*.

---

(1) Poesías de D. Francisco Muñoz Del Monte.—Madrid.—Imprenta y Fundicion de M. Tello.—1880.—pág. 79-80.

A LA CONDESA DE CUBA (*)

EN LA MUERTE DE SU PADRE.

Humanidad fué su ídolo. Piadoso
Le hallaron el opreso, el desvalido;
Fué hijo tierno, patriota esclarecido,
Buen padre, buen amigo y buen esposo.
Heredia.

Era de noche. La enlutada sombra
Velaba el orbe: por el negro cielo
Cruzaban, cual gigantes vaporosos,
Las invisibles nubes; al zumbido
Del cierzo retemblaban los cristales,
Y en velo de tinieblas envolvia
De Madrid los altivos chapiteles.
Era la hora en que el mortal suspende
Sus trabajos; la hora del descanso
Para el pobre artesano: para el rico
La hora de las fiestas y saráos.
La orquesta resonaba en los teatros,
El arpa en los conciertos. La belleza,
Frívola y caprichosa, se cubría
De frescas flores ó crujiente seda,
Y lanzábase ardiente á los placeres
Del estruendoso baile, ó al delirio
Del falso amor, ó bien al embeleso
Del canto en los expléndidos salones.
Y tú, Dionisia, y tu adorable hermana,
Velábais á esa hora, y con vosotras
Yo velaba tambien.....
.....
..... Un noble anciano
Digno de eterna bendicion y nombre,
Cubierto de virtudes y de gloria,
Bravo en el campo, en los consejos sábio,
Emulo de Caton, justo cual Tito,
Honor de España, admiracion de Cuba;
Un hombre en cuyos lábios reposaban
El saber, la verdad, y en cuya frente,
Serena y majestuosa, se trazaban
Altas lecciones de virtud, yacía
En doloroso lecho; mas tranquilo,
Radiante, luminoso, como el astro
Que al hundirse de tarde en Occidente
En luz dorada y tíbia baña el orbe.
Dos ángeles velaban á su lado,
El ángel del amor y de la gracia;
El ángel del misterio y la ternura.
Y un ángel eras tú; tu hermana el otro:
Y el anciano adorable era tu padre.
Y yo los ví á los tres!!! Y ví la gloria
Que al héroe, al justo, preparaba al cielo.
Y yo los ví á los tres!!! Y ví la tierra,
Esa tierra de flores perfumadas,
Y de luz y de aromas, convertida
En un campo de espinas y dolores
Para vosotras, huérfanas queridas.
Y yo los ví á los tres!!! Y ardiente llanto
Corrió por mis mejillas encendidas;
Y en éxtasis profundo el grupo santo
Adoré fervoroso, cual si viera
Dos querubes, volando en torno al lecho,
Proteger con sus alas celestiales
La cabeza del padre idolatrado;
Y al cielo alzando las divinas palmas,
Y al cielo alzando la mirada tierna,
Acompañarlo á la morada eterna
Dó espera Dios á las virtuosas almas.

Y entonces ví que llorabas,
Y Merced lloró contigo,
Y con las dos vuestro amigo

(*) Hija del Excmo. Sr. D. Francisco Dionisio Vives, Capitan General de esta Isla desde el 2 de Mayo de 1823, hasta el 15 de Mayo de 1832 que fué relevado por el Excmo. Sr. D. Mariano Ricafort.—El General Vives es uno de los Gobernadores que más han hecho por Cuba. Muchos de sus méritos pueden verse en la interesante obra siguiente: Relacion histórica de los beneficios hechos á la Real Sociedad Económica, Casa de Beneficencia y demás dependencias de aquel cuerpo por el Excmo. Sr. D. Francisco Dionisio Vives.—Escrita por la Comision reunida de ambas Corporaciones. —Habana. Imprenta del Gobierno y Capitanía General, de Real Hacienda y de la Real Sociedad Patriótica por S. M.—1832.

Tambien hubo de llorar.
Y mi llanto con el vuestro
Formó una sola corriente,
Cual suele la triple fuente
Un mismo arroyo brotar.
Tu cara risueña un dia
Como la rosa entreabierta,
Cárdena, llorosa y yerta,
Era imájen del dolor.
Pero así estabas más bella
Que de oro y perlas sembrada,
Cual, por la lluvia bañada,
Está más bella la flor.
Llora; huérfana preciosa,
Llora al padre que perdiste.
Para llorar tu naciste:
Vivir no es mas que llorar.
Llora, que la vida rueda
Entre un grito y un gemido;
Al nacer un alarido,
Un suspiro al espirar.
Llora; que la humana vida
Te espera con sus dolores,
Y entre las pintadas flores
La espina te punzará.
Y entre las suaves aromas
Del embriagador incienso,
Del engaño el humo denso
A tu altar se elevará.
Llora; que has perdido el guía
Que encaminaba tu huella,
Y ya se eclipsó tu estrella
Y se eclipsó tu fanal.
Y, cual ave solitaria,
Cruzas con vuelo dudoso
De este mundo artificioso
El aire impuro y fatal.
Llora; que eres bella y jóven,
Y la juventud embriaga,
Y la fortuna te halaga
Y te halaga el porvenir.
El mundo es una sentina
De perfidias y egoismo,
Y hallar puedes un abismo
Donde un faro ves lucir.
Llora, divina condesa,
Que Merced llora contigo,
Y con los dos vuestro amigo
Debe igualmente llorar.
Y mi llanto con el vuestro
Forma una sola corriente,
Cual suele la triple fuente
Un mismo arroyo brotar.
Las lágrimas alivian. Cuando herido
Se siente el corazon, cuando en la tumba
De los seres que amamos
Corre el llanto piadoso, sus cenizas
Parecen animarse y respondernos,
Y con dulces acentos de ternura
En nuestra soledad compadecernos.
No lo dudes, Dionisia. Desde el cielo
Tu padre vela sobre tí. Sus ojos
En tí se fijan, cuando tú en el suelo
Gimes sobre sus lívidos despojos.
Y él ama tu dolor, y ama tu llanto,
Y te bendice, y su plegaria pura
Del Altísimo eleva al trono santo
Por tu bien, tu inocencia y tu ventura.
Y el ruego paternal será escuchado;
Sí, lo será, mi corazon lo dice:
Que nunca, cuando un padre nos bendice,
La bendicion de Dios nos ha faltado.

Tu padre fué el modelo de los hombres;
La celeste virtud meció su cuna;
Ni el poder lo tentó, ni la fortuna
Lo apartó del camino del deber.
Mezclando la bondad con la entereza
Y templando el rigor con la indulgencia,
Para oponerse al mal tuvo influencia,
Para prestarse al bien tuvo poder.
En los ardientes llanos de la Italia,
Como en la helada playa de Noruega;
En la fértil region que el Arno riega,
Como á orillas del Báltico glacial,
Del deber siempre fué su pensamiento,
La espada de la patria. En paz, en guerra,
Mandando, odedeciendo, en mar, en tierra,
Fué prudente, magnánimo, leal.
Unido á la Romana y á su hueste,
Firme en la suerte mala y en la buena,
Del nuevo Atila, vencedor de Jéna,
Burló la astucia, y el furor burló.
Y retornando á España, entre las garras
Del águila imperial despedazada,
Le consagró en la lid su noble espada,
Su pluma en el salon le consagró.
Diplomático audaz, hábil enviado,
De Washington tambien el Capitolio
Lo oyó en defensa del ibero sólio,
Alzar su voz de paz y de verdad.
Y allí sirviendo, y más allá mandando,
Soldado ó general, fué siempre el mismo,
Modelo de virtud y patriotismo,
Símbolo de saber y humanidad.

Dílo tú, ¡oh Cuba! mi adorada patria,
Reina de las Antillas, dílo al mundo.
Tu gratitud y tu dolor profundo
Son de Vives la fúnebre oracion.
Panegírico santo de tu padre,
Página perdurable de su historia,
Eterno monumento de una gloria
Pura como su noble corazon.
Un lustro y otro gobernára en Cuba:
Un lustro y otro la volvió dichosa.
Ni á vil amaño, ni á calumnia odiosa
Fué dado sorprender su rectitud.
En él un protector halló la ciencia,
Un padre la desgracia. El oro inmundo
Holló su planta con desden profundo:
Su culto siempre fué el de la virtud.
¡Honor y prez, y gloria, y nombre eterno
A tan claro varon! La voz de Cuba,
Rasgando el éter, cual incienso suba
Hasta el radiante trono del Señor.
Y las altivas palmas de mi pátria
Cubran la tumba del que está en el cielo:
Que si las palmas nacen en su suelo
Es para coronar su bienhechor.

Yo miro un ramo lucir
De esa palma refulgente,
Dionisia en tí: que al morir
Quiso su nombre eminente
Tu noble padre imprimir
En tu encantadora frente.
Y ese título es tu gloria,
Como la virtud tu encanto;
Y de la paterna historia
Hará ese recuerdo santo
En tí eterna su memoria
Como es eterno tu llanto.
Y mi patria, cuya frente
De palmas y de verdor
Ciñe diadema luciente,
En la sien pondrá una flor
De la heredera eminente
De su ilustre bienhechor.
Y tú, de Cuba condesa,
Serás en Cuba adorada:
Que pura y bella atraviesa
Tus venas la sangre honrada
Del que, al bajar á la huesa,
Te dejó á Cuba legada.
Mas yo en tí no he de mirar
Ni título ni blason,
Quien solo sabe estimar
La vana decoracion,
No puede el aprecio graduar
De tu alma y tu corazon.
Yo no miro si eres linda,
Ni si la fortuna instable
Su copa de oro te brinda;
Ni miro si por tu cuna
Sus homenajes te rinda
La adulacion importuna.
Yo admiro el vuelo asombroso
Con que abarca tu alma osada
Del mundo el campo anchuroso,
Y en tu pupila rasgada
Admiro el fuego radioso
Oculto tras tu mirada.
Y en el lecho te contemplo,
De tu padre moribundo
Como á deidad en el templo,
Dando una leccion al mundo,
Al mundo dando un ejemplo
De afecto filial profundo.
Y de su aliento en acecho
Te miro uno y otro dia
Olvidar sustento y lecho,
Y en su postrera agonía
Estrechar contra su pecho
Su mano trémula y fria.
Y sobre su frente helada,
Sobre sus ojos sin luz
Llorar te miro aterrada,
Como á los piés de la cruz
Sobre el Gólgota elevada
La Vírgen lloró á Jesús.
Y yo escucho tu gemido
Alzado hasta el firmamento
A tu pena ensordecido,
Y el convulsivo alarido
De tu pecho sacudido
Por el dolor y el tormento.
Y yo te oigo repetir
Que en tu más temprana edad
Viste á tu madre morir,
Y que en tu actual orfandad
Sin padre vas á vivir
En completa soledad.
Y tu rostro encantador
Velado en nube sombría,
Era el génio del dolor
Que sus alas abatia
Y entre el nocturno vapor
Su faz divina escondia.

Yo así entonces te admiré.
¿Quién no te admirára así?
Y á mis padres recordé,
Y al cielo rogué por tí
Y por mis padres rogué,
Y rogué tambien por mí.
Que solo humilde oracion
Puede al hombre dar consuelo
En las horas de afliccion;
Y, destrozado en el suelo,
No respira el corazon
Si no se eleva hasta el cielo.

Divina huérfana,
Un Dios piadoso
Tus ruegos tímidos
Escuchará.
Y á tu alma cándida
Dulce reposo
Y dichas plácidas
Le volverá.
En el empíreo
Tu hermosa madre
Al Dios altísimo
Pide tu bien.
Y con sus súplicas
Une tu padre
Sus votos férvidos
En el edén.
Confiada, impávida,
En tu inocencia
Recorre el círculo
De tu vivir.
Síguelo intrépida:
Que en tu existencia
Un astro expléndido
Yo veo lucir.
Hoy sobre el túmulo
De un padre gimes;
Mañana plácemes
Do quiera oirás.
Hoy con tus lágrimas
Su losa oprimes;
Mañana en éxtasis
Te sonreirás.

Y mañana tambien, por las olas
Del crujiente vapor arrastrado,
Entre cielos y abismo sentado,
Yo el desierto del mar cruzaré.
Y entre el ronco cortar de la proa,
Y del viento entre el recio silbido,
Y del mar entre el sordo rugido
A Dionisia y Merced nombraré.
Y estos nombres de mágia y encanto,
Mientras corran las olas serenas,
Dulce alivio darán á mis penas,
Dulce tregua á mi intenso dolor.
Y estos nombres de paz y ternura,
Mientras bramen furiosos los vientos,
Calmarán mis pesares violentos,
Calmarán de mi sangre el ardor.
Y volviendo la vista al Oriente,
De un lejano horizonte en las brumas,
Veré al sol entre azules espumas
Sus cabellos dorados hundir.
Y mi triste mirada rasgando
De los aires el diáfano velo,
A mis ojos Madrid y su cielo
Tornarán nuevamente á lucir.
Y á Madrid con sus galas risueñas,
Con su pompa y su régio atavío,
Con sus cantos, su prado y su rio,
Cual aéreo fantasma veré
Y en el bosque frondoso de lilas
Y en el Campo del Moro valiente,
Y á los piés del fatídico puente
Con Merced y Dionisia hablaré.
Y en la tumba glacial de tu padre
Besaré sus mortales despojos,
Y el torrente fatal de mis ojos
Nuevamente á correr volverá.
Y cayendo en las olas amargas
Las hará más amargas mi llanto:
Y al clamor de mi lúgubre canto
El tremendo huracan tronará.
Y los truenos, y el rayo, y los vientos,
Me verán en la popa tendido
Sin temer su espantoso estampido,
Sin temer su magnífico horror.
Que al dejar los dos únicos séres
Que en España ha adorado el proscrito,
De las negras borrascas el grito
Será el grito de mi hondo dolor.

Dionisia, escucha el postrimero voto
Que me atrevo á formar por despedida.
Tal vez pronto la muerte habrá ya roto
El hilo frágil de mi triste vida.
Tú no verás mi tumba. El sol ardiente
De Cuba tostará mi losa fria,

En tanto que, feliz, resplandeciente,
Lucirá sobre tí sol de alegría.
Si mi muerte llegare hasta tu oido,
En medio del placer y de la gloria,
Consagra á mi amistad sólo un gemido,
Dá una lágrima sola á mi memoria.
Junto al lecho de un padre venerado
Nos unió la amistad en su agonía.
En su tumba sagrada yo he llorado:
¡Ah! Llora tú sobre la tumba mia.

EL VERANO DE LA HABANA.

I.

Ese denso vapor que se levanta,
Opaco, blanquecino, amarillento,
Y sube en perezoso movimiento
Desde el bajo horizonte hasta el zenit.
Es la respiracion ardiente y seca
De la tierra de Cuba en el verano,
Abrasado suspiro, con que en vano
Llama del Norte la estacion feliz.
El Sol en Cáncer sus caballos lanza
Por las llanuras del desierto cielo,
Y su aliento de llama enciende el suelo
Y lo tuesta su suelo abrasador.
Y arde el monte, y la loma, y la sabana,
Y la radiosa palma llama al trueno,
Y en la flecha que sale de su seno
Hunde el rayo su fuego aterrador.
Y mústio, y palpitante, y requemado,
Exhala el árbol un chirrido agudo,
Y entre el denso espesor del bosque mudo
Corre tibio el arroyo sonador.
Y la tímida flor su cáliz cubre.
Cerrando su corola perfumada,
Como vírgen que oculta avergonzada
Con sus manos el seno encantador.
Y el hombre en esta atmósfera de llama,
Entre estas lavas de un volcan latente,
A par que el alma arrebatarse siente,
Siente el cuerpo abatirse en proporcion.
Y sus flexibles nervios se liquidan,
Y sus músculos duros se distienden,
Y sus entrañas trémulas se encienden,
Y se quema su débil corazon.
¿Quién alumbra los fuegos que en la noche
Cruzan el aire transparente y puro?
¿Quién en los ojos del cocuyo oscuro
Nutre y mueve la lumbre sideral?
Y en la pálida faz de la habanera
¿Quién pone esos carbones encendidos,
Esos ojos eléctricos y fluidos,
Embeleso y tormento del mortal?

II

Es el sol claro y fulgente
Que en el trópico candente
Vierte su inmenso torrente
De fuego y luz inmortal.
Es el sol, que engendra y luce;
El sol, que mata y seduce,
El sol, que abrasa y produce
En un contraste eternal.
Es el sol!—Su lumbre pura,
Ya fecunda, ya madura,
Los cafetos en la altura,
En llano el cañavera!.
Dora del *mango* la yema,
Cuece en el *anon* la crema,
Dá á la *piña* su diadema,
Su lanza á la *palma real.*
Y es rosa en el horizonte,
Verde esmeralda en el monte;
Melodía en el sinsonte,
En la alta caña cristal.
Y en el hombre es chispa ardiente
Que le infunde un estro hirviente
Cuando casi adolescente
Se lanza al mudo ideal.
Y en la doncella cubana
Es la gracia sobrehumana
Que une la hurí musulmana
A la Ondina de Fingal.

III.

Julio en tanto ardoroso se levanta
Y hácia el rugiente Can se precipita,
Y una fiebre exterior el cuerpo agita,
Y otra fiebre interior la alma quebranta.
No más ¡oh sol! no más! Tu fuego intenso
La masa cerebral volatiliza;
La médula transforma en vapor denso,
Y en las venas la sangre carboniza.
¡Ay! Dadme hielo, y cabe al hielo lumbre;
Dadme el cierzo á beber del Somosierra,

O dadme del Pirene la alta cumbre,
O de Granada la nevada Sierra!
Dadme hielos, salones alfombrados.
Que en la nieve glacial mi pié resbale,
Y del cuello y del seno, en piel forrados,
Su grato aroma la belleza exhale.
Dadme hielos, y carámbanos, y frio,
Que enrojezcan mi rostro macilento,
Y el fuego apaguen en el pecho mio,
Y en mi sangre el ardor calenturiento.

IV.

Mas nó! Dejadme en Cuba mi patria idolatrada,
Dejadme en esta zona bendita en que nací,
En donde por las brisas mi infancia fué arrullada,
En donde el sol naciente la vez primera ví.

Dejadme entre las ondas del plácido Almendares,
Bordado de guirnaldas, sombreado de palmares,
Templar la calentura que siento arder en mí.
Dejadme por la siesta burlar el sol radiante
Mirando entre las hojas del plátano sonante
Mecerse los racimos cual ramos de alelí.

Dejadme que respire la brisa encantadora
Que viene del Oriente rizando el ancho mar,
Cargado de perfumes robados á la aurora,
Bañada de frescura que el fuego vá á templar.

Dejadme que refresque las llamas de mi frente
Con el terral nocturno que sopla del Poniente
Trayendo los suspiros del cándido azahar.
Dejadme ver la luna cubierta de celajes,
Que en torno de su disco figuran los encajes
De vírgen desposada que marcha hácia el altar.

Dejadme, sí, en la Habana; la tierra de las flores,
La tierra del deleite, del fuego y del amor.
Tu sol yo quiero ¡oh patria! tus vientos bramadores,
Tus negros huracanes, tu cielo y tu calor.

Tus bosques son un velo bordado de esmeraldas,
Que flota en tu garganta, que cubre tus espaldas,
Y templa los ardores del astro abrasador.
Tus palmas son las palmas que ondulan en tu frente:
Tu mar la azul alfombra dó duerme muellemente;
Tu sol rica diadema que anuncia tu explendor.

La Habana aún es muy jóven. No existe aquí el pasado.
Su gloria es el presente, su anhelo el porvenir.
Poeta de recuerdos!—Tu canto es excusado.
Poeta de esperanzas!—Tu canto deja oir.

Dejadme, sí, dejadme que cante lo presente,
Que cante lo futuro del suelo por quien siente
Mi pecho extremecido sus músculos latir.
Dejadme, sí, que viva; dejad que muera en Cuba;
Dejad que cuando mi alma de Dios al trono suba,
Mi tumba entre palmares se pueda en Cuba abrir.

Mas ¡ay! que en vano quiero, ardiendo en patriotismo,
Poner en mi sepulcro las palmas por dosel;
Un hado inexorable, mas fuerte que yo mismo,
De España á las riberas empuja mi bajel.

Acaso helado un dia al pié del Guadarrama,
Del sol que aquí me tuesta, del sol que aquí me inflama,
La accion vivificante mis lábios pedirán,
Y entonces del recuerdo la lágrima quemante,
Surcando tristemente mi pálido semblante,
Caer helada al suelo mis ojos la verán.

IGNACIO MARIA DE ACOSTA.

(IÑIGO)

Este distinguido escritor y no ménos inspirado poeta, nació en esta ciudad en Octubre de 1814, y nó en Matánzas como muchos han supuesto.

Recibió esmerada educacion y sobresalió en los estúdios que hizo en el Seminario de San Cárlos, plantel que por su brillante historia y por la inflencia que ha tenido en los más preclaros talentos que honran á este país, es una de nuestras glorias más preciadas y legítimas.

En 1833, pasó á Matanzas, escogiendo para su residencia, desde entónces, á esa bella ciudad. Allí fué redactor de *La Aurora*, de *El Yumurí* y de *La Guirnalda*, de D. Miguel Teurbe Tolon, en 1842. En la Habana ha colaborado en *El Artista*, *Revista de la Habana* y *Flores del Siglo*.

En 1845, publicó una coleccion de versos, que fueron muy celebrados, con el título *Delirios del Corazon*, con la cual afianzó su reputacion de poeta.

En 1856, unido con D. Emilio Blanchet, fué uno de los generosos editores del libro *Aguinaldo de Luisa Molina*, con el que se intentó sacar de la oscuridad en que vivia, á uno de los talentos naturales de más mérito de que puede vanagloriarse Cuba, donde tantos han brillado y muy principalmente entre el sexo femenino. El génio poético de Luisa Molina, es digno de estúdio, y el Sr. Acosta, bien temprano pudo comprenderlo así.

Más tarde, dió á luz su *romance histórico y geográfico de la Isla de Cuba*, que dedicó á los niños, y que fué declarado texto forzoso de lectura para las escuelas gratuitas de Matanzas; cuyo romance reproducimos por su mérito descriptivo y tambien por su correcta diccion y elegante estilo, á pesar de la sencillez con que el autor lo escribiera, atendiendo al fin á que se dedicaba.

El Sr. Acosta, mucho tiempo hace que, dejando las tareas literarias, se dedicó á la enseñanza superior en la ciudad de Matanzas, siendo siempre tan distinguido por su ilustracion como por sus virtudes y loable celo por el progreso de la instruccion pública en aquella ciudad.

A CUBA.

¡Quién no te ama, Cuba hermosa,
Tierra vírgen inocente.....!
¿Quién al brillo refulgente
No se inspira de tu sol.....?
A la blanca trasparencia
De tu cielo siempre hermoso,
De tu aspecto delicioso
Quién no dice:—soy cantor?

Si en las tardes silenciosas
Busco al pié de tus palmares
Dulce alivio á los pesares
Que contristan mi razon,
Como bálsamo divino
Tu belleza, Cuba mia,
Mi letal melancolía
La convierte en ilusion.

El perfume de tus flores
Raras, bellas y sin nombre,
Que tal vez desprecia el hombre
Porque ignora su valor;
En el alma que contempla
Tu pureza primitiva,
Dulce Cuba, ¡cuánto aviva
La ternura de mi amor!

A la sombra deliciosa
De tus selvas solitarias
En tristísimas plegarias
He pintado mi afliccion.
Allí el bien que el alma adora
Sorprendente y misterioso,
Mas divino, mas radioso
Se ha mostrado á mi ilusion.

Allí he visto su semblante
Como el alba cuando asoma,
Y sus ojos de paloma
Y sus lábios de carmin,
Allí he visto su albo seno
Palpitando de ternura
Y he mirado mi ventura
Que tocaba ya á su fin.

¡Ilusiones de la mente
Brillantes cual nuestro cielo!
¡Oh! nunca rasgueis el velo
Que cubre la realidad!
Permitid que en vuestros sueños
Se columpie el alma mia.....
¡Es tan bella poesía
La ilusion á mi ansiedad!

Solitario en mi retiro
De ellas solo me alimento:
Con mi hermoso pensamiento
Entretengo mi dolor.
En la flor de tus praderas,
En tu brisa perfumada
Miro Cuba, á mi adorada
Bajo un prisma seductor.

Y por eso mis quimeras
Al poder de tus encantos,
Son de amor mis dulces cantos
Y mis sueños de placer.
Porque en medio de tus palmas,
De tus cañas y tus flores,
Miro, Cuba, los amores
A los piés de una muger.

Tierra vírgen, tierra hermosa,
No me quites mis delirios
Inocentes cual tus lirios,
Extasiantes cual tu sol,
Tú me anuncias con tu encanto
Todo el bien que el alma ansía,
Como el alba anuncia el dia
En su manto de arrebol.

Que en tus brisas, en tus flores,
En tu cielo, en tus palmares,
En tus bosques seculares
Y tu clima abrasador,

Ven mis ojos, Cuba mia,
Bajo un velo trasparente,
La mujer que ornó mi frente
Con los mirtos del amor.

EL CARRETERO Y EL ECO.

En un pantano atascado
A orillas del Yumurí
Hecho estaba un renegado
El carretero Juan Prado,
Bravo como un callarí

Cual carretero de ley
Juró como un condenado;
Y al gritar desesperado:
¡Perlas finas!... ¡Tesia!! ¡Buey!
Oyó que del otro lado
Una voz le dijo:—¡Ey!

Mal rayo de Dios bendito!
¿Quién demonios me llamó?
¿Qué quiere?... Lo ves, maldito,
Ya el eje se me torció.
—Sió.

A callar á sus gallinas
Si las tiene ó las robó...
Tesia bueyes!... Perlas finas!...
A mi *naiden* me calló.
—Yo.

Pues salga, salga al camino
Si es tan cheche y es tan curro,
Que salga, salga el *endino*
Y verá como lo aburro.
—Burro.

Burro! será el atrevido,
Insolente, deslenguado...
Venga acá que está partido
Un cuchillo que he comprado
—Prado.

¿Me conoces? ¿No respondes?
¡Habráse visto un *aquel*.....!
Vamos, sal... ¿Dónde te escondes?
¡Vive Dios! á qué es Manuel?
—El.

¡Muchacho! con mil regiones...
Ven acá por un momento,
Que con estos canjilones
Estoy casi que reviento.
—Viento.

¿Viento dices? Habráse ¡visto!
Qué vientos ni que Marica...
Manuel, Manuel, anda listo
Que estoy como pica-pica.
—Pica.

No es Manuel cuando me deja
En el pantano atascado...
Paisano... al que está apurado
Se ayuda y no se aconseja.
—Ceja.

¡Gran demonio! ¿Quién te entiende?
Te escondes tras la zaranda?
O eres acaso algun duende
Que vives en la otra banda?
—Anda.

Ya quisiera, sí por cierto,
Venga y agarre la vara.... .
Que estoy aquí como un muerto
Dentro el *joyo* ¿no repara?
—Para.

Y no vé que estoy parado
Y el lodo está muy reseco?
Salga usted, señor tapado,
Y verá si lo defleco.
—Eco.

Es verdad... el eco es todo...
Y yo, pregunta... pregunta...
Dijo Juan... picó su yunta
Y logró salir del lodo.

Esto yo mismo lo ví,
Y es un hecho verdadero
Que sucedió á un carretero
A orillas del Yumurí.

A ORILLAS DEL YUMURI.

Oh! cuantas veces en tu agreste orilla,
Tranquilo Yumurí, corrió abundoso
El llanto del dolor por mi megilla!
Tu aspecto silencioso
¡Cuántos recuerdos despertó en la mente!...
Recuerdos que conservan tristemente
Tus ásperes breñales,
Que en misterio los velan tus cristales;
Que murmura la voz de tu corriente.

Los génios invisibles que en la noche
Baten sus alas en tu márjen bella:
La flor que rompe el perfumado broche;
La explendorosa estrella
Que su trémula luz quiebra en tus aguas;
La voz de tus manglares y tus jaguas,
Los areitos me acuerdan seductores
Que entonaban tus hijos entre flores,
Al compas del remar de sus piraguas.

En estos sitios do mejores dias
Vieron la Vírgen del Yucayo hermosa
Entre sombras, perfumes y armonías;
Aquí donde amorosa
La tierna madre acarició al infante
Prenda divina del amor constante
Que embelleció á dos seres,
¿Por qué busco y no encuentro los placeres
Con que ha soñado el corazon amante?

¡Tiempos felices!... La inocencia pura
En estos sitios levantó su templo,
Leyes y culto les dictó natura.
Hoy, mísero contemplo
En altos muros el caney cambiado;
Sucedieron las sedas y el brocado
Al natural adorno,
Y la pura inocencia huyó de en torno
Del hombre culto y del salon dorado.

Espantadas las aves al estruendo
Del populoso, inmenso caserío,
A regiones extrañas van huyendo.
Melancólico el rio
Hoy lentamente su cristal desliza,
Sin que halague su curso una sonrisa,
Ni un canto, ni un suspiro.
Solo sus mangles solitarios miro;
Solo se escucha suspirar la brisa.

ROMANCE.

CUBA.

I.

Está entre las dos Américas
La vírgen Cuba situada:
El Atlántico la besa,
Y el mar Caribe la baña.
Tiene al Norte la Florida,
Al Sur le queda Jamaica,
Al Este Santo Domingo,
Y Méjico á la otra banda.
La Reina de las Antillas
Por su extension se le llama;
Y en riquezas y comercio
A todas las aventaja.

Eran los Reyes Católicos
Los Monarcas en España
Cuando Cristóbal Colon
Halló esta tierra ignorada.
Tierra de luz y de flores,
Tierra tan rica y tan vasta,
Que el gran genovés marino
La juzgó parte del Asia.
Y como digna de un Príncipe
Creyéndola hermosa alhaja,
Por obsequiar á Don Juan
Le puso por nombre Juana.
A Ocampo le cupo en suerte
La ventura de bojearla,

Y sacar la Europa entera
Del error en que se hallaba:
Y cupo á Diego Velazquez
La gloria de conquistarla,
Con trescientos españoles
Que trajo de la Sabana.
Fundó en ella siete villas
Y le acompañó «Las Casas,»
El Apóstol de la América
Que hoy preconiza la fama.
Los naturales mansísimos
No resistieron sus armas,
Sin embargo que esta tierra
Era entonces muy poblada.
Mas en sus plácidos valles
Y sus tendidas sabanas,
En sus bosques apacibles
Y levantadas montañas,
Jamás la voz de la guerra
Ni el rumor de las batallas,
Con la voz se habia mezclado
De sus brisas y sus palmas.

II.

Cuba es hoy floreciente,
De la América envidiada
Por su cultura y fomento,
Por su posicion geográfica.
Tiene magníficos puertos
En sus costas dilatadas,
Y entre ricas producciones
El café, tabaco y caña.
Mas siendo su superficie
Cuatro mil leguas cuadradas,
Puede decirse que Cuba
Hoy se encuentra despoblada.
Pues su poblacion entera
Tan solo á un millon alcanza, (1)
Cuando en tan vasto terreno
Pudiera ser triplicada.
Sin embargo la Isla cuenta.
Doce ciudades fundadas,
Ciento y ocho poblaciones,
Diez villas y muchas casas.
Siendo notables y bellas
Como capital la Habana,
Trinidad, Bayamo y Cuba,
Puerto-Príncipe y Matanzas.
Entre sus puertos magníficos
Y bahías celebradas,
Las mayores son Guantánamo,
Nipe, Nuevitas y Jagua.
Dos son sus mayores rios
Por el caudal de sus aguas,
El Cauto y Cuyaguateje
Y ambos en el Sur derraman.
Hácia la parte de Oriente
Se ve su mayor montaña,
Llamada Pico Turquino
Por la color azulada.
Está en la Sierra maestra
Cual vigilante atalaya,
Que custodia los tesoros
Ocultos en sus entrañas.
En sus fértiles praderas
Crecen verdes y lozanas
Las estimadas caobas,
Las utilísimas palmas.
En cuyas copas frondosas
Baten las brisas sus alas,
Templando el calor ardiente
De nuestra zona abrasada.

MATANZAS.

III.

Siendo D. Cárlos Segundo
Monarca de las Españas,
En donde estaba Yucayo
Mandó fundar á Matanzas.
Severino Manzaneda,
Gobernador de la Habana,
Las régias disposiciones
Las puso en persona en planta.
El obispo Compostela
(Diego Evelino llamaban)
Bendijo la primer piedra
Del templo que allí se alzára.
Fué consagrado á San Cárlos
En honor del buen Monarca
Que á la poblacion naciente
De ciudad el nombre daba.
Treinta familias vinieron
Para poblar de Canarias,
Y se les dieron terrenos
Y otras franquicias y gracias.
Por largos años estuvo
La nueva ciudad sin marcha,
Estancada en su progreso,
En su cultura atrasada.

(1) La poblacion de la Isla, segun el censo de 1877, es de 1.434,747 habitantes, de los cuales, 471,572 son de color.

Mas de improviso, la triste,
Pobre y pajiza Matanzas,
Sacudiendo su letargo
Hácia el progreso se lanza;
Y con asombro de Cuba
Con una carrera mágica,
La que ayer era una aldea
Hoy es rival de la Habana.
La ciudad de los dos rios,
Se ostenta hermosa y gallarda
De ilustracion un modelo,
De riqueza una sultana.
Con su *Valle* de delicias,
Con su *Cumbre* y con su *Abra*,
Ha dado númen al genio
Para desplegar sus alas.

En su poético suelo
Se oyó de Zequeira el arpa,
Y orillas del Yumurí
Heredia tambien cantaba.
Allí con mágico acento
Sonó la lira dorada
Del trovador sin ventura
Que en genio á todos ganaba.
Allí en fin cantó Iturrondo;
Y la cuna de oro y nácar
De Milanés, fué mecida
Por las musas y las gracias.
Y una juventud ardiente
Allí hermosa se levanta,
Para hacer con sus talentos
Perla de Cuba á Matanzas.

A LA POESIA.

¡Feliz el que inspirado
En arpa resonante
Canta en sus versos lo que el alma siente,
Ya en trino delicado
Se muestre tierno amante,
Ya se pinte infeliz en son doliente;
El númen que le inspira
Acrecienta el placer que le enajena,
O bien calma su pena
Con los suspiros de la blanda lira.

¡Destello luminoso,
Emanacion del cielo,
Inmortal y divina poesía!
¿Por qué tu influjo hermoso
Esquivas al anhelo
Con que te llama la eficacia mia?
¿Por qué tu dulce encanto
Niegas al triste que tu gracia implora...?
Inspírame si canto,
Dame suspiros cuando el alma llora

Si de la infancia bella
Los juegos inocentes
Muestran delicias sin temer engaños;
Si al contemplar su huella,
Felices y rientes
Tornan las horas de los verdes años;
Entonces, alma diosa
Dále á mi voz el juvenil contento,
Y al arpa candorosa
El blando hechizo del pueril acento

Pero si acaso horribles
Conturban las pasiones
La dulce calma que aposenta el pecho,
Si son irresistibles
Las tristes sensaciones,
Y está el encanto á su poder deshecho;
En ayes prolongados
Mande la lira lúgubres gemidos;
Y en valles y collados
Resuene la espresion de tus quejidos.

Mas nunca de la guerra,
Horror de las naciones,
¡Oh númen bello! al canto me aficiona;
El corazon se aterra
A los bélicos sones
De la trompa de Marte y de Belona.
A la orilla nacido
De manso arroyo entre envidiable calma,
Tu voz tan sólo pido
Para cantar lo que me hechiza el alma.

Mas ¡ay! entre rigores
Vuelves el rostro airado
A quien te adora en su entusiasmo ardiente?
Con tus ansiadas flores
¡Oh númen venerado!
No veré nunca coronar mi frente?
¿Por qué tu dulce encanto
Niegas al triste que tu gracia implora?
Inspírame si canto,
Dame suspiros cuando el alma llora.

SONETOS.

LA ALONDRA.

Hay una Alondra en nuestro hermoso valle
Que tierno atisba un cazador atento:
Ave divina cuyo dulce acento
Al coro volador, manda que calle.

Y calla, y se suspende al escuchalle...
Que de la Alondra al divinal concento
Plega sus alas de placer el viento,
Y no hay ave ni flor que no avasalle.

Triunfante, su expresion desde su nido
El valle todo con su voz encanta,
Y está el amor ante sus piés rendido.

Nada turba el trinar de su garganta,
Y si suena en el bosque algun gemido
Es de la voz del cazador que canta.

LA ROSA.

Nace fragante, delicada, hermosa,
Rica en colores, tímida y galana,
Entre perlas que riega la mañana
En verde tallo la encendida rosa.

El aura la acaricia voluptuosa;
En agradarla el colibrí se afana;
Y es la rosa gentil de la sabana,
Es el hechizo y la adorada diosa.

Pero si envuelto en polvoroso aliento
Con torpe lábio y bárbara inclemencia
Besa la flor el huracan violento,

Entonces mústia, sin color ni esencia
Muere infeliz, cual muere en un momento
Al contacto del vicio la inocencia.

José María de Cárdenas y Rodriguez.

(JEREMIAS DE DOCARANSA)

Consideramos muy grata la taréa de consignar en este libro los méritos literarios, de uno de los más afamados escritores cubanos, cuyas producciones en verso y prosa han sido, con justicia, elogiadas por competentes críticos nacionales y extranjeros.

El Sr. D. José María de Cárdenas y Rodriguez, miembro de una de nuestras más antiguas y respetables familias, nació en la ciudad de Matanzas, el año de 1819, y desde muy jóven empezó á sobresalir con sus correctos escritos, que dieron á conocer en Cuba á un esmerado prosista y á un observador ingeniosísimo de nuestras costumbres.

Sus artículos, *Los Niños* y *El dia ménos pensado*, escritos en 1839, comprueban nuestro aserto.

En 1847, publicó el Sr. Cárdenas su interesante *Coleccion de Artículos Satíricos y de Costumbres*, con un prólogo de D. Cirilo Villaverde, en el cual se reconocen sus privilegiadas dotes, consignándose en dicho escrito que en Cuba no habia prosador que le superára. «Formado el Sr. de Cárdenas,—dice Villaverde,—en la escuela de los buenos hablistas castellanos, así prosadores como poetas, su gusto se ha depurado, su estilo ha adquirido el conveniente nervio y fuerza de expresion, su lenguaje la correccion apetecida para escribir casi siempre con pureza y elegancia, y su locucion la consistencia y nacionalismo necesarios; requisitos sin los cuales no és posible ser buen escritor, y si nos apuran mucho, ni buen pensador siquiera (1).»

El citado libro, acreditó al Sr. Cárdenas de verdadero escritor de costumbres, y no exagera el ilustrado prologuista al decir que és uno de los más notables que aquí se han escrito.

La *Revue des Deux Mondes*, en el tomo duodécimo, publicó un excelente artículo titulado *La Societé et la litterature á Cuba*, y en él se hace justo elogio del Sr. Cárdenas y Rodriguez, á quien se califica de «observador ingenioso y sagaz que con mirada firme y satírica recorre el mundo en que vive, para trazar despues muchas de sus fisonomías, hábilmente sorprendidas y personificadas», citándose sus artículos *El educado fuera*, *El Administrador de un Ingenio* y *Un título*; en los cuales—decía

(1) Colección de artículos satíricos y de costumbres, por D. José María de Cárdenas y Rodriguez (Jeremías de Docaransa). Habana. Imprenta del Faro Industrial, calle de Mercaderes, número 90.—1847. Prólogo. Págs. VIII y IX.

el Dr. Zambrana—«no sólo brillan las dotes del escritor festivo de costumbres, que ridiculiza, que se burla y que corrige con oportunidad y gracia, si no las prendas tambien del pensador severo, del filósofo concienzudo, que prevee las funestas consecuencias que acarrean ciertos vicios ó defectos sociales, que generalmente se miran como de poca importancia, ó no se miran siquiera (1)».

El distinguido literato ruso, Jégor de Sivers, que visitó esta Isla en 1852 y publicó en Leipzig, en 1861, su obra *Cuba, die perle der Antillen*, en la página 36 de dicho libro, al tratar de nuestra literatura, cita con elogio á nuestro primer poeta satírico.

El Sr. Cárdenas ha escrito en vários periódicos y publicaciones literarias del país. En la *Revista Pintoresca del Faro Industrial*, 1848, se ven algunos de sus artículos en prosa, y poesías, y en la Península se han publicado más de una vez sus selectas producciones.

No tan conocidos como los artículos en prosa son los trabajos poéticos del Señor Cárdenas, á pesar de la reputacion que ha alcanzado hace ya bastante tiempo, de ser el primer fabulista de Cuba y poeta festivo tan correcto como inspirado.

En el tomo primero de la Coleccion titulada *América Poética* que, en 1854, publicaron en esta ciudad los Sres. D. Rafael María Mendive y D. José de Jesus Quintilian García, dió á la estampa algunas de sus fábulas, letrillas y epígramas.

Hablando de las fábulas, dice el Sr. D. José Socorro de Leon, en su libro *Cuba Poética*, (1859); «Muchos han compuesto fábulas en Cuba, pero nadie ha sobresalido »tanto como el poeta que nos ocupa; y si algunos no tributan al Sr. Cárdenas todo el »elogio que merece, nosotros, cumpliendo con lo que nos dicta nuestra conciencia, no »podemos imitar á los que, creyendo de muy poca utilidad las fábulas, no conceden á »sus autores el más mínimo mérito».

¿Por qué el Sr. Cárdenas, escritor tan fecundo en prosa como en verso, no ha coleccionado sus trabajos tan necesarios para el estúdio del progreso y del valor literario de este país?.....

¿Por qué escritos de tanto mérito, que serian provechosos modelos, son tan poco conocidos?

Llegue nuestra voz á su tranquilo retiro en la poética Guanabacoa, y, accediendo á nuestra súplica, no dilate la publicacion de sus obras completas, que es empresa tan noble como patriótica.

LA COMADRE.

—A mí la comadre? ¿á mí
Me exijen describa un tipo,
Que por ser en nuestra tierra
De colores tan distintos
Y de naciones tan várias,
Nadie pintarlo ha querido?
No se me ponga por Dios
En tan duro compromiso.
—Que no hay remedio me dicen?
Pues entonces me resigno,
Que es gran virtud resignarse
Cuando no queda otro arbitrio.
Pero respóndanme, ¿cómo
La llamaré en este escrito,
De modo que no se ofendan
Algunos castos oidos?
Es de mal tono llamarla
Partera, segun colijo;

(1) *Revista de la Habana*. Periódico quincenal de ciencias, literatura, artes, modas, teatros, &, con litografías y grabados.—Editor, R. María de Mendive y J. de Jesus Q. García.—Tomo primero. De Marzo á Agosto de 1853. Habana. Imprenta del Tiempo. 1853. Bibliografía. Escritores de Cuba. Crítica literaria, por Villergas. Artículo de D. Ramon Zambrana, páginas 215 á 219.

Y aunque matrona es de bueno,
Tan raras en este siglo
Son las matronas, que un cargo
Es de conciencia, y no chico,
Llamar matronas á quienes
Trabajan con tanto ahinco
Por no parecerlo en nada.
Sábia mujer es pulido
Vocablo, y á su favor
Tiene el ser frances purito,
Que para pluma española
Es el mayor atractivo;
Mas prefiero que otro tenga
La gloria de introducirlo.
—Comadre quieren que diga?
Diré comadre, y salimos
Del primer paso; aunque yo
No salgo de mi conflicto.
¿Qué ha de hablar de la comadre
Quien no tiene ni principios
Siquiera de la *obstetricia?*
—Qué no importa? Jesucristo!
Ignorar una materia,
No es suficiente motivo
Para dejar de tratarla?
—Hoy no? pues fuera pelillos:
Concedo que disertar
Sobre punto muy sabido
No tiene gracia ninguna.
—Qué dicen? Que no es preciso
Hablar del arte?—Mejor!
—Solo de la artista?—Lindo!
Al fin, cualquier hombre honrado,
(y aunque nunca lo haya sido)
Por lo ménos de esta artista
Bien puede hablar sin peligro,
Pues es probable que nunca
La ocupe en propio servicio.
Y digan:—de las comadres,
¿A la *madama* describo,
A la *doña* ó á la *ña?*
Que así como son distintos,
Segun los naturalistas,
Mochuelo, buho y autillo,
Aunque son aves nocturnas,
Tambien así son tres tipos
Las tres comadres nombradas,
Y diera para un artículo
Argumento cada una.
—La *ñá* quieren? Concedido...
La *ñá* sea, y principiemos,
Que es justo, por el principio.—
La comadre de color,
Segun las muchas que he visto,
A veces es de gran cuerpo,
Y á veces de cuerpo chico,
Mas alta ó baja, supongo
Que debe ser requisito
De importancia la gordura;
Pues de todos es sabido
Que á las delgadas apenas
Dá de comer el oficio:
Bien que las flacas y gordas
Para mí saben lo mismo.
Para cometer torpezas,
Para decir desatinos
Y murmurar oraciones,
En vez de prestar auxilios,
No se requiere tener,
(Yo al ménos no lo concibo)
Más carnes ó ménos carnes.
Sobre nombre de bautismo,
La comadre que no es blanca
Lleva aquel que su padrino
La quiso dar en la pila:
En la cual, de muy antiguo
A la blanca se parece.
Mas con todo, es positivo
Que suele haber ciertos nombres
Que llaman al ejercicio
Como el iman al acero.
Exempli gratia, (suplico
Que este *exempli gratia*, escusen:
Se me escapó por olvido
De que en prosa no escribia.)
Exempli gratia, repito,
Ña Tranquilina, ña Justa,
Ña Venancia, y asimismo
Ña Gregoria y ña Pilar,
Nombres son que si los miro
En parda ó en china gorda,
De que es partera un indicio
Casi seguro ya tengo.
Y si á un nombre de los dichos
Tambien se añade que usa
La heroina que describo
Pañolon en la cabeza,
Y espejuelos y bolsillos
O bolsones en el traje;
Y que no sale hecha añicos
De casa sin quitasol,
Pasa á certeza el indicio:
Aunque al verla mas parece
Que mujer algun vestigio,
U otra cosa que dá susto.
Tiene además de su oficio

Otros varios la comadre,
Que son asaz lucrativos.
Y en esto tambien se nota
Por muchos, que la del tipo
Circasiano, se parece
A la del tipo que vino
De las costas africanas.
O por aficion ó instinto,
La comadre es prestamista.
Si en prendas se dan anillos,
Collares y brazaletes,
Está su dinero listo
Para sacar de un apuro
Al que en él esté metido.
Es corredora en nodrizas;
Mas nunca vale un comino
La primera que presenta.
Es en fin, lo que era el hijo
De Júpiter y de Maya;
Y mas claro no lo digo
Por temor á la censura.
Pues ya su retrato listo,
Voy á ponerla en escena,
Que así lo exige el buen juicio,
Sobre el cual, ¡cosa tan rara!
Se han escrito muchos libros,
Y lo que es mas raro, todos
Se han impreso y se han vendido.
Renuévase en doña Petra
Aquel terrible castigo
A que sujetas están
Las hembras desde el principio
Del mundo, porque atrevida
La primera de ellas quiso,
(Y áun pasó á más de querer)
Levantar el *entredicho*
Que al manzano puso Dios,
Y al instante su marido
Corre á buscar la comadre.
Que la acompañe hasta el quicio
De la puerta principal,
Y déjela allí, que es fijo
Que parte como una bala,
Y aunque jamás haya visto
Las entradas y salidas,
Retretes y pasadizos
De la casa, va derecho,
Guiada sólo de su instinto,
A la alcoba, donde pronto
Harán falta sus servicios.
Preséntase á la infeliz
Paciente tan de improviso,
Que en duda la deja de
Si ha entrado ó se ha aparecido.
Tómala el pulso, aunque entiende
De pulso, lo que un beduino
De componer en romance
Charadas y logogrifos.
Con todo, dice: —«habrá parto.»—
Y cree que algo nuevo ha dicho,
Cuando la señora Petra
Desde que tomó marido,
Y antes tal vez, calculaba
Que el resultado preciso
De la fiesta, éste sería.
Mas ella sólo lo dijo
Por darle cuerda á la lengua,
Que en movimiento contínuo
Queda desde aquel instante.
Mientras arregla trapillos,
Fajas, aceites, tijeras,
Y veinte mil adminículos
Que no conocen los pueblos
De lapones ni de indios,
Sin que por esto se crea
Que sus hembras no den hijos
A la patria,—la comadre
Está charlando sin tino,
Sin ton ni son. Ella cuenta
Allí casos infinitos
De mujeres que al sepulcro
Bajaron al tiempo mismo
De alumbrar, y si se asusta,
(Que no fuera sin motivo)
La que escuchándola está,
Añade:—«Pero conmigo
No fué, pues si alguna ha muerto
Porque me llamó, cumplidos
Sin duda estaban sus dias.»—
Ella contra todo digno
Cirujano se pronuncia,
Pues sabe que es su enemigo
Natural como lo es
De la rata el gato arisco.
Y si vale la verdad,
En este asunto es preciso
Confesar que la comadre
Suele hablar con mucho juicio.
Ella relata sucesos
Que no salieron mas lindos
De la pluma de Bocacio.
Y en fin, cuando los gemidos
De doña Petra se aumentan,
Con semblante muy contrito
Reza una oracion que siempre
Muy buen efecto ha surtido

En lances desesperados.
Mientras la reza ¡oh prodigio!
Y mientras chilla y regaña,
Hace natura su oficio,
Y se ve libre la Petra
De aquel sin igual martirio
Con que empieza la dulzura
De ser madre, y al auxilio
Lo atribuye de la otra,
Cuando en las Pampas lo mismo
Sin ella le sucediera.
Yo otra cosa es lo que digo:
¡Cuántas ocasiones, cuántas
Achacamos al destino
Los daños que una comadre
Imbécil nos ha traido!
Y su funesta ignorancia,
Cuántas veces corta el hilo
De una vida que comienza,
Como el insecto maligno
Mata la flor al abrirse!
Cuántas, ¡ay! roba al cariño
Del esposo desdichado
La dulce esposa y el hijo,
Y trueca sus esperanzas
E ilusiones en martirios...
Pero juzgo que es mejor
Que no variemos de estilo,
Pues predicar do no quieren
Oir, es tiempo perdido.
El *crôquis* de mi comadre
Cual lo comencé prosigo.
Sépase pues que es mujer
De perspicacia y de fino
Olfato, segun se dice,
Y á la prueba me remito.
Viene un párvulo de piés,
Y aún no asoma ni el tobillo,
Cuando grita la comadre:—
«Válgame Dios! y qué lindo,
Señora! guapo muchacho!
Jesus! y tan parecido
Que sale al padre!»—A lo cual
Se asusta, (quién tal ha visto?)
La parturiente, y contiene
la solfa de sus gemidos,
Para decir en voz baja:
—«Calle usted por Jesucristo.»—
Y la comadre con suma
Penetracion, por el hilo
De esta sola frase, llega
Hasta dar con el ovillo
De alguna historia, y añade:
—«Sí señora, á su marido
De usted sale.»—Y este dice:
—«Pues á quién pudiera el chico
Parecerse sino á mí?»—
Al oirlo quedan tirios
Y troyanos satisfechos,
Y con ánimo tranquilo
Vuelve á anudar la señora
La cadena de sus gritos;
Y viene llorando al mundo
En medio del regocijo
De aquellos que lo reciben,
Un ser nuevo, al tiempo mismo
Quizás en que otros espiran.
Aquí creyera un bendito
Solteron, que en sus funciones
La comadre habia concluido.
Por si lo cree, no lo crea;
Que los primeros martirios
Y los dolores primeros
Que en la tierra sufre el niño,
Que á la comadre los deba
Tiene dispuesto el destino.
Ella se apodera dél,
Y de golpe en un lebrillo
De agua lleno lo sumerge,
Sin que sus tiernos gemidos
La muevan á compasion,
Ni la retraiga el peligro
A que lo expone:—Y despues
Que de allí lo saca, (vivo
Por un milagro de Dios)
Maneja al pobre lo mismo
Que si fuera alguna *cosa*.
Le dá mil vueltas y giros,
Lo sostiene en pié, lo acuesta,
Y en cuatro varas ó cinco
De faja su cuerpo envuelve.
De la cabeza al ombligo
Le ata unas tiras que llama
Tocador, que al angelito
Todo movimiento impiden.
Y cuando ya en el archivo
De su caletre no queda
Cosa que hacerle, al arrimo
Lo coloca de su madre,
Que en momentos tan prolijos,
Temiendo ha estado que muera
Cuando apenas ha nacido.
Pues ni con esto concluye
Mi heroina, que es preciso,

Que durante algunos dias
Venga á ver al parvulito!
Pero como entonces hace
De *curandera* el oficio,
Pienso que basta insinuarlo
Para dar punto á mi artículo.
Y al darle punto, al lector
Que no imagine suplico
Que por ocupado dejo
De decir lo que no digo.
De la comadre no incluyo
La tarifa, por motivo
De que una tarifa en verso
Es cosa que nunca he visto:
A los curiosos al *Bando*
De buen gobierno remito,
Donde hallarán por cuán poco
Se le presta ayuda á un chico
Para que salga á este mundo,
En el cual es positivo
Que será poeta, aunque
Nazca para campesino.

FABULAS LITERARIAS.

I.

AGUARDAR EL VOTO AJENO.

Rodando por los suelos,
O sirviendo de tranca,
De *granadillo* un trozo
Estuvo mucho tiempo en una casa.

Su mérito allí nadie
A conocer alcanza;
Y hasta se vió en peligro
De ir convertido en leña á la fornalla.

Pero quiso la suerte,
Alguna vez no ingrata,
Lo viese un extranjero,
Y luego á su país se lo llevára.

Un baston elegante
De aquel zoquete saca,
Que fué muy celebrado
Por sus colores y sus vetas raras.

Y del que tanto hablóse,
Que al fin llegó la fama
Del granadillo hermoso
¡Quién lo dijera! hasta su misma patria.

Entonces fué volverse
Todo bicho alabanzas,
Y por deber al cielo
Tan preciosa madera darle gracias.

Cuando ántes ni siquiera
De tal palo se hablaba,
Y apénas un curioso
Echábale de paso una mirada.
—Pues lector eso mismo
Con los ingenios pasa:
Entre nosotros nacen,
Y crecen, y se educan y trabajan.

Mas para que sepamos
Que valen algo, salgan
Y celébrenlo ántes
Allá en lejana tierra, gente extraña.

II.

JUICIOS PRECIPITADOS.

Contábame una vez un literato,
Que perdiéndole el miedo,
(Porque se hallaba ausente) á cierto gato
Un ratoncillo, echóse con denuedo,
Pues el hambre era intensa,
A buscar que comer en la despensa.
Encontróse una almendra, hincóle el diente,
Y dejóla diciendo:—«no es gran cosa!»—
Cuando si diligente
Por quitar la corteza trabajara
Dentro sin duda hallára
Una fruta muy sana y muy sabrosa.....
Yo contesté al del cuento:—«El ratoncito
Me hace acordar de un crítico, que un dia
Porque no comprendia
Las páginas primeras de un escrito
Sesudo y luminoso,
Lo arrojó con desdén... Si mas juicioso
Su lectura siguiera
Cosas muy buenas encontrado hubiera.»

Lo cual tomó por pulla el literato,
Y marchóse diciendo:—«hasta otro rato.»

III.

UN BUEN JUICIO.

—«Ustedes desengáñense:» el jilguero
Ni tiene buena voz, ni tiene escuela:
El sinsonte no es más que un marrullero
Que sólo se desvela
En tomar el estilo á otros cantores;
La alondra canta á salga lo que salga,
Y el canario, señores,
No sé que tanto como dicen valga!»—
¿Hablaba de ese modo
Por ventura algun pájaro eminente
Que admiracion causaba al mundo todo
Por su canto sublime y elocuente...?
No señor....—emitia
Juicios tan temerarios
Ante ciertas bandadas
De pajarillos varios,
Un pobre *tomeguin* que no media
Desde el pico á la cola tres pulgadas;
Y que pasar por músico queria,
Porque silbaba un poco, murmurando
De maestros famosos.....

Lector discreto, aplico el cuento?—Cuando
De versistas imberbes y mocosos
Sepas que con ridícula arrogancia
Hablan de vates de muy gran valía,
Dí que piensan así darse importancia.
Si asegurar les oyes algun dia
Que Heredia y Milanés son chavacanos,
Pregúntales:—«hermanos,
Concediéndoos que sean tan perversos,
¿Valdrán algo por eso vuestros versos...?

IV.

QUEDARSE EN SECO.

¿Has visto, Favio,
Cómo la esponja
Cuando la esprimen
El agua toda
Que ha recojido
Muy presto arroja?
Luego aunque quieras
No da una gota,
Y aunque la estrujes
Una vez y otra,
Favio, es en vano,
Pues nada logras;
Que en ella el agua
No es cosa propia,
Y sólo vierte
La que ántes toma.

Pues mira, Fabio,
Cierta persona
Que yo conozco,
Que tú no ignoras,
En las tertulias
De gente docta
Penetra y habla
Una ó dos horas,
Tan bien que todos
Allí se asombran.
De libros nuevos
En verso y prosa,
De las antiguas
Sublimes obras,
Te da noticias
Harto curiosas;
Y sus autores
Todos te nombra,
Ya los censura,
Ya los elogia.
Luego en seguida
Charla de historia,
Y de costumbres
Usos y modas
De las naciones
Que son ahora,
Y de otras varias
De que hay memoria,
De ciencias y artes
Tambien te toca:
Los adelantos
Del siglo nota,
Sus invenciones
Tan prodigiosas:
En fin de todo,
Fabio, razona,
Y en todo dice
Muy buenas cosas.

Mas de repente
Cierra la boca;
Quédase muda
Como una momia.
Si tú por dicha
Me la interrogas
A buen seguro
Que te responda.
¿Dónde se ha ido

Tanta parola?
Cómo esa ciencia
Se nos agota?
Diréte, Favio....
La tal persona,
Antes que deje
Sola su alcoba,
De esta gaceta,
De aquella otra,
De una Revista,
De tal cual hoja,
Raras y muchas
Noticias toma,
Con que se empapa
Muy bien la cholla:
Sale y con ellas
Un par de horas
Se luce, y fama
De sabio cobra.
Mas como luego
Las vierte todas,
Se queda, amigo,
Como la esponja,
Que el agua sólo
Que embebe arroja.

V.

SENTENCIA INAPELABLE.

No es para hacerse cruces ver que hay gente
Tan necia é impertinente,
Que cuando estar con más razon debieran
Callanditas y mano sobre mano,
Precisamento quieren
Espetarnos su voto soberano?
Qué! reservar alguna vez su juicio
No es de tenerlo indicio?

Por ver á un nuevo actor de mucho nombre,
Fué una vez al teatro
Y á su luneta ciento tres un hombre:
Y de la ciento y cuatro
Le preguntan:—«el cómico os parece,
Que esa fama que tiene la merece?»
Y prolongando el labio
(Que es señal inequivoca de sabio)
Respondió:—«Cre...cre...creo
Que me...me...que es mediano: yo...yo veo
Que arti...ti...cu...cu...cula de mo...modo
Que destro...troza verso y to...to...todo.»

Con lo cual supondria
Que más que hablar sobre el actor no habia.

FABULAS.

I.

EL VIEJO Y EL ALACRAN.

¿Te odian todos y desean tu ruina?
Es que á hacer mal tu natural se inclina.

Paseándose en la huerta muy temprano,
De su hijo acompañado un buen anciano,
Pilló al vuelo el muchacho una preciosa
Matizada y muy rara mariposa:
Y mirándolo el padre, así le dijo:
—«Dale la libertad, suéltala, hijo....»

Siguieron adelante,
Y al cabo de un instante
Un alacran vió el niño, que salia
De entre unas piedras que en la huerta habia.
—«Mátalo!» exclama el viejo prontamente.
—«Aguárdate un minuto!—vivamente
Le dice el alacran,—¿cómo es posible
Que contra mí fulmine tan terrible,
Despiadada sentencia,
Quien dió de su clemencia
Buena señal no ha mucho, disponiendo,
Segun de mi escondrijo estaba oyendo,
Volver la libertad, que es dar la vida,
A una mariposilla presumida?
Qué privilegio aquel insecto tiene,
Que me niegues á mí lo que él obtiene?»

El viejo con cordura
Le replicó:—Es criatura
La mariposa tierna, inofensiva,
Y por eso he querido yo que viva:
Tú, con frecuencia el aguijon empleas
Aun cuando atacado no te veas:
Eres un animal dañino y fiero,
Y hacer con que perezcas un bien quiero.»

Y murió de contado;
Que al juez no ablanda el ruego del malvado.

II.

LA PALMA Y EL CURUJEY.

Un *Curujey* que por estar subido
Sobre las ramas de un *Jagüey* crecido,
Cara á cara podia
Conversar con la Palma, la decia:
—«Si acaso se figura
Que esa esbeltez me asombra y esa altura
Del que se muestra al parecer ufana,
Le advierto que es muy vana
Idea semejante,
Pues miro tan distante
Del bajo lodazal mi flor graciosa
Como contempla usted su *penca* hermosa.
Sí; tan alto me veo
Que nada tengo que envidiarla creo.»

—Si mas sube el *Jagüey*, mas alto subes,
Y así podrás llegar hasta las nubes,
(La Palma le replica)
¿Pero dejas de ser planta bien chica,
Parásita menguada,
Conmigo comparada?
¿No te permite ver tu orgullo insano,
Que aunque estás elevado eres enano,
Curujey despreciable?
A la tierra desciende, si te es dable,
Juntos nos mediremos,
Y sólo así veremos
Si tu flor y mi *penca* por ventura
Están á igual altura.»

Bien la Palma se explica:
Que ocupe un alto puesto, no me indica
Que el hombre grande sea, porque puede
Y á menudo sucede,
Verse un tonto encumbrado.
Al varon eminente sólo es dado
Do quiera descollar que alce la frente
Impávida y fulgente.

EPIGRAMAS.

I.

—Esos dobles, por quién son?
Preguntó un quidam en misa.
—Por el esposo de Luisa,
El bueno de Pantaleon.
Se lee una amonestacion
Cuando al doblar dieron punto.
Y vuelve el hombre:—«pregunto,
¿Quién el santo lazo anuda?»
Contestáronle:—«la viuda
Cuando entierren al difunto.»

II.

De Juan, que peluca usaba,
Dijo uno que lo ignoraba,
—«No tiene pelo de tonto.»
Por elogiarlo, y muy pronto
Respondióle otro:—«es muy cierto,
Pero lo tiene de muerto.»

III.

A UNO QUE TENIA MUY MALA LETRA.

Mientras escribís, Benito,
Lo que escribís, Dios y vos
Lo comprenden, mas ya escrito
Compréndelo sólo Dios.

IV.

Casarse un mozo queria,
Pues se abrasaba de amor:
Y su padre con rigor
Al enlace se oponia.
Por ver si le conmovia
Dijo el muchacho:—«no cedo,
Pues si casarme no puedo,
Me *suicido*.»—«Anda, bribon!
Saltó el padre; si esa accion
Cometes, te *desheredo*.»

V.

Doblaban, y un malandrin
Dijo á un pobre:—«esa campana,
No os advierte que mañana
Podrá llegar vuestro fin?»
—«Nó! contestó el preguntado,
Pero en cambio me recuerda
De la campana la cuerda.
El que os está reservado....

VI.

SOBRE LOS MALOS VERSOS QUE SE LEEN EN LOS CEMENTERIOS.

A enterrar se procedia
Un muerto, y cabe la losa,
Leyó un poeta una cosa
Que dijo ser elegía.
El difunto que le oia
Muy sério y muy estirado,
Dijo así que hubo acabado:
—«Malos versos áun aquí?
Pues qué, no basta, ¡ay de mí!
Morirse y ser enterrado!....

VII.

Con una lista contando
De quinientos suscritores,
Hizo imprimir sus «Primores
De la Primavera», Armando.
Y como nadie queria
Tomarlos, dijo:—«hay mayor
Desdicha?»—Y el impresor
Le contestó:—«Sí: la mia!

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

Tiene América la gloria de haber dado al mundo las poetisas más excelsas de nuestros tiempos, las dignas émulas de Corina y Safo: Sor Juana Inés de la Cruz y Gertrudis Gomez de Avellaneda.

Nacida la primera en un siglo (1) de verdadero decaimiento literario, pudo con sus extraordinarias facultades ser el orgullo y el más precioso adorno de la fastuosa córte de los vireyes de Méjico y extender su fama por dos mundos, brillando tanto por sus versos como por su erudicion pasmosa en letras divinas y humanas: la segunda, pareció destinada por la Providencia á reverdecer los lauros que el Nuevo Mundo habia conquistado con aquel extraordinario genio, haciendo inmortal con sus obras la Isla más hermosa del Continente Americano, que no pocos designan por antonomasia con su ilustre nombre.

De intento hemos dejado para cerrar esta primera parte de nuestro libro, destinado á enaltecer el genio cubano, y á desvanecer ridículas si acaso nó mal intencionadas apreciaciones acerca de la aptitud poética de los nacidos en esta Isla, los versos inmortales de Dª Gertrudis Gomez de Avellaneda. Juzgábamos prudente, que nuestra primera época literaria, abierta al finalizar el siglo XVIII por Zequeira, la presidiese, la poetisa sin par *á quien nadie sin hacerle agravio, puede negar la primacia sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana así en este como en los pasados siglos*, segun dijo tan autorizadamente el insigne poeta D. Juan Nicasio Gallego, en el prólogo de la primera edicion de los versos de nuestra autora (2).

Nació la Sra. Dª Gertrudis Gomez de Avellaneda, en la antigua ciudad de Puerto Príncipe, el 23 de Marzo de 1814, y no en 1816 como aparece en casi todas las biografías, fundándose, sin duda, sus autores, en que ella así mismo lo habia consignado; es punto que ya está comprobado por el Sr. D. Enrique José de Varona quien publicó en Enero de 1878, en el primer número del tomo tercero de la *Revista de Cuba*, que fundó y dirige el Dr. D. José Antonio Cortina, la partida bautismal, que reproducimos (3).

---

(1) Nació el 12 de Noviembre del año 1651 en San Miguel de Nepanthla, lugar á doce leguas de la ciudad de Méjico y murió en el convento de San Gerónimo de la misma, el 17 de Abril de 1695.

(2) Poesías de la Srta. Dª Gertrudis Gomez de Avellaneda, Madrid, 1841.—Establecimiento tipográfico, calle del Sordo, núm. 11.—(Esta edicion la dedicó la autora á su madre Dª Francisca Arteaga de Escalada.) Prólogo, pág. XIII.

(3) «En la villa de Puerto Príncipe, á 1º *de Abril de* 1814. Yo Don Antonio Rodriguez, Teniente de Cura de esta parroquial de Ntra. Sra. de la Soledad, bauticé solemnemente, puse óleo y crisma y por nombre *María Gertrudis de los Dolores* á una niña que nació *á veinte y tres del pasado*

Desde muy niña, la pasion por el estudio dominó á la Sra. Gomez de Avellaneda, al extremo, segun uno de sus biógrafos, el Sr. D. Pedro José Guiteras, que «aun en la infancia, abandonaba á sus amiguitas y los juegos propios de su edad para encerrarse á leer los libros que podia haber á las manos;» el Sr. Calcagno, por su parte nos dice, «que á la edad de seis años huérfana de padre, compuso sus primeros cantos de dolor á la memoria del autor de sus dias; de siete, y cuando aun no sabia leer bien, dictaba versos á sus compañeras, versos que á través de su incorreccion y desaliño, revelaban el genio en embrion que en ella germinaba:» el mismo Sr. Calcagno, en la extensa y minuciosa biografía que figura en su diccionario biográfico cubano, agrega, «que es fama que á los ocho años compuso un cuento de hadas con el título *El Gigante de cien cabezas*, y que solo tenía nueve cuando se dió á conocer por primera vez al público. A los doce, se sabía de memoria y explicaba los mejores trozos de Quintana, Arriaza, Melendez y otros cuyos modelos incesantemente se ejercitaba en imitar, condenando luego á las llamas sus ensayos; así á los quince, habia compuesto, aparte de muchas odas y otras poesías líricas que inéditas hizo desaparecer, una comedia y un drama que corrieron la misma suerte (1).»

Estos rasgos de precocidad, bastante comunes en quienes nacen destinados á iluminar el mundo con los destellos de su inteligencia, ya en artes, ya en ciencia, por muy notables que fueran, nunca hubieran podido hacer que en ellos se adivinára á la que más tarde se habia de discernir el glorioso título de *Melpómene Castellana*, y adornar sus sienes en Madrid y en la Habana con el laurel de Corina, de Petrarca y del Tasso.

Con un fervoroso y constante amor á las bellas artes, siempre ascendente, vivió en Puerto Príncipe dada á sus libros y aspiraciones; pero dejemos que ella misma nos refiera esa época de su vida, por los años de 1830 á 1835:

«Mi gran placer y única aficion por aquella época era representar trajedias con otras muchachas de mi edad. Desde muy niña hacía versos y aun novelas que tenian por protagonistas gigantes y vampiros, pero mi pasion era el teatro. En vano mi madre empleaba hasta el rigor para hacerme aprender el dibujo y la música á que ella era muy aficionada; en vano se me daban maestros de geografía, de historia, etc.; yo era excesivamente perezosa y desaplicada: de todo me cansaba; solo me dedicaba con gusto á aprender el frances, para declamar enfáticamente escenas de Racine y de Corneille. Una circunstancia hubo que llevó hasta el delirio mi entusiasmo por el teatro. Tratábase en Puerto Príncipe de establecer un colegio gratuito para enseñanza de los huérfanos pobres y se acordó comenzar á reunir los fondos necesarios á tan piadoso objeto por medio de comedias y operetas representadas por jóvenes de las primeras familias, en el teatro público, dando á sus localidades valores excesivos. Realizóse este pensamiento extraño, y yo fuí escogida para primera actriz cuando se trató de la ejecucion de una trajedia, que fué el *Abufar* de Ducis, traducida por Heredia. Llena de gozo y entusiasmo comencé á estudiar mi difícil papel, y el éxito extraordinario que alcancé en su desempeño, los elogios que toda la prensa cubana me prodigó con aquel motivo, los versos que se hicieron en mi alabanza y la fama de *artista trágica* que cobré en mi país, por poco me trastornan el juicio. No recuerdo haber experimentado igual placer en todo el curso de mi vida, ni haber sentido tan fuerte fé en mi talento y el porvenir de gloria que él me prometia. Desde entonces mi amor al teatro se hizo una pasion absoluta. Mi familia llegó á concebir temores, y mi madre me prohibió terminantemente volver á tomar en mis manos ninguna obra dramática. ¿Pero de qué servia aquella privacion? No teniendo trajedias que leer yo comencé á crearlas. Improvisaba con mis amigas tremendas escenas de pasion, de

---

hija legítima del Sr. Subdelegado de Marina Don Manuel Gomez de Avellaneda y Doña María Francisca Arteaga.—Abuelos paternos Don Manuel Gomez de Avellaneda y Doña María Gil de Taboada: maternos Don Luis de Arteaga y Doña Rufina Betancourt. Padrinos, la dicha Doña Rufina, á quien advertí el parentesco espiritual; y lo firmó.—Antonio Rodriguez.»

(1) Diccionario Biográfico Cubano, por Francisco Calcagno. Comprende hasta 1878.—New-York, imprenta y librería de N. Ponce de Leon, 40 y 42, Broadway, 1878, pág. 83-86.

muerte, y más de una vez me posesionaba de tal modo, que despues de uno de aquellos exabruptos poéticos caia en cama con calentura (1).»

Véase pues de que modo se desarrollába el talento de la jóven camagüeyana que años más tarde tan esclarecido habia de hacer su nombre; y es lo más maravilloso que sin duda se presenta al juicio del hombre observador, al analizar la formacion de genio tan extraordinario, en mujer de nuestra raza, ver la rapidez con que dirigió su vuelo á las mas altas regiones de la poesía llenando con sus obras de admiracion al mundo.

¿Dónde, cómo y cuándo estudió para poseer en el grado que demostró en sus obras dramáticas, el difícil conocimiento de la escena en que tan contados son los que sobresalen, y el no ménos árduo, que no puede hallarse completo sin la dolorosa experiencia de los años y sérias meditaciones filosóficas, del carácter con que presenta sus héroes en las trajedias, donde todas las luchas del corazon y todas las pasiones resaltan con la virilidad de los grandes trágicos de la antigüedad? ¿Dónde pudo hallar en sus juveniles años, el secreto revelado en sus versos de la mágia del ritmo en todos sus tonos más variados, y el tacto que tanto nos sorprende desde los versos que contiene su primera Coleccion publicada en 1841, con que maneja la lengua castellana sin que se advierta en sus cantos un giro impropio ni una frase que no empleáran nuestros más esclarecidos ingenios?

La actividad prodigiosa de la jóven actriz dramática de Puerto Príncipe, el númen de la niña autora de cuentos de hadas y de vampiros, es uno de los signos que más nos hace reflexionar al estudiar el desarrollo del talento en Cuba.

Casada su madre en segundas nupcias con el coronel D. Gaspar de Escalada, vió pronto realizada la Avellaneda una de sus aspiraciones más vehementes: conocer á España. «Los primeros dias de mi existencia, dice en su citados apuntes biográficos, se habian desarrollado por decirlo así, al fuego del amor patrio que animaba á mi padre, y mi tierna imaginacion guardaba con todo su calor las bellas descripciones de la Andalucía, con que arrullaba mis sueños infantiles. Mi padre, suspirando sin cesar por volver á su amado suelo, habia muerto rogando á mi madre que no dejase á sus hijos en aquella Isla, y aquel voto del corazon paterno, y aquel entusiasmo por el país de sus ascendientes habia llegado á mi alma casi al mismo tiempo que las primeras luces del pensamiento».

En Abril de 1836, salió de Santiago de Cuba para Francia la futura cantora de la Cruz, de Heredia y de Quintana, improvisando la noche de ese dia el soneto que dedicó á Cuba y que tituló *Al partir*, soneto del cual D. Juan Nicasio Gallego ha dicho, *que puede competir con los mejores de nuestro Parnaso.*

Despues de permanecer, la entónces Srta. Avellaneda algun tiempo en Francia, donde escribió algunas páginas, que se han perdido, sobre Montesquieu, y donde comenzó su novela *Sab*, pasó á la Coruña donde permaneció un año en el cual escribió diferentes poesías, trasladándose despues con su hermano á Portugal y luego á Sevilla, residiendo á veces en la villa de Constantina, donde habia nacido su padre á *cuya memoria consagro siempre una veneracion casi fanática*, son sus frases.

En 1840, pasó á Madrid, donde ya empezaba á ser conocida, pues algunos de sus versos se habian publicado, aunque con pseudómino, en periódicos de la Córte. En *La Aureola*, que fundó en Cádiz el más tarde reputado crítico D. Manuel Cañete, se publicaron en 1839, las poesías *A mi jilguero* y *La Fuente* traduccion del dulce Millevoix, suscritas por *La Peregrina.*

En Madrid, en 1841, dió á la estampa sus primeros versos con prólogo del ilustre D. Juan Nicasio Gallego, y desde entónces la fama de su autora quedó asegurada.

De las producciones que contiene la coleccion decia D. Alberto Lista en carta dirigida á la autora fechada en Cádiz á 20 de Marzo de 1842: «En cuanto á los versos, sólo diré á usted que aunque no sean muchos en número, bastan y sobran, en mi concepto,

(1) Apuntes Biográficos de la Sra. Dª Gertrudis Gomez de Avellaneda, escritos por ella misma. Se publicaron en *La Ilustracion* de Madrid, y se reprodujeron en *El Liceo de la Habana*, periódico oficial del Instituto de su nombre. Tomo III, 1859, pág. 186-189.

para conquistarle á usted el título de *sobresaliente poeta*. Hay en ellos genio y respeto el idioma; cosas que no sé por qué, han creido incompatibles muchos escritores de la época».

Don Nicomedes Pastor Diaz, en *El Conservador*, periódico de Madrid, en 23 de Enero de 1842, publicó un extenso juicio crítico del libro de la Avellaneda. «No vacilaríamos en asegurar—decia el sabio literato—que la preciosa coleccion á que nos referimos, puede sostener ventajosamente el parangon con las colecciones de mayor mérito que han dado á luz en este último período los poetas masculinos. Ninguno de ellos le excede en imaginacion, en talento, en genio. Ninguno, en la grandeza, elevacion, y originalidad de los pensamientos; ninguno en la robustez y valentía de la expresion; ninguno, en la facilidad, pureza y armonía del lenguaje, en la riqueza del colorido, en la brillantez y propiedad de las imágenes; ninguno, en la belleza y variedad de la forma; ninguno, en la expontaneidad de la inspiracion; muy pocos y contados, en la filosofía y profundidad de sus conceptos, en la extension y trascendencia de sus ideas».

Mereciendo tales favorables juicios, entraba en la Córte la futura autora de *Munio Alfonso* y *Baltasar*.

Antes de su viaje á la Córte, habia puesto en escena en Sevilla alcanzando buen éxito, su drama *Leoncia*.

Con recomendacion del bondadoso Lista, obtuvo la Avellaneda el conocimiento y amistad de D. Juan Nicasio Gallego, y éste presentó, á su vez, la poetisa, á los Sres. Duque de Frías, D. Manuel José Quintana, D. Ventura de la Vega, Duque de Rivas y otros personajes de la Córte.

El Liceo de Madrid, la distinguió con el nombramiento de socia de su seccion de literatura, figurando ya en la misma forma en los de Sevilla, Granada y Málaga.

La acogida que halló en la Córte, los elogios de Quintana, el Duque de Frías, Gallego y Pastor Diaz, hicieron, segun la distinguida camagüeyana confiesa, que el amor á la poesía tomára entonces en ella mayor intensidad, dedicándose con ardor al estudio que hasta entonces habia abandonado.

Despues de la coleccion de sus versos que hemos mencionado, publicó la novelita *Sab, asunto Cubano en que se ven entrelazados con sumo gusto algunos episodios de nuestra naturaleza y costumbres*, como acertadamente ha dicho el Sr. Guiteras, y cuya obra dedicó á D. Alberto Lista, que la consideró *un ensayo feliz que promete á España un buen novelista* .(1)

Por la misma época, tambien escribió la novela titulada *Dos Mujeres*, á la que siguió *El Espatolino* y la *Baronesa de Youx*.

No pocas poesías líricas aumentaron su coleccion en la fecha á que nos vamos refiriendo; pero el gran éxito que obtuvo la representacion de su *Alfonso Munio* ó *Munio Alfonso*, como despues lo tituló su autora, fué el que la levantó á una altura que ha cimentado su fama y hecho su nombre inmortal en la rica historia de la literatura española. En Abril de 1844 se puso en escena la obra indicada, de la cual ha dicho uno de los biógrafos de la Sra. Avellaneda, que su representacion no fué solamente la glorificacion de su autora, sino un triunfo mayor para el arte. «Aquella noche de entusiasmo y de ovacion,—agrega,—en que llovieron guirnaldas á sus piés, y hubo serenatas á sus puertas, no fué un acontecimiento particular de su vida: fué un gran suceso para el teatro. Aquellas coronas caian sobre la frente de la Melpómene Castellana.»

D. Antonio Flores, en un artículo publicado en *El Laberinto*, periódico literario de Madrid, el 13 de Junio de 1844, encuentra en la obra antedicha, arrogancia en

---

(1) Carta á la Avellaneda, fechada el 20 de Marzo de 1842. En la Revista Literaria Quincenal *La Familia*, Habana 1878-1879. Directores Antonio Lopez Prieto y Tomás Delorme, se publicaron algunas interesantes cartas dirigida á la Sra. Avellaneda, las cuales habia coleccionado el laborioso jóven D. Domingo Figarola y Caneda.

los pensamientos, belleza en las imágenes, fuerza en la diccion, versificacion brillante, galanura en el estilo.

Un crítico francés, Mr. Durieu, escribió un esmerado estudio de *Alfonso Munio.*

A fines del propio año de 1844, se puso tambien en escena el drama trágico *El Príncipe de Viana*, que dedicó despues á Fernan Caballero, y que obtuvo asimismo buen éxito y fué elogiado por el Duque de Rivas, Gallego, Quintana, Espronceda, Zorrilla, Garcia Tassara, Marqués de Molins, Pastor Diaz, Breton de los Herreros y Hartzenbusch.

En 1845 el Liceo de Madrid abrió un certámen poético, en el que se proponia un premio y un accésit á las dos odas mejores que se escribieran para celebrar la clemencia de la Reina Dª Isabel II, que habia indultado de la pena de muerte á varios sentenciados por causas políticas, y á él concurrió la Sra. Avellaneda, con dos composiciones. (1) Llegado el momento del certámen y abiertos los pliegos resultó que el accésit correspondia á una que firmaba la Srita. Avellaneda, y el primer premio á otra suscrita por D. Felipe Escalada, desconocido en los círculos literarios. Pronto se descubrió que el autor de la poesía no era otro que la misma Srita. Avellaneda, que la habia puesto en nombre de un hermano suyo de parte de madre. Inmenso fué el entusiasmo que el caso produjo, y además de los premios señalados, fué obsequiada la autora con una corona de laurel de oro, que colocó sobre sus sienes, por ausencia de S. M, la Reina, S. A, el Infante Don Francisco.

En el año citado, dirigió un periódico de literatura, publicó en *El Heraldo* la novela *Guatimozin* y dió al teatro el drama *Egilona.*

En 1846, contrajo matrimonio con el Excmo. Sr. D. Pedro Sabater, diputado á Córtes y Jefe político de Madrid, que pronto la dejó viuda,—en el mismo año de su casamiento.—Esta desgracia acaecida en Paris influyó mucho en el ánimo de la varonil poetisa, cuyo dolor buscó consuelo en el convento de Loreto de Burdeos. De vuelta á Madrid, vivió retraida todo el año de 1847, en el cual compuso su precioso *Devocionario poético*, el mejor que existe en castellano.

En 1849, se puso en escena en el *Teatro Español* su drama bíblico *Saul* que se habia leido en 1846 en el Liceo de Madrid, y que elogió D. Manuel Breton de los Herreros.

En 1850, 27 de Octubre, se representó en el Teatro del Príncipe su drama en tres actos y variedad de metros, *Recaredo.*

Dicho año, publicó su segunda coleccion de poesías líricas, que dedicó á S. M. la Reina Dª Isabel II, cuya dedicatoria aceptó la Soberana (2).

En Abril de 1858, se representó en el Teatro de Novedades con éxito asombroso su drama oriental *Baltasar*, en cuatro actos y en verso, que durante largo tiempo fué objeto de sérios trabajos críticos de los más reputados literatos nacionales y extranjeros.

D. Juan Valera, (Abril de 1858) en el *Diario Español*, juzgó á *Baltasar* una de las más excelentes producciones de que puede gloriarse la moderna literatura dramática. «Halla en la accion del drama, «la debida unidad dificilísima de hallar en este asunto: sonoros y elegantes versos, estilo enérgico y conciso y castizo lenguaje.»

El ilustre D. Severo Catalina, decia en *El Estado*, (10 de Abril de 1858), que brillaba en *Baltasar* «profundo conocimiento de la materia sobre que versa, recto y exquisito criterio en la apreciacion de los sucesos y de las personas, elevacion, pureza y ortodoxia de sentimientos, grande habilidad dramática y profusion de conceptos sublimes y galas de lenguaje.» Llama á su autora *insigne escritora, gran poeta cuyo corazon y cuya inteligencia se ocultan bajo la forma de una mujer.*

D. Cárlos Navarro y Rodrigo, en *La Epoca* (12 de Abril de 1858) apreció y

---

(1) Oda en loor de la magnánima piedad de S. M. la Reina Dª Isabel II.—*La Clemencia.*

(2) Poesías de la Excma. Sra. Dª Gertrudis Gomez de Avellaneda de Sabater. Madrid. Imprenta de Delgrás hermanos, Pretil de los Consejos. 1850.

dijo de la indicada obra, que era «una creacion soberbia, un verdadero acontecimiento literario.»

El insigne poeta y literato, gloria de las letras pátrias, Excmo. Sr. D. Pedro Antonio de Alarcon, en un magnífico trabajo crítico publicado en *La Discusion* (11 de Abril de 1858), admira en *Baltasar* «la valiente inspiracion, grandioso ritmo en la palabra y severidad en el pensamiento.» Hablando de las trajedias de la Avellaneda, halla en ellas «la cadencia tranquila, la grandiosidad, el corte majestuoso de la verdadera trajedia. Pocos, muy pocos de nuestros dias—dice—han alcanzado al valiente ritmo del poema escénico.» En el mismo escrito, refiriéndose á la idea de la Avellaneda de abandonar el teatro, consignada en la dedicatoria que de la obra á que nos referimos hizo al entonces Príncipe de Asturias, hoy S. M. D. Alfonso XII, decia el Sr. Alarcon: «No abandone la escena la musa de Occidente. La creadora de *Alfonso Munio*, de *Saul* y de *Baltasar*, hoy en la plenitud de su inteligencia, y más que nunca penetrada, cual debe de estar, del grande, del *exclusivo* puesto que tiene en nuestro Parnaso como poeta heróico, como autor trágico, como cantora épica, está obligada á escribir para su gloria, para nuestro orgullo, para el pueblo que se honra con su talento, y si no para la *posteridad*, que no puede ser una palabra hueca para quien la ha colocado, por boca de Daniel y de la madre de Baltasar, sobre todas las miserias de esta vida.»

Algunos han dicho que *Baltasar* se parece al *Sardanápalo* de Byron; hace mucho tiempo que críticos tan profundos, como lo son los Sres. Varela, Alarcon, Navarro y Rodrigo y otros, han demostrado que tal juicio no es exacto.

Un literato mejicano, de los más distinguidos, el Sr. D. Ignacio M. Altamirano, juzga que el *Baltasar* tiene mucha semejanza con la obra que hemos citado de Byron. Hemos dicho ya que escritores eminentes no lo juzgan así, y es punto en que nosotros los seguimos. En este como en otros que el trabajo contiene, no estamos conformes con las opiniones del Sr. Altamirano (1), no obstante las reminiscencias que de la obra de Byron ha hallado en la de la poetisa cubana.

El *Baltasar* se representó treinta noches en el *Teatro de Novedades* en Madrid, y traducido, tambien se puso en escena en Portugal y en Italia, *antes de concluirse las primeras representaciones en Madrid*, segun el Sr. Calcagno.

El año de 1853, se unió la Sra. Avellaneda en segundas nupcias con D. Domingo Verdugo y Massieu, entonces capitan de artillería, y despues coronel y Diputado á Córtes. Con su esposo volvió la poetisa en Noviembre de 1859 á la tierra natal tras veinte y tres años de ausencia.

Cuba recibió con afecto á su ilustre hija, y el 27 de Enero de 1860, fué coronada en el Gran Teatro de Tacon de la Habana. Esta solemnidad sin precedente en América, ha sido consignada para la posteridad en un precioso libro, que ostenta un magnífico retrato de la Sra. Avellaneda debido al malogrado artista D. Francisco Cisneros, cuyo libro, propiedad del Liceo de la Habana, contiene: un discurso del Señor D. José Ramon Betancourt, Director del Instituto, y su entusiasta y generoso protector; un soneto que en el acto de la coronacion improvisó otra poetisa tambien gloria de Cuba, la Sra. Dª Luisa Perez de Zambrana; las poesías aprobadas por el Jurado, compuesto de los Sres. D. Felipe Poey, Presidente de la Seccion de Literatura, D. Domingo de Leon y Mora, Catedrático de la misma, y D. Juan Martinez Villergas, socio facultativo y diputado de la propia seccion, para ser leidas en el acto ya dicho, y cuyos autores eran los Sres. D. Estéban de Jesus Borrero, la hija del Yumurí (Dª Regla Cepero), D. Juan de Ariza, D. José Bertran y Ferrari y Don Antonio Enrique de Zafra. Tambien encierra el indicado libro, la poesía que leyó la Sra. Avellaneda despues de ser coronada, el bello himno cantado en aquel acto, letra de D. José Ramon Betancourt y música de D. M. García, y la descripcion de la fiesta galanamente escrita por el Sr. D. Francisco J. Balmaseda (2).

(1) Revista de Cuba. Periódico mensual de ciencias, derecho, literatura y bellas artes. Director, Dr. D. José Antonio Cortina. Año cuarto. Tomo séptimo, 30 de Abril de 1880, núm. 4. Ensayo crítico sobre Baltasar, por D. Ignacio M. Altamirano, pág. 365-380.

(2) Coronacion de la Sra. Dª Gertrudis Gomez de Avellaneda, acordada por el Liceo de la

Es interesante la lectura de los periódicos de la Isla de aquella fecha, por los detalles del acto y muestras del entusiasmo que todos sentian hácia la egregia poetisa, entusiasmo que hacia exclamar á D. Ricardo Del Monte: «aun hay amor á lo bello, puesto que presenciamos triunfos tan gloriosos como los que Roma concedia al poder de las armas en su Capitolio, y se entretejen en nuestros dias coronas para el ingenio, más expléndidas que las que Grecia consagraba en Olimpia (1).»

En esta ciudad, fundó en 1860 el periódico literario, quincenal, *Album Cubano de lo bueno y lo bello*, del cual solo se publicaron doce números.

La carrera militar de su marido le hizo recorrer algunas poblaciones de la Isla: primero estuvo en Cienfuegos, villa de que su esposo fué Gobernador y donde se dió su nombre al teatro que entonces se edificára; despues pasó á Cárdenas, y allí asistió á la inauguracion de la hermosa estátua de bronce que representa á Colon, escribiendo un himno que puso en música D. Juan Brocchi y fué cantado por trece jóvenes (2). De Cárdenas, un nuevo cambio en el empleo de su marido la llevó á Pinar del Rio en Setiembre de 1863, donde murió aquel, sumiendo de nuevo esta desgracia en amarguras á la inspirada cantora.

Volvio á la Habana, donde permaneció algunos meses inconsolable.

En 30 de Enero de 1864, segun nos dice la Srita. Dª Domitila García, hoy Sra. de Coronado, (3) donó á la vírgen que bajo la advocacion del Corazon de María se venera en la iglesia de Belen en esta ciudad, la corona de laurel de oro con que el Liceo la coronára cuatro años ántes.

En Mayo del indicado año de 1864, salió de esta ciudad para los Estados Unidos, donde visitó el Niágara, que como á Heredia tambien le inspiró sentidos versos. De Nueva York se embarcó para Francia, permaneciendo allí poco tiempo, dirigiéndose á España y estableciendo su residencia en Sevilla, hasta el año de 1873. De sus últimos años se ha ocupado el Sr. D. Pedro José Guiteras, en el interesante trabajo que ántes hemos tenido el honor de citar, en los siguientes términos: «Contra las dolencias incurables del espíritu, su sensibilidad buscó consuelos en las fuentes de la religion, siempre abierta para derramar su bálsamo en el corazon del desgraciado; pero parece que nuestra poetisa, en medio de su dolor, no tenía una concepcion clara de las miserias inherentes á la especie humana y que habituada á idealizar las sensaciones del alma, confundia las leyes de la sabiduría inmutable con las desgracias á que está sujeta nuestra frágil naturaleza; sus ideas vagaban entre el sepulcro y la eternidad, y encerrada en la soledad y la meditacion de los arcanos insondables, á que es tan propensa la mente en las grandes aflicciones, empezó á debilitarse su entendimiento y á padecer de enagenaciones mentales que á veces rayaban en frenesí.»

Tristes, muy tristes fueron los últimos dias de la ilustre autora de *Baltasar*.

Muchas y grandes decepciones hemos experimentado en la vida; pero confesamos que ninguna tan dolorosa como la que sentimos al leer el artículo que D. Teodoro Guerrero escribió el 5 de Febrero de 1873, y publicó en *La Ilustracion Española y Americana*, de Madrid, año XVII, número VIII, correspondiente al 24 del mes citado. En él, se daba al mundo la noticia de haber muerto en Madrid, en la calle de Ferraz nº 2, el dia 1º de Febrero, *Doña Gertrúdis Gomez de Avellaneda*. Tan infausto suceso, cualquiera juzgará que conmoviera, cuando ménos, á los hombres de letras que tanto abundan en la córte. Desgraciadamente, no fué así, y el Sr. D. Teodoro Guerrero, ha tenido que escribir cuartillas impregnadas de amargura para decirnos: «Pero ¡ay! á la puerta de la casa nº 2 de la calle de Ferraz, donde *Tula* habia envia-

---

Habana, que tuvo efecto en la noche del 27 de Enero de 1860. Habana. Imprenta Militar, Muralla, 82. 1860.

(1) Liceo de la Habana. Tomo IV, núm. 6, 10 de Febrero de 1860. La Coronacion, pág. 44-46.

(2) Descripcion de las grandes fiestas celebradas en Cárdenas con motivo de la inauguracion de la estátua de Cristobal Colon y del hospital de Caridad, por el Sr. D. Ramon Zambrana. Habana. 1863, pág. 14-16.

(3) Album Poético Fotográfico de las Escritoras Cubanas, por la Srita. Dª Domitila García. Dedicado á la Sra. Dª G. G. de A.

Habana.—Imp. Militar de la viuda é hijos de Soler, calle de Bicla nº 40.—1868.—Pág. 19.

do al cielo su alma, apénas nos encontrábamos una docena de personas; busqué asombrado á los hombres de letras, á los académicos, á los políticos, á los representantes de la prensa, á los actores: todos debian algo á la musa á quien la Parca fiera acababa de romper las cuerdas de su privilegiada lira, y entre aquel grupo de hombres, consecuentes á la amistad y á las consideraciones del génio, sólo encontré á *Joaquin Cervino*, á *Juan Valera*, á *Cárlos Frontaura*, á *Luis Vidart* y á *José Ramon Betancourt*. Este último, director que fué del Liceo de la Habana, concienzudo escritor del Camagüey, paisano de *Tula*, colocó sobre el féretro una modesta corona de laurel, en nombre de Cuba, que llorará en la esclarecida poetisa una de sus glorias..... ¡Y nada más.....!»

¿Dejará Cuba que resulte con los restos de la Avellaneda lo que con los del ilustre Heredia? Tiempo es ya que despertémos del indiferentismo que tanto daño nos ha causado, y que levantémos nuestro nombre y nuestro concepto como pueblo civilizado, honrando la memoria de nuestras celebridades. Que los restos que se encierran en el humilde nicho del Cementerio de la Sacramental de San Martin, en Madrid, vengan á Cuba, y demos á la ilustre cantora de Quintana y de Heredia algo más que lo único que hasta ahora tiene entre nosotros, una lápida en el frontispicio de la casa en que nació y vivió en Puerto Príncipe, con esta inscripcion:

AQUI
NACIO Y VIVIO
GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.
1814—1873

Las obras de la Sra. Dª Gertrudis Gomez de Avellaneda dedicadas *en pequeña demostracion de gran afecto á su Isla natal, á la hermosa Cuba*, forman una coleccion de cinco tomos, á saber: *Poesías líricas*, un tomo, Madrid, 1877. Obras dramáticas, tomo primero, *Munio Alfonso*, *El Príncipe de Viana*, *Recaredo*, *Saul*, *Baltasar*, *Catilina*. Tomo segundo: *La hija de las flores*, *La aventurera*, *Oráculos de Talia*, *La hija del Rey René*, *El Millonario y la Maleta*, *La verdad vence apariencia* y *Tres amores*. *Leyendas*, *novelas y artículos literarios*. Tomo primero: *El Artista Barquero*, *Espatolino* y *Dolores*. Tomo segundo: *La Velada del helecho*, *La Bella Toda*, *La montaña maldita*, *La Flor del Angel*, *La Ondina del lago Azul*, *La dama de Amboto*, *Una anécdota de la vida de Cortés*, *El aura Blanca*, *La Baronesa de Joux*, *El Cacique de Tumerqué*, *La Mujer*, Artículos.

LA CRUZ.

¡Canto la Cruz! ¡Que se despierte el mundo!
¡Pueblos y reyes, escuchadme atentos!
¡Que calle el universo á mis acentos
Con silencio profundo!
¡Y Tú, supremo Autor de la armonía,
Que prestas voz al mar, al viento, al ave,
Resonancia concede al arpa mia,
Y en conceptos de austera poesía
El poder de la Cruz deja que alabe!

Se asombra el orbe, se conmueve el cielo,
De ese nombre al lanzar eco infinito,
Que aterroriza al inmortal precito
En su mansion de duelo.
¡Canto la Cruz! El ángel, de rodillas,
Postra á tal voz la luminosa frente;
Tú, excelso querubin, tu ciencia humillas;
Y del amor las altas maravillas,
Absorto adora el serafin ardiente.

Alzad vuestro pendon brillante y puro,
¡Oh de la fé sublimes campeones!
Y que su luz dirija á las naciones
Al porvenir oscuro.

Sólo él, que á miles las victorias cuenta,
Disipar puede sombras y vestiglos...
Sólo él, que eterno la verdad sustenta,
Y—como en firme pedestal—se asienta
En la cerviz de diez y nueve siglos.

¡Alzad, alzad vuestro estandarte régio,
A cuyo aspecto hundiéronse al abismo
Los dioses del antiguo paganismo
Desde su olimpo egregio!
¡Alzadlo, cual lo alzó resplandeciente
—Coma emblema de triunfo—Constantino
Sobre el cesáreo lauro de su frente,
Las águilas de Roma armipotente
Párias rindiendo al lábaro divino!

Alzadlo cual le halló—noble, pujante,
Más fuerte que los pueblos y los reyes,—
Sobre escombros de razas y de leyes
El bárbaro triunfante.
Por sus bridones con desprecio hollado
Fué el esplendor romano envejecido;
Mas de esa Cruz ante el poder sagrado
Detúvose el torrente desbordado,
Y el ruego al vencedor dictó el vencido.

Alzadlo cual se alzó, piadoso y bello,
A ennoblecer bajo su blando yugo
El que al destino descargar le plugo
De América en el cuello.
Dió un paso el tiempo, y á su influjo vário,
—Que tan pronto derriba como encumbra,—
Ya no es de un mundo el otro tributario;
Mas inmutable al signo del Calvario
El sol del Inca y del Azteca alumbra.

¡Alzad la Cruz! Su apoyo necesita
La vacilante humanidad.—Do quiera
¿No la veis, á la par doliente y fiera,
Cuán convulsa se agita?
Lanzada entre problemas pavorosos,
Y á impulsos ¡ay! de un vértigo profundo,
¿Qué la valdrán esfuerzos dolorosos,
Si de esa Cruz los brazos poderosos
No hallan asiento en que descanse el mundo?

Alzad, alzad vuestro pendon divino,
Símbolo de salud, cifra de gloria,
Pues sólo y siempre explicará la historia
Del humano destino.
¡Alzadlo! que los siglos él presida,
Como la ígnea columna del desierto,
Que entre las sombras, de explendor vestida,
Para alcanzar la tierra prometida
Señalaba á Israel camino cierto.

¡Alzad la Cruz, con cuyo austero nombre
Su progreso marcó la era cristiana,
Mostrándole ella, en acta soberana,
La libertad del hombre!
Fué su conquista, y ella la afianza;
Diciendo al porvenir, como al pasado,
Que sólo en ella la igualdad se alcanza,
Pues son sus brazos la única balanza
Donde pesan al par cetro y cayado.

Allí tambien la omnipotente diestra
Pesó el valor del mundo... ¡oh maravilla,
Que si del hombre la razon humilla,
Su dignidad demuestra!
¡Sí! pesó al mundo la eternal justicia;
Pesólo por alzar el que lo abate,
Yugo cruel de la infernal malicia...
Y en aquel tanto amor cargó propicia,
Que la vida de un Dios fué su rescate.

Por eso en los ásperos brazos
Del leño sagrado, se ostentan
Las manos que al orbe sustentan
Las manos que rigen al sol.
Por eso en gemidos se ahoga
La voz que á la nada fecunda,
Velada por sombra profunda
La luz de la gloria de Dios.

Tú espiras, ¡Autor de la vida!
La muerte contigo se ensaña...
Mas rota quedó la guadaña
Al darte su golpe cruel!
Alzado en tu trono sangriento,
Su trono por siempre derrumbas...
¡Los muertos, rompiendo sus tumbas,
Recogen tu aliento postrer!

El rey de la tierra, probando
Fatal fruto del árbol de ciencia,
La muerte nos dió por herencia,
Y esclavos nos hizo del mal.
El Rey de los cielos, cual fruto
Del árbol de amor, nos convida;
La patria nos vuelve y la vida;
¡Por padre al Eterno nos dá!

¡Florece, Arbol santo, que el astro
De eterna verdad te ilumina,
Y el riego de gracia divina
Fomenta tu inmensa raíz!
¡Florece, tus ramas extiende...
La estirpe de Adan, fatigada,
Repose á tu sombra sagrada
Del uno al opuesto confin!

¡Te acaten pasando los siglos,
Y Tú los presidas inmoble,
Y toda rodilla se doble
Al pié de tu eterno vigor...!

Los cielos, la tierra, el abismo,
Se inclinen si suena tu nombre...
¡Tú ostentas á Dios hecho hombre!
¡Tú elevas el hombre hasta Dios!

VILLEMAIN.—La sainte majesté du sujet, la gravité de l'affliction chretienne élevent ici le talent du poete et lui donnent, dans l' expression et dans la melodie, un calme de douleur et de foi dont la simplicité presque intraduisible semble une voix mystique entendue dans un songe, mais qu'on ne peut retrouver. A quinze siécles de distance, la poésie de l' eveque de Ptolémais reparait sur les lévres d' une espagnole d' Amerique. Quelle propagande pour l' Evangile! Quelle rapidité dans l' infini du temps, et comme ce chant nouveau s' en est inspiré!

Essais sur le genie de Pindare et sur la poesie lyrique dans ses rapports avec l' elevation morale et religieuse des peubles, par M. Villemain membre de l' Institut, Paris, 1859.—Deuxiéme partie.—Chapitre XXIV, pág. 542.

A LA MUERTE

DEL CÉLEBRE POETA CUBANO DON JOSÉ MARIA DE HEREDIA.

Le poéte est semblable aux oiseaux de passage,
Qui ne batissent point leur nid sûr le rivage.
Lamartine.

Voz pavorosa en funeral lamento
Desde los mares de mi patria vuela
A las playas de Iberia; tristemente
En son confuso la dilata el viento;
El dulce canto en mi garganta hiela,
Y sombras de dolor viste á mi mente.
¡Ay! que esa voz doliente,
Con que su pena América denota
Y en estas playas lanza el Océano,
«Murió, pronuncia, el férvido patriota...»
«Murió, repite, el trovador cubano;»
Y un eco triste en lontananza gime,
«¡Murió el cantor del Niágara sublime!»

¿Y es verdad? ¿Y es verdad?... ¿La muerte impía
Apagar pudo con su soplo helado
El generoso corazon del vate,
Do tanto fuego de entusiasmo ardia?
¿No ya en amor se enciende, ni agitado
De la santa virtud al nombre late?...
Bien cual cede al embate
Del aquilon sañoso el roble erguido,
Así en la fuerza de su edad lozana
Fué por el fallo del destino herido...
Astro eclipsado en su primer mañana,
Sepúltanle las sombras de la muerte,
Y en luto Cuba su placer convierte.

¡Patria! ¡númen feliz! ¡nombre divino!
¡Idolo puro de las nobles almas!
¡Objeto dulce de su eterno anhelo!
Ya enmudeció tu cisne peregrino...
¿Quién cantará tus brisas y tus palmas,
Tu sol de fuego, tu brillante cielo?...
Ostenta, sí, tu duelo;
Que en tí rodó su venturosa cuna,
Por tí clamaba en el destierro impío,
Y hoy condena la pérfida fortuna
A suelo extraño su cadáver frio,
Do tus arroyos ¡ay! con su murmullo
No darán á su sueño blando arrullo.

¡Silencio! de sus hados la fiereza
No recordemos en la tumba helada
Que lo defiende de la injusta suerte.
Ya reclinó su lánguida cabeza
—De genio y desventuras abrumada—
En el inmóvil seno de la muerte.
¿Qué importa al polvo inerte,
Que torna á su elemento primitivo,
Ser en este lugar ó en otro hollado?
¿Yace con él el pensamiento altivo?...
Que el vulgo de los hombres, asombrado
Tiemble al alzar la eternidad su velo;
Mas la patria del genio está en el cielo.

Allí jamás las tempestades braman,
Ni roba al sol su luz la noche oscura,
Ni se conoce de la tierra el lloro.....
Allí el amor y la virtud proclaman

Espíritus vestidos de luz pura,
Que cantan el Hosanna en arpas de oro.
Allí el raudal sonoro
Sin cesar corre de aguas misteriosas,
Para apagar la sed que enciende al alma;
—Sed que en sus fuentes pobres, cenagosas,
Nunca este mundo satisface ó calma.—
Allí jamás la gloria se mancilla,
Y eterno el sol de la justicia brilla.

¿Y qué, al dejar la vida, deja el hombre?
El amor inconstante; la esperanza,
Engañosa vision que lo extravia;
Tal vez los vanos ecos de un renombre
Que con desvelos y dolor alcanza;
El mentido poder; la amistad fria;
Y el venidero dia
—Cual el que espira breve y pasajero—
Al abismo corriendo del olvido.....
Y el placer, cual relámpago ligero,
De tempestades y pavor seguido.....
Y mil proyectos que medita á solas,
Fundados ¡ay! sobre agitadas olas.

De verte ufano, en el umbral del mundo
El ángel de la hermosa Poesía
Te alzó en sus brazos y encendió tu mente,
Y ora lanzas, Heredia, el barro inmundo
Que tu sublime espíritu oprimia,
Y en alas vuelas de tu genio ardiente.
No más, no más lamente
Destino tal nuestra ternura ciega,
Ni la importuna queja al cielo suba.....
¡Murió!... A la tierra su despojo entrega,
Su espíritu al Señor, su gloria á Cuba;
¡Que el genio, como el sol, llega á su ocaso,
Dejando un rastro fúlgido su paso!

A LA POESIA.

¡Oh tú, del alto cielo
Precioso dón, al hombre concedido!
¡Tú, de mis penas íntimo consuelo,
De mis placeres manantial querido!
¡Alma del orbe, ardiente Poesía,
Dicta el acento de la lira mia!

Díctalo, sí; que enciende
Tu amor mi seno, y sin cesar ansío
La poderosa voz—que espacios hiende—
Para aclamar tu excelso poderío;
Y en la naturaleza augusta y bella
Buscar, seguir y señalar tu huella.

¡Mil veces desgraciado
Quien—al fulgor de tu hermosura ciego—
En su alma inerte y corazon helado
No abriga un rayo de tu dulce fuego;
Que es el mundo. sin tí, templo vacío,
Cielo sin claridad, cadáver frio!

Mas yo doquier te miro;
Doquier el alma, estremecida, siente
Tu influjo inspirador. El grave giro
De la pálida luna, el refulgente
Trono del sol, la tarde, la alborada...
Todo me habla de tí con voz callada.

En cuanto ama y admira
Te halla mi mente. Si huracan violento
Zumba, y levanta al mar, bramando de ira;
Si con rumor responde soñoliento
Plácido arroyo al aura que suspira...
Tú alargas para mí cada sonido.
Y me explicas su místico sentido.

Al férvido verano,
A la apacible y dulce primavera,
Al grave otoño y al invierno cano
Me embellece tu mano lisonjera;
Que alcanzan, si los pintan tus colores,
Calor el hielo, eternidad las flores!

¿Qué á tu dominio inmenso
No sujetó el Señor? En cuanto existe
Hallar tu ley y tus misterios pienso:
El universo tu ropaje viste,
Y en su conjunto armónico demuestra
Que tú guiaste la hacedora diestra.

¡Hablas! ¡Todo renace!
Tu crëadora voz los yermos puebla;
Espacios no hay que tu poder no enlace;
Y rasgando del tiempo la tiniebla,
De lo pasado al descubrir rüinas,
Con tu mágica luz las iluminas.

Por tu acento apremiados,
Levántanse del fondo del olvido,
Ante tu tribunal, siglos pasados;
Y el fallo que pronuncias —trasmitido
Por una y otra edad en rasgos de oro—
Eterniza su gloria ó su desdoro.

Tu genio independiente
Rompe las sombras del error grosero,
La verdad preconiza; de su frente
Vela con flores el rigor severo;
Dándole al pueblo, en bellas creaciones,
De saber y virtud santas lecciones.

Tu espíritu sublime
Ennoblece la lid; tu épica trompa
Brillo eternal en el laurel imprime;
Al triunfo presta inusitada pompa;
Y los ilustres hechos que proclama
Fatiga son del éco de la fama.

Mas si entre gayas flores
A la beldad consagras tus acentos;
Si retratas los tímidos amores;
Si enalteces sus rápidos contentos;
A despecho del tiempo, en tus anales
Beldad, placer y amor son inmortales.

Así en el mundo suenan
Del amante Petrarca los gemidos;
Los siglos con sus cantos se enajenan:
Y unos tras otros—de su amor movidos—
Van de Valclusa á demandar al aura
El dulce nombre de la dulce Laura,

¡Oh! No orgullosa aspiro
A conquistar el lauro refulgente
Que humilde acato y entusiasta admiro
De tan gran vate en la inspirada frente;
Ni ambicionan mis labios juveniles
El clarin sacro del cantor de Aquiles.

No tan ilustres huellas
Seguir es dado á mi insegura planta...
Mas—abrasada al fuego que destellas—
¡Oh genio bienhechor! á tu ara santa
Mi pobre ofrenda estremecida elevo,
Y una sonrisa á demandar me atrevo.

Cuando las frescas galas
De mi lozana juventud se lleve
El veloz tiempo en sus potentes alas,
Y huyan mis dichas, como el humo leve,
Serás aún mi sueño lisonjero,
Y veré hermoso tu favor primero.

Dame que pueda entónces,
¡Vírgen de paz, sublime Poesía!
No trasmitir en mármoles ni en bronces
Con rasgos tuyos la memoria mia;
Sólo arrullar, cantando, mis pesares,
A la sombra feliz de tus altares.

A UNA ACACIA.

¡Arbol que amé! te reconozco: en vano
El ábrego inclemente, el bóreas ronco,
Con empeño tirano
Contra tu pompa y majestad conspiran,
Y en torno hacinan de tu mustio tronco
Tus hojas, ¡ay! que murmurando giran.

Te reconozco, sí; que tu mudanza
No es mayor, no, que la mudanza mia.
Marchita, cual tus ramas, mi esperanza;
Perdida, cual tus hojas, mi alegría;
Más que te quiso en tu verdor florido,
—Cuando, cual tú, lozano se sentia—
Hora te quiere el corazon herido,
Contemplando tu duelo
Bajo ese opaco y macilento cielo.

¡Ay! que tambien sus bóvedas etéreas
A mudanza cruel condena el hado....
Hoy luce un sol nublado
Entre sombras aéreas,
Que dudoso color visten al dia;
Y en el blando sosiego de la noche,
—Bajo tu copa umbría—
En otro tiempo he visto placentera
Surcar la luna, en esmaltado coche,
El campo azul de la tranquila esfera.

Entre tus ramas trémulas, su rayo
Filtraba puro á iluminar mi frente;
Mientras que el aura del risueño Mayo,
En gratos sones de mi lira ardiente,
Rápida difundia

Un nombre dulce, de inefable encanto...
Que sorda murmuró la fuente fria,
Que el ave insomne repitió en su canto,
Y allá distante—en el herboso hueco
De la gruta sombría—
Volvió á mi oido melodioso el eco.

¡Liras del corazon! ¡Voces internas!
¡Divinos ecos del celeste coro
En que glorias sin fin, dichas eternas
E inagotable amor, en arpas de oro
Cantan los serafines abrasados,
En alfombras de soles reclinados!
¡Oh, cómo entonces en el alma mia
Resonar os sentí! Del pecho hirviente,
Cual rápido torrente,
Brotaba sin cesar la poesía...
Y un santo juramento
—Que el labio apénas pronunciar osaba—
En alas del amor al firmamento
Desde el fogoso corazon volaba,
Allá en el infinito
Su inmenso porvenir buscando escrito.

¿Y de esta suerte pudo
Mentir el alma y engañar el cielo?
¿Una efímera flor—lujo del suelo—
Es de la dicha el triste simulacro,
Y en un alma inmortal el fuego sacro
Del sentimiento vívido y profundo,
Existe y muere sin dejar señales,
Cual árbol infecundo
O como planta en yermos arenales?...

¿Dó llevaron los vientos
Tantos de amor dulcísimos acentos,
Tantos delirios de esperanza bella?
Aquelias dulces horas
Que fueron ¡ay! cual deliciosas, breves,
¿A dónde huyeron sin dejar ni huella?...
Al sacudir sus alas bramadoras
Entre tus hojas leves,
¡Arbol querido! el aquilon sañudo
—Que envuelto en nieblas por los aires zumba—
Cual tu tronco, desnudo
Dejó mi corazon, y mis amores
Con tus marchitas flores
Hundió á la par en ignorada tumba.

Igual hado nos cabe:
Por eso te amo y á buscarte vuelvo
Cuando te deja tu verdor suave;
Que pasajero fué, cual la esperanza
De mi ya mustio corazon. La suerte
De tu pompa fugaz tambien alcanza
A mis dichas mezquinas;
Y el astro sin calor, que alumbra inerte
Tus míseras rüinas,
La imágen és del pálido recuerdo
De aquel amor que para siempre pierdo.

Mas volverá, con Mayo,
La alegre primavera,
Y tu beldad primera
Tornará á darte el sol...
Sucederán las auras
A vientos bramadores,
Y á lívidos vapores
Las nubes de arrebol.

De la africana costa,
Do vaga peregrina,
Veloz la golondrina
Te volverá á buscar;
Que en tus pobladas ramas,
Bajo dosel florido,
Vendrá á labrar su nido,
Atravesando el mar.

Y en torno revolando
De tu frondosa copa,
Verás alegre tropa
De pajarillos mil...
Y con aromas puros,
—Que al florecer exhalas—
Perfumarás las alas
Del céfiro gentil.

¿Por qué llorar tu suerte?
¿Por què gemir tu duelo?
Que te marchite el hielo,
Te azote el aquilon...
Tus gérmenes de vida
No agotan sus rigores;
Cual tus perdidas flores
Las que recobras son.

De un verdor te desnudas,
Y otro verdor te cubre;
Lo que te quita Octubre,
Te restituye Abril.
Hoy eres á mis ojos
Vestigio abandonado,
Mañana honor del prado
Y orgullo del pensil.

¡Mas nunca reverdecen
Marchitas ilusiones!
¡No tienen estaciones
Los yermos del dolor!

¡A revivir ni un dia
Ningun poder alcanza
De efímera esperanza,
La deshojada flor!

¿Qué sol habrá que venza
Al desengaño esquivo,
Y su calor nativo
Á un alma yerta dé?...
El fuego que á natura
De vida ardiente inflama,
No enciende, no, la llama
De la extinguida fé!

¡Sufre los aquilones,
Oh árbol afortunado,
Que á restaurarte—tras su soplo helado—
El dulce aliente del Favonio esperas!
Cuando esa, que depones,
Pompa gentil te restituya Mayo,
Y tus flores primeras
Broten del sol al fecundante rayo,
La triste lira mia
No templaré para cantar tu gloria;
Ni una insana memoria
Vendré á abrigar bajo tu copa umbría...

Mas pueda entónces, pueda,
Rica de aromas, de verdor y flores,
(¡Esta esperanza á mi dolor le queda!)
Sombra prestar á mi sepulcro frio...
Y cuando torne el aquilon impío
A marchitar tus plácidos colores,
Las ramas melancólicas inclina
Sobre mi humilde losa;
Y en hora silenciosa,
—Cuando la noche lóbrega domina
Las lánguidas esferas,
Y esparce su narcótico beleño—
Que tus hojas postreras
Giren en torno, y á mi eterno sueño
Con lúgubre murmullo
Benignas den el postrimer arrullo!

A LA CORONACION

DEL ILUSTRE POETA EXCMO. SR. D. MANUEL JOSÉ QUINTANA (1).

ODA.

Allá en el centro de la hermosa Antilla,
Que oye bramar al golfo Mejicano,
—Perla que á la corona de Castilla
Aun rinde el mundo de Colon ufano;—
Allá donde es eterna
De los bosques la plácida verdura,
Y el cielo tropical su luz derrama;
En los albores de mi infancia tierna,
Por la alígera fama
Llegóme un canto de inmortal dulzura,
Y despertó mi mente
La insólita armonía
Que de tus hados el rigor gemia,
¡Vírgen del mundo, América inocente! (2)
Cual eléctrica chispa,
Súbito entonces de entusiasmo el fuego
Brotó en el alma estremecida, en tanto
Que del númen los ecos resonantes,
Con poderoso encanto
Evocaban allí triunfos brillantes
De la virtud y el genio.—Vi á *Padilla*,
Víctima ilustre de grandiosa empresa,
Su sangre sin mancilla
Vertiendo en aras de la patria opresa:
A *Guzman* sobrehumano,
Sordo al clamor de su paterno seno,
Lanzando al agareno
La cuchilla fatal con firme mano.....
Y allá, del mar entre revueltas olas,
—Cuyo bramido apaga
Del hueco bronce el retumbante trueno,—
Vi aparecer luctuoso
De *Trafalgar* el memorable dia,
Que—á despecho del hado riguroso—

(1) Esta composicion fué leida por su autora al acabar S. M. la Reina de ceñir el áureo laurel—tributado por un pueblo—al venerable anciano, decano de las letras y amigo muy querido de la señora de Avellaneda.

(2) Todos los versos en letra cursiva son del Sr. Quintana, en las composiciones á que alude la autora.

Dió nuevos timbres al valor hispano.
Tú eternizaste ¡oh noble poesía!
Los puros nombres que la Parca en vano
Borró del libro de la vida frágil;
Y ante mi absorta mente
Pasando aquellas sombras;
Que al eco de tu acento omnipotente
La helada noche del sepulcro hendian
Para aclamar las glorias españolas,
Más bellas y más grandes parecian
Ciñendo tus fulgentes aureolas.

Tal es el poderío
De tu magia feliz. ¿Qué se le niega
Al estro creador?—*La Italia ciega*
Da á Galileo un calabozo impío,
Mientras el globo sin cesar navega
Por el piélago inmenso del vacío;
Mas la verdad con nuevos resplandores
Brilla á tu voz, y alcanza tu elocuencia
Que nueva admiracion, nuevos loores,
Do quier conquiste la triunfante ciencia.

Así tambien con portentoso invento
Gutemberg se alza á dilatar la esfera
Del almo pensamiento,
Y la verdad—con rápida carrera—
En ecos mil por el inmenso mundo
Derrama su esplendor vivo y fecundo;
Mientras tu acento—que el espacio hiende,
Cantando la victoria
Que tu poder extiende—
Del padre de la prensa nueva gloria
Presta al ilustre nombre;
Por la Iberia asombrada,
Con majestad no usada
Difundiendo veloz—*¡Libre es el hombre!*

Mas ¿qué altas vibraciones
Rasgan los aires, demandando al orbe
Alabanza mayor, mayor trofeo?
¡Escuchad!.... ¡escuchad!.... Sus graves sones
Torna á exhalar la lira de Tirteo,
Y con voz poderosa
El bardo que la agita entre sus manos,
Haciendo en torno ensordecer la sierra,
Dilata por los campos castellanos
Los ecos de la gloria y de la guerra.
¡Los oye el español!—Del triunfal carro
En que á la Europa absorta recorria
La exicial tiranía,
Para el empuje su teson bizarro.....
Del nuevo César se desmiente el sino,
El sol de Jena y de Austerlitz se empaña;
Y con brillo mayor ostenta España
Su cetro de oro y su blason divino.

De aquel lauro esplendente ¡oh poesía!
Tú te adornas tambien: tú despertaste
Aquel esfuerzo incontrastable y bello,
Y de la sacra libertad cantaste
La nueva aurora á su primer destello.
¡Honor, gloria, ventura á los ministros
De tu culto inmortal! ¡Ellos conservan
Y avivan sin cesar el fuego santo
Del entusiasmo, engendrador de héroes!
¡Ellos en tonos de su augusto canto
—Que á cien generaciones electrizan—
A la par dando la leccion y el premio,
Las virtudes que enseñan eternizan!

Pero ¡oh mengua! ¡oh dolor!.... Alzarse veo
—Al traves de los siglos—
Al ciego ilustre que alumbró la noche
De los tiempos antiguos. Pudo Orfeo,
De su lira al sonido
Conmoviendo los dioses infernales,
Del Orco arrebatar su bien pérdido;
Y Homero con sus cantos inmortales
—Que el universo acata,—
El mendigado pan arranca apénas
De cien ciudades de su gloria llenas.....
¡Baldon eterno para Grecia ingrata!
¡Y tú, clásica Italia; tú, fecunda
E injusta madre de preclaros genios!
Tú de Grecia tambien el baldon partes;
Aunque el brillo te inunda
Que al culto debes de las nobles artes.
¿Por qué de Ovidio la ignorada tumba
Dejaste abrir al Sármata grosero,
Mientras su nombre con orgullo aclamas?
¿Por qué—mientras retumba
Del épico clarin el són guerrero,
Que eternizó de Godofredo al bardo,—
Aun muestras al viajero
El calabozo en que gimió cautivo,
Y en su temprana huesa el laurel tardo?

Y ¿qué me dices tú, sombra ceñuda,
Que con doble corona
—De vate y adalid—te elevas muda
Ante mi mente conturbada?.... ¡Oh Dante!
¡Oh héroe del pensamiento,
Cuyo mágico aliento
Daba vida á la muerte! Tu pujante,
Profundo genio,—que con alto impulso
Republicano espíritu agitaba,—
De la opresion en el pesar interno,

Y del largo ostracismo en los horrores,
Tomó tal vez los lúgubres colores
Con que atrevido retrató el infierno.

¡Siempre injusticia! ¡Siempre
Siendo la gloria de infortunio prenda,
Y el genio infausto guía
Que al altar del dolor lleva en ofrenda
Las coronadas víctimas!—¡Camoens!
¡Luis de Leon!.... ¡Cervantes!....—Tente, ¡musa!
Que ya la voz rehusa
Tus timbres proclamar: mi ánima, opresa
De congojosa ira,
El canto triunfador de escuchar cesa;
Y la armónica lira
—Que heróicos hechos ensalzó valiente—
Sólo me hace entender, en són doliente,
¡Todo á humillar la humanidad conspira!

¡Todo la humilla! ¡sí! Pero ¿qué anuncia
El vitor popular, que el aire atruena,
Y en ecos jubilosos
De Madrid por los ámbitos resuena?
¿Por qué del sol los rayos luminosos
Saludan todos en alegre grito,
Y en cada frente leo
El entusiasmo generoso escrito?
¡Miradlo!.... ¡El es!.... ¡El vate soberano
De Padilla y Guzman! ¡El gran patricio
Que—pronto siempre al noble sacrificio,
Y nunca siervo de poder tirano,—
De vil lisonja y de ambicion ajeno,
Dar supo al pueblo hispano,
—Que hoy le ciñe la frente encanecida
Con el laurel emblema de victoria,—
Modelo de virtudes en su vida,
Y en su canto inmortal perpétua gloria.

¡Miradle!.... ¡El es!.... Su nombre venerado
La muchedumbre ufana victorea,
Y en el recinto augusto del Senado,
—Santuario de las leyes,—
La esclarecida nieta de cien reyes
—A quien su córte expléndida rodea—
Con noble orgullo, que su faz pregona,
Al bardo nacional leda corona.

¡Oh ilustres campeones
Del pensamiento, que en pasados siglos
Bienes sembrasteis, recogiendo afrentas!
¡Romped la losa de la tumba fria!
Rompedla, y ved regenerado el suelo,
Y al genio de la excelsa poesía
En campo inmenso remontar su vuelo,
Hoy, que luce en el cielo
De alta justicia el suspirado dia!

SONETOS.

AL PARTIR.

¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo
La noche cubre con su opaco velo,
Como cubre el dolor mi triste frente.

¡Voy á partir!... La chusma diligente,
Para arrancarme del nativo suelo
Las velas iza, y pronta á su desvelo
La brisa acude de tu zona ardiente.

¡Adios, patria feliz, eden querido!
¡Doquier que el hado en su furor me impela,
Tu dulce nombre halagará mi oido!

¡Adios!... Ya cruje la turgente vela...
El ancla se alza... el buque, estremecido,
Las olas corta y silencioso vuela!

A WASHINGTON (1).

No en lo pasado á tu virtud modelo,
Ni copia al porvenir dará la historia,
Ni otra igual en grandeza á tu memoria
Difundirán los siglos en su vuelo.
Miró la Europa ensangrentar su suelo
Al genio de la guerra y la victoria...
Pero le cupo á América la gloria
De que al genio del bien le diera el cielo.
Que audaz conquistador goce en su ciencia,
Mientras al mundo en páramo convierte,
Y se envanezca cuando á siervos mande;
¡Mas los pueblos sabrán en su conciencia
Que el que los rige libres sólo es fuerte;
Que el que los hace grandes sólo es grande!

(1) Lo escribió la autora el año de 41; pero lo refundió—tal como está aquí—mucho tiempo despues, al visitar la tumba del héroe americano.

INDICE

DE AUTORES Y MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

INTRODUCCION.—La Poesía en Cuba V

PÁG.

Manuel de Zequeira y Arango 1
Batalla naval de Cortés en la Laguna 2
A Daoiz y Velarde 11
A la Piña 14
Anacreóntica 15
La Ilusion.—Soneto 16
El Valor.—Id 16

Manuel Justo de Rubalcava 17
La muerte de Judas.—Poema 19
Silva Cubana 21
A la noche.—Elegia 22
Egloga.—Fragmentos 25
Anacreónticas 27
Oda 27
A la vanidad de los héroes mundanos.—Sonetos. 28
A Nise bordando un ramillete 28

José María de Heredia 29
Niágara 33
En el Teocalli de Cholula 35
Al Sol 37
En una tempestad 39
Ultimos versos 40
Inmortalidad.—Soneto 40
A mi esposa.—Id 40

PÁG.

Ramon Velez y Herrera 41
A Franklin, inventor de los para-rayos.—Oda 42
El Pan de Matanzas 44
El Guajiro Poeta 46
La pelea de gallos 48
El combate de las piraguas 50
La flor de la Pitahaya 52

Francisco Iturrondo 54
Colon.—Poema 56
Rasgos descriptivos de la naturaleza cubana 63
Al Excmo. Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa 68

Domingo Del-Monte y Aponte 70
Romances cubanos.—El Montero de la Sabana. 75
El Desterrado del Hato.—Romance 2º 78
El Guajiro.—Romance 3º 79
La Patria.—Romance 4º 80
Traduccion de siete elegías de Vicenzo Monti 82
La Vuelta ó el desencanto 84
Epístola á Elicio Cundamarco, poeta americano 85
Su Voz 86
El Veguero 86

PÁG.

Anacleto Bermudez 88
La Rosa de la Playa 90
La Ausencia 91
A Mirtila en su dia 92
El canto del Pescador 92
El Paseo por la ribera 93
A la brisa 94
El hijo de Alquizar en Madrid 94
El pecado original.—Soneto 96
Remitiendo una sortija.—Id 96
Una mirada en la Beneficencia 96

El Marqués de Montelo 97
A la Grecia.—Oda 100
Antaño y Ogaño 102
Un amigo del otro mundo. Fuento fantástico 103
Un sueño 106
A Constantino y Jorge Mavromicales.—Oda 107
Fragmentos de una composicion titulada «Recuerdos y Dolores» 108
Mis deseos 109
A Washington.—Soneto 110
A mi amada.—Id 110

José Policarpo Valdés 111
Elegía á una rosa blanca 112
Sáficos á Mirta 113
A la misma 113
Oda escrita en un álbum de una señorita 114
Jacobo Dortis.—Soneto 115
A una boca.—Id 115

Felipe Poey 116
El Arroyo.—Idilio 119
Egloga.—A Silvia 121
Despedida de Guanabacoa.—Cancion popular 123

Gabriel de la Concepcion Valdés 124
A los dias de la Reina de España Doña Isabel II 131
La Siempreviva 132
A Dª María Cristina de Borbon en su dia.. 133
A la muerte de mi amigo C. de G 135
Cora 136
La flor del café 137
La flor de la caña 138
La flor de la piña 139
Jicotencal 140

PÁG.

Adios á mi lira 141
Plegaria á Dios 142
La muerte de Gesler.—Soneto 142
Fatalidad.—Id 142
En la muerte de Jesucristo.—Id 143
Al aniversario de la muerte de Napoleon... 143
El loco cuerdo 143
Despedida á mi madre (en la Capilla) 143

Antonio Bachiller y Morales 145
A la Señorita Doña Teresa Carreño 147
Años despues 147
Las Bahamas 148
Desencanto 148

Manuel María Perez y Ramirez 150
Fragmento del Segundo Canto del Poema Emmanuel 152
A Manuel de Zequeira 153
El amigo reconciliado 155

Francisco Poveda y Armenteros 156
A Cuba 160
María y Jesus Contreras 161
A una madre 168
La Chorrera del Guamá 169
Décimas 170
Glosas 171

Ignacio Valdés Machuca 172
La muerte de Adonis 174
Los Baños de Marianao 178
A la muerte del Obispo Espada 179
Endechas. A la muerte de D. Rafael Gonzalez 180
A la muerte de D. Joaquin Bernardo Campuzano 181
Elegía. A la muerte de D. Manuel García... 181
Romance 182

Manuel Gonzalez del Valle y Cañizo 183
Endechas 185
Cancion marítima 185
Cancion al tabaco 186
Oda. A la muerte del Obispo D. Juan José Diaz de Espada y Landa 187
Sáficos Adónicos 188
Oda al importante proyecto de una nueva cárcel 188

José Cornelio Diaz 190
El Juicio Final 193
El Poeta desgraciado 197

PÁG.

La Palma y la Brisa..... 198
El retiro de dos amantes..... 199
Sobre el modo de conducirse en el matrimonio..... 200

Ramon de Palma y Romay..... 203
El cólera morbo en 1833..... 206
La danza cubana..... 208
Himnos de guerra del Cruzado..... 208
Al poeta Milanés en su partida..... 210
Quince de Agosto..... 210
La corrida de patos..... 211
El fuego fátuo. (Inédita)..... 212
Traduccion de Manzoni.—A la muerte de Napoleon..... 215

José Jacinto Milanés..... 217
La fuga de la tórtola.—Cancion..... 223
El beso..... 223
Su alma..... 224
La madrugada..... 226
Requiescat in pace..... 228
De codos en el puente..... 228

Francisco Díaz..... 230
Lira..... 231
La estrella..... 234
El porvenir de Cuba..... 236

El Marqués de San Miguel..... 239
La naturaleza de Cuba..... 240
El poder de Dios..... 243
A D. Melchor G. de Jovellanos.—Soneto..... 245
A D. Juan Melendez Valdés.—Id..... 245

José Antonio Echeverría..... 246
Oda á la Infanta de Castilla Dª María Isabel Luisa de Borbon..... 248
A una nube..... 249
Reconciliacion..... 250

Juan Francisco Manzano..... 251
Treinta años..... 253
La cocuyera..... 254
A la ciudad de Matanzas despues de una larga ausencia..... 255
Al relox adelantado..... 255
La música..... 256

Manuel Girou..... 258
La estrella de la tarde..... 259
La gota de rocío..... 259
La gran piedra.—Fragmento descriptivo..... 260

PÁG.

Las montañas de Santiago de Cuba..... 261

Federico Milanés..... 262
Oda á la muerte de D. Manuel J. Quintana 264
Sátira contra los vicios de la sociedad cubana..... 267
Sátira contra la manía de publicar tomos de poesías con títulos inadecuados, etc..... 273
Aniversario..... 277

Rafael de Cárdenas y Cárdenas..... 279
Dios y la Creacion..... 279
Reflexiones..... 281
Inteligencia y virtud..... 281
El festin de las pasiones.—Fábula..... 282

Sebastian Alfredo de Morales..... 284
La tarde del Huerto..... 286
Al dolor..... 288
A Nactalia.—Soneto..... 288
A Nactalia.—Id..... 289
La fuente del Soto.—Id..... 289
La voz de la tormenta.—Id..... 289
Marco Bruto..... 289
El beso..... 289

Manuel Dionisio Gonzalez..... 290
Epístola á Miguel G. Gutierrez.—Desde el campo..... 291
La infancia..... 292
A una palma.—Soneto..... 294
A la memoria de D. Juan de Conyedo.—Id. 294
Impiedad.—Id..... 294
En la traslacion de los restos del Pbro. Don José Dionisio Veitia.—Id..... 294

Narciso de Foxá..... 295
Canto épico sobre el descubrimiento de América..... 297
Canto á la naturaleza de Cuba..... 302
A D. Rafael María de Mendive, en la muerte de su hijo..... 305
El pescador.—Soneto..... 305

José Quintin Suzarte..... 306
Desvaríos..... 308
A un rizo..... 309
Resignacion..... 310

José Zacarías Gonzalez del Valle..... 311
A Nicolás M. de Escovedo..... 313
Las cenizas de Colon en nuestra Catedral... 314
A un sacerdote..... 315

PÁG.

A los que fomentan la colonizacion blanca en Puerto Príncipe.—Soneto..... 316
La alameda de Paula al morir el dia... 316

José Victoriano Betancourt..... 317
La rosa de Almendares..... 318
Romance á las Ninfas y Genios del Almendares..... 319
El huracan de 1846.—Plegaria.. 320
Los guajiros y el locomotor..... 322

Francisco Muñoz Del Monte..... 324
A la Condesa de Cuba en la muerte de su padre 325
El verano en la Habana..... 329

Ignacio María de Acosta..... 332
A Cuba..... 333
El carretero y el eco 334
A orillas del Yumurí..... 335
Romance..... 335
A la Poesía..... 337
La alondra.—Soneto..... 338

PÁG.

La rosa.—Id..... 338

José María de Cárdenas y Rodriguez..... 339
La comadre..... 340
Fábulas literarias..... 344
Aguardar el voto ajeno..... 344
Juicios precipitados..... 344
Un buen juicio..... 345
Quedarse en seco..... 345
Sentencia inapelable..... 346
El viejo y el alacran.—Fábula..... 346
La palma y el curujey.—Id..... 347
Epigramas 347

Gertrudis Gomez de Avellaneda..... 349
La Cruz..... 356
A la muerte de Heredia..... 358
A la Poesía..... 359
A una acacia 360
A la coronacion de D. Manuel José Quintana 362
Al partir.—Soneto..... 364
A Washington.—Id..... 364

89092527563

b89092527563a

DATE DUE

DEC 15 1982

WUMIL 1415

DEMCO 38-297